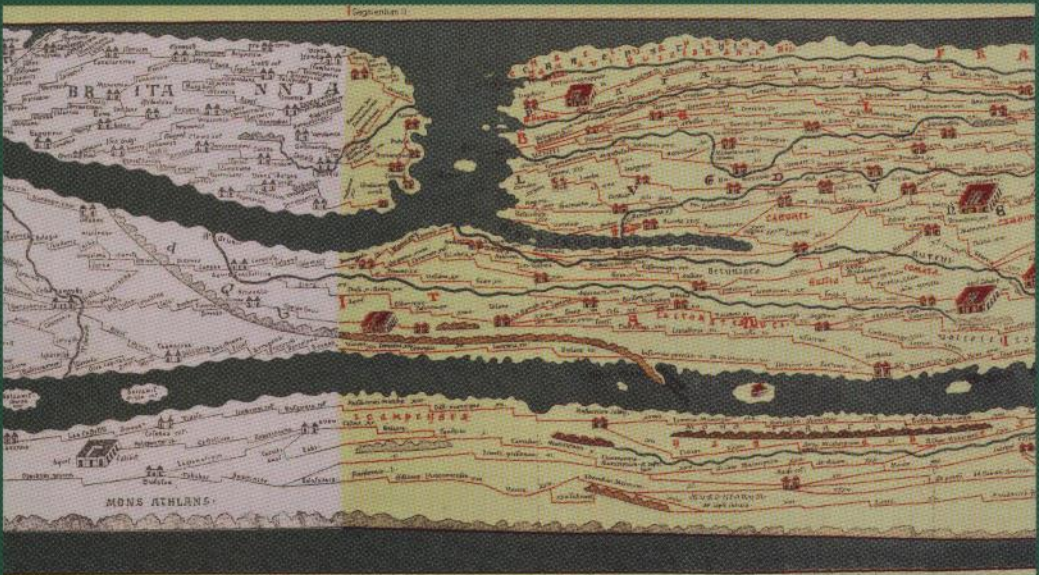


UNIVERSIDAD DE MURCIA
ÁREA DE HISTORIA ANTIGUA

ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS SOBRE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

XXVII



Antonio Ignacio Molina Marín

**GEOGRAPHICA: CIENCIA DEL
ESPACIO Y TRADICIÓN NARRATIVA
DE HOMERO A COSMAS
INDICOPLEUSTES**

2010

UNIVERSIDAD DE MURCIA
ÁREA DE HISTORIA ANTIGUA

ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS SOBRE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Serie dirigida por el Dr. D. Rafael González Fernández

XXVII

Antonio Ignacio Molina Marín

**GEOGRAPHICA: CIENCIA DEL ESPACIO
Y TRADICIÓN NARRATIVA DE HOMERO A
COSMAS INDICOPLEUSTES**

2010 (Ed. 2011)

REVISTA ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

Nº 27

AÑO 2010

La revista *Antigüedad y Cristianismo* es una revista científica, internacionalmente respetada, especializada en la Antigüedad Tardía y publicada anualmente por la Universidad de Murcia. Fundada en 1984 por el catedrático Antonino González Blanco, a lo largo de sus años de existencia ha evitado los trabajos de síntesis o meramente descriptivos y ha acogido una amplia diversidad de monografías, artículos, noticias y contribuciones siempre originales en todos los campos de la Tardoantigüedad (cultura material, fuentes literarias, mentalidad, historiografía, repertorio de novedades y crítica de libros). Esta dimensión de amplio espectro no implica, llegado el caso, una desatención de las investigaciones en zonas geográficas concretas abordando aspectos históricos en su manifestación regional, con la misma exigencia de hacer aportaciones en temas originales y no reelaboraciones o síntesis. Esta revista está abierta a todos los planteamientos y orientaciones metodológicas que superen el estricto examen del consejo de redacción, pero a la vez se puede plantear un tema central de discusión o incluso monografías que sirva de marco conceptual y temático a los originales. El rasgo distintivo de la línea editorial de esta revista es su búsqueda de aportaciones originales, claras, de carácter inédito, que vayan a hacer una aportación nueva, profesional y metodológicamente solvente, que sea significativa en el ámbito de los estudios de la Tardoantigüedad. La veracidad y honestidad son las señas de identidad más apreciadas para la revista *Antigüedad y Cristianismo*.

Departamento de Prehistoria, Arqueología, Historia Antigua, Historia Medieval y CC.TT.HH.

Área de Historia Antigua

Universidad de Murcia

DIRECTOR: Rafael González Fernández (Universidad de Murcia)

SECRETARIO: José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

CONSEJO DE REDACCIÓN: María Victoria Escribano Paño (Universidad de Zaragoza), Santiago Fernández Ardanaz (Universidad Miguel Hernández, Elche), Antonino González Blanco (Universidad de Murcia), Sonia Gutiérrez Lloret (Universidad de Alicante), Jorge López Quiroga (Universidad Autónoma de Madrid), Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia), Artemio M. Martínez Tejera (Institut de Recerca Històrica, Universitat de Girona), Margarita Vallejo Girvés (Universidad de Alcalá), Isabel Velázquez Soriano (Universidad Complutense), Gisela Ripoll López (Universidad de Barcelona).

COMITÉ CIENTÍFICO:

Juan Manuel Abascal Palazón (Universidad de Alicante), Alejandro Andrés Bancalari Molina, (Universidad de Concepción, Chile), Pedro Barceló (Universität Potsdam), Francisco Javier Fernández Nieto (Universidad de Valencia), Juan José Ferrer Maestro (Universidad Jaime I), Pietro Militello (Universidad de Catania), José Carlos Miralles Maldonado (Universidad de Murcia), Iwona Mtrzewesky-Pianetti (Universidad de Varsovia), Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante), Isabel Rodá de Llanza (Instituto Catalán de Arqueología Clásica), Klaus Rosen (Universität Bonn), Sabine Schrek (Universität Bonn), Juan Pablo Vita Barra (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Zaragoza).

La correspondencia de carácter científico habrá de dirigirse al Secretario de la revista (Facultad de Letras, Campus de la Merced, 30001, Murcia). Los pedidos e intercambios, al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, c/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.

Correo electrónico de la revista: antiguedadycristianismo@um.es

URL: <http://www.um.es/antiguedadycristianismo>

Portada: *Tabula Peutingeriana* (Österreichische Nationalbibliothek)

ISSN: 0214-7165

Depósito Legal: MU 416-1988

Fotocomposición e impresión: COMPOBELL, S.L. Murcia

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
PREFACIO	15
INTRODUCCIÓN	17
Geografía y literatura	18
Geografía e historia	22
Imperialismo y geografía	25
Geografía, religión y mitología.....	26
Geografía y medio.....	28
Espacio y <i>oikoumene</i>	29
Geografía y astronomía.....	30
Geografía y filosofía.....	31
Tradición y ciencia.....	32
¿Tradición dinámica o inmovilista?.....	39

I. ÉPOCA ARCAICA

1. LA GEOGRAFÍA EN LA ÉPOCA HEROICA: LA PRIMERA TRADICIÓN .	47
Homero.....	47
El Océano.....	55
Hesíodo.....	58
Conclusión.....	60
2. LAS COLONIZACIONES: LA PRIMERA EXPANSIÓN	63
Las colonizaciones	63
Conclusión.....	73

3. JONIOS A LA SOMBRA DEL GRAN REY: IMPERIALISMO Y GEOGRAFÍA	75
Los griegos y el Imperio Persa.....	76
Anaximandro.....	80
Hecateo.....	83
Escílax.....	86
Ctesias.....	88
Conclusión.....	89

II. ÉPOCA CLÁSICA

4. LA GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA EN ÉPOCA CLÁSICA: EL DESCUBRIMIENTO DE LA ALTERIDAD	93
Alteridad y relativismo en el teatro.....	96
Alteridad y relativismo en la historiografía.....	99
Heródoto.....	99
Tucídides.....	102
Jenofonte.....	104
Éforo.....	106
Filosofía y alteridad.....	108
Escuelas Socrática y Platónica.....	108
La escuela del Liceo: Aristóteles.....	111
Teofrasto.....	118
Dicearco.....	120
Conclusión.....	122
5. GEÓGRAFOS Y GEOGRAFÍA EN EL IMPERIALISMO MACEDONIO: AUTOPSIA VS TRADICIÓN	125
Alejandro geógrafo.....	126
Los geógrafos de Alejandro.....	132
Vegetación.....	137
Fauna.....	138
Orografía.....	140
Hidrografía: El mar Caspio y el problema del Tanais.....	141
Las fuentes del Nilo.....	143
Seísmos.....	144
Utopías.....	145
Los Gimnosofistas.....	147
La alteración del espacio.....	148
Conclusión.....	152

III. ÉPOCA HELENÍSTICA

6. LAS EXPLORACIONES EN ÉPOCA HELENÍSTICA: FIJANDO LOS CONFINES DEL MUNDO	157
Exploraciones alejandrinas.....	158

Exploraciones seléucidas	162
Exploraciones ptolemaicas.....	165
El viaje de Píteas.....	166
Conclusión.....	171
7. LOS GRANDES GEÓGRAFOS HELENÍSTICOS: LA FIJACIÓN DE LA TRADICIÓN.....	173
El mundo helenístico	173
La ciencia en la época helenística	177
La geografía helenística	185
Aristarco de Samos	188
Eratóstenes	190
Hiparco	197
Crates de Malos	200
Agatárquides.....	202
Polibio	206
Periplo de Polibio.....	208
Artemidoro	209
Posidonio.....	211
Conclusión.....	220
IV. REPÚBLICA E IMPERIO ROMANO	
8. LA GEOGRAFÍA EN ÉPOCA ROMANA: ¿DESCONFIANDO DE LOS DONES DE LOS GRIEGOS?	225
Cartografía y geografía	225
Las calzadas y rutas romanas	231
Exploraciones romanas	234
Conclusión.....	237
9. IMPERIO Y CARTOGRAFÍA EN LA ÉPOCA IMPERIAL ROMANA: <i>ORBIS ROMANUM ET ORBIS TERRARUM</i>	241
El mapa de César	241
Isidoro Cárace	245
Ecumenismo.....	246
El mapa de Agripa	249
Conclusión.....	255
10. ESTRABÓN, POMPONIO MELA Y PLINIO: LAS ENCICLOPEDIAS DEL SABER	257
Estrabón.....	258
Obra.....	258
La geografía en Estrabón	260
Estrabón y el Imperio Romano.....	261
Geografía regional.....	264

Pomponio Mela.....	271
Plinio el Viejo.....	276
Conclusión.....	281
11. GEOGRAFÍA ETNOGRÁFICA E HISTÓRICA EN LOS HISTORIADORES DEL IMPERIO ROMANO.....	283
Germania (Julio César; Tácito).....	284
Galia (César; Amiano Marcelino).....	288
Britania (César, Tácito).....	289
Numidia (Salustio).....	293
Grecia (Pausanias).....	295
Palestina (F. Josefo).....	297
Egipto (Juba, Amiano Marcelino).....	298
Persia (Amiano Marcelino).....	299
India (Arriano).....	302
Sérica (Pausanias; Amiano Marcelino).....	303
Geografía en la novela.....	305
Conclusión.....	308
12. CLAUDIO PTOLOMEO: EL CANTO DEL CISNE DE LA CARTOGRAFÍA ANTIGUA.....	311
Marino de Tiro.....	311
Claudio Ptolomeo.....	312
Obra.....	313
Cartografía.....	319
Conclusión.....	320
13. LOS PERIPLoS Y RELATOS DE VIAJE EN ÉPOCA IMPERIAL ROMANA.....	323
Menipo de Pérgamo.....	324
Estadiasmo.....	325
Alejandro de Mindos.....	325
Filemón.....	325
El Periplo del mar Eritreo.....	326
Dionisio de Bizancio.....	327
Dionisio el Periegeta.....	327
Flavio Arriano.....	329
Marciano de Heraclea.....	330
Rutilio Namaciano.....	331
Avieno.....	332
Periplo del Ponto Euxino.....	334
Conclusión.....	334
14. ITINERARIOS ROMANOS: LA TABULA PEUTINGERIANA.....	337
El itinerario de Antonino.....	338
La <i>Tabula Peutingeriana</i>	338

Conclusión.....	342
-----------------	-----

V. TARDOANTIGÜEDAD

15. EL ESTADO DE LA CIENCIA EN EL SIGLO IV: PÉRDIDA DE VIGOR DE LA RAZÓN.....	345
Cristianismo y paganismo antes de la Paz de la Iglesia	346
Las aportaciones de la nueva cultura a la ciencia geográfica	353
El devenir de la ciencia tras el Edicto de Milán: La redefinición de los valores.....	360
Conclusión.....	366
16. COSMOGRAFÍAS PAGANAS Y CRISTIANAS EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA.....	371
Macrobio	371
Julio Honorio.....	373
Pseudo-Ético.....	374
<i>Expositio/Descriptio Totius Mundi</i>	374
Anónimo de Rávena.....	375
Conclusión.....	376
17. LA GEOGRAFÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA CRISTIANA: EL INICIO DE LA SEPARACIÓN ENTRE GEOGRAFÍA E HISTORIA	379
Solino	379
Eusebio de Cesarea	381
Orosio	382
Jordanes.....	385
Isidoro.....	387
Beda.....	394
Conclusión.....	396
18. RELATOS DE VIAJES Y PEREGRINACIÓN EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA: LA DECADENCIA DE LA AUTOPSIA	399
<i>Peregrinatio</i>	399
<i>Itinerarium Burdigalensis</i>	401
El viaje de Egeria.....	403
Las cartas de Jerónimo.....	406
Juan Crisóstomo	406
Eremitas y estilitas	407
Conclusión.....	408
19. LA GEOGRAFÍA BIZANTINA: COSMAS INDICOPLEUSTES	409
Mosaico de Nicópolis	410
El mapa de Madaba	411
Cosmas Indicopleustes.....	412

20. COLOFÓN: LA GEOGRAFÍA DESPUÉS DE COSMAS	423
I. La ciencia en las escuelas bizantinas.....	423
II. La ciencia eclesial.....	426
III. La ciencia árabe.....	430
IV. Un nuevo mundo, una nueva geografía.....	433
Conclusión.....	439
21. SINTESIS EPISTEMOLÓGICA Y REFLEXIONES FINALES	441
Los universales de la geografía grecorromana.....	441
Geografía y tradición.....	446
LISTADO DE ILUSTRACIONES.....	457
ÍNDICES.....	459
BIBLIOGRAFÍA.....	481
ABSTRACT.....	519

LOS FORJADORES DE LA HISTORIA TARDOANTIGUA

Antonino González Blanco	
<i>Emil Hübner y la historia de los siglos que hoy agrupamos bajo el marbete «Antigüedad Tardía»</i>	529

RECENSIONES

<i>El oficio de historiador</i>	541
<i>La Seu d'Egar</i>	545

**GEOGRAPHICA: CIENCIA DEL ESPACIO
Y TRADICIÓN NARRATIVA DE HOMERO
A COSMAS INDICOPLEUSTES**

PRESENTACIÓN

El volumen que tienes en tus manos, lector amigo, es una obra de madurez. Su autor, hombre joven, pero duramente curtido en la investigación, realizó una tesis de licenciatura espléndida sobre *La paideia de Alejandro*. Luego obtuvo su doctorado con otra investigación sobre *Los geógrafos de Alejandro*. Fue entonces, cuando dentro de los planteamientos del área de Historia Antigua de la Universidad de Murcia, en la que se cultivaba con especial interés el tema de la geografía histórica, le propusimos la idea de aprovechar sus amplios conocimientos y no pequeña experiencia para componer un libro sobre *Geografía de la Antigüedad*. Y tras varios años de trabajo aquí tenemos el resultado.

Parece ser que motivos parecidos a los que nos llevaron a establecer una asignatura que con el nombre de *Corografía*, tenía como objetivo el descubrir ante los ojos de los alumnos la importancia indiscutible de la Geografía en la formulación de la Historia, han llevado a los investigadores más conscientes y abiertos a ir generando, durante las dos últimas décadas, una producción científica asombrosa por su número y calidad sobre temas y problemas geográficos ya desde los tiempos antiguos y de gran importancia precisamente para el conocimiento de la Antigüedad. Sin ser este su principal interés la presente obra nos abre el horizonte de esta interesante investigación.

Hay otra dimensión mucha más esencial que se nos antoja característica distintiva del trabajo que presentamos. Es la consideración de los textos antiguos como testimonios suministrados por autores concretos y con mentalidades y cosmovisiones peculiares. Queda muy lejos la visión mecánica y simplista de los documentos que únicamente parecía querer captar las informaciones «objetivas» de las fuentes. Aquí los textos hablan y además de la información nos descubren los problemas de sus autores y del momento en que se componen.

Tal disposición hace que el autor se guarde muy mucho de pontificar sobre puntos de vista, pretendidas causas de los hechos o definiciones precisas de tesis determinadas. Son los textos los que nos ofrecen las perspectivas culturales y antropológicas que los motivaron y cada lector se ve en la inevitable responsabilidad de leer y «entender» lo que lee.

Lo mismo ocurre cuando se trata de hilvanar el devenir epocal de los textos. No hay tesis establecidas. Hay secuencia, reflexiones, sugerencias y enriquecimiento para el lector que no se

ve coaccionado en su libertad de elección, pero que seguramente quedará en actitud reflexiva sobre toda su visión e intelección de la Historia.

En pocas palabras el volumen que presentamos es una *Historia de la Geografía en la Antigüedad, desde Homero a Cosmas Indicopleustes*, pero una historia presentada según el modelo literario, en el que podemos inscribir a Tenesse Wiliams como iniciador y al mismo Cela como maestros consumados: ¡Fuera la ramplona visión simplista de cualquier mecanicismo! ¡Fuera el dogmatismo de los «maestros creados por la moda»! El doctor Antonio Ignacio Molina es un estudioso que contempla siempre y que genera cosmovisiones desde el parto fecundo y doloroso que iniciara Sócrates, debatiéndose siempre entre una crítica despiadada y un amor a la verdad que muy bien podríamos calificar de «numinoso».

Este libro se inscribe plenamente en la nueva etapa de la reflexión que ha empezado con las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI y pasará a la historia de la investigación en razón de la amplitud de visión y libertad de mente, amén de la implicación del lector, al que los modos de plantear las cuestiones no permiten mantenerse pasivo, como si estuviera al margen de los problemas.

Por todo lo expuesto la obra que presentamos no viene a sustituir a los manuales clásicos sobre historia de la Geografía en la Antigüedad como puede ser el de Bunbury u otros. Viene a enriquecer aquella eventual lectura, del mismo modo que Rostovzeff no hace desaparecer de la escena la obra de Droysen. Es que la lectura de los libros con especial atención a la historia de la investigación hoy es posible, y mejor aún podemos afirmar que es una necesidad que se impone a todos los estudiosos como carga no fácil, pero muy fecunda.

Auguramos, pues, un brillante porvenir para esta investigación y muy concretamente para este libro, que con toda humildad, pero también con toda fuerza y precisión, nos abre un camino de acercamiento a la historia de la Antigüedad, ya que viene a rellenar un vacío existente en las letras hispánicas, cuya colmatación y superación es necesaria y puede ser muy fecunda.

Y auguramos al autor un porvenir fecundo en razón de sus cualidades intelectuales y personales, y de la calidad de su trabajo que siempre contará con el aplauso y gratitud de las mentes más clarividentes y abiertas.

Antonino González Blanco

“Dedicado con cariño a mis hermanas
a mi sobrina Julia
a mi amigo Ángel Colomer
y a mi maestro Antonino González Blanco”

PREFACIO

Todo nuevo estudio que versa sobre viejos temas tiene la imperiosa necesidad de encontrar una justificación ante sí mismo y sus posibles lectores. Cuanto más grande ha sido el número de investigaciones anteriores, mayor es esa necesidad. Lo cierto es que la geografía antigua ha sido una cuestión sumamente debatida a lo largo de los dos últimos siglos. Podemos citar los trabajos de C. Müller, *Geographi Graeci Minores I-II-III*, París 1855; E. H. Bunbury, *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till Fall of the Roman Empire*, Nueva York, I 1879; H. F. Tozer, *A History of Ancient Geography*, Cambridge 1897 y J. O. Thomson, *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, por mencionar algunos de ellos. Todos fueron aportaciones importantes que, en la medida de lo posible, han resistido el paso del tiempo. Sin embargo, hasta el momento no existe ningún trabajo global que refleje las aportaciones que se han hecho recientemente. Los mayores avances experimentados en los últimos años en este campo han venido de artículos o de monografías tan sugerentes como las de Cl. Nicolet¹, K. Brodersen², P. Janni³ o Fr. Prontera⁴.

Aún así, siguen existiendo lagunas que necesitan ser cubiertas. Se dice frecuentemente que la expedición de Alejandro cambió la imagen que se tenía del mundo, pero a la vez se critica a sus geógrafos por haberse limitado a reproducir el pasado. A la hora de estudiar la geografía helenística, a excepción de los grandes nombres como Eratóstenes, Hiparco o Posidonio, se hace de prisa y muy raramente se pone en relación con los cambios políticos y sociales que

1 NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Michigan 1991.

2 BRODERSEN, K., *Terra Cognita. Studien zur römischen Raumenfassung*, Hildesheim 1995.

3 JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984.

4 PRONTERA, Fr., *Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia*, Málaga 2003.

acontecieron en un tiempo tan convulso. Tampoco se suele relacionar las escuelas filosóficas, que surgieron en el período, con la geografía helenística.

Estas carencias son mayores en lo que respecta al mundo tardoantiguo. Se da por sentado que la decadencia de la geografía antigua se debió al conjunto de transformaciones sociales, económicas y religiosas que experimentó la sociedad romana del III-IV d.C. Esta creencia impide que se busquen los motivos más allá del Edicto de Milán (313 d.C.). Lo mismo puede decirse de los geógrafos de ese período. Si exceptuamos a Cosmas Indicopleustes la geografía tardoantigua ha sido obviada, hasta hace poco, de cualquier investigación.

Además, los estudios en lengua castellana en este campo son tremendamente escasos, si los comparamos con otras lenguas como la inglesa, la italiana, la francesa o la germana. Un hecho tan conocido, y que ha sido investigado hasta la saciedad, como el mapa de Agripa todavía no tiene en nuestra lengua suficientes trabajos que recopilen las distintas teorías que hay sobre el tema.

Por último, la proliferación de publicaciones ha provocado que la mayor parte de ellas se especialice cada vez más en su temática. Los enfoques que estudian la geografía como literatura, ciencia, antropología o filosofía, parecen estar totalmente reñidos entre sí. Creemos, por tanto, que es necesario la recopilación de los «estudios minimalistas» en un único trabajo para tener una visión global de la evolución de la geografía en el mundo antiguo.

Nuestra mayor contribución radica en reunir la información sobre este tema en un único discurso y en vincular el estudio de la ciencia antigua con la tradición, que es el otro gran elemento recurrente de esta obra, hasta el punto de estar presente en todos los hechos que envuelven a la geografía grecorromana, porque como diría Eugenio D'ors «*todo lo que no es tradición es plagio*».

Desde esta perspectiva entendemos que nuestro libro no es únicamente de interés para el historiador del mundo grecorromano, sino también para el geógrafo que se preocupa de conocer los orígenes del pensamiento geográfico. Igualmente para el filósofo que es consciente de la enorme relación existente entre espacio y pensamiento. También para el antropólogo, que estudia conceptos como los de centro, periferia o alteridad. El teólogo, sabedor de lo estrechamente unida que está la religión al pensamiento primitivo, encontrará interesantes algunos capítulos de este libro. Un libro que si tiene un carácter multidisciplinar es debido a su objeto de estudio, la geografía antigua.

Somos conscientes de que un enfoque como el nuestro conlleva irreversiblemente diferencias en la profundidad con la que se han tratado algunas cuestiones, pero lo cierto es que el espacio también es un elemento inherente a toda investigación científica. Al mismo tiempo, el haber trabajado casi exclusivamente con fuentes literarias puede haber limitado nuestras conclusiones, pero es una consecuencia ineludible de nuestra concepción de la geografía antigua como tradición literaria.

No querríamos concluir estas líneas sin antes agradecer a las personas que han hecho posible este trabajo con su dedicación y su apoyo. Sobre todo a la familia, que siempre ha estado animándonos, y a nuestro maestro, Antonino González Blanco, sin cuyo apoyo y consejos nunca habríamos podido finalizar el trabajo. Tampoco queremos olvidarnos de las personas que compusieron el tribunal donde se defendió nuestra tesis doctoral⁵, germen del actual trabajo, F. Fernández Nieto, F. J. Gómez Espelosín, F. López Bermúdez, R. González Fernández y J. A. Molina Gómez, cuyas sugerencias han ayudado notablemente a mejorar el texto.

5 *Geógrafos y geografía en la empresa de Alejandro Magno*, Murcia 2007.

INTRODUCCIÓN

*«El lugar es el comienzo de nuestra existencia, como un padre»
(BACON, R., Opus maius I 1.5).*

En un cuento indio puede leerse la historia de cómo cuatro ciegos intentaron conocer un elefante tocando solamente una zona de su cuerpo. Después de tocar una única parte del animal, cada uno de los sabios invidentes dio una descripción diametralmente opuesta sobre la naturaleza del elefante. El error no residía únicamente en tocar una sola parte del paquidermo, sino en que probablemente nunca habían visto ninguno antes de perder la visión. Por lo que todo intento de describirlo era tan vano y ciego como los propios protagonistas del cuento.

Esta historia nos sirve para introducir una de las problemáticas a las que se enfrentó la geografía en la antigüedad: ¿Cómo se puede conocer la totalidad a partir de una de sus partes? ¿Cómo puede ser descrito aquello que el ojo no puede abarcar en su totalidad? En el mundo antiguo cuando un hombre que nunca había visto la inmensidad de la tierra intentaba comprender su forma y su naturaleza debía de rellenar los huecos existentes en su conocimiento mediante el empleo de su realidad inmediata, es decir, la que se siente, se ve y se padece. La realidad requiere ser interpretada ante la existencia del devenir temporal y para ello el hombre emplea aquello que en apariencia no cambia, o al menos lo hace muy lentamente: el espacio. Pero el espacio que se emplea como modelo de estudio es siempre el espacio inmediato. El mundo no conocido debía de ser diametralmente opuesto o bien asemejarse al que conocemos, al igual que los pueblos que viven en las llanuras imaginan que sus dioses habitan en ellas, y los beduinos que su paraíso se asemeja a los oasis de los desiertos.

La visión global del mundo se conformaba a tenor de varias premisas básicas establecidas por la realidad cotidiana. La imagen del horizonte desde un lugar elevado se asemeja a un rectángulo, a partir de la cual se puede hablar de las cuatro regiones del mundo, que coinciden con los puntos cardinales. Observando el movimiento circular del astro rey y la forma de la luna y de las estrellas se concluirá que la tierra es circular o esférica. Al meditar sobre el tamaño del mundo sólo pueden plantearse dos posibilidades, que éste fuese infinito o que tuviese límites. Sin embargo, no existen realidades infinitas en la naturaleza y sí las finitas. Además, el hombre está

acostumbrado a establecer fronteras entre sus semejantes y su entorno. La frontera construye al mismo tiempo el sentimiento de unidad y el de alteridad. Si la existencia del hombre presenta fronteras entre los de su especie y la naturaleza, el mundo también debe tenerlas, pero diferentes a las humanas. Por lo que los límites de la tierra, *peirata*, no son sólo los límites espaciales del mundo, también lo son mentales y sociales, porque más allá de ellos no hay nada humano¹. En suma, el espacio desconocido, la *terra incognita*, se construye por la experiencia o por la negación o exageración de la misma.

Esta fuerte interconexión entre el espacio con las formas de pensamiento, el tiempo y el hombre convierten a la geografía en un animal poliédrico e inclasificable, mucho más grande y complejo que el animal del cuento indio, pues nos resulta imposible tener una experiencia empírica total con nuestra vista.

En cualquier caso, la geografía no puede ser entendida meramente como descripción de la tierra². No hay otra disciplina intelectual que presente tantas facetas como la geografía, porque ella interactúa con el hombre y el hombre sobre ella. Pero en la antigüedad, cuando no existía una separación tajante entre las distintas ciencias, esa versatilidad aumentaba de forma exponencial. Ciencia, literatura, religión, historia, mitología y antropología están ligadas a la geografía antigua. Como afirma Prontera «*con el concepto de «geografía antigua» se hace referencia a un amplio conjunto de investigaciones y estudios que van desde la astronomía a la geodesia y la cartografía, desde la geografía física a la etnografía, desde las exploraciones y los cuentos de viaje a la geografía descriptiva, sin enumerar otros campos de interés a los que podemos dar alguna de las etiquetas que constituyen la nomenclatura de la clasificación actual del saber*»³. La geografía es, por lo tanto, un gran árbol con muchas ramas⁴ y múltiples nombres⁵, que sirve para definir el espacio y la relación que el hombre tiene con éste. Estudiar la naturaleza de la geografía antigua, o lo que casi viene a ser la geografía grecorromana, no es factible sin tener en cuenta su carácter polimórfico y multidisciplinar, una circunstancia que la convierte en una criatura mucho más vasta y difícil de conocer que un elefante.

GEOGRAFÍA Y LITERATURA

En los últimos años se ha discutido muy intensamente la naturaleza de la geografía en el mundo antiguo. Autores como Prontera⁶, Nicolet⁷ y Romm⁸ han defendido que tuvo un eminente carácter literario, es decir, que nunca existió una clara distinción entre ambas disciplinas, lite-

1 BERGREN, A. L. T., *The etymology and usage of PEIRAR in early greek poetry*, American Philological Association, Nueva York 1975, p. 22-23; p. 102-115; ONIANS, R. B., *The Origins of European Thought*, Cambridge 1951, p. 310-313; CARDETE DEL OLMO, M^a. C., «La frontera como elemento de construcción ideológica», en *La construcción ideológica de la ciudadanía*, Madrid 2006, p. 188-189.

2 Cf. CLAVAL, P., «Qu'est-Ce Que la Géographie?», *GJ* 133 (1) 1967, p. 33-39; JACOB, Ch., «Geografía», en *Diccionario Akal del saber griego*, Madrid, Akal 2000, p. 260, la palabra geografía sugiere una familiaridad tal vez engañosa.

3 PRONTERA, Fr., *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. X.

4 RIHLL, T. E., *Greek science*, Oxford 1999, p. 82.

5 En la antigüedad no hubo una única denominación para la disciplina: περιήγησις, γῆς περίοδος, βαρβαρικά νόμια, ἱστορίας ἀπόδεξις, ὑπομνήματα γεωγραφικά.

6 PRONTERA, Fr., «Prima di Strabone: Materiali per uno studio della geografia antica come genere letterario», en *Strabone: Contributi allo studio della personalità e dell'opera I*, Perugia 1984, p. 187-256.

7 NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Michigan 1991, p. 66.

8 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, p. 3.

ratura y geografía⁹. Suele ponerse como prueba un pasaje de las *Cartas a Ático* de Cicerón, en el que este último, en una carta datada en el 59 a.C., revela su deseo de escribir un tratado de geografía: «Respecto a la Geografía, procuraré satisfacerte, pero no te prometo nada seguro. Es un gran trabajo, pero aún así intentaré, siguiendo tus mandatos, que salga para ti algún trabajo de este viaje» (II 4.3).

Pocos días después, el célebre orador y literato romano le comunica a Ático que abandona la tarea ante la enorme dificultad de la misma, y a que la temática ofrece pocas posibilidades de embellecimiento literario: «La verdad es que la Geografía que había emprendido es una obra inmensa; de hecho, Eratóstenes, al cual tomé como modelo, es ampliamente criticado por Serapión¹⁰ y por Hiparco. ¿Qué piensas que pasará cuando haya que añadir a Tiranión¹¹? Además, por Hércules, son cosas difíciles de explicar y monótonas y sin tantas posibilidades de adorno como parecía, aparte de que, y esto es lo capital, cualquier motivo me parece bueno para no hacer nada» (II 6.1). Aún así, Ático intentó convencerle, en vano, de que no abandonase su labor (II 7.1). Cuatro años después, en su obra *De oratore* I 59, seguía definiendo a la geografía como «*obscurior scientia*». Otras fuentes, poco fiables, confirman el interés de Cicerón por la geografía al haber escrito una corografía (PRISCIANO, *GLM* II 267,5 Hertz). En cualquier caso, que tomase por modelo a Eratóstenes demuestra que aspiraba a ser un *uomo universale*, a la manera del sabio de Cirene o de Posidonio de Apamea, lo que prueba tanto la gran curiosidad que despertaba la geografía entre las élites intelectuales romanas de su tiempo, como que no existía una separación tajante entre otras disciplinas como la literatura, pues de lo contrario Cicerón nunca habría intentado navegar en aguas ajenas.

La presencia de la geografía no era sólo detectable en la narrativa, sino también en la poesía. Arato la popularizó en época helenística. Los poetas del Principado (Ovidio, Horacio, Virgilio, etc.) encontraron en ella un instrumento adecuado para ensalzar la naturaleza ecuménica del Imperio de Augusto. Los nombres de los espacios más lejanos se hicieron populares entre el gran público gracias a los poemas de los poetas latinos. Una obra poética como la *Farsalia* de Lucano está llena de digresiones geográficas¹² y, al igual que Séneca, su autor también se siente muy interesado por enigmas geográficos como el misterio de las crecidas del Nilo¹³.

Si entendemos la geografía como un género literario propio del mundo antiguo, debemos creer, por lo tanto, que estaba sometida a los mismos *tópoi* que la literatura:

1) La *mímesis*¹⁴. La *mímesis* tiene una doble faceta. En la primera se reproduce la forma (*eidós*) de la tierra, bien por la imagen o por la palabra. Sin embargo, la *mímesis* geográfica no puede resultar familiar, pues el objeto representado sobrepasa los límites del ojo. Es por ello por lo que se tiene que recurrir a metáforas o a imágenes que sí son familiares para el lector (Piel de toro; hoja de plátano; arco escita, etc.). Nuestra dependencia de la palabra para representar el espacio genera una segunda *mímesis* puramente literaria. Al fin y al cabo, la literatura fue la primera forma de transmisión del saber grecorromano, y, al igual que otros

9 Cf. JACOBY, F., «Über die Entwicklung der griechischen Historiographie und den Plan einer neuen Sammlung der griechischen Historikerfragmente», *Klio* 1909, p. 801-823, ya defendió hace muchos años que la geografía era uno más de los géneros literarios en prosa.

10 Serapión de Antioquía fue un astrónomo y matemático (Cf. PLINIO I 4).

11 Maestro de Estrabón y de los hijos de Cicerón (Cf. ESTRABÓN XII 3.16).

12 LUCANO I 396-465 (Tribus gálicas); II 399-438 (ríos italianos).

13 LUCANO X 188-331; Cf. SÉNECA, *N.Q.*, IVa 1.

14 PTOLOMEO II 1.1. Cf. JACOB, Ch., «La mimésis géographique en Grèce antique», en *Espace représentation et sémiotique d'architecture*, París 1989, p. 53-80.

autores antiguos, el geógrafo tiene la obligación de servirse de la tradición para demostrar su conocimiento de un tema y que emplea para rellenar los huecos que la experiencia deja vacíos. Esto le empuja, en muchas ocasiones, a recoger datos que él mismo no cree, pero que sus lectores, deseosos de conocer tierras lejanas, le obligan a introducir en su relato. Emular la tradición es una forma de hacer geografía y literatura a la vez, pues la geografía es «*el resultado de trabajar miméticamente sobre la realidad, de imaginarla y reconstruirla a partir de nuestras analogías y necesidades culturales y sociales, destinada a enseñar y producir placer*»¹⁵. Por esta naturaleza ambivalente queda implícito que el espacio geográfico puede conocerse mediante la experiencia o por la palabra, ya sea oral o escrita, pero es sobre todo esta última la que, al tener mayor capacidad de subsistir a la voracidad del tiempo, tiene una mayor influencia. Este peso desmedido del legado cultural griego será uno de los obstáculos más importantes en los intentos de modificar o alterar la percepción espacial del mundo antiguo. Una losa para el progreso de la ciencia geográfica.

2) *Intertextualidad*. Recientemente se viene diciendo que toda obra hace referencia a otra, o que todo escrito es un libro de libros. Muchos trabajos se escriben en oposición o en conformidad a la impresión que les han causado otras obras. Difícilmente habría podido Platón escribir su *República* si antes no hubiese compuesto Homero sus epopeyas. Así, Heródoto le debe mucho a Hecateo, Eratóstenes a Eudoxo y Dicearco, Hiparco a Eratóstenes y Ptolomeo a Hiparco. Por lo que los escritos de geografía nunca fueron independientes entre sí en la antigüedad. Esta fuerte intertextualidad nos permite recuperar numerosos fragmentos de escritores perdidos, de cuyas obras apenas sabemos poco más que el nombre. Algunos autores, como Geoffrey Lloyd, han destacado el carácter agonístico de la ciencia griega en comparación con otras culturas como la china¹⁶. No obstante, la intertextualidad demuestra que para los griegos el progreso se cimenta sobre los pilares del pasado. No hay avance sin mirar antes al pretérito, ya sea para mimetizarlo o criticarlo, y esto es una consecuencia de que una cultura haya comenzado a fijar por escrito su tradición desde sus inicios.

3) *Arte*. La geografía compartirá otra de las características de la literatura, su aspiración a generar obras de arte. Siempre ha de tenerse en mente que la palabra latina para el arte (*ars*) es la traducción del término griego *téchne* (ciencia). Aunque Cicerón no fue el único que descubrió que la naturaleza de la geografía, ampliamente descriptiva, no la hacía muy idónea para el lucimiento personal de un autor (Cf. POMPONIO MELA I 1), toda obra de arte es susceptible de ser reproducida y la geografía no es una excepción. Desde una perspectiva aristotélica podríamos decir que es arte, pues es universal, pero por otro lado, es difícilmente identificable como tal, pues no puede conmover a su espectador, al no poder identificar lo representado en un mapa o en un texto sin la debida instrucción. El espacio es algo que incumbe a todos, pero que sólo unos pocos pueden entender y manejar.

4) *Veritas*. La creación artística no está reñida con la veracidad. El creador pretende escribir conforme a los hechos, aspirando a tener una objetividad propia de las ciencias modernas, pero que no entra en contradicción con la subjetividad que se desprende de su propia creatividad personal. No hay que olvidar que *téchne* significa tanto arte como ciencia en la antigüedad. Por lo que, tanto Jenofonte, cuando escribe su ficticia descripción del pueblo persa en la *Ciropedia*,

15 CRUZ ANDREOTTI, G., «La visión de Gades en Estrabón. Elaboración de un paradigma geográfico», *DHA* 20 (1) 1994, p. 57-85; p. 65.

16 LLOYD, G. E. R., *Adversaries and authorities: investigations into ancient Greek and Chinese science*, Cambridge University Press 1996, p. 20-46.

como Amiano Marcelino, cuando inicia su descripción de la geografía de Asia, aspiran a hacerlo conforme a la «verdad». La veracidad puede atestiguararse mediante un testimonio ocular; una revelación divina; un manuscrito encontrado; testimonios indirectos, que pueden ser orales o escritos. La multitud de formas que hay para verificar lo verídico indica que fue un recurso muy utilizado. Incluso el más célebre mentiroso de la antigüedad, Luciano de Samosata, hace referencia a esta costumbre cuando, al inicio de una de sus obras, reconoce que la única verdad que va a decir es que todo lo que dice es mentira (*Relatos verídicos* I 4). El geógrafo es un hombre sincero que dice mentiras y un mentiroso que se cree sincero.

5) *Narratio*. Los topónimos no sólo ubican, también están ligados a una historia. Usando una terminología propia de Saussure, podríamos decir que los nombres tenían dos naturalezas, la ubicación y la narración. Todo topónimo está atado a una localización rudimentaria que iba ligada a dicha palabra. Dependiendo del nivel cultural del oyente o del lector, su localización puede ser más o menos precisa. Pero también portan una historia (mítica; literaria; poética) que, de igual modo, resulta diferente por su formación y sus conocimientos. Resultando que, pese a hacer referencia a una realidad absoluta, el espacio, su grado de comprensión difiere muchísimo de una persona a otra, siendo, por tanto, más apropiado hablar de geografías y geógrafos antes que de una única geografía.

6) *Exempla*. Conmover ha sido una aspiración universal de la literatura. Mediante relatos como el cruel destino de la hija de Sejano (TÁCITO, *Anales* V 9), la suerte de los atenienses derrotados en Sicilia (PLUTARCO, *Nicias* 29) o la muerte del triunviro Craso (PLUTARCO, *Craso* 33), podemos sobrecogernos y abandonar el egoísmo propio de todo ser vivo, por un momento, y crear firmes pautas de comportamiento. El espacio, como realidad objetivable, no es un contexto adecuado para propiciar la autorreflexión del ser humano, pero lo cierto es que nunca fue entendido de esta forma, es decir, desligado de toda actividad humana. El hombre es el protagonista absoluto de la geografía grecorromana y esto posibilita que los «*exempla*» estén presentes en el discurso geográfico. El modo de vida, la alimentación, las costumbres funerarias diametralmente opuestos pueden producir un efecto similar. No obstante, al focalizarse en elementos generalmente ajenos o extraños a la cultura de un individuo, la reacción no es la misma. La *sympatheia* requiere, para que haya identificación, un entendimiento y un acercamiento respecto de lo que se contempla. Es por eso que, muchas veces, para facilitar la reflexión de sus lectores el geógrafo presenta a los pueblos extranjeros con rasgos distintivos de su sociedad. Sin embargo, la identificación no es completa, pues no consigue «ver» los vicios de otras culturas en la suya propia. Quizás porque contempla a través de los ojos de otro (el geógrafo) o porque los ojos con los que ve están de antemano llenos de información sobre lo que esperan ver (la tradición). La geografía es por tanto mirada del otro.

En suma, por su naturaleza literaria, la geografía antigua fue una disciplina de la creación y de la imitación, que reproduce y critica las obras que le precedieron, que es arte y ciencia sin ser ninguna a la vez, que miente y se sincera, una y múltiple al unísono, que ve el mundo sin contemplarlo y que crea contextos que pueden conmover sin que el lector trascienda por completo las barreras de su civilización y se equipare con otros pueblos. Al fin y al cabo lo propio del geógrafo es poner límites, no derribarlos y tanto la alteridad como la tradición no dejan de ser barreras.

GEOGRAFÍA E HISTORIA

Sin embargo, la literatura no estaba ligada exclusivamente a la geografía, ni esta última con la literatura. Ambas tenían importantes vinculaciones con la historia¹⁷. La historia, fue un género que por su carácter marcadamente narrativo se enmarcaba dentro de lo que llamaríamos geografía literaria¹⁸. Ante la pregunta ¿qué diferencia hay entre la geografía y la historia? un hombre de nuestro tiempo, imbuido por el espíritu científico de nuestra época, diría que la primera se ocupa del espacio y la segunda de la esfera temporal, o que una se encarga de la narración y la otra de la descripción, que el tiempo de la historia es el pasado y el de la geografía el presente¹⁹. Sin embargo, un individuo de instrucción media del mundo antiguo, que ignoraba los trabajos sobre geografía física de I. Kant y sus sucesores, no tendría una respuesta clara que dar. Tal vez, porque no entendería la pregunta, y menos nuestra respuesta, al considerar que ambas existen en el espacio y en el tiempo, pues la separación desaparece cuando se añade el factor humano, que comunica e interrelaciona el espacio con el tiempo.

Autores como Katherine Clarke²⁰ han destacado la fuerte interacción entre historia y geografía en el mundo grecorromano, especialmente en escritores como Polibio o Estrabón²¹. Efectivamente, muchos autores del mundo antiguo cultivaron ambos campos de investigación, lo cual es un indicio de que dos disciplinas, aparentemente opuestas, podían ser tratadas por el mismo autor, aunque, en apariencia, en esferas diferentes. Pero un análisis de los fragmentos conservados de las *historias* de Estrabón y de la *geografía* de Polibio revela que no había una gran diferencia entre los temas tratados en sus otros libros, que sí han llegado hasta nosotros. Polibio (V 5) se mostraba tajante en sus *historias* en la necesidad e importancia de la geografía, porque el clima y el medio eran los únicos elementos que tenían en común los hombres: «*Porque como en las guerras, bien sean por mar, bien por tierra, se engañan los más por no hacer distinción de los lugares, y nuestro propósito es el que todos sepan, no tanto lo que pasó, cuanto el cómo se hizo; creemos que en ningún acontecimiento se debe omitir la descripción del sitio, y mucho menos en asuntos militares, ni dejar de expresar ciertas señales, ya de puerto, mar o isla, ya de templo, monte, denominación de país, o por último diferencia de clima, puesto que éstas son las nociones más comunes a todos los hombres, y el único medio de conducir los lectores al conocimiento de lo que ignoran, como ya hemos mencionado*». La geografía, por lo tanto, es inseparable de la historia para Polibio. De igual forma, Floro (*Praef.*, 3) establece una relación indisoluble cuando compara su compendio de la historia de Roma con la representación geográfica del mundo que se hace en pequeñas pinturas (mapas). Orosio (V 2.6) quería escribir una historia universal de la humanidad, pero su introducción geográfica demuestra que también quería ser universal en su concepción del espacio²².

17 MORGAN, M. G., «Tacitus on Germany: Roman History or Latin Literature», en *Literature and History*, Boston 1983, p. 87-118, defiende que la delimitación entre ambas fue borrosa debido a la importancia de la retórica.

18 SECHI, M., *La costruzione della scienza geografica nei pensatori dell'antichità classica*, Roma 1990, p. 35-51.

19 MERRILLS, A. H., *History and geography in late antiquity*, Cambridge University Press 2005, p. 7.

20 CLARKE, K., *Between Geography and History. Hellenistic Construction of the Roman World*, Oxford 1999, p. 1-76; ROMM, J. S., *op. cit.*: «*The Greeks tended to correlate historic time with geographic space*» (p. 47).

21 Cf. VIANA, J., «ESTRABÓN (1977-1999)», *Eclás* 116, 1999: «*Estrabón es historiador antes que geógrafo*» (p. 84).

22 Cf. JANVIER, Y., *La géographie d'Orose*, París 1982; CORSINI, E., *Introduzione alle storie di Orosio*, Turín 1968.

Una tierra, por exótica que sea, es menos interesante sin grupos humanos que la habiten. La tierra influye en la especie que la habita y el grupo humano define a su vez el espacio²³, pudiendo ser fértil o estéril por su naturaleza o salvaje y civilizada²⁴ por el carácter del grupo que la puebla. Pero lo incuestionable es que cuando más nos alejemos de la civilización más salvaje es la tierra que se habita²⁵.

A la vez, por paradójico que suene, en la antigüedad los grupos humanos no siempre son situados espacialmente en virtud de la geografía, sino que éstos son los que ubican las regiones: La tierra de los Hiperbóreos puede ser localizada con facilidad porque se sabe que viven en los límites septentrionales del mundo; lo mismo ocurre con los etíopes en el sur, los indios en el este y los celtas en el oeste, siendo verdaderos pueblos-frontera. Esta fuerte interacción entre la tierra que habitaban los hombres y su propia cultura implicaba que cuando el historiador estaba definiendo a un grupo humano también estaba haciendo lo propio con el espacio y viceversa, por lo que podía desempeñar a la vez la función de historiador y de geógrafo.

De hecho, el método de un geógrafo y un historiador era él mismo. En la famosa obra de Antoine de Saint Exupéry, *El principito*, el protagonista se sorprende cuando llega al planeta de un geógrafo y descubre que éste no tiene ningún interés en ver personalmente los lugares que configuran su objeto de estudio. De igual modo, Kant se hizo célebre por ser uno de los primeros catedráticos de geografía física y no haber pisado en su vida una montaña. Lo cual habría resultado inconcebible en la Grecia Clásica. *Conditio sine qua non* de todo geógrafo fue viajar a las regiones sobre las que escribía para poder tener un conocimiento directo del tema. Es este conocimiento empírico lo que le capacita para realizar su tarea y, al mismo tiempo, aumenta su credibilidad ante las generaciones futuras. Poco importa que se le tachase posteriormente de fabulador, lo importante era que había estado allí, por lo que tendría que ser creído y utilizado. Algo similar ocurría con el historiador, en ausencia de universidades, lo único que podía capacitar a un individuo para escribir sobre los hechos históricos era emplear las fuentes adecuadas o haber tenido una experiencia directa sobre el lugar y los acontecimientos sobre los que escribía. La *autopsia*²⁶ fue el procedimiento empleado tanto por el historiador como por el geógrafo para justificar su capacitación profesional, y dado que el oficio del historiador y geógrafo en la Grecia Clásica nunca estuvo amparado por el estado, era mayor su libertad para escribir y su necesidad de demostrar su valía para poder lograr su subsistencia. Lo que aumentaba la rivalidad y la naturaleza agonal de la ciencia griega antes del helenismo.

Ambas disciplinas comparten también otro defecto como consecuencia de su apego por la autopsia, la imposibilidad de contrastar datos. Lo que ha ocurrido no puede ser ni revivido ni recuperado. Sumergirse en el pasado implica nadar en aguas mentales muy turbias. Trascender el tiempo hace que las horas se conviertan en días, los días en semanas, las semanas en meses, los meses en años y los años en siglos. El autor que escribe sobre hechos alejados de su época depende, en gran medida, de sus fuentes, cuanto mayor es la distancia temporal mayor es su dependencia. Lo mismo ocurre con la geografía, no sólo porque la tierra está sometida al cambio, por fenómenos terrestres o por la acción del hombre, sino por su enorme tamaño.

23 HERÓDOTO I 78: «La tierra de Cresos»; 209: «Tierra de los Masagetas».

24 HERÓDOTO II 34: «Tierra culta y poblada».

25 HARTOG, Fr., *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, Méjico, FCE 1999, p. 166-167, la palabra *ágrios*, que designa lo salvaje originariamente se empleaba para la tierra sin cultivar.

26 Cf. NENCI, G., «Il motivo della autopsia nella storiografia greca», *SCO* 3, 1953, p. 22-46; SCHEPENS, G., *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du Ve siècle avant J.-C.*, Bruselas 1980.

El geógrafo debe viajar para conocer el mundo, pero le resulta imposible hacerlo a todos los lugares; la literatura se encargaría de cubrir los espacios que la mirada del geógrafo no puede²⁷. Por eso tiene que recurrir a los testimonios de otros autores. Cuando más grande sea su objeto de estudio, es decir, cuando más universal sea la geografía o la historia que escriba, mayor será su dependencia de otros geógrafos y viajeros²⁸, por poca que sea su credibilidad, obteniendo como resultado una geografía más teórica y libresco que autóptica. En conclusión, para ser considerados veraces el geógrafo y el historiador deben de poder testimoniar y, en caso de no poder hacerlo, deben emplear fuentes que subsanen esa carencia, dándose la curiosa circunstancia de que cuanto mayor sea su dependencia más críticos serán para poder ocultarla.

Además, comparten la obligación de situar en el espacio y en el tiempo a sus lectores, y para poder hacerlo recurren a diferentes ciencias auxiliares. El historiador debe ubicar temporalmente a cuantos se adentran en el pasado. Los espacios temporales en los que se circunscribieron las vidas de los grandes hombres pueden ayudar a delimitar de forma rudimentaria el período temporal, pero para hacerlo con mayor precisión se tiene que recurrir a la cronología. El geógrafo, en cambio, debe hacerlo espacialmente. Los accidentes naturales, montañas, ríos y valles son los elementos de referencia más sencillos para sus fines, pero cuando la descripción se aleja del área conocida por la comunidad es preciso recurrir a otros métodos para delimitar y fijar el espacio. La cartografía es la encargada de llenar este vacío. Sin embargo, al no tener una gran extensión entre el gran público en la antigüedad, sólo fue empleada por las élites o por las personas instruidas, por lo que la localización de los espacios siempre fue mucho más difusa que la de los hechos históricos. Ahora bien, el «historiador antiguo» también debe describir el espacio de las tierras extranjeras, sobre todo cuando son desconocidas por sus lectores al estar en los confines (Cf. HERÓDOTO III 106) y el «geógrafo antiguo» debe de recurrir a la cronología para ubicar temporalmente los datos que cuenta. Todo lo cual nos vuelve a reafirmar en nuestra creencia en la ausencia de una separación real entre ambas disciplinas.

Siempre hay que tener presente que el espacio no es una realidad neutra ni para el historiador ni para el geógrafo²⁹. La subjetividad está más que presente cuando tienen que describir sus patrias, sus hogares, sus geografías. Esta subjetividad puede afectar de varias maneras al autor, ampliando los datos, exaltando su tierra o criticándola con dureza. Pero siempre su realidad inmediata será el espacio que le servirá como modelo para crear su imagen del mundo, al igual que los ciegos reconstruían la forma del elefante a partir de una sola de sus partes.

27 JACOB, Ch., «Carte greche», en *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. 47-68; p. 53-56, destaca que en la cartografía antigua conflúan la información procedente del ojo (la autopsia) y la del oído (los relatos). La tradición literaria se encargaría de rellenar los vacíos dejados por el ojo humano.

28 Sobre la desconfianza de los geógrafos antiguos por los relatos de los viajeros. Cf. POLIBIO IV 42.7; ESTRABÓN I 2.23; PTOLOMEO, *Geografía* I 11.7.

29 LLOYD, G. E. R., «Right and Left in Greek Philosophy», *JHS* 82, 1962, p. 56-66, la derecha podía ser asociada con lo masculino y la izquierda con lo femenino; VIDAL NAQUET, P., *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, Barcelona, Península 1983, la derecha era el lugar donde tradicionalmente se concentraban las mejores tropas por su carácter positivo; CHOZA, J., «Medicina, geografía y geometría. Los espacios de la salud y la enfermedad», *THÉMATA* 40, 2008: «Los espacios nunca son neutros desde el punto de vista del hombre. Arriba/abajo se corresponden con cielo/infierno, bueno/malo con diestro/siniestro, y aquí/allí o nosotros/ellos se corresponde con cosmos/caos» (p. 155).

IMPERIALISMO Y GEOGRAFÍA

Una curiosa paradoja propia de la geografía antigua, es que, pese a su apego a la tradición o al concepto del eterno retorno, el hombre del mundo grecorromano fue consciente de cierto progreso en el conocimiento de la superficie terrestre. Eratóstenes sabía que las campañas de Alejandro Magno supusieron una ampliación del mundo conocido. De igual modo, Estrabón (I 2.1) vinculó una nueva extensión del orbe con las conquistas romanas (Cf. POLIBIO III 59). Los autores latinos pudieron ensalzar el espacio romano en sus obras, porque intuyeron la estrecha relación existente entre la expansión militar y el conocimiento del entorno geográfico. Los romanos, como todos los grandes imperios, descubrieron, muy pronto, que tanto para conquistar como para gobernar un territorio había que conocerlo³⁰. En esta labor desempeñaron un papel clave los agrimensores romanos y los geógrafos griegos. Los generales podían conquistar el espacio gracias, en parte, al conocimiento encontrado en los libros y sobre todo en los mapas (VEGECIO III 6). Estrabón justificaba la utilidad de su *Geografía* porque era de interés para los hombres de estado y Plinio (*Prefac.*, 16) decía que su *Historia Natural*, en la que había muchos datos geográficos, era más útil que amena. De igual modo, salvando las distancias, cuando Francisco Javier marchó a Cipango (Japón) para extender el dogma católico, leyó antes cuanta información pudo encontrar sobre la región, como la obra de Marco Polo³¹. En todos estos casos se entiende que la geografía es un instrumento de gran utilidad que debe de ser conocido para obtener la conquista.

No obstante, debe de admitirse que, en cierta manera, era muy limitada la información que los gobernantes y los militares podían obtener de la geografía literaria. Baste recordar el juicio de Estrabón (II 5.8) sobre la poca utilidad que podía tener para las tareas del gobierno el conocer los dudosos límites septentrionales del mundo. De provecho podían resultar los aciertos que se encontraban en los textos griegos o en los mapas cargados de simetría, pero ¿qué resultado tuvieron los errores en la creación de la cosmovisión de la sociedad romana?³² En cierto modo, el militar que viajaba y observaba el territorio para domeñarlo tenía un conocimiento directo del terreno, que le convertía en una fuente de información geográfica más válida que la opinión del comerciante³³ e incluso que del geógrafo de despacho, puesto que, como hemos dicho con anterioridad, la *autopsia* era el principio de autoridad que capacitaba a una persona para escribir sobre lo que había visto, o, dicho de otra manera, ver era lo que le posibilitaba escribir. No obstante, durante muchos siglos las principales fuentes de información geográfica y etnográfica procedieron de militares romanos que habían tenido un conocimiento directo sobre el terreno (César, Arriano, Corbulón, Amiano Marcelino, etc.). De esta manera, se creaba uno más de los muchos fenómenos sinérgicos que caracterizan a la geografía del mundo antiguo: el general tiene que recurrir al erudito para conquistar el territorio que va a invadir, pero, una vez conquistado, el general obtiene una experiencia (*empeiría*) que hace que el sabio posterior tenga que valerse de su testimonio. Por lo tanto, la evolución de cada una de estas disciplinas, la militar

30 NICOLET, Cl., *op. cit.*, p. 95.

31 LIDIN, O. G., *Tanegashima: The arrival of Europe in Japan*, Copenhague 2002, p. 29; LISÓN TOLOSANA, C., *La fascinación de la diferencia*, Madrid, Akal 2005, p. 11-12.

32 Cf. MOYNIHAN, R., «Geographical Mythology and Roman Imperial Ideology», en *The Age of Augustus*, Providence 1985, p. 149-162.

33 ESTRABÓN III 5.6: «...porque lo verosímil es que prevaleciera la fama de este nombre si se lo hubieran dado primero generales, no comerciantes».

y la geográfica, repercutirá ineludiblemente en la otra. Una expedición como la de Trajano en Persia podía provocar que el público romano acrecentara su interés por dicha zona, demandando obras sobre el lugar o más concretamente sobre personajes como el Alejandro Magno de Flavio Arriano, que había conquistado todo el reino persa³⁴. No fue casualidad que cuando se detuvo la expansión militar también lo hiciesen los avances en el conocimiento del entorno³⁵.

GEOGRAFÍA, RELIGIÓN Y MITOLOGÍA

Desde sus orígenes la geografía ha estado sorprendentemente ligada a la mitología³⁶. La razón reside en la naturaleza de los mitos griegos, que mayoritariamente son etiológicos, es decir, suelen explicar las causas o los orígenes de hechos, personas, fenómenos, pero sobre todo de lugares. Los orígenes de las erupciones del Etna, del estrecho de Gibraltar, de la cordillera del Atlas o de los Pirineos eran explicados con argumentaciones mitológicas³⁷. En otros casos sus protagonistas estaban asociados directamente con un lugar o con un espacio: Atenea estaba fuertemente vinculada con la laguna Tritónide, las Hespérides con Occidente, Hércules con las Columnas que llevan su nombre, Diónisos con la India, o incluso podían tener nexos de unión con el mundo subterráneo, como cuando los héroes descendían a los infiernos en sus famosas *Katábasis*, la bajada al inframundo. De hecho, el héroe griego se caracteriza por domeñar el espacio, por trascender la esfera divina y la humana, como Belerofonte cuando ascendió a los cielos (TZETZES, *Chil.*, VII 856; PÍNDARO, *Isthm.*, VII 44; HIGINO II 18) o Teseo cuando bajó a los infiernos (HIGINO, *fab.*, 79). Pero para que el oyente comprenda adecuadamente las hazañas del héroe, debe poder ubicarlas conforme a un rudimentario mapa mental (norte-sur, oeste-este, mundo-isla, mundo-esférico, etc.) construido según las bases culturales de su civilización. La escasa generalización de mapas en el mundo antiguo impidió que la imagen mental del mundo fuese homogénea³⁸, de tal modo que, lejos de unas referencias básicas propias de las dadas por la órbita solar o los vientos, cada persona tenía que construirse su propia visión del mundo y su propia geografía. Esta realidad conllevaba que un espacio de la geografía mítica como los montes Ripeos o los Hiperbóreos pudieran estar en algunos autores al norte de Europa (DAMASTES DE SIGEO, *fr.* 1; DIONISIO PERIEGETA 315), Asia (P. MELA III 36-7) o simplemente no existir (ESTRABÓN VII 3.1). Los fuertes lazos existentes entre la mitología

34 RUGGINI, L. C., «Sulla cristianizzazione cultura pagana: il mito greco e latino di Alessandro dall'età Antonina al Medioevo», *Athenaeum* 43, 1965, p. 3-80, sitúa la traducción latina de la leyenda de Alejandro hecha por Valerio Flaco en tiempos de los sucesores de Constantino, que planearon invadir Persia.

35 NICOLET, CL., «Il modello dell'Impero», en *Storia di Roma IV. Caratteri e morfologie*, Einaudi, Turín 1989, p. 459-486; p. 464, señala que los emperadores asesinaron al Imperio ante la ausencia de conquistas.

36 RAMIN, J., *Mythologie et géographie*, París, Les Belles Lettres 1979, p. 7. Cf. BRIOSO SÁNCHEZ, B., «Geografía mítica de la Grecia antigua (I)», *PHILOLOGIA HISPALENSIS* 8, 1993, p. 193-213; BRIOSO SÁNCHEZ, B., «Geografía mítica de la Grecia antigua (II)», *PHILOLOGIA HISPALENSIS* 9, 1994, p. 187-209, quien destaca que originariamente la geografía mítica fue un ámbito secundario y no un fin en sí misma. Sólo cobraba sentido en el contexto del relato en dónde se insertaba la información. Cualquier precisión geográfica en el terreno mítico puede ser meramente ilusoria, pues un lugar mítico está, pero de él no siempre se podrá decir que está ahí.

37 Etna (APOLODORO I 6.3; OVIDIO, *Metamorfosis* V 352); Gibraltar (SÉNECA, *Hercules Furens* 235ff; *Hercules Oetaeus* 1240; PLINIO, *Nat. Hist.* III 4; DIODORO IV 18.5); Atlas (HOMERO, *Odisea* I 53-4; EURÍPIDES, *Heraclis* 405-7; APOLODORO I 2.3; OVIDIO, *Metamorfosis* IV 653-55); Pirineos (SILIO ITÁLICO III 420).

38 Cf. ARNAUD, P., «Pouvoir des mots et limites de la cartographie dans la géographie grecque et romaine», *DHA* 15, 1989, p. 10, quien señala que la escritura y la cartografía compartieron el monopolio de la representación del mundo en la antigüedad.

y la literatura provocaron que el contenido de estos mitos fuese evolucionando y cambiando a lo largo del tiempo, siendo diferente dependiendo del autor³⁹. Esto, junto con la ausencia de una casta sacerdotal que controlase el dogma⁴⁰, conllevó que, a diferencia del mundo hebreo o cristiano, las cuestiones geográficas ligadas a la mitología griega no tuvieran un carácter sacro. Tanto si se creía como si no en el periplo de Menelao, no había problema para situarlo en el Mediterráneo (HOMERO, *Odisea* IV 81-5) o en el Atlántico (CRATES DE MALOS = ESTRABÓN I 2.31-32). Lo mismo ocurría con Nisa, la ciudad natal del dios Diónisos, que podía estar situada en Etiopía (HERÓDOTO II 146), Arabia (DIODORO III 66) o en la India (ARRIANO V 1.2)⁴¹. Los mitos eran el material del que conformaba la tradición y resultaba más fácil alterarlos que desecharlos.

La ligazón entre la mitología y la literatura posibilitó que los mitos fuesen reubicados numerosas veces a lo largo de la historia griega. Los ejemplos más claros fueron los viajes de Hércules, Odiseo y Diónisos. Gracias a esta realidad, en tiempos de Alejandro Magno, el fin del mundo, el espacio por excelencia relacionado con héroes como Prometeo, Hércules y Diónisos, pudo ser redefinido y reubicado en la India. La consecuencia de todo esto es que, dado que los mitos podían ser reescritos, y por lo tanto modificados espacialmente, cualquier escritor del mundo antiguo podía alterar y modificar el espacio conforme a las habilidades de su intelecto y según se lo permitiera la tradición. Dicho de otra forma, hubo tantos geógrafos como autores y tantas geografías como personas. Desde esta perspectiva, la tradición literaria, siempre antes de ser fijada, ofrecía una multitud casi infinita de variaciones. Siempre y cuando se respetasen algunos preceptos incuestionables. Helena podía haber ido a parar a Troya como decía Homero o haber pasado toda la guerra en Egipto como decía Estesícoro (PLATÓN, *Fedro* 243b), pero lo indiscutible es que había sido el *casus belli* de la guerra de Troya.

Sin embargo, una cosa era alterar la situación de unos mitos y otra muy diferente la cosmovisión que la religión y los ritos cívicos establecían, pues la geografía estaba igualmente unida a ambos. De hecho, una de las leyendas más bellas de la religión griega contaba que queriendo medir Zeus la superficie del mundo soltó dos águilas desde sus extremos que, finalmente, acabaron encontrándose en Delfos. De tal modo que la ciudad de Delfos quedaba establecida como centro del mundo y Zeus como el primer geómetra de la historia⁴², el primer precursor de Eratóstenes y Posidonio. La religión establecía que existía un centro y que la tierra podía y debía ser medida.

La religión griega siempre estuvo muy ligada a la naturaleza. Ríos como el Alfeo o el Escamandro no dejaban de ser deidades. Lo mismo ocurría con los cuerpos celestes que, según Aristóteles (*Metafísica* 1074b), fueron considerados divinidades. En cierta forma, sus dioses fueron representaciones de los fenómenos naturales y, al mismo tiempo, del espacio geográfico. La famosa frase de Tales de Mileto «*Todo está lleno de dioses*»⁴³ bien valdría para explicar la intensa conexión entre la religión tradicional y el espacio geográfico.

39 Cf. GARCÍA GUAL, G., *Mitos, viajes, héroes*, Madrid, Taurus 1981, p. 9-31; GARCÍA GUAL, G., *La mitología. Interpretaciones del pensamiento mítico*, Barcelona 1989, p. 32-42. Cf. PÍNDARO, *Olímpica* I 30-53, donde el poeta se niega a aceptar la visión tradicional de un mito y lo altera según sus propias creencias.

40 Cf. DETIENNE, M., *Los maestros de la verdad en la Grecia arcaica*, Madrid, Taurus 1983.

41 Cf. OTTO, W. F., *Dioniso: mito y culto*, Madrid, Siruela 1997, p. 52.

42 JACOB, Ch., «L'oeil et la mémoire: sur la Périégèse de la terre habitée de Denys», en *Arts et légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétoriques du monde*, París 1981, p. 26-27.

43 DIÓGENES LAERCIO I 24; ARISTÓTELES, *De ani.*, 405a; 411a.

No es casualidad que, de los pocos casos de persecución a intelectuales en el mundo antiguo por juicios de impiedad (*asebeía*), la mayoría lo hayan sido por cuestiones geográficas, como decir que el sol era una piedra incandescente (Anaxágoras) o que la tierra no se encontraba en el centro del Universo (Aristarco). Cambiar las viejas concepciones espaciales del hombre antiguo implicaba también modificar sus creencias religiosas. Desde esta perspectiva, los estoicos tuvieron razón al convertir a Homero en el fundador de la geografía, puesto que al ser el padre del panteón griego, también lo fue de sus primeras concepciones del mundo y del espacio.

GEOGRAFÍA Y MEDIO

De igual modo, siempre existió una fuerte interacción entre el hombre y el medio. Los griegos eran muy conscientes de la influencia del medio en el ser humano. El tratado pseudo hipocrático *Sobre los aires, los lugares y las aguas* fue una de las primeras obras occidentales donde se defendió que el clima podía alterar o modificar el espíritu de un pueblo. Dependiendo de la localización de una sociedad en un clima frío o cálido, mayor o menor sería su grado de desarrollo o de barbarie. El encontrarse en un clima templado como el griego, ni demasiado frío ni demasiado caluroso, sería una de las razones expuestas por los intelectuales griegos para justificar su superioridad sobre las otras naciones y, al mismo tiempo, para desarrollar la noción del otro, el bárbaro.

Ahora bien, también se sabía que el hombre podía cambiar el medio con sus actos. La aparición de extensas áreas desérticas, como el Sahara, se explicaba de forma mítica. Faetón había acercado demasiado el carro del Sol a ese lugar (OVIDIO, *Metamorfosis* II 19-328; PLATÓN, *Timeo* 22c; ARISTÓTELES, *Meteor.*, 345a). De igual modo, podemos encontrar otras historias que reflejan una fuerte creencia en la degeneración de la naturaleza por la acción del hombre. Eratóstenes nos habla de la deforestación de Chipre (ESTRABÓN XIV 6.5), y Platón (*Critias* 111 b-d) al comparar la antigua fertilidad del suelo del Ática con su estado actual la califica como los huesos de un cuerpo enfermo. Sin embargo, el hombre antiguo también podía alterar positivamente el medio introduciendo nuevos cultivos y animales en distintos biosistemas⁴⁴. Al fin y al cabo, la creación en el propio medio natural era una forma de plasmar el dominio del hombre sobre la naturaleza.

La fuerte percepción de la degradación de la naturaleza era una consecuencia más del pensamiento grecorromano, nos referimos a la Edad de Oro. Este concepto fue una de las ideas rectoras del mundo antiguo. La degeneración progresiva era evidente cuando se tenía la certeza de que antiguamente, en un pasado indeterminado y primigenio, la humanidad había podido conseguir su alimento sin la necesidad de arar la tierra. En la Edad de Oro la fertilidad era tan grande que el hombre no tenía que ganarse su sustento con el sudor de su frente. Hasta que la Edad de Oro volviese, la degeneración del suelo sería una constante. Hesíodo en sus *Trabajos y los días* escenificaba su creencia en el ocaso que atravesaba la humanidad a través de la imagen de la sucesión de edades, una decadencia que se caracterizaba por estar expresada con una gradación metálica. Igualmente, los grandes imperios nacían, prosperaban y caían. Esta percepción cíclica del tiempo y de la civilización estaba ampliamente ligada a la alternancia de las estaciones. El espacio no se libró tampoco de esta creencia. Pero la mente del hombre antiguo podía imaginar

44 TEOFRASTO, *Historia de las plantas* II 2.10; III 3.5; IV 5.6; PLINIO XVI 111; 135. Sobre el tema de la relación del hombre grecorromano con el medio ambiente cf. KWIATKOWSKA, T., *Mundo antiguo y naturaleza*, Méjico, Plaza y Valdés 2001, p. 23-24.

lugares donde la fertilidad del suelo y el clima beatífico habían permanecido intactos. Era fácil creer en la existencia de estos reductos si se daba por supuesto la existencia de la Edad de Oro. Los lugares más alejados del Mediterráneo, pero sobre todo las islas, eran los espacios favoritos de los griegos para ubicar estos oasis, en los que la acción del tiempo pasaba inadvertida.

No obstante, la fuerte conexión entre la naturaleza y el hombre provocaba que la humanidad también compartiese su declive. Plinio (VII 73-74) había notado que cada vez los hombres nacían con una menor estatura y como prueba de ello citaba el enorme esqueleto de Orestes encontrado por los espartanos. Aristóteles (*Política* 332b) había dicho que los dioses y héroes del pasado eran más altos que los hombres actuales. La vida también se había acortado, pues las Edades metálicas tenían su correspondiente raza. La degradación de la humanidad es la prueba tangible de que ésta no es más que un espacio viviente dotado de movimiento.

ESPACIO Y OIKOUMENE

Ni los griegos ni los romanos, que heredaron su geografía, tuvieron una única forma de concebir y referirse al espacio. Los griegos emplearon las expresiones *kenós* o *cháos* para representar el espacio vacío o absoluto carente de personas o cosas. *Chóros* fue el término que se utilizó para describir el espacio relativo, mientras que los romanos emplearon la palabra *spatium*. *Chóros* puede ser traducido como país, espacio, región, área, etc. Es el límite de la extensión de una cosa o cosas, el contenedor o receptáculo de un elemento⁴⁵. *Tópos* es un lugar, con un límite muy claro⁴⁶. Por lo que puede verse que los griegos supieron diferenciar entre el espacio vacío o con actividad humana⁴⁷. Tucídides (I 18) escenifica muy claramente esta realidad cuando dice que los atenienses, siendo obligados a dejar su *pólis*, embarcaron en sus naves convirtiéndose en un pueblo de marinos. Los atenienses, y cualquier otro colectivo cuya ciudad hubiese sido destruida, podían seguir conservando su identidad, porque una ciudad estaba compuesta de dos realidades, la espacial y la humana⁴⁸. Los romanos también distinguían entre la «*civitas*», el conjunto de ciudadanos vinculados por un derecho común, y la «*urbs*», el espacio donde se asienta la misma. La ciudad es ante todo una comunidad política formada por hombres libres, que lo son a su vez porque viven en la ciudad (ARISTÓTELES, *Política* 1253a; 1279a). No hay espacio sin actividad humana, pero tampoco hay humanidad fuera de su espacio natural, la ciudad-estado.

Siendo el factor humano lo que realmente daba sentido y a la vez configuraba la realidad espacial, no era extraño que los griegos distinguiesen entre aquellas zonas del mundo que estaban habitadas por el hombre y las que no. De este modo, surgió el concepto de *oikoumene*, el mundo habitado⁴⁹. Pero la *oikoumene* no es sólo un espacio para la vida del hombre y de su actividad. Es el lugar donde se concentra el mundo civilizado, lo que implica que cuanto

45 LUKERMANN, F., «The Concept of Location in Classical Geography», *Annals of the Association of American Geographers* 51 (2) 1961, p. 200.

46 CASEVITZ, M., «Remarques sur l'histoire de quelques mots exprimant l'espace en grec», *REA* 100 (3-4) 1998, p. 417-435.

47 SIMPLICIO, *Phys.*, 618.20: «*Algunos hacen el espacio igual en extensión al cuerpo cósmico y afirman de él que aunque esté vacío por su propia naturaleza, está siempre lleno de cuerpos, pudiendo considerarse sólo teóricamente como existiendo por sí mismo. Ésa es la opinión de muchos de los filósofos platónicos y creo que Estratón de Lámpsaco era de la misma opinión.*»

48 AUJAC, G., «Les très grandes villes chez les géographes grecs», *MEFRA* 106, 1994, 862ss.

49 GISINGER, F., «Oikoumene», *RE* XVII 2, 1937, cols. 2123-2174.

más lejos se vaya de este punto, más rápidamente aumentará la barbarie y el salvajismo de los pueblos que componen la tierra. La noción de *oikoumene* lleva implícita en su naturaleza el concepto de centro y periferia. El mundo griego ocupa el centro, algo lógico si tenemos en cuenta que fueron ellos quienes desarrollaron esta concepción; mientras que los pueblos que se diferencian del griego, por su modo de vida y sus costumbres, son llevados a las fronteras del mundo habitado, donde se encuentra lo diverso, lo bárbaro. Por lo tanto, la *oikoumene*, no es sólo un espacio físico, sino también una frontera cultural.

El espacio podía igualmente ser entendido como una realidad relativa o absoluta, pero también podía ser identificado con la propia divinidad, como en este pasaje de Filón de Alejandría: «*Hay una triple noción de lugar, primero como espacio lleno de cuerpo, en segundo lugar como el orden divino mediante el que Dios ha impregnado totalmente todo con facultades incorpóreas... y su tercer significado es el propio Dios que se denomina lugar porque envuelve el Todo sin ser envuelto por nada*» (*De somniis* I 62-3). En cierto modo, la reflexión de Filón era lógica, una vez que se había dado por segura, tal y como hacían los estoicos, la existencia del *Pnéuma*, fuerza que invadía el cosmos convirtiéndolo en un organismo dinámicamente interactuante, sólo había que dar un paso más para divinizarlo. En cualquier caso, seguía implicando que el espacio no era una realidad ajena a la especie humana, pues el *Pnéuma* también se encuentra en el hombre.

GEOGRAFÍA Y ASTRONOMÍA

El hombre antiguo sabía que estaba condicionado por los factores climáticos, pero también por los fenómenos astronómicos⁵⁰. Los antiguos creyeron que los cuerpos celestes podían influir en la esfera humana⁵¹. Un pasaje del *Tetrabiblos* de Ptolomeo (II 3) refleja hasta qué punto se pensaba que estaba conectado lo que ocurría en el mundo humano con el movimiento de los astros. En otras palabras, la geografía también tuvo un idilio con la astrología y la astronomía. Fue esta fuerte convicción, la unidad de las esferas celeste y terrestre, lo que favoreció el desarrollo de la geografía astronómica⁵². Un tipo de geografía diferente a la geografía literaria, pero con la que coexistió en el tiempo. Sería un error pensar que la geografía matemática era incompatible con la literaria o que era mucho más «científica» que la literaria y, por lo tanto, más verídica. La geografía literaria tenía su propio sistema de verificación de datos, la autopsia, que, como hemos visto, se apoyaba en la experiencia (*empeiría*) para poder trabajar. La observación fue el mismo método que se empleó en la geografía matemática, y rara vez se recurrió a la comprobación o la experimentación como hiciese Eratóstenes. Además, estas distintas formas de hacer geografía podían encontrarse en un mismo autor, como Eratóstenes o Posidonio, que supiera combinar los relatos etnográficos con la observación de los astros.

Trabajos como los de Eudoxo de Cnido, Aristarco de Samos, Eratóstenes de Cirene, Hiparco de Nicea o Claudio Ptolomeo, apoyados en el estudio y en seguimiento de las estrellas,

50 SHAHAR, Y., *Josephus Geographicus: The Classical context of geography in Josephus (Texts & studies in Ancient Judaism)*, Tubinga 2004, p. 8.

51 Sobre este tema pueden consultarse los siguientes trabajos de PÉREZ JIMÉNEZ, A., «La tiranía de los astros sobre el cuerpo humano: Melotesia zodiacal», en *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica*, Universidad de Granada 1996, p. 263-286; PÉREZ JIMÉNEZ, A., «La imagen celeste de la ecumene. Geografía zodiacal y planetaria», en *Los límites de la tierra: El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid 1998, p. 177-219.

52 Sobre la geografía astronómica Cf. DICKS, D. R., *Early Greek Astronomy to Aristotle*, Londres 1970; NEUGEBAUER, O., *A History of Ancient Mathematical Astronomy*, Berlín-Heidelberg-Nueva York 1975; LLOYD, G. E. R., *Early Greek science: Thales to Aristotle*, Nueva York 1970.

desarrollaron la ciencia geográfica más que ningún otro método del mundo antiguo en algunos aspectos claves: la localización de lugares y la elaboración de cartas geográficas. De hecho, su afición por la observación astronómica, la geometría, las matemáticas y la cartografía hace que se pueda hablar con propiedad de la tradición cartográfica de Alejandría⁵³.

Aunque si la astronomía floreció en el período helenístico fue gracias a que se conocieron las observaciones que habían sido realizadas, anteriormente, por los babilonios. Trabajos que, paradójicamente, se realizaron con la creencia de que servían para conocer lo que tenía que ocurrirle a la humanidad mediante la adivinación. Lo cierto es que esta corriente de misticismo nunca fue completamente nueva para las matemáticas griegas, pues siempre estuvieron cargadas de religiosidad en sus orígenes, como en el caso de los pitagóricos. Esta fe ciega en las matemáticas tuvo la contrapartida de potenciar el pensamiento abstracto y teórico frente al empírico al considerar que se podía llegar a la verdad sin la verificación de la información por los sentidos⁵⁴.

En cualquier caso, la astronomía se convirtió en un elemento imprescindible para el geógrafo: «Por tanto el geógrafo debe confiar, en lo que se refiere a los principios, en los geómetras que han medido la Tierra entera, éstos a su vez en los astrónomos y éstos en los físicos» (ESTRABÓN II 5.2).

GEOGRAFÍA Y FILOSOFÍA

La filosofía fue de todas las ramas de la ciencia antigua la que más se esforzó por comprender el espacio y la posición que ocupaba el hombre en el mundo. Pero la relación del hombre con el medio no se limitaba a la filosofía ni a su mutua interrelación ni a su influencia en la forma de entender el tiempo. La ciencia occidental arranca cuando los primeros filósofos, como Tales de Mileto, Anaxímenes o Anaximandro, comenzaron a cuestionarse la realidad e intentaron comprender y encontrar la materia de la cual se componía el mundo. La filosofía enseñaba que el ser humano estaba compuesto de tierra (HIPÓLITO, *Ref.* i 14, 3), agua (ARISTÓTELES, *De Caelo* 294 B; *Metafísica* 983 B), fuego (CLEMENTE, *Strom.* v 104, 1; PLUTARCO 388D) y aire (DIÓGENES LAERCIO II 3; ARISTÓTELES, *Metafísica* 984 a; HIPÓLITO, *Ref.* i 7, 1). Esto implicaba que no sólo existía una interdependencia entre el hombre y el medio, la naturaleza y el ser humano eran una misma cosa, un único principio (*arché*). Conocer el espacio también implicaba conocer la esencia del hombre⁵⁵.

Curiosamente los impulsos o los retrocesos que sufrió la geografía antigua procedieron de las escuelas filosóficas más importantes. La escuela de Mileto, la escuela del Liceo, la estoica o la epicúrea fueron los centros más importantes del saber geográfico de la antigüedad. Hasta en la escuela socrática se habría enseñado geografía, si damos fe al satírico testimonio de Aristófanes (*Nubes* 203-220). Al carecer la geografía de un método propio fuera de la autopsia, el sistema filosófico de estas corrientes se encargó de dar una base teórica y unos fundamentos más sólidos para la comprensión del espacio. Sin embargo, por la ascendencia de la filosofía, se prefirieron siempre formas de especulación teóricas, antes que acudir a la experimentación o a la demostración.

53 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008, p. 137-168.

54 LOT, F., *El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media*, Méjico 1956.

55 Sobre este tema puede consultarse la sugerente obra de GLACKEN, C. J., *Histoire de la pensée géographique. L'antiquité I*, París 2000.

Además, las escuelas filosóficas inventaron una nueva forma de hacer geografía que perduraría en el tiempo, la utopía o geografía mítica. En este género, se creaba un espacio artificial, nacido de la mezcla de diversos elementos propios del imaginario colectivo griego, como la Edad de Oro o el estado ideal. Pero, ante todo, era una forma de contraponer el espacio griego con el imaginario. La Atlántida de Platón, la Persia de Jenofonte o la India de Onesícrito son espacios imaginarios que recrean «un deber ser» antes que una realidad espacial concreta. El geógrafo/filósofo enfrenta a sus lectores con una sociedad diferente a la suya, con la doble intención de hacerles conocer otras realidades y que, al mismo tiempo, tomen conciencia de cómo es realmente su mundo y cómo podría ser.

Marina Sechi⁵⁶ afirma que la figura del filósofo antiguo no se corresponde a la imagen que tenemos del filósofo moderno y, aún menos, a la del geógrafo. La *polymatheía*, la amplitud de conocimientos, fue una característica común del sabio y del filósofo. El *polímatos* (el que sabe muchas cosas) fue el ideal buscado por todos los grandes pensadores de la antigüedad, y pocas veces alcanzado. La consecuencia fue que nunca existió una separación tajante entre las diversas disciplinas, y nunca se potenció de forma aislada ninguno de los numerosos campos que conformaban la geografía. Era sumamente difícil encontrar un hombre como Eratóstenes que pudiese ser llamado β , por ser el segundo en todo lo que hacía, pero era imposible encontrar una α , un especialista consumado en todos los saberes.

Aún así, la preocupación de la filosofía por las cuestiones geográficas fue una constante durante toda la antigüedad. Podría objetarse que la falta de límites claros entre una disciplina y otra no era exclusivamente una cualidad de la geografía antigua, sino que era algo propio de todas las demás ciencias. Hasta el punto que resultaba difícil distinguir al filósofo del matemático puro. Pero, paradójicamente, uno de los geógrafos más famosos de la antigüedad, Estrabón, fue más conocido por la posteridad como filósofo que como geógrafo (PLUTARCO, *Lúculo* 28.7; *César* 63.3). La filosofía nutrió a la geografía de una metodología y de un sistema de pensamiento ante la ausencia de uno propio que no fuera la autopsia. El precio a pagar por la geografía fue no poder evolucionar para convertirse en una materia con personalidad propia, renunciar lentamente a la autopsia, centrarse en realidades ficticias (utopías) y olvidar el espacio real y destacar la relación entre el ser humano y su entorno al mismo tiempo que se negaba a contemplarlo.

Tienen razón, por lo tanto, quienes dicen que la geografía antigua es literatura, pero tampoco se equivocan quienes la vinculan con la historia, la filosofía, la antropología, la religión o la mitología. La concepción del espacio influyó en estas disciplinas, pero a su vez los cambios y evoluciones experimentados en las mismas también lo hicieron en la geografía. Exactamente igual que el hombre influía en el medio y el medio en el hombre. Como consecuencia directa de su carácter hipermultidisciplinar, la geografía antigua evolucionaría a merced de los cambios sociales, los avances tecnológicos, las guerras o el cambio de las creencias religiosas, que fueron, y siguen siendo, factores que modifican la forma de entender el espacio.

TRADICIÓN Y CIENCIA

El otro caballo de batalla de este estudio, aunque nunca separado de la geografía, es el análisis y evolución de dos factores tan antagónicos, en apariencia, como son ciencia y tradición.

56 SECHI, M., *op. cit.*, p. 238-241.

Sería un grave error identificar ciencia antigua con la misma noción que se tiene de ella en la actualidad, pues careció de un método científico a la hora de comprobar la exactitud de sus razonamientos. Ni siquiera puede decirse que la experimentación sea una *conditio sine qua non* para poder hablar con propiedad de ciencia grecorromana, la profunda fisura social provocada por el esclavismo y la impronta de la filosofía trazaron una separación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, creándose un ambiente en el que no podía florecer la ciencia experimental. De tal modo que, aunque una obra podía causar placer, no era infrecuente que se criticase al artesano (PLUTARCO, *Pericles* I 4).

Tampoco puede separarse tajantemente ciencia y arte, pues, como hemos dicho, *téchne* y *ars* eran palabras sinónimas. La ciencia no estuvo desligada de la literatura. Esto implicaba que compartiesen muchas de las características propias del género literario como la *mímesis* o la intertextualidad. La *mímesis* hace que el hombre de ciencia no tenga por qué cuestionarse el legado de la tradición en su totalidad. Un pensador del mundo antiguo podía valerse de la razón indistintamente para revisar la tradición (Eratóstenes crítico a Homero como geógrafo), como para defenderla (Crates, Polibio y Estrabón lo defendieron). Dicho de otro modo, la innovación no fue un elemento esencial de la literatura griega, y tampoco de la ciencia, de la sociedad y de la geografía antigua, puesto que la innovación descansa en la tradición⁵⁷. Debe desterrarse nuestra concepción moderna de la ciencia, en el sentido de que ésta es una *conditio sine qua non* para el progreso continuado de la sociedad y la transformación de la naturaleza. La ciencia nunca fue entendida de esta manera ni por los griegos ni por los romanos, y al no poder deslindarla de la filosofía estuvo inmersa principalmente en cuestiones morales o éticas antes que por el dominio de la naturaleza.

Por tradición entendemos el conjunto de normas, ritos, elementos culturales y sociales, que tienen que ser repetidos o aceptados por los individuos como contrapartida de su aceptación incuestionable como miembros de pleno derecho en una sociedad. Su naturaleza es oral, material y escrita, e incluso si hacemos caso a Marcel Mauss tiene un lado inconsciente y simbólico que reside en el lenguaje que la porta⁵⁸. La tradición tiene un espacio más amplio que el de la cultura, pues abarca todos los elementos en los que está la actividad humana⁵⁹. Es tan extensa y amplia que resulta imposible decir qué es costumbre en ella y qué es naturaleza. Además, puede admitir un número casi infinito de variaciones, siempre y cuando se observen los aspectos fundamentales de la misma. Por ejemplo, entre los practicantes de las grandes religiones monoteístas hay una gran variedad de formas de practicar el culto, que no impiden que sean considerados como verdaderos creyentes siempre y cuando no cuestionen el hecho de que Dios es uno. Festividades como las Navidades pueden ser celebradas de diversas formas (regalos antes o después de Noche Buena, Reyes Magos, Papa Noel, etc.) siempre y cuando se pasen en familia. Lo mismo puede decirse de la tradición geográfica clásica, hubo una serie de elementos que al autor le estaba permitido mutar por la naturaleza literaria del género (Cf. *Supra*. p. 18-21), pero había otros tan profundamente arraigados en su tradición que les resultaba inconcebible renunciar a ellos, como la existencia de límites en la tierra (Cf. *Infra*. p. 106-107). El núcleo de los mismos constituyó la verdadera esencia de la geografía antigua y de la tradición clásica.

57 SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro*, Barcelona, Crítica 2001, p. 270.

58 MAUSS, M., *Techniques, technology and civilisation*, Durkheim Press 2006, 75ss.

59 Cf. GADAMER, H. G., «Tradition», *RGG* VI, Tübingen 3º ed. 1986 (1º ed. 1962) p. 966-986; GONZÁLEZ BLANCO, A., «La tradición, un tema fundamental en la vida de los hombres», en *La tradición en la Antigüedad Tardía. Antigüedad y Cristianismo* XIV 1997, p. 11-18.

No obstante, si la ciencia antigua hubiese tenido una naturaleza únicamente mimética y literaria difícilmente habrían podido producirse diferencias significativas respecto al pasado. La razón por la que no nos encontramos ante un proceso completamente «mimético» que impida que aparezcan avances, es la existencia de una segunda naturaleza en la ciencia griega, la agonal. Los ataques de un autor a otro fueron constantes a lo largo de la Grecia Clásica⁶⁰. Existió una competitividad manifiesta que llevaba en ocasiones a un autor a tildar las obras de sus antecesores como «mitos» (TUCÍDIDES I 21; ARISTÓTELES, *Reproducción de los animales* 756b) o «cuentos» (HECATEO, *fr.* 1; HERÓDOTO II 143; TUCÍDIDES VI 38). Incluso se llegaron a celebrar «agones» de muy diversa índole en los que el vencedor celebraba su triunfo sobre el vencido⁶¹. No era infrecuente que el alumno abandonase los preceptos de su maestro y fundase su propia escuela (Aristóteles; Zenón de Citio) convirtiéndose en el rival de su antiguo instructor.

La sociedad había generado y encumbrado unos modelos en cada ámbito que debían ser imitados y superados por aquellos que siguieran sus pasos. Homero era el modelo del poeta, Aquiles era el modelo del guerrero, Odiseo modelo de los múltiples formas de discurso, etc. Cada disciplina tenía un referente definido y cuando no se sabía a quién encumbrar se hacían listas, como las dedicadas a los dramaturgos (Esquilo, Sófocles y Eurípides), a los oradores (los 10 grandes oradores áticos) y a los pintores más ilustres (Zeuxis, Parrasio y Apeles). Individualizando consiguen definir mejor tanto al cargo como a la persona. El tener unos paradigmas tan claros tiene una consecuencia, tanto si se quiere como si no, cualquier persona que siga caminos parecidos a los mismos será asociado a ellos.

Pero no se conforman con emular. La propia sociedad invita a sobresalir y a destacar sobre estos referentes, pues no son estáticos en su número, se sobreentiende que cualquier individuo que atesore grandes cualidades puede convertirse en el «nuevo Aquiles», hasta la espera de que alguien ponga sus ojos en él y lo convierta en el modelo de sus críticas y de su mímesis. Alejandro fue «el nuevo Aquiles», «el nuevo Diónisos» y «el nuevo Heracles», antes de adquirir identidad propia y convertirse en Alejandro Magno, pero eso no fue hasta que pasó a entrar en el viejo juego de la emulación y rivalidad. Compitiendo con aquello que se quiere ser se termina siendo uno mismo, no sin antes ser igualmente imitado y superado por otros. Es en este espíritu agonal en el que se desarrollaron los primeros pasos de la ciencia griega.

Los desacuerdos respecto a la tradición no fueron un rasgo exclusivo de la sociedad griega, ni tampoco ajeno a las sociedades tradicionales. Lo verdaderamente llamativo es que mientras en las últimas se suelen enmascarar las discrepancias para reconciliar lo nuevo con lo viejo, en Grecia se destacan o se exageran, autopresentándose como los únicos estudios que contienen el saber verdadero. Lo curioso es que afirmen que su sabiduría procede de sí mismos⁶², cuando evidentemente no han sido ajenos a la tradición que han llegado a criticar directa o indirectamente con tanta vehemencia como conocimiento ¿Por qué se actuaba de forma tan contradictoria? Como suele ocurrir, las grandes incógnitas no pueden ser resueltas con una única respuesta:

60 HESÍODO, *Teogonía* 22-9 (Homero); JENÓFANES, *fr.* 11 (Homero y Hesíodo); HERÁCLITO, *fr.* 40 (Hesíodo; Hecateo; Pitágoras); PLATÓN, *República* 600c (Homero).

61 HESÍODO, *Certamen* 208-13 victoria sobre Homero; PLINIO XXXIV 53, Policeto victoria sobre Fidiás; HESÍODO, *fr.* 278; FERÉCIDES, *fr.* 95; SÓFOCLES, *fr.* 181, enfrentamiento entre Mopso y Calcante para ver quien era el mejor adivino. La mitología también nos ofrece ejemplos de esta competitividad entre hombres y dioses, como en los enfrentamientos Apolo vs Marsias y Atenea vs Aracne.

62 El sabio es definido como *autodídaktos* o *automathés*. La *Suda* dice que Pitágoras era autodidacta; DIÓGENES LAERCIO X 13, Epicuro no tuvo maestros.

1) Una moral agonal no es sorprendente en un pueblo belicoso que originariamente invadió Grecia. La épica es el género por antonomasia de los ideales de las élites militares y la *Ilíada* su máximo exponente en la antigua Grecia. En la misma puede verse cómo los hijos se ven impelidos por el recuerdo de sus padres a emprender actos heroicos (Diomedes siempre recuerda a Tideo IV 370-400) y cómo los padres esperan ser sobrepasados por sus hijos (VI 476-480). La *areté* es el ideal de esta sociedad militarizada. Definirla resulta sumamente complejo, palabras como virtud o como valor, le restan significado. Quizás la mejor definición sea la del propio Homero cuando dice que Fénix le enseñó a Aquiles «*a hablar bien y a realizar grandes hechos*» (IX 443). No basta con hablar de forma virtuosa hay que actuar de igual modo. Tanto si se procede como si no de un noble linaje debe de demostrarse continuamente. Se actúa de esta forma porque la *areté* no es algo que se tenga en posesión, se detenta cuando la comunidad y, sobre todo, el bardo que otorgan la gloria (*kléos*) reconocen sus hazañas⁶³. El medio por el que se consigue la gloria no puede ser más sencillo, es la lucha cuerpo a cuerpo entre los héroes. El sistema siempre es el mismo se presentan diciendo sus nombres e inmediatamente inician un combate donde uno de ellos obtiene la gloria y el otro la muerte. No se trata ni de un capricho ni de un ataque de individualismo ante el fin de la existencia, simplemente se entiende que la gloria será mayor si se conoce el nombre del adversario y se proclama el propio. De esta forma, los testigos presentes pueden conocer la identidad de la persona que está realizando una gesta y sobre quien la acomete. La hazaña tiene más posibilidades de pervivir en el tiempo e incluso el guerrero derrotado puede subsistir en la memoria colectiva como parte de las gestas de quien lo venció. Se crea cierto vínculo entre el vencedor y el vencido que rebasa los límites de una vida humana. De igual modo, hay cierta relación semejante entre el literato, el historiador, el geógrafo y sus fuentes. Suele presentarse al inicio de su obra para que su nombre no caiga en el olvido y muchas veces menciona a sus fuentes, no sólo como instrumento de verificación, sino como una forma de cantar sus méritos frente a su audiencia. Las críticas a sus fuentes resaltan sus logros como el combate épico. Esta animosidad beligerante persiste en los intelectuales griegos, que nunca olvidaron los modelos impuestos por la épica homérica. Daba igual si se escribía para las generaciones venideras o para sus coetáneos, la finalidad y los medios eran los mismos. Los pensamientos y las ideas deben de ser derrotados, nunca obviados y para ello deben ser expuestos, aunque no exentos de subjetividad, ante el oyente, para que él declare un vencedor, que sólo lo es momentáneamente, y un vencido que sobrevive, en parte, en la gloria del vencedor. ¡*Vae victis!*

2) Lo verdaderamente llamativo, como dijimos, era que los pensadores griegos se posicionen en primera persona frente al pretérito. Es frecuente verlos alardear de sus éxitos y contraponerlos a los errores de sus antecesores⁶⁴, como hemos visto el egotismo es un *leitmotiv* del pensamiento griego, pero parece trascender la esfera de la propia investigación para desbordar todas las facetas de la vida pública, ya sea el orador con el orador (Esquines y Demóstenes), el alumno con el maestro (Aristóteles y Platón), el padre con el hijo (Alejandro y Filippo), todos compiten entre sí buscando superarse y ganar la excelencia. No debería extrañarnos, al fin al cabo el paradigma científico no es más que el reflejo de una sociedad, si el enfrentamiento y la disputa dominan la investigación helena, también deben de estar presentes en la sociedad.

63 REDFIELD, J. M., *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Ilíada*, Barcelona, Ensayos/Destino 1992, p. 76-79.

64 HECATEO, fr. 1: «*Lo que aquí escribo es la crónica que creo cierta. Porque las historias que relatan los griegos son muchas y, en mi opinión, ridículas*».

No obstante, al contrario que en otras sociedades tradicionales en las que se asume que se preserva el legado, en Grecia no encontramos leyes semejantes a las orientales que castigasen con pena de muerte a quienes se desviaran de los textos médicos establecidos (DIODORO I 82.3). Los propios griegos eran conscientes de que su tradición era mucho más dinámica que la de otros pueblos hasta el punto de parecer niños (*Timeo* 22b) e incluso, autores foráneos podían resaltar este hecho como algo negativo: «*Todos estos pueblos habitan países que no están en modo alguno expuestos a los estragos de la atmósfera, y su gran preocupación fue no dejar en el olvido ninguno de los acontecimientos ocurridos entre ellos sino, antes bien, consagrarlos siempre mediante anales oficiales, obra de sus miembros más sabios. Al contrario, el país de los griegos sufrió mil catástrofes que borraron el recuerdo de los sucesos pasados*» (FLAVIO JOSEFO, *Contra Apión* I 9-10). Este hecho no puede explicarse únicamente por los motivos que Josefo expone. Frente a sociedades orales como los esquimales, para los que el cambio no existe, y la complejidad y multitud de otros sistemas de grafía orientales que imposibilitaban la extensión de su uso⁶⁵, los griegos gracias a la sencillez de su alfabeto podían tener constancia de la disparidad de criterios entre un autor y otro, y tener así una mayor memoria de su evolución cultural⁶⁶. Esto provocaba que la diversidad de opiniones existentes en la sociedad oral, que eran excluidas al intentar preservarse el pasado de forma homogénea, tuviesen un sistema para hacerse oír independientemente de la memoria colectiva. Por eso, podemos observar alteraciones y discrepancias en los valores vigentes. Además, al tener constancia de que el legado no era inalterable, sus recelos o temores a la hora de alterarlo debían de disminuir exponencialmente. Por lo que, en suma, el modelo agonal podría haber surgido por la sencillez del alfabeto griego.

3) La explicación más interesante de los últimos años fue dada por G. E. R. Lloyd⁶⁷, tras comparar el modelo científico griego y el chino concluyó que el motivo podía estar en el diferente papel que jugaron los estados de estas regiones a la hora de apoyar a los intelectuales. Los médicos, los adivinos y los maestros pronto fueron asimilados y mantenidos por la burocracia imperial china. Esto no sólo provocaba una mayor seguridad entre los sabios, sino que también afectaba al paradigma intelectual vigente, ya que si el estado apoyaba una idea o un sistema serían lógicamente aceptados por la totalidad de intelectuales que deseaban ingresar en la administración estatal. Una vez dentro no tienen ni la necesidad ni el interés de revisar los presupuestos teóricos vigentes, puesto que son las bases que legitiman su posición social. En la Hélade nunca existió algo semejante a un cargo estatal remunerado durante el período clásico⁶⁸, cada maestro tuvo que garantizarse por sí mismo su sustento, su éxito dependía de sus propias habilidades y de su capacidad para poder demostrarlas, para ello nada más fácil que hablar elogiosamente de sí mismos y en primera persona, mientras los errores de sus rivales eran expuestos ante eventuales clientes o discípulos. La rivalidad entre la escuela de Isócrates y la de Platón sería una manifestación de este problema. Esta circunstancia impondría un modelo

65 DETIENNE, M., *La invención de la mitología*, Barcelona, Península, 1985, p. 44.

66 GOODY, J., y WATT, I., «Las consecuencias de la cultura escrita», en *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa 2003: «...la escritura ofrece otra fuente posible para la transmisión de las orientaciones culturales, favorece la percepción de las incongruencias. Un aspecto de esto es una sensación de cambio y de desfase cultural; otro es la noción de que la herencia cultural en su conjunto se compone de dos tipos de materiales muy diferentes: por un lado de ficción, errores y superstición, y por otro, de algunas verdades que pueden servir de base para una explicación más confiable y coherente acerca de los dioses, el pasado humano y el mundo físico» (p. 58).

67 LLOYD, G. E. R., «Tradition and innovation, text and context», en *Revolutions of wisdom*, University of California Press 1987, p. 58-70.

68 PLATÓN, *República* 528c, criticaba el escaso apoyo que la ciudad daba a los historiadores.

de pensamiento agonal entre los pensadores griegos, que posibilitaría preservar determinados aspectos de la tradición sólo para ser criticados y refutados, lo cual nos pone en alerta sobre la fiabilidad de la información preservada. Al mismo tiempo, conforma una cadena ininterrumpida en la que el transmisor del pasado será igualmente vilipendiado por las generaciones futuras, preservando su obra al mismo tiempo que el transmisor se convierte en objetivo de los ataques de sus sucesores. El debate público fue una institución que pervivió a lo largo de la historia del pensamiento grecorromano, y, como es sabido, las instituciones tienen una gran capacidad para sobrevivir y una menor predisposición para el cambio. Dicho de otro modo, la crítica se convirtió en una tradición en sí misma, con una mayor pervivencia o autoridad que cualquier texto científico o religioso.

Hay una gran verdad tras la tesis de Lloyd, la institucionalización de la investigación suele provocar un estancamiento en la misma. Sin embargo, el apoyo del estado no siempre necesariamente tiene que ser un freno para el desarrollo científico, el propio Lloyd reconoce que gracias a los Ptolomeos los estudios anatómicos prosperaron en época helenística e incluso los funcionarios estatales chinos pudieron descubrir la supernova, algo que no pudieron hacer los griegos⁶⁹. No obstante, no explica por qué investigadores de *status* social acomodado muestran esta beligerancia, cuando lo lógico es que no se viesan impelidos a ello. Si es sólo una cuestión de prestigio y éxito profesional ¿qué necesidad hay de conocer lo dicho por pensadores de siglos atrás con los que ya no rivalizan? ¿Por qué no obviarlo? El espíritu agonal que envuelve a estos pensadores muchas veces parece trascender el tiempo y la lógica. Aristóteles al pasar revista a sus predecesores se remonta a varios siglos en el tiempo. La propia sociedad parece estar imbuida de este espíritu, como dice Hesíodo (*Trabajos y días* 25): «*el ceramista está celoso del ceramista, el artista del artista, el pobre envidia al pobre y el aedo al aedo*». La gran audiencia que se congregaba para asistir a duelos dialécticos, como los de Esquines y Demóstenes, demuestra que la sociedad gustaba de estos desafíos. No hay un debate público sin audiencia y los agones parecen haber sido el sistema idóneo para resolver enfrentamientos⁷⁰.

Pero también podemos encontrar casos en los que el autor niega rotundamente escribir con cualquier tipo de interés ¿Por qué Tucídides (I 22) rechaza que su obra tenga cualquier pretensión de cara al público cuando igualmente ha expuesto a otros historiadores a sus ataques? ¿Qué utilidad económica puede obtener un acomodado ex-estratega como Tucídides (V 26) escribiendo una revisión histórica de su pasado tras su desgracia? Si es sólo éxito o fama lo que busca ¿por qué recurrir al modelo crítico vigente si la obra está destinada a las generaciones futuras (I 22)? ¿Es posible para Tucídides y para cualquier otro autor participar en esta competición inconscientemente? Siguiendo esta idea, podríamos suponer que fuese un *tópos* y que el egotismo también sea un recurso utilizado por quienes no rivalizaban con otras escuelas o con otros médicos por conseguir clientes y alumnos, es decir, que no tuviera una finalidad práctica de forma exclusiva. De lo contrario, ¿cómo explicar que esta forma agonal de entender la tradición perviviese en autores del Bajo Imperio Romano que se limitaban a hacer trabajos más parecidos a compendios o escolios? (Cf. *Infra*. p. 334-335).

4) La autopsia. En apariencia lo que sustenta la crítica es haber visto, el tener experiencias

69 TERLULIANO, *Sobre el alma* 10; LLOYD, G. E. R., *Greek science after Aristotle*, Londres 1973, 75ss; LLOYD, G. E. R., «La comparación entre la ciencia griega y la china», en *DYNAMIS: Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam* 20, 2000, p. 496.

70 HERÓDOTO V 126-130, cuenta una competición entre los pretendientes de Agarista, hija de Clístenes de Sición, para dilucidar quién era el más digno de desposarla.

autópticas sobre lo que se escribe. Es por eso que se tiene que atestiguar lo que se dice. Haber vivido y visto algo era lo que habilitaba a un individuo para hablar de historia o de geografía. El astuto Odiseo es hábil en el engaño porque ha visto muchas cosas (*Odisea* I 2-3), y ha visto porque viajó mucho (*polytropsos*). No obstante, el viajero no sólo viaja para ver, sino para obtener la legitimidad para criticar (Hecateo; Heródoto). Teniendo los verbos saber y ver la misma raíz, quedaba implícito para el más común de los griegos que ver era una forma de saber⁷¹, de ahí la paradoja de que el adivino sea tradicionalmente ciego (Tiresias) en la antigua Grecia. Aunque los sentidos estuvieron infravalorados en la antigüedad por las diferentes escuelas de pensamiento, lo normal era que se prefiriese la información que procedía de uno mismo. Heráclito lo ejemplifica muy bien cuando dice: «*Los ojos son testigos más fiables que los oídos*» (en POLIBIO XII 27. Cf. HERÓDOTO I 8). Jenófanes (*fr.* 34 y *fr.* 35) dice que para saber hay que haber visto y Aristóteles coincide al decir: «*Preferimos la vista a todo lo demás. El motivo de ello es que, entre todos los sentidos, la vista es el que nos hace adquirir más conocimientos y descubrir más diferencias*» (*Metafísica* 980a). En una sociedad oral, donde la tradición va de la boca al oído, solamente el hombre que ve por sí mismo se puede posicionar contra la costumbre. Por egoísmo el individuo está predispuesto a aceptar sus propias experiencias y a rechazar las que estén en contradicción. Los elementos de la costumbre o de la tradición que coinciden con las experiencias individuales son aceptados y los que entran en contradicción, revisados. Aunque es muy cierto que muchas veces resulta más cómodo aceptar lo dicho que revisarlo y que para que una opinión sobreviva tiene que ser aceptada no sólo por uno, sino por la mayoría de integrantes de la comunidad. La tradición es la suma de lo socialmente aceptado por la mayoría de los individuos y, pese a sus indudables similitudes, no hay dos individuos iguales, por eso no hay un patrón o ley universal que explique o pueda encorsetar el comportamiento del hombre.

Pero no parece ser simplemente una fijación por uno de los sentidos. Heráclito (*fr.* 129; *fr.* 40) decía sobre Pitágoras: «*Pitágoras, hijo de Mnesarco, practicó la investigación científica por encima de todos los hombres y, tras hacer una selección de estos escritos, se hizo su propia sabiduría, que fue, en realidad, diletantismo y extravagancia*». El saber de Pitágoras consistía simplemente en seleccionar y explotar, de un modo muy personal, las habilidades que encontraba en otros, su *sophía* (sabiduría) era falsa, puesto que descansaba en su plurisciencia (*Polymatheía*). No era realmente sabio porque no había visto por sí mismo. La información oral sólo es un instrumento idóneo cuando no es posible ver por uno mismo o cuando está sustentada por testimonios oculares⁷². La erudición no es un verdadero saber para los primeros griegos, mientras que posteriormente se encumbraría a auténticos polímatos, como Eratóstenes y Posidonio, como modelos del sabio. Salvo excepciones, tales como grupos marginales como los órficos, nadie entendía que el saber estuviese en la escritura⁷³.

Incluso la inspiración del hombre poseído por los dioses (*éntheos*) se asemeja a la autopsia en el sentido de que, pese a la mediación divina, brota en el interior de la persona. Inspirado por la musa, Homero «ve» ambos bandos como si fuese Zeus que está en las alturas, y emplea frecuentemente la expresión ver con sus propios ojos (autopsia) para dar mayor validez al testimonio. El hecho de que la tradición griega se haya configurado por mediación de una serie

71 VERNANT, J-P., *El hombre griego*, Madrid, Alianza 1991: «*Ver y saber son la misma cosa. Si ideín «ver» y eidenai «saber» son dos formas de un mismo verbo, si «eidos» «apariciencia» «aspecto visible» significa también carácter propio, forma inteligible, es porque el conocimiento se interpreta y se expresa a través del mundo de la visión*» (p. 22).

72 HARTOG, Fr., *El espejo de Heródoto*, Méjico, FCE 2003, 254ss.

73 DETIENNE, M., *La escritura de Orfeo*, Barcelona, Península 1990, p. 91.

de personas que entraban en comunicación directa con las deidades puede haber potenciado el conocimiento interiorizado frente al heredado. En ambos casos tanto el hombre inspirado por la musa como el conocedor a través de sus ojos declaraban ser «*autodíaktos*»⁷⁴. La verdad nunca proviene ni de terceros ni de la erudición, sino del propio sujeto, aunque sea por medio de los dioses o de los ojos. Aunque, como hemos expuesto, la vista tiene deficiencias cuando estudia el espacio global que no puede ser abarcado por completo con una mirada, por lo que se tiene que cubrir ese vacío con otras fuentes de información.

Estos elementos estudiados conjuntamente no sólo nos pueden ayudar a entender el origen de la animosidad que imperó en la ciencia griega, también son factores importantes para explicar su estancamiento o su falta de originalidad durante varios siglos.

¿TRADICIÓN DINÁMICA O INMOVILISTA?

Es una pregunta ineludible una vez que hemos descrito el paradigma científico griego y la sociedad como agonales. ¿Una tradición agonal es dinámica?

En Grecia no existió un canon o libro sagrado que contuviese todo cuanto había que saber, de hecho no existieron maestros de la verdad del modo que los hubo en otras culturas. Incluso los que se presentaron como defensores de la tradición más reconocible, los poemas homéricos, no tuvieron problemas en leerlos de forma exegética y reinterpretarlos (Crates). De esta forma la tradición se renovaba, pero al mismo tiempo seguía siendo la misma en sus aspectos más básicos, pues, pese a todos los cambios y alteraciones que puede realizar un autor, Homero seguía siendo Homero. Ciertamente es que nunca se va a decir lo mismo y tampoco se tendrá la misma concepción del mundo en un geógrafo y en otro, pero si todo su discurso cambiase por completo, dejaría de ser Homero. En consecuencia, hay una parte en la tradición que no puede ser alterada para que pueda ser llamada propiamente como tal, ya que cambios bruscos en una cultura originan que sus miembros hablen de decadencia. Esta idea está intrínsecamente unida a la idealización de la tradición, a la añoranza de una utópica Edad de Oro en la que las costumbres de los mayores (*mores maiorum*) eran respetadas: la tradición primigenia antes de que se produjese el primer relevo generacional. Cada vez que una sociedad siente que se aparta de las pautas de conducta fijadas por el pasado entona el mísero lamento de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Esa es la señal para que se inicien los primeros intentos por transformar radicalmente el legado cultural o por preservarlo. La crisis, como afirma Kuhn⁷⁵, es el caldo de cultivo más idóneo para intentar alterar el paradigma que rige una sociedad, puesto que la ciencia, en modo alguno, es un proceso acumulativo, sino una evolución continua que avanza por la confrontación de teorías y de argumentos, que suelen acabar con una radicalización de las posturas o con cambios.

Las élites que detentan el dominio de la memoria colectiva serán las encargadas de controlar este proceso de transmisión. Pero, independientemente de si es una tradición agonal o no lo es, las clases privilegiadas intentan que cambie lo menos posible, puesto que su *status* social viene determinado por la misma. Para conservarlo potenciaron instituciones de control y represión como el ostracismo y la *asebeía*. La aparición de estas instituciones es la evidencia del inicio de intentos radicales por alterar la tradición. (cf. p. 122).

No obstante, no debemos dejarnos llevar por las apariencias, pues no siempre que un autor

74 HOMERO, *Odisea* XXII 347.

75 KUHN, T. S., *La estructura de las revoluciones científicas*, Méjico, FCE 2004.

se posiciona respecto al pretérito tiene una actitud de confrontación real. Todos los autores del mundo antiguo, hasta el peor de los compiladores, presenta su obra como algo completamente nuevo respecto a la tradición, y sin embargo, suelen depender de ella más de lo que reconocen. Debido al carácter agonístico, intertextual y mimético de la literatura antigua, no debe sorprendernos que el autor que más se critique sea aquél que más se dependa. Un autor como Estrabón, que criticó ferozmente a Eratóstenes, no lo hizo porque infravalorase su obra, sino porque quería adaptar lo dicho por Eratóstenes al saber de su época. En este sentido, aunque puede parecer que un autor ataque la tradición, no hace más que seguirla y cuando parece que la imita, simplemente considera que la adapta. Cuando el espíritu agonal decaiga, las críticas se convertirán en un *tópos* que enmascararán la dependencia respecto al pasado.

Por otra parte, hemos dicho que el conocimiento autóptico tuvo preponderancia frente al oral. Sin embargo, el empleo de la autopsia no descartaba la fabulación desproporcionada. Un buen ejemplo lo encontramos en Ctesias de Cnido, el primer autor que escribió sobre la India. Con casi toda certeza, éste nunca viajó a la India. Sin embargo, los geógrafos de Alejandro prefirieron seguir lo escrito por este autor, pese a que ellos sí que estuvieron en la zona y habrían podido descartar sus historias. La razón que explica este hecho reside en que la gran mayoría no fueron profesionales versados en el cultivo de las letras, por lo que a la hora de narrar sus vivencias fueron más proclives a dejarse influir por el pretérito, pero también es debido a que la tradición es el elemento verificador de la ciencia en la antigüedad. Lo cual nos demuestra que la tradición tenía un gran peso y que no podía ser olvidada, con o sin autopsia. A la hora de la verdad, cuando las dos entraban en enfrentamiento directo, la autopsia perdía peso y el paradigma del pasado tenía tanta importancia como la nueva información que podía ser obtenida por la observación. La razón es simple, la tradición es el principio de legitimación y de verificación de cuanto se dice o se escribe en el presente ante la ausencia de un sistema de verificación en la ciencia antigua. Ir contra ella en su totalidad implicaba carecer por completo de credibilidad. Lo habitual era criticar una parte del discurso del pasado y no toda, pues algo completamente nuevo resultaría incomprensible e incluso, increíble. Es más, la verdadera innovación es mal vista. Tradicionalmente los cambios sociales son vistos con desagrado y los innovadores y revolucionarios siempre son mirados con desconfianza: Salustio (*Conjuración de Catilina* XXXVII 3) ataca a Catilina al temer la *res novae* que éste traía consigo; *Neoterismos* es empleado por Flavio Josefo como una sublevación contra las tradiciones religiosas y la política nacional; el tribuno Dolabela es despreciado por Plutarco (*Antonio* 9.1) por querer introducir novedades; Filóstrato (*VA, V* 36) a través de Apolonio de Tiana, dice que el deber de un buen *basileús* es proteger a sus súbditos de *tois neótera prattousi*; *La Historia Augusta* critica a los egipcios por ser amigos de *novarum rerum*; Amiano Marcelino (XXI 10.8) denigra a Constantino el Grande por ser «*revolucionario y destructor de las leyes antiguas y de las costumbres tradicionales*»; Juan de Lido (*mag. II* 19), refiriéndose a Domiciano, dijo que lo propio de la tiranía es innovar⁷⁶.

El pasado es el elemento que sustenta la innovación. Esto implica que para ser creíble y poder avanzar, el pensador del mundo antiguo debe construir necesariamente sobre los cimientos de la tradición. En su obra *Uso y abuso de la historia*, M. I. Finley estudia varios episodios (las reformas de Solón, las de Eduardo el Confesor, el New Deal, etc.) en los que un cambio radical en el presente consigue sobrevivir y perpetuarse gracias a la falsificación del pasado.

76 Sobre este tema puede consultarse el interesante trabajo de Lellia Cracco Ruggini, «Arcaismo e conservatorismo, innovazione e rinnovamento (IV-V Secolo)», en *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichità*, I, Roma 1985, p. 133-156.

Este empleo de la memoria colectiva posibilita que el rechazo ante algo nuevo sea menor, y que las reformas tengan mayor posibilidad de perpetuarse. Permite que estas ideas o tendencias que originariamente fueron socialmente criticadas y hasta perseguidas sean más fácilmente integradas en la comunidad. Con el paso del tiempo pasarán a formar parte, lenta e inexorablemente, de la tradición que ellos mismos habían inútilmente combatido. Lo nuevo se convierte en viejo casi tan rápido como nace.

El presente no sólo se apoya en el pasado por una cuestión de propaganda o de falsificación. Hay un profundo motivo psicológico, lo nuevo produce angustia, la tradición produce seguridad. Pero, también hay una cuestión cognitiva de por medio, lo novedoso se entiende mejor si puede encontrar un paralelo en el pasado. De este modo, resulta que innovación y tradición interactúan entre sí en su mutuo beneficio. La innovación consigue salir adelante mediante su asociación con el pretérito. La tradición consigue sobrevivir al mitigar el poder revolucionario de lo nuevo y hacerlo formar parte del legado cultural de una sociedad. Por lo que no es sorprendente que dos sucesos vitales en la ampliación del conocimiento del mundo como fueron las colonizaciones griegas o la conquista de Asia, no conllevaran una ruptura radical con las viejas historias que se contaban; es más, muchas de ellas pervivieron durante siglos.

Ahora bien, tras un hecho similar como fueron las exploraciones hispano-portuguesas del XV-XVI sí que se produjo una verdadera revolución en la concepción del espacio. Estas diferencias no pueden achacarse a la aparición y desarrollo del moderno método científico, pues no sería hasta finales de siglo XVI y a lo largo del XVII cuando comenzase a gestarse su desarrollo. Ni siquiera podemos decir que en la historia de la ciencia, sea algo poco común que ante una misma circunstancia pueda producirse reacciones completamente diferentes. Si hacemos caso a un estudioso como Italo Lana y vinculamos la paz con el desarrollo científico, podemos objetar que un período demasiado estable puede desembocar en la autocomplacencia y en el estancamiento de una cultura. El Imperio Romano del siglo II d.C. es un buen ejemplo. Si hacemos caso a Lucio Russo, la guerra debería ser un factor clave para explicar la decadencia de la ciencia helenística y la de cualquier época. Pero sabemos que períodos de necesidad pueden agudizar el ingenio y la inventiva humana tanto como los períodos en los que la paz prospera. No hay que olvidar que muchas innovaciones tecnológicas de gran importancia se desarrollaron durante las Guerras Mundiales. La sociedad griega, en general, no tuvo menos inventiva durante sus turbulentas luchas sociales, que durante los breves períodos en los que reinó la paz. La naturaleza del estado tampoco puede verse como un obstáculo para el desarrollo de la ciencia, pues la sociedad abierta se presenta como un ambiente tan idóneo como una dictadura para estimular la imaginación del investigador y del intelectual.

Es difícil hablar de innovación tal y como la entendemos hoy en día, de una ruptura o revolución como la del XVI-XVII, en el sentido de que las categorías mentales de la antigüedad podían ser criticadas, pero como no estaban olvidadas, nunca perdían su vigor. Los dioses de Homero podían ser atacados, pero la crítica continuada demuestra que no eran alterados. En este sentido hay que decir que pese a su propia predisposición a revisar su legado cultural los griegos tenían poco éxito a la hora de alterarlo. De igual modo, también es inapropiado hablar de decadencia de la forma en que la entendemos hoy en día. En opinión de Ben-David el concepto es una categoría moderna trasladada al mundo antiguo⁷⁷. El crecimiento autosostenido que ha experimentado la ciencia moderna es una excepción, y es esta excepción la que merece una

77 BEN-DAVID, J., *El papel de los científicos en la sociedad, un estudio comparativo*, México 1974.

reflexión más profunda. La ciencia antigua podía tener momentos de apogeo y estancamiento de forma intermitente. No obstante, en nuestra opinión desde el siglo III a.C., no hubo aportaciones científicas significativas. Es más, la cosmovisión fue básicamente la misma desde fines del siglo IV a.C. Teniendo en cuenta la profunda relación entre la geografía y las diferentes ramas del saber (Cf. *Supra*. p. 18-32), sería lógico suponer que los cambios en las últimas quedasen reflejados en la primera. Nuestra concepción del tiempo y del espacio evolucionó radicalmente tras teorías tan importantes como la relatividad de Einstein. De igual modo, los grandes descubrimientos geográficos pueden ser un acicate para la ciencia al potenciar el conocimiento empírico frente al erudito (Cf. *Infra*. p. 435-436). Sin embargo, las grandes ampliaciones territoriales de los grecorromanos no supusieron una transformación del modelo etnográfico, que, prácticamente, siguió siendo igual desde Heródoto de Halicarnaso. Si hubo algún avance fue cuantitativo no cualitativo. Tampoco encontramos nuevas teorías que modificasen la concepción espacio-temporal hasta el triunfo del cristianismo, pero no tan radicalmente como frecuentemente suele decirse, pues la esfericidad nunca fue olvidada por los pensadores cristianos.

La ausencia de una evolución importante entre el siglo III a.C. y el IV d.C. es lo que nos lleva a hablar de estancamiento o decadencia, pese a las necesarias matizaciones que conllevan estas palabras. En nuestra opinión la razón habría residido en la progresiva sustitución de la autopsia por el saber escrito. Cuando la cultura escrita se impuso frente a la oral el espíritu agonal desapareció lentamente, sobreviviendo únicamente como un *tópos* literario en la tardoantigüedad. El indicio que revela esta decadencia reside en la progresiva pérdida de vigor de la autopsia entre los geógrafos griegos y en el fortalecimiento de la autoridad que emana de los libros. El egotismo estará presente, pero no será más que un triste recuerdo de la tradición agonal griega. Los autores siguen disintiendo entre sí, pero en la mayoría de los casos sólo encontramos variaciones sobre temas ya fijados. No se abren nuevas líneas de investigación, se reflexiona continuamente sobre el pasado.

No es que identifiquemos exclusivamente el cambio con las sociedades orales. No hay duda de que la alteración de la tradición es más fácil cuando ésta no ha sido fijada y que la memoria no tiene la misma fuerza para preservarse que la escritura, puesto que ésta puede objetivar el habla y transmitirse a través del espacio y mantenerse a través del tiempo. Levi-Strauss⁷⁸ llamó nuestra atención sobre la falta absoluta de grandes innovaciones tras el descubrimiento de la escritura, y la consideró como un instrumento destinado a preservar la tradición. La tradición oral muta y cambia ante su propia incapacidad para ser duradera, pero carece de memoria para recordar sus propias transformaciones. Sin embargo, una sociedad como la griega que no era en absoluto ágrafa, mostró una versatilidad para reescribir su tradición que seguramente no habría tenido sin la ayuda de textos. J. Goody ha defendido en sus trabajos que el hecho de poner por escrito los conocimientos acumulados del pasado habría propiciado una actitud crítica respecto a los mismos al ser conscientes los autores de su evolución.

Tampoco debemos pensar que son dos ámbitos excluyentes, oralidad y escritura pueden convivir, como ha mostrado E. A. Havelock⁷⁹, en una misma cultura, ya que originariamente la escritura fue una ayuda para la memoria y no una sustituta de ésta. Pese a la simplicidad del alfabeto, no hubo una transformación realmente significativa hasta los tiempos de Platón. Diálogos como el *Fedro* muestran esta confrontación entre cultura oral y escrita en los siglos

78 LEVI-STRAUSS, C., *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba 1970, p. 295-296.

79 HAVELOCK, E. A., *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós 1996: «La musa nunca se convirtió en la amante abandonada de Grecia. Aprendió a leer y escribir mientras continuaba cantando» (p. 45).

V-IV. La oralidad y la escritura pueden ser contextos igualmente dinámicos que estáticos para el desarrollo de una cultura. Los poetas griegos, con un público predominantemente oral, tuvieron una mayor vinculación con los mitos tradicionales que sus colegas que escribían en prosa, sin embargo, eso no les impidió alterar los mitos si así lo consideraban (PÍNDARO, *Olímpica* I), mientras que muchos prosistas, como Heródoto, leían en público sus obras. El libro, en un primer momento, parece haber sido un instrumento más propio de la oralidad, al ser leído comúnmente en voz alta por un esclavo. Hay que recordar las envidiables capacidades mnemotécnicas de los atenienses, que pudieron paliar su triste destino, la esclavitud en las canteras de Sicilia, al ser capaces de recitar de memoria versos de Eurípides (PLUTARCO, *Nicias* 29.3-4).

Ahora bien, lo que sí es cierto es que la intervención y el poder del estado cambian sustancialmente la posibilidad de que la tradición fuese fijada y perdiera su dinamismo. Desde finales del V y a lo largo del IV la palabra escrita gana terreno frente a la palabra hablada, la prueba es que es en ese momento cuando se crean los primeros archivos en las *póleis*. Cuando el estado interviene y fija un paradigma por escrito la innovación es más difícil. Una cultura donde el paradigma cultural ha sido fijado y definido por escrito por las autoridades estatales es más inmovilista, pero también es más universal, al quedar establecido, y es más fácil que pueda expandirse más allá de los marcos espaciales a los que se circunscribe esa cultura. Esto es lo que defendemos que ocurrió en el período helenístico y en el Alto Imperio Romano. La tradición griega fue fijada y posteriormente asumida por las élites romanas. Si la cultura no evoluciona al mismo ritmo que la sociedad puede producirse una verdadera «ruptura» entre las necesidades de los hombres que componen esa sociedad y los patrones culturales que disponen para satisfacer a las mismas. La evidencia que muestra la aparición de la ruptura es la eclosión de una cultura popular. Por popular no nos referimos a un fenómeno cultural de baja extracción social y de escasa calidad, sino una alternativa al paradigma impuesto por las élites. La comedia nueva, la novela, la magia, el misticismo y el ascetismo serían ejemplos de cultura popular, que reflejarían el cambio de valores y gustos de la sociedad, al ser alternativas a la idiosincrasia imperante.

Finalmente cuando la involución se ha completado, la concepción del espacio queda igualmente estancada, siendo imposible alterar la visión del mundo o sus errores, pese a haber tenido oportunidades para hacerlo. La geografía romana fue esencialmente la misma geografía helenística.

Por tanto, la geografía antigua como ciencia debe de ser estudiada recordando siempre su fuerte impronta literaria y su relación con la tradición, teniendo presente que es uno de los elementos fundamentales en la configuración de la cosmovisión. El objetivo de este trabajo de investigación es estudiar las principales personalidades de la geografía antigua desde esta perspectiva, poniendo en relación las transformaciones experimentadas por la geografía con los de la sociedad de su tiempo. Viendo en la geografía un verdadero indicador de esos fenómenos de inmovilismo, cambio y ruptura que hemos mencionado. Una buena piedra de toque para analizar las causas que llevaron al declive de la ciencia antigua, puesto que si la ciencia es hija de su tiempo y lo que diferencia a unas determinadas escuelas de otras es su forma de entender el cosmos, podemos decir que la ciencia evolucionará cuando cambie la visión del mundo, y cuando esto ocurra la geografía hará lo propio. Si la ciencia se estanca, la geografía le seguirá en su decadencia.

I. ÉPOCA ARCAICA

1. LA GEOGRAFÍA EN LA ÉPOCA HEROICA: LA PRIMERA TRADICIÓN

«*Todos los hombres son Homero*»
(BORGES, J. L., «El inmortal» en *Aleph*).

«¡*Ah, cuando yo era niño soñaba con los héroes de la Ilíada!*»
(MACHADO, A., *Proverbios y Cantares*).

HOMERO

El hecho de que una cultura produzca sus obras más representativas en los inicios de la misma marca irreversiblemente el desarrollo y la evolución del pueblo al que pertenece. Es ineludible para las generaciones venideras volver a leer estas obras, sea cual sea su género, entre otros motivos porque en ellas se encuentran sus patrones educativos y su forma de entender el espacio y el tiempo. Conforman la tradición, la moral y la costumbre, y en consecuencia todo cuanto debe de ser emulado. Para el pueblo griego obras semejantes fueron las de Homero, el educador de Grecia (PLATÓN, *República* 606e). Por estos motivos los tímidos inicios de la ciencia geográfica griega estarán ligados al mito troyano.

Era impensable, por lo tanto, que los primeros geógrafos griegos no bebieran del mito para llegar a conocer el mundo en que vivían. De igual modo, todo investigador que quiera comprender la evolución del pensamiento geográfico entre los griegos debe comenzar por Homero, aquel a quien Estrabón (I 1.2) llamó «*el fundador del estudio empírico de la geografía*».

Ahora bien, existe una serie de inconvenientes a la hora de utilizar la *Ilíada* y la *Odissea* como fuentes de conocimiento geográfico, aparte de la abundancia de mitos y de figuras poéticas, que todo lector de Homero conocerá de antemano. En primer lugar son unos poemas que reflejan acontecimientos ocurridos en torno al 1200 y que fueron compuestos alrededor del 750 y cuya redacción escrita definitiva fue en Atenas siendo tirano Pisístrato (C.607-527 a.C.). Teniendo en cuenta el famoso aforismo de B. Croce que defiende que «*toda historia es historia presente*»

y las numerosas interpolaciones detectadas en los poemas homéricos¹, es sumamente difícil saber a qué período histórico pertenece la información que podemos obtener. Por si no fuese suficiente, es muy probable que la *Ilíada* y la *Odisea* no se compusiesen ni por el mismo autor o autores², ni en el mismo período de tiempo³. No es de extrañar, por lo tanto, que algunos expertos consideren el testimonio de Homero en lo concerniente a la geografía micénica como inútil⁴. A veces, cuando se hace historia, una mala fuente es peor que no tener ninguna.

Ante esta perspectiva es conveniente analizar el contenido de la *Ilíada* y la *Odisea* por separado. De esta forma, si observamos divergencias importantes entre ambas, podríamos vislumbrar como se modificó la visión que tenían los griegos del mundo en el período comprendido entre los hechos que cuentan los poemas y su redacción por escrito en Atenas.

En la *Ilíada* nos encontramos con un conocimiento muy desarrollado de las costas del Mediterráneo oriental. El pasaje donde se nos dice que Troya era visible desde Samotracia (XIII 12-15) revela cierta familiaridad de su autor con las costas de Asia Menor. Las referencias a otros lugares como Lirneso, Pédaso o el monte Sípilo vuelven a reflejar un conocimiento directo de la geografía de Jonia. También se mencionan pueblos de la zona, como los licios⁵, carios⁶, frigios⁷, meonios⁸ y paflagonios⁹, que siempre son localizados a partir de una montaña, un lago o un río que se encuentra en los alrededores¹⁰. Ni los mojones, ni ningún tipo de frontera artificial delimitan el territorio de los pueblos de los poemas homéricos, simplemente lo hacen los accidentes naturales.

No existe alusión alguna a las ciudades jonias de Esmirna y Éfeso¹¹. Lo mismo ocurre con Gordión, capital de Frigia, y con Sardes¹², la ciudad más importante del reino de Lidia, reino que ni si quiera es mencionado en la *Ilíada*¹³. Siendo su territorio ocupado por los meonios, de quienes Heródoto (I 7.3) dice que se trataba de un antiguo nombre de los lidios¹⁴. En cambio, otras como Mileto apenas aparecen en la *Ilíada* (II 647; 868).

Algunas islas próximas a las costas de Troya como Imbros (XIII 33; XIV 281; XXIV 753), Lesbos (IX 129; 271; 664; XXIV 544) y Tenedos (I 38; 452; XI 625; XIII 33), aparecen tam-

1 LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 60.

2 Esta fue la opinión defendida desde la antigüedad por los llamados *Chorizontes* («Separatistas»).

3 KIRK, G. S., *Los poemas de Homero*, Barcelona, Paidós 1985, p. 300; FINLEY, M. I., *El mundo de Odiseo*, Méjico, FCE 1995, p. 34.

4 VENTRIS, M., y CHADWICK, J., *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge, 1973, p. 415.

5 *Ilíada* II 876; IV 197; V 482, 633, 647, 673-79; VI 78, 194; VII 13; VIII 173; X 430; XI 285-86; XII 315-17, 321, 330, 346, 359, 376, 408-9, 417-9; XIII 150; XIV 426; XV 424-5; 485-86; XVI 421-22; XVI 490-95, 525, 532, 541, 564, 584, 593, 659, 685; XVII 140-46; 154, 184.

6 *Ilíada* VII 867; X 428.

7 *Ilíada* II 862; III 185; X 431.

8 *Ilíada* II 864-66; V 43; X 431.

9 *Ilíada* II 851; V 577; XIII 656-61.

10 *Ilíada* II 854; II 866; II 877; XVI 719.

11 Sin embargo, el poeta sí conoce el río Caistro, el actual Küçük Menderes, en cuya desembocadura se encontraba Éfeso (II 461).

12 Cf. ESTRABÓN XIII 4.6, dice que en Sardes hay personas que ubican el topónimo Hida, que si es mencionado por la *Ilíada* (II 783; XX 385).

13 DICKIE, M., «The Geography of Homer World», en *Homer's World Fiction, Tradition, Reality*, Bergen 1995, p. 29-56; p. 39.

14 Es probable que nos encontremos ante una explicación *post eventum*, que traería conformidad a la incógnita de la existencia de nombres de dos pueblos diferentes en una misma zona. En Heródoto VII 77 se vuelve a hablar de una tribu lidia con ese nombre.

bién en el poema. El poeta las presenta como aliadas del bando troyano, siendo el motivo más probable su cercanía a tierras troyanas. La única de las islas de las costas de Asia Menor que apoya a los griegos es Lemnos (VIII 229-232).

El monte Ida, actual Kazdag, al sudeste de la Tróade, es citado en repetidas ocasiones por el poeta¹⁵. Lo mismo ocurre con el río Escamandro¹⁶. La razón es obvia, su cercanía al núcleo de la acción del poema permite que tengan un mayor protagonismo. Conforme las referencias de Homero se alejan de la Tróade y de Asia Menor el número de las citas geográficas disminuye.

En efecto, la mayoría de las alusiones geográficas aparecen en los poemas homéricos gracias a los símiles literarios¹⁷ y se concentran en la zona de Asia Menor, mientras que Europa pasa prácticamente desapercibida¹⁸, lo que puede deberse simplemente a que la acción se localiza en la Tróade o a que Homero no conocía demasiado bien la Grecia continental.

El poeta sabe que Delfos es un santuario muy importante, pues alberga en su interior incontables riquezas a las que Aquiles renunciaría gustosamente para conservar su vida (IX 401-5), aunque nunca habla del santuario de Olimpia. También se nombran elementos importantes del relieve griego, que se encuentran no muy distantes de Troya como el Olimpo (I 44; II 48; III 407; X 462), el monte Atos, en la Calcídica (XIV 229) y el río Axios (II 849), que desemboca en la moderna Tesalónica, pero no ocurre lo mismo con el monte Taígeto o el río Pamiso. La errónea descripción de Ítaca invita a pensar que Homero desconocía la costa occidental griega antes que suponer que no se corresponda con la moderna Itháki¹⁹. Era lógico que un griego de Jonia, que, probablemente, nunca había cruzado el Egeo, no supiese con precisión donde se encontraba el reino de Agamenón, la extensión del reino de Pilos²⁰ o la existencia de Mesenia²¹.

De entre las islas cercanas a la Grecia continental sobresalen Ítaca, que solamente es citada dos veces en la *Iliada*, por un total de 81 pasajes en la *Odisea*. En el *Catálogo de las naves* se alaba el follaje de la isla, pero poco después se dice que es pedregosa (*Iliada* II 632; III 201). Nada que ver con la pormenorizada descripción que hace Odiseo de su patria ante Alcínoo (*Odisea* IX 21-8). El héroe epónimo de la *Odisea* sabe que las islas de Sama, Duliquio y Zante están cerca de su hogar y que Ítaca es una de las islas más occidentales.

Las ciudades importantes de la Hélade como Atenas (II 546-49), Corinto (II 570; XIII 664), Calcis (II 537, 640) y Eretria (II 537) prácticamente sólo aparecen a lo largo de todo el poema en el *Catálogo de las Naves*, que se presenta ante nosotros como el primer vestigio de la geografía de Europa²². Precisamente el *Catálogo de las Naves* es una de las partes de la *Iliada* que, junto con la *Dolonía*, el X libro, es tradicionalmente señalado como una de las interpolaciones más

15 *Iliada* II 821; 824; III 276; 320; IV 475; VIII 47; 75; 170; 207; 397; 410; 438; XI 105; 112; 183; 196; 337; XII 19; 202; 253; XIII 13; XIV 157; 162; 283; 287; 293; 307; 332; XV 5; 79; 146; 151; 169; 237; 255; XVI 605; 677; XVII 594; XX 59; 91; 189; 218; XXI 449; 559; XXII 171; XXIII 117; XXIV 291; 308.

16 *Iliada* V 36; 77; 774; VII 329; XI 499; XI 21; XX 74; XXI 124; 223; 305; 603; XXII 148.

17 *Iliada* II 459 (las aves de la desembocadura del Caístro); II 144 (tormenta en el mar Icario); IX 5 (los vientos que soplan desde Tracia).

18 El continente europeo no aparece ni en la *Iliada* ni en la *Odisea*. Sólo es mencionado en el *Himno Homérico a Apolo* 250-1; 290-1. En cambio, Asia sí es citada: *Iliada* II 461.

19 Sobre el problema de la localización de Ítaca consúltese a SUÁREZ DE LA TORRE, E., «Ítaca y Ulises», *Eclás* 69/70, 1973, p. 221-239.

20 La información que nos aporta la *Iliada* (IX 149; 291) sobre el tamaño del reino de Pilo no concuerda con lo que nos dice las tablillas micénicas.

21 CHADWICK, J., *El mundo micénico*, Madrid, Alianza 1993, p. 235.

22 POWELL, B. B., *Homer*, Blackwell 2004, p. 71.

probables de toda la obra homérica²³. Los estados que se nombran en el *Catálogo* se organizan espacialmente a partir de la primera región en aparecer, Beocia. Teniendo en cuenta que no hay ninguna evidencia de que existiesen mapas en tiempos de Homero²⁴, es más probable que el autor del *Catálogo* fuese de Grecia central, hecho que entra en contradicción con el extenso conocimiento que a la vez se tiene de la Tróade en la *Ilíada*, o que fuese una obra aparte que fue añadida al resto.

El *Catálogo* evidencia que la realidad que representa un autor es la que conoce. Sobre esto, es muy ilustrativo el pasaje de la *Ilíada* (XIV 225ss) en el que la diosa Hera hace un viaje desde el Olimpo a la Tróade. La diosa no viaja en línea recta, como habría sido de esperar en una deidad que puede volar, sino haciendo las mismas escalas que tendría que hacer un viajero por mar²⁵. Lo que demuestra que la geografía del viaje de una deidad, como otros tantos elementos, se construye a partir de la realidad humana.

Fuera del mundo griego existe toda una serie de pueblos extranjeros, que todavía no reciben el apelativo de bárbaros por los griegos. Los etíopes²⁶ son mencionados en la *Ilíada* (I 423-4; XXIII 206), pero ni su ubicación²⁷ ni sus rasgos²⁸ se corresponden con los del pueblo homónimo actual. Se dice que habitan junto al Océano, el mítico río que rodeaba a la tierra, y que estaban en contacto directo con los dioses gracias a su extremada piedad (Cf. DIODORO III 2.2-3.1). Los confines del mundo estaban ligados al río Océano que circundaba la tierra²⁹ y en cuyas cercanías se concentraban todos los factores sobrenaturales y las riquezas materiales que la mente de un griego podía concebir³⁰. De hecho, hasta los propios dioses parecen haber surgido del Océano³¹.

Otro pueblo extranjero es el tracio. De ellos se destaca «*sus melenudas cabelleras*» (IV 533), su dominio de los caballos (X 435-7; XIII 4; XIV 227), su vino (IX 71) y sus singulares espadas (XIII 577; XXIII 807). Los tracios son aliados de los troyanos (II 844), al igual que otros pueblos vecinos como los cícones (II 846) y los peonios (II 848).

23 SIMPSON, R. H., y LAZENBY, J. F., *The Catalogue of the Ships in Homer's Iliad*, Oxford 1971, creen que los topónimos que en él se citan datan realmente de época micénica; GARCÍA RAMÓN, J. L., «En torno al Catálogo de la Naves», *CFC* 7, 1974, p. 152; GONZÁLEZ GARCÍA, F. J., «¿Por qué Menesteo?: la entrada ateniense del Catálogo de las Naves (*Ilíada*, II, 546-556) y la edición pisiátrica de los poemas homéricos», *Gerión* 15, 1997, p. 95, considera absurdo valorar el catálogo como un recuerdo de una geografía histórica real.

24 POWELL, B. B., *op. cit.*, p. 72.

25 SCHRADER, C., «El mundo conocido y las tentativas de exploración. Los orígenes de la geografía descriptiva en Grecia», en *Pautas para una seducción. Ideas y materiales para una nueva asignatura: Cultura Clásica*, Alcalá de Henares 1990, p. 83.

26 SNOWDEN, Fr. M., *Blacks in antiquity: Ethiopians in the Greco-Roman experience*, Harvard 1970, p. 144-47.

27 Recientemente BEEKES, R. S. P., «Aithiopes», *Glotta* 73, 1995-1996, p. 12-34, ha defendido un origen micénico y que en sus inicios habría hecho referencia a un pueblo del norte.

28 Aunque la palabra etíope significa en griego «aqueel que tiene el rostro quemado», no hay en los poemas homéricos ninguna referencia al color de la piel. Sin embargo, SNOWDEN, F. M., *op. cit.*, p. 101, considera lógico que los griegos de tiempos de Homero hubiesen oído hablar de gentes de raza negra. Por el contrario, ALBADALEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005, p. 217, rechaza la opinión de Snowden negando que la tez del pueblo etíope fuese negra para Homero.

29 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, p. 12-3.

30 ROMM, J. S., *op. cit.*, p. 51. La tierra de los etíopes debe de ser muy rica, pues de lo contrario no podrían realizar las hecatombes que les dedican a los dioses. Cf. LESKY, A., «Aithipika», *Hermes* 87, 1959, p. 34, quien pese a la ubicación de los etíopes en el Océano y su relación con los dioses sigue considerándolos como un pueblo no mítico.

31 *Ilíada* XIV 201; II 246. Cf. PLATÓN, *Teeteto* 152e; *Crátilo* 402b; *Timeo* 40d; ARISTÓTELES, *Metafísica* 983b.

Egipto sólo aparece en una sola ocasión en la *Iliada* (IX 381-84). Aquiles, en su respuesta a la embajada enviada por Agamenón, rechaza categóricamente volver, aunque se le entregasen todas las riquezas que la Tebas egipcia atesora. Ni hay alusión alguna a las pirámides, ni interés semejante al que el país del Nilo despertó posteriormente entre los intelectuales griegos.

Pero en total, la información geográfica que reporta la *Iliada* no deja de ser simples datos que el hombre adquiere del contacto directo con el medio en el que vive, y cuando no es así, está demasiado entremezclada con el mito y con la ficción poética como para poder distinguir lo verdadero de lo falso. Un buen ejemplo de lo que decimos es como el poeta delimita los puntos cardinales a través de los vientos³². Oriente y Occidente ya estaban ubicados por la salida y puesta del sol respectivamente. Pero para poder delimitar los cuatro puntos cardinales precisa de los vientos³³: Bóreas (Norte), Euro (Oeste), Noto (Sur) y Céfiro (Este). A veces los nombra por parejas³⁴, pero sólo en una ocasión enumera a los cuatro a la vez, y es en la *Odisea* (V 295-6). No hay ningún intento por racionalizar el espacio o de comprender el mundo más allá de la realidad inmediata que rodea al colectivo del cual forma parte el autor.

En la *Odisea* la trama se concentra en el marco geográfico del Peloponeso y de sus islas, pero también hay alusiones a otros lugares como Creta, Fenicia o Egipto. Lo cual implica que pese a que probablemente el conocimiento espacial fuese mayor que en el momento que se compuso la *Iliada*, el núcleo de la acción sigue transcurriendo en el Mediterráneo oriental.

Una novedad son las citas a la isla de Sicilia y sus gentes³⁵. En cambio, de Lípari sólo se dice que era el lugar donde Eolo, el dios de los vientos, tenía su residencia (*Odisea* X 1-2).

Los cimerios («*aquellos que habitan en la brumosa oscuridad*») fueron un pueblo histórico, pero son más célebres por la tenebrosa descripción que se hace de los mismos en la *Odisea* (XI 14-19):

«Allí está la ciudad y el país de los hombres cimerios, siempre envueltos en nubes y en bruma, que el sol fulgurante desde arriba jamás con sus rayos los mira ni cuando encamina sus pasos al cielo cuajado de estrellas ni al volver nuevamente a la tierra del cielo: tan sólo una noche mortal sobre aquellos cuitados se cierne».

Puede suponerse que los griegos ya conocían que la latitud era un elemento importante en la disminución de las horas de luz solar. Sin embargo, el poeta de la *Odisea* no precisa el lugar donde viven los cimerios (Cf. ESTRABÓN I 2.9), simplemente habla del «*confín del Océano profundo*». Sabemos por autores posteriores como Heródoto (I 103) que los cimerios vivían, en opinión de los griegos, al norte del mar Negro, hasta que fueron expulsados por los escitas. El mar Negro fue una de las zonas comúnmente consideradas como uno de los límites de la tierra y, por lo tanto, puede decirse de los cimerios lo mismo que se dijo anteriormente de los etíopes. Pese a tratarse de un pueblo histórico el poeta ha introducido una anomalía para caracterizarlo. Al igual que los dioses se diferencian de los hombres por no ser mortales, los cimerios se distinguen de los griegos por no tener un elemento tan cotidiano para ellos como puede ser el día.

32 TOZER, H. F., *A History of Ancient Geography*, Cambridge 1897, p. 42.

33 *Iliada* XII 237-40; *Odisea* XIII 238-41.

34 *Iliada* II 144-6; IX 4-5.

35 *Odisea* XX 382; XXIV 211 (criada siciliana de Laertes); 306 (ciudad de Sicania); 365-67 (sierva siciliana). Cf. ESTRABÓN I 2.14.

Los Lestrígones (X 82-6) son el polo opuesto de los Cimeros, si éstos últimos vivían en una oscuridad perpetua, los Lestrígones lo hacen en una zona donde la noche y el día se confunden. Cimerios y Lestrígones conforman un auténtico eje del mundo en el que la puesta y la salida del sol establecen los confines y los puntos cardinales de la tierra³⁶. Lo mismo ocurre con las islas de Ogigia y de Eea. Ogigia es la isla de Calipso, y está situada a medio camino entre el mundo divino y el humano (V 100-2) en los confines del mundo, llamados por los griegos *peirata*³⁷. Calipso es hija de Atlas, el célebre titán que sostiene la tierra y que habita en el extremo occidental, por lo que la isla de Calipso se ubica en el mismo lugar (X 190-2). En cambio, la isla de Eea, en la que habita Circe, se halla en Oriente (XII 1-4) en el reino de la aurora, en donde Odiseo y los suyos no saben dónde está el alba y dónde el ocaso (X 190-2). No obstante, Circe es hija de Helios y Perse (*Odisea* X 138-9; HESÍODO, *Teogonía* 956-7) cuyo reino se encuentra en el este. Las dos mujeres que intentaron retener a Odiseo se caracterizaron por vivir en el fin del mundo. Simbolizan los primeros límites, dejando entre ambas un impreciso centro, que es ocupado por la patria del héroe Odiseo, donde habitan los hombres comedores de pan.

El resto de naciones que aparecen en la *Odisea* se concentran en la narración que Menelao hace a Telémaco de su periplo, en el cual conoció a los etíopes, el continente libio, Egipto, los Erembos y los Sidonios.

A diferencia de lo que ocurre en la *Ilíada*, en la *Odisea* sabemos que el pueblo etíope vive en los confines del mundo y que se divide en dos³⁸. Es posible que esta división del pueblo etíope en orientales y occidentales, reprodujese simplemente la puesta y la salida del sol (*Sol oriens, sol occidens*) un elemento muy ligado al reino de Etiopía. Pero, al mismo tiempo, los etíopes tienen ahora un contexto espacial más preciso. En efecto, en una conversación entre Menelao y Telémaco, el primero le dice al hijo de Odiseo, que en su viaje de regreso de Egipto a Creta pasó por el país de los etíopes (IV 83-4). En consecuencia, Etiopía está situada en el sur, en las proximidades de Egipto, aunque todavía no ha sido situada en la tierra africana³⁹, que los griegos llamaban Libia, lugar que es localizado al sur de Creta (XIV 295-309). Pero, al igual que en anteriores ocasiones, la descripción de Libia se nutre del mito. La *Odisea* (IV 84-89) no caracteriza a Libia ni por su aridez ni por su gran tamaño, sino por su fecundidad extrema. Un rasgo muy común de las tierras fabulosas.

Egipto sí que recibe un mayor tratamiento por parte del autor de la *Odisea*. Fue un país visitado por Menelao y Helena y del que obtuvieron importantes regalos (IV 126-133). Uno de ellos fue una droga que le fue entregada por Polidamna, la esposa de Thon de Egipto, puesto que en el país abundan y todos los hombres por ser del linaje de Peán saben administrarlas (IV 219-232). La abundancia de narcóticos de las tierras egipcias es atestiguada por otros autores (TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IX 15.1). Sin embargo, no hay que sacar muchas conclusiones de estos datos, puesto que nos encontramos ante un *tópos* recurrente entre los griegos cuando describen países lejanos. Onesícrito, uno de los historiadores de Alejandro Magno, diría lo mismo de la India muchos siglos después de Homero (ESTRABÓN XV 1.22). Pero el nombre

36 ANAKASSIS, D., «Gemination at the Horizons: East and West in the Mythical Geography of Archaic Greek Epic», *TAPA* 134, 2004, p. 215-233; p. 222.

37 Cf. *Odisea* I 50, la isla de Ogigia se encontraría en el ombligo del mar (*omphalós thalásσης*).

38 *Odisea* I 23. Cf. ESTRABÓN I 1.6, negaba que los etíopes estuviesen divididos en dos pueblos. NADEU, J. Y., «Ethiopians», *CQ* 20, 1970, p. 339, el pueblo etíope quedaría definido por habitar los confines del mundo.

39 Los etíopes no serían asociados al continente africano hasta Hecateo de Mileto. Heródoto intentó posteriormente explicar la existencia del pueblo etíope en ambos extremos del mundo (IV 183; VII 70).

Thon es obviamente de origen egipcio y Heródoto (II 84) atestigua la existencia de numerosos doctores en el país del Nilo. El mismo autor menciona a egipcios entre los médicos personales de Darío I, antes de la llegada de Demócetes de Crotona a su corte (III 129.2). Costumbre que debieron seguir anteriormente sus predecesores (III 1.1).

En la misma conversación entre Telémaco y Menelao, este último cuenta cómo, por no haber ofrecido sacrificios a los dioses, quedó anclado esperando vientos propicios en la isla de Faros (IV 351-59). Dicha isla se encontraba a una distancia de un día de navegación, con viento favorable, de Egipto y contaba con un buen puerto. La distancia es errónea, pero la descripción fue lo suficientemente acertada para que en el 332 a.C., Alejandro Magno fundase allí la ciudad que llevaría su nombre, tomando como guía únicamente la *Odisea* (PLUTARCO, *Alex.*, 26.5-7).

La última alusión a Egipto se encuentra en la historia que Odiseo le cuenta al porquero Eumeo a su regreso a Ítaca (XIV 244-87). En este relato el poeta demuestra saber que Egipto está gobernado por un único hombre, al que llama rey (*basileús*), ignorando la designación correcta, faraón. Conoce su desembocadura⁴⁰ y la importancia del río, pero se equivoca al darle el mismo nombre que el país a lo largo de todo el poema⁴¹. Pese a ser un error destacable, demuestra que el poeta sabía lo fundamental que era el río para el bienestar de Egipto⁴², por lo que sería algo equivalente a la conocida frase de Heródoto: «*Egipto era un don del Nilo*»⁴³.

Erembos⁴⁴ es un topónimo que sólo aparece una sola vez en todos los poemas homéricos (*Odisea* IV 84), pero que ha generado una gran controversia al intentar encuadrarlo en el mundo de Homero. Heródoto (IV 183) los identificó con los etíopes del sur de Libia, que vivían bajo tierra y se alimentaban de reptiles. En cambio, desde la época de Zenón de Cítio fueron asimilados a los árabes (ESTRABÓN I 2.34). Su hábitat subterráneo sería el origen de su nombre en opinión de Estrabón (XVI 4.27), puesto que «erembos» procedería de εἰς τὴν ἔραν ἐμβαίνειν, los que habitan dentro de la tierra, por lo que quedarían asimilados a los trogloditas o trogoditas.

Los fenicios⁴⁵ son el último pueblo no mítico dentro del elenco de la *Odisea*. El nombre que se les da a los fenicios en los poemas homéricos es *foinikes* («rojos») y alude directamente al comercio del preciado tinte que obtenían de los moluscos; sin embargo en ocasiones se emplea la palabra sidonios para designar a toda la comunidad fenicia⁴⁶. Algo que también ocurre en la *Biblia* (*Deuteronomio* 3:9; *Jueces* 3:3; 18:7). Nada más lejos de la realidad pensar que existiese algún tipo de unidad, puesto que las grandes ciudades de Tiro, Sidón o Biblos eran independientes entre sí y luchaban por el control de la zona. Pero lo que sí es cierto es que Sidón siempre tuvo un gran prestigio entre las ciudades fenicias.

Dicho pueblo destacaba por sus habilidades náuticas y por sus navíos (XIII 272; XV 415). En

40 ERATÓSTENES, *Fr. 1 B 1* (6-9) seguramente habría estado en lo cierto cuando dijo que difícilmente habría sabido que tenía forma de delta y múltiples bocas.

41 *Odisea* IV 477-8; 581; XIV 257-8; XVII 427.

42 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., y PÉREZ LARGACHA, A., *Egiptomanía*, Madrid, Alianza 1997, p. 13-16.

43 Cf. ARIANO V 6.5, la frase sería originaria de Hecateo.

44 TKAC, J., «Eremboi», *RE* 6.6, 1909, cols. 413-417, los identificó con los arameos, lo que concordaría con la presencia de los sidonios.

45 MUHLY J. D., «Homer and the Phoenicians», *Berytus* 19, 1970, p. 19-64; WINTER, I. J., «Homer's Phoenicians: History, Ethnography, or Literary Trope? [A Perspective on Early Orientalism]», en *The Ages of Homer: A Tribute to Emily Townsend Vermeule*, Austin, Univ. of Texas Press 1995, p. 247-271.

46 *Ilíada* XXIII 743; *Odisea* IV 84; VI 290; XV 618. Cf. SCOTT, J. A., «Sidon and the Sidonians in Homer», *CJ* 14 (8), 1919, p. 525-526; VITA, J. P., «Continuidad y discontinuidad de Tiro y Sidón», en *II Congreso internacional del mundo púnico*, Cartagena 2000, p. 427.



I. Ataque de los Lestrigones. Museo Vaticano, Roma.

la *Iliada* (XXIII 744) Homero ya había alabado al pueblo fenicio por su dominio de la orfebrería y la navegación⁴⁷. Pero ahora también se destaca el carácter taimado y rapaz de sus habitantes (*Odisea* XIV 288-95; XV 415, 419). Este cambio en la estimación del pueblo griego hacia los fenicios tuvo que producirse en un momento en el que la rivalidad entre ambas naciones por el control de las rutas comerciales había alcanzado su cenit⁴⁸, una fecha posterior a la que comúnmente se suele utilizar para fijar la composición oral de los poemas.

Entre los muchos lugares míticos citados en la *Odisea* se han intentado localizar algunos de ellos en la Magna Grecia (ESTRABÓN III 2.13), pero nunca hay alusiones directas a ciudad griega alguna, por lo que debió de ser anterior a las colonizaciones. Lo cierto es que realidad y ficción se conjugan continuamente en las aventuras de Odiseo. Hay lugares reales como Troya, Esparta o Micenas, pero en el momento en el que el héroe cruza el cabo Maleas (Laconia) la ficción se apodera completamente de la narración⁴⁹.

47 ESTRABÓN III 2.14, dice que los fenicios navegaban por Libia e Iberia mucho antes de la época de Homero.

48 Cf. HALL, J. M., *Hellenicity: between ethnicity and culture*, University of Chicago Press 2002, 117ss.

49 DION, R., «*Géographie odysseenne*», *Annales ESC*, enero/febrero 1972, p. 158-162; DION, R., «Description homérique du monde ouvert aux navigations helléniques», en *Aspects politiques de la géographie antique*, París 1977, p. 17-42; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «Relatos de viaje en la *Odisea*», *Eclás* 106, 1994, p. 7-31; p. 13; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 70-9.

Aparecen entonces pueblos míticos como los Cíclopes, los Lotófagos⁵⁰ o los Lestrigones (X 82). Los Lestrigones (fig. 1) se gobiernan sobre estructuras cercanas a la monarquía y poseen espacios equivalentes al palacio y al *ágora* griegos, pero son caníbales y desconocen la agricultura. Todos estos grupos étnicos suelen estar ubicados en islas de difícil localización, como la isla de Circe, la de Calipso, la de Helios o la de los Cíclopes. El carácter aislado y retirado de la isla proporcionaba el marco adecuado donde el aedo, el poeta y el filósofo podían recrear las condiciones necesarias para sus fines: Una sociedad primitiva como la de los Cíclopes, cuyos integrantes desconocían todo cuanto define la civilización, la hospitalidad, el vino o el pan (IX 105-9) y, por lo tanto, antítesis del hombre griego. En Polifemo se encuentra la semilla de la que germinarán las concepciones del cavernícola, del nómada y del bárbaro⁵¹.

Aunque también podemos encontrar, en el mismo espacio, sociedades más justas que las que se desarrollaban en el marco de la ciudad estado, como la de los feacios⁵². Estos datos no son de naturaleza geográfica, pero reflejan una visión del mundo extendida en toda cultura desarrollada: la idea de que únicamente pueden ser llamados hombres quienes viven conforme a unas pautas de comportamiento muy definidas⁵³.

La isla, por su naturaleza aislada, justificaba que se hubiesen preservado estas condiciones primigenias que recordaban a la Edad de Oro, pero también su situación y su lejanía daban un *plus* de credibilidad al relato del poeta⁵⁴. Todo relato de ficción que se precie debe ser creíble y para ello debe recurrir a una serie de estrategias que aseguren la confianza del lector o del oyente. Una ubicación imprecisa y lejana en los confines del mundo era una de esas estrategias. No es casualidad que cuando en 1516 Tomás Moro escribió su *Utopía* también situase el desarrollo de la misma en una isla.

EL OCÉANO

Todo lo dicho hasta ahora se limita a una serie de datos que entremezclan la geografía regional con el mito. Sin embargo, hay una primera y única concepción general del cosmos en la *Iliada*. Nos referimos al célebre pasaje del escudo de Aquiles⁵⁵.

El escudo se dividía en cinco zonas concéntricas, de las cuales la central estaba decorada con las entidades cósmicas: los relieves de la tierra, el cielo, el mar, el sol, la luna llena y las constelaciones⁵⁶. En las tres zonas siguientes predominaban temas relativos a la actividad humana, y en la franja externa estaba representado el río Océano.

50 Según los eruditos alejandrinos la isla de los lotófagos sería la latina Menix, la actual Djerba. Cf. POLIBIO I 39; PLINIO V 41; ESTRABÓN I 2.17.

51 Sobre la alteridad en la *Odisea*, cf. DOUGHERTY, C., *The raft of Odysseus. The ethnographic imagination of Homer's Odyssey*, Oxford 2001; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «La Odisea y la invención del bárbaro *avant la lettre*», en *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo*, Barcelona 2004, p. 28.

52 FERGUSON, J., *Utopias of the classical world*, Londres 1975, p. 13.

53 BALDRY, H. C., *The Unity of the Mankind in Greek Thought*, Cambridge 1965, p. 10.

54 GABBA, E., «L'insularità nella riflessione Antica», en *Geografia storica della Grecia antica*, Biblioteca di cultura moderna Laterza 1991, p. 106-109; p. 106; VILATTE, S., «L'insularité dans la pensée grecque: au carrefour de la Géographie, de l'Ethnographie, de l'Histoire», *RH* 281,1, 1989, p. 3-13.

55 XVIII 479-607; Cf. TAPLIN, O., «The shield of Achilles within the Iliad», *G&R* 27, 1980, p. 1-21; VANDERLINDEN, E., «Le Bouclier d'Achille», *ÉtClass* 48, 1980, p. 97-126.

56 MAGNANI, S., *Geografía storica del mondo antico*, Bolonia, il Mulino, 2003, p. 132, afirma que no deben de considerarse únicamente como elementos geográficos, sino como elementos míticos.



2. El mundo de Homero.

El Océano de Homero (fig. 2) es un río circular, sin principio y sin fin porque desemboca en sí mismo⁵⁷, siendo el origen de «*todos los ríos, todo mar, todas las fuentes y todos los pozos profundos*» (*Iliada* XXI 196ss). De igual modo, la descripción de Homero se inicia aludiendo al Océano⁵⁸ y concluye en él⁵⁹. El río Océano no sólo simboliza una frontera entre el mundo habitado y los confines de la tierra, también lo es entre el mundo de los vivos y de los muertos. Odiseo debe navegar por sus corrientes para alcanzar el inframundo (*Odisea* X 508). Más allá

57 El epíteto ἀψόρροος significa «*que refluye hacia sí mismo*». Cf. KIRK, G. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos 1999, p. 29.

58 *Iliada* XVIII 489. Se dice que la constelación de la Osa es la única que no participa de los baños en el Océano. Lo mismo se dice en *Odisea* V 275.

59 *Iliada* XVIII 608. Cf. ALLEN, N. J., «The Shield of Achilles and the Indo-European Tradition», *CFC* (G) 17, 2007, p. 33-44; p. 35.

de sus aguas no hay nada⁶⁰. Como la serpiente *Ouraboros* no tiene ni principio ni fin. Sólo los dioses o las figuras míticas pueden moverse impunemente por sus aguas (Cf. APOLONIO DE RODAS IV 636ss).

La *existencia* del río Océano conlleva una consecuencia espacial evidente, el mundo entero queda reducido a una enorme isla. El Mediterráneo es el centro donde convergen los continentes, el centro de un mundo-isla, que está rodeado por el Océano por todos sus lados.

La *Odissea* también conserva la imagen del río Océano que envuelve el mundo (XI 639; XI 1; XX 65), aunque hay un uso más libre como mar exterior⁶¹, e incluso se dice (XXIV 11) que tiene una orilla más lejana que otra⁶².

Posteriormente hubo intentos por parte de algunos autores de relacionar el origen del río Océano con el Nilo (HERÓDOTO II 21.1; DIODORO I 37). Está asimismo presente en los primeros mapas del mundo (Cf. HERÓDOTO IV 36; ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 362b). Durante la época helenística, se volvería a poner de moda la existencia de una masa de agua llamada Océano que rodeaba al mundo, y autores como Estrabón reconocerían su deuda con Homero en este tema (Cf. ESTRABÓN I 1.3). En la segunda sofística, Elio Arístides, en su discurso epidíctico *Panatenáico* (99.10-3), en honor de la ciudad de Atenas, volvió a comparar a la tierra con un escudo, colocando a la actual capital de Grecia en su centro.

Ahora bien, el uso de la metáfora dificulta en exceso obtener un conocimiento exacto de la realidad, y esto es un hecho recurrente en la épica. ¿Qué quiere decir exactamente para Homero la comparación del mundo con el escudo de Aquiles? La bóveda celeste es sólida por lo que es calificada como broncea, la tierra parece plana y el horizonte circular por lo que se asimilan al contorno del escudo. La comparación de la tierra y el cielo con un escudo pueden surgir fácilmente en una mente creativa que contempla su entorno. No ocurre lo mismo con el horizonte circular circundado por un río, por lo que se ha defendido el origen foráneo de esta concepción del mundo.

No fue el pueblo griego la única civilización que intentó definir la forma del cosmos por medio de una imagen semejante. En la India la Tierra era concebida como una enorme bandeja que descansaba sobre cuatro inmensos elefantes, que a su vez estaban sobre el caparazón de una tortuga gigante. Para los nórdicos el mundo tenía forma de árbol, el *Igdrasil*, en cuya copa se encontraba el reino de los dioses (Asgard) en su tronco el mundo de los hombres (Midgard) y en sus raíces, los infiernos (Helheim). Los pobladores del norte de la India, movidos por el temor reverencial que les inspiraba el Himalaya, imaginaron una montaña todavía más alta y situada más al norte, a la que llamaron Merú. Más tarde los budistas hicieron de aquella mítica montaña, de 135.000 kilómetros de altura, el hogar de sus dioses. Los antiguos egipcios percibían la tierra como un huevo protegido durante la noche por la luna⁶³. Para los mesopotamios el mundo estaba compuesto por una enorme llanura, un cielo inmenso y mucha agua. Para ellos la tierra (*ki*) era un disco plano que flotaba sobre agua dulce (*apsu*), y que estaba rodeado por un gran Océano cerrado por un anillo de montañas. Todo el conjunto se hallaba integrado en una

60 WEISZÄCKER, P., «Okeanos», en *Roscher's Lexikon der Mythologie*, III, Leipzig 1897-1909, p. 809-820; p. 811; LESKY, A., *Thalatta: Der Weg die Griechen zum Meer*, Viena 1947, p. 69-70.

61 KIRK, G. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M., *op. cit.*, p. 29.

62 BALLABRIGA, A., *Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, París 1986, p. 65, dice que el Océano sólo tendría una orilla real.

63 BOORSTIN, D., *Los descubridores*, Barcelona 1986, p. 101-102.

esfera, cuya mitad superior de bronceo color era el cielo (*an*), y la inferior, el infierno⁶⁴ (*kur*). La visión del mundo de los mesopotamios se asemeja a la de los griegos y, probablemente, influyó en la imagen del escudo de Aquiles.

En general, como se ha podido advertir, la información geográfica que se puede encontrar en la *Odisea* es mucho mayor que la que hay en la *Iliada*. Aunque puede objetarse, por parte de los defensores de Homero, no sin parte de razón, que «*el no hablar no es indicio de no saber*» (ESTRABÓN I 2.30. Cf. ESTRABÓN I 22), la abundancia de nuevos pueblos (Erebo, cimérios, etc.) y lugares (Sicilia, Lípari, etc.) que hacen su aparición en la epopeya de Odiseo, amén de un conocimiento más preciso de otros que ya se conocían (Egipto, Fenicia y Etiopía) son uno de los argumentos de más peso para defender una composición más tardía de la *Odisea*, por encima del estilo o de la temática. Aún así, Homero desconoce las grandes civilizaciones que habitan más allá del Halis, como la babilonia o la asiria, y, además, ninguno de los pueblos que aparecen en los poemas homéricos es dotado de rasgos étnicos propios ni diferenciado excesivamente de los griegos. Sólo los pueblos fantásticos como los Cíclopes o los Feacios están dotados de su propia fisionomía, «*porque su naturaleza y su vida contradicen la experiencia humana común*»⁶⁵. No existe, por tanto, una separación tajante de la humanidad como ocurrirá con el nacimiento del concepto del bárbaro⁶⁶.

La *Iliada* ofrece la primera visión del mundo a través del Escudo de Aquiles. Se trataba de una imagen poco precisa, que la *Odisea* mantiene, pero que no se atreve a desarrollar. Curiosamente, el conocimiento geográfico heleno no parece haber avanzado en su manera de entender globalmente la tierra. Esto nos revela hasta qué punto el río Océano es la aportación más importante de la épica homérica a la geografía, al ser el elemento que menos evolucionó, pese al paso de los siglos, y que más controversias originó en la posteridad. La *Odisea* no desarrolla esta cuestión, pero a través del curso del sol y de los puntos cardinales crea unos confines del mundo (Ogigia; Eea). En esos confines reinaba lo diferente, lo desconocido frente a Grecia, donde los hombres comen pan y se rigen por leyes. De esta forma quedaban establecidos un rudimentario mapa mental y una primitiva visión del otro, que con el tiempo desembocarían en los conceptos de centro-periferia y alteridad. Un primitivo mapa mental, que, en definitiva, sería difundido por los aedos, que se convirtieron en geógrafos ambulantes que extendieron la visión del mundo de la épica homérica, no en mapas, sino por la boca y por el oído.

HESÍODO

Aparentemente Hesíodo⁶⁷ comparte con Homero su visión del mundo, pues el poeta de Ascra también parece haber creído en la existencia del río Océano y de los límites de la tierra (*Escudo* 314-5).

No obstante, sería un error considerar a Hesíodo como un mero epígono de Homero. En la *Teogonía* (337-45) en un pasaje donde se enumeran los ríos, hijos de Océano y Tetis, demuestra tener un conocimiento más preciso y diferenciado que Homero sobre hidrónimos: Alfeo, Aque-

64 ROUX, G., *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Madrid, Akal 1987, p. 109.

65 DIHLE, A., *Die Griechen und die Fremden*, C. H. Beck 1994 (Traducido al griego Οι Έλληνες και οι Ξένοι, Atenas 1998, p. 24).

66 BALDRY, H. C., *op. cit.*, p. 8-16. Sobre la evolución del concepto de alteridad puede consultarse HARTOG, Fr., *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, Méjico, FCE 1999.

67 GISINGER, F., «Zur Geographie bei Hesiod», *RhM* 78, 1929, p. 315-328.

lo, Ardesco, Ceco, Erídano, Escamandro, Esepo, Estrimón, Eveno, Fasis, Gránico, Haliacmón, Heptáporo, Hermo, Istro, Ladón, Lerna, Meandro, Nilo, Partenio, Peneo, Reso, Rodio, Sangario y Simunte. El Nilo es por primera vez citado por un autor griego, por mucho que Estrabón (I 2.22) no comparta esta opinión. Lo mismo ocurre con el Istro, el antiguo nombre del Danubio. Aunque Homero cita a los misios, un pueblo tracio que habitaba en las orillas del Danubio, nunca habla del río (ESTRABÓN I 1.10). El Erídano, que es identificado con el Po, o con el Ródano, jamás fue citado por Homero. El Fasis, en la Cólquide, que tampoco aparece ni en la *Iliada* ni en la *Odisea*, fue una de las tradicionales fronteras entre Asia y Europa (AGATÉMERO I 3). Estos cuatro ríos marcaban el límite del conocimiento del pueblo griego en la época de Hesíodo por el norte (Istro), sur (Nilo), oeste (Erídano) y este (Fasis).

Del mismo modo, en el límite de los puntos cardinales habitan una serie de pueblos que fijan los confines del mundo. En el este volvemos a encontrarnos con los etíopes⁶⁸ (*Teogonía* 985), pero en el norte hay un nuevo pueblo, los hiperbóreos. Heródoto (IV 32) dice que Homero y Hesíodo ya los habían mencionado, pero no hay rastro de ellos en sus grandes poemas homéricos y la obra *Epígonos* no se piensa que sea suya⁶⁹. De igual modo, no aparecen en ninguna de las obras de Hesíodo que se han conservado, pero sí en algunos de sus fragmentos (*fr.* 151-3).

Además, Hesíodo pudo también diferir de Homero en cuanto a la trayectoria del sol. En Homero el sol sale por el este y se pone por el oeste, pero en la *Teogonía* 750-51 podría hacerlo únicamente por el este⁷⁰.

Pero el concepto más novedoso en Hesíodo es su descripción del Tártaro. El poeta de Ascras nos dice que existía una barrera (*Teogonía* 726), muros (733), portones (741; 773; 811), puertas (732) y distintas casas y habitaciones, como las de la noche y el día, el sueño y la muerte (*oikia* 744; 758; *domos* 751; 753; 767; *domata* 777; 816). Y, también lo ubica a través de la caída de un yunque de bronce (*Teogonía* 720-25), concluyendo que el cielo, la tierra y el Tártaro son equidistantes.

La idea de que la bóveda celeste era metálica ya se encontraba en Homero⁷¹. Pero, ahora, las creencias míticas planteaban dificultades en el momento de configurar el espacio: ¿Dónde se encuentra el Tártaro y cuáles son sus dimensiones? Puesto que era impensable dudar de su existencia o, si se prefiere, más problemático negarla, debía ser ubicado y definido. Homero anteriormente lo había intentado (*Iliada* VIII 15-16) y Hesíodo, que se había alejado de él en algunos aspectos teológicos⁷², no fue tan audaz en lo referente al espacio, y también intentó dar respuesta al enigma.

La simetría no nace obviamente de una observación directa del *kósmos*, sino de una creencia muy extendida en el pensamiento griego⁷³. Tampoco se aventuró a indagar sobre las consecuencias para la humanidad de la situación de la tierra en el centro del universo. Esta valoración de la tierra, como el eje del *kósmos*, no implica que el mundo humano sea más importante que

68 En *Los Trabajos y los días* 526-8, habla de los pueblos y ciudades de los negros que recibían la luz del sol. Cf. SNOWDEN, F. M., *Blacks in antiquity: Ethiopians in the Greco-Roman experience*, Harvard 1970, p. 103.

69 BRIDGMAN, T. P., *Hyperboreans: myth and history in Celtic-Hellenic contacts*, Nueva York, Routledge 2005, 27ss.

70 ANAKASSIS, D., «Gemination at the Horizons: East and West in the Mythical Geography of Archaic Greek Epic», *TAPA* 134, 2004, p. 215-233; p. 216.

71 JOHNSON, D. M., «Hesiod's Descriptions of Tartarus (Theogony 721-819)», *Phoenix* 53, 1999, p. 8-28; p. 13, señala que la concepción de la bóveda celeste broncea podría haber derivado de la observación de los meteoritos.

72 GIGON, O., *Los orígenes de la filosofía griega. De Hesíodo a Parménides*, Madrid, Gredos 1994, p. 13.

73 VLASTOS, G., «Equality and Justice in Early Greek Cosmologies», *CPh* 42, 1947, p. 156-178; p. 169.

el cielo o el Tártaro, más bien, que la influencia de ambas esferas sobre la tierra es la misma. Lo que queda establecido, en esta visión del mundo, es un universo con niveles. En el primero habitan Zeus y los dioses olímpicos, el segundo es el lugar asignado a la humanidad y el tercero, el reino de la muerte y de los dioses subterráneos. Un mundo, el de Hesíodo, donde los dioses siguen interviniendo en la vida humana, pero en menor medida que en los poemas homéricos.

Esta descripción vertical del mundo, que se contrapone a la horizontal de Homero, tuvo un gran éxito en la posterioridad, aunque fuese criticada por algunos autores como Jenófanes de Colofón, que negó que existiesen límites en la parte inferior de la tierra⁷⁴.

Igualmente es sorprendente la necesidad de aplicar la simetría desde muy pronto al universo: que la distancia existente entre el cielo y la tierra sea la misma que la que hay entre la tierra y el Tártaro muestra una solución de compromiso para resolver una duda geográfica y metafísica, o más bien una consecuencia de una primera geometrización del universo. En cualquier caso, Hesíodo nunca precisa la forma que tenía el *kósmos*, pero se cree que tenía que ser la misma que la de Homero; la posibilidad de que fuese el primero en defender la forma esférica de la tierra resulta muy improbable (DIÓGENES LAERCIO VIII 1.26).

Obra de Hesíodo habría sido también el *Catálogo de las mujeres*, más conocido como *Eeas*, que al parecer habría sido subtítulo como *Períodos ges* (ESTRABÓN VII 3.9), lo que indicaría que se describía la tierra conocida. En un fragmento de esta obra (HESÍODO, *fr.* 150), los hijos de Bóreas sobrevuelan la tierra persiguiendo a las harpías, lo cual le permite a Hesíodo pasar revista a los diferentes pueblos que habitan el mundo⁷⁵: los catudeos («los que habitan bajo tierra»), los pigmeos, los mélanos, los etíopes, los libios, los escitas, los hiperbóreos, los macrocéfalos y los glactófagos (comedores de leche) (HESÍODO, *fr.* 151-3). Estamos ante el primer compendio de la geografía mítica griega⁷⁶. Pero también nos confirma que Hesíodo no se limitó solamente a delimitar la separación entre el cielo, la tierra y el Tártaro. Este fragmento demostraría que en su época los confines del mundo habían sido ya poblados por los pueblos míticos. Cada uno de estos pueblos marcaría un límite y fijaría la frontera entre el cosmos civilizado, es decir, el universo griego y los confines de la tierra, a la manera de mojones. La configuración de los límites de la tierra sería mucho más compleja en Hesíodo que en Homero, que se valía de los vientos o de la puesta y salida del sol para situar eventos y poblaciones. Esta configuración del *kósmos* a partir de la ubicación de grupos étnicos, se prolongaría en la tradición griega siendo su máximo representante Éforo de Cumas (Cf. *Infra.* p. 106-108). Así, quedaba establecida a lo largo de toda la historia de la cultura griega la noción de centro y periferia. En el centro (Hélade/Tierra) se encontraba lo común, pero en la periferia (Cielo/Tártaro; Hiperbóreos/Etíopes) sólo existía lo extraordinario, los límites que el ser humano no debía nunca traspasar.

CONCLUSIÓN

Homero y Hesíodo marcarían, por tanto, la primera formulación de la tradición griega. Es una tradición inmadura, que se encuentra todavía inmersa en pleno proceso de evolución y de autodefinición. La sociedad es un espejo que refleja la tradición y la ciencia de una comunidad. Si la tradición evoluciona, la sociedad también. El mundo de Homero y de Hesíodo fue una

74 Cf. KIRK, G. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos 1999, p. 257.

75 MERKELBACH, R., «Hesiod fr. 150.25 M.W», *ZPE* 2, 1968, p. 6.

76 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 168.

sociedad eminentemente aristocrática, y por lo tanto cerrada, pero en la que las clases privilegiadas ya comenzaban a ver amenazada su posición por el ascenso de las clases medias. De igual modo, la primera geografía mítica se caracteriza por su imprecisión. Todos los espacios son situados, pero de forma tan ambigua y vaga que no existe una información real que permita a los viajeros alcanzar esos territorios.

Un ejemplo muy interesante de lo que decimos nos lo ofrece el mapa del mosaico de Ammaedara, la actual Haïdra (Túnez), en el que pueden observarse algunas islas del Egeo, como Chipre, sin la correcta orientación o ubicación. ¿Cuál es la razón de este error en un período (III-IV d.C.) en el que el Mediterráneo era perfectamente conocido? A juzgar por los nombres de los lugares representados, el cartógrafo tuvo una gran dependencia del *Himno Homérico de Afrodita*⁷⁷. Una fuente de naturaleza espacial imprecisa genera representaciones cartográficas semejantes.

En cualquier caso, no deja de resultar sorprendente que desde sus inicios el pensamiento heleno esté imbuido por una profunda naturaleza «polémica», que gusta de revisar su legado, pero sin llegar a distanciarse del mismo. Hesíodo supuso un posicionamiento respecto a Homero, que sería compartido por la mayor parte de los autores antiguos, al intentar ir contra su principio de autoridad sin romper totalmente con éste. Al ser Homero, el primer autor, el punto de partida de toda la tradición occidental, tiene el dudoso honor de ser identificado con la tradición misma. De entre el gran número de autores que estudiamos, Homero fue el más original, el menos dependiente, el más conservador y el menos revolucionario y agnóstico de toda la cultura griega, simplemente por haber sido el primero. El destino quiso que el mundo de Homero fuese la carga que la geografía y la ciencia tendrían que arrastrar en su evolución. Alfa y omega. Un hilo escarlata que unió los orígenes del pensamiento heleno con la historia de Europa.

⁷⁷ BEJAQUI, F., «îles et villes de la Méditerranée sur une mosaïque d'Ammaedara (Haïdra, Tunisie)», *CRAI* 3, 1997, p. 825-858; Diez de las doce islas representadas son lugares donde se veneraba a Afrodita. Tampoco es fortuita la ubicación de Chipre, isla consagrada a la diosa, en el eje del mosaico (p. 852).

2. LAS COLONIZACIONES: LA PRIMERA EXPANSIÓN

«El que viene de lejos cuenta lo que quiere
y más vale creerlo que ir a verlo».
(DICHO POPULAR).

«Muchas son las cosas sorprendentes, pero no existe nada tan asombroso como la especie humana. Esa es la que atraviesa el mar grisáceo con viento del sur tormentoso, abriéndose camino bajo las olas que braman a su alrededor» (SÓFOCLES, *Antígona* 332-7).

LAS COLONIZACIONES

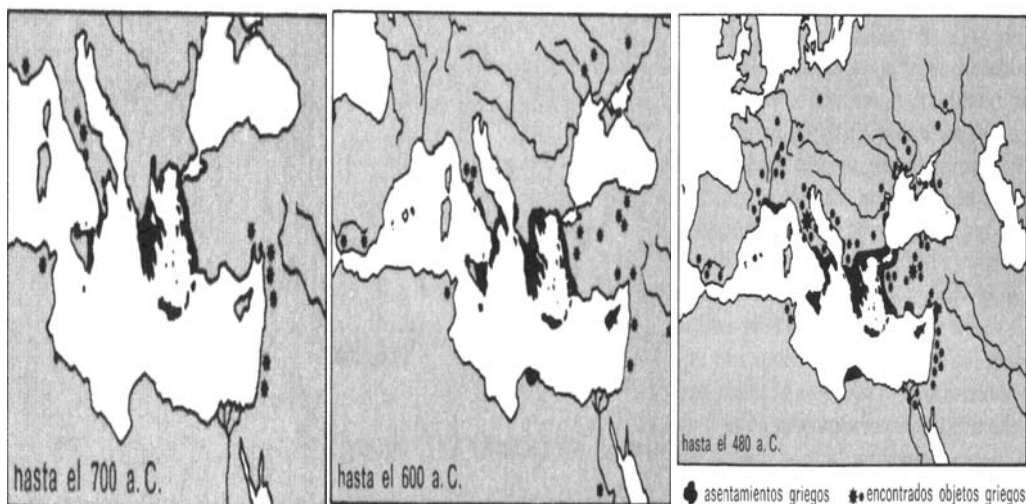
A causa de la configuración del espacio geográfico de Grecia era inevitable que los primeros intentos por parte de los griegos de conocer el mundo que les rodeaba viniesen por el mar¹, su medio de comunicación indiscutible. Los relatos de navegantes propios de obras como la *Odisea* debían de ser el modelo y la fuente para los escritores que quisieran conocer la naturaleza del mundo. Al fin y al cabo, eran ellos quienes habían viajado a lugares lejanos y era así, como sus helénicos oyentes los querían escuchar. Y si cada rama del saber está marcada por su público, debe decirse que el público que oía semejantes historias estaba deseoso de escuchar relatos de viajes que le permitiese conocer nuevos mundos, pero que, al mismo tiempo, no le gustaba viajar². Desgraciadamente, siendo la oralidad el principal vehículo de transmisión de estas historias, gran parte de ellas no se han conservado.

Un nuevo episodio del conocimiento griego de la tierra viene marcado por la expansión colonial, cuyas causas, ya fuesen económicas, sociales o religiosas, no es menester explicar aquí³. Las fundaciones griegas se multiplican desde el Quersoneso hasta Ampurias abarcando todo el Mediterráneo (fig. 3), que se descubre que es un mar casi cerrado. Platón definió muy bien el resultado cuando describió a los griegos «como ranas en torno a una charca» (*Fedón* 109b).

1 NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Michigan 1991, p. 58.

2 MOMIGLIANO, A., *La historiografía griega*, Barcelona 1984, p. 106.

3 Cf. DOMÍNGUEZ MONEDERO, A., *La polis y la expansión colonial griega*, Madrid, Síntesis 1991.



3. Mapas procedentes de Boardman, *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, Alianza 1986.

Como consecuencia de estos viajes, se produjo una gran movilidad en la época, que permitió un mayor contacto de los griegos entre sí y con otras culturas⁴. La épica nos ofrece ejemplos anteriores de hombres que habían tenido que abandonar su patria por homicidio o que habían visto cómo cambiaba su fortuna⁵. El padre de Hesíodo habría dejado Cime, en Asia Menor, para residir en Ascra, una aldea de Beocia, por la «*funesta pobreza*» (*Trabajos y los días* 630-40). La novedad es que ahora hay helenos, como Demarato de Corinto, que abandonan su hogar para comerciar con pueblos extranjeros, y que con el tiempo acaban mezclándose con la población indígena⁶.

Fruto de ese intercambio cultural surgió uno de los descubrimientos más importantes de cuantos realizaron los helenos, el alfabeto. Se sabe que lo tomaron de los fenicios, probablemente para llevar de forma más eficiente sus registros comerciales, aunque tuvieron que añadir las vocales para poder emplearlo⁷.

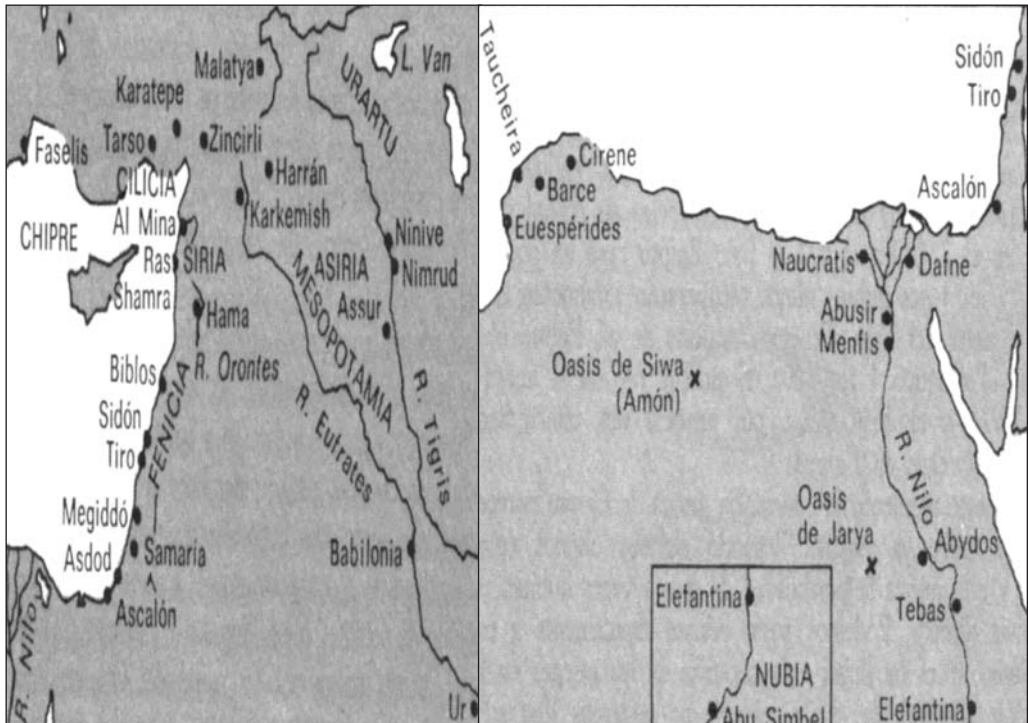
A la hora de comentar los principales focos de colonización, seguimos la obra clásica de John Boardman, *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, Alianza 1986. Las zonas de contacto se concentraron en:

4 OSBORNE, R., *La formación de Grecia 1200-479 a.C.*, Barcelona, Crítica 1998, p. 153.

5 *Ilíada* IX 447-455; *Odisea* XV 403-484; XVI 61-65; XVII 420-445.

6 DIONISIO DE HALICARNASO III 46-47. Cf. DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., «El tema de la colonización griega en las Antigüedades Romanas de Dionisio de Halicarnaso», en *Anejos de Gerión* 2, 1989, p. 137-154; p. 139.

7 TEODERSSON, S.-T., «EX ORIENTE LUX, EX OCCIDENTE DUX: Griegos, Cartagineses y romanos en contacto y conflicto», en *KOINÒS LÒGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, p. 999-1006; p. 1001. Cf. POSNER, E., *Archives in the ancient world*, Harvard 1972, p. 91-118; BOGAERT, R., *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leyden 1968, p. 368-374, por el contrario, destacan la tardanza en emplearse la escritura para los archivos públicos o para los registros mercantiles.



4 y 5. Colonias griegas en Oriente y Egipto.

1) Oriente. Los griegos en el siglo VIII entraron en contacto con los pueblos del Oriente Próximo (fig. 4), que eran herederos de las grandes civilizaciones que habían florecido en Mesopotamia, pudiendo distinguir tres regiones: A) Siria del norte, donde los griegos entraron en contacto sucesivamente con los imperios urartiano, asirio, babilonio y persa. B) Fenicia y Palestina, cuyas culturas e influencias sobre los griegos no son siempre fáciles de distinguir de las de Siria. C) Anatolia y los reinos de Frigia y Lidia.

De entre todas estas regiones el enclave más importante fue el de Al Mina, situada en la actual Turquía, en el estuario del río Orontes.

2) En Egipto (fig. 5), las fundaciones de Naucratis y Cirene incrementaron influencia de la civilización egipcia en Grecia, siendo el arte arcaico (*kouroi*) un claro antecedente. Los contactos entre ambas culturas debían de ser más antiguos, pues se han encontrado restos de cerámica micénica en más de una docena de lugares de Egipto. Estas relaciones se verían reflejadas en viajes de comerciantes, como Coleo de Samos (s. VII), y por la contratación de mercenarios griegos (HERÓDOTO II 152: «*hombres bronceos*») en tiempos del faraón Psamético I (664-610 a.C.).

3) La Magna Grecia (*Megale Hellas*), donde los griegos establecieron relaciones, no siempre pacíficas, con cartagineses y etruscos. Las colonias más antiguas de Occidente (Cumas y Pithecusas) fueron fundadas por los eubeos (fig. 6) en una posición estratégica para poder comerciar con Etruria. La mayor parte de las nuevas fundaciones se produjo por motivos económicos, pero también tuvieron peso otras razones. La fundación de estas nuevas ciudades supuso un



6. Mapa de las fundaciones griegas de la Magna Grecia.

desahogo ante el crecimiento de la población de muchas *póleis* griegas. En el caso de ciudades como Tarento, el crecimiento del número de espartanos ilegítimos habría sido el motivo. Otras ciudades como Focea tuvieron que partir en busca de una nueva patria, cuando su territorio fue conquistado por los lidios y posteriormente destruida por los persas. La actividad de los foceos en Occidente se vería drásticamente perjudicada cuando una coalición de etruscos y cartagineses los derrotó en la batalla de Alalia (535 a.C.). En cualquier caso, al llegar a las nuevas tierras, los colonizadores eran políticamente independientes de sus ciudades madre, aunque seguían manteniendo lazos sanguíneos y religiosos con su metrópoli.

4) Mar Negro. Las primeras fundaciones griegas en el mar Negro no se produjeron buscando una exploración de sus costas, pero resultó algo inevitable una vez construidas (fig. 7).



7. Fundaciones griegas en el mar Negro.

El acceso se realizó a través de la Propóntide, que es como un vestíbulo con anchos y largos corredores a cada lado. Los navegantes griegos tenían que salvar vientos y corrientes que hicieron que, en un primer momento, llamasen a este mar «inhóspito» (PÍNDARO, *Pítica* IV 203: «*Axeinos*»). Los primeros testimonios de fundaciones, Sinope y Trapezunte, datan del siglo VIII a.C. La ciudad de Olbia, junto al río Borístenes (Dniéper), introdujo a las comunidades escitas en el mundo griego. Fruto de la estancia de los griegos en el mar Negro, o Euxino⁸, fue el creciente interés por los pueblos del norte. Aristeas de Proconeso (una isla en la Propóntide), fue un personaje influenciado por el chamanismo escita, que escribió un poema titulado *Arimáspeia épe*, en el cual su protagonista realizaba un viaje fantástico por las tierras de los isedones, lugar donde oyó hablar de los arimaspes, que tenían un solo ojo, de los grifos, que guardaban el oro, y de los hiperbóreos, los protegidos de Apolo.

5) Occidente. En Massalia, se estableció el núcleo comercial más importante entre el mundo griego y el celta⁹ (fig. 8), y Ampurias y Rhodes, en la Península Ibérica, pusieron a los helenos en contacto con los iberos. La leyenda más famosa del Mediterráneo Occidental es, sin duda alguna, la de Tartessos. Heródoto (IV 152) cuenta cómo Coleo de Samos, arrastrado por los vientos, arribó, accidentalmente¹⁰, a las costas de Iberia y cómo entró en contacto con el rey Argantonio. El rico reino de Tartessos se convirtió en el Dorado de la civilización griega. En tales historias se fundían los relatos de viajeros con la creencia en una antigua Edad de Oro.



8. Colonias griegas de Occidente.

En el proceso colonizador el mito jugó un doble papel. En cierto modo, los mitos eran una fuente de información geográfica para los colonizadores, puesto que describían, en muchas

8 Cf. WEST, S., «The Most Marvellous of All Seas: The Greek Encounter with the Euxine», *G&R* 50, 2003, p. 151-167, cree que el nombre Euxino puede derivar del persa *aesaena*, oscuro y sombrío.

9 MOMIGLIANO, A., *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización*, Méjico, FCE 1999, p. 90.

10 El descubrimiento fortuito ocasionado por tormentas es un *tópos* recurrente en los relatos de viajes. Otro ejemplo es el del marino Eudoxo de Cízico, que en el mundo helenístico sería arrastrado por los vientos en algunos de sus viajes.

ocasiones, viajes en situaciones y lugares imprecisos. Gracias a su falta de exactitud no era, en modo alguno, difícil que los colonizadores griegos identificasen la *terra incognita* con las historias de su tradición, que conformaban su forma de entender el mundo. Pero, al mismo tiempo, era un elemento de legitimación extremadamente útil. Si en la época de los grandes navegantes portugueses y españoles la tradición justificó las pretensiones de ambos sobre el nuevo mundo¹¹, en este período la mitología griega hizo lo propio en el Mediterráneo¹². Jasón, Odiseo y, sobre todo, Heracles (ISÓCRATES, *Filipo* 112) se convirtieron, sin proponérselo, en los primeros exploradores que helenizaron el mundo.

El que el mito se vinculase desde sus inicios a la tradición escrita provocó una serie de variaciones debidas a las plumas y a la invectiva de los escritores. Al ser una religión cívica, en la que no existía ningún tipo de casta sacerdotal, era más fácil que surgiesen distintas interpretaciones sobre la religión, puesto que no había que temer nada, o al menos no en la misma medida, de los maestros de la verdad, que fijaban el dogma en otras culturas. Esto trajo consecuencias importantes para la geografía. Al nacer ligada al mundo del mito, también lo hizo al de la literatura. Esto implicaba que, al igual que en la creación literaria, existieran hechos recurrentes, o *tópoi*, de los que no se podía prescindir (fauna fantástica, confines del mundo, Edad de Oro, etc.) y variaciones en el nombre y en la ubicación de un topónimo. En este último caso, es muy conocido que los griegos dieron el nombre de Iberos, en un primer momento, a los habitantes del mar Negro y, posteriormente, a los de la Península Ibérica (ESTRABÓN III 4.19). La Iberia del mar Negro y la de Occidente tendrían una cosa en común, además de un mismo topónimo, eran lugares donde la mitología solía colocar el Jardín de las Hespérides¹³ (HESÍODO, *Teogonía* 275; APOLODORO II 5.11) y que señalaron los límites del mundo para los griegos¹⁴, romanos¹⁵ y bizantinos¹⁶. Hesperia fue el nombre con el que se designó a Italia, por encontrarse al occidente de Grecia, y luego a la P. Ibérica, por estar todavía más al oeste. Los etíopes, un pueblo que habitaba en los confines del mundo, fueron ubicados en África y en la India indistintamente¹⁷.

La ciencia geográfica de los helenos está en continua evolución, pues la visión que se tiene del espacio cambia con el tiempo. Pero en la emergente geografía griega cada vez que se reconsidere la localización de un mito se producirá a la vez una transformación del espacio. Resulta menos traumático reubicar un lugar ligado a las creencias colectivas de una población que volver a definirlo o incluso negarlo. La consecuencia es que el pueblo griego podía cambiar de hábitat o redefinir su tradición, pero nunca negarla. Su espacio literario y mítico les acompañó allí donde iban.

11 Cf. ELLIOTT, J. H., *El viejo mundo y el nuevo 1492-1650*, Madrid, Alianza 1997, especialmente p. 41-70.

12 PLÁCIDO SUÁREZ, D., «Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente», *Gerión* 7, 1989, p. 41-51; p. 44.

13 DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., «Los términos Iberia e Iberos en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum* 2, 1983, p. 203-224; p. 204-5.

14 ESTRABÓN XI 4.8.

15 TACITO, *Germania* 35.2-4, menciona las columnas de Hércules septentrionales.

16 ESTEBAN DE BIZANCIO, *Ethnika* 323-4; Cf. VALLEJO GIRVÉS, M., «¿El umbral del imperio? La dispar fortuna de Hispania y las Columnas de Hércules en la literatura de época justiniana», *WWW.Archivodelafrontera.com*.

17 DREWS, R., «Aethiopian Memnon: African or Asiatic?», *RhM* 112, 1969, p. 191-192; SNOWDEN, Fr. M., *Blacks in antiquity: Ethiopians in the Greco-Roman experience*, Harvard 1970, p. 101, cree que la India y Etiopía fueron confundidas; ALBADALEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005, p. 23, niega que existiese confusión alguna entre la India o Etiopía.

Pero no se valieron únicamente de los mitos en sus viajes. Mucho antes de que se iniciasen las colonizaciones griegas, los fenicios habían fundado colonias en el Mediterráneo. Sin embargo, aunque es lógico suponer que los fenicios debieron de haber servido de modelo a los helenos¹⁸, no hay muchas evidencias de cooperación y contacto entre ellos, si exceptuamos enclaves como el puerto sirio de Al Mina. Tampoco hay muchos elogios en las fuentes griegas al sistema comercial de los fenicios¹⁹, que con el tiempo será el caldo de cultivo de la «perfidia púnica» inventada por los romanos. Es más, los viajes de los helenos serían más fructíferos en el lado oriental que en el occidental, donde la presencia de fenicios y cartagineses supuso una barrera a su expansionismo tras la batalla de Alalia, y aún así, los productos griegos siguieron llegando a Occidente a través de los propios fenicios.

En consecuencia, pese a la visión negativa de los fenicios, existieron indicios de influencia y contacto entre ambas culturas, siendo la ciudad fenicia de Biblos, un claro ejemplo al ser el origen de la palabra libro («biblon») en griego. También hay evidencias que dicen que los fenicios pudieron moldear la cosmovisión de los griegos²⁰. Los fenicios pudieron haber exagerado las distancias y los peligros en sus historias, por el puro efecto multiplicante de la narración y para impedir que otros pueblos marinos se adentrasen en la zona²¹.



9. Las Columnas de Hércules en la Tabula Peutingeriana.

18 TUCÍDIDES I 8; VI 2.6; DIODORO V 20.

19 DIODORO V 35.4-5; PSEUDO-ARISTÓTELES, *mir.* 135, dicen que los fenicios intercambiaban sus baratijas con los indígenas por metales preciosos.

20 Cf. AUJAC, G., *La géographie dans le monde antique*, París 1975, p. 9, cree que los griegos pudieron haber tomado de los fenicios la noción del río Océano, que reducía el mundo a una isla.

21 Esta tesis es defendida por ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, p. 18; MANFREDI, V., *Le Isole Fortunate. Topografia de un mito*, Roma, L'Erma di Bretschneider 1996.

También pudieron participar en la creación de las Columnas de Hércules²² (fig. 9), puesto que las Columnas están ligadas a Melkart, el equivalente fenicio de Heracles/Hércules²³. Ni Homero ni Hesíodo hablan de las Columnas de Hércules²⁴. De hecho, la primera mención a las Columnas aparece en Hecateo (*Fr.* 46; 48), en el momento en el que el reino de Tartessos ha decaído y la presencia griega en occidente ha disminuido, tras haber sido derrotados por los etruscos y los cartagineses en la batalla de Alalia²⁵.

Poco después, en Píndaro encontramos nuevas menciones a las Columnas de Hércules, como si fuesen una frontera que el ser humano ni debe ni puede traspasar²⁶. Sin embargo, en un fragmento de Píndaro, citado por Estrabón (III 5.5), las Columnas vuelven a aparecer en el contexto de la colonización fenicia de Occidente.

Otra posibilidad es que fuese una creación griega. Estrabón (I 2.10) comenta como antiguamente el Ponto (el mar Negro) fue considerado el más grande de todos los mares, y que adentrarse en sus aguas provocaba una sensación similar al atravesar las Columnas de Hércules. Es muy posible que esa zona fuese considerada como el fin del mundo antes que los estrechos, por lo que pudo ser trasladada a Occidente tras las colonizaciones fenicias y griegas de la Península Ibérica.

En cualquier caso, con el tiempo, las Columnas de Hércules se convirtieron en el umbral del Océano, la frontera que no se debía traspasar, el *non plus ultra*.

También se ha sugerido que el mito de las Islas de los Bienaventurados pudo tener un origen mesopotámico, que los fenicios se habrían encargado de extender²⁷. Hay noticias en las fuentes que relacionan a los fenicios con las Islas Afortunadas²⁸. Los griegos y, posteriormente, los romanos manejan indistintamente los términos Campos Elisios, Islas Afortunadas o Islas de los Bienaventurados para referirse a una misma cosa, el paraíso²⁹. La primera mención que hay en las letras griegas a los Campos Elisios se encuentra en la *Odisea* (IV 563), expresión que no volverá a aparecer hasta Apolonio de Rodas, pues al contrario de lo que pudiera parecer el término más común era las Islas de los Bienaventurados, lo que prueba que era algo más que un mero *tópos* literario carente de sentido religioso, como aparentemente podría pensarse. Es Hesíodo (*Trabajos y días* 166-73) el primer autor que nombra las Islas de los Bienaventurados. En la *Katábasis* de Odiseo, Homero nos dice que el hijo de Laertes marchó en barco a los confines del mundo. Es posible que entendiera el reino de los muertos, tan ligado al concepto de Islas de los Bienaventurados (μακάρων νῆσοι) como una isla. No obstante, debe recordarse que, como pueblo de origen indoeuropeo, habría sido imposible que localizasen el paraíso en

22 Sobre los viajes de exploración más allá de las Columnas Cf. CARPENTER, R., *Beyond the Pillars of Heracles: the classical world seen through the eyes of its discoverers*, Nueva York, Delacorte Press 1966; ROLLER, D. W., *Through the pillars of Heracles: Greco-Roman exploration of the Atlantic*, Nueva York 2006.

23 PAUSANIAS V 25.12; IX 27.6-8; HERÓDOTO II 44; POMPONIO MELA III 6.46.

24 HOMERO, *Odisea* I 52-4; XXIV 11-13, habla de una columna, pero es el elemento arquitectónico con el cual Atlas sujeta al mundo.

25 AMIOTTI, G., «Le Colonne d'Ercole e i limiti dell'ecumene», en *Il confine nel mondo classico*, CISA, Milán 1987, p. 13-20; considera que debieron aparecer en ese momento histórico.

26 PÍNDARO, *Olímpica* III 41-4; *Nemea* III 20-9; IV 69; *Ístmica* III 21-9. Cf. SÓFOCLES, *Antígona* 332-41, se muestra más permisivo ante la posibilidad de navegar por el Océano.

27 MANFREDI, V., «A Mesopotamian Origin for the Myth of the Fortunate Islands?», *Fortunatae* 7, 1995, p. 319-324.

28 PSEUDO-ARISTÓTELES, *Perithaumasiōn akousmata* 84.1; DIODORO V 19.1-5.

29 MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., «Las Islas de Bienaventurados: Historia de un mito en la literatura griega arcaica y clásica», *CFC* 9, 1999, p. 242-279; p. 244. Cf. EURÍPIDES, *Helena* 1676-9; PLAUTO, *Las tres monedas* 549; CL. MAMERTINO, *Discurso al emperador Juliano* 23; HORACIO, *Épodo* 16.41-64.

una isla antes de su llegada a Grecia. Los griegos no estuvieron originariamente en contacto con el mar, y es razonable suponer que, cuando emigraron y se establecieron en territorios costeros, sus creencias y sus mitos sufrieron cambios ante el impacto de un nuevo espacio³⁰. Los fenicios bien pudieron haber exportado el concepto de isla como paraíso *post mortem*, puesto que la isla de Dilmún parece que jugó un papel similar en la escatología mesopotámica.

De lo que no cabe la menor duda, es que la expansión fenicia por el Mediterráneo debió de marcar un antes y un después en la formación de la civilización griega. Viajes como el de Hanón o la circunnavegación de África ordenada por el faraón Neco (ESTRABÓN II 3.4; HERÓDOTO IV 42; POLIBIO III 37; ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 354a) trajeron noticias sobre nuevos pueblos y especies, y servirían de modelo para las futuras exploraciones de los helenos.



10. El Periplo de Hanón.

El primer intento de circunnavegar África habría tenido lugar en tiempos del faraón Neco II (610-595 a.C.). La duración del viaje fue de unos tres años, iniciándose en el mar de Rojo y concluyendo al atravesar las Columnas de Heracles y regresar a Egipto. Seguramente no consiguieron cumplir su objetivo, pero este viaje sirvió para ampliar el conocimiento que se tenía hasta ese momento sobre África. Es posible que durante su trayecto pudieran percatarse de un cambio en la ubicación del Sol y las estrellas, lo que habría sido posible de haber navegado lo suficientemente hacia el sur³¹. Heródoto (IV 42.3-4) nos cuenta la sorpresa de los navegantes fenicios cuando advirtieron que tenían el Sol a su derecha, pero la reacción de los navegantes, ante un cambio inesperado en la situación de las estrellas o del Sol, puede encontrarse desde muy temprano en la tradición griega, en la *Odisea* o en algunos geógrafos de Alejandro Magno y sus sucesores como Nearco y Deímaco³².

30 GARCÍA TEIJEIRO, M., «Escatología griega e islas de los Bienaventurados», en *Serta Gratulatoria in honorem Juan Régulo I*, La Laguna 1985, p. 271-280.

31 Cf. JANNI, P., «Il sole a destra: Estrapolazione nella letteratura geografica antica e nei resoconti di viaggio», *SCO* 28, 1978, p. 87-115.

32 JANNI, P., *op. cit.*, p. 93.

Más controversia ha levantado el llamado *Periplo de Hanón*³³ (fig. 10), no sólo por delimitar su viaje³⁴, sino también por la autenticidad de los vestigios literarios que han llegado hasta nosotros³⁵ y su cronología³⁶.

Las relaciones comerciales de los griegos con pueblos lejanos, como los fenicios, están atestiguadas por otras obras griegas, como el *Periplo de Pseudo-Escílax*, pero, independientemente de su veracidad, el *Periplo de Hanón* es un texto griego y como tal debe de ser estudiado³⁷.

La expedición se inicia como un viaje colonizador, pero las cifras de los participantes, 30.000 entre hombres y mujeres, son disparatadas. La descripción del *Periplo* se apoya más en elementos griegos que en fenicios, sobre todo en la *Odisea* y en las *Historias* de Heródoto. Las divinidades que se mencionan en el texto, Posidón y Cronos, son de origen helénico. También encontramos recursos propios de la narrativa griega para dar mayor veracidad al texto como la presencia de intérpretes en el mismo³⁸. Aparecen pueblos de los confines como los etíopes; y fantásticos, como los trogloditas³⁹, que pertenecen por completo al imaginario griego. La imagen de los gorilas recuerda a la que Clitarco y otros historiadores⁴⁰, que acompañaron a los macedonios, hicieron de los grandes simios que encontraron en la India. Pero, también a las velludas atenienses de la *Asamblea de las mujeres* de Aristófanes, que se negaban a depilarse o a las ménades que despedazaban con sus manos a sus víctimas en las *Bacantes*. Las islas maravillosas se vinculan a los relatos de marineros que podemos encontrar en la *Odisea*. Algunas que encierran en su interior lagos o lagunas tienen una condición doblemente insular. Una de ellas, Cerne, tendrá una gran repercusión en la tradición periplográfica griega (PLINIO, *NH* VI 199; LICOFRÓN, *Alexandra* 16-9; NONNO, *Dionys* XXXIII 183-7). Al mismo, tiempo la situación simétrica de Cerne con respecto a Cartago, nos recuerda a los primeros mapas de los geógrafos

33 GARCÍA MORENO, L. A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid, Alianza 1996, p. 99-121.

34 LÓPEZ PARDO, F., *El empeño de Heracles. La exploración del Atlántico en la Antigüedad*, Madrid, Arco Libros 1992, no cree que el viaje sobrepasara las costas del Sahara; En cambio RAMIN, J., «Le périple d'Hannon. Apports de la littérature et hypothèses», *Latomus* 35, 1976, p. 791-804, piensa que habría alcanzado la zona ecuatorial.

35 DESANGES, J., *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma 1978, p. 51 defiende la veracidad del mismo; GARCÍA MORENO, L. A., «Paradoxography and political ideals in Plutarch's Life of Sertorius», en *Plutarch and the historical tradition*, Londres & Nueva York, Routledge 1992, p. 132-158, niega que en la antigüedad existiesen los suficientes medios técnicos para poder atravesar el Bojador, por lo que el viaje cartaginés habría resultado impracticable.

36 DESANGES, J., *op. cit.*, 200 a.C.; MEDEROS MARTÍN, A., y ESCRIBANO COBO, G., «El periplo norteafricano de Hanón y la rivalidad gaditano-cartaginesa de los siglos IV-III a.C.», *Gerión* 18, 2000, p. 77-107, lo relacionan con la firma del segundo tratado entre Cartago y Roma en el 348 a.C.

37 JACOB, Ch., «Aux confins de l'humanité: peuples et paysages africains dans le Périple d'Hannon», *Cahiers d'Études africaines* XXXI 1-2, 121-122, 1991, p. 9-27, el periplo de Hanón sería el representante de una visión griega de África como tierra de alteridad. Un espacio para la proyección de los fantasmas colectivos helenos.

38 Un ejemplo similar de utilización de múltiples intérpretes puede encontrarse, cómo no, en Heródoto (IV 24) donde se nos dice que los escitas viajando por tierras habitadas, para llegar a la región de los Argipeos, utilizaban siete intérpretes, que hablaban siete lenguas diferentes, o en fragmento de Onesícrito (ESTRABÓN XV 1.63-65) en el que el rey Alejandro mantiene una conversación muy helenizada con los sabios hindúes con la ayuda de varios traductores.

39 HERÓDOTO IV 183.4, explica como los garmantes daban caza a los trogloditas etíopes.

40 Cf. GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Los huidizos gorilas de Hanón y la tradición helenística sobre la zoología fabulosa de la India», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 291-304.

jonios cargados de simetría. En cuanto al intenso calor y al fuego que se mencionan en el texto, deben de relacionarse con la creencia griega en el aumento progresivo de la sequedad y el calor conforme se marchaba hacia el sur.

La presencia de fauna que había llamado tradicionalmente la atención de los griegos como los elefantes, los cocodrilos o los hipopótamos aumenta la dependencia del texto con la tradición helena. El *Periplo de Hanón* confirma que todo producto cultural de una civilización ajena tiene que ser traducido según sus propios conceptos y criterios para tener sentido. La necesidad es mayor cuanto más desarrollada y evolucionada está su lengua y su escritura, elementos imprescindibles para conservar y transmitir la tradición.

CONCLUSIÓN

En suma, el proceso colonizador permitió poner en contacto al pueblo griego con otras regiones del Mediterráneo. Los elementos clave en este fenómeno fueron la tradición y los mitos, que tuvieron que ser reinterpretados para construir una nueva cosmovisión, pero el resultado obtenido no estaba reñido diametralmente con la mentalidad anterior. La readaptación de los topónimos es una constatación de que el espacio griego tiene vida, y que está en constante evolución. Al igual que el emigrante heleno se llevaba el fuego del hogar en su viaje, la tradición también le acompañaba fuese a donde fuese.

Desde muy temprano se observa la necesidad de helenizar todo cuanto se pone ante los ojos de esta cultura. El que la *interpretatio graeca* surja en fechas tan recientes, es una evidencia del enorme peso de la tradición, en un pueblo que comienza a fijar su lengua y su cultura por escrito. No es casual que las nuevas fundaciones, sobre todo las de Magna Grecia y Jonia, resultasen ser los centros más dinámicos del pueblo heleno, ante la necesidad de cuestionarse los viejos valores tras el contacto con otros pueblos.

El gran logro de este período fue la adopción del alfabeto. A partir de ese momento la tradición, que había estado en manos de la aristocracia, encuentra una nueva forma de ser transmitida, posibilitando una reflexión interior e individual que la cultura oral no ofertaba. En palabras de Levi-Strauss «*la posesión de la escritura multiplica prodigiosamente la aptitud de los hombres para preservar los conocimientos. Bien podría concebírsela como una memoria artificial cuyo desarrollo debería estar acompañado por una mayor conciencia del pasado y, por lo tanto, de una mayor capacidad para organizar el presente y el porvenir*»⁴¹. La aparición de la escritura y su extensión es el primer paso para que la sociedad se convierta de cerrada en abierta.

No obstante, la ampliación del conocimiento del hombre griego se vería interrumpida bruscamente por dos hechos políticos de gran importancia. En primer lugar, la emergencia en el oeste del Imperio Cartaginés que, tras la batalla de Alalia (535), limitaría todavía más los contactos de los helenos con los habitantes del Occidente. El viaje de Eutímenes de Marsella sería la única experiencia destacable en este período, no produciéndose nada semejante hasta la aventura de su paisano Píteas⁴². Todavía en tiempos de Alejandro Magno la información que disponían los geógrafos de esta zona del mundo no difería mucho de la que se tenía en la época de las colonizaciones griegas.

41 LEVI-STRAUSS, C., *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba 1970, p. 295.

42 Sin embargo, ELIO ARÍSTIDES (XXXVI 85-96) estaba convencido de la falsedad del viaje de Eutímenes, al que calificaba como somnífero para niños. Cf. DESANGES, J., *op. cit.*, p. 17-27.

El segundo hecho destacable, y que marcó para siempre la evolución del pueblo griego, fue la irrupción del Imperio Persa en su devenir histórico. Con los persas, los helenos entrarían en contacto con Oriente y descubrirían dos conceptos hasta ese momento incipientes en su propia civilización: el imperialismo y la alteridad.

3. JONIOS A LA SOMBRA DEL GRAN REY: IMPERIALISMO Y GEOGRAFÍA

«La geografía creció en paralelo al crecimiento del imperialismo»
(FORBES, D. K., *The geography of underdevelopment: a critical survey*, Sidney 1984, p. 31).

La batalla del río Halis, entre el reino de Lidia y el embrionario Imperio Persa, en el año 546 a.C., marca un antes y un después en la historia y en el pensamiento del pueblo heleno. Como ya hemos dicho la deuda de Grecia con otros pueblos, como el fenicio o el egipcio, fue muy grande. De igual modo, de otras culturas como la frigia adoptaron algunos modelos culturales, siendo la figura del rey Midas la impronta más importante de todas. Del pueblo lidio tomaron los pesos y la moneda¹. El propio rey Cresos era un ferviente seguidor del oráculo de Delfos, lo que prueba que la influencia fue mutua.

El impacto por la caída de Lidia tuvo que ser grande, como su sorpresa ante la aparición del mayor imperio que el hombre antiguo había conocido hasta la fecha. Un imperio que englobaba a numerosos pueblos: babilonios, medos, persas, lidios, egipcios y griegos. La conquista de las ciudades griegas de Asia Menor por Ciro originó que los griegos pasasen a formar parte de un imperio multiétnico. Esto permitió que los jonios de Asia Menor entrasen en contacto con infinidad de civilizaciones que, como ellos, eran súbditos del Rey de Reyes². Dos hechos posibilitaban este cambio: el nacimiento de un imperio unificado y una red de caminos que permitían al mismo tiempo la administración y el sometimiento de los territorios, el camino real³.

1 DIHLE, A., *Die Griechen und die Fremden*, C. H. Beck 1994 (Traducido al griego, *Οι Έλληνες και οι Ξένοι*, Atenas 1998, p. 28). Palabras tan comunes en la lengua griega como Talento o Chitón serían de origen lidio.

2 NIPPEL W., «La costruzione dell' altro», en *I Greci: Storia, cultura, arte, società*, I, *Noi e I Greci*, Turín 1996, p. 169.

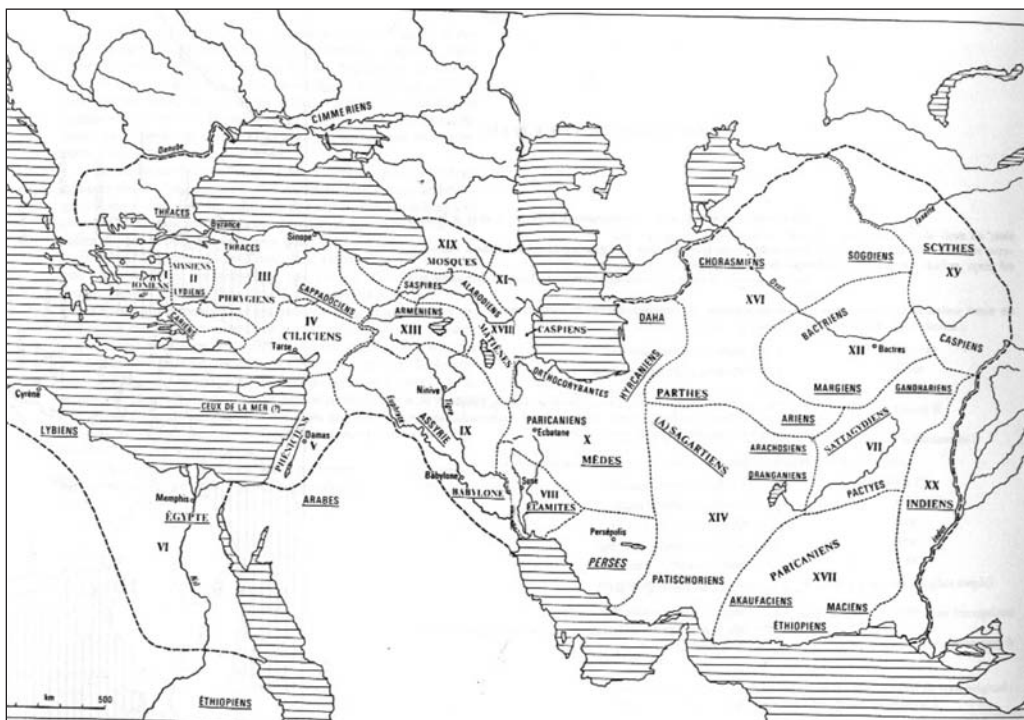
3 Cf. MAZZARINO, S., «Le vie di comunicazione fra impero achemenide e mondo greco», en *La Persia e il mondo greco-romano*, Roma 1966, p. 75-84, estudio muy útil para lo referente a las vías de comunicación fluviales del Imperio Aqueménida. La importancia del sistema de comunicación fluvial quedaría atestiguada por el desarrollo y construcción de puentes fijos y móviles en los principales ríos del Imperio.

Será en el seno de este imperio donde los griegos desarrollen dos conceptos básicos para la aparición de la geografía y la antropología: la cartografía y la alteridad.

LOS GRIEGOS Y EL IMPERIO PERSA

De dos formas totalmente contrapuestas contemplaron los griegos al imperio persa. La primera resalta el carácter despótico de su gobierno⁴. La segunda destaca el enorme tamaño del imperio y su riqueza⁵.

Este enorme imperio se administraba y dividía en satrapías, que estaban gobernadas por un sátrapa, que era el encargado de recolectar el tributo y mandarlo a la administración central. La palabra sátrapa significaba guardián del reino, y normalmente la persona que desempeñaba el cargo también concentraba en su poder el control de los ejércitos (JENOFONTE, *Económico* IV 10-11).



11. Mapa de las satrapías según Heródoto procedente de P. Lecoq.

Heródoto (III 90-94.2) recoge un número de 20 satrapías, que engloban un total de 67 naciones (fig. 11). Hay una serie de interrogantes en la lista de las satrapías del padre de la historia: ¿Por qué comienza por las provincias griegas de Asia Menor, cuando lo lógico es que

4 ESQUILO, *Persas* 241-4; HERÓDOTO VII 102; 104; ISÓCRATES, *Panegrico* 151; ARISTÓTELES, *Política* 1252b 5-9.

5 JENOFONTE I 5.9; Q. CURCIO III 2.9; DIODORO XIV 22.2; ISÓCRATES, *Paneg.*, 165.

lo hubiese hecho por las regiones que constituían el núcleo del Imperio Persa? ¿Por qué se sigue un criterio geográfico entre las provincias griegas y próximas al Mediterráneo y no se hace lo mismo con el resto de las satrapías? ¿Por qué no se mencionan las satrapías de Hircania y Persia o los pueblos de los colcos, etíopes y árabes? ¿Por qué se repiten dos veces los pueblos de los caspios, (satrapías once y quince) o los paricanios (en la décima y decimoséptima) y faltan otros que sí encontramos en los textos reales, como los aracosios o los macios?⁶ La respuesta más lógica es que Heródoto, habiéndose valido de un mapa, siendo el de Hecateo de Mileto la opción más probable, reconstruye la imagen del Imperio Aqueménida desde su visión helenocéntrica⁷.

En efecto, se conservan otras listas de origen persa que no coinciden con el número dado por el historiador griego. En la inscripción de Behistún (fig. 12), en los montes Zagros, se mencionan un total 23 satrapías. En la de Persépolis se omite Persia y se incluyen Sagartia y la India. En Naqs-i-Rustam se citan 29 o 30, pues se incluyen las últimas conquistas de Darío como los tracios o los macedonios.

Resulta llamativo que, mientras en la lista de Heródoto se comenzaba con las satrapías griegas, en la de Naqs-i-Rustam se comience por los persas y las satrapías que se recogen en ella se estructuran en orden diferente, hacia Occidente y hacia Oriente⁸.



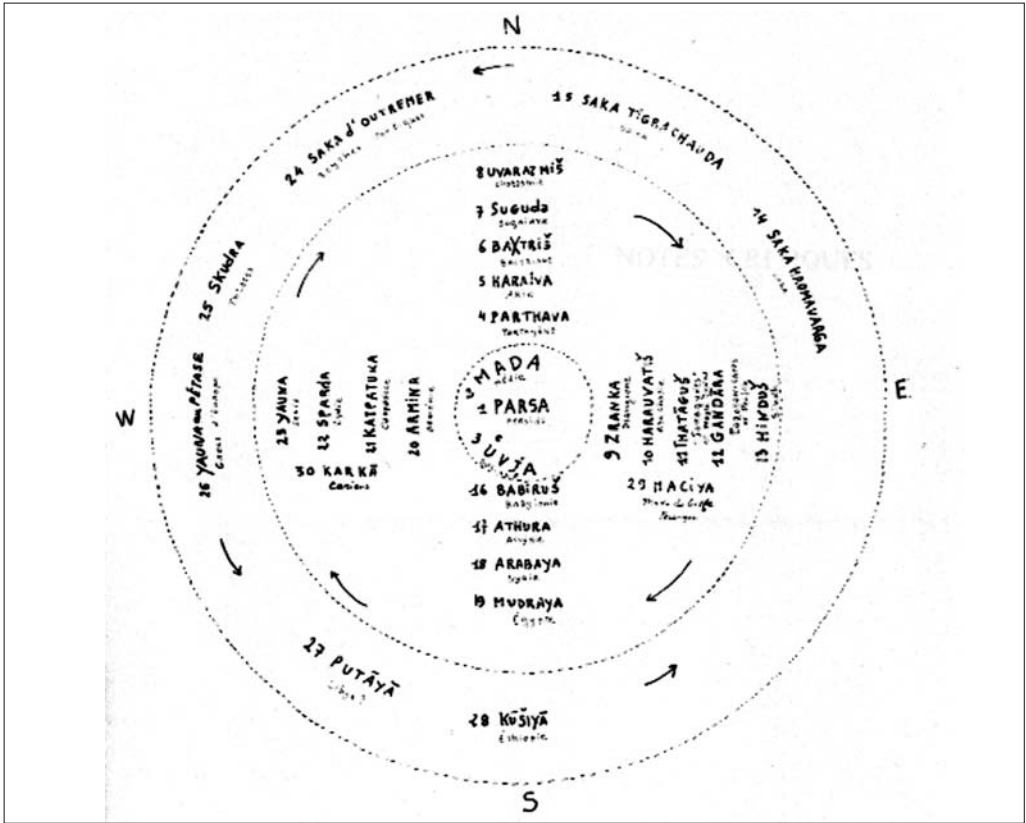
12. Inscripción de Behistún.

Sería posible que las diferencias entre las distintas listas se deban a la evolución que sufrió la administración aqueménida a lo largo de su historia. Pero también hay que tener presente la diferente naturaleza de las listas de Heródoto y de las inscripciones persas. La del historiador griego es un compendio de los pueblos tributarios del imperio, por ese motivo no se recoge la satrapía de Persia. Por el contrario, las inscripciones persas tienen un carácter administrativo y presentan la extensión de la autoridad real sobre lugares muy diversos. Resulta difícil, por lo tanto, que no se presenten divergencias entre las listas persas, pues el imperio no siempre tuvo la misma extensión, territorios como Tracia o India sólo formaron parte temporalmente del mismo, y otros, como Egipto, solían sublevarse a menudo.

6 LECOQ, P., *Les inscriptions de la Perse achéménide*, París 1997, p. 131.

7 HERZFELD, E., *The Persian Empire. Studies in Geography and Ethnography of the Ancient Near East*, Wiesbaden 1968, p. 288.

8 GOUKOWSKY, P., «L'espace impérial de Darios I», en *Essai sur les origenes du mythe d'Alexandre (336-270 av.-J.-C.) I*, Nancy 1978, p. 223.



13. El espacio imperial de Darío I, según la inscripción de Naqs-i-Rustam. Tomado de P. Goukowsky.

Los interrogantes se multiplican cuando vemos que en la *Biblia* se aumenta el número de las provincias de forma considerable, hasta un total de 120 y 127 distritos (*Daniel* 6:1-3; *Ester* 8:9). Es posible que en cada satrapía se hubiesen creado algunas subadministraciones, y que esto se haya conservado en las sagradas escrituras, pero si entendiéramos estas demarcaciones como satrapías sería un sin sentido.

Pero las contradicciones también están presentes en la obra de Heródoto. En el libro VII 61-100, cuando pasa revista al armamento y a la disposición del ejército de Jerjes, sigue un orden semejante a la inscripción de Naqs-i-Rustam⁹ (fig. 13). Encabezan las tropas los persas, los medos y cisios (Elam) y, después, le siguen el resto de pueblos del imperio: hircanios, asirios, babilonios, sirios, etc., hasta un total de 67. Es llamativo que dos catálogos donde se siguen distintos criterios para enumerar a los pueblos del Imperio Persa contengan la misma cifra. Resulta todavía más significativo que 67 sea también el número de naciones que se cita en el catálogo de la *Ilíada*¹⁰. Las contradicciones entre nuestras fuentes literarias griegas y las inscripciones

⁹ LECOQ, P., *op. cit.*, p. 136.
¹⁰ ARMAYOR, O. K., «Herodotus' catalogue of the Persian Empire in the light of the monuments and the Greek literary tradition», *TAPA* 108, 1978, p. 7.

persas no son fruto de la imposibilidad de Heródoto para comprender la realidad geográfica de Asia, sino más bien se deben ante todo a cuestiones antropológicas. La información que se obtiene tiene que plasmarse conforme a los modelos griegos, como si de otra forma careciese por completo de sentido o contexto.

El Imperio Persa fue el primer imperio que contó con una red centralizada de caminos. En parte, ello era necesario como una consecuencia directa del enorme tamaño del mismo, un hecho que era continuamente resaltado por los autores griegos (Cf. *Supra*. p. 76). La ruta real era un elemento clave de la administración aqueménida. Otra función fue facilitar el comercio y la recolección del tributo. Sin ella no habrían podido ponerse en contacto provincias tan alejadas del corazón del imperio como Bactria o Hircania, tampoco habría podido movilizar el Rey de Reyes todos sus recursos militares. Para muchos autores no dejaba de ser una «ruta militar»¹¹. Por este motivo, cuando se nos habla de las jornadas que había entre un punto y otro, debe de tenerse en cuenta que nuestras fuentes se refieren a grandes contingentes militares¹².

No obstante, puede decirse que los macedonios no habrían podido realizar su conquista con la misma rapidez, si no hubiesen contado con un instrumento tan útil como la ruta real persa. Gracias a ella, pudieron obtener el avituallamiento que un ejército de su tamaño requería y avanzar con mayor velocidad¹³. Podría pensarse que uno de los principales elementos del gobierno persa fue la causa de su caída. Pero lo cierto, es que la mayor parte del tiempo los macedonios utilizaron vías subsidiarias de la ruta real al estar controladas las principales por las tropas persas¹⁴. Hay ejemplos que demuestran que el Gran Rey podía cerrar el tránsito a los viajeros, si no contaban con una carta de la administración que justificaba el viaje, a semejanza del *cursus publicus* romano. Aristágoras de Mileto tuvo problemas para informar a Histeio, que estaba en Susa, porque «*estaban los caminos tomados por orden del rey*» (HERÓDOTO V 35). En la *Biblia*, Nehemías se valió de una misiva real para poder viajar de Susa a Jerusalén sin problemas (*Nehemías* 2.7).

De igual modo, la naturaleza del espacio geográfico persa distó mucho de ser homogénea en los autores griegos. Existe una diferencia sustancial entre la noción que tenían Heródoto y algunos autores griegos de las condiciones geográficas del Imperio Persa, y las descripciones posteriores que se hicieron después de su conquista por los helenos. Persia es para el historiador de Halicarnaso un imperio montañoso, árido e improductivo, habitado por gentes que beben agua, comen higos y visten pantalones de cuero (HERÓDOTO I 71; 89.2). Es el modo de vida y su hábitat hostil lo que obligó a los persas, en opinión del historiador de Halicarnaso, a expandirse fuera de sus fronteras. Una descripción similar del modo de vida de los persas puede encontrarse en Platón (*Leyes* 695 a) y en Aristóteles (*Política* 1312a).

No obstante, descubrimos que, tras las conquistas de Alejandro, esta visión del territorio persa ha cambiado radicalmente. Los historiadores de Alejandro no albergan duda alguna sobre la fertilidad de Persia (Q. CURCIO RUFO V 4.5-9). Arriano, siguiendo probablemente a Nearco, va todavía más lejos y distingue tres zonas climáticas en Persia (ARRIANO, *Índica* 40.2-5): Una

11 Q. CURCIO V 8.5: «*via militari*».

12 Cf. ARRIANO III 16.3. Cf. GONZÁLEZ BLANCO, A., «Los caminos prerromanos en el Próximo Oriente. Fundamentos geográficos de la Chorografía antigua», *Larouco* 3, 2003, p. 13-23.

13 FOX, R. L., *Alexander the Great*, Londres 1973, p. 103; BRIANT, P., *From Cyrus to Alexander*, París 2002, p. 372; SIMONETTI AGOSTINETTI, A., «Problemi di sussistenza per l'armata di Alessandro durante la spedizione asiatica», en *Studi di antichità in memoria di Mario Atilio Levi*, Milán 2002, p. 428.

14 ENGELS, D. W., «Alexander's intelligence system», *CQ* 30, 1980, p. 331.

cercana al mar Rojo, que es arenosa y estéril, otra muy fértil, donde abunda la hierba y crecen toda suerte de árboles, excepto el olivo, y la última, que está cubierta de nieve.

Al parecer, los macedonios se dieron cuenta de que Persia era un territorio mucho más fértil de lo que había dicho Heródoto, y que, en ocasiones, dependiendo de la época del año y de las condiciones climáticas, podía ser más o menos accesible (ARRIANO VI 28.7).

Parece claro, por lo tanto, que el retrato hecho por Heródoto del paisaje persa, antes de ser verídico, lo que pretendía era dar una explicación válida al expansionismo persa (la escasez de recursos), dándoles a los persas algunas características propias de los pueblos nómadas. Cuando las puertas de Asia se abrieron a los viajeros griegos, poco a poco, se fue cambiando esta visión. Lo llamativo es que pese a la gran cantidad de mercenarios que lucharon en los ejércitos del Gran Rey o de los médicos que sirvieron en su corte, como Ctesias, tuviese que acontecer la conquista macedonia para que los helenos cambiasen la visión de sus vecinos¹⁵.

Como ha podido observarse, pese a su cercanía y a las relaciones que mantuvieron ambos mundos, el griego y el persa, desde muy temprano, la geografía del Imperio Persa seguía siendo desconocida. La causa residió más en la necesidad de entender el mundo, por parte de los griegos, de forma helenocéntrica que en su incapacidad para comprenderlo. Pero la importancia del Imperio Aqueménida para la geografía griega queda demostrada, si observamos que los primeros impulsos por conocer el mundo vinieron de helenos relacionados con el Imperio Persa: Anaximandro, Hecateo, Escílax o Ctesias.

ANAXIMANDRO (c. 610-546 a.C.)

«También la geografía es parte de la filosofía»
(ESTRABÓN I 1).

La expansión del Imperio Persa hacia las costas del Mediterráneo oriental cortó a los griegos la posibilidad de fundar nuevas colonias en esas zonas, pero, al mismo tiempo, creó un imperio unificado dotado de una red de caminos que les permitía viajar con ciertas garantías por sus territorios. No es casualidad que los primeros geógrafos procediesen de Jonia, de la ciudad de Mileto o hubiesen estado al servicio del Imperio Aqueménida.

Anaximandro de Mileto¹⁶ pasa por ser el primero¹⁷ que tuvo la audacia¹⁸ de realizar un mapa (*pínax*) del mundo conocido (AGATÉMERO, *Introducción geográfica* I 1; ESTRABÓN I 1.11). Lo cual no habría sido posible sin la herencia que recibieron los griegos de los orientales (HE-

15 Cf. TUPLIN, Chr., *Achaemenid Studies*, Stuttgart 1996, p. 138.

16 MOSCARELLI, E., *I quattro grandi milesi: Talete, Anassimandro, Anassimene, Ecateo: testimonianze e frammenti*, Nápoles 2005, p. 89-100; p. 101-121; BRODERSEN, K., *Terra Cognita. Studien zur römischen Raumenfassung*, Hildesheim 1995, p. 15-16.

17 En un fragmento de Ferécides (DIÓGENES LAERCIO I 119) se describe un manto, anterior al mapa de Anaximandro, que fue regalado por Zeus a Ctonia, donde aparecen las imágenes del Océano y Gea. No es seguro que se tratase de una representación simbólica del mundo, pero posteriormente la comparación de la *oikoumene* con un manto o clámide tendría mucho éxito (ESTRABÓN II 5.6). Cf. CINQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio*, τὸν πινάκων, Roma 2002, p. 153-154 y p. 160; MAGNANI, S., *Geografia storica del mondo antico*, Bologna, il Mulino, 2003, p. 131-133.

18 JACOB, Ch., «Carte greche», en *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983: «La prima carta è di un' "audacia" ai limiti dell'empità, è un attentato contro il potere degli dei che soli possono vedere la terra dall'alto. La cartografia è un aspetto dell'orgoglio umano, ciò che i Greci chiamavano *hýbris*» (p. 61).

RÓDOTO II 109) y si su *pólis* natal no hubiese jugado un papel tan determinante en el proceso de colonización¹⁹. El mismo Anaximandro participó en la fundación de la ciudad de Apolonia²⁰.

No obstante, siempre debe tenerse muy presente que, pese a ser el primer cartógrafo conocido, no fue el primer geógrafo²¹. Para poder medir las distancias y trazar su mapa, Anaximandro se valió del *gnomon*, que pudo haber tomado de los astrónomos babilonios. Con el *pínax* de Anaximandro el espacio griego, siempre indeterminado y carente de precisión, se representaba por primera vez, en cierta manera, de forma precisa y delimitada²². La forma del mapa era cilíndrica²³. Más difícil es hablar del contenido, pero podemos suponer que estaban los 3 continentes conocidos por los griegos (Europa, Asia y Libia), circundados por el Océano exterior, que aquí, a diferencia del escudo de Aquiles o del manto de Ferécides, ya no es solamente un factor cosmológico, sino, ante todo, geográfico²⁴, y que, al mismo tiempo, sirve para trazar la circunferencia de la tierra. La existencia de una circunferencia indica a su vez la presencia de un centro, una simetría que es fijada a través del santuario de Delfos, donde se encontraba el *omphalós*²⁵, el centro del mundo (AGATÉMERO I 2). Delfos se encontraría en la misma latitud que las Columnas de Hércules y la cordillera del Tauro, de tal modo que podría trazarse una línea recta desde Gades hasta Asia que dividiese en dos partes exactas el mundo habitado. Sería, por lo tanto, un modelo geométrico de la superficie terrestre, que ya no intenta reproducir la imagen de la tierra mediante símiles, sino representarla tal y como es. Pero, en cualquier caso, su mapa es fruto de una especulación teórica, y no el resultado de su experiencia empírica²⁶.

Pero Anaximandro también es el creador de un nuevo concepto espacial, *To ápeiron*, que debe traducirse como lo ilimitado o lo indeterminado, y no por infinito, como defienden algunos investigadores²⁷. Un concepto que haría referencia directa a la forma esférica de la tierra²⁸.

El milesio también establece que la tierra está suspendida libremente, sin que nada la mantenga en su lugar, sino que permanece allí debido a que dista la misma distancia respecto a todas partes. Esta teoría implicaba que se había suprimido el horizonte sólido que sostenía el agua, sobre la cual flotaba el mundo, en opinión de Tales. La tierra no necesitaría apoyos, sino, simplemente, hallarse donde se encontraba, en el centro²⁹. Anteriormente Hesíodo había colocado al mundo humano a una distancia equidistante del Cielo y del Tártaro, pero aquí no existe ningún

19 KIRK, G. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos 1999, p. 160.

20 ELIANO III 17; CICERÓN, *de divinit.* i 50, 112, sitúa también a Anaximandro en Esparta.

21 JACOB, Ch., «Disegnare la terra», en *I Greci: Storia, cultura, arte, società, I, Noi e I Greci*, Turín 1996, p. 901-953; p. 905.

22 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008, p. 50.

23 PSEUDO-PLUTARCO, *Stromates* 2; HIPÓLITO, *Refutación de todas las herejías* I 6.3. Cf. DILKE, O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 22, cree que algo similar pudo haber sido diseñado por Parménides o Pitágoras y que la forma y tamaño del mapa es muy difícil de precisar.

24 MAGNANI, S., *op. cit.*, p. 134.

25 BALLABRIGA, A., *Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, París 1986, p. 12, subraya las diferencias entre *omphalós* y *méson*. El primero funcionaría en un plano vertical, y es propio de un espacio circular y horizontal, mientras que *méson* sería el centro de un espacio humano o cósmico potencialmente geometrizable.

26 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 59.

27 ZELLER, E., *A History of Greek Philosophy. From the Earliest to the time of Socrates*, I Londres 1881, p. 202; BURNET, J., *Early Greek Philosophy*, Londres 1948, p. 58.

28 GUTHRIE, W. K. G., *Historia de la filosofía griega* I, Madrid, Gredos 2005, p. 91.

29 CORNFORD, F. M., *Principium sapientiae. Los orígenes del pensamiento filosófico griego*, Madrid 1988, p. 200.

elemento de apoyo y la simetría implica inequívocamente que, para Anaximandro, el cosmos es esférico³⁰. Más tarde los pensadores jonios rescataron el sostén de la tierra al considerarla como un disco que flotaba en el aire.

Es posible que el mapa de Anaximandro influenciase a Clístenes en su organización del espacio proyectada en Atenas³¹. En ambas proyecciones existía un centro, en el plano de Anaximandro era Delfos y en el caso de Clístenes el *ágora* ateniense. En la carta de Clístenes se establecía una línea que dividía en dos mitades simétricas el mundo. En la reforma de Clístenes se dividía el territorio ateniense tomando como punto de referencia el *ágora*. De este modo, geografía y política demostraban hasta que punto estaban vinculadas. Es por tanto razonable decir que la cartografía y la geografía nacieron como una expresión de la simetría y del orden humano, aplicadas al mundo y al cosmos entero.

Lo que no queda tan claro es si los mapas tuvieron una amplia difusión entre el gran público. ¿Habría tenido un campesino del Ática la suficiente capacidad de abstracción para entender un mapa? Una historia de Heródoto, en la que el tirano Aristágoras de Mileto llevaba un mapa inspirado en la creación de Anaximandro, seguramente el de Hecateo, ha sido considerada por varios estudiosos como una evidencia al respecto:

«Pero volviendo ya al asunto, Aristágoras el tirano de Mileto llegó a Esparta, teniendo en ella el mando Cleómenes, a cuya presencia compareció, según cuentan los lacedemonios, llevando en la mano una tabla de bronce, a manera de mapa, en que se veía grabado el globo de la tierra, y descritos allí todos los mares y ríos; y entrando a conferenciar con Cleómenes, hablóle en esta forma: ... «quiero ya declararte la situación y los confines de las naciones de que hablo. Con estos jonios que ahí ves confinan los lidios, pueblos que poseyendo una fertilísima región no saben qué hacer con la plata que tienen», esto iba diciendo mostrando los lugares en aquel globo de la tierra que en la mano tenía, grabado en una plancha de bronce» (HERÓDOTO V 49).

El proyecto de Aristágoras fue rechazado por los espartanos por las enormes distancias que existían entre Esparta y Susa, que obligarían a los espartanos a estar tres meses fuera de su hogar (HERÓDOTO V 50). En apariencia, el rey rechaza el proyecto al interpretar el mapa. Ahora bien, el hecho de que el rey de Esparta tenga la necesidad de preguntar cuántas jornadas hay hasta la capital persa, prueba más bien lo contrario³². Cleómenes no comprendía muy bien lo que su huésped le enseñaba, por ese motivo éste debía explicárselo³³. El rey es incapaz de traducir las proporciones y las distancias representadas en el mapa. La probable ausencia de topónimos en el mismo habría aumentado, aún más, la dificultad del espartano, cuya belicosa mente estaba poco acostumbrada a la abstracción.

Cuán diferente es esta historia de la que nos transmite Claudio Eliano (III 28), en la que Sócrates le muestra a un orgulloso Alcibíades que sus posesiones eran tan pequeñas

30 PATRICIOS, N. N., «The Spatial Concepts of the Ancient Greek», *CASA* 14, 1971, p. 17-36; p. 18.

31 VERNANT, J-P., *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona 1993, p. 197-218.

32 DILKE, O. A. W., *op. cit.*, p. 23, afirma que, como otros mapas de la antigüedad, no seguiría una escala, pero que en el mapa debió de estar presente el camino real.

33 JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 45, también se posiciona en contra de una amplia difusión de los mapas fuera del círculo de los intelectuales; KARANTASI, V. T., *La Geografía antigua*, Madrid 1997, p. 26; JACOB, Ch., *op. cit.*, 2008, p. 62.

que no aparecían en un mapa que estaba expuesto públicamente en Atenas. Alcibíades, a diferencia de Cleómenes, no precisa de las indicaciones de nadie para comprender lo que ven sus ojos. Él mismo es quien encuentra la región del Ática y quien descubre la ausencia de la representación de sus posesiones en el mapa, que si está expuesto al público es porque se cree que puede ser entendido por la mayoría de los atenienses³⁴, o al menos la mayoría entre los ciudadanos.

Un ejemplo aún más llamativo de la difusión de los mapas en el mundo antiguo ha sido estudiado recientemente por Johnston³⁵. Se trata de un grupo de monedas jónicas, que forman una serie compuesta de 35 tetradracmas de plata. En una de sus caras aparece la efigie de un rey persa que sujeta un arco y una flecha entre sus manos. En la otra cara se representa una forma rectangular, irregular y en relieve que, en opinión del autor de este estudio, no es ni más ni menos que una representación planimétrica exacta del relieve de un área de 90 millas cuadradas de Éfeso. Según Johnston, habrían sido acuñadas por Memnón de Rodas después de la reconquista de Éfeso por los persas entre el 336 y 334. La cuestión es saber hasta qué punto las personas, que empleaban estas monedas en sus operaciones comerciales diarias, eran conscientes de tener un mapa en sus manos o si un extranjero ajeno a la topografía de Éfeso podía identificar la zona en una pequeña moneda.

La incipiente cartografía debió de ser incomprendible para las generaciones mayores, mientras que para los jóvenes imbuidos en pensamiento jonio y la sofística era algo más familiar. Aún así, la geografía matemática y los mapas verdaderamente complejos no estaban al alcance de todo el mundo (ESTRABÓN II 5.1). Es por ese motivo por el que se recurría continuamente a comparaciones para que un lector poco instruido lo comprendiese mejor³⁶. Las dificultades para entender la cartografía en la Grecia Clásica, y en todas las épocas, es un claro indicador de que la sociedad todavía no se ha transformado en una sociedad abierta.

HECATEO (c. 550-476 a.C.)

Hecateo³⁷, pese a no ser el primero que diseñó un mapa del mundo, sí que fue el autor de un cambio decisivo en la historia de la geografía. Él fue quien introdujo la prosa, dándole forma narrativa a la geografía, y siendo, por consiguiente, uno de los precursores de la incipiente geografía descriptiva³⁸. Este hecho puede parecer en primera instancia irrelevante, pero fue trascendental para el desarrollo de la ciencia geográfica. En primer lugar, supuso una separación respecto a la tradición poética dictada por Homero y por Hesíodo³⁹. Esto implicaba que el elemento mítico no fuese tan fuerte y que religión y geografía comenzasen, aunque de forma lenta, a separarse en la obra de Hecateo.

34 DILKE, O. A. W., *op. cit.*, defiende la existencia de este mapa público en Atenas.

35 JOHNSTON, A. E. M., «The earliest preserved Greek Map: a new Ionian type», *JHS* 37, 1986, p. 86-93.

36 Iberia era una piel de toro (ESTRABÓN III 1.3); Italia una hoja de roble (PLINIO III 5.43); Sicilia como un triángulo (POLIBIO I 42.3). Cf. BERTRAND, J. M., «De l'emploi des metaphores descriptives par les geographes de l'Antiquité», *DHA* 15.1, 1989, p. 63-73.

37 MOSCARELLI, E., *I quattro grandi milesi: Talete, Anassimandro, Anassimene, Ecateo: testimonianze e frammenti*, Nápoles 2005, p. 149-67; p. 168-256.

38 PÉDECH, P., *La géographie des grecs*, Vendome 1976, p. 39; MOSCARELLI, E., *op. cit.*, p. 152.

39 Esto quedaría reflejado en los esfuerzos de Hecateo por situar los topónimos homéricos de difícil ubicación en zonas cercanas a la Hélade (Cf. PEARSON, L., *Early Ionian Historians*, Oxford 1939, p. 71) o en su negativa a situar a Gerión en Iberia (ARRIANO II 16.5).

En segundo lugar, cambia también el receptor del mensaje, y ésta es la verdadera ruptura con la tradición marcadamente oral. La obra de Hecateo ya no está destinada a un oyente, como ocurría con la mayoría de las obras poéticas que tenían una gran difusión oral, sino a un lector, que puede meditar y reflexionar cuantas veces crea oportuno en el ámbito de lo privado y no en el de lo público⁴⁰. Se producía entonces lo que Platón definía como un diálogo del alma consigo misma (PLATÓN, *Teeteto* 189e). La reafirmación de la individualidad parece ser un requisito para cuestionar la comunidad en la que se vive y, en consecuencia, el legado cultural.

Aunque no debe pensarse que lo fabuloso estaba por completo ausente de los escritos de Hecateo. Se produjo un cambio en las formas de narración, y ello conllevó que circunstancialmente la tradición fuese revisada, pero nunca obviada, pues supo adaptarse rápidamente a las nuevas formas de transmisión. Pueblos fantásticos como los pigmeos pueden encontrarse entre sus fragmentos, y sabemos, por Esteban de Bizancio («*Skiapódes*»), que fue el primero en mencionar a los *Esciapódes*, seres que utilizaban sus grandes pies como sombrillas.

No es seguro que Hecateo fuese alumno de Anaximandro, pero lo que sí es obvio es que estuvo influenciado por el mapa de su paisano y por la enorme experiencia que adquirió en sus viajes. Quizás fuesen estos viajes los que le llevaron a desaconsejar hacer la guerra a los persas, al conocer cuán extenso era su imperio (HERÓDOTO V 36; V 124-5). A diferencia de otros autores, como Homero y Hesíodo, Hecateo escribió sobre las tierras que él visitó⁴¹, por lo que su conocimiento no procedía de las musas, sino de su propia autopsia. La etnografía y la geografía descriptiva nacieron ligadas a la experiencia, no a la inspiración divina, ante la necesidad de conocer empíricamente la realidad. En este hecho radica otra ruptura frente al legado de Homero, pero que tampoco fue traumática, puesto que, como vimos en la introducción, tanto el hombre inspirado por la musa como el usuario de la autopsia pretenden que su saber procede de sí mismos.

Hecateo diseñó un Planisferio⁴² (γῆς περίοδος), adoptando el modelo de Anaximandro de un cilindro de superficie plana, no esférico, rodeado por el océano (fig. 14).

Dos líneas direccionales dividían el mapa en cuatro cuadrantes, el mar Mediterráneo y el mar Negro como línea Oeste-Este y el Nilo con el Istro formaban la línea sur-norte⁴³. El mundo quedaba dividido en cuatro cuadrantes y muchos territorios se geometrizaron ante las influencias de Tales de Mileto. Los mapas de estos geógrafos fueron criticados con dureza por Heródoto (IV 36), quien diría de ellos que parecían recién salidos del torno de un alfarero.

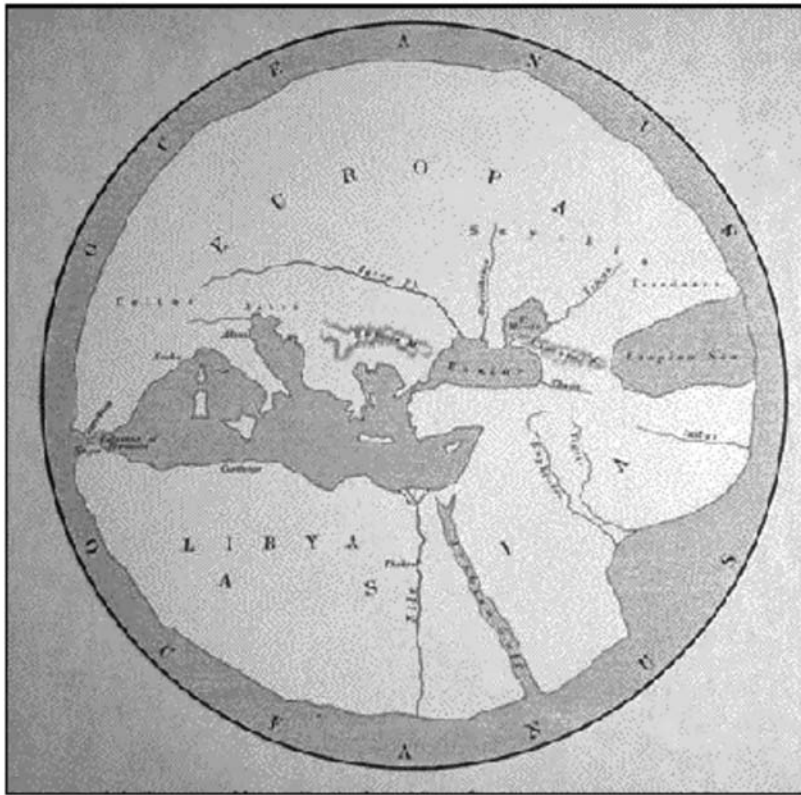
Junto al mapa existía una descripción de la tierra en dos libros, conocida como *Periégesis*, que constaba de dos libros, uno dedicado a Europa y otro a Asia. Para la redacción de su *Periégesis* se nutrió de las informaciones obtenidas de los marineros en sus navegaciones y de la experiencia del propio Hecateo, que realizó numerosos viajes a muchos países, entre ellos a Egipto,

40 Sobre este tema consúltese las obras de HAVELOCK, E. A., *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós 1996 y ARANA, J., «El mapa de Hecateo», *Veleia* 13, 1996, p. 77-96.

41 MOSCARELLI, E., *op. cit.*, p. 155.

42 El que la obra de Hecateo incluyese o no un mapa es algo que es fuertemente cuestionado por algunos críticos; Cf. JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 50; DORATI, M., «Les testimonianze relative alla *períodos tes ghes* di Ecateo», *Geographia Antiqua* 8-9, 1999-2000: «*l'analisi delle testimonianze sembra dunque condurre alla conclusione che l'idea dell'esistenza di una carta di Ecateo sia nata relativamente tardi, e che ancora più tardi essa si sia trasformata in una certezza, ma che comunque tale idea non abbia sostanzialmente superato i confini di scritti geografici dei quali, se è impossibile definire con precisione l'identità, sono tuttavia chiare la natura e le caratteristiche generali*» (p. 126-127).

43 Cf. MYRES, J. L., «Erodoto geografo», en *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Bari 1983: «*Era assiale, come in una carta stradale del XVIII secolo*» (p. 121).



14. Mapa de Hecateo de Mileto.

cuya descripción influyó mucho en Heródoto⁴⁴. Estos viajes hicieron que le fuese otorgado por Agatémero el apodo de *polyplanes*, el que ha deambulado mucho⁴⁵.

En época de Hecateo, y en toda la época antigua, no existía una forma homogénea para medir las distancias, por eso, en un intento por ser más comprensible a sus lectores utiliza medidas como el día de navegación o jornadas a pie o a caballo (DEMETRIO, *De eloc.*12). Pero esto no sólo era necesario por carecer de una medida homogénea de longitud, sino también, porque desde los tiempos de Homero la geografía se había reducido a una geografía regional, en la que la información era la de la realidad social del autor y su oyente. Ahora, por primera vez en la historia, se intenta hacer una explicación global del mundo, y Hecateo precisa de todos los recursos que puede darle la lengua griega para hacerle entender a su lector, poco dado a los viajes y al estudio de la cartografía, cómo eran las tierras extranjeras en las que nunca había estado⁴⁶.

44 Eusebio afirma, a través de Porfirio, que muchos elementos del *lógos* egipcio de Heródoto procederían de Hecateo, como la caza de cocodrilos o la descripción del ave fénix y el hipopótamo (EUSEBIO, *Praep. Evang.*, 10,3 p. 466B). Cf. WEST, S., «Herodotus' portrait of Hecataeus», *JHS* 111, 1991, p. 144-160, niega que Hecateo visitara realmente Egipto.

45 MÜLLER, C., *Geographi Graeci Minores* II, París 1855-56, p. 471-487.

46 ARANA, J., *op. cit.*, p. 82.

Por los fragmentos que se han conservado, sabemos que las explicaciones etimológicas⁴⁷ y las históricas (ESTRABÓN VII 7.1) se combinaron de igual modo. Aunque no es por completo desconocido qué tipo de tratamiento se le daba a estas anécdotas, ya fuese de forma crítica⁴⁸ o irónica⁴⁹, que pudieron habersele escapado a algunos autores como Heródoto. Pero teniendo en cuenta la escasez de noticias en su época sobre las regiones más occidentales y las septentrionales de la *oikoumene*, es lógico suponer que, como les ocurriría a sus sucesores, tuviese que recurrir a la tradición más dudosa para rellenar los huecos de información existentes en su tiempo. Por eso, probablemente, en los confines del mundo volvieron a concentrarse elementos maravillosos como las islas flotantes⁵⁰.

Hecateo escenifica mejor que ningún otro las dificultades del intelectual griego para romper drásticamente con su pasado.

ESCÍLAX (VI a.C.)

Otro ejemplo de la cooperación de los griegos con los persas, nos lo ofrece Escífax de Carianda⁵¹, ὁ παλαιὸς λογογράφος (ESTEBAN DE BIZANCIO, *FGrH* 709 T 2b «*El viejo logógrafo*»), quien realizó, por encargo de Darío I, la circunnavegación de las costas entre el Indo y la Península Arábiga alrededor del 519-12 a.C.⁵² (fig. 15). El punto de partida de su viaje se sitúa entre las modernas ciudades de Kabul y de Peshawar (Cf. HERÓDOTO IV 44). Al final del periplo habría escrito un libro que habría dedicado al rey Darío (*Escolio* a 2 [PsEsc.], 1).

El único testimonio que tenemos de las obras de Escífax nos lo ofrece la *Suda*. Los problemas surgen cuando se nos habla a la vez de dos personas diferentes con el mismo nombre. Uno de ellos sería nuestro geógrafo de Carianda; el otro un matemático y músico, probablemente Escífax de Halicarnaso, familiar de Panecio (CICERÓN, *de div* II 42). El dilema es que sus obras no se distinguen tan fácilmente como sus personas⁵³. Como resultado de su epopeya escribió un libro titulado *Periplo*, el primero, tal vez, escrito en prosa en la literatura griega, donde se enumeraban una serie de criaturas tan variopintas como *los Esciápodas o los Otoliknoi* (Cf. TZETZES, *Chiliades* VII 629-36).

Resulta difícil afirmar si estos seres procedían únicamente del imaginario griego, como podrían indicar la etimología de sus nombres, o de las historias que escuchó durante su viaje⁵⁴. El léxico Harpocración (F 6) atribuye a Escífax el conocimiento del pueblo de los τρογλοδῦται que habitaban bajo el suelo (ὑπὸ γῆν οἰκοῦντες), que parecen ser el mismo pueblo subterráneo que Filóstrato (*Vida de Apolonio de Tiana* III 47) llama pigmeos. Conforme evolucione el

47 JACOBY, F., *Fr.* 102 c; 266; 84; 239.

48 MOMIGLIANO, A., «Il razionalismo di Ecatèo di Mileto», *Atene e Roma* 12, 1931, p. 133-142.

49 KIMBALL ARMAYOR, O., «Hecateus' Humor and Irony in Herodotus' Narrative of Egypt», *AncW* 16, 1987, p. 11-18.

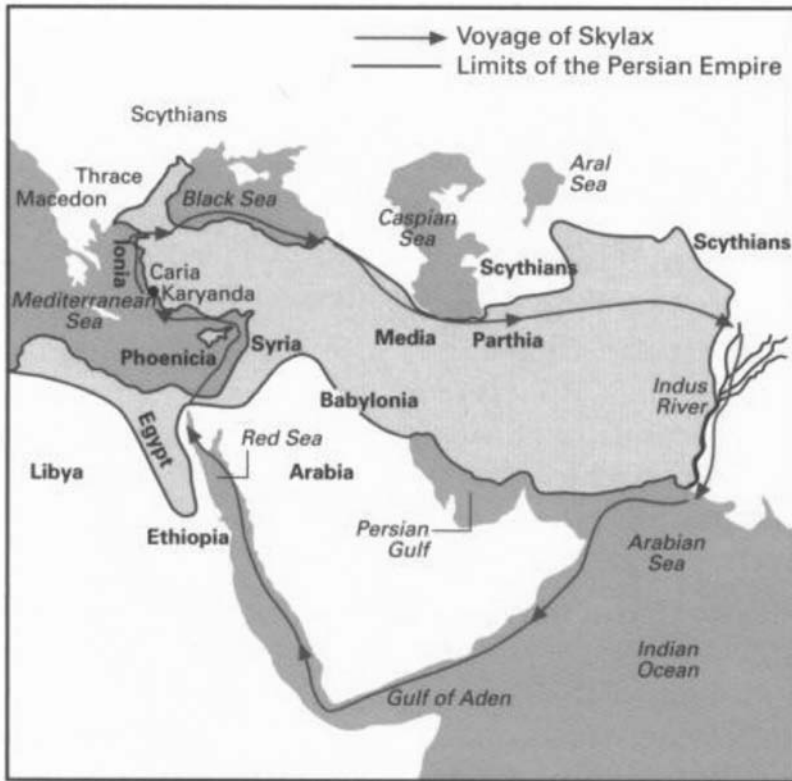
50 Cf. GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 171-174.

51 MÜLLER, C., *GGM*, I París 1855, p. 38; GISINGER, F., «Skylax von Karianda», *RE* 3a, 1927, col. 624; PERETTI, A., *Il periplo di Scilace*, Pisa 1979; KARTTUNEN, K., *India in Early Greek Literature*, Helsinki 1989, p. 65-68.

52 PERETTI, A., «I peripli arcaici e Scilace di Carianda», en *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Bari 1983, p. 69-114; p. 88.

53 GONZÁLEZ PONCE, F. J., «*Suda*, s.v. «Σκυλάξ». Sobre el título, el contenido y la unidad de *FgrHist* III C 709», *Geographia Antiqua* 6, 1997, p. 37-51.

54 GIL, J., *La India y Catay*, Madrid, Alianza 1995, p. 30.



15. *Periplo de Escílax de Carianda.*

conocimiento del mundo de los griegos, estos pueblos se trasladaran a Etiopía y al sur de Egipto⁵⁵. En cualquier caso, su deuda con otros escritores griegos, como Hecateo, es visible⁵⁶, pues también habla de una planta llamada *κυνόρα*⁵⁷ (HECATEO F 296). Por otro lado, resulta improbable que Tzetzes en el siglo XII conociese de forma directa la obra de Escílax de Carianda, puesto que su obra se perdió en época muy temprana⁵⁸. Pero la veracidad de su viaje está comprobada, porque fue recogido en la célebre inscripción de Darío I (Behistún). Su *Periplo* pudo haber incluido un mapa⁵⁹, aunque no hay vestigio alguno del mismo.

Resulta curioso que, pese a haber hecho un viaje similar al que posteriormente harían Nearco y su flota, su obra no sea citada por estas fuentes. Esto ha hecho pensar que su viaje era desconocido

55 Cf. LESKY, A., «Aithiopika», *Hermes* 87, 1959, p. 27-38.

56 Cf. MOSCARELLI, E., *I quattro grandi milesi: Talete, Anassimandro, Anassimene, Ecateo: testimonianze e frammenti*, Nápoles 2005, p. 161, niega que Escílax utilizase la obra de Hecateo, puesto que estudiaron zonas diferentes.

57 ATENEO II 82, 70 a-c. Cf. HERZFELD, E., *The Persian Empire. Studies in Geography and Ethnography of the Ancient Near East*, Wiesbaden 1968, p. 286, identifica esta planta con el *Platanus orientalis* que todavía en la actualidad se llama Chinar en persa.

58 KARTTUNEN, K., *India in Early Greek Literature*, Helsinki 1989, p. 67.

59 MYRES, J. L., «Erodoto geografo», en *Geografia e geografi nell mondo antico. Guida storica e critica*, Bari 1983, p. 123.

entre los miembros de la expedición macedonia. Si fuese cierto sería una evidencia de peso para demostrar que la noción geográfica del espacio de Alejandro Magno fue, en algunos aspectos, independiente de la de Aristóteles, puesto que éste sí que conocía su existencia⁶⁰.

CTESIAS (V-IV a.C.)

El responsable de la fama de la India entre los helenos fue, en gran medida, Ctesias de Cnido⁶¹, un griego que sirvió como médico en la corte de Artajerjes Memnón⁶². Diodoro (II 32.4) cuenta que tras ser capturado en una batalla pasó 17 años en la corte⁶³, donde habría curado de sus heridas a la familia real. Aprovechando su estancia en Persia compuso varias obras, *Pérsica* e *Índica*, que fue el primer libro dedicado por un griego a la India⁶⁴. Sus escritos, que debieron de ser conocidos por Jenofonte, muestran un gran afán de protagonismo, en palabras de Plutarco (*Artajerjes* 13.5-7). El que Plutarco le considere un intérprete significa que debió conocer la lengua persa. Una criatura como la marticora parece significar «devorador de hombres» en persa, por lo que, es muy posible, que una parte de las leyendas que Ctesias contó sobre la India perteneciese realmente a la tradición persa⁶⁵ o fuesen una mezcla de historias orientales y griegas⁶⁶.

Aparte de la marticora, también habló de los cinocéfalos (*fr.* 48a), los cabezas de perro, que algunos autores han pensado que pudo conocer a través de las epopeyas indias⁶⁷.

Pero, ante todo, tiene una deuda con Heródoto y, probablemente, con Escílax, autor que al contrario que él, sí que estuvo en la India⁶⁸. Al igual que Heródoto sitúa a la India en los confines orientales del mundo⁶⁹; ambos consideran al pueblo indio como el más numeroso de todos⁷⁰; los dos concuerdan al hablar del tamaño gigantesco de los animales indios⁷¹; de los juncos⁷²;

60 ARISTÓTELES, *Política* 1332B 24: «Igual que entre los indios cuenta Escílax».

61 JACOBY, F., «Ctesias», *RE* 11.2, 1922, cols. 2032-2073; MOMIGLIANO, A., «Tradizione e invenzione in Ctesias», *A&R* 12, 1931, p. 15-44 [*Quarto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma 1969, p. 181-212.]; BIGWOOD, J. M., «Ctesias as historian of the persian wars», *Phoenix* 32, 1978, p. 19-41, cree que se valió de personajes emblemáticos para describir las naciones que estudiaba; BROWN, T. S., «Suggestions for a vita of Ctesias of Cnidus», *Historia* 27, 1978, p. 1-19; es uno de los pocos autores que se atreve a aventurar una fecha sobre el nacimiento de Ctesias; BIGWOOD, J. M., «Diodorus and Ctesias», *Phoenix* 34, 1980, p. 195-207; quien defiende que Ctesias fue la fuente principal de Diodoro para describir algunas regiones de Asia; CARO BAROJA, J., «Ctesias de Cnido», en *La aurora del pensamiento antropológico*, Madrid 1983, p. 102-104; ECK, B., «Sur la vie de Ctésias», *REG* 103, 1990, p. 409-434. Considera que debió nacer en Cnido entre el 451 y el 441, haber permanecido en Persia entre el 415 y 397 y escribir su obra entre el 393 y el 385; AUBERGER, J., *Ctésias. Histories de l'Orient*, París, Les belles lettres 1991, p. 23-28.

62 TZETZÈS, *Chil.*, I 82.6; ESTRABÓN XIV 2.15; DIODORO II 3.4; FOCIO *Biblioteca* 72, p. 44 a 31. Cf. DORATI, M., «Ctesias falsario?», *QS* 21, 1995, p. 33-52, no cree que haya sido médico de la corte persa.

63 JACOBY, F., *op. cit.*, col. 2033, cree que los 17 años sería una más de las exageraciones de Ctesias.

64 BROWN, T. S., «The Reliability of Megasthenes», *AJPh* 76, 1955, p. 23.

65 LENFANT, D., «L'Inde de Ctésias des sources aux représentations», *Topoi* 5, 1995, p. 318; LENFANT, D., «Ctésias et Hérodote ou les réécritures de l'histoire dans la perse achéménide», *REG* 109, 1996, p. 348-380. Ctesias tuvo acceso a fuentes y tradiciones locales orientales.

66 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 257.

67 SHAFER, R., «Unmasking Ctesias' dog-headed People», *Historia* 13, 1964, p. 499-503, cree que los cinocéfalos tienen que ser identificados con los Kauravas del *Mahabharata*.

68 TOLA, F., y DRAGONETTI, C., «India y Grecia antes de Alejandro», *BAEO* 34, 1998, p. 353-354.

69 HERÓDOTO III 98; III 106; IV 40; CTESIAS F 45.4.

70 HERÓDOTO III 94; V 3; CTESIAS F 45.2.

71 HERÓDOTO III 106; CTESIAS F 45. 8; 10.

72 HERÓDOTO III 98.4; CTESIAS F 45.14, dice que eran tan grandes como los mástiles de un barco.

de su abundancia en oro⁷³. Pero también difieren entre ellos, mientras Heródoto veía en el sol la causa de la tez morena de los hindúes, Ctesias atribuye este hecho a la naturaleza⁷⁴. Según Heródoto, algunos pueblos indios se comen a sus muertos, cosa que es negada por Ctesias⁷⁵.

En definitiva, la influencia de la tradición oriental es palpable en sus fragmentos, pero su relato es deudor de estructuras de un imaginario colectivo que procede de la etnografía griega. No debe ser visto, por lo tanto, como un mentiroso, ψευδός⁷⁶ (ARISTÓTELES, *Historia de los animales* II 501a; 523a; *Generación de los animales* 736a; ESTRABÓN I 2.35; LUCIANO, *Ver. Narr.*, I 3; ANTÍGONO DE CARISTO, *Colección de historias curiosas* 16), pues únicamente tradujo a los parámetros griegos la información que había oído en Persia, aunque de forma no demasiado crítica. Tampoco significa lo mismo la palabra *pseudos* en el mundo antiguo que en la actualidad, pues se utilizaba para designar a autores que transcribían conscientemente una ficción⁷⁷.

Su condición de médico le hizo interesarse por algunos aspectos de la geografía India como sus ríos (F 45. 36) o sus montes (F 45. 17) y le habría dado mayor credibilidad entre su público griego. Para ganarse la confianza del lector, pese al gran número de maravillas de su obra, Ctesias utilizaba una serie de fórmulas para garantizar la veracidad de su relato⁷⁸. Aun así, habrá un antes y un después en la relación del mundo griego con la India tras la obra de Ctesias de Cnido. Será utilizado por Aristóteles, Onesícrito, Megástenes y otros historiadores de Alejandro Magno. Es muy probable que Alejandro conociese su historia, pues Nearco le atribuye el deseo de querer superar las conquistas de la reina Semíramis, quien según Ctesias, había sido uno de los primeros conquistadores de la India⁷⁹. Además, el libro de Ctesias era una de las escasas fuentes de información que el mundo griego disponía sobre la India⁸⁰.

CONCLUSIÓN

La expansión de la prosa y del Imperio Persa obligó a los griegos a tener que hacer un doble esfuerzo. Por un lado tuvieron que adaptar su cosmovisión ante una nueva realidad espacial tan ingente como era el Imperio. La realidad cotidiana de las *póleis* griegas se empequeñece ante este gigante, que demanda que el mundo sea examinado con una lente mucho más grande.

Fruto de esta necesidad de entender el espacio más allá de la esfera regional nace el mapa en Grecia. La cartografía, como hemos visto, es un buen indicador para medir el nivel cultural

73 HERÓDOTO III 94; CTESIAS F 45.26.

74 HERÓDOTO II 22; III 101; CTESIAS 45.19: «Los indios no son negros por el sol sino por naturaleza».

75 HERÓDOTO III 38; III 99; CTESIAS F 45kg.

76 BIGWOOD, J. M., «Ctesias' Indica and Photius», *Phoenix* 43, 1989, p. 302-316, ha llamado la atención sobre la mala opinión que se tiene de la obra de Ctesias, y que se debe, en parte, a que Focio da una mayor importancia a las maravillas en su obra; LENS TUERO, J., «Comedia e historiografía», en *La comedia griega y su influencia en la literatura española* (Ed. LÓPEZ FÉREZ), Madrid 1998, p. 272; ALONSO NUÑEZ, J. M., «Ctésias, historien grec du monde perse», en *Le IV siècle av.J.C. Approches historiographiques* (Ed. P. Carlier), Nancy 1996, p. 326; KARTTUNEN, K., «Ctesias in transmission and tradition», *Topoi* 7, 1997, p. 636. Cf. VOFCHUK, R. C., «Las costumbres y creencias filosófico-religiosas de la India según Heródoto de Halicarnaso», *Argos* 6, 1982, p. 97.

77 KARTTUNEN, K., *op. cit.*, 1989, p. 81.

78 Cf. GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «Estrategias de veracidad en Ctesias de Cnido», *Polis* 6, 1994, p. 146.

79 BROWN, T. S., *op. cit.*, p. 27.

80 TOLA, F., y DRAGONETI, C., *op. cit.*, p. 366, señalan que a pesar de sus deficiencias Ctesias fue muy leído y citado por los autores que lo seguían; siendo la principal fuente de conocimientos sobre la India antes de la expedición de Alejandro y una de las principales después de ella.

de una sociedad y sirve para comprobar el cambio de sociedad cerrada a sociedad abierta, según el número de personas que son capaces de entender su significado.

Algunos de los factores que aceleran ese proceso son la aparición de la escritura y de la prosa. La interioridad es más fácil que aparezca en un contexto que posibilite la reflexión personal e intimista. Sin embargo, la irrupción del Imperio Aqueménida provocó que la esencia helena no quedase definida por su propia naturaleza, sino por la del otro, el extranjero, el bárbaro. Los autores griegos de época clásica tuvieron la audacia de autodefinirse como colectivo contraponiéndose dialécticamente a su contrario, pero para ello tuvieron que crear un nuevo concepto, una nueva imagen, que imposibilitaría el modelo comparativo y el desarrollo de la antropología entre los helenos, la alteridad.

II. ÉPOCA CLÁSICA

4. GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA EN ÉPOCA CLÁSICA: EL DESCUBRIMIENTO DE LA ALTERIDAD

«*La geografía griega es ante todo geografía del otro*».
(PRONTERA, Fr., *Strabone: Contributi allo studio della personalità...*, Perugia 1984, p. 194).

«*El estudio serio de otra forma de vida significa necesariamente el propósito de ensanchar la nuestra, y no sólo incluir a la otra forma dentro los límites ya existentes de la nuestra*»
(WINCH, P., «*Understanding a Primitive Society*», *APQ* Vol. I 1964, p. 307-324).

«*...podemos reconocernos a nosotros mismos sólo en presencia de un otro, y en esto se basan las reglas de convivencia y mansedumbre. Pero más a menudo encontramos a este otro insoportable porque en cierta medida no es nosotros*» (ECO, U., *Construir al enemigo*, Barcelona, Lumen 2010, p. 33)

La época clásica marca un punto culminante en la ciencia griega. El mito comienza a ser desterrado de la representación del mundo, y el espacio se expresa en números, medidas y sobre todo en valores antropomórficos. Pero, pese a la indudable brillantez de la Atenas de Pericles, los logros de este período no superan sustancialmente a los del período anterior. La velocidad de los cambios se reduce como si se avistase el largo inmovilismo de los siglos venideros.

Un hecho decisivo para que no pudieran surgir la antropología o la geografía humana en Grecia, fue el nacimiento de la noción del bárbaro. Este concepto está relacionado con la lengua griega, pues, en un principio, designaba a aquellas personas que no hablaban el griego. Sin embargo, ni los griegos por aprender otras lenguas eran bárbaros, ni los extranjeros por aprender griego pasaban a ser miembros de esta comunidad¹. Pese al cosmopolitismo que encierra el axioma de Isócrates (*Panegírico* 50): «*Nosotros llamamos griegos a quienes tienen en común con nosotros la cultura, más bien que a los que tienen la misma sangre*», pueblos como el macedonio descubrieron con amargura que esto no siempre se cumplía.

1 LÉVY, E., «*Naissance du concept de barbare*», *Ktèma* 9, 1984, p. 14.

Al principio, en los poemas homéricos no había un contraste muy acusado entre griegos y troyanos². Con las colonizaciones griegas, se ampliaron los escasos conocimientos que los helenos tenían de otras culturas³, pero cuando se produjo la victoria sobre los persas en las guerras médicas, se exaltaron los valores helénicos frente a los de otras regiones⁴. Una excesiva curiosidad hacia sus vecinos asiáticos podía acarrear la acusación de filomedismo, por lo que había que andarse con pies de plomo.

No obstante, la visión que tenían los griegos del bárbaro era ambivalente, podía ser retratado de una forma próxima a nuestra idea del buen salvaje. Principalmente los pueblos nómadas eran vistos desde esta perspectiva. En una época como la de la sofística, donde se discutía si era conveniente vivir conforme a la naturaleza (*phýsis*) o conforme a la ley (*nómos*)⁵, un pueblo nómada podía ser visto con cierta simpatía al considerar que no estaba corrompido por la civilización. Siempre hay que tener presente que la información que tenemos sobre estos pueblos nos la ofrecen estados sedentarios⁶, por lo que en ella hay mucho más sobre el pueblo que describe que sobre el descrito.

La otra perspectiva cosificaba a los extranjeros hasta al punto de convertirlos en seres inertes, carentes de voluntad y amor por la libertad, como los persas⁷; o en salvajes más cercanos a los animales por su aspecto o su alimentación que a los hombres⁸.

En el momento en que la dicotomía griego-bárbaro quedó establecida fue imposible cualquier estudio antropológico. El método comparativo es un elemento básico en la etnología, pero resultaba infructuoso al quedar de antemano los pueblos extranjeros por debajo de los griegos.

Otro hecho importante que marcó la evolución de la comprensión del otro fue la irrupción de la sofística en la Grecia Clásica. Los sofistas muy rara vez son nombrados en las monografías dedicadas al estudio de la geografía antigua. La razón reside en que entre sus fragmentos no hay ni referencias geográficas ni descripciones espaciales de ningún tipo. Pero sus estudios sobre el hombre y la relación de éste con los dioses y la comunidad son imprescindibles para entender las obras de los escritores que florecieron en el círculo de Pericles. El giro copernicano que supusieron los sofistas respecto a los presocráticos queda reflejado en su exaltación del hombre:

«El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son» (Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica* 1062; PLATÓN, *Teeteto* 151-2; SEXTO EMPÍRICO, *Pyrrhon hyp.*, I 216ss).

Este antropocentrismo está presente en muchos de los autores de este período. Pero el antropocentrismo va unido a un relativismo y escepticismo que ponen en duda el conocimiento de la verdad. ¿Las diferentes normas y costumbres que atestiguan los pensadores jonios acaso no

2 BALDRY, H. C., «The idea of the Unity of Mankind», en *Grecs et Barbares, Fondation Hardt* 8, Génova 1962, p. 167-204; BALDRY, H. C., *The Unity of the Mankind in Greek Thought*, Cambridge 1965, p. 8-16.

3 JENÓFANES, *Fr.* 15; HERÓDOTO III 38.

4 BALDRY, H. C., *op. cit.*, p. 22-23.

5 BOWRA, C. M., *La Atenas de Pericles*, Madrid, Alianza 1994, p. 187-192; WINTON, R., «Herodotus, Tucídides and the sophist», en *Greek and Roman Political Thought*, Cambridge 2005, p. 97-98.

6 LEVI, M. A., *I nomadi alla frontiera: i popoli delle steppe e l'antico mondo greco-romano*, Roma 1989, p. 14.

7 ESQUILO, *Persas* 241-4; HERÓDOTO VII 102; 104, destacaba el amor por la libertad como el principal rasgo del pueblo griego; ISÓCRATES, *Panegírico* 151, criticaba las almas serviles de los persas (ταπεινά ψυχά) al ser una de las razones de la inferioridad de ellos respecto al heleno; ARISTÓTELES, *Política* 1252b 5-9.

8 AMIANO MARCELINO XXXI 2.21-25, pese a no ser un autor de época clásica su imagen de los hunos encajaría muy bien en este modelo.

certifican la inexistencia de una ley natural? El precursor fue Jenófanes de Colofón (*fr.* 11; 14-6) con sus críticas a la religión tradicional. Ahora el relativismo se extiende a todas las facetas de la cultura humana y su máximo representante es Protágoras de Abdera⁹. En este ambiente donde se intentaba discernir qué era *natura* y qué era costumbre, surgió el caldo de cultivo idóneo para revisar toda la tradición.

No obstante, este feliz hallazgo cultural tenía que hacer frente a la alteridad ¿Se puede conocer una cultura cuando se consideran todas sus pautas culturales como meros formalismos y al mismo tiempo se interpretan como bárbaras aquellas costumbres que no pertenecen a la tradición del pueblo griego? ¿Puede aplicarse por igual el relativismo a un pueblo que se considera superior a las demás naciones por el hecho de que no tienen su cultura? Etnocentrismo y relativismo emergían al mismo tiempo en la Grecia Clásica condicionando cualquier cosmovisión y estudio antropológico. El relativismo era útil porque hacía ver a los griegos que existían múltiples civilizaciones en el mundo, pero si se llevaba demasiado lejos podía ayudar a infravalorar otras culturas. Algo a lo que ya estaban predispuestos por la noción del otro, el no griego, el bárbaro.

Por último, se extendió, entre muchos pensadores de este período, lo que podríamos llamar un adelanto del determinismo geográfico del XIX. Hipócrates había defendido que antes de curar al enfermo se deben conocer todos los aspectos del entorno físico del paciente¹⁰. No es de extrañar, por lo tanto, que la escuela hipocrática investigase sobre los efectos del medio y el clima en el ser humano. El mejor ejemplo de dicha investigación es el tratado del *Corpus Hippocraticum* llamado *Sobre los aires, los lugares y las aguas*, que puede dividirse en dos partes¹¹. En la primera se expone la teoría general de la influencia del medio sobre el hombre (1-11). Se trata de una explicación a la multiplicidad de costumbres y leyes constatadas por los griegos durante la sofística, pero al mismo tiempo quedaba justificada la superioridad del pueblo griego y la consabida inferioridad de los pueblos bárbaros.

En la segunda parte se exponían las diferencias entre Europa y Asia (*Sobre aires, aguas y lugares* 12). En el capítulo 16 se dice que la falta de coraje de los pueblos asiáticos en la guerra se debe a la uniformidad climática y a que son gobernados por un monarca. Entre los capítulos 18-22 se describe la Escitia. Pero, pese a la benignidad y la fertilidad del suelo, la superioridad de unos pueblos frente a otros quedaba más que justificada por la diversidad climática (*Sobre aires, aguas y lugares* 24).

Si Ratzel, en el siglo XIX, escribió su *Antropogeografía* influenciado por la idea de la evolución de Darwin, el autor de este texto hipocrático lo hizo por la convicción de la existencia de pueblos bárbaros no tan desarrollados como los helenos.

En el mismo período Heródoto había llamado también la atención de sus contemporáneos sobre la importancia del clima en los pueblos¹². Zopiro, pedagogo de Alcibíades, elaboró varias teorías al respecto y, según Cicerón (*Tusculanas* IV 37.80), Fedón dio a uno de sus diálogos el nombre de Zopiro intentando extrapolar esta teoría a Sócrates. Platón (*Leyes* 747 D-E) y

9 HERÓDOTO III 38; EURÍPIDES, *Fenicias* 399ss.

10 JANNI, P., «Il mondo delle qualità. Appunti per un capitolo di storia del pensiero geografico», *Aion* 33-5, 1973, p. 445.

11 STASZAK, J. F., *La géographie d'avant la géographie. Le climat chez Aristote et Hippocrate*, París 1995, 127ss; BORCA, F., *Luoghi, Corpi, Costumi. Determinismo ambientale ed etnografia antica*, Roma 2003, p. 11, cree que este tratado junto a la obra de Heródoto es la base de nuestro conocimiento etnográfico.

12 HERÓDOTO II 77.3, dice que los libios y los egipcios son los pueblos más saludables del mundo por la uniformidad de sus estaciones. Cf. HERÓDOTO IV 187, donde se atribuye a la cauterización la razón de su buena salud.

Aristóteles¹³ (*Política* VI 7.1, 1327b) utilizarían este razonamiento para justificar por qué la civilización helena estaba más desarrollada que la de los pueblos extranjeros.

En el Principado de Augusto, Estrabón (II 5.26) todavía esgrimía argumentos similares para demostrar la superioridad del continente europeo y Vitruvio concluyó, tras haber analizado al resto de los pueblos de la *oikoumene*, que su supremacía radicaba en que se encontraba en el centro del mundo (VITRUVIO VI 1.10).

La geografía y la medicina estuvieron ligadas en sus inicios. La razón se debió a la gran dependencia que ambas disciplinas tenían respecto a la autopsia. No será casualidad, por lo tanto, que dos de los más grandes geógrafos del siglo IV a.C. fuesen médicos de la misma ciudad, Ctesias y Eudoxo de Cnido. Tampoco lo será que, cuando decline la ciencia geográfica en la antigüedad tardía, también lo haga la medicina, y en consecuencia, la observación empírica.

ALTERIDAD Y RELATIVISMO EN EL TEATRO

La tragedia griega es la aportación de mayor originalidad del pueblo heleno a la posteridad. Ninguna civilización, antes que la griega, tuvo la audacia de poner en escena los problemas actuales y eternos que acucian a una sociedad utilizando personajes del pasado. La tragedia es, por lo tanto, una fuente para estudiar la sociedad en la que se desarrolló y la cosmovisión que dicho colectivo tenía. Una fuente que puede resultar tan problemática como cualquier otra, debido a que también tiene sus características propias. En primer lugar, hemos de ser conscientes de que los decorados eran muy escasos en la escena. Esto es importante, puesto que el dramaturgo que quiera trasladar a su audiencia a lugares alejados del orbe griego tendrá como principal ayuda el poder de la palabra. Entonces, el autor deberá recurrir a la tradición para poder situar correctamente al espectador. La geografía es únicamente el espacio en donde la acción transcurre, por lo que su papel es secundario en la tragedia, y el poeta no tiene ni obligación ni necesidad de teorizar sobre ella. Pero cuando la obra transcurra en tierras alejadas del mundo griego, sobre las cuales no se sabe mucho, entonces sí, el poeta se verá obligado a situar a su audiencia y a enfrentarse a la representación del espacio.

En la comedia esa situación no se produce, pues la mayoría de las escasas comedias que se han conservado se sitúa en Atenas, pero, dado que como hemos visto la geografía no estaba al alcance de todo el mundo, es de suponer que el comediógrafo emplease todos los recursos a su alcance disponibles para que resultase comprensible a la audiencia cualquier elemento espacial si tenía una mínima relación con la chanza.

Esquilo es el primer trágico cuyas obras han llegado hasta nosotros. La más antigua de las tragedias conservadas no puede dejar de sorprendernos por su temática. No transcurre ni en Atenas ni en la Hélade, y no la protagonizan ni los héroes ni los dioses griegos, sino los persas. Para colmo la historia no es contada desde la perspectiva de los helenos, sino desde la de los persas que acaban de ser derrotados¹⁴. La obra comienza en el palacio real de Susa, donde la madre de Jerjes, Atosa, y los ancianos persas esperan noticias sobre los resultados de la batalla de Salamina. En el año que se representó por primera vez esta obra (472 a.C.), no eran muchas las fuentes de información disponibles para hablar sobre Susa. Heródoto todavía no había escrito sus *Historias* y Ctesias no lo haría hasta casi un siglo después, por lo que su única fuente

13 Cf. ISAAC, B. H., *The Invention of Racism in Classical Antiquity*, Princeton University Press 2006, p. 74, dice que la influencia del medio fue mayor en Aristóteles que en el propio tratado hipocrático.

14 KITTO, H. D. F., *Greek Tragedy. A literary Study*, Methuen 1939, p. 32.

disponible era Hecateo¹⁵. Ahora bien, en el período posterior a las Guerras Médicas muchos atenienses habían estado en contacto con los persas, por haber combatido contra ellos, incluido el propio autor. El logro de Esquilo fue, por tanto, ser el primer autor griego que se aventuró en la construcción de la imagen del persa, como bárbaro¹⁶.

Para poder realizar una representación creíble, Esquilo tiene que recrear nombres, topónimos¹⁷ y costumbres de los persas¹⁸. Pero al mismo tiempo, para resultar comprensible a sus conciudadanos, tiene que helenizar algunas facetas de la vida cotidiana persa. Este método será posteriormente muy utilizado por Heródoto, que también empleó los *Persas* para documentarse en la descripción de la batalla de Salamina¹⁹.

Sin embargo, las alusiones geográficas que podemos encontrar en los *Persas* se circunscriben a la órbita del Egeo. La descripción que hace Esquilo de la ruta que siguió el ejército persa en su retirada no es en absoluto errónea (*Persas* 493-5). Pero los errores se acrecientan cuando se aleja del espacio griego. Se equivoca al situar la tumba de Darío en Susa, cuando realmente está enterrado en Persépolis, y al considerar a Cisia como una ciudad separada de Susa, cuando sólo era un distrito (*Persas* 13-4; Cf. HERÓDOTO V 49).

En el *Prometeo encadenado* la acción vuelve a abandonar el ámbito de la *pólis* griega y se marcha a los confines del mundo²⁰. Uno de los pasajes más interesantes de la obra es la predicción que Prometeo hace a Io (*Prometeo encadenado* 807-18), en la que se incluyen los pueblos por los que tendrá que deambular. Se trata de un pasaje espléndido, pues refleja claramente los esfuerzos del poeta para situar espacialmente a su audiencia y que escenifica, al mismo tiempo, sus dificultades y carencias. La referencia a la piel oscura indica claramente que hablamos de los etíopes, posteriormente aclara al público que los etíopes viven en los confines del mundo, mediante la alusión a las fuentes del sol y concluye delimitando su territorio nombrando a un río al que llama Etíope. Obviamente Esquilo ignoraba el nombre o la existencia de río alguno en este espacio, pero imita a Homero cuando éste explica el derrotero de Menelao hasta Egipto, en donde se menciona un río del mismo nombre que la región. Las palabras de Prometeo «*Sigue por sus riberas, hasta que llegues a la catarata*» (ἕως ἂν ἐξίκη καταβασμόν), no se dirigen exclusivamente a Io, también resituían al espectador en esta complicada enumeración de tierras fantásticas. Tras abandonar los montes Biblinos, volvemos a adentrarnos en *terra cognita*, y esto se nota por el mayor número de menciones que hay a la geografía del país (Nilo, sus aguas; Delta). Valerse de un símil para describir la forma de un país es, de igual modo, un recurso muy común en el mundo antiguo para hacer llegar la geografía a aquellos que no están familiarizados con la misma²¹. Como colofón Prometeo termina diciéndole a Io que si no ha entendido

15 Cf. BERNAND, A., *La Carte du tragique. La géographie dans la tragédie grecque*, París 1985, p. 55-68, no menciona a Hecateo como posible fuente de Esquilo.

16 SANTIAGO, R-A., «Griegos y bárbaros arqueología de una alteridad», *Faventia* 20 (2) 1998, p. 33-44; p. 38.

17 *Persas* 33-58. Cf. HALL, E., *Inventing the barbarian. Greek self-definition through tragedy*, Oxford 1989, p. 93, que Esquilo liquidase toda la parte oriental del Imperio Persa con tres líneas demostraría los pocos datos que tenía sobre esta zona.

18 *Persas* 24; 304; 858-60; 987; Cf. DIHLE, A., *Die Griechen und die Fremden*, C. H. Beck 1994 (Traducido al griego Οι Έλληνες και οι Ξένοι, Atenas 1998, p. 44).

19 PARKER, V., «Herodotus' use of Aeschylus' Persae as a source for the battle of Salamis», *SO* 82 (1) 2007, p. 2-29.

20 *Prometeo encadenado* 1-2; 416-47; Cf. HARTOG, Fr., *El espejo de Heródoto*, Méjico, FCE 2002, p. 41-42.

21 BERTRAND, J. M., «De l'emploi des métaphores descriptives par les géographes de l'Antiquité», *DHA* 15.1, 1989, p. 63-73, señala que mientras que la imagen de Italia fue cambiando conforme se avanzaba en su conocimiento, la de Egipto apenas cambió, siendo el discurso el que se adapta al carácter intangible de la representación.

algo puede volver a preguntarle. Esta frase revela hasta qué punto era consciente Esquilo de las dificultades que podía tener su público para entenderle.

Existe otro pasaje de las *Suplicantes* que ha levantado una gran controversia: «*Y tengo oído que hay indias nómadas, vecinas de ciudades próximas a los etíopes, que montadas en camellos cual en caballos, en su silla, recorren su tierra*» (*Suplicantes* 284-286). A partir de este texto algunos investigadores han argüido que la India y Etiopía fueron confundidas frecuentemente²². Es cierto que tanto la India como Etiopía fueron comparadas por los geógrafos antiguos, pero comparar e identificar son cosas muy diferentes. De haber dado resquicio alguno a la duda de si eran la misma tierra no se explicaría que en la expedición de Alejandro se debatiese arduamente si el Nilo o el Indo eran un único río. Aunque, también es cierto que, con posterioridad a la llegada de los griegos a la India, fue un error que se prolongaría hasta que en el siglo XVII con los estudios de Hiob Ludolf (1624-1704) sobre la lengua etíope, que hasta ese momento seguía considerándose como una rama del indio.

Eurípides es el último de los grandes trágicos. En su *Helena* nos sorprende situando la acción en Egipto. Nilo es precisamente la primera palabra que sale de la boca de Helena. No son ni el Simunte, ni el Escamandro de Troya y mucho menos el Eurotas de Laconia los ríos que ubican la trama. Estos primeros versos de la obra sirven para explicar la escenografía. Río Nilo cuyas enigmáticas crecidas se deberían en opinión del poeta al deshielo de las nieves de las montañas de Etiopía (*Arquelao*, fr. 228 Nauck), tal y como ya había dicho su maestro Anaxágoras (HERÓDOTO II 22).

Pocas obras de Eurípides provocaron entre los atenienses un asombro tan grande como las *Bacantes*. En esta obra se podía oír las andanzas de Diónisos por Asia (*Bacantes* 13-22). Se trata de una enumeración de pueblos, en la que cada uno es definido por una característica que lo distingue del resto. La riqueza de los lidios²³, la tierra cálida y desértica de los persas²⁴, las murallas de Bactria y las frías regiones de los medos. En cambio, de Arabia sólo se dice que es feliz, seguramente por ser la tierra de los aromas. La enumeración sigue también un orden geográfico lógico desde Lidia hasta Pérsida, pero se rompe cuando se cita antes a Bactria que a Media. También sorprende que de los medos se destaque la dureza de su invierno, pese a que Bactria se encuentra más al norte. Todo esto indicaría que Eurípides tenía verdaderas dificultades para recrear paso a paso las andanzas del dios por Asia. Es igualmente interesante que no se especifique si Diónisos alcanzó la India creencia que estará vigente después de la conquista de Asia por los macedonios²⁵.

Aristófanes nos ofrece el último ejemplo de las dificultades que entrañaba escenificar el espacio. En su famosa parodia de Sócrates y los sofistas, *Las Nubes* (200-17), nos divierte con un entretenido diálogo entre Estrepsíades, un acomodado campesino ateniense, a quien los pleitos acucian, y un discípulo de Sócrates. Se trata de un texto que ha sido muy comentado en los últimos años. Se ha destacado del mismo que refleja la incapacidad de un ateniense medio de la época, como Estrepsíades, para interpretar un mapa²⁶. Es probable, incluso, que la verdadera

22 A favor KARTTUNEN, K., *India in Early Greek Literature*, Helsinki 1989; KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997. En contra ALBADALEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005.

23 PAUSANIAS I 4.5; HERÓDOTO I 14; VIII 138.

24 HERÓDOTO I 71; 89.2; IX 122; PLATÓN, *Leyes* 695 a; ARISTÓTELES, *Política* 1312A.

25 GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre. II. Alexandre et Dionysos*, Nancy 1981, defiende que era comúnmente aceptado en el siglo IV que Diónisos había conquistado la India.

26 Cf. JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984.

intención de Aristófanes hubiese sido ridiculizar el saber del discípulo de Sócrates y no la ignorancia de Estrepsíades, puesto que era el primero quien realmente resultaba extraño para el ciudadano común²⁷. Lo llamativo para nosotros es que se trata de la primera aparición en una obra de teatro de un mapa. La pregunta es si en el diálogo entre Estrepsíades y el discípulo había un instrumento cartográfico de por medio. En los casos anteriores la presencia del mapa era incierta, y de haber estado realmente presente, no es seguro que hubiese podido servir de algo a quienes como Estrepsíades no estaban familiarizados con el nuevo saber. Pero el objetivo de la comedia es conseguir el jolgorio entre su público. Para ello la broma debe ser comprensible²⁸. Difícilmente lo habría sido si no hubiese habido en el escenario una carta de la Hélade. De esa forma se habría podido escenificar la disparidad de criterios entre Estrepsíades y su interlocutor. La chanza no podía surgir si la interpretación del discípulo, que es la correcta, no quedaba clara a la audiencia. De esta forma, una vez representado el diálogo, la multitud podía reírse libremente, ya fuese de la ignorancia de Estrepsíades o del extraño saber del aprendiz de Sócrates.

ALTERIDAD Y RELATIVISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA

«La geografía forma parte de la historia»
(POLIBIO III 57-9; XII 25).

HERÓDOTO (c. 484-425 a.C.)

A diferencia de anteriores autores, la obra de Heródoto de Halicarnaso ha llegado prácticamente intacta hasta nosotros, siendo, por tanto el primer legado geográfico conservado en su totalidad²⁹. En su libro hay varios *lógoi*, como el egipcio (II), el indiano (III 98-106) o el escita (IV 1-144), que son en gran medida la mayor contribución de Heródoto al pensamiento etnológico griego. Es difícil precisar la influencia de estos pasajes de las *Historias* de Heródoto en la posteridad, no sólo en el mundo clásico, sino en el Occidental³⁰. Sin caer en la exageración podríamos decir que es el primer precursor del pensamiento antropológico moderno.

Buena parte de sus escritos parecen haber surgido de su propia experiencia personal. Su prestigio como historiador reside en haber estado *in situ* en la mayor parte de los lugares que aparecieron en sus *Historias*. No obstante, la crítica moderna ha puesto recientemente en duda que el padre de la historia (CICERÓN, *De Legibus* I 1.5) hubiese visitado todas las ciudades en las que dijo haber estado. Pese haber visto las pirámides no menciona a la Esfinge³¹ y su descripción de la de la ciudad de Babilonia presentaba numerosos errores³². Ahora bien, si este argumento fuera definitivo debería decirse también que otro viajero como Marco Polo nunca llegó a China, puesto que no menciona ni la Gran Muralla ni el tradicional vendaje de los pies de las mujeres chinas³³.

En cualquier caso, la problemática sobre la veracidad de los viajes de Heródoto no es una cuestión tanto de credibilidad como de la capacidad de Heródoto para escribir sobre las re-

27 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008, p. 118-119.

28 Cf. GREEN, P., «Strepsiadés, Socrates and the abuses of intellectualism», *GRBS* 20, 1979, p. 15-25.

29 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. XII.

30 Cf. MURRAY, O., «Herodotus and Hellenistic Culture», *CQ* 22, 1972, p. 200-213.

31 ARMAJOR, O. K., «Did Herodotus ever go to Egypt?», *JARCE* 15, 1978, p. 59-73.

32 KUHRT, A., «Babylon», en *Brill's companion to Herodotus*, Brill 2002, p. 496.

33 Cf. LARNER, J., *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, Barcelona 2001, p. 95.

giones a las que en teoría había viajado. Dado que la «autopsia» era el principio de autoridad por excelencia entre los historiadores del mundo antiguo, y por extensión de los geógrafos, el historiador quedaba habilitado como tal porque había sido testigo ocular de los hechos, si no había estado presente perdía el derecho a ser creído por su audiencia³⁴.

LÓGOS EGIPCIO: LA CUESTIÓN DEL NILO

Uno de los enigmas geográficos que más fascinaron a los griegos desde el inicio de su cultura fue encontrar una solución al misterio de las crecidas del Nilo³⁵. Como se recordará, el filósofo Tales de Mileto desarrolló su teoría hídrica del *kósmos* en una visita al Nilo, llegando a atribuir el origen de las crecidas a los vientos etesios³⁶. El milesio sostenía que cuando soplaban estos vientos en dirección contraria al curso de su corriente, impedían que avanzasen sus aguas hasta su desembocadura, provocando de este modo las crecidas. Teoría que sería compartida por Eutímenes de Marsella, quien atribuía a los vientos etesios la capacidad de empujar las aguas del Océano hasta el Nilo³⁷. Trasiálces de Tasos creía que los vientos etesios arrastraban las masas de nubes del norte portadoras de agua hasta las montañas de Etiopía. Éforo comparó las tierras de Egipto con una esponja que absorbía el agua en invierno y la soltaba en verano (*FGrH* II A 70 F 65). Prómato de Samos³⁸ y Anaxágoras en el siglo V aventuraron la auténtica razón de las crecidas del Nilo, al señalar el origen en la nieve de las montañas de Etiopía, que al fundirse provocarían la crecida del río en verano. Su argumentación se debió, sin duda, a la observación del mismo fenómeno en los ríos griegos. No obstante, su teoría fue desechada por ser absurda para los eruditos de la época, ya que, conforme a la configuración del mundo que se tenía, no era posible que existiese nieve tan al sur (Cf. HERÓDOTO II 22). En consecuencia, para Heródoto esta teoría carecería de sentido, considerando como causa más probable la acción del sol sobre las aguas, por sus diferentes posiciones y efectos en invierno y en verano. Aunque el propio padre de la historia reconocía que nadie en Egipto le había podido decir nada seguro sobre este tema (HERÓDOTO II 19). Todavía en el Imperio Romano, Arriano tachaba de ridículas las teorías que querían explicar las crecidas del Nilo a causa del deshielo de las nieves de las montañas de Etiopía, siendo para él la explicación más creíble las lluvias que se producían durante el verano, como en la India, en Etiopía (ARRIANO, *Índica* 6.6-7).

LOS LÍMITES DEL MUNDO

Heródoto revisó profundamente las fronteras tradicionales que tenían los griegos. Así, negó la existencia de los montes Ripeos y de los Hiperbóreos, pueblo que había sido ubicado en los

34 NENCI, G., «Il motivo della autopsia nella storiografia greca», *SCO* 3, 1953, p. 22-46.

35 Cf. BIANCHETTI, S., «Il misterio del Nilo e l'idea di Africa nel pensiero geografico antico», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 195-210.

36 Cf. KIRK, G. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos 1999, p. 125.

37 Sobre Eutímenes y Tales consúltese HERÓDOTO II 20; AECIO IV 1.1; LUCRECIO VI 714-720; DIODORO I 38, 1-3; FILÓN, *De vita Mosis* I 115; POMPONIO MELA I 9.53; SÉNECA, *Q.N* IV 2.22-25; LUCANO, *Farsalia* X 244-5; PLINIO V 55; ELIO ARÍSTIDES XXXVI; DIÓGENES LAERCIO I 37; AMIANO MARCELINO XXII 15.7; Escolio a APOLONIO DE RODAS IV 269-271. Cf. DESANGES, J., *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma 1978, p. 20.

38 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., y PÉREZ LARGACHA, A., *Egiptomanía*, Madrid, Alianza 1997, p. 23.

umbrales de la frontera septentrional de la *oikoumene* por Damastes de Sigeo (ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. Ὑπερβόρειοι.). Además, ponía en duda la existencia del río Océano, que era el fin del mundo desde época de Homero, y la condición insular del mundo³⁹ (fig. 16). Esto le llevaba a criticar los mapas de la escuela jonia, pues en ellos el Océano seguía rodeando con su curso toda la tierra habitada⁴⁰.

Consecuentemente, Heródoto no considera a mares como el Caspio como golfos del Océano, sino como mares interiores (I 202). Anteriormente, Damastes, en su *Catálogo de pueblos y ciudades*, había esgrimido que el golfo arábigo era un mar cerrado (ESTRABÓN I 3.1); es probable que Heródoto tomase de la obra de este autor la existencia de otros casos semejantes.

La novedad en Heródoto es la descripción de grandes áreas desérticas en las zonas más lejanas del mundo como la India (III 98). La existencia de estos grandes desiertos era confirmada por la creencia de que en la zona intertropical, allí donde los rayos del astro rey incidían directamente sobre la tierra, el calor era demasiado intenso como para que pudiese haber vida⁴¹.



16. El mundo según Heródoto de Halicarnaso.

Pero las fronteras no están solamente establecidas por la geografía o por las áreas climáticas en el libro del historiador de Halicarnaso. En cada una de las zonas fronterizas residían pueblos como el indio o el escita que indicaban la desaparición de la civilización⁴² y el comienzo de la barbarie y de lo fabuloso, por lo que para Heródoto las fronteras no son únicamente físicas o políticas, sino también culturales. Lo cual es una evidencia de hasta qué punto están integradas la geografía física y la etnografía en la obra de Heródoto.

39 HERÓDOTO II 23: «Protesto a lo menos de no conocer ningún río con el nombre de Océano. Creo, sí, que habiendo dado con esta idea el buen Homero o alguno de los poetas anteriores se la apropiaron para el adorno de su poesía»; IV 8: «Este Océano, empezando por Levante, gira alrededor del continente; todo lo que dicen sobre su palabra, sin confirmarlo realmente con prueba alguna».

40 HERÓDOTO IV 36: «Pero me da risa que ya ha habido muchos que han trazado mapas del mundo sin que ninguno los haya comentado detallada y sensatamente; ellos hicieron la tierra un círculo perfecto, mejor incluso que dibujada por un compás, con el Océano rodeándola, y Asia y Europa del mismo tamaño».

41 AUJAC, G., «L'image du désert dans l'antiquité grecque», *Geographia Antiqua* 10-11, 2001-2002, p. 24.

42 KARTTUNEN, K., «Expedition to the end of the world», *So* 64, 1988, p. 177.

ALTERIDAD

Pero, sin duda, como han mostrado trabajos tan clarividentes como los de Hartog⁴³, el mayor logro de Heródoto es la construcción de la imagen del «otro». Para ello utiliza una retórica de la alteridad: 1) La inversión, que consiste en mostrar al lector un modo de vida totalmente opuesto al suyo (Persas I 133; Egipcios II 35-6). No obstante, si todos los pueblos extranjeros fuesen definidos por ser opuestos al modelo griego, sería muy difícil poder diferenciar a un pueblo extranjero de otro, por este motivo el autor tiene que dotar a cada pueblo de características propias, que pueden ser fabulosas. 2) La diferencia, se basa en mostrar los puntos en los que las costumbres extranjeras difieren de la tradición griega sin llegar a plasmar la inversión de valores (I 131). 3) La analogía se remite al lector a su ámbito familiar para que sea capaz de comprender lo desconocido (Leyes de los lidios parecidas a las de los griegos I 94; calzado babilonio se asemeja al beocio I 195; las costumbres funerarias de los babilonios se parecen a las egipcias I 198; los isedones rinden homenaje a las cabezas de sus padres, al igual que los griegos rinden homenaje a los suyos en sus aniversarios IV 26). La analogía también se emplea en realidades geográficas semejantes (II 97; IV 99).

Sin embargo, Heródoto no es capaz de mirarse en el reflejo de la imagen que ha creado. Al criticar el etnocentrismo persa, el padre de la historia no se siente en modo alguno obligado a recurrir a la analogía: «*A quienes más aprecian de entre todos, después de a sí mismos, es a los que viven más cerca de ellos; en segundo término, a los que vienen a continuación y, después, van apreciando a los demás en proporción a la distancia; así tienen el menor aprecio a quienes viven más distantes de ellos, pues consideran que, en todos los aspectos, ellos son, con mucho, los hombres más rectos del mundo, que los demás practican la virtud en la mencionada proporción y que quienes viven más distantes de ellos son los peores*» (I 134.2-3). Es como si fuese uno de los personajes de las fábulas de Esopo, y fuese capaz de ver los vicios de los demás y no los suyos propios porque están a su espalda. No se despegaba de la tradición, como refleja el hecho de que recibiese el apelativo de *Homerikótatos* («El más homérico») por Longino (*Sobre lo sublime* XIII 3).

TUCÍDIDES (c. 460-396 a.C.)

El gran historiador de la *Guerra del Peloponeso* no sobresale como su predecesor por sus digresiones etnográficas. La geografía de Tucídides es muy diferente a la de Heródoto, que era heredera de la tradición jonia⁴⁴. No se estudia la ecumene, el centro de la acción se localiza en la Hélade y la Magna Grecia. La geografía universal de Heródoto deja paso a la geografía política de Tucídides⁴⁵, donde la cartografía no tiene espacio a lo largo de toda su obra y se nutre de sus viajes y experiencias personales⁴⁶. La «Arqueología» de Tucídides puede ser vista como una crítica a las historias de los poetas y a la tradición mítica, sin embargo, no debe irse demasiado lejos, pues nunca cuestiona la edad heroica⁴⁷.

43 HARTOG, Fr., *El espejo de Heródoto*, Méjico, FCE 2002, p. 207-245.

44 PEARSON, L., «Thucydides and the Geographical Tradition», *CQ* 33, 1939, p. 48-54; p. 48.

45 SHAHAR, Y., *Josephus Geographicus: The Classical Context of Geography in Josephus*, Tubinga 2004, p. 85.

46 CINQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio, τῶν πινάκων*, Roma 2002, p. 193.

47 MURRAY, O., «Omero e l'etnografia», *Kokalos* 34-35, 1988-1989, p. 1-13.

Tucídides se limita a mencionar las *póleis* conforme van apareciendo en los acontecimientos bélicos. Los accidentes geográficos como ríos o montañas se nombran de pasada, como meros escenarios donde transcurre la acción. Los santuarios, por el contrario, son muy citados y son como puntos de un mapa que se utilizan para ubicar espacialmente al lector. Las distancias entre dos lugares son dadas apresuradamente y con brevedad⁴⁸.

La geografía le sirve para justificar el mito de la autoctonía de los atenienses (I 2). De igual modo, las diferencias con las costumbres funerarias de los carios es también uno de los escasos ejemplos de especulación arqueológica en la antigüedad (I 8). Otro ejemplo de la descripción de costumbres de otros pueblos es el de los odrisios, cuyo imperio se extendía desde la ciudad de Abdera hasta el Ponto Euxino (II 97.1-2). De ellos se destaca que, a diferencia de otros pueblos, tenían por costumbre recibir más que dar y que se consideraba deshonoroso no contribuir. Siendo esta práctica la responsable del poderío de los odrisios.

Cuestiones geográficas clásicas del pensamiento griego, como los eclipses de sol (II 28), de luna (VII 50.4), los terremotos (III 89.1-3) o las fuentes de los grandes ríos (II 102.2-6 Aqueloo) también se presentan esporádicamente en la obra de Tucídides⁴⁹.

La expedición de Sicilia abarca dos libros enteros de la *Guerra del Peloponeso*. Sin embargo, apenas hay detalles sobre la geografía de la isla. Tucídides se limita a decir que una parte estaba ocupada por los griegos y otra por los bárbaros (VI 1-6). Los ríos sólo aparecen en la descripción de la retirada y derrota final de los atenienses (VII 74-85). Sí tiene mayor protagonismo la descripción de las realidades geográficas más importantes de la isla: los estrechos, que son muy peligrosos porque en ellos convergen las aguas de dos mares, el Tirreno y el Sículo (IV 24), y el Etna, cuyas erupciones desde que los griegos habitan en Sicilia cifra en tres (III 116).

Mayor importancia tiene en la obra el debate que sacudió Atenas como consecuencia de la expedición de Sicilia. Tucídides⁵⁰ deja bien clara su postura cuando afirma que: «*La muchedumbre no tenía ningún conocimiento de la extensión (mégethos) de la isla ni del número de sus habitantes, griegos o bárbaros*» (VI 1).

Es una expresión acorde en un hombre que realiza un tipo de geografía sin mapas, y que probablemente escribió estos libros poco después de que acontecieran los hechos. Sin embargo, la palabra *mégethos* puede hacer referencia tanto al tamaño real de la isla como a su poderío político⁵¹. La distancia que separa Sicilia de Atenas es también esgrimida como una razón para no realizar dicha empresa (IV 11).

Ahora bien, el debate, que el propio Tucídides recoge, muestra que el desconocimiento de los atenienses no era absoluto, pues se sabía cuánto duraba un viaje hasta Sicilia en transporte marítimo (VI 2), que había dos rutas para llegar a la isla, una por el mar jónico bordeando la costa y otra directa por mar abierto hasta Sicilia (VI 13.1) y que la forma más rápida para llegar era desde África (VI 2.6).

La controversia aumenta cuando leemos en Plutarco (*Nicias* 12.1; *Alcibiades* 17.3-4) que los atenienses llegaban a dibujar el mapa de la isla. Sin embargo, en el propio relato de Plutarco

48 TUCÍDIDES I 24.1; 36.2; 63.2; II 18.1; 66.1; III 51.1; 97.2; IV 53.2-3; IV 24.4-5; 102.4; VI 7; 22.2; 36.2; 118.2; VII 22.2; 33; VII 153.1; 153.2; VIII 31; 35; 120.

49 LANZILLOTTA, E., «Geografia e storia da Ecateo a Tucídide», en *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán 1988, p. 19-31; p. 20-24.

50 GOMME, A. W., *A Historical Commentary on Thucydides IV*, Oxford 1970, 197ss.

51 HORNBLOWER, S., *Thucydides*, Londres 1987, p. 147.

existen diferencias. En el primero de ellos se dice que jóvenes y viejos diseñaban conjuntamente el contorno de Sicilia, mientras que en el segundo es únicamente la juventud ateniense quien realiza dicha acción, lo cual resulta más creíble. Es posible que los adolescentes se valiesen de los conocimientos empíricos de los veteranos para poder diseñar el mapa, puesto que como hemos dicho anteriormente la cartografía no era una materia conocida por el gran público.

No obstante, dicha historia reflejaría que la información de Tucídides debería de matizarse, y que seguramente el historiador ateniense se está dejando llevar por sus conocimientos sobre el resultado final de la expedición ateniense para reflejar que su comienzo fue igualmente irreflexivo.

JENOFONTE (c. 431-354 a.C.)

La intromisión de Persia en los asuntos internos griegos tuvo una consecuencia directa, la participación de muchos de los habitantes de las ciudades helenas en la guerra civil entre Ciro el Joven y su hermano el rey Artajerjes. Más de 10.000 helenos pasaron a engrosar las filas de las tropas de Ciro, tras la muerte de éste y la ejecución de sus líderes, emprendieron una huida a través del Imperio Persa desde Cunaxa a Trapezunte y desde allí a Pérgamo y luego hasta Bizancio. De este viaje surgiría la *Anábasis* de Jenofonte. La retirada de los mercenarios tiene paralelismos con la *Odisea*, puesto que es prácticamente un *nóstos*, un relato de vuelta al hogar⁵², pero también se asemeja a un periplo, ya que continuamente se nos dan las distancias recorridas⁵³ y detalles sobre las zonas por las que se pasa⁵⁴.

El viaje de Jenofonte y de sus diez mil no se adentró por tierras desconocidas (fig. 17), pero sí por lugares poco explorados para los propios persas. Así, fueron los primeros griegos en pisar las montañas del Kurdistán, que los gobernantes aqueménidas no habían conquistado nunca.

A pesar de que en su relato predominan las operaciones militares, queda espacio para algunas descripciones etnográficas como: las palmeras datileras (II 3.14), el sistema de canales del Tigris (II 4.13), los carducos (IV 2) o los caballos de Armenia (IV 5.24; IV 5.34).

Una parte interesante de la obra es la descripción de unas ciudades desiertas junto al Tigris que él llama Larisa y Mespila, y de las que destaca su circuito amurallado y sus materiales de construcción (III 4.7). Se ha defendido que Larisa podría ser la antigua Nimrud, y que Mespila sería una corrupción del nombre de Nínive⁵⁵. Para Haupt poco habría importado que se hablase de medos y no de asirios, puesto que los historiadores griegos solían confundir las nacionalidades persa, asiria y meda constantemente. Sin embargo, este autor no explica por qué autores posteriores sí conocieron el nombre de Nínive (DIODORO II 26.9). Tampoco aclara por qué Jenofonte atribuye la caída de dicha ciudad a la intervención de Zeus⁵⁶. El único elemento de cierto peso para identificar Mespila con la antigua Nínive es la descripción de su muralla⁵⁷, aunque todas las ciudades importantes de Mesopotamia solían tener grandes defensas.

52 Cf. LOSSAU, M., «Xenophons Odyssey», *A&A* 36, 1990, p. 47-52.

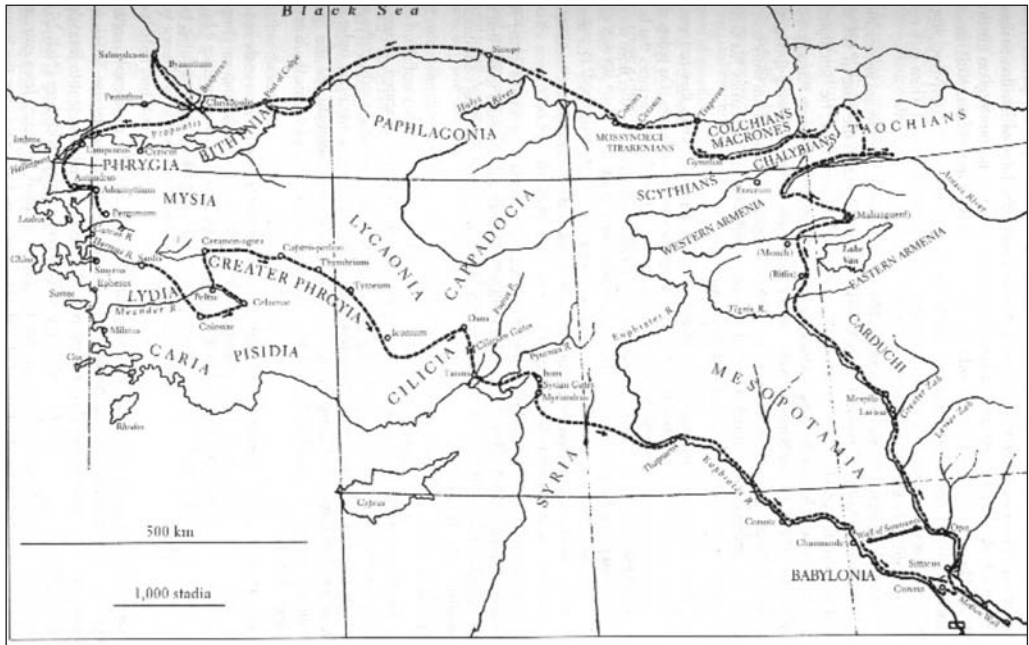
53 CINQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio, τὸν πινύκων*, Roma 2002, p. 195, destaca que se especifica la distancia cuando es la recorrida por el ejército y mediante los días de marcha o bien en parasangas, una medición persa.

54 JENOFONTE, *Anábasis* I 2.5; 6; 7; I 5.4; 5; 14; 15; II 3.6; II 4.4; VI 2.1.

55 HAUPT, P., «Xenophon's Account of the Fall of Nineveh», *JAOS* 28, 1907, p. 100.

56 LANE FOX, R., *The long march: Xenophon and the ten thousand*, New Haven, Yale University Press 2004, p. 53, cree que pudo haber tomado la información sobre Mespila de Hecateo de Mileto.

57 PINKER, A., «Nahum and the Greek tradition on Niniveh's Fall», *JHS* 6, 2006, p. 9.



17. Mapa con la ruta de Ciro y los 10.000, procedencia P. Briant 2002, p. 367.

Podría discutirse también si los mercenarios griegos disponían de algún mapa para orientarse en su recorrido. No obstante, la gran dependencia que tienen a lo largo de toda la obra de los guías nativos o de los cursos de agua (III 2.20-23), nos hace desechar inmediatamente esta suposición. Al igual que el marinero que navega por aguas desconocidas, Jenofonte se habría valido principalmente del sol y las estrellas para orientarse en su viaje de regreso a casa. Esto queda claro cuando se extiende el rumor de que regresaban al Fasis y casi se produce un motín entre los griegos (V 7.5-9).

Las *Helénicas* siguen de cerca el estilo narrativo de Tucídides por lo que las descripciones etnográficas son también escasas⁵⁸. Algunas de las pocas excepciones son: el ritual funerario de los odrisios (III 2.5); el santuario de Ártemis de Leucofris (III 2.19); el palacio de Farnabazo en Dascilio (IV 15-6) y el Santuario de Dionisio en Afites (V 3.18-9). Pero donde más sobresale el talento de Jenofonte es en los lugares donde ha tenido un conocimiento directo del terreno, como en Esparta. El hipódromo de Posidón o el templo de Apolo de Esparta son espacios que sólo los conocemos por el alumno de Sócrates, pues otros autores como Pausanias ignoran su existencia.

En otra de sus obras, la *Ciropeya*, Jenofonte traslada muchas de las costumbres espartanas, tan admiradas por él y otros intelectuales atenienses de su época, a los persas (*Ciropeya* I 2.2-16). Sin embargo, pese a ser más una obra de ficción que una biografía de Ciro el Grande, nos sorprende por aludir un par de veces al reino de la India (II 4.8-9; III 2.27; VI 2.1). Resulta llamativo que se piense que la India estuviese gobernada por un sólo rey, a la manera que lo hacía el Rey de Reyes entre los persas, y que éste pueda mediar en los conflictos de Persia y

58 SORDI, M., «Gli interessi geografici e topografici nelle *Elleniche* di Senofonte», en *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán 1988, p. 32-40.

sus enemigos. Este relato demostraría que en el siglo IV se tenía una visión muy idealizada de la India, pero al mismo tiempo más concreta que la que Escílax y Heródoto habían transmitido. El responsable de esto fue en gran medida, Ctesias de Cnido, cuya obra debió de ser conocida por Jenofonte (Cf. *Supra*. p. 88-89).

ÉFORO (c. 400-330 a.C.)

Un nuevo paso en la descripción del mundo lo dio Éforo de Cumas, un alumno, como Teopompo, de la escuela de Isócrates. En aproximadamente 30 libros habría narrado los acontecimientos ocurridos entre el retorno de los heraclidas hasta la batalla de Queronea (338 a.C.), muchos de cuyos fragmentos se han conservado gracias a Estrabón⁵⁹.

Éforo parece haber sido el primero en haber escrito una historia «*katà génos*», es decir, que estructuraba su exposición por áreas geográficas⁶⁰. Los libros IV y V estaban dedicados al estudio etnográfico de los pueblos que conformaban la *oikoumene*, desde las Columnas de Hércules hasta el mar Negro. El primero enumeraba los pueblos de Europa (ESTRABÓN VII 3.9) y el segundo los de Asia (ESTRABÓN VIII 1.1). Para realizar esta labor se valió de fuentes muy diversas como los poemas homéricos o el *Períodos ges* de Hecateo, por lo que su conocimiento geográfico quizás no fuese el mismo que el de su época, pues no hay que olvidar que Éforo era un historiador y que la geografía para él era un mero instrumento para ubicar los acontecimientos históricos⁶¹, aunque no fue ajeno a cuestiones meramente geográficas como la explicación de las mareas (ÉFORO, *FGrHist* 70, F30a, 131-4), ya que no existía una separación tajante entre las disciplinas. Obra de Éforo fue un cuadrante (fig. 18) donde se colocaba en cada uno de sus extremos los pueblos conocidos de la *oikoumene*⁶²: Los escitas al norte; los etíopes al sur; los indios en el este y los celtas en el oeste. En el centro se encontraban los griegos, lo que simbolizaba la superioridad del pueblo heleno sobre el resto del mundo.

Las temperaturas extremas eran las causantes de las características de esos pueblos, siendo la Hélade, por naturaleza, superior, al ser el lugar que tenía unas condiciones climáticas intermedias. No era casualidad que los helenos ocupasen el centro del mundo. *To méson* había sido un elemento vital en el desarrollo del pensamiento griego. Tenía un matiz político y, por supuesto, tenía un valor moral que la filosofía supo emplear. Pero, también, tenía otro uso para designar lo común, lo cotidiano, a la comunidad⁶³. Si la civilización griega está situada en el centro del mapa de Éforo, se debe a que, a ojos de su autor y de sus contemporáneos, era la única cultura posible. Ahora bien, si en el centro se encuentra lo normal, en los límites sólo podía hallarse lo diverso. Cada uno de los pueblos que habita cada una de las fronteras de la *oikoumene* era visto por los griegos como la antítesis de su propia identidad. Esta forma de pensar no era exclusiva de Éforo. Anteriormente, los viejos mitos habían defendido que el ombligo del mundo,

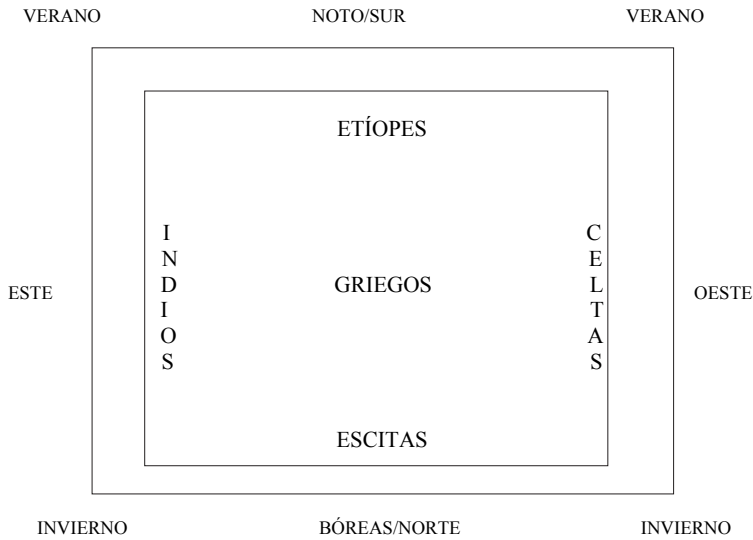
59 ESTRABÓN VI 2.1; 2; VII 2.2; 3.9; 7.7; VIII 3.33-4; 8.5; IX 2.1-2; 3.11; 3.12; 4.7; X 2.9; 3.2; 5; 4.8; 9; 15; 17; 18; 20; XII 3.10; 21; 22; XIII 1.4; 3.9; 3.6; XIV 1.6; 5.23; 24; 26; 27.

60 DREWS, R., «Ephorus and history written «*katà génos*», *AJPh* 84, 1963, p. 244-255; DREWS, R., «Ephorus «*katà génos*» history revisited», *Hermes* 104, 1976, p. 497-498, dice que el concepto de *katà génos* significaría tres cosas: 1) Escribía historia en episodios 2) Cada episodio estaba unificado por materias y temas 3) Estos temas eran pertinentes con las áreas geográficas que se estudiaban; PRONTERA, Fr., «Sul concetto Geografico di Hellás», en *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. 91. Cf. ESTRABÓN VIII 1.3.

61 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 206.

62 COSMAS INDICOPLEUSTÉS, *Topografía cristiana* II 79-80.

63 VERNANT, J-P., *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona, Ariel 1993, p. 198.



18. Cuadrante de Éforo de Cumas.

ὄμφαλος, se encontraba en Delfos, pero tampoco era esta forma de pensamiento propiedad de la civilización helena. En la antigua China el espacio nunca fue considerado un todo continuo, sino como el conjunto de cinco puntos direccionales: Norte, Sur, Oeste, Este y Centro⁶⁴, lugar que ocupaba China. Hoy en día todavía llaman a su tierra el país del centro, Zhongguó⁶⁵ (*Zhong* «centro»; *Guó* «país»). Los germanos de la época de las migraciones llamaban a su país Midgard («El jardín central») o los hebreos consideraban a Jerusalén el centro del mundo. Incluso los romanos llegaron a pensar que el predominio de Roma podía deberse a que estaba situada *medio mundi* (VITRUVIO VI 1.10)⁶⁶.

En suma, el diseño del mundo de Éforo no introducía ideas nuevas, puesto que ya desde Homero y Hesíodo los límites del mundo eran habitados por pueblos fabulosos que delimitaban la frontera entre la *terra cognita* y la *incognita*, y al mismo tiempo hacían las funciones de límites espaciales. Pero con Éforo estos pueblos dejan de ser míticos, como los hiperbóreos, para ser históricos como los celtas, los etíopes, los indios y los escitas. Además, por primera vez el esquema de centro-periferia era representado en un diseño cartográfico. A partir de este momento cada uno de estos grupos étnicos será el equivalente de cada uno de los puntos cardinales.

La imagen que transmitió de algunos de estos pueblos, como el escita, tuvo un gran éxito entre los geógrafos de Alejandro⁶⁷: nación indomable y justa que no se dejaba someter por nadie⁶⁸, a medio camino entre los pueblos primitivos y aquellos que viven en plena Edad de Oro y que no han sido corrompidos por la civilización.

64 EDGERTON, S. Y., «From mental matrix to Mappamundi to Christian Empire: The heritage of Ptolemaic cartography in the Renaissance», en *Art and cartography: six historical essays*, Chicago 1987, p. 24.

65 FOLCH, D., *La construcción de China*, Barcelona 2002, p. 12-13.

66 JANNI, P., «Los límites del mundo entre el mito y la realidad», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 23-40; p. 26.

67 Sobre todo en Jerónimo de Cardia. Cf. DIODORO XIX 97.3-5.

68 ESTRABÓN VII 3.9.

Tampoco fue ajeno a las islas fabulosas. La isla de Cerne⁶⁹, que se había popularizado entre los griegos tras la aparición de la obra de Pseudo-Escílax y el *Periplo de Hanón*⁷⁰, también aparece entre sus fragmentos. Por entonces la isla ya había adquirido el carácter fabuloso por el que sería conocida posteriormente⁷¹. Por las noticias de Plinio (*NH* VI 199) sabemos que Éforo habría dicho que era imposible alcanzar dicha isla, situada en el mar Eritreo, por el intenso calor que había en la zona. En cualquier caso, con Éforo se inauguró la tradición que situaba la isla en oriente⁷². Más tarde, con Dionisio Periegeta (*Periégesis* 219ss) la isla adquirió el calificativo de tierra última⁷³.

FILOSOFÍA Y ALTERIDAD

ESCUELAS SOCRÁTICA Y PLATÓNICA

«Yo, Platón, soy la verdad»

Friedrich Nietzsche: *Crepúsculo de los ídolos*.

Ningún otro filósofo tuvo una trascendencia mayor que Sócrates en el siglo IV a.C. Escuelas como la platónica, la cínica, la de Megara o la de Cirene presumían de estar vinculadas con el hijo de Sofronisco. Pero por mucho que Aristófanes presentase ocupados a los discípulos de Sócrates en medir la tierra en el interior del Pensadero, la mayoría de ellos investigaron problemas éticos, antes que cuestiones geográficas. Si bien es cierto que dos filósofos que florecieron en el siglo IV tuvieron una gran importancia en la historia de la geografía: Eudoxo del Cnido y Platón de Atenas.

Eudoxo de Cnido (395-342 a.C.) fue un gran experto en matemáticas, climas y geografía (ESTRABÓN IX 1.2). Influenciado por las teorías pitagóricas, el médico, matemático y precursor de los astrónomos de época helenística, desarrolló su teoría de las siete esferas celestes concéntricas. En dicha teoría se defendía que los cuerpos celestes se encontraban a la misma distancia los unos de los otros. Esta equidistancia implicaba que los movimientos de los planetas debían de ser circulares y regulares. Partiendo de la observación de la estrella de Canopo con respecto a Cnido (o Rodas) y Heliópolis intentó hallar las latitudes de algunos lugares. Dividió la esfera celeste en zonas y midió la circunferencia del globo⁷⁴. Compuso también un *Períodos ges*⁷⁵ en 7 libros, del cual sólo nos quedan unos cuantos

69 Tanto MÜLLER, C., *GGM*, I París 1985, p. 7, como CARCOPINO, J., *Le Maroc antique*, París 1943, p. 119-130, la identifican con la isla de Arguin.

70 GÓNZALEZ PONCE, F. J., *Periplógrafos griegos. I. Épocas arcaica y clásica 1: Periplo de Hanón y autores de los siglos VI y V a.C.*, Monografías de Filología Griega, Zaragoza 2008, p. 75-151; p. 129-135.

71 AMIOTTI, G., «Cerne: ultima terra», en *Il confine nel mondo classico*, Milán, CISA 1987, p. 43-49, relaciona dicha isla con el periplo de Hanón, y afirma que nunca constituyó una frontera geográfica, sino un confín fantástico; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 134-136; p. 135.

72 LICOFRÓN, *Alexandra* 16-9; NONNO, *Dionys* XXXIII 183-7.

73 GONZALEZ PONCE, F. J., *op. cit.*, p. 131. El nombre de la isla procedería del semítico QRN y significaría «último lugar habitado».

74 D'HOLLANDER, R., *Sciences géographiques dans l'antiquité*, París, Association Française de Topographie 2002, p. 58, destaca que midió la circunferencia de la tierra en 400.000 estadios y que dependiendo de la medida del estadio podía tener entre 71.000 km y 76.900 km.

75 ESTRABÓN I 1.

fragmentos⁷⁶, pero se da por hecho que esta obra iba acompañada de un mapa⁷⁷. Como autores anteriores, Hecateo y Heródoto, Eudoxo habría realizado viajes para documentarse a la hora de escribir. Es posible que viajase a Egipto y que incluso pudiera haber influido sobre Platón en su conocimiento del país del Nilo, pero también podría tratarse de la costumbre que situaba a los sabios griegos en Egipto desde Tales de Mileto. Aunque Estrabón (XVII 1.29) aseguró haber visto su observatorio y D. Laercio (VIII 8.86) dice que allí desarrolló un nuevo calendario de ocho años.

El gran logro de Eudoxo habría sido definir las proporciones de la *oikoumene*, al establecer que su longitud era el doble que su anchura. Anteriormente Demócrito de Abdera había fijado la longitud en 1.5 veces mayor que la anchura. Se cree que existió una línea, semejante a un meridiano, que habría dividido simétricamente el mapa de Eudoxo, aunque esta línea imaginaria podría ser una reminiscencia de los futuros mapas de Dicearco y Eratóstenes. Las ideas de Eudoxo tendrían un gran éxito en Aristóteles, pues ambos defendieron que el origen de las crecidas del Nilo eran las lluvias de Etiopía⁷⁸. Su ascendencia es igualmente detectable en los alumnos del Estagirita, sobre todo en Dicearco⁷⁹, y entre los geógrafos helenísticos⁸⁰, principalmente Eratóstenes, quien volvería a revisar y a elevar la longitud de la tierra.

Según Vitruvio, Eudoxo habría sido el autor de un calendario solar llamado *aráchnen*⁸¹, y Estrabón (XVII 1.29) dice que los griegos debían a los egipcios, por mediación de Eudoxo, Platón y de la traducción de los textos egipcios, el conocimiento del año. También sostuvo la existencia de dos hemisferios climáticamente semejantes que se alternaban según el movimiento del Sol.

Además, Eudoxo de Cnido había, con anterioridad, relacionado el color de la piel de las ovejas de Hestiótide con el agua de la fuente de la que bebían, algo semejante diría Teofrasto sobre Turios⁸². Posteriormente, al considerar Onesícrito de Astipalea que el origen de la piel de los etíopes e indios era por el agua (ESTRABÓN XV 1.24), no sólo entraba en controversia directa con Ctesias, quien ya había dicho que el color de sus pieles era por naturaleza, sino que demostraba conocer los trabajos de Eudoxo. Su teoría parece haber tenido eco en la antigüedad (PLINIO II 103).

Uno de los mayores avances en el pensamiento del siglo IV fue la convicción de que la tierra no era un disco, sino una esfera⁸³. Resulta sumamente complejo precisar cuándo comenzó a representarse de este modo la tierra en los antiguos mapas, puesto que es muy fácil confundir una

76 Sobre los fragmentos de Eudoxo consúltese LASERRE, F., *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, Berlín 1966, p. 96-127.

77 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona 2008, p. 124-125, considera que el *Períodos ges* de Eudoxo habría sido un acompañamiento explicativo de dicho mapa que seguiría la tradición etnográfica y descriptiva de Heródoto (Cf. EUDOXO, *fr.* 277).

78 ESCOLIO A HOM. d 477; EUST. *In Hom.* p. 1505, 60ss.

79 AGATÉMERO I 1.2: «Demócrito fue el primero, hombre de vasta experiencia, que dijo que la tierra es más alargada en lo referente a la longitud, y que equivale una vez y media a la anchura. En esto fue seguido por Dicearco. Eudoxo hizo de la longitud el doble de la anchura. Eratóstenes más del doble». Cf. ESTRABÓN I 1.1, menciona a Demócrito, Eudoxo y Dicearco entre los grandes geógrafos.

80 GÉMINO, *Elementos de astronomía* 16.3.

81 VITRUVIO, *De Architectura* IX 8.1: «arachnen Eudoxus astrologus, nonnulli dicunt Apollonium». Cf. CINCQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio, τῶν πινάκων*, Roma 2002, p. 197 y p. 211.

82 PLINIO XXXI 13-14; ARISTÓTELES, *Historia de los animales* 519a. Cf. PÉDECH, P., *Historiens compagnons d'Alexandre. Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*, París 1984, p. 153-154.

83 PÉDECH, P., *La géographie des grecs*, Vendôme 1976, p. 38; GEUS, Kl., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 232.

esfera con un disco en un plano⁸⁴. Platón de Atenas presentó la idea de la esfericidad del mundo en el *Fedón* (97 d-e) para ratificarla en el *Timeo* (63a). Probablemente fueron los pitagóricos de la Magna Grecia los primeros en asumir esta premisa (D. LAERCIO VIII 48; IX 21), aunque, según Teofrasto, Parménides ya había defendido la esfericidad de la tierra (TEOFRASTO, *Física* 6), y fue, probablemente, el primero en dividirla en zonas climáticas (ESTRABÓN II 2.2; D. LAERCIO IX 21-2). Pero la primera evidencia incuestionable es la de Platón⁸⁵ y de lo que no cabe duda alguna es que este hallazgo siempre es atribuido a un filósofo.

Aún así, los griegos no llegaron a comprender en su totalidad las consecuencias de la esfericidad. La superficie de una esfera es finita, pero ilimitada⁸⁶, por lo que no es posible que continuaran existiendo los límites de la tierra en el pensamiento de los helenos. Pero al entender el mundo como algo finito quedaba implícito que debía de tener unos límites y para el griego fue demasiado renunciar a los esquemas mentales que la tradición homérica le imponía. La tradición sigue siendo un lastre para la investigación de todas las épocas, así Poincaré decía: «...*Pero no podemos romper totalmente con el pasado, porque no sólo tenemos que tener en cuenta el rechazo de la gente, sino que los propios científicos tienen una tradición a la que permanecen atados*»⁸⁷. De igual modo, el más ateo de los historiadores occidentales no puede escapar de los esquemas conceptuales que le impone la religión cristiana, y seguirá teniendo una visión lineal de la historia, en la que existe un principio, un fin e incluso un destino. Los geógrafos griegos no pudieron establecer una ruptura con su tradición al no desarrollar en su verdadera dimensión todas las implicaciones de este gran hallazgo. *Ta peirata* (los límites) fueron el primer paradigma de la historia de Occidente que se resistió a desaparecer.

En el *Fedón* (109B) por primera vez un autor griego relativizaba el tamaño del Mediterráneo y expresaba su convicción de que existían otras zonas de la tierra semejantes a la suya⁸⁸. Esta afirmación implicaba que la Hélade perdía su papel preponderante como centro del mundo y de la civilización, pero después de Platón ningún pensador volvió a retomar esta idea, y la noción de centro/periferia seguiría vigente por mucho tiempo. La matización del concepto de centro en buena parte habría sido debida a su extensión, de modo que Platón afirma que cuando los persas invadieron el continente no estaban atacando solamente a los griegos, sino a toda Europa (*Leyes* 698b) escenificando una clara contraposición en Occidente y Oriente.

El *Timeo* y el *Critias* nos ofrecen una nueva concepción del espacio, la utopía. En el *Timeo*, Critias relata una historia contada por Solón a su abuelo, que a su vez había escuchado de los sacerdotes egipcios en Sais. Critias describe una isla situada más allá de las Columnas de Hércules (PLINIO VI 199), tan grande como Asia y Libia juntas. Dicha isla, Atlántida, estaba gobernada por una confederación de reyes que gobernaba los pueblos de Libia hasta Egipto y los de Europa hasta Tirrenia. Pero los atenienses frenaron su expansionismo. Poco después la isla fue destruida por un terremoto y un diluvio.

En el *Critias* se dice que cuando se produjo el reparto del mundo, a Posidón le correspondió

84 MURISON, C. L., «Cartography», en *Encyclopedia of Greece and the Hellenic Tradition*, I, Londres & Chicago 2000, p. 295.

85 DILLER, A., «The Ancient Measurements of Earth», *Isis* 40, 1, 1949, p. 6-9.

86 JANNI, P., «Los límites del mundo entre el mito y la realidad», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 36.

87 GALISON, P., *Relojes de Einstein, mapas de Poincaré: los imperios del tiempo*, Barcelona, Crítica 2005, p. 183.

88 ROLLER, D. W., *Eratosthenes' Geography*, Princeton University Press 2010, p. 5, afirma que probablemente los pitagóricos fueron los primeros en sugerir la existencia de otros continentes aparte de los que rodeaban el Mediterráneo. Cf. D. LAERCIO VIII 25-6.

la isla de la Atlántida. En el centro de la isla se encontraba una ancha llanura de la que había surgido Evenor, que era un autóctono, es decir, había nacido de la tierra al igual que los atenienses. La isla estaba formada por una serie de anillos concéntricos. En el centro de la isla se levantaban una acrópolis y un templo dedicado a Posidón. La isla contaba con múltiples canales y recordaba por su fertilidad a las tierras maravillosas descritas en la tradición griega.

Los atlantes no eran un pueblo nuevo en el imaginario griego. Anteriormente Heródoto había dicho de ellos que habitaban en las cercanías del monte Atlas, que no comían nada que hubiera tenido vida y que carecían por completo del sueño⁸⁹. Pero ahora el filósofo ateniense se vale de ellos con una doble intencionalidad. En primer lugar, crear un espacio irreal en el que se trasladan factores geográficos y sociales de Atenas⁹⁰, con el objetivo de criticar o transformar aquellos aspectos del ámbito sociopolítico que no le gustan de su ciudad estado natal de forma velada. La falsa historia de la guerra de Atenas contra la Atlántida es simplemente la escenificación de la Atenas que a Platón le hubiera gustado conocer (la Atenas primitiva) y la imperialista que se asemejaba cada vez más al Imperio Persa⁹¹ (la Atlántida, custodia de la tradición). En segundo lugar busca introducir algunas de las reformas que se habían postulado en la *República*⁹². La Atlántida, en muchos aspectos, es una representación de la ciudad ideal que se describe en la *República*⁹³. El propio Sócrates dice que le gustaría ver en acción esa ciudad ideal que se ha descrito hasta ahora (*Timeo* 19c).

No obstante, existen otros elementos de la Atlántida, como su forma concéntrica, que recuerdan a la ciudad de Ecbatana, y la descripción del sistema de canales a Babilonia, que también pudieron proceder de la obra de Heródoto⁹⁴.

Resulta curioso que de todos los mitos platónicos, la Atlántida sea el que ha tenido un mayor recorrido. Sin saberlo, Platón había puesto los cimientos para la utopía, aunque dicha palabra no se popularizaría hasta la obra de sir Tomas Moro, y para la ciencia-ficción⁹⁵.

LA ESCUELA DEL LICEO: ARISTÓTELES (c. 384-322 a.C.)

Aristóteles es más conocido por sus estudios biológicos que por los puramente geográficos⁹⁶. Estudios que fueron continuados posteriormente por sus alumnos Teofrasto y Dicearco. La popularidad entre los helenos de los libros de zoología de Aristóteles se extendió durante todo el período helenístico, llegando a convertirse Alejandro de Macedonia en el responsable directo

89 HERÓDOTO IV 184. Cf. POMPONIO MELA I 5.

90 Similitudes como la división en 10 tribus, la relación con el dios Posidón, la existencia de Acrópolis, el poderío naval o estatuas colosales de las deidades protectoras de la ciudad. Cf. FERGUSON, J., *Utopias of the Classical World*, Londres 1975, p. 73; VIDAL-NAQUET, P., «Atenas y la Atlántida», en *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, Barcelona 1983, p. 304-329.

91 VIDAL-NAQUET, P., *La Atlántida, pequeña historia de un mito platónico*, Barcelona, Akal 2006, p. 35.

92 AMORÓS, P., «Lengua e historia en Platón: oralidad y escritura, *mythologein* y *mythologia* en el *Timeo* y en el *Critias*», *Antigüedad y Cristianismo* 12, 1995, p. 125-142; AMORÓS, P., «La tradición en Platón», *RMA* 8, 2002, p. 9-192; p. 47.

93 ROWE, C., «The Politicus and other dialogues», en *Greek and Roman Political Thought*, Cambridge 2005, p. 254, la principal diferencia sería que no hay mención directa a los gobernantes filósofos.

94 HERÓDOTO I 98, Ecbatana; I 178, Babilonia. Cf. GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 251-257; p. 256.

95 VIDAL-NAQUET, P., *op. cit.*, 2006, p. 42-43.

96 COOPER, L., «Aristotle on Astronomy, Biology, Geography, and the Heliocentric System», *CW* 21, 1927-1928, p. 132; JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008, 126ss.



19. Medallón de Poros (HOLT, 2003).

de tan colosal creación (Cf. PLINIO, *NH* VIII 17.44). Aunque lo cierto es que no tenemos una datación clara que permita dar una fecha con rotundidad, Jaeger defendió que los estudios sobre zoología del Estagirita tuvieron que haber visto la luz durante las campañas de Alejandro, mientras que otros autores como Lee han sostenido que debieron redactarse antes del viaje del filósofo a la corte de Filipo II de Macedonia, es decir, durante su estancia en Aso y Mitilene. Para mayor complicación, se piensa que muchos pasajes de los libros VIII, IX y X, pueden ser espurios⁹⁷.

Dentro de la *Historia de los Animales*, las investigaciones del filósofo de Estagira sobre los elefantes merecen un tratamiento especial. Que los griegos conociesen la existencia de estos curiosos animales desde muy antiguo es demostrable por el nombre que se le dio al marfil desde época micénica, *elephas* (Elefante). Su procedencia se encontraría en el norte de África y Siria, donde su existencia está atestiguada. Sin embargo, no hay noticias de los paquidermos en nuestras fuentes en el siglo V. Heródoto no los menciona, y fuentes posteriores, como Pausanias (I 12) afirman que Homero conocía el marfil, pero no tenía noticias de la existencia del animal, y que Alejandro fue el primer rey europeo que los empleó. No hay evidencias firmes hasta los tiempos de Ctesias⁹⁸. ¿Procedería parte de la fama de Ctesias en haber sido el primer griego en describir un elefante? Ahora bien, la ausencia de evidencias nunca puede ser evidencia de carencias. De haber sido algo por completo desconocido al público griego, habría sido lógico que el elefante hubiese sido descrito por Ctesias con rasgos fabulosos propios de otros animales de la India, por ejemplo la marticora. Sin embargo, pese a todos sus errores, no hay nada que lo convierta en un ser mítico. Ni siquiera parece serlo en el relato de Platón (*Critias* 114e) sobre la Atlántida. Pero sí es cierto que se trataba de un animal que despertaba la curiosidad de los helenos como ningún otro. No sólo por sus características biológicas, sino también por sus enormes posibilidades bélicas. Una vez en Asia, Alejandro se hizo con un nutrido grupo de ellos al ser consciente de su utilidad militar (Q. CURCIO V 2.10; ARRIANO IV 22.6; V 3.5; 20.5; VI 2.2; 16.2; VII 3.6).

Se ha barajado como solución de compromiso el que fuese Calístenes quien mandase algunos

97 SOLMSEN, F., «The fishes of Lesbos and their alleged significance for the development of Aristotle», *Hermes* 106, 1978, p. 467-484.

98 KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997, p. 188.

de los paquidermos que cayeron en las manos de los macedonios tras la batalla de Gaugamela⁹⁹, pero Simplicio por otro lado nos dice que Calístenes no le enviaba a su tío las observaciones que le había prometido¹⁰⁰.

No obstante, de ser esto cierto, sería de esperar que Aristóteles reflejase en sus escritos algunas de las nuevas especies que habían sido descubiertas por los macedonios, pero este no es el caso¹⁰¹. Recientemente Romm ha demostrado que gran parte del conocimiento que el filósofo tiene sobre los elefantes se debe a los escritos de Ctesias y ha negado la posibilidad de que Aristóteles pudiese haber realizado la disección de un elefante asiático, pues desconocía la diferencia entre éste y el africano¹⁰². Podría pensarse que describió realmente un elefante africano, pero al especificar que eran empleados con fines bélicos (Cf. ARISTÓTELES, *Historia de los animales* 610a) debe de excluirse esta posibilidad, pues hasta los tiempos de Ptolomeo II no comenzaron a explotarse a los paquidermos africanos con fines militares. En cambio, Ctesias había dicho que podían derribar murallas¹⁰³. Los pocos fragmentos donde Aristóteles parece coincidir con los historiadores de Alejandro se deben simplemente a que comparten una fuente, que no es otra que el historiador de Cnido. En esos textos se observa como Aristóteles estaba enterado de las teorías de Ctesias sobre el elefante (*Historia de los animales* 523a; 736a).

Ctesias también debe de ser la fuente del Estagirita, aunque no lo cite directamente, cuando dice, como el médico de Cnido (FOCIO, *Biblioteca* 7), que eran utilizados para derribar murallas y para capturar a los de su misma especie (*Historia de los animales* 610a). Megástenes y otros historiadores de Alejandro también dicen que los indios utilizaban elefantes domesticados y cuerdas para capturar a los salvajes. Como es cronológicamente imposible que Aristóteles conociese la obra de Megástenes, y este último no cita los escritos del filósofo, es lógico suponer que compartían fuentes de información. Megástenes se inspiró en el libro de Onesícrito de Astipalea, quien a su vez conocía la monografía de Ctesias sobre la India. Luego Ctesias debe de haber sido la fuente común de Aristóteles, Onesícrito y Megástenes.

En otra parte de la *Historia de los animales* (606a), Aristóteles muestra su desconfianza hacia Ctesias, pero aún así tiene que recurrir a éste cuando describe la fauna de la India. ¿Por qué iba un autor a emplear una fuente por la que siente una abierta desconfianza? La respuesta es sencilla, no tiene otra fuente de la que pueda valerse.

El único texto de la *Historia de los Animales* donde podríamos vislumbrar algún indicio sobre el empleo de Aristóteles de una fuente distinta para hablar del elefante, es aquella donde utiliza medidas macedónicas para calcular cuánto come un elefante diariamente (ARISTÓ-

99 ARRIANO III 15.6. Cf. BIGWOOD, J. M., «Aristotle and the Elephant again», *AJPh* 114, 4, 1993, p. 548; KARTTUNEN, K., *op. cit.*, p. 188-189.

100 *FGrH* 124 T 3. Cf. SCHIFFER, S., «Aristotle à Athènes et Callisthène à Babylone», *REA* 38, 1936, p. 273-276; FRASER, P. M., «The World of Theophrastus», en *Greek Historiography*, Oxford 1994, p. 175.

101 GOUKOWSKY, P., «Le roi Poros et son éléphant», *BCH* 96, 1972, p. 473-502; p. 476; BIGWOOD, J. M., *op. cit.*, p. 537-538.

102 ROMM, J. S., «Aristotle's elephant and the myth of Alexander's scientific patronage», *AJPh* 110, 1989, p. 566-575; p. 572-575. Cf. BIGWOOD, J. M., *op. cit.*, p. 550; SCULLARD, H. H., *The elephant in the greek and roman world*, Cambridge 1974, p. 52, piensa que pudo obtener sus conocimientos sobre este animal del médico griego Mnesiteo quien habría diseccionado a un elefante; VARA DONADO, J., *Introducción a la Historia de los animales*, Madrid, Akal 1990: «No hay nada que demuestre que Aristóteles ha utilizado para la elaboración de la *Historia de los Animales* observaciones personales, sino que todo favorece la idea de que nuestro autor se sirvió fundamentalmente de fuentes escritas o de informaciones de segunda mano» (p. 12).

103 FOCIO, *Biblioteca* 7; ELIANO XVII 29.

TELES, *Historia de los animales* VIII 596a). No tendría mucho sentido que un griego como Ctesias utilizase medidas macedónicas para esta cuestión. Tampoco lo tendría que las hubiese utilizado Calístenes, pues no era macedonio. Lo más probable es que nos encontremos ante una interpolación, pues el libro VIII junto con el IX son los libros que han sido considerados espurios por los investigadores, aunque las partes detectadas (603a-621b) no comprenderían este pasaje. Un añadido habría sido el medio empleado por la escuela peripatética para aumentar el prestigio de su fundador. Al escribir las cifras en lengua macedonia se le daba mayor veracidad a su testimonio, pues eran los macedonios quienes habían conquistado Asia. El hecho de que las cifras no correspondan con lo que realmente come un elefante da mayor valor a nuestra suposición¹⁰⁴, pues no concordarían con la información que se habría podido encontrar en un riguroso reportaje, como los que tradicionalmente se defiende que fueron enviados por Alejandro al Liceo (Cf. *Supra*. p. 111-112; *Infra*. p. 118). Más bien concuerda con las vivencias de un veterano macedonio, que a la vuelta de las campañas podía haber sido interrogado sobre la naturaleza de estos animales por los miembros del Liceo.

Otras noticias sobre la imposibilidad de este animal para doblar las rodillas, nadar¹⁰⁵ o su prolongado proceso de gestación, también llamaron la atención del filósofo¹⁰⁶.

Pero no fue el elefante la única criatura que despertó la curiosidad del Estagirita. En su *Historia de los animales* se recogen un total de 500 especies diferentes, de las cuales 120 son peces y 60 insectos. Entre ellas se encuentran las tradicionales criaturas pertenecientes a la mitología griega, como los centauros (ARISTÓTELES, *Anal.post.*, II 1.89b 32; *Des Reyes* 3, 461 b 20), la Esfinge (ARISTÓTELES, *Física* IV 1 208a 31), las harpías o pueblos fantásticos como los pigmeos (ARISTÓTELES, *Historia de los animales* 597a; *Generación de los animales* II 8, 749 a 4-6). Aristóteles habría escrito durante su juventud un tratado sobre estos seres ὑπὲρ τῶν μυθολογουμένων ζῴων. No obstante, hay dos animales, la marticora y el asno de la India que difícilmente pueden considerarse de otro modo que como animales fantásticos¹⁰⁷.

La marticora es otro animal presente en la obra de Ctesias, que no tiene necesariamente que ser identificado con el tigre (PAUSANIAS IX 21.4), pues como otras criaturas del imaginario griego parece haber sido formada de la unión de las distintas partes de otros animales (*Historia de los animales* 501a 25b). Sí es probable, en cambio, que el animal identificado por Aristóteles como el asno de la India tenga un modelo real, el rinoceronte, del cual surgiría posteriormente la leyenda del unicornio (*Historia de los animales* 499b). Las pequeñas serpientes venenosas indias son otro rasgo común entre Aristóteles y los historiadores de Alejandro, que también puede derivar de Ctesias de Cnido (*Historia de los animales* 607a). Resulta significativo que Aristóteles, como Teofrasto más tarde, pese a escribir *Historia* (investigación) no puedan aportar únicamente testimonios autópticos y se conformen con rellenar los vacíos de información con los datos dados por otros autores como Ctesias.

Una vez vistos los tratados biológicos, es necesario que pasemos a analizar los físicos que están centrados principalmente en las *Meteorológicas* y en *De Caelo*, unas obras que engloban ciencias tan diversas como la química, la sismología, la vulcanología, la geografía y la geología.

104 SCULLARD, H. H., *op. cit.*, p. 46.

105 Cf. Por el contrario Nearco (ESTRABÓN XV 1.43) dijo que eran buenos nadadores.

106 SCULLARD, H. H., *op. cit.*, p. 45.

107 La marticora y el asno de la India no serían criaturas sobrenaturales en opinión de LOUIS, P., «Monstres et monstruosités dans la biologie d'Aristote», en *Le Monde Grec: Hommages à Claire Préaux*, Bruselas 1975, p. 279.



20. Esquema cosmológico de Aristóteles.

El cosmos de Aristóteles es esférico y geocéntrico (fig. 20). La cuestión sobre la esfericidad de la tierra es abordada en *De Caelo*. La sombra proyectada durante los eclipses le sirve para sostener y defender la forma esférica de la tierra, y se burla de quienes la dibujan con forma circular (*Meteorológicas* 362b). También critica los cálculos de sus predecesores sobre el tamaño de la esfera terrestre al considerarlos demasiado pequeños, puesto que los cambios en la posición de las estrellas no son tan rápidos. Apoyándose en los viajes de los marinos griegos y en las estimaciones de autores anteriores, como Demócrito de Abdera y Eudoxo de Cnido, fijó el diámetro de la superficie terrestre en 400.000 estadios¹⁰⁸. Como ocurre con todos los autores griegos que estudiamos, se desconoce qué tipo de estadio pudo haber empleado para realizar sus mediciones¹⁰⁹, pero dependiendo de esto podríamos obtener una distancia de entre 60.000 y 80.000 km¹¹⁰. Las proporciones propuestas respecto a la longitud, de las Columnas de Hércules a la India, y a la anchura del mar Azov a Etiopía, habrían sido de 5:3¹¹¹. Los límites de la tierra habitada quedarían fijados en los polos, a causa del extremo calor y frío (*Meteorológicas* 362b).

Una de las teorías más interesantes del *corpus* aristotélico es aquella que localiza el lugar de nacimiento de los grandes ríos en las grandes montañas (*Meteorológicas* 350a). Semejante creencia es la que le hace errar al situar el nacimiento del Istro (Danubio) en los Pirineos¹¹². El filósofo no tiene ninguna duda sobre cuál era la montaña más alta del Asia, el Parnaso, nombre con el que identifica el Parapámiso (Himalaya), desde la cual surgirían los más importantes ríos del Asia (*Meteorológicas* 350a 20-30).

Es tentador imaginar a Aristóteles mostrando las principales cumbres del mundo y los ríos que de ellas nacían en un mapa del mundo a Alejandro Magno y sus compañeros macedonios

108 ARISTÓTELES, *De Caelo* 298a; Cf. D'HOLLANDER, R., *Sciences géographiques dans l'antiquité*, París, Association Française de Topographie 2002, p. 77.

109 El empleo de diferentes mediciones era una consecuencia más de la carencia de unidad política entre los griegos.

110 DILKE O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 28.

111 CINQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio*, τὸν πινάκων, Roma 2002, p. 202 y p. 214.

112 Cf. HERÓDOTO II 33, ya había dicho que el Istro nacía en los Pirineos.

(fig. 21), pero las opiniones del Estagirita sobre la cartografía no son muy abundantes¹¹³, aunque se dé por seguro que conoció y manejó el mapa de Eudoxo¹¹⁴. Sin embargo, no está claro que considerase las cartas geográficas como lo más idóneo para la formación de un futuro general¹¹⁵. El único rastro de un mapa, o que, al menos, pueda ser llamado así, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. Se trata de un diagrama que recuerda mucho al esquema de Éforo de Cumas, puesto que se vale de los vientos para situar los puntos cardinales y coloca a Grecia en el centro del mismo.

Sin embargo, sí que es más explícito en lo que se refiere al *ges períodos*. En la *Retórica* (1360a) admite la utilidad de este género para los hombres de estado, ya que en ellos se pueden encontrar una multitud de referencias a las costumbres de otros pueblos. En la *Política* (1262a) los emplea para describir la comunidad de mujeres que practicaban los indígenas de la alta Libia.

A diferencia de los bematistas, los encargados de medir las distancias recorridas por el ejército de Alejandro, Aristóteles no veía como un todo continuo las cadenas montañosas que se extendían del Tauro al Cáucaso (ARRIANO V 5.3; *Índica* 2.1-3; 3.3-4). Consideraba el mayor de los ríos de Asia al Indo, mientras que más tarde se pensaría lo mismo del Ganges. Decía que uno de los brazos del Araxes¹¹⁶ era el Tanais, lo que más tarde ayudaría a que fuesen confundidos el Yaxartes con el Tanais (Cf. *Infra*. p. 141-142).

Consideraba que el Océano estaba muy cerca del Parnaso, a diferencia de Heródoto, que había hablado de unas tierras desérticas en esos lugares. Cuando pensamos en la búsqueda que hizo Alejandro del Océano debemos tener muy presente que, gracias a las enseñanzas de su maestro, creía que se encontraba muy cerca de la India y que, probablemente, no habría llevado tan lejos a sus tropas si hubiera tenido una idea real de las distancias que les separaban de su objetivo.

Pero, en cambio, Aristóteles sí que coincide con Heródoto al creer en la existencia de mares interiores (*Meteorológicas* 354 a 1-5). Ignoraba, de este modo, los resultados del viaje de Escílax de Carianda y explicaría por qué Nearco, quien posiblemente fue su alumno en Mieza, no lo mencionaba en su obra, pese a ser un autor conocido por el Estagirita. Cree en la comunicación entre el mar Rojo y las Columnas de Hércules por la presencia de elefantes en ambos continentes (*De Caelo* 298a 10-15). La fuente de información de Aristóteles pudo ser Platón, que había dicho que en la Atlántida existían estos animales. La única manera de que los elefantes habitasen en ambos mares era que el mar Rojo fuese un mar cerrado. Un razonamiento geográfico apoyado en elementos faunísticos será algo muy recurrente durante la expedición de los macedonios, como en la identificación del Nilo con Indo (Cf. *Infra*. p. 143-144).

Los terremotos son otro fenómeno que llamó la atención de Aristóteles (*Meteorológicas* 365b 25-30), quien consideraba que se producían por las masas de agua caliente que se infiltraban en

113 ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 362b 12-5: «Por ello hoy día se dibujan de manera absurda los mapas de la tierra: en efecto, dibujan la tierra habitable con forma circular; pero eso es imposible, tanto con arreglo a lo observable como con arreglo al razonamiento»; *Meteorológicas* 363a 25: «Es preciso seguir las consideraciones en torno a la dirección de los vientos con la ayuda del grabado».

114 JACOB, Ch., *op. cit.*, 125ss.

115 Lo propio de un buen general era la observación directa del terreno: Cf. PLUTARCO, *Filopemen* 4.9; POLIBIO IX 6, cree que entre los conocimientos de un buen general debían de encontrarse la geometría y la astrología, pero nada dice de la cartografía; TUCÍDIDES V 7.4.

116 Río identificado por BOLCHERT, P., *Aristoteles Erdkunde von Asien und Libyen*, Berlín 1908, p. 39, con el Yaxartes (Sir Daria); con el Oxos (Amu Daria) por GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre*, I, Nancy 1978, p. 346.



21. Aristóteles enseñando a Alejandro. Grabado del siglo XVII.

la superficie terrestre. Su razonamiento será aceptado por su sobrino Calístenes, mientras que otros geógrafos de Alejandro, como Aristóbulo, preferirían las teorías de Anaxímenes de Mileto. Aunque es posible que éste conociese su obra a través de Aristóteles.

El último apartado del pensamiento aristotélico del que trataremos es aquel en el que el maestro recomendaba a su alumno tratar a los asiáticos como plantas y a los griegos como hombres libres. En apariencia esta cuestión tendría únicamente relación con el pensamiento político griego, pero como las bases en las que se apoya el filósofo para argumentar la superioridad de los helenos frente a los bárbaros son de índole geográfica, es necesario tratarla aquí.

Es defendida por Badian¹¹⁷ la existencia de una evolución en el pensamiento del Estagirita, respecto a esta teoría. Así, habría pasado de una feroz repulsa contra lo asiático, a una ligera matización de su postura, que puede ser observada en el desarrollo que sufre esta creencia a lo largo de la *Política*. Al principio de esta obra leemos: «Entre los bárbaros la mujer y el esclavo ocupan el mismo rango. La causa de esto es que carecen de elemento gobernante por naturaleza. Así que su comunidad resulta de esclavo y esclava. Por eso dicen los poetas: <<Justo es que los griegos manden a los bárbaros>>, como si por naturaleza fuera lo mismo bárbaro y esclavo» (*Política* I 2.4, 1252b). Más adelante, Aristóteles hace una nueva distinción, «pues al ser los bárbaros por naturaleza de carácter más serviles que los griegos y los pueblos de Asia más que los de Europa, sufren el gobierno despótico sin ninguna irritación» (*Política* III 14.6, 1285a). Finalmente, concluye diciendo: «En efecto, los pueblos que habitan en lugares fríos y los de Europa están repletos de arrojo, pero más faltos de reflexión y técnica; por lo que viven con mayor libertad... Los de Asia, en cambio, son de espíritu más reflexivo y técnico, pero cobardes por lo que viven sometidos y esclavos» (*Política* VI 7.1, 1327b). Es, en cambio, el pueblo griego, el único que combina dichas cualidades al habitar en una zona geográfica intermedia¹¹⁸. Pese a concluir reafirmandose en la superioridad helena frente a los demás pueblos, Badian cree que existe un cambio entre el libro I al VI, pues su condena ya no es tan radical. El hecho de que

117 BADIAN, E., «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Historia* 7, 1958, p. 425-444 [*Alexander the Great. The main problems*, Ed. G. T. Griffith, Cambridge 1966, p. 287-306].

118 SORDI, M.; URSO, G., y DOGNINI, C., «L'Europa nel mondo greco e romano: geografia e valori», *Aevum* 73, 1999, p. 13.

no conozcamos con certeza cómo y cuándo se compuso la *Política*, da validez a esta hipótesis y nos hace suponer que este cambio pudiera haberse producido tras las conquistas de Alejandro, que como es sabido supusieron una ampliación en la concepción del mundo y del hombre que hasta ese momento se tenía¹¹⁹. Lo importante es que el alumno no compartió esta visión de la superioridad de la raza helénica apoyada en la diversidad climática del mundo. Quizás porque él mismo sabía lo que era ser considerado un bárbaro por personas que se decían superiores a su pueblo y que estuvieron sometidas a su espada.

TEOFRASTO (c. 371-287 a.C.)

En general, la obra de Teofrasto es en muchos aspectos la prolongación de los estudios de su maestro, hasta el punto de que puede decirse que hereda de él sus libros¹²⁰ y los mismos interrogantes: ¿Se hizo la obra de Teofrasto gracias a la contribución directa de Alejandro Magno? Hugo Bretzl apostó por esto hace más de un siglo¹²¹. En su opinión, Teofrasto no habría podido escribir sus estudios sobre botánica si los macedonios no hubiesen conquistado el Asia y enviado al Liceo los especímenes que se encontraban en su marcha. Esta teoría se alimenta de las mismas fuentes que sustentan la contribución de Alejandro Magno a la obra científica de Aristóteles, el pasaje de PLINIO (*N.H* VIII 17.44) y la visión idealizada que se tiene de ambos, alumno y discípulo, en la historiografía alemana (Cf. *Infra*. p. 125-126). No hay ningún pasaje que nos diga que Teofrasto utilizó información enviada por los macedonios a Aristóteles, y sin embargo, se trata de una verdad comúnmente aceptada por la historiografía moderna¹²². La teoría de Bretzl se sustentaba en una profunda diferencia de carácter científico entre la información de Teofrasto y la de los historiadores de Alejandro, pese a numerosos puntos comunes. Esto se explicaría por el manejo del alumno de Aristóteles de un informe con todos los datos conservados de la expedición. Ésta sería la razón por la que no cita a los historiadores de Alejandro¹²³.

Es cierto que el filósofo muy raramente cita a estos autores. Ahora bien, pese a que se cree que Calístenes debió de desempeñar un papel crucial en la llegada de especímenes al Liceo, al menos en la teoría de Hugo Bretzl, no es citado en ningún momento por Teofrasto en sus estudios sobre botánica¹²⁴, así como tampoco informe alguno o archivo recopilado por los macedonios. Claro que esto no excluye que emplease la obra del de Olinto, ya que, aunque es un hecho incuestionable que Teofrasto tiene una deuda con los trabajos de Aristóteles, este último nunca es citado en sus obras. Si bien es cierto que ninguno de los geógrafos de Alejandro es aludido

119 BADIAN, E., *op. cit.*, 441ss.

120 ESTRABÓN XIII 1.54; PLUTARCO, *Sila* 26.1; ATENEO I 3a-b; V 214 d-e; Cf. LÓPEZ FÉREZ, J. A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Cátedra 2000, p. 694-697; ROWE, C., «The Peripatos after Aristotle», en *Greek and Roman Political Thought*, Cambridge 2005, p. 390.

121 BRETZL, H., *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903.

122 JAEGER, W., *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, Méjico, FCE 1993, p. 378-379; TARN, W. W., *Alexander the Great*, II, Londres, Cambridge University Press 1948, p. 428; BROWN, T. S., *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley-Los Ángeles 1949, p. 79-80; VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 267; BODSON, L., «Alexander the Great and the scientific exploration of the oriental part of his empire. An overview of the background, trends and results», *AncSoc* 22, 1991, p. 131; ALVAR, J., «Alejandro, explorador y hombre de ciencia», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 86; WIEMER, H.-U., *Alexander der Grosse*, Múnich, C.H. Beck 2005, p. 178.

123 Cf. BRETZL, H., *op. cit.*, p. 3-5.

124 Además, no hay que olvidar que compuso un trabajo en memoria de Calístenes del que no se sabe nada excepto el título. Cf. DIÓGENES LAERCIO V 44; CICERÓN, *Tusculanas* III 21.

en la *Historia de las Plantas*, sí que aparece uno de ellos, Andróstenes, en otros trabajos, para testimoniar la calidad del agua de la isla de Tilos¹²⁵ (Cf. *Orígenes de las plantas* II 5.5). Esta teoría del archivo descarta que Teofrasto hubiera podido valerse de los relatos orales de los soldados que volvían a Grecia¹²⁶. Tampoco debe olvidarse que si los geógrafos de Alejandro no se explayan más en sus descripciones botánicas es porque sus fragmentos se han conservado en las obras de otros autores, que no estaban muy interesados en el tema o que querían destacar la naturaleza fantástica de un espacio. No obstante, más datos no conllevan mayor veracidad; así podemos verlo al contrastar las informaciones sobre el Banyan o *Ficus Bengalensis*:

«En efecto, dicen que proyecta una sombra de unos dos estadios, y el grosor del tronco en algunos ejemplares es más de sesenta pasos, mientras que muchos otros miden cuarenta» (TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV 4.10).

«También Aristóbulo, a propósito del Acesines y de su confluencia con el Hiárotis, habla de esos árboles que tienen las ramas abatidas y de su grosor, afirmando que a la sombra de uno solo pueden echarse la siesta cincuenta jinetes; o cuatrocientos, según Onesícrito» (ESTRABÓN XV 1.21).

¿Qué es más científico una sombra de más de 300 metros (2 estadios) u otra que alberga a 50 jinetes? De igual modo cuando disiente de Onesícrito, que habló de la existencia del olivo y la vid en la India (ESTRABÓN XV 1.22), diciendo que sólo se dan en la montaña (*Historia de las plantas* IV 4.11), es más probable que siga a Aristóbulo antes que cualquier otra cosa, puesto que este último había dicho que en la India sólo llovía en la montaña. De igual modo, si hubiese contado con los trabajos de los bematistas, que como agrimensores deberían haber tenido que estar en ese hipotético archivo, no habría llamado a esta gran cadena montañosa Parnaso, como hacía su maestro, sino Cáucaso.

Un historiador de Alejandro o la comedia satírica sobre Hárpalo titulada *Agen* (ATENEIO XIII 595) pueden ser la fuente de la cual obtiene la información sobre los intentos de los macedonios de adaptar especies de regiones climáticas distintas a otros lugares. Anaxicrátides debe ser la fuente de Teofrasto (IX 4.4) cuando se refiere a quienes recorrieron el Golfo de los Héroeos (Suez).

Por el contrario, las regiones occidentales de la *oikoumene* no llaman tanto la atención de Teofrasto. Éstas habían dejado de ser una novedad, al contrario de lo que ocurría con Oriente. Apenas hay referencias a la Magna Grecia, y cuando aparecen tiene que recurrir a escritores antiguos. A excepción de pequeños pasajes de la *Historia de las Plantas* (IV 5.6) no se hace alusión alguna a otros pueblos. Aunque, según Plinio (III 57) habría tenido el honor de ser el primero entre los helenos que se interesó por el pueblo romano. Se trata de un pasaje que ha provocado auténticos ríos de tinta. Si interpretamos en sentido cronológico la secuencia de autores citados por Plinio (Teopompo, Clitarco y Teofrasto), significaría que Clitarco pudo ser utilizado por Teofrasto e incluso por Aristóbulo. El texto en cuestión del que hablaría Plinio sería *Historia de las plantas* V 8.1-2. Algunos autores han considerado que existiría un error en el texto, y no serían los *romaiious*, sino los *phokaiious* (focenses) a quienes se referiría Teofras-

125 Sobre este problema y otras posibles hipótesis relacionadas con las fuentes de información de Teofrasto Cf. AMIGUES, S., «La science aimable Théophraste», *CRAI* 4, 2001, p. 1657.

126 Cf. FRASER, P. M., «The World of Theophrastus», en *Greek Historiography*, Oxford 1994, p. 177.

to, puesto que éstos fueron los fundadores de Alalia en Córcega¹²⁷. No es necesario llegar tan lejos, Heráclides Póntico ya había definido con anterioridad a Roma como una ciudad griega (PLUTARCO, *Camilo* 22.2), es incluso probable que sea la misma fuente que emplea Teofrasto.

En cualquier caso, habría que concluir que el conocimiento de la zona oriental de la *oikoumene* que tiene Teofrasto de Ereso es mucho mayor del que se desprende de la zona occidental. Pero esto no implica que existiese un archivo en Babilonia o que Alejandro hubiese participado activamente enviando especímenes al Liceo para que pudiesen ser estudiados (Cf. *Infra*. p. 126-128). Si hay una mayor información sobre Oriente es debido a la novedad que tenían estas tierras frente a las occidentales, a las mayores facilidades que daban a los viajeros para moverse por sus territorios tras las conquistas de los macedonios, y a que muchos autores escribieron sobre zonas, como la India o Arabia, que despertaban la curiosidad de los helenos. Occidente es peor conocido, simplemente, porque no hay autores contemporáneos que hayan escrito historias sobre estas regiones, por eso se ve forzado a recurrir a los presocráticos o a los poetas para sustentar sus juicios¹²⁸. Hasta un territorio relativamente bien conocido como Egipto, para el mundo griego, le obliga a recurrir a la autoridad de Homero¹²⁹. Por lo tanto, hay que concluir que la fuente principal de Teofrasto de Ereso fueron los libros de los geógrafos de Alejandro Magno y los relatos de los viajeros. No hay ningún pasaje en la *Historia de las Plantas* que sustente la teoría de Bretzl de una colaboración directa entre el Liceo y el estado mayor macedonio.

Sus estudios sobre botánica adquirirían gran prestigio entre los antiguos, pero mientras la ciencia griega obtenía avances en las matemáticas, la astronomía o la geografía, no volvería a producir destellos de la brillantez de la obra de Teofrasto.

DICEARCO (c. 355-285 a.C.)

Estrabón (I 1.1) sitúa a Dicearco¹³⁰ junto a Eudoxo, Éforo y Demócrito, es decir, en la segunda generación de filósofos responsables del avance del conocimiento geográfico. Entre las contribuciones de Dicearco a la geografía se encuentra su habilidad para medir la altura de las montañas¹³¹. Su obra más importante es la *Descripción de la tierra* (Γῆς περίοδος). En ella se creaba una nueva imagen del mundo, donde se aumentaban tanto la longitud como la latitud de la *oikoumene* en una nueva carta geográfica¹³². Es posible que esto se debiese a las conquistas de Alejandro, que habrían ensanchado el mundo conocido, pero también a que Dicearco simplemente

127 CHAPOT, V., «Romains? Ou Phocéens?», *REA* 42, 1940, p. 400-407; p. 406, considera que pudo existir una confusión entre Φοκαίους y Ρωμαίους.

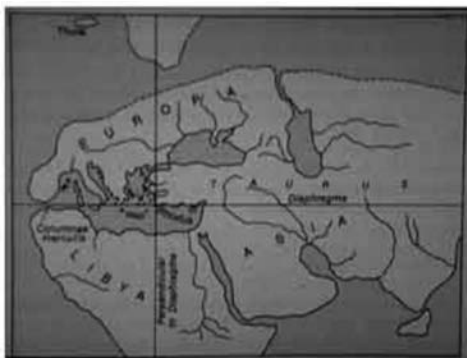
128 TEOFRASTO, *Orígenes de las plantas* I 7.1; I 12.5; 13.2; 21.5; 22.2 (Empedocles); *Historia de las plantas* III 1.4 (Anaxágoras); *Orígenes de las plantas* I 8.2; II 11.7; VI 1.2; 1.6; 6.1; 7.2; 17.11 (Demócrito).

129 TEOFRASTO, *Historia de las plantas* III 1.3; IX 15.1; 7 (Homero).

130 MÜLLER, C., *GGM*, I, París 1855, p. 97-110; WEHRLI, F., «Dikaiarchos», *RE* XI, 1968, cols. 526-534; LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 608-609; ALONSO NUÑEZ, J. M., «Approaches to world history in the hellenistic period: Dicaearchus and Agatharchides», *Athenaeum* 85, 1, 1997, p. 53-67; KARAN-TASI, V. T., *La Geografía antigua*, Madrid 1997, p. 35; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 213-214; MIRHADY, D. C., *Dicaearchus of Messana: text, translation and discussion*, Nueva Jersey 2001, p. 1-142.

131 SUDA: «Midió las montañas del Peloponeso»; PLINIO II 162.

132 AGATÉMERO I 2; CICERÓN, *Cartas a Ático* VI 2.3: «Peloponnesias civitates omnis maritimas esse nominis non nequam sed etiam tuo iudicio probati Dicaerchi tabulis credit». Cf. VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 54, niega que haya elementos sólidos que permitan certificar la existencia de un mapa.



22. Reconstrucción del mapa de Dicearco con el diáphragma.

corrígiase las proporciones que habían supuesto otros autores con anterioridad¹³³. Estrabón, (II 4.2) siguiendo a Polibio, criticó algunas de sus mediciones referentes a la distancia existente entre las Columnas de Hércules y el Peloponeso, achacándole haber subestimado la longitud del mundo habitado y exagerado su anchura¹³⁴.

La mayor contribución de Dicearco habría sido el trazado de una línea imaginaria (*diáphragma*), desde las Columnas de Hércules hasta el lugar donde Alejandro se detuvo, que habría dividido en dos la *oikoumene*. Siendo el punto más septentrional el círculo polar y el meridional la ciudad de Méroe, al sur de Egipto. Pero el *diáphragma*, a diferencia de en otros mapas, habría servido para delimitar y dividir la *oikoumene* (fig. 22):

«Dicearco delimita la tierra no con el agua, sino que la divide con una línea recta que va desde las Columnas de Hércules, atraviesa Cerdeña, Sicilia, Peloponeso, Caria, Licia, Panfilia, Cilicia y Tauro hasta las montañas del Imavo. Atribuye así los lugares del hemisferio boreal o del austral» (AGATÉMERO I 5).

Al parecer Dicearco tuvo que haber conocido la obra de Píteas (ESTRABÓN II 4.1), lo que explicaría cómo pudo tener un conocimiento mayor de la zona occidental de la *oikoumene* que Aristóteles, pese a no haber viajado allí; aunque no hay que olvidar que era natural de la Magna Grecia y que tenía acceso a más noticias que otros autores. La influencia de las campañas de los macedonios se refleja al considerar la cordillera del Tauro un todo continuo que llegaría hasta la India (ESTRABÓN II 1.2). Creencia que proviene de los bematistas de Alejandro.

En general, los trabajos de Dicearco muestran un avance en el conocimiento de la zona occidental del mundo y una mayor precisión en las distancias entre un punto y otro, pese a las críticas de Estrabón (II 4.2-3), gracias al *diáphragma*. Dicearco es un claro antecedente de la geografía de Eratóstenes, que un siglo después tomaría esta idea y la desarrollaría hasta sus límites¹³⁵.

133 ALONSO NUÑEZ, J. M., *op. cit.*: «the influence of Democritus can also be detected» (p. 16); GEUS, K.L., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 233.

134 Cf. BREMNER, R. W., *The Length of the Mediterranean from Dicaerchus to the Discoveries*, *Revista da Universidade de Coimbra* Vol. 34, 1988, p. 371-381; 373ss, señala que las mediciones de Dicearco pudieron ser tomadas de un mapa y que las cifras conservadas desprenden que dedujo que la circunferencia de la tierra era de 300.000 estadios.

135 PRONTERA, Fr., y JANNI, P., «I geografi e le conoscenze geografiche nel mondo antico», en *Cristoforo Colombo e l'apertura degli spazio*, Roma 1992: «L'idea di Dicearco rappresenta il primo passo verso un sistema di

CONCLUSIÓN

La Grecia de siglo V-IV a.C., o lo que viene a ser lo mismo, la Atenas clásica, tuvo, en apariencia, tras las Guerras Médicas todas las circunstancias a su favor para dejar de ser una sociedad cerrada y revisar profundamente su tradición. La democracia es, de hecho, la forma política por excelencia de una sociedad abierta, e independientemente de las teorías que expliquen su origen, económicas, ascenso de las clases medias, asunción de los valores de los *homoioi* (los iguales) por el pueblo, implica una popularización de la tradición. Al mismo tiempo, la sofística y su profundo cuestionamiento de qué es *phýsis* y qué es *nómos*, tendría que haber creado un caldo de cultivo más que apropiado para derribar los cimientos del viejo saber. Aún así, los mayores intentos por reformarla proceden de los filósofos, que son quienes recogen, más que ningún otro colectivo el envite que los sofistas lanzaron a la sociedad. La Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) cuestionó todo el edificio ideológico que había sustentado hasta ese momento a la sociedad griega. La proliferación de guerras y mercenarios tenía que haber mostrado a estos hombres, que viajaban más allá de sus *póleis*, otras formas posibles de construir una sociedad, y, por extensión, nuevas formas de entender el espacio.

Y, sin embargo, observamos cómo fuera de los grandes nombres propios del período (Sócrates, Platón, Aristóteles, etc.), no hay ningún intento de transformación social significativo en el seno de la ciudad estado. Es como si las propuestas realizadas por los intelectuales y reformadores griegos no hubiesen tenido ninguna repercusión en la *pólis*. El inmovilismo frente a los dictados del estado resulta más llamativo si tenemos en cuenta que en Grecia, al contrario que en otras culturas del mundo antiguo como la china, los intelectuales nunca dependieron por completo del gobierno de turno para lograr su manutención¹³⁶. Carentes de la legitimidad que provenía del Estado, tuvieron que encontrarla en su autopsia y en su experiencia para poder criticar y reformar la sociedad. Pero en el siglo IV se optó por la vía teórica antes que por la práctica. En cierto modo, esto es debido a los instrumentos que emplearon las élites para proteger el legado: la *asebeía*, el ostracismo y filomedismo.

La *asebeía* era una acusación de impiedad que repercutía sobre quienes amenazaban las instituciones religiosas de la *pólis* introduciendo nuevas deidades o cuestionando las existentes, puesto que la *asebeía* es «una ofensa contra los dioses y los espíritus, o contra el pasado, o contra los padres y la patria» (ARISTÓTELES, *De virtutibus et vitiis* VII 2). Muchos de los intelectuales griegos de época clásica sufrieron esta acusación, aunque en la mayoría de los casos encerrasen motivos políticos¹³⁷ (Anaxágoras, Sócrates, Aristóteles, Teofrasto o Demades).

El ostracismo fue un sistema empleado por las *póleis* griegas para evitar la reinstauración de la tiranía, un mecanismo formal en manos del pueblo ateniense para asegurarse el control del poder¹³⁸. Todo ciudadano, independientemente de su cuna y sus logros, podía ser desterrado

coordinate geografiche» (p. 4); HARLEY, J. B., y WOODWARD, D., *The History of Cartography: Cartography in prehistoric, ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, University of Chicago Press 1987, p. 152.

136 LLOYD, G. E. R., *Las aspiraciones de la curiosidad. La comprensión del mundo en la antigüedad*, Madrid, Siglo XXI 2008, p. 1-26, donde el autor contrapone los modelos historiográficos chino y heleno, concluyendo que el primero dependía por completo de la autoridad estatal.

137 BAUMAN, R. A., *Political trials in ancient Greece*, Nueva York, Routledge 1990: «*The charge of asebeia is always the instrument of a particular socio-economic group for the protection of Athenian society according to that group's definition of society*» (p. 126).

138 Cf. THOMSEN, R., *The origin of ostracism: A synthesis*, Copenhage 1972; FORSDYKE, S., *Exile, ostracism and democracy: the politics of expulsion in ancient Greece*, Princeton 2005, p. 282.

para asegurar la supervivencia del sistema político (Ejemplos: Hiparco, Temístocles, Aristides, Hipérbolo). Era un sistema político que se sustentaba en la tradición, por lo que cuestionarla era hacer lo propio con el estado. El que progresistas y conservadores dispusieran de la misma herramienta podía equilibrar la represión, pero siendo el pueblo quien tenía la última palabra, era más fácil que se identificase a los enemigos de la democracia con los de la tradición.

Toda cultura construye su identidad por oposición a los otros, los bárbaros (βάρβαροι). En el caso de los griegos, los bárbaros por excelencia eran los persas. Para protegerse de la antítesis del heleno se creó la acusación de filomedismo. No obstante, este cargo no se habría fundado si no hubiese existido un interés ambivalente por lo medo en la sociedad griega¹³⁹. Las biografías helenizadas de personajes persas como Ciro, revelan a la vez curiosidad por lo ajeno y la necesidad de traducirlas a sus parámetros mentales, ya fuese por incapacidad para entender los datos de otra forma o por temor a ser acusados de filomedismo.

La noción del bárbaro es, sin duda alguna, el gran impedimento para el desarrollo de la etnografía griega. Ningún autor, por diverso que fuese su pensamiento, consiguió escapar de esta lacra, como en la actualidad ningún intelectual puede hacerlo del nacionalismo. Al fin y al cabo el concepto de bárbaro se apoya en la exaltación de aquellos que no lo son. Resultaba igualmente difícil conocer otras culturas, como criticar la propia, más después de haberla exaltado por encima de las otras. La alteridad lleva implícita un fuerte etnocentrismo que niega todo lo que se le oponga.

El destino quiso que en estas circunstancias tan complejas la mente griega alcanzase uno de los hallazgos más importantes de la antigüedad, la esfericidad. El descubrimiento no adquiere las dimensiones revolucionarias que tiene, porque se niegan a renunciar al concepto de límites, *peirata*. De haber llevado a sus últimas consecuencias la esfericidad de la tierra, habría supuesto negar el concepto de centro/periferia, ahora más fortalecido que nunca con la llegada de los bárbaros; habrían tenido que negar la existencia del Océano y prácticamente toda la concepción geográfica instaurada por la tradición homérica. Irrumpe, por lo tanto, como un cambio, no como una ruptura, es una revolución frustrada y socialmente aceptada con el tiempo. Había que dar un gran impulso para romper con la tradición, pero las élites intelectuales del período no estaban preparadas para darlo. Comenzaban a descubrir que el hecho de que más personas participaran de la tradición implicaba tener que vencer el inmovilismo de más mentes. La progresiva imposición de la cultura escrita frente a la oral provocó, en un primer momento, la revisión de la tradición cuando estaba en manos de unas pocas personas, pero cuando la democracia provocó que se extendieran entre el pueblo unas bases elementales culturales para que pudieran participar en la misma¹⁴⁰, hizo que resultase mucho más difícil divergir de los criterios y costumbres comúnmente asumidos, puesto que ahora no sólo eran más los que conocían la tradición, sino que también las divergencias quedaban recogidas en una sociedad que era cada vez más literata y menos oral, y los instrumentos de la represión eran cada vez mayores, lo que aumentaba sustancialmente los peligros para los innovadores.

139 HALL, J. M., *Hellenicity: between ethnicity and culture*, Chicago 2002; GARCÍA SÁNCHEZ, M., «Los bárbaros y el Bárbaro: identidad griega y alteridad persa», *Faventia* 29 (1) 2007, p. 33-49; GARCÍA SÁNCHEZ, M., *Gran Rey de Persia: formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego*, Universitat de Barcelona 2009, p. 39-53, señala que el medismo provocó muchas veces un sentimiento contradictorio entre la simpatía o el desprecio.

140 Las leyes eran recogidas por escrito y expuestas ante la población para que todos pudieran conocer sus derechos. El propio ostracismo conllevaba que los ciudadanos supieran escribir correctamente el nombre del condenado. Cf. GOODY, J., y WATT, I., «Las consecuencias de la cultura escrita», en *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa 2003, p. 53.

Es en este contexto en el que surge la utopía, casi como si fuese una confesión del intelectual griego ante su imposibilidad por cambiar el mundo real.

La filosofía fue de entre todas las disciplinas la que más revitalizó la geografía y la que más combatió la tradición. La geografía matemática iniciada por Eudoxo fue la gran aportación de la época clásica a la helenística. Sin embargo, en lo referente a la etnografía, la contribución es siempre escasa independientemente del campo de estudio. Es curioso que la mayor aportación de la escuela del Liceo a la geografía sea el estudio del mundo animal y vegetal, como sintieran que todo estaba dicho sobre el espacio y el hombre. Aunque también es una forma de control. Categorizar y dar nombre a los elementos que componen la naturaleza y el mundo, es una de las maneras más fáciles y útiles de controlar la realidad, pero para realizar un inventario se tiene que tener la certeza de que el material del que se dispone es un exponente de casi la totalidad del objeto de trabajo. El mundo era cada vez más pequeño en las mentes de los griegos.

En este estado de cosas la religión y la geografía continuaron sin transformarse, mientras la sociedad lo hacía. Si la tragedia es el género por excelencia de la sociedad democrática ateniense, la comedia, sobre todo la de Menandro, es un claro indicador de que las inquietudes y los gustos del público ateniense han cambiado. El arte de Escopas y Praxíteles también representan un cambio frente Fidiás. Los instrumentos de represión y silencio (*asebeía*, ostracismo y filomedismo) son una prueba de que había voces dentro de las ciudades estado que exigían reformas. El caso más sintomático fue Platón, que intentó transformar toda su ciudad estado mediante la construcción de una sociedad ideal. Resulta llamativo que Platón expulse de la misma a Homero y no se conforme con atacarlo intelectualmente de manera más categórica, como si supiera que no puede ser vencido. En sí mismo este acto es una confesión de un miembro de las élites, ante su imposibilidad para superar o adecuar la tradición que ha heredado a las exigencias de su tiempo. La expulsión del máximo representante de la tradición pone de manifiesto el querer y no poder que experimenta el corazón de Platón. Él mismo recupera medidas propias de la sociedad que combatía como la imposición de la *homodoxía* (doctrina común) y la creación de instituciones represoras (Consejo Nocturno; *Sophronisterion*) que eliminen a las personas que disientan, en pos de la cohesión social.

La tradición y la ciencia evolucionan en este enfrentamiento entre comunidad e individuo, siendo incapaces de llenar el vacío dogmático que exigen las realidades sociales. Ante esto, legisladores y reformadores optan por la *homónoia* (concordia), anteponiéndola a cualquier intento de reforma o transformación que recuerde a las violentas luchas sociales del siglo V¹⁴¹. La *patrios demokrateia* («la democracia de los mayores») de los conservadores o la *República* (*Politeía*) de Platón no son más que soluciones de compromiso que posponen hacer frente al problema. Al igual que Platón, con Homero lo único que hacen es expulsarlo. El resultado será que la sociedad seguirá cambiando a un ritmo mayor que la tradición, provocando un distanciamiento insalvable entre el hombre y los medios de los que dispone para hacer frente a los problemas de su existencia. Cuando Alejandro de Macedonia conquiste el Imperio Persa, lo único que hará será extenderlo.

141 Cf. MOSSE, Cl., «El pensamiento político frente a la crisis de la polis», en *El mundo griego y el oriente. II. El siglo IV y la época helenística*, Madrid, Akal 1998, 171ss.

5. GEÓGRAFOS Y GEOGRAFÍA EN EL IMPERIALISMO MACEDONIO: AUTOPSIA VS TRADICIÓN

«Que Alejandro se contente con llevar sus conquistas hasta allí donde el mundo se contenta con tener luz. Dentro de los límites de estas tierras Hércules se hizo merecedor del cielo. El mar permanece inmóvil y cual masa inerte de la naturaleza parece desvanecerse en sus confines; hay formas desconocidas y espantosas, monstruos enormes incluso para el Océano, a los cuales alimenta esta vasta inmensidad; la luz queda velada por una densa niebla y el día se ve interrumpido por las tinieblas; el mar mismo es pesado y fijo, y no hay estrellas o son desconocidas. El mundo es tuyo, Alejandro. Al final de todo, el Océano; al final del Océano, nada» (SÉNECA, Suasoria 1).

«...experiencias propias de la expedición de Alejandro: tormentas, sequías, ríos profundos, cimas sin aves, espectáculos prodigiosos de fieras, formas salvajes de vida, cambios de poderes y dobles traiciones» (PLUTARCO, Moralia 327C).

Una de las mayores paradojas existentes en la historiografía moderna que investiga la geografía griega, y la antigua en general, es considerar la expedición de Alejandro de Macedonia como vital para la ampliación del conocimiento del mundo¹ y, al mismo tiempo, pensar que los historiadores que le acompañaron se limitaron a seguir la tradición en sus obras². Si la innovación no está presente en los hombres que escribieron sobre las nuevas tierras ¿dónde debe buscarse? La paradoja se hace todavía mayor cuando leemos que Alejandro Magno fue el explorador

1 D'HOLLANDER, R., *Sciences géographiques dans l'antiquité*, París, Association Française de Topographie 2002, p. 88; ALBADALEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005, p. 55; GUZMÁN, C., y PÉREZ MOLINA, M. P., «Alejandro Magno: asuntos científicos», en *KOINÒS LÒGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, p. 803-816; p. 803.

2 PÉDECH, P., «Le paysage dans les historiens d'Alexandre», *QS* 3, 1977, p. 119-131; BUNBURY, E. H., *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till Fall of the Roman Empire*, I, Nueva York, 1879, p. 574; PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York-Oxford 1960, p. 13; ALBADALEJO VIVERO, M., *op. cit.*, p. 56.

responsable de dicha revolución³, pese a no haber escrito nada en su vida. Las enseñanzas de Aristóteles habrían sido las responsables de que el joven macedonio tuviese dicha inclinación por la ciencia⁴. No obstante, la ascendencia de Aristóteles sobre el más célebre de sus alumnos ha sido ampliamente sobrevalorada por una parte de la historiografía moderna, especialmente la alemana. Para estos autores vincular al maestro que conquistó el mundo del espíritu y al discípulo que sometió al gigante persa es una tentación demasiado grande⁵.

En sí mismo Alejandro fue una contradicción como viajero y como geógrafo, pues al contrario que otros griegos, como Odiseo, ni extraña su hogar ni desea volver a casa. Su naturaleza queda definida por su avance continuo, no busca el camino de regreso. De igual modo, su faceta como geógrafo está truncada, pues si el geógrafo se define por lo que ve, debe de recordarse que la contemplación de Alejandro quedó interrumpida por la rebelión de sus tropas. Es un geógrafo que ve mientras conquista, y puesto que no pudo conquistarlo todo, no pudo verlo todo. Siglos después sus admiradores intentaron resolver este contratiempo modificando el espacio o haciéndole traspasar las fronteras divinas y humanas⁶. Ahora bien, el deber de un historiador es escuchar los hechos y no los corazones: ¿Fue realmente Alejandro de Macedonia el responsable de algún avance en el conocimiento del espacio? Es una pregunta que es necesario plantearse, antes que darla por respondida.

ALEJANDRO GEÓGRAFO (356-323 a.C.)

Uno de los elementos que sustentan esta interpretación es un texto de Plinio el Viejo donde se dice que Alejandro encargó a Aristóteles la redacción de su *Historia de los animales* y que, además, enviaba las criaturas que encontraba a su maestro, lo que habría posibilitado que realizase la disección de un elefante:

3 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 263-264; BENOIST-MÉCHIN, J., *Alexandre le Grand ou le rêve dépassé*, Lausana 1964, p. 148; DILKE O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 59; BODSON, L., «Alexander the Great and the scientific exploration of the oriental part of his empire. An overview of the background, trends and results», *AncSoc* 22, 1991, p. 129; AERTS, W. J., «Alexander the Great and Ancient Travel Stories», en MARTELS, Z. von (ed.), *Travel Fact and Travel Fiction. Studies on Fiction, Literary Tradition, Scholarly Discovery and Observation in Travel Writing*, Leiden-Nueva York-Colonia 1994, p. 31; STARK, F., *La ruta de Alejandro*, Barcelona 2000, p. 21.

4 FULLER, J. F. C., *The generalship of Alexander the Great*, Londres 1958, p. 57; FOX, R. L., *Alexander the Great*, Londres 1973, p. 47; SCULLARD, H. H., *The elephant in the greek and roman world*, Cambridge 1974, p. 50; RITTI, T., «Las exploraciones geográficas», en BIANCHI BANDINELLI, R., (Ed.) *Historia y civilización de los griegos*, IX, Barcelona 1983, p. 164; FAURE, P., *Alexandre*, París 1985, p. 174; BOSWORTH, A. B., *Alejandro Magno*, Cambridge 1996, p. 27, muestra alguna duda al respecto; FISCHER-FABIAN, S., *Alexander: der Traum von Frieden der Völker*, Lübbe 1994, p. 44; CARATINI, R., *Alejandro Magno*, Barcelona 2000, p. 75; STONEMAN, R., *Alexander the Great*, Londres, Lancaster Pamphlets 1997, p. 14; GUZMÁN GUERRA, A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Alejandro Magno de la Historia al mito*, Madrid, Alianza 1997, p. 49-50; GEHRKE, H. J., *Alejandro Magno*, Madrid 2001, p. 25; ALVAR, J., «Alejandro, explorador y hombre de ciencia», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 84. Cf. THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 124, se muestra más escéptico sobre la contribución de Alejandro a la geografía.

5 HEGEL, W., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza 1989, p. 488; DROYSEN, J. G., *Alejandro Magno*, Méjico, FCE 1988, p. 64; WILAMOWITZ-MOELLENDORF, U. V., *Aristoteles und Athen*, I, Berlín 1883, p. 335-339; p. 337; JAEGER, W., *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, Méjico, FCE 1993, p. 141-145.

6 En la leyenda del Pseudo-Calístenes puede encontrarse a un joven Alejandro que movido por su curiosidad, cruza los cielos en un carro tirado por grifos (II 41) o se adentra en el océano en una urna de cristal (II 38).

«El rey Alejandro, inflamado con el deseo de conocer la naturaleza de los animales y dado el encargo a Aristóteles, primera autoridad en todas las ciencias, que la escribiese, mandó que le obedeciesen algunos millares de hombres por todas partes de Asia y Grecia. Así de los que vivían de pesca y caza de animales terrestres, ganados y colmenas; además de estanques de peces y jaulas de aves, de manera que de ningún caso se le escapara nada. Con estas investigaciones escribió aquellos excelentísimos cincuenta libros de animales» (PLINIO, NH VIII 17.44).

Aunque, curiosamente, en otra parte de su *Historia natural*, Plinio dice con rotundidad que los macedonios no dieron nombre a muchas de las nuevas especies de árboles que se encontraron⁷, (lo que entraría en contradicción con el análisis sistemático del que se nos hablaba con anterioridad), son muchos los historiadores que han dado crédito a este texto. El apoyo de Alejandro no habría sido solamente económico⁸, sino que además habría enviado a Aristóteles las especies más asombrosas que se encontró en sus viajes, lo que permitió al filósofo realizar la disección de un elefante indio (Cf. *Supra*. p. 111-112). Incluso la leyenda dice que habría mantenido un intercambio postal con su maestro, *Epistola Alexandri ad Aristotelem*, en el que le explicaba las distintas criaturas que poblaban la indómita India⁹. Pero, en realidad, no existen pruebas que sostengan una idea semejante, y no parece concebible que Alejandro continuara sus relaciones con su maestro mandándole en paquetes las especies más exóticas de la India tras su distanciamiento por la muerte de su sobrino, Calístenes¹⁰. Además, el hecho de que las únicas fuentes que defienden la ayuda de Alejandro al Estagirita estén cercanas a la leyenda de Alejandro resta todavía más credibilidad a esta afirmación¹¹, que sorprendentemente es apoyada por varios investigadores¹². Es más, en la actualidad son mayoría los expertos que piensan que la *Historia de los animales* vio la luz antes de la conquista de Asia, durante la estancia de Aristóteles en Asia Menor¹³, antes incluso de que llegase a Macedonia y conociese a su celeberrimo alumno.

Igualmente, entre la historiografía actual existe una idea muy extendida: la expedición alejandrina se hizo acompañar por un grupo de personas que recogían todos los datos de interés científico en un archivo¹⁴. Al parecer esto se produjo no sólo por deseo explícito del rey, sino que además se preocupó de encontrar tiempo para coordinar sus esfuerzos:

«Ni la declaración que hace Patrocles parece ser falsa, en la que cuenta que los hombres que acompañaron a Alejandro recogieron los detalles sobre la expedición

7 PLINIO, NH XII 25: «Genera arborum Macedones narravere maiore ex parte sine nominibus».

8 ATENEO IX 398e, mantiene que la *Historia Animalium* de Aristóteles fue financiada por Alejandro con 800 talentos, lo que es una verdadera exageración.

9 Cf. ROMM, J. S., «Alexander, biologist. Oriental monstrosities and the *Epistola Alexandri ad Aristotelem*», en *Postmodernism across the ages*, Syracuse University Press 1993: «We should nevertheless bear in mind that it was part of a much larger epistolary tradition focused on the scientific partnership of Alexander and Aristotle» (p. 39).

10 CHROUST, A. H., «Aristotle and Callisthenes of Olynthus», *CF* 20, 1966, p. 35. Cf. ROMM, J. S., «Aristotle's elephant and the myth of Alexander's scientific patronage», *AJPh* 110, 1989, p. 566-575, niega que Alejandro financiase las investigaciones de historia natural de Aristóteles.

11 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, 108ss.

12 Principalmente JAEGER, W., *op. cit.*, 1993, p. 378-379.

13 LEE, H. D. P., «Place-names and the Date of Aristotle's Biological Works», *CQ* 42, 1948, p. 61, destaca que la mayor parte de las descripciones autópticas de Aristóteles hacen referencia a su estancia en Aso y Mitilene; GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega. Vol.6 Introducción a Aristóteles*, Madrid, Gredos 1993, p. 43-44.

14 WIEMER, H.-U., *Alexander der Grosse*, Múnich, C.H.Beck 2005, p. 178.

deprisa y corriendo, pero que, en cambio, el propio Alejandro se mostraba muy preciso, dado que los autores mejor documentados habían escrito para él un informe sobre la totalidad del territorio; y afirma Patrocles que el informe le fue entregado después a él por Jenocles, el tesoro» (ESTRABON II 1.6).

Se le ha dado demasiada credibilidad a este texto de Estrabón¹⁵. En primer lugar ¿es fiable un autor que no acompañó en su viaje a Alejandro Magno hasta el extremo de hacernos suponer la existencia de algo, que nuestras demás fuentes no mencionan? ¿Por qué unos autores tan proliferos con todas las excelencias culturales de su mecenas se muestran tan silenciosos en una cuestión tan importante como sería la existencia de un archivo real y la participación personal del propio rey en su elaboración? Estrabón tiene que desmentir que la noticia fuese falsa, y su fe en ésta proviene seguramente del hecho que su fuente sea Patrocles. Un autor que se ganó la confianza del geógrafo de Amasia por compartir su opinión sobre el mar Caspio, es decir, que era un golfo del Océano.

Además, no debe ni sobredimensionarse ni exagerarse el contenido del archivo de Babilonia. Hay que tener presente que la obra de los bematistas no fue ajena a los mismos temas exóticos que los demás geógrafos del mundo antiguo (Cf. *Infra*. p. 129-130). No obstante, resulta difícil sostener que en el archivo de Babilonia pudiese guardarse toda la información que los macedonios recogieron en sus viajes, cuando sabemos que buena parte de la misma se quemó en el incendio de la tienda de Éumenes de Cardia (PLUTARCO, *Éumenes* 2.2-3).

En cierto modo, estas opiniones derivan de uno de esos extraños libros que por su calidad pueden seguir teniendo vigencia en nuestros días pese a ser centenarios, hablamos del *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903 de Hugo Bretzl. En esta obra se mantenía que los macedonios habían sido acompañados por un grupo de científicos que envió la información recogida durante el viaje a la escuela peripatética. Serían estos datos los que habrían permitido a Teofrasto escribir su *Historia de las plantas* (Cf. *Supra*. p. 118-119). Las ideas de Bretzl influyeron en Pfister¹⁶, quien llegó a defender la existencia de un archivo en Babilonia, donde toda la información recogida era depositada, y un segundo archivo en el Liceo.

En parte los historiadores del XIX y principios del XX tuvieron un ejemplo relativamente reciente a sus días en el que poder inspirarse, el cuerpo de científicos que había acompañado a Napoleón en Egipto. Si un conquistador se había hecho acompañar por sabios, ¿por qué no también el otro¹⁷? Nuestro punto de vista, es que no existió tal grupo de «científicos», al menos no dedicados exclusivamente a una tarea puramente intelectual. Su participación se debió a una variada serie de motivos que vamos a analizar a continuación.

En este grupo se encontraban ingenieros, médicos, poetas, historiadores y filósofos. Cada uno de los cuales desarrollaba un cometido concreto conforme los planes del rey. Pero de entre todos destaca un contingente conocido como los bematistas (PLINIO VI 61-62. Cf. PLINIO VI

15 ROMM, J. S., *op. cit.*, 1992, p. 97-99, cree que puede tratarse de un artificio para aumentar la credibilidad de su historia y diferenciarse de los otros autores, puesto que al derivar la información de Patrocles del archivo real, que había sido recogida con la participación de Alejandro, su historia es heredera del mismísimo macedonio; FRASER, P. M., «The World of Theophrastus», en *Greek Historiography*, Oxford 1994, p. 174-175.

16 PFISTER, F., «Das Alexanderarchiv und die hellenistisch-römische Wissenschaft», *Historia* 10, 1961, p. 30-67.

17 RUESTRA RODRÍGUEZ, J. L., *La concepción geográfica de C. C. Tácito*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid 1985: «Se puede decir que sus campañas por el aporte y caudal de datos que suministrará a la ciencia griega, sobre todo en su campo geográfico, serán tan fructíferas, como las que, siglos más tarde con sus campañas en Egipto, realizará otro gran hombre que quiso emularle, en la creación de otro Imperio Universal; Napoleón Bonaparte» (p. 48).

44-4; ESTRABÓN XV 2.8). Todo ejército que se precie debe contar con un grupo de expertos que desempeñen las funciones propias de la logística militar. De esta tarea se habrían encargado los bematistas, que, como su nombre indica, eran los encargados de medir las distancias, en número de pasos, que el cuerpo principal del ejército recorría cada día¹⁸.

Diogneto¹⁹, Betón²⁰ y Filónides²¹ habrían sido los autores de una obra conjunta sobre las mediciones del imperio de Alejandro. No hay un título común para ésta, lo que ha sido considerado por algunos expertos como una evidencia de su carácter puramente científico. Estrabón cita la obra como Ἀστυατικοὶ Σταθμοὶ (XV 2.8) o Ἀναγραφή σταθμῶν (II 1.7; 1.8; XV 1.11), mientras que Ateneo (X 442b) lo titula Σταθμοὶ τῆς Ἀλεξάνδρου πορείας, de la que se habrían conservado algunos fragmentos en Plinio, Megástenes y Eratóstenes (ESTRABÓN XV 723), y en la que se debió haber registrado las distancias entre los distintos lugares del imperio macedonio. El que añadiesen en su informe datos sobre el clima, las fuentes de agua, los recursos alimenticios o costumbres locales son hipótesis razonables, pero no tenemos evidencias de que fuese así, puesto que no se ha conservado ningún ejemplo de ello en los textos, salvo en Amintas²² cuya presencia, como miembro de los bematistas, no es segura. Y aunque así fuese, no es necesario suponer que actuasen con una finalidad puramente científica: 1) Estas informaciones podían ser útiles para el abastecimiento de cuerpos de tropas que se movían en territorios poco conocidos²³. 2) Un conocimiento detallado del terreno significaba un dominio mayor del mismo, pues sabiendo cuáles eran las fuentes de riqueza de cada satrapía se tenía una idea más clara de los impuestos que se les podían imponer a sus súbditos o de los recursos de los que se disponían. Conquistar un territorio implicaba conocerlo. Resultando, por tanto, que la labor de los bematistas tenía, ante todo, una finalidad militar y administrativa.

Nos sorprende también que la obra de Diogneto y Betón se califique de informe puramente metrológico²⁴, cuando sabemos que contenían historias como las de los *opistodáctilos*, hombres

18 PEARSON, L., «The diary and the letters of Alexander the Great», *Historia* 3, 1954-5, p. 439-443; PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York-Oxford 1960, p. 261, opina que los bematistas eran simplemente exploradores y rastreadores con algún conocimiento básico de geografía; PÉDECH, P., «L'expédition d'Alexandre et la science grecque», en Μέγας Αλέξανδρος: 2300 χρόνια από τον θάνατον του, Tesalónica 1980, p. 152; FRASER, P. M., *Cities of Alexander the Great*, Oxford Clarendon Press 1996, p. 78; AUBERGER, J., *Les historiens d'Alexandre*, París, Les belles lettres 2001, 2ª edición 2005, p. 40-61; BATTISTINI, O., «Bématistes», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont 2004, p. 594. Cf. HESQUIO, βηματίζει.

19 BERVE, H., *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, II, Múnich 1926, nº 271, p. 143. Cf. HIGINO, *Astronómica poética* II 30.

20 BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 198, p. 99-100. Cf. PLINIO VI 69.

21 No aparece como βηματιστής sino como ήμεροδρομός en una inscripción hallada en Olimpia (*Sylloge* III 303; *TOD GHI* 188) lo que se considera un sinónimo. Como equivalente deben entenderse también las palabras de PLINIO VI 61: «*itinerum mensores*». Es identificado también con un Filónides que habría medido las distancias entre Sición y Elis (PLINIO II 181); Chipre (PLINIO V 129) y con otro personaje del mismo nombre honrado por la liga aquea (SEG XIV 375). Cf. BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 800, p. 392; TZIFOPOULOS, I. Z., «Hemerodromoi» and Cretan «Dromeis»: athletes or military personnel? The case of the Cretan Philonides», *Nikephoros* 11, 1998, p. 137-170; CHANIOTIS, A., *War in the hellenistic world*, Oxford 2005, p. 48, quien lo relaciona con los célebres corredores de larga distancia cretenses.

22 Algunas fuentes hablan de un tal Amintas, que habría acompañado a Alejandro, como autor de los *Stathmoi* (ELIANO V 14; XVII 17; ATENEO II 67a; XI 500 d; XII 529 c), no obstante, no suele ser incluido entre los miembros de los bematistas. Cf. BERVE, H., *op. cit.*, I Múnich 1926, p. 51.

23 ENGELS, D. W., «Alexander's intelligence system», *CQ* 30, 1980, p. 328.

24 BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 198, p. 99.

salvajes que tenían los pies del revés y que morían si respiraban otro aire que no fuese el suyo (PLINIO VII 11).

Nuestro desconcierto aumenta cuando comprobamos que Megástenes contó una historia similar²⁵. La pregunta que surge entonces en nuestras mentes es: ¿Megástenes utilizó a los bematistas o fueron Diogneto y Betón quienes leyeron la obra del embajador seléucida? Si se adopta la primera posibilidad, Eratóstenes podría no haber usado directamente a Betón y Diogneto, sino a través de Megástenes. En el caso de que se aceptase la segunda, significaría que su obra debe datarse durante las guerras de los diádocos y, por lo tanto, las distancias habrían estado sometidas a las mismas manipulaciones y distorsiones que circularon en este período y al mismo amor por detalles fabulosos y ficticios, como prueba la historia de los *opistodáctilos*.

Otros integrantes de la expedición como médicos, ingenieros, artilleros, filósofos, poetas, habrían desempeñado distintos roles en la corte del macedonio, como sanadores, inteligencia militar o como propagadores de la nueva política religiosa de su rey²⁶. No hay que olvidar que la presencia de estos intelectuales habría ayudado a reforzar la imagen de Alejandro como campeón del helenismo²⁷.

En la misma línea podemos encontrarnos a un rey que actúa en ocasiones más por impulsos que por reflexión, como los primitivos héroes de la *Ilíada*. Es lo que ocurre con el conocido *póthos*²⁸ de Alejandro. Al igual que a los antiguos héroes, cuando fuerzas divinas se apoderaban de ellos nublándoles momentáneamente la razón, Alejandro se veía empujado a realizar acciones repentinas que llamaban poderosamente la atención de sus contemporáneos: siente deseos irrefrenables de ver el Danubio (ARRIANO I 3.6), de visitar Gordión (ARRIANO II 3.1), de fundar Alejandría (ARRIANO III 1.5), de tomar la Roca de Aornos (ARRIANO IV 28.4), de llegar al monte Meros (ARRIANO V 2.5), de navegar por los ríos Tigris y Éufrates (ARRIANO VII 1.1), de entrevistarse con los gimnosofistas (ARRIANO VII 2.2), de ver el mar (ARRIANO VII 16.2) y de bordear la franja costera que va desde la desembocadura del Indo hasta el Golfo Pérsico (ARRIANO, *Índica* 20.1).

Sin embargo, en muchos de estos episodios, puede encontrarse otra explicación además del deseo irracional de un explorador: El cruce del Danubio estuvo relacionado con la necesidad de asegurar la frontera norte antes de invadir Asia y de realizar sacrificios a Heracles²⁹. El nudo

25 Cf. PLINIO VII 22; AULO GELIO IX 4.6.

26 Cf. MOLINA MARÍN, A. I., *Geógrafos y geografía en la empresa de Alejandro Magno*, Murcia 2007, p. 445-448.

27 FLOWER, M. A., «Alexander and Panhellenism», en *Alexander the Great in fact and fiction*, Oxford 2000, p. 96-135; ROISMAN, J., «Honor in Alexander's campaign», en *Brill's companion to Alexander the Great*, Brill 2003, p. 279-321.

28 Una excelente introducción sobre el *póthos* puede consultarse en SEIBERT, J., *Alexander der Grosse*, Darmstadt 1972, p. 183-186 y p. 299-300 y en la introducción del I volumen de la *Anábasis* de Arriano, Madrid, Gredos 1982, p. 58-61. Son clásicos los estudios de EHRENBERG, V., «Pothos», en *Alexander and the Greeks*, II, Basil Blackwell 1938, p. 52-61; MÉAUTIS, G., «Recherches sur l' époque d' Alexandre», *REA* 44, 1942, p. 300-308; CASTIGLIONI, L., «Decisa Forficibus VII: XLIII», *RIL* 83, 1950, p. 41-45; MONTGOMERY, H., *Gedanke und Tat. Zur Erzählungstechnik bei Herodot, Thukydides, Xenophon und Arrian*, Estocolmo 1965, p. 162-233; GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d' Alexandre (336-270av. J.C.)*. I. *Les origines politiques*, Nancy 1978, p. 173-174; GUZMÁN GUERRA, A., «El Póthos de Alejandro y el diccionario griego-español», en *ATHLON. Satura Grammatica In Honorem Francisci R. Adrados*, Madrid, Gredos 1984, p. 199-204.

29 BOSWORTH, A. B., *A historical commentary on Arrian's history of Alexander. Vol I: Commentary on books I-III*, Oxford Clarendon Press 1980, p. 57.

gordiano se explica a partir de la leyenda del rey Midas que tenía gran importancia en Macedonia³⁰. El oráculo de Siwah fue el cenit en la deificación de Alejandro³¹. La expedición en busca de las fuentes del Nilo pudo ser en realidad una campaña militar para asegurar la frontera con Nubia³². La invasión de la India y la toma de la Roca Aornos se deben a su emulación de Diónisos y Hércules³³. Las exploraciones que se emprendieron poco antes de su muerte, tenían como objetivo último obtener información para las futuras conquistas de Arabia y el Caspio (Cf. *Infra*. p. 158-159).

Por último, encontramos en nuestras fuentes algunos casos, como el de las fuentes del Nilo, en los que el propio Alejandro Magno aparece cuestionándose algunos de los problemas geográficos que más intrigaron a los griegos (ARRIANO VI 1.2-3; ESTRABÓN XV 1.25). La cuestión es tratada por Arriano y Estrabón, cuya fuente común es Nearco. Llama poderosamente la atención el hecho de que ambos autores digan que Alejandro llegó, personalmente, a la conclusión de que el Nilo y el Indo eran el mismo río, simplemente a partir de las similitudes que presentaban en su diversidad biológica³⁴, «las habas»³⁵ y en su desembocadura³⁶. Resulta llamativo que un alumno de Aristóteles tuviese que devanarse la sesera para concebir algo que su maestro le podría haber dicho (Cf. ARISTÓTELES, *fr.* 248). Es muy probable que Nearco hubiese querido adornar su narración, presentando al rey como el descubridor de este dato.

Pero volvemos a encontrarnos ante una situación idéntica cuando los macedonios se preguntan si el mar Caspio era un mar interior o un golfo del océano³⁷. Hay una diferencia entre esta historia y la anterior, pues se especifica que Alejandro se hizo acompañar «de lo más selecto de sus fuerzas» (τῆς ἀκραισιότατης δυνάμεως), lo que indica que entre los soldados también debía de encontrarse la cúpula del ejército. No es, por tanto, una mera curiosidad del monarca, sino una cuestión de estado. ¿Y cómo podía ser una decisión política el saber si el Caspio era un golfo o un mar interior? El rey macedonio era el general de sus tropas y, en consecuencia, tenía la última palabra sobre la ruta y la orografía de las tierras donde se adentraban, por lo que es natural que aparezca en la discusión sobre el Nilo o el Caspio.

El papel de Alejandro como conductor de hombres queda reflejado en este texto, donde sus hombres temen que no podrán regresar si el macedonio muere por sus heridas:

30 FREDRICKSMEYER, E. A., «Alexander, Midas and the oracle at Gordium», *CPh* 56, 1961, p. 160-168.

31 EDMUNDS, L., «The religiosity of Alexander», *GRBS* 12, 1971, p. 363-391; p. 379; BOSWORTH, A. B., «Alexander and Ammon», en *Greece and the Eastern Mediterranean Ancient in History and Prehistory* (studies presented to Fritz Schachermeyr), ed. K. Kinzl, Berlín 1977, p. 67; FREDRICKSMEYER, E. A., «Alexander, Zeus Ammon and the conquest of Asia», *TAPA* 121, 1991, p. 199-214; p. 205-206.

32 BURSTEIN, S. M., «Alexander, Callisthenes and the sources the Nile», *GRBS* 17, 1976, p. 144.

33 BOSWORTH, A. B., *Alexander and the East. The tragedy of triumph*, Oxford 1996, 98ss.

34 Escílax de Carianda había dicho con anterioridad que el Nilo era el único río en el que habitaban los cocodrilos (HERÓDOTO IV 44). Sobre el conocimiento de Escílax por los geógrafos de Alejandro. Cf. *Supra*. p. 87-88.

35 Lo que las fuentes llaman habas es la flor de loto, una planta que los griegos consideraban autóctona del Nilo, pero que en realidad fue importada por los persas de la India. Cf. BOSWORTH, A. B., «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi: Orient-Occident* 3, 1993, p. 414-415. El loto ya había sido descrito por HERÓDOTO II 92.

36 Las fuentes comparan frecuentemente el delta del Indo con el del Nilo: ESTRABÓN XV 1.13; XV 1.33.

37 PLUTARCO, *Alex* 44.1-3. Cf. GONZÁLEZ PONCE, F. J., «(Alex, 44,1) como error en el conocimiento geográfico de Plutarco», en *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas: actas del III Simposio Internacional sobre Plutarco*, Oviedo 1994, p. 671-680. Defiende que este error se debería a la aceptación de la opinión tradicional vigente en su época como reflejo de la concepción hodológica del espacio, es decir, una concepción unidimensional, en la cual el espacio es una simple línea que une dos puntos, el de partida y el de llegada.

«Veían como cosa incierta el regreso a casa sanos y salvos, rodeados como se hallaban ahora por tantos pueblos belicosos que les cerraban el paso, de los cuales, unos aún no les estaban sometidos, es más parecían estar dispuestos a luchar bravamente por defender su libertad; y otros, a buen seguro, en seguida se sublevarían, al desaparecer con Alejandro el miedo que éste provocaba en ellos. Aún más, creían que se hallaban ahora en medio de ríos infranqueables, y en suma, sin Alejandro todo se les hacía dificultades insolubles e irremediables» (ARRIANO VI 12.2).

Alejandro era el guía de su pueblo, tarea que le correspondía en su faceta de rey y general, y, en consecuencia, también era el encargado de conocer el espacio por el que debía conducir a sus hombres³⁸. Pero esto no implica que tenga que ser comparado con un explorador, ni mucho menos con un geógrafo como defienden algunos investigadores. Y si tuvo que interrogarse por algunas cuestiones geográficas fue debido a la estrecha relación existente entre el expansionismo bélico y el conocimiento del espacio. Una realidad, que por el principio de la autopsia, convertía a cualquier general preocupado por conocer el terreno donde se movían sus tropas en un verdadero experto frente al geógrafo de gabinete.

LOS GEÓGRAFOS DE ALEJANDRO

Bajo esta denominación agrupamos a los hombres que escribieron sobre los acontecimientos de la campaña asiática y que, probablemente, conocieron directamente al conquistador macedonio: Calístenes, Onesicrito, Nearco, Ptolomeo, Cares de Mitilene, Efipo de Olinto, Clitarco, Aristóbulo, Policlito, Megástenes o Jerónimo de Cardia. A excepción de Calístenes, ninguno de los historiadores de Alejandro recibió el encargo de escribir una historia oficial de la campaña. La razón se encuentra en que no eran hombres versados en las letras. Pero, entonces ¿por qué comenzaron a escribir, tantos y tantos relatos en tan pocos años? No hay una única razón. La epopeya alejandrina abrió nuevos horizontes a los griegos, y por primera vez las provincias orientales del Imperio Persa eran vistas por los ojos de los occidentales. Se trataba de tierras como la India, Arabia o Etiopía que siempre habían despertado una gran pasión en los corazones de los helenos. Ahora tenían la oportunidad de escuchar los relatos de hombres que habían estado allí. No hay que olvidar que el ser testigo ocular de los acontecimientos era lo que realmente acreditaba a un historiador para escribir sobre algo, antes que su propia habilidad con la pluma. No obstante, el ver y el saber en griego antiguo son un mismo verbo³⁹. La «autopsia» era el principio de autoridad por excelencia y todavía sigue pesando mucho en la historiografía moderna.

Concedores de la curiosidad que despertaban las tierras a las que habían llegado, pudieron haberse envalentonado a hacer sus primeros pinitos literarios. Pero la expedición de los macedonios no fue solamente diferente del resto por haber llegado a tierras inexploradas. Los griegos eran conscientes de estar viviendo tiempos nuevos. No hay fuentes que reflejen qué impresión les causó la destrucción del imperio aqueménida por Alejandro Magno, pero no pudo ser muy diferente al asombro que todavía sigue despertando en nosotros⁴⁰. Una evidencia es que trans-

38 JACOB, Ch., «Alexandre et la maîtrise de l'espace. L'art du voyage dans l'Anabase d'Arrien», *QS* 34, 1991, p. 5-40; ha expuesto muy convincentemente esta faceta de Alejandro como conductor de hombres.

39 VERNANT, J-P., *El hombre griego*, Madrid, Alianza 1991, p. 22.

40 Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 164, nos muestra su sorpresa por la victoria sobre Darío o porque: «Alejandro se había desplazado casi más allá de la Osa y de toda tierra habitada».

curridos casi 2400 años se discutan aún los detalles de la conquista. Estos escritores noveles habrían querido por una parte hablar de la figura de su rey con el que compartieron diversos grados de familiaridad y, además, mostrar su papel en la consecución de la empresa. Era una manera de cubrirse de gloria entre sus compatriotas.

Otro motivo que apuntamos se encuentra en la propia naturaleza del mundo helenístico. Muerto el conquistador y finalizadas las primeras guerras entre los diádocos se establecieron nuevos estados, cuyos gobernantes tomaron la corona tras la muerte de Alejandro IV (309 a.C.). Carentes de legitimidad, dependían en buena medida de sus éxitos militares y del apoyo de sus tropas. Los nuevos monarcas paliaron sus escasos derechos al trono de dos maneras, la primera fue una participación activa en las batallas, la segunda la propaganda, que fue un instrumento de enorme valor para acrecentar los derechos sucesorios de los generales y menoscabar los de sus rivales. Alejandro les había mostrado en vida cuán útil podía resultar rodearse de hombres de letras. El controlar la opinión pública podía ser sumamente provechoso si se quería minar la autoridad de generales demasiado poderosos (Parmenión), presentar a sus enemigos como cobardes (Darío) o justificar injustificables asesinatos (Clito). Reyes como Ptolomeo emplearon con éxito la propaganda para asentar su poder aumentando sus lazos con la casa real macedonia⁴¹. Otros como Seleuco (APIANO, *Sobre Siria* 56) o Lisímaco (JUSTINO XV 4.2-7) se hicieron coronar por el propio Alejandro. También se empleó para acusarse mutuamente de haber envenenado al rey. La inesperada muerte del monarca levantó de inmediato sospechas sobre su causa⁴².

Otra peculiaridad, que ya hemos apuntado, fue que no se trataba de «profesionales», es decir que si los comparamos con Calístenes, eran por completo ajenos a estas lides. Esto es relativamente cierto, Aristóbulo era un «ingeniero», Nearco un «navegante», Onesícrito un «timonel», Ptolomeo un «militar» y Megástenes un «embajador». No obstante, el que una persona que no entrase dentro de la definición de intelectual puro escribiese sobre los acontecimientos de los que había sido testigo, no solamente no era raro, sino que era lo normal en el mundo antiguo. Tucídides era un «militar», y está considerado como uno de los historiadores más grandes de todos los tiempos. Reducir nuestras fuentes a un rol o un mero oficio es un craso error. Era muy común en el mundo antiguo, y sobre todo en época helenística, que un mismo personaje desempeñase distintas funciones a lo largo de su existencia: el mercenario que llegaba a viejo se convertía en granjero, algunos reyes como los de Esparta podían luchar eventualmente como mercenarios, los esclavos encabezar rebeliones (Andrisko) o los sabios luchar en los asedios de las ciudades (Arquímedes). El que Nearco sea recordado por su periplo o Aristóbulo por haberse encargado de la reconstrucción de la tumba de Ciro, tiene una razón muy simple, que ellos querían que se les recordase por ese motivo. De igual modo, Ptolomeo en su historia no destacó sus cualidades como faraón, sino como soldado (Cf. ARRIANO IV 24.3-4). Lo cierto es que nos enfrentamos a personajes muy complejos, con muchas apariencias. Por consiguiente, no debemos infravalorar los conocimientos de nuestras fuentes ni sobreestimarlos al dotarlos de cierta veracidad propia de quienes están relacionados con los oficios que actualmente se consideran más próximos a las ciencias exactas y, por lo tanto, más veraces.

41 Cf. COLLINS, N. I., «The Various Fathers of Ptolemy I», *Mnemosyne* 50, 1997, p. 436-476.

42 BOSWORTH, A. B., «The death of Alexander the Great. Rumour and propaganda», *CQ* 21, 1971, p. 112-136; quien considera que pudo ser envenenado; Cf. ENGELS, D. W., «A note on Alexander's death», *CPh* 73, 1978, p. 224-228, defiende muerte por malaria, enfermedad que Alejandro ya habría sufrido en Cilicia en Septiembre de 333 a.C., (p. 225) y que es habitual en recién llegados a regiones endémicas de esta enfermedad y en individuos castigados por la malnutrición, excesivo calor, fatiga o alcoholismo (p. 227).

Podría creerse, también, que estos autores no encajarían en un estudio de la geografía griega, pero una idea como ésta es errónea en el momento que se decide deslindar la geografía de las otras áreas del conocimiento (Cf. *Supra*. p. 18-32). Como hemos visto, un literato como Cicerón podía discutir con su amigo Ático sobre la conveniencia de escribir un tratado de geografía, porque creía que era lo propio de alguien como él⁴³. Un «geógrafo» como Estrabón no fue ajeno a las obras «históricas»⁴⁴. En otras palabras, como se viene diciendo recientemente, la geografía en la antigüedad no estaba desligada de la literatura⁴⁵. Esto implicaba, en muchas ocasiones, que se debían seguir las pautas marcadas por la costumbre, si no se quería desentonar con la tradición. Una tradición que, como hemos visto a lo largo de este estudio, tuvo un peso desmedido en toda la historia de la civilización griega. Un historiador no era brillante por su ingenio o por la exactitud de sus datos, lo era ante todo por las fuentes de las que hacía gala y por demostrar que conocía las historias que se habían dicho sobre el tema del que debatía, tanto si las creía como si no. Recuérdense las palabras de Q. Curcio (IX 1.34): «*La verdad es que yo transcribo más cosas que las que en realidad creo, pues ni puedo afirmar cosas de las que dudo ni pasar por alto las que me han sido transmitidas*»; Plinio (VI 194-5): «*Reliqua deserta, dein fabula*» («*El resto son desiertos y después hay tierras legendarias*»); Estrabón (XVII 3.3).

En este sentido, debe reconsiderarse el anterior juicio de valor sobre nuestras fuentes por uno más positivo, puesto que su esfuerzo por conocer el legado literario griego fue considerable. Es más, no contentos con ello, intentaron resolver problemas geográficos que habían intrigado las mentes de los hombres más ilustres de Grecia antes de su viaje a Asia, como el origen de las crecidas del Nilo o la existencia de un mar interior en el Caspio. Su forma de teorizar se apoya en las similitudes faunísticas que existían entre un punto geográfico y otro, un modo de raciocinio propio de los seguidores de Aristóteles⁴⁶, que pudieron haber adquirido durante el transcurso de la campaña. Si Ctesias era heredero de los geógrafos jonios, los «geógrafos» de Alejandro Magno lo son de la sofística y del emergente espíritu científico que nacerá con Aristóteles y sus seguidores⁴⁷. Pero, por si esto no bastase, desafían algunas creencias de gran vigor entre sus compatriotas, aunque muy pocas, dando las suyas propias, como en lo concerniente a las habilidades para la natación del elefante (ESTRABÓN XV 1.43).

Nunca debe olvidarse que nuestras fuentes eran autores griegos que escribían para griegos, que si hubiesen reproducido literalmente concepciones sobre el judaísmo, las epopeyas hindúes o las religiones orientales serían para nosotros prototipos de la antropología moderna, pero para los suyos unos pésimos escritores. Puede concluirse que escribieron de la única forma que se lo permitían sus categorías mentales.

Si no dibujaron mapas de la tierra se debió a que era algo propio de especialistas, y no del gran público, a quien iban dirigidas sus obras⁴⁸. Comprender un mapa requería una capacidad de abstracción que no todos los griegos podían tener. Además, nuestros autores, como seguidores

43 CICERÓN, *Cartas a Ático* II 4.3; II 6.1; II 7.1.

44 ENGELS, J., «Die Geschichte des Alexanderzuges und das Bild Alexanders des Grossen in Strabons Geographika. Zur interpretation der Augusteischen kulturgeographie Strabons als quelle seiner historischen auffassungen», en W. Will (ed.), *Alexander der Grosse: Eine Welteroberung und ihr Hintergrund*, Bonn 1996, p. 131.

45 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, p. 3; DIHLE, A., «The conception of India in Hellenistic and Roman literature», en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, p. 91.

46 GEUS, K.L., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 242.

47 KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997, p. 96.

48 Cf. POLIBIO III 36-38, recomendaba no hacer demasiado farragosas las descripciones geográficas para que el lector no se perdiese en su lectura.

de la forma de historiar de Heródoto, podrían haber compartido su desprecio por los antiguos mapas de la tierra de los jonios, como el de Hecateo de Mileto. Es incluso muy probable que entre los miembros de la expedición circulase un epítome de las *Historias* de Heródoto, encargado a Teopompo por Filipo II, lo que justificaría su apego por el historiador de Halicarnaso⁴⁹. Su ausencia respondería tanto a cuestiones ideológicas como a las carencias de su formación.

Sin embargo, la valoración que tuvo la posteridad de los geógrafos de Alejandro fue muy negativa. Por un lado, autores como Eratóstenes les acusaron de haber alterado la geografía de Asia para enaltecer a su rey, y Estrabón los nombra entre los mayores fabuladores que han escrito sobre la India (ESTRABÓN II 1.9). Pero Estrabón, como todos los autores antiguos que los criticaron, se vio obligado a utilizarlos al ser la única fuente disponible para describir esa zona de Asia, y, como él mismo dice, por no ser falsas todas las cosas que contaban: «*Sin embargo, algunas de las cosas que cuenta son verosímiles y dignas de mención, por lo que no hay que pasarlas por alto incluso aunque no se les dé crédito*»⁵⁰.

Pero nosotros tenemos una concepción muy distinta de la de Estrabón sobre lo que debe o no debe ser tenido en cuenta. Por lo que hay que tener muy presente que muchos aspectos tratados en las obras de los geógrafos de Alejandro no han llegado hasta nosotros, simplemente, porque autores del Imperio Romano las consideraron carentes de todo interés.

El orden en que escribieron es muy difícil de recrear en su totalidad. El primero en hacerlo fue Calístenes, cuya obra cubrió el período comprendido hasta el 328-7 a.C. Si como se piensa, parte de la misma fue publicada periódicamente en Grecia, su influencia sobre la primera generación de historiadores debió de ser enorme. Al existir un relato oficial del evento, era más difícil para los que continuasen su labor divergir de lo dicho por el historiador de Olinto. Algo semejante a lo que les ocurrió a los historiadores romanos cuando querían hablar de la guerra civil o de las guerras de las Galias, tenían que acudir a la obra de Julio César. Por lo tanto, fue Calístenes de Olinto quien tuvo una mayor incidencia sobre un público más amplio. No sólo habría sido el historiador oficial de la campaña, sino también el geógrafo, puesto que, ante la ausencia de una separación clara entre ambas disciplinas, pudo desempeñar a la vez ambas funciones⁵¹.

Poco después debe situarse a Onesícrito de Astipalea. Sus escritos utópicos sobre la India son igualmente imposibles de datar con seguridad, pero al ser utilizado por Nearco, Megástenes, Aristóbulo y Clitarco, debió de ser de los primeros en redactar su libro.

Mayor problema presentan las dataciones de Aristóbulo, Clitarco y Ptolomeo. Ha sido defendido desde Droysen⁵² por los investigadores germanos que el orden debía de ser Clitarco, Ptolomeo y Aristóbulo. Eduard Schwartz y Jacoby, en sus artículos en la *Realencyclopaedie*, siguieron este modelo. Berve, Wenger y Schachermeyer también sostuvieron la misma opinión⁵³, que no fue modificada hasta que W. W. Tarn defendió el orden Aristóbulo, Ptolomeo y Clitarco⁵⁴. Tiene sentido que Aristóbulo escribiese antes que Ptolomeo, pues de lo contrario no se habría valido de Calístenes para los relatos militares, sino de un experto general como lo fue el hijo de Lago.

49 FLOWER, M. A., *Theopompus of Chios. History and Rhetoric in the Fourth Century BC*, Oxford 1997, p. 161.

50 Onesícrito es calificado como «*el piloto mayor de las maravillas*» (ESTRABÓN XV 1.28).

51 Cf. VAN PAASSEN, C., *op. cit.*, p. 267, quien afirma que no había un geógrafo oficial; AMIGUES, S., «La science aimable Théophraste», *CRAI* 4, 2001, p. 1656, lo llama el «secretario científico» de la expedición.

52 *Geschichte des Hellenismus*, II, Gotha 1877, p. 389-394.

53 BERVE, B., *op. cit.*, II, Múnich 1926, p. 65; WENGER, F., *Die Alexandergeschichte des Aristobul von Kassandria. Quellenkritische Untersuchungen zur Alexandergeschichte*, Diss. Würzburg 1914.

54 TARN, W. W., *Alexander the Great*, II, Londres, Cambridge University Press 1948, p. 1-133.

En la batalla del Hidaspes se muestra su discordancia sobre dichos temas (ARRIANO V 14.3-5).

Sin embargo, a nuestro entender, la cronología dada por Tarn en lo concerniente a Clitarco es errónea. Jacoby da una cronología alta 310-300 a.C., mientras que Tarn opta por una más tardía, 280-70 a.C. Difícilmente habría dicho este historiador que Ptolomeo fue uno de los salvadores de Alejandro, si el futuro faraón hubiera afirmado anteriormente que en realidad se encontraba en otro lugar (Q. CURCIO IX 5.21; ARRIANO VI 11.8). Lo más razonable es que escribiese antes de que lo hiciese Ptolomeo de Egipto. Dicho todo esto, quedaría por dilucidar en qué orden escribieron Aristóbulo y Clitarco. Desconocemos si realmente Clitarco participó en la expedición macedonia, pero es una opinión muy extendida entre la crítica moderna que no fue así⁵⁵. En tal caso, ¿por qué debería Aristóbulo de Casandrea seguir a un autor que no fue testigo presencial de los hechos que relata? Tal vez porque sí acompañó a los macedonios o porque en el momento que escribió Aristóbulo, la obra de Clitarco había configurado decisivamente la tradición sobre Alejandro.

Otro autor de gran importancia que resulta difícil de datar es Megástenes. Su obra supone un antes y un después en la historiografía de la India. Ésta dejará de ser la tierra del Indo, para convertirse en la del Ganges. Megástenes tuvo que escribir después de que lo hiciese Onesícrito, pues es evidente que conocía la obra del filósofo de Astipalea. Se ha situado normalmente como *terminum post quem* la firma del tratado de paz entre el imperio seléucida y el imperio maurya, aunque recientemente Bosworth ha sostenido que pudo hacerlo en vida del rey Poros⁵⁶. Luego la aparición de su libro debió de producirse entre finales del siglo IV y la primera década del siglo III a.C. No obstante, no debemos presuponer, como hizo Tarn, que todo autor que conociese el Ganges debía de haber escrito con posterioridad a Megástenes. Puesto que es muy posible que los macedonios, aunque no alcanzasen el río sagrado hindú, hubiesen escuchado la existencia del mismo. El éxito de la obra de Megástenes queda atestiguado al haber sido empleada por otros embajadores como Deímaco y Dionisio.

De entre los historiadores que estuvieron al servicio de Antígono Monoftalmos, el más destacado es Jerónimo de Cardia. Como sabemos que escribió al final de su larga vida, debió haber tenido la posibilidad de valerse de otros trabajos que habrían circulado durante las primeras décadas después de la muerte del conquistador macedonio⁵⁷.

Por el contrario, trabajos como los de Cares de Mitilene o Efipo de Olinto son más difíciles de datar, pero debieron de circular poco después del 323 a.C., bien sea por su carácter anecdótico (Cares) o más discutiblemente, por ser un panfleto (Efipo) contra Alejandro.

En cualquier caso, los geógrafos de Alejandro trataron temas muy diversos en sus obras que procedemos a analizar a continuación.

55 Pese a que de un texto de Diodoro (II 7.3) parezca desprenderse que fue miembro del séquito de Alejandro Magno en Asia, es opinión generalizada que permaneció en Grecia en el transcurso de la invasión de Asia. Cf. BROWN, T. S., «Clitarchus», *AJPh* 71, 1950, p. 134; HAMILTON, J. R., «Cleitarco and Aristobulus», *Historia* 10, 1961, p. 449; LEVI, M. A., *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, Rusconi 1977, p. 84; GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 av. J.C)*. I. *Les origines politiques*, Nancy 1978, p. 136; HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno, rey, general y estadista*, Madrid, Alianza 1992, p. 19; CANDAU MÓRON, J. M.; GONZÁLEZ PONCE, F. J.; CHÁVEZ REINO, A., y JIMÉNEZ SÁNCHEZ, F., «Alejandro y la historiografía helenística», *Tempus* 23, 1999, p. 67; LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 797.

56 BOSWORTH, A. B., «The Historical Setting of Megasthenes' Indica», *CPh* 91, 1996, p. 113-127.

57 Cf. HORNBLOWER, J., *Hieronymus of Cardia*, Oxford 1981.

VEGETACIÓN

Plinio (I 12.13) los nombra entre los autores que estudiaron botánica, por lo tanto, procederemos a analizar a continuación, de forma más detenida, las apariciones de la flora de Asia en los fragmentos de los geógrafos de Alejandro.

Uno de los casos más llamativos es el llamado árbol hindú de la lana (ESTRABÓN XV 1.20; 21). Heródoto (III 106) ya había hablado del árbol en su *lógos* dedicado a la India. La historia puede tener un origen en el algodón, y sería posible que los macedonios se hubiesen encontrado con esta planta en la India, pero la similitud entre los dos textos es tal que independientemente de que esta hipótesis fuese cierta, no pueden quedar dudas sobre el empleo de Heródoto por Nearco en este pasaje. Lo cierto es que esta historia tendrá un gran éxito en época imperial romana para explicar el origen de la seda⁵⁸, convirtiéndose en un *tópos* para exponer la procedencia de un tejido desconocido.

Pero la especie más célebre sobre la que probablemente hablasen nuestras fuentes es el Banyan o *Ficus Bengalensis* (ESTRABÓN XV 1.21). El hecho de que Onesícrito situase la tierra de los músicanos en el límite meridional de la India, es muy significativo, ya que lo emplazaba en las regiones más cercanas a lo que por aquel entonces se consideraba que estaban los confines del mundo, donde se concentraban normalmente todas las maravillas y los elementos sobrenaturales. Lo cual, ya de inicio nos indica ante qué tipo de texto nos enfrentamos. Por eso intentar identificar el descomunal árbol descrito por Onesícrito, con el Banyan o *Ficus Bengalensis* (Cf. DIODORO XVII 90.5; PLINIO VII 21; XII 22-23; Q. CURCIO IX 1.10) es arriesgado⁵⁹. El que Aristóbulo y Nearco mencionen la existencia de dicho árbol no es definitivo, puesto que escribieron después de Onesícrito y pudieron, como así parece que fue, describirlo conforme a los datos de su obra, aunque no sin cierto escepticismo, ya que Aristóbulo rebaja sensiblemente la cifra de jinetes a 50, por los 400 de Onesícrito. Tampoco es extraño que Teofrasto (*Historia de las plantas* IV 4.4-5) lo describa, pues utilizó sus escritos para componer su obra (Cf. *Supra*. p. 118-119).

Los arrozales de la India también habrían sido descritos por Aristóbulo (ESTRABÓN XV 1.18). Pero su descripción no es tan exacta como la de Teofrasto, puesto que dice que la planta tiene espigas (*πολύσταχυ*), mientras que el alumno de Aristóteles dice lo contrario (*Historia de las plantas* IV 4.10). A veces, se mencionan frutos de los que sólo conocemos su sabor excesivamente dulce o amargo, y que han querido ser identificados con frutas exóticas como el mango⁶⁰.

Otros fragmentos se han conservado en la obra de Teofrasto. Sabemos, aunque muchas veces no cite a sus fuentes, que el alumno de Aristóteles se valió de los trabajos de los autores que participaron en la conquista de Asia para describir la flora del continente. De Andróstenes procede la información sobre Tilos (*Historia de las plantas* IV 7.7-8). Nearco o Andróstenes, pudieran ser la fuente para la descripción de la planta marina que encontraron en su camino de regreso desde la India, el coral (*Historia de las plantas* IV 7.3). Aristóbulo debió de ser su fuente para la flora del desierto de Gedrosia, puesto que Nearco, Onesícrito y Andróstenes estaban navegando⁶¹. El que este árbol lleve el nombre de Heracles, divinidad estrechamente vinculada con la casa real de Macedonia, los Argéadas y con Alejandro, demuestra, al menos,

58 VIRGILIO, *Geórgicas* II 121; PLINIO VI 54.

59 Así lo hace BRETZL, H., *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903, p. 158-190.

60 PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 175.

61 TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV 7.3; IV 7.6. Cf. ARRIANO VI 22.4-8.

que la información de Teofrasto debió proceder de un autor que participó en la expedición, y como hemos dicho antes, el único que estaba presente en esa zona era Aristóbulo.

Como pueblos mediterráneos y adoradores de Diónisos los griegos y los macedonios registraron en qué lugares se cultivaba la vid. Los historiadores de Alejandro certificaron la existencia del olivo y la vid en la India (ESTRABÓN XV 1.22), pero Teofrasto (*Historia de las plantas* IV 4.11) dice que sólo se dan en la montaña. Es probable que su fuente sea Aristóbulo, puesto que este último había dicho que sólo llovía en la montaña (ESTRABÓN XV 1.17).

La ausencia o presencia de vegetación podía ayudar a discernir o separar zonas geográficas en contacto. Hircania se convierte en una región ajena a la India porque no comparten la misma flora (ESTRABÓN XI 7.2). Policlito había dicho que los escitas del otro lado del Yaxartes pertenecían a Europa, porque fabricaban sus flechas con madera de abeto, material que no existía en Asia septentrional ni oriental. Por el contrario, para Aristóbulo, el Yaxartes no era la frontera natural entre Asia y Europa, y distinguía entre el curso del Tanais (Don) y del Yaxartes (Sir Daria. Cf. ARRIANO III 30.7). Pero para contradecir las opiniones de Policlito debió de haber escrito con posterioridad a éste y, probablemente, haber conocido los resultados del viaje de Demodamante (Cf. *Infra*. p. 163).

Finalmente, hay otras alusiones de menor importancia como las realizadas por Calístenes (PSEUDO ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 132) a las palmeras.

Las referencias a las plantas fueron frecuentes en los geógrafos de Alejandro, pero no deben sobredimensionarse y ser empleadas como una evidencia de la existencia del archivo de Babilonia. Recolectar información sobre las plantas de Asia habría sido un acto lógico para unos conquistadores que tenían que conseguir suministros para sus tropas constantemente.

FAUNA

Podemos distinguir entre aquellas especies animales que ya eran conocidas antes de la invasión de Asia, las que fueron descubiertas después y los animales fantásticos.

En el primer grupo, pocos animales despertaron tanto interés entre los griegos como el elefante. Ya hemos dicho anteriormente que algunos historiadores sostienen que los conocimientos que Aristóteles tiene del mismo se deben a los animales que, supuestamente, le fueron enviados por Alejandro. Sin embargo, la mayor parte del saber del Estagirita sobre los elefantes procede de los escritos de Ctesias de Cnido. Los geógrafos de Alejandro dedicaron un gran espacio en sus obras para comentar las características físicas de los paquidermos. En muchas ocasiones repiten lo dicho por la tradición. Pero en otras, la contradicen, como en la descripción de cómo se cazaban y domesticaban los elefantes de Megástenes⁶² y, sobre todo, a través de Nearco (ESTRABÓN XV 1.43), que rebatió las informaciones del mismísimo Aristóteles al precisar que sabían nadar, y Onesícrito de Astipalea, que se había percatado del mayor tamaño de los elefantes indios, es decir, asiáticos, respecto a los africanos⁶³. Al contrario que en anteriores casos, el mayor tamaño de los paquidermos del Asia quizás no se base en Ctesias de Cnido, sino en la propia experiencia empírica de Onesícrito⁶⁴. Es muy posible que, al observar personalmente que los elefantes asiáticos (*Elephas maximus*) eran mayores que los africanos, confirmase su

62 SCULLARD, H. H., *The Elephant in the Greek and Roman World*, Cambridge 1974, p. 48.

63 ESTRABÓN XV 1.43; PLINIO VI 81.

64 Cf. TARN, W. W., «Polybius and a Literary Commonplace», *CQ* 20, 1926, p. 98, piensa que Ctesias había sido el primero en destacar el mayor tamaño de los elefantes asiáticos.

creencia en que Ctesias tenía razón sobre el mayor grosor de los seres vivos de la India. En realidad, el elefante asiático es más pequeño que el africano, pero mucho mayor que los especímenes norteafricanos que conocieron los griegos⁶⁵. En cualquier caso, después de Onesícrito fue una opinión comúnmente aceptada que los elefantes de la India eran mayores que los que se encontraban en África⁶⁶. Los conocimientos de estos autores sobre los elefantes procedieron en gran medida del estudio del nutrido grupo de ejemplares que su rey fue acumulando como arma de guerra⁶⁷.

La serpiente también ha sido un animal que ha despertado la curiosidad del pueblo griego. Su nombre, *drakon*, viene del verbo δέркоμαι, mirar, y significaría «aquella que mira fijamente»⁶⁸. Tenía una gran importancia en la religión y en la magia⁶⁹. Onesícrito menciona la existencia de una serpiente de 80 codos y otra de 140⁷⁰. Se trata de un hecho que llamó la atención de aquellos que viajaron a la India, pero es claramente una hipérbole. Por muy cierta que sea la existencia de serpientes de gran tamaño, en la actualidad no hay ninguna que supere los 35 metros y por supuesto aún menos los 62 metros⁷¹. Además, no se trata de un testimonio directo, sino que Onesícrito se apoya en el relato de los embajadores que llegaron a la corte de Abisares, por lo tanto se trataría de un ejemplo más del mayor tamaño de cuanto crece en la India por la humedad de su clima. Es posible que la causa de que exagere tanto el tamaño de los reptiles sea que en Astipalea, su ciudad natal, no hubiese ninguno⁷². Otros geógrafos son más comedidos a la hora de hablar del tamaño de estos ofidios, pero coinciden en señalar que eran muy venenosos y que incluso recurrieron a los médicos hindúes en busca de antídoto (ESTRABÓN XV 1.45).

Las tortugas⁷³ y los lagartos⁷⁴ también despertaron la curiosidad de Policlito de Larisa. Las ballenas⁷⁵, los delfines⁷⁶, los cocodrilos⁷⁷ y los hipopótamos⁷⁸ se citan de igual modo en sus obras.

65 Cf. GOWERS, W., «African elephants and ancient authors», *African Affairs* 47, 1948, p. 173-180, cree que los elefantes de los ptolomeos pertenecían a la especie *loxodonta cyclotis*, que es más pequeña que la asiática.

66 En la batalla de Rafia los elefantes africanos de Ptolomeo salieron despavoridos al ver a los asiáticos de Antíoco. Cf. POLIBIO V 84. En época romana Juvenal (X 150) era consciente de su diferencia de tamaño: «ad Aethiopum populos aliosque elephantos». Cf. LAUGHTON, E., «Juvenal's other elephants», *CR* 6, 1956, p. 201; TRIANTAPHYLLOPOULOS, J., «Juvenal's other elephants once again», *Mnemosyne* 11, 1958, p. 159; TABOADA, H. G. H., «Polibio (5.84.5) y los elefantes de Rafia», *Habis* 26, 1995, p. 113-117, sostiene que el error se perpetuó por la superioridad bélica de los elefantes indios; CHARLES, M., «Elephants at Raphia: Reinterpreting Polybius 5.84-5», *CQ* 57, 2007, p. 306-311.

67 KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997, p. 191, estima su número «entre 200 y 300».

68 FERNÁNDEZ GALIANO, M., *Manual práctico de morfología verbal griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 72.

69 Cf. VÁZQUEZ HOYS, A. M., «La serpiente en la antigüedad: ¿Genio o demonio?», en *Héroes, semidioses y daimones*, Madrid, Ediciones Clásicas 1992, p. 81-134.

70 ESTRABÓN XV 1.28. Cf. ELIANO, *Naturaleza de los animales* XVI 39.

71 PÉDECH, P., «Les historiens d'Alexandre», en *Historiographia Antiqua*, Lovaina 1977: «le plus grand serpent du monde, le python, atteint seulement 10 mètres» (p. 129); VOFCHUK, R. C., «Los informes de Onesícrito, cronista de Alejandro Magno, sobre la India», *BAEO* 22, 1986: «La Pitón Molurus alcanza a medir 25 pies, esto es, aproximadamente 7m, longitud diez veces menor que la que nuestro autor les atribuye» (p. 191).

72 ANTÍGONO DE CARISTOS, *Colección de historias curiosas* 11: «En Astipalea no nacen serpientes».

73 PARADOXÓGRAFO VATICANO 9: «Policlito afirma que las tortugas nacen incluso en el Ganges, cuyo caparazón alcanza incluso los 5 medimnos».

74 ELIANO XVI 41.1.

75 ARRIANO, *Índica* 30.1-9. Cf. PAPADOPOULOS, J. K., y RUSCILLO, D., «A Ketos in Early Athens: An Archaeology of Whales and Sea Monsters in the Greek World», *AJA* 106 (2) 2002, p. 210-211.

76 ARRIANO, *Índica* 39.5.

77 Q. CURCIO IX 8; ESTRABÓN XV 1.45.

78 ESTRABÓN XV 1.13; XV 1.45.

Con anterioridad, los griegos ya habían escuchado las excelencias de los perros de la India⁷⁹, pero la invasión de dicho país les permitió a los griegos comprobar *in situ* sus cualidades, entre las que destacaba ser capaces de cazar a un león⁸⁰. Historia que fue popularizada por la obra de Onesícrito de Astipalea y no por la de Aristóbulo, como defiende Pédech⁸¹.

Una especie nueva es el loro o papagayo (ARRIANO, *Índica* 15.8.9). Arriano que escribe muchos siglos después de su fuente, no puede comprender el asombro que le produce algo que en su tiempo había dejado de tenerlo. Es una prueba palpable de que, como la mayoría de los historiadores de época antigua, Arriano sólo destaca aquellos datos de sus fuentes que considera dignos de mención, es decir, que se salen de lo común. Sabemos que dicho animal estuvo presente en el desfile de Ptolomeo II Filadelfo⁸² y que se llegó a convertir en una de las mascotas predilectas de la aristocracia romana⁸³. Los persas también lo conocían a pesar de las pocas menciones que se han conservado⁸⁴ y Aristóteles (*Historia de los Animales* 597b) lo menciona siguiendo el testimonio de Ctesias. El escaso interés de Arriano también se extiende a los monos y orangutanes que encontraron en la India⁸⁵.

Un animal nuevo para el mundo griego, salvo que se acepte que la marticora era un precedente de dicha especie, es el tigre⁸⁶. Si quienes defienden que la marticora y el tigre eran el mismo animal tuviesen razón, habría que decir, de cualquier forma, que se produjo un gran progreso en el conocimiento de esta criatura, pues ahora no resultaba tan fantástica como la marticora. El rinoceronte es, probablemente, el animal con cabeza de ciervo y un solo cuerno del que habla Megástenes (ESTRABÓN XV 1.56).

Los animales fantásticos también estuvieron presentes: «*otros animales desconocidos a las demás naciones*» (Q. CURCIO VIII 9). Las hormigas buscadoras de oro, de las que ya había hablado Heródoto, aparecen en los fragmentos de Nearco y Megástenes⁸⁷. Las serpientes y los escorpiones halados (ESTRABÓN XV 1.37) son otras de las criaturas fantásticas que podemos conocer gracias a la pluma de Megástenes.

Un buen ejemplo de la trascendencia de estos autores es que el bestiario que crearon se prolongó en el tiempo mucho más que sus propias obras. Los viajeros medievales que visitaron la corte del Gran Khan ilustrarían sus libros con las mismas criaturas.

OROGRAFÍA

La orografía de Asia fue siempre muy mal conocida por los griegos. Heródoto (IV 36ss) describía las grandes extensiones del interior como llanuras, mientras que Hecateo hablaba de las grandes montañas del mar de Hircania y del territorio de los corasmios (*frs.*, 291-92a JA-

79 HERÓDOTO VII 187.1; Ctesias = FOCIO, *Cosas de la India* 10; JENOFONTE, *Cineg.* 9.1.

80 ESTRABÓN XV 1.31; PLINIO VIII 149-150; ELIANO IV 19; VIII 1; DIODORO XVII 92.1-3; Q. CURCIO IX 1.31-34.

81 PÉDECH, P., *Historiens compagnons d'Alexandre. Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*, París 1984, p. 398. Cf. MOLINA MARÍN, A. I., *op. cit.*, 2007, p. 199, el que tenga un origen en Ctesias y sea conocido por Jenofonte, fuentes de Onesícrito, da más fuerza a nuestro criterio.

82 Cf. RICE, E. E., *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus*, Oxford 1983.

83 BIGWOOD, J. M., «Ctesias Parrot», *CQ* 43 (1) 1993, p. 323; WOTKE, F., «Papagei», *RE* 18, 1949, col. 927.

84 SCHMIDT, E., *Persepolis*, II, Chicago 1957, p. 88.

85 DIODORO XVII 90.1-3; ESTRABÓN XV 1.37; 56.

86 ARRIANO, *Índica* 15.1; ESTRABÓN XV 1.37.

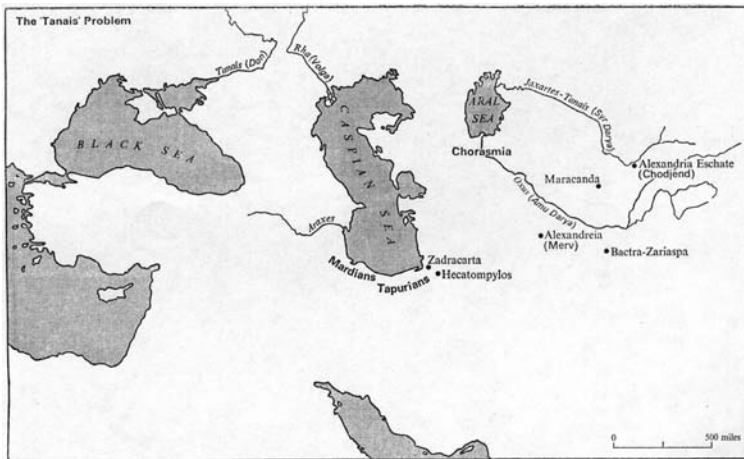
87 ESTRABÓN II 1.9; XV 1.44; ARRIANO, *Índica* 15.4.

COBY). La enorme extensión de Asia no ayudaba en modo alguno a resolver este problema. La orografía del continente fue adquiriendo progresivamente una mayor importancia, siendo una clara evidencia de ello el que Aristóteles convirtiese al Parnaso (Himalaya) en uno de los puntos más orientales del continente. En opinión de Aristóteles, el Parnaso estaba situado simétricamente en la misma línea equinoccial donde se localizaba el Cáucaso⁸⁸. Los geógrafos de Alejandro llevaron este razonamiento a sus últimas consecuencias, para concebir una única cadena montañosa que atravesaba toda Asia. Para los bematistas, y la mayor parte de los que fueron miembros de la expedición, existía una masa continua de montañas que, comenzando en el Tauro, llegaba hasta la India y recibía el nombre de Cáucaso⁸⁹.

Para los macedonios, por lo tanto, el Cáucaso y el Himalaya serían la misma cordillera⁹⁰, lo cual habría explicado por qué pudieron pensar que la gruta donde fue encadenado Prometeo estaba en las cercanías de la India (ESTRABÓN XV 1.8-9). Dicearco hizo coincidir esta cordillera continua del Tauro al Himalaya con su *diáphragma*, el eje de simetría que desde las Columnas de Hércules llegaba hasta India, y que, más tarde, sería retomado por Eratóstenes y, a través de él, por Estrabón (II 5.31-2; XI 1.2-7; 12. 1-5). Esta teoría de los bematistas fue un error, pero, seguramente sin proponérselo, consiguieron establecer uno de los ejes de los mapas del mundo antiguo y sin dicho error los mapas de época helenística habrían sido muy diferentes. En cualquier caso, el Cáucaso seguiría siendo una frontera entre el Mediterráneo y Asia en el Imperio Romano⁹¹.

HIDROGRAFÍA: EL MAR CASPIO Y EL PROBLEMA DEL TANAIS

La naturaleza del mar Caspio fue también un problema muy debatido entre los griegos (fig. 23).



23. El problema del Tanais. Procedencia Hamilton (1971).

88 PRONTERA, Fr., «Sobre la delineación de Asia en la geografía helenística», en *Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia*, Málaga 2003, p. 74.

89 ARRIANO III 28. 5-7; DIODORO XVIII 5.2.

90 ARRIANO V 3.1-4; ESTRABÓN XI 5.5. Cf. RAMIN, J., *Mythologie et géographie*, París 1979, p. 51-54.

91 GIARDINA, A., «Roma e il Caucaso», en *Il Caucaso: cerniera fra culture dal Mediterraneo alla Persia*, Espoleto 1996, p. 85-141; p. 85-89, señala que para los griegos siempre fue un espacio propio de los confines, donde se ubicaba la expedición de los Argonautas y el titán Prometeo.

Salvo algún que otro autor (Heródoto y Aristóteles) la mayoría defendía que era un golfo del océano, opinión que se hizo mayoritaria tras el viaje de Patrocles (ESTRABÓN II 1.2; 1.17). Pero, anteriormente, algunos de los geógrafos de Alejandro habían contemplado la posibilidad de que fuese un mar interior (ESTRABÓN XI 7.4). Fue Policlito de Larisa quien defendió con mayor ahínco esta teoría. El razonamiento de Policlito era muy sencillo. Se creía que el Tanais (Don) era el río que fluía hasta la laguna Meótide (mar Azov), como aparentemente desembocaba en el mar Caspio, la laguna Meótide y el Caspio debían de ser el mismo mar interior y el Tanais y el Yaxartes el mismo río⁹². En buena medida, la causa de que el tesalio pensase esto se debió a que, como todos los geógrafos de su tiempo, desconocía la existencia del mar Aral, donde realmente desemboca el Sir Daria (Yaxartes).

Al igual que otros geógrafos al servicio de los macedonios, la fauna le sirve como un elemento útil para ubicar accidentes geográficos distintos y dar una base empírica a sus teorías. De este modo, la existencia de serpientes en ese lugar se utiliza para constatar que es un mar interior, pues éstas no podrían habitar aguas saladas.

La razón que explicaría la teoría de Policlito habría estado, tanto para Eratóstenes como para Estrabón, en el interés de los historiadores de Alejandro en alterar el espacio geográfico para convertirlo en señor de toda Asia (ESTRABÓN XI 7.4). Es la φιλοτιμία, el amor por la gloria y no la φιλοσοφία, el amor por el saber, lo que habría incentivado las especulaciones de estos geógrafos, en opinión de los autores helenísticos.

Ahora bien, el razonamiento que siguió Policlito para identificar la laguna Meótide con el Caspio no habría sido completamente nuevo, pues Aristóteles había dicho con anterioridad que un brazo del Araxes (Yaxartes) desembocaba en el mar Caspio (*Meteorológicas* 350a 25), donde los macedonios creían que hacía lo propio el Tanais. El filósofo de Estagira llegaba a sugerir que el Caspio estaba comunicado subterráneamente con el mar Negro (*Meteorológicas* 351a 9-11). Lo que Aristóteles entendía como brazos distintos de un mismo río, Policlito lo reducía a un único curso de agua, y si el filósofo sugería que ambos lagos podían estar comunicados, Policlito decía que eran el mismo. La circunstancia de que la palabra que utilizan en la zona los indígenas para decir agua sea *tana*, puede haber sacado de dudas por completo a los macedonios, y haberles llevado a identificar definitivamente el Tanais con el Yaxartes.

Sin embargo, Estrabón no da crédito a los argumentos de Policlito, sólo se molesta en rebatir uno de ellos, la inexistencia del abeto en Asia, puesto que sabía que Aristóbulo lo contradecía. Razonamientos de mayor peso, como la existencia de vida animal en agua dulce, no tienen ninguna validez, tal es la confianza que tiene Estrabón en Patrocles. Pero la argumentación de Policlito es correcta, la salinidad normal de los océanos es de un 34,3%; la del mar Negro es de un 18,6% y la del Caspio en algunas zonas es de un 10%. Algo semejante ocurre en el mar Aral en las desembocaduras del Sir Daria y el Amur Daria, donde la salinidad es muy baja⁹³. Sería, por tanto, posible que Policlito estuviese confundiendo el mar Aral con el Caspio de forma no intencionada.

En cuanto a los ríos, parece provenir de la pluma de Megástenes la que sería una creencia generalizada en época romana: el Ganges era el río más grande del mundo⁹⁴. No debe pensarse,

92 Cf. JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 153-154.

93 DAFFINÀ, P., «Aral, Caspio, Tanais», *RSO* 43, 1968, p. 363-378; HAMILTON, J. R., «Alexander and the Aral», *CQ* 21, 1971, p. 111; BOSWORTH, A. B., *A historical commentary on Arrian's history of Alexander*, I, Oxford 1980, p. 378.

94 ARRIANO, *Índica* 4.1-7; POMPONIO MELA III 68.

como Tarn, que los macedonios no pudieron conocer la existencia del río antes de que, se publicase la obra del embajador en la corte de Pataliputra. Pero lo que sí es cierto es que a partir de la misma, el Ganges fue más conocido en el mundo antiguo e incluso pasó a ser uno de los ríos que marcaban la frontera del Paraíso⁹⁵.

LAS FUENTES DEL NILO

Pero sin lugar a dudas, el mayor debate geográfico de toda la antigüedad fue el origen de las fuentes del Nilo⁹⁶. Desde Tales de Mileto hasta el mismísimo Aristóteles el problema fue ampliamente debatido. El hecho de que estos autores se enfrentasen a este enigma refleja que pueden ser llamados geógrafos con toda justicia.

Es más, existe la posibilidad de que se realizase una expedición a Etiopía con el único objetivo de conocer las fuentes del Nilo (Q. CURCIO RUFO IV 8.3). Aunque lo más probable es que, como en anteriores casos, tuviese un fin bélico (Cf. *Supra*. p. 130-131). Dicha expedición tuvo cierta credibilidad en el Imperio Romano (LUCANO, *Farsalia* X 272-75). Pero en la actualidad la crítica no cree mucho en ella⁹⁷.

En cualquier caso, lo cierto es que Calístenes atribuyó el origen de las crecidas del Nilo a las lluvias⁹⁸. Nearco no podía permanecer ajeno a esta problemática si quería que su obra estuviese a la altura de Heródoto, un autor que había estudiado detenidamente el asunto (HERÓDOTO II 22). Es más, el que Calístenes hubiese tratado seguramente la cuestión en su obra, podría haberle alentado a seguir su ejemplo intentando dar una respuesta a la controversia. Durante su estancia en la India tuvo la oportunidad de comprobar *in situ* la existencia de los monzones. Las lluvias veraniegas debieron de sorprender muchísimo a un pueblo como el heleno acostumbrado a su escasez durante la estación de verano. Siguiendo la comparación que se establecía entre el Nilo y el Indo, Nearco concluyó que la causa debía de encontrarse en estas lluvias⁹⁹.

Este razonamiento no era en absoluto ingenuo. La concepción griega del mundo quedaba marcada por la climatología. Las zonas septentrionales estaban definidas por un frío intenso y las meridionales por un calor insoportable. Por lo tanto, si la India compartía algunas características climáticas con Etiopía, como el calor, era muy probable que también se produjesen dichas lluvias en el sur. Además, como hemos visto anteriormente, para los griegos los etíopes eran un pueblo limítrofe con la India.

«Lo mismo afirma Nearco, aunque discrepa en lo concerniente a las lluvias veraniegas, pues sostiene que la llanura recibe lluvia en verano y permanece seca en invierno. En cambio, concuerdan ambos (Nearco y Aristóbulo) por lo que toca a

95 DARIAN, S. G., «The Ganges and the rivers of Eden», *EA* 31, 1977, p. 42-54; KARTTUNEN, K., «The Country of Fabulous Beasts and Naked Philosophers. India in Classical and Medieval Literature», *Arctos* 21, 1987, p. 48.

96 La cantidad de menciones en la literatura griega al río Nilo es ingente. Todavía en el Imperio Romano Estrabón (I 2.22) no podía ocultar su asombro y admiración por esta cuestión.

97 PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 403, lo considera una «tradición legendaria»; PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 31; CARY, M., y WARMINGTON, E., *Les Explorateurs de l'antiquité*, París 1932, p. 245, también dudan de su veracidad; THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 136, una historia poco fiable; BOSWORTH, A. B., «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi: Orient-Occident* 3, 1993, p. 407-424; p. 418.

98 En Juan de Lido (*De mens.*, IV 68) se conserva un fragmento de Calístenes donde se mencionan las fuentes del Nilo (F 12a).

99 ESTRABÓN XV 1.25.

las avenidas de los ríos; refiere Nearco que, cuando estaban acampados cerca del Acesines, la crecida los obligó a trasladar el campamento a un lugar más elevado, cosa que sucedió en el solsticio de verano» (ESTRABÓN XV 1.18).

Lo sorprendente es que Aristóbulo, conociendo la existencia de los monzones, no llegue a la misma conclusión:

«Según Aristóbulo, sólo llueve y nieva en las montañas y el piedemonte, mientras que la llanura se libra tanto de lluvias como de nevadas y únicamente se anega con la avenida de los ríos» (ESTRABÓN XV 1.17).

Tal vez se deba a que Aristóbulo estuvo en regiones distintas del país y a que defiende que las grandes masas nubosas no podían atravesar la barrera del Cáucaso (ARRIANO VI 25.4), que, en sus propias palabras, era la mayor cadena montañosa de Asia (ARRIANO III 28. 5-8). Siguiendo la máxima aristotélica que situaba el nacimiento de los grandes ríos en las grandes montañas, Aristóbulo hace lo propio con los ríos de la India. Situando su lugar de nacimiento en el Cáucaso, explica la causa de las crecidas de los ríos hindúes por el deshielo, una teoría similar a la que Anaxágoras había dado para explicar las inundaciones del Nilo (HERÓDOTO II 22). Por lo que no es descartable que creyese lo mismo para el río egipcio. Aunque no hay que olvidar que negaba que ambos ríos compartiesen la misma fauna (ESTRABÓN XV 1.45) lo que indicaría que veía diferencias entre ellos.

La similitud climática y de fauna entre ambos ríos provocó que los macedonios, como ya hemos dicho, pensasen que el Nilo y el Indo eran el mismo curso fluvial. Un error del que se percataron cuando exploraron el Indo (ARRIANO VI 1.5).

Sin embargo, al contrario de lo que nos dicen nuestras fuentes, si la identificación entre ambos ríos ya era común antes de la conquista del Imperio Persa (Cf. ARISTÓTELES, *fr.* 248), debería verse como un logro más de los geógrafos de Alejandro el haber descubierto que no era así.

SEÍSMOS

Los terremotos constituyen un fenómeno que ha despertado siempre la curiosidad del hombre. Cada cultura desarrolló su propia teoría para explicarlos, cada cual más original. Los chinos consideraban que los terremotos eran un signo de cambios políticos, por lo que, desde muy antiguo, se realizaron registros periódicos de los mismos. Los griegos se movieron entre las explicaciones míticas que situaban el origen de los seísmos en el tridente de Posidón (HOMERO, *Ilíada* VII 445; XIII 231; XIII 554; XIV 150; XIV 384; XV 41; XX 13; *Odisea* V 282; VII 271; IX 283; XIII 159) o en la concurrencia de los muertos (PITÁGORAS = ARISTÓTELES, *fr.* 196). A partir de los presocráticos se hizo una mayor incidencia en la humedad y en el viento. Tales (SÉNECA, *QN* III 14) y Anaxímenes (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 365b) de Mileto vieron su origen en el elemento húmedo.

Calístenes siguió a su maestro, Aristóteles, en su explicación de los orígenes de los seísmos¹⁰⁰, como queda reflejado en Séneca (*QN* VI 23.4), donde se dice que, como otros muchos

100 HINE, H. M., «Seismology and vulcanology in antiquity», en *Science and mathematics in ancient Greek culture*, Oxford 2002, p. 63.

griegos, quedó impresionado por la desaparición de las ciudades de Bura y Hélice en la costa Aquea¹⁰¹. El *spiritus* (*pnéuma* «viento» «hálito») entraría en la tierra a través de las aberturas de la misma y provocaría los terremotos. Estas ciudades, al estar muy cerca del mar y tener un suelo poroso, eran más proclives a sufrir los efectos devastadores de los mismos (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 366a).

Por el contrario, la explicación de Aristóbulo sobre los orígenes de los terremotos está tomada de las teorías de Anaxágoras, Anaxímenes de Mileto y Demócrito de Abdera, que veían en la humedad del suelo provocada por las lluvias el origen de los seísmos (ESTRABÓN XV 1.19).

Aristóteles y Calístenes de Olinto entendían que la combinación de dos elementos como el vapor húmedo y el viento seco, que conformaban el *pnéuma*, era lo que causaba los terremotos (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 365b). Al acumularse las masas de aire en el interior de la tierra, que entraban por los orificios de la misma, se producían los seísmos cuando los vientos salían. Este fenómeno era muy frecuente en los terrenos porosos como la India (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 366b). Aunque Aristóbulo no se adhiere a la visión de Aristóteles es probable que conociese la teoría de Anaxímenes a través del Estagirita, que también lo cita en su obra. La razón de que se aleje de las opiniones del filósofo debe de haber estado en su propia experiencia personal en la India, que le obligó a conciliar la tradición con los nuevos saberes. La contemplación de los monzones debe de haberle hecho hacer un mayor hincapié en el elemento húmedo frente al vaporoso.

UTOPIÁS

La utopía era un género que había tenido un gran desarrollo en el siglo IV a.C. con obras como el *Critias* y el *Timeo* de Platón, donde se describe la Atlántida. Poco después, Teopompo, en sus *Filípicas*, había hablado de los meropianos y los hiperbóreos, pueblos que vivían en la Edad de Oro, o de los ensebes, que no necesitaban trabajar, porque la fertilidad de su tierra les proporcionaba todo lo necesario para su subsistencia. El clima ayudaba a que sus habitantes no conociesen la enfermedad, y cuando morían lo hacían con la misma felicidad con la que habían vivido.

Los geógrafos de Alejandro también se valieron de este recurso para describir algunas de las sociedades que se encontraron en la India. Al parecer, Onesícrito (ESTRABÓN XV 1.34) no fue ajeno a esta tendencia y creó su propio paraíso en la tierra en la India, el reino de los músicos¹⁰².

La descripción que hace Onesícrito de esta sociedad puede relacionarse con las características propias que tenían las islas maravillosas, la humanidad durante la Edad de Oro y la tierra de los bienaventurados: una larga vida¹⁰³, buen clima, fertilidad del suelo, ausencia de crímenes o de conflictos sociales¹⁰⁴. Pero buena parte de la fuente de la cual bebe este texto es la descripción que Jenofonte hace del Imperio Persa en el inicio de su *Ciropedia* (I 2.2-16). En ambos sitios se trasladan costumbres espartanas que eran admiradas por los intelectuales helenos, y muy

101 ESTRABÓN I 3.10; 3.18; OVIDIO XV 293-4.

102 BROWN, T. S., *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley-Los Ángeles 1949, p. 60-77; relaciona a los músicos de Onesícrito con la Atlántida de Platón, los persas de la *Ciropedia*, la Mérope de Teopompo o la Panquea de Evémero; FERGUSON, J., *Utopias of the Classical World*, Londres 1975, p. 122.

103 Ctesias había dicho con anterioridad que los indios vivían 130 años. Cf. FOCIO, *Biblioteca* 32.

104 Cf. KARTTUNEN, K., «Expedition to the end of the world», *So* 64, 1988, p. 178.

especialmente por Jenofonte, a pueblos extranjeros. Las comidas en común¹⁰⁵, la ausencia de moneda, el empleo de un tipo especial de esclavos o el desprecio por las artes nos recuerdan inevitablemente a la sociedad lacedemonia. El que se empleen exclusivamente jóvenes para realizar las funciones de los esclavos se debería a la ausencia de los mismos en la tierra de los músicos, mientras que Megástenes¹⁰⁶ traslada su ausencia a la India entera¹⁰⁷, lo que al ser un error histórico es una clara evidencia del empleo, por parte de Megástenes, de la obra de Onesícrito. Jenofonte ya había reflejado en su *Ciropedia* (III 2.25-30) la rectitud de la nación India, lo cual era un rasgo muy común entre los pueblos que habitaban los confines del mundo (Cf. *Ilíada* XIII 6, los abios).

Un lugar donde abundan las drogas y los tintes de todo tipo tan raros en Grecia, así como las vides tan escasas en la India (ESTRABÓN XV 1.22). Pero, a diferencia de Jenofonte, Onesícrito estaba imbuido por la filosofía cínica, y algunas de sus enseñanzas pueden rastrearse también en este mundo ideal de la India; tales como la carencia de leyes o la falta del cultivo de las ciencias salvo la medicina, lo que llevaba a los habitantes del país de los músicos a un estado primigenio.

Megástenes siguió los pasos de Onesícrito en la India y volvió a describir el país con los rasgos característicos de las sociedades utópicas, como su fertilidad¹⁰⁸. Desde esta perspectiva, tenemos que juzgar los testimonios de las costumbres indias que se han conservado. En ocasiones descubrimos que Megástenes se contradice, pues primero niega que los indios posean escritura alguna (ESTRABÓN XV 1.53) para posteriormente informarnos de que los sabios hindúes tenían su propia grafía (ESTRABÓN XV 1.39). Nearco, al igual que Onesícrito de Astipalea, afirma que los indios carecen de leyes, pero únicamente de las escritas. De esta forma, matizaba el idealismo propio de un pueblo que a causa de su rectitud no precisaba de un *corpus* legal. Pero esto no significaba que los indios desconociesen la escritura como creía Megástenes. Nearco debe de haber visto algunas muestras de su alfabeto, pues dice que los indios escribían cartas (ESTRABÓN XV 1.67).

En otros casos, las exageraciones saltan por sí mismas, como cuando Megástenes nos dice que en la corte de Chandragupta residían 400.000 personas (ESTRABÓN XV 1.53). Es también, una invención la división en siete castas de la sociedad india (ESTRABÓN XV 1.39: «ἐπὶ μέρη»; ARRIANO, *Índica* 11-12: «ἐπὶ γένεα»; Cf. PLINIO VI 66): sabios; labradores, pastores y cazadores; artesanos y comerciantes; soldados; inspectores; consejeros y magistrados. El número 7 tenía un significado demasiado especial en la cultura griega como para que su sola mención no nos ponga en guardia ante una más que probable *interpretatio graeca*. Por mucho que Majumdar o Dahlquist insistan en que se basan en elementos de la sociedad hindú antigua¹⁰⁹, es más creíble que, como en otras tantas ocasiones hacen los geógrafos de Alejandro, se inspiren en el *lógos* egipcio de las *Historias* de Heródoto¹¹⁰.

105 Existe una diferencia entre las *συσσιτία* espartanas y los ágapes de los que nos habla Onesícrito, los primeros estaban financiados con aportaciones de ciudadanos, mientras que en India la financiación era pública.

106 Megástenes no habría sido ajeno a la utopía. Cf. ZAMBRINI, A., «*Gli Indiká di Megastene*», *ASNP* 12, 1982, p. 71-149; ZAMBRINI, A., «Idealizzazione di una terra: Etnografia e propaganda negli Indika di Megastene», en *Forme di contatto e processi di trasformazioni nelle società antiche*, Scuola Normale Superiore, Pisa-Roma 1983, p. 1105-1118; ZAMBRINI, A., «*Gli Indiká di Megastene*», II, *ASNP* 15, 1985, p. 781-853.

107 ESTRABÓN XV 1.54. Cf. BROWN, T. S., *op. cit.*, p. 156-157.

108 ESTRABÓN XV 1.20.

109 MAJUMDAR, R. C., «The Indika of Megasthenes», *JAOS* 78, 1958, p. 273-276; DAHLQUIST, A., *Megasthenes and indian religion. A study in motives and types*, Estocolmo 1962.

110 HERÓDOTO II 164.1. Cf. VOFCHUK, R., «Las costumbres y creencias filosófico-religiosas de la India según las informaciones de Nearco de Creta», *BAEO* 18, 1982, p. 289.

Esta tendencia a localizar utopías es propia de la sociedad y la época de nuestros geógrafos y, por lo tanto, no podría criticárseles por no poder escapar a las costumbres y creencias de su época.

LOS GIMNOSOFISTAS

Una de las mayores herencias que los geógrafos de Alejandro legaron a la posteridad fue la imagen de los sabios hindúes. A partir de ese momento la fama de la sabiduría de los *gimnosofistas*¹¹¹ (los sabios desnudos) fue tan grande que se vinculó a muchos filósofos griegos con ellos¹¹². Los principales relatos sobre los gimnosofistas proceden de Onesícrito, Nearco, Aristóbulo y Megástenes. La descripción de Onesícrito (ESTRABÓN XV 1.63-65) ha sido más que comentada en los últimos años. Se discute muchísimo si las costumbres de los sabios hindúes son reales¹¹³ o una traslación del pensamiento cínico¹¹⁴.

Una primera similitud la encontramos en el discurso de Cálano, a una Edad de Oro que, en efecto, se encuentra perfectamente atestiguada en la cultura griega en obras como la de Hesíodo, pero también en muchas culturas del mundo antiguo. El discurso de Dándamis (o Mándanis) es mucho más rico y largo. La sentencia «*la mejor doctrina es aquella que suprime el dolor y el placer del alma*» podría ser tomada por un dicho budista o de la filosofía hindú, pero el hecho de que el placer sea considerado un bien, y no un mal, es sospechoso, pues el budismo no distingue entre el dolor y el placer¹¹⁵. Pero la supresión del dolor mediante el ejercicio sí se encuentra presente en el pensamiento cínico. El elogio a Alejandro por parte de Dándamis es igualmente revelador y levanta la sospecha de que todo este episodio se haya reelaborado para presentar al macedonio como un verdadero filósofo en armas o un admirador de la cultura griega. Impresión que se ve reforzada con otros fragmentos de Onesícrito en los que hace decir al rey: «*Atenienses, podríais creer ahora a qué peligros me arriesgo por gozar de buena fama entre vosotros*» (PLUTARCO, *Alex* 60.6). La aparición de tres filósofos griegos como Pitágoras, Sócrates o el propio Diógenes aumenta la sensación de que el texto ha sido alterado por Onesícrito. Finalmente, la acusación de Dándamis a los filósofos griegos de anteponer la ley a la naturaleza, recuerda la larga disputa de los pensadores helenos entre *phýsis* y *nómos*. Lo sorprendente es que Diógenes aparezca entre ellos, siendo un elemento contrario al régimen de la *pólis* griega. Si el texto es un elogio a las figuras de su rey y de su maestro, ¿por qué no es excluido de esta lista? Tal vez, simplemente sea una argucia para aumentar la credibilidad de su relato.

111 MUCKENSTURM-POULLE, C., «L'espace des gymnosophistes», en *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, París 1995, p. 113-124, destaca que dicho término no está atestiguado hasta el siglo I a.C., y que fue utilizado para designar a sabios indios no siempre fácilmente diferenciables.

112 SAYRE, F., *Diogenes of Sinope: A Study of Greek Cynicism*, Baltimore 1938, p. 40; FLINTOFF, E., «Pyrrho and India», *Phronesis* 25, 1980, p. 105.

113 STONEMAN, R., «Who are the Brahmins?», *CQ* 44, 1994, p. 509, aspectos como el vegetarianismo no serían propios de la filosofía cínica, pero sí de los brahmanes de la India; STONEMAN, R., «Naked Philosophers», *JHS* 115, 1995: «*Onesicritus' account does preserve recognisable Indian doctrine*» (p. 104); BOSWORTH, A. B., «A Tale of Two Empires: Hernán Cortés and Alexander the Great», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction*, Oxford 2000, p. 44; VOFCHUK, R. C., *op. cit.*, 1986, p. 195.

114 BROWN, T. S., *op. cit.*, p. 41; PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 99; PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 106; OLIVER SEGURA, J. P., «Diálogo del rey Alejandro con el brahmán Dándamis», en *Heterodoxos, reformadores y marginados en la antigüedad clásica*, Sevilla 1991, p. 111; ALBADALEJO VIVERO, M., «Elementos utópicos en la India descrita por Onesícrito», *Polis* 15, 2003, p. 13.

115 PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 109.

Lo dicho hasta ahora evidencia elementos de origen helénico y cínico en el diálogo entre Onesícrito y los gimnosofistas, pero no certifica que el encuentro fuese alterado o transmutado intencionadamente. Aunque lo lógico es que fuese así, al ser más fácil para el autor relacionar la filosofía de los brahmanes con un pensamiento que él conocía y con el que había ciertos puntos de contacto. Lo significativo es que el de Astipalea, como sus compañeros, intentara comprender con su mentalidad de griego los nuevos horizontes que se abrían ante sus ojos. Todo ello se vio reforzado porque Onesícrito, por muy miembro que fuese de la escuela cínica, no dejaba de ser un griego que escribía para un público griego, que tenía interés en aquellas viejas cuestiones que les eran conocidas. Pero al retrotraer a la India, el fin del mundo, las doctrinas de la escuela cínica, también aumentaban su prestigio entre sus posibles lectores¹¹⁶.

Aristóbulo refleja mejor que los anteriores la influencia de los sabios entre la población (ESTRABÓN XV 1.61). Nearco es el primero de los compañeros del rey que distingue entre las distintas clases de sabios hindúes. Aquellos que servían a los monarcas indios como consejeros y los que se dedicaban al estudio de la naturaleza. Una división que es considerada correcta.

Megástenes precisa aún más la distinción de Nearco cuando nos da los nombres de esos dos grupos: «a unos los llama brahmanes y a otros sarmanes» (ESTRABÓN XV 1.59). Los primeros serían los ascetas que se encontraron Alejandro y sus compañeros, que practican la abstinencia y no hacían partícipes de sus enseñanzas a las mujeres. Los segundos serían médicos y consejeros de los reyes (ESTRABÓN XV 1.60). Esta distinción queda confirmada en la célebre inscripción del rey budista Asoka¹¹⁷.

LA ALTERACIÓN DEL ESPACIO

Ya hemos dicho que autores como Eratóstenes y Estrabón criticaron la *kolakeía* (adulación) de los historiadores de Alejandro por enaltecer la gloria de su rey. De ser esto cierto deberíamos entender que se hizo con el beneplácito del macedonio, el mismo macedonio que actualmente sigue recibiendo elogios de investigadores de todo el mundo por haber ayudado desinteresadamente a acrecentar el conocimiento del espacio geográfico que se tenía en su época.

La primera acusación sería haber pensado que el mar Negro y el Caspio eran un mismo mar interior. Pero es muy posible que este error no fuese intencionado. La segunda acusación es el haber suprimido el Cáucaso Pónico adrede. Esto fue lo que hizo Clitarco. Lo cual le obligó a reestructurar buena parte del espacio geográfico conocido hasta ese momento teniendo que juntar pueblos que vivían mucho más lejos de lo que lo estaban en su obra. El error queda atestiguado en dos pasajes de Estrabón:

«Los que han reducido el istmo tanto como Clitarco, que dice que está inundado por uno y otro mar, ni siquiera deberían ser mencionados» (XI 1.5).

«Clitarco dice que Talestris, partiendo desde las Puertas Caspias y el Termodonte, fue a encontrarse con Alejandro, pero resulta que desde el territorio caspio al Termodonte hay más de seis mil estadios» (XI 5.4).

116 ALBADALEJO VIVERO, M., *op. cit.*, Polis 15, 2003, p. 14.

117 DIHLE, A., «The conception of India in Hellenistic and Roman literature», en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, p. 95.

Al parecer, fue Clitarco quien habría reducido la distancia que separaba el mar Caspio del mar Negro hasta crear un istmo muy estrecho, lo cual explicaría cómo pudieron las amazonas acudir al encuentro del rey en Hircania (Q. CURCIO VI 5.24-25). Clitarco, por tanto, escribe una geografía literaria adaptada a su creencia en el dominio universal de Alejandro¹¹⁸.

El istmo quedaba temporalmente inundado por las aguas, de tal modo que el Caspio y el Euxino pasaban a formar un único mar¹¹⁹. Era una manera muy original de complacer a quienes, como Policlito de Larisa, pensaban que ambos mares estaban comunicados; y solucionar el paso de las amazonas a Hircania. No es sorprendente, por tanto, que algunos historiadores le atribuyan la invención de esta entrevista que tuvo lugar en las proximidades del mar Caspio¹²⁰. Encuentro del que, si bien no se duda que fue ficticio, ha sido reinterpretado recientemente por varios historiadores¹²¹.

La consecuencia de todo esto es que los pueblos que moraban la orilla del Ponto Euxino son trasladados al mar Caspio (Q. CURCIO VI 4.16-18). No son únicamente los pueblos colindantes al Ponto Euxino los que se ven afectados, lo mismo les ocurre a las altas satrapías (Aracosis, Media y Bactriana). Según se deduce de las fuentes, Clitarco habría pensado que la satrapía de Aracosis se encontraba junto al mar Negro (Q. CURCIO VII 3.4.) cuando realmente ocupa la región del actual Afganistán. El error se ve confirmado cuando dice que los vientos del Ponto Euxino alcanzan los desiertos de arena de la Bactriana¹²².

Este continuo desplazamiento de los pueblos de Asia al norte, tiene varias consecuencias: 1) La disminución de la luz solar; 2) Los montes Ripeos, que marcaban la tradicional frontera septentrional del mundo, desaparecen¹²³, ocupando su lugar la zona al norte de Parapamísadas; 3) El aumento de las bajas temperaturas.

La naturaleza inhabitable de esta zona (Q. CURCIO VII 3.7) es confirmada por el historiador latino: «*Viven en las zonas más próximas al Septentrión; a partir de allí se extienden bosques impenetrables y amplias regiones desérticas. Por el contrario, las zonas situadas hacia el Tanais y Bactro no son hostiles a un asentamiento humano*»¹²⁴. Tal era el frío que soportaban los soldados macedonios, que tuvieron que pagar cantidades astronómicas por la comida y cuando no pudieron comprarla tuvieron que comerse las bestias de carga (Q. CURCIO RUFO VII 4.24-25).

Clitarco, independientemente de si participó en la destrucción del Imperio Persa, escribió después de la muerte de Alejandro. Por lo que no se pueden achacar los errores geográficos que se detectan en su obra al macedonio directamente. Sin embargo, la geografía literaria de Clitarco habría nacido intentando conciliar la obra de Policlito de Larisa con una idea muy extendida

118 GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre. I. Les origines politiques*, Nancy 1978, 159ss.

119 Q. CURCIO VI 4.19.

120 HAMMOND, N. G. L., *op. cit.*, p. 19.

121 Recientemente el encuentro de Alejandro con las amazonas ha sido considerado como un símbolo de la política racial del macedonio. El hijo nacido de la unión de la amazona y de Alejandro venía a significar la fusión entre los griegos y los asiáticos. DAUMAS, M., «Alexandre et la reine des Amazones», *REA* 94, 1992, p. 347-354; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., «Entre mito e historia: Alejandro y la reina de las Amazonas», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 171-198.

122 Q. CURCIO VII 4.27-28.

123 Aunque Heródoto no los menciona en su obra, un contemporáneo suyo como el geógrafo Damastes de Sigeo (*fr.* 1) sí lo hizo. Siguen siendo el límite septentrional en el tratado hipocrático *Sobre los aires, aguas y lugares* 19.8 y en Aristóteles, *Meteorológicas* 350b.

124 Q. CURCIO VII 7.4.

en la Alejandría de Ptolomeo I Soter y Ptolomeo II Filadelfo, que Alejandro de Macedonia conquistó todo el mundo¹²⁵. Es la leyenda de Alejandro Magno, que los Ptolomeos esparcen al mundo en aras de consolidar su poder, la que provoca el error de Clitarco.

Dos de los mayores errores geográficos que los geógrafos de Alejandro legaron a la posteridad «podrían» haberse producido sin la voluntad del monarca. No obstante, al principio de la campaña, y estando vivo el rey, pueden observarse alteraciones del espacio igualmente interesantes. El hecho de que se encuentren en los fragmentos de Calístenes, la máquina de propaganda real¹²⁶, no puede suscitar duda alguna de que se produjeron con el consentimiento del monarca. Así, observamos desde el inicio de la campaña asiática cómo una serie de pueblos de Asia Menor (fig. 24) sufre alteraciones en sus nombres, o en su ubicación, con la intención de hacerlos coincidir con los pueblos más famosos de la *Iliada*, de la que el rey era un ferviente lector¹²⁷.

Cuando Calístenes, según Estrabón (XIII 1.13), describe el lugar en el que se produjo la batalla de Gránico, lo ubica en una llanura llamada Adrastea, junto al santuario de Némesis. El propio Estrabón tiene que admitir que la llanura no se encuentra en Zelea, sino en Cízico. Dos ciudades de la Tróade, Tebas y Lirneso, con un claro protagonismo en la *Iliada*, son trasladadas a Panfilia en un nuevo texto de Calístenes citado por Estrabón (XIV 4.1). Podría decirse que es el geógrafo de Amasia quien cometió el error de ubicarlas en Cilicia, pero Q. Curcio (III 4.10) también comete la misma equivocación, luego deben compartir una misma fuente, Calístenes.



24. Satrapías de Asia Menor en tiempos de Antígono el Tuerto. Procedente de Billows (1990).

125 Algunos contemporáneos del macedonio habían expresado un pensamiento parecido (Demades = PLUTARCO, *Foción* 22; HIPÉRIDES, *Epitafio* 20) y era una demanda muy común de los faraones egipcios el tener un dominio universal, siendo un claro ejemplo de ello Sesostris (MANETÓN, *Fr.* 35-36; *Fr.* 50). Según Libanio (*Descripciones* 27) la estatua del fundador de Alejandría se encontraba sobre un zócalo con la imagen de la tierra que descansaba sobre cuatro columnas que simbolizaban los cuatro puntos cardinales. Esto queda reflejado en la leyenda del Pseudo-Calístenes donde Alejandro es llamado *kosmokrator* (PSEUDO CALÍSTENES I 34. 2-4).

126 DEVINE, A. M., «Alexander's Propaganda Machine: Callisthenes as the Ultimate Source for Arrian, *Anabasis* 1-3», en *Ventures into Greek History*, Oxford 1994, p. 89-102.

127 ESTRABÓN XIII 1.27; PLUTARCO, *Alex* 26.1-4. Cf. SANZ MORALES, M., «Sobre la existencia de una recensión de la *Iliada* debida a Aristóteles», *Minerva* 3, 1991, p. 57-80.

Todos estos lugares tenían relación con los héroes troyanos con los que Alejandro estaba emparentado a través de su madre, Olímpíade. La casa real del Épiro decía orgullosamente que procedía de Moloso, hijo de Pirro y de Andrómaca, por lo que el macedonio tenía derecho por partida doble a gobernar estas tierras. Por un lado, al ser descendiente de uno de los conquistadores de Asia, Aquiles, por otro, por estar emparentado con uno de los antiguos reyes del Asia Menor, Eetión, el padre de Andrómaca. En la persona del joven conquistador macedonio, troyanos y griegos quedaban unidos y reconciliados.

Con el beneplácito de Alejandro, Calístenes resituaba lugares con una clara importancia en el imaginario griego para acrecentar los méritos de la conquista. Los macedonios, de este modo, podían presumir de haber estado en el lugar donde fue encerrado Tifón¹²⁸, como más tarde haber descubierto la gruta donde había estado prisionero el titán Prometeo. Un rey al que le gustaba rivalizar con los héroes de la leyenda debía de moverse en un escenario a medio camino entre el mito y la realidad. ¿Qué importancia podía tener alterar el espacio geográfico si con ello se acrecentaba la gloria del monarca?

Un nuevo problema se le presenta al sobrino de Aristóteles cuando tiene que situar pueblos, como los caucones, que Homero (*Iliada* X 429; XX 329) no precisaba dónde habitaban.

«Respecto a los caucones, de quienes los historiadores dicen que habitaban la costa contigua a los mariandinos hasta el río Partenio y que tenían la ciudad de Tíeo, unos autores afirman que son escitas, otros que son gentes macedonias y otros que pelasgas... Calístenes incluso añadió estos versos en el Diácosmo, poniendo detrás de Cromna, Egíalo y los elevados Eritinos, los versos a los caucones conducía por su parte el hijo intachable de Policles, éstos habitaban en gloriosas casas a orillas del río Partenio.

Pues dice que desde Heraclea y la tierra de los mariandinos hasta la de los leucosirios a quienes nosotros llamamos capadocios, se extendían el pueblo de los caucones, en los alrededores de Tíeo, hasta el río Partenio y el de los éneos, que ocupan Cítoro, a continuación detrás del Partenio, y que todavía hoy hay algunos cauconites a orillas del Partenio¹²⁹».

Aquí nos encontramos con un procedimiento contrario al que anteriormente había empleado en Panfilia. Si antes legitimaba el derecho de su señor sobre estas tierras destacando su vinculación con sus antepasados, ahora demuestra cuán unidos estaban con los invasores, al considerarlos un pueblo macedonio. El nombre de Policles es poco común entre los griegos, en cambio sí esta atestiguado en Macedonia¹³⁰. Lo mismo ocurre cuando sitúa el origen de la riqueza de Cadmo y Midas en el Pangeo y el Bermión (ESTRABÓN XIV 5.28), importantes lugares de Macedonia.

Estrabón (XIV 5.28. Cf. XIII 1.45) reconoce que Calístenes realizó algunas falsificaciones, como la ocurrida con el pueblo de los halizones, que aparecen mencionados por Homero (*Iliada* II 856) en el catálogo de los pueblos troyanos.

128 La alusión a Tifón no es casual pues también es mencionada por Homero en la *Iliada* II 781-3. Aunque el lugar donde fue encerrado Zeus se situaba cerca de Cilicia, no ocurría lo mismo con el caso de Tifón, que era generalmente situado en el Etna (APOLODORO I 6.3). Cf. ESTRABÓN XIII 4.6.

129 ESTRABÓN XII 3.5. Sobre dicho texto cf. BURSTEIN, S. M., «Fragment 53 of Callisthenes and the Text of Iliad 2. 850-55», *CPh* 71 (4) 1976, p. 339-341.

130 Entre los miembros del ejército macedonio hay un tal Policles que llegó a luchar contra los etolios (DIODORO XVIII 38). Cf. BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, n° 652, p. 324-325.

Los pasajes de Estrabón en los que se mencionan la tumba de Aquiles y Patroclo¹³¹ o el puerto de los aqueos¹³² también debió de tomarlos de Calístenes. No hay, en cambio, la menor duda en lo concerniente a los léleges, que es el nombre que los griegos daban a los pueblos prehelénicos y en la epopeya homérica formaban parte de los aliados de los troyanos¹³³. En la *Ilíada* (VI 35; XX 90-2; XXI 86-8) Aquiles saqueó su capital, Pédaso. El pueblo de los léleges había sido relacionado en otras ocasiones con los carios. Calístenes volvía a hacerlo, pero no de forma casual, puesto que los carios eran aliados de los macedonios. Sobre su reina Ada, se decía incluso que había adoptado a Alejandro (PLUTARCO, *Alex* 22.8). Al aumentar la legitimidad de los carios sobre estas tierras como herederos de los léleges, indirectamente Calístenes aumentaba la autoridad de los macedonios al ser éstos sus aliados.

Como se ha podido ver los casos más claros de manipulación corresponden a autores como Calístenes y Clitarco, los padres de la denominada Vulgata. El último escribió durante el reinado de Ptolomeo I Soter y el primero fue el historiador oficial de Alejandro Magno. Al contrario que lo ocurrido con Policlito, no hay posibilidad alguna de que no haya sido intencionado. Pero lo significativo es que el primer precedente de alteración del espacio para enaltecer el ego de un monarca ocurrió con Alejandro de Macedonia, aquel a quien se elogia por haber ampliado el conocimiento del orbe.

CONCLUSIÓN

Cuando aconteció la conquista de Asia Menor por parte de los macedonios, fue presentada como una segunda toma de Troya: Alejandro desembarcó el primero como Protesilao (DIODORO XVII 17.2-3; ARRIANO I 11.5); visitó la tumba de Aquiles y Príamo (PLUTARCO, *Alex* 15.7-8; ARRIANO I 12.1-2); realizó sacrificios en honor de Anfíloco (DIODORO XIV 5.17). No fue casualidad que Calístenes trasladase algunos pueblos de la epopeya homérica para hacerlos coincidir con la ruta que tomaba el ejército. Todos los que formaban parte del ejército estaban reviviendo de manos de rey los poemas de Homero. Lo mismo ocurrió en la India. El rey estaba convencido de haber encontrado las huellas de Diónisos y Heracles. Lo hizo porque estaba predispuesto a ello, como había ocurrido ya en otras ocasiones, pero lo importante es que los macedonios no dudaron de la palabra de su monarca. No lo hicieron, no sólo porque controlase la información que entraba y salía de su campamento¹³⁴, o porque estuvieran convencidos de su divinidad, sino porque como rey macedonio, también era el máximo sacerdote y tenía la última palabra con respecto a las cuestiones religiosas.

Llegados a este punto, hay que concluir que si Alejandro tenía el monopolio de la propaganda, de la información geográfica y de las creencias religiosas, fue también el responsable de muchos de los errores que se produjeron a lo largo de la campaña, como confundir el Nilo con el Indo, el Tanais con el Yaxartes, el Caspio con el mar Azov o el Cáucaso con el Hindukush. No hay la menor duda de que muchas de las decisiones que se tomaron fueron discutidas previamente con algunos expertos o con la cúpula militar, pero la última palabra era la suya. Pero contrariamente no puede decirse que las opiniones de Alejandro fuesen impuestas en sus geógrafos, pues todos ellos, a excepción de Calístenes, escribieron después de su muerte y mantuvieron

131 ESTRABÓN XIII 1.32.

132 ESTRABÓN XIII 1.31.

133 *Ilíada* X 429; XX 96.

134 Q. CURCIO VII 2.36; DIODORO XVII 80.4.

opiniones distintas entre ellos¹³⁵. Sin embargo, cuando nuestras fuentes presentan un problema que afectaba al seno de la expedición macedonia, nos muestran al rey tomando decisiones. En el caso de la identificación del Nilo con el Indo, Nearco hizo que fuese Alejandro el que desarrollase la teoría de que eran el mismo río. Poco importa que la historia tal y como la cuenta Nearco fuese o no cierta, lo importante es que para Nearco era algo natural que deliberaciones como estas pasasen por el rey. Por lo tanto, las acusaciones de haber alterado el espacio por motivos propagandísticos o de haber llevado a Diónisos y Heracles a la India deben de atribuirse a Alejandro de Macedonia y no al grupo de escritores que plasmaron sus hazañas después de su muerte, describiendo una realidad espacial, que él alteró para sus propios fines.

La φιλοτιμία (amor por la gloria) de Alejandro no fue el único problema con el que tuvieron que enfrentarse estos autores. Fueron los primeros geógrafos que se vieron obligados contraponer la geografía literaria fijada por la tradición con el conocimiento geográfico adquirido por su propia autopsia. Sin embargo, y pese a que en determinadas cuestiones corrigieron a sus antecesores, en la mayoría de las ocasiones se mantuvieron fieles a las historias anteriores. Los motivos de este hecho pueden ser varios: 1) Escribieron para un público griego que quería escuchar las viejas historias de siempre 2) La carencia de formación de algunos de ellos hizo que su dependencia con el legado cultural fuese mayor, para demostrar que no carecían de la instrucción necesaria y obtener legitimación como escritores válidos 3) La ascendencia de Aristóteles sobre ellos, ya fuese directamente (Calístenes, Nearco, Ptolomeo) o indirectamente (Aristóbulo y Policlito) fue importante, aunque no les impidiese, en ocasiones, diferir de lo dicho por el Estagirita (Elefantes; Terremotos) 4) Dos de los autores con mayor peso en la geografía literaria, como Homero y Heródoto, fueron libros de cabecera de Alejandro Magno¹³⁶. Alejandro ensalzó a Homero, y tuvo una copia de la *Iliada* siempre con él. El escudo de Aquiles, que tomó en Troya¹³⁷, fue el único «mapa» del que verdaderamente tenemos constancia que fuese utilizado. Homero, no sólo fue el poeta de Alejandro, fue su geógrafo. En cuanto a Heródoto, es opinión común que fue conocido por los intelectuales que pululaban por la corte de Macedonia gracias a un epítome que hizo Teopompo de Quíos, por encargo del rey Filipo II (Cf. JACOBY *FGrH* 115 T 1.4; 115 F 4.2). Además, sus teorías habrían ganado peso sobre otros geógrafos al certificarse que tenía razón al defender la existencia de mares interiores o al negar que el Océano estuviese tan próximo a la India.

Pese a aportar su propia experiencia para resolver viejas cuestiones (la naturaleza de los elefantes, el origen de los terremotos y de las crecidas del Nilo, etc.), no se atrevieron a emplearla para desterrar de la geografía todos aquellos elementos sobrenaturales o fantásticos que la caracterizaban en aquel período. Ni siquiera pudieron desterrarlas a otro lugar, lejos del mundo griego, como ocurrió durante las colonizaciones, porque no había tierra nueva más al este, la India era la tierra de los confines por excelencia. La opción habría sido reinventar la tradición geográfica clásica rechazando sus viejas historias y el concepto de límite del mundo,

135 Onesícrto defendía la existencia de hipopótamos en el Indo, Aristóbulo negaba que el Yaxartes y el Tanais fuesen el mismo río, Policlito pensaba que la laguna Meótide y el Caspio eran el mismo mar interior, etc.

136 AMELING, W., «Alexander und Achilleus: Ein Bestandsaufnahme», en *Zu Alexander d. Gr. Festschrift G. Wirth*, II, Amsterdam 1988, p. 657-692; BADIÁN, E., «Greeks and Macedonians», en *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times*, Studies in the History of Art 10, Washington 1982, p. 33-51.

137 ARIANO VI 9.3; DIODORO XVII 21.2. Cf. HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno, rey, general y estadista*, Madrid, Alianza 1992: «lo que quizá tuviera para él, el mismo significado que un pedazo de la Cruz podía haber tenido para un cruzado» (p. 230).

donde se concentraba lo paranormal o pasar a formar parte de la larga cadena de los errores del pensamiento griego. En su favor habría que decir que estos seres no sólo desempeñaban un rol exótico, servían para conformar y definir la alteridad desde los más remotos tiempos del pensamiento griego, obviarlos implicaba poner en cuestionamiento todas las bases ideológicas de su cultura. Un paradigma tiene que ser sustituido por otro para dejar de tener vigencia, y en aquel momento las decadentes ciudades estado no habían generado ninguno lo suficientemente válido y fuerte. Moldear algo que no fluye en la corriente en la que discurren los hechos sociales, crear *ex nihilo*, es algo fuera del alcance de la mayoría de los intelectuales; los geógrafos de Alejandro no fueron una excepción. Obviamente lo sobrenatural no sólo no desapareció, sino que hasta pareció incrementarse, siendo la India la cuna de todas las maravillas¹³⁸.

Lo verdaderamente significativo de estos autores es que son la prueba fehaciente de que la tradición podía tener un peso mucho mayor que la autopsia en el pensamiento antiguo. Podrían haber contado las cosas tal y como ocurrieron y las vieron, pero entonces ¿quién les habría creído? La Grecia del siglo IV a.C. sumida en tantos debates inconclusos (*nómos vs phýsis*; cultura oral vs escrita; revolución vs concordia; individuo vs comunidad) todavía seguía creyendo que había una parte del conocimiento que no procedía de la experiencia, sino que era heredado, transmitido.

Su incapacidad para mutar la tradición resulta aún más llamativa si la comparamos con los recursos y las habilidades de Alejandro para el mismo propósito. El macedonio, como hemos defendido, provocó por sus deseos de gloria importantes errores en la relación entre el hombre y el espacio en los siglos sucesivos (cf. *Supra.* p. 148-152), pero, aún así, pudo alterar la tradición geográfica cuando así lo deseó en su propio beneficio. Si anteriormente el individuo tenía dificultades para conseguir alterar las creencias de una sociedad abierta, ahora observamos cómo las grandes personalidades tienen la capacidad para agilizar estas transformaciones o para ralentizarlas, puesto que, después de Alejandro, los grandes representantes estatales tuvieron los recursos para facilitar el trabajo de quienes les favorecían y de obstaculizar las investigaciones de quienes disentían de la autoridad gubernamental. Alejandro es el punto de inflexión de la dependencia del intelectual griego frente al monarca helenístico.

Estas circunstancias imposibilitaron que pudiese concebirse una forma nueva de hacer geografía. Tendremos que esperar a Eratóstenes para que la geografía científica florezca. No obstante, sí hubo un aspecto geográfico, en cierto modo, novedoso en sus obras y que es una consecuencia directa de las conquistas de Alejandro. La geografía que escribieron dejó de ser regional, ya no tenía su centro en el mundo griego, como en Tucídides, siendo sustituida por otra geografía más semejante a la de Heródoto que describía un nuevo mundo, ensanchado hasta tal punto que los viejos conceptos de centro, periferia y confines tendrían que ser reinterpretados para no ser abandonados. El siguiente paso después de este aumento de la *oikoumene* era medir el mundo, pero eso fue algo que tuvieron que intentar los geógrafos del mundo helenístico.

138 Cf. JACOB, Ch., «L'inde imaginaire des géographes alexandrins», en *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, París 1995, p. 61-80; 71ss, señala que pese a sus críticas Estrabón compartió la misma fascinación que los geógrafos de Alejandro por las maravillas de la India, siendo esta región un verdadero talón de Aquiles para el racionalismo geográfico de Alejandría (p. 75), pues pese a la cantidad de información que fluyó tras la expedición no acabó con la imagen tradicional de país de los confines (p. 76).

III. ÉPOCA HELENÍSTICA

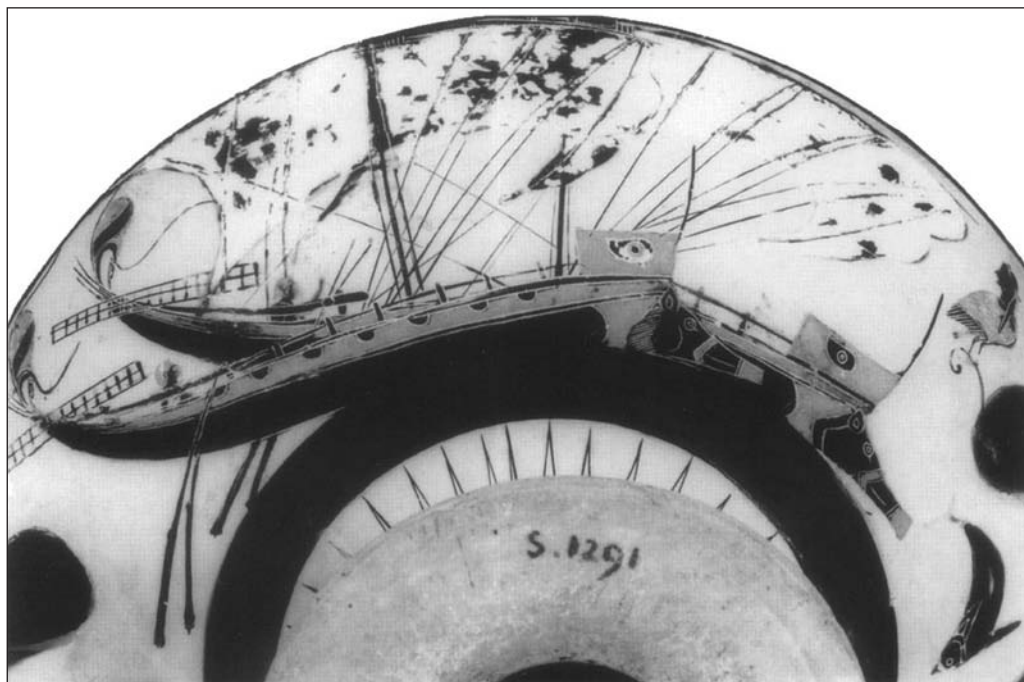
6. LAS EXPLORACIONES EN ÉPOCA HELENÍSTICA: FIJANDO LOS CONFINES DEL MUNDO

«Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca debes rogar que el viaje sea largo, lleno de peripecias, lleno de experiencias. No has de temer ni a los lestrigones ni a los cíclopes, ni la cólera del airado Posidón. Nunca tales monstruos hallarás en tu ruta si tu pensamiento es elevado, si una exquisita emoción penetra en tu alma y en tu cuerpo» (KAVAFIS, Ítaca).

«En los viajes, también puede uno observar cuán familiar y amigo es todo hombre para todo hombre» (ARISTÓTELES, Ética a Nicómaco 1155a).

Los viajes de exploración siempre han sido un elemento esencial en la ampliación del conocimiento geográfico. A lo largo del período helenístico se realizaron muchos por instancia de los grandes monarcas. Sin embargo, no debe pensarse en ningún caso que ni sus intenciones fueron meramente científicas ni que la información que se obtuvo de estos viajes no se amoldó a los cánones fijados por la tradición.

Lo que sí reflejan estos testimonios es una movilidad y un número de viajes mucho mayor que en épocas anteriores. Viajar nunca había resultado tan fácil y tan cotidiano. Como muestra el *Idilio XIV* de Teócrito, los motivos para emprender una travesía podían ser muy diversos, desde el mal de amores (53-5), a los puramente egoístas que mueven al mercenario helenístico: *«Así que, si te place abrocharte al hombro derecho la capa militar, si vas a tener valor para afrontar a pie firme la acometida de un bravo guerrero, ¡rápido a Egipto!»* (65-8). Las inscripciones atestiguan igualmente un mayor trasiego por parte del hombre helenístico: *«Apolonio, hijo de Sosibio de Tera, oficial de las unidades externas [soldados sirviendo fuera de Egipto] hizo [esta dedicatoria] a los grandes dioses de Samotracia, en cumplimiento de una promesa, tras haber sido salvado de grandes peligros después de haber zarpado del mar Rojo»* (OGIS 69; cf. SEG XXVI 1800). Clearco de Solos, se piensa que realizó un viaje hasta la lejana Ai Khanoum («Dama Luna»), la Alejandría del Oxos, en la Bactriana, lo que le habría servido para documentarse y poder escribir su *Περὶ Ἰνδῶν*. Aunque, en modo alguno, implicó que dicha actividad dejara de ser peligrosa y que despertase por igual la fantasía y el temor del ser humano.



25. Vaso griego hecho alrededor del 250 a.C., en el que pueden verse las proas de dos barcos decoradas con animales.

EXPLORACIONES ALEJANDRINAS

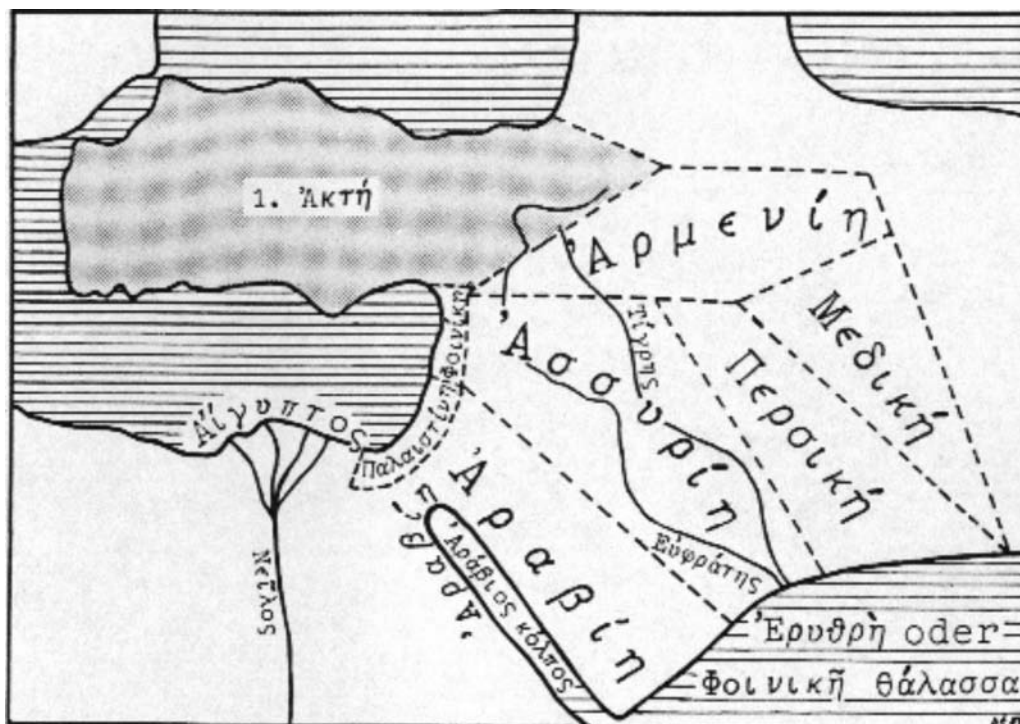
Antes de su muerte el conquistador macedonio ordenó que se iniciasen unos viajes de exploración de la costa del mar Rojo y del Caspio cuyos fines siguen siendo discutidos hoy en día, pero que seguramente estaban vinculados a la futura conquista de Arabia (Cf. ARRIANO VII 20.1-2), que alimentó la imaginación de sus contemporáneos y de la posteridad sobre los últimos planes del macedonio¹

La Península Arábiga (fig. 26) despertaba en los griegos sentimientos no muy distintos de los que pudiesen tener respecto a la India. Esta tierra también se incluía entre los lugares fabulosos. No obstante, había sido la región donde creció el dios Diónisos y era muy conocida en toda la *oikoumene* por ser la patria de los aromas y los perfumes². Heródoto (III 107-113) había dedicado un largo *excursus* a Arabia en sus *Historias*, para explicar los peligros a los que debían enfrentarse sus habitantes para recoger los preciados aromas. Es precisamente por ser la tierra de donde procedían todas estas fragancias³, por lo que fue bautizada por los griegos con

1 Q. CURCIO X 1.17-18; PLUTARCO, *Alex* 68; ARRIANO VII 1.2-3.

2 MÜLLER, D. H., «Arabia», *RE* 3, 1895, cols. 344-359; CASKEL, W., «Arabia», en *The Greeks and the Persians from the sixth to the fourth cent. B.C.*, Nueva York 1968, p. 419.

3 HERÓDOTO III 97, dice que los árabes hacían una contribución anual de 1.000 talentos en incienso al Imperio Persa.



26. Imagen de Arabia según Heródoto y Hecateo. Procedencia P. Högemann 1985, p. 18.

el nombre de εὐδαίμων Ἀραβία⁴. Sobrenombre que recuerda a la Isla de los Bienaventurados, y que los romanos tradujeron por *felix*⁵. Arriano introduce como razón principal la emulación de Diónisos por Alejandro y la riqueza del país. Por un lado, tenemos la tradicional emulación del macedonio hacia Diónisos y, por otro, una enumeración de las maravillas y riquezas del país. Las mismas razones que justificaron la invasión de la India.

La valoración de estas expediciones ha sido muy diversa, para algunos autores se trataría de meras investigaciones geográficas⁶ y para otros, intentarían recabar información clave para la inminente invasión de Arabia⁷. En el primer caso, se apoyan en la tan mencionada relación con Aristóteles para deducir que fue puramente por motivos científicos; y en el segundo, relacionan las exploraciones con los preparativos de conquista que son recogidos en los últimos planes del conquistador (Cf. DIODORO XVIII 4.2-6). Pero si se le da validez a la teoría que hace

4 EURÍPIDES, *Bacantes* 16-18; ARISTÓFANES, *Av* 144; DIODORO II 49.

5 Aunque su uso no debía estar muy extendido todavía en tiempos del principado, puesto que Augusto en su *Res Gestae*, opta por el término griego antes que por su equivalente latino. Cf. NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Michigan 1991, p. 21.

6 SALLES, J-F., «La circumnavigation de l'Arabie dans l'Antiquité classique», en *L'Arabie et ses mers bordières*, Lyon 1988: «verdaderas exploraciones de territorio virgen» (p. 88); SALLES, J-F., «Découvertes du golfe arabo-persique aux époques grecque et romaine», *REA* 94, 1992, p. 79-97.

7 BRIANT, P., *From Cyrus to Alexander*, París 2002, p. 761; HÖGEMANN, P., *Alexander der Grosse und Arabien*, Múnich 1985, p. 88.

conquistar al joven macedonio la India para seguir los pasos de Diónisos y Heracles, no es en modo alguno improbable que esa hubiese sido la verdadera razón de los preparativos. Aunque ver una única razón en una personalidad tan polimórfica como la de Alejandro Magno, siempre es, aparentemente, simplificar las cosas.

Una de las más importantes exploraciones encargadas por el macedonio fue la realizada por Andróstenes⁸, hijo de Calístrato (ARRIANO, *Índica* 18.4) y originario de la isla de Tasos o de Anfípolis⁹, y que parece haber acompañado a Nearco en su viaje (ESTRABÓN XVI 3.2) y posteriormente haber circunnavegado las costas de Arabia (ARRIANO VII 20.7) y arribado a la isla de Tilos. Sabemos que escribió un relato de sus viajes conocido como Παράπλους τῆς Ἰνδικῆς (ATENEIO III 93 d-c), cuya cronología, si bien nos es desconocida, debe establecerse antes de la muerte de Teofrasto (*circa* 287), pues lo citó en sus obras. Jacoby defendió la existencia de una segunda obra al no concordar el título que nos ha llegado con el viaje que sabemos que hizo. Ahora bien, aparte de que ningún autor nos menciona la existencia de una segunda obra, de ser válido este razonamiento, deberíamos atribuirle una segunda obra a Nearco, pues pese a titular su obra de forma similar no es la India en sí la protagonista indiscutible de su historia, sino el viaje por la costa de Carmania.

Algunos de los pasajes de la obra de Andróstenes de Tasos se han conservado en Teofrasto (*Historia de las plantas* IV 7.7-8), quien lo utilizó como una fuente de incuestionable valía para las descripciones de las plantas de la isla de Tilos (Bahrein). Aunque no es citado de forma directa, sabemos que la fuente de Teofrasto es Andróstenes, porque es citado por su nombre en los *Orígenes de las plantas* II 5.5 para certificar la buena calidad del agua de la isla de Tilos. Ateneo (III 93 c-d) lo cita también de forma directa para describir el sistema de pesca de los concheros y cómo valoraban su fruto blanco, las perlas, por encima incluso del oro, y que son llamados por los indios βέρβερι. La pesca de las perlas llamó poderosamente la atención de los autores antiguos¹⁰, quienes vinculaban su origen al mito de Heracles¹¹.

Estrabón (XVI 3.2) también describe su viaje, e inmediatamente después habla de la isla de Ícaro, donde se encontraba un santuario dedicado al dios Apolo. Aristóbulo (ARRIANO VII 20.5) había hablado de un templo dedicado a la diosa Ártemis ubicado en una isla. Al tratarse de divinidades hermanas, es posible que se refiera a la misma isla, lo cual parece quedar confirmado cuando sabemos que en la isla de Ícaria había un santuario dedicado a Ártemis Taurópolo¹². Ante la similitud de los nombres de las islas, es muy probable que Aristóbulo asociase el nombre de la deidad de Ícaro con Ártemis, mientras que Andróstenes

8 BERGER, H., «Androsthènes», *RE* 1.2, 1894, cols. 2172-2173; BERVE, H., *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, II, Múnich 1926, n° 80, p. 40; DOGNINI, C., «Androstene di Taso e il Periplo dell'India», *Pomoerium* 4-5, 2000, p. 1-8; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 217; BATTISTINI, O., «Androsthénès de Thasos», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont 2004, p. 534.

9 Como otros tantos personajes de este período resulta difícil precisar su lugar de procedencia. La posibilidad de que se trate del mismo Andróstenes es bastante alta cuando leemos que Nearco también procede de Anfípolis. DOGNINI, C., *op. cit.*, p. 2, ha defendido que tanto Nearco como Andróstenes fuesen recompensados con algún tipo de propiedad en la ciudad de Anfípolis. Cf. TATAKI, A. B., *Macedonians Abroad. A Contribution to the Prosopography of Ancient Macedonia*, Atenas 1998, p. 46.

10 ESTRABÓN XV 1. 67; Q. CURCIO VIII 9, 19; PLINIO VI 110; XXXVII 62.

11 ARRIANO, *Índica* 8.8-12.

12 ESTRABÓN XIV 1.19. Cf. ESTRABÓN XII 2.7; EURÍPIDES, *Ifigenia en Tauride* 1450.

y Nearco lo hacían con Apolo. Plinio posiblemente utilizase también a Andróstenes de Tasos para describir la fauna de la isla de Tilos¹³.

La importancia del trabajo de Andróstenes puede medirse por la fama que adquirió para los antiguos la isla de Tilos (Bahrein), que pasó a convertirse en una más de las islas legendarias, como la Tule de Píteas de Massalia.

Arquias¹⁴, hijo de Anaxídoto, natural de Pela, y considerado por Arriano como «*un macedonio de importancia que acompañaba a Nearco en su periplo*» (ARRIANO, *Índica* 27.8). Berve opina que pudo seguir a Alejandro desde el inicio de su campaña. Casi todo lo que sabemos sobre su viaje puede resumirse en un pasaje donde se dice que llegó a la isla de Tilos¹⁵. La isla de Tilos es identificada con la Dilmún de las fuentes mesopotámicas, la actual isla de Bahrein, de la cual ha sobrevivido una breve descripción en Arriano¹⁶. Lo curioso es la expresión empleada por el de Nicomedia: «*sin atreverse a seguir su viaje más allá*». A primera vista, podría interpretarse como una mención al miedo de los marineros que navegaban por aguas desconocidas, o tal vez, no necesitase proseguir su marcha, porque había llegado a su destino. Si como parece, los anteriores reyes de Persia habían mantenido esporádicas relaciones comerciales con la isla, Alejandro, como su legítimo sucesor, habría querido retomarlas. Al no tratarse de una expedición con fines militares, el viaje de Arquias habría tenido mayor cuidado en recoger curiosidades geográficas y zoológicas que fuesen de interés con vistas a futuras campañas¹⁷. En opinión de Dognini, su expedición fue la más breve de cuantas se hicieron por orden del rey¹⁸. No está claro que hubiese escrito una obra sobre sus experiencias náuticas¹⁹.

Desconocemos si Hieron²⁰ era de la Solos de Chipre o de la de Cilicia. Acompañó seguramente a Nearco en el viaje de retorno desde la India. Como Arquias y Andróstenes, participó en las expediciones que pretendían circunnavegar la Península Arábiga, alcanzando el cabo de Maceta (Ras Musandam), lugar donde se detuvo en su viaje Nearco, destacando de él su natura desértica e inhóspita (ARRIANO VII 20.7; *Índica* 18.9). Su expedición fracasó, puesto que tuvo que regresar sin cumplir su objetivo, por la sequedad de las costas arábicas que le impedían autoabastecerse de víveres y el enorme tamaño de Arabia a la que llegó a comparar con la India (ARRIANO VII 20.8). Comparación en ningún modo carente de significado, pues sabemos que para algunos geógrafos la India equivalía en tamaño a toda Asia²¹. En palabras de Arriano, fue quien más lejos llegó. Nada más de él nos es conocido.

13 Cf. PLINIO XII 38; TEOFRASTO IV 7.7.

14 KIRCHNER, J., «Archias», *RE* 2, 1895, col. 463; BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, n° 162, p. 86; HECKEL, W., *The Marshals of Alexander the Great*, Londres & Nueva York, Routledge 1992, p. 231; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 217; BATTISTINI, O., «Archias», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont 2004, p. 548.

15 ARRIANO VII 20.7.

16 ARRIANO VII 20.6.

17 HÖGEMANN, P., *Alexander der Grosse und Arabien*, Múnich 1985, p. 88.

18 DOGNINI, C., «Androstene di Taso e il Periplo dell'India», *Pomoerium* 4-5, 2000, p. 3.

19 Aunque BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, n° 62, p. 86, habla de un posible cuaderno de bitácora.

20 BRETZL, H., *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903, p. 115; BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, n° 382, p. 183; BATTISTINI, O., «Hiéron de Soles», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont 2004, p. 733.

21 ARRIANO, *Índica* 3.6; PLINIO VI 59. Cf. MANILIO IV 674, para quien en el siglo I d.C., India seguía siendo demasiado grande para poder ser conocida.

Anaxicrátides habría sido el encargado de la exploración y medición del mar Rojo²², circunnavegando la costa occidental de Arabia desde Ailana, la actual Aqaba, hasta Bab el-Mandeb, recorriendo un total de 14.000 estadios (ESTRABÓN XVI 4.2). Arriano (*Índica* 43.7) probablemente piensa en su viaje, y en el de Hierón, cuando habla de los marineros que intentaron llegar a Susa desde Egipto. Es también posible que Anaxicrátides alcanzase la Arabia *Felix* y que conociese el árbol del incienso²³. Desanges considera que no habría navegado más allá del Bab el-Mandeb, aunque medio siglo después los adelantos en navegación permitiesen franquearlo. Sus memorias pudieron ser la fuente de Teofrasto para describir la Arabia Felix²⁴.

Heráclides²⁵, hijo de Argeo, de patria desconocida, aunque por el nombre de su padre podríamos aventurar que era macedonio, puesto que era la denominación de un antiguo rey de Macedonia, y era costumbre que la gente del pueblo diese a sus hijos muchos de los nombres de sus reyes. Arriano (VII 16 1-2) dice que fue enviado por Alejandro a Hircania con el objetivo de obtener madera suficiente con la que construir una flota y así comprobar si el Caspio era un golfo del Océano o estaba comunicado con el mar Negro. La expedición de Heráclides habría sido una prueba irrefutable de que se dudaba realmente si el mar Caspio era un mar interior, como Heródoto y Aristóteles decían. Sobre todo tras haber comprobado que su maestro también erraba en su consideración del mar Rojo como un mar cerrado. Si el mar Rojo era en realidad un golfo del Océano podía suceder otro tanto con el mar Caspio²⁶. La exploración encomendada a Heráclides debió de ser interrumpida por la muerte de Alejandro, de lo contrario no se habría realizado, pocos años después, otra exploración a las órdenes de Patrocles por los seléucidas.

Andrón²⁷, hijo de Cabele, natural de Teos (ARRIANO, *Índica* 18.7), fue uno de los miembros de la expedición de Nearco. Poco más se sabe sobre él, o en qué momento pasó a formar parte de las fuerzas de Alejandro. Berve creyó identificarlo con un ἀρχιπειρατής (jefe pirata) del que habla Polieno (V 19). Es conocido sobre todo por haber escrito un *Periplo sobre el mar Negro*, del que solamente se conservan 4 fragmentos en los escolios de Apolonio (*FgrHist* 802) sobre cuestiones etimológicas y legendarias²⁸. Ignoramos si fue por encargo del rey, aunque todo apunta que éste habría tenido un vivo interés en explorar el mar Negro tras recibir embajadores de esa zona²⁹.

EXPLORACIONES SELÉUCIDAS

Una vez que Seleuco I Nicator y Ptolomeo I Soter consiguieron asentar su reino frente a los demás generales de Alejandro de Macedonia, comenzaron a enviar embajadores y exploradores a sus fronteras. Por una parte retomaban, de este modo, viejas relaciones heredadas, ya por parte del Imperio Persa o bien por Alejandro, y por otra, buscaban iniciar otras nuevas. Los motivos podían ser muy variados, conseguir refuerzos militares, abrir rutas comerciales o aumentar el

22 AMIGUES, S., «L'expédition d'Anaxicrate en Arabie Occidentale», *Topoi* 6 (2) 1996, p. 671-677.

23 TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IX 4.4; IX 4.9.

24 DESANGES, J., *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma 1978, p. 245.

25 BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, n° 348, p. 167.

26 BOSWORTH, A. B., *Alejandro Magno*, Cambridge 1996, p. 229.

27 BERGER, H., «Andron», *RE* 1.2, 1894, col. 2160; BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, n° 81, p. 40.

28 GONZÁLEZ PONCE, Fr. J., «La periplografía griega de época helenística», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 153.

29 ARRIANO, *Índica* 40.5.

prestigio de sus reyes. Pero nunca podrían atribuírseles únicamente motivaciones tales como la investigación científica o geográfica. Si algunos de ellos escribieron relatos de sus vivencias en el extranjero fue para dejar vestigio de su fama, no hay nada que confirme que sus señores les pidiesen un informe detallado de sus vivencias donde se pudieran encontrar las hormigas recolectoras de oro o la forma en que se capturaban los elefantes. De poco les habría servido, en apariencia, más allá de la pura diversión. Pero de ser cierta esa hipótesis, confirmaría que lo que hoy llamamos geografía literaria estaba presente incluso en informes estatales y que no podía ser obviada por los funcionarios reales. Es más, su presencia podía hacer más amena su lectura al monarca.

Relaciones en sentido inverso también debieron de existir, aunque no hayan sido constatadas, en las fuentes indias, embajadas enviadas por los reyes de la dinastía Maurya a los Ptolomeos y a los Seléucidas. Pero los autores griegos sí mencionan regalos. Filarco (*fr.* 37) y Ateneo (I 18e) enumeran entre los regalos enviados por Sandracoto un astringente, que era a la vez un poderoso afrodisíaco:

«Filarco cuenta que Sandracoto, el rey de los indios, entre los presentes que envió a Seleuco, mandó unos remedios afrodisíacos tan potentes que, colocados bajo los pies de quienes copulaban, a unos les provocaban arrebatos semejantes a los de los gallos, y en cambio a otros les producían impotencia».

Hegesandro, siguiendo probablemente a Deímaco, el sustituto como embajador de Megástenes, comenta la existencia de un intercambio postal entre Antíoco y el sucesor de Sandracoto, Bindusara (ATENEO XIII 652f). Los Ptolomeos también recibieron como regalos de los príncipes indios un cuerno gigantesco de tres ánforas de capacidad (ELIANO III 34). A consecuencia de estos contactos entre la India y Egipto, se buscarían nuevas rutas comerciales que les permitiesen sortear el territorio seléucida, y el de los nabateos³⁰.

En el caso del Imperio Seléucida, las relaciones comerciales y los viajes de exploración fueron más intensos en su frontera oriental. Las relaciones con la India fueron importantes, pero con la creación del reino de los partos y la concentración del Imperio en la región de Siria, fueron olvidadas. Los viajes de exploración se restringieron a la zona del Caspio, no para desvelar su verdadera naturaleza, es decir, si era un golfo del océano o un mar interior, sino para conocer una región altamente estratégica por la amenaza de los pueblos de las estepas.

Demodamante³¹ es poco más que un nombre. Fue, como Patrocles, un general al servicio de Seleuco y Antíoco, que encabezó una misión al río Yaxartes con la finalidad de consolidar la frontera nororiental del Imperio, donde habría levantado unos altares a Apolo Dídimeo. Sabemos que escribió una obra que utilizó Plinio (VI 49). Al parecer, habría realizado el descubrimiento de que el Yaxartes no era el curso alto del Tanais, es decir, que se trataban de dos ríos distintos (MARCIANO CAPELA 692). Se rompía de este modo con la creencia tan asentada en el ejército macedonio que identificaba el Yaxartes con el Tanais. Es bastante probable que el hallazgo de Demodamante precediera en el tiempo al de Patrocles y que sus resultados fuesen conocidos por Aristóbulo de Casandrea, lo que explicaría por qué no seguía a Policlito en lo concerniente a este punto (Cf. *Supra.* p. 142). Resultando que la expedición de Patrocles habría sido una

30 FRASER, P. M., *Ptolemaic Alexandria*, I, Oxford 1972, p. 180.

31 GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre*, I, Nancy 1978, p. 164 y p. 351; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *op. cit.*, 2000, p. 220.

comprobación de los descubrimientos de su predecesor, los reyes seléucidas habrían querido conocer cómo quedaba el mapa de sus territorios tras el viaje de Demodamante.

Patrocles³² fue uno de los hombres de confianza de Seleuco I Nicator y de su hijo Antíoco I, desempeñando diversos cargos, entre ellos los de comandante, gobernador y, posiblemente, director general del archivo de Babilonia. Es precisamente esto último, el haber dispuesto de los archivos de los bematistas de Alejandro Magno (ESTRABÓN II 1.6) y haber contado con la confianza de sus reyes, lo que parece darle el beneplácito de Estrabón. Realizó una expedición al mar Caspio³³ que suele datarse entre el 286 a.C. y el 281 a.C., año de la muerte del rey Seleuco³⁴. Al final de la misma, habría escrito un relato de sus viajes.

La mención de los dos monarcas no implica necesariamente que Patrocles hubiese servido de forma sucesiva a los dos primeros reyes de la casa seléucida. Podría haberlo hecho a la vez, por absurda que parezca esta aseveración. Seleuco dividió su imperio en el 293³⁵, al nombrar a su hijo Antíoco rey de las satrapías orientales (APIANO, *Sobre Siria* 61). La instauración de una diarquía sería un método inteligente para que el heredero ganase experiencia y se gobernase mejor el reino helenístico más amplio, que estaba condenado a aguantar el empuje de distintos pueblos de las estepas asiáticas³⁶. Por lo tanto, debe ampliarse el período cronológico entre el 293 a.C. y el 281 a.C. Lo cual habría permitido que algunos autores pudieran conocer el resultado de su viaje y emplearlo en sus libros. Esto explicaría, probablemente, por qué Clitarco, pese a utilizar a Policlito, reinterpreta su teoría, que identificaba la laguna Meótide con el mar Caspio, y defiende la existencia de un istmo entre ambos mares.

Gran parte de lo que sabemos de la obra de Patrocles se lo debemos a Estrabón, quien, al contrario que a los historiadores de Alejandro, parece tenerlo en gran estima³⁷. Fue utilizado por Aristóbulo³⁸, Eratóstenes, Hiparco, Estrabón y Plinio. Sin embargo, su amplia difusión en el mundo antiguo y la opinión favorable de Estrabón, no debe hacernos pensar que la calidad de sus escritos fuese equiparable a su fama. Al parecer, por los fragmentos conservados en otros autores, pensaba, como el propio Estrabón y la tradición geográfica jonia, que el mar Caspio era un golfo del Océano. Su viaje reforzó la creencia de que a través de la desembocadura del Caspio era posible circunnavegar la zona nororiental del mundo. Tendremos que esperar al último de los grandes cartógrafos de la antigüedad, Claudio Ptolomeo, para que el mar Caspio volviese a aparecer en los mapas como un mar interior.

32 BROWN, T. S., *Onesicritus, A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley-Los Ángeles 1949, p. 79-80; GISINGER, F., «Patrokles», *RE* 18, 1949, col. 2268; HENNIG, R., *Terrae Incognitae*, Leiden 1944-1956, p. 232-236; TARN, W. W., *Alexander the Great*, II, Londres, Cambridge University Press 1948, p. 19; PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York-Oxford 1960, p. 163-164; p. 227-228.

33 PLINIO II 167; VI 58: «Y, en efecto, la India no sólo ha sido dada a conocer por los ejércitos de Alejandro Magno y de los reyes que lo sucedieron, dado que Seleuco, Antíoco y el prefecto de flota, Patrocles, hicieron incluso un periplo por los mares Hircano y Caspio».

34 PRONTERA, Fr., «Sobre la delineación de Asia en la geografía helenística», en *El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000: «realizada probablemente entre el 286 y el 281 a.C.» (p. 91).

35 WILL, ED., *El mundo griego y el Oriente*, II, Madrid, Akal 1998, p. 328.

36 SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro*, Barcelona, Crítica 2001, p. 311.

37 ESTRABÓN II 1.2: «Autor muy digno de crédito tanto por su categoría como por no estar al margen de las cuestiones geográficas»; II 4, defiende a Patrocles de las críticas de Eratóstenes; II 6; II 7-8, no puede ser desacreditado por Eratóstenes.

38 ESTRABÓN XI 7.3. Cf. TARN, W. W., «Patrocles and the Oxo-Caspian trade route», *JHS* 21, 1901, p. 10-29.

EXPLORACIONES PTOLEMAICAS

Los primeros Ptolomeos promovieron una serie de viajes de exploración³⁹ en las cercanías de su territorio por diversos motivos. Sin embargo, en su práctica totalidad nacieron de las obligaciones estratégicas que le imponía la geografía de su reino. Polibio (V 34.5-9) explica brillantemente la naturaleza del mismo: «...debido a su dominio efectivo sobre Chipre y Celsiria, [los primeros Ptolomeos] podían amenazar, por mar y por tierra, a los reyes de Siria; acechaban al mismo tiempo a los monarcas asiáticos y, asimismo, a las islas, por el mero hecho de controlar las ciudades, puertos y parajes más importantes en la zona costera que va de Panfilia al Helesponto, y también por haber sometido la región de Lisimaquia. Vigilaban también los asuntos de Tracia y de Macedonia, puesto que eran dueños de las ciudades de Enos y Maronia, y aun de otras más distantes. Esta realidad, la de tener tan extendidos sus brazos de este modo, la de haber puesto delante suyo, y a distancia, tantos reinos, lograba que jamás debieran angustiarse por el reino de Egipto. Era, pues, lógico el gran empeño que ponían en sus asuntos exteriores».

En el siglo tercero, el control de los Ptolomeos sobre las ciudades fenicias y el desarrollo de Alejandría como gran puerto comercial, hicieron la independencia de Petra intolerable para Egipto. Ptolomeo Filadelfo (283-246 a.C.) realizó numerosos esfuerzos por abrir una ruta alternativa por mar, que sería sabotada en ocasiones por los piratas. Uno de los objetos más deseados por los Ptolomeos, en estos intercambios con la India, parece haber sido el elefante⁴⁰. Un animal de gran importancia para los ejércitos de los diádocos.

Fruto de estas relaciones comerciales sería un importante descubrimiento náutico. En el siglo II a.C., Eudoxo de Cízico, un embajador al servicio de Ptolomeo IV, realizaría la primera navegación directa a la India, hecho que repitió hasta en cuatro ocasiones⁴¹. En el transcurso de la cual, el piloto Hípalo descubrió el régimen de los monzones: ponientes en verano y levantes en invierno⁴².

Timóstenes de Rodas⁴³ fue el almirante de Ptolomeo II Filadelfo, que habría aprovechado su experiencia al servicio del monarca egipcio y sus conocimientos de Dicearco y Éforo para escribir una obra titulada *Sobre los puertos* en diez libros. En ella se hablaría de los principales núcleos portuarios del mar Rojo, Etiopía y parte del Mediterráneo occidental. Añadió dos nuevos indicadores a la Rosa de diez vientos fijada por Aristóteles (*Meteorológicas* 363a). Según Agatémoro, Timóstenes empleó esta Rosa de los Vientos para localizar lugares en el espacio de la *oikoumene*. Las situaciones de Bactria y de los estrechos sobre la línea este-oeste y de Escitia y Etiopía sobre la línea norte-sur servían para fijar los puntos cardinales. Ocupando su tierra natal, Rodas, el centro, por lo que sustituía a Delfos como centro del mundo habitado. De este modo, en el noreste se encontrarían el mar Caspio, el mar Negro y el mar de Azov. En el sureste se encontraban la India, el mar Rojo y Etiopía. En el suroeste los garamantes y

39 BURSTEIN, S. M., «Exploration and Ethnography in Ptolemaic Egypt», *AncW* 31, 2000, p. 31-37.

40 SCULLARD, H. H., *The elephant in the greek and roman world*, Cambridge 1974, p. 124.

41 AMIOTTI, G., «La via dell'India: Eudosso di Cizico, precursore di Cristoforo Colombo?», *Geographia Antiqua* 13, 2004, p. 116, llama la atención sobre la influencia de Eudoxo en los viajes de Colón; DIHLE, A., «The conception of India in Hellenistic and Roman literature», en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, p. 93.

42 POSIDONIO (FGrH 87 F 28 = ESTRABÓN II 2.4) atribuye el descubrimiento a Eudoxo mientras que el *Periplo del mar Rojo* se lo adjudica a Hípalo. Se ha intentado explicar este enigma suponiendo que ambos viajaban en la misma nave.

43 FRASER, P. M., *op. cit.*, p. 522; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *op. cit.*, 2000, p. 223-224.

Etiopía occidental. En el Noroeste estaban Iberia y Céltica. Su obra fue ampliamente utilizada por Eratóstenes y por los geógrafos romanos como Estrabón (IX 3.10) y Marciano de Heraclea, que le reprocharían su falta de conocimiento de las regiones más cercanas a las Columnas de Hércules⁴⁴. Igualmente, Estrabón (XIII 2.5) le acusa de haber situado cuarenta islas, en lugar de veinte, en el canal entre Lesbos y Asia Menor, y ubicado a Metagonium (Melilla) en el meridiano de Massalia, cuando realmente lo está en el de Cartago Nova (Cartagena). Estos errores indicarían que aparte de contar con la Rosa de los Vientos, su obra estaba provista de un mapa.

Durante el reinado de Ptolomeo II, se le ordenó a un tal Aristón⁴⁵ hacer el periplo del mar Rojo desde el Sinaí hasta Bab-el-Mandeb. En su viaje habría levantado un altar a Posidón en Posideo, la actual Ras Mohamed⁴⁶.

Filón⁴⁷, *Praefectus* de Ptolomeo II Filadelfo, según Plinio (XXXVII 108), habría sido el descubridor de la llamada isla de los Topacios, llamada así por la abundancia de estas piedras preciosas⁴⁸. Algunas de las cuales habrían sido mandadas como regalo a la reina Berenice, madre de Filadelfo, luego debió de ocurrir en tiempos del segundo de los Ptolomeos⁴⁹. Hiparco nos ofrece un testimonio de este autor a través de Estrabón: «*Con todo en cuanto al clima de Méroe, dice que Filón, que narró su navegación a Etiopía, informa que antes de 45 días del Solsticio de verano se encuentra el Sol en el cenit*» (II 1.20).

Sátiro⁵⁰ emprendió una expedición en las regiones meridionales del mar Rojo, en el territorio de los trogloditas, buscando elefantes (OGIS 82). Simias⁵¹ fue probablemente el primero que alcanzó el cabo Guardafui, en la actual Somalia. Miembro del grupo de los amigos del rey Ptolomeo III Evérgetes (246-221 a.C.) que llevó a cabo una serie de experimentos etnogeográficos en estas zonas meridionales. Tras ser testigo de la indiferencia a la tortura de los indígenas, los calificó de indolentes (DIODORO III 18.3-5). Su obra fue utilizada por Agatárquides de Cnido para escribir su relato sobre el mar Rojo.

EL VIAJE DE PÍTEAS (C. Siglo IV a.C.)

Píteas⁵² es un caso excepcional en nuestro estudio, pues es el único de los exploradores que

44 MARCIANO DE HERACLEA, *Epítome* 3; ESTRABÓN II 1.41.

45 TARN, W. W., «Ptolemy II and Arabia», *JEA* 15, 1929, p. 14; TARN, W. W., *Alexander the Great*, II, Londres, Cambridge University Press 1948, p. 16.

46 DIODORO III 42.1.

47 GARCÍA MORENO, L. A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid, Alianza 1996, p. 136; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *op. cit.*, 2000, p. 222.

48 La importancia de las piedras preciosas para el comercio de los Ptolomeos queda atestiguado por las inscripciones: «*A favor del rey Ptolomeo (Evergetes II) y de la Reina Cleopatra su esposa, los Dioses Benefactores, y de sus hijos, Soterico hijo de Icadion de Gortina, uno de los jefes de la guardia, enviado por Paos, compañero y general de la Tebaida, para encargarse de reunir piedras preciosas y de la navegación y para brindar seguridad a los que transportan incienso y otros cargamentos de mercancías extranjeras desde Coptos, hizo esta dedicación*» (OGIS 132).

49 DESANGES, J., *op. cit.*, p. 248-249.

50 GARCÍA MORENO, L. A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *op. cit.*, p. 136; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *op. cit.*, 2000, p. 222.

51 GARCÍA MORENO, L. A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *op. cit.*, p. 136; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *op. cit.*, 2000, p. 222.

52 CARY, M., y WARMINGTON, E., *Les Explorateurs de l'antiquité*, París 1932, p. 51-61; GISINGER, F., «Pytheas», *RE* 24, 1963, cols. 314-366; DION, R., «La renommée de Pythéas dans l'Antiquité», *REL* 43, 1965, p. 443-466; DION, R., «Phytéas explorateur», *RPh* 40, 1966, p. 191-216; FABRE, P., «Étude sur Pythéas le Massaliote et

presentamos que prefirió adentrarse en el Occidente, mientras sus contemporáneos lo hacían en el Oriente. De su vida se sabe más bien poco. Ni siquiera podemos aclarar si su viaje fue un encargo del macedonio o fue por cuenta propia⁵³. Los planes de conquista del oeste precisarían de viajes de reconocimiento similares a los que se produjeron en Arabia y en el mar Rojo, pero los historiadores desconfían de la veracidad de los mismos⁵⁴. Polibio puede estar en lo cierto cuando dice que era absurdo creer que un simple particular, como Píteas, pudiese haber realizado un viaje semejante por su cuenta, y quizás debamos vislumbrar la mano del Alejandro Magno en su expedición:

«Pero Polibio afirma que precisamente lo increíble es cómo un particular, y de escasos recursos, podría haber recorrido por tierra y por mar tales distancias. Y Eratóstenes, tras dudar si había que confiar en estos relatos, se ha fiado en lo que se refiere a Britania, Gades e Iberia. Polibio dice que es mucho mejor fiarse del mesenio que de aquél, pues al menos dice que ha navegado a una sola región, Panquea, mientras que Píteas dice que ha llegado hasta los límites del Universo y que ha examinado todo el norte de Europa, lo que no podría creerse ni aunque lo dijera Hermes.

Y añade que Eratóstenes llama bergeo a Evémero, pero que confía en Píteas, pese a que Dicearco no se fía. Pero lo de «Dicearco no se fía» es ridículo: como si tuviese que tomar por modelo al hombre contra quien él mismo ha lanzado tantas críticas. De Eratóstenes ya se ha comentado su ignorancia de occidente y norte de Europa, pero él y Dicearco tienen la excusa de no haber visitado aquellos lugares, más ¿cómo podría excusarse a Polibio y a Posidonio?» (ESTRABÓN II 4.1).

La cronología del viaje se suele fijar al final del siglo IV a.C., aunque hay autores que se inclinan por una periodización más alta⁵⁵ o más baja respectivamente⁵⁶. No obstante, debe de situarse poco tiempo después de la conquista de Asia, pues, como puede leerse en el texto de Estrabón, Dicearco parece haber conocido los resultados del viaje de Píteas.

l'époque de ses travaux», *LEC* 43, 1975, p. 25-44 y p. 147-165; RITTI, T., «Las exploraciones geográficas», en BIANCHI BANDINELLI, R., (Ed.) *Historia y civilización de los griegos*, IX Barcelona 1983, p. 165-167; WHITAKER, I., «The problem of Pytheas' Thule», *CJ* 77, 1981-82, p. 148-164; DION, R., «L'esplorazione di Pitea nei mari del nord», en *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Bari 1983, p. 203-225; AUJAC, G., «L'île de Thule, mythe ou réalité (études de géographie grecque)», *Athenaeum* 64, 3/4, 1988, p. 329-343; BIANCHETTI, S., «Pitea e la scoperta di Thule», *Sileno*, 1-2, 1993, p. 9-23; RENNA, E., «Pitea di Marsiglia e il viaggio di esplorazione ai confini settentrionali del mondo abitato», en *Scritti di varia umanità in memoria di B. Pezzi*, Sorrento 1994, p. 25-41; ROSEMAN, Ch. H., *Pytheas of Massalia, on the Ocean*, Chicago 1994; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 134-145; LÓPEZ FÉREZ, J. A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Cátedra 2000, p. 973 y p. 985.

53 DION, R., «Alexandre le Grand et Pythéas», en *Aspects politiques de la géographie antique*, París 1977, p. 175-222; p. 181, defiende que el viaje fue un encargo de Alejandro y que se habría realizado entre 324 y el 323 a.C., antes de la muerte del conquistador e inmediatamente después de haber recibido a los embajadores de los pueblos extranjeros en Babilonia; Cf. AUJAC, G., *op. cit.*, p. 329.

54 A favor de su autenticidad ROBINSON, C. A., «Alexander's plans», *AJPh* 61, 1940, p. 410, quien valiéndose de algunos pasajes de Arriano deduce que las exploraciones proyectadas no eran más que la avanzadilla de una expedición militar; En contra TARN, W. W., «Alexander's ὑπομήματα and the «World-Kingdom», *JHS* 41, 1921, p. 17.

55 FABRE, P., *op. cit.*, entre el 380 y el 360 a.C., p. 44.

56 CARPENTER, R., *Beyond the Pillars of Heracles*, Nueva York 1966, p. 143-199, entre 240 y 238 a.C.

Partiendo de Massalia habría conseguido burlar el bloqueo de los cartagineses atravesando el estrecho de Gibraltar. Prosiguiendo su viaje llegó a la isla de Britania⁵⁷, siendo seguramente el primer griego que alcanzaba esa parte del mundo, descubriendo el promontorio de Cabeo y la isla de Uxisamene, actual Ouessant⁵⁸.

Cary señala que los objetivos de Píteas no habrían sido únicamente científicos y que probablemente fue el primero que inició el lucrativo comercio de estaño entre las islas y el mundo griego⁵⁹. Teoría más plausible que la que defiende que navegó desde tan lejos sólo para comprobar sus hipótesis y cálculos astronómicos.

De Britania se dirigió al norte y, tras seis días de navegación (PLINIO II 187) alcanzó la celeberrima isla de Tule, que suele localizarse en Islandia o en el extremo occidental de la Península Escandinava⁶⁰. Sobre esta isla, junto a la cual se levanta una especie de espesa mezcla de niebla, agua y de tierra, se han vertido auténticos ríos de tinta, que después de Píteas sirvió para ubicar el límite septentrional de la *oikoumene*⁶¹.

«En efecto, el que informa sobre Tule, Píteas, está considerado como gran mentiroso (ἀνὴρ ψευδίστατος) y, de hecho, los que han visto Britania y Yerne (Irlanda) nada dicen acerca de Tule, pese a mencionar otras pequeñas islas alrededor de Britania» (ESTRABÓN I 4.3).

«Más confusa aún es nuestra información sobre Tule a causa de su lejanía. La sitúan en la parte más septentrional de las regiones a las que se da un nombre. Lo que Píteas ha dicho sobre ella y sobre otros lugares a ella cercanos es pura invención, como resulta evidente por lo que afirma sobre las regiones que conocemos, falsedades casi todo, como ya dijimos, de modo que está claro que hablando de sitios casi inaccesibles será todavía más mentiroso» (ESTRABÓN IV 5.5).

«...y cuando cuenta las historias de Tule y de aquellos lugares en los que no hay ni tierra propiamente dicha ni mar ni aire, sino una cierta mezcla de estos elementos parecida a la medusa, y en la que afirma que la tierra, el mar y todo está suspendido y es como si aprisionase a todas las cosas y sobre la que no es posible ni caminar ni navegar. Dice que ha visto personalmente cosa parecida a la medusa, pero del resto habla de oídas. Esto es lo que dice Píteas y que al regresar había recorrido toda la costa oceánica europea desde Gades hasta el Tanais» (ESTRABÓN II 4.1).

En este último texto se describe «*el pulmón marino*» (πλεύμων θαλάττιος), nombre que se piensa que puede ser una metáfora para describir la sensación que produce la uniformidad grisácea de las aguas, el cielo y los fondos marinos del Báltico. De igual modo, «*el mar coagulado*» (πεπηγυία θάλασσα) puede describir las aguas al borde de la congelación de esta zona,

57 THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 144.

58 ESTRABÓN I 4.5.

59 CARY, M., «The Greeks and Ancient Trade with the Atlantic», *JHS* 44, 1924, p. 166-179; p. 171; HAWKES, C. F. C., *Pytheas, Europe and the Greek Explorers*, Oxford 1975, p. 44.

60 RITTI, T., *op. cit.*, p. 166. Cf. ANNA COMNENA, *Alexiáda* XII 9.2, al hablar del origen de los miembros de la guardia varega dice que provienen de Tule.

61 ESTRABÓN II 5.8; GÉMINO VI 9; Cf. CORDANO, F., *La geografia degli antichi*, Roma 1992, p. 107.

que tiene que haber resultado sumamente llamativo para los navegantes griegos acostumbrados a las cálidas aguas del Mediterráneo.

Plutarco, algunos siglos después de Píteas, hacía alusión a este «*mar coagulado*» al denunciar la costumbre que tenían los cartógrafos de adornar los límites de sus mapas con pueblos fabulosos cuando se desconocía la realidad sobre los mismos:

«Acostumbran los historiadores, oh Sosio Senecion, cuando en la descripción de los países hay puntos de que no tienen conocimiento, suprimir éstos en la carta, poniendo en los últimos extremos de ella esta advertencia: de aquí adelante no hay sino arenales faltos de agua y silvestres; o pantanos impenetrables; o hielos como los de la Escitia; o un mar coagulado»⁶².

Prosiguiendo su viaje (fig. 27), alcanzó un río que identificó con el Tanais. Generalmente, este río que marcaba el límite entre Europa y Asia⁶³, se decía que desembocaba en la laguna Meótide (mar Azov). Por lo que Píteas debió, por lo menos, de haber estado informado de los trabajos de los historiadores de Alejandro que llevaban su estuario al mar Caspio. Esto supondría que o bien era una persona cercana al gabinete de sabios que acompañaron a Alejandro o bien su viaje se hizo mucho después de su muerte, cuando ya habían visto la luz los libros de Policlito de Larisa y Clitarco. Pero a diferencia de otros geógrafos de Alejandro, Píteas pensaba que el mar Caspio era un golfo del Océano. De lo contrario, no se entendería que hubiese podido alcanzar la desembocadura del Tanais por barco. Es muy posible que en sus últimos años de vida el mismísimo macedonio no tuviese tan clara esta cuestión. Razón por la que se proyectó la expedición de Heráclides antes de su muerte.

El viaje de Píteas quedó plasmado en una obra llamada *Sobre el Océano* (*Peri tou Okeanou*), en la que aparte de sus conocimientos astronómicos y de las experiencias acumuladas durante el viaje, debió de valerse de algunas obras, como la de su compatriota Eutímenes de Massalia, y de relatos orales como los que se contaban en P. Ibérica de las naves de Tartessos que navegaban hasta las islas Casitérides.

En la antigüedad se consideraba que el frío era una constancia climática en latitudes septentrionales, por lo que el relato de Píteas resultaba sorprendente, pues decía que había vida muy al norte de la *oikoumene*⁶⁴, motivo por el cual el de Massalia era considerado como un fabulador. La mala opinión de Estrabón hacia Píteas ha originado que algunos autores consideren su viaje como una falsificación más de época helenística⁶⁵, pero el geógrafo de Amasia tiene que reconocer también los logros de este aventurero⁶⁶. La utilidad de Píteas para Estrabón es evidente, puesto que lo cita directamente un total de diecisiete veces.

62 PLUTARCO, *Teseo* 1.1. Cf. JANNI, P. «Arcanus Orbis. Per una morfologia dell'ignoto geografico», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 173-187, destaca que en la antigüedad se manejaron dos confines del mundo, el río Océano que envolvía por completo la tierra y una masa continua de tierra cuyo fin no se vislumbraba.

63 DION, R., *op. cit.*, 1983, p. 204.

64 HARLEY, J. B., y WOODWARD, D., *The History of Cartography: Cartography in prehistoric, ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, University of Chicago Press 1987, p. 150.

65 Esta es la opinión de GARCÍA MORENO, L. A., «Las navegaciones romanas por el Atlántico norte: Imperialismo y geografía fantástica», en *Guerra, exploraciones y navegación. Del mundo antiguo a la edad moderna*, A Coruña 1995, p. 101-110; p. 107, considera el viaje de Píteas como una leyenda.

66 ESTRABÓN IV 5.5: «Parece haber informado correctamente sobre los fenómenos celestes y las teorías matemáticas, en los hechos que él describe».



27. Reconstrucción del viaje de Píteas según R. Dion (1977).

Sin embargo, en época de Polibio ninguno de sus conciudadanos pudo dar detalle alguno de su viaje a Escipión Emiliano.

«En tiempos remotos existía junto al río un enclave comercial, Corbilo, del que Polibio —recordando una historia urdida por Píteas— refiere que ninguno de los massaliotas reunidos con Escipión pudo decir nada digno de mención cuando aquél les preguntó sobre la Pretánica (Britania), y lo mismo pasó con los de Narbona y los de Corbilo, a pesar de ser las ciudades más importantes de por allí. ¡Tanto osó Píteas inventar en sus mentiras!» (ESTRABÓN IV 2.1).

No obstante, otro motivo para la mala opinión que tienen tanto Polibio como Estrabón, puede residir en los informes de su época. El geógrafo de Amasia estaba imbuido del pensamiento estoico que había convertido a Homero en el padre de la ciencia, además, como Polibio estaba convencido de que el Tanais (Don) desembocaba en el mar Azov y no en Caspio. También hay que tener en cuenta que este autor estaba más próximo a la geografía descriptiva que a la geografía matemática que había practicado Píteas, y que, probablemente, ni comprendió, ni supo

valorar la complejidad de la obra del massaliota⁶⁷. Lo cierto es que, salvo en sus mediciones de Britania, Píteas tenía razón y Estrabón estaba equivocado. Además, los romanos de tiempos de Estrabón debían de ser reacios a aceptar la posibilidad de que alguien antes de Julio César hubiese arribado a las costas de Britania⁶⁸. En época de Augusto, la existencia de la isla de Tule podía suponer una amenaza al ecumenismo del Principado, que afirmaba ser un imperio sin fronteras, por lo que también pudieron existir razones políticas para que Estrabón desprestigiar a Píteas. ¿Cómo concebir que un particular no romano hubiese ido más lejos que todo un imperio? En cuanto a Polibio, debía de sentirse herido en su orgullo al pensar que un particular había podido superarle, viajando mucho más lejos de lo que lo había hecho él con el amparo de la familia de los Escipiones⁶⁹.

Sin embargo, no todos los autores compartieron la mala opinión de Polibio y Estrabón hacia Píteas. Eratóstenes mostró una gran confianza en su obra, sobre todo en lo concerniente a las latitudes septentrionales de la *oikoumene*, donde el massaliota era la principal autoridad. Timeo (PLINIO XXXVII 11) y Dicearco también emplearon su obra, y Posidonio reconoció públicamente su deuda con Píteas al intitular su libro *Sobre el Océano*. Con la conquista de Britania, en época imperial romana, fue nuevamente revalorizado al ser empleado por Plinio (II 187; IV 102-4; VI 219). Plutarco (*Placita Philosophorum* III 17. Cf. PLINIO II 217) relata como explicó el origen de las mareas por la influencia de la luna: «Píteas de Massalia explica por la luna llena el aumento de los mares y por la luna decreciente los mares descendientes». Sabemos que descubrió que no existía una estrella en el Polo Norte y que calculó la latitud de Massalia⁷⁰. Siendo el primer autor que pudo establecer la latitud de un lugar por la duración de su día más largo o por la altura del sol en el solsticio de invierno. No obstante, no hay indicios que permitan inducir la presencia de mapas en la obra de Píteas, pese a las innegables facultades del mismo.

La trascendencia del viaje de Píteas puede observarse en la gran fama que tuvo en la antigüedad la isla de Tule. En *Maravillas más allá de Tule* de Antonio Diógenes⁷¹ el protagonista de la novela arribó a la isla.

CONCLUSIÓN

Los viajes que siguieron a la muerte de Alejandro tuvieron la finalidad de rellenar los vacíos existentes en el nuevo mapa mental que los conquistadores estaban creando. Dichos viajes pudieron realizarse porque «los geógrafos disfrutaban del patrocinio real en las tareas de exploración y las campañas militares, una tradición heredada de los persas y los antiguos soberanos»⁷². Los principales logros de estos viajes fueron fijar los límites septentrional (Tule) y meridional (Méroe) de la *oikoumene*. Sin embargo, ya fuese por la naturaleza efímera de muchos de estos viajes o bien por el peso de la tradición, las tierras a las que llegaron continuaron teniendo en el imaginario heleno un aire fabuloso. Las grandes cuestiones siguieron sin resolverse, la na-

67 ESTRABÓN VII 3.1; III 4.4.

68 DIODORO V 21; APIANO, *Guerra civil* II 150; JORDANES, *Gética* 2, citando a Livio niega que hubiese navegado por aguas de Britania.

69 Una prueba de lo costoso y dificultoso que resultaban los viajes en el mundo antiguo es que Apuleyo gastó buena parte de la fortuna que heredó para pagar sus viajes.

70 ESTRABÓN II 5.41; Cf. ANGUS, C. F., «Pytheas of Marseilles», *G&R* 9, 1934, p. 165-172; ROLLER, D. W., *Through the pillars of Herakles: Greco-Roman exploration of the Atlantic*, Nueva York, Routledge 2006, p. 74.

71 ANTONIO DIÓGENES 2.

72 SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro*, Barcelona, Crítica 2001, p. 383.

turalidad del mar Caspio, el Tanais, etc. Las numerosas expediciones hacia Oriente contrastan con el único viaje hecho por Píteas a Occidente, lo que demuestra que el este era la zona más dinámica de la cultura helenística.

No será hasta la expansión romana cuando se produzca un nuevo fenómeno que revitalice la geografía, pero para entonces el enfrentamiento dialéctico entre la tradición e innovación ya estaba listo para sentencia.

7. LOS GRANDES GEÓGRAFOS HELENÍSTICOS: LA FIJACIÓN DE LA TRADICIÓN

«El hombre que está habituado a investigar explora todas las posibilidades cuando realiza su investigación, y considera toda posible dirección; y lejos de dejar de investigar durante el día, no cesa su búsqueda en toda su vida. Dirigiendo su atención a una idea y luego a otra que está vinculada a lo que se investiga, persiste hasta que llega a su meta»
(GALENO, *Sobre los hábitos* I 1).

«¿Qué deberíamos decir sobre las excentricidades, que son todavía objeto de discusión y sobre los epiciclos? ¿Son meras invenciones o realmente existieron en la esfera en la que están unidos?» (PROCLO, *Hypotyposes astronomicarum positionum* 236).

EL MUNDO HELENÍSTICO

Se dice con frecuencia, valiéndose de la famosa sentencia de Droysen, que el nombre de Alejandro Magno significa el final de una época y el comienzo de una nueva¹. La época que termina es la clásica y la que comienza la helenística (323-31 a.C.). Este nuevo período no debe entenderse como una ruptura simplemente porque el marco de la ciudad estado haya sido superado. La democracia deja de ser una forma de gobierno en las ciudades estado ante el apogeo de las monarquías, sin embargo, un cambio de sistema no es razón suficiente para pensar en una transformación radical de la civilización: la Grecia Clásica era algo más que la democracia. Además, si bien es cierto que la monarquía fue una opción política inviable en Atenas, no lo era en otros estados no ajenos a la cultura griega. Los viejos modelos culturales no son olvidados, pero sí reinterpretados en una nueva atmósfera, nacida del contacto con las antiguas civilizaciones orientales. También hay que tener presente que la separación entre el mundo helenístico y el Imperio Romano es muy tenue. Roma conquistó la Hélade mucho antes de que el período helenístico concluyese en Actium (31 a.C.) y la cultura y la lengua

1 DROYSEN, J. G., *Geschichte des Hellenismus*, I, Gotha 1877, p. 1.

griega continuaron siendo las formas de pensamiento predominantes en el Mediterráneo oriental durante siglos.

Sin embargo, no debe nunca pensarse que la civilización helena se impuso a la oriental² o que los pueblos de Asia fuesen por completo ajenos a la lengua y cultura griegas³, ni que los griegos descubrieron por primera vez la cultura egipcia o mesopotámica. Los resultados son evidentes en varios campos, pero no pueden examinarse sin matización alguna. Es cierto que las matemáticas, la cartografía y la astronomía tuvieron un gran desarrollo en este período, pero la deuda de los griegos con los babilonios es evidente. Aún así, las innovaciones en estos campos por parte de los griegos fueron significativas. La cartografía helena siempre fue más geométrica que la oriental, y la astronomía, donde quizás la deuda de los griegos es mayor, estuvo al servicio de la geografía. El empleo de la astronomía para localizar puntos y trazar mapas tuvo su eclosión en este período con eruditos como Eratóstenes e Hiparco. Poemas como los *Astriká* y los *Fenómenos* de Arato de Solos reflejan la popularidad de la astronomía en este período.

Ahora bien, el mundo helenístico no se caracterizó únicamente por «cierto» intercambio entre culturas autosuficientes, sino también por la aparición de nuevos conceptos como el cosmopolitismo, la obsesión por la fortuna, el individualismo, la erudición, el culto al gobernante y la mentalidad teatral que van a influir mucho en la etnografía y en la geografía griegas, puesto que constituyen «una especie de *Zeitgeist* o espíritu de la época helenística»⁴.

El cosmopolitismo es un hecho novedoso, que solamente podía nacer de los estertores de la ciudad estado. La aparición de estructuras supranacionales como los imperios helenísticos pudieron ayudar a que el hombre fuese plenamente consciente de que formaba parte de una única especie. Ahora bien, el cosmopolitismo helenístico supone que no se pertenece a ninguna ciudad estado, antes que ser lo que podríamos llamar un ciudadano del mundo. Esto significaba la existencia de individuos con ningún tipo de atadura con las *póleis*, y cuya única preocupación eran ellos mismos. El mercenario es el auténtico cosmopolita de este mundo.

Conceptos como la filantropía y la concordia, esbozados por los pensadores de la Grecia Clásica, acabaron por florecer en época helenística en escuelas como la estoica. Esto es un hecho importante, porque permite suavizar la noción de alteridad, la idea del bárbaro⁵. Decimos suavizar, porque, al ser un concepto tan profundamente arraigado en el pensamiento griego y en el modelo etnográfico, seguirá vigente, pero permitirá que se desarrolle la noción del buen salvaje. En Eratóstenes encontramos un buen ejemplo del cambio cuando leemos: «*Al final de su tratado, Eratóstenes, que no elogia precisamente a los que dividen en dos a la totalidad de la población humana en griegos y bárbaros, ni a los que exhortaron a Alejandro a tratar a los*

2 Un ejemplo de esta interpretación puede encontrarse en TARN, W. W., y GRIFFITH, G. T., *La civilización helenística*, Méjico, FCE 1969, donde los griegos se asemejan a modernos colonizadores británicos que contribuyen a aumentar el progreso y el desarrollo de los pueblos del Asia mediante la extensión de la *paideía* y la fundación de núcleos urbanos, y más concretamente en SÁNCHEZ RUIPÉREZ y TOVAR, A., *Historia de Grecia*, Barcelona 1983, donde Antonio Tovar viene a decir: «*los pueblos de Asia, asombrados, reciben bajo el mando de los militares macedonios el empuje de la cultura griega*» (p. 267).

3 La resistencia de los pueblos asiáticos al proceso colonizador griego ha sido defendida por ilustres miembros de la escuela francesa como Paul Bernard, Pierre Briant o Ed. Will, muy afectados, en parte, por el traumático proceso descolonizador que vivió Francia en las décadas de los 50 y 60.

4 POLLITT, J. J., *El arte helenístico*, Madrid, Nerea 1989, p. 18.

5 HADAS, M., *Hellenistic culture. Fusion and diffusion*, Oxford University Press 1959, sostiene que hay una relajación de los viejos valores que establecían la exclusión entre griegos y bárbaros, aunque va demasiado lejos al hablar de integración con el mundo oriental.

griegos como amigos y a los bárbaros como enemigos, afirma que es mejor hacer esta división según la hombría de bien o la maldad, pues muchos de los griegos son malos y muchos de los bárbaros son educados, como los indios y los de Ariane y, también, los romanos y los carquedonios, que se administran políticamente de manera tan admirable. Y que, por ello, precisamente Alejandro, sin hacer caso a los que le exhortaban, acogió e hizo favores a cuantos hombres de mérito le fue posible» (ESTRABÓN I 4.9). El hombre de la sociedad helenística puede pensar que todos los hombres son hermanos, pero entendiendo por hombres, a los libres de espíritu, a los sabios, siendo el resto esclavos, independientemente de su origen⁶. De esta forma, instituciones tan útiles como la esclavitud podían seguir subsistiendo, sin que a ningún sabio obcecado en trabajar su yo interior le perturbarse su conciencia.

El culto al gobernante, dependiendo del autor, puede ser considerado como una evolución interna de la religión griega⁷ o como un hecho sin precedentes antes de la deificación de Alejandro Magno⁸. En lo que sí parece haber acuerdo es en que la caída del Imperio Aqueménida marca un antes y un después. Tradicionalmente se ha dicho que la deificación de los reyes es una señal del abandono de la religión cívica, al preferir los creyentes adorar a un dios manifiesto (*theos epiphanes*) y dotado de vida, antes que imágenes de madera y piedra⁹. Ahora bien, la religión no es desechada, la propia adoración de los reyes indica lo contrario¹⁰. Una cosa es que no cubra todas las necesidades de un colectivo y otra que se deje de creer en los antiguos dioses. El gobernante deificado sigue siendo hijo de Zeus y las inscripciones, como la de Delfos que daba gracias a los dioses por haber derrotado a los celtas (Syll III 398), muestran que no nos encontramos ante una sociedad de incrédulos. ¿Cómo puede afirmarse que se pierde la fe en los dioses y que a la vez se cumplen con «celo» los viejos rituales¹¹? Al contrario, el giro al misticismo es una señal de ello. La necesidad de salvación y la búsqueda de la felicidad (*eudaimonía*) es una constante en un tiempo donde las guerras son continuas¹². La proliferación de la novela, el género literario más fecundo entre los inventados en este período, es otra señal de la necesidad de evasión que tienen los miembros de la sociedad helenística.

6 RIST, J. M., *Stoic philosophy*, Cambridge 1969, p. 65.

7 CERFAUX, L., y TONDRIAU, J., *Le culte des souverains dans la civilisation gréco-romaine*. Bibliothèque de Théologie, V. París Tournai 1957; FREDRICKSMEYER, E. A., «Three notes on Alexander's deification», *AJAH* 4, 1979, p. 1-9; FREDRICKSMEYER, E. A., «Divine Honours for Philip II», *TAPA* 109, 1979, p. 39-61; FREDRICKSMEYER, E. A., «On the background of the ruler cult», *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson*, ed. H. J. Dell, Tesalónica 1981, p. 145-156; FLOWER, M. A., «Agesilaus of Sparta and the Origins of the Ruler Cult», *CQ* 38, 1988, p. 123-134; SANDERS, L. J., «Dionysius of Syracuse and the origins of the ruler cult in the Greek world», *Historia* 40, 3, 1991, p. 275-287.

8 Cf. TAEGER, F., *Charisma*, I Stuttgart 1957; BADIAN, E., «The deification of Alexander the Great», en *Ancient Macedonian Studies in Honor a Charles F. Edson*, ed. H. J. Dell, Tesalónica 1981, p. 27-71; HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno. Rey, General y Estadista*, Madrid, Alianza 1992.

9 WILL, E., *El mundo griego y el oriente*, Madrid, Akal 1998: «No hay aquí nada de espiritualidad, sino la huella del fracaso de la religión cívica que traduce el fracaso político de la ciudad y el triunfo de los nuevos principios políticos» (p. 387).

10 SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro*, Barcelona, Crítica 2001, p. 187.

11 WALBANK, F., *El mundo helenístico*, Madrid, Taurus 1985: «Las viejas certezas habían desaparecido y aunque los antiguos ritos se cumplieran con celo en la convicción de que la tradición debía de ser preservada, muchas personas eran agnósticas en el fondo o incluso ateas. La observancia de los rituales establecidos debe haber tenido poco significado para muchos devotos» (p. 189).

12 CHANIOTIS, A., *War in the hellenistic world*, Oxford 2005, p. 5.

¿Entonces por qué no se modifica sustancialmente la antigua religión para adecuarla a los nuevos tiempos? Podemos hipotetizar que, si no se hizo, fue porque seguía cumpliendo parte de su antigua función, aunque, por supuesto, no como antaño. No obstante, si hay algo por lo que destaca el mundo helenístico es por ser una sociedad urbana ¿Por qué no iba a poder malvivir en ella una religión cívica? En segundo lugar, debemos tener en cuenta la resistencia propia de las élites y los grupos conservadores a que se abandonase la religión de sus antepasados, que en muchos casos era la garante de su poder o de su *status* social. Finalmente, ¿cómo se puede cambiar radicalmente una religión que está tan ligada con la literatura y con la civilización? Hacer algo así habría supuesto depurar toda la cultura griega, lo cual era imposible.

El culto a la Fortuna (*Týche*) fue una de las constantes del período que, en buena parte, fue debido a la inestabilidad de la época y a los numerosos conflictos políticos que acontecieron a la muerte de Alejandro de Macedonia. El hombre helenístico era muy consciente de que los caprichos del destino podían determinar su suerte. Esculturas (PAUSANIAS I 43.6; ELIANO IX 39; PLINIO XXXVI 23) o tratados, como el de Demetrio de Falero, atestiguan el culto a la Fortuna (POLIBIO XXIX 21.3-6; 22.2-3; MENANDRO, *Fr.* 355K). Todo lo cual aplicado a nuestro tema de estudio, tiene consecuencias importantes. El hombre que vive en zonas desérticas se preguntará qué tipo de destino ha decidido que viva en estas tierras y puede ser consciente de que por el mismo capricho de la Fortuna pudo haber nacido en otra distinta. La relación entre el ser humano y el territorio que habitaba adquiriría un nuevo matiz, ya no estaba determinada únicamente por el clima, sino también por la suerte.

La arbitrariedad de destinos como consecuencia de la *Týche* también provocó que la vida fuese comparada con un teatro: «*La fortuna es como un poeta dramático que asigna distintos papeles*» (*Sobre los hechos concernientes a Teles*, ed. de Hense, pág. 40, 1-6). El mundo por lo tanto era visto como una gran escena, siempre en constante cambio, en la que los hombres se limitaban a interpretar su papel asignado por la providencia.

No menos importante fue la aparición de la mentalidad erudita. Los catálogos y los libros sobre libros proliferan como nunca antes lo habían hecho, alcanzando discusiones de una erudición y una pedantería inimaginable: «*Se apacientan en Egipto, rico en razas, muchos eruditos armados de cálamo, que mantienen peleas infinitas en la jaula de pájaros de las musas*» (TIMÓN=ATENEO I 22D). Esta novedad fue factible gracias a la creación de la Biblioteca de Alejandría. Intelectuales como Aristófanes de Bizancio (c. 257-180), Apolonio de Rodas (c. 270-45), Calímaco (c. 310-235), Zenódoto de Éfeso (c. 325-270) y Eratóstenes de Cirene (c. 285-194) florecieron alrededor de este centro cultural y supusieron el último aliento real de la tradición agonística griega, porque después de ellos sobrevendrá una larga decadencia. La construcción de una biblioteca estatal es un hecho importante, porque todo el saber con anterioridad al siglo III a.C., fue reunido en sus fondos. Esta labor no fue por completo novedosa. Hay noticias poco fiables (ATENEO I 4) sobre la creación de bibliotecas por tiranos, como Polícrates de Samos y Pisístrato de Atenas. Más veraz parece la labor de recopilación llevada a cabo por el Liceo que se plasmó en una importante biblioteca en la que se encontraban, entre otras cosas, las constituciones de algunos de los estados que poblaban la *oikoumene*. La biblioteca del Liceo no sólo habría servido de modelo a la de Alejandría, sino que, según la leyenda, también fue perseguida por los Ptolomeos¹³, y Demetrio de Falero, un alumno de Aristóteles, habría sido su primer director. Aunque la vinculación de la Biblioteca de Alejandría con el Liceo puede haberse exagerado tras la llegada masiva de las obras de Aristóteles que

13 ESTRABÓN XIII 1.54; PLUTARCO, *Sila* 26.1; ATENEO I 3a-b; V 214 d-e.

vinieron a Roma con los restos del saqueo de Atenas realizado por Sila. Además, todos aquellos que llegaban a Alejandría con libros tenían la obligación, desde el reinado de Ptolomeo V *Epífanes* (210-181 a.C.), de dejarlos a las autoridades portuarias, para que fuesen copiados y almacenados en los depósitos de la biblioteca.

Lo dicho hasta este momento demostraría que, pese a las indudables transformaciones que acontecieron en el seno de la sociedad helenísticas, en muchos aspectos (religión, cultura, etc.) las bases de la misma seguían estando en la ciudad estado. El mundo helenístico no supone una ruptura radical respecto al clásico.

LA CIENCIA EN LA ÉPOCA HELENÍSTICA

En el siglo III a.C., la ciencia alcanzó el mayor desarrollo de la historia de la antigüedad. Los nombres propios de este período son de sobra conocidos por el gran público. El apogeo de la ciencia se debe a que algunos intelectuales sienten la necesidad de hacer demostraciones sobre aquello que han teorizado. La experimentación se intenta introducir en la ciencia griega. Sin embargo, en el siglo siguiente la luz que habría brillado con tanta intensidad languideció hasta entrar en crisis¹⁴. A continuación analizaremos algunos los factores que pudieron originar el hundimiento de la ciencia helenística.

1) El esclavismo. La ciencia helenística estuvo a un paso de desarrollar la tecnología del vapor que posibilitaría, siglos después, la Revolución Industrial, pero es un paso que nunca se terminó de dar. Para autores como Farrington esto no se debió a la falta de talento individual, sino a una realidad social¹⁵. La excesiva dependencia de la mano de obra esclava ha sido el motivo tradicionalmente esgrimido para explicar esta circunstancia. La proliferación de esclavos por las numerosas guerras y el desprecio por el trabajo manual¹⁶ provocaba que no se recurriera a la experimentación y a la comprobación, mientras que la especulación teórica seguía siendo un método más válido. Se cuenta que cuando Hierón le pidió a Arquímedes que trabajase en la construcción de máquinas de asedio, éste le respondió recordando la consideración de Platón sobre este tema: «*Más después que Platón se indignó e indignó contra ellos, porque degradaban y echaban a perder lo más excelente de la geometría con trasladarla de lo incorpóreo e intelectual a lo sensible y emplearla en los cuerpos que son objeto de oficios toscos y manuales, decayó la mecánica separada de la geometría y desdeñada de los filósofos, viniendo a ser, por lo tanto, una de las artes militares*» (PLUTARCO, *Marcelo* 14; Cf. *Marcelo* 17.5). La naturaleza teórica de la ciencia griega podía provocar que las matemáticas se desarrollasen, pero que otras disciplinas como la física o la química decayeran. La ciencia estaba desligada tanto de la producción como de la sociedad. Farrington concluye lo siguiente: «*La acción recíproca de la*

14 BEN-DAVID, J., *El papel de los científicos en la sociedad, un estudio comparativo*, Méjico 1974, p. 58; RUSSO, L., *The forgotten revolution: how the science was born in the 300 BC and why it had to be reborn*, Berlín & Nueva York, Springer 2004, p. 231. Cf. LLOYD, G. E. R., *Greek science after Aristotle*, Londres 1973, es consciente que la mayor parte de los logros del pensamiento antiguo se concentraron entre los siglos IV-III a.C. (p. 165), sin embargo, considera que no puede haber un verdadero declive existiendo pensadores posteriores del calibre de Claudio Ptolomeo y Galeno (Siglo I d.C.), por lo que fija la fecha en el 200 d.C (p. 166).

15 FARRINGTON, B., *La ciencia griega*, Barcelona, Icaria 1979, p. 282.

16 JENOFONTE, *Económico* VI 5: «*Los oficios llamados artesanales están desacreditados y es muy natural que sean muy despreciados en las ciudades*». Cf. MOSSÉ, Cl., «El hombre y la economía», en *El hombre griego*, Madrid, Alianza 1995, p. 35-63, contrapone la consideración social entre quienes trabajan con sus propias manos y aquellos que poseían tierras.

ciencia sobre la vida y de la vida sobre la ciencia es un elemento básico de nuestras concepciones mentales. Pero no ocurría lo mismo durante la decadencia del mundo antiguo. En aquel entonces el poder sobre la naturaleza era incrementado, en la medida en que ello resultaba posible, aumentando el número de esclavos».

Pero el hundimiento de la ciencia no se explica únicamente por la esclavitud, pues en la ciencia, como afirma Cl. Préaux, no interviene la mano de obra. Además, ni la esclavitud ni el desprecio por la artes mecánicas fueron fenómenos nuevos antes del mundo helenístico ¿Por qué debería ser un factor desequilibrante en esta época cuando antaño no lo fue? Si Farrington estuviera en lo cierto deberíamos esperar que los períodos de creatividad coincidiesen con los momentos en los que abundaban o escaseaban los esclavos, pero los avances y los retrocesos se produjeron independientemente de los mismos. Ciertamente, la esclavitud es un hecho importante para explicar la general ausencia de experimentación en el mundo antiguo, pero no para comprender su decadencia.

2) Roma. Hay que tener presente el papel desempeñado por Roma. Se dice que Roma unificó y reavivó las sociedades helenísticas, pero para que se produjera esta realidad antes tuvo que destruir y aniquilar lo que estaba disperso. En el proceso muchos núcleos culturales fueron arrasados (Corinto; Atenas), mentes irremplazables se perdieron para siempre (Arquímedes), hombres ilustres fueron esclavizados (Polibio) y obras de arte y bibliotecas enteras expoliadas. En estas circunstancias, difícilmente podía haber seguido desarrollándose la ciencia, puesto que siempre había estado muy ligada al poder estatal que se estaba derrumbando ante el avance romano. La pérdida de libertad y la esclavización de sus élites acrecentó que los griegos exaltaran con mayor intensidad su tradición cultural frente a los conquistadores romanos, que muchas veces, como refleja esta anécdota de L. Mumio, el destructor de Corintio, no eran capaces de comprender lo que a sus manos acababa de llegar: *«El primero que dio un valor oficial a cuadros extranjeros en Roma fue L. Mumio, al que su victoria le otorgó el sobrenombre de «el Aqueo». En efecto, cuando el botín se puso en venta, el rey Átalo había comprado por 600.000 denarios un cuadro de Aristides, representando a Liber Pater; admirado por el precio, empezó a sospechar que la obra tendría algún valor desconocido para él y la recobró»* (PLINIO XXXV 24). Esta teoría no consigue explicar por qué la ciencia sí pudo progresar en las ciudades estado o en los reinos helenísticos, que eran extremadamente beligerantes. La destrucción de centros de investigación es un razonamiento válido, pero los más importantes de ellos, Pérgamo y Alejandría, estuvieron operativos hasta mucho después de que se apagaran las luces del pensamiento griego. Es aún más sintomático que Roma no supiese sacar tajada de sus expolios cuando concentró lo más representativo del saber griego en su urbe. Es cierto que muchos de ellos fueron traídos como simple botín de guerra, pero posteriormente ni las helenizadas élites romanas ni sus helenos súbditos pudieron progresar más allá de donde se habían quedado los sabios alejandrinos.

3) Las escuelas filosóficas. Los pensadores helenísticos como Posidonio serían conscientes del fuerte lazo entre la tierra y la idiosincrasia de los pueblos. Pero, al mismo tiempo, los filósofos sabedores de la existencia de una providencia o destino (*prónoia*) que fija el devenir de todo cuanto acontece en el cosmos, saben lo absurdo que resulta oponerse a la misma o buscar las causas que la explican (ESTRABÓN II 3.8). A lo máximo que estos pensadores pueden llegar en su análisis es a percibir que las acciones del medio y la providencia tienen un único fin, la existencia del mundo¹⁷, y puesto que estos factores estaban en continuo cambio y movimiento,

17 ESTRABÓN XVII 1.36: *«Pero ahora también tengo que comentar brevemente sobre la labor de la Naturaleza y, al mismo tiempo el de la Providencia, ya que contribuyen a un único resultado. El trabajo de esta Naturaleza es que converjan todas las cosas en una»*. Cf. ESTRABÓN XII 3.11.

la superficie terrestre también lo estaba. Pero en este incesable proceso de transformación en el que la tierra se adentra en el mar y el mar cubre la tierra, existe un orden (*Táxis*) que evidencia la existencia de la *prónoia*¹⁸ y que actúa conforme a un plan (ESTRABÓN IV 1.14). La repercusión de este hecho para la ciencia helenística es importante. Cualquier geógrafo que esté ideológicamente vinculado a la filosofía helenística, y en especial a la estoica, despreciará la importancia de la búsqueda de las causas. Y es necesario recordar que muchos de los más importantes pensadores helenísticos, y del alto Imperio Romano, eran estoicos (Crates, Polibio, Posidonio, Diodoro, Estrabón, Atenodoro de Tarso, etc.).

Ante la necesidad de conciliar sus ideas con las concepciones geográficas clásicas, los estoicos se vieron obligados a alterar algunas de ellas. Si las almas eran un aliento ardiente que ascendía hacia los cielos, ninguna podría descender al interior de la tierra. Por este motivo, los Campos Elíseos fueron trasladados a los cielos, y sólo las almas perversas estaban destinadas al inframundo.

Ahora bien, nunca debe pensarse que todos los integrantes de la escuela estoica, ni de ninguna otra doctrina, tenían exactamente la misma concepción del espacio o de la ciencia. Como hemos defendido en la introducción, cada autor construyó y formó su propia cosmovisión como consecuencia de que la geografía era en su devenir una materia científica, pero transmitida literariamente y, por lo tanto, sometida a la propia creatividad personal del autor y al rigor de la tradición. Un claro ejemplo lo obtenemos de dos pensadores estoicos como Posidonio y Estrabón. El primero defiende el estudio de las causas y cree que la naturaleza y la providencia determinan el carácter de los pueblos, mientras que Estrabón rechaza intentar comprender las causas al considerarlo como un método propio del Liceo¹⁹ y no de la escuela estoica, pero paradójicamente suaviza la influencia de la providencia en el ser humano, y aumenta el papel de la libertad humana²⁰. La providencia llenó de tranquilidad y sosiego la mente de los pensadores que ansiaban orden y que se negaban a aceptar un mundo regido por el devenir y el azar.

No hay que olvidar, también, el papel desempeñado por los escépticos en la caída del método científico. Tradicionalmente, parte de la filosofía griega había puesto en duda la información que provenía de los sentidos. Los miembros de la Academia también habían dudado de la fiabilidad de los mismos. Los ataques de los escépticos a su valía fueron más fuertes que los anteriores: «*No debemos confiar en los sentidos ni en la razón, sino permanecer sin opinión, sin inclinarnos hacia una parte o hacia la otra, impasibles*» (ARISTOCLES, en EUSEBIO, *Praep., ev.*, XIV 18.32); «*También en su vida era consecuente Pirrón, no evitando ni preocupándose por nada, y afrontándolo todo: continuaba su ruta aunque encontrase carros en su camino, precipicios, perros, etc., pues no tenía ninguna confianza en los sentidos*» (D. LAERCIO IX 62). El propio Arquímedes parece abrazar el escepticismo por algunos instantes cuando en su *Arenario* (I 11) dice: «*No es fácil captar el hecho preciso, porque ni la vista ni las manos ni los instrumentos que sirven para ese fin son dignos de confianza para revelarlo*».

Todas estas circunstancias provocan que el sabio se desligue progresivamente del mundo en el que vive. El filósofo griego ya no es un pensador preocupado exclusivamente por la transformación de su ciudad-estado, sino por su iluminación espiritual. Los ascetas, ya sean griegos o extranjeros, se convierten en modelos del sabio, cuando en las viejas *póleis* griegas eran

18 ESTRABÓN I 3.17: «*Fortalecer la confianza en las obras de la naturaleza y en las modificaciones que en ella tengan lugar en cualquier sentido*».

19 FRENCH, R., *Ancient Natural History: Histories of Nature*, Londres y Nueva York 1994, p. 99.

20 DUECK, D., *Strabo of Amasia: A Greek Man of Letters in Augustan Rome*, Londres 2000, p. 63.

auténticos parias sociales. Sabedor de que el orbe no puede ser cambiado, el sabio se recoge en sí mismo en la búsqueda de su perfección, de su salvación y en la obtención de la ansiada felicidad (*eudaimonía*), buscada por todos los hombres de este período. La filosofía tiende progresivamente al misticismo que la caracterizará en la sociedad tardoantigua. En este orden de cosas, lo material y lo corpóreo serán considerados negativos. La indiferencia se extiende ante las propias adversidades a las que el sabio se enfrenta. El *sophós* (sabio) queda definido como una roca que el agua cubre, pero que nunca mueve, «*la tranquilidad de la mente es el objetivo de toda actividad, incluso la investigación de la naturaleza es subordinada a ella*²¹».

4) El principio de autoridad. Como hemos defendido a lo largo de nuestro estudio, tanto la ciencia como la sociedad griegas fueron agonales. Esto explicaba por qué un sabio atacaba a otro. Sin embargo, la transformación de la sociedad y la deificación de los reyes crean un principio de autoridad, que tendrá un vigor desconocido en comparación con otras épocas. Antes los filósofos y los poetas viajaban a las cortes de los tiranos de la Magna Grecia o al reino de Macedonia. Se convertían en educadores de los sucesores y en un instrumento de propaganda de los gobernantes, al acoger un insigne representante de la cultura griega. Ahora, los sabios también pululan por la corte, en primer lugar como preceptores, buscando encontrar al rey filósofo de Platón: Filetas de Cos (Ptolomeo II), Eratóstenes (Ptolomeo III), Antígono Gónatas (Menedemo de Eretria) y Carnéades (Atalo II). A los reyes helenísticos les gusta agasajarlos, pero ellos muestran su independencia rechazando sus ofertas, mostrando así su libertad de espíritu²². Sin embargo, esta independencia del sabio frente al monarca es sólo en apariencia. La gran mayoría de los grandes pensadores helenísticos buscaron el mecenazgo real, no sólo para garantizar su subsistencia, sino para acrecentar su prestigio. La comunidad ya no es quien otorga la excelencia, sino el monarca. Si lo propio del sabio era buscar al verdadero rey-filósofo, solamente podían ser considerados como auténticas eminencias cuando se convertían en maestros de reyes. El rey daba la celebridad a quien escogía como maestro, de igual modo, caían en desgracia cuando perdían el favor real²³. Es esta la razón de que muchos tratados, como los escritos por Arquímedes y Apolonio de Perge, estén dedicados a importantes líderes políticos. Muchas veces la funesta cólera real acababa con sus vidas²⁴. En ocasiones, los propios reinos helenísticos, como el Egipto de Ptolomeo VIII, persiguieron y expulsaron a los intelectuales al considerarlos enemigos de la autoridad real²⁵. Lo mismo ocurría con las disciplinas, por interés del monarca materias como la poliorcética y la medicina podían desarrollarse²⁶, mientras que la

21 LLOYD, G. E. R., *op. cit.*, p. 2.

22 Alejandro y Diógenes (ARRIANO VII 2.1; D. LAERCIO VI 63; VALERIO MÁXIMO IV 3.4; PLUTARCO, *Alex.*, 14.1-6); Alejandro y Dándamis (PLUTARCO, *Alex.*, 65.1-4; ESTRABÓN XV 1.63-66); Demetrio y Estilpón (PLUTARCO, *Demetrio* 9); Pirro y Cineas (PLUTARCO, *Pirro* 14).

23 POLIBIO V 26: «*En un momento los cortesanos son felices o miserables ante un simple signo de la cabeza del rey*».

24 Alejandro y Calístenes (PLUTARCO, *Alejandro* 55); Anaxarco de Abdera y Nicocreón de Chipre (D. LAERCIO IX 58-9); Teócrito de Quíos y Antígono el Tuerto (PLUTARCO, *Moralia* 11b-c); Dafitis y los reyes de Pérgamo (ESTRABÓN XIV 1.39).

25 MENECLAS DE BARCA, *FGrH* 270 F 9 = ATENEO IV 184b-c.

26 CELSO, *De medicina*, *proemium* 23-4; 26: «*Además, ya que los dolores y varios tipos de enfermedades surgen en las partes internas, piensan [aquellos que practican la medicina fundados en la razón] que nadie puede remediarlos si no conoce las mismas partes, y que por tanto es necesario abrir los cuerpos de los difuntos y examinar las vísceras y los intestinos. Consideran que Herófilo y Erasítrato lo hicieron de la mejor manera posible, al recibir de los reyes hombres inicuos sacados de la prisión, para abrirlos vivos mientras aún respiraban; examinaron los órganos que la naturaleza había antes ocultado, su ubicación, color, forma, tamaño, disposición, dureza, suavidad, sus puntos de con-*

botánica o la física se estancaban. Como contrapartida de su sometimiento a la autoridad real, el sabio obtenía una serie de instrumentos que favorecían la investigación como un observatorio (PTOLOMEO, *Sintaxis* VII 1), una biblioteca, jardines botánicos y zoológicos (DIODORO III 36.3) y un instituto anatómico (CELSO, *Sobre la medicina* 19-20). En los lugares en los que las condiciones son más favorables para ciertos tipos de actividades, las personas mejor capacitadas se ven atraídas hacia ellos²⁷.

Los reinos helenísticos no fueron tan poderosos como el estado romano, pero ni debemos presuponer que el grado de coacción sobre los pensadores fuese significativamente menor que el romano por la supuesta independencia del sabio frente al rey, ni olvidar que el autoritarismo romano puede ser más difícil de pasar por alto por el hecho de ser ejercido por un pueblo extranjero sobre toda la comunidad griega. Al fin y al cabo, la resistencia del sabio frente a la autoridad real no es indicio de la libertad que se posee, sino una reivindicación de lo que se ha perdido, que al rey apenas inquieta²⁸.

El papel de los monarcas es un factor más importante que los anteriores, pero no puede explicar por sí sólo toda la problemática. Los reyes podían acoger y favorecer a un número limitado de intelectuales, y está todavía por ver hasta qué punto podían influir en la sociedad los sabios contratados. No hay que olvidar que la mayor parte del mundo intelectual griego tuvo que subsistir por sus propios medios y que el estado no desarrolló una educación pública como la nuestra. No obstante, tanto el sabio que se resistía a perder su autonomía como aquel que lograba el favor real eran los modelos a imitar por quienes cultivaban las letras y la investigación, por lo que aunque se puede objetar que actuaron, únicamente, sobre una minoría, se puede decir que ésta constituía el modelo que se quería imitar o rechazar (Cf. FILÓSTRATO, VS I 22.524; ATENEO IV 184b-c).

Esta nueva forma de entender la tradición reside en las complejas circunstancias que rodean el mundo helenístico. Los nuevos reinos que se han creado (Pérgamo, Seleucia, Egipto, etc.) se encuentran fuera de la tradicional esfera del mundo griego y en ellos la población helena representa una clara minoría respecto a la indígena. Además, las dinastías que gobiernan estos reinos son de origen macedonio (Cf. T. LIVIO XXXVIII 17), un pueblo cuya helenidad era cuestionada por algunos griegos (DEMÓSTENES, *Filípicas* III 31). La necesidad de legitimidad

*tacto, también las protuberancias y hendiduras de cada uno, y si uno estaba insertado en otro o recibe parte de otro en sí... No pensaban que fuera cruel (como la mayoría de la gente piensa) buscar en el castigo de los inicuos, y sólo unos pocos para este efecto, los remedios para personas inocentes de todas las futuras generaciones»; TERTULIANO, De anima X 4: «(Herófilo) ese doctor o carnicero que abrió a innumerables seres humanos de modo que pudiera estudiar la naturaleza»; FILÓN DE BIZANCIO, *Belopoeica* 50: «Después los ingenieros sacaron conclusiones de sus errores anteriores, buscando exclusivamente el factor constante guiándose con los experimentos siguientes, e introdujeron el principio básico de construcción, a saber, el diámetro del círculo que sostiene el resorte. Los artifices alejandrinos lograron esto primero, con fuertes subsidios porque tenían reyes ambiciosos que promovían su trabajo. El hecho de que no todo pudiera ser logrado con los métodos teóricos de la mecánica pura, sino que mucho se consiguiera a través de la experiencia, es comprobado particularmente por lo que voy a decir»; DIODORO XX 91.2-6, donde describe la helépolis («tomaciudades») de Demetrio Poliorcetes.*

27 BEN-DAVID, J., *op. cit.*, p. 52.

28 PRÉAUX, Cl., *El mundo helenístico. Grecia y Oriente desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Roma*, I, Barcelona, Clío 1984: «Por otra parte, el filósofo había surgido de la cultura de la ciudad. Carácter impertinente, vengaba a la ciudad de su humillación. Tal vez vengaba también al intelectual del lujo deslumbrante de los reyes. Pero los reyes apenas se vieron afectados por el orgullo receloso de los filósofos, que trataban de hacer reconocer su independencia y su superioridad personales, pero solamente personales» (p. 38).

es una constante para los monarcas helenísticos, frente a la población nativa, sus mercenarios²⁹ y, sobre todo, frente a los griegos. Alejandro ya había demostrado que no había mejor forma para mostrar la helenidad que convertirse en campeón de la *paideía* griega. Ninguno de los grandes reyes pudo resistirse a intervenir en los asuntos griegos o a presentarse como campeón de la libertad de las ciudades estado, pese a los escasos beneficios que podía repercutirle esta política.

La cultura griega se convierte en un elemento imprescindible para definir la identidad y para conservar y obtener poder. Ante esta circunstancia la cultura no sólo no evoluciona al mismo ritmo que la sociedad, sino que queda sumida en un inmovilismo ante su utilidad. La dificultad para traer cambios aumenta si la misma cultura sigue definiendo la identidad y esto suele ocurrir cuando es útil. El monarca, el griego que ha nacido fuera de la Hélade, el mestizo y el nativo que aspira a progresar en la administración estatal³⁰ ven en la *paideía* griega un elemento de gran beneficio para sus planes³¹. No se cuestiona lo que es útil y menos si ayuda a definir la identidad. Lo que hay que hacer es protegerlo y atesorarlo³², y tratándose de cultura no hay nada mejor que una biblioteca. Un medio cuyo fin no es exclusivamente atesorar el saber, sino preservarlo y controlarlo. El éxito de esta práctica se manifiesta en que fue rápidamente imitado por el resto de los estados helenísticos. Los Atálidas de Pérgamo construyeron otra gran biblioteca (PLINIO XXXV 10) y sabemos que los reyes de Macedonia tenían una gran colección de libros que fue a parar a manos de los romanos (PLUTARCO, *Aen.*, 28.6). Los libros se convierten en los emblemas y portadores de una identidad que se está definiendo. Atenas ha entrado en una decadencia de la que como ciudad no saldrá hasta el siglo XIX, pero nunca había sido tanto como en este momento «*la escuela de Grecia*» (TUCÍDIDES II 41).

5) Tradición escrita. La época helenística exaltaba el pasado, porque los monarcas fueron por naturaleza conservadores. El pasado se convierte en objeto de estudio tanto el de los griegos como el de los pueblos bárbaros (Beroso; Manetón). Un claro ejemplo de lo que decimos es el prestigio emergente de Homero en la ciencia helenística. No es nada casual que el libro que constaba de más versiones en la Biblioteca de Alejandría fuese la *Iliada* de Homero³³. Los estoicos venerarán su obra y lo convertirán en el primer geógrafo, siendo considerado como el verdadero sabio (Cf. ESTRABÓN I 2.3). Su obra es vista como un texto histórico, y no como una ficción poética³⁴, leyéndose de forma exegética³⁵. La interpretación alegórica de los textos homéricos no era algo nuevo. Anteriormente, Metrodoro de Lampsaco (*frs.* A3-4 D-K) había dicho que los héroes de la *Iliada* eran partes del Universo. Heráclito sentenció que si Homero no era un

29 BOSWORTH, A. B., *The legacy of Alexander the Great*, Oxford 2002, p. 247-278, indica que esa es la razón por la que tiene que luchar en primera línea como un soldado más.

30 BAGNALL, R. S., y DEROW, P., *The hellenistic period. Historical sources in translation*, Oxford 2004, p. 145-146, juramento en griego de un egipcio que iba a trabajar en el banco real.

31 HADAS, M., *op. cit.*, p. 34, el griego fue la lengua oficial de todos los reinos helenísticos.

32 PRÉAUX, CL., «Stagnation de la pensée scientifique à l'époque hellénistique», en *Essays in honor of C. Bradford Welles*, New Haven, American Society of Papyrologists 1966: «*Le programme même de la grande institution scientifique qu'est le Musée d'Alexandrie n'est-il pas essentiellement de conserver le legs du passé, tenu pour une source privilégiée d'inspiration?*» (p. 250).

33 FINLEY, M. I., *El mundo de Odiseo*, Méjico, FCE 1995, p. 20.

34 GABBA, E., «True History and False History in Classical Antiquity», *JRS* 71, 1981, p. 50-62; p. 53, señala que la obra de Homero fue siempre vista como un texto histórico.

35 LONG, A. A., «Stoic readings of Homers», en *Homer's ancient readers. The hermeneutics of greek epic's earliest exegetes*, Princeton University Press 1992, p. 41-66, destaca que en el mundo antiguo existió una forma fuerte y otra débil de entender la alegoría. Afirma, además, que los estoicos pese a su veneración por Homero nunca lo entendieron de forma homogénea.

alegorista, debía de ser un completo impío. Esta adoración de la figura y de la obra de Homero, representante máximo de la tradición, no puede explicarse únicamente por la antigua costumbre que existía en el mundo griego de encontrar a los descubridores y a los precursores, *oi protoi heuretai*³⁶. Al contrario, refleja un fuerte cambio en la mentalidad, respecto al período anterior en el que el poeta fue duramente criticado por pensadores como Platón. Ahora, los poemas de Homero eran el punto de partida de cualquier especulación geográfica sobre la superficie de la tierra tanto si se estaba conforme con ellos como si no era así. Decimos esto porque el modelo agonal no ha desaparecido por completo, pese al fortalecimiento de la tradición, pervive aunque con el tiempo quede reducido a un *tópos* literario. Los autores siguen disintiendo y discrepando, pero cada vez las críticas son menos sustanciales y más testimoniales, y lo son porque las aportaciones individuales de los autores a las problemáticas geográficas heredadas son muy escasas.

En buena medida, la razón reside en la pérdida de vigor de la autopsia. Los viajes que realizan los geógrafos son cada vez menores. De los grandes geógrafos helenísticos, muchos de ellos no se vieron empujados a atestiguar con sus ojos sus propias descripciones. Ni Hiparco, ni Eratóstenes, ni Aristarco, ni muchos otros fueron grandes viajeros. En su caso pudieron paliar su dependencia respecto a la tradición con sus observaciones astronómicas, pero en otros autores que no dominaban la geografía matemática su dependencia de la tradición literaria aumentaba tanto como disminuían sus contribuciones. Incluso cuando se viajaba, como los geógrafos de Alejandro, la tradición literaria era difícil de obviar por desacertada que fuese. Pese a que Aristóteles y sus seguidores dieron prioridad a las ciencias empíricas frente a disciplinas más abstractas como las matemáticas, sus fuentes de información no procedieron en su mayor parte de experiencias empíricas. De alguna manera, se tenía cada vez más claro que la autopsia podía ser sustituida por el saber erudito. Al contrario que su maestro, Aristóteles no fue muy dado a viajar y cuando lo hizo su experiencia personal no aparece como autoridad de más peso que la información procedente de los grandes fondos bibliográficos que él y sus seguidores se habían molestado en recoger y que inspirarían las grandes bibliotecas helenísticas. Sus ansias de enciclopedismo le llevan a desistir de la comprobación empírica de muchos de los datos que conoce por medio de otros autores³⁷. No es de extrañar, como dice Jaeger, que el Liceo perdiese su carácter científico al cabo de dos generaciones y se transformase en un sistema dogmático que sometía todos los conceptos al concepto de finalidad. Del *autodíaktos* que condenaba la plurisciencia, hemos pasado al erudito que se vanagloria de su saber libresco, de su *polymatheía*. ¿Qué mejor consejo puede dársele a un rey que buscar en los libros lo que no se atreven a decirle sus amigos³⁸?

¿Por qué se equipara lo escrito a lo visto? Sería un paso más en la evolución de una sociedad oral a una escrita. En el período del IV-III el número de letrados ha aumentado gracias a los sofistas y a las escuelas de filosofía. La cultura es cada vez más escrita y menos oral, como consecuencia de ello, una de las disciplinas que más desarrollarán los sabios helenísticos fue la filología. Filetas de Cos fue el autor del primer glosario de la lengua griega, Aristófanes de Bizancio crearía los acentos y Zenodoto de Éfeso hizo las primeras ediciones críticas. El desarrollo de la filología revela un mayor interés tanto por la tradición como por la lectura. Los

36 Cf. KLEIGNTHER, A., *Protos Eures*, Leipzig 1933; ZHMUD, L. I., *The origin of the history of science in classical antiquity*, Berlín 2006, p. 23-29, cree que en un primer momento los dioses y los héroes de Homero y de Hesíodo no fueron representados como descubridores, sino como dadores de bienes a la humanidad. Sólo se convirtieron en *protoi heuretai* cuando la fama de los inventores griegos se extendió por el mundo.

37 Cf. PREUS, A., *Science and Philosophy in Aristotle's Biological Works*, Hildesheim-Nueva York 1975.

38 PLUTARCO, *Moralia* 189d = DEMETRIO DE FALEROS, *Fr.* 63 Wehrli.

textos antiguos nunca fueron tan estudiados como en este momento, pero una voz del pasado puede ser tanto una herramienta como un obstáculo para la exploración de nuevos mundos.

Una vez que una cultura ha fijado su tradición escrita mediante la recopilación de la misma, es fácil que se desarrolle el concepto de clásico, de canon, en virtud del cual las voces del pasado son más importantes que cualquier libro futuro, puesto que los logros anteriores se consideran insuperables. Tarn afirma que este sentimiento ya estaba presente antes: «*La poesía, en la época de Alejandro, había casi perecido aplastada por el peso de los grandes maestros; nadie podía emularlos, y no valía la pena intentarlo*»³⁹. El clasicismo obliga a imitar la lengua y el estilo de los poetas de antaño. Un precedente de la preservación del legado cultural por las autoridades estatales lo encontramos en la Atenas del siglo IV a.C. Licurgo, con el objetivo de preservar la tradición, habría ordenado que todas las obras de los grandes trágicos (Esquilo, Sófocles y Eurípides) fuesen llevadas a un lugar público y exigió a todos aquellos que querían representar sus dramas que se ciñeran a los textos oficiales (PLUTARCO, *Vida de los diez oradores* 841f).

En este ambiente de erudición enfermiza la literatura desarrolla un aire de atemporalidad que no se corresponde con el presente⁴⁰. El lenguaje literario se distancia cada vez más de la lengua popular. En esta tesitura la tradición adquiere un peso tan importante que condiciona cualquier logro o avance futuro. No obstante, teniendo en cuenta que «*para la literatura todo pasado es presente o puede hacerse presente*» (E. R. CURTIUS), el futuro es de todos los espacios temporales el que menos le interesa. La escritura no es un elemento esencial del progreso de la ciencia, al contrario, desde su invención pasaron casi cinco mil años en los que el saber antes que acrecentarse fluctuó⁴¹. La fijación de la tradición de forma escrita va a ser una circunstancia decisiva para el fortalecimiento de la tradición y, en consecuencia, para la decadencia del sistema geográfico clásico, pues los *tópoi*, modelos y temas recurrentes van a ser más importantes que la autopsia.

Paradójicamente, la civilización griega no se despegaba de su pasado, pero se extiende más que nunca, no sólo entre los pueblos asiáticos, sino también en Roma. No obstante, una forma de sabiduría escrita es más universal que una oral⁴² y posibilita que pueda extenderse y sea apropiada por otros pueblos. Una consecuencia ineludible de la expansión es que más personas tengan acceso a la misma. Los más de 1.100 nombres de autores conservados demuestran que se escribió más, y a ello pudo haber contribuido que la cultura griega se hiciese con el monopolio de la producción de papiros y pergaminos. La lectura se ha convertido en un elemento de prestigio⁴³. Una cultura no evoluciona igual cuando son pocas las voces autorizadas para cuestionarla, que cuando son exorbitantes. Hay demasiadas mentes que persuadir y cambiar para poder transformar la sociedad. Entre los consumidores de literatura, entre este gran público, encontramos dos tipos de lectores, los especializados y los que consumen literatura popular, como las novelas. Este último grupo supone una forma marginal de cultura, que prueba la necesidad de evasión de una parte de la población de la sociedad en la que vive. Es la evidencia de que los valores

39 TARN, W.W., y GRIFFITH, G. T., *La civilización helenística*, México, FCE 1982, p. 205.

40 PRÉAUX, Cl., *El mundo helenístico. Grecia y Oriente desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Roma*, II, Barcelona, Clío 1984, p. 440.

41 LEVI-STRAUSS, C., *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba 1970, p. 296.

42 GOODY, J., y WATT, I., «Las consecuencias de la cultura escrita», en *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa 2003, p. 12-13.

43 PAJÓN LEYRA, I., *Paradoxografía griega: Estudio de un género literario*, Tesis doctoral, Madrid 2009, p. 71.

de las élites, que han sido transmitidos por la *oikoumene*, no logran saciar todas las inquietudes, necesidades y aspiraciones de los miembros que la pueblan.

En suma, cada uno de estos cinco factores de desequilibrio, que hemos estudiado, contribuyeron, en mayor o menor grado, a estancar el progreso del pensamiento griego. Los tres primeros, el esclavismo, la inestabilidad por la expansión romana y las nuevas corrientes filosóficas explicarían, en parte, el abandono de los métodos de experimentación, pero serían, en nuestra opinión, los dos últimos los que habrían tenido un papel más destacado al provocar la pérdida del dinamismo de la cultura. La extensión del poder estatal más allá del estrecho reducto de la ciudad estado y su centralización en la figura del rey, junto con el desarrollo y difusión de la cultura escrita, impusieron modelos de autoridad, que si bien no podían ser considerados «sagrados» por el tradicional espíritu agonal del pensamiento griego, no podrían ser nunca obviados. Ahora bien, en modo alguno el fenómeno que describimos es un proceso generalizado o una ley universal que afecte por igual a todos los individuos. Es una tendencia social de la que se puede participar o abstenerse, aunque lo primero es siempre más fácil. De igual modo, cuando anteriormente predominaba el modelo agonal no excluía que se produjesen imitaciones o plagios. En cualquier caso, las grandes personalidades no logran invertir la dinámica social en los próximos siglos, y eso queda constatado por el hecho que las formas de pensamiento entre los siglos IV-III a.C., y finales del siglo III d.C., apenas evolucionaron y durante ese período la comprensión del cosmos fue básicamente la misma.

LA GEOGRAFÍA HELENÍSTICA

Respecto a la relación entre geografía y ciencia, ya hemos dicho con anterioridad que nunca existió una separación tajante entre la geografía, la etnografía o la historia. Era una consecuencia de que no hubiese una distinción entre las diferentes disciplinas que hoy en día impera. Sin embargo, es una opinión muy extendida entre la crítica moderna que en este período la filosofía se deslinda de la ciencia:

«Ya hemos visto cómo la filosofía y la religión tendían a unirse; pues bien, en lo tocante a la filosofía y las ciencias particulares sucedió lo contrario. No sólo se delimitó con mayor precisión de lo que lo había estado en la aurora del pensamiento griego el dominio perteneciente a la filosofía, sino que las diversas ciencias alcanzaron tal grado de desarrollo que exigieron un trato especial»⁴⁴.

Y la geografía, en apariencia, se divide en matemática o etnográfica a partir de este momento. Hecho lógico, *prima facie*, ante la proliferación de estudios geométricos y astronómicos que van a medir la superficie terrestre. A partir de ahora los mapas son adornados con paralelos y

44 COPLESTON, Fr., *Historia de la filosofía. I. Grecia y Roma*, Barcelona, Ariel 2004, p. 382; En la misma línea, refiriéndose a la geografía. GEUS, Kl., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003: «If we compare the ways the Greeks saw the *oikoumene* before and after Alexander, we can discern a tendency towards a more objective and scientific and less ethnological and hellenocentric view. Just as geography became fully emancipated as an individual science with his own methods in the time after Alexander, so the way was paved for a new view of the world» (p. 244). Cf. BEN-DAVID, J., *El papel de los científicos en la sociedad, un estudio comparativo*, Méjico 1974, p. 56-57, sugiere que «el científico profesional» (Aristarco, Eratóstenes, Hiparco, Euclides, Arquímedes y Apolonio) no tuvo durante todo el período helenístico un prestigio equiparable al filósofo.

circunferencias que permiten medir la latitud y la longitud, así como localizar con mayor precisión un punto en el mapa. Eratóstenes puede ser considerado como el precursor de este método, que con Hiparco de Nicea, y su deseo de apoyarse únicamente en criterios astronómicos, habría alcanzado su cenit. Sin embargo, antes de que Eratóstenes de Cirene se valiese de paralelos y meridianos en la cartografía, Eudoxo de Cnido y Dicearco de Messene ya lo habían hecho, por lo que debe destacarse la continuidad con el período anterior⁴⁵. Además, Hiparco no pudo prescindir de la tradición anterior y tuvo que apoyarse para establecer sus cálculos en los mapas jonios o en autores como Onesícrito, Deímaco y Megástenes. Tiempo después, Estrabón (I 1.1) consideraba que los precursores de la geografía se caracterizaban por su *polymatheía* (multitud de conocimientos), lo que para él era una evidencia de la ausencia de separación entre la filosofía y la geografía. Incluso Plutarco (*Lúculo* 28.7; *César* 63.3.) se refiere en varias ocasiones al geógrafo de Amasia como filósofo, al igual que Esteban de Bizancio y la *Suda*.

La geografía matemática o etnográfica no sólo no resultaron, en modo alguno, incompatibles entre sí, sino que muchas veces coexistieron en las obras de un mismo autor. Personajes como Eratóstenes, Hiparco o Posidonio tuvieron fama en la posteridad como geógrafos, porque la suerte ha querido que cuanto sabemos de ellos se encuentre en la única obra geográfica que ha llegado prácticamente en su totalidad hasta nosotros⁴⁶. De igual modo, Estrabón fue conocido tanto por sus obras históricas como por las geográficas. Lo normal en el mundo antiguo era que los autores trataran varios géneros a lo largo de su vida y, por lo tanto, la geografía no fue nunca una materia que perteneciese exclusivamente a los geógrafos antes o después de la época helenística. Un claro ejemplo lo encontramos en esta digresión de Apolonio de Rodas (IV 267-93): «*En los tiempos en los que Egipto, madre de los hombres de un linaje anterior, era llamada Eeria rica en mieses, y Tritón su río de ancho curso, por el que es regada toda Eeria; la lluvia de Zeus nunca la humedece bastante, y con sus corrientes se cubren de espigas los campos. Desde allí cuentan que alguien recorrió en su contorno toda Europa y Asia, confiado en la fuerza, el poderío y el valor de sus gentes. En su marcha fundó innumerables ciudades, que unas están pobladas y otras no; pues muy largo tiempo ha transcurrido. Al menos Ea todavía permanece firme, y los descendientes de estos hombres que él estableció para poblar Ea. Estos conservan inscripciones de sus padres, estelas en las que se hallan todos los caminos y los términos de la ruta marítima y terrestre para quienes se encaminen por su contorno.*»

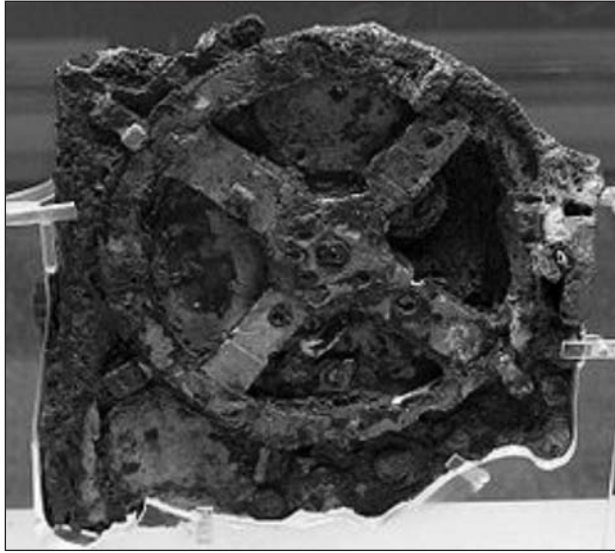
Aunque es un consumado literato, Apolonio tampoco es ajeno ni a la geografía ni a la cartografía. Lo cual nos demuestra que pese a la acumulación de todo el saber de la época en un único centro, no produjo ni una especialización ni una separación entre los diferentes campos de la ciencia. La *polymatheía* fue el ideal para el hombre sabio, y Eratóstenes de Cirene su mayor exponente.

No obstante, en el período helenístico los mapas no fueron las únicas representaciones del mundo que se idearon y diseñaron. El rey Demetrio Poliorcetes se hizo hacer un manto que representaba el mundo y las estrellas⁴⁷. No es extraño que un manto se convierta en el soporte de un mapa. Un intelectual alejandrino del siglo II, Demetrio «el topógrafo», fue un reconocido pintor y cartógrafo (DIODORO XXXI 18.2), por lo que no debía ser anormal que una representación cartográfica ocupase un espacio diferente al que a primera vista podía tener. Un ejemplo

45 HARLEY, J. B., y WOODWARD, D., *The History of Cartography: Cartography in prehistoric, ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, University of Chicago Press 1987, p. 148.

46 GORRIE, A. M., «Some reflections about geography in the hellenistic age», *Prudentia* 2, 1970, p. 11.

47 PLUTARCO, *Demetrio* 41.



28. Mecanismo de Anticitera.

nos lo ofrece el testamento de Teofrasto, en el que se recogía la voluntad de crear para la Estoa paneles pintados de un *períodos ges*, una descripción de la tierra⁴⁸.

Se sabe que algunos intelectuales idearon varias esferas semejantes a nuestros modernos globos terráqueos. Las esferas podían ser celestes o terrestres, siendo distinguibles las primeras por la presencia de personajes como Urania, la musa de los cielos⁴⁹. La leyenda dice que fue Tales de Mileto el primero en crear una de ellas (CICERÓN, *República* I 14), ejemplo que fue emulado por Anaximandro (D. LAERCIO II 1). En el siglo IV a.C. pensadores como Platón, Eudoxo, Calipo o Teón de Esmirna habrían cultivado este arte. En época helenística Autólico de Pitane, con su tratado *Sobre el movimiento de la esfera*, y Euclides, con sus *Fenómenos*, renovaron los trabajos y las investigaciones sobre este tema. El estudio de la *Sphairopoiia*⁵⁰ fue común entre los intelectuales alejandrinos preocupados del estudio de la astronomía y de las matemáticas. Arquímedes, quien tuvo contactos con los astrónomos Conón de Samos y Dositeo de Pelusio, escribió un tratado llamado *Sphairopoiia*, donde defendía el geocentrismo. También construyó uno de estos artefactos, que nos es descrito por Cicerón (*República* I 14) con pura admiración. Al parecer, la esfera debía de tener un mecanismo que la dotaba de movimiento y simulaba la rotación de la misma. La obra de Arquímedes no fue el único caso conocido. Estrabón (XII 3.11) cuenta que la esfera de Billaros, expuesta en Sinope, fue tomada por Lúculo tras el saqueo de la ciudad. Esferas como la de Arquímedes o como la de Eudoxo y Arato debieron de ser expuestas públicamente, siendo accesibles a la vista de los habitantes de Alejandría. De igual

48 DILKE, O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 31; SALWAY, B., «Travel, Itineraria and Tabularia», en *Travel and Geography in the Roman Empire*, Nueva York, Routledge 2001, p. 29.

49 ARNAUD, P., «L'image du globe dans le monde romain», *MEFRA* 96, 1984, p. 103.

50 Cf. AUJAC, G., «La sphéropée, ou la mécanique au service de la découverte du monde», *Revue d'histoire des sciences et de leurs applications* 23, 1970, p. 93-107, quien señala que fue una rama de la mecánica destinada a imitar el movimiento de los cuerpos celestes.

modo, según Libanio (*Descripciones* 27), la estatua del fundador de Alejandría se encontraba sobre un zócalo con la imagen de la tierra que descansaba sobre cuatro columnas que simbolizaban los cuatro puntos cardinales. Sorprendente resulta igualmente el llamado mecanismo de Anticitera (s. I a.C.), el primer aparato de engranajes conocido (fig. 28). Su función residía en poder reproducir los movimientos del sol y la luna conforme el modelo epicíclico de Hiparco. Una verdadera calculadora astronómica, diseñada para predecir el movimiento de los astros en el firmamento. Los rayos-X han revelado una inscripción en la que aparece el nombre de HISPANIA (ΙΣΠΑΝΙΑ), la mención más antigua que se conserva bajo esta forma de la P. Ibérica, y cuya presencia se debe a su naturaleza de tierra extrema.

Más importante que la extensión de la cartografía entre el gran público helenístico es el arraigo de una idea en la mentalidad de la época, de una certeza que tardaría muchos siglos en volver a ser cuestionada: la tierra tenía forma esférica. La extensión de la esfericidad, aunque no esté completamente desarrollada al no deshacerse de los límites, es una evidencia de que la sociedad helenística era mucho más abierta que la clásica, pero que al igual que su antecesora tenía que conciliar lo viejo con lo nuevo.

ARISTARCO DE SAMOS (c. 310-230 a.C.)

Aristarco, alumno del peripatético Estratón, fue uno de los más grandes matemáticos de la antigüedad⁵¹. Ocupó el cargo de director del Liceo antes de trabajar en Alejandría, donde desarrolló su teoría heliocéntrica 1800 años antes de lo que lo hiciese Copérnico, quien seguramente conoció los estudios de Aristarco⁵². Arquímedes describe brevemente el contenido del libro:

«Pero Aristarco ha sacado un libro que consiste en ciertas hipótesis, en donde se afirma, como consecuencia de las suposiciones hechas, que el universo es muchas veces mayor que el universo recién mencionado. Sus hipótesis son que las estrellas fijas y el sol permanecen inmóviles, que la tierra gira alrededor del sol en la circunferencia de un círculo, el sol yace en el centro de la órbita, y que la esfera de las estrellas fijas, situada con casi igual centro que el sol, es tan grande que el círculo en el cual él supone que la tierra gira guarda tal proporción a la distancia de las estrellas fijas cuanto el centro de la esfera guarda a su superficie»⁵³.

Los planteamientos hechos unos pocos años antes por Aristóteles habían reforzado la creencia de que la tierra se encontraba en el centro del Universo y los demás astros que conformaban el cosmos se hallaban en esferas fijas que giraban en torno a la Tierra. Pero existían ciertos problemas a tales afirmaciones, como el movimiento de los planetas Venus y Marte, que ponían en duda las afirmaciones del fundador del Liceo, Aristóteles, sobre los movimientos de los planetas que dibujaban círculos perfectos.

El desarrollo de la teoría heliocéntrica significaba un duro golpe a las creencias geocéntricas fuertemente asentadas en la tradición helena. La Tierra dejaba de ser el centro del universo y se convertía en un planeta más que giraba alrededor del astro rey. Antes de Aristarco los pitagóricos

51 VITRUVIO I 1.17; IX 2.3; 8.1; 14.

52 HEATH, T. L., *The Copernicus of antiquity (Aristarchus of Samos)*, Londres 1920, p. 39-40; NESTLE, W., *La historia del espíritu griego*, Barcelona 1987, p. 282.

53 ARQUÍMEDES, *Arenario* I 4-7; DOXOGRAFÍA GRIEGA II 24.8.

habían concebido el universo como una esfera, en cuyo centro estaba el fuego en torno al que giraban la Tierra, el Sol y los demás planetas⁵⁴. Platón había puesto en duda la centralidad del espacio geográfico del Mediterráneo al decir que existían otras tierras semejantes. Heráclides Póntico (*fr.* 104; 109 Wehrli) dijo que Mercurio y Venus giraban alrededor del Sol, y no en torno a la Tierra, que también rotaba sobre su propio eje⁵⁵. Ahora, Aristarco sacaba del centro al mundo habitado por el hombre, y en su lugar colocaba al Sol. El cambio no sólo era geográfico y astrológico, también era antropológico y teológico, puesto que el geocentrismo heleno era un sincero etnocentrismo.

No es de extrañar, por tanto, que personas, como el estoico Cleantes, pidiesen que se juzgara a Aristarco por impiedad «*por haber puesto en movimiento el hogar del cosmos. Pues él enseña que el cielo está quieto, y que la Tierra gira en una órbita inclinada y se mueve al mismo tiempo alrededor de su eje*»⁵⁶. Así, Aristarco pasaba a engrosar la lista de herejes geográficos en la que ya se encontraba Anaxágoras.

No obstante, Aristarco también cometió algunos errores, como el cálculo del tamaño del Sol, lo cual resulta comprensible por los medios de los que disponía. Estimó que los diámetros de la Luna y el Sol debían estar en proporción con sus distancias a la Tierra. Concluyó, así, que el Sol era 20 veces más grande que la Luna, cuando es 390 veces mayor.

Las enseñanzas de Aristarco apenas tuvieron éxito en su tiempo⁵⁷, ya fuese por ser consideradas heréticas o por no poder demostrar sus teorías. Como su obra no ha llegado hasta nosotros no podemos decir el motivo exacto. Tal vez, la razón resida en la alta credibilidad que tenía Aristóteles, que ahora formaba parte de la tradición, y en las fuertes creencias religiosas del período. No deja de ser curioso que tanto la defensa como la crítica al sistema geocéntrico vengan de la misma escuela. Lo cual reflejaría que en tiempos de Aristarco la ascendencia de Aristóteles comenzaba a condicionar cualquier especulación o teoría contraria a las suyas, pero que individuos sobresalientes, como Aristarco, podían seguir desarrollando un pensamiento propio.

Pero sin duda de haber contado con instrumentos precisos de medición, el heliocentrismo de Aristarco habría dejado de ser solamente una teoría audaz, para convertirse en un hecho que les habría obligado a enfrentarse directamente con su etnocentrismo, pues al igual que el helenocentrismo de los griegos les llevaba a situar su tierra en el centro de la *oikoumene*, el mundo que habitaban los griegos no podía ser uno más de los que existían en el universo, sino el centro del cosmos.

54 FILOLAO A 16a; 16b. Cf. HEATH, T. L., *op. cit.*, p. 22; SECHI, M., *La costruzione della scienza geografica nei pensatori dell'antichità classica*, Roma 1990, p. 53, cree que los pitagóricos influyeron en Aristarco de Samos.

55 HEATH, T. L., *op. cit.*, p. 33-37.

56 PLUTARCO, *De Facie in Orbe Lunae.*, 6; *Quaestiones Plat.*, 8.1; D. LAERCIO VII 259. Cf. RUSSO, L., y MEDAGLIA, S. M., «Sulla presunta accusa di empietà ad Aristarco di Samo», *QUCC* 53, 1996, p. 113-21, estos autores, principalmente Russo, defienden que fue realmente Aristarco quien acusó de impiedad a Cleantes (p. 115). Esta curiosa teoría se apoya, en opinión de los autores, en una mala interpretación de los textos, puesto que algunos elementos de las teorías de Cleantes podían ser considerados impíos (Cf. EUSEBIO, *Praep. Evang.* XV 15.7) como llamar *ἑστία* (fuego del hogar) al Sol y en una hipotética reinterpretación de los textos por los estudiosos del XVII, como Gilles Ménage (1613-1692) (p. 116). Pese a su originalidad esta tesis no explica en ningún momento por qué el heliocentrismo fue desechado, después de haber sido matizado su rechazo por los intelectuales estoicos.

57 Únicamente conocemos el nombre de un seguidor de las teorías de Aristarco, el astrónomo Seleuco de Babilonia. Cf. STAHL, W. H., «The Greek Heliocentric Theory and Its Abandonment», *TAPA* 76, 1945, p. 321-332, se cuestiona que las teorías de Aristarco hubiesen tenido tan poca repercusión como aparentemente parece.

ERATÓSTENES (275-193 a.C.)

La obra de Eratóstenes⁵⁸ no se habría podido escribir sin el desarrollo científico iniciado con el Liceo, el cual continuó la Biblioteca de Alejandría, y sin la ampliación del horizonte geográfico que supusieron las conquistas de los macedonios⁵⁹. Perdida su obra, como otros tantos libros del mundo antiguo, la mayor parte de los fragmentos que se conservan de la misma se concentran en la *Geografía* de Estrabón. Lo cual debería, de antemano, ponernos en guardia ante el papel desempeñado por el geógrafo de Amasia como transmisor de la obra de Eratóstenes, pues divergían en aspectos esenciales, como el papel de Homero como geógrafo⁶⁰.

El título de la obra podría haber sido γεωγραφούμενα (Escolio a APOLONIO DE RODAS IV 1215; Escolio a EURÍPIDES, *Medea* 2; ESTEBAN DE BIZANCIO, Δυρράχιον) o γεωγραφία (Escolio a APOLONIO DE RODAS IV 131). Algo nada descabellado, puesto que pasa por ser el inventor de la palabra geografía⁶¹, una combinación de los vocablos *ge* (tierra) y *graphein* («escribir»; «diseñar»). Lo que indica que para Eratóstenes la geografía era tanto la descripción literaria como el esquema y el diseño del mundo terrestre. Por lo tanto, la geometría y las matemáticas formaban parte de la ciencia geográfica de Eratóstenes, una forma de entender la geografía que era totalmente hereditaria de Eudoxo de Cnido y Dicarco de Messene, pero que, también, pudo estar muy influenciada por su estancia de veinte años en Atenas, en la que tuvo un gran contacto con los estoicos y la Academia platónica, gran defensora de las matemáticas en la educación de los futuros gobernantes y filósofos⁶², aunque, en cualquier caso, siempre prefirió llamarse filólogo antes que filósofo (SUETONIO, *De Grammaticis* X). Especialmente importante para él fueron las lecciones de Arcesilao de Pitane, un alumno del matemático Autólico. Su apego por las matemáticas y las ciencias le hizo trabar amistad con Arquímedes, con quien mantuvo un intercambio postal.

*«Reconociendo, como digo, tu celo y tu excelente dominio en materia de filosofía, amén de que sabes apreciar, llegado el caso, la investigación de cuestiones matemáticas»*⁶³.

La obra del seguramente más grande de todos los geógrafos antiguos⁶⁴ no ha llegado hasta nosotros, pero conservamos numerosos fragmentos⁶⁵ que nos permiten saber que constaba de tres

58 KNAACK, G., «Eratóstenes», *RE* VI, 1907, cols. 358-388.

59 ESTRABÓN I 2.1: «Como señala Eratóstenes, Alejandro nos ha descubierto la mayor parte de Asia y todo el norte de Europa hasta el Danubio». Cf. AUJAC, G., *Eratosthène de Cyrène, le pionnier de la géographie. Sa mesure de la circonférence terrestre*, París 2001, p. 17.

60 BIANCHETTI, S., «L'Eratostene di Strabone», en *Le monde et les mots: Mélanges Germaine Aujac*, Toulouse 2006, p. 35-46.

61 ROLLER, D. W., *Eratosthenes' Geography*, Princeton University Press 2010, p. 1, fue creada a partir del término γεωμετρέω, «medir la tierra».

62 Cf. SOLMSEN, F., «Eratosthenes as Platonist and Poet», *TAPA* 73, 1942, p. 192-213; p. 206, cree que Platón también influyó en la reforma de su sistema geográfico.

63 Cf. GUTIÉRREZ, S., «El Método: una carta reveladora de Arquímedes a Eratóstenes», *Suma: Revista sobre Enseñanza y Aprendizaje de las Matemáticas* 53, 2006, p. 69-73.

64 DIHLE, A., *Die Griechen und die Fremden*, C. H. Beck 1994 (Traducido al griego, Οι Έλληνες και οι Ξένοι, Atenas 1998, p. 84).

65 Pese a su antigüedad la mejor recopilación de los fragmentos de Eratóstenes sigue siendo el de BERGER, H., *Die Geographischen fragmente des Eratosthenes*, Ámsterdam 1880.

libros, estando el primero de ellos dedicado a la refutación de Homero como padre de la geografía⁶⁶. Los estoicos que quisieron convertir a Homero en el padre de todas las ciencias, utilizaron la famosa descripción del escudo de Aquiles (*Ilíada* XVIII 479-607) para sostener que Homero conocía la situación de la tierra en el centro del cosmos, la existencia de los círculos árticos, la rotación, la esfericidad de la tierra y del cielo. De tal modo que Homero quedó convertido en el predecesor de los geógrafos griegos. En consecuencia, si Eratóstenes quería revisar algunas de las cuestiones geográficas que se daban por ciertas entre los griegos tenía que cuestionar la autoridad de Homero. Aunque, para Eratóstenes los poemas de Homero serían simples «*cuentos de viejas*»⁶⁷.

Pese a sus críticas a Homero, no debe olvidarse que Eratóstenes también cultivó la creación literaria (Eratóstenes compuso poemas como el *Hermes y Erígone*), pero, aún así, veía necesario deslindar la geografía de la ficción poética. Su negativa a interpretar metafóricamente los viajes de Odiseo le granjeó las críticas de Estrabón (I 2.11-12), puesto que el de Cirene negaba que Homero tuviese intención alguna de situar el periplo de Odiseo en lugares conocidos (ESTRABÓN I 2.14) y sí todo cuanto es terrible y maravilloso (ESTRABÓN I 2.19). Aunque, al parecer, su desconfianza respecto a los poemas homéricos no se hizo extensible a Hesíodo (ESTRABÓN I 2.14), puesto que el poeta de Ascra sí que conocía la existencia del río Nilo (ESTRABÓN I 2.21-22), mientras que Homero no conoció ni su nombre ni sus crecidas ni el istmo arábigo (ESTRABÓN I 2.23-4). Su escepticismo a la hora de ubicar las andanzas de Odiseo quedó reflejado en la célebre frase en la que decía que el día que se encontrasen los caminos que siguió Odiseo también se hallaría el odre que contenía los vientos de Eolo⁶⁸. De esta forma, rechazaba intentos de otros eruditos alejandrinos, como Calímaco, de ubicar las islas de Calipso y las de los feacios en el Mediterráneo, al considerar que estaban en pleno Océano (ESTRABÓN I 2.37). La ubicación de los viajes de Odiseo continuó siendo un tema muy debatido durante el período helenístico y el Imperio Romano (Cf. SÉNECA, *Dial.*, X 13.2). En cualquier caso, el que la mayor parte de los fragmentos de Eratóstenes se hayan conservado en un ferviente admirador de Homero, como lo fue Estrabón, debe de ponernos en guardia a la hora de interpretar cuanto pudo haber dicho en contra de los poemas homéricos⁶⁹.

El famoso periplo de Menelao tampoco se libró de las objeciones del sabio, para ello se habría valido del trabajo de Aristónico de Alejandría, un alumno de Aristarco de Samos, que escribió un libro titulado *Sobre la andadura de Menelao* (FGH.Hist. 53 F 1): «*Pero, asimismo, no es que fuera navegable el istmo, sino que lo conjetura erróneamente Eratóstenes. En efecto, piensa que la ruptura de las Columnas aún no se había producido, de suerte que por este lado estaba en contacto el mar exterior con el interior y, como estaba a mayor altura, ocultaba el istmo; pero que al producirse la ruptura, bajó de nivel y descubrió la tierra que va desde la zona del Casio y Pelusio hasta el mar Eritreo*» (ESTRABÓN I 2.31).

Este texto demuestra que en el libro I de la obra de Eratóstenes la geografía física también estuvo presente⁷⁰ y que era consciente de cuánto podía ser alterada la superficie terrestre por

66 ESTRABÓN I 29; 62; 66; 67. Cf. TRACHSEL, A., «Le géographe Ératosthène contre Homère», en *Eratosthène: un athlète du savoir*, Saint-Étienne 2008, p. 105, sostiene que la revisión hecha por Eratóstenes de los poemas homéricos se extendía a todas las esferas del saber y no únicamente a la geografía.

67 ESTRABÓN I 1.10: «*Diseñados para cautivar, sin ninguna preocupación por instruir*». Cf. ESTRABÓN I 2.3.

68 ESTRABÓN I 2.15. Cf. BERGER, H., *op. cit.*, 36ss.

69 Cf. BIRASCHI, A. M., «Strabone e la difesa di Omero nei Prolegomena», en *Strabone, Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, Perugia 1984, p. 129-153.

70 AUJAC, G., «Eratosthène et la géographie physique», en *Sciences exactes et sciences appliquées à Alexandrie*, Saint-Etienne 1998, p. 247-261.

fenómenos como los terremotos o las erupciones volcánicas (ESTRABÓN I 3.3). Aristóteles también conocía estas transformaciones y atribuía su causa a los cambios climáticos, siendo un proceso cíclico y eterno (*Meteorológicas* 351a; 352a) y, posteriormente, Estrabón de Lampsaco había estudiado las fluctuaciones del mar y la tierra (ESTRABÓN I 3.4-10; 13-5), considerando los grandes ríos como los responsables de estos cambios. No obstante, cuando Eratóstenes data la apertura de los estrechos después de la guerra de Troya se contradice, pues anteriormente había dicho que los viajes de Odiseo ocurrían en pleno Océano, algo que no sería posible al ser, hasta ese momento, el mar Mediterráneo un mar cerrado. Reaccionando ante estas ideas de Eratóstenes, Crates de Malos sostendría que el Atlántico fue el mar donde se produjeron las navegaciones de Odiseo (ESTRABÓN III 4.3) y que el periplo de Menelao no era más que un viaje de circunnavegación del continente libio de Gades hasta la India, lo que explicaría la enorme duración del mismo (ESTRABÓN I 2.31).

Sus ataques al prestigio de Homero fueron el primer gran embate de Eratóstenes contra el legado cultural griego. El siguiente sería contra el método empleado durante siglos para conocer el mundo. Frente al apego de sus antecesores por teorizar en temas de geografía él propondrá la experimentación.

En el segundo libro presenta los estudios preliminares básicos para la confección de la carta de la tierra, por lo que se habría ocupado de la esfericidad del globo terrestre, de medir las distancias de la *oikoumene*⁷¹, valiéndose de los informes de los navegantes⁷² y de la tradición anterior a él como Heródoto⁷³, Damastes de Sigeo⁷⁴, el periplo de Escífax⁷⁵, de Hanón, Patrocles⁷⁶, Deímaco⁷⁷, Estrabón de Lampsaco⁷⁸, Janto de Lidia⁷⁹, de los geógrafos de Alejandro Magno⁸⁰ y los bematistas⁸¹. Lo cual explicaría por qué sus conocimientos de la zona oriental del mundo son mayores que los de la occidental, donde sus principales fuentes de información debieron de ser las obras de Píteas⁸², Timóstenes⁸³ y Dicearco (BERGER, *fr.* 18-20). Partiendo de estas fuentes concluyó que el mundo tenía forma de clámide⁸⁴.

71 ESTRABÓN I 4.2; 4; 5-6; II 1.23: «Las distancias afirma haberlas reunido a partir de los datos de muchos autores que se han ocupado de escribir itinerarios, de algunos de los cuales dice que carecen de indicación, de título ni autor».

72 ESTRABÓN II 5.24: «Eratóstenes dice que sobre esta travesía ésa es la suposición de los marineros, que unos dan ese número mientras que otros no dudan en hablar de 5.000 y él, valiéndose de los gnómones de sombra, dice que halló 3.750».

73 ESTRABÓN I 3.22.

74 ESTRABÓN I 3.1; XIV 6.4.

75 Escolio a APOLONIO DE RODAS, IV 1215.

76 ESTRABÓN XI 7.3.

77 ESTRABÓN II 1.19.

78 Sucesor de Teofrasto en la dirección del Liceo, viajó a Alejandría y al famoso oasis de Ammón en Siwah.

79 Historiador del siglo V que estudió la relación entre las variaciones climáticas y la importante sequía producida en tiempos del reinado de Artajerjes I (465-424 a.C.).

80 Eratóstenes empleó a los geógrafos de Alejandro para sus investigaciones y mediciones, sin embargo, fue uno de los geógrafos antiguos que más intensamente les acusó de haber alterado el espacio o de haber dicho que Heracles y Diónisos habían conquistado la India para adular a su amo macedonio: Cf. ARRIANO V 3.1-4; ESTRABÓN XI 5.5; 7.4; XV 1.7.

81 ESTRABÓN I 4.5; Cf. GEUS, Kl., *Eratosthenes von Kyrene: Studien zur hellenistischen Kultur- und Wissenschaftsgeschichte*, Múnich 2002, p. 271-272.

82 ESTRABÓN II 1.42.

83 MARCIANO DE HERACLEA, *Epítome del Periplo del Mar Interior de Menipo Pergameno* I 3.

84 ESTRABÓN II 5.6-9; 14. Hay que recordar que la ciudad de Alejandría era frecuentemente comparada con esta prenda de vestir (Cf. PLUTARCO, *Alex.*, 26.8; PLINIO V 10; ESTRABÓN XVII 1.8).

Otra de sus preocupaciones fue delimitar los confines de los continentes, cuestión de la que ya se había ocupado anteriormente Heródoto (IV 45) y, como él estableció, son los ríos quienes dividen los tres continentes, el Nilo y el Tanais, que dotarían a los continentes de cierto carácter insular (ESTRABÓN I 4.7-8).

En cuanto a los límites septentrionales de la *oikoumene* quedarían fijados en la isla de Tule (ESTRABÓN I 4.1-2), lo que es una evidencia del empleo de Píteas para calcular las distancias de esa zona del mundo. Y en la zona meridional, los confines habrían quedado establecidos al sur de Méroe, a partir de los trabajos de los exploradores enviados por los Ptolomeos al sur de Egipto como Filón (Cf. ESTRABÓN II 1.20). El límite occidental seguían siendo las Columnas de Hércules y el oriental quedaba localizado en la isla de Taprobane, de la que habían hablado en sus obras fuentes de Eratóstenes como Onesícrito de Astipalea y Megástenes. La longitud de la *oikoumene*, unos 74.000 estadios, queda patente por un paralelo que va de Iberia a la India⁸⁵, a la altura de la ciudad de Atenas, añadiéndose 2.000 estadios por cada lado, oeste y este⁸⁶. Cálculos que curiosamente coinciden con la distancia de la costa occidental de España a la de Corea, pero no con la India.

Sobre cuestiones de geografía física tan controvertidas en la antigüedad como la naturaleza del mar Caspio, Eratóstenes no tiene duda alguna de que se trata de un golfo del océano, dándole total credibilidad a la opinión de Patrocles, pese a que anteriormente Heródoto (I 202-3), Aristóteles (*Meteorológicas* 354 a 1-5) y algunos geógrafos de Alejandro, como Policlito, defendiesen que era un mar interior. Tras el viaje de Patrocles, fue una opinión común entre los geógrafos helenísticos, como Eratóstenes, que se trataba de un golfo del océano.

El análisis de las culturas y pueblos de los lugares estudiados le habrían hecho apreciar la diversidad de leyes y costumbres existentes en la ecumene. Al final de este libro Eratóstenes mostró su rechazo a una división bipartita de la humanidad conforme al modelo de griegos y bárbaros, en la que los griegos gobernarían despóticamente a los últimos, tal y como Aristóteles le había sugerido a su discípulo macedonio (ESTRABÓN I 4.9. Cf. PLUTARCO, *moralia* 329b-c). Además, Eratóstenes era muy consciente del alto grado de civilización de pueblos como el indio o el ario.

En el tercer libro habría expuesto su nueva metodología, en la que jugaban un papel importante el *diáphragma*, por influencia de Dicearco, y los esfragídes (*sphragídes*⁸⁷) para el diseño definitivo de su mapa: «Al establecer en el tercer libro de su Geografía el mapa del orbe habitado, Eratóstenes lo divide en dos, desde Poniente a Levante, por medio de una línea paralela a la del Ecuador. Como límite de ésta pone a Poniente las Columnas de Heracles y, a Levante, los promontorios y las últimas montañas de la cordillera que limitan con el flanco septentrional de la India. Traza la línea a partir de las Columnas, pasando por el Estrecho de Sicilia y los promontorios meridionales del Peloponeso y del Ática y llegando hasta Rodas y el Golfo de Issos. Hasta aquí afirma que llega la mencionada línea, pasando por el mar y los continentes que lo bordean» (ESTRABÓN II 1.1).

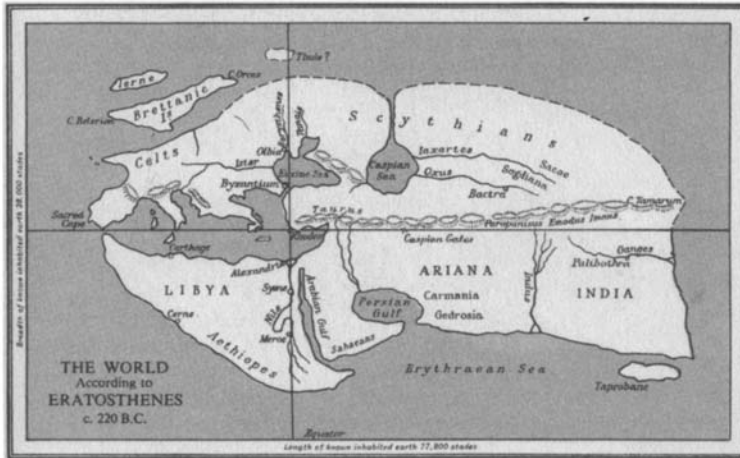
También dividió el mundo de Oeste a Este en dos partes mediante la creación de una línea imaginaria⁸⁸ (fig. 29), que, partiendo de las Columnas de Heracles llegaría a las cadenas mon-

85 ESTRABÓN I 4.6.

86 ESTRABÓN I 4.5.

87 THALAMAS, A., *La géographie d'Ératosthène*, París 1921, p. 159, el vocablo significaría sello y se utilizaba en la administración del Egipto Ptolemaico en la distribución de las tierras.

88 GEUS, K., *op. cit.*, p. 275; JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 65-73, niega que el hallazgo de estas líneas sea el resultado de un razonamiento matemático.



29. Mapa del mundo según Eratóstenes (Dilke 1985, fig. 4).

tañosas de la India, atravesando a su paso el estrecho de Sicilia, el sur del Peloponeso y del Ática, Rodas, el golfo de Issos, la Cilicia y la cordillera del Tauro (ESTRABÓN II 1.1-3). Una innovación de Eratóstenes habría sido revisar la ubicación del Tauro, que era tradicionalmente situada más al norte, mientras que el de Cirene la sitúa en la misma latitud que Rodas, dividiendo prácticamente en dos el continente asiático.

Los *esfrágides*⁸⁹ («sellos») son unas líneas imaginarias que dividen el mundo de norte a sur. Son figuras geométricas, pero empíricamente establecidas. De hecho, los límites entre los mismos son siempre fronteras naturales (Cordilleras, mares, ríos, etc.). El objetivo es realizar una división racionalizada de la *oikoumene* en pequeñas unidades que puedan ser fácilmente localizadas en el mapa, por lo que su utilidad no es sólo cartográfica, sino también geográfica, al delimitar unas zonas con otras. Estableciendo tres de ellos: «Eratóstenes, en efecto, como consecuencia lógica de su teoría antes expuesta sobre el Tauro y el mar a partir de las Columnas de Heracles, tras dividir en dos por medio de esta línea el orbe habitado y llamar a una parte norte y a la otra sur, intenta cortar cada una de estas dos en cuantas partes sea posible, y las llama *esfrágides*. Así, tras llamar India a la primera *esfrágide* de la parte sur y Ariane a la segunda, fáciles ambas de delimitar, se esfuerza en precisar debidamente la longitud y latitud de una y otra, y, en cierto modo, también su forma, como haría un geómetra» (ESTRABÓN II 1.22).

El primer sello se sitúa en la India, que para el geógrafo de Alejandría tiene forma romboidal (II 1.22-6). El segundo en Ariana, que tiene forma de trapecio. En cambio, el tercero presentaba más problemas al no estar delimitada la línea que va de las Puertas Caspias a la Carmania: «Tras presentar la segunda *esfrágide* con un esquema tan global, presenta aún mucho más globalmente la tercera *esfrágide* por muchas razones. La primera, la ya mencionada, que no está delimitada con exactitud la línea que va desde las Puertas Caspias hasta la Carmania, línea que es flanco común de la tercera *esfrágide* con la segunda. Además que el Golfo Pérsico se sitúa en el flanco sur; cosa que precisamente él también afirma, de suerte que se ve forzado a tomar como recta la línea que va desde Babilonia, a través de Susa y Persépolis, hasta las

89 FRASER, P., «Eratosthenes of Cyrene», *PBA* 56, 1970, p. 200, relaciona los *esfrágides* de Eratóstenes con el sistema empleado por el geógrafo para computar el tiempo.

fronteras de Carmania y Pérsida, línea por la cual era capaz de encontrar un camino medido, que sería en total de poco más de 9.000 estadios, y a la cual llama flanco sur, pero que no dice que sea paralelo al flanco norte» (ESTRABÓN II 1.23).

Estrabón (II 1.30) criticó los «sellos» de Eratóstenes al considerarlos antinaturales, puesto que carecían de relación con los asuntos humanos y dividían el mundo al igual que un cirujano corta la carne humana.

En el continente europeo parece haber empleado una división por promontorios, como los del Peloponeso, Italia y Ligística⁹⁰, en vez de los *esfrágides*: «Sobre la mayoría de cabos más prominentes que se destacan de Europa, Polibio ha hablado mejor que Eratóstenes, pero no lo suficiente. En efecto, éste dice que son tres, el que desciende hasta las Columnas y sobre el que está Iberia, el que lo hace hasta el estrecho y sobre el que está Italia y el tercero el que lo hace hasta Malea y sobre el que están todos los pueblos situados entre el Adria, el Euxino y el Tanaide» (ESTRABÓN II 4.8; Cf. II 1.40).

El resultado es una *oikoumene* delimitada por los paralelos y meridianos diseñados por Eratóstenes⁹¹, donde la simetría es el factor imperante. Sin embargo, pese a su rechazo a la tradición homérica, el mundo de Eratóstenes seguía manteniendo el carácter insular propio de la cultura helénica. El Océano continuaba rodeando todas las tierras de la *oikoumene*, que era semejante a una isla con forma de clámide: «En cualquiera de estos cuadriláteros, y parece que no importa nada en cuál de ellos, decimos que está nuestro mundo habitado, bañado por el mar en todas partes y semejante a una isla... Y en ella el mundo habitado es una isla con forma de clámide, menor que la mitad del cuadrilátero» (ESTRABÓN II 5.5-6).

El resultado de las investigaciones de Eratóstenes se habría plasmado en un mapa ortogonal en el que la anchura de la *oikoumene* sería de 38.000 estadios y la longitud 78.000. El esquema helenocéntrico de los antiguos mapas jonios quedaba totalmente superado por una imagen global del mundo. Si un libro es un fiel reflejo de la mentalidad de una época, un mapa igualmente nos muestra como en tiempos de Eratóstenes las viejas ciudades estado helenas estaban en pleno declive. Grecia había dejado de ser el centro del mundo.

Entre sus principales logros destaca haber medido con gran precisión la circunferencia terrestre, 252.000 estadios⁹², es decir 39.690 km, siempre que se manejase el estadio egipcio como medida (157.50m). Aunque, según otras informaciones (PLINIO XII 53) la cifra correcta sería 47.500 km⁹³. No fue el primero en atreverse a calcular la longitud de la tierra, pues anteriormente tanto Eudoxo como Dicearco ya habían realizado estimaciones importantes, pero sí

90 Sinónimo de Iberia.

91 DICKS, D. R., «The klímata in the Greek Geography», *CQ* 5, 1955, p. 248-255, cree que Eratóstenes sólo diseñó un paralelo y un meridiano, siendo los demás añadidos por Hiparco de Nicea; VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 41, niega que Eratóstenes haya utilizado más de dos líneas divisorias.

92 Autores como ARQUÍMEDES, *Arenario* I 1 y CLEÓMEDES, *El movimiento circular* I 8, dan una cifra de 300.000 estadios.

93 El estadio dependiendo de su procedencia tenía diferentes medidas. Esto se explicaría por los diferentes valores que dan nuestras fuentes al estadio que empleó Eratóstenes. Cf. LEHMANN-HAUPT, C. F., «Stadion», *RE* III 1929, cols. 1931-1963, éste autor sostiene que Eratóstenes habría empleado una medida de 140.8m que equivaldría a un total de 37.497 km; ENGELS, D., «The length of Eratosthenes' stade», *AJPh* 106, 1985, p. 298-311, no cree que existiesen grandes divergencias entre las mediciones de los autores antiguos, y sostiene que Eratóstenes usó el estadio ático; NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Michigan 1991, p. 60-61; THALAMAS, A., *op. cit.*, p. 159, estima que el estadio de Eratóstenes sería de 168m y que la cifra total sería 42.000 km. Más mediciones pueden encontrarse en la obra de AUJAC, G., *Strabon et la science de son temps*, París 1966, 177ss.

que fue el primero que aplicó un método científico para realizar sus cálculos apoyados en su propia experiencia personal⁹⁴. La experimentación fue introducida en la geografía gracias a la mano de Eratóstenes, en virtud de lo cual dejaba de ser una ciencia teórica y adquiría el rango de ciencia experimental.

Para poder medir la superficie terrestre empleó el *gnomon*⁹⁵, que era una varilla vertical fija, mediante la cual podía registrarse con exactitud la longitud de la sombra del Sol⁹⁶, que los griegos habrían tomado de los astrónomos babilonios⁹⁷ (HERÓDOTO II 109), pero que la tradición dice que fue inventado por Anaximandro⁹⁸ o por Enópides de Quíos⁹⁹ en la segunda mitad del siglo V a.C. Otra herramienta empleada por Eratóstenes fue el *scaphè*, un instrumento consistente en un hemisferio hueco en el centro, donde era colocado el *gnomon*.

El método empleado se basó en la geometría de la esfera¹⁰⁰. Eratóstenes descubrió que en Siene (Asuán) un palo vertical en el solsticio de verano no proyectaba sombra, mientras que en Alejandría sí lo hacía (ESTRABÓN XVII 1.48).

El procedimiento de Eratóstenes consistió en medir la sombra que proyectaba el Sol en dos puntos que estuviesen en la misma latitud, para después, utilizando valores trigonométricos, medir la totalidad de la circunferencia. Este criterio metodológico implicaba de antemano la certeza de que la tierra era esférica, aunque con ciertas irregularidades de superficie (ESTRABÓN I 3.3), y habitada exclusivamente en su totalidad en el hemisferio norte (Cf. ESTRABÓN I 4.1) y no plana o con forma de disco como había dicho la tradición homérica. Anteriormente, Aristóteles ya había sostenido que la tierra era esférica valiéndose de las sombras de la luna y de la observación de los eclipses (*De Caelo* 297 b). Para ello el Estagirita empleó los estudios de Eudoxo, quien había medido también la circunferencia terrestre mediante la observación de la estrella de Canopo con respecto a Cnido y Heliópolis para, de este modo, hallar las latitudes. El método de Eratóstenes, por lo tanto, se habría inspirado en el de Eudoxo, pues ambos intentaron medir la tierra a partir del cálculo de la latitud entre dos ciudades. Pero a diferencia de Eudoxo, el sabio alejandrino contó con mejores instrumentos para su medición y una adecuada elección de los puntos necesarios para aplicar sus cálculos trigonométricos. Su deuda con la cosmografía aristotélica también quedó reflejada por su apego por el geocentrismo, pese a que, pocos años antes de que comenzase a escribir, Aristarco ya había defendido su teoría heliocéntrica del universo.

Del estudio de ambos lugares dedujo que la distancia entre Siene y Alejandría, 5.000 estadios, debía ser 1/50 de la circunferencia de la tierra, lo que equivalía a unos 252.000 estadios¹⁰¹, de modo que cada grado equivalía a 700 estadios. La exactitud de la distancia entre ambas ciudades

94 Podemos reconstruir el sistema empleado por Eratóstenes gracias al testimonio de Cleómedes, un autor del siglo II y contemporáneo de Claudio Ptolomeo.

95 ESTRABÓN II 5.4; PTOLOMEO I 3.1.

96 KIRK, G. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos 1999, p. 130; AUJAC, G., *La Géographie dans le monde antique*, París 1975, p. 34.

97 NEUGEBAUER, O., *A History of ancient mathematical Astronomy*, Berlín 1975, p. 541. Cf. DICKS, D. R., *Early Greek Astronomy to Aristotle*, Nueva York 1970, p. 159, niega que existan evidencias sólidas que reflejen una deuda de la astronomía griega con los babilonios.

98 DIÓGENES LAERCIO II 1-2. Sin embargo, en la *Suda* se dice que sólo lo introdujo en el mundo griego.

99 DIELS, *Fr. Vorsokrat.*, 41.7.

100 CLEÓMEDES, *El movimiento circular* I 10.

101 DILLER, A., «The Ancient Measurements of Earth», *Isis* 40, 1, 1949, p. 7, cree que el número exacto fue elegido en parte por su divisibilidad; AUJAC, G., *op. cit.*, 2001, p. 56, la cifra final habría sido unos 250.000 estadios, pero habría sido redondeada para permitir una división más fácil para el cálculo sexagesimal.

se realizó gracias al desarrollo de la administración ptolemaica, aunque según otras noticias, Eratóstenes se habría valido de un grupo de hombres encargados de contar uniformemente el número de pasos que separaban Alejandría de Siene.

El cálculo fue registrado en un tratado llamado *Sobre las dimensiones de la tierra*¹⁰², que contribuyó a acrecentar la fama del geógrafo en la posteridad. Esta hazaña fue la combinación de los estudios geográficos y cosmográficos que se combinaron en la escuela de Alejandría. Si ambas disciplinas no hubiesen caminado de la mano en el momento en que Eratóstenes comenzó sus investigaciones, éste no habría tenido éxito en su intento.

En cualquier caso, la gesta de Eratóstenes no residía en la exactitud de su medición, sino en el método que empleó para obtenerla, que, paradójicamente, no tuvo una gran vigencia en la tradición clásica. Su poco éxito no puede atribuirse solamente al aislamiento de los intelectuales en la antigüedad. Arquímedes (*Arenario* I 1), concedor de las teorías del erudito alejandrino, estimaba el diámetro de la tierra en unos 300.000 estadios. Siglo y medio después de la hazaña de Eratóstenes, Posidonio de Apamea volvió a medir la superficie terrestre, resultando sus cálculos mucho menores que los del geógrafo alejandrino, y que serían posteriormente utilizados por Claudio Ptolomeo (I 7.1; VII 5.12). El juicio de Plinio (II 247) que da credibilidad a su medición al considerar que habría sido una lástima no hacerlo ante una hazaña tan audaz y sutil, fue una de las pocas excepciones. Francamente, el poco calado de las investigaciones de Eratóstenes no se debió a que no fuesen conocidas, sino a que su método no fue aceptado¹⁰³.

Sin embargo, una consecuencia del calcular la circunferencia terrestre es la posibilidad de dividirla con cierta precisión en paralelos y meridianos, lo que facilitaba a su vez ubicar con mayor facilidad un punto sobre el mapa y estimar sus distancias. La utilidad de un instrumento semejante trascendía la mera actividad científica y se convertía en un objeto de valor inestimable para gobernantes y militares. Esto explica por qué, pese a perder vigencia sus mediciones y teorías, su mapa continuó siendo empleado por las generaciones siguientes.

HIPARCO (190-120 a.C.)

Una obra que despierta el interés de sus contemporáneos es un buen libro, una obra como la de Eratóstenes, que despertó la admiración y el recelo más allá del tiempo, supone un antes y un después en la historia de la ciencia. Uno de los geógrafos que escribió ante la impresión que le causó Eratóstenes fue Hiparco.

Hiparco de Nicea¹⁰⁴ (Iznirk, Turquía) llegó a hacer un compendio de más de 800 estrellas situándolas cada una según su latitud y longitud sobre la esfera terrestre. También estudió los eclipses, concluyendo de su observación que los lunares podían ocurrir cada cinco meses y los solares cada seis (PLINIO II 10. Cf. PTOLOMEO VI 6). Todo ello fue posible gracias a la aportación de los conocimientos astronómicos que los griegos tomaron de los babilonios. Apoyándose en la trigonometría, revisó las teorías de Eudoxo de Cnido sobre el movimiento de los astros, desarrollando la idea de la excentricidad, corrigiendo así algunos errores de cálculo

102 La existencia de este tratado ha sido puesta en duda por algunos autores, porque Estrabón no lo menciona. Cf. FRASER, P. M., *op. cit.*, 1970, p. 188-189.

103 Cf. FRASER, P. M., «Eratóstenes», en *Diccionario del mundo clásico*, Oxford University Press 2002: «Su candor y su independencia de juicio quizá expliquen el hecho de que, pese a que conozcamos los nombres de algunos discípulos directos suyos no estableciera un círculo duradero de seguidores relacionado con su nombre» (p. 138).

104 DICKS, D. R., *The Geographical Fragments of Hipparchus*, Londres 1960.

que fueron cometidos por Eudoxo. Errores que habían sido popularizados por Arato, como la posición de la estrella polar¹⁰⁵. A partir de este momento la órbita solar no girará en torno al centro de la tierra, sino en un punto no muy alejado ella. Según parece la posición latitudinal de una estrella fue fijada por Hiparco de Nicea a partir de su distancia del Polo. La escasez de documentación no nos permite hacernos una idea de la verdadera importancia de este autor y resulta imposible deslindar qué parte de la información astronómica que tenemos de Ptolomeo pertenece a su cosecha propia o proviene de Hiparco.

Gran parte de su fama se debe a su obra *Memoria contra Eratóstenes*, en tres libros. De no ser por ella, seguramente sería todavía menos lo que sabríamos de Hiparco¹⁰⁶. Como bien señala Estrabón (II 1.41), a Hiparco no le encaja la denominación de geógrafo: «*En Hiparco, que no es propiamente un geógrafo sino analizador de lo dicho por Eratóstenes en su Geografía, lo normal sería pararse más en correcciones de detalle*». Siendo su metodología principalmente matemática, algo que al de Amasia le desagrada en exceso¹⁰⁷, y, como señala Berger, también carecía de los conocimientos necesarios para comprender su complejidad: «*En el tercer libro afirma que su consideración teórica será sobre todo de índole matemática, pero también en cierto modo geográfica. Pero lo cierto es que no me parece que la haya hecho «en cierto modo geográfica», sino totalmente matemática; de hecho el propio Eratóstenes le dio el pretexto para ello... y en cierto modo, resulta ser un matemático en cuestiones de geografía y un geógrafo en cuestiones de matemáticas*» (II 1.41). De las palabras de Estrabón podría pensarse que existía una separación tajante entre la geografía literaria y las matemáticas, pero, como él mismo admite, Hiparco no hace más que seguir el camino prefijado por Eratóstenes y, en ocasiones, trataba cuestiones geográficas desde una perspectiva matemática y en otras no. Además, el empleo de fuentes anteriores como los navegantes o los viajeros demuestra que Hiparco de Nicea no estaba en modo alguno reñido con la etnografía: «*El propio Hiparco no trazó enteramente mediante instrumentos ni criterios geométricos la línea que va desde las Columnas hasta Cilicia, que, según él, es recta y en dirección al Levante equinoccial, sino que en cuanto a la totalidad del espacio comprendido desde las Columnas hasta el Estrecho se fió de los navegantes*» (ESTRABÓN II 1.11).

De igual modo, se muestra más desconfiado con Eratóstenes al considerar que tuvo como única fuente de información, para alguna de sus mediciones, a Patrocles, despreciando a otras más válidas como Megástenes o Déimaco (II 1.4), lo cual es rechazado por Estrabón tajantemente: «*Entonces, ¿quiénes eran los que afirmaban que los promontorios meridionales de la India estaban a la altura de la zona de Méroe? ¿Quiénes los que decían que es tal o cual la distancia desde Méroe hasta el paralelo que pasa por Atenas? ¿Quiénes los que, a su vez, decían cuál era la anchura de la cordillera o los que decían que es igual a ésta la distancia existente entre Cilicia y Amiso? ¿Quiénes los que decían que desde Amiso, pasando por el país de los colcos y por Hircania, hasta el país de los bactrios y, a continuación, hasta el mar oriental haya una línea recta en dirección al Levante equinoccial que bordea las montañas, quedando estas siempre a su derecha?, o ¿quiénes los que decían que su prolongación en dirección a Poniente, siempre en línea recta, pasa por la Propóntide y el Helesponto? Todo esto, en efecto,*

105 HIPARCO, *In Arati et Eudoxi Phaenomena* I 4.1; 4.5.

106 REPELLINI, F. F., «Ipparco e la tradizione Astronomica», en *La scienza ellenistica*, Bari 1982, p. 187-223; p. 191.

107 Cf. ENGELS, J., «Die strabonische Kulturgeographie in der Tradition der antiken geographischen Schriften und ihre Bedeutung für die antike Kartographie», *Orbis Terrarum* 4, 1998, p. 63-114; CLARKE, K., *Between Geography and History. Hellenistic Construction of the Roman World*, Oxford 1999, p. 197-210.

lo toma Eratóstenes como cumplidamente atestiguado por los que estuvieron en dichos lugares, ya que ha contado con muchos comentarios, de los cuales estaba muy bien pertrechado, pues tenía una biblioteca de grandes proporciones, tal como el propio Hiparco nos dice» (II 1.5). No obstante, pese a sus críticas, Hiparco mantuvo el paralelo de Eratóstenes, aunque lo desplazó en su paso por el estrecho de Messina hasta el sur de Siracusa; conservó la información dada sobre los promontorios occidentales por el de Cirene y aceptó la medición de la circunferencia de la tierra hecha por Eratóstenes, de 252.000 estadios¹⁰⁸. Sin embargo, se equivocaba al creer que había desplazado la zona oriental de la *oikoumene* demasiado al norte. También se equivocó al situar Bizancio en la misma latitud que Massalia o al pensar que el Indo fluye de sur a este y no de sur a oeste. La *oikoumene* habría tenido, en opinión de Hiparco, forma trapezoidal y no de clámide como creía Eratóstenes¹⁰⁹. También estudió críticamente los «sellos» de Eratóstenes y los sustituyó por triángulos (ESTRABÓN II 1.27-34).

Al parecer, habría sostenido que el río Borístenes, Alejandría y Méroe se encontraban en el mismo meridiano. La tendencia a la simetría fue una consecuencia de la posibilidad de poder trazar líneas y paralelos en un mapa. En el momento que se hacía coincidir una ciudad o un accidente geográfico en el curso del meridiano o del paralelo se obtenía una referencia que podía llevar al geógrafo de turno, en este caso Hiparco, a situar en la misma ubicación topónimos que sabía que estaban próximos.

En buena parte, las críticas de Hiparco a Eratóstenes se produjeron porque no aprobaba su dependencia de los relatos de viajeros o de geógrafos¹¹⁰, como los de Alejandro Magno, y prefería el empleo de los antiguos mapas jonios, aunque fuesen menos exactos. Pero aún así, también él tuvo que recurrir a estas fuentes de información, viajeros, Megástenes, Deímaco o el propio Eratóstenes, lo que prueba las limitaciones y dificultades de Hiparco a la hora de desarrollar un sistema que dependiese únicamente de las matemáticas.

En general, la opinión que tuvieron de él geógrafos como Estrabón fue más bien negativa. El de Amasia llegó a considerar la obra de Hiparco como muy inferior a la de Eratóstenes (ESTRABÓN II 1.38). En parte, es debido a que critica fuentes de la total confianza de Estrabón, como Patrocles, y sigue a autores que no son de su agrado como Deímaco y Megástenes¹¹¹: «A esta explicación responde Hiparco echando por tierra las pruebas que aportaba. Dice, en efecto, que tampoco Patrocles es digno de crédito, ya que aducen testimonios en su contra dos autores, Deímaco y Megástenes: los cuales afirman que la distancia desde el mar meridional es en unos lugares de 20.000 estadios y en otros de 30.000; que tales son las cifras que dicen estos autores y que los antiguos mapas coinciden con ellos» (ESTRABÓN II 1.4). Lo mismo ocurre respecto a Píteas de Massalia, quien era considerado un fabulador por el de Amasia (ESTRABÓN II 1.12; 18).

Pero, además, Hiparco también puso en duda la existencia de un océano que rodease la tierra entera como había dicho Homero, que en tiempos de Estrabón era algo reconocido por muchos estudiosos (ESTRABÓN I 1.9): «Hiparco no es digno de crédito cuando se opone a esta

108 ESTRABÓN VIII 1.1; XI 14.8; XII 4.9. Sin embargo, Plinio II 112.247, dice que aumentó en 26.000 estadios la longitud de la circunferencia terrestre, lo cual podría ser un error del romano al confundir el cálculo de la longitud ecuatorial de la circunferencia hecha por Hiparco (63.000 estadios) y el cálculo inicial de la longitud norte-sur de la *oikoumene* hecha por Eratóstenes.

109 DICKS, D. R., *Geographical Fragments of Hipparchus*, Londres 1960, p. 148; p. 206.

110 ESTRABÓN I 1.12. Cf. GEUS, Kl., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 244.

111 FRASER, P. M., *Ptolemaic Alexandria*, I, Oxford 1972, p. 535.

opinión, basándose en que el régimen oceánico no es el mismo en todas partes y que, aunque se admitiera esto, ello no implicaría que la totalidad del Océano fuera confluyente en todo su círculo; en lo que respecta a la desigualdad del régimen oceánico se sirve como testimonio de Seleuco de Babilonia¹¹²». La crítica a Homero, para quien en opinión de Estrabón y de los pensadores estoicos era el fundador de la geografía, fue novedosa, porque esta imagen del mundo estaba hondamente arraigada en el pensamiento heleno. Es un dato importante, puesto que desde Heródoto de Halicarnaso ningún autor ponía en duda la insularidad del mundo. Sin embargo, la incapacidad de Hiparco para romper por completo con la tradición, provoca nuevas contradicciones cuando alaba el trabajo de Homero frente a las críticas de Eratóstenes (ESTRABÓN I 2.3; 20). Es la incapacidad de Hiparco para ir más allá en su revisión de Homero lo que le impide hacer progresar más la geografía. Tampoco es coherente con su confianza en Seleuco de Babilonia, pues al contrario que este autor, Hiparco fue un firme defensor del geocentrismo frente a la teoría heliocéntrica de Aristarco.

En suma, pese a su encomiable intento de revolucionar la forma de hacer geografía, no consigue desprenderse de los datos aportados por otros autores. La razón era simple, al no poder sustituir los viejos informes y tratados por experiencias autópticas, se ve obligado a conservarlos. La erudición juega un importante papel en la obra de Hiparco, pese a que él no lo quiera reconocer, y por sí misma, sin autopsia, no le permite cumplir sus objetivos.

De Hiparco diría Ptolomeo que era un trabajador incansable y un amante de la verdad¹¹³.

CRATES DE MALOS (180-150 a.C.)

Crates de Malos fue director de la Biblioteca de Pérgamo y uno de los más ilustres representantes de su escuela, la estoica. Aprovechó la situación política internacional para visitar Roma y estudiar el sistema de drenaje de la Cloaca Máxima, donde se rompió una pierna. Es conocido por ser el creador de una esfera del globo terráqueo de al menos diez pies de diámetro, donde se representaba su concepción geométrica del mundo¹¹⁴. En dicha esfera podía verse otros tres mundos separados por las aguas del mar de forma simétrica (fig. 30), que eran llamados *sýnoikoi*, *períoikoi*, *antíoikoi* y *antípodas*.

«Los lugares geográficos se distribuyen en contiguos (σύνοικοι), simétricos (περίοικοι), opuestos (ἀντίοικοι) y antípodas (ἀντίποδες). Son contiguos los lugares situados en la misma mitad de la misma zona; son simétricos los lugares situados en la misma zona, aunque en la otra mitad del círculo; son opuestos los situados en la zona templada austral, pero en un mismo hemisferio; y los situados en la zona austral pero en el otro hemisferio, diametralmente opuesto a nuestro mundo habitado, llevan el nombre de antípodas»¹¹⁵.

112 Nacido en Seleucia habría secundado la teoría heliocéntrica (PLUTARCO, *Moralia* 106 c) y explicado las mareas a causa de la luna (ESTRABÓN III 5.9).

113 PTOLOMEO, *Almagesto* 3.1; 9.2.

114 ESTRABÓN II 5.10: «Y al que quiera imitar más de cerca la realidad con artísticas construcciones debe hacer de la Tierra una esfera, como Crates, y en ella aislar el cuadrilátero y dentro de él situar el mapa geográfico»; Cf. AGATÉMERO I 2, dice que Crates pensaba que la tierra tenía forma semicircular.

115 GÉMINO, *Introducción a los fenómenos* XVI 1. Cf. ESTRABÓN I 4.6; II 5.13.

Pero, al parecer estos otros tres mundos debían de ser inaccesibles, en parte por las condiciones climáticas, en parte por las distancias (Cf. ESTRABÓN I 4.6). El estudio de Crates se apoyó en datos homéricos que fueron revisados y adecuados al conocimiento geográfico de su época. La división de la *oikoumene* en cuatro zonas habitadas, de las cuales solamente una de ellas era conocida, explicaba el famoso pasaje de la *Odisea* donde se dice que los etíopes habitan a la vez en el este y en el oeste.

«Crates, siguiendo a los que parecen expresarse científicamente, afirma que la Zona Tórrida está ocupada por el Océano y a ambos lados de ella hay una Zona Templada, la de nuestro lado y la correspondiente simétrica del otro lado. Así pues, al igual que entre nosotros son llamados etíopes aquellos que están asentados más bien al Mediodía, a lo largo de todo el orbe habitado, y son los más alejados de entre los humanos que habitan junto al Océano, así también cree que es preciso imaginar más allá del Océano también a etíopes que serán los más alejados de entre los de la otra zona templada, que habitan precisamente junto al mismo Océano» (ESTRABÓN I 2.24).

Al mismo tiempo le servía para defender que la acción de la *Odisea* se había localizado en el Atlántico, a partir de la presencia de los etíopes en ambos extremos del Océano¹¹⁶. En el resumen que hizo Estrabón de Aristónico (I 2.31) es posible asumir que Crates, y su escuela, creían que el viaje de Menelao fue un periplo desde Gades hasta la India. Islas como Oigia habrían sido trasladadas al noroeste del Atlántico. Además, fue el primer geógrafo que convirtió a Homero en el padre de la geografía, a quien hizo retrotraer la concepción esférica de la tierra, lo que es una clara muestra de la popularidad y extensión de esta teoría en el mundo helenístico.

La concepción geográfica de Crates estaba muy influenciada por la obra de Eratóstenes de Cirene, que había reducido considerablemente el tamaño del mundo habitado. Si el tamaño de la *oikoumene* no coincidía con la totalidad de la superficie terrestre, era lógico que pudieran existir regiones semejantes a ésta que ocuparan toda la extensión de la misma. Anteriormente Anaximandro (SIMPLICIO, *Fis.*, XXIV 17) y Platón (*Fedón* 109b) habían defendido la existencia de múltiples mundos. Si existían, sólo quedaba por dilucidar cómo se distribuían. La fuerte impronta de la simetría en la mentalidad griega hizo el resto. Es, por lo tanto, la intensa relación existente entre la geografía y la geometría la que crea una cosmovisión artificial. Lo cual vuelve a ser una clara prueba de la gran interrelación entre la geografía y la mentalidad de una época.

Las ideas de Crates tendrían un mayor éxito entre los «filósofos» que entre los «geógrafos», siendo criticadas por intelectuales como Seleuco de Babilonia. El concepto de océano ecuatorial de Crates tuvo una gran pervivencia en el período tardoantiguo y en la Edad Media a través del comentario de Macrobio al *Sueño de Escipión* de Cicerón. Un buen ejemplo lo encontramos en un elogio a Constancio Cloro que hizo un maestro de Autun alrededor del 297, en el que comparó su majestad con las cuatro partes en las que estaba dividido el cosmos: «*orbis quadrifariam duplici discretus oceano et emenso*» (ÉUMENES DE AUTUN IV 4.2).

116 GANGUTIA, E., «Further Comments on POxy. 2888. Crates, Seleucus and Ancient Geography and Anthropology», *Philologus* 130 (2) 1986, p. 188.



30. Mapa de Crates. Procedente de Nicolet (1991, p. 248).

AGATÁRQUIDES¹¹⁷

Poco es lo que se sabe de su vida, salvo que era originario de la ciudad de Cnido y que estaba unido a la escuela peripatética (ESTRABÓN XIV 2.15). El hombre que sería la figura más importante de la cultura egipcia de su tiempo nació en el período en el que Roma se extendió sobre los reinos orientales de la *oikoumene*¹¹⁸. Agatárquides se convirtió en esclavo y secretario de Cineas, un consejero de Ptolomeo VI. Más tarde, pasó al servicio de Heráclides de Lembos (FOCIO, *Biblioteca* 213) como amanuense (ὑπογραφεύς) y lector (ἀναγνώστης). Fue desterrado por Ptolomeo VIII, posiblemente en el año 145 a.C., por los desordenes que llevaron a la persecución de los intelectuales o en el 132 a.C., por haber apoyado a Ptolomeo VII, el hijo de Cleopatra II, la viuda del anterior monarca. Se piensa que marchó a Atenas, donde escribió sus últimos libros, pues no podría haber escrito en Egipto crítica alguna a la política de los Ptolomeos (DIODORO III 12.2-3; FOCIO 110). Su estancia en Atenas también le puso en contacto con la escuela aristotélica, cuya influencia se reflejará en su obra por las descripciones taxonómicas que pueblan las costas del mar Rojo. Aunque, igualmente, podemos detectar la impronta de Eratóstenes de Cirene en su deseo de aislar la mitología de la historia (FOCIO VII 442B; VIII 444B).

Entre sus principales obras se encuentran *Sobre Asia* en diez libros, una historia de Asia que abarcaría un período anterior a la conquista de los macedonios y los primeros diádocos, y *Sobre Europa* que llegaría hasta el reinado de Filipo V en cuarenta y nueve libros. En la estructuración de su obra, Agatárquides continuaba una tradición que comenzaba con Hecateo, y que consideraba que el mundo estaba dividido en dos continentes: Europa y Asia.

117 MÜLLER, C., *Geographi Graeci Minores* I, París 1855, p. LIV-LXXIV y p. 111-195; GARCÍA MORENO, L. A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid, Alianza 1996, p. 122-140; ALBADALEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005, p. 255-280.

118 GOZZOLI, S., «Etnografía e politica in Agatarchide», *Athenaeum* 56, 1978, p. 54-79; p. 59; MÜLLER, E. K., *Geschichte der Antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung*, Wiesbaden 1972, p. 281.

La obra más importante para nosotros es *Sobre el mar Eritreo*, escrita en Atenas después de su destierro. Se subdividía en cinco libros y describía las costas y los pueblos del Golfo Árabe. Estaba dirigida a un público amplio y no a expertos navegantes o geógrafos. Las fuentes que empleó fueron los testimonios de los viajeros que participaron en las expediciones enviadas por los Ptolomeos al mar Rojo, como Simias (DIODORO III 18.3-6), Aristón (DIODORO III 42.1), Sátiro, y las obras de otros historiadores de Alejandro, como el *periplo* de Nearco¹¹⁹.

En su relato *Sobre el mar Eritreo* volvemos a encontrar temas familiares en nuestro trabajo como los ictiófagos¹²⁰, los cinamolgos¹²¹, los trogloditas¹²², los elefantes¹²³ y los etíopes¹²⁴.

El libro de Agatárquides se organizaba en tres grandes apartados. En el primero se analizaba las condiciones de vida de los prisioneros de las minas de oro del sur de Nubia. El análisis de la actividad minera le lleva siete capítulos (FOCIO 23-9). La descripción de los padecimientos de los mineros es muy sugerente y está considerada como uno de los mejores ejemplos de literatura patética¹²⁵.

«Aquéllos, dice, a los que el infortunio arrastra a lo más bajo, la tiranía reduce a la durísima esclavitud de la explotación aurífera, compartiéndola unos con sus mujeres e hijos, otros en solitario. Tras describir dramáticamente su sufrimiento, sin que haya algo que lo supere, expone el modo en que se trabaja el oro.

Los reyes de Egipto condenan a las minas de oro, bien solo o bien en compañía de toda su familia, a los condenados por algún delito y a los cautivados en la guerra, pero también a los perseguidos con injustas acusaciones o puestos en prisión por su capricho, castigando así a los condenados y al mismo tiempo obteniendo grandes ingresos de su trabajo. Los así reclutados, que lo son en un gran número, con los pies encadenados, perseveran en el tajo de continuo, sin tomarse ningún respiro en el día o durante la noche, e impidiéndoles cuidadosamente toda posible huida. Pues están sometidos a la vigilancia de soldados extranjeros y que usan de lenguas diferentes, de modo que no sea posible comprar a los vigilantes mediante la charla o la compasión».

La dureza de la forma de vida de estos hombres es tal que llegan a preferir la muerte antes de vivir un segundo más así, puesto que son obligados a horadar la tierra y adentrarse en sus

119 Cf. ALBADALEJO VIVERO, M., «Acerca de las fuentes empleadas por Agatárquides en su *Sobre el mar Eritreo*», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 305-318, relativiza las aportaciones de estos autores y da una mayor trascendencia a la inventiva y la imaginación de Agatárquides.

120 DIODORO III 21. Cf. FERGUSON, J., *Utopias of the Classical World*, Londres 1975, p. 18-19.

121 KARTTUNEN, K., «Κυνοκέφαλοι and Κυναμολγοί», *Arctos* 18, 1984, p. 31-36. Opina que los cabezas de perro habrían surgido de la pluma de Agatárquides y no de Ctesias de Cnido.

122 DIODORO III 48.4.

123 DIODORO III 26-27. Pese a que sus descripciones de los sistemas empleados para cazar a los elefantes no coinciden con los que nosotros hemos visto con anterioridad, debe de destacarse que Agatárquides, como seguidor del Perípato, continúa creyendo que los elefantes no pueden doblar sus rodillas: «... a echarse a dormir, siendo diferente del resto de los cuadrúpedos la manera como lo hace; pues no puede con las rodillas reclinar sobre la tierra toda su masa, sino que pasa reclinado sobre un árbol todo el período de sueño».

124 FOCIO, *Biblioteca* 250.445b: «En los peligros de la guerra los etíopes utilizan arcos grandes, mas flechas cortas» (traducción de GARCÍA MORENO y GÓMEZ ESPELOSÍN).

125 FRASER, P. M., *Ptolemaic Alexandria*, Oxford 1972, p. 543.

vísceras para sacar el oro que ansía la codicia de los soberanos. Un oro que a su vez se emplea para traer los costosos elefantes. En esta parte de su libro, sin duda alguna, se criticó al gobierno de los Ptolomeos. El término τυραννίς (tirano) refleja claramente hasta qué punto el autor sentía animadversión por los reyes de Egipto. Al igual que Heródoto (VII 22) criticaba a Jerjes por no haber respetado la naturaleza por su soberbia, Agatárquides hace lo propio con los Ptolomeos por su anhelo de riquezas.

El segundo apartado describía el régimen de vida de los pueblos salvajes que parecían siempre envidiables si se comparaban con los miserables que trabajaban en las minas de los Ptolomeos. En el tercero, los pueblos de Arabia, la bienaventuranza de los grupos descritos era todavía mayor¹²⁶. En particular, el pueblo de los sabeos parece vivir en una perpetua Edad de Oro, puesto que reside en el lugar donde se concentran todos los aromas.

El método de Agatárquides tiene más en común con Heródoto que con los geómetras de Alejandría, como Eratóstenes o Hiparco. Pero a diferencia del padre de la historia no es un viajero consumado, por lo que tiene que reescribir y revisar los informes de otros viajeros que habían sido enviados por los anteriores Ptolomeos al mar Rojo. No obstante, la obra no tiene un público definido, pues se dirige tanto a quienes se deleitan con los relatos de viaje o lo paradoxográfico¹²⁷, como a las élites intelectuales que buscan analizar el modo de vida de otros pueblos no contaminados por la civilización.

El mar Eritreo comienza con una noticia relativa a la caza de elefantes, que fue el origen de las relaciones de los Ptolomeos con estos pueblos. La importancia bélica de estos paquidermos es el motivo de que desde los tiempos de Ptolomeo I se mandasen expediciones a Etiopía. Pero este hecho, aparentemente anecdótico, rebela desde el principio los problemas de los Ptolomeos para integrar en su cultura a las tribus de Etiopía¹²⁸, puesto que los reyes de Egipto no consiguen que los indígenas capturen vivos a los elefantes. De esta forma tan simple se introducía el tema principal del libro, el choque cultural entre los civilizados e imperialistas Ptolomeos y los incivilizados y no beligerantes bárbaros.

La alteridad es la palabra clave de la obra de Agatárquides y de un mundo como el helenístico, donde la expansión de la cultura helénica ha replanteado conceptos tan importantes en una cultura como es la noción del otro¹²⁹. La novedad es dar cabida a una serie de pueblos que tradicionalmente no tenían sitio en la cultura griega. Pese a los cambios políticos acaecidos en el período helenístico, los modelos culturales eran tan fuertes y estaban tan solidamente establecidos, que cualquier pueblo o cultura que se estudiase tenía que pasar por el filtro antropológico de los griegos para poder ser conocido. Ésta es la consecuencia de una civilización que desde sus orígenes ha ido fijando literariamente su lengua, su filosofía o incluso su religión. En la *Odisea*, Homero había reflejado lo diverso mediante los hábitos anormales de alimentación (Lotófagos, canibalismo de

126 GOZZOLI, S., *op. cit.*, p. 65. Agatárquides sostiene que las tribus del sur viven felices porque lo hacen lejos de la civilización. La teoría sobre la influencia del medio tenía una gran difusión en este momento en aspectos como la anatomía y las costumbres de los pueblos.

127 FOCIO LXXX 456A: «*Dado que, dice, existen muchos lugares extraordinarios y alejados de la normalidad, pasaré revista a los que son dignos de recuerdo.*»

128 Sobre las relaciones del Egipto Ptolemaico con los reinos del sur véase BURSTEIN, S. M., «The hellenistic fringe: The case of Meroë», en *Hellenistic history and culture*, Berkeley, University of California Press 1993, p. 38-66, que considera que a diferencia de Egipto, donde el helenismo resultaba útil para las élites nativas con deseos de conservar su poder o incrementarlo, en Méroe la helenización fue muy débil.

129 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona 2008: «*En toda sociedad la alteridad tiene la función de reforzar o desestabilizar una identidad*» (p. 173).

los cíclopes, etc.), y lo civilizado, en el conocimiento y empleo del pan y el vino¹³⁰. Heródoto siguió el mismo modelo cuando retrató los hábitos de vida de los pueblos nómadas, que se caracterizan por beber leche. Geógrafos de Alejandro, como Nearco, clasificaron a pueblos de Asia por sus costumbres alimenticias, destacando los ictiófagos, los comedores de peces. En este método poco importa el espacio geográfico, lo importante son las diferencias y semejanzas de esos grupos étnicos respecto al modelo cultural con el que consciente o inconscientemente se les compara. El lector puede tener la sensación de que los hábitos de estos pueblos no son exclusivos de esta zona geográfica y que pueden encontrarse en otros ámbitos.

Ahora Agatárquides retomaba este modelo etnográfico para describir los pueblos del mar Rojo como los sembradores de sésamo y de mijo, los recolectores de rosas, los nómadas bebedores de leche y los comedores de peces. Con este último colectivo, los ictiófagos, se hacía referencia en época helenística a un grupo étnico que habitaba desde el golfo Arábigo a la desembocadura del Indo, y cuyo único elemento común era su régimen alimentario. Agatárquides los define como carentes por completo de ciudades, campos o conocimientos técnicos¹³¹, incluso en lo referente a la pesca, pues ignoran el uso de redes o de barcos. Se valen simplemente de las mareas que depositan los peces en los accidentes geográficos naturales (FOCIO XXXII 449b). Curiosamente el destino de los comedores de peces es convertirse en bocado de su principal dieta, pues cuando uno de ellos queda debilitado por la vejez o la enfermedad, es depositado en sus lugares de pesca para que sea arrastrado por las mareas y devorado por los peces (FOCIO XLV 450B-451A). De tal forma que el destino de los ictiófagos es convertirse en devoradores de los de su propia especie en un ciclo sin fin (DIODORO III 19.6), la mayor de las degradaciones que un ser humano podía cometer en opinión del pueblo griego.

Además, los pueblos descritos por Agatárquides carecen de religión y, por lo tanto, de las normas civilizadas que regulan el banquete y el sacrificio. Así, los cazadores de elefantes sacan las vísceras de sus víctimas cuando todavía están vivas, lo que convierte esta práctica en un hecho sangriento y violento (FOCIO LIII 452B) y los ictiófagos se asemejan a borrachos que han abusado del vino en el banquete (FOCIO XXXVII-XII 449B). No tienen casas, la mayoría de ellos viven en grutas como trogloditas o incluso, como los comedores de tortugas, construyen su hábitat con los caparazones de sus víctimas. Viven desnudos y practican la comunidad de mujeres e hijos (DIODORO III 15.2).

La degradación de los pueblos del mar Rojo aumenta conforme éstos se asemejan más a los animales (DIODORO III 31.4), adquiriendo algunas de las cualidades de estas bestias. Los cinamolgos reciben este nombre por su semejanza con los perros y los comedores de saltamontes poseen piernas similares a su comida favorita. Pero en todos los casos la semejanza con lo animal es más por cuestiones culturales que por la apariencia física. El paso del hombre civilizado al salvaje es posible por la ausencia de los elementos culturales que establece la civilización, aunque en modo alguno esto implica el fenómeno contrario, que el salvaje pueda convertirse en civilizado. De este modo, el lector que está en Alejandría reflexiona sobre la suerte o voluntad divina que dispone que un pueblo viva en la edad de piedra o en una ciudad cosmopolita, como la capital de Egipto. Pero la condición de estos pueblos salvajes no conllevaba necesariamente que maldijesen su destino. Al contrario, parecían vivir en un estado de permanente satisfacción: *«Ellos soportan sin pesar, desde el origen, todo lo que les ha tocado en suerte»* (FOCIO XL 450A).

130 Cf. HARTOG, Fr., *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, Méjico, FCE 1999.

131 Aunque utilizan un sistema natural para la cocción del pescado dejándolo en las rocas calentadas por el Sol. Cf. FOCIO XXXIV 449B.

Acababa de nacer la imagen del buen salvaje. Así podemos leer en Focio: «*Viven desnudos y sus mujeres también; y procrean en común a sus hijos. Y aunque tienen conocimiento del placer y del dolor físico, no tienen ni la más mínima conciencia del bien y del mal*» (XXXI 449a). La razón es que carecen de cualquier norma o tabú que regule su comportamiento social, de esta forma consiguen lo que ni las escuelas estoica, cínica y epicúrea habían logrado, una integración ideal, una perfecta simbiosis del hombre con la naturaleza. Si anteriormente autores como Onesícrito o Megástenes habían combinado géneros como la utopía y la etnografía para crear una sociedad conforme a sus deseos en la India (Cf. *Supra*. p. 125-126), ahora Agatárquides no podía evitar que la influencia de las escuelas helenísticas modificase sus descripciones etnográficas. Desde esta otra perspectiva, el buen salvaje de Agatárquides no se convertía en un modelo a evitar por sus lectores, sino en un ejemplo de la consecución de la felicidad (*eudaimonía*), tan anhelada en época helenística, fuera del ámbito de la *pólis* y de la protección de los monarcas, que pese a todo su poder carecen de la libertad de salir libremente de palacio (FOCIO C 459).

Agatárquides tendría una gran influencia en geógrafos e historiadores posteriores como Polibio, Posidonio o Estrabón¹³².

POLIBIO (200-118 a.C.)

Polibio de Megalópolis¹³³ tiene una mayor cercanía con los primeros geógrafos griegos, especialmente con Heródoto¹³⁴, en gran medida, porque sus conocimientos sobre geografía proceden del conocimiento adquirido durante sus viajes, ya fuese como particular, prisionero de guerra o con el mecenazgo de Escipión. Lo que nos demuestra que la autopsia sigue siendo para el historiador de Megalópolis el principio legitimador de su geografía. Esta cercanía con la tradición aumenta por su apego a Homero, ya que, como otros pensadores estoicos, lo consideró el geógrafo¹³⁵. Esto le llevó en su libro XXXIV a intentar localizar las zonas por las que pasó el héroe Odiseo en su camino de retorno a casa¹³⁶, aunque sin trasladar la acción al Atlántico como había hecho su coetáneo Crates (POLIBIO XXXIV 6). Aún así, al igual que ocurría con Hiparco, de forma directa o indirecta, la persona que recibe las críticas del Polibio geógrafo es Eratóstenes¹³⁷. Tal vez ese sea el motivo por el que intente deslindar la ficción de la realidad en los poemas homéricos. Su interpretación alegórica del mito de Escila y Caribdis muestra sus intentos por rehabilitar la tradición geográfica homérica tras los ataques de Eratóstenes.

Significativamente Polibio no emplea la palabra γεωγραφία para referirse a la descripción de los lugares de la *oikoumene*, sino *ta nyn ónta*, que es el equivalente del término corografía en su época (XXXIV 1.3-6 = ESTRABÓN X 3.5), lo que refleja hasta qué punto se oponía a la geografía matemática de Eratóstenes.

132 Cf. SÁNCHEZ LEÓN, M. L., «En torno a la transmisión de la obra de Agatárquides», *HAnt* 11-12, 1981-1985, p. 183-195.

133 WALBANK, F. W., «The geography of Polybius», *C&M* 9, 1947, p. 155-182; PÉDECH, P., «La culture de Polybe et la science de son temps», en *Fondation Hardt* 20, Ginebra 1974, p. 41-60; DESANGES, J., *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma 1978, p. 121-147.

134 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 291-293.

135 WALBANK, F. W., *op. cit.*, p. 170.

136 POLIBIO XXXIV 4; 5.

137 PÉDECH, P., *La méthode historique de Polybe*, París 1964, 575ss; PRONTERA, Fr., «La geografía de Polibio: tradición e innovación», en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e historia en la Grecia antigua*, Málaga 2003, p. 143.

Polibio no sólo no ve una separación tajante entre la geografía y la historia, sino que llega a considerar a la geografía como una ciencia auxiliar de la misma. Tras comparar la historia con la medicina (XII 25d 3), afirma que la medicina se divide en tres partes: la medicina racional, la medicina dietética (τὸ μέρος διαιτητικόν), y la medicina farmacéutica. A su vez, la historia también se dividiría en tres partes: «Ocorre lo mismo con la Historia práctica, que se divide en tres partes: una tiene por objeto investigar las memorias de pasados tiempos y reunir materiales; otra observar ciudades, comarcas, ríos y puertos, en general las particularidades y distancias de tierra y mar, y la tercera narrar los acontecimientos políticos» (POLIBIO XII 25e 1). Entendiendo por τὸ μέρος διαιτητικόν, como un equivalente entre la medicina y la historia/geografía, la geografía tiene que estudiar el espacio al igual que el médico estudia el modo de vida de sus pacientes, considerando que existe una fuerte relación entre el espacio que un pueblo ocupa y su modo de vida.

Polibio se habría distinguido del sabio de Cirene en su visión de la utilidad de la geografía. Mientras que para Eratóstenes la misión de la geografía era medir distancias, localizar puntos y trazar mapas, Polibio defiende un valor eminentemente práctico de la misma en cuestiones militares y de estrategia (IX 14-5). El de Megalópolis no empleó *esfrágides* como Eratóstenes, aunque sí se valió de la geometrización para las zonas occidentales del Mediterráneo. Aún así, Polibio no abandona la intención de ubicar lugares: «Yo expondré el estado actual de las cosas en cuanto a determinación de lugares y distancias, porque esto es lo que más propiamente corresponde a la geografía» (XXXIV 2); «διήγησις τῶν τόπων» (III 38); «ἐξηγεῖσθαι τὰς ἰδιότητος καὶ θέσεις τῶν... τόπων» (III 58). La posición (θέσις), los rasgos característicos (ἰδίωμα) y las distancias (διάστημα) son los grandes objetos de estudio del geógrafo, por lo que su distanciamiento con Eratóstenes reside, esencialmente, en el método.

No obstante, al carecer su obra de mapas, tiene que recurrir a formas rudimentarias como los vientos o los puntos cardinales para ubicar al lector:

«En este supuesto indicaremos un método que facilite al lector acomodar a principios ciertos y conocidos lo que se le diga sobre especies desconocidas. La primera, más importante y más común noción a todos los hombres es por la que cualquiera, aunque de cortos alcances, conoce la división y orden del universo en Oriente, Occidente, Mediodía y Septentrión. La segunda, por la que acomodando los diferentes lugares de la tierra bajo cada una de las mencionadas partes, y refiriendo mentalmente lo que escucha a una de ellas, reducimos los lugares desconocidos y que no hemos visto a ideas conocidas y familiares» (POLIBIO III 36).

De esta forma, Polibio compondría un mapa mental básico para orientar a sus lectores, carentes de la instrucción necesaria para entender una carta geográfica o de conocimientos de astronomía para fijar la posición de un lugar.

Sin embargo, al igual que en el libro XXIX de sus historias, pide comprensión al lector por sus errores u omisiones ante la inmensidad de su objeto de estudio¹³⁸, no pretendió en ningún momento escribir una geografía universal. Polibio se centró en su descripción del Mediterráneo occidental, porque era la zona de la *oikoumene* donde se habían condensado sus viajes. Polibio se considera capacitado para escribir sobre las regiones occidentales de la *oikoumene* porque, a

138 POLIBIO XXIX 12.10-11.

diferencia de muchos de los anteriores geógrafos, como Timeo, él sí que ha estado allí¹³⁹. Polibio es uno de los últimos grandes representantes del método autóptico en el período helenístico, que todavía capacita a un geógrafo o a un historiador para escribir sobre un lugar¹⁴⁰. Si bien, ya no encontramos a particulares que por su cuenta y riesgo decidan emprender el viaje, tanto Polibio como, posteriormente, Posidonio dependen de los medios que sus mecenas o sus ciudades han puesto a su disposición. Es más difícil encontrar a un hombre que por su propia cuenta realice un viaje en busca de conocimientos, si no se es embajador o se participa en una expedición militar. La autopsia no parece un motivo ni lo suficientemente válido ni necesario para arriesgarse por su propia cuenta. No es sorprendente que Polibio no le diera ninguna credibilidad al viaje de Píteas.

PERIPLO DE POLIBIO (146 a.C.)

Apoyado por los recursos de Escipión Emiliano y por el avance de las legiones romanas emprendió un viaje por las costas africanas, en el que probablemente habría participado el filósofo estoico Panecio (VELEYO PATERCULO I 13.3), maestro de Posidonio (POLIBIO XXIX 10.4). Desgraciadamente es muy poco lo conocemos del *Periplo* de Polibio, y del libro XXXIV de sus *Historias* sólo se han conservado algunos fragmentos, por lo que no podremos hacernos una idea precisa de lo que supuso Polibio en el progreso del conocimiento geográfico. La escasa información de la que disponemos se encuentra en Plinio¹⁴¹: «*Mientras Escipión Emiliano llevaba a cabo su campaña en África, Polibio, el escritor de Anales, habiendo realizado un periplo con una flota recibida de aquél para explorar ese contorno, publicó que desde esta montaña hasta el ocaso hay bosques llenos de las fieras que engendra África; que hasta el río Anatis hay cuatrocientos noventa y seis mil pasos, y desde éste a Lixos doscientos cinco mil. Según Agripa, Lixos dista ciento doce mil pasos del estrecho de Gades; a continuación está el golfo llamado Sagigi, una población en el cabo Mulelaca, los ríos Sububa y Salat, y el puerto de Rutubis a doscientos veinticuatro mil pasos de Lixos; a continuación está el cabo del Sol, el puerto de Risadir, los gétulos autóteles, el río Coseno, pueblos selatitos y masatos, el río Masatat y el río Darat, en el que nacen cocodrilos; añade que luego hay un golfo de doscientos dieciséis mil pasos cerrado por el cabo del monte Braca que se extiende hacia el ocaso y se llama Surrentio; después está el río Salso, más allá de él están los etíopes perorsos y, a sus espaldas, los farusios. Con estos se unen en el interior los gétulos daras, pero en la costa están los etíopes daratitas y el río Bamboto, plagado de cocodrilos e hipopótamos; que a partir de él hay una sucesión de montañas hasta la que llamaremos Teon Oquema; que a continuación hasta el cabo Héspero hay diez días y diez noches de navegación. En*

139 POLIBIO XII 3: «*Del mismo modo que el África es un país de una fertilidad admirable, así también se puede decir que Timeo, cuando nos la describe toda arenisca, seca e infructuosa, se acredita no sólo de ignorante en la historia de esta región, sino de superficial, imprudente y del todo entregado a antiguas habillitas que no merecen ningún crédito. Lo mismo que digo de la fertilidad de la tierra, digo de los animales. Pues es tanta la multitud de caballos, bueyes, ovejas y cabras que se cría en este país, que no sé si se podrá hallar igual en lo restante del mundo. La causa de esto es que como muchos pueblos del África ignoran el cultivo de la tierra, se mantienen de los ganados, y con ellos pasan la vida. Pero ¿quién no conoce que se dan aquí elefantes, leones, fuertes leopardos, hermosos búfalos y grandes avestruces, animales todos de que carece la Europa, y el África está llena? Con todo, Timeo, sin hablar siquiera una palabra de esto, parece que adrede se propuso contarnos lo contrario a la verdad».*

140 DIHLE, A., «Etnografía ellenística», en *Geografia e geografi nell mondo antico. Guida storica e critica*, Bari 1983, p. 176-177.

141 PLINIO V 9-10.

medio de ese espacio situó el Atlas, del que todos los demás han dejado escrito que está en los extremos de Mauritania».

En opinión de Desanges pueden distinguirse cinco partes en los fragmentos del periplo conservados en Plinio: 1) Una perspectiva general en la que se atribuye una multitud de fieras en la región situada al oeste del Atlas 2) Un conjunto de mediciones en dirección de sur a norte del Atlas hasta el estrecho de Gades 3) Una descripción de la costa de Lixu 4) Una representación de la costa del *promunturium Surrentium* hasta los Etíopes Darathitae y el río Banbotum 5) Una vaga imagen de las principales montañas de la zona y de la situación del Atlas.

Dos interrogantes surgen cuando analizamos el viaje de Polibio: 1) ¿Qué motivos le impulsaron a emprenderlo? 2) ¿Hasta dónde llegó?¹⁴² El propio Polibio atribuye las causas de su viaje a sus inquietudes científicas: «*puesto que hemos sufrido fatigas y padecido infortunios, viajando por el África, España, Galia y mar exterior que circunda estas regiones, con el fin principalmente de corregir la ignorancia, la de los antiguos en esta parte, y procurar a los griegos el conocimiento de estos países del mundo*» (POLIBIO III 59.7-8). Aunque la posibilidad de que esto fuese cierto es grande, no debe olvidarse que el viaje de Polibio se realizó en un momento en el que Cartago había sucumbido definitivamente a los romanos. Hasta ese momento, en virtud de una serie de tratados firmados entre los púnicos y los cartaginenses desde 509 a.C. (POLIBIO III 22.4-8), África se había convertido en *terra incognita* para los romanos. Los motivos económicos y políticos también debieron de estar presentes. Walbank sugirió que un viaje semejante habría sido una buena distracción para Polibio en el momento en que la Liga Aquea, de la que él fue miembro, tenía serios problemas con Roma¹⁴³. No obstante, independientemente de los objetivos del historiador de Megalópolis, la expedición, al estar organizada y financiada por los romanos, tenía sus propios propósitos: convertir oficialmente aguas, tradicionalmente bajo la esfera púnica, en romanas.

En cuanto a la segunda cuestión, teniendo en cuenta que estuvo presente en la caída de Cartago en la primavera del 146 a.C., (PLUTARCO, *Moralia* 200; POLIBIO XXXVIII 21.1) y en la toma de Corinto en otoño de ese mismo año, la duración máxima de su viaje no habría sobrepasado los seis meses para ir y volver. Hay que tener presente que los romanos no estaban acostumbrados a navegar por mar abierto y que ello les habría obligado a hacerlo con más prudencia que a los cartaginenses. Por lo tanto, difícilmente habría podido ir más allá de las aguas de Senegal¹⁴⁴. Resulta curioso que pese a ser un autor conocido y admirado por Estrabón, apenas sea citado en el volumen XVII de su obra, que es el dedicado a África.

ARTEMIDORO (C. 100 a.C.)

Artemidoro¹⁴⁵ hablaría de sí mismo calificándose no como *geógrafo*, γεωγράφος, sino con

142 EICHEL, M. E., y TODD, J. M., «A Note on Polybius' Voyage to Africa in 146 B.C.», *CPh* 71, 3, 1976, p. 237-243.

143 WALBANK, F. W., *A Historical Commentary on Polybius I*, Oxford 1957, p. 5.

144 Hasta Senegal CARY, M., y WARMINGTON, E., *Les Explorateurs de l'antiquité*, París 1932, p. 77; CARPENTER, R., *Beyond the Pillars of Heracles: the classical world seen through the eyes of its discoverers*, Nueva York, Delacorte Press 1966. Hasta el Lixu CARCOPINO, J., *Le Maroc antique*, París 1943, p. 159; BUNBURY, E. H., *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till Fall of the Roman Empire*, I, Nueva York 1879, p. 42.

145 MÜLLER, C., *Geographi Graeci Minores I*, París 1855, p. 574-576; STIEHLE, R., «Der Geograph Artemidoros von Ephesos», *Philologus* 2, 1856, p. 193-244; LESKY, A., *Historia de la literatura Griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 817.

un extraordinario y arcaizante, casi épico jonismo γαιηγράφος. Continuó la tradición del periplo en sus *Geographoumenes*. Como fuentes de información habría utilizado su propia experiencia personal, ya que viajó por gran parte del Mediterráneo como embajador, y la obra de autores anteriores a él como Hecateo, Polibio, Timóstenes o Agatárquides. Siendo a su vez una fuente importantísima para Estrabón y Marciano de Heraclea.

La obra de Artemidoro se aparta, como las anteriores, del método fijado por Eratóstenes. La geografía literaria tuvo en su método un mayor peso que la matemática. Lo cual no es óbice para pensar que no se sintiese obligado a posicionarse en contra de lo dicho por el de Cirene. Los fragmentos de Estrabón en los que Artemidoro critica el conocimiento de Eratóstenes sobre las ciudades fenicias de occidente (ESTRABÓN XVII 3.8. Cf. PAUSANIAS I 33.5) demuestran que, aunque no siguió el camino trazado por Eratóstenes, sí que conoció su obra. El libro en cuestión habría estado próximo a los tradicionales periplos, aunque el interior habría tenido un papel tan importante como las costas en sus descripciones (Cf. ESTRABÓN XVI 4.5), pues la geografía étnica tuvo que tener una gran presencia (ESTRABÓN XVI 4.17). Algunas de las mediciones realizadas por Artemidoro han sobrevivido en Plinio el Viejo, lo que demuestra que su interés por las distancias fue una constante¹⁴⁶. Los trayectos entre distintos lugares habrían sido sistemáticamente medidos (Cf. ESTRABÓN XIV 2.29), por lo que podemos deducir que para Artemidoro la función esencial de la geografía era la localización de los lugares.

Recientemente ha aparecido una parte de su obra geográfica en un conjunto de papiros, en Antaiupolis, en el Alto Egipto. Como todos los grandes hallazgos que se producen en el mundo de la historia antigua, éste no está exento de polémica. En el papiro aparece un mapa de la *oikoumene* en el que Iberia está mal representada, pues únicamente aparece la zona sur, la Bética¹⁴⁷. Se piensa que este error en el diseño provocó que fuese reutilizado, lo que posibilitó que llegase hasta nosotros, aunque algunos autores como L. Canfora lo considera una falsificación de Constantino Simonidis, famoso falsificador griego que robó del monte Athos un mapa idéntico a éste, lo que explicaría también los errores de sintaxis existentes en el texto.

En cualquier caso, no nos quedan muchos fragmentos de la obra de Artemidoro. La mayor parte se ha conservado en los trabajos de Marciano de Heraclea, en su *Epítome*, además cita al geógrafo en varios de sus *Periplos*¹⁴⁸. En *Fr.* 4 se llama a la principal obra de Artemidoro γεωγραφία ἤτοι περίπλους, pero más frecuentemente es citada como «los once libros de Artemidoro»¹⁴⁹.

Según Stiehle en la obra de Artemidoro habrían existido unos *prolegomena* en los que se habría podido encontrar pequeños resúmenes sobre los países y regiones de la *oikoumene*. En

146 PLINIO IV 12.77; IV 23.121; V 6.40; V 35.129; VI 15.37; 27.207; 33.163; 35.183; VII 2.30.

147 Cf. GALLAZZI, CL., y KRAMER, B., «Artemidor im Zeichensaal. Eine Papyrusrolle mit Text Landkarte und Skizzenbüchchen aus Späthellenistischer Zeit», *ArchPap* 44, 2, 1998, p. 189-208.

148 MARCIANO DE HERACLEA, *Epítome del Periplo del mar Interior de Menipo Pergameno* I 3: «Por otro lado, Artemidoro el Efesio, que vivió en torno a la cientosexagésima novena Olimpiada, y que navegó por la mayor parte de nuestro mar, y también vio por sí mismo la isla de Gades y algunas partes del mar exterior, que llaman Océano, dista de haber hecho una geografía exacta, sin embargo expuso en 11 libros el periplo del mar aquende el estrecho Heracleo y la medición del mismo con el conveniente cuidado, de modo que escribió el periplo de nuestro mar más seguro y exacto»; *Periplo del mar Exterior, Oriental y Occidental, y de las más grandes islas que hay en el mismo* I 1: «El periplo de mar que está aquende las Columnas de Hércules, al que por occidente contribuye el Océano que rodea la Tierra al fluir a través del llamado Estrecho de Hércules, lo escribió, de la mejor manera posible, el geógrafo Artemidoro de Éfeso en 11 libros».

149 GANGUTIA ELÍCEGUI, E., «El nuevo papiro de Artemidoro y la tradición arcaizante del geógrafo», en *KOINÒS LÒGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, p. 247.

esos resúmenes, la Península Ibérica, visitada por nuestro autor, habría tenido un papel importante: «Desde los montes Pirineos hasta los lugares del entorno de Cádiz y de las regiones del interior, todo el país se llama de manera sinonímica Iberia e Hispania. Ha sido dividida por los romanos en dos provincias. Y la primera de ellas es la provincia que se extiende toda desde los montes Pirineos hasta Nueva Cartago, Castolón y las fuentes del Bétis. La segunda provincia es la que comprende las zonas hasta Cádiz y las de toda Lusitania». La doble denominación con la que se hace referencia a la antigua Península Ibérica se debe a que ya estaba bajo el control y la influencia del Imperio Romano, pero, siendo nuestro autor de origen griego, no podía prescindir de los términos helenos. Estrabón le reprochó sus descripciones de Iberia y de Sinope con formas de barca y triángulo.

En general, Artemidoro es un autor con muchos puntos en común con Polibio. Ambos escribieron en el momento en el que Roma completaba su expansión. Fueron griegos que, por lo tanto, tuvieron que introducir la geografía entre los romanos. Esta es una de las razones por las que probablemente optaron por un tipo de geografía descriptiva frente a aquella geografía matemática que se escribía en Alejandría. Aunque en este último aspecto, parece haber sido más el caso de Artemidoro, cuya obra sí que incluía un mapa. La autopsia sigue siendo el método principal de ambos autores, aunque compaginada con la tradición libresco. Los dos emprendieron viajes para documentarse sobre las lejanas tierras de Occidente. Se trataba, en suma, del tipo de geografía, lógicamente, que prosperaría en Roma, en época imperial, aunque fuese todavía escrita por griegos como Estrabón.

POSIDONIO (135-50 a.C.)

Posidonio de Apamea o de Rodas (ATENEIO VI 252e. Cf. ESTRABÓN XIV 2.13) fue el continuador de la obra de Polibio, y supuso un puente entre el autor de Megalópolis y Estrabón de Amasia (*Suda*: «Πολυβίος»). Nacido alrededor del 135 a.C., marchó a Atenas, donde fue alumno de Panecio y su sucesor en la Estoa (*Suda*: «Ποσειδώνιος»). Desempeñó un importante papel en la vida política de la ciudad, siendo nombrado prítano (ESTRABÓN VII 5.8). Entre sus admiradores estaban Cicerón y Pompeyo (ESTRABÓN XI 1.6; PLUTARCO, *Cicerón* 4.5; CICERÓN, *Cartas a Ático* II 1). Cicerón le propuso escribir su biografía y alabó el planetario de Posidonio (CICERÓN, *De Natura Deorum* II 88). Fue, como Eratóstenes, un sabio que cubrió los temas más diferentes (matemáticas, geografía, astronomía, física, historia, etc.), por lo que fue llamado *polymathés* por sus contemporáneos¹⁵⁰. Sabemos que en tiempos de las guerras entre Mario y Sila, actuó como embajador de los rodios en Roma (ESTRABÓN VII 5.8; PLUTARCO, *Mario* 45.7). Esta labor le permitió completar su conocimiento del Mediterráneo Occidental mediante una serie de viajes que le llevaron a Iberia (ESTRABÓN II 5.14; III 1.5; 5.8-9; XIII 1.67), la Galia (ESTRABÓN IV 4.5), Italia (ESTRABÓN III 2.5; 4.17; XVII 3.4; ATENEIO IX 401A) o el norte de África. En buena medida, el escaso conocimiento que nos ha legado el mundo griego sobre los pueblos celtas procede de su pluma. Para escribir las costumbres de los pueblos de la Galia, G. Julio César se apoyó en sus escritos¹⁵¹. Posidonio fue el intelectual que mayor influencia tuvo sobre la esfera cultural de la primera mitad de la última centuria antes de Cristo. Su ascendencia disminuyó en el período de los Antoninos, pero aún así su popularidad,

150 ESTRABÓN XVI 2.10: «τῶν καθ' ἡμᾶς φιλοσόφων πολυμαθέστατος».

151 MOMIGLIANO, A., *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización*, Méjico, FCE 1999, p. 113.

como afirma Dobson, corre el riesgo de hacernos concebir una imagen demasiado positiva del pensador estoico¹⁵².

La ausencia hasta fecha reciente de una obra que recogiese los fragmentos de Posidonio provocó que se formularan hipótesis disparatadas tanto sobre su pensamiento como su obra. Esto explica por qué un autor como Alfred Klotz pudo sostener que Estrabón empleó indirectamente a Posidonio a través de Timágenes, pese a que este último sólo aparece una vez en la vasta obra de Estrabón (IV 1.13) y Posidonio muchas más veces; mientras que Timágenes es sólo citado para demostrar que estaba equivocado y de Posidonio se dice que tenía razón respecto al oro de Tolosa. Estrabón habría presumido incluso de haber conocido personalmente al filósofo estoico (ATENEJO XIV 657F), por lo que esta teoría resultaba absurda. A. Long se muestra esclarecedor cuando dice: «*Al igual que Pitágoras, Posidonio ha sido llamado a explicarlo todo y nada. Estoico y platónico, racionalista y místico, superficial y penetrante, reaccionario y original, estas son sólo unas pocas de las alegadas contradicciones que rodean a Posidonio*»¹⁵³. El caso es que Posidonio de Apamea fue un estoico, como los autores antiguos nos recuerdan, pero no uno cualquiera, pues supo superar el tradicional distanciamiento del estoicismo hacia las ciencias empíricas, así como el escolasticismo imperante en dicha escuela. El apego de Posidonio por buscar las causas (SÉNECA, *Cartas* 89.5), al igual que Polibio (III 32.6), provocó que otro autor como Estrabón (II 3.7) le acusase de actuar contra los preceptos de la Estoa¹⁵⁴: «*Y esto es suficiente sobre Posidonio, pues muchos puntos, al menos los geográficos, encontrarán una discusión conveniente en los libros regionales. En cuanto a los físicos, deben ser examinados en otro lugar o no preocuparse de ellos: pues abunda en él el razonamiento sobre las causas y el aristotelismo, lo que nuestra escuela declina por lo escondido de las causas*». El apego de Posidonio por Aristóteles coincidiría con la creciente popularidad que tuvo éste en Roma tras la llegada en el 86 a.C., del botín del saqueo de Atenas obtenido por Sila, entre cuyos restos se encontraban las copias de las obras del filósofo (CICERÓN, *Tópica* I 3).

Se conocen tres estudios geográficos de Posidonio de Apamea. Un *Periplo* donde se describían los viajes alrededor de las costas, que no es citado por Estrabón. Una crítica a los poetas que habían discutido sobre cuestiones científicas sin ser expertos en las mismas. El blanco de la discusión fue principalmente Arato, cuyas habilidades matemáticas fueron comparadas con las de Homero. Aunque Estrabón no cita este estudio, debió de conocerlo. La más importante de todas es *Sobre el Océano*, que alude directamente a la obra homónima de Píteas de Massalia. Estrabón (II 2.1) afirma que el contenido de la misma era básicamente geográfico y que en cada libro se estudiaban diferentes regiones:

«*Examinemos también a Posidonio y lo que afirma en su obra Sobre el Océano, pues parece que la mayoría de lo allí tratado es geográfico, unas veces en sentido estricto y otras de un modo más matemático. De manera que no estará fuera de lugar juzgar algunas de sus opiniones, bien ahora, bien según vayan surgiendo en los libros dedicados a cada región, manteniendo una cierta medida*».

152 DOBSON, J. F., «The Posidonius Myth», *CQ* 12, 1918, p. 179-195; p. 179. Un ejemplo lo encontramos en TOZER, H. F., *A History of Ancient Geography*, Cambridge 1897, p. 190, quien lo consideró el viajero más inteligente de la antigüedad.

153 LONG, A. A., *La filosofía helenística*, Madrid, Alianza 2004, p. 212.

154 Sobre las diferencias entre el estoicismo de Posidonio y el de Estrabón cf. DUECK, D., *Strabo of Amasia: A Greek Man of Letters in Augustan Rome*, Londres 2000, p. 62-69; JONES, A., «The Stoics and the Astronomical Sciences», en *The Cambridge companion to the Stoics*, Cambridge University Press 2003, p. 343.

Por lo tanto, como recientemente se viene diciendo, en la obra de Posidonio como en la del resto de los grandes geógrafos helenísticos, no hubo una separación tajante entre la geografía matemática y la literaria¹⁵⁵. La cita de Estrabón confirmaría que en Posidonio, la geografía matemática y la etnografía no estaban excluidas, al igual que ocurría con Eratóstenes. La pasión de Posidonio por la geometría y las matemáticas quedó reflejado en su ataque a los trabajos del epicúreo Zenón de Sidón, quien había arremetido contra los principios de estas ciencias (PRO-CLO, *In Euclid.*, 199.3-200.6). Pero a diferencia de los anteriores geógrafos de la escuela de Alejandría, no estudia los fenómenos climáticos y astronómicos para determinar exclusivamente posiciones geográficas, lo hace para entender al hombre, puesto que en Posidonio la geografía física y la humana están muy unidas.

En el caso de Posidonio, está claro que empleó la geografía matemática, porque al igual que Eratóstenes midió la circunferencia terrestre, aunque no con tanta precisión como el de Cirene, puesto que los 240.000 estadios en los que Posidonio estimó su magnitud equivaldrían, según los cálculos, a unos 38.400 km:

*«Posidonio dice que Rodas y Alejandría están en el mismo meridiano. Los círculos meridianos son círculos dibujados a lo largo de los polos del universo y pasan por el punto que está sobre la cabeza de cualquier individuo situado de pie sobre la Tierra. Los polos son los mismos para todos esos círculos, pero el punto vertical es diferente para cada persona... Rodas y Alejandría están en el mismo círculo meridiano y la distancia entre ambas ciudades es estimada en 5000 estadios. Supuesto que tal sea el caso... Posidonio sigue diciendo que la estrella brillante llamada Canopo queda hacia el sur; prácticamente sobre el timón de Argos. Dicha estrella no es vista en toda Grecia, de ahí que Arato ni siquiera la mencione en sus Efemérides. Pero conforme se va de norte a sur, comienza a ser visible en Rodas y, cuando allí se ve sobre el horizonte, se pone inmediatamente conforme gira el universo. Cuando se han navegado los 5000 estadios y se está en Alejandría, esa estrella se halla a una altura sobre el horizonte de un cuarto de signo —es decir, 1/48 del círculo del zodiaco— cuando se encuentra exactamente en medio del cielo; por tanto, el segmento del círculo meridiano que está situado sobre la distancia entre Rodas y Alejandría es de 1/48 parte de dicho círculo, ya que el horizonte de los habitantes de Rodas dista del de los alejandrinos en 1/40 del círculo zodiacal... Y, por tanto, el gran círculo Tierra debe medir 240000 estadios, asumiendo que de Rodas a Alejandría haya 5000 estadios; pero si no, estará en la misma proporción a la distancia entre ambas. Tal es el modo en que Posidonio trató el tamaño de la Tierra» (CLEÓMEDES, *De motu circulorum doctrinae* I 10, 50).*

Para ello, Cleómedes dice que se valió de la posición de la estrella de Canopo respecto a Rodas y Alejandría. Posidonio se percató de que la estrella podía ser divisada en Egipto, pero no en los lugares que se encontraban más al norte. Calculando en unos 5000 estadios la distancia entre Rodas y Alejandría, y la situación de Canopo en Alejandría alrededor de 1/48 de círculo por arriba del horizonte. Sin embargo, en otro momento, Posidonio revisó la distancia entre Alejandría y Rodas, dejándola en unos 3.750 estadios lo que reducía la distancia total de

155 CLARKE, K., *Between Geography and History. Hellenistic Constructions of the Roman World*, Oxford 1999, p. 145.

la circunferencia terrestre a unos 180.000 estadios¹⁵⁶. Estrabón preferiría el cálculo de Eratóstenes al de Posidonio, pero el hecho de que posteriormente Ptolomeo diese mayor validez a las opiniones del estoico respecto a las de Eratóstenes fue, en buena parte, la causa de que durante la mayor parte de la Edad Media los intelectuales confiaran más en el estoico.

Las mareas que habían sido estudiadas, anteriormente, por Píteas, quien había establecido su origen en la Luna, también despertaron el interés de Posidonio, que combinará la acción de la Luna con la del Sol: «*Y dice Posidonio que el movimiento del Océano está sujeto a un ciclo periódico semejante al de los astros y que acorde con la Luna, presenta uno diario, otro mensual y otro anual; pues cada vez que la Luna se eleva sobre el horizonte a la altura de una constelación zodiacal, comienza el mar a hincharse y a inundar sensiblemente la tierra hasta que la Luna toca el meridiano celeste, mientras que al declinar el astro se retira de nuevo poco a poco hasta que la Luna está sobre su ocaso a la altura de una constelación zodiacal*» (ESTRABÓN III 5.8. Cf. PLINIO II 215). La observación es correcta puesto que la atracción del Sol en combinación con la de la Luna tiende a disminuir la fuerza gravitatoria¹⁵⁷. Del ciclo anual tuvo noticias por las gentes de Gades, durante su estancia en Hispania. Plinio (II 213), siguiendo a Posidonio, afirma que las mareas nunca se producen a la misma hora que el día anterior. Posidonio consideró que el origen estaba en la composición de la misma mezcla de elementos gaseosos e ígneos y no en la atracción que ejercía sobre los océanos la fuerza gravitatoria lunar. Un proceso al que compara con una marmita en la que se está calentando agua: «*En un calor moderado, el agua, en la marmita, crece y aumenta, después, si el fuego que está sobre ella no cesa, el agua se consume, y así el Sol hace subir mucho al mar, exactamente como un fuego demasiado fuerte hace subir el agua en la marmita; la Luna, al contrario, produce sobre el mar un calor bajo en un principio sobre el agua de la marmita. Así el agua del mar acompaña a la Luna en su recorrido como si estuviese levantada por ella*»¹⁵⁸. Sería, por lo tanto, la Luna la que provoca las mareas, por simpatía, es decir, por la tensión de los elementos ígneos y gaseosos (*pnéuma*) que posibilita la interacción a distancia entre la Luna y la Tierra¹⁵⁹.

Creía que la *oikoumene* tenía forma de honda, es decir, amplia y reducida en los extremos¹⁶⁰. Es muy posible que hubiese diseñado una esfera y un mapa de la tierra¹⁶¹. Al contrario que Heródoto, no habría negado la existencia de los hiperbóreos, ubicándolos en los Alpes italianos (Escolio a APOLONIO DE RODAS II 675). También rechazó la división de Polibio en seis zonas por una en cinco zonas, según criterios físicos y geográficos: «*Polibio hace seis zonas: dos que caen bajo los Círculos Árticos, dos entre estos y los Trópicos, dos entre estos y el Ecuador. Ahora bien, la división en cinco zonas me parece que se aplica tanto física como geográficamente*». La crítica a la división de Polibio sería una consecuencia más de haber combinado el método matemático con la geografía. Se trata, en definitiva, de una concepción de la geografía

156 ESTRABÓN II 2.2. Cf. DILLER, A., «The Ancient Measurements of Earth», *Isis* 40, 1, 1949, p. 7, cree que mantuvo los cálculos de Eratóstenes.

157 PRÉAUX, Cl., *La lune dans la pensée grecque*, Bruselas 1973, p. 113.

158 PRISCINIANO DE LIDIA (Texto citado por PRÉAUX, Cl., *op. cit.*, p. 109-110).

159 COLOMINA ALBIÑANA, J. J., «La cosmología estoica», *Eikasía. Revista de Filosofía*, año III, 14, noviembre 2007, p. 50.

160 EUSTACIO II 7.446: «Τὴν δὲ οἰκουμένην γῆν Ποσειδώνιος μὲν ὁ Στωϊκὸς καὶ Διονύσιος σφενδονοειδῆ φασί»; AGATÉMERO I 1.2, dice que tiene forma de honda más grande en el medio entre el norte y el sur, estrecha entre oriente y occidente, sin embargo, más ancha en la India.

161 DILKE, O.A.W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 61.

que analiza y estudia la interrelación del hombre con su medio ambiente. Las cinco zonas climáticas de Posidonio se diferenciarían en el tamaño de sus sombras, es decir, en el ángulo del Sol, en su naturaleza y en su clima.

Además de la división climática, también realiza una división por zonas, con un total de siete, dos zonas frías alrededor de los polos, dos zonas templadas, dos zonas tropicales, extremadamente áridas, y otra ecuatorial menos cálida y más lluviosa: «*Pero desde el punto de vista de los fenómenos humanos existen estas zonas y otras dos estrechas bajo los Trópicos, en las que aproximadamente la mitad de un mes el Sol está en su cenit y están divididas en dos por los Trópicos. Y esas zonas dice que tienen la particularidad de que son especialmente resacas, arenosas y estériles, excepto el silfio y algunos frutos ardientes y recocidos porque no hay montañas que hagan que las nubes dejen caer sus lluvias ni tampoco están surcadas por ríos; por ello engendran animales de pelo rizado, de cuernos retorcidos, de labios prominentes y de nariz ancha, pues sus extremidades se vuelven sobre sí mismas; los ictiófagos habitan estas zonas. Y que estas particularidades son propias de estas zonas dice que lo demuestra el que las más meridionales tienen una atmósfera más templada y una tierra más fértil y mejor regada*» (ESTRABÓN II 2.3).

La distinción de estas zonas se basa en criterios climáticos y faunísticos; divisiones tradicionales de la tierra, como los continentes, tienen una menor importancia.

Tampoco se habría mostrado muy convencido de la existencia de los antípodas (*fr.* 141), aunque no de modo tan escéptico como posteriormente lo haría Plutarco (*Moralia* 924a).

Opinión de Posidonio habría sido que el clima determina la fisonomía, el carácter y el modo de vida de los pueblos (CICERÓN, *Natura deorum* II 9.24). Lo cual, en un momento en el que Roma era la mayor potencia del Mediterráneo, equivalía a decir que lo eran por su posición geográfica, en la que Italia ocupaba el centro. Esta creencia fue duramente criticada por Estrabón, quien añadió el azar y la costumbre entre esos factores:

«Estas distribuciones no son premeditadas, como tampoco las diferencias entre las razas ni las lenguas, sino debidas al acaso y al azar; también las artes, capacidades y disposiciones, a partir de unos principios, se imponen la mayoría de veces en cualquier clima y, a veces, incluso contra el clima, de forma que las características locales unas son por naturaleza y otras por costumbres y entrenamiento. No por naturaleza, en efecto, son los atenienses estudiosos de la lengua y no los lacedemonios ni los tebanos, que están todavía más cerca, sino por causa de la costumbre; como tampoco por naturaleza son filósofos los babilonios y los egipcios sino por entrenamiento y costumbre; y las cualidades de los caballos y de los bueyes y de otros animales las producen no sólo los lugares sino también los entrenamientos; Posidonio confunde esto» (ESTRABÓN II 3.7).

Sin embargo, no debería llevarse demasiado lejos la declaración de Estrabón, puesto que a diferencia de otros intelectuales helenos, Posidonio fue consciente de que no siempre había una relación directa entre la *phýsis* de una región y el *ethos* y *bios* de las gentes que la habitaban. Existían variantes, como las invasiones o la capacidad de los habitantes de un país para sacar provecho de los recursos que les ofrecía su territorio, que podían justificar diferencias entre una zona y otra¹⁶², así como la religión¹⁶³, que como en el caso del pueblo judío podía explicar

162 VON FRITZ, K., «Posidonios als Historiker», en *Historiographia Antiqua*, Lovaina 1977, 176ss.

163 JOSEFO, FL., *Contra Apión* II 79; ESTRABÓN XVI 2.34-45.

su aislamiento, y la variedad de las aguas. Es por eso que entiende y justifica la necesidad de normas comunes, independientemente de que sean diferentes entre bárbaros y helenos¹⁶⁴, para que reine la armonía entre sus habitantes (ESTRABÓN XVI 2.38).

Resulta llamativo que pese a ser, tanto Estrabón como Posidonio, miembros de la escuela estoica, coincidan en la existencia de diversos caracteres y costumbres entre los pueblos de la *oikoumene*, aunque no en sus causas, cuando el pensamiento estoico subraya que todos los seres humanos tenían un mismo origen (CICERÓN, *De fin.*, III 19.64). El propio Posidonio habría tenido esta creencia¹⁶⁵, pero a consecuencia de su estudio de la naturaleza sería igualmente consciente de la diversidad de costumbres y características de la especie humana. De este modo, elaboró una teoría de las zonas climáticas del mundo, siguiendo la ya efectuada por sus predecesores. A partir de la división en cinco zonas climáticas del mundo, quedaban establecidos también los niveles de civilización, de tal forma que, cuanto más nos alejamos de la zona intermedia, más rápidamente aparece la barbarie de los pueblos extranjeros de la *oikoumene*, que continúan siendo las fronteras naturales de la tierra y no las zonas climáticas: «*Posidonio, al añadir las zonas situadas en los Trópicos no lo hace por analogía con estas cinco ni utiliza una diferencia semejante, sino como si distinguiese las zonas por las diferencias étnicas: una es la etiópica, otra la escita y celta, y la tercera es la intermedia*» (ESTRABÓN II 3.1). Etiópes en el sur, celtas y escitas en el norte y, en medio, la civilización grecorromana. El empleo de las culturas extranjeras como puntos cardinales en la creación de los mapas mentales del hombre helenístico era un recurso que seguía siendo muy útil, y que ni Posidonio ni el pensamiento estoico consiguieron cambiar. Los límites seguían teniendo vigencia pese a la asunción de la esfericidad por los pensadores helenísticos.

Una de las cuestiones más polémicas de la obra de Posidonio haría referencia a la región ecuatorial africana: «*Posidonio se enfrenta a Polibio por afirmar que la región situada bajo el Ecuador es más elevada, pues en una superficie esférica no hay ninguna elevación debido a que es lisa y tampoco es montañosa la región situada bajo el Ecuador, sino, más bien, una gran llanura uniforme aproximadamente al nivel del mar; y las lluvias que colman el Nilo provienen de las montañas de Etiopía. Pero después de afirmar esto en aquel pasaje, en otros se retracta, al decir que sospecha que hay montañas bajo la región ecuatorial, al chocar contra las cuales las nubes procedentes de cada uno de los dos lados de las Zonas Templadas producen las lluvias. Y esto, desde luego, es una contradicción evidente. Pero aunque se pensase que la región situada bajo el Ecuador es montañosa, podría creerse que surge otra contradicción pues son estos mismos los que afirman que el Océano es una corriente continua. ¿Cómo, entonces, levantan montañas en su centro, a no ser que quieran hablar de islas? Pero la respuesta a esto cae fuera de la parte geográfica. Quizás habrá que dejar esta investigación a quien se dedique al estudio del Océano*» (ESTRABÓN II 3.3). La negativa de Posidonio a aceptar la teoría de Polibio se apoya en la certeza de que la tierra es esférica, por lo que no podía ser más elevada en la zona central. La explicación de las crecidas del Nilo por las lluvias de Etiopía se inspira en la escuela aristotélica¹⁶⁶ que había atribuido a dicha causa la explicación del régimen irregular del

164 VITRUVIO VIII 3.27. Cf. PÉDECH, P., *La géographie des grecs*, Vendome 1976, p. 148-149.

165 DIODORO I 1.3; ATENEO VI 274a.

166 Sobre la relación de Posidonio con la escuela peripatética Cf. KIDD, I., «Theophrastus Metereology, Aristotle and Posidonius», en *Theophrastus. His Psychological, Doxographical, and Scientific Writings*, Nueva Jersey, New Brunswick 1992, p. 294-306.

Nilo¹⁶⁷. Luego nos encontraríamos ante otro ejemplo de la influencia del Liceo en Posidonio. En cambio, la presencia de montañas en la zona templada meridional es un requisito impuesto por su propia teoría, ya que su presencia estaba certificada en la zona norte templada. Si Posidonio consideraba que las zonas templadas compartían las mismas condiciones climáticas, debía de pensar que era una consecuencia lógica que compartiesen las mismas características geográficas. Esto pudo hacer que se replantea el tamaño del continente africano¹⁶⁸. Sin embargo, como otros pensadores estoicos (Cf. ESTRABÓN I 1.8), Posidonio no puede renunciar a la imagen del río Océano confluyente que envuelve a la *oikoumene*. Por lo que para Estrabón era un verdadero absurdo la presencia de tierra tan al sur, incluso aunque se tratase de islas.

Los viajes de exploración de los fenicios no son una prueba fehaciente para Posidonio, y otros, como el de Hanón, son ignorados¹⁶⁹. Especial atención se le da al viaje de Eudoxo de Cízico¹⁷⁰, que en calidad de embajador llegó al Egipto de Ptolomeo Evérgetes (ESTRABÓN II 3.4). Durante su estancia se encontró a un naufrago indio, quien, una vez aprendida la lengua griega, se ofreció a guiar una expedición enviada por el rey a la India. Eudoxo volvió con un cargamento de perfumes que fue requisado. A la muerte del soberano, Eudoxo realizó un segundo viaje que, como consecuencia de los vientos, le llevó más allá de Etiopía, donde descubrió un mascarón de proa perteneciente a gentes que habían navegado desde el oeste. Una vez de regreso a Egipto, volvió a perder sus posesiones, pero descubrió que el mascarón procedía de Gades. Ante esto, Eudoxo concibió que fuera posible circunnavegar Libia (África). Pasando por Dicearquía, Massalia y Gades, desde allí llevado por el viento del oeste, navegó hacia la India. Sin embargo, naufragó y se vio obligado a dar marcha atrás. De toda esta historia se desprende que «*el Océano fluye circularmente en torno al mundo habitado*» (ESTRABÓN II 3.5). Opinión a la que Estrabón (I 1.9) daba total validez siguiendo los postulados estoicos: «*Nosotros, por nuestra parte, para una más amplia discusión acerca del Océano y de las mareas, remitimos a Posidonio y a Atenodoro, que dominan suficientemente las cuestiones relativas al tema. Para lo que aquí nos ocupa decimos tan sólo que en lo que respecta a la igualdad del régimen oceánico es mejor creer en ella; además cuanto más abundante sea el elemento húmedo derramado en torno a la tierra, con mayor estabilidad se mantendrían unidos los cuerpos celestes con los vapores que de ella vayan exhalándose*».

Otro pasaje polémico es aquel en el que se dice que occidente es seco y oriente húmedo¹⁷¹: «*Y dudo de la veracidad de Posidonio cuando dice que Libia estaba irrigada por pocos y*

167 ESTRABÓN XVII 1.5. Cf. FOWLER, R. L., «P.Oxy.4458 col I: Aristoteles redivivus», *ZPE* 132, 2000, p. 133-142; p. 137-138, quien cree que un fragmento del P. Oxirrinco, que trata sobre las teorías de la escuela aristotélica sobre dicha cuestión, puede pertenecer a Posidonio.

168 Cf. STEKELENBURG, A. V. Van., «The southern limits of Africa in ancient geography», *Akroterion* 41, 1-2, 1996, p. 58-73.

169 THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 98-105; DILKE, O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 133; MARITZ, J., «Putting Africa on the map», *Aclass* 47, 2004, p. 87-100; p. 89, llama la atención sobre la dificultad de entender en las fuentes si estos viajes circunnavegaron el continente africano ante la variedad de denominaciones existentes (Libia, África, Etiopía, etc).

170 ALBADALEJO VIVERO, M., «Algunas consideraciones críticas sobre los viajes de Eudoxo de Cízico», *Gerión* 25, 2007, p. 235-248, no cree que Eudoxo hiciera realmente su viaje ni que el continente africano fuese circunnavegado hasta las navegaciones portuguesas del XV.

171 Aceptado por la mayor parte de la crítica REINHARDT, K., «Poseidonios», *RE* 22, 1953, col. 675; THOMSON, J. O., *op. cit.*, p. 214; DESANGES, J., «De Timée à Strabon, la polémique sur le climat de l'Afrique du Nord et ses effets», en *Toujours Afrique apporte fait nouveau. Scripta minora*, París 1999, p. 91; salvo SHCHEGLOV, D. A., «Posidonius on the dry west and the wet east: Fragment 223EK reconsidered», *CQ* 56.2, 2006, p. 509-527.

pequeños ríos; los mismos ríos de los cuales Artemiodoro ha hablado, aquellos entre Lynx y Cartago, de los que ha dicho mucho y bastante. Es más cierto decir esto del interior. Ha dicho que la causa de esto mismo es que Libia en su parte norte no es lluviosa, al igual que en Etiopía, dice que por esta razón ocurren pestilencias, y a causa de las sequías, los lagos están llenos de barro, y las langostas son frecuentes. Además, dice que las áreas orientales son húmedas (ἀνατολικά ὑγρὰ) porque la salida del Sol transcurre rápidamente, mientras que en las áreas occidentales son secas (ἐσπέρια ξηρὰ) porque allí se retira» (ESTRABÓN XVII 3.10). La diferencia de humedad en estas zonas es por la presencia o ausencia de agua, que está igualmente relacionada con la mayor o menor fuerza de la luz solar. La explicación era necesaria para poder comprender por qué dos lugares que se encontraban en la misma latitud presentaban diferencias tan sensibles en su clima y en su grado de aridez y sequedad, que en principio, según el esquema de división climática de Posidonio no debía de ser así, pero tanto el de Apamea como Estrabón ignoraban la importancia del gran desierto del Sahara para determinar la sequedad del África noroccidental, y de los monzones para entender la mayor humedad de la zona oriental.

Como Eratóstenes, Posidonio fue consciente de que la superficie terrestre ha sufrido modificaciones a lo largo de su historia (ESTRABÓN II 3.6). La destrucción de la Atlántida y la llegada de los cimbrios, que en torno al 120 a.C., se establecieron en los Alpes, son un nuevo ejemplo para Posidonio de la estrecha interrelación del hombre con el medio y de cómo éste puede alterar su modo de vida. La mención de la Atlántida muestra un acercamiento de Posidonio a la obra platónica¹⁷² y los cambios de la naturaleza por los fenómenos geológicos. Uno de esos fenómenos que explicaban los cambios en la superficie terrestre eran los terremotos, sin embargo los testimonios que tenemos sobre la explicación sísmica de Posidonio no son del todo coherentes. En uno de ellos leemos que el responsable es el viento que entra en las cavidades de la tierra (D. LAERCIO VII 154), mientras que en Séneca (*NQ* VI 5-21) se dice que son los vientos subterráneos en movimiento¹⁷³ (Πνεῦμα; *Spiritus*).

Otro fenómeno que provocaba alteraciones en la superficie terrestre eran los volcanes, aunque al parecer Posidonio también sabía que las cenizas expulsadas durante las erupciones podían aumentar la fertilidad del suelo (ESTRABÓN V 4.8).

En lo referente a la etnología se encuentra dispersa de igual modo en obras como *Sobre el Océano* o sus *Historias*, lo que es una evidencia de la falta de separación existente entre la geografía y la historia en Posidonio de Apamea. Podemos destacar menciones a la riqueza del subsuelo de Iberia que le hacen decir, con sentido del humor, que no está habitado por Hades, sino por Plutón (ESTRABÓN III 2.9); ladrillos flotantes en Iberia (ESTRABÓN XIII 1.67); los rebaños de monos en la costa norteafricana; la carencia de horticultura y viticultura entre los ligures; la fertilidad de la tierra de Tirrenia. Las cuestiones convivales reflejan muy exactamente el grado de desarrollo cultural de un pueblo, por lo que no es sorprendente que abunden las descripciones de los banquetes celtas; las cabezas cortadas de los enemigos celtas clavadas en la entrada de sus casas le produjeron pavor (ESTRABÓN IV 4.5); suya también es la distinción arquetípica de la sociedad celta en druidas, vates y bardos. De los primeros dijo que defendían que las almas de los hombres eran indestructibles: «En términos generales, se puede decir que para todos ellos hay tres grupos que gozan de especial distinción: los bardos,

172 Cf. REYDAMS-SCHILS, G., «Posidonius and the Timaeus: off to Rhodes and back to Plato», *CQ* 47, 1997, p. 455-476, quien discute la posibilidad de que Posidonio hubiese escrito un comentario del *Timeo*.

173 KIDD, G., *Posidonius: Fragments 1-149*, I-II, Cambridge University Press 1988, 116ss.

los vates y los druidas. Los bardos son poetas cantores. Los vates tienen funciones sagradas y estudian la naturaleza. Los druidas se dedican también al estudio de la naturaleza, pero añaden el de la filosofía moral, y son considerados los más justos, por lo cual se les confían los conflictos privados y públicos, incluso el arbitraje en caso de guerra, y han llegado a detener a los que se estaban alineando ya para el combate. Les incumben especialmente las causas criminales, y piensan que cuando proliferan éstas es signo de abundancia para la región. Afirman también, tanto ellos como otros, que las almas son indestructibles, como indestructible es el universo, aunque llegará un día en que el fuego y agua prevalecerán sobre todo» (ESTRABÓN IV 4.4).

No deja de ser llamativo que tanto Polibio como Posidonio se asocien con pueblos extranjeros como el cartaginés o el celta¹⁷⁴, en parte por habernos dejado la mayor cantidad de vestigios sobre ellos, y no haberse explayado más en la descripción de las costumbres romanas. Roma jugó un papel importante en sus obras, pero solamente desde la explicación casuística que estudiaba cómo se había erigido con el control de la *oikoumene*. La etnología no era aplicable a los romanos porque no se trataba de un pueblo incivilizado como el resto, sino ampliamente ligado al mundo griego y su cultura, y ya que el método etnográfico se basaba en las anomalías y semejanzas de un pueblo respecto al modelo heleno, no era posible analizar el mundo romano desde esta perspectiva. El hecho de que los romanos sometiesen a los griegos aumentó exponencialmente la imposibilidad de los geógrafos antiguos por definirlos con las características propias de los pueblos bárbaros.

En opinión de Pédech¹⁷⁵, podemos decir que Posidonio presentó nuevas innovaciones para la geografía en contenido y metodología, puesto que, como hemos visto, se valió de criterios etnográficos, zoológicos y botánicos para realizar la tradicional división climática de la *oikoumene*, que se basaba en cálculos astronómicos de la latitud. Además, intentó encontrar explicaciones para fenómenos geográficos haciendo referencia al espacio y al tiempo. Él reconoció el papel jugado por el tiempo en los cambios geográficos y también los trastornos originados por las turbulencias políticas y sociales que daban lugar a la inmigración de las naciones. La tercera innovación fue el empleo de modelos con el objetivo de explicar fenómenos similares en diferentes lugares, como las mareas o las erupciones volcánicas.

Aún así, el pensamiento de Posidonio es menos agresivo y más fácil de asimilar por la tradición que el de Eratóstenes. El empleo de elementos etnogeográficos para delimitar zonas, ya había sido utilizado por el Liceo (Cf. *Supra*. p. 134). Su empeño por poner en relación lugares que compartían rasgos climáticos y faunísticos (India; Etiopía), debió de haber quedado reflejado en su mapa. Aunque la esfericidad era una tendencia generalizada en el pensamiento griego, no consigue concebir una *oikoumene* sin límites, pese a ser un gran estudioso de la esfera. Se separa de la geografía homérica en algunas cuestiones como la mayor extensión del continente africano, pero ni se atreve a deshacerse del río Océano ni a poner en duda la insularidad del mundo. Posidonio parece haber tenido el mérito de divulgar el pensamiento geográfico heleno entre las élites romanas, combinando la geografía matemática de Alejandría con la etnográfica-literaria, aunque sería esta última modalidad la que tendría más seguidores entre los latinos. En cualquier caso, su trabajo fue el culmen de la más brillante etapa de la historia de la ciencia griega.

174 Sobre la contribución de Posidonio a la etnografía celta. Cf. TIERNEY, J. J., «The celtic ethnography of Posidonius», *PRIA* 60, 1960, p. 189-275.

175 PÉDECH, P., «L'analyse géographique chez Posidonius», en *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges à R. Dion*, París 1974, p. 31-43.

CONCLUSIÓN

Si realmente se hubiese producido una escisión entre los diferentes campos del saber, en vez del fenómeno contrario, la *polymatheía*, habría resultado más fácil que la geografía iniciase su andadura de forma independiente de la tradición literaria griega. Sin embargo, esto no sólo no fue el caso, sino que además la geografía literaria y la matemática continuaron conviviendo en la pluma de un mismo autor y, a veces, hasta en un mismo libro. Es una ingenuidad pensar, en definitiva, que existía una división entre cada una de las disciplinas semejante a la que existe en la actualidad, porque el objetivo de cada uno de estos eruditos era alcanzar el conocimiento en su totalidad, la plurisciencia, a la manera de los grandes filósofos como Aristóteles. La preeminencia de la *polymatheía* es una evidencia clara de que esto era así y de que la autopsia, junto al *autodíaktos*, estaban en decadencia.

Pero entonces ¿por qué existieron dos formas distintas de entender la geografía? En primer lugar, no todos los autores que escribieron geografía en la antigüedad, y mucho menos sus lectores, tenían la suficiente capacidad de abstracción para enfrentarse a trabajos como los de Eratóstenes, Hiparco o Aristarco. Por el contrario, la geografía descriptiva estaba más próxima a los relatos de viaje y a las historias fantásticas que eran del gusto del gran público.

Además, cada una de estas formas de escribir geografía era representante de la tradición y la innovación respectivamente. El que la geografía de Eratóstenes naciese cuestionando la autoridad de Homero en todos los temas del saber, provocó que aquellos que se declaraban sus seguidores, como los estoicos, criticasen todas aquellas teorías que iban en contra de lo establecido por el poeta¹⁷⁶ (insularidad, Océano, geocéntrismo, periplo de Odiseo, etc.), así como su metodología. Sin embargo, no debe pensarse que todos los estoicos seguían al pie de la letra lo dicho por Homero o que desconociesen la astronomía y las matemáticas, Posidonio es una prueba de ello. Pero la mayoría de ellos antepusieron siempre el principio de autoridad frente a la experimentación, que fue, sin lugar a dudas, el mayor logro de Eratóstenes: haber demostrado que la geografía podía someterse a comprobaciones empíricas. Aunque a excepción de él, no hubo otro autor que siguiese su camino en la geografía, por lo que la experimentación no pudo imponerse a la tradición¹⁷⁷. Esta última no sólo no es revisada conforme a los nuevos hallazgos de la época, sino que éstos se adaptan a la misma, como en la obra de Crates, para actualizarla. La pervivencia del geocentrismo y el empecinamiento en defender la órbita circular de los planetas lo certifica del mismo modo. No se quiere cambiar los viejos modelos, sino mejorarlos. Únicamente Eratóstenes parece haberse atrevido a dar un paso más allá del que dieron sus contemporáneos, pero aun así acepta parte del legado de Homero, al no cuestionar la existencia del Océano y la insularidad del mundo.

De hecho, no debe asociarse la tradición únicamente con el nombre de Homero. Autores como Aristóteles, que en su momento representaron un cambio en la forma de pensar, ahora se convierten en un obstáculo para cualquier innovación (heliocentrismo, estudios sobre animales, plantas, etc.), al haber sido asimilados por la tradición y haber adquirido sus teorías categoría de verdad oficial¹⁷⁸. Resultaba difícil de creer que con el tiempo hasta las mentes más polemistas

176 ROMM, J. S., *The edges of the earth in ancient thought: Geography, exploration and fiction*, Princeton 1992, p. 188-193.

177 SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro*, Barcelona, Crítica 2001, p. 385-386.

178 PRÉAUX, Cl., «Stagnation de la pensée scientifique à l'époque hellénistique», en *Essays in honor of C. Bradford Welles*, New Haven, American Society of Papyrologists 1966, p. 235-250, considera que fue la autoridad de

no acabasen por aceptar sin más el pensamiento de los grandes maestros de una escuela, cuando en la misma se le podían llegar a rendir honores fúnebres semejantes a los que recibían las divinidades¹⁷⁹. La fijación de la tradición escrita y el principio de autoridad serían las grandes razones de la decadencia de la ciencia griega, que siempre había podido sobrellevar su fuerte dependencia respecto a la tradición, gracias a su naturaleza marcadamente agonal¹⁸⁰.

No debe pensarse que la desaparición del espíritu agonal fue algo repentino y brusco. Al contrario, fue desapareciendo gradualmente y de forma pausada. La causa se encuentra en la otra naturaleza de la cultura literaria griega, la *mimesis*. La oposición al pasado se imita como modelo porque forma parte de la misma tradición, pero al comparar el grado de contribución de un autor respecto a sus críticas, descubrimos que el primer elemento es cada vez más exiguo. El Liceo, tras Estratón y Teofrasto, no vuelve a brillar con la intensidad anterior. Posidonio, pese a su indudable valía, se encuadra entre el grupo de autores que reaccionaron al espíritu innovador de Eratóstenes y Aristarco. Quiere superar al de Cirene midiendo la circunferencia terrestre por un medio diferente, pero sólo consigue emular el sistema de Eudoxo. Quiere ir más allá de lo establecido por la escuela estoica, pero es para caer en los influjos del Liceo. La ascendencia de Aristóteles sobre Posidonio es manifiesta cuando en ningún momento parece haber dado credibilidad al heliocentrismo de Aristarco. Quiere revisar los límites meridionales de la *oikoumene*, pero sin replantearse el Océano como frontera última. ¿Qué decir de Estrabón? Su obra es una oposición a sus dos grandes modelos, Eratóstenes y Posidonio, pero su innovación respecto a ellos es casi nula. Puede preferir las mediciones del primero, coincidir más con el segundo en el papel de Homero como geógrafo, pero básicamente lo que hace es seleccionar en la tradición y decidir en qué aspectos está conforme y cuáles no. No siente la necesidad de buscar otro sistema para medir la tierra, realmente ni él ni sus sucesores tienen la necesidad de medirla, pues hay que recordar que el último de los grandes geógrafos de la antigüedad, Claudio Ptolomeo, se limitó a aceptar igualmente los cálculos de Posidonio.

El vínculo de cada uno de estos autores con el poder ejemplifica hasta qué punto ciencia y geografía estaban ligadas con el Estado, sin que este último desarrollase una política explícita de apoyo a la investigación¹⁸¹. Debe tenerse presente que la Biblioteca de Alejandría fue una institución fundada y controlada por los Ptolomeos¹⁸². Polibio tuvo una estrecha relación con Escipión, Posidonio fue visitado por algunos de los hombres más importantes y poderosos de su tiempo. Únicamente Agatárquides parece haberse opuesto al poder de los Ptolomeos, pero solamente después de haber estado a su servicio. Esta relación continuaría en el Imperio Romano,

Aristóteles lo que hizo declinar la ciencia. Cf. RUSSO, L., *The forgotten revolution: how the science was born in the 300 BC and why it had to be reborn*, Berlín & Nueva York, Springer 2004, p. 233, cree que la creciente autoridad de Aristóteles es un efecto y no una causa de la crisis.

179 Cf. BOYANCÉ, P., *Le culte des Muses*, París, Boccard 1937, p. 250, Platón fue convertido por Espeusipo en hijo de Apolo.

180 LLOYD, G. E. R., *Adversaries and authorities: investigations into ancient Greek and Chinese science*, Cambridge University Press 1996, p. 227, a diferencia de la sociedad china la griega habría tenido una naturaleza caracterizada por la confrontación y la disputa.

181 Cf. LLOYD, G. E. R., «La comparación entre la ciencia griega y la china», en *DYNAMIS. Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam* 20, 2000, p. 491-509, quien dice: «Desde luego, no se trataba de que los Ptolomeos tuvieran una política de apoyo a la ciencia como tal. Apoyaban la brillantez de cualquier clase, porque lo que querían de la gente a la que apoyaban era sobre todo fama: pretendían establecer la reputación de su recién fundada capital, Alejandría, como un centro del saber que pudiera, al menos en ciertos aspectos, rivalizar con la propia Atenas» (p. 499).

182 CANFORA, L., *La véritable histoire de la bibliothèque d'Alexandrie*, Éditions Desjonquères, París 1988, p. 15.

hasta el punto que Estrabón (I 1.16) afirmó que la geografía tenía una utilidad eminentemente práctica para los hombres de Estado.

Por otro lado, la amplitud de conocimientos (*polymatheía*) de estos autores, principalmente de Posidonio, provocó, paradójicamente, que el *polymathés* fuese tomado por los intelectuales latinos como el modelo del sabio que debía ser imitado. Este hecho tuvo una consecuencia positiva, la geografía obtuvo un gran éxito entre los admiradores romanos de Posidonio (Cicerón, Estrabón, etc.), pero, como contrapartida, el género se popularizó y quedó en manos de un grupo de literatos que no tenían la suficiente formación en matemáticas y astronomía como para poder emular los pasos de la escuela de Alejandría. En consecuencia, el tipo de geografía que se cultivaría en el Imperio Romano fue una geografía literaria y descriptiva que impulsaría el desarrollo de la corografía.

Quedaría una última cuestión por dilucidar: si el modelo científico estaba en decadencia, ¿por qué no fue sustituido? Más aún, si tenemos en cuenta que existía una profunda dicotomía entre la cultura de las élites y «las alternativas populares» (novela, comedia, poesía erótica, magia, etc.), que reflejaba una profunda involución en los valores de los primeros, que eran los que regían la sociedad. La razón es evidente. La naturaleza de la ciencia implica que todo paradigma tenga que ser sustituido por otro¹⁸³, y en este momento no hay ningún modelo con la suficiente fuerza para poder oponerse. Un nuevo paradigma sólo puede nacer de la revisión radical del anterior y eso era imposible ahora. Las causas ya han sido enumeradas: el prestigio de la cultura griega y el principio de autoridad. Pero, sobre todo, hay que entender que si con anterioridad la tradición se había impuesto a la autopsia, ahora había completado su largo proceso simbiótico con la ciencia, hasta el punto de confundirse la una con la otra. La ciencia no puede mutar la tradición porque son una y la misma cosa. La tradición no puede desechar el agonizante método científico porque la ciencia es la tradición.

La fusión de estos dos conceptos en uno sólo queda atestiguado por otro interrogante: ¿Por qué tuvo Roma que aprender griego para conquistar el Mediterráneo Oriental¹⁸⁴? Porque, como veremos, si bien el griego no era la única lengua que fue hablada en esa región de la *oikoumene*, y nunca fue totalmente expandida entre todas las capas de la sociedad, era, y fue durante mucho tiempo, el paradigma de la civilización de esa tierra. Roma nunca se habría sumergido de lleno en dicha cultura si no hubiera estado muy extendida en la sociedad helenística. Roma nunca habría conquistado oriente si no se hubiera dejado conquistar por la *paideía* griega, y si se dejó seducir por ella es porque se había convertido en la cultura por antonomasia, de la que se podía desconfiar, pero no desconocer. Roma nunca habría podido helenizarse si los grandes hitos de la civilización griega no se hubieran fijado por escrito y posibilitado su difusión fuera de sus fronteras. Una cultura, la griega, que era esencialmente una tradición literaria.

183 KUHN, T. S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE 2004, p. 131.

184 Cf. MOMIGLIANO, A., *La sabiduría de los bárbaros: Los límites de la helenización*, México, FCE 1999, p. 36.

IV. REPÚBLICA E IMPERIO ROMANO

8. LA GEOGRAFÍA EN ÉPOCA ROMANA: ¿DESCONFIANDO DE LOS DONES DE LOS GRIEGOS?

«Ya todo el orbe tiene escuelas latinas y griegas, y la parlanchina Galia ha enseñado a los oradores de Bretaña, y se habla ya de un retor que va a llegar a Tule»
(JUVENAL XV 110-112).

CARTOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA

Antes de que Roma fuese conquistada por las letras griegas contaba con su propia tradición geográfica heredada de los etruscos. Frontino cuenta la anécdota de cómo los arúspices etruscos dividieron el mundo en dos partes: «*Limitum prima origo, sicut Varro descripsit, ad disciplinam Etruscam; quod aruspices orbem terrarum in duas partes diuiserunt, dextram apellauerunt quae septentrioni subiaceret, sinistram quae a meridiano terrae esset ab oriente ad occasum, quod eo sol et luna spectaret, sicut quidam carpiunt architecti delubra in occidentem recte spectare scripserunt. aruspices alteram lineam a septentrione ad meridianum diuiserunt terram, et a meridiano ultra antica, citra postica nominauerunt*»¹. Al principio, como se desprende del texto, eran los augures quienes realizaban la labor de agrimensores (CICERÓN, *De Divinatione* II 23.50), puesto que dividir el suelo era un rito religioso y realizar un catastro implicaba recrear la imagen del cosmos². El hígado era un equivalente del mapa empleado para dividir correctamente la tierra o incluso un elemento imprescindible para la fundación de Roma³. Con la expansión romana, la labor de la *divisio* pasó a ser realizada definitivamente por los *finitores*⁴ que dependían de los *decemviri*. Al aumentar el territorio por las conquistas, el *ager publicus* se incrementó

1 FRONTINO, *De agrorum qualitate* X 20.

2 CASTILLO PASCUAL, M. J., «El vocabulario jurídico de los agrimensores romanos», *Brocar* 19, 1995, p. 7-26; p. 8.

3 AMIANO MARCELINO XXI 1 10; CICERÓN, *De Divinatione* I 2.3.

4 Esta es la forma en la que aparecen designados en la ley agraria de Rullo (CICERÓN, *Agr.*, II 13). Cf. NI-COLET, Cl., «Les *finitores ex equestri loco* de la loi Servilia de 63 ay. J.-C.», *Latomus* 29, 1970, p. 72-103.

de forma muy sustancial. Todo esto nos muestra que desde muy temprano la interpretación y división del espacio fue una tarea exclusiva del estado romano.

El período romano supuso otro momento de apogeo en la ampliación del mundo conocido sólo equiparable al ocurrido en época helenística. Los romanos, teniendo en mente el modelo de Alejandro Magno, tuvieron siempre muy presente la importancia de la geografía y de los agrimensores en las expediciones militares⁵. La complejidad de la logística militar romana quedó atestigüada con la instauración en época imperial de la figura del *Praefectus Fabrum*, el jefe de los ingenieros militares, que tenía que lidiar con los accidentes geográficos para conducir a las tropas a través del territorio que atravesaban. Zonas como la Galia, Germania o Britania fueron mejor conocidas gracias, en parte, a que las águilas romanas se posaron en ellas⁶. El territorio quedó dividido en provincias cuyos límites no siempre coincidían con los fijados por los griegos ni con los actuales, aunque muchas veces en los libros de texto regiones como Hispania, Britania o la Galia se utilicen como palabras sinónimas de las modernas naciones europeas.

Para lograr sus conquistas, los romanos tuvieron que estudiar las obras y mapas realizados por los griegos, puesto que para conquistar un territorio hay que conocerlo. Siguiendo a Salustio (*Jugurta* 85.12), leemos como Mario denunciaba la elección de generales sin experiencia para llevar la guerra y cuya única valía era conocer los textos griegos: «*Así sucede muchas veces, que a quien vosotros habéis otorgado el mando, busca otro que le mande a él. De algunos sé yo, oh Quirites, que después de Cónsules comenzaron a leer los hechos de nuestros mayores y la disciplina militar de los Griegos: hombres que todo lo invierten*». Las críticas de Mario a quienes sólo tenían un conocimiento teórico son lógicas, porque, a diferencia de los griegos, los romanos tuvieron que administrar el territorio, lo que implicaba un contacto directo y duradero con el terreno. Población, economía o los monumentos de las ciudades romanas eran recogidos en las listas romanas⁷.

Sin embargo, las grandes derrotas militares, como la del bosque de Teotoburgo, podían ser atribuidas tanto al desconocimiento del terreno⁸, como a la imprudencia de sus líderes militares⁹. No debe llevarse demasiado lejos la dependencia de los generales romanos respecto a la literatura geográfica griega. Más bien, deberíamos preguntarnos cuál fue la influencia de los militares romanos en los intelectuales. No obstante, fueron ellos quienes midieron, pisaron y conquistaron las tierras que los geógrafos estudiaban a partir de otras obras literarias. Sus mediciones, a menudo cifras redondeadas, como las de Corbulón, son empleadas por los geógrafos latinos (Tácito y Plinio). Pero no todos los generales leían geografía. ¿Hasta qué punto era útil para hombres de formación inferior a la media una geografía literaria, que gustaba de repetir los tópicos etnográficos propios de su civilización? ¿Podría haber comprendido un general romano de instrucción media los *esfrágides* de Eratóstenes o la teoría heliocéntrica de Aristarco? La invasión de Persia dirigida por el muy leído emperador Juliano tuvo problemas por su desco-

5 SHERK, R. K., «Roman Geographical Exploration and military maps», *ANRW* II 1, 1974, p. 536-537.

6 SHERK, R. K., *op. cit.*: «one can see that arma Romana and exploration went hand in hand. Not only did Roman arms pacify, unite and open up vast territories for geographical exploration, but also the Roman commanders were themselves often directly involved in the dissemination of the newly acquired facts» (p. 543).

7 Cf. HERMANSEN, G., «The Population of Imperial Rome: The Regionaries», *Historia* 27, 1978, p. 129-168.

8 Cf. ESTRABÓN I 1.17, donde enumera algunos de los mayores desastres militares sufridos por Roma diciendo que fueron debidos al desconocimiento del terreno.

9 SUTTON, Augustus 23: «Vare, Vare, legiones redde»; Cf. SYME, R., «Military Geography at Rome», *CA* 7 (2) 1988, p. 242.

nocimiento del terreno y por ello tuvieron que recurrir a los guías¹⁰. Muy correctamente habría podido decir que había cosas que no estaban en los libros. No todos los generales romanos tenían la instrucción de Juliano o de Gayo Julio César, pero la descripción que hizo el divino Julio de Galia y Germania fue la que se impuso entre historiadores y geógrafos. Es cierto que los romanos tuvieron que emplear a los autores griegos, pero también lo es que la geografía griega progresó gracias a los generales romanos, pues ellos tenían autopsia frente al saber erudito imperante entre los geógrafos de despacho.

Si la relación entre los militares y la geografía griega es problemática, no lo es menos la relación entre el imperialismo romano y la cartografía. Al igual que en griego, en latín no existió nunca una palabra específica para referirse al mapa¹¹ (*forma, situs depicti, itinerarium pictum*). Como ya hemos visto, se necesitaba de una capacidad de abstracción y de análisis que no todos los ciudadanos del mundo antiguo poseían o les estaba permitido tener: «...a Mecio Pomposiano, por haber nacido bajo una constelación que al decir de algunos, auguraba el Imperio, porque llevaba a todas partes con él un mapa del mundo (*depictus orbis terrae in membrana*) y los discursos de reyes y grandes capitanes» (SUETONIO, *Domiciano* 10.3. Cf. D. CASIO LXVII 12). Se trata de un texto que tiene que ser tomado *cum grano salis*, pues enumera las ejecuciones injustificadas cometidas durante el gobierno de Domiciano y, sin duda, buena parte de la información que nos aporta Suetonio puede haber sido exagerada para acrecentar la imagen de déspota del último representante de la dinastía Flavia, pero lo interesante es que la posesión de un mapa se considere como algo casi exclusivo de quienes detentan el poder¹². Es por eso que Domiciano cree tener motivos para ejecutar a Mecio Pomposiano, porque, como bien diría Estrabón, la geografía es el instrumento de quien gobierna. Esto queda patente en el elogio de Plinio el Joven a Trajano: «*Cognovisti per stipendia decem mores gentium, regionum situs, opportunitates locorum et diversam aquarum coelique temperiem*» (*Paneg., Train.*, 15.3).

Además, por extraño que pudiera resultar, no todos los militares sabían manejar un mapa. Es dudoso que los grandes generales helenísticos, desde Alejandro a Filopemen, antepusieran los mapas a la autopsia. No es casualidad, por lo tanto, que la primera mención a un mapa romano aparezca tardíamente en Tito Livio (XLI 28), donde se dice que Tiberio Sempronio Graco, tras derrotar al reducto de las tropas cartaginesas de Cerdeña (175-174 a.C.), dedicó una mesa en el templo de *Mater Matuta* que habría contenido una *forma* de Cerdeña¹³. El hecho de que este mapa se hubiese valido de imágenes alegóricas demuestra hasta qué punto los ciudadanos romanos tenían dificultades para entender una proyección cartográfica. Algo comprensible, pues carecían de la tradición secular griega. Poco a poco los romanos se acostumbraron a los mapas, como el de una *Italia Picta* en los muros del santuario de Tellus (FLORO I 19.2; VARRÓN, *Rerum Rusticarum* I 2.1). Algo semejante ocurrió con las campañas de Corbulón donde un *Situs depicti*, con la imagen añadida del Cáucaso, fue traído a Roma (PLINIO VI 40): «*En este punto se debe corregir un error cometido por muchos, incluso por aquellos que combatieron recientemente en Armenia con Corbulón. En efecto, ellos llamaron Caspias a las puertas de*

10 CHEVALLIER, R., *Voyages et déplacements dans l'Empire Romain*, París 1988, p. 48-50, diferentes textos sobre el empleo de guías por los romanos; Cf. JULIANO, *Ep.* 30, sobre el empleo de mapas por parte de este emperador romano.

11 MATTERN, S. P., *Rome and the Enemy: Imperial Strategy in the Principate*, Berkeley 1999, p. 41-42.

12 Cf. ARNAUD, P., «L'affaire Metius Pomposianus ou le crime de cartographie», *MEFRA* 95, 1983, p. 677-699.

13 *Forma* era una palabra empleada por los agrimensores para referirse a los mapas de gran escala. Cf. DILKE O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 148.

Iberia que dijimos que se llamaban Caucásicas, y los mapas dibujados y enviados desde allí llevan escrito este nombre». En todos estos casos las representaciones no parecen haber tenido valor militar y sí propagandístico.

Un ejemplo diferente es el que nos proporciona Propertio (IV 3. 37) cuando relata la historia de una mujer joven que siente la necesidad de seguir los pasos de su marido, un soldado romano, estudiando un mapa pintado (*tabula*): «*En las noches de invierno trabajo la rueca en tu ropa militar y en los vellones de púrpura cortados para tu manto; y aprendo por qué parte corre el Araxes que debes conquistar y cuantas millas puede correr sin beber un caballo pártico; también se me obliga a aprender de memoria el mundo trazado en un mapa, y la forma en la que lo ha distribuido la sabiduría divina: qué tierra se torna resbaladiza con el hielo, cuál se descompone por el calor, y qué viento favorece la travesía a Italia*». El hecho de que se tratase de una mujer, colectivo al que normalmente se le despojaba de la educación, podría volver a replantear hasta qué punto resultaba difícil comprender un mapa, pero no debe olvidarse que se trata de un poema, donde se mezclan actividades propias de una mujer, como la rueca, con otras que le son ajenas como la lectura de una carta geográfica. El mapa tiene un valor ambivalente en este texto: sirve para mostrar la distancia que separa a los dos amantes y, al mismo tiempo, es una prueba de amor por parte de la mujer hacia su esposo, ya que demuestra su devoción por él aprendiendo algo sumamente complejo.

El que el mapa del Imperio Romano sea representado según nuestras modernas representaciones cartográficas, puede llevarnos a creer que tenían una visión del espacio semejante a la nuestra. Nada más lejos de la realidad. Kai Brodersen ha defendido recientemente que los mapas grecorromanos eran muy diferentes de nuestros mapas actuales¹⁴. Los mapas antiguos, y en este grupo se incluyen los romanos, no tenían la obligación de estar repletos con informaciones y datos como los actuales. Así, un mosaico como el encontrado en Ammaedara (Tunicia) en el que se observan figuras como la de la diosa Venus, no es un mapa de viaje, sino una guía mitológica de *navigium Veneris*. En época de César, todavía se carecía de herramientas cartográficas idóneas para poder emprender la conquista de la Galia y de Britania. Hasta el punto de que para poder informarse sobre el terreno, César tuvo que leer los trabajos de autores griegos como Eratóstenes, Posidonio y Píteas. Los romanos tenían que depender de itinerarios o de su sentido de la orientación¹⁵.

Uno de los investigadores que más ha trabajado para demostrar que los antiguos tenían una visión completamente diferente de la cartografía es P. Janni. Este autor ha defendido que la concepción de la geografía en la antigüedad nunca fue cartográfica, sino hodológica, es decir, nunca multidimensional, sino dimensional, lineal, subjetiva e individual, a la manera de un periplo¹⁶. Un claro ejemplo puede encontrarse en el vocabulario de los historiadores y de los geógrafos cuando describen un territorio. Sobre todo los romanos, antes que los griegos, suelen utilizar palabras para explicar cómo la tierra o el litoral se inclina¹⁷ (*vergere*); se levanta (*oritur*); se extiende¹⁸ (*pertinet*); o choca¹⁹ (*inliditur*). ¿Habrían sido necesarias estas agucias lingüísticas

14 BRODERSEN, K., «Neue Entdeckungen zu antiken Karten», *Gymnasium* 108, 2001, p. 137-148.

15 BERTRAND, A. C., «Stumbling Through Gaul: Maps, Intelligence, and Caesar's Bellum Gallicum», *AHB* 11, 1997, p. 107-122.

16 JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 88.

17 CÉSAR, *De Bello Gallico* I 1.

18 CÉSAR, *De Bello Gallico* VI 25.

19 AMIANO MARCELINO XXII 8.1-4.



31. Vasos de Vicarello con el itinerario de Gades a Roma. Museo de la Villa Giulia.

si las obras de los eruditos latinos hubiesen estado acompañadas de mapas o si sus lectores hubiesen estado habituados a ellos?

En este sentido, las copas de Vicarello (fig. 31), un grupo de copas de plata del siglo I d.C dedicadas en *Aquae Apollinares* (Vicarello, cerca del lago Bracciano) hasta podrían ser consideradas un mapa²⁰, puesto que cada copa contiene una inscripción con el itinerario terrestre de Cádiz a Roma. En las mismas se recogen las distancias en millas y las postas. Incluso la forma de las copas se asemeja a los miliarios.

Paradójicamente, aunque los romanos no hayan pasado a la historia por ser mejores cartógrafos que los helenos, los únicos vestigios de los mapas del mundo grecorromano que han llegado hasta nosotros proceden de época imperial romana, como la Tabula Peutingeriana y los mapas de Claudio Ptolomeo. Sin embargo, ambos nos han llegado a través de copias hechas en el medioevo y no podemos saber hasta qué punto son fieles a los originales²¹.

Además de los mapas, a Roma también llegaron muchas de las esferas que se diseñaron en época helenística. Después de la caída de Siracusa en el 212 a.C., por Marcelo, varios de los globos terráqueos construidos por Arquímedes fueron llevados a Roma como botín de guerra. Siendo uno de ellos expuesto en el templo de la Virtud, en el que se mostraban todas las constelaciones. Otro de estos artefactos permaneció en manos del propio Marcelo (CICERÓN, *República* I 14.22). Al parecer pueden distinguirse tres modelos: la esfera entera, la esfera hueca o armilar y las esferas planetarias que permitían distinguir las orbitas de los planetas²². La única

20 HEURGON, J., «La date des gobelets de Vicarello», *REA* 54, 1952, p. 39-50.

21 Otros ejemplos secundarios serían el mapa del mar Negro encontrado en Dura Europos y el famoso mosaico de la iglesia de Madaba. Cf. DILKE, O. A. W., «Itineraries and Geographical Maps in the Early and Late Roman Empires», en *History of Cartography*, Chicago 1987, monedas (p. 245-246), mosaicos (p. 246-248), el escudo de Dura Europos (p. 249), y lámparas (p. 250).

22 ARNAUD, P., «L'image du globe dans le monde romain», *MEFRA* 96, 1984, p. 60.

esfera celeste que se ha conservado es la del Atlas Farnese, cuya datación es complicada. Gracias a estos ingenios, la imagen esférica de la tierra fue conocida y aceptada por la mayoría de los ciudadanos romanos. A diferencia de lo que ocurría en época clásica, no era necesario luchar contra otras concepciones del mundo, como la homérica, por lo que la esfericidad de la tierra siempre fue un punto de partida de todos los geógrafos y autores romanos, salvando excepciones como las de Lucrecio (*De rerum Natura* I 1052-67), que negaba que existiera un centro del mundo: «*En este punto, Memio, procura en gran manera no dar crédito a eso que dicen: que todas las cosas descansan sobre el centro del conjunto, y que, por tanto, el ser del mundo se sostiene sin ningún empuje externo y hacia ningún lado pueden separarse ni las partes altas ni las bajas, ya que todas ellas se apoyan en el centro (si crees que algo puede estribar sin más sobre sí mismo), y que las masas que hay de la tierra abajo empujan todas hacia arriba y al revés descansan puestas sobre tierra, como las imágenes que ahora vemos reflejadas en las aguas; y por razonamiento semejante defienden que los animales vagabundean panza arriba sin que acaso desde tierra caigan atrás hacia las bajuras del cielo, ni más ni menos que si pudieran nuestros cuerpos a capricho volar hasta la bóveda celeste*». No obstante, hay una explicación sencilla por la que tanto Lucrecio como los epicúreos negaban que la tierra fuese esférica, pues de no hacerlo no podrían explicar la caída de los átomos en el hemisferio sur. Por lo tanto, su negativa es fruto de la necesidad y no de una certeza.

La geografía romana, a diferencia de en Grecia, no tuvo en sus inicios una faceta literaria, sino práctica, al estar preocupada de la delimitación de las superficies y de los límites. Estaba destinada a ayudar a gobernar un vasto territorio desde un núcleo centralizado. Por este motivo, y a diferencia de en Grecia, existió una única medición, la milla Romana, de 5000 pies equivalentes a unos 1481m. Lo mismo ocurre con la cartografía. Los mapas griegos estaban imbuidos de geometría, pero también fueron las primeras representaciones espaciales que quisieron incluir en su interior a toda la humanidad. Es este carácter universal lo que diferencia la cartografía griega de la de otros pueblos. Los romanos heredaron su cartografía, pero puesto que para ellos su Imperio era en sí mismo el mundo entero, los mapas eran ecuménicos cuando mostraban la totalidad del Imperio y quedaban reducidos a representaciones regionales cuando sólo aparecía una parte.

Aún así, no deja de ser significativo la escasa proliferación de mapas en Roma si lo comparamos con otros imperios como el chino²³, y más si tenemos en cuenta que muchas de las decisiones de gran importancia que se tomaron en la extensa vida de este Imperio se hicieron siguiendo criterios geográficos heredados del helenismo²⁴. Conocer y comprender las pautas y fases del Imperialismo romano comporta entender el conocimiento del espacio que tuvieron los romanos. Sólo así podemos vislumbrar por qué algunas zonas tardaron mucho en ser conquistadas y por qué otras nunca lo fueron.

No es de extrañar que los itinerarios tuviesen un mayor florecimiento en la historia romana

23 TALBERT, R., «Review of Greek and roman maps», *JRS* 77, 1987, p. 210-212; BOORSTIN, D., *Los descubridores: I. El tiempo y la geografía*, Barcelona, Mondadori 1986: «Los mapas (chinos) se hicieron tan populares que podían ser encontrados hasta en los baños imperiales» (p. 121).

24 MOYNIHAN, R., «Geographical Mythology and Roman Imperial Ideology», en *The Age of Augustus*, Providence 1985, p. 149-162, señala que una *conditio sine qua non* de una ideología de dominación mundial es la creencia en que el mundo es mucho más pequeño de lo que es en realidad. Muchas de las decisiones que Roma tomó para administrar y proteger su imperio se apoyaron en sus erróneas concepciones geográficas, que, anteriormente, habían tenido los griegos; PURCELL, N., «The Creation of Provincial Landscape: The Roman Impact on Cisalpine Gaul», en *The Early Roman Empire in the West*, Oxford 1990, p. 8.

que los mapas, al ser más prácticos para el movimiento de tropas y personas. En palabras de Vegecio (III 6), los generales podían valerse de itinerarios adornados con las imágenes de ríos y montes. De tal modo, que no se conocía solamente las distancias, sino también la orografía²⁵.

Después de lo visto no parece razonable examinar de forma categórica la relación de Roma con la cartografía, pues no fue la misma a lo largo de su historia. Desde sus primeros inicios hasta su desarrollo en el Principado, había transcurrido un largo período de tiempo en el que la civilización griega fue asimilada por los miembros más cultos de esta sociedad. Aún así, es válido hablar de la existencia de un mapa mental básico en el ciudadano medio romano, creado por las imágenes evocadas por la tradición literaria griega, un mapa mental en el que se podían encontrar nociones como la forma esférica de la tierra, sus límites y la imagen del Océano que envolvía toda la tierra habitada. Los autores latinos que celebraban que Roma era un Imperio universal, añadieron un nuevo matiz, la identificación del Imperio Romano y la *oikoumene*.

LAS CALZADAS Y RUTAS ROMANAS

«...han construido tantas calzadas. Cada una de ellas ha marcado una etapa de la conquista, tanto en Italia como fuera de ella» (P. GRIMAL, *Alma romana*).

Las ciudades fueron el corazón del Imperio Romano tanto en el orden económico y político, como administrativo o militar. Por eso, desde muy pronto, fue una prioridad de las autoridades romanas el crear una red viaria que permitiese unir entre sí las principales urbes y, sobre todo, éstas con Roma (fig. 32). La más antigua de ellas fue la vía Apia, construida en el 312 a.C., en plena República²⁶. Desde fecha muy temprana las vías romanas estuvieron controladas por el estado romano. Como refleja Plutarco (*Tiberio y Cayo Graco* 28) las autoridades romanas eran las encargadas de supervisar su construcción: «*Su principal cuidado lo puso en los caminos, atendiendo en su fábrica a la utilidad al mismo tiempo que a la comodidad y buena vista; porque eran muy rectos, atravesando el terreno sin vueltas ni rodeos. El fundamento era de piedra labrada, que se unía y macizaba con guijo. Los barrancos y precipicios excavados por los arroyos, se igualaban y juntaban a lo llano por medio de puentes: la altura era la misma por todo él de uno y otro lado, y estos siempre paralelos, de manera que el todo de la obra hacía una vista uniforme y hermosa. Además de esto, todo el camino estaba medido, y al fin de cada milla (medida que viene a ser de ocho estadios poco menos) puso una columna de piedra que sirviera de señal a los viajeros. Fijó además otras piedras a los lados del camino, a corta distancia unas de otras, para que los que iban a caballo pudieran montar desde ellas, sin tener que aguardar a que hubiera quien les ayudase*».

Las calzadas romanas respondieron a distintas necesidades: militares, económicas, religiosas, etc, pero lo interesante de ellas es que estuvieron íntimamente unidas a la expansión romana. Otros imperios, como el persa, tuvieron con anterioridad una red viaria lo suficientemente compleja para articular y comunicar los distintos núcleos del Imperio. Sin embargo, las calzadas

25 SALWAY, B., «Travel, Itineraria and Tabellaria», en *Travel and Geography in the Roman Empire*, Nueva York, Routledge 2001, p. 31; HÄNGER, Ch., *Die Welt im Kopf. Raumbilder und Strategie im Römischen Kaiserreich*, Friburgo 1998, p. 96.

26 Cf. MILLER, K., *Itineraria Romana. Römische reisewege an der hand der Tabula Peutingeriana*, Roma 1964; CHEVALLIER, R., *Les voies romaines*, París 1972.



32. Mapa de las calzadas romanas.

romanas no sólo cubrieron una extensión de terreno mucho mayor que la vía real persa, sino que tuvo una mayor perpetuación en el tiempo.

Todavía hoy en día muchos de los tramos de la red europea de carreteras tienen en su trazado algún trecho que pertenecía a las antiguas calzadas romanas. La razón reside en el amplio dominio de la ingeniería que tuvieron los romanos, que les permitió salvar cualquier obstáculo geográfico que se les pusiera por delante.

La red pública de comunicaciones, conocida como el *cursus publicus*, no fue denominada de esta forma hasta el siglo IV, pero sabemos que su creador fue Augusto:

«Estableció también en todos los caminos militares, y a cortas distancias, jóvenes correos, y después carros, para que se le informase pronto de lo que aconteciese en provincias; y además de la ventaja que él buscó en esta determinación, hoy se tiene la de poder, cuando lo exigen las circunstancias, recibir prontas noticias por los que llevan las cartas de una parte del Imperio a otra» (SUETONIO, Augusto 49.3).

El objetivo de la creación del *cursus publicus* queda perfectamente reflejado por el texto citado: conocer qué es lo que ocurre en cada provincia y actuar rápidamente con el envío de mensajeros o de tropas. De hecho, los itinerarios se organizaban sobre las vías militares²⁷. Había dos tipos de sistemas. En el primero se recurría a jóvenes corredores y en el segundo se recurría

27 SILLIÈRES, P., «Voies romaines et contrôle de L'Hispanie à l'époque républicaine», en *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Universidad de León 2003, p. 25-40.

a *vehicula*, transportes tirados por animales. Los viajeros a pie eran muchos, por lo costoso que resultaba el transporte terrestre. A tenor de lo que nos dice Galeno, era la forma que recomendaban los médicos para mantener la salud²⁸.

El *cursus publicus* estuvo bajo la autoridad del prefecto del pretorio y de los gobernadores y estaba lleno de *mutationes* y *mansiones*, lugares donde se podía cambiar de montura o descansar. No debe pensarse que un viajero, independientemente de que fuese a pie o a caballo, tenía que parar en cada una de las paradas de este sistema de postas. Un ejemplo lo obtenemos del viaje que hizo Horacio (*Sátiras* I 5) de Roma a Brindisi, en el que él y su sequito recorrieron a diario unos 18km.

Gracias a este sistema de paradas en tiempos de Alejandro Severo se podía estimar con gran precisión las jornadas de un viaje y cuándo y dónde se iba a descansar: «*Se silenciaban los secretos sobre las tácticas bélicas, aunque se anunciaban públicamente los días de marcha, de tal manera que, dos meses antes de la campaña, hacía colgar un edicto en el que se decía: «Saldré de la Ciudad tal día y a tal hora y, si es deseo de los dioses, pernoctaré en la primera posada de la etapa».* Después se enumeraban las otras posadas, a continuación los lugares de acampada, luego los puntos de aprovisionamiento, y esto hasta cuando se llegaba a las fronteras de los bárbaros. Y ya, a partir de allí, se observaba silencio y todos caminaban sin rumbo fijo para que los bárbaros no conocieran la disposición de las tropas romanas» (HISTORIA AUGUSTA, Alejandro Severo 45.2-3).

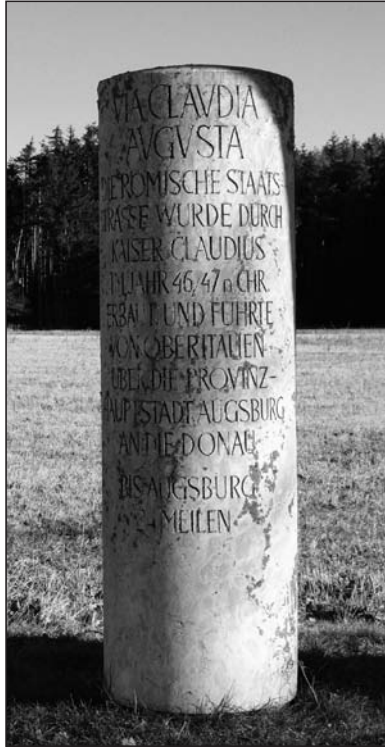
De las dos ramas del *cursus publicus* la principal era el *cursus velox* que facilitaba a los mensajeros y a los agentes del gobierno moverse rápidamente, mientras que en el *cursus clabularis* se desplazaban los transportes pesados. La prosperidad o la decadencia del Imperio estuvieron unidas al control de estos caminos²⁹. Bajo los Severos el servicio postal no fue controlado por los militares o por el estado, sino por civiles.

Las calzadas constituyeron un auténtico mapa, ya que cada cierta distancia había una posada, o mansión, construida junto a la carretera para albergar a los viajeros. Los edificios que pululaban periódicamente alrededor de la calzada permitían al caminante estimar la distancia recorrida. Sin embargo, para esta labor resultaban mucho más útil los miliarios (fig. 33), que eran columnas cilíndricas que se colocaban junto a las calzadas romanas y que indicaba la distancia en millas romanas desde ese punto a la ciudad de Roma. El propio Augusto colocaría el *miliarium aureum* (TÁCITO, *Historias* I 27) el kilómetro cero de esta extensa red viaria (PLUTARCO, *Galba* 24.4; SÜETONIO, *Otón* 6.2), al igual que más tarde haría Constantino depositando el Milion en Constantinopla.

De este modo, y por primera vez en la antigüedad grecorromana, un individuo podía conocer la distancia exacta desde el lugar donde se encontraba un miliario hasta la ciudad de Roma. Los conceptos de centro y periferia, que habían estado inmersos en la geografía griega desde sus inicios, quedaban ahora plasmados en la forma de dividir, administrar y entender el espacio por parte del hombre romano. En consecuencia, el universo romano era claramente definido por un centro, que no era otro que la ciudad de Roma, *caput mundi*, el núcleo desde el que se administraba y gobernaba el mundo. Todo cuanto quedaba fuera del área de acción de ese núcleo sencillamente no existía.

28 GALENO, *De simplicium medicamentorum temperamentis* 9.

29 Cf. RUTILIO NAMACIANO, *De redito suo* I 39-42: «*Es preferible confiar las velas a la incertidumbre del mar, ya que la campiña etrusca y los muros de contención de la Vía Aurelia han estado sufriendo a hierro y fuego las hordas de los getas, e incluso los bosques carecen de casas de posta y los ríos de puentes*».



33. Miliario de la Via Claudia Augusta (Alemania).

EXPLORACIONES ROMANAS

«Los romanos, aunque rezagados, no estuvieron desfasados con estos descubrimientos» (CL. NICOLET).

Si bien es cierto que la geografía fue en sus inicios una disciplina practicada, casi exclusivamente, por los griegos, también lo es que los romanos del Principado contribuyeron con sus exploraciones al conocimiento del ser humano de la superficie terrestre. Los ejemplos son muy numerosos: 1) Décimo Junio Bruto, llamado el Galáico (OVIDIO, *Fastos* VI, 461-462), tras su campaña triunfal en Galicia, atravesó la Costa da Morte hasta el lugar donde el Sol se ponía³⁰ (Finisterre) y el río del Olvido³¹ (Miño?); 2) Sertorio en el verano 81 a.C., acompañado por piratas cilicios, realizó un periplo desde Ebusus (Ibiza) hasta la costa de Mauritania, que le

30 FLORO I 33.12: «*Décimo Bruto, recorrida toda la costa del Océano como vencedor, un poco más allá de los Célticos y Lusitanos y los pueblos de toda Gallaecia, y el río del Olvido, pánico de los soldados, no retiró sus estandartes antes de descubrir, no sin cierto miedo y horror de sacrilegio, el sol que cae en el mar y el fuego surgió del agua.*»

31 PLUTARCO, *Cuestiones romanas* 34; SILIO ITÁLICO, *Púnica* I 235-6; PLINIO IV 115; APIANO, *Iberia* 73-4; ESTRABÓN III 3.4-5.

llevó a avistar las Islas Afortunadas³² (Islas Canarias). Su clima resultó tan beatífico que fueron identificadas por Sertorio y sus hombres con los Campos Elíseos de los que hablaba Homero; 3) Las campañas de Pompeyo supusieron el descubrimiento de Judea, Georgia y el Cáucaso (PLUTARCO, *Pompeyo* 34-6), que Teófanos de Mitilene se encargó de testimoniar en su obra³³, siguiendo muy de cerca las teorías de Policlito sobre el mar Caspio (ESTRABÓN XI 2.2) y la laguna Meótide³⁴. A su regreso a Roma proclamó que había extendido las fronteras del Imperio hasta los límites de la tierra (DIODORO XL 4); 4) César contribuyó con su *Bellum Gallicum* a un mejor conocimiento de Britania, Germania y la Galia. Sobre Julio César dijo Virgilio en su *Eneida* I (286-88) que: «*Con el que el Imperio se extiende hasta el Océano y la gloria hasta los astros*»; 5) Germánico navegó por el mar del norte y capturó la isla de Burcana³⁵; 6) Elio Galo fue acompañado por Estrabón al remontar el curso del Nilo hasta Siene y la frontera de Etiopía, cuando era el gobernador de Egipto (ESTRABÓN II 5.12). También fue el primer romano en entrar en la Arabia *Felix* (FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías* XV 317; PLINIO VI 160; D. CASIO LIII 29). Estrabón cuenta que estableció buenas relaciones con los árabes y que exploró la región (ESTRABÓN XVI 4.22). La riqueza del país en gemas y especias, así como las penurias que pasaron los soldados de E. Galo por el calor, el hambre, la sed, la traición de los guías o enfermedades como el escorbuto³⁶. La expedición serviría para encontrar un remedio contra las picaduras de los escorpiones y la mordedura de las serpientes (GALENO XIV 189; 203), que a su vuelta a Roma habría revelado personalmente a Augusto; 7) C. Petronio penetró en Etiopía (PLINIO VI 181); 8) L. Cornelio Balbo lideró una expedición al Sahara a casi 500 millas al sur de Trípoli (PLINIO V 36-38): «*Garama (Djerma), capital de los garamantes, todas vencidas por las armas romanas y por las que Cornelio Balbo consiguió el triunfo, siendo el único extranjero de todos galardonado con el carro y con el derecho de los quirites*». Un poco más tarde, en tiempos del emperador Vespasiano, Valerio Festo descubrió una ruta cuatro días más corta hasta el territorio de los garamantes; 9) G. César, el heredero de Augusto, murió cuando iba a realizar una expedición a Arabia (PLINIO XII 56), encontrando antes los restos de barcos procedentes de Hispania que habían circunnavegado África (PLINIO II 168); 10) Vespasiano en Britania (SUETONIO, *Vespasiano* 4) escribió unas memorias donde se recogía información sobre la zona; 11) Cn. Domicio Corbulón, en tiempos de Nerón, escribió también unas memorias sobre sus campañas contra los partos (PLINIO VI 23; 40); 12) C. Suetonio Paulino antes de ser gobernador de Britania lo fue de Mauritania, lo que le permitió realizar una expedición a la

32 PLUTARCO, *Sertorio* 7.3-4; Cf. GARCÍA MORÁ, F., «El Periplo Sertoriano», en *Actas del II congreso internacional el Estrecho de Gibraltar*, Ceuta 1995, p. 197-210; SALINAS DE FRÍAS, M., «Geografía real y ficticia en la epopeya sertoriana», en *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*, CRUZ ANDREOTTI, G., LE ROUX, P., MORET, P., eds., Málaga-Madrid, 2007, p. 153-174; MEDEROS MARTÍN, A., «El periplo insular y continental norteafricano de Sertorio (80-81)», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 99-116, niega que se tratase de una navegación fortuita como dice Plutarco, sino que se produjo en un intento de controlar los estrechos para evitar que tropas de Sila llegasen a la península.

33 GOLD, B. K., «Pompey and Theophanes of Mytilene», *AJPh* 106, 1985, p. 320; LÓPEZ FÉREZ, J. A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 940.

34 PLINIO II 168; VII 97; DIODORO XL 4; ELIO ARÍSTIDES, *Or.*, 26, 28.

35 PLINIO IV 97; ESTRABÓN III 4.1; SÉNECA, *Suasoria* I 15; BRACCESI, L., *Alessandro e la Germania: riflessioni sulla geografia romana di conquista*, Roma 1991, p. 27-64; ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, p. 140-149.

36 Cf. JAMESON, S., «Chronology of the campaigns of the Aelius Gallus and C. Petronius», *JRS* 58, 1968, p. 71-84; MAYERSON, P., «Aelius Gallus at Cleopatra (Suez) and on the Red Sea», *GRBS* 36 (1) 1995, p. 17-24.

cordillera del Atlas (PLINIO V 14-15); 13) Con Nerón también los pretorianos fueron enviados en una expedición a Etiopía³⁷; 14) Trajano contó con un agrimensor, Balbo³⁸, en su campaña militar en Dacia. Al término de la misma habría escrito un tratado de agrimensura dedicado a su maestro, Celso, en el que se recogían toda una serie de principios geométricos necesarios para la formación del agrimensor; 15) F. Arriano cuando fue gobernador de la Capadocia realizó un periplo por el mar Negro (ARRIANO, *Periplo* 6; 10); 16) Después de su victoria final en Britania, Agrícola exploró las islas Shetlands (TÁCITO, *Agric.*, XXXVIII 10); 17) Durante el reinado de Augusto se exploraron las fuentes del Danubio (ESTRABÓN VII 3.13); 18) Septimio Flaco, el propretor de Numidia, en tiempos de Vespasiano, dirigió una expedición en la zona de la Tripolitana en Garama³⁹. 19) En tiempos del emperador Domiciano, Julio Materno encabezó una expedición al territorio de los garamantes con el objetivo de encontrar fieras para el circo o bien marfiles con los que comerciar. Después se dirigió hacia el sur durante varios meses, descubriendo el misterioso país de Agisimba⁴⁰, rico en fieras.

Todos estos ejemplos reflejarían que los viajes de exploración no se detuvieron en el Imperio Romano⁴¹. Aunque, en algunos lugares como Germania, la expansión militar se mostró totalmente ineficaz tras el desastre de Teutoburgo⁴² (9 d.C.). De hecho, muchos romanos pensaron que esta región era más pequeña que Italia (PLINIO IV 98 Germania; III 43-44 Italia). Pese a todo, fueron muchos los territorios que se quedaron sin explorar por los romanos. Para ellos, al igual que para los griegos, Europa siguió siendo mayor que Asia (PLINIO VI 208-210). Nunca navegaron más allá del Promontorio de los Cimbrios (Dinamarca); nunca tuvieron constancia alguna de la existencia de la extensa Rusia; pensaron que Escandinavia (Codanovia) era una isla; no exploraron el norte del mar Caspio; no se exploró el interior de África por la creencia de que más allá del ecuador no había vida por el calor extremo⁴³; nunca tuvieron una imagen que no estuviese marcada por el mito de China⁴⁴ y siguieron creyendo que la India y Taprobane eran las regiones más orientales de la tierra. Roma conquistó prácticamente la totalidad del mundo conocido por los griegos, pero no fue capaz de ampliarlo. Aunque bien habrían podido decir en su defensa que no hacían más que confiar en los peligrosos dones de los griegos.

37 PLINIO VI 181: «*Lo cierto es que hace poco tiempo, unos soldados pretorianos enviados junto con un tribuno para explorar la zona, dieron noticia de estos pasajes deshabitados al emperador Nerón, que planeaba, entre otras guerras, también una contra los etíopes*»; SÉNECA, *Cuestiones Naturales* VI 8: «*He oído decir a dos centuriones que Nerón César, apasionado por todas las cosas bellas y especialmente por la verdad, mandó a buscar las fuentes del Nilo; que habiendo recorrido largo camino, favorecidos por el Rey de la Etiopía y recomendados a los reyes inmediatos, quisieron penetrar más y llegaron a inmensos pantanos*».

38 PANIAGUA AGUILAR, D., *El panorama literario técnico-científico en Roma (siglos I-II D.C.)*, «*Et docere et delectare*», Salamanca 2006, p. 62-63.

39 PTOLOMEO I 8: «*Habiendo realizado varias campañas a partir de Libia, llegó al país de los garamantes entre los etíopes después de tres meses de camino en dirección mediodía*».

40 Se ubica en una zona cercana al Oasis de Asben y el lago Tchad. Cf. PTOLOMEO I 8.

41 SHERK, R. K., *op. cit.*, p. 537-543; NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Michigan 1991, p. 85-94.

42 Cf. GABBA, E., «*Le strategie militari, le frontiere imperiali*», en *Storia di Roma IV. Caratteri e morfologie*, Einaudi, Turín 1989, p. 487-513; 500ss; LUTTWAK, E. N., *The grand strategy of the Roman Empire*, Baltimore 1976, p. 50, sostiene que Augusto y los demás emperadores romanos pueden haber desechado la posibilidad de conquistar Germania y los territorios que se encontraban al norte de la misma, ante la suposición de que Europa era mucho más pequeña de lo que realmente era.

43 ESTRABÓN XVII 3.1; PLINIO VI 196.

44 FERGUSON, J., «*China and Rome*», *ANRW* II 9.2, 1978, p. 582-585.

CONCLUSIÓN

Todas las circunstancias se dieron para que en el Imperio Romano se produjese un progreso significativo en la forma de entender el espacio y de practicar la geografía tras una nueva ampliación del mundo conocido⁴⁵. Las lejanas tierras de occidente se convirtieron en provincias romanas y lugares como la Galia, Hispania o Britania, que tradicionalmente eran consideradas los confines del mundo, fueron gobernadas por los estadistas latinos. El mundo fue medido desde Roma hasta sus confines gracias a las calzadas y a los miliarios. En suma, la imagen que tendrían que haber tenido los romanos de la tierra tuvo que haber sido mucho más realista que la de los griegos⁴⁶.

Sin embargo, se puede observar que no sólo se repitieron viejos *tópoi* de la tradición, sino que además no se consiguió alcanzar los logros de la etapa anterior con Eratóstenes, Hiparco o Aristarco. El modelo de la escuela de Alejandría tuvo poco calado en el mundo romano. De no ser por Estrabón o Claudio Ptolomeo se habría perdido prácticamente todo vestigio de esta forma de hacer geografía. La extraña convivencia entre lo racional y lo irracional que se había producido en el mundo helenístico parece haberse decantado a favor del último⁴⁷. Los relatos paradoxográficos y fabulosos ni desaparecieron ni fueron desterrados de la *oikoumene*⁴⁸. Aulo Gelio (*NA IX 4*) se quejaba de que la mayoría de libros que se podían encontrar en las librerías del puerto de Brindisi eran de naturaleza paradoxográfica y no histórica.

Si bien, es cierto que si Homero hubiera nacido bajo la égida del Imperio Romano nunca habría situado el hogar de Polifemo en el Mediterráneo, poco sentido tendría colocar algo extraordinario en un espacio común, pues como hemos visto lo asombroso requiere un espacio igualmente diferente y el Mediterráneo, mar llamado por los romanos *Mare nostrum*, podía ser cualquier cosa menos un lugar desconocido para los hombres del Principado⁴⁹. Lo exótico continuó habitando en muchos viejos lugares donde lo habían recluso los griegos, pero tenía más posibilidades de pervivir si era trasladado a otros nuevos como Germania (PLINIO IV 95; P. MELA III 56, seres fantásticos del norte de Germania), Hispania (ESTRABÓN III 1.5, puesta de Sol en Lusitania; 5.4, isla de Erytheia; 5.10, árboles de Gades; MELA II 126, serpientes de Colubraria, Formentera) o Britania (Cf. PLUTARCO, *Moralía* 420a, dice que Cronos residía en Britania). Hecho aún más sorprendente si tenemos en cuenta que a Roma, principalmente por razones económicas, le interesaba tener el más completo panorama geográfico que se podía tener de las regiones conquistadas⁵⁰.

¿Por qué no se produjo una verdadera ruptura en esta materia? ¿Por qué no desafiaron lo dicho por los *graeculi*? Una razón era que el imaginario colectivo romano seguía demandando, al igual que lo había hecho con anterioridad la sociedad clásica y helenística, paraísos perdidos, pues la disconformidad del hombre con su tiempo es un elemento común de todas las socieda-

45 Cf. CHEVALLIER, R., *Voyages et Déplacements dans l'Empire Romain*, París 1988, p. 345.

46 FRÉNEAUX, R., «Géographie Cicéronienne: La notion d'Océanus dans les *Discours*», en *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges à R. Dion*, París 1974, p. 140-141.

47 Cf. DODDS, E. R., *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza 1994, p. 221-249.

48 Cf. GABBA, E., «True History and False History in Classical Antiquity», *JRS* 71, 1981, p. 53-55.

49 PLINIO VII 13-4, quien tiene que reconocer que muchos de los seres maravillosos que habitaban las regiones del Helesponto y África se habían extinguido en su época. Cf. ESTRABÓN I 2.9, Lestrigones y Cíclopes.

50 RIESTRA RODRÍGUEZ, J. L., *La concepción geográfica de C. C. Tácito*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid 1985, p. XIII.

des y de todas las épocas⁵¹. Es cierto que podemos encontrar pasajes en los autores latinos que ponen en duda lo dicho por la tradición griega (P. MELA I 6.55; TÁCITO, *Germania* I 45.1; Q. CURCIO IX 1.34). A primera vista podríamos pensar que estos comentarios reflejarían las dificultades de una cultura como la romana para digerir todo lo dicho por los autores helenos, pero no estaban haciendo más que repetir las mismas quejas que podían leerse en los textos griegos sobre su propia cultura. No hay que olvidar que Roma ya estaba bastante helenizada antes incluso de que se conquistase Grecia, siendo definida por Heráclides Póntico, en el siglo IV a.C., como una ciudad griega (PLUTARCO, *Camilo* 22). En consecuencia, los romanos no eliminaron la fantasía de los relatos griegos de sus historias, la mantuvieron en los mismos lugares o simplemente la trasladaron a los confines del imperio, y si hicieron esto fue para conservar un elemento que les resultaba tremendamente útil para definir su identidad como colectivo⁵².

Ahora bien, no hay que ir demasiado lejos a la hora de valorar el grado de helenización de la sociedad romana, pues no hay que olvidar que algunas costumbres romanas, ajenas por completo al mundo de las civilizadas *póleis*, como los sacrificios humanos, no fueron prohibidas en Roma hasta el siglo I a.C. (PLINIO XXX 12). La escasa extensión de la cartografía entre las masas romanas durante la República sería otro ejemplo. Las élites latinas comenzaron a flirtear con el helenismo desde fecha muy temprana, siendo el círculo de los Escipiones uno de sus máximos exponentes de filohelenismo y la persona de Catón su mayor adversario (PLUTARCO, *Catón* 12.5). La anécdota ya contada de Mumio con la pintura de Arístides, las expulsiones de los filósofos griegos de Roma (ATENEO XII 547A) o el incorrecto griego de L. Postumio Megelo, que provocó la hilaridad de los helenos y contribuyó a la guerra con Tarento (D. HALICARNASO XIX 5; APIANO, *Samn.* 7) reflejan los límites de la helenización romana. Roma siguió mostrando rasgos inequívocos de su propio etnocentrismo que se veía reforzado por su situación de poder. Los romanos, como dice Momigliano, tuvieron la opción de limitarse a emplear a los griegos y no aprender su idioma⁵³. Lo propio del romano era gobernar, como muy bien reflejaba Virgilio (*Eneida* VI 847-53) y dejar a los griegos que sobresaliesen en sus artes específicas:

*«Labrarán otros con más gracia bronce animados,
no lo dudo sacarán rostros vivos del mármol,
dirán mejor sus discursos, y los caminos del cielo
trazarán con su compás y describirán el orto de los astros:
tú, romano, piensa en gobernar bajo tu poder a los pueblos,
éstas serán tus artes y a la paz ponerle normas,
perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios».*

En cambio, los helenoparlantes, en su mayoría, parecen haber optado por ignorar el latín (PLUTARCO, *Pirro* 18; *Demóstenes* 2.2; AULO GELIO, *NA* VI 14.9; VALERIO MÁXIMO II 2.2-3). Lo que demuestra que desde un punto de vista cultural eran más los romanos que se

51 VALLEJO GIRVÉS, M., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 309-310.

52 Cf. RACINE, F., *Monsters at the Edges of the World: Geography and Rhetoric under the Roman Empire*, Tesis doctoral, University of McGill, Montreal 2003, cree que el bestiario heleno servía para definir la identidad romana por medio de *exempla* antitéticos.

53 Cf. MOMIGLIANO, A., *La sabiduría de los bárbaros: Los límites de la helenización*, Méjico, FCE 1999, p. 26.

habían visto afectados por el contacto con el helenismo, que los griegos que habían descubierto la cultura latina, pese a las reafirmaciones culturales propias de orgullosos conquistadores (JUVENAL, *Sátiras* III 76; PLINIO V 9; T. LIVIO IX 18.6).

El proceso de helenización se incrementó durante las guerras púnicas y se disparó durante la conquista de Grecia. T. Q. Flaminio pudo conquistar a los griegos tanto por el poder de sus legiones como por ser «griego en la voz y en el idioma» (PLUTARCO, *Flaminio* 5: «φωνήν τε καὶ διάλεκτον Ἑλληνι»). P. Licinio Craso Dives Muciano, siendo cónsul en el 131 a.C., pudo responder hasta en cinco dialectos diferentes a los solicitantes helenos (V. MÁXIMO VIII 7.6; QUINTILIANO, *Inst. Orat.*, XI 2.50). Los griegos eran menos reticentes a ser gobernados si se les daban órdenes en su idioma⁵⁴. Había que someterse primero al helenismo para poder hacer lo propio con sus habitantes. Después de ese momento, Grecia se convirtió para los romanos en algo semejante a la Italia del XVIII y XIX para los intelectuales ingleses. Las élites romanas viajaban a Atenas, en un antecedente del *Grand Tour* para empaparse de cultura⁵⁵. Los viajeros que recorrían sus calles podían decir a semejanza de Cicerón (*De finibus* 5.1): «No hay fin para esto en Atenas; doquiera que pongamos el pie, tropezamos con un trozo de historia». Si la historia es lo que define tanto a los individuos como a los colectivos, es muy sugerente que Cicerón pueda reconocerla e incluso entusiasmarse con ella fuera de Roma, incluso fuera de Italia. Un bello texto que manifiesta hasta qué punto las minorías rectoras de Roma se identificaban con el helenismo, y eso sólo fue posible porque la cultura griega pudo rebasar sus fronteras al tomar forma escrita.

Una civilización no puede revisar radicalmente una tradición que no le es ajena por completo. Horacio (*Epístolas* II 1.156) retrató muy bien el proceso de helenización con su célebre: «*Graecia capta ferum victorem cepit*» («tomada Grecia fue el vencedor vencido»). No obstante, como había dicho Dionisio de Halicarnaso, Roma era *hellenis pólis* y custodia *ab antiquo* de la más genuina helenidad⁵⁶. De la misma opinión era Elio Arístides: «Pasáis la vida cuidando de los griegos como se hace con los ayos, extendiendo por encima las manos y levantando a quienes yacen muertos, dejando ir como libres y autónomos a los mejores de ellos y a los que en otro tiempo fueron sus caudillos, pero guiando a los restantes con comedimiento y con mucha consideración y prudencia» (96). Esto implicaba que para cuando la extensión del helenismo hubiese alcanzado su cenit, en el llamado por Gibbon «*el veranillo de los Antoninos*», Roma tendría que hacer frente a las mismas necesidades que tuvo en su momento la sociedad helenística con recursos más gastados e inservibles. Esto implicaba que la cosmovisión siguiese siendo esencialmente helena. Estrabón así lo reflejaba cuando decía:

«Los escritores romanos siguen a los griegos; todo lo que dicen lo toman de los griegos; no aportan de sí mismos ninguna verdadera curiosidad. Resulta así que, si los historiadores griegos faltan, los otros no ofrecen grandes recursos para colmar la laguna» (ESTRABÓN III 4.19).

54 FILOSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* V 36: «Los que hablen griego deben mandar sobre los griegos».

55 SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro*, Barcelona, Crítica 2001, p. 413

56 HIDALGO DE LA VEGA, M. J., «Roma protectora del helenismo: El poder de la identidad», en *La construcción ideológica de la ciudadanía. Identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo*, Madrid 2006, p. 423-448, quien defiende que los conceptos de romanidad y helenidad no fueron inmutables y que frecuentemente interactuaron entre sí.

¿Por qué iban a tener que aportar algo nuevo a la tradición que habían heredado? ¿Cómo revisar con crítica pura lo que les era y no les era ajeno? Al igual que los hombres del mundo helenístico, ¡un mundo al que la propia Roma pertenecía!, los romanos no pudieron revisar radicalmente la tradición griega por razones idénticas a las que tuvieron las dinastías helenísticas. Más que una carencia mental respecto a los helenos, fue su enorme dependencia respecto a los mismos lo que explica que los logros de los romanos no sobrepasaran los de las generaciones anteriores. Y con ello se producía una nueva fase en el estancamiento de la ciencia antigua.

9. IMPERIO Y CARTOGRAFÍA EN LA ÉPOCA IMPERIAL ROMANA: *ORBIS ROMANUM ET ORBIS TERRARUM*

«Rómulo, saciado de la leche bajo el rubio manto de su nodriza la loba, prolongará la raza de Eneas, fundará la ciudad de Marte y llamará a los romanos por su nombre. No pongo límites ni a su poderío ni a su duración, les he dado un imperio ilimitado»
(VIRGILIO, *Eneida* I 274-278).

EL MAPA DE CÉSAR

A lo largo del siglo II y I a. C., la muchedumbre que poblaba la urbe de Roma vio numerosas manifestaciones públicas que conmemoraban las conquistas romanas. La más común de todas ellas fue el *triumfum*¹. En interés de su propia gloria los generales romanos que obtuvieron los triunfos recurrieron a varios recursos para que el iletrado populacho de Roma comprendiese adecuadamente el alcance de sus hazañas. Para conmemorar el tercer triunfo de Pompeyo, se construyó un teatro con aforo para 10.000 espectadores en el que había representaciones de los pueblos conquistados (SUETONIO, *Nerón* 46.1; PLINIO XXXVI 41). Plutarco (*Pompeyo* 45) añade que en los carteles que se llevaban delante iban escritos los nombres de las naciones sobre las que se había triunfado, (el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Media, la Cólquide, los Iberos, los Albanos, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, las regiones de Fenicia y Palestina, la Judea, la Arabia, etc.). Plutarco finaliza diciendo: *«Lo más grande para su gloria, y de lo que ningún Romano había disfrutado antes que él, fue haber obtenido este triunfo de la tercera parte del mundo; porque otros habían alcanzado antes un tercer triunfo; pero él, habiendo conseguido el primero en África, el segundo en Europa y este tercero en Asia, parecía en cierta manera que en sus tres triunfos había abarcado toda la tierra»*.

Algo semejante hizo Cornelio Balbo, tiempo después, para conmemorar su triunfo tras su campaña contra los garamantes: *«Y es extraño el hecho de que nuestros autores hayan escrito*

¹ Sobre este tema puede consultarse el reciente libro de BEARD, M., *El triunfo romano. Una historia de Roma a través de la celebración de sus victorias*, Barcelona, Crítica 2008.

que, además de las poblaciones citadas, conquistadas por él, llevó en su triunfo los nombres y las imágenes de todos los demás pueblos y ciudades, excepto Cidamo y Garama, que marcharon en el siguiente orden: población de Tabudio, nación de Niteris, población de Miglis Gemela, nación o población de Bubeyo, nación de los enipos, población de Tuben, la montaña de nombre Níger, las poblaciones Nitibro y Rapsa, la nación de Viscera, la población de Decros, el río Natabur, la población de Tapsago, la nación de los tamiagos, la población de Boin, la población de Pege, el río Dasibari, luego, una tras otra las poblaciones de Baraco, Bulba, Alasit, Galsa, Bala, Maxala y Cizania y el monte Giris, que llevaba delante una inscripción diciendo que de él procedían algunas gemas» (PLINIO V 36-8).

Los añadidos escenográficos ayudaban a plasmar la gloria de Pompeyo y Balbo tanto como los cautivos, los tesoros o los gobernantes exhibidos públicamente. Del texto de Plutarco y Plinio obtenemos una lectura muy clara. La gloria, para que sea realmente reconocida, debe ser mostrada ante el pueblo de Roma, pero para que éste ensalce adecuadamente a sus héroes debe ser plenamente consciente de sus logros con la ayuda de imágenes o representaciones gráficas de territorios que nunca ha visto. Dicho de otra forma, el poder en la Roma republicana procede del pueblo, que sólo está dispuesto a aclamar a quienes merecen la gloria. La gloria es el premio de quienes engrandecen el nombre de Roma, y el nombre de Roma se incrementa con las conquistas militares. Esto conllevaba que los victoriosos generales, y posteriormente los emperadores, tuviesen que convertirse en maestros de geografía de la Urbe romana.

Un buen ejemplo de la relación existente entre la geografía y el imperialismo romano es el caso de Julio César. Se discute mucho si César contó o no con un mapa para realizar la conquista de la Galia. Lo cual no resulta nada absurdo si tenemos en cuenta su afición literaria y a la lectura². Otros personajes de su época como Cicerón tenían un vivo interés por la geografía (Cf. *Supra*. p. 18). Al mismo tiempo, como general que era, tenía la obligación de conocer el terreno para su aprovechamiento militar³. El propio César conocía los trabajos de Eratóstenes que citó en *De Bello Gallico* (VI 24) y tenía los suficientes conocimientos para explicar y comprender el origen de las mareas: «Por desgracia, fue esta noche luna llena, que suele en el Océano causar muy grandes mareas, lo que ignoraban los nuestros»⁴. Esta frase no indica que los soldados romanos desconociesen el fenómeno de las mareas, pues en el Mediterráneo también se producían, pero no con la misma intensidad que en el Atlántico. César debió de haber leído la obra de Posidonio⁵, para poder comprender por qué se producían las mareas por la acción de la luna.

Aunque de sus palabras también se desprende que la Galia y Britania seguían siendo grandes desconocidas en tiempos de César (*De Bello Gallico* IV 20). La pausa a las operaciones bélicas permite a César recabar información sobre la zona norte de la Galia y la isla de Britania. Lo cual demuestra que la obra de Píteas de Massalia seguía siendo el mejor trabajo sobre la zona norte de la *oikoumene*, vacío que se cubrió en parte con la descripción de la isla de Britania hecha por César: «La isla es de figura triangular. Un costado cae enfrente de la Galia; de este costado el ángulo que forma el promontorio Canelo, adonde ordinariamente vienen a surgir las naves de la Galia, está mirando al Oriente; el otro inferior a Mediodía. Este primer costado

2 PLUTARCO, *César* 48; CICERÓN, *Cartas a Ático* IV 17.

3 Aunque PELLING, C. R. B., «Caesar Battle-Description and the Defeat of Ariovistus», *Latomus* 40, 1981, p. 752, niega que existan evidencias en los textos de César que utilizase un mapa con estos fines.

4 CÉSAR, *De Bello Gallico* IV 29.

5 Cf. MOMIGLIANO, A., *La sabiduría de los bárbaros: Los límites de la helenización*, Méjico, FCE 1999, p. 113.

tiene casi quinientas millas; el segundo mira a España y al Poniente. Hacia la misma parte yace la Hibernia, que, según se cree, es la mitad menos que Britania, en igual distancia de ella que la Galia. En medio de este estrecho está una isla llamada Man. Dícese también que más allá se encuentran varias isletas; de las cuales algunos han escrito que hacia el solsticio del invierno por treinta días continuos es siempre de noche. Yo, por más preguntas que hice, no pude averiguar nada de eso, sino que por las experiencias de los relojes de agua observaba ser aquí más cortas las noches que en el Continente. Tiene de largo este lado, en opinión de los isleños, setecientas millas. El tercero está contrapuesto al Norte sin ninguna tierra enfrente, si bien la punta de él mira especialmente a la Germania. Su longitud es reputada de ochocientas millas, con que toda la isla viene a tener el ámbito de dos mil». La comparación de Britania con un triángulo y la delimitación de la misma respecto a las costas de la Galia e Hispania sí que permiten deducir que el vencedor de Farsalia y Munda manejó un mapa, probablemente el de Eratóstenes o Posidonio.

Quizás por estos motivos, el desconocimiento de algunas zonas de la tierra y la afición de César por la geografía, pudo iniciarse una tarea de recopilación con la finalidad de elaborar un mapa, que finalmente sería acabado en tiempos de Augusto, lo cual puede ser atestiguado, hasta cierto punto, por la historia que relata cómo envió a un grupo de hombres sabios a cada uno de los puntos cardinales con la intención de obtener información sobre el mundo:

«Durante el consulado de Julio César y Marco Antonio, recorrieron el orbe entero cuatro varones muy sabios y escogidos: Nicodemo, el oriente; Dídimo, el occidente; Teódoto, el norte; Policlito, el sur.

Desde los citados cónsules hasta el cuarto consulado de Augusto y el de Craso se midió el oriente en veintidós años, cinco meses y nueve días. Desde los citados cónsules hasta el séptimo consulado de Augusto se midió el norte en veintinueve años y ocho meses. Desde los citados cónsules hasta el consulado de Saturnino y de Cina se midió el sur en treinta y dos años, un mes y veinte días.

El orbe tiene en total veintiocho mares, setenta y cuatro islas, treinta y cinco cordilleras, setenta provincias, doscientas setenta y cuatro ciudades, cincuenta y dos ríos y ciento veintinueve pueblos.

El oriente tiene ocho mares, ocho islas, siete cordilleras, siete provincias, setenta ciudades, diecisiete ríos y cuarenta y seis pueblos.

En occidente tiene ocho mares, diecisiete islas, nueve cordilleras, veinticuatro provincias, setenta y siete ciudades, catorce ríos y veintinueve pueblos.

El norte tiene diez mares, treinta y dos islas, doce cordilleras, dieciséis provincias, sesenta y una ciudades, dieciséis ríos y veintinueve pueblos.

El sur tiene dos mares, dieciséis islas, seis cordilleras, veintitrés provincias, cuarenta y seis ciudades, cinco ríos y veinticuatro pueblos»⁶.

Esta historia también es atestiguada por Pseudo-Ético, un autor del siglo VIII, que muestra una gran percepción a la hora de vincular las conquistas romanas y el conocimiento geográfico del medio (PSEUDO-ÉTICO, *Cosmografía* 1a), pero que básicamente reproduce los mismos hechos que J. Honorio:

6 JULIO HONORIO, *Cosmografía* 1-7.

«Así pues, Julio César, inventor del cómputo de los años bisiestos y persona singularmente instruida en los asuntos divinos y humanos, cuando desempeñaba el cargo de cónsul dispuso por medio de un decreto del senado que hombres muy competentes y adornados con todos los dones de la sabiduría midieran el mundo entero, que ya entonces llevaba el nombre romano.

En consecuencia, a partir del consulado de Julio César y de Marco Antonio comenzó a medirse el mundo, es decir: desde el mencionado consulado hasta el tercer consulado de Augusto y el de Craso, Nicodexo midió todo el oriente en veintiún años, cinco meses y nueve días, según se expone más abajo. Igualmente desde el consulado de Julio César y Marco Antonio hasta el séptimo consulado de Augusto y el de Agripa, Dídimio midió la parte de occidente en un número total de treinta y un años, tres meses y doce días, según hará ver nuestra pluma. Igualmente, desde el consulado de Julio César y Marco Antonio hasta el décimo consulado de Augusto, Teódoto midió la parte del norte en veintinueve años, ocho meses y diez días, como claramente se expondrá. De igual manera, desde el consulado de Julio César hasta el consulado de Saturnino y Cina, Policlito midió la parte del sur en treinta y dos años, un mes y veinte días, según se mostrará con precisión. Y así los encargados de medirlo recorrieron el mundo entero en el espacio de treinta y dos años y se dio cuenta al senado de todo lo que aquél encierra» (PSEUDO-ÉTICO, *Cosmografía* 1-2).

Llama poderosamente la atención que no coincidan los consulados con el cómputo de los años. Tampoco se conocen consulados con el nombre de Saturnino y Cina. Podrían identificarse con los cónsules del año 19 a.C. Sentius Saturninus y Q. Lucretius Vespillo, pero se desconoce que este último tuviese Cina por *cognomen*. Además, si diésemos validez a los espacios temporales que invirtieron los expertos comisionados por César, el encargo no podría datarse en el 44 a.C., sino en torno al 52-51. Otro problema supone los nombres de los geómetras. Está atestiguada la existencia de un medidor egipcio llamado Dídimio y un matemático Teodosio, que inventó un tipo de *gnomon* portátil⁷.

Es discutible tanto la veracidad de esta historia como si, de ser cierta, la información resultante se plasmó en un mapa o en un texto. Quienes creen que realmente se pretendía la elaboración de un mapa, identifican la construcción en el Campo de Marte, por parte de César, de un pórtico como el lugar idóneo para acogerlo (CICERÓN, *Cartas a Ático* IV 16.8). Siguiendo esa creencia se ha querido identificar el mapa de César con el famoso mapa de Hereford (fig. 34).

En los bordes del mapa de Hereford puede leerse la siguiente inscripción: «*A Iulio Cesare orbis terrarum metiri cepit: a Nicodexo omnis oriens dimensus est: a Teodoco Septemtrion et occidens dimensus est: a Policlito meridiana pars dimensus est*». En la parte inferior de la esquina izquierda del mapa de Hereford pueden verse los retratos de Teodoco, Nicodexo y Policlito recibiendo el encargo por parte del emperador, que ya no es Julio César, sino «*Augusti Caesaris imperatoris*». Luego el mapa de Hereford sería fiel a la tradición de Julio Honorio que decía que el mapa fue finalizado en tiempos de Augusto. Las mismas semejanzas se encontrarían en otros mapas estudiados recientemente como el del ducado de Cornwall⁸ y el de Ebstorf, que

7 ESTRABÓN XII 4.9; VITRUVIO IX 8. Cf. NICOLET, Cl., y GAUTIER DALCHÉ, P., «Les quatre sages de Jules César et la mesure du monde selon Julius Honorius: réalité antique et tradition medieval», *JS* 1987, p. 157-218.

8 Cf. HASLAM, G., «The Duchy of Cornwall Map Fragment» en *Géographie du monde au moyen âge et à la Renaissance*, París 1989, p. 33-44.



34. Mapa de Hereford. Catedral de Hereford.

derivarían del mapa realizado por encargo de Enrique III (1216-1272) en Westminster. Ambos, los mapas y los textos, coinciden en la enumeración de ríos, mares y cordilleras. La diferencia entre estos mapas medievales y los textos de Julio Honorio y Pseudo-Ético es que los primeros sólo contemplan la existencia de tres expertos y los últimos cuatro. Esto se debió a la visión tripartita del mundo imperante en la Edad Media que era deudora de la cosmovisión de Orosio y San Isidoro (Cf. *Infra*. p. 382-385 y p. 387-394), y como consecuencia de la misma el viaje de Dídimo ha desaparecido. La cuestión es si estas semejanzas confirmarían la existencia de la labor cartográfica de Julio César. De lo que no cabe duda alguna es que estos mapamundi medievales se inspiraron en fuentes del mundo antiguo, pero, ¿en cuáles?

En cualquier caso, esta recopilación de información, si realmente se produjo, habría tenido principalmente una finalidad militar y administrativa antes que puramente científica. Al igual que su deseo de construir una gran biblioteca pública en Roma (SUETONIO, *César* 44.2) estaba guiado por su ambición por el poder y diseñado en función de una estrategia política más, que consolidara su posición tras la Guerra Civil⁹. El hombre que, como Plutarco (*César* 58) nos recuerda, quería conquistar el Imperio Persa, Escitia y Germania, antes de morir, debía de contar con instrumentos precisos para delimitar y conformar sus ambiciones. Un soñador y un aventurero pueden moverse siguiendo sus intuiciones. Un general y un gobernante necesitan saber a donde tienen que ir. Un conquistador y un pacificador, tras una guerra civil, precisan de herramientas válidas para plasmar y mostrar a sus súbditos la gloria de sus logros, y ya que la gloria repercutía en un individuo cuando ensanchaba las posesiones del Imperio Romano, la mejor forma de demostrarlo era con un mapa.

ISIDORO CÁRACE (I a.C.-I d.C.)

Esta labor era factible porque con anterioridad a sus conquistas los romanos hacían una importante labor de documentación, puesto que, como hemos visto, para conquistar un territorio

9 FERNÁNDEZ URIEL, P., y RODRÍGUEZ VALCÁRCEL, J. A., «Julio César y la idea de biblioteca pública en la Antigua Roma», en *Espacio y tiempo en la percepción de la Antigüedad. Homenaje al profesor Antonino González Blanco. Antigüedad y Cristianismo* 23, 2006, p. 965-982.

hay que conocer el espacio: «No paso por alto que en ese lugar nació Dionisio, el más reciente autor de una descripción de la tierra: a él, el divino Augusto lo había enviado con anterioridad a oriente, a fin de que preparara un comentario detallado destinado a su hijo mayor, a punto de partir para Armenia para las campañas de los partos y los árabes» (PLINIO VI 31.141). Seguramente, este Dionisio sea realmente Isidoro Cárace¹⁰, pero este pasaje refleja que la geografía del Principado está marcada por la corografía y que es propensa a incorporar la información generada por la conquista¹¹. De igual modo, Plinio dice que Augusto le comisionó a Juba la elaboración de una obra sobre Arabia con idénticos propósitos¹².

Se sabe que la redacción final de las *Mansiones Párticas* de Isidoro Cárace tuvo que ocurrir con posterioridad al 26 a.C., pues cita la sublevación de Tiridates II contra el rey de los partos, Fraates IV (37 a.C.-2 a.C.), ocurrida ese año. Posteriormente, habla del rey del país del Incienso, Goeso, lo que data el libro en una fecha cercana a la época cristiana en opinión de Schoff, y de la finalización del mapa de Agripa. No obstante, si se tratase del mismo autor del que hablan algunas fuentes (LUCIANO, *Macrobioi* 15; 18), podría haber escrito mucho más tarde su libro. Pero las distancias que establece desde los Pilares de Hércules a la India, 9818 millas, no coinciden con las de Agripa, por lo que no debió de conocer la finalización de su trabajo. En su obra se describía el itinerario caravanero desde la ciudad de Zeugma, en Mesopotamia (moderna Birijik) hasta la Alejandría de Aracosia (Kandahar). Después de cruzar el Éufrates llegaba a Neápolis, y de allí a Seleucia para alcanzar las Puertas Caspias. Finalmente, la ruta llegaba a los fértiles valles de la moderna Khorassan y se dirigía al sur donde estaba su destino, Alejandría Aracosia. En las *Mansiones Párticas* se recogían las distancias entre los principales puntos de este recorrido en mediciones persas: *schoenes* (una medida de origen egipcio equivalente, según Heródoto, a 60 estadios) o parasangas (unidad equivalente a unos 30 estadios, es decir, entre 5.2 y 5.6 km), y también se aportaban algunos datos sobre los mismos como los diques del Éufrates o las fuentes de asfalto (PLINIO II 112, IV 5, IV 30, IV 37, V 6, V 9, V 35-39, V 43). Para Pédech, la originalidad de Isidoro radicó en aplicar la técnica del periplo a un itinerario terrestre¹³. Sus principales fuentes de información para la redacción fueron los testimonios de los mercaderes y comerciantes que viajaban por esa zona¹⁴. También debió emplear a Apolodoro Artemita, que en el siglo anterior había escrito una historia de los partos, que fue utilizada, también, por otro contemporáneo de Isidoro, Estrabón (XI 8.2). Aunque dada su procedencia —Charax («empalizada») fue una ciudad que se encontraba en el curso inferior del Tigris— debemos suponer que pudo recurrir a su propia experiencia personal.

ECUMENISMO

Tras la finalización de la guerra contra M. Antonio, Augusto emprendió una serie de reformas que cambiarían radicalmente la apariencia de la sociedad y del estado romano. Pero también

10 MÜLLER, C., *Geographi Graeci Minores* I, París 1855, p. 244-256.

11 ARNAUD, P., «La géographie romaine impériale, entre tradition et innovation» en *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*, CRUZ ANDREOTTI, G., LE ROUX, P., MORET, P., eds., Málaga-Madrid, 2007, p. 15-48.

12 PLINIO., *N. H.*, VI 141; XII 56; XXXII 10.

13 PÉDECH, P., *La géographie des grecs*, Vendome 1976, p. 171.

14 Cf. ATENEO III 46, cita a Isidoro para describir la pesca perlífera en las costas de los partos.

se vieron modificadas sus fronteras por las nuevas adquisiciones territoriales (CASIODORO III 52.6), que fijaron la extensión espacial del Imperio. Si como hemos dicho anteriormente el héroe griego domeña el espacio, el divino Augusto lo pacifica, lo reordena y lo administra:

«Toda Italia me prestó juramento de forma espontánea y me requirió como jefe en la guerra que me vio vencedor en Accio (Actium). El mismo juramento me prestaron las Galias, las Hispanias, África, Sicilia y Cerdeña... Agrandé todas las provincias del pueblo romano situadas en las fronteras de las naciones que no estaban sometidas a nuestro imperio. Pacifiqué las Galias, las Hispanias y Germania, allí donde están bañadas por el Océano, desde Gades hasta la desembocadura del Elba. Pacifiqué los Alpes desde el país vecino del Adriático hasta el mar Tirreno, sin declarar a cada uno de estos pueblos una guerra injusta. Mi flota, que salió de la desembocadura del Rin, se dirigió hacia Oriente hasta el territorio de los cimbrios, a un lugar donde ningún romano había penetrado anteriormente ni por tierra ni por mar. Los cimbrios, los carides, los semnones y otros pueblos germanos de estos mismos lugares reclamaron mi amistad y la del pueblo romano. Por orden mía y con mis auspicios, dos ejércitos se dirigieron casi al mismo tiempo a Etiopía y Arabia que llaman la Afortunada; en estos dos países, ellos destruyeron en batalla campal un número considerable de enemigos y conquistaron muchos lugares. En Etiopía, avanzaron hasta la ciudad de Napata, que está cerca de Méroe. En Arabia, el ejército siguió hasta la ciudad de Mariba entre los sabeos... Anexioné Egipto al imperio del pueblo romano. Después de haber dado muerte al rey Artajías, habría podido convertir en provincia la Gran Armenia; preferí, siguiendo el ejemplo de nuestros antepasados, confiar este reino a Tigranes, hijo del rey Artavasdes, y nieto del rey Tigranes por mediación de Tiberio Nerón... Recobré todas las provincias que, allende el mar Adriático, se extienden hacia Oriente y cuya mayor parte estaban en posesión de reyes; había procedido igualmente antes con Sicilia y Cerdeña, que conquistaba después de una guerra de esclavos.

... Recobré de los enemigos vencidos, en Hispania, en Galia, en Dalmacia, muchos estandartes militares perdidos por otros jefes. Obligué a los partos a devolver el botín y las enseñas de tres ejércitos romanos y a pedir de rodillas la amistad del pueblo romano. Coloqué estos estandartes en el templo de Marte Vengador. A las tribus de los panonios que, antes de mi principado, no habían visto entre ellos ningún ejército romano, los vencí por mediación de Tib. Nerón, que era mi yerno y mi legado, y los sometí al imperio del pueblo romano y extendí hasta la ribera del Danubio la frontera de Iliria. Un ejército dacio que la había cruzado fue vencido y destruido por mis auspicios, y luego uno de mis ejércitos conducido más allá del Danubio obligó a las tribus dacias a aceptar las órdenes del pueblo romano.

A mí acudieron con frecuencia embajadas de los reyes de la India, hecho que ningún jefe romano había visto hasta entonces. Los bastarnos, los escitas, los sármatas, que viven más allá del Tanais, y los reyes todavía más lejanos de los albanenses, de los iberios y los medos reclamaron por medio de sus legados nuestra amistad.

En mí se refugiaron e imploraron de rodillas los reyes de los partos, Tirídates, luego Fraates, hijo del rey Fraates; el rey de los medos Artavasdes; el rey de los adiabenos Artajares; los reyes de los bretones Dumnobelauno y Tinconimio; el rey de los sicambrios Moelo; el de los marcomanos y de los suevos. El rey de los partos

Fraates, hijo de Orodes, envió a sus hijos y a sus nietos a Italia a mi palacio, no por haber sido vencido por la guerra, sino para pedir nuestra amistad dejándonos a sus hijos como prenda. Muchas naciones que anteriormente no habían tenido relaciones diplomáticas ni tratado de amistad con el pueblo romano dieron muestra de la buena fe del pueblo romano bajo mi principado.

Los partos y medos me reclamaron reyes por mediación de las embajadas de sus ilustres personajes; recibieron de mí como rey, la primera vez a Vonones, hijo del rey Fraates, nieto del rey Orodes; la segunda, a Ariobarzane, hijo del rey Artavasdes, nieto del rey Ariobarzane» (Res gestae 25-33).

Así, también modificó la concepción de la propia Roma, que se convertía en el Nuevo Centro del Mundo, en el momento en que Augusto dispone la erección de una piedra miliar dorada¹⁵ (*miliarium aureum*). Idea más que latente en un contemporáneo de Augusto como Vitruvio (VI 1.10-11): «*En efecto, la distribución natural del mundo ha objetivado que todas las naciones se diferencian por su propio carácter particular y personal; el pueblo romano ocupa el espacio intermedio de todo el orbe y de las regiones situadas en el centro del mundo... La mente divina ubicó la capital del pueblo romano en una región excelente y templada, para que se adueñara de todo el «Orbis Terrarum».* La palabra *orbis* tiene muchos significados en latín, puede traducirse como círculo o esfera, pero no puede haber duda alguna que aquí, como en otros tantos autores del período, se refiere a lo último. En la antigüedad tardía se empleó también como equivalente de un territorio o de una provincia. De igual modo, en la actualidad solemos utilizar ambos términos, esfera y círculo, para referirnos por igual a nuestro entorno social¹⁶.

Si hay, por tanto, una palabra a la que esté ligada la geografía en época imperial romana es el universalismo¹⁷. Polibio (I 1.5) había sido el primero en advertir que en un espacio inferior a 53 años el destino había llevado a los romanos a reducir a un dominio único «*casi todo el universo*»¹⁸. Pero ya en los últimos años de la República, la idea de Polibio de una coincidencia entre el Imperio y la *oikoumene* había comenzado a calar entre los romanos¹⁹. Los textos elogian al Imperio Romano como un estado universal, equivalente a todo el mundo, pues su hegemonía se extiende por todo el *orbis terrarum*. La hermandad promulgada por los estoicos encuentra su realización en el Imperio Romano, pues los pueblos y naciones que lo aglutinan son muy numerosos²⁰. La

15 TÁCITO, *Historias* I 27.

16 JANVIER, Y., *La géographie d'Orose*, París 1982, p. 62.

17 Cf. HIDALGO DE LA VEGA, M. J., «Algunas reflexiones sobre los límites del *oikoumene* en el Imperio Romano», *Gerión* 23, 2005, p. 271-285; p. 274.

18 POLIBIO XV 10.2: «*No sólo se convertirían en dueños de África, sino que además habrían conquistado la hegemonía y el dominio universal*». Cf. T. LIVIO, *prefacio* 3; FLAVIO JOSEFO, *Guerra Judaica* V 366-7: «*Se debe despreciar a los señores de poca monta, pero no a los que dominan el mundo entero. ¿Qué país permanece fuera del Imperio Romano que no sea una estepa desolada por el excesivo frío o el excesivo calor? En todas partes la fortuna se había puesto de su lado, y Dios, que reparte en cada ocasión el poder entre las naciones, se ha parado ahora en Italia*».

19 Cf. MOMIGLIANO, A., «Polibio, Posidonio e l'imperialismo romano», en *Atti della Accademia delle scienze di Torino* 107, 1972-73, p. 693-707; MOMIGLIANO, A., *La historiografía griega*, Barcelona 1984, p. 226-238; BANCALARI MOLINA, A., «El *orbis romanus* y su control ecuménico y global durante el Principado: mito o realidad», en *Estudios Interdisciplinarios de Historia Antigua*, Córdoba 2007, p. 351-363; LONGO, O., *El universo de los griegos. Actualidad y distancias*, Barcelona 2009, p. 399.

20 FLORO, *Preámbulo* 2; 7, dice que la historia de Roma es la historia de toda la humanidad; ELIO ARÍSTIDES, *A Roma* XXVI 63: «*Habéis hecho que la palabra romano pertenezca no a una ciudad, sino que sea el nombre de una especie de raza común*».

literatura celebra este hecho continuamente. Pero es en el Principado cuando esta idea alcanza su máxima expresión. Antes de Actium, Augusto arengó a los romanos diciéndoles que eran los dominadores de la parte más extensa y mejor de la *oikoumene* (L.VI-C.I). Tras su victoria, el *Princeps*, como se puede leer en una inscripción (CIL XI 1421, L.8 y ss), es el *custos imperii Romani totiusque orbis terrarum praeses*. En las *Res Gestae*, se observa que en la primera frase ya se expresa el carácter ecuménico de su monarquía: *Rerum gestarum divi Augusti, quibus orbem terra(rum) imperio populi Romani subiecit*, y también el haber hecho la guerra, por tierra y por mar, guerras civiles y externas, por todo el universo (*bella terra et mari civilia externaque toto in orbe terrarum saepe gessi*). Esta misión de conquistar y dominar, pero también de pacificar y organizar el mundo entero viene legitimada por la voluntad divina, que es la que asigna a Roma esta empresa. Así lo expresa Virgilio (*Eneida* VI 851) en la famosa frase de Anquises: *Tu regere imperio populos, Romane, memento*. La Roma imperial tiene en sus manos el destino del género humano por voluntad de los dioses. Por eso, aunque algunas fuentes reflejen una actitud imperialista en este período²¹, no es de extrañar que Augusto le recomendase a su heredero Tiberio no salir nunca de los límites del Imperio²², porque en sí misma Roma era el mundo²³.

EL MAPA DE AGRIPA

En este contexto hay que situar la noticia de Plinio (III 17) que cuenta como Agripa supervisó la elaboración de un mapa que, después de su muerte, fue ubicado en un pórtico especialmente construido en honor de la hermana de Agripa, Vipsania Polla, el *Porticus Vipsania*, que seguramente también fue conocido como *Porticus Europa*²⁴. Fue erigido entre el año 7 a.C. y la fecha de la muerte de Augusto (Cf. DIÓN CASIO LIV 29.4; LV 8.4). El templo, con sus ricos mármoles, no sólo estaba en una de las zonas más bellas de la ciudad, sino que además era un fiel reflejo del estilo arquitectónico del nuevo gobernante, similar a la pequeña casa de Augusto en el Palatino²⁵. Plinio nos dice que el mapa de Agripa tenía errores inexplicables a la hora de medir algunas regiones del mundo: «¿Quién creería que Agripa, varón tan celoso (*vir tanta diligentia*) y que tanto se esmeró en este trabajo, cuando fue a exponer la imagen del mundo a los ojos de Roma se equivocó, y con él el divino Augusto? Porque éste fue el que llevó a término el pórtico que empezó a levantar la hermana de Agripa, en el que se albergaba ese plano del orbe, elaborando según el proyecto y los escritos de Marco Agripa».

Las palabras *vir tanta diligentia* se muestran en consonancia con las inquietudes intelectuales de Agripa, de las que dan testimonio otras obras como *Oratio de tabulis signisque publicandis*, unos *Commentarii de aquis* y *De vita sua*. La misión de Agripa fue interrumpida por su muerte

21 HORACIO, *Odas* I 12; FLAVIO JOSEFO, II 363.

22 TÁCITO, *Anales* I 11.4; SUETONIO, *Augusto* 21.2, señala que nunca hizo la guerra sin razón legítima y sin necesidad. Cf. RODDAZ, J. M., «Auguste et les confins», en *L'Africa Romana. Ai confini del Impero: contatti, scambi, conflitti* XV (1), Roma 2004, p. 261-276, quien destaca que Augusto habría estado más preocupado por consolidar su imagen como conquistador que por elaborar un plan sistemático de conquista.

23 ELIO ARÍSTIDES XXVI 9: «*Pero de esta ciudad, grande en todos sus aspectos, nadie podría afirmar que no fue dotada de un poder concorde con su tamaño. Cuando se dirige la mirada a la totalidad del Imperio, es posible sentir admiración por la ciudad al pensar que una pequeña parte gobierna toda la tierra entera; pero cuando se mira a la propia ciudad y a sus límites, ya no cabe admirarse de que toda la ecumene sea mandada por tal ciudad*».

24 MARCIAL II 14.3; V 15; III 20.12; XI 1.11.

25 HÄNGER, Ch., *Die Welt im Kopf. Raumbilder und Strategie im Römischen Kaiserreich*, Friburgo 1998, p. 148.

en el 12 a.C., siendo continuada por su hermana Vipsania Pola, y finalizada por Augusto en el llamado *Campus Agrippae*, al este del campo de Marte, la actual Via del Corso de Roma. Del relato de Plinio se desprende que el trabajo de Agripa probablemente combinaba un informe escrito (*commentarii*) y un mapa. No siendo esto algo novedoso, porque en los trabajos de los agrimensores romanos (Sic. Flaccus, p.125 Th = 160 L) podían aparecer conjuntamente la *forma* (mapa) y los *commentarii*. Aunque Agripa aparece como único autor, es lógico pensar que fue ayudado en su labor por un nutrido grupo de expertos. No obstante, el hecho de que aparezca como el único creador de la misma, responde a la mencionada tradición romana que confería exclusivamente a los generales victoriosos el privilegio de la confección de cartas geográficas para sus desfiles triunfales²⁶. ¿Cuál fue la gran victoria de Agripa que le había hecho merecedor de semejante tarea? Hay que recordar que él fue el artífice de la victoria naval de Actium. Por tanto, si esta teoría que vincula la elaboración de mapas con la conmemoración de los triunfos militares es cierta, el 31 a.C., fecha de la batalla de Actium, sería la fecha *post quem* del inicio del trabajo de Agripa. Tal vez, por no haber concluido su labor, no aceptó su *ius triumphale* ni en su campaña del 19 a.C. ni en la del 14 a.C. (D. CASIO LIV 11.6; 24.7), pero lo cierto es que actuó de esa misma forma el 37 a.C. Revelador es el hecho de que Agripa legase en su testamento la finalización del mapa a su suegro, pues demostraría que era un asunto de estado en el que estaba implicado Octavio Augusto²⁷.

La tradición cartográfica helenística, imbuida por las matemáticas y la astronomía, pudo servirle para llenar el vacío existente en la cartografía romana. Incluso es posible que el mapa tuviese un *diáphragma* a semejanza de los mapas de Dicearco y Eratóstenes²⁸, que comenzaba en las Columnas de Hércules, pasaba por el sur de Asia Menor, la cordillera del Tauro y llegaba hasta la India, dividiendo en dos la *oikoumene*, pero siendo heredero de la corografía, la geografía regional, habría sido el marco en el que se circunscribía la obra²⁹. Se cree que el mapa de Agripa pudo tener una gran influencia en obras posteriores como *Divisio orbis terrarum* y *Dimensuratio provinciarum*. Ahora bien, las mediciones ofrecidas por estas obras difieren de las de Plinio el Viejo, quien sí empleó el mapa de Agripa. También presentan diferencias en su contenido y en su orientación, que no serían de esperar en obras que dependen de una misma fuente.

Para Schnabel, la experiencia de Agripa como navegante, junto con sus viajes militares desde el 39 a.C.³⁰, por las provincias del Imperio, le habrían permitido aportar nuevas mediciones de las latitudes. Lo cual parece reafirmarse porque no empleó itinerarios para las distancias marítimas (PLINIO IV 60). Nicolet es más comedido, pero considera que las estimaciones de Agripa permitieron corregir el mapa de Posidonio³¹. Esto es cierto en las regiones occidentales del Mediterráneo y en la zona del Danubio, pero no en las orientales. Muchas de las mediciones

26 CRESCI MARRONE, G., *Ecumene Augustea. Una politica per il consenso*, Roma, L'erma di Bretschneider 1993, p. 217-218.

27 Cf. NICOLET, Cl., «De Vérone au Champ de Mars: chorographia et carte d'Agrippa», *MEFRA* 100, 1988, p. 127-138, cree que nunca fue conocido como el mapa de Agripa, sino como el de Augusto, lo cual explicaría porque posteriormente se le atribuyó al emperador una obra llamada *Chorographia Augusti*.

28 KLOTZ, A., «Die geographischen Commentarii des Agrippa und ihre Überreste», *Klio* 24, 1930-31, p. 38-58; p. 386-466.

29 Cf. GRILLI, A., «La geografia di Agrippa», en *Il bimillenario di Agrippa*, Universidad de Génova 1990, p. 127-146.

30 En esa fecha Agripa ya era gobernador de la Galia Transalpina. Cf. GRILLI, A., *op. cit.*, p. 134-135; Para un ejemplo del conocimiento geográfico de Agripa. Cf. ESTRABÓN IV 6.11.

31 NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early Roman Empire*, Míchigan 1991, p. 109.

del Mapa de Agripa fueron citadas una treintena de veces por Plinio, y Estrabón, probablemente, también lo empleó, para referirse a la distancia en millas en regiones como Córcega, Sicilia, Cerdeña e Italia. En algunas de estas referencias se deduce que Plinio consultó un mapa (III 8; VI 37; 207). La longitud del mundo quedaría fijada en 8.595 millas romanas, cifra muy cercana a la dada por Artemidoro de 8.578 millas (PLINIO II 242). Siguiendo los datos aportados por este autor, podemos concluir que las mediciones no eran muy precisas, sobre todo en lo concerniente a la parte oriental de la *oikoumene* y a Germania y Retia: «Agripa calcula su longitud junto con la de Retia y el Nórico en seiscientos treinta y seis mil pasos, y su anchura en doscientos cuarenta y ocho mil. Sólo la anchura de Retia es casi mayor, aunque ciertamente fue conquistada casi en la fecha de su muerte» (PLINIO IV 98). Calculando la distancia desde el Caspio hasta el océano de Sérica en 980 millas³². De hecho, la mayoría de las mediciones ofrecidas por Plinio provienen de Eratóstenes. O bien Plinio no consideraba el Mapa de Agripa tan exacto como el de Eratóstenes, porque probablemente fuese el de Cirene su fuente, o bien creía que tenía un valor más propagandístico que puramente geográfico en lo referente a las regiones orientales del mundo.

Sin embargo, no hay un acuerdo a la hora de establecer las características de este mapa. Algunos estudiosos están seguros de que el trabajo de Agripa se concretó en un mapa³³. Nicolet sostiene que la expresión *proponere orbem spectandum* («Un orbe para ser contemplado») implica necesariamente una imagen visual³⁴. Ahora bien, suponiendo que esto es cierto, un mapa podía tener una naturaleza ecuménica (geográfico) o regional (corográfico). Una referencia de Estrabón (II 5.17), quien se cree que pudo haber empleado un mapa, suele considerarse como una alusión al de Agripa (Cf. *Infra*. p. 259), luego la proyección habría sido regional y corográfica, al describir las provincias del Imperio. Sin embargo, la expresión latina *orbis terrarum* (PLINIO III 17), equivale a la griega *oikoumene* y, puesto que Plinio se refiere a lugares ajenos al Imperio Romano, hemos de concluir que era un mapa del mundo y no sólo del Imperio Romano. Otros pasajes de Plinio (VI 139) sugieren lo mismo.

La labor de Agripa al finalizarse debió de quedar dividida en veinticuatro regiones que conformaban los tres continentes³⁵. De esas regiones, la octava (Dacia) la novena (Escítica, Sarmatia y Táuride) y las últimas cinco (El mar Caspio, Armenia; India, Media, Partia, Persia; Mesopotamia; Etiopía y el mar Rojo) no formaban parte del Imperio Romano. Aunque dado su carácter público, muchas de las divisiones debieron de coincidir con la forma de las provincias imperiales romanas. Las mediciones y su carácter ecuménico hacen que no se pueda considerar únicamente como un itinerario³⁶. En suma, el mapa de Agripa identificaba el *orbis terrarum* con el *orbis Romanus*.

32 PLINIO VI 37: «Agripa ha referido que el mar Caspio y los pueblos que están en derredor y junto con ellos Armenia, limitados al oriente por el océano Sérico, al occidente por la cordillera del Cáucaso, al sur por la del Tauro y al norte por el océano Escítico, se extienden en longitud, por lo que se sabe de ellos, cuatrocientos ochenta mil pasos, en anchura doscientos noventa mil».

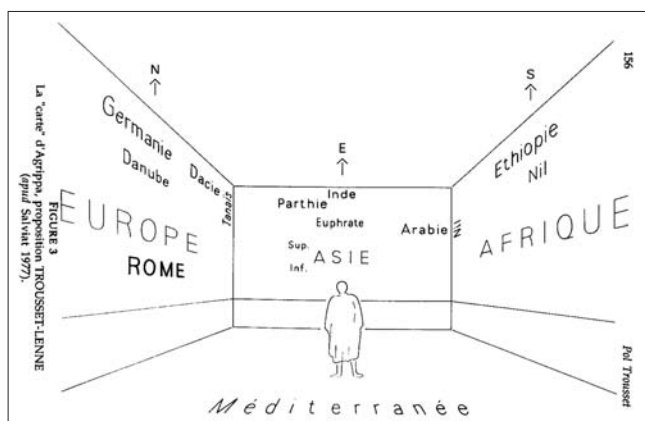
33 DETLEFSEN, D., *Ursprung, Einrichtung und Bedeutung der Erdkarte Agrippas*, Berlín 1906, p. 95-102; NICOLET, Cl., *op. cit.*, 104ss; SCHNABEL, P., «Die Weltkarte des Agrippas als wissenschaftliches Mittelglied zwischen Hipparch und Ptolemaeus», *Philologus* 90, 1935, p. 412; DILKE, O. A. W., *Greek and roman maps*, Londres 1985, p. 41-53.

34 Cf. CLARKE, K., «Text and Image: Mapping the Roman World», en *Conceiving the Empire*, Oxford 2009, p. 198.

35 PLINIO III 3: «El mundo está dividido en tres denominaciones: Europa, Asia y Libia o África. Augusto fue entre todos el primero que lo mostró en su Corografía».

36 Cf. JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, 64ss.

Algunos autores, sin elementos de peso, han sostenido que el mapa habría sido un claro antecedente de la Tabula Peutingeriana. Se basan principalmente en el tamaño y la forma de la Tabula Peutingeriana, pero como desconocemos estos datos del mapa de Agripa, no podemos establecer una relación semejante careciendo por completo de más información, pues ignoramos si era una representación en bronce, en piedra o en mosaico y su extensión en relación con el pórtico. Pero teniendo en cuenta que la forma circular no se adoptaba correctamente a la planta rectangular de un templo y que para algunos contemporáneos de Augusto, como Gémino (*Introduc. Astrono XVI 3-5*), los mapas circulares estaban desacreditados³⁷, es más probable que siguiese los modelos cartográficos establecidos por Eratóstenes, quien recordemos que había dicho que el mundo tenía forma de clámide. Además de la Tabula Peutingeriana, también se ha vinculado con el mapa de Hereford, en cuya superficie puede leerse el nombre de Agripa³⁸.



35. Mapa de Agripa según la teoría de Trousset (1993, p. 156).

Otra teoría defiende que el mapa se encontraba sobre tres paredes³⁹ (fig. 35). La situada frente a la entrada representaría el continente asiático, a la izquierda se encontraría Europa y a la derecha África. Cada uno de estos mapas tendría en lo alto uno de los puntos cardinales (Asia, Este; Europa, Norte; África, Sur). La esquina izquierda de las paredes representaría el Tanais y la derecha el Nilo, las tradicionales fronteras entre los continentes. Sin embargo, esta disposición de un mapa y el empleo de tres orientaciones distintas no tienen precedente alguno en el mundo antiguo.

Idénticos problemas presentan los *commentarii*. Los especialistas no se ponen de acuerdo en establecer el contenido de los mismos. Para algunos habría sido un informe exhaustivo y para otros, como Detlefsen, una simple recopilación de las distancias.

Tampoco queda claro por qué habría tenido que encargarle Octavio Augusto a Isidoro Cárace⁴⁰ sus *Mansiones Párticas* para después ordenar una empresa semejante a Agripa. Tampoco hay restos del mapa de Agripa en ninguna de las magnas obras del Principado, el *Ara Pacis* y las

37 Cf. PLUTARCO, *Cuestiones conviviales* 704 b, quien en contra de los consejos de Gémino muestra preferencia por los mapas circulares al comparar la redondez de la tabla de una mesa con la forma de un mapa.

38 CRONE, G. R., «A new light on the Hereford Map», *GJ* 131 (4) 1965, p. 447-458; p. 448.

39 TROUSSET, P., «La Carte d'Agrippa: nouvelle proposition de lecture», *DHA* 19, 1993, p. 137-157.

40 PLINIO VI 31. Cf. SCHOFF, W. H., *Parthian Stations by Isidore of Charax*, Londres 1914, 1989.

Res Gestae. ¿Por qué una obra colectiva tan importante no dejó vestigio alguno en los legados más importantes del *Princeps* a la sociedad romana? Ni siquiera es seguro que los *commentarii* fuesen depositados en el *tabularium* de Roma⁴¹.

Tampoco hay grandes evidencias de la influencia de este mapa entre los autores del período. Plinio sólo lo menciona para las distancias y solamente hay un pasaje del que se pueda desprender que ha visto un mapa⁴². No es del todo seguro que lo emplease Estrabón, y otros autores como Vitruvio mantienen una visión clásica del *Orbis Terrarum* (VIII 2.26), pese a que algunos autores crean que se está refiriendo al mismo. Aunque por la cronología parece improbable que Vitruvio utilizara el mapa de Agripa, Brodersen, de hecho, cree que se estaba refiriendo a un informe escrito y no a un mapa⁴³. Pero como desconocemos si los *commentarii* fueron publicados independientemente del mapa, no podemos afirmar que la fuente de Vitruvio sea Agripa⁴⁴.

Recientemente K. Brodersen ha defendido que no llegó a realizarse mapa alguno, que simplemente se habrían finalizado los *commentarii*⁴⁵. Éstos habrían sido expuestos públicamente en placas, al igual que las *Res Gestae* de Augusto, para que el pueblo pudiese conocer las distancias⁴⁶, ríos, montañas y naciones que componían el Imperio⁴⁷. Hipótesis posible, porque la palabra *pínax* significa tanto mapa como lista grabada, lo cual fortalece la creencia de este investigador en la inexistencia de formas de pensamiento abstractas del espacio en el mundo romano. No obstante, no hay que olvidar que la mayoría de los itinerarios tenían forma escrita antes que contar con un mapa⁴⁸. En definitiva, la ingeniosa teoría de Brodersen lo que defiende realmente es la ausencia de un mapa físico. No obstante, esta visión entra en contradicción con la larga tradición cartográfica en el mundo griego que Roma había heredado. Pese a la decepcionante escasez de testimonios que reflejen la impresión de autores contemporáneos sobre el mapa de Agripa, la expresión de Plinio «*proponere orbem spectandum*» claramente hace referencia a una imagen. En cualquier caso, independientemente de si hubo o no mapa, nosotros pensamos que sí existió, la obra de Agripa habría plasmado «un mapa mental».

La ausencia de vestigios del mapa en otras fuentes o testimonios de su época no nos ayuda a explicar su finalidad. Las teorías han sido muy numerosas, para algunos autores habría sido básicamente militar⁴⁹, unos niegan su naturaleza científica⁵⁰, mientras otros la defienden⁵¹.

De cualquier modo, tratándose de un mapa público habría tenido una clara intencionalidad política y propagandística. En el momento en que se llevó a cabo la realización del mapa, Roma era, como hemos dicho, la capital del mundo, la agonizante República romana había terminado

41 RITSCHL, Fr., «Die Vermessung des römischen Reichs unter Augustus, die Weltkarte des Agrippa und die Cosmographie des sogenannten Aethicus (Julius Honorius)», *RhM* 1, 1842, p. 481-523.

42 PLINIO VI 139: «*En un principio, Cárace estaba a diez estadios de la costa, el pórtico Vipsania la tiene también por marítima, pero Juba refiere que se encontraba a cincuenta mil pasos*».

43 BRODERSEN, K., *Terra Cognita. Studien zur römischen Raumenfassung*, Hildesheim 1995, p. 26-27.

44 MATTERN, S. P., *Rome and the Enemy, Imperial strategy in the principate*, Berkeley 1999, p. 49.

45 Cf. SALWAY, B., «Travel, Itineraria and Tabellaria», en *Travel and Geography in the Roman Empire*, 2001, p. 29, quien rebate las argumentaciones de Brodersen.

46 PLINIO IV 16.102; V 102, cita en varias ocasiones el trabajo de Agripa para precisar las distancias.

47 BRODERSEN, K., *op. cit.*, 1995, p. 268-285.

48 DILKE, O. A. W., «Itineraries and Geographical Maps in the Early and Late Roman Empires», en *History of Cartography*, Chicago 1987, p. 234-235.

49 GARDTHAUSEN, V. E., *Augustus und seine Zeit*, Aalen 1964, p. 937-939, relacionándolo con la información de Vegecio sobre los itinerarios, defiende que tuvo una naturaleza exclusivamente militar.

50 TIERNEY, J. J., «The Map of Agrippa», *PRIA* 63, 1963, p. 151-166.

51 SCHNABEL, P., *op. cit.*, p. 405-440.

de conquistar el Mediterráneo, y el Imperio tenía la misión ahora de administrarlo desde Roma, que se encontraba, no sólo en el centro del *Mare nostrum*, sino en el de toda la *oikoumene*. De esta forma, la ciudad del Lacio sucedía a Delfos y a las ciudades helenísticas, como Rodas, en tener el honor de ser el centro del mundo. Un hecho semejante debía ser aprendido, asumido y celebrado por la población romana. Para ello era necesario mostrar públicamente esta realidad. Nada más útil que un mapa. El recurso no fue novedoso, se cree que en la Atenas imperialista también existió un mapa que podía ser visto por todos los ciudadanos de la ciudad (ELIANO III 28; DIÓGENES LAERCIO V 51). Este empleo propagandístico tampoco fue olvidado por la posteridad, puesto que en el Renacimiento, ciudades italianas como Florencia y Venecia emplearon el mismo sistema para mostrar a sus conciudadanos y a los viajeros extranjeros el papel que ocupaba la ciudad en el mundo⁵². De igual modo, los geógrafos soviéticos han reconocido que la mayor parte de los mapas a disposición del gran público desde los años treinta habían sido voluntariamente alterados con diversos fines⁵³. Muchos siglos después de Roma, M. Ricci (1552-1610) recogía en su diario el orgullo del pueblo chino al ver cómo su reino, que como todos los grandes imperios, como el romano, padecía el síndrome del *omphalós*, ocupaba la práctica totalidad del mundo en sus mapas y veía la pequeñez de los restantes pueblos. Los mapas europeos que no mostraban el ecumenismo sínico debían de estar equivocados⁵⁴.

Ahora bien, podría pensarse que era una extraña propaganda mostrar un mapa públicamente en el que se observaba que una buena parte del mundo (Britania, Germania, Persia, India, Sérica, etc) seguía sin estar conquistada por los romanos⁵⁵. Hay que tener presente que en el Principado los intelectuales como Estrabón justificaron que Roma no gobernase alguna de esas regiones por la pobreza de su territorio o por su lejanía⁵⁶. Mientras que la propaganda oficial veía en el envío de embajadas por parte de India y de rehenes de parte de los partos un símbolo de su sumisión al poder de Roma⁵⁷, Suetonio (*Augusto* 48) dice que el propio *Princeps* consideraba a los reyes extranjeros «*como miembros y partes integrantes del Imperio*». De esta forma, el Imperio podía seguir siendo ecuménico, sin serlo realmente.

En conclusión, el ecumenismo del Principado y el mapa de Agripa revelarían que la geografía se convirtió en una herramienta muy útil de la propaganda romana. De gran valor es el testimonio del orador del siglo III d.C., Éumenes de *Augustodunum* (Autun), para comprender el empleo propagandístico del mapa. El orador describe el mapa que se encontraba en el pórtico y que podía ser visto a diario por los jóvenes de la ciudad cuando miraban bajo estos pórticos, y reflexionaban sobre todas las tierras y todos los mares, todas las ciudades restauradas por la bondad del emperador, los pueblos conquistados por su valentía, las naciones paralizadas por el terror que inspira, las distancias, los ríos del mundo con sus afluentes, sus nacimientos y sus desembocaduras, los golfos y el Océano que envuelve la tierra. Un mapa que en opinión de este orador permite a los jóvenes revivir las grandes gestas de los príncipes, divisar los ríos de Persia, los brazos del Rin y el delta del Nilo. Concluyendo que «*ahora de hecho tenemos*

52 NICOLET, Cl., *op. cit.*, p. 6.

53 JACOB, Ch., *L'empire des cartes: Approche théorique de la cartographie à travers l'histoire*, París 1992, p. 353.

54 SPENCE, J., *Memory palace of Matteo Ricci*, Nueva York 1985, p. 149.

55 Cf. TROUSSET, P., *op. cit.*, p. 141.

56 ESTRABÓN IV 5.4; XVII 3.24.

57 *Res Gestae* 31; ESTRABÓN VI 4.2; XV 1.73. Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Vida de Constantino* I 7; III 7; IV 7, que establece la sumisión ficticia de escitas e indios para acrecentar el poder de Constantino.



36. Reconstrucción del mapa de Agripa.

verdadero placer al estudiar el mapa del mundo, ahora por fin vemos que ningún país es extranjero» (Pan., V 20-1).

El mapa era útil para mostrar al pueblo, al mismo tiempo, la grandeza del Imperio y la de sus gobernantes, cuyas gestas y logros se comprenden mejor cuando pueden ser localizadas en el espacio. Al igual que los victoriosos generales romanos, se emplea la parafernalia precisa para escenificar con imágenes lo que no se puede decir con la palabra. Toda la información geográfica se expone para plasmar la universalidad del Imperio. Cuantos mayores son los datos que contiene el mapa, mayor es la sensación de inmensidad e infinitud del Imperio. Paradójicamente cuanto más geográfico es el contenido de un mapa público, independientemente de su veracidad, en mayor medida aumentan sus posibilidades propagandísticas, aunque no toda la información sea entendida. El ciudadano puede pensar que el Imperio Romano es ecuménico por las conquistas de sus generales y gobernantes, y a la vez sentir orgullo por formar parte de una ciudad que había hecho de su imperio el mundo⁵⁸. *Urbi et orbi*⁵⁹.

CONCLUSIÓN

Al identificar Roma con el mundo, era inevitable que fuesen consideradas completamente carentes de interés aquellas regiones que se encontraban fuera de sus fronteras, y que las élites intelectuales se instalasen en un solipsismo autocomplaciente. En parte, esta suposición era cierta, y fue muy poco lo que se avanzó respecto al conocimiento del Imperio Parto y otros pueblos fronterizos. Pero, para muchos intelectuales de las múltiples nacionalidades del Impe-

⁵⁸ OVIDIO, *Ars Amatoria* I 174: «*atque ingens orbis in urbe fuit*»; PROPERCIO III 11.57.

⁵⁹ Sobre esta frase Cf. BRÉGUET, E., «*Urbi et orbi. Un clichè et un thème*», en *Hommage a M. Renard*, I Bruselas 1969, p. 140-152.

rio, el universalismo del mismo era cuestionable y más percedero que los logros culturales de los helenos, por lo que mantuvieron la mente abierta respecto a los confines del Imperio. Sin embargo, pertenecían a una cultura cuya tradición había sido fijada y estaba inmersa en una profunda somnolencia. Es cierto que las tierras extranjeras no abandonaron los relatos etnográficos, lo malo es que continuarían siendo estudiadas recurriendo a los mismos tópicos que se habían empleado desde hacía siglos. La geografía no va a avanzar ante el narcisismo de las dos grandes tradiciones culturales del Imperio Romano, la helena y la latina, que acabarían por fusionarse en una.

En apariencia, Augusto instauró un orden sólido y férreo que debía dar estabilidad a la nueva sociedad imperial romana. Sin embargo, las palabras de Mecenas (D. CASIO LII 36) en un anacrónico discurso, donde le recomendaba al joven *Princeps* protegerse de los charlatanes y de los ateos, reflejan los movimientos contrarios al nuevo orden. Paradójicamente, la civilización griega fue la que más profundamente resistió al pensamiento globalizador romano y la que más avivó otros movimientos disgregadores como el cristianismo, que sería progresivamente ensalzada y protegida por los mismos emperadores romanos. El inicio de dicha política podría retrotraerse a Augusto, quien tuvo relaciones con muchos sabios griegos (ESTRABÓN XIII 4.3; XIV 5.4; 14). ¿Acaso la *Eneida* de Virgilio no encierra en sus páginas un mensaje de reconciliación entre griegos y romanos? Una labor de mecenazgo no muy diferente a la realizada por los monarcas helenísticos, pues se buscaba la integración promoviendo un modelo cultural frente a los demás. En este caso, la identidad del Imperio Romano se construyó sobre una tradición cultural que se había estancado, que se había sumergido en un profundo inmovilismo ante la sustitución de la pluralidad de las ciudades estado por el autoritarismo de los reyes y el fortalecimiento de la cultura escrita frente a la oral.

Se cuenta la anécdota de que cuando Octavio quiso visitar la tumba de Alejandro se le preguntó si también deseaba ver las tumbas de los Ptolomeos. Este respondió que: «*había querido ver a un rey y no a muertos*» (SUETONIO, *Augusto* 18). Es una bella y contundente forma de decir que una edad ha terminado y que comienza otra nueva⁶⁰. Pero lo cierto es que los cimientos que soportaban el peso del nuevo orbe descansaban sobre otro muerto, el helenismo.

60 VIDAL-NAQUET, P., *Ensayos de historiografía. La historiografía griega bajo el Imperio romano: Flavio Arriano y Flavio Josefo*, Madrid, Alianza 1990, p. 39.

10. ESTRABÓN, POMPONIO MELA Y PLINIO: LAS ENCICLOPEDIAS DEL SABER

«En efecto, es ésta una especie de obra colosal, que explica las cosas en su magnitud y en su conjunto, excepto en el caso que algunos de los detalles insignificantes pueda despertar el interés del amante de la sabiduría y del hombre pragmático» (ESTRABÓN I 1.23).

Si los griegos inventaron y desarrollaron la geografía como una consecuencia de su desarrollo cultural y de su relación con el medio en el que vivían, los romanos hicieron avanzar la corografía como resultado de su expansión militar, que les llevó a apoderarse de todos los países alrededor del Mediterráneo¹. En primer lugar introdujeron la geografía en sus obras literarias, para posteriormente escribir monografías sobre algunas regiones de su imperio (ej., *Germania* de Tácito) o compendios generales, donde se describía todo el mundo. Algunos de esos estudios generales se compusieron en el Principado de Augusto y son un fiel reflejo del universalismo que imperó en la sociedad de este período. Las obras de los tres geógrafos que estudiamos a continuación son muy dispares. La de Estrabón fue una auténtica enciclopedia que cubrió todas las regiones de la *oikoumene* con gran detenimiento. Pomponio Mela, por el contrario, hizo el primer resumen en latín de los conocimientos que se tenían en su época sobre el mundo, con la intención de llevar la materia a un mayor número de lectores. Plinio no fue un geógrafo propiamente dicho, pero la forma de la tierra, los continentes y centenares de cuestiones relacionadas con la geología, botánica o astronomía tuvieron cabida en su *Historia Natural (Naturalis Historia)*, el primer gran vademécum de todo el saber del mundo antiguo. Estos tres autores constituyeron el mayor intento por compilar y resumir la tradición geográfica desde época helenística, es por este motivo que hemos decidido estudiar sus obras conjuntamente en un único capítulo, puesto que cada uno de ellos quiso tener un conocimiento universal del legado geográfico clásico.

1 SYME, R., «Military Geography at Rome», *CA* 7 (2) 1988, p. 227.

ESTRABÓN (I a.C.-I d.C.)

Estrabón² fue un griego culto, procedente de una noble familia del Ponto (XII 3.15; 39) muy ligada a Roma durante las guerras Mitridáticas (XI 2.18; XII 3.33). Fue educado en Asia Menor por Aristodemo de Nisa (XIV 1.48) y estuvo en contacto con las élites culturales del mundo griego³. Ateneo (XIV 657 F) dice que Estrabón, conoció personalmente a Posidonio. Lo cual resulta plausible, puesto que Aristodemo, el maestro de Estrabón era nieto de Posidonio. Pasó una importante parte de su vida en Roma lo que le permitió entrar en contacto con algunos de los personajes más prestigiosos de la época. Así durante sus estancias, y tomando como referencia su propia obra, sabemos que vio a P. Servilio Isaúrico (XII 6.2), a jóvenes británicos de gran altura (IV 5.2), cocodrilos egipcios (XVII 1.44), un hombre mutilado que era comparado con una herma por su falta de brazos (XV 1.73), la vista que desde Roma puede verse de Tibur (Tívoli), Preneste y Tusculum (V 3.11) o cómo Seluro fue devorado por animales salvajes en el foro de Roma (VI 2.6). Estuvo en Roma con ocasión del triunfo de Augusto sobre M. Antonio (X 5.3). Después realizó varios viajes, en uno de los cuales cruzó el Egeo vía Gyaros en el 29 a.C., (X 5.3), en otro acompañó a su amigo E. Galo a Egipto. Asegura que viajó hacia el oeste de Armenia, a Tirrenia y al sur del Euxino hasta Etiopía (II 5.11-12). Estos viajes le permitieron observar cosas que quedarían plasmadas en su obra como el estrechamiento del río Píramo al alcanzar el Tauro (ESTRABÓN XII 2.4) o las diferencias de hacer un viaje de Asia Menor a Roma por mar desembarcando en Brindisi o hacerlo por vía terrestre (VI 3.7). Regresó a Roma donde probablemente contempló el triunfo de Germánico (VII 1.4). De igual modo, admiró la belleza de los monumentos de Roma (V 3.8), los despojos de Corinto (VIII 6.23) y nos transmitió datos sobre la vida cotidiana de la ciudad (XVI 2.25).

Sin embargo, esto no conlleva necesariamente que hablase latín. Existen varios pasajes donde el de Amasia emplea latinismos⁴, pero son términos que no reflejan un dominio absoluto de la lengua. Cita a varios autores latinos, dos veces a Cicerón (XIV 2.25; XVII 1.13), una a Julio César (IV 1.1), Asinio Polión (IV 3.3), Fabio Píctor (V), Acilio (V), Delio (VI) y Tanusio Gémino (XVII 3.8). De entre estos Fabio Píctor y Acilio escribieron en griego y no en latín. Es un caso similar al de otros intelectuales griegos, como Plutarco, que estuvieron en la órbita de Roma.

OBRA

Estrabón redactó una obra histórica, desgraciadamente perdida, que continuaba la obra de Polibio de Megalópolis (*Suda*. Estrabón), pero a diferencia de Polibio no dedicó un único libro a la geografía, sino una obra entera gracias a la cual debe su fama de geógrafo, *Geográfica*. Compuesta por un total de 17 libros, ha llegado hasta nuestras manos prácticamente en su totalidad. Su obra es un compendio de toda la herencia geográfica helenística y de sus viajes por la zona oriental de la *oikoumene*. Habría sido compuesta tras su viaje por Egipto, ya fuese en Roma⁵ o

2 Cf. VIANA, J., «ESTRABÓN (1977-1999)», *EClás* 116, 1999, p. 79-111.

3 Tuvo contacto con Atenedoro de Tarso (XVI 4.21), los filósofos Boecio de Sidón, un filósofo del I a.C., alumno de Andrónico y de Nicolás de Damasco, y Diodoto de Sidón (XVI 2.24) y el orador e historiador Diodoro de Sardes.

4 ESTRABÓN III 1.4; 8; 9; 2.15; 4.20; 5.3; IV 1.9; 2.1; 4.3; 6.1; 2; 7; V 2.2; 8; 9; 10; 3.1; 6; 4.2; 4; 6; 10; VI 1.6; VII 1.2.

5 NIESE, B., «Beiträge zur Biographie Strabos», *Hermes* 13 (1) 1878, p. 45.

en el Ponto⁶ y dirigida a los lectores del Imperio Romano⁷. Quienes defienden, como Pais, que no pudo ser escrita en Roma, sostienen que autores como Plinio no conocieron sus estudios geográficos y que Estrabón desconoce los hechos históricos más importantes de Roma o el mapa de Agripa. Sin embargo, F. Josefo sí que empleó su obra histórica, y al parecer Estrabón se valió de un mapa para las descripciones que hizo de los países⁸, lo que explicaría por qué compara la forma de algunas regiones con realidades comprensibles para un lector (ESTRABÓN III 1.3).

El hecho de que un gran número de geógrafos del mundo antiguo sólo se hayan conservado en la obra de Estrabón puede provocar que quienes practicamos la *Quellenforschung* infravaloremos las aportaciones del de Amasia, y al estudiar exclusivamente los fragmentos de dichos autores pasemos por alto la contribución personal del mismo. Recientemente K. Clarke ha defendido que los escasos vestigios que tenemos sobre la vida o la persona de Estrabón provienen de su propia obra, por lo que no puede ser considerado como un autor impersonal o carente de interés⁹. Ni puede separarse el Estrabón geógrafo del historiador. No es un autor carente de atractivo, pero brilla con una luz mucho más débil que la que ilumina la tradición que recoge.

Autores como Posidonio, Hiparco, Eratóstenes, Polibio, Píteas, Artemidoro y los geógrafos de Alejandro le deben a Estrabón de Amasia que sus aportaciones a la ciencia geográfica no hayan caído en el olvido. Por Estrabón conocemos cómo Homero fue convertido en el geógrafo y en el etnógrafo por excelencia¹⁰. Pero no olvidemos que muchas informaciones de estos autores y de otros no empleados por Estrabón no han llegado hasta nosotros porque el de Amasia no las consideró relevantes: «*pues no se trata de contradecir absolutamente a todos, sino de dejar de lado a la mayoría, a la cual ni si quiera merece la pena seguirle el hilo, y ocuparse de aquellos que sabemos que las más de las veces han acertado. Porque no merece la pena siquiera ponerse a reflexionar sobre todos absolutamente, pero el hacerlo sobre Eratóstenes, Posidonio, Hiparco, Polibio y otros por el estilo, sí que es una hermosa labor*» (I 2.1). Su papel como transmisor del legado clásico no debe nunca subestimarse. Pero el hecho de que se vea obligado a hacer una selección refleja que en su época los gustos sobre geografía habían cambiado y que su principal habilidad reside en ser capaz de hacerla.

Como hemos dicho, Homero es considerado como el precursor (*archegetes*) de la geografía (I 1.2; 11), el poeta que ha sobrepasado a todos los demás (VIII 3.23). Para Estrabón es un error utilizar las ausencias de información detectables en los poemas homéricos (I 1.6), puesto que Homero conoce todo cuanto tiene que ser conocido y comunica todo lo importante mediante

6 RIDGEWAY, W., «Contributions to Strabo's Biography», *CR* Vol. 2, No. 3, 1888, p. 84.

7 PAIS, E., «Straboniana», *RFIC* 15, 1887, p. 100, consideró que la obra de Estrabón no estaba destinada ni a los políticos y ni a las élites romanas, sino a los griegos cultos de Asia Menor.

8 ESTRABÓN II 5.17: «*Es el mar sobre todo el que describe y da forma a la tierra, formando golfos, mares y estrechos e igualmente istmos, penínsulas y cabos; y a ello se añaden los ríos y las montañas. Pues por medio de ellos pueden reconocerse los continentes, los pueblos, los emplazamientos convenientes de ciudades y las demás variedades de que está lleno un mapa corográfico*». Algunos autores creen que era el mapa de Agripa. Cf. KLOTZ, A., «Die geographischen Commentarii des Agrippa und ihre Überreste», *Klio* 24, 1930-31, p. 45; SCHNABEL, P., «Die Weltkarte des Agrippas als wissenschaftliches Mittelglied zwischen Hipparch und Ptolemaeus», *Philologus* 90, 1935, p. 417-420; TIERNEY, J. J., «The Map of Agrippa», *PRIA* 63, 1963, p. 152; RIESE, A., *Geographi Latini Minores*, Hildesheim 1964, p. 1-8; NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Michigan 1991, p. 100-101; Mientras que DILKE, O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 43-44; p. 52, sostiene que era el mapa de J. César.

9 CLARKE, K., «In Search of the Author of Strabo's Geography», *JHS* 87, 1997, p. 109.

10 Cf. MURRAY, O., «Omero e l'etnografia», *Kokalos* 34-35, 1988-1989, p. 1-13.

epítetos (I 2.29). Esta defensa apasionada de las virtudes de Homero le impulsa a criticar a todo autor que no comparte su fe ciega en el poeta (I 2.30).

Una de las mayores influencias de Estrabón fue Polibio a quien consideró siempre un precursor¹¹ y un filósofo (I 1.1; 2.1; XI 9.3), llamándolo cariñosamente *o phile Polybie* («oh querido Polibio»). Pero la mayor ascendencia de Polibio se advierte en su método. Si Polibio se jactaba de escribir *Pragmatiké Istoria*, Estrabón entiende que redacta *Pragmatiké Geographia*¹². Polibio intentó escribir una historia universal que intentase hacer entender a sus lectores las causas del predominio de Roma (POLIBIO II 37.4). Estrabón escribió una geografía universal para enseñar a sus contemporáneos cómo las conquistas romanas habían ayudado a aumentar el conocimiento del mundo al hacer coincidir sus fronteras con los confines del mundo. Ambos eran helenos que escribieron bajo la hegemonía romana y que sintieron la necesidad de comunicar tanto a griegos como a romanos los cambios más importantes que se habían producido en su tiempo.

Sin embargo, para poder escribir su libro, Estrabón se valió tanto de los geógrafos helenísticos como de su propia experiencia personal. Lo que significa, en apariencia, que la autopsia seguía siendo un factor importante tanto en la labor de un historiador como en la de un geógrafo: «*Dirémos pues, lo que hemos visitado personalmente por tierra y por mar y aquello en lo que nos hemos fiado de lo que nos han dicho o de otros autores. Hemos visitado, de Oriente a Occidente, desde Armenia hasta Tirrenia frente a Sardo, y de norte a sur, desde el Euxino hasta los límites de Etiopía; de todos los demás autores que han escrito geografía no podría encontrarse uno solo que, viajando, haya recorrido mayores distancias que las mencionadas, sino que los que tratan más abundantemente las regiones occidentales no han abarcado tanto como nosotros en el Este, y los que hicieron lo contrario nos van a la zaga en los países occidentales; y lo mismo sucede con los países meridionales o septentrionales*» (II 5.11). Realmente las experiencias de Estrabón proceden de sus viajes a Roma y de su participación en la expedición de E. Galo a Egipto, pero como no pudo viajar a todas las zonas de la *oikoumene* tuvo también que apoyarse en los informes de otros viajeros: «*Pero la mayoría de las veces, tanto ellos como nosotros, es con datos y orales como componemos la forma y el tamaño y demás características naturales, cualidad y cantidad, de la misma manera que la inteligencia compone los conceptos a partir de los sentidos... Así también actúan los estudiosos y fiándose, como si se tratase de órganos sensibles, de los testigos oculares en lugares a los que la fortuna los llevó en sus viajes, cada uno en diferentes partes de la tierra, componen en un solo esquema el aspecto de la tierra habitada en su conjunto*». No obstante, como él mismo dice, la crítica y el comentario de los cuatro grandes geógrafos helenísticos componen el núcleo de su obra. Al igual que con Polibio, la autopsia y la erudición tienen el mismo protagonismo en su relato, sin que la primera desbanque a la segunda.

LA GEOGRAFÍA EN ESTRABÓN

Para Estrabón la geografía tiene un eminente valor práctico. Es útil tanto para el gobernante¹³ como para los estrategas (I 1.17). Como explica Jacob, la geografía es para Estrabón «*un instrumento de conquista, pero, sobre todo, de una política administrativa que tiene por finalidad*

11 MAZZARINO, S., *Il pensiero storico classico*, Roma, Laterza 1974, p. 493.

12 DUECK, D., *Strabo of Amasia: A Greek Man of Letters in Augustan Rome*, Londres 2000, p. 47.

13 ESTRABÓN I 1.16: «*Esencialmente está orientada a las necesidades de la vida política... está toda ella orientada hacia las acciones propias del gobierno*».

el bienestar de los pueblos»¹⁴. Tal vez esa sea la causa por la que defiende que «el geógrafo no hace geografía para el lugareño ni para el ciudadano cultivado que jamás se ha preocupado de lo que se llaman propiamente matemáticas; ni tampoco para el segador ni para el que cava la tierra, sino para el que es capaz de convencerse de que la tierra entera es así como la afirman los matemáticos y de lo demás que se sigue de tal hipótesis» (II 5.1). El de Amasia, consciente de la complejidad de su obra, exige al lector en sus prolegómenos que tenga unos conocimientos básicos de geometría y astronomía para poder comprender adecuadamente su libro (I 1.21). Pero, al contrario que los escritores de época helenística, sostiene que no se debe escribir exclusivamente para el lector culto y docto en geometría y matemáticas: «Es preciso que este escrito sea de interés general y que sea igualmente de utilidad para el hombre culto y para el público medio, como lo es mi obra histórica. Aquí como allí entendemos por hombre culto al que no carece plenamente de educación, sino que ha gozado plenamente de la instrucción basada en un plan de estudios, característica de los hombres libres y de los aficionados a la filosofía» (I 1.22). Pues para Estrabón, como pensador estoico que es, la geografía es una rama de la filosofía (I 1.1), ya que el filósofo con su *polymatheía* es el único suficientemente dotado para comprender una obra tan colosal y vasta, que el de Amasia llega a comparar con una enorme estatua (I 1.23). Estrabón comprende que tan ingente cantidad de información requiere una selección, que el político ocupado en los asuntos de gobierno no tiene tiempo para hacer¹⁵. El filósofo se dedica tanto a estudiar las cuestiones divinas, la ciencia política como el arte de vivir y de la felicidad (I 1.1). Una filosofía, la estoica, que, como hemos dicho anteriormente, tuvo una gran influencia en la evolución y el desarrollo del pensamiento geográfico.

Tiene razón Van Paassen¹⁶ cuando dice que Estrabón concibe la geografía como una *anthroposfera*, en la que el hombre que vive en sociedad, y no el ámbito físico, es lo que la define. El ser humano es, por tanto, el auténtico protagonista de la *Geografía* del de Amasia.

ESTRABÓN Y EL IMPERIO ROMANO

El objetivo de Estrabón al escribir su geografía no fue, en modo alguno, crear una nueva historia de Roma, a la manera de otros griegos que habían sentido la necesidad de explicar y comprender las causas de la ascensión del Imperio Romano, pero su visión está claramente imbuida por los acontecimientos políticos de su tiempo. La visión del mundo que tiene el geógrafo de Amasia, como afirma Nicolet, está profundamente influenciada por su ideología política¹⁷. La imagen de Augusto, en la geografía de Estrabón, está envuelta por una luz beatífica y elogiosa que lo presenta como *Pater Patriae* y como el responsable de haber traído una época de paz a todos los habitantes del Imperio, la *Pax Augusta*¹⁸: «Por otra parte, resulta difícil administrar

14 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008, p. 192.

15 ESTRABÓN I 1.21: «La investigación de las causas concierne al filósofo; al que participa en la vida política, en cambio, no le está permitido tanto tiempo libre, o, al menos, no siempre».

16 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 19.

17 Cf. NICOLET, Cl., *op. cit.*, p. 47.

18 NICOLET, C., *op. cit.*: «It is not a coincidence that the most complete geographic work handed down from antiquity, that of Strabo, is from Augustan period» (p. 8). Cf. ENGELS, J., «Die Geschichte des Alexanderzuges und das Bild Alexanders des Grossen in Strabons Geographika. Zur interpretation der Augusteischen kulturgeographie Strabons als quelle seiner historischen auffassungen», en W. Will (ed.), *Alexander der Grosse: Eine Welteroberung und ihr Hintergrund*, Bonn 1996, p. 135, quien señala que para el de Amasia el Principado de Augusto y el reinado de Alejandro significaron el final de una época.

un poder semejante si no recae en manos de un solo hombre, como si fuera un padre. De hecho, jamás tuvieron los romanos y sus aliados la posibilidad de disfrutar de una paz semejante y una abundancia de bienes como la que les ha reportado César Augusto, después de que asumió el poder soberano» (VI 4.2). Augusto es presentado como un general victorioso¹⁹ y como un misericordioso gobernante²⁰, mientras que su rival M. Antonio no sale bien parado al recordarse su célebre ebriedad²¹.

Esta actitud de Estrabón no era en absoluto infrecuente en su tiempo²². El interés por la geografía en la Roma del Principado fue una constante. Los poetas del círculo de Mecenas ensalzaron la figura de Augusto que había instaurado una nueva Edad de Oro. El orgullo nacional se muestra cuando los pueblos conquistados son enumerados en los versos de los poetas romanos²³. Esta es la actitud de Horacio (*Odas* IV 14.11; 4.18; 2.36; *Carmen Saeculare* 53-6) y Tibulo (Corp. Tibul. IV 1.106-76). Pero quizás el que alcance mayor perfección combinando la geografía y la historia para ensalzar la gloria de un gobernante sea Virgilio²⁴. La mención al Caspio, a la laguna Meótide, al Nilo, pero sobre todo a la ciudad de Nisa (India), nos lleva de inmediato a pensar en las conquistas de Alejandro²⁵, pero también en las tradicionales fronteras de la *oikoumene*²⁶. En la sociedad de Estrabón los límites del mundo se hacen coincidir con las fronteras del Imperio Romano²⁷, mientras que otros estados, como el parto, son ignorados o se hacían pasar por súbditos de los romanos: «*En cuanto a los partos, aunque son un pueblo limítrofe y muy poderoso, han concedido a los romanos y a los gobernantes de nuestra época tal grado de supremacía que, no sólo han devuelto a Roma los trofeos que erigieron en otro tiempo en sus enfrentamientos con los romanos, sino que incluso el rey Fraates ha confiado a sus hijos y a los hijos de sus hijos a César Augusto, convirtiéndolos, con ánimo conciliador, en garantía de su amistad. En la actualidad, éstos vienen con frecuencia a Roma para buscar a un rey y casi se hallan próximos a poner en manos de los romanos toda su autoridad*» (VI 4.2). Sin embargo, en otros pasajes ambos imperios son equiparables en opinión de Estrabón: «*La supremacía de los romanos y de los partos ha divulgado considerablemente más conocimiento que el que previamente nos había llegado por la tradición*» (XI 6.4 Cf. XI 9.2). El geógrafo recuerda incluso la victoria de los partos sobre los romanos (I 1.17). También Floro reconoce que algunos pueblos extranjeros vivían más allá de los territorios controlados por los romanos (II 30, los germanos; II 34, los partos). T. Pompeyo afirmaba que los romanos y los partos se habían repartido el mundo (JUSTINO XL 1.1).

19 Guerras Cántabras (III 3.8; VI 4.2); salasos (IV 6.7); yápodas (IV 6.10); Liguria, Galia Cisalpina y Transalpina (VI 4.2); expedición contra los Getas (VII 3.11); ciudades dálmatas (VII 5.5); saqueo de una fortaleza en el Éufrates (XI 14.6).

20 Organiza y protege la ciudad de Roma del fuego (V 3.7); restaura ciudades asiáticas dañadas por los terremotos (XII 8.18); se relaciona con intelectuales helenos (XIII 4.3; XIV 5.4; 14).

21 ESTRABÓN XIV 1.14; XVII 1.11.

22 Cf. MOYNIHAN, R., «Geographical mythology and Roman imperial ideology», en *The Age of Augustus*, Providence 1985, p. 152.

23 MAYER, R., «Geography and Roman Poets», *G&R* 33, 1, 1986, p. 53.

24 VIRGILIO, *Eneida* VI 791-807. Cf. VIII 722-8, donde las alusiones a los pueblos conquistados están presentes en la descripción de las armas de Eneas.

25 VIDAL-NAQUET, P., *Ensayos de historiografía. La historiografía griega bajo el Imperio romano: Flavio Arriano y Flavio Josefo*, Madrid 1990, p. 39; BOSWORTH, A. B., «Augustus, the Res Gestae and Hellenistic Theories of Apotheosis», *JRS* 89, 1999, p. 4.

26 WHITTAKER, C. R., *Rome and Its Frontiers: The dynamics of empire*, Londres 2004, p. 144.

27 BIANCHETTI, S., «La carta e il potere: Dalla scienza di Eratostene all'organizzazione dello spazio di Augusto», en *Ceremoniales, ritos y representación del poder*, Castellón de La Plana 2004, p. 266.

Esta actitud contradictoria se explica ante la existencia de una doble forma de contemplar las conquistas romanas. Por una parte tenemos la propaganda romana oficial que identifica el Imperio con el mundo, por otra la de los intelectuales griegos, como Timágenes²⁸, menos proclives a exaltar de forma exagerada los éxitos militares de los romanos cuando tenían siempre presentes los suyos propios. Son estos los mismos autores que T. Livio (IX 18.6) debía de tener en mente cuando criticaba a los «*levissimi ex Graecis*», que igualaban los éxitos de los partos y los romanos. Los mismos autores que encumbraron a Alejandro de Macedonia como un campeón del helenismo, cuya hazaña la conquista del Imperio Persa, nunca fue igualada por los romanos²⁹. Siendo Estrabón de Amasia un autor entre dos mundos es lógico que recogiese estas dos visiones del imperio.

Otras regiones como Britania (IV 5.2) o Germania (VII 1.4) no habían sido conquistadas por el propio deseo de los romanos debido a su lejanía o a que no suponían un verdadero peligro para los conquistadores latinos: «*Para las necesidades de gobierno no sería de ninguna utilidad conocer tales regiones ni sus habitantes y sobre todo si habitan islas tales que no pueden causarnos daño ni provecho por la ausencia de relaciones*» (II 5.8). Los límites del mundo se establecen a partir de un criterio cultural fuera del cual todo carece de valor.

Los britanos habían enviado embajadores a Augusto, lo que significaba que reconocían su hegemonía (IV 5.3), y respecto a los germanos hay que destacar la relación entre su líder Marobodo y el propio Augusto (VII 1.3) y los presentes enviados por los cimbrios al emperador (VII 2.1). El embajador de la reina Candace de Etiopía también presentó sus respetos al Emperador (XVII 1.54). En las *Res Gestae* (31-2) otra alusión a unas embajadas de los indios, persas y medos produce el mismo efecto en el lector (Cf. SÜETONIO, *Augusto* 2; FLORO II 34; D. CASIO LIV 9.8). Estrabón (XV 1.73) recoge también el envío de embajadores indios a Roma. Éstos habrían presentado a Augusto una carta de un rey llamado Poros. Como colofón uno de los integrantes de la comitiva se inmoló en Atenas, como anteriormente lo había hecho el brahmán Cálano en Persépolis.

De esta forma, las tradicionales regiones que marcaban los límites del mundo mostraban su sometimiento a los romanos. Roma gobernaba de forma beneficiosa a sus súbditos porque en sí misma Roma era el mundo (XVII 3.24). Un mundo con fronteras que Augusto (TÁCITO, *Anales* I 11.19) recomendó nunca atravesar a su heredero Tiberio. Mucho después Elio Arístides seguía manteniendo esta visión ecuménica y universalista, sin ninguna ambigüedad, en su *Elogio a Roma* (28-30).

Dicho esto, resulta incuestionable que Estrabón era muy consciente de la importancia que había tenido Roma en el ensanchamiento del mundo: «*En efecto el imperio de los romanos y el de los partos han supuesto para los autores actuales una gran aportación a este tipo de estudios, de la misma manera que la campaña de Alejandro la supuso para los autores posteriores, según afirma Eratóstenes. En efecto, descubrió para nosotros gran parte de Asia y la totalidad de las regiones del norte de Europa hasta el Istro; los romanos, por su parte, descubrieron la totalidad de las regiones occidentales de Europa hasta el río Albis (Elba), que divide Germania en dos, así como las regiones de más allá del Istro hasta el río Tiras (Dniéster); y las regiones*

28 BREISACH, E., *Historiography Ancient, Medieval, and Modern*, Chicago 2007, p. 61.

29 SWAIN, J. W., «The theory of the four Monarchies: Opposition history under the Roman Empire», *CPh* 35, 1940, p. 1-21; ASIRVATHAM, R. S., «Classicism and Romanitas in Plutarch's *De Alexandri Fortuna aut Virtute*», *AJPh* 126, 2005, p. 107-125; MOLINA MARÍN, A. I., «Política y confrontación en los banquetes macedonios en la obra de Plutarco», en *Symposium and philanthropia in Plutarch*, Coimbra 2009, p. 201-209.

de más allá hasta el país de los meotes y el litoral que termina en el país de los colcos las dio a conocer Mitrídates, por sobrenombre Eupator, junto con sus generales; por su parte, los partos nos dieron a conocer mejor las regiones de Hircania y Bactriana, así como a los escitas que viven más allá de éstas y que eran mucho menos conocidos por los anteriores geógrafos. De manera que bien podríamos decir al respecto algo más que los que nos precedieron» (I 2.1).

Estrabón menciona la ampliación del mundo por el este, hecha por Alejandro, y la ampliación occidental realizada por los romanos. No hay, ni habrá expansión hacia al norte o hacia el sur, porque lo que realmente dota al Imperio de un carácter ecuménico es extenderse hacia los lugares donde nace y se pone el sol³⁰.

Pero también sabe del papel que han jugado los romanos en la civilización³¹ de estos pueblos bárbaros: «Y los romanos, que se han hecho cargo de muchos pueblos incultos por naturaleza, por las regiones que habitan o por ser escarpados o sin puertos o helados o difíciles de habitar por cualquier otro motivo, han trenzado lazos entre pueblos que estaban desprovistos de ellos y enseñaron a los pueblos más salvajes a vivir civilizadamente» (II 5.26). Respecto a los galos dice: «Y como por influencia de los romanos los bárbaros del interior se iban civilizando y apartando de la guerra para concentrarse en ocupaciones urbanas y agrícolas» (IV 1.5). Lo mismo opina sobre los turdetanos (III 2.15), massaliotas (IV 1.5), Céltica y Cavari (IV 1.12). Por el contrario, los pueblos como los cántabros todavía no conquistados, se caracterizan por su salvajismo y por su falta de derecho (III 3.8). Pero ahora que todos los pueblos han sido sometidos a un único poder, están libres de peaje alguno y abiertos a todos (IX 4.15). Roma, como afirma M. J. Hidalgo, se erige así en la potencia universal civilizadora del cosmos «sobre el que extiende su humanitas, ocultando lo que no es más que una dominación política, ideológica y lingüística en el marco del mismo imperialismo romano, y soslayando que fuera de este limes quedaban pueblos extranjeros no sometidos a la acción dominadora romana, que mantienen sus lenguas y sus formas de vida culturales y tecnológicas, y que en el transcurso de los siglos muchos de ellos cruzarán las fronteras para instalarse en territorios romanos como inmigrantes autorizados y muchos se enrolaban en las tropas imperiales»³².

Si la obra de Polibio es la respuesta de un heleno ante la expansión de Roma, la de Estrabón es la consecuencia ante un Imperio que ha terminado de fijar sus fronteras y que se deleita contemplando su inmensidad.

GEOGRAFÍA REGIONAL

Como hemos dicho anteriormente la obra de Estrabón está dividida por regiones. Tras sus *prolegómenos* los 15 libros restantes están dedicados a estudiar monográficamente una región de la *oikoumene*: «El mundo que habitamos y conocemos» (I 4.6). Tratándose del mayor estudio regional de la antigüedad, de un auténtico inventario del mundo.

De hecho, la obra de Estrabón supone el paso de la geografía universal de época helenística a la regional³³, puesto que, pese a que trata toda la *oikoumene*, las zonas que se

30 Cf. SALUSTIO, *Catilinas* 36.4; OVIDIO, *Ex Ponto* I 29-30.

31 Cf. THOLLARD, P., *Barbarie et civilisation chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie* Ann. Litt. Univ. de Besancon no 365, Centre de Rech. d'Hist. Ancienne 77, Les Belles Lettres, París 1987, 5ss.

32 HIDALGO DE LA VEGA, M. J., «Algunas reflexiones sobre los límites del *oikoumene* en el Imperio Romano», *Gerión* 23, 2005, p. 271-285; p. 276.

33 Cf. VAN PAASSEN, C., *op. cit.*, p. 17.

tratan con mayor detenimiento son las provincias romanas y sus fronteras. La corografía triunfaba en Roma ante la obligación de administrar un Imperio. El de Amasia responde a las necesidades y tendencias romanas eminentemente descriptivas, si se compara su obra con la que un siglo después escribió Ptolomeo³⁴. De hecho, al final de la obra (XVII 3.25) se hace referencia a las reformas administrativas del 27 a.C., en las que las provincias fueron divididas entre aquellas que eran gobernadas por el senado y por Augusto (DIODORO LIII 12.1-2). Nuestro autor es muy consciente de que el geógrafo tiene que valerse de divisiones naturales, como ríos o montañas, y también de divisiones artificiales como las establecidas por la administración romana.

El mundo para Estrabón es esférico y está rodeado por el Océano en su totalidad, por lo que aceptaba la tradicional visión de la tierra establecida desde los tiempos de Homero: «*Quede pues establecido que la tierra junto con el mar es de forma esférica... de manera que no hablamos de forma esférica referida a tierra y mar como si estuviese hecha en un torno... Piénsese, pues, en una Tierra de cinco zonas y en el Ecuador situado en ella como un círculo, y en otro, paralelo a éste, que limita la zona Glacial en el Hemisferio Norte y, a través de los Polos, otro círculo que corta a éstos en ángulo recto. Como el Hemisferio Boreal contiene dos cuartas partes de la Tierra... en cada una de ellas se toma una región con forma de cuadrilátero... En cualquiera de estos cuadriláteros, y parece que no importa nada en cuál de ellos, decimos que está nuestro mundo habitado, bañado por el mar por todas partes y semejante a una isla*» (IV 1.12). El Océano que circundaba la tierra encajaba muy bien con las aspiraciones imperialistas romanas. La existencia de tan enorme frontera natural reafirmaba directamente el carácter ecuménico del Imperio. Resultando que no se ponía en duda la existencia de 4 grandes golfos: el Caspio, el Arábigo, el mar Eritreo y el Mediterráneo. Y la tierra se dividía en 3 continentes, Europa, Asia y África. Estrabón era consciente de las diferencias climáticas y faunísticas entre los continentes y creía que estas diversidades eran un factor clave para justificar y explicar las variaciones entre los pueblos³⁵.

La longitud del mundo es la misma que estimó Eratóstenes, pero sin embargo, no conserva el límite septentrional de la *oikoumene*, porque Estrabón niega que exista la isla de Tule, al igual que la de Cerne (I 3.2), que era tradicionalmente considerada la tierra más al norte del mundo habitado. El orden por el que se organizaba la división del mundo era en dirección contraria al movimiento del astro rey, de Occidente a Oriente:

Libro III: Hispania.

Hispania o Iberia queda definida por el mar que la rodea por tres de sus cuatro partes y por los Pirineos en la cuarta, que según la tradición antigua tienen una orientación norte sur. No es casualidad que el geógrafo comience por Hispania en su descripción regional de la tierra, pues aquí se encuentra el Promontorio Sacro (*Hierón Akrotèriou*), la actual Finisterre, y las Columnas de Hércules, que eran los límites occidentales de la *oikoumene*. Desde el Promontorio Sacro, Estrabón inicia su avance hacia el este. La vieja división de Hispania en dos provincias (Citerior y Ulterior) es superada, pues con Augusto hubo una nueva división provincial. Se crearon las

34 DUECK, D., *op. cit.*, p. 125.

35 Cf. MONTERO BARRIENTOS, D., «El determinismo geográfico, la geografía económica y el imperialismo en la obra de Estrabón», *SHHA* 13-14, 1995-96, p. 311-330, considera que Estrabón no fue un ciego seguidor de la teoría de que el medio determina al hombre, puesto que en definitiva las características de los pueblos se pueden deber al azar, la costumbre, el hábito o el contacto con otras naciones.

provincias de Lusitania y Bética, que corresponden a la antigua Hispania Ulterior (Cf. ESTRABÓN III 1.6; 3.3; 4.20).

Para la historia ha quedado la imagen de Hispania con forma de piel de toro (III 1.3), pero que se cree que pudo haberla tomado de Posidonio de Apamea³⁶, una de sus principales fuentes junto a Polibio, Asclepiades de Mirlea³⁷ y Artemidoro³⁸ para la zona. La descripción etnográfica de Estrabón se centra en la labor civilizadora de Roma y en la resistencia de algunos pueblos como el cántabro a la misma o en costumbres que rechaza, como el enjuagarse los dientes con orina³⁹. La existencia de la barbarie reside en la orografía y en el relieve que imposibilita a estos pueblos comunicarse con otros y progresar. El norte incivilizado se contrapone al sur, en donde la presencia romana ha comenzado a dar sus frutos. Turdetania (III 1.6) tiene, por tanto, unos recursos naturales y una riqueza acordes con su grado de desarrollo. En consonancia con esta realidad, el número de datos aumenta, el geógrafo se explaya en los territorios que mejor conoce. Las minas son uno de elementos en los que más se centra, al ser uno de los símbolos más claros de la riqueza del sur⁴⁰. La abundancia de ríos de la Bética, la riqueza del suelo, la beatitud del clima (III 2.3-4) son ejemplos de que la prosperidad para Estrabón va unida a la civilización. En cambio, en el norte, donde no han prosperado las vías de comunicación, la navegación o las relaciones de los pueblos, abunda la pobreza (III 4.1).

Libro IV: Galia y Bretaña.

Después de Iberia se describe la Céltica que tiene su inicio al oeste de los Pirineos y su fin al este del Rin, y que se divide a su vez en cuatro provincias: Narbonense, Lugdunense, Aquitania y Bélgica.

En Estrabón se repite uno de los errores geográficos más frecuentes de la antigüedad, la situación de la isla de Britania. Para los antiguos la costa sur de la isla se extendía en línea recta frente a la costa gala, desde el Rin a los Pirineos. La razón pudo haber residido en haber creído que los tradicionales lugares de embarque hacia la isla, Rin, Loira, Sena y Garona (IV 5.2) se encontraban frente a la isla⁴¹. Esto provocaba que un accidente geográfico tan importante como el golfo de Vizcaya fuese pasado por alto⁴².

Estrabón justifica que Britania no se encuentre bajo la égida de Roma por su lejanía, mientras que Irlanda es vista como un lugar fuera de la cultura y la civilización de Roma, donde impera el canibalismo y el incesto (IV 5.4).

36 SCHULTEN, A., y BOSCH GIMPERA, P., *Hispania. Etimología, Geografía, Historia*, Sevilla 2004, p. 27; BLÁZQUEZ, J. M., «La Hispania en época de Augusto vista por los escritores contemporáneos. Estrabón y Trogo Pompeyo», *Gerión* 24, 2006, p. 237-249.

37 ALONSO-NÚÑEZ, J. M., «Les notices sur la péninsule ibérique chez Asclépiade de Myrléa», *AC* 47, 1978, p. 176-183.

38 SCHULTEN, A., *FHA* VI, Barcelona 1952, p. 1-4; PLÁCIDO SUÁREZ, D., «Estrabón III: El territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano», *Habis* 18-19, 1987-1988, p. 243-256.

39 BERMEJO BARRERA, J. C., «Los excrementos y la política. Una nota a Estrabón III, 4, 16», *Caesaraugusta* 53-54, 1981, p. 277-290.

40 III 2.3; 8 (Turdetania); 10 (Cartago Nova).

41 JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 112-113.

42 GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Estrabón, Geografía III 5.1 [C 167] y la concepción Hodológica del espacio geográfico», *Habis* 21, 1990, p. 79-92; p. 88.

Libro V y VI: Italia y Sicilia.

Las fuentes que empleó para esta zona fueron Polibio, Artemidoro, Posidonio y Timeo, especialmente este último para la zona de Sicilia. La descripción geográfica de Italia se organiza siguiendo el eje Norte-Sur. La descripción de la Península Itálica como un triángulo es recogida por Estrabón: «*No cabe duda de que no resulta sencillo delimitar toda la Italia actual en una figura geométrica, no obstante algunos autores sugieren que consiste en un promontorio triangular orientado hacia el sur y el levante invernal, con su vértice en el estrecho de Sicilia y su base en los Alpes*» (IV 1.2). No obstante, la presentación no es únicamente geográfica, pues los datos se suelen combinar frecuentemente con hechos políticos que explican el cómo y el porqué del auge de Roma (VI 4.1-2). Son las condiciones naturales de la Península Itálica las que explican cómo pudo convertirse en un imperio. El estar rodeada de agua por todas partes salvo una, y que a su vez esté protegida por una cadena montañosa casi insalvable. Todo esto, junto al no tener puertos, provocó que no fuese fácilmente conquistada por pueblos invasores. La beatitud climática le permite tener toda clase de plantas y animales en su suelo, pero es ante todo su situación, el centro (VI 4.1), la causa última de su supremacía. Como puede observarse, es sobre todo en estos libros donde Estrabón refleja hasta qué punto está imbuido por el pensamiento ecuménico de su época, que había sido difundido por los autores latinos. Es, en definitiva, la nueva Edad de Oro instaurada por César Augusto.

Libro VII: Norte de Europa, sur del Istro, Épiro, Macedonia y Tracia.

En este libro Estrabón estudiaba territorios peor conocidos y menos delimitados que los anteriores. Se trataban de lugares que tradicionalmente se pensaba que estaban bañados por el Océano, es decir, que se encontraban en los confines de la tierra. La presencia de tribus bárbaras provocaba que estas regiones fuesen aún más desconocidas para los grecorromanos, por lo que la pervivencia de viejas historias en esta zona era bastante comprensible (Cf. ESTRABÓN VII 3.3-5). Las fuentes que empleó para documentarse sobre estos territorios son muy dispares: Homero, Hesíodo, Éforo, Eratóstenes, Ptolomeo I, Posidonio, etc. Todo ello origina que Estrabón introduzca en su relato una defensa de Homero frente a las críticas de Eratóstenes (VII 3.6).

Además, al tratarse de regiones interiores, Estrabón no puede recurrir al litoral marino como punto de referencia para ordenar su descripción. El curso del Danubio le sirve como sustituto, aunque es más una frontera, puesto que se desconoce prácticamente todo cuanto queda al norte. De esta manera, siguiendo la dirección oeste-este comienza por Germania y sigue con los cimbrios, los hombres que viven más al norte. Estos pueblos, que habitan al norte del Danubio, son principalmente pueblos nómadas de las estepas: tracios, getas, misios, dacios y escitas. La descripción de Danubio, su desembocadura (Cf. HERÓDOTO IV 47; TÁCITO, *Germania* 1) y la isla de Peuce son pasajes de gran interés. De igual modo, lo es su explicación de cómo puede afectar el intenso frío a la fauna y al modo de vida del lugar (VII 3.18). Después de hablar del Quersoneso Táurico, la Laguna Meótide, el Bósforo Cimerio y el Tanais, pasa revista a los pueblos que habitan al sur del Danubio, es decir, Panonia, Iliria, Macedonia y otros pueblos de los Balcanes. La vía *Egnatia*, que iba del Adriático al Bósforo Tracio, es su nuevo eje de referencia. La narración comienza de nuevo por el Oeste, Épiro, siendo entonces cuando se interrumpe drásticamente, al no conservarse la parte consagrada a Macedonia y Tracia. En general, lo dicho por Estrabón no supone grandes cambios respecto a los datos que se tenían del Danubio y los Balcanes desde hacía siglos. Deben tenerse en cuenta las dificultades señaladas, así como sus

fuentes, pero sobre todo hay que tener claro que el estereotipo del pueblo nómada no evolucionó en el mundo clásico, porque fue creado y conservado por y para pueblos sedentarios.

Libro VIII-X: Peloponeso, Grecia septentrional, central e islas.

Aquea fue la única provincia romana que Estrabón visitó en esta zona y esa es una de las razones que explican la gran importancia de la península de Grecia en su *Geographia*⁴³. Se ha discutido mucho sobre el conocimiento que Estrabón tenía de Grecia y su entorno geográfico⁴⁴. A pesar de su escaso territorio, la Grecia continental y sus islas ocupan tres de los quince libros dedicados a la descripción corográfica del mundo. De hecho un total de ocho libros están dedicados al ámbito del mundo griego: Asia Menor, Tracia o la Magna Grecia. Lo que demuestra que la cultura griega seguía teniendo un papel muy importante en la *Geographia* de Estrabón.

Libro XI: Asia: Tauro, Partia, Media y Armenia.

El Tauro es un elemento esencial en la geografía de Asia, porque le sirve a Estrabón para dividir el continente en cistáurica y transtáurica. La cistáurica estaría formada por Anatolia y todos los territorios al norte desde el Tanais y la costa oriental de la laguna Meótide y el Ponto Euxino. Algunas regiones, pese a estar al sur del Tauro, como Cilicia, Licia y Panfilia son también incorporadas en su descripción de la cistáurica. El relato tiene una orientación norte-sur desde el litoral oriental de la laguna Meótide hasta la Cólquide. Continúa después con la transtáurica que llega hasta la Bactria y la Sogdiana. Posteriormente, reanuda la descripción desde el mar Caspio, siguiendo una dirección este-oeste (Media, Armenia y Capadocia).

Libro XII-XIV: Asia Menor.

La mayor parte de estos libros está dedicada a Asia Menor. No es de extrañar que se dediquen tantos libros a una sola región, pues era la patria de Estrabón y el lugar donde tenía un mayor conocimiento sobre el terreno⁴⁵. En el libro XIV describe de norte a sur y de este a oeste la costa desde Jonia hasta Cilicia.

Libro XV: India, Ariana y Persia.

En este libro se trataban las regiones más alejadas de la *oikoumene* oriental, donde Estrabón nunca había estado, esto provoca que dependa en mayor medida de las fuentes que tan duramente critica⁴⁶. Aproximadamente dos terceras partes del libro están dedicadas a la India (XV 1.11-73), mientras que la extensión de las otras dos regiones como Ariana (XV 2.1-14) y Persia (XV 3.1-24) es más pequeña. Nuevamente las zonas se delimitan recurriendo a los accidentes geográficos. Los límites de la India quedan enmarcados al norte por el Paropamisos, el Emodo y el Imavo, al oeste por el Indo, a suroeste por el Océano. Los ríos, el Indo y el Ganges, ocupan buena parte de su descripción corográfica, siendo comparados con el Nilo, porque sin duda así lo hicieron sus fuentes de información. La naturaleza marcadamente maravillosa de esta región

43 POTHECARY, S., «The European provinces: Strabo as evidence», en *Strabo's Cultural Geography*, Cambridge University Press 2005, p. 162.

44 WADDY, L., «Did Strabo visit Athens?», *AJA* 67, 1963, p. 296-300.

45 PRONTERA, Fr., «Del Halis al Tauro. La descripción y representación del Asia Menor en Estrabón», en *Otra forma de mirar el Espacio. Geografía e Historia en la Grecia antigua*, Málaga 2003, p. 123-138.

46 BIFFI, N., *L'Estremo Oriente di Strabone. Libro XV della Geografia. Introduzione, traduzione e commento*, Bari 2005, p. 18.

respecto a otras anteriores queda reflejada por la presencia no cuestionada por Estrabón de los Hiperbóreos (XIV 1.27), algo que no ocurría en Europa (VII 3.1). La Ariana es definida como la primera región al oeste de la India (XV 2.1) y sus fronteras fijadas en el Indo en el este, el promontorio de la Carmania en el sur, las Puertas Caspias al oeste y al norte el Paropamisos. La árida región de Gedrosia es una de las que más llaman la atención de Estrabón. Persia, en cambio, es descrita según un esquema bastante canónico dependiente de la variabilidad del clima y del paisaje, pudiéndose distinguir tres zonas: La zona costera del sur, mucho más árida; La central llana y fértil; La septentrional que es montañosa y fría.

Libro XVI: Territorios entre Persia, el Mediterráneo y el mar Rojo.

En el libro XVI de su *Geographia* Estrabón describe Mesopotamia, Siria y la costa del mar Rojo desde Egipto, Etiopía hasta la región productora del Cinamomo (Árbol de la Canela), habitada por los trogloditas y por otros grupos similares. La primera región en ser descrita es Siria. La segunda es Babilonia, una gran ciudad que también llama la atención del geógrafo, especialmente sus monumentos, como los Jardines o la tumba de Belo. Posteriormente, desfilan por su narración las ciudades de Seleucia, Ctesifonte y Artemita. Avanza hasta la Susiana y se detiene en describir los pueblos montañosos como los coseos. La aparición de Zeugma hace entrar en escena la tierra entre el Tigris y el Éufrates, Mesopotamia. El segundo capítulo del libro está dedicado a Siria, cuyos confines son delimitados por Estrabón, teniendo el territorio de la antigua Fenicia un mayor protagonismo que el resto, aunque no elude hablar de las ciudades judías. En el tercer capítulo se dan datos generales de la posición de Arabia respecto a Siria y Babilonia, para después describir la costa del golfo. Desechada la posibilidad de que hubiera utilizado la autopsia en estas regiones, debió de valerse de fuentes escritas (Eratóstenes, Posidonio y Artemidoro) y orales (Atenodoro de Tarso; E. Galo)⁴⁷.

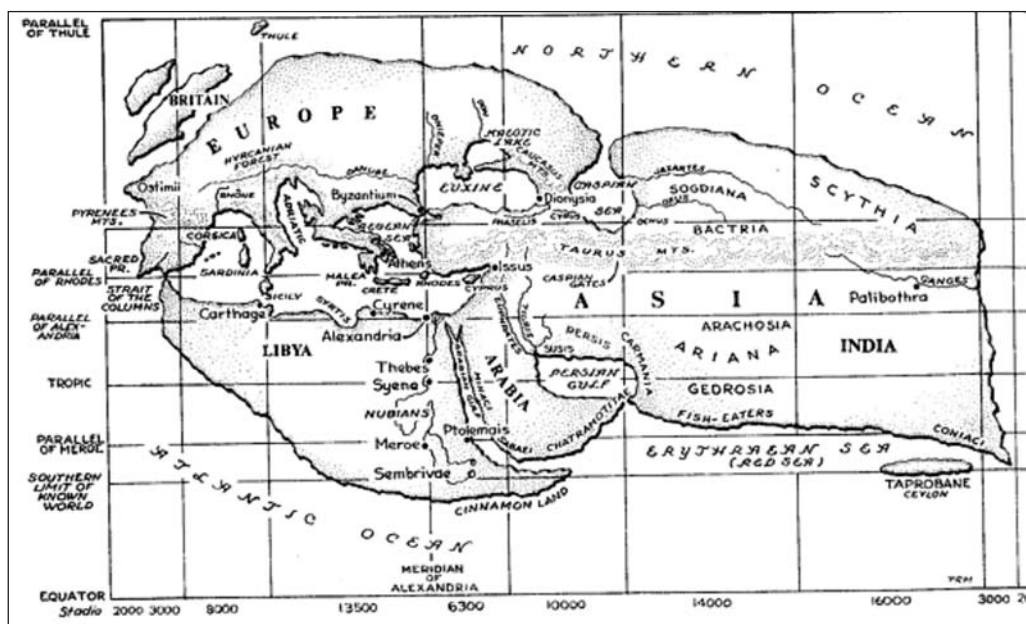
Libro XVII: Egipto y Libia.

En el libro XVII se pretende describir las regiones que en el libro anterior habían sido recogidas de forma más somera en su comentario del mar Rojo. El río Nilo le sirve tanto de punto de referencia en su análisis como de límite entre los continentes. Un río que es definido como esencial para la historia de la región de Egipto. Alejandría es concebida como el punto ideal en torno al cual gira todo el capítulo de Egipto⁴⁸. El país del Nilo recibe un tratamiento más exhaustivo que todo el continente de Libia, que queda reducido al tercer y último capítulo del libro. Quizás la razón residiese en la ausencia de datos fiables sobre dicho continente⁴⁹. Estrabón no cita en ningún momento la obra de Juba, que sería una de las fuentes principales de autores posteriores como Plinio, luego debemos de considerar que o bien no la conoció o bien no se había publicado en el momento en que redactaba su geografía.

47 BIFFI, N., *Il Medio Oriente di Strabone: libro XVI della Geografia. Introduzione, traduzione e commento*, Bari 2002, 14ss.

48 BIFFI, N., *L'Africa di Strabone. Libro XVII della Geografia. Introduzione, traduzione e commento*, Bari 1999, p. 37.

49 ESTRABÓN II 5.33: «La mayoría de los pueblos que habitan Libia son desconocidos, porque en su mayor parte no ha sido recorrida por expediciones militares ni por extranjeros y son pocos los lugareños que vienen a nuestro país desde tan lejos y lo que cuentan ni es fiable ni completo».



37. Mapa de Estrabón.

Estrabón decía que en el reparto de la tierra a los romanos les había correspondido las mejores zonas de la *oikoumene* (XVII 3.24) y esto queda reflejado en el espacio que reserva para las regiones pertenecientes al Imperio frente a las que no lo son. Demuestra claramente que la geografía del de Amasia nunca intentó describir con el mismo detenimiento todas las partes del mundo, porque el mundo en sí era el espacio romano. Da la sensación que Estrabón, y ningún otro autor del Principado, no puede reconocer un espacio de la misma importancia que el romano, porque no puede concebir un poder semejante al suyo. El espacio va ligado al poder.

La influencia de Estrabón poco después de su muerte fue escasa, autores como Mela o como Plinio no lo citaron jamás en sus libros. La primera referencia de un autor a la *Geografía* se encuentra en Dionisio Periegeta. No sería hasta el siglo VI cuando la obra de Estrabón de Amasia sería recuperada por los eruditos bizantinos, quienes lo considerarían el culmen de la geografía helenística⁵⁰. Curiosamente fue en el contexto de otro apogeo imperialista, la *Renovatio Imperii*, lo cual deja claro hasta qué punto estaban ligados los trabajos de Estrabón de Amasia con el imperialismo romano⁵¹. El concilio de Florencia supuso una popularización de la obra del de Amasia gracias a Jorge Gemisto Pletón⁵². Hasta el punto de que cuando el Papa Pío II, Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), redactó su libro *Cosmographia o Historia rerum ubique gestarum*, no era ni más ni menos que la *Geografía* de Estrabón.

50 DILLER, A., *The Textual Tradition of Strabo's Geography*, Amsterdam 1975, 10ss.

51 MAAS, M., «Strabo and Procopius: Classical Geography for a Christian Empire», en *From Rome to Constantinople*, Lovaina 2007, p. 67-83.

52 DILLER, A., «A Geographical Treatise by Georgius Gemistus Pletho», *Isis* 27 (3) 1937, p. 446, el sabio bizantino habría tenido una fe absoluta en Estrabón, salvo en la naturaleza del mar Caspio; DILLER, A., *op. cit.*, 1975, p. 121-124.

POMPONIO MELA (c. I d.C.)

Nacido en una ciudad del sur de Hispania, Tingentera (II 96: Algeciras), probablemente en tiempos del emperador Claudio⁵³, puesto que el autor menciona la celebración de un triunfo como consecuencia de una campaña en Britania, hecho que podría haber ocurrido con César, Calígula y Claudio. Sin embargo, Mela conoce varios topónimos que no existían en tiempos de César y la celebración del triunfo parece sumamente desmesurada para la conquista frustrada de la isla que intentó el emperador Calígula. No obstante, existen algunas ausencias en su obra, como la división de la provincia de Mauritania, ocurrida durante el emperador Claudio, que imposibilitan que la datación sea completamente segura.

Pomponio Mela compiló un compendio geográfico del mundo en tres libros. Poco más es lo que se sabe sobre su vida⁵⁴. Algunos han querido identificarlo con L. Anneo Mela, hijo de Séneca el Viejo y hermano de Séneca el Joven. No se mencionan otros trabajos en su *Chorographia*, aunque en algunos pasajes deja entrever futuros trabajos (I 2; II 60). Algunos autores han pensado que la promesa que hace Mela de tratar en adelante con más profundidad el tema, sería un primer paso para una futura obra de mayor tamaño⁵⁵, aunque también podría ser simplemente una exposición de principios, puesto que en algunos pasajes (I 23) describe brevemente lo que desarrollará a partir de I 25⁵⁶. Una obra, la de Pomponio Mela, que fue, sin duda alguna, el primer estudio corográfico de importancia escrito en latín⁵⁷. Sin embargo, en opinión de Romer, Mela habría sido un escritor menor, y no un geógrafo de primer nivel⁵⁸.

El término corografía es extraño en latín. El poeta Varrón Aticinio lo empleó mucho antes que Mela, al igual que Vitruvio (VIII 2.6). Es posible que durante el Principado tuviese una creciente popularidad entre los intelectuales romanos. Al principio de su obra Pomponio Mela justifica que aunque su estudio no sea de interés por su estilo, sí lo es por su temática: «*Intento exponer la situación de la tierra, obra embarazosa y muy poco apta para la elocuencia, pues se compone casi exclusivamente de nombres de pueblos y de lugares, y de su bastante difusa distribución (Orbis situm), cuya realización es materia más extensa que atractiva, pero sin embargo muy merecedora de ser considerada y conocida, y que si no por la abundancia de talento del que escribe sí por la misma contemplación de ella, puede aportar una recompensa a quienes la estudien. Haré en otro momento una exposición más extensa y más precisa, ahora brevemente expondré lo más significativo*» (I 1). La frase *Orbis situm* con la que comienza el texto clarifica los objetivos del autor, pues es una traducción latina del término griego corografía. Como afirma Romer el estudio de Mela estaría a medio camino entre la topografía y la geografía⁵⁹. Su objetivo no es conocer y describir la tierra, sino el mundo en el que habitan y viven los bárbaros y los romanos.

53 III 49, puede ser datada por su descripción de la conquista de Britania, hecho ocurrido en época del emperador Claudio. No obstante, la carencia de datos históricos recientes imposibilita una datación precisa y sin dudas.

54 BATTY, R., «Mela's Phoenician Geography», *JRS* 90, 2000, p. 70-94.

55 PARRONI, P., «Il proemio della 'Chorographia' di Pomponio Mela», *RFIC* 96, 1968, p. 184.

56 GUZMÁN ARIAS, C., *Pomponio Mela, Corografía. Traducción y Notas*, Universidad de Murcia 1989, p. 103.

57 SILBERMAN, A., «Le premier ouvrage latin de géographie: la Chorographie de Pomponius Mela et ses sources grecques», *Klio* 71, 2, 1989, p. 572; GOODYEAR, F. R. D., «Technical Writing», en *Cambridge History of Classical Literature II Latin Literature*, Cambridge University Press 2008, p. 667.

58 ROMER, F. E., *Pomponius Mela's Description of the World*, Michigan 1998, p. 27. De la misma opinión es BRODERSEN, K., *Terra Cognita. Studien zur römischen Raumenfassung*, Hildesheim 1995, p. 87-94.

59 ROMER, F. E., *op. cit.*, p. 8.

La diferencia entre la Corografía y la Geografía es correctamente explicada por Claudio Ptolomeo. Lo propio de la geografía es mostrar en su unidad y continuidad la tierra conocida, mientras que la corografía «*divide los lugares en pedazos y los explica por separado, describiendo simultáneamente casi todo al detalle e incluso las cosas más ínfimas*» (PTOLOMEO I 1). Finalmente recurre a una comparación para concluir su definición: «*La finalidad de la corografía es la descripción parcial, como si representase solamente una oreja o un ojo; la de la geografía sería la contemplación de la totalidad, como los que dibujan la totalidad de la cabeza*» (PTOLOMEO I 1.2).

Las citas de autores de primera fila son muy escasas. Nombra al rey Juba y al navegante fenicio Hanón, sin que esto implique forzosamente que haya manejado sus obras y únicamente cita de forma directa a tres escritores a lo largo de todo el libro: Ennio (II 66); Nepote (III 45; 90) y a Homero. La presencia de este último mostraría, aparentemente, la fuerte influencia de la tradición geográfica griega en Mela. En cuanto a la actitud de Mela hacia Homero, podemos destacar tres referencias, una en cada libro. La primera es una cita de la Tebas egipcia. Una lista de las ciudades más famosas de Egipto: «*Y, sobre todo, Tebas que, según cuenta Homero, tiene cien puertas o según cuentan otros, cien palacios, en otro tiempo morada de otros tantos príncipes y acostumbradas cada una a aportar diez mil soldados*» (I 60).

La segunda referencia se encuentra en el libro II 104, y no hace alusión a un pasaje de la *Ilíada*, sino de la *Odisea*, aunque en ambos casos la acción sigue concentrándose en Egipto, en torno a la ubicación de la isla de Faros. Mela se muestra escéptico ante la posibilidad de que la isla estuviese separada de la costa por una distancia equivalente a un día de navegación. Pero si los poemas homéricos estuviesen en lo cierto, la sensible reducción de esta distancia se debería al limo que arrastra el río. La última referencia tiene relación con la vieja polémica sobre el río Océano que envuelve y cubre la tierra: «*Pero además de los físicos y Homero, quienes afirmaron que el mundo, todo entero, estaba rodeado por el mar, Cornelio Nepote, que es más moderno y por ello más digno de crédito; añade a Quinto Metelo Celer como testigo del siguiente hecho y cuenta que lo refirió de esta manera: que, cuando era procónsul de la Galia ciertos indios le fueron regalados a él como presente por el rey de los botos, que averiguó, tras preguntarles de dónde habían llegado a estas tierras, que, ellos, una vez que fueron arrebatados de las regiones índicas por la violencia de unas tempestades y que recorrieron el espacio que les separaba, llegaron por fin a las costas de Germania. Queda, por lo tanto, el mar, pero las demás costas de este lado están congeladas perpetuamente y por ello están desiertas*» (III 45. Cf. PLINIO II 170). El juicio de Homero es supeditado al de Cornelio Nepote y al de Q. Metelo Celer que reportan la existencia de indios en Germania, por lo que no es correcto hablar de una dependencia desmedida de Pomponio Mela con Homero, a semejanza de la que sintieron los estoicos y muy especialmente Estrabón. Su origen no griego podría explicar la causa de que prefiriese el testimonio de Nepote por ser más moderno que Homero.

En cambio, la influencia de Nepote habría sido mayor como muestra el texto citado, siendo seguramente su fuente principal. Las similitudes en la descripción de la costa africana por parte de Mela y Plinio deben de atribuirse al empleo de Mela como fuente de Plinio, pero también a que comparten idénticas fuentes como Nepote⁶⁰. Un autor que no hay que olvidar que también habría realizado investigaciones geográficas⁶¹.

60 SILBERMAN, A., «Les sources de date romaine dans la 'Chorographie' de Pomponius Mela», *Rph* 112, 1986, p. 240-241.

61 Cf. LUISI, A., «Cornelio Nepote geografo», *CISA* 14, 1988, p. 41-51.

La *Chorographia* presenta grandes semejanzas con las *Historias* de Heródoto en muchos pasajes: I 39; 43-7; 50; 55-60; 105; 116; 117; II 1; 4-7; 11; 14; 15; 19; 20; III 35; 62; 64; 65; 82-88. Principalmente se circunscribe a la descripción de los pueblos de África occidental como los garamantes, el *lógos* egipcio y los pueblos escitas. Sin embargo, la ausencia de citas directas y su discrepancia en algunas cuestiones geográficas⁶², sugieren que lo empleó a través de otra de sus fuentes. Salustio, aunque no sea nombrado por Mela, debe de haber sido su fuente en episodios como las Aras de los Filenos, el origen de cabo Peloro (II 116) y la descripción del Caspio y del río Araxes (III 39). El relato de las crecidas del Nilo recuerda igualmente a algunos pasajes de Ovidio (*Metamorfosis* I 422-9).

Al contrario que otros autores antiguos, Pomponio Mela no da información sobre las distancias, lo que implicaría que no conoció o no empleó el mapa de Agripa, donde sí se habrían recogido las mediciones entre los puntos más importantes del Imperio, ya fuese por escrito o en un mapa. Es también discutible si su *Chorographia* incluyó alguna carta geográfica (fig. 37), aunque paradójicamente la palabra *Chorographia* también significa mapa⁶³. Algunas áreas alejadas del Imperio como la Dacia y Bactria desaparecen también de la descripción. Otra diferencia con sus antecesores sería la ausencia de un centro definido del mundo. Grecia ya no es el ombligo de la *oikoumene*, pero Roma no ocupa su lugar. Su origen provoca que Hispania (II 85-96; III 3-15) ocupe más espacio en su obra que Italia (II 58-72). Curiosamente los datos que se dan de Italia son anteriores al inicio del Principado de Augusto. Las reestructuraciones geográficas y administrativas que se iniciaron en el Principado y que deberían de ser conocidas por un contemporáneo del emperador Claudio, no aparecen en Mela⁶⁴. Todo lo cual podría ser explicado por depender excesivamente de fuentes anteriores al Principado de Augusto.

Su concepción de la tierra habría sido esférica (I 4), que se divide en dos hemisferios longitudinales (Norte/Sur) y siguiendo a Polibio en cinco zonas latitudinales, de las cuales solamente dos eran habitables, una en cada hemisferio. También sostenía la existencia de una segunda *oikoumene* meridional, es decir, los *antiktones* (I 4; 54). Su análisis se restringe al hemisferio norte⁶⁵, que es descrito no completamente, pero sí con cierto detalle.

Su análisis comienza en las Columnas de Hércules y desde el norte de África avanza hasta Siria para volver nuevamente a los estrechos. La frontera entre África y Asia es fijada en el valle de Catabatmos (I 41), siendo la primera región del continente asiático Egipto (I 49). El límite entre ambas regiones no es sólo geográfico, sino también cultural, pues mientras los pueblos de África occidental, como los atlantes y garamantes (I 43; 45) tienen características propias de los relatos fantásticos, los que se encuentran al este del Catabatmos «viven muy de acuerdo con nuestras costumbres a no ser porque algunos se distinguen por el idioma y por el culto a los dioses».

La descripción de Asia se inicia como hemos dicho en Egipto y, como los autores anteriores, no puede escapar a la tentación de explicar las crecidas del Nilo. El autor conoce teorías antiguas como los vientos etesios, las lluvias de Etiopía o el derretimiento de las nieves (I 53), pero también aporta su propia explicación al problema: «Porque si hay otra tierra y si están

62 MELA (I 49-50) considera el Nilo como el más grande de los ríos que desembocan en el Mediterráneo, mientras que para Heródoto (IV 50) era el Danubio.

63 VITRUVIO VIII 2.6. Cf. ROMER, F. E., *op. cit.*, p. 20, quien afirma que la *Chorografía* nunca circuló en la antigüedad junto a un mapa.

64 La nueva frontera de Formio no aparece en Mela; la colonia de Fanum tampoco.

65 I 24: «*noster orbis*» (nuestro mundo).

opuestos a nosotros por el sur, los antiktiones, ni siquiera se alejará demasiado de la verdad esto, que el río, naciendo en aquellas comarcas, cuando ha penetrado bajo el mar en ciego lecho, surge de nuevo en las nuestras, y que por esta circunstancia crece en el verano, porque donde nace entonces es invierno» (I 54). Los ríos subterráneos o transoceánicos eran un elemento muy común del imaginario geográfico antiguo⁶⁶.

Abandonado el país del Nilo avanza en su descripción hasta Fenicia, donde encontramos una valoración muy favorable del pueblo fenicio (I 65), algo raro en el mundo antiguo, pero comprensible por la vinculación de la tierra natal de Mela con este pueblo de grandes navegantes. Después, describe las regiones de Asia Menor, poniendo especial interés en las cercanas a la Tróade y en la geografía de la *Ilíada* (I 72 cueva de Coricio; I 91 Ida; I 94 Escamandro; I 96 sepulcro de Ajax).

El libro I no va más allá de Mesopotamia en su descripción, mientras que el II está dedicado prácticamente en su totalidad a Europa, pudiendo dividirse en sus principales zonas: El Ponto y el Danubio (I 1-15); Tracia y Grecia (I 16-57); Italia (II 58-72); Galia (74-84); Hispania (II 85-96) y las islas (II 97-126). Llama la atención el gran espacio que se le reserva a Grecia y sus proximidades, mientras que Italia, el corazón del Imperio Romano, es vista con suma rapidez, si se compara con la zona occidental del mismo. Como hemos dicho, la exposición del mundo que hace Pomponio Mela no tiene una concepción tan clara del centro y periferia.

El tercer libro comienza con una explicación sobre las mareas (III 1-3) donde el autor presenta distintas teorías como la acción de la luna o la existencia de grutas en el fondo marino. A continuación comienza la exposición de los pueblos de la fachada atlántica, que adquiere ahora el matiz de límite del mundo habitado⁶⁷. A partir del cabo Céltico *«la tierra se vuelve con todo el lado hacia el norte»* (III 12) lo que es un indicio de que cómo otros autores del mundo antiguo creían que la tierra se achatava en los polos. Deteniéndose en la fachada cantábrica cuyos ríos, dice Mela, no pueden ser nombrados en latín (III 15). Posteriormente, describe el litoral de la Galia y las costumbres de sus habitantes, especialmente los druidas que *«aseguran conocer el tamaño y la forma de la tierra y del firmamento, el movimiento del cielo y de los astros y el destino trazado por los dioses»* (III 19). La siguiente región es Germania (III 25-32) donde la influencia de César es muy clara en la descripción de las costumbres de los germanos. La Sarmacia y sus pueblos nómadas (III 33-5) se ajustan en cambio a los modelos etnográficos establecidos por Heródoto en su *lógos* escita.

Mantiene algunas de las fronteras tradicionales como los montes Ripeos, situándolos cerca de los escitas. Una región caracterizada por su frío extremo, porque el Sol sólo sale 6 meses al año y por la gran justicia de sus habitantes (III 36-7). De más interés es la imagen que nos proporciona del mar Caspio: *«El mar Caspio penetra, como un río, primeramente las tierras a través de un estrecho tan angosto como prolongado y, cuando ha corrido por un cauce derecho, se divide en tres golfos: frente a su misma boca en el Hircanio; a la izquierda en el Escítico; a la derecha en aquel que denominan, propiamente por el nombre del conjunto, Caspio; todo él es peligroso, violento, sin puertos, expuesto por todos lados a las tormentas y lleno de monstruos más que los demás»* (III 38). La información sobre los golfos del Caspio y los ríos asiáticos

66 HERÓDOTO II 33; POLIBIO XII 4d; SÉNECA, *QN* III; PLINIO V 51; ESTRABÓN VI 2.9; PAUSANIAS V 7.3; PROCOPIO, *Los edificios* II 2 edición en castellano Murcia 2003 (Estudios Orientales 7). Cf. PERETTI, A., *Dall'Eridano di Esiodo al Retrone vicentino: studio su un idronimo erratico*, Pisa 1994.

67 SILBERMAN, A., «Les emplois de 'frons' et de 'latus' dans la 'Chorographie' de Pomponius Mela et le 'Promontoire scythique' (III, 12)», *Rph* 57, 1983, p. 99-104.

(Araxes; Ciro; Yaxartes y el Oxos) proviene probablemente de Salustio que en sus *Historias* había recreado la geografía del Caspio. Una vez que ha presentado y defendido la imagen homérica de la *oikoumene* envuelta por el Océano (III 45), pasa revista a las principales islas de esta zona: Las Casitérides (III 47), Sena (III 48), Britania (III 49), Hibernia (III 53), Tule (III 57) o Talge⁶⁸. En general, su procedencia le permitió tener un mejor conocimiento que los geógrafos helenísticos sobre las zonas occidentales de la *oikoumene*. Tanto en Hispania⁶⁹ y la Galia como en Britania, siendo además el primer autor que habló de las Orcadas⁷⁰.

Ocurre lo mismo con la zona septentrional de Europa. Mela afirma que al norte de Germania existía una gran bahía llamada *Codanus Sinus* (bahía de Kiel), la mayor de las islas que se encontraban en esa zona era Codanovia, Escandinavia: «*Más allá del Albis (Elba) el enorme golfo Codano está lleno de grandes y pequeñas islas. Por esta circunstancia el mar, que es recibido en la oquedad de sus costas, apenas se extiende ampliamente y se esparce a manera de ríos, fluctuante y disperso y, no parecido a un mar, sino corriendo sus aguas por todas partes y atravesándolas a menudo; por donde alcanza las costas debido a que está ocupado por los litorales de las islas que no están muy separadas y con casi la misma distancia por todos lados, se hace estrecho y similar a un canal; después, curvándose, se dobla en un gran arco... Entre éstas está Codanovia (Escandinavia) en aquel golfo que llamamos Codano; la ocupan todavía los teutones y supera a las otras tanto en fertilidad como en extensión*» (III 31; 54. Cf. PLINIO IV 96). Se trata de la primera aparición en el mundo antiguo de Escandinavia, pero durante muchos años continuaría pensándose que era una isla, en lugar de una península.

Asia es dividida por Pomponio Mela en tres zonas, la Escítica, en el norte, la India, en el sur y el país de los seres, en medio. De igual modo, el continente está rodeado por tres mares que siguen esta división tripartita: el mar de Escitia, en el norte, el Índico, en el sur y el de Sérica, en el este. En la India (III 61-71) volvemos a encontrar los mismos tópicos que observamos con los geógrafos de Alejandro, que todavía son la principal fuente de información para esta parte del mundo: Los árboles que producen lana; los ríos hindúes (Ganges e Indo); la ausencia de las Osas; las hormigas recolectoras de oro; el sati; los elefantes; el Parapámiso y la isla de Taprobane. Finalmente, Mela pasa revista muy rápidamente al mar Rojo; Mesopotamia, Egipto y Etiopía (III 72-89) para volver nuevamente al punto de partida donde acaba su narración.

Por lo general, Mela combina su descripción geográfica con hechos míticos⁷¹, paradoxográficos⁷² y pueblos fantásticos⁷³. Pero también aporta información no encontrada en otras fuentes

68 III 6.58, una isla del mar Caspio Cf. VALLEJO GIRVÉS, M., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 325-326.

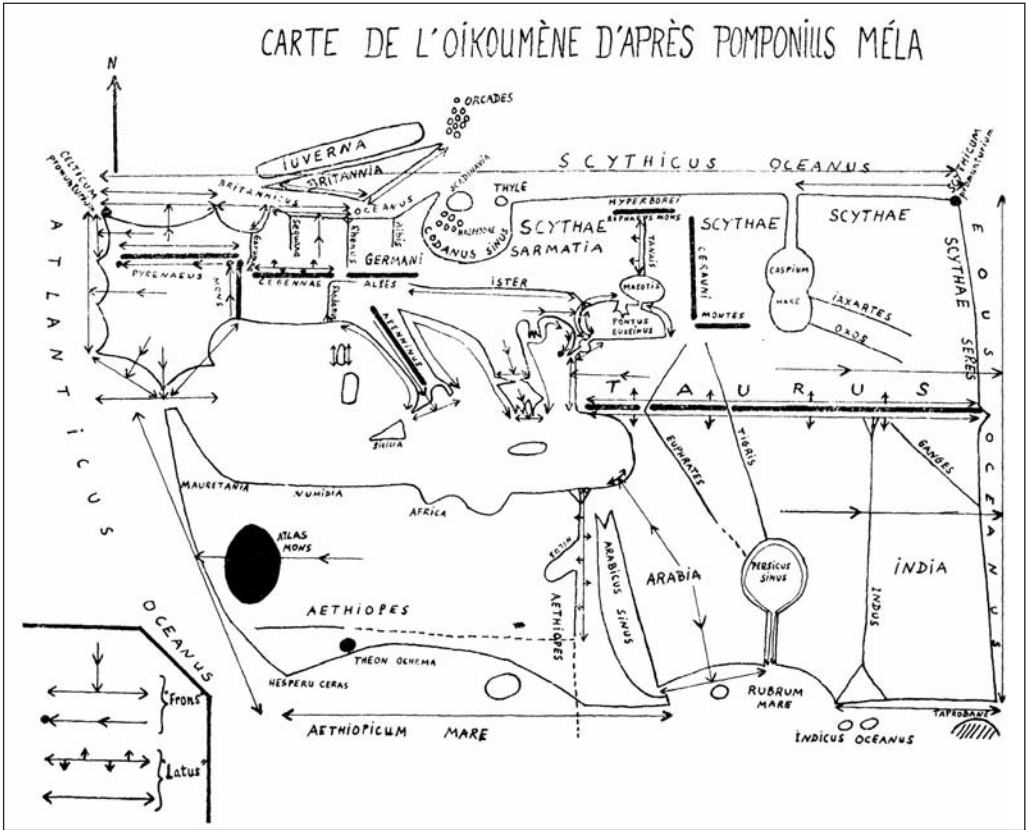
69 II 5.86: «*Hispania misma está rodeada del mar por todas partes menos por donde está en contacto con la Galias y, aunque por donde está unida a ellas es muy estrecha, poco a poco se despliegan hacia el Mar Nuestro y hacia el Océano y más ancha se encamina hacia Occidente y allí se hace amplísima, siendo también abundante en hombres, en caballos, en hierro, en plomo, en cobre, en plata, en oro y hasta tal punto fértil que, si en algunos sitios es estéril y diferente de sí misma, con todo, en esos lugares produce lino o esparto*».

70 III 54: «*30 son las islas Orcadas, separadas entre sí por distancia reducida*».

71 Hércules (I 26); Lugar de nacimiento de Minerva (I 36); Mito de Perseo y Andrómeda (I 64); Gruta de Tifón (I 72-77); Juicio de Paris (I 94); Sepulcro de Ajax (I 96); Vello de Oro (I 109); Cástor y Pólux (I 111); Diana (II 3); Aquiles (II 5); Marte (II 15); Orfeo (II 17); Leandro, Protesilao y Hecuba (II 26); Diomedes (II 29); Gigantomaquia (II 36); Ceres (II 41); Apolo (II 40); Agamenón (II 45); Amazonas (III 39); Górgonas (III 99).

72 I 71 las piedras arrojadas a la tumba de Arato saltan; I 99 serpientes enormes; II 43 fuente que enciende las antorchas en el oráculo de Dodona; III 48 las sacerdotisas de la isla de Sena tiene poder para conjurar los mares y los vientos.

73 Los trogloditas (I 23; 44); blemmies (I 47); los hipópedes que tienen pies de caballo y los panotios que tienen grandes orejas (III 56); pigmeos (III 81).



38. Mapa del mundo según Pomponio Mela. Procedencia Silberman 1983, p. 105.

sobre los Druidas (III 19) y la isla de Sena (III 48). Sin embargo, para describir el litoral y la forma de las regiones de la tierra recurre a formas geométricas sencillas⁷⁴. Así Britania y Sicilia tienen forma de triángulo (III 50) y el Peloponeso se asemeja a una hoja de plátano (II 38).

En conclusión, si la obra de Estrabón era una vasta enciclopedia destinada al hombre que se encarga de los asuntos políticos, la *Chorographia* de Mela es un opúsculo que intenta acercar la geografía al gran público⁷⁵.

PLINIO EL VIEJO (c. 23-79 d.C.)

El resultado de toda esta información geográfica que se escribió tras el Principado de Augusto fue la *Naturalis Historia* de Plinio. Dedicada al emperador Tito, esta colosal obra es, sin

⁷⁴ HÄNGER, Ch., *Die Welt im Kopf. Raumbilder und Strategie im Römischen Kaiserreich*, Friburgo 1998, p. 147. Cf. ESTRABÓN V 1.2, que afirmaba que la descripción de figuras no geométricas no resultaba sencilla.

⁷⁵ BONNER, S., *La educación en la Roma Antigua*, Barcelona 1984: «Manuales geográficos corrientes» (p. 178).

duda, la verdadera enciclopedia del saber, y marca el inicio de una erudición excesiva en la literatura latina.

En el libro II Plinio defiende la forma esférica de la tierra (II 160; 172; 182; 186), considerando el universo como una esfera perfecta. Aunque afirma que podría tener forma de piña (II 65). La tierra ocupa el centro del universo, siendo la concepción del mundo de Plinio antropocéntrica y antropométrica⁷⁶.

Uno de los pasajes más interesantes de estos primeros libros de la obra de Plinio es aquel donde el latino discute si el Océano rodea por completo la tierra: «Desde Gades y las Columnas de Hércules hoy en día es navegable el occidente entero por la costa de Hispania y de las Galias. El océano Septentrional fue surcado en su mayor parte por iniciativa del divino Augusto, cuando una flota bordeó Germania hasta el cabo de los cimbrios y desde allí divisó o tuvo noticias de un mar inmenso hasta los confines de los escitas y de otras tierras heladas por exceso de humedad; por lo cual, no es en absoluto verosímil que los mares acaben precisamente allí donde hay más humedad. Paralelamente, por el este, desde el mar Índico toda la parte que se extiende bajo ese mismo cielo hasta el mar Caspio fue recorrida por los ejércitos macedonios durante los reinados de Seleuco y de Antíoco, que quisieron llamarla, a partir de sus nombres, Seléucida y Antióquida. También cerca del Caspio fueron explorados muchos puntos de la costa del océano y prácticamente todo septentrión fue cruzado a remo por un lugar u otro, de suerte que el argumento contundente de la laguna Meótide ya ni siquiera da lugar a conjeturar si es un golfo de aquel océano, según observo yo que habían creído muchos autores, o si es una laguna que quedó separada de él por una franja estrecha» (III 167-8). Lo más llamativo es que considere una cuestión resuelta la naturaleza del mar Caspio, y no se moleste en discutir la posibilidad de que sea un mar interior. Tal es el convencimiento de Plinio sobre la existencia del Océano que viejas cuestiones tan controvertidas como la naturaleza del mar Caspio o la laguna Meótide no son ni discutidas. Como otros autores de este período, Plinio cree firmemente en que el Océano baña por completo el mundo habitado. Un ejemplo similar lo obtenemos de Arriano en el discurso de Alejandro en el Opís que según A. B. Bosworth refleja claramente el saber geográfico de la época del autor⁷⁷.

Al final de este libro se analizan el origen de los ríos, las profundidades marinas (II 224) y las distancias del mundo, según Artemidoro e Isidoro (II 242-46). Los libros dedicados a la geografía de los 37 libros que conforman la *Historia Natural* de Plinio son III-VI, y el VII para la etnografía. Aunque en una buena parte es una mera enumeración de tribus y lugares, el número de autores que el romano menciona es abrumador⁷⁸. Plinio afirma que no ha seguido ningún autor en particular, sino en cada sección al que considera más fiable (III 1). Un hecho revelador es que sea el único autor que cita a Pomponio Mela hasta la antigüedad tardía. Lo cual no quiere decir que no existiesen errores por parte de este autor por trabajar con gran número de fuentes⁷⁹. Su objetivo al escribir su obra habría sido mitigar el desconocimiento de los lectores romanos

76 FRENCH, R., *Ancient Natural History: Histories of Nature*, Londres y Nueva York 1994, p. 230.

77 ARRIANO, *Anábasis* V 26.1-2. Cf. BOSWORTH, A. B., *From Arrian to Alexander*, Oxford 1988, p. 123-134.

78 Plinio el Viejo se jactó de que había incorporado en su obra 20.000 hechos distintos sacados de 100 autores escogidos: Aristóteles (IV 65); Artemidoro (II 242); Nepote (IV 77); Agripa (III 16-7); Mela, Éforo (VI 198-199); Eratóstenes (V 39-41); Eudoxo de Cnido (VI 198); Megástenes (VI 58-59); Onesicrito (VI 81; 100; 109); Patrocles (VI 58); Píteas (IV 95); Teofrasto (III 57-58); Tito Livio (III 4).

79 ANDRÉ, J., «Erreurs de traduction chez Plinie l'ancien», *REL* 37, 1959, p. 203-215.

por las cuestiones naturales⁸⁰. Aunque Plinio desconfiaba de las fantasiosas mentiras de Grecia, (PLINIO V 9 «*portentosa Graeciae mendacia*»), repite muchas de sus historias a lo largo de su obra. Las *mirabilia* («maravillas») son un hecho recurrente en la *Historia Naturalis*⁸¹, y como el propio Plinio dice algunos lugares como Libia (África) siempre parecen producir algo nuevo (PLINIO VIII 42; Cf. ARISTÓTELES, *Historia de los animales* 606b). El asombro del autor no se detiene al contemplar la naturaleza, pues piensa que no hay nada que se le atribuya que sea completamente imposible (XI 2). La diversidad climática sirve para justificar la existencia de distintas especies y seres: «*Deben relacionarse con estas cuestiones las relativas a los factores celestes. En efecto, no cabe duda de que los etíopes están quemados por el calor de la proximidad del sol y nacen como tostados, con la barba y el pelo rizado. En la zona opuesta del mundo las razas son de una tez blanca como la nieve, y de pelo largo y rubio. Éstas son salvajes por la dureza del aire, aquéllas prudentes por el carácter ligero de éste (...) Aquí hay grandes fieras, allí crecen distintos tipos de animales y sobre todo muchas clases de pájaros veloces por la acción del calor. La estatura elevada es común a las dos zonas, allí por el estímulo del calor, aquí por el alimento del agua. En el centro, en cambio, por la sana combinación de los dos extremos, hay tierras feraces para cualquier producto, las proporciones físicas son de un marcado término medio, inclusive en el color, las costumbres moderadas, los sentidos finos, el talento fecundo y apto para abarcar la naturaleza entera; éstos poseen imperios que nunca tuvieron las naciones remotas, como tampoco éstas les han obedecido, al estar marginadas y aisladas por imperativo de una naturaleza que las abrumba*» (II 78).

No obstante, el latino es muy consciente del peso de las grandes autoridades al escribir⁸², por lo que hay que tener claro que Plinio está predispuesto a creer en estos prodigios y, más aún si de ellos hablan grandes autores como Aristóteles. Tampoco hay que olvidar que estos seres fuera de lo común eran localizados en los límites del mundo, lugar donde vivían los pueblos bárbaros, siendo en consecuencia no solamente un instrumento para el ocio, sino también para definir la alteridad⁸³.

La información geográfica de *Naturalis Historia* se organiza del siguiente modo: III Europa occidental y central. IV Grecia, sus regiones limítrofes, el mar Negro y el norte de Europa. V La costa atlántica y mediterránea de África, Egipto y las costas de Asia que dan al Mediterráneo y al Égeo. VI El mar Negro, Asia, Etiopía, el Nilo e India. La forma recuerda más algunas veces al catálogo que a la descripción detallada, quedando justificada por su deseo de brevedad.

Tampoco parece haber acompañado su *Naturalis Historia* con mapas elaborados por su propia mano. Al igual que otros geógrafos latinos, nunca sintió la necesidad de diseñar mapas, pero tampoco especifica cuál fue la carta geográfica que utilizó como guía, aunque todo parece indicar que fue el mapa de Agripa⁸⁴. Son pocas las referencias a la cartografía en su obra. Una sería el conocido pasaje donde se cuestiona la forma y el tamaño de la Bética en la obra de

80 II 159: «*Inter crimina ingrati animi et hoc duxerim quod naturam eius ignoramus*».

81 Cf. HEALY, J. F., *Pliny the Elder on science and technology*, Oxford University Press 1999, p. 63-70, muchos de los autores citados por Plinio, como Alejandro Polihistor e Isigono, eran expertos en *mirabilia*.

82 V 12: «*Quia dignitates, cum indagare vera pigeat, ignorantiae pudore mentiri non piget, haut alio fidei proniore lapsu quam ubi falsae rei gravis auctor existit*».

83 AUPETITGENDRE-SIFFERT, S., «Pline l'ancien et la géographie des confins», *Euphrosyne* 27, 1999, p. 285.

84 Cf. HARLEY, J. B., y WOODWARD, D., *The History of Cartography: Cartography in prehistoric, ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, University of Chicago Press 1987: «*He does not distinguish between maps and written geographies*» (p. 243).

Agripa (Cf. III 17). La segunda es una referencia a las divisiones circulares de la tierra: «*Ahora bien, las zonas del globo terrestre, que los nuestros han denominado “círculos” y los griegos “paralelos”, son muy numerosas*» (VI 39.211-20). Posteriormente procede a dividir la tierra en siete áreas, que coinciden con los *klímata* de los geógrafos helenísticos. En algunos lugares Plinio parece describir directamente la información obtenida de un mapa⁸⁵. Lo mismo puede decirse de la Península Arábiga, pues compara su orientación con la de la Península Itálica: «*La propia península de Arabia, que discurre entre dos mares, el Rojo y el Pérsico, por un cierto capricho de la naturaleza, está rodeada de mar, con forma y extensión semejantes a las de Italia; además mira a la misma parte del cielo sin ninguna diferencia, resultando favorecida también ella por esa situación geográfica*» (VI 143).

Plinio comienza su descripción de la superficie terrestre pidiendo comprensión a sus lectores, pues sabe que por la inmensidad de su objeto de estudio no podrá llevar a término su propósito con el esmero que se merece (III 1.2). Porque este libro de Plinio trata de lugares, mares, ciudades, naciones y pueblos que existen o han existido.

Si en Estrabón observábamos que las fronteras del Imperio se llevaban a los confines del mundo, en Plinio se da un paso más en la concepción universal de Roma: «*Una tierra que es nutritora y madre de todas las tierras, elegida por la providencia de los dioses para llevar a cabo lo más glorioso, unir imperios, moderar los ritos, atraer hacia sí en mutua comprensión por la comunidad de lenguaje las lenguas trepidantes y toscas de muchas naciones, ofrecer a la humanidad, humanitas, y en una palabra llegar a ser a lo ancho de todo el mundo el simple padre de todos los pueblos*» (H.N. III 39; III 40 *una cunctarum gentium in toto orbe patria*; XIV 2; 27.2. Cf. OVIDIO, *Fastos* II 684; PROPERCIO III 11.57). Al igual que el geógrafo de Amasia, considera que la labor de Roma ha civilizado innumerables pueblos: «*No podemos evaluar cuánto debe el mundo a los romanos por haber expulsado estas monstruosas prácticas, en las que matar a un hombre es el más alto deber religioso y comerlo una práctica saludable*» (XXX 13).

La división que hace de Italia es la de las once provincias establecida por Augusto: «*Ahora enunciaremos ámbito y sus ciudades. En este punto es preciso decir por adelantado que seguiremos la autoridad del Divino Augusto y la división que él hizo de toda Italia en once regiones, pero por el orden que determine el trazado de las costas. Como en un discurso sumario no es posible guardar con precisión la cercanía de unas a otras ciudades*» (III 46). Italia no es descrita con la forma tradicional de bota, sino con la forma del escudo de las amazonas (III 43). En cambio el Peloponeso tiene forma de hoja de plátano, siguiendo el ejemplo de Eratóstenes.

A Plinio se debe una de las más detalladas descripciones que se conservan de los Seres, pueblo que es comúnmente identificado con el chino: «*Los primeros hombres que se conocen son los Seres, famosos por el vellón de sus bosques; ellos cardan la parte blanca del follaje después de empaparla en agua, y de esta operación se origina una doble tarea para nuestras mujeres, devanar los hilos y tejerlos de nuevo: con un trabajo tan complicado y en un país tan remoto, se busca que las matronas aparezcan en público con vestidos transparentes. Los Seres son apacibles, ciertamente, pero también ellos, a semejanza de las fieras, rehuyen la compañía de los demás mortales, y aguardan expectantes las mercaderías*». Pero la situación extremadamente occidental de los Seres y sus rasgos físicos, ojos azules y el pelo pelirrojo, hacen que difícilmente puedan ser la misma nación: «*Y que más allá de los montes Emodos*

85 PLINIO IV 21.113-22-114. Cf. PLINIO VI 25.95.

tenían a la vista a los seres, a los que conocían por el comercio; que el padre de Arquias había viajado a ese lugar; que allí salían las fieras al encuentro de los que llegaban; y, en cuanto a los propios habitantes, que excedían la talla normal entre los hombres, tenían el cabello rojo y los ojos azules, y un tono de voz terrible; y no había intercambio de palabra con ellos. Las demás noticias son las mismas que dieron nuestros comerciantes: las mercancías, que han sido dispuestas a la otra orilla del río junto a lo que ellos ponen en venta, se las llevan si les complace el trueque» (VI 88). La ubicación occidental de los Seres no fue un hecho exclusivo de Plinio. Escritores del Principado como Horacio los consideraron vecinos de los partos y de Bactria⁸⁶. De igual modo, Estrabón (XI 11.1) los ubica entre Partia y Bactria. A mediados del siglo II a.C., la dinastía Han se había extendido hacia el oeste, sobre la zona del Turquestán y el valle de Fergana, la región de Bactria. Perdiendo temporalmente su control sobre estos territorios, pero controlándolos con la nueva dinastía Han (25-220 d.C.). Por lo que perfectamente podría estar refiriéndose al pueblo chino. Sin embargo, la descripción corporal de los Seres de Plinio no encaja, en absoluto, con la de dicha etnia⁸⁷.

Igualmente importante es su descripción sobre el Imperio Parto, una de las pocas que se conservan del mundo antiguo: «Los reinos de los partos son en total dieciocho; así, en efecto, dividen sus provincias, situadas, como ya dijimos en torno a dos mares: el Rojo por el mediodía y el Hircano por el septentrion. Once de estas provincias, que ellos denominan «superiores», comienzan en los confines de Armenia y en las costas del Caspio, y llegan hasta los escitas, con los que viven en igualdad de condiciones. Los otros siete reinos reciben el apelativo de «inferiores». Por lo que respecta a los partos, siempre hubo una región de Partia al pie de los montes que hemos citado repetidamente y que bordean a todas estas naciones» (VI 112).

El eurocentrismo propio del mundo clásico queda patente en Plinio cuando leemos que Europa seguía siendo el mayor de los continentes: «Resulta, pues, manifiesto que Europa es mayor que Asia, en poco menos que la mitad de Asia, y mayor que África en otro tanto, más la sexta parte de África. Por lo cual, si se reúnen estas cantidades, aparecerá con claridad que Europa constituye la tercera parte más un octavo y algo más de toda la superficie de la tierra, que Asia en cambio es la cuarta parte más un catorceavo y África la quinta y además un sexagésimo» (PLINIO VI 208-210). El eurocentrismo de Plinio se entiende en el contexto que hemos visto de Roma como centro y señora del mundo, y al mismo tiempo su pensamiento era heredero de una corriente que se remontaba hasta los geógrafos jonios (Cf. HERÓDOTO IV 36; 42) que consideraban a Europa como el continente más grande de todos.

La impronta de Plinio en autores cristianos como Solino, San Isidoro o Beda fue enorme⁸⁸.

86 HORACIO, *Odas* III 29. 25-28. Cf. *Odas* I 12.53-56; IV 15. 21-4.

87 TARN, W. W., *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge 1951, p. 109-111, cree que cuando la palabra se empleaba para referirse a pueblos de Asia central no implicaba necesariamente que fuese el pueblo chino; LIEBERMAN, S., «Who Were Pliny's Blue-Eyed Chinese?», *CPh* 52, 1957, p. 174-177, la palabra Seres haría referencia a otro pueblo indoeuropeo que vivía dentro del territorio chino.

88 STAHL, W. H., *Roman science. Origins, development and influence to the Later Middle Ages*, Madison 1962, p. 119; THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 323.

CONCLUSIÓN

El que tres autores en un período cronológico tan corto entre ellos escribiesen obras en las que se recogía todo el saber geográfico de su tiempo nos permite inferir dos cosas: 1) El conocimiento del espacio había aumentado cuantitativamente debido a la expedición de Alejandro y a las conquistas romanas, quedando plasmado en numerosos escritos 2) El inventario del mundo se realiza cuando éste se ha visto empequeñecido o cuando se piensa que no se extiende más allá de las fronteras del Imperio Romano. En consecuencia, el inventario del mundo está sumamente unido al ecumenismo y a la política.

Este grupo de autores se encuentra ante una nueva situación en la que el espacio es interrogado y administrado desde el centro del Imperio Romano. La procedencia diversa de los mismos demuestra que pese a ser la geografía una disciplina esencialmente griega en sus orígenes, había sido asumida en su totalidad por los intelectuales del Imperio fuesen de donde fuesen. Estrabón y Plinio, especialmente el último, ensalzan a Roma como capital del mundo y corazón del Imperio Romano. No obstante, no deja de ser curioso que el espacio que se dedica en sus obras a Roma y a la Península Itálica sea mucho más pequeño que el reservado a Grecia y a sus alrededores. Más si tenemos en cuenta que había dejado de ser el centro de la tierra y que tanto Macedonia como Grecia habían sido convertidas en provincias romanas. Ahora bien, el legado geográfico que manejaron los latinos fue esencialmente de origen griego. El modo de entender el espacio podía haber cambiado, pero la información seguía siendo la misma, tenía el mismo origen y la misma naturaleza helenocéntrica. También resulta llamativo que la obra de Estrabón, último legado de la geografía helenística, esté menos poblada de pueblos míticos, a excepción de en la India (XV 1.37; 57), que sus sucesores Pomponio Mela y Plinio. Lo que refleja que la geografía progresivamente tendía a fusionarse con el género paradoxográfico y abandonaba gradualmente la autoridad de la autopsia.

Desde esta perspectiva, a la hora de juzgar los logros de estos autores podemos decir que la idea fue más colosal que sus ejecutores. Ninguno de ellos estuvo a la altura del proyecto. Ninguno pudo hacer una compilación absoluta de la tradición teniendo que seleccionar (ESTRABÓN II 5 18), que resumir como Mela (I 1) o pedir disculpas por no poder decirlo todo, como Plinio (III 1.2), y si la tradición implica de por sí una selección⁸⁹, debe sobreentenderse que el legado de estos autores sólo es un débil reflejo de la luz que los iluminaba, tanto cuantitativa como cualitativamente. Su contribución al progreso de la geografía fue casi inexistente. Ninguno de ellos alcanzó el prestigio posterior que tuvo Ptolomeo. Sir W. W. Tarn llamó a la obra de Estrabón el canto del cisne de la geografía helenística. Estrabón, que es con mucho el más brillante de los tres, parece darle la razón al historiador británico cuando califica su propio trabajo como κοινός y δημοφιλής, es decir, popular. El de Amasia lo justifica diciendo que la geografía debe estar destinada al mayor número de personas posible, pues está relacionada con los asuntos de gobierno. Una obra de carácter popular, pero nunca dirigida a personas carentes de instrucción (ἀπαιδευτός). Aún así, puede sentirse un cierto complejo de inferioridad respecto a Eratóstenes, Hiparco o Posidonio. No se trata de verlo como un compilador, simplemente exponemos una realidad, Estrabón, pese a todas sus virtudes y sus enormes conocimientos, no consigue superponerse a la tradición que está describiendo o reinterpretando. Las opiniones

89 GARCÍA GUAL, C., «Apuntes sobre la tradición de la literatura clásica», en *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid, Cátedra 2005: «Toda tradición supone una previa valoración, una selección y una reinterpretación de lo que se transmite» (p. 25).

respecto a P. Mela no mejoran mucho y, en cuanto a Plinio, ha recibido duras críticas por su gusto por lo maravilloso⁹⁰. Pero, si una obra tan vasta como carente de originalidad tiene que marcar el fin de una época ¿No deberíamos retrotraer el inicio del estancamiento a una fecha anterior? Más, si tenemos en cuenta el panorama tan sombrío que supuso para la geografía, y para toda la ciencia en general, los siglos venideros.

90 BAYET, J., *Littérature Latine*, París 1965, p. 360.

11. GEOGRAFÍA ETNOGRÁFICA E HISTÓRICA EN LOS HISTORIADORES DEL IMPERIO ROMANO

«Un rasgo interesante de esta historiografía del cambio es que deja libre al historiador para ser un tradicionalista en su corazón. O viceversa, el historiador era libre para recomendar el cambio. Mas debo admitir que no sé de ningún historiador griego o romano, de cuantos se nos han transmitido, que positivamente hayan recomendado el cambio... Los filósofos, más que los historiadores, recomendaban reformas»
(MOMIGLIANO, A., «La tradición y el historiador clásico», en *La historiografía griega*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 54).

A lo largo de nuestro estudio hemos insistido suficientemente en la fuerte relación existente entre la historia y la geografía en el mundo antiguo. En este capítulo vamos a continuar analizando esta unión entre ambas disciplinas, pero ahondando, también, en la fuerte vinculación entre el militarismo romano y la geografía de época imperial y en la regionalización de la geografía. La división de la *oikoumene* en provincias romanas provocó que el interés sobre las regiones extremas o si se prefiere exóticas (Germania, Galia, Britania, India y la Sérica), aumentase o disminuyese entre los intelectuales romanos dependiendo de la óptica con la que se observe la información que ha llegado hasta nosotros. No debe pensarse que la etnografía y la geografía romanas no florecieron hasta los inicios del Principado, pues los indicios indican que comenzaron a desarrollarse entre los historiadores romanos mucho antes¹. Este hecho está en consonancia con la continuidad que presentan los historiadores latinos con los viejos paradigmas helenos. Desde esa perspectiva ¿Una gran cantidad de datos significa un avance para la geografía o simplemente son un indicio de la perpetuación de viejos temas?

1 Cf. GARCÍA MORENO, L. A., «Etnografía y paradoxografía en la historiografía latina de la república tardía y época augustea», *Polis* 6, 1994, p. 75-92.

GERMANIA (JULIO CÉSAR; TÁCITO)

Julio César es el mejor exponente de la fuerte interrelación entre los militares y la geografía. César ha pasado a la historia como el primer autor que habla de Germania² y Tácito nos ha legado una obra homónima, que es la única monografía del mundo antiguo conservada sobre esa región. Las fuentes de información de César debieron ser su propia autopsia y autores como Posidonio, mientras que las de Tácito para escribir su *Germania* pueden clasificarse en opinión de Alfred Gudeman³ en dos grupos: 1) La información obtenida de primera mano de su propia experiencia personal. 2) La información indirecta procedente de viajeros y de fuentes literarias como Julio César. Sin embargo, *Germania* carece por completo de pasajes que muestren con claridad que Tácito visitase las tierras germánicas. En cuanto a las fuentes literarias, podrían haber sido *De bello Gallico* (*Germania* 9; 15) de Julio César, Estrabón, Diodoro, Veleyo Patérculo, Pomponio Mela, *Naturalis Historia* y *Bella Germaniae* de Plinio y en menor medida Píteas, Posidonio de Apamea, Salustio (*Anales* III 30), Livio (*Agrícola* 10), el mapa de Agripa, o Marino de Tiro. De Pomponio Mela habría podido utilizar su breve descripción de *Germania* (III 3.25-32), puesto que ambos describen la vestimenta de los germanos, su afición por el robo y su hospitalidad. Tácito también coincide con Plinio al localizar el nacimiento del Danubio en el monte Abnoba.

Pese a que escribieron con una separación temporal de poco más de un siglo ambos autores tienen una forma totalmente diferente de entender el país. La razón debe buscarse en el desastre de Teutoburgo, que supuso un antes y un después para los romanos en la forma de concebir Germania⁴.

Pese a que coinciden en el hecho de que el río Rin es importante a la hora de delimitar la zona, no lo hacen a la hora de establecer sus fronteras: «*Los germanos que habitan al otro lado del Rin*» (*De Bello Gallico* I 1.3); «*El Rin y el Danubio dividen a toda la Germania*» (*Germania* I 1). El Rin queda fijado como la frontera occidental de Germania para César, pero otros límites mencionados por autores romanos como Tácito⁵ no son mencionados. Ha sido esgrimido que la razón de la ausencia de otras fronteras se debe al desconocimiento del interior de Germania hasta la época de Augusto. Sin embargo, César demuestra a lo largo de su obra tener informes que provienen de los germanos o conocer muy bien a una tribu germánica como los suevos (IV 19). Su descripción de este pueblo es llamativa porque combina elementos propios de los pueblos sedentarios (divisiones en merindades y el conocimiento de la agricultura) con características de los nómadas, como la leche y la carne. De hecho, los suevos se refugian en los bosques al igual que lo hacen los escitas en las inhóspitas estepas⁶. Unos bosques que son calificados casi como infinitos por el divino Julio: «*los suevos, desde que supieron de cierto la venida de los romanos, con todas sus tropas y las auxiliares se habían retirado tierra adentro a lo último de sus confines. Allí se tiende una selva interminable llamada Bacene, que puesta por naturaleza como por barrera entre los suevos y queruscos, los defiende recíprocamente para que no se*

2 RIVES, J. B., *Tacitus-Germania*, Oxford 1999, p. 21-7.

3 GUDEMAN, A., «The Sources of the Germania of Tacitus», *TAPA* 31, 1900, p. 93-111.

4 Cf. PAGÁN, V. E., «Beyond Teutoburg: Transgression and Transformation in Tacitus Annales 1.61-62», *CPh* 94 (3) 1999, p. 302; MURDOCH, A., *Rome's Greatest Defeat. Massacre in the Teutoburg Forest*, Gloucestershire, Sutton 2006.

5 TÁCITO I 1; POMPONIO MELA III 25; PLINIO IV 81.

6 CÉSAR, *De Bello Gallico* I 54; IV 16; 18; 19.1-4.

hagan mal ni daño los unos a los otros. A la entrada de esta selva tenían determinado los suevos aguardar a los romanos» (De Bello Gallico VI 10).

Mientras que la Galia es presentada como un espacio bien definido (*De Bello Gallico* I 1), Germania es un bosque continuo, un símbolo de peligro y de hábitat incivilizado, cuyo fin no puede contemplarse y sus habitantes son nómadas, lo cual justifica ampliamente que G. Julio César desistiera de conquistarla⁷. El desastre de la famosa expedición de Darío contra los escitas le sirve para reafirmar su actitud prudente en Germania (HERÓDOTO IV 46). La derrota del bosque de Teutoburgo, sufrida por los romanos en tiempos de Augusto, demostraría lo acertado del razonamiento de Julio César. Pero existía un ejemplo más claro que el de Darío, que pudo sacarlo de Alejandro Magno y de Demetrio Poliorcetes, quienes desistieron en un sus intentos de conquistar a pueblos nómadas, como los escitas y los nabateos, por la aridez del terreno. Este diálogo entre el macedonio y un escita, tomado de Quinto Curcio que a su vez sigue a Clitarco, ilustra muy bien la problemática: «*Te darás cuenta de qué extensiones tan grandes ocupan los escitas y no podrás darles alcance. Nuestra pobreza será más veloz que tu ejército, que arrastra el botín de tantas naciones. Y cuando creas que estamos lejos, nos volverás a ver en tu campamento: con la misma velocidad perseguimos y huimos. Yo sé que los proverbios griegos se mofan de los desiertos escitas, pero nosotros buscamos los desiertos y las zonas desprovistas de civilización con preferencia a las ciudades y los campos fértiles*» (Q. CURCIO VII 8.22-24).

El macedonio, por quien el romano sentía una verdadera admiración e incluso sabemos que leyó su biografía (PLUTARCO, *César* 11.5-6; *Apotegmas de los reyes y los emperadores* 206b), estuvo siempre muy presente en las decisiones de G. J. César. Siendo uno de los primeros precursores de la *imitatio Alexandri* entre los gobernantes de Roma⁸. Teniendo en cuenta que muchas de las conquistas del macedonio obedecieron a sus ansias de gloria, no puede descartarse que el cruce del Rin por parte de César obedeciese a los mismos motivos. Una gloria que se habría visto empañada por tener que abandonar Germania sin haberla conquistado por completo. Pero empleando un recurso literario tan antiguo, como el utilizado por Jerónimo de Cardia y Clitarco, para justificar por qué Demetrio y Alejandro Magno no conquistaron respectivamente a los nabateos y a los escitas, César puede regresar a la Galia considerando que su gloria estaba intacta⁹, puesto que haber intentado conquistar un territorio que era un bosque eterno habría sido una temeridad. Una decisión que está respaldada por el propio Alejandro, gran modelo del rival de César, Pompeyo. César podía seguir siendo comparado al héroe antiguo que traspasa los límites y domeña el espacio, al ser el audaz soldado que había cruzado el Rin, conquistado la Galia e invadido Britania:

*«sive trans altas gradietur Alpes, Caesaris visens monumenta magni, Gallicum Rhenum, horribiles vitro ultimosque Britannos». («O si ha de atravesar los altos Alpes para ir a ver los trofeos del Gran César, el Rin de Galia y los salvajes britanos, los hombres más remotos»)*¹⁰.

7 Cf. KREBS, C. B., «Imaginary Geography in Caesar's *Bellum Gallicum*», *AJPh* 127, 1, 2006, p. 111-136; ONIGA, R., y BOROJA, F., «L'immagine della Germania in età romanobarbarica: riprese di modelli culturali classici», *Romano Barbárica* 14, 1996-1997, p. 102.

8 GREEN, P., «Caesar and Alexander: Aemulatio, Imitatio, Comparatio», *AJAH* 3, 1978, p. 1-26, Alejandro fue un modelo de conquistador para los emperadores romanos, pero no como administrador.

9 CÉSAR, *De Bello Gallico* IV 19; PLUTARCO, *César* 22-23.

10 CATULO XI. Cf. PLUTARCO, *César* 23.3, quien dice que César se salía de la *oikoumene* en Britania.

En cambio, para Tácito el país es una selva continua, pero inadecuada para el cultivo de árboles frutales, el ganado de gran tamaño y carece de metales (V). Tiene otras fronteras (Danubio; Océano) y sus habitantes no son nómadas. Pese a no ser nómadas, como los Sármatas, que pasan su vida en carros y a caballo, (XLVI 2) ni viven en ciudades ni construyen sus casas junto a las de sus vecinos, prefiriendo siempre dejar un espacio prudencial entre las viviendas: «*Hacer fructificar el dinero y dedicarse a la usura son prácticas desconocidas (entre los germanos); se abstienen de ellas más que si estuviera expresamente prohibido. Las tierras de labor, de una extensión proporcional al número de cultivadores, y sucesivamente lote por lote, se explotan en común; después se las reparten según su rango social; los grandes espacios existentes facilitan el reparto de los campos. Alternan todos los años sus cultivos y siempre sobra tierra*» (Germania 26).

Por lo tanto, la visión que César creó de Germania es muy diferente a la de Tácito, puesto que tiene límites y sus habitantes no son nómadas. De hecho, uno de los pasajes más interesantes de la *Germania* es aquel donde se habla de la existencia de unas segundas Columnas de Hércules: «*Más aún, desde esa parte hemos tanteado el mismo Océano, y corre el rumor de que existen todavía las Columnas de Hércules, ya sea que Hércules llegó hasta allí, ya sea que donde quiera que hay algo extraordinario coincidimos en atribuírselo a su gloria. No faltó arrojo a Druso Germánico, pero el Océano se opuso a que se indagase sobre él y al mismo tiempo sobre Hércules. Después nadie hizo nuevas tentativas*» (Germania 34). Esta historia confirmaría que los romanos creían que el Océano era la frontera septentrional de Germania¹¹. En *Anales* II 23-4, Tácito amplía las impresiones que los marineros de dicha expedición trajeron a Roma: «*... Contaban cada cual mayores maravillas cuanto de más lejos venían; encarecían la violencia grande de la tempestad, pintaban aves de las que jamás se tuvo noticia, monstruos marinos, formas diversas de animales y de hombres, cosas o vistas por los ojos o imaginadas por el miedo*». Demostrando que gracias al testimonio de Agrícola tiene una visión menos fantástica de las tierras del norte.

Germania comienza discutiendo el origen de los germanos defendiendo su carácter autóctono por su ubicación y su clima extremo (II), pero paradójicamente el etnónimo Germania sería muy reciente. Lo cual resulta difícil de saber porque los germanos carecen por completo de cualquier tipo de narración histórica que no sea sus antiguos poemas (II; III). En opinión del propio Tácito, el pueblo germano poseería rasgos raciales propios que no tendría ningún otro pueblo (IV): ojos azules, cabellos rubios, grandes cuerpos habituados al frío.

A continuación analiza las costumbres comunes de los pueblos germánicos (VI-XXVII). Tras describir su armamento y su forma de lucha (VI) explica cómo son escogidos los reyes por su nobleza de sangre y los jefes por su valor, pero no tienen un poder ilimitado. De entre sus dioses rinden culto a Mercurio (Wodan/Odín) sacrificándole incluso vidas humanas¹².

Como los romanos, los germanos también practican las artes adivinatorias (X), pero tienen un calendario lunar al contrario que los latinos (XI). Su apego a la libertad provoca que carezcan de disciplina y unidad. En las asambleas que celebran demuestran su asentimiento con el clamor

11 Cf. PLUTARCO, *César* 58: «*Meditaba, pues, y preparaba hacer la guerra a los Partos, y vencidos éstos por la Hircania, rodeando el mar Caspio y el Cáucaso, pasar al Ponto, invadir la Escitia y, recorriendo luego las regiones vecinas a la Germania y la Germania misma, por las Galias volver a Italia y cerrar este círculo de la dominación romana con el Océano, que por todas partes la circunscribe*».

12 TÁCITO, *Anales* XIII 57, tras la derrota de Varo en Teutoburgo varios tribunos y centuriones fueron sacrificados a los dioses germanos.



39. Germania durante el Principado.

de sus armas, que es el elemento sancionador que marca la mayoría de edad (XIII). Los jóvenes compiten en arrojo con sus jefes y consideran una deshonra el sobrevivirles, lo que indica la existencia de pactos semejantes a la *devotio* entre ellos. El valor y la guerra son la fuente de su sustento hasta el punto que «*les parece una cobardía y una vileza adquirir con sudor lo que se puede obtener con sangre*» (XIV). Aunque por influencia de los romanos en tiempos de Tácito ya habían comenzado a emplear la moneda (XV).

El modelo etnográfico de Tácito coincide plenamente con el fijado por Heródoto, pues el romano aprovecha las costumbres de los germanos para contraponerlas a las de los romanos. Una de las que más alabanzas reciben son sus costumbres matrimoniales (XVIII). La fidelidad de los cónyuges era sorprendente en una sociedad como la romana que en palabras de Marcial

se casaban para divorciarse y se divorciaban para casarse. En lugar de eso, «*allí ninguno ríe los vicios, y al corromper o dejarse corromper no lo llaman estar de moda*». No sólo son dignos de elogio por mantener sus votos nupciales, sino además por no limitar el número de hijos. «*Allí —dice Tácito— tienen más valor las buenas costumbres que en otros lugares las leyes*» (XIX), puesto que en Roma tuvo que legislarse para poner límites al libertinaje. Las diferencias entre ambas sociedades también se manifiestan en la esclavitud, siendo sumamente difícil distinguir al dueño del esclavo en Germania. Siguiendo a César (VI 23) alaba la hospitalidad del pueblo germano (XXI 2), pero se distancia de éste al no considerarlos maliciosos: «*Gente en absoluto astuta ni maliciosa, desvela aún más los secretos de su corazón por la relajación que permite el lugar. Todos exponen su opinión abiertamente y sin tapujos. Al día siguiente se vuelve a tratar el tema, respetando la razón esencial de uno y otro momento: deliberan cuando no saben fingir y deciden cuando no pueden errar*»¹³. La frugalidad sigue estando presente en sus comidas, hasta el punto que para Tácito, «*no será menos fácil vencerlos con los vicios que con las armas*» (XXIII 1). Carecen de problemas de distribución de tierras y sus funerales no son tan suntuosos como los romanos (XXVI 3; XXVII 1).

Como otros autores de la antigüedad clásica, Tácito trasladó su visión ideal de cómo debía ser la sociedad en la que él vivía al mundo que representaba para dejar más manifiestamente claro, los defectos de los romanos¹⁴.

El romano muestra mayor respeto y temor por los germanos que hacia los persas, puesto que los persas fueron derrotados y los germanos permanecen indómitos. Por lo tanto, frente a autores como Estrabón y César que vinculaban el hábitat de los germanos, frío y boscoso, con la barbarie¹⁵, Tácito está dispuesto a reconocer las virtudes que encierra su modo de vida rudimentario, y al mismo tiempo justifica que sigan siendo independientes frente a los romanos. Esta idealización de los pueblos del norte (Hiperbóreos, escitas, etc) no era nueva y era un *tópos* muy común en la literatura griega desde Heródoto¹⁶. El latino se adhiere a esta tradición etnográfica para construir una realidad en la que se combinan elementos reales y otros ficticios, obteniendo como resultado una verdadera utopía etnográfica.

GALIA (CÉSAR; AMIANO MARCELINO)

Los griegos sólo estuvieron familiarizados con el sur de la Galia gracias a su asentamiento en Massalia. Serían los romanos quienes abrirían las puertas de esta región al mundo. Es llamativo que mientras un historiador como César enmascara el empleo de otras fuentes con su autopsia, A. Marcelino prefiera la información de otros autores pese a haber tenido experiencias autópticas. En el inicio de su obra César delimita y diferencia los distintos pueblos que habitan la Galia: los belgas, aquitanos y los celtas, llamados galos por los romanos (CÉSAR, *De Bello Gallico* I 1): «*La Galia está dividida en tres partes: una que habitan los belgas, otra los aquitanos, la tercera*

13 TÁCITO, *Germania* 22.3; Cf. CÉSAR, IV 13; VELEYO PATERCULO II 118; ESTRABÓN III 1.2: «*La región septentrional es muy fría por ser accidentada en extremo, y por estar al lado del mar se halla privada de relaciones y comunicaciones con las demás tierras, de manera que es muy poco hospitalaria. Así es el carácter de esta región*».

14 ALONSO NÚÑEZ, J. M., «Significación de la Germania de Tácito», *Zephyrus* XXV, 1974, p. 473-478; «*Podemos colegir que Tácito contrasta dos culturas: la germana y la romana y que con ello muestra un espíritu moralizador hacia la sociedad romana, que, en mente de Tácito, se transluce que ya decaía en su tiempo*» (p. 478).

15 ONIGA, R., y BOROA, F., *op. cit.*, p. 98.

16 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 211-220.

los que en su lengua se llaman celtas y en la nuestra galos. Todos estos se diferencian entre sí en lenguaje, costumbres y leyes». La descripción de la Galia combina el método etnográfico con el geográfico, predominando la autopsia sobre la erudición. Sin embargo, Amiano Marcelino (XV 9.1-8) inicia su digresión sobre la Galia preguntándose sobre el origen del pueblo galo, confesando que en este asunto sigue la opinión de Timágenes de Alejandría: «Los escritores antiguos, con sus dudas acerca del primer origen de los galos, nos dejaron noticias inexactas acerca de este tema. Pero después Timágenes, un griego de pro por su precisión y su lenguaje, a partir de numerosos libros, reunió datos desconocidos durante mucho tiempo» (XV 9.2). De las muchas teorías expuestas por el historiador latino, la que cuenta con su apoyo es la que sostiene que el pueblo galo tiene un origen foráneo, procedente de Focea, por lo que nos encontramos ante un nuevo ejemplo de una explicación no autóctona de los orígenes de un pueblo.

Pese a la gran separación temporal entre ambos autores y al tiempo que hacía que era una provincia romana, Galia aparece como un lugar relativamente desconocido a causa de su orografía y de la nieve en Amiano Marcelino: «Esta región de las Galias, excepto la parte cercana a la costa, debido a las elevadas cumbres de sus montes, cubiertas siempre por una tremenda cantidad de nieve, era antes prácticamente desconocida para el resto de los habitantes del mundo. Está cerrada por todas partes por defensas naturales, rodeada así por una naturaleza que sustituye a la mano del hombre. Por el sur bañada por el mar Tirreno y por el Galo. Por donde contempla el carro celeste, está separada de unos pueblos fieros por los brazos del Rin. En la región donde se pone el sol, tiene como límites el Océano y las cumbres pirenaicas. Y por donde se eleva para contemplar la salida del sol, deja paso a las cimas de los Alpes Cotios» (XV 10.1).

Amiano Marcelino (XV 12.1-3) caracteriza a los galos por su altura, el color de sus cabellos, su vestimenta y su coraje. Sigue de cerca y nombra a Julio César, que pese a los siglos que han transcurrido es la principal fuente sobre la Galia. Por otra parte, algunos de sus pasajes son una reminiscencia de *Germania* (XV 12.4) cuando dice que los galos son un pueblo «ávido de vino, que toma múltiples bebidas semejantes a ese vino». El paso del tiempo no se ha traducido en una mejora significativa del conocimiento de una región sometida, simplemente ha incrementado el número de estudios sobre la misma.

BRITANIA (CÉSAR, TÁCITO)

Britania por su situación extrema fue un lugar que no entró en la órbita del mundo helenístico. Hay que esperar al viaje de Píteas de Massalia para que podamos encontrar informes autópticos sobre la misma. Sin embargo, para la mayoría de los intelectuales del Principado era una cuestión innegable que no había sido Píteas, sino G. Julio César el primer hombre en alcanzar la isla. Al contrario que en su expedición a la Germania, la breve invasión de Britania es vista como una audacia de César y el cruce del Támesis un hecho que llamó la atención de sus contemporáneos, que lo atribuyeron a sus ansias de metales preciosos o a la búsqueda de perlas¹⁷.

No resulta, por tanto, sorprendente la importancia que se le dio a esta efímera acción bélica, pues según Tácito (*Agrícola* 13), César fue el primer romano que entró en Britania al mando de un ejército, y fue quien descubrió la isla para Roma. En la propia capital se siguió con gran expectación cuanto ocurría¹⁸, como refleja la correspondencia de Cicerón con su hermano¹⁹.

17 CICERÓN, *Cartas a Ático* IV 17; SUETONIO, *Vida de César* 47.

18 THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 193.

19 CICERÓN, *Cartas a su hermano Quinto* II 15.4; *Ep. ad. Fam* VII 7.

Autores como Velejo Paterculo y Virgilio consideraban que el ejército romano se encontraba en otro mundo²⁰.

Sin embargo, César (V 13.2), tal vez siguiendo a Polibio que había corregido a Píteas de Massalia, situó erróneamente la costa meridional de Britania al considerarla paralela al litoral galo y al oriente de Hispania (Cf. *Supra*. p. 266). El error perduraría en autores latinos que seguían creyendo que los Pirineos estaban orientados de norte a sur. Ahora bien, esta creencia no se debió únicamente al error de Julio César. Fue una opinión generalizada en el mundo antiguo el que la costa norte de Europa tenía forma plana y que los litorales tendían en esa dirección²¹. El propio César había dicho que toda la Galia se extendía hacia el norte (IV 20.1). Esto justificaría por qué se pensaba que la isla estaba tan cerca de Hispania²².

La impronta de César en el conocimiento de la isla debió de ser muy importante entre los historiadores latinos. Un claro ejemplo, lo obtenemos de las comparaciones a las que recurren Livio y Rústico para quienes la isla se asemeja a un plato oblongo o a un hacha, mientras que César había dicho que tenía forma triangular.

De sus habitantes se distinguen los que eran autóctonos y los que procedían del continente (*De Bello Gallico* V 12). Las diferencias entre la población de Britania y la Galia surgían por las diversidades climáticas, ya que volvía a seguir a Posidonio y creía que el clima era un factor determinante en la evolución del carácter y la cultura de los pueblos. La impronta de Posidonio de Apamea en la obra de César se explica, no sólo por su necesidad para documentarse sobre la Galia, sino también por la gran popularidad que tenía entre contemporáneos suyos como Cicerón o Pompeyo.

La alimentación era la propia de los pueblos nómadas, puesto que no cultivaban el trigo y se alimentaban de carne y leche y practicaban la poligamia (*De Bello Gallico* V 14). La economía era principalmente agropecuaria, se empleaban lingotes de hierro como moneda de intercambio e importaban el cobre (*De Bello Gallico* V 12).

La religión de los indígenas tampoco se obvia: «*Los primeros (los druidas) atienden al culto divino, ofician en los sacrificios públicos y privados, interpretan los misterios de la religión: a ellos acude un gran número de adolescentes para instruirse*» (*De Bello Gallico* VI 13).

César tuvo una gran influencia en la posteridad tanto entre los historiadores latinos como en los geógrafos. No es casualidad, pues fue el encargado de abrir a Roma nuevas regiones hasta entonces desconocidas. No es sorprendente que, al igual que ocurría en la Galia, se convirtiese en una referencia obligada para los historiadores como Tácito que se enfrentaban al estudio de la naturaleza de Britania. Sin embargo, entre ambos historiadores se ha producido un mejor conocimiento de la isla gracias a la conquista en tiempos de Claudio, que como dijo Mela (III 49) abrió la isla al mundo romano.

Al igual que en César, la geografía y la topografía tienen un importante papel en Cornelio Tácito a la hora de situar los acontecimientos militares²³. Gracias a la estancia de Gneo Julio Agrícola, suegro de Tácito, como gobernador en Britania, aumentó el conocimiento geográfico

20 VELEYO PATERCULO II 46; VIRGILIO, *Égloga* I 66.

21 POMPONIO MELA III 1.2; Cf. DION, R., *Aspects politiques de la géographie antique*, París 1977, p. 250-254.

22 APIANO, *Hispania* 1, dice que Britania se encontraba a tan solo un día de navegación. Cf. PLINIO IV 102; TÁCITO, *Agrícola* 10.2; D. CASIO XIL 50.2.

23 SAGE, M. M., «Tacitus historical works», *ANRW* II 33.2, 1990, p. 929.

de la isla en el mundo romano²⁴, como consecuencia de la obra homónima que Tácito compuso en su honor. Comenzó a escribir *Agrícola* en vida del emperador Nerva (III 1) y concluyó siendo *princeps* Trajano (*Agrícola* XLIV.5). Básicamente, la mayor parte de la información geográfica se condensa en los capítulos X-XII de la misma, habiendo empleado directamente algunos autores latinos como T. Livio y Fabio Rústico (X 3). Aún así, muestra conocer los escritos de otros autores, aunque no los cite²⁵. Los datos geográficos sirven para situar e incrementar la gloria de *Agrícola*²⁶. De hecho, en un discurso del propio *Agrícola*, la naturaleza adversa (lluvias, montañas, ríos o mares) es presentada como un contrario más con el que es necesario batallar para conseguir el triunfo, porque la geografía de Britania beneficia al enemigo y no a los invasores²⁷.

Britania es considerada como la mayor de las islas que Roma conoce. «*En cuanto a la posición geográfica respecto a los astros se orienta a Germania por el este, por el oeste a Hispania, su parte meridional es incluso visible por los galos*». Tácito ubica con mayor precisión la isla que César (V 13.2) pero sigue cometiendo el mismo error que el general romano quien había dicho que se encontraba al este de Hispania, una equivocación que también cometieron Estrabón (IV 5.1) y Plinio (IV 102). El error de César, como hemos dicho, debió de proceder de Polibio, quien había corregido a Píteas de Massalia, que había sido la fuente de información de Eratóstenes de Cirene para establecer la verdadera orientación de los Pirineos y de la Península Ibérica, que en tiempo de Tácito se consideraba erróneamente que era Norte-Sur.

Tácito sitúa a Britania como la última tierra al norte, no existiendo en esa dirección nada más que un océano sin fin: «*La zona septentrional, sin tierra alguna enfrente, es azotada por un mar inmenso y abierto (vastum et apertum mare)*». En la *Germania* II 1 vuelve a dar una visión sombría de estas regiones norteñas para justificar la naturaleza autóctona del pueblo germano. Desde Píteas de Massalia, la isla de Tule era considerada como el punto más septentrional de la *oikoumene*. Tácito no niega la existencia de Tule, pero prefiere marcar a Britania como el punto más extremo del mundo, probablemente por estar controlada por los romanos, cosa que no ocurría con Tule.

Gracias a una escuadra romana el mar del norte fue surcado, confirmándose que Britania era una isla, la existencia de las Orcadas, probablemente las islas Orkneys de las que ya había hablado Plinio (IV 103) y divisada Tule, posiblemente la isla de Mainland, la más grande de las islas Shetland. No pudieron alcanzarla porque el invierno ya se cernía sobre la escuadra. Para colmo la naturaleza de este mar habría sido diferente a la del resto: «*Se dice, empero, que aquel mar calmo y fatigoso para los remeros ni siquiera se agita con el viento como los otros mares. Creo que eso se deba a la escasez de montes y tierras, causa primera de las tempestades, y a que una masa de agua profunda e ininterrumpida se pone más lentamente en movimiento*» (X 5). Algunos autores sostienen que lo que se está describiendo aquí es la corriente del Atlántico

24 TÁCITO XIX; XX 1: «*Elegía personalmente el lugar para acampar, personalmente exploraba los estuarios y los bosques*»; XXII 1: «*El tercer año de campaña abrió el acceso a nuevos pueblos*»; XXIV 1: «*Y con unos cuantos combates victoriosos sometió pueblos hasta entonces desconocidos*». Cf. GORRICHON, M., «La Bretagne dans la «*Vie d'Agriola*» de Tacite», en *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges à R. Dion*, París 1974, p. 191-205.

25 X 1: «*muchos autores*».

26 CLARKE, K., «An Island Nation: Re-Reading Tacitus' «*Agricola*»», *JRS* 91, 2001, p. 94-112; p. 94. GIUA, M. A., «Paesaggio, natura, ambiente elementi strutturali nella storiografia di Tacito», *ANRW* II 33.4, 1991, p. 2897.

27 TÁCITO, *Agricola* XXXIII 2; 3; 5. Cf. BORCA, D., «*Adversus ipsam rerum naturam*»: Note on Tacitus, 'Agricola' 33», *Britannia* 27, 1996, p. 337-340.

Norte²⁸. Seguramente la información dada por Tácito proviene de algún autor helenístico como Píteas o Posidonio, pero también de la propia experiencia personal de Agrícola en esos mares: «Una sola cosa quisiera añadir: en ningún otro lugar domina más ampliamente el mar, muchas corrientes discurren en todas direcciones, y los flujos y reflujos no se reducen sólo al litoral, sino que las aguas penetran en tierra firme y la circundan, se instalan incluso en colinas y montañas como en su propio dominio» (X 6). Por lo tanto, la isla al igual que la Cerne de Occidente o la Tule de Píteas tiene una ubicación en los confines del mundo, pero su naturaleza no llega a ser tan paradoxográfica como las otras islas que se encuentran más allá de las Columnas de Hércules, porque la conquista romana ha introducido lentamente la isla en el mundo conocido, apropiándose del Océano que anteriormente pertenecía a las tribus de Britania²⁹.

La situación extremadamente septentrional de la isla explica que en ella acontezcan fenómenos climatológicos poco comunes: «La duración del día es mayor que la que tiene en nuestras tierras. La noche es clara y en la parte extrema de Britania tan breve, que sólo gracias a un exiguo intervalo se logra distinguir el fin y el comienzo del día. Si las nubes no lo impiden, afirman que se puede llegar a ver durante la noche el resplandor del sol, que ni se pone ni sale, simplemente cruza el horizonte. La parte extrema y plana de las tierras, al proyectar una sombra baja, no levanta grandes tinieblas, y la noche cae debajo del cielo y las estrellas» (XII 3-4). Es falso que la duración del día sea mayor en Inglaterra que en la Europa mediterránea, pero este texto, donde se distingue la diferente duración del día y la noche, demuestra que Tácito tenía una clara concepción esférica de la tierra, abandonando por completo la percepción homérica de un disco plano³⁰, pues las diferencias lumínicas en dos lugares en el mismo momento, sólo serían posibles en una superficie esférica y no plana. En *Germania* (45.1-3) volvemos a encontrar evidencias de que la tierra era esférica para Tácito: «Más allá de los suyones hay otro mar calmo y casi inmóvil, que, según se cree, ciñe y cierra el orbe de la tierra, dado que el último resplandor del sol poniente dura hasta el alba y tan brillante que ofusca las estrellas. Además se añade la convicción de que, cuando sale el sol, se oye su sonido y se distinguen las formas de sus caballos y los rayos de su cabeza. Hasta allí solamente llega el mundo, y esta opinión es verdadera».

Como consecuencia de la anormalidad climática no crece ni la vid ni el olivo pese a la fertilidad del suelo (XII 5). Sin embargo, Britania es rica en metales de todo tipo (XII 6) y en sus aguas abundan las perlas, aunque no sean de la misma calidad que las que se pueden encontrar en el Índico. Ni César ni Cicerón habían mencionado anteriormente la existencia de metales preciosos, pero Estrabón (IV 5.2) sí había dicho que existían en la isla. Lo cierto es que las islas británicas se hicieron célebres en la antigüedad por la presencia de estaño, lo que les otorgaron el nombre de Casitérides.

Respecto al origen de los habitantes de Britania, Tácito reconoce que es difícil saber si son de origen autóctono o foráneo. El autor, tal vez nuevamente por testimonio de Agrícola, reconoce las diferencias de los distintos pueblos que habitan la isla: «El aspecto físico es variado, y de ahí las conjeturas. Pues los cabellos rubios de los que habitan Caledonia y su fuerte complexión aseguran su origen germánico; los rostros morenos de los sílures, su cabello en general crespo

28 BURN, A. R., «Mare pigrum et grave», *CR* 63, 1949, p. 94.

29 TÁCITO XXV 1: «Por un lado vencidos la tierra y los enemigos, por el otro vencido el Océano. También a los britanos, según se oía decir a los prisioneros, causaba estupor la visión de la flota, como si descubierto el secreto de su mar se cerrase para los vencidos su último refugio». Cf. CLARKE, K., *op. cit.*, p. 102.

30 STEINMETZ, P., «Tacitus und die Kugelgestalt der Erde», *Philologus* 91, 1969, p. 233.

y el encontrarse situada Hispania enfrente acreditan que los antiguos iberos cruzaron el mar y se establecieron en aquel territorio. Los próximos a los galos son también semejantes a éstos, ya sea porque persista el ascendiente del origen, ya sea porque, al aproximarse tierras que se extienden desde direcciones opuestas, el clima les ha proporcionado idéntico aspecto» (XI 1-2). El origen o procedencia de los pueblos era un *tópos* muy común en la literatura antigua, que, generalmente, siempre pretendían tener un pasado autóctono o extranjero³¹. La vinculación de los britanos con los iberos se producía por la errónea creencia que, como se ha visto, sostenía que Hispania se encontraba próxima a la isla. No es tampoco sorprendente, no obstante, que Tácito vea en el clima una posible explicación para la existencia de rasgos físicos similares entre pueblos distintos, pues el determinismo geográfico era muy aceptado entre los geógrafos antiguos. La identificación de los habitantes de Caledonia con los germanos ya había sido anteriormente defendida por Julio César (*De Bello Gallico* IV 1), mientras que los habitantes del interior serían indígenas (*De Bello Gallico* V 12.1). En cualquier caso, la incipiente etnografía latina no estaba preparada para distinguir las diferencias entre los celtas y los germanos, y era lógico que se dudase a la hora de diferenciarlos. Pero no lo suficiente para ignorar que existía una gran semejanza entre los habitantes de la Galia y los de la isla a nivel lingüístico y religioso (XI 3) y una clara diferencia: Los britanos eran más fieros que los galos, porque estos últimos llevaban más tiempo sometidos y pacificados por los romanos.

Los grandes caudillos como Calgaco o Budica intentaron devolver la libertad a los isleños, pero fracasaron ante su falta de unidad (XVI), aunque los argumentos que emplearon en sus discursos son los propios que utilizarían individuos imbuidos por la cultura romana. Todo lo cual refleja hasta qué punto la isla formaba ya parte del orbe romano, cuando ni a Tácito ni a sus lectores les resulta extraño que los britanos hablen como ciudadanos romanos. ¿O es el etnocentrismo de Tácito y sus contemporáneos romanos lo que les hace hablar así?

NUMIDIA (SALUSTIO)

La costa noroccidental de África fue mal conocida tanto por los griegos como por los romanos debido a la presencia de los cartagineses en la zona. Pero tras la derrota definitiva de Cartago, Roma empezó a explorar esta región de la *oikoumene*, siendo uno de los primeros viajes que se hicieron en el periplo de Polibio. Uno de los historiadores que más atención dedicó a Numidia fue G. Salustio Crispo. Los fragmentos de las *Historias* de Salustio muestran una clara interrelación entre la etnografía y la historia³². Hay cierta tendencia a la hora de describir la forma de las regiones, el origen mitológico de los lugares o la explicación de sus nombres a la semejanza de algunos historiadores griegos como Hecateo y Heródoto.

Buena parte de lo dicho sobre Numidia y África por Salustio está concentrado en una larga digresión geográfica de la *Guerra de Jugurta* (17-19), que el historiador latino afirma haber obtenido de unos libros púnicos pertenecientes al rey Hiempsal (17.7), el abuelo del historiador Juba II. La misma se inicia con una discusión sobre el continente africano: «*En la división del orbe terrestre los más consideran a África como tercera parte, visión tripartita del mundo, mientras unos pocos admiten solamente dos, Asia y Europa, formando parte África de esta última. Limita al occidente con el estrecho que media entre nuestro mar y el océano, y al naciente con una*

31 Cf. BICKERMAN, E., «Origines gentium», *CPh* 47, 1952, p. 65-81.

32 Cf. ONIGA, R., *Sallustio e l'etnografia*, Pisa 1995.

extensa superficie en declive, a que sus habitantes nombran Catabatmos. El mar es borrascoso y no consiente puertos; los campos, fértiles en granos, excelentes para el ganado y desprovistos de árboles; hay penuria de agua de lluvias y terrestre».

En la reflexión de Salustio sobre los tres continentes queda plasmada la creencia de su época sobre una división bipartita o tripartita del mundo. La concepción tripartita sería la que finalmente acabaría imponiéndose en autores como Pomponio Mela y Plinio, y que con el tiempo sería extendida por los pensadores cristianos y por la cartografía medieval con los mapas T-O.

Lo llamativo en este largo *excursus* es la atribución de un origen foráneo al pueblo numida³³. Así, originariamente Numidia estaba habitada por gétulos y libios, pueblos que se caracterizaban por su naturaleza incivilizada, carente de leyes, que queda totalmente reflejada por la costumbre de comer la carne cruda (18.1-2). Siguiendo la tradición etnográfica griega que se iniciaba en Homero (IX 106-15), Salustio escenifica la barbarie mediante los hábitos culinarios (Cf. SALUSTIO, *Catilinarias* I 1). Los libios y los gétulos se diferenciaban en su modo de vida, estos últimos eran más belicosos que los libios (18.12), y en su hábitat, los libios vivían cerca del Mediterráneo, mientras que los gétulos estaban establecidos en el sur (18.9). El pueblo más belicoso es el que vive en un medio más hostil y difícil y el más débil, el que vive en las proximidades de la costa, lo que concuerda con otros modelos etnográficos clásicos (cf. *Supra*. p. 79; p. 266).

El resto de pueblos que completan las etnias del norte de África son los medos, armenios y persas, que habrían formado parte del ejército de Hércules (Melkart) que intentó conquistar Occidente. Estos pueblos no sólo estaban más desarrollados que los anteriores, sino que eran los representantes de los grandes imperios orientales. Tampoco estaban unidos, mientras que los medos y los armenios se establecieron en los estrechos, siendo posteriormente conocidos como Mauri (18.9-10), los persas lo hicieron en las costas del Atlántico (18.5). Con el tiempo el poder de los persas de Numidia creció hasta el punto de someter a su autoridad a todo el norte de África y adentrarse en el interior (18.11). Este contraste entre el modo de vida nómada del interior y los medio civilizados sedentarios de la costa es totalmente ficticio, puesto que en tiempos del rey Masinisa (238-148 a.C.) la mayoría de los habitantes eran granjeros (ESTRABÓN XVII 3.15; POLIBIO XXXVI 16.7-8; DIODORO XXII 16.4). Sin embargo, para Salustio, Numidia es un desierto poblado por nómadas que habitan en casas móviles semejantes a barcos invertidos (18.5). Se trata del mismo sistema empleado por Heródoto, Jerónimo de Cardia y J. César. El espacio se altera hasta el punto de hacerlo consonante con las características que una civilización atribuye a otra. Un pueblo de indómitos jinetes nómadas³⁴ que puso en jaque al poderoso Imperio Romano, queda mejor definido en un medio agreste que justifica su modo de vida, y por ser descendiente de grandes pueblos de jinetes³⁵, como el persa, el armenio o el medo. Jugurta no es un mero bárbaro, sino un descendiente de Ciro el Grande³⁶ y, por lo tanto, un más que digno adversario para un gran Imperio.

33 Sobre este texto consúltense los trabajos de SCANLON, T. F., «Textual Geography in Sallust's The War with Jugurtha», *Ramus* 17, 1988, p. 138-175; WIEDEMANN, Th., «Sallust's Jugurtha: Concord, Discord, and the Digressions», *G&R* 40, 1993, p. 48-57; GREEN, C. M. C., «De Africa et eius incolis: The Function of Geography and Ethnography in Sallust's History of the Jugurthine War (BJ 17-19)», *AncW* 24, 1993, p. 185-197; MORSTEIN-MARX, R., «The Myth of Numidian Origins in Sallust's African Excursus (Iugurtha 17.7-18.12)», *AJPh* 122 (2) 2001, p. 179-200.

34 Cf. PÍNDARO, *Pítica* IX 4; SÓFOCLES, *Electra* 727; HERÓDOTO IV 170; 189.

35 MORSTEIN-MARX, R., *op. cit.*, p. 190-191.

36 GREEN, C. M. C., 1993, p. 197.

GRECIA (PAUSANIAS)

Cuando Pausanias escribió su *Elládos Periégesis*, en época de los Antoninos, la Grecia continental estaba arruinada. Buena parte del legado cultural griego se había perdido. Sin embargo, gracias al filohelenismo de algunos emperadores Grecia pudo conservar e incluso recuperar parte de su antiguo esplendor. Es en esta situación en la que debe de circunscribirse y estudiarse la obra de Pausanias. De lo contrario, no podría entenderse adecuadamente por qué en el apogeo del Imperio Romano un griego decidió dedicar una obra tan voluminosa como ésta a una sola región de la *oikoumene* tan familiar y conocida por los textos de los primeros geógrafos (cf. IX 36.5), puesto que su objetivo era «tratar en la misma medida todas las cosas griegas»³⁷. Se trata de un griego que escribe para griegos que reivindican su identidad en pleno Imperio Romano³⁸. Un hecho que altera por completo el método etnográfico antiguo, en el que autor describía tierras lejanas a lectores que no estaban familiarizados con ellas.

Pausanias es un viajero por lo que buena parte de los conocimientos del espacio que tiene proceden de la experiencia de sus viajes, que realizó por espacio de treinta años, entre el 150-180 d.C.³⁹, es decir, básicamente el reinado de Marco Aurelio (161-180)⁴⁰. Por su propia obra sabemos que estuvo en buena parte de Asia Menor, el mar Muerto, Bizancio o que incluso vio las pirámides. Es, por tanto, heredero de la tradición autóptica de Hecateo de Mileto y de Heródoto⁴¹, y en su narración pueden encontrarse los mismos tópicos de la literatura etnográfica⁴².

La información no se presenta de forma caótica en su obra, sino que se ajusta a principios estrictamente geográficos⁴³ o religiosos⁴⁴. Antes que un mapa o unas fronteras fijas, son las áreas culturales y la identidad las que separan unas zonas de Grecia de las otras⁴⁵. Los límites del mundo se establecen conforme a la vieja costumbre de los pueblos periféricos. Si Heródoto fijaba la frontera norte de la *oikoumene* mediante pueblos como los escitas, Pausanias recurre a los gálatas⁴⁶ para fijar la frontera norte y a los etíopes para la meridional.

A diferencia de otros autores, Pausanias (I 33. 4) no cree que el Océano sea un río circular, sino un mar junto al cual viven Íberos y Celtas: «En efecto, junto al Océano, que no es un río, sino la parte extrema del mar por el que navegan los hombres, viven los iberos y los celtas,

37 I 26.4. Cf. SIDEBOTTOM, H., «Pausanias: Past, Present, and Closure», *CQ* 52 (2) 2002, p. 499, señala que *pánta tà Elliniká* no quiere decir todos los lugares de Grecia, sino todas las cosas que constituyen y forman parte de la cultura griega.

38 PRETZLER, M., «Turning travel into text: Pausanias at work», *G&R* 51, 2004, p. 18.

39 PAUSANIAS I 19.6, menciona el estadio de Herodes en Atenas que fue finalizado sobre el 143 d.C.; V 1.2, se dice que han pasado 217 años de la refundación de Corinto (44 a.C.) por lo que debía de ser el año 173 d.C.

40 DILLER, A., «The Authors Named Pausanias», *TAPA* 86, 1955, p. 268-279; p. 269.

41 JACOB, Ch., y MULLEN-HOHL, A., «The Greek Traveler's Areas of Knowledge: Myths and Other Discourses in Pausanias' Description of Greece», *YFS* 59, 1980, p. 68.

42 Plantas: I 35.4; VIII 12.1; Animales: II 28.1; III 25.7; V 5.2; 5.7; VIII 4.7; 10.9; 16.2; 17.3; 21.2; X 29.2; 36.1-2; Ríos: V 7.1; VII 22.11; VIII 18.1-6; 22.3; 44.3-4, 54.1-3; Fuentes: I 38.1; IV 30.2; VIII 19.2-3; Lagos: II 37.5-6; III 21.5; Otros fenómenos: I 44.6; II 24.3; III 21.4; V 12.1-3; 12.7; VII 24.7-13.

43 COHEN, A., «Art, myth and travel in the Hellenistic World», en *Pausanias: Travel and memory in roman Greece*, Oxford 2003, p. 105.

44 V 14.4; 10.

45 ELSNER, J., «Pausanias: A Greek Pilgrim in the Roman World», *P&P* 135, 1992, p. 3-29; p. 13.

46 PAUSANIAS I 4.1: «Estos gálatas habitan los confines de Europa junto a un mar inmenso y no navegable hasta sus extremos, pues tiene mareas y monstruos en nada semejantes a los de los restantes mares». Cf. I 35.5, los últimos celtas.

y en él está la isla de los britanos. Los últimos de los etíopes más allá de Siene que habitan junto al mar Rojo son los ictiófagos, y el golfo en torno al que viven se llama de los ictiófagos. Los más justos viven en la ciudad de Méroe y la llanura llamada Etiópica. Éstos son los que muestran la Mesa del Sol, y no tienen otro mar ni otro río que el Nilo». Esta aseveración supone una revisión de la concepción homérica del espacio, pero no en su totalidad, pues se sigue manteniendo la imagen de mundo-isla.

En cambio, el centro gravitatorio del mundo que describe Pausanias sigue siendo el oráculo de Delfos. Un universo el de Pausanias que, en modo alguno, está aislado entre cada una de sus partes, como lo prueba su creencia en los ríos subterráneos: «Por lo demás, dicen los filiasios y los sicionios con respecto al río que su agua viene de fuera y no es del país; pues el Meandro, que baja desde Celenas a través de Frigia y Caria y desemboca en el mar junto a Mileto, se dirige al Peloponeso y forma el Asopo. Conozco también, porque se lo he oído decir a los delios, otra afirmación semejante: que el agua que llaman Inopo les viene del Nilo; y justamente también una historia pretende que el propio Nilo es el Éufrates que desaparece en un lago, y apareciendo de nuevo más arriba de Etiopía, forma el Nilo. Esto es lo que he oído decir acerca del Asopo» (II 5.3). Si el Nilo y el Éufrates eran realmente el mismo río y el Nilo era el río que vertía sus aguas en el Inopo, esto convertía a Grecia en el verdadero centro neurálgico de la *oikoumene*.

Sobre la existencia real o no real de las maravillas, Pausanias era consciente de que las cosas maravillosas, «*thaumata*», eran el principal objeto de deseo de su audiencia, por lo que muestra una actitud ambivalente. En primer lugar corrige a algunos autores con fama de fabuladores, como Ctesias de Cnido (IX 21.4), para más tarde valerse de una argumentación pseudo-científica, como puede ser la variabilidad del clima y sus influencias en los seres vivos, para justificar que en algunos lugares la fauna puede ser muy diferente: «Y creo que si uno recorre las partes más remotas de Iliria, India o Arabia, queriendo hallar todos los animales que se encuentran entre los griegos, algunos no los encontrará en absoluto, y otros tienen un aspecto diferente. En efecto, no sólo el hombre tiene un aspecto diferente en diferentes climas y lugares, sino que a las demás cosas también les pasa lo mismo, pues de los animales, la serpiente libia tiene un color diferente a la de Egipto, mientras en Etiopía la tierra cría serpientes negras como los hombres. Así, es preciso que nadie sea irreflexivo de pensamiento ni incrédulo respecto a las rarezas. Por ejemplo, aunque no he visto serpientes aladas, creo que existen, y lo creo porque un frigio trajo a Jonia un escorpión con alas muy parecidas a las de la langosta» (IX 21.5-6). De esta forma, Pausanias justificaba de modo pseudo-científico la existencia de lo fabuloso. El clima no sólo influye en la flora y en la fauna, también lo hace en el ser humano, como prueba el hecho de que existan diferentes razas en la *oikoumene* (VIII 29.4). Al igual que otros geógrafos del mundo antiguo, como Eudoxo y Onesícrato de Astipalea, Pausanias tenía la fuerte convicción de que el agua era un factor clave para la vida humana y que diferentes tipos de agua podían explicar la variedad de pieles o cabellos en el mundo (IV 35.9-10).

El método del autor combina por igual la descripción de los hechos históricos con la del espacio geográfico. En la *Periégesis* de Pausanias, los personajes pseudo-históricos como los autóctonos modifican e influyen en la transformación y civilización del territorio más que cualquier aspecto climático (II 15.5; VIII 3.3). De igual modo, los dioses⁴⁷ y los héroes⁴⁸ griegos llenan el escenario que Pausanias va presentando en su narración. Hasta el punto que parece que al

47 I 23.5 (Diónisos); 42.2 (Lira de Apolo); 43.2 (Demeter); III 22.1 (Zeus); El cetro de los dioses (IX 16.3).

48 II 7.9 (Las armas de Meleagro y la flauta de Marsias); II 17.3 (Escudo de Euforbo); III 3.8 (La lanza de Aquiles).

autor sólo le interesan los asuntos religiosos⁴⁹. La religión es una forma de expresar la relación e identificación del individuo con el espacio que lo rodea, y que escenifica cuán intensamente están unidas la cultura y la ideología de una sociedad con la geografía.

Los lugares donde residen estas reliquias tienen una importancia mayor que otras regiones y, a su vez, son muy útiles para que el viajero pueda ubicar y situar mentalmente las ciudades de Grecia. Son unos puntos de referencia que le ayudan a calcular las distancias, al mismo tiempo que las dotan de identidad. Por eso, no es de extrañar que varias ciudades reclamen tener el mismo sepulcro o reliquia (PAUSANIAS III 19.9-10). Elementos que, al fin y al cabo, definen al griego y establecen la helenidad que lo hace ser diferente frente al romano. Pausanias a través de su geografía religiosa redescubría la identidad griega.

PALESTINA (F. JOSEFO)

Palestina no tuvo un gran contacto con el mundo clásico hasta el mundo helenístico. No es probable que Alejandro de Macedonia visitase el templo de Jerusalén, pero el contacto entre la cultura griega y el mundo hebreo aumentó cuando su ámbito espacial pasó a formar parte del Imperio Ptolemaico. Palestina comenzó a ser conocida en el mundo grecorromano gracias a las campañas de Pompeyo el Grande. Fue Teófanos el primero que se dedicó a dar a conocer esta parte del imperio, pero el autor que escribió la principal monografía sobre esta región fue Flavio Josefo. Debe tenerse en cuenta la doble perspectiva con la que escribe, la de un judío helenizado, y como tal, no sólo escribe para su pueblo, sino también para todos aquéllos que participan de su cultura. Es por eso que recurre a esquemas espaciales de ambas culturas para que su discurso resulte comprensible para todos.

El ecumenismo del Imperio Romano es detectable en un discurso de Agripa a los judíos *BJ* II 16.4: «*Mas la virtud y poder invencible de los romanos pasa por todo el mundo, y aun algo más han buscado de lo contenido en este mundo, porque no les basta a la parte del Oriente tener todo el Éufrates, ni a la de Septentrión el Istro o Danubio, ni les faltan por escudriñar los desiertos de Libia hacia el Mediodía, ni Gades al Occidente; más aún además del océano buscaron otro mundo y vinieron hasta las Bretañas, que es Inglaterra, tierras antes no descubiertas ni conocidas, y allá pasaron su ejército. Pues qué, ¿sois vosotros más ricos que los galos, más fuertes que los germanos y más prudentes y sabios que los griegos? ¿Sois por ventura más que todos los del mundo? ¿Pues qué confianza os levanta contra los romanos?».*

Josefo sobreestima la unidad del pueblo hebreo para darle una mayor cohesión como grupo social. Algo muy útil para contrarrestar la propaganda de época Flavia que había convertido a la nación judía en uno de los principales enemigos del Imperio⁵⁰. En *Contra de Apión* II 179-81, deja claro que el dios judío tiene una ascendencia que sobrepasa el área territorial de Jerusalén. Sin embargo, cuando Josefo presenta ante sus lectores romanos la religión de dicho pueblo, se hace más evidente que nunca las dificultades que tiene para escapar de la cosmovisión grecorromana. La herencia clásica es rastreable en las citas al Océano, que son una clara reminiscencia de la tradición geográfica homérica (II 7; 16; III 3). La misma tendencia se observa al identificar lugares de la geografía bíblica, como el río Pisón y Gihon, con otros reconocibles del espacio

49 FRAZER, J., *Pausanias's Description of Greece*, I Londres 1898, p. XXV-XXVIII; HABICHT, C., *Pausanias' Guide to Ancient Greece*, Berkeley 1985, p. 23. Cf. I 38.7, donde el autor demuestra tener escrúpulos religiosos cuando se niega a explicar los misterios de Eleusis a los no iniciados.

50 EDWARDS, D. R., *Religion & power: pagans, Jews and Christians in the Greek East*, Oxford 1996, p. 85.

griego, como el Ganges y el Nilo (I 38-9). Lo mismo ocurre cuando enumera los lugares del mundo que fueron repartidos entre los hijos de Jafet (I 122-29). Es una forma de presentar el mundo judío de manera inteligible para los lectores grecorromanos⁵¹, pero también una clara confesión de la impotencia del pensamiento griego para comprender algo si no se traduce a sus categorías mentales imperantes, y teniendo en cuenta que la particularidad más pura de una cultura es su cosmovisión, resulta desolador pensar las limitaciones de esta forma de pensamiento para conocer otras manifestaciones culturales de forma fehaciente.

EGIPTO (JUBA, AMIANO MARCELINO)

Egipto nunca perdió la fuerte impronta que tenía sobre los intelectuales helenos. Obras como las de Hecateo de Abdera donde se construía una auténtica utopía en el país del Nilo, se encargaron de que no fuese olvidado. Roma nunca fue ajena a Egipto. La fuerte ascendencia de Cleopatra y la conquista del país tras Actium multiplicaron sensiblemente el interés por lo egipcio. Los cosméticos o las costumbres funerarias egipcias dejarían su impronta en la sociedad romana.

No obstante, lo que más continuó llamando la atención de los latinos fue la consabida cuestión de las crecidas del Nilo. Todo intelectual romano que se preciase de serlo se sentía impulsado a explicar el misterio de sus crecidas: Séneca (*Q.N* IV 2); Ovidio (*Metamorphosis* I 422-9); Lucano (*Farsalia* X 190-330); Arriano (*Índica* 6.6-7); Estrabón (I 2.22).

Séneca afirmaba que el misterio del Nilo nunca se resolvería hasta que se encontrasen sus fuentes. Un requisito que, según Plinio, Juba proclamó haber cumplido al encontrar el nacimiento del Nilo en la cordillera del Atlas, que se localizaba en su propio reino: «*El Nilo, que nace en fuentes desconocidas, dado que discurre por lugares desiertos y abrasados y, además, por un espacio de una longitud inmensa, y que ha sido explorado solamente por su fama, de forma pacífica, sin las guerras que han hecho descubrir las demás tierras, tiene su origen, según pudo averiguar el rey Juba, en una montaña de la Mauritania inferior, no lejos del Océano, estancándose en un lago que llaman Nilida. En él se encuentran los peces alabetas, coracionos y siluros. Incluso un cocodrilo de allí, ofrecido por Juba como prueba de ello, se ve en la actualidad en el Iseo de Cesarea. Además, se ha observado que según sean de fuertes las lluvias o las nieves en Mauritania, así crece el Nilo*» (V 51). Anteriormente, Aristóteles ya había situado el nacimiento del Nilo en la misma zona. No sería raro, por tanto, que Juba se hubiese valido del Estagirita para argumentar su teoría. Al igual que su discípulo, Alejandro, identificó el curso del Nilo con el del Indo por las semejanzas de su flora y fauna (ARRIANO VI 1.2), Juba confirmó su teoría siguiendo los mismos criterios. Es posible que se tratase de una simple confusión entre los cursos del Nilo y del Níger o que fuese una tradición de los camelleros africanos. Posteriormente, el viajero musulmán Ibn Battuta, también llegó a una conclusión similar. Sin embargo, es muy posible que la hipótesis de Juba hubiese estado afectada por sus intereses políticos⁵².

El período tardoantiguo marca el culmen de la decadencia de la historiografía grecorromana. El último gran historiador latino no puede evitar hablar del Nilo cuando hace referencia a Egipto. Lo cual es comprensible en su caso, porque ha estado en la región y tiene experiencias

51 FELDMAN, L. H., *Studies in Josephus' rewritten Bible*, Brill 1998, p. 1.

52 BRAUND, D., «Anth. Pal. 9. 235: Juba II, Cleopatra Selene and the Course of the Nile», *CQ* 34, 1984, p. 175-178, relaciona la identificación de Juba con su matrimonio con Selene, hija de Marco Antonio y Cleopatra, heredera del reino de Egipto. Si el Nilo, que era el verdadero corazón de Egipto, nacía en sus tierras, era un motivo más que lo legitimaba como señor del país.

autópticas sobre la cuestión, sin embargo, Amiano Marcelino dice al respecto: «*En mi opinión, los orígenes de las aguas del Nilo serán ignorados también por las generaciones venideras, tal como ha sucedido hasta ahora. Pero, como los escritores de fábulas y distintos geógrafos no se ponen de acuerdo en este tema tan oscuro, ofreceré en breves palabras las opiniones que, según pienso yo, están más cercanas a la verdad*» (XXII 15.4). Amiano como otros autores de su período se limita a recopilar diversas teorías sin decantarse por ninguna. No se siente obligado, en modo alguno, a cuestionarse personalmente la naturaleza del problema. A diferencia de otros autores que enmascaraban sus opiniones con la tradición, se siente liberado por completo ante la necesidad de responder a un viejo enigma recurriendo a estrategias aún más antiguas. Esta imposibilidad de seguir diciendo lo viejo como si realmente fuese nuevo es lo que marca la decadencia del modelo historiográfico antiguo.

PERSIA (AMIANO MARCELINO)

Amiano Marcelino no fue ajeno al estudio de las cuestiones etnográficas o geográficas, de hecho fue el heredero de una tradición geográfica y cartográfica de más de mil años. Uno de los asuntos que intentó dilucidar fue el origen de los terremotos o del tsunami que asoló las costas de Alejandría causando miles de muertos (XVII 7; XXIII 6.1-80).

La visión de la etnografía en Amiano Marcelino se explica a partir de la relación de los pueblos con el medio que los rodea⁵³. Los territorios fronterizos del Imperio Romano se caracterizan por tener un entorno natural excesivamente agresivo que imposibilita que los ejércitos imperiales puedan tener un dominio férreo sobre los mismos, y, al mismo tiempo, estas condiciones climáticas adversas explican por qué estas zonas están habitadas por pueblos bárbaros, al no haber llegado la civilización romana a las mismas⁵⁴. De igual modo, las montañas son un ámbito idóneo para resistir el avance de la civilización y dar cobijo a los bárbaros⁵⁵.

Sus descripciones de pueblos extranjeros pueblan las páginas de su obra. Las habilidades como etnógrafo de Amiano quedan registradas en su retrato de las costumbres de los sarracenos (XIV 4). Igualmente resulta brillante y siniestra su imagen del pueblo de los Escordiscos, que bebían la sangre de sus enemigos en sus propios cráneos⁵⁶. Pero la barbarie por excelencia nos la ofrece en su celeberrimo pasaje dedicado a los hunos: «*Los llamaríamos animales bípedos más que hombres o curiosas figuras que el capricho del arte coloca como voladizos en las cornisas de un puente. Unas costumbres rayanas en lo animal responden a este exterior repulsivo. Los*

53 MOMMSEN, Th., «*Ammians Geographica*», *Hermes* 16, 1881, p. 602-636; SUNDWALL, G. A., «*Ammianus Geographicus*», *AJPh* 117, 4, 1996, p. 619-643; GUZMÁN ARMARIO, F. J., «*Ammianus adversus externae gentes: la geografía del Barbaricum en Amiano Marcelino*», *ETF, Serie II, Historia Antigua* 12, 1999, p. 217-227.

54 El frío de Panonia permite a los sármatas limigantos resistir a los ejércitos romanos que se adentran en su territorio con la intención de combatirlos (XIX 11. 4); lluvias torrenciales del territorio persa (XX 11, 26 y 31); extrema humedad de las costas del Ponto Euxino (XXII 8.46); la tierra de los cimérios es yerma y carente de luz (XXVIII 4. 18); dificultades de los soldados romanos ante la gran aridez del territorio norteafricano (XXIX 5. 7); aridez de la zona de Amida (XXIX 8.8); frío y escasez de alimentos en el crudo invierno del Ilírico (XXX 3. 3); Valentiniano abandona el territorio de los cuados y se ve obligado a firmar la paz con ellos a causa del frío (XXX 5. 14).

55 XV 10. 2; XV 11. 4-5; XVII 13. 22; XXII 8.25; XXVI 9. 8; XXVII 5. 3; XXVII 12. 9-10; XXVII 12. 11; XXVIII, 2, 8; XXIX 4.5; XXIX 5.34; XXX 5. 5; XXXI 2. 14; XXXI 3. 7-8; XXXI 4. 13; XXXI 7. 10; 8. 5-6; XXXI 10.12; XXXI 12. 17.

56 XXVII 4.4: «*humanumque sanguinem in ossibus capitum cavis bibentes avidius*».

*hunos no cocinan ni condimentan lo que comen, se limitan a alimentos de raíces salvajes o de carne del primer animal que se les presenta*⁵⁷.

En cambio, la geografía es la protagonista absoluta cuando describe cómo el Rin desemboca en el lago Constanza (XV 4.1-6). Una nueva digresión la encontramos en el litoral del mar Negro (XXII 8.1-48). Egipto (XXII 15-16) el Nilo y su fauna (cocodrilos, hipopótamos, etc.) tienen un lugar reservado entre sus digresiones geográficas. España y sus nombres (XXIII 6.21) también llaman la atención del historiador latino.

Pero es sin duda alguna la parte dedicada a Persia la más destacable del conjunto. Persia siempre fue una región vista de una forma ambivalente por los sabios griegos, por un lado despertaba un vivo interés entre los helenos y por otro una animadversión aún más fuerte al ser el pueblo que representaba con mayor fuerza que cualquier otro el modelo del bárbaro, la antítesis del griego.

Los romanos no mantuvieron relaciones fluidas ni con los partos ni con sus sucesores sasánidas. Al fin y al cabo sus relaciones se habían deteriorado drásticamente desde Carrae. La exaltación del universalismo romano desde el Principado hizo que la existencia del Imperio Parto fuese casi obviada. Sin embargo, aquellos intelectuales que no compartían el ecumenismo romano no dejaban de recordarles que el Imperio Parto seguía existiendo. Al mismo tiempo, la fuerte impronta de la figura de Alejandro Magno en los emperadores romanos provocó que se realizasen numerosas expediciones con la esperanza de emular los pasos del conquistador macedonio. Algunos generales y emperadores romanos perdieron sus vidas en Persia, pues, al fin y al cabo, como decía Juliano, Persia era el mejor enemigo. Persia seguía siendo una zona de la *oikoumene* que despertaba la curiosidad y las ensoñaciones de los romanos como ninguna otra.

A. Marcelino inicia su larga digresión asegurando que contará resumidamente lo que otros autores han hecho sin ceñirse a la verdad. En ella se combinan de forma equilibrada relatos históricos (XXIII 6.1-9) y geográficos (XXIII 6.10) lo que demuestra que Amiano Marcelino recurrió a otros autores⁵⁸, aparte de su propia experiencia personal⁵⁹.

Posteriormente establece los límites del Imperio Parto. Por el norte, comparten frontera con los arismaspos, los cadusios y los escitas. Por el oeste, limitan con los árabes esceníticos, los armenios, los albanos y el mar Rojo. Por el sur, se extiende por Mesopotamia y, por el este, hasta el Ganges.

Tras mencionar al reino selúcida se habla de los antiguos reyes persas, como Ciro y Darío, aunque se les asocia con los partos. La digresión geográfica se inicia en el Golfo Pérsico como si se tratase de un periplo: «*El golfo entero, con su forma redondeada, tiene una extensión en su costa de veinte mil estadios. Sus orillas están plagadas de ciudades y pueblos, y goza de una abundante navegación*». A continuación viene el golfo de Carmania y el Índico, que es el primer mar en recibir la luz del Sol y, por lo tanto, el que tiene sus aguas más calientes.

57 AMIANO MARCELINO XXXI 2.21-25. Cf. WIEDEMANN, Th., «Between Man and Beasts: Barbarians in Ammianus Marcellinus», en *Past Perspectives: Studies in Greek and Roman Historical Writing*, Cambridge University Press 1986, p. 189-211; GUZMÁN ARMARIO, F. J., *Los hunos: la gran invención de Amiano Marcelino*, Separata de *Rivista storica dell'antichità* 31, Bologna 2001, p. 115-145.

58 CICERÓN XV 12.4; ERATÓSTENES XXII 8.10; HECATEO XXII 8.10; HERÓDOTO XXII 15.28; HOMERO XXII 16.10; PLATÓN XXIII 6.32; PTOLOMEO XXII 8.10; PITÁGORAS XV 9.8; SALUSTIO XV 12.6; TIMÁGENES XV 9.2; TUCÍDIDES XXIII 6.75.

59 SUNDWALL, G. A., *op. cit.*, p. 625, Amiano Marcelino estuvo probablemente en Babilonia, Mauritania, Galia, Kurdistán, Egipto (XXII 16.7-13), el mar Negro, Tracia, Colonia, Ctesifonte, Antioquía, Laconia, Roma y Constantinopla. Cf. XXVII 4.2, describe Tracia desde su propia experiencia corrigiendo a otros autores; XXIII 6.21, Persia.

Después, fija el número de satrapías: Asiria, Susiana, Media, Persis, Partia, Carmania Mayor, Hircania, Margiana, Bactriana, Sogdiana, Sacae, Escitia, Sérica, Aria, Parapamísadas, Drangiana, Aracosia y Gedrosia. Sorprendente es la inclusión de Sérica, región comúnmente identificada con la antigua China entre las satrapías persas, pero como se ha visto anteriormente, algunos autores como Plinio consideraban que era una región de Asia Central.

Aunque no parece que haya empleado mapas en su labor⁶⁰, sino las obras de otros historiadores a tenor de sus palabras: «Según las plumas de los geógrafos, todo el circuito mencionado tiene estos límites» (*Utque geographici stili formarunt, hac specie distinguitur omnis circuitus ante dictus*, XXIII 6.13). Aunque esto en modo alguno implica que A. Marcelino no de acertadamente las distancias entre ciudades (Cf. XXII 16.14 distancia en millas romanas entre Alejandría y Canopo) o conozca la orientación de los lugares que menciona. Sus problemas, como en otros tantos autores del mundo antiguo, radican en la localización de los espacios.

El autor se vale de un vocabulario muy rudimentario, pero a la vez muy eficaz para guiar al lector en su avance por las satrapías del Imperio Persa: «Después» (XXIII 6.23); «Cerca» (XXIII 6.25; 60); «Por la izquierda» (XXIII 6.27) «Arriba», «Al norte» (XXIII 6.43; 53); «Oeste» (XXIII 6.64); «Más allá» (XXIII 6.64; 69). La geometrización rudimentaria de las regiones⁶¹, es el único indicio serio que nos haga pensar que pudo haber consultado un mapa, pero es igualmente posible que lo pudiese haber obtenido de alguna de sus fuentes literarias. Hay que tener presente que Amiano Marcelino pertenece al abultado grupo de autores que practicaron una geografía literaria muy influenciada por el modelo etnográfico establecido por Heródoto.

Esto queda patente en las alusiones paradoxográficas al betún, la nafta o a las exhalaciones letales que matan a los animales, que están presentes en su narración. Lo que refleja que las divagaciones científicas no eran infrecuentes en la obra de Amiano Marcelino⁶² a la manera del padre de la historia.

De igual modo, su impronta queda reflejada en la descripción de los persas (XXIII 6.75-84). La variedad de razas está en consonancia con la inmensidad del Imperio: «Hay tantas diversidades de hombres como de lugares» (6.75). Aún así, sorprende haciendo una etopeya negativa y sin matización alguna del carácter persa: «Por otra parte, son tan ligeros y de miembros tan ágiles que, cuando se mueven, como caminan con paso descuidado, parecen afeminados por mucho que sean valerosísimos luchadores. Más que fuerza, tienen astucia, y son temibles en la lucha a distancia. Su palabra es fácil y vana. Hablan a lo loco y, a veces, de forma feroz. Son fanfarrones, duros y crueles, amenazadores tanto en la adversidad como en las circunstancias propicias, astutos, soberbios y feroces, con poder sobre la vida y la muerte de esclavos y de gentes humildes. Despellejan vivos a los hombres, ya sea parte a parte o todo el cuerpo a la vez, y ningún siervo que les ayude o que les sirva en la mesa puede abrir la boca, ni para hablar ni para escupir, tal es la forma en que les sellan los labios, después de sujetarlos con pieles» (XXIII 6.80). Si bien su valoración del pueblo persa es más negativa que la de Heródoto, su dependencia respecto a la tradición clásica queda reflejada en la descripción de su naturaleza servil y afeminada⁶³. Todavía en el siglo IV se empleaban

60 Cf. JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 43.

61 XXIII 6.28: «Esta región tiene forma de rectángulo».

62 DEN HENGST, D., «The scientific digressions in Ammianus' *Res Gestae*», en J. den Boeft, D. den Hengst, H.C. Teitler (eds.), *Cognitio Gestorum: The Historiographic Art of Ammianus Marcellinus*, Amsterdam 1992, p. 39-46.

63 GARCÍA SÁNCHEZ, M., *Gran Rey de Persia: formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego*, Universitat de Barcelona 2009, p. 50.

con los sasánidas los mismos conceptos y valores que se habían utilizado hace casi un milenio para definir al persa en la Atenas de Pericles. Produciendo, de forma intencionada o no, una continuidad histórica entre el Imperio Aqueménida y el Sasánida⁶⁴. Si fuese intencionada podría verse en su origen una necesidad de los romanos de identificar a los sasánidas con los persas para intentar sacarse la espina de no haber conquistado nunca Persia⁶⁵. Si no lo es, entonces es una evidencia del escaso progreso que había tenido la etnografía grecorromana en esta región del mundo pese al paso de los siglos.

INDIA (ARRIANO)

India fue desde Ctesias de Cnido una tierra asociada con las maravillas y con los límites del mundo. Sin embargo, las obras dedicadas a esta región, como las de Ctesias, Onesícrito de Astipalea o Megástenes, no se han conservado. Flavio Arriano tiene el honor de ser el único autor antiguo cuya monografía sobre la India ha llegado prácticamente hasta su totalidad. Las fuentes que empleó para su redacción fueron Nearco, Megástenes, Onesícrito, Aristóbulo de Casandrea y el mencionado Ctesias.

La obra en cuestión tiene dos partes claramente diferenciadas entre sí, la introducción, donde se habla de los límites, tamaño y naturaleza de la India (*Índica* 1-17), y una segunda parte donde se describe el Periplo de Nearco desde la India hasta su reencuentro con el rey Alejandro (*Índica* 18-42). De mayor importancia es, por consiguiente, la primera parte para nuestro objeto de estudio. La obra comienza estableciendo los límites y las características de India y sus pobladores (*Índica* 1.1-2). Posteriormente, se dice que en «*tiempos muy remotos los indios vivían como tribus nómadas, al igual que los escitas, que no practican la agricultura y que, ambulando en sus carros, se trasladaban de un lugar a otro de Escitia, sin habitar ciudades ni venerar a sus dioses con santuarios*» (*Índica* 7.2). Este estado de beatitud primigenia fue roto con la llegada de Diónisos y Heracles, quienes se decía que habían introducido la civilización en la región (DIODORO II 38.3-6).

Sabemos a través de Arriano que Megástenes habría negado que la India fuese conquistada por pueblo alguno antes de la expedición de Alejandro: «*Megástenes afirma que los indios no han luchado, ni se han visto en la necesidad de defenderse de ninguna otra expedición que la que hizo Alejandro y sus hombres. El egipcio Sesostris, por ejemplo, después de haber sometido la mayor parte de Asia y haber alcanzado con su ejército Europa, volvió sobre sus propios pasos de regreso. Igual ocurrió con el escita Indatirso, que partió de Escitia y sometió a varios pueblos de Asia e invadió victorioso el territorio egipcio. Lo mismo pasó con la asiria Semíramis, que tenía prevista una incursión contra los indios, pero murió antes de poder poner en práctica sus deseos. De modo que fue Alejandro el único que llevó a efecto una invasión contra los pueblos de la India*» (*Índica* 5.4-7).

64 Los esfuerzos por vincular a la dinastía sasánida con la aqueménida no sólo pueden verse en las fuentes romanas, sino también en las persas, sirva de ejemplo la inscripción de Shapor en Naqs-i-Rustam donde emplea el título de Rey de Reyes. Cf. DIGNAS, B., y WINTER, E., *Rome and Persia in late antiquity. Neighbours and rivals*, Cambridge 2007, 56ss.

65 AMIANO MARCELINO XVII 5.3-8, en la carta del rey Shapor II demanda al emperador Constancio II que se le devuelvan los territorios de Armenia, Mesopotamia y Macedonia por haber pertenecido a sus ancestros; XXV 4.24, exigencia de los territorios de Bitinia y el mar de Mármara. Cf. SEAGER, R., «Perceptions of eastern frontier policy in Ammianus, Libanius and Julian (337-363)», *CQ* 47, 1997, p. 253-268.

Suponía una pequeña revolución en lo que respecta al conocimiento griego de la India, puesto que desde Ctesias de Cnido se pensaba que el país había sido conquistado por los persas y los babilonios, ya que la noticia de las conquistas de Sesostri parece provenir del período helenístico. El que Arriano afirme en su *Índica* que la India nunca fue sometida por invasores extranjeros llama la atención cuando poco antes había dicho lo contrario: «Desde muy antiguo estos pueblos vivieron sometidos a los asirios; algo más tarde, a los medos, y, luego, han sido súbditos de los persas, y llegaron a pagar tributos a Ciro, el hijo de Cambises, por su propia tierra, según el propio Ciro estipuló» (*Índica* 1.3).

Este último texto debe de pertenecer a Ctesias, y el primero a Megástenes. La razón por la que Megástenes negaba que algún otro pueblo, antes de los macedonios, hubiese llegado a la India es a causa de que su relato de la India adquiriría un mayor valor que el de Escílax, Ctesias u Onesícrito, porque ninguno de los pueblos anteriores había tenido un contacto tan importante como lo habían tenido los macedonios en el momento que él escribía su libro. Esto le permitía afirmar que él sí que había estado en la verdadera India, en la que no habían puesto un pie sus antecesores.

Lo importante de estos textos es que reflejan la labor de compilación realizada por el de Nicomedia. A diferencia de otros autores de este capítulo la obra de Arriano carece por completo de cualquier tipo de naturaleza autóptica. Se trata del primer gran compendio hecho por un autor sobre una región del mundo compuesto únicamente a partir de los testimonios de otros autores. Un libro carente de autopsia, y donde las aportaciones del autor son escasas, anuncia la decadencia de la literatura y de la geografía. La mimesis creativa y la inspiración personal dejan paso a la reelaboración y a la compilación.

SÉRICA (PAUSANIAS; AMIANO MARCELINO)

Sérica (fig. 40) fue el nombre con el que los romanos se refirieron a China, país del que nunca tuvieron una imagen fidedigna. En cambio, los chinos sí tuvieron una visión más acorde con el Imperio Romano. Sabían que se trataba de un gran imperio como prueba que le diesen el nombre de Da Qin (*Da* «grande»; *Qin* «dinastía de la que deriva el nombre del país») lo que demuestra que le reconocía una consistencia política similar a la del Imperio Chino. El conocimiento de China se debe a Maes Titianus quien según se cree habría enviado mercaderes al país de los Seres⁶⁶. La fecha en la que habrían llegado los hombres de Maes a Sérica podría ser el Principado de Augusto o alrededor del año 100⁶⁷. Los contactos entre Roma y China se habían iniciado en los comienzos del Principado con la llegada de las primeras sedas⁶⁸, teniendo a los partos como intermediarios. Su uso se extendió tanto que Augusto tuvo que limitar su empleo entre los hombres (TÁCITO, *Anales* II 33) y Séneca llegó a reprobar su empleo (*De Ben.* VII 9.5). Igualmente la calidad del hierro de los Seres era ya conocida por los romanos⁶⁹.

66 ALEMANY i VILAMAJÓ, A., «Maes Titianus i la Torre de Pedra (I): una font grega sobre els orígens de la ruta de la seda», *Faventia* 24.2, 2002, p. 105-120.

67 ALEMANY i VILAMAJÓ, A., *op. cit.*, p. 113.

68 SCHOFF, W. H., «Navigation to the Far East under the Roman Empire», *JAOS* 37, 1917, p. 240-249; FERGUSON, J., «China and Rome», *ANRW* II 9.2, 1978, p. 585.

69 PLINIO XXXIV 41: «De todas las clases de hierro, el de los Seres es el que más sobresa. Los Seres lo exportan con sus prendas de vestir y sus pieles. El segundo lugar corresponde al hierro parto». Cf. FOLCH, D., *La construcción de China*, Barcelona 2002: «De China venía también el hierro fundido: durante siglos las tijeras de Occidente fueron chinas» (p. 260).



40. Mapa de Sérica.

Una embajada romana habría alcanzado China en época de Marco Aurelio, siendo entonces Liu Zhi (146-168 d.C.) el emperador del país⁷⁰. Incluso se ha defendido por algunos investigadores la existencia de una colonia romana en el mismo corazón de China⁷¹. Es más, durante el Imperio Bizantino los chinos habrían conocido la ciudad de Fu-Lin (Constantinopla)⁷².

Por el contrario, el conocimiento que Roma tuvo de China fue bastante limitado en comparación. Prácticamente quedó limitado a dos elementos: 1) Sus tejidos⁷³ 2) Su naturaleza reservada que los lleva a no relacionarse con el resto de los pueblos⁷⁴.

La ubicación del país y su forma continuaron siendo una incógnita en la antigüedad como prueba este pasaje de Pausanias: «Es bien sabido que Seria es una isla, en un golfo del mar Rojo. Pero he oído que no es el mar Rojo, sino un río que llaman Ser; el que hace la isla, como también el Delta de Egipto está rodeado por el Nilo y no solamente por el mar. Otra isla de esta clase es también Seria. Son de la raza de los etíopes estos Seres y todos los que habitan las

70 FERGUSON, J., *op. cit.*, p. 594; BOULNOIS, L., *La ruta de la seda*, Barcelona 2004, p. 96-97.

71 Esta teoría fue defendida por DUBS, H. H., *A Roman City in Ancient China*, Londres 1957, quien sostenía que los restos de las legiones de Craso que fueron enviadas a las regiones fronterizas del Imperio Parto habrían llegado a China. Dubs elaboró su teoría por medio de topónimos y algunos hallazgos arqueológicos. Cf. FERGUSON, J., *op. cit.*, p. 599-601; RODRÍGUEZ VALCÁRCCEL, J. A., «Li-hsien ¿Una ciudad romana en China?», *ETF. Historia antigua* 10, 1997, p. 129-135.

72 ΚΟΡΩΔΙΣΙΣ, Μ., «Η Κωνσταντινούπολη στα Κινεζικά Χρονικά των Τ'ΑΝΓ», en *Constantinopla 550 años de su caída*, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, Granada 2006, p. 359-366.

73 PAUSANIAS VI 26.6-8.

74 AMIANO MARCELINO XXIII 6.67-8.

islas vecinas, Ábasa y Sacea. Ellos dicen que no son etíopes, sino escitas mezclados con indios. Esto es lo que se dice» (VI 26.6-10). Incluso resulta sorprendente leer en autores como Dionisio Periegeta (753-55) que los Seres eran un pueblo nómada. No es de extrañar que se tuviese un desconocimiento, casi absoluto, entre los romanos de China, hay que tener presente que los Seres (chinos) nunca comerciaron directamente con los romanos, sino exclusivamente con los partos, quienes hicieron de mediadores entre ambos y no facilitaron los contactos multilaterales, por miedo a perder el lucrativo monopolio en el comercio de la seda. En cualquier caso, al igual que en los casos de Britania y Germania, las nuevas tierras parecen haber desenterrado viejos valores etnográficos.

GEOGRAFÍA EN LA NOVELA

La novela es un género propiamente griego, con más vitalidad que la historia y que tuvo un éxito sin paliativos en la sociedad romana entre finales del mundo helenístico y comienzos del Imperio Romano. Como ejemplo sirva la anécdota contada por Plutarco (*Craso* 32) de cómo fueron encontradas las *Milesias* de Aristides entre el bagaje de los soldados romanos derrotados en Carrae. No es de extrañar que en su momento se considerase como un género literario procedente del Imperio Romano⁷⁵, pero los últimos estudios han demostrado que sus orígenes deben de ser situados en época helenística, y que sus precedentes pueden rastrearse en algunos autores de época clásica. Jenofonte con su historia de amor entre Pantea y Abrádates, insertada en la *Ciropedia*, es un paradigma de que los gustos estaban cambiando. A diferencia de en nuestro tiempo, donde diferentes géneros literarios pueden coexistir en nuestra sociedad, los griegos, que los inventaron, pudieron ver cómo se iban sucediendo y cómo cada uno de ellos refleja el interés y el espíritu de una época. En este sentido la novela, el último de todos los géneros literarios, refleja la aparición de nuevas clases sociales.

Llama la atención que el tiempo en que transcurre la acción sea siempre la época clásica y que los romanos no sean casi nunca mencionados. Este hecho refleja que la novela fue un producto eminentemente heleno, y que sólo puede estudiarse dentro de la evolución de dicha cultura. Nos muestra lo mucho que estaba imbuida la sociedad romana de la civilización helénica.

El novelista comparte con el geógrafo y con el historiador un intenso deseo de ser creído, un esfuerzo por ser veraz pese a ser consciente de que todo es pura ficción. Es por eso que los espacios en el mundo de la novela tienen que ser reales y conocidos por el lector. Pocas veces se crean espacios nuevos a la manera de la Atlántida de Platón, la Mérope de Teopompo, la Panquea de Evémero o la Isla del Sol de Jambulo, y, aún así, estos espacios sólo cobraban sentido si se ubicaban junto a otros que fuesen conocidos por muy lejos que estuvieran. Oriente parece haber sido el sitio más idóneo⁷⁶: *Babilónicas* de Jambulo, *Etíopicas* de Heliodoro, *Feniciacas* de Loliano. Eso no implicaba que los protagonistas de las novelas pudieran moverse por espacios comúnmente restringidos para los hombres. Así, los protagonistas de la obra de Antonio Diógenes pueden llegar hasta la luna o el Alejandro del Pseudo-Calístenes puede surcar los cielos en un carro tirado por bestias aladas y explorar los océanos dentro de una urna de cristal. El viaje es un elemento imprescindible de la novela, no sólo porque colma un anhelo de los lectores, sino

⁷⁵ ROHDE, E., *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig 1876, erróneamente la situó en el siglo II d.C., coincidiendo con la segunda sofística.

⁷⁶ KUCH, H., «A study on the margin of the ancient novel: Barbarians and others» en *The novel in the ancient world*, Brill 1996, p. 210, quien señala que el espacio de la novela se sitúa frecuentemente en tierras bárbaras.

porque sirve para escenificar los cambios de acción. Los distintos espacios por los que deambulan los personajes son los verdaderos capítulos de la novela.

Entre la enorme cantidad de información conservada vamos a estudiar los casos de *La vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato y *La vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* de Pseudo-Calístenes.

El viaje es uno de los elementos recurrentes en *La vida de Apolonio de Tiana*, llevándole a visitar los límites de la *oikoumene*, el Cáucaso (II 2), Hispania y las Columnas de Hércules (IV 47-V 10), Egipto y Etiopía (V 43-VI 28) y la India (II 17-III 50). El propio Apolonio afirma que gracias a sus maestros de la India ha podido viajar por los cielos (III 51).

En muchos de sus viajes realiza visitas a los santuarios y a las tumbas de los héroes griegos (IV 11; 13; 14; 23; 24; 31). Aunque también visita santuarios ajenos al mundo griego (Egipto: V 43). Estas visitas muestran la actividad propia de un verdadero *holy man* («hombre santo») y se revelan como un antecedente de los viajes de peregrinación que realizarían los cristianos a Tierra Santa⁷⁷. El propio Apolonio parece haber sido adorado en vida como un ser a medio camino entre lo humano y lo divino (V 24; VIII 15 Cf. EUNAPIO, *Vit., Phil.*, 454: «οὐκέτι φιλόσοφος, ἀλλ' ἦν τι θεῶν τε καὶ ἀνθρώπου μέσον»). En sí mismo Apolonio es un espacio sagrado que debe ser visitado y contemplado por quienes aspiran a acercarse a lo divino.

Pero en esta obra también pueden encontrarse los elementos propios de la etnografía clásica: *thaumata* (III 3; 4; 14; 15; V 3; 16-7), animales exóticos (II 2 Leopardos; II 6 Elefantes; III 2 Unicornios; 6-8 Dragones; 48 Grifos; 49 Fénix; VI 1 Cocodrilos e hipopótamos), pueblos fantásticos (III 47 Pigmeos; 57 Nasamonos) y digresiones geográficas (III 53 Biblos; 55 Ictiófagos; II 18; III 53; VI 1 Indo y Nilo; III 5 Ganges; VI 22-6 Las fuentes del Nilo).

Los viajes de Apolonio le han permitido acumular una gran autopsia que es la fuente de su saber. Así tras regresar de la India, Apolonio es descrito como el hombre que ha viajado por todas las regiones del mundo (IV 7), y por sus viajes, es alguien que no tiene nada que aprender y mucho que enseñar.

Así, regresa a Roma, que es el verdadero centro neurálgico del mundo en el que escribe Filóstrato. Aunque antes de ir a la capital del Imperio ha tenido que recorrer todos los extremos del orbe en búsqueda de una *sophía* que no ha podido encontrar en Roma ¿Una crítica velada de un intelectual heleno a la sociedad de su tiempo? En la *Urbs* se encuentra con el tirano Domiciano que lo destierra (VIII 5). La culminación de las andanzas de Apolonio se localiza en Olimpia, donde recibe honores divinos (VIII 15).

Ningún personaje histórico de la envergadura de Alejandro Magno puede decir que su leyenda fue más grande que su propia historia. Pero esto es lo que le ocurrió al ilustre macedonio. Desde el siglo IV hasta finales del medievo la leyenda atribuida a Pseudo-Calístenes borra del mapa a los historiadores de Alejandro. Es así como podemos encontrar a un nuevo monarca que explora los océanos: «Tras haber realizado todos los preparativos, me introdujeron en la tina de cristal con el deseo de intentar lo imposible. En cuanto estuve metido dentro, la entrada fue cerrada con una tapadera de plomo. Cuando me habían bajado 120 codos, un pez que pasaba me golpeó con su cola mi jaula, y me izaron porque sintieron el zarandeo de la cadena. La segunda vez que bajé me sucedió lo mismo. A la tercera descendí alrededor de 308 codos y observaba a los peces de muy variadas especies pasar volteando en torno mío. Y mira que se

77 Cf. ELSNER, J., «Hagiographic Geography: Travel and Allegory in the Life of Apollonius of Tyana», *JHS* 117, 1997, p. 22-37.

me acerca un pez grandísimo que me cogió junto con mi jaula en su boca y me llevó hacia la tierra desde más de una milla de distancia. En nuestras barcazas estaban los hombres que me sostenían, unos 360, y a todos los remolcó juntos con las cuatro barcazas. Mientras nadaba velozmente quebró con sus dientes la jaula y luego me arrojó sobre la tierra firme. Yo arribe exánime y muerto de terror» (II 38).

O que incluso asciende por los cielos en un carro alado: *«Luego de nuevo reflexioné, hablando conmigo mismo, si allí estaba verdaderamente el confín último de la tierra por donde se incurva el cielo, y quise investigar la verdad. Así que mandé capturar dos de las aves de aquel lugar. Eran unas aves blancas, grandísimas, muy poderosas y mansas, que al vernos huían. Algunos de los soldados se habían subido encima de ellas, agarrados a sus cuellos, y las aves habían echado a volar llevándolos sobre sus lomos. Se nutrían de animales muertos, de ahí que la mayor parte de ellas vinieran a nuestro encuentro por causa de los caballos muertos. Habíamos capturado dos de ellas y ordené no darles alimento en un plazo de tres días. Al tercer día dispuse que prepararan un madero con forma de yugo y que se lo ataran a sus cuellos. Luego hice preparar la piel de un buey en forma de cesto, y yo me metí en él. Llevaba en la mano una lanza como de siete codos de larga que tenía en la punta un hígado de caballo. En seguida echaron a volar las aves para devorar el hígado y yo ascendí con ellas por el aire, de tal modo que ya me parecía estar cerca del cielo» (II 41).*

No es de extrañar que lo fabuloso se apodere de la narración: La paternidad de Nectanebo; Caballos caníbales; Los pueblos de Gog y de Magog; el árbol del Sol y de la Luna; Candace y las Amazonas.

Aparte de las maravillas propias de una obra de ficción, podemos destacar el encuentro de Alejandro con los romanos. Da la sensación que para que se pudiera producir dicho encuentro el autor ha tenido que trastocar el itinerario habitual del macedonio. En efecto, tras cruzar el Helesponto y someter Asia Menor, Alejandro no avanzó por el continente asiático, sino que partió con su flota hasta Sicilia. Después cruzó a Italia, donde se produjo el encuentro con los romanos: *«Los jefes de los romanos le envían, a través del general Marco, una corona de perlas y otra de piedras preciosas con este mensaje: Nos sumamos a coronarte, Alejandro, rey de los romanos y de toda la tierra. Además le mandan 500 libras de oro. Alejandro aceptó el obsequio y les prometió hacerles grandes en poder, y aceptó de ellos como soldados, 2.000 arqueros y 400 talentos» (I 29).* Posteriormente, pasó a África, sometió a Cartago, llegando finalmente a Egipto, donde el macedonio vuelve a reencontrarse con su ruta tradicional. El fragmento citado puede ser analizado desde una doble perspectiva: 1) Los romanos se someten formalmente a Alejandro, un héroe griego y por extensión a toda su comunidad 2) Los romanos, pese a someterse sin luchar y mandar tropas, reciben la promesa de ser encumbrados sobre otros pueblos, por lo que pueden decir no sólo que su poder les viene del mismo Alejandro, sino que incluso le ayudaron a conquistar el mundo.

La traducción de la novela de Alejandro al latín es un indicador más de la popularización de la tradición. En el Imperio Romano el latín fue la lengua de los asuntos públicos y de la acción, mientras que el griego era la lengua escogida para realizar la vida espiritual más íntima. La necesidad de traducir un elemento tan heleno e intimista como la novela refleja que la tradición se había extendido a unos grupos sociales que preferían leer en latín o desconocían la lengua griega.

En ambas novelas Roma tiene una mayor presencia que en otros casos conservados. Las citas a la ciudad del Tíber tienen una doble lectura: Por una parte es una forma de mostrar la superioridad de los griegos frente a los romanos, por otra demuestra que este género heredado

del mundo helenístico, no sólo había sido asumido por el Imperio, sino que éste experimentaba y padecía las mismas circunstancias que habían hecho surgir a la novela hacía siglos en la sociedad helenística.

CONCLUSIÓN

La continuidad respecto a la historiografía helenística es la nota predominante de la historiografía latina. La dependencia de autores griegos es un *leitmotiv* entre los historiadores de época imperial. Heródoto tiene una gran ascendencia sobre la mayor parte de los casos estudiados, mientras que J. César es el historiador latino que tuvo una mayor influencia sobre sus colegas. La razón pudo haber residido en haber sido el descubridor para Roma de tres regiones mal conocidas tanto por griegos como por romanos (Galia, Britania y Germania). Roma, gracias a sus ejércitos, pudo llegar a administrar territorios mal conocidos por los geógrafos griegos (Numidia, Britania y Galia) y conocer mejor otras zonas (Germania). Aún así, vemos, no sin cierta decepción, que los viejos modelos etnográficos se perpetúan. El progreso parece haber sido cuantitativo y nunca cualitativo. Esta ampliación del mundo no provoca una revolución en el pensamiento como lo haría el descubrimiento del nuevo mundo. No hay revolución porque sigue sin haber un paradigma que sustituya al viejo. Los romanos no pueden ni poner en duda lo dicho por los griegos ni reestructurar el pensamiento geográfico. Los mismos *tópoi* tan recurrentes desde Heródoto pueden encontrarse una y otra vez. No hay ningún reparo en alterar el espacio para que el historiador consiga sus fines. La geografía sigue siendo un espacio literario antes que una realidad objetivable y la etnografía sigue teniendo auténticas dificultades para trascender las verdades culturales. Es como si el historiador latino, como anteriormente el heleno, al mirar un pueblo extranjero no viera más que el reflejo de su propia cultura. Una cultura que muchas veces, de forma consciente o subconsciente, se traslada a otros pueblos. Al igual que Flavio Josefo tiene que aceptar la cosmovisión helena para poder ser entendido por sus lectores, los romanos tienen que retomar los modelos etnográficos griegos para poder escribir historia. Al fin de cuentas la historia había nacido como un género griego y tenía sus propias reglas. De entre todos los autores estudiados, únicamente Tácito parece haber sido la única aportación verdaderamente original de la historiografía latina al conocimiento etnográfico con sus trabajos sobre Britania y Germania, pero no supone una revolución. En la mayoría de los casos vistos los modelos etnográficos vigentes vuelven a superponerse a la autopsia. En suma, si como hemos dicho la ampliación del espacio geográfico es un factor importante para la renovación de la ciencia, hemos de concluir que no parece haberse producido el efecto esperado en la ciencia romana, aún más si tenemos en cuenta la profunda crisis que estaba por llegar.

Curiosamente la única crítica a este torrente de fabulaciones que inunda la historiografía procederá de Luciano de Samosata, empleando la propia tradición etnográfica de forma tan hiperbólica que no resultaba creíble. Sin embargo, Luciano no es un reformador de la tradición, es un elitista conservador, carente de dogma alguno y que sólo muestra respeto por la más antigua *paideia* y que siente un profundo rechazo por las clases populares, los ascetas o por cualquier grupo social que cuestione el orden establecido⁷⁸.

78 FRANCIS, J. A., *Subversive virtue: asceticism and authority in the second-century pagan world*, Pennsylvania State University Press 1995, p. 79-80.

La novela es el único hálito de aire fresco que suple la carencia de originalidad. Sin embargo, la generalización de la novela supone una profunda popularización de la cultura, pues los lectores de novelas normalmente pueden pertenecer a distintos grupos sociales⁷⁹, pero este público de espíritu joven, ávido de amor y de emociones, lo que busca sobre todo es evadirse, escapar de la cotidianidad de sus vidas, y si bien este sentimiento no es exclusivo de las clases populares, deberá admitirse que son las que tienen más razones para querer «huir» de la realidad que las oprime. Mientras los ciudadanos de la *pólis* clásica aspiraban a purificar su alma con la *kátharsis* de la tragedia, el hombre del mundo helenístico y del Imperio Romano quiere vivir otra vida diferente. La novela, por lo tanto, como dice Perry, es una forma abierta de una sociedad abierta, la helenística. Su apogeo y extensión entre el siglo I-IV d.C. evidencia tanto la universalidad de la cultura helenística como su decadencia.

79 PERRY, B. E., *The ancient romances: A literary-historical account of their origins*, Berkeley, University of California Press 1967, p. 171; GARCÍA GUAL, C., *Los orígenes de la novela*, Madrid, Istmo 1972: «Preferimos hablar de un público medio, burgués, regularmente ilustrado, y más extenso que el de la lírica o el de la filosofía» (p. 51); HÄGG, T., *The novel in Antiquity*, Berkeley, University of California Press 1991, 95ss, considera que la novela pudo tener un importante número de lectores femeninos; Cf. BOWIE, E., «The ancient readers of the greek novel», en *The novel in the ancient world*, Brill 1996, p. 87-106, quien defiende que los lectores de novelas podían pertenecer a grupos muy heterogéneos y ser leídas por intelectuales.

12. CLAUDIO PTOLOMEO: EL CANTO DEL CISNE DE LA CARTOGRAFÍA ANTIGUA

«Parece ser una ley en la vida del espíritu que, cuando un tipo de vida llega a su término, halla fuerza necesaria para formular de un modo definitivo su ideal y alcanzar su conocimiento más profundo; como si de la muerte se destacara su aspecto inmortal»
(JAEGER, W., *Paideia*, Méjico, FCE 1993, p. 211).

MARINO DE TIRO (I-II d.C.)

Marino de Tiro¹ revitalizó la Geografía científica en la etapa de finales del siglo I y comienzos del II, un autor al que prácticamente conocemos exclusivamente a través de Claudio Ptolomeo². Un geógrafo tiro de cuya biografía nada se sabe, aunque muy probablemente debió de morir antes de que Ptolomeo publicase su *Geografía* (I 17). Sabemos que la *Instrucción geográfica* de Marino de Tiro estaba inspirada en las ideas de Hiparco y Posidonio, y que negaba la teoría heliocéntrica del mundo defendida por Aristarco de Samos. En ella se habría creado un mapa de la *oikoumene* cuyo límite occidental habría estado situado en las Islas Bienaventuradas y el oriental en Sérica (China). Marino defendió la aplicación de los postulados astronómicos de Hiparco, pero admitió el módulo del grado terrestre dado por Posidonio. A diferencia de anteriores geógrafos, Marino de Tiro no habría representado a la ecumene completamente rodeada por el Océano, ignorando cualquier posible litoral en la parte oriental de la tierra. Las fuentes de Marino de Tiro, e indirectamente las de Ptolomeo, se cree que fueron las *Mansiones Parthicae* de Isidoro Cárace. En segundo lugar, a los comerciantes enviados por Maes Titianus. El conocimiento de China se lo debe Marino al macedonio Maes Titianus, quien, según se piensa, habría enviado

1 Cf. WURM, A., *Marinus of Tyre*, Chotebory 1931.

2 Al-Masudi, un historiador árabe del siglo X d.C., dice haber visto un libro de geografía de Marino que contenía mapas.

mercaderes al país de los Seres³. La única información que tenemos de este autor se encuentra en Ptolomeo (II 7) que dice que era de origen macedonio⁴ (ἀνήρ μακεδών). Sus fuentes fueron los informes recabados en época de Trajano (98-117 d.C.) en sus campañas contra los partos⁵, el *Periplo de mar Eritreo* y noticias procedentes de un enigmático Alejandro⁶, que el propio Ptolomeo confirma que fueron utilizadas por Marino, que parece que fue su principal fuente en el estudio de los territorios situados más allá de la India. Amén de los mencionados Hiparco y Posidonio. Según Ptolomeo (I 11.7), Marino habría desconfiado de muchos de sus informantes, pues se quejaba de que los navegantes solían en sus periplos exagerar las distancias y además, los comerciantes estaban más pendientes de sus negocios que de los recorridos de sus viajes.

CLAUDIO PTOLOMEO (II d.C.)

Poco es lo que se sabe de la vida del más famoso de los seguidores de la obra de Marino de Tiro, Claudio Ptolomeo⁷. De hecho, hasta se desconoce su lugar de nacimiento, aunque algunos manuscritos lo fijan en Pelusio, mientras que el erudito bizantino Teodoro de Melite lo sitúa en Ptolemaide. La leyenda que lo identificaba como un miembro de la familia real de los Ptolomeos parece haberse originado en la Edad Media. Los únicos datos seguros que tenemos son que fue ciudadano romano por su *praenomen* (Claudio), que vivió en Alejandría⁸ y que tenía amplios conocimientos sobre astronomía y matemáticas⁹. Esta es, por tanto, la doble perspectiva desde la que hay que entender sus trabajos, y en los que no hubo siempre una clara distinción o separación entre ambas materias. Por la *Inscriptio Canobi* (Inscripción de Canopo) sabemos que estaba vivo en el décimo año del reinado de Antonino Pío (138-161 d.C.), por lo que su obra se debió de componer entre el reinado de Adriano y el de su mencionado sucesor, Antonino Pío¹⁰ (TEODORO DE MELITE, Προοίμιον εἰς τὴν ὀστρονομίαν). En la misma Canopo habría vivido y estudiado las estrellas durante unos cuarenta años por lo que nos cuenta Olimpiodoro de Alejandría (*Phd.* 10, 4, 11-14).

3 ALEMANY i VILAMAJÓ, A., «Maes Titianos i la Torre de Pedra (I): una font grega sobre els orígens de la ruta de la seda», *Faventia* 24.2, 2002, p. 105-120.

4 PTOLOMEO I 11.6-7: «Según lo que refiere Marino, un comerciante llamado Maes Titianus, un macedonio cuyo padre también se dedicaba al comercio, habría hecho consignar estas distancias, sin haber ido personalmente, por uno de sus agentes que habría enviado a los Seres». Cf. CARY, M., «Maës, Qui et Titianus», *CQ* 6, 1956, p. 130-134, defiende que era de origen sirio.

5 CHIC GARCÍA, G., «Trajano en el arte de comerciar», en *Trajano, Emperador de Roma*, Roma 2000, p. 95.

6 I 14: «Marino no dice el número de estadios entre el Quersoneso Dorado y Cattigara. Alejandro escribió que la línea de la orilla se extiende hacia el sur, y que ellos navegando a lo largo de la orilla, después de 20 días, llegaron a Zaba y que luego al sur y a la izquierda después de unos días se llega a Cattigara». Cf. POLASCHEK, E., «Ptolemy's Geographi in a new light», *Imago Mundi* 14, 1959, p. 35, cree que es el mismo individuo conocido como *Polyhistor*, que vivió entre el 80 y el 35 a.C., proporcionando a los romanos muchas noticias sobre el Extremo Oriente.

7 Cf. REDONDO REYES, P., *La Harmónica de Claudio Ptolomeo: edición crítica, con introducción, traducción y comentario*, Tesis doctoral, Universidad de Murcia 2002, p. X-XX; GAMBÀ, E., «Claudio Tolomeo. Uno studio sulle fonti biografiche», *Acme: annali della Facoltà di lettere e filosofia dell'Università degli studi di Milano* 53 (2) 2000, p. 75-124.

8 Cf. PTOLOMEO, *Almagesto* IV 9; V 12, donde se deduce que los datos sobre los eclipses han sido tomados desde Alejandría.

9 PTOLOMEO I 1.7: «Serán las matemáticas las que revelen a la inteligencia humana el cielo mismo y su naturaleza, que efectivamente, puede ser aprehendida ya que él da vueltas en torno a nosotros; pero la tierra se nos muestra por medio de la imagen, puesto que la tierra es muy grande e inabarcable por nosotros, imposible de recorrer ni en su totalidad ni región por región».

10 Aunque algunas fuentes como la *Suda* sitúan su florecimiento como autor en tiempos de Marco Aurelio: «Πτολεμαῖος ὁ Κλαύδιος χρηματίσας, Ἀλεξανδρεὺς φιλόσοφος, γεγονὸς ἐπὶ τῶν χρόνων Μάρκου τοῦ βασιλέως».

OBRA

El valor de Ptolomeo para la crítica moderna es bastante diferente según que autor¹¹. Aún así, el valor de sus obras no puede ponerse en duda, pues fue el primer autor que formuló la teoría geocéntrica mediante el empleo de la geografía matemática. Sus obras más importantes fueron *Sintaxis*, el *Tetrabiblos* y *Geographia*.

La *Sintaxis matemática* (Μαθηματικὴ Σύνταξις) es la obra que el mundo musulmán rebautizaría como el *Almagesto*¹². Dedicado a Siro¹³, al igual que el *Tetrabiblos*, es un tratado de astronomía muy influenciado por sus conocimientos matemáticos. Teniendo un total de trece libros. La obra fue muy comentada en la antigüedad por autores como Teón y Papo. Fue traducida al árabe en el IX y de este idioma al latín en el XII¹⁴. En la *Sintaxis* por primera vez Claudio Ptolomeo defiende su teoría geocéntrica (I 4-6). El cielo para Ptolomeo es una esfera provista de movimiento uniforme en torno a su eje y en cuyo centro se encuentra la tierra, que también tiene una forma esférica. La tierra no puede ser ni triangular ni rectangular, porque entonces los cuerpos celestes se verían cuando salen o se ponen simultáneamente en todas partes. No era una idea nueva en el pensamiento griego, con anterioridad Anaximandro, Eudoxo de Cnido, Autólico de Pitane y Euclídes habían defendido tesis semejantes. La aceptación del geocentrismo por parte de Ptolomeo implicaba rechazar las teorías heliocéntricas de Aristarco de Samos, y seguir a Aristóteles, quien en *De Caelo* había esgrimido que la sombra proyectada por la Luna durante los eclipses de Sol demostraba que la forma de los astros tenía que ser igualmente esférica. Un argumento semejante al de otro de sus contemporáneos, Cleómedes (I 8). La posición central de la Tierra (I 5) es evidente para Ptolomeo, pues, de no ser así, tendría que estar o bien fuera del eje o bien en el eje, o bien ni en el eje ni a igual distancia de los Polos. Lo cual resulta imposible, porque el tamaño y las distancias de las estrellas no serían los mismos para quienes las observan desde la Tierra, no se producirían los equinoccios y el horizonte dividiría la esfera en dos partes desiguales, no viéndose seis signos del zodiaco en la parte superior de la esfera.

Al igual que Anaximandro pensaba que se encontraba en el centro sin ningún apoyo: «*Quienes creen paradójico que una masa tan grande como la Tierra, no la soporte algo o no se desplome, me parece que se equivocan en esta interpretación porque atienden a la propia experiencia y no a la peculiar naturaleza de todo el universo. Pues creo que no debería parecerles sorprendente tal cosa, si pensasen que el tamaño de la Tierra tiene la proporción de un punto comparado con todo el universo que la rodea. Mirando las cosas desde esta perspectiva, parecerá perfectamente posible que lo relativamente más pequeño sea sostenido y presionado por todas partes, para mantener su equilibrio por el universo enormemente mayor y de partes*

11 BUNBURY, E. H., *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till Fall of the Roman Empire*, II, Nueva York 1879, p. 535-536, cree que no aportó nada nuevo; NEWTON, R., *The crime of Claudius Ptolemy*, John Hopkins University Press, Baltimore 1977, es durísimo en su crítica, acusando a Ptolomeo de falsario y plagario; BROWN, L. A., *The Story of Maps*, Boston 1979, p. 58, afirma que pese a su deuda con la tradición no puede ser acusado de plagio. Cf. RILEY, M. T., «Ptolemy's Use of His Predecessors' Data», *TAPA* 125, 1995, p. 221-250, niega que se limitase a copiar la información que encontró en otros autores.

12 Una consecuencia de la fusión del artículo al y de la palabra griega μέγιστη, literalmente «el más grande».

13 Se cree que pudo ser uno de sus maestros en Alejandría.

14 DALCHÉ, P. G., *La géographie de Ptolémée en Occident (IVe-XVIe siècle)*, Turnhout 2009, destaca que la obra de Ptolomeo tuvo una mayor popularidad en el medievo, gracias a los pensadores musulmanes, que en la propia Antigüedad Tardía.

homogéneas, no existiendo en el universo ningún arriba y abajo en sí mismo, al igual que no puede concebirse en una esfera».

Además de su posición la forma esférica de la tierra era manifiesta por el hecho de que las montañas parecían aumentar de tamaño cuando se navegaba hacia ellas, lo cual quería decir que una parte de las mismas estaba oculta por la curvatura de la tierra.

Es evidente, por consiguiente, que en tiempos de Ptolomeo ningún hombre culto habría puesto en duda la esfericidad de la Tierra. Tendremos que esperar a Cosmas Indicopleustes para que esta concepción tan arraigada en el pensamiento antiguo fuese puesta en duda.

El objetivo de esta obra habría sido nutrir a los lectores de Ptolomeo de los suficientes datos para crear un globo terráqueo, meta que se complementaba con la elaboración del mapa del mundo con la *Geografía*: «Cada uno de estos sistemas conceptuales tiene sus ventajas. El primer sistema, que sitúa el mapa en una esfera, obviamente conserva el parecido de la forma del mundo y elimina la necesidad de ninguna manipulación posterior; por otro lado, apenas proporciona el tamaño necesario para contener la mayoría de los elementos que debe recoger; ni tampoco permite contemplar el mapa entero desde un mismo punto... El segundo sistema, la representación en una superficie plana, evita estas limitaciones completamente. Pero carece de algún tipo de método para preservar el parecido con la forma esférica de modo que pueda conseguir que las distancias recogidas en el plano sean todo lo proporcionales que sea posible a las distancias verdaderas» (I 20.1-2). Por lo que el *Almagesto* y la *Geografía* serían obras para un mismo fin, la didáctica de la geografía y la representación del espacio.

El *Tetrabiblos* es una de las obras más importantes de Ptolomeo. Su título original era Ἀποτελεσματικά, pero los cuatro libros en los que estaba dividido originaron el título *Tetrabiblos* por el que es más conocido. En la misma se recoge el legado astrológico del mundo antiguo, así como el desarrollo de las creencias astrales influenciadas por las religiones.

Su *Guía Geográfica* constaba de ocho libros y se valió de trabajos anteriores como el de Marino de Tiro, los tratados geográficos de Aristóteles, el *Agrícola* de Tácito y todo lo que pudo encontrar en la Biblioteca de Alejandría como las informaciones de los bematistas y los historiadores de Alejandro. Otra fuente empleada por Ptolomeo fue el *Periplo del mar Rojo*¹⁵, que fue escrito a mediados del siglo I d.C. y que recogía las distancias en días o jornadas de navegación y también en estadios. Fue empleado por Ptolomeo, directamente o a través de intermediarios como Marino de Tiro, para documentarse sobre las regiones más orientales de la *oikoumene*, como la India o la isla de Taprobane (VII 2-4).

Hiparco que fue manejado por nuestro autor en la redacción del *Almagesto*, debió de ser empleado por Ptolomeo para el establecimiento de las latitudes y de las longitudes que existían en su cartografía, aunque también fuese criticado como otros autores. Tanto en el *Almagesto* como en su *Geografía*, Ptolomeo se muestra más crítico con las fuentes de las cuales más depende, Hiparco¹⁶ y Marino de Tiro, con la intención de mostrar sus errores y que queden claramente reflejadas sus contribuciones¹⁷. De hecho, Ptolomeo afirma que su pretensión es conservar el trabajo de Marino, salvo en aquellas cuestiones que tienen que ser corregidas (I 19), pues es el último que ha trabajado sobre este tema (I 6).

Los contenidos de la *Geografía* de Ptolomeo se agrupan de la siguiente forma en opinión de Ch. Jacob:

15 Cf. CASSON, L., *The Periplus Maris Erythraei*, Pricenton 1989, p. 294, para la costa occidental de la India.

16 TYCHO BRAHE (1546-1601) defendió que la obra de Ptolomeo era una mera copia de la de Hiparco.

17 BERGGREN, J. L., y JONES, A., *Ptolemy's Geography*, Princenton 2001, p. 23.

I 1-II 1 *Prolegómenos* y corrección del mapa de Marino de Tiro.

II 2-VII 4.13: Listas de aproximadamente 8.100 topónimos con sus respectivas longitudes y latitudes y en la que 15 grados corresponden a una hora.

II: Irlanda, Gran Bretaña, Península Ibérica, Galia, Germania, Alto Danubio y Dalmacia.

III: Italia y sus islas, Sarmacia europea, provincias del Danubio inferior, Grecia y comarcas limítrofes.

IV: Norte de África, Egipto, Libia y Etiopía.

V: Asia Menor, Armenia, Chipre, Siria, Palestina, Arabia pétrea, Mesopotamia, Arabia desértica y Babilonia.

VI: Sacea y Escitia.

VII 1-4: Regiones orientales de la *oikoumene*, India, Sina y Taprobane.

VII 5: Descripción de la esfera armilar y del mapamundi.

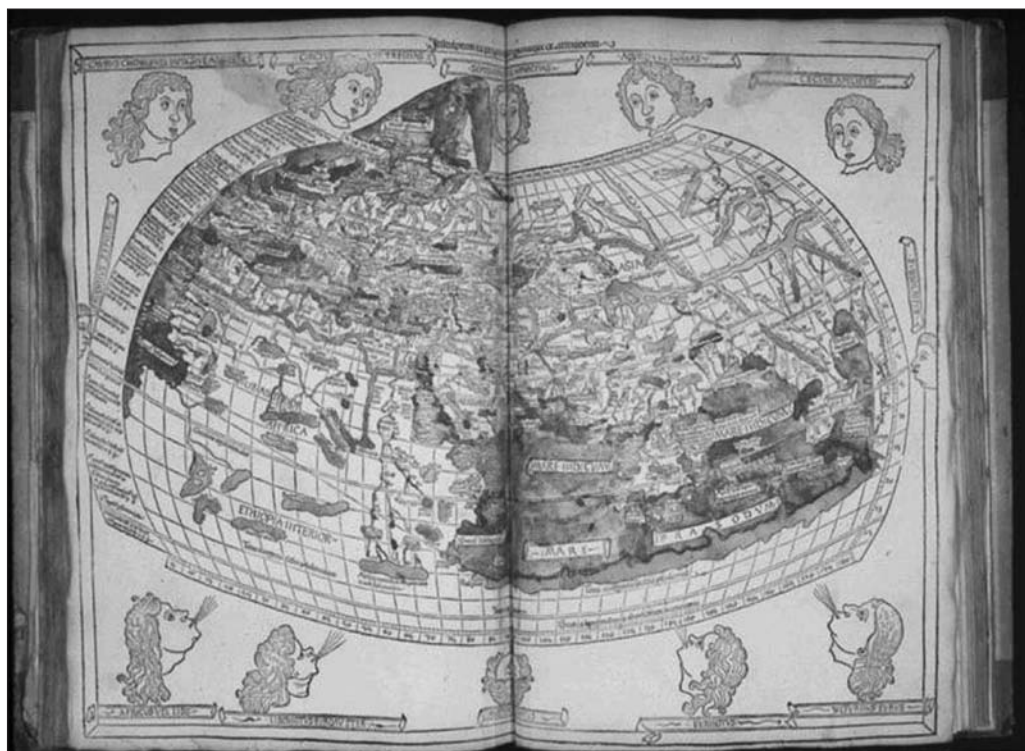
VIII: Se proyecta la realización de diez mapas de Europa, cuatro de Libia y doce de la totalidad de Asia.

El objetivo de la geografía para Ptolomeo es la mimesis de la tierra: «*Propio de la geografía es mostrar en su unidad y continuidad la tierra conocida, su naturaleza y la posición que ocupa, fijándose únicamente en los elementos de ésta que están relacionados con sus contornos generales y globales, como los golfos, las grandes ciudades, los pueblos, los ríos más importantes y lo que, en cada región, es más reseñable*» (I 1). La geografía descriptiva de los romanos es abandonada por otra, donde las matemáticas y la cartografía tienen preponderancia frente a la corografía. La aportación de Claudio Ptolomeo a la geografía consistió en recuperar el método de la escuela de Alejandría, que durante siglos no había sido retomado por otros autores.

El mundo que Ptolomeo describe presenta importantes diferencias respecto al de Estrabón y Plinio (fig. 41). No aceptando la visión tradicional de una masa de tierra simétrica rodeada en todas sus partes por el Océano, defiende la existencia de grandes extensiones de *terra incognita*¹⁸. Teniendo su concepción del mundo más puntos de contacto con Heródoto que con la de Estrabón. Asia del sur, que ocupaba una pequeña porción de la *oikoumene* tanto para Estrabón como para Plinio, tiene una mayor extensión en Marino y Ptolomeo, e incluso una parte de África se extendía más allá del Ecuador.

Ptolomeo fija los límites de la *oikoumene* revisando los establecidos por Marino de Tiro. Uno de los más polémicos es el límite meridional del mundo habitado. Marino, apoyándose en la expedición militar de Septimio Flaco y de Julio Materno a Agisimbia, defendía la existencia de vida al sur del Ecuador, lo cual era algo inaudito en la tradición geográfica antigua: «*Septimio Flaco, partió de Libia con su ejército llegando donde los etíopes, desde el país de los garamantes, después de tres meses de camino en dirección al mediodía. En cuanto a Julio Materno partió de Leptis Magna, y escoltado después de Garama (Djerma) por el rey de los garamantes que iba a hacer la guerra a los etíopes. Después de cuatro meses, en marcha siempre en dirección a mediodía llegó al país de Agisimba, en Etiopía, lugar donde se encuentran los rinocerontes*» (I 8). Guiándose por estas informaciones Marino concluía que Agisimba debía encontrarse 24.680 estadios al sur del Ecuador. Los testimonios de marineros como Diógenes, que fue arrastrado por los vientos cuando volvía de la India, después de 25 días de navegación hasta Cabo Rhapta, le llevaron a fijar los límites meridionales del mundo habitado en 27.800 estadios al sur del Ecuador.

18 RAMIN, J., *Mythologie et géographie*, París, Les Belles Lettres 1979, p. 25.



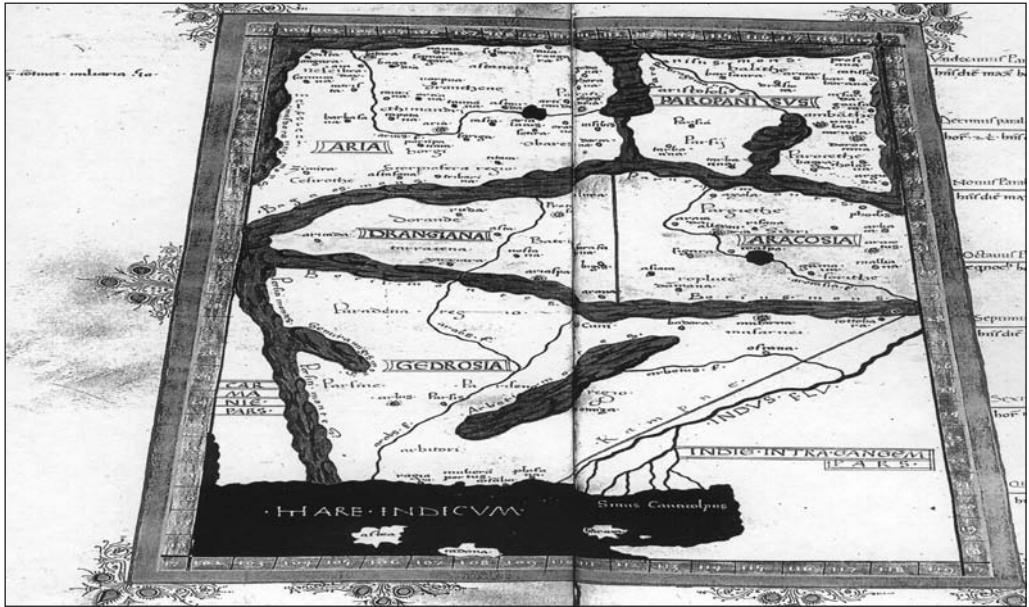
41. Mapa del mundo de Ptolomeo.

Ptolomeo deja abierta la posibilidad de la existencia de vida al sur del Ecuador en la *Sintaxis Matemática*, posibilidad que no se vuelve a encontrar ni en el *Tetrabiblos* ni en la *Geografía*. Los argumentos que esgrime Ptolomeo se basan en comparaciones entre el hemisferio norte y el hemisferio sur, puesto que en el hemisferio norte no se pueden encontrar hombres de color y fieras como los rinocerontes en las mismas latitudes que Marino situaba el reino de Agisimba, debe de concluir que sus cálculos eran erróneos (PTOLOMEO, *Geografía* IX 6-7) y la frontera sur del mundo habitado debía volver a ser resituada en Méroe.

Menos problemas supone el límite septentrional. Al igual que Eratóstenes, lo sitúa en la celeberrima isla de Tule (63° N). Pero a diferencia del sabio alejandrino, la isla ha perdido buena parte de su naturaleza fantástica gracias a la conquista romana de Britania y a la exploración de Agrícola, que había avistado esta isla desde las Orcadas.

En cuanto a los límites occidental y oriental se sitúan en las Islas de los Bienaventurados y en la isla de Taprobane. Ptolomeo acepta las mediciones de Marino para las regiones occidentales (72 grados), pero critica duramente las orientales¹⁹. El espacio entre Hierapolis y la Torre de Piedra (¿Tashkurgan?; PTOLOMEO I 11; AMIANO MARCELINO XIII 68) es medido por Marino en 65 grados, que Ptolomeo reduce ligeramente a 60. No ocurre lo mismo con las

¹⁹ AUJAC, G., *Claude Ptolémée, astronome, astrologue, géographe. Connaissance et représentation du monde habité*, París 1993, p. 120.



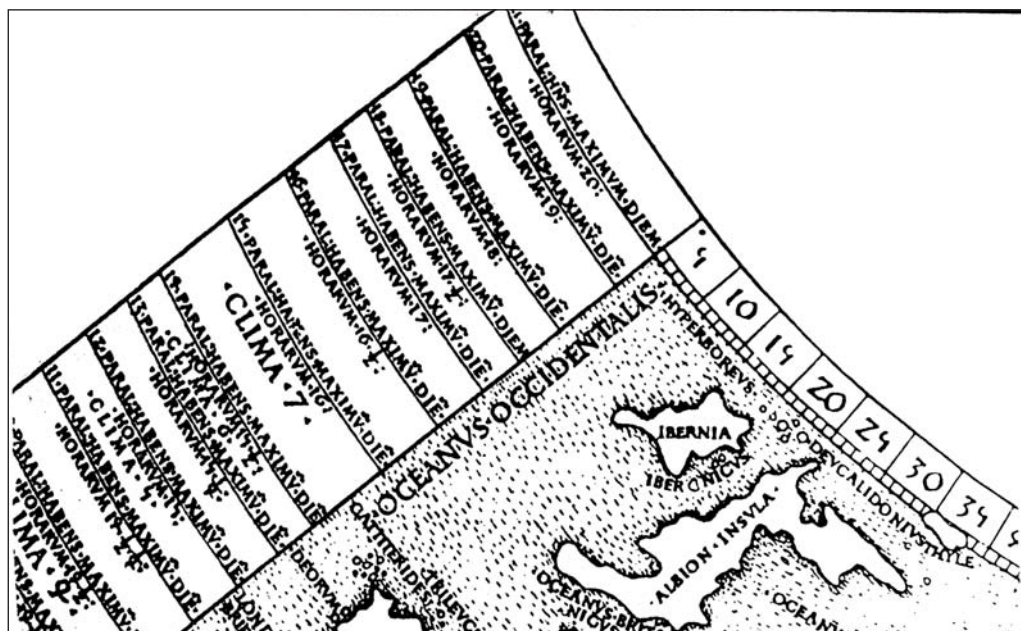
42. Mapa de las regiones orientales. Procedencia C. Müller.

regiones más allá de la Torre de Piedra. Desde Sérica, el país de los Seres, se contabiliza por parte de Marino un total de 36.200 estadios. La capital de los Seres es Sera y Cattigara es el puerto comercial más importante del extremo oriente²⁰.

De este modo, las dimensiones del mundo conocido de Occidente a Oriente quedaban fijadas en 180° grados (I 10-11), mientras que los límites septentrionales y meridionales en 90° grados (Cf. I 7-14). Equivaliendo 15° grados a una hora. En el *Almagesto* (II 1) Ptolomeo había dividido el mundo en cuatro cuadrados (εἰς τέσσερα... τεταρτημόρια). Resultando que la mayor parte del mundo de Ptolomeo se encuentra en uno de los cuadrados del norte, es decir, en un cuadrado limitado al sur por la línea ecuatorial, al norte por el Polo Norte, y al este y al oeste por un círculo meridiano.

Uno de los mayores errores de Claudio Ptolomeo fue desechar las mediciones de Eratóstenes por los cálculos de Posidonio, cuando paradójicamente se inspiró en el método establecido por el sabio de Cirene para realizar sus cálculos. Tanto Marino como Ptolomeo estiman la longitud de la circunferencia terrestre en 180.000 estadios, mientras que Hiparco, Gémino, Estrabón y un

20 Marciano de Heraclea dijo de esta ciudad que era la más lejana del mundo, lo cual estaba en consonancia con la ubicación extrema que los poetas romanos otorgaban a los Seres: Sil. Ital. *Pun.* 6. 1-4; SÉNECA, *Phaed* 389; *Herc. Oet.* 666-67. Sobre la identificación de Cattigara cf. GALLEZ, P., «Magallanes en busca del Cabo de Cattigara: Dos concepciones cartográficas en pugna», en *Protocartografía y exploraciones*, Instituto Patagónico, Bahía Blanca, 1999, p. 85-116; PORRO GUTIÉRREZ, J. M., «La cartografía ptolemaica del sureste asiático y su variante martelliana: planteamiento, consideraciones críticas y desarrollo de una hipótesis reinterpretativa», *RCHA* 27, 2001, p. 336-337, ve como candidatas más probables para su localización algún puerto de Indochina como Saigón o Tonkín y, sobre todo, el litoral de la península de Malaca; PIERROTTI, N., «Roma y China en la Antigüedad: Los contactos a través de la Ruta de la Seda (s. II a.C.-V d.C.)», *Biblioteca Virtual Cervantes. Antigua: Historia y Arqueología de las Civilizaciones*, 2008, p. 8, lo sitúa en Cantón (China) o Sri Lanka (Ceilán).



43. Sección del mapa de Ptolomeo donde se observa la orientación de Escocia al Oriente.

contemporáneo de Ptolomeo, como Teón de Esmirna, conservaron las estimaciones de Eratóstenes, 252.000 estadios. Las consecuencias de esta nueva valoración del tamaño del mundo son importantes. Al disminuir el tamaño de la tierra proporcionalmente aumentaba la superficie de la misma ocupada por el mundo habitado. La popularidad de Ptolomeo en la posteridad provocaría que la medición de Eratóstenes fuese desechada y prácticamente olvidada.

Ptolomeo mantenía algunos errores comunes en el mundo antiguo, como considerar la península Escandinava una isla o desconocer los territorios más allá del Vístula. Además se excedió a la hora de representar las dimensiones de la isla de Taprobane, las latitudes de Bizancio y Marsella, el dibujo del mar Caspio, la escasa proyección de la India hacia el sur o la orientación de Escocia (fig. 43) hacia el este²¹.

Pero presentaba avances como la localización de Irlanda, el trazado correcto del Volga, la orientación de los Pirineos o volver a convertir el mar Caspio en un mar interior. Las costas de Francia, Bélgica y Holanda son representadas con mayor corrección que sus antecesores. De igual modo, el sur de Britania y el canal de Bristol están muy bien representados.

Sin embargo, la mayor aportación de su geografía reside en ser la única obra del mundo antiguo, al menos la única que se ha conservado, que calcula la latitud y la longitud a partir de coordenadas: «Ahora comenzaré mi introducción detallada con esta salvedad, tenemos que

21 TIERNEY, J. J., «Ptolemy's Map of Scotland», *JHS* 79, 1959, p. 132-148; p. 144, afirma que el error en la orientación de Escocia pudo deberse a la carencia de información de tipo astronómico para esta zona del mundo (Cf. PTOLOMEO I 2.2); JONES, B., y KEILLAR, I., «Marinus, Ptolemy and the Turning of Scotland», *Britannia* 27, 1996, p. 43-49, creen que puede haber sido una consecuencia de la reducción de los límites septentrionales y meridionales establecidos por Marino de Tiro; GÓMEZ FRAILE, J. M., «Sobre la antigua cartografía y sus métodos. Los fundamentos numéricos de la Hispania de Claudio Ptolomeo», *Iberia* 8, 2005, p. 35-64; p. 36.

considerar la longitud y la latitud de las zonas bien conocidas como casi correctas debido a las continuas y generalmente reconocidas evidencias al respecto. Pero las posiciones de las zonas no atravesadas de esta manera tenemos que considerarlas como estimaciones aproximadas, debido a la escasez y a la naturaleza sin confirmar de las pruebas, como una aproximación, es decir, a las posiciones o formas más creíblemente establecidas, de modo que cada punto que se encuentra en toda la medida de mi mapa de todo el mundo habitado puede tener su lugar definido» (II 1).

Mientras que otros trabajos, como los de Estrabón, situaban los lugares a partir de las distancias recogidas en millas romanas o en estadios griegos, Ptolomeo se valió de coordenadas, que se basaron en cálculos astronómicos. Los lugares eran situados mediante meridianos (latitud) y paralelos (longitud). Para las latitudes existían trabajos como los de Hiparco de Nicea, mientras que en las longitudes la aplicación de los criterios astronómicos era más difícil. No obstante, mientras los meridianos son fijados mediante el empleo de números en los márgenes como en los modernos mapas, los paralelos tienen que recurrir a la duración del día más largo²².

La observación de eclipses en distintos lugares y horas del día era un recurso bastante excepcional como para poder emplearlo de forma sistemática (Cf. I 4). Para ello Ptolomeo tuvo que servirse de una medida fija para la circunferencia de la tierra, unos 180.000 estadios, según Posidonio, en la que 500 estadios equivalían a un grado de latitud, 375 estadios al grado de longitud y 41,666 a cinco minutos. Por lo tanto se podían convertir las distancias medidas en estadios o en millas romanas, sin ningún problema, en coordenadas y cuanto más precisas fuesen estas mediciones tomadas de otros autores o de las complejas redes viarias romanas más acertadas serían las estimaciones en coordenadas.

CARTOGRAFÍA

La *Geografía* de Ptolomeo finalizaba con una serie de mapas presentados en el libro VIII, lo cual tendría aparentemente lógica dada la fuerte interconexión entre geografía y cartografía para el mismo: «*La geografía es la representación por el diseño gráfico de la parte conocida de la tierra en su totalidad*» (I 1). Por lo tanto, se habría vinculado a la tradición geográfica jonia, para la cual la elaboración de un mapa era la tarea esencial de la geografía. Aunque no habría compartido su misma visión sobre el tamaño de los continentes, pues se quejaba de que los cartógrafos hacían el mapa de Europa demasiado grande para que pudieran caber todos los nombres de los topónimos conocidos, mientras que África es demasiado estrecha y Asia demasiado pequeña. Ptolomeo era consciente de que si se quería elaborar un mapa se debía de dar prioridad a las zonas mejor conocidas respecto a las que lo eran menos. También rechazó el empleo de *diaphragmata* o de *sphragides* por considerar distorsionaba las regiones septentrionales, prefiriendo siempre una proyección cónica en la que todos los meridianos convergían en un único punto en la parte superior (I 20).

Si la influencia de Hiparco es notable en las cuestiones de astronomía o Posidonio en el *Tetrabiblos*, Marino de Tiro es el modelo de Ptolomeo para la elaboración de sus modelos cartográficos. Lo novedoso de Ptolomeo habría residido en el empleo de nueva información cartográfica y en la ausencia casi absoluta de datos etnográficos en su obra.

22 Cf. DILLER, A., «The Parallels on the Ptolemaic Maps», *Isis* 33 (1) 1941, p. 4-7, sostiene que los paralelos de Ptolomeo se basaron en los siete *klímata* de época helenística.

La pérdida del manuscrito original y las numerosas traducciones²³ que se conservan de la obra de Ptolomeo en el Medievo, son circunstancias que explican que se discuta si realmente incluía mapas en un principio²⁴. La *diagnosis* escrita hacia el 550 d.C., en Alejandría y dirigida contra las ideas de Cosmas Indicopleustes, menciona por primera vez los mapas de Ptolomeo²⁵. Hasta el siglo IX no se vuelven a mencionar la existencia de mapas elaborados por Ptolomeo. Los más antiguos de ellos conservados son del siglo XIII, diseñados por el erudito bizantino Máximo Planudes (1260-1310) a partir de la información encontrada en su *Geografía*, que llevaba mucho tiempo perdida²⁶. El propio Planudes afirma que el emperador Andrónico Paleólogo quiso tener una copia de su hallazgo. La misteriosa alusión a Agathodaimon en el final de la obra a ayudado mucho a acrecentar esta controversia: «*Agathodaimon, técnico de Alejandría, diseñó el mapa a partir de la Geografía de Ptolomeo*»²⁷. Anteriormente se identificaba a Agathodaimon con un gramático del siglo V que aparece en las cartas de Isidoro de Pelusio, aunque no hay pruebas para confirmar esta identificación.

Diller destaca que las semejanzas entre los manuscritos conservados son tan grandes que llevan a pensar que fueron creados por la misma persona²⁸. Existe por tanto la posibilidad de que Planudes no se limitase a recuperar el legado de Claudio Ptolomeo y modificase o añadiese algunos datos a los mismos²⁹. Pero independientemente de que esto fuese cierto, nunca se podría llegar tan lejos hasta el punto de afirmar que, la obra de Claudio Ptolomeo, nunca incluyó mapas, pues como hemos visto la cartografía era la última concreción del saber geográfico para Ptolomeo. ¿Qué utilidad habría tenido su sistema de localización por coordenadas si su obra no hubiera incluido los instrumentos adecuados para ubicarlas?

CONCLUSIÓN

La obra de Claudio Ptolomeo no sólo es importante por un legado cartográfico que, prácticamente, constituyó la totalidad de la ciencia geográfica desde la Antigüedad Tardía hasta inicios de la Edad Moderna. Además es un instrumento sumamente útil para localizar el cenit de la decadencia de la ciencia. En pleno siglo II, durante la Segunda Sofística el estancamiento y el agotamiento que experimentó la cultura de la sociedad grecorromana durante este período parecen haberse manifestado con más intensidad que nunca: la dependencia excesiva de la tradición, la epitomización de los libros, la reducción de los escritores a la figura de meros epígonos de la tradición y el abandono de la autopsia.

La *Segunda Sofística* encumbró a la retórica como la principal de las artes, siendo un instrumento esencial en la argumentación filosófica. Esto originó que lo esencial fuese cómo decir

23 Al árabe en el siglo IX y al latín a comienzos del XV.

24 PORRO GUTIÉRREZ, J. M., *op. cit.*: «*La posibilidad de si el alejandrino dejó o no muestras cartográficas no es sustancial, pues a través de sus tablas de coordenadas se puede reconstruir, bien el teórico, bien el supuesto mapa (en este caso, con mínimas variantes, o al menos no esenciales, respecto a la configuración original)*» (p. 335).

25 ARNAUD, P., *La cartographie à Rome*, IV, Universidad de París 1991, p. 120.

26 En palabras de su autor *chronois pollois aphanistheisan*: «*muchos años desaparecida*».

27 «*ἐκ τῶν Κλαυδίου Πτολεμαίου γεωγραφικῶν βιβλίων ὀκτὼ τὴν οἰκουμένην πᾶσαν Ἀγαθὸς Δαίμων Ἀλεξανδρεὺς μηχανικὸς ὑπετύπωσε*».

28 DILLER, A., «*The Oldest Manuscripts of Ptolemaic Maps*», *TAPA* 71, 1940, p. 62-67; p. 66. Cree que los mapas de Ptolomeo fueron reelaborados bajo la dirección de Planudes y no simplemente copiados.

29 TUDEER, L. O. Th., «*On the Origin of the Maps Attached to Ptolemy's Geography*», *JHS* 37, 1917, p. 62-76, cree que los mapas de los continentes son más tardíos.

las cosas y no lo que se dice. La transmisión de los valores tradicionales y la *imitatio* de los autores que habían sido considerados dignos de imitación y un cierto desdén por la originalidad de pensamiento que el alumno pueda demostrar frente a su maestro o frente a su modelo. Es como si la época que había perdido el poder del descubrimiento original se empeñara en salvar el pasado, para compensar su propia falta de creatividad³⁰.

El propio Claudio Ptolomeo parece haber tenido una deuda mucho más intensa con sus predecesores que otros geógrafos de la Antigüedad, hasta el punto que, como se ha visto, algunos investigadores sostienen que su geografía es un mero comentario de los trabajos de Marino de Tiro e Hiparco (cf. Supra. p. 313-314). De ser esto cierto, quedaría por explicar por qué Claudio Ptolomeo obtuvo más renombre que Marino cuando simplemente se habría limitado a repetir lo dicho por éste. Van Paassen refleja muy bien la verdadera contribución de Claudio Ptolomeo cuando dice que antes de su obra no era necesario que un estudio de geografía fuese acompañado de mapas, pero después de Ptolomeo será impensable hablar de geografía sin cartografía³¹.

En cualquier caso, el que no volvamos a encontrar destellos de la intensidad de Ptolomeo en la ciencia del período tardoantiguo nos hace suponer, con motivos, que el punto álgido del declive del saber geográfico antiguo debe de retrotraerse al siglo II d.C. Es curioso, que mientras Ptolomeo tendría una valoración mayor que la que tuvieron sus antecesores, su apreciación de la geografía fue mucho menor, pues mientras que para Ptolomeo era poco más que cartografía, para alguien como Estrabón era una ciencia multidisciplinar, intensamente relacionada con los asuntos del gobierno. Ciertamente la decadencia era visible tanto en la disciplina como en la valoración que tenían de la misma quienes la practicaban.

30 WALBANK, F. W., *La pavorosa revolución*, Madrid, Alianza 1996, p. 129.

31 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 58.

13. LOS PERIPLoS Y RELATOS DE VIAJE EN ÉPOCA IMPERIAL ROMANA

«La habilidad del piloto consiste en conocer bien los mares que navega, para poder evitar los arrecifes, los bancos de arena, los bajíos y otro peligros. Cuanto más profunda es la mar, más seguro se está» (VEGECIO, *Epitoma rei militaris* IV 43).

«Muchos otros también escogieron los mismos temas y por escrito han expuesto como propios viajes y peregrinaciones, describiendo los tamaños de las fieras salvajes y el salvajismo de las gentes, además de la extrañeza de sus modos de vida» (LUCIANO, *His. Ver.*, I 3).

A los romanos no sólo se les debe la acuñación de la palabra Mediterráneo, sino además un mejor conocimiento de dicho mar que en el momento de apogeo del imperio llegó a convertirse en un símbolo del poder de los romanos.

Todo ello se tradujo en un renacimiento del periplo en la Roma imperial. Literalmente el término περίπλους significa circunnavegar (Περί, en torno; πλοῦς, navegación). Un género que fue en parte responsable de la mejora del conocimiento que se tenía del espacio, debido, en buena parte, a las descripciones detalladas que se hacían en estas obras de las costas del Mediterráneo. Sin embargo, como hemos visto, también fue responsable de algunos de los errores más repetidos de la geografía antigua, como el unir lugares que parecían estar en la misma latitud desde el mar, el alineamiento o el carácter unidireccional de los relatos de viajes y hodológico de los mapas. No deja de ser curioso que tras siglos sin encontrar vestigios de este género tan antiguo¹, que prácticamente nace con la *Odisea*, ahora tengamos ejemplos tan

1 GISINGER, F., «Periplus», *RE* XIX 1, 1937, cols. 848-50; PRONTERA, Fr., «Periploi: sulla tradizione della geografia nautica presso i Greci», en *L'uomo e il mare nella civiltà occidentale: da Ulisse a Cristoforo Colombo*, Génova 1992, p. 25-44. Cf. GONZÁLEZ PONCE, F. J., «El Periplo del Mar Eritreo y la evolución interna del género periplográfico. Nuevas aportaciones al problema de la fecha», *Habis* 23, 1992: «La tradición nos ha legado bajo la común denominación de Periplos un corpus de manifestaciones literarias cuyos testimonios conservados se remontan lo más al siglo IV a.C.» (p. 239).

variados y diferentes tanto en calidad como en extensión². El periplo, en opinión de Peretti³, nació como un género con una clara función práctica, como muestra que en él se recogiesen los días de navegación o se describiesen detalladamente las costas⁴. Un género que no tardaría en adquirir sus propias características literarias. No obstante, esta función práctica explicaría por qué en un período en el que el Mediterráneo era un mar romano, inmerso en una profunda actividad comercial, económica y de trasiego, solamente interrumpida por las condiciones climatológicas, el periplo renació como género.

MENIPO DE PÉRGAMO (I a.C.)

Su obra fue compuesta entre el 35 y el 25 a.C.⁵, siendo por tanto contemporáneo de Estrabón, y constaba de tres libros, bajo el título de *Periplo del mar Interior*, que desgraciadamente no ha llegado a nuestras manos. Los fragmentos conservados proceden de otros autores como Arriano, Agatémoro, Esteban de Bizancio y Marciano de Heraclea, que escribió un epítome de su obra que sí se ha conservado. Aunque el autor sólo puede ser datado por el epigramista Crinágoras de Mitilene⁶ que manifiesta haber empleado su obra para un viaje emprendido entre el 26-27 a.C.

Gracias a Marciano de Heraclea sabemos que en el libro I se describía la Propóntide, el Bósforo y el Ponto Euxino. En el segundo, siguiendo la orientación de este a oeste el litoral europeo y en el III las costas de África y de Asia Menor⁷.

Al parecer se trató de un periplo en el más puro de los sentidos cobrando especial interés los accidentes costeros como los golfos, las desembocaduras de los ríos, los cabos o el litoral más que el territorio continental de los países que se mencionaban. Aunque, naturalmente, la geografía y la historia se entremezclaban por igual en su obra⁸. Las distancias entre dos lugares se indicaban en estadios y no en días de navegación.

2 GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Periplografía griega de época imperial», *Habis* 33, 2002, p. 555, contabiliza un total de 9 periplos en lengua griega del total de 37 conservados, pero en un período sumamente extenso, 600 años. Una cifra, en cualquier caso muy inferior a los 19 de época helenística.

3 PERETTI, A., *Il periplo di Scilace*, Pisa 1979, p. 11.

4 PLUTARCO, *Moralia* 790 D: «Los tratados de navegación no hacen capitanes de navío a hombres que no han estado sobre la popa y sido espectadores de las luchas contra el viento, la ola y la noche invernal». Cf. MEDAS, S., *De rebus nauticis: l'arte della navigazione nel mondo antico*, Roma 2004, p. 109; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, es más escéptico sobre la función práctica de muchos de los periplos conservados: «desligados de la realidad del momento, cuyas necesidades prácticas apenas podían satisfacer y apegados a una tradición legendaria y geográfica que sólo muy parcialmente representaban» (p. 128).

5 GISINGER, F., «Menippos von Pergamon», *RE* XV 1, 1931, cols. 862-888.

6 *Antología Palatina* IX 559: «Me dispongo a embarcar hacia Italia, pues voy a visitar a unos amigos de los que hace largo tiempo que estoy alejado. Pero necesito un periplo guía que me conduzca a las islas Cícladas y a la vieja Esqueria. Préstame alguna ayuda, Menipo, amigo, ya que eres un autor de un circuito colmado de erudición, ¡Oh, tu conocedor de toda la geografía!».

7 MARCIANO DE HERACLEA 6: «Menipo dividió el Periplo de los tres continentes, Asia, Europa y Libia, de la siguiente manera: circunnavegó por separado el Helesponto y la Propóntide junto con el Bósforo Tracio, además de las costas del Ponto Euxino de ambos continentes, Europa y Asia; en primer lugar el Ponto, y después de aquél el Bósforo Tracio y la Propóntide con el Helesponto, iniciando el periplo de ambos continentes a partir del santuario de Zeus Urío, que precisamente está situado en la misma boca del Ponto. Y a continuación, comenzando, por las restantes regiones de Europa, circunnavega toda ella hasta el estrecho de Heracles a la tierra frontera, es decir, Libia, circunnavega toda ella y une a ésta el periplo de Asia hasta el susodicho Helesponto».

8 MARCIANO DE HERACLEA 3: «Y Menipo de Pérgamo que reunió en tres libros un periplo del mar interior, confirió a su información un carácter tanto histórico como geográfico».

ESTADIASMO (I d.C., o III d.C.)

Tras largos debates sobre la datación de esta obra anónima, *Estadiasmó* o *Periplo del Gran Mar*, parece no haberse llegado todavía a un consenso a la hora de datarla, pues unos la sitúan en la mitad del siglo I d.C.⁹ y otros entre el 250-300 a.C.¹⁰. Pese a su carácter fragmentario sabemos que el Mediterráneo era el núcleo de su descripción. Como indica el título de la obra, σταδιασμός, las distancias son recogidas en estadios, y no en días de navegación, añadiéndose algunos datos de interés para el viajero¹¹. Está dividido en cuatro secciones principales en las que se recogen los siguientes puntos de navegación: 1) La costa norteafricana de Alejandría a Útica (1-126); 2) La costa de Siria y Asia Menor (133-296); 3) La circunnavegación de Chipre (297-317); 4) El periplo de Creta (318-355).

La diferencia entre el tamaño y la extensión entre las dos primeras partes y las dos últimas, donde básicamente sólo se examina las costas de dos islas (Chipre y Creta), ha hecho pensar a algunos investigadores que el *Estadiasmó* sea la unión de dos tratados náuticos originalmente diferentes.

El punto de partida del periplo parece haber sido Alejandría, ciudad desde la que se avanza hacia el este y el oeste, mientras que los periplos de las islas mayores como Chipre o Creta se trataban separadamente. Por sus características el *Estadiasmó* puede ser considerado como el único portulano del mundo antiguo que ha sobrevivido. Así, como afirma el capitán Gernez, de todas las obras conservadas sólo el *Estadiasmó* puede ser considerado como un libro de instrucción náutica¹². Las exhortaciones en imperativo donde se le ordena al lector que siga una ruta u otra refuerzan esta sensación de manual de navegación para especialistas¹³ o un verdadero cuaderno de bitácora desprovisto de cualquier tipo de geografía literaria.

ALEJANDRO DE MINDOS (I d.C.)

Se le considera el autor de un *Periplo del mar Eritreo* que es citado por Eliano (*HA* V 27). El patriarca Focio (*Bibl.*, 145b 9) alaba su estilo: «*Es claro en su dicción y sumario, y no carece de encanto*». Lo cual contrasta con los escasos fragmentos conservados de este autor. En ellos declara haberse encontrado con golondrinas blancas o con las ovejas del Ponto que son engordadas con el ajenjo más amargo (*ELIANO*, *HA* X 34; V 27) y con la existencia de cuernos descomunales en Delos (Escolio a *HOMERO*, *Ilíada* IV 109). La escasa información que encontramos nos sugiere que debió moverse dentro del género paradoxográfico¹⁴.

FILEMÓN (I d.C.)

A mediados del siglo I d.C., escribió una obra consagrada a estudiar las regiones costeras del norte de la *oikoumene*, cuyo título, *De océano*, indica que estaba claramente influenciada

9 MEDAS, S., *De rebus nauticis: l'arte della navigazione nel mondo antico*, Roma 2004, p. 118.

10 MÜLLER, C., *GGM*, I París 1855, p. 127-128.

11 70: «*De Serapio a Caino 150 estadios. Hay un castillo abandonado, hay agua, pero no hay puerto*».

12 GERNEZ, D., «Les périples des anciens grecs et leurs rapports avec les Livres d'Instruction Nautiques», *AMB* 4, 1949, p. 15-33.

13 37; 46: «*Navega a lo ancho*»; 117: «*Navega al norte*»; 124: «*Amarra*». Cf. DI VITA, A., «Un passo dello Σταδιασμός της μεγάλης Θαλάσσης ed il porto ellenistico di Leptis Magna», en *Mélanges P. Boyancé*, Roma 1974, p. 229-249.

14 Cf. GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Paradoxógrafos griegos*, Madrid, Gredos 1996, p. 159-161.

por el libro de Píteas de Massalia, *Peri Okeanou*. Las conquistas romanas de Britania y Galia repercutieron beneficiosamente en la mejora del conocimiento geográfico del sector septentrional del mundo. Este aumento de información demandaba la redacción de una nueva obra en la que se actualizase el estado de los datos sobre esta zona del mundo, puesto que todavía en tiempos de Filemón la principal obra de consulta seguía siendo el libro de Píteas de Massalia¹⁵. Al parecer, Filemón habría estimado en 20 días de navegación de este a oeste el tamaño de la isla de Yerne (Irlanda), lo que, evidentemente, es una exageración. Es citado por Ptolomeo (*Geografía* I 9.6), lo que implica que probablemente fue también fuente de Marino de Tiro, y por Plinio el Viejo (IV 13).

EL PERIPLO DEL MAR ERITREO (30 y 230 d.C.)

De la misma época que Filemón, se trata de una obra anónima, en otro tiempo atribuida a Flavio Arriano, pero que en realidad su autor debe de haber sido un griego de la zona de Egipto encargado del comercio entre la India y el país de los faraones¹⁶. Lo cual queda demostrado por sus referencias a la fauna local¹⁷ y el conocimiento de la cronología egipcia¹⁸. No siendo un hombre de elevada formación, ya que no dominó el griego de la *koiné*. Debió de tratarse de un comerciante que en un momento dado decidió escribir para otros comerciantes que hacían la ruta marítima que unía Egipto con la India. Sólo así se explica la importancia que tienen los productos de mercadería en su opúsculo, que no siempre resultan identificables¹⁹.

Mayor problema presenta la cronología de la obra, puesto que se han esgrimido fechas tan dispares como 30 y el 230 d.C. Aunque comúnmente suele aceptarse la segunda mitad del siglo I como la fecha más probable, puesto que también menciona a los reyes Malichus de los nabateos y mambanos de la región de Mombay, que se sitúan en el siglo I de nuestra era por algunos autores y que, por lo tanto, nos ayudan a datar la obra en este período.

Hay dos rutas descritas en el periplo. La primera recorre la costa oriental de África desde Egipto hasta la isla de Zanzíbar (1-18) y la segunda, la costa del mar Rojo hasta la India (19-66).

La etnografía está muy presente en el relato. El autor tiene algún conocimiento sobre las islas del mar Rojo, el Pérsico y el Índico, e incluso conoce la región de Zine, que se piensa que puede ser China: «*Después de esta tierra, y ya justo al Norte, donde el mar acaba por fuera en un lugar..., se encuentra en el interior una ciudad inmensa llamada Zine, desde la que se transporta lana y seda en hilo y en paño hasta Barrigaza a pie por Bactria, y hasta la Limiriqué por el río Ganges. No es fácil llegar a Zine, y rara vez vienen de allá algunos hombres, pero no*

15 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «Viajes de verdad, viajes de mentira: literatura de viajes del período helenístico», *Revista de Filología Románica* 2006, anejo IV, p. 59-75; p. 72.

16 Cf. MÜLLER, C., *Geographi Graeci Minores*, París 1855, p. 257-305; CASSON, L., *The Periplus Maris Erythraei*, Princeton 1989, p. 7-10.

17 *El Periplo del mar Rojo* 29.

18 *El Periplo del mar Rojo* 6: «Por lo general, las mercancías vienen de Egipto a este mercado desde enero hasta septiembre, esto es, desde tibi hasta tot»; 14: «A todos estos mercados de la Otra Banda se zarpa desde Egipto por el mes de julio, que es epifi»; 24: «El tiempo oportuno para navegar allá es alrededor del mes de septiembre, que es tot»; 39: «Los marinos se hacen a la vela con el monzón hacia el mes de julio, que es epifi»; 49: «El tiempo oportuno para navegar allá desde Egipto es hacia el mes de julio, que es epifi»; 56: «El tiempo oportuno para largar velas desde Egipto es hacia el mes de julio, que es epifi».

19 BUNBURY, E. H., *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till Fall of the Roman Empire*, II, Nueva York 1879, p. 443; CASSON, L., *op. cit.*, p. 8.

muchos. La comarca está debajo de la Osa Menor, y se dice que linda con las regiones extremas del Ponto y del mar Caspio, junto al cual se extiende la laguna Meótide que desemboca en el Océano» (*El Periplo del mar Rojo* 64). Sin embargo, el autor parece desconocer la existencia de Sri Lanka y de las demás regiones de Asia Meridional. Lo que viene a mostrar en suma el mismo desconocimiento que se tenía en esa época de esta zona del mundo.

Lo novedoso de esta obra es el hincapié que hace en los temas relacionados con el comercio.

DIONISIO DE BIZANCIO (II d.C.)

Dionisio de Bizancio es el autor de la obra *Anaplos del Bósforo*, «remontada del Bósforo». No ha llegado hasta nosotros completa, sino de forma fragmentaria (1-56 y 96-112). De su autor no se sabe gran cosa, a excepción de pequeñas informaciones procedentes de la *Suda* y de Esteban de Bizancio. Pero por los datos que el propio Dionisio aporta en su narración sabemos que debió de escribir su libro en el siglo II, antes de la destrucción de Bizancio por Septimio Severo (195/6 d.C.).

Bizancio, el Cuerno de Oro y el Bósforo debieron de ocupar un lugar central en su periplo por ser la patria y el lugar que mejor conocía. Para llevar su labor a buen puerto recurre a la tradición, tanto la de los poetas (Homero) como la de los grandes historiadores áticos (Heródoto y Tucídides) cuyo estilo gusta de imitar.

DIONISIO PERIEGETA (II d.C.)

Todo libro dependiendo de sus objetivos tiene un público determinado. En general, el texto que nos ocupa supone una vulgarización de los trabajos de Eratóstenes y Posidonio, por su apego a la épica y por intentar extender la geografía entre un mayor número de lectores.

La obra de Dionisio es un manual escolar de geografía en verso, escrito en hexámetros dactílicos y compuesto por un total de 1187 versos. Son precisamente dos versos acrósticos descubiertos en el siglo XIX, la poca información que tenemos sobre su vida. En virtud de ellos sabemos que fue contemporáneo del emperador Adriano²⁰ y ciudadano de Alejandría²¹. Como en otros estudios geográficos del mundo antiguo se combinaba la etnografía, con la historia y la mitología. Dionisio cambió radicalmente la forma tradicional del periplo al llevar a cabo su descripción desde el aire. Esto permite que los artificios y palabras recurrentes que los geógrafos empleaban para guiar a sus lectores en su devenir por los contornos de las costas (Arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda) pasen mejor desapercibidas al tener una mayor lógica en la narración. Las diferentes etapas de ascensión permiten pasar de una región limitada, que abarca una región muy concreta, a una visión geográfica que abarca todas las zonas de la *oikoumene*.

20 JACOB, Ch., «L'oeil et la mémoire: sur la Périégèse de la terre habitée de Denys», en *Arts et légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétoriques du monde*, París 1981, p. 22-97; JACOB, Ch., *La description de la terre habitée de Denys d'Alexandrie ou la leçon de géographie*, París 1990; TSABARI, I., *Dionisiou Alexandreos. Oikoumenes Periegesis*, Ioannina 1990.

21 LEUE, G., «Zeit und Heimath des periegeten Dionysius», *Philologus* 42, 1884, p. 175-178, fue quien descubrió los acrósticos y defendió que era un gramático de Alejandría de época del emperador Adriano: «*Versos de Dionisio, uno de los habitantes de Alejandría*»; «*El Dios Hermes en época de Adriano*». Sin embargo, el elogio al río Rebas de Bitinia ha hecho suponer que podría proceder de dicha zona, pues no se entiende que se destaque un río menor de esa forma: «*Cerca los bitinios habitan una tierra muy fértil, allí el Rebas proyecta su amable corriente, el Rebas, que camina a lo largo de las bocas del Ponto, el Rebas, cuya agua tan hermosa se arrastra sobre la tierra*» (793-6).

No se trataba de algo completamente nuevo. Hesíodo ya utilizó este recurso en sus *Eeas*, al igual que algunos chamanes como Hermotimo de Clazomene y Aristeas. Sin embargo, del mismo modo que en la *Ilíada* (XIV 225ss) cuando se describe el viaje aéreo de Hera hacia Troya, se sigue la ruta propia de un periplo. El verso acróstico dedicado a Hermes, dios de los caminos, del comercio y guía de las almas de los muertos confirmaría este carácter hodológico de la obra de Dionisio²².

No es de extrañar, dadas sus semejanzas con Homero y Hesíodo, que prefiriese el lenguaje de la épica antes que la lengua común. Un buen ejemplo de su cercanía con la épica antigua son sus invocaciones a las Musas²³. La única diferencia es que invita al lector a acompañarle en su viaje espiritual por la ecumene. Al fin y al cabo, la *Periégesis* de Dionisio no es una innovación, sino un compendio de las diferentes tradiciones geográficas existentes en la antigüedad. Por lo que, en ocasiones, podemos encontrar alusiones a pueblos que no existían en el momento en que escribió el autor²⁴ y ver cómo ciudades importantes, como Atenas, Corinto o Tarraco, no aparecen.

Uno de los recursos literarios más frecuentes es el Catálogo, el instrumento propio de la poesía épica para presentar o enumerar elementos en la narración. Las largas enumeraciones, sólo rotas por la inclusión de un epíteto, de ríos, pueblos y montañas, sin lógica aparente, reducen la geografía de Dionisio a una mera lista de nombres. Hay que tener presente que esta percepción de caos puede haber sido buscada a propósito para aumentar la sensación de que son realmente las Musas quienes están poniendo las palabras en su boca.

Su descripción del mundo es exhaustiva y selectiva a la vez²⁵, puesto que no obvia ninguna región del mundo, pero al mismo tiempo no profundiza sobre las etnias o las divisiones administrativas de los lugares. Lo cual encajaría con su naturaleza didáctica, puesto que hay que tener en cuenta que 1187 versos podían ser fácilmente memorizados por los escolares, que estaban más que acostumbrados a aprender de memoria los poemas de Homero. Así el Periegeta consigue elaborar una imagen del mundo utilizando el lenguaje fosilizado de la poesía arcaica y a la vez logra reintroducir el verso en un género como la geografía muy ligado a la prosa desde los tiempos de Hecateo.

El mundo es comparado con una isla inmensa (*Periégesis* 3-4) envuelta por las aguas del océano que no es completamente circular, sino con forma de honda y dividida en tres continentes: Libia (África), Europa y Asia. Siendo el río Tanais la frontera entre Europa y Asia y el Nilo el límite entre África y Asia, los límites tradicionales de la *oikoumene*. Es verdad que se proponen fronteras alternativas como el istmo entre el Caspio y el Euxino y el Arábigo. Lo anecdótico es que se dé preeminencia a Libia (174-269) frente a los demás continentes empezando la descripción por dicho continente, pero lo cierto es que el continente que recibe un tratamiento más detallado es Asia (620-1166), aún por encima de Europa (270-449).

El límite occidental del mundo se encuentra en las Columnas de Hércules y el oriental en las de Diónisos. Conforme a estos límites el viaje de Dionisio avanza por la *oikoumene*. La visión aérea facilita que los territorios sean comparados con formas geométricas sencillas o familiares

22 JACOB, Ch., *op. cit.*, 1981, p. 30.

23 DIONISIO, *Periégesis* 61; 440; 651; 715.

24 DIONISIO 767-71 (Calibes); 805-8 (Bebryces). Cf. GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *El descubrimiento del mundo*, Madrid, Akal 2000, p. 234.

25 JACOB, Ch., *op. cit.*, 1981, p. 25.

al lector, como anteriormente había hecho Pomponio Mela²⁶, puesto que el objetivo de Dionisio es mostrar la forma del mundo (*eidōs*) a sus lectores (170-1). Una consecuencia lógica de querer describir la tierra con la única ayuda de las palabras es que ésta quede reducida a metáforas.

Pese a ser de origen griego e inspirarse en modelos arcaicos, Delfos no es el corazón del Imperio, sino Roma: «*El Tíber que corta en dos la encantadora Roma, Roma venerada, grande morada de mis soberanos, madre de todas las ciudades, opulento palacio*». El verdadero ombligo político del período, el nuevo centro del mundo.

Es posible que se valiese de un mapa para guiarse en su viaje aéreo por el mundo, quizás el de Agripa, pues el texto es muy semejante a una *ékphrasis* (descripción detallada) de una obra de arte, salvo que aquí en vez de describirse a una estatua o a un cuadro, da la sensación de estar haciendo lo propio con un mapa.

El éxito de la obra de Dionisio puede verse en las numerosas traducciones al latín que se hicieron de la misma. Así en el 370 fue traducida por Avieno en el 512 por Prisciano y en el siglo XII, Eustaquio de Tesalónica popularizó su obra en el Imperio Bizantino.

La causa de su larga pervivencia debe de buscarse en haber sabido combinar, mejor que ningún otro, los recursos que le ofrecía un sistema arcaico con el conocimiento que en su época se tenía de la tierra. La poesía se mostró de la mano de Dionisio como un instrumento sumamente útil para que los escolares recordasen las complejas y aburridas listas de topónimos que poblaban la *oikoumene*.

FLAVIO ARRIANO (II d.C.)

Durante su estancia en la Capadocia como gobernador, Flavio Arriano adjuntó un detallado informe en latín a su amigo el emperador Adriano, en el que le contaba los detalles de su labor como gobernador. Conociendo el amor por las letras de su emperador, adjuntó un *Periplo del Ponto Euxino*²⁷. A pesar del nombre tiene poco de periplo, pues está escrito en primera persona y en forma de carta dirigida al emperador Adriano. La obra fue escrita cuando su autor conoció la noticia de la muerte del rey Cotis II del Bósforo Cimerio. Por lo que es muy probable que Arriano escribiese su *Periplo* para implicar al emperador en los asuntos de la zona, que seguramente demandaban la atención de su persona²⁸. Las alusiones de Arriano al desempeño de su actividad como gobernador (despachos, ejércitos, etc.) no deben de ser vistas únicamente como un intento del de Nicomedia para mostrar su valía ante su emperador y cualquier posible lector, sino como una muestra de la actividad y la problemática diaria de la zona, que Arriano tiene interés en reflejar²⁹.

La ruta examinada por Arriano como gobernador iría en primer lugar desde el Bósforo a Trapezunte (XII 1-XVI 6), después, la costa entre Dioscuriade y el Bósforo Cimerio (XVII.2-

26 Libia es comparada con un trapecio (175), Sicilia como un triángulo, Asia con un cono (274), el Ponto Euxino con un arco escita (156-60), la Península Ibérica con una piel de buey (287) y el Peloponeso con una hoja de plátano (403-8).

27 Cf. STADTER, Ph. A., *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill 1980, p. 32-41; BOSWORTH, A. B., «Arrian and Rome: Minor works», *ANRW* II 34 (1) 1993, p. 242-253; SILBERMAN, A., «Arrien Périples du Pont-Euxin: Essai d'interprétation et d'évaluation des données historiques et géographiques», *ANRW* II 34 (1) 1993, p. 276-311; SILBERMAN, A., *Arrien. Périples du Pont-Euxin*, París 1995.

28 Cf. MILLAR, F., *Rome, the Greek World, and the East*, University of North Carolina Press 2004, p. 183.

29 DILKE, O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 140, cree que la obra de Arriano es un ejemplo de cómo un periplo podía tener utilidad militar en el Imperio Romano.

XIX 5) y finalmente del Euxino a Bizancio (XX 1-XXV 4). Esta última parte es la que más se aproxima a un periplo y, paradójicamente la que menos posibilidades tiene de haber sido visitada personalmente por Arriano. Al parecer el de Nicomedia se habría limitado a reelaborar la información anterior, lo que justificaría porque dos ciudades como Teodosia y Tiras son descritas casi como desiertas, mientras la información de la arqueología certifica lo contrario.

Se trata de una obra en la que se recoge una larga enumeración de lugares, pueblos y distancias que debió de inspirarse en fuentes antiguas³⁰. No sólo de periplos o relatos de viajes, sino de la más honda tradición poética griega (Homero; Esquilo, etc.) que demuestran la cultura del autor. Pero son, sin duda, la *Anábasis* y Jenofonte, la obra y el autor que tienen una mayor presencia en el *Periplo*³¹. El Periplo de Nearco que utilizó en su *Índica* también pudo haberle servido como modelo a la hora de redactar su escrito.

La divergencia de estilos ha hecho suponer que únicamente los primeros capítulos son auténticos y reproducen experiencias autópticas del propio Arriano³². Lo cual entra en consonancia con lo que nos dice Procopio (*Goth.*, IV 5.33) sobre el *Periplo del Ponto Euxino*, que afirma haber conocido una versión más breve del *Periplo* de Arriano. Aunque, también es posible que el historiador bizantino no tuviese un conocimiento directo del libro de Arriano³³.

MARCIANO DE HERACLEA (IV-V d.C.)

Se piensa que este autor griego tuvo que ser contemporáneo de Sinesio de Cirene (370-413) y anterior a Esteban de Bizancio que lo cita frecuentemente. A diferencia de otros autores Marciano creyó conveniente realizar un *Periplo del mar Exterior* y no del Mediterráneo como era más común.

Marciano es el culmen de la geografía libresca y erudita carente por completo de autopsia. Así, en el inicio de su obra (I 2-3) declara haber empleado muchas fuentes para poder escribir su *Periplo*: «*Escribo después de haber leído multitud de periplos y de haber empleado mucho tiempo en su estudio... Timóstenes de Rodas, que llegó a ser comandante en jefe de la flota de Ptolomeo II, después Eratóstenes al que llamaban beta los directores del Museo, además de Píteas de Massalia, Isidoro Cárace, el piloto Sosandro y Simias...*». Sin embargo, la obra de Marciano de Heraclea es tradicionalmente considerada como un compendio de la de Ptolomeo³⁴ y Artemidoro de Éfeso. De hecho, acepta las mediciones de Claudio Ptolomeo frente a las de Eratóstenes. Sin embargo, perpetúa uno de los errores más longevos de la antigüedad, que Ptolomeo había ayudado a corregir, el considerar el mar Caspio como un golfo del Océano.

El libro I estudia el oriente, mientras que el II el Occidente. Podemos encontrar dos preámbulos en su obra. Uno en el libro primero (I 1-8) en el que aparte de exponer sus fuentes, reflexiona sobre cuestiones de carácter general sobre la *oikoumene*, y otro en el segundo (II 1-7)

30 DILLER, A., *The tradition of the Minor Greek Geographers*, Lancaster 1952, p. 147-150, defiende como fuentes de información a Artemidoro de Éfeso y a Menipo de Pérgamo; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *op. cit.*, 2000, p. 161-163; p. 163.

31 Sobre todo en los capítulos 12-16, es decir el trayecto desde el Bósforo tracio hasta Trapezunte, que también fue recorrido por Jenofonte en su *Anábasis*. Cf. *Periplo* 25.2.

32 Cf. CHAPOT, V., «Arrien et le Périphe du Pont-Euxin», *REG* 34, 1921, p. 129-154.

33 BOSWORTH, A. B., *op. cit.*, p. 243.

34 I 1: «*muy divino y sabio Ptolomeo*».

en el que se especifica el territorio que se va a describir desde las Columnas de Hércules hasta el norte de Europa y las islas Británicas: «*El Océano oriental y meridional en el libro primero, y el occidental y septentrional en el segundo; junto con las islas más grandes que hay en ellos, la que se llama Taprobane, anteriormente llamada Palesimundo, y ambas islas Británicas; de las cuales la primera consta que está en medio del mar Índico, más las otras dos en el Océano septentrional*» (*Periplo del mar Exterior* I 1).

Al contrario que otros periplos se muestra más preciso a la hora de recoger las distancias, que son dadas en estadios. Aunque debe ser algo atribuible a sus fuentes y no a él, pues Marciano se queja de la actitud de sus predecesores dando todo el tiempo una cifra como si el mar pudiera ser medido por una cuerda (*Periplo del mar Exterior* I 2). Es posible que esta divergencia se debiese al empleo de mapas por parte de Marciano. Su devoción por Ptolomeo lo convierte en el candidato más probable, pero no hay que olvidar que no existen evidencias de mapas de Claudio Ptolomeo hasta una fecha muy posterior (Cf. *Supra*. p. 320). Además si hubiera utilizado los mapas de Ptolomeo habría sido más difícil que divergiese con él en lo referente al mar Caspio. Otros autores como Eratóstenes y, sobre todo, Artemidoro pueden ser otras alternativas. Especialmente el último, puesto que, a diferencia de otros autores, Marciano dio una gran preponderancia a las costas españolas³⁵, en su obra y Artemidoro es entre los geógrafos mencionados quien más importancia le dio a la zona occidental de la *oikoumene*.

RUTILIO NAMACIANO (V d.C.)

Poco más de lo que él mismo cuenta en su obra es lo que sabemos sobre Rutilio Namaciano. Nació en el seno de una familia pagana del sur de la Galia. Aunque dedica a sus amigos una parte de su obra no hay muchos datos sobre sus familiares (I 213-6) o su padre (I 575-96). En la madurez fue nombrado maestro de oficios y prefecto de la ciudad de Roma. Sus críticas contra judíos (I 381-398) y cristianos (I 439-52; Crítica al monacato cristiano; 515-26 alusión al sepelio cristiano) no dejan duda alguna sobre sus sentimientos religiosos paganos³⁶. Lo cual debe de ser estudiado en el contexto de su época, puesto que desde el 392 los paganos fueron considerados enemigos de lesa majestad

De reditu suo cuenta el viaje de regreso que hizo el poeta en el 417 d.C., momento en el que su Galia natal estaba siendo saqueada por los Bagaudas³⁷. Pese a que está escrito en dísticos elegiacos no tiene la alegría propia de un *nóstos*, puesto que cada paso que avanza en su regreso, es un paso más que lo aleja de la ciudad de Roma. Una Roma que acababa de sufrir los efectos del saqueo de los godos de Alarico (410). Más que un Odiseo que regresa a casa, el autor parece encarnar un segundo Ovidio exiliado.

Namaciano aclara que si ha escogido regresar a casa por vía marítima es porque «*por tierra los caminos llanos están inundados por los ríos, y los de montaña erizados de peñascos*» (I 38-

35 PASTOR MUÑOZ, M., «La Península Ibérica en Marciano de Heraclea», *HAnt* 8, 1978, p. 89-128.

36 Cf. RIBAGORDA, M., «La pervivencia religiosa pagana en el siglo V: El ejemplo de Rutilio Namaciano», en *Antigüedad y Cristianismo. La tradición en la Antigüedad Tardía* XIV, 1997, p. 179-187, señala que en su figura había evidentes influencias estoicas y neoplatónicas. Respecto a sus dioses tutelares dice: «*Rutilio no tiene un dios preferido o exclusivo como sería el caso de Aristides, sino que integra dentro de su obra a un conjunto de dioses que proporcionan, desde nuestro punto de vista, un repaso global de la religiosidad romana desde sus comienzos*» (p. 185).

37 I 213-6; Cf. SANZ BONEL, V. M., «La aportación pagana, Querolus y Rutilio Namaciano al carácter cristiano de los Bagaudas», en *Aragón en la Edad Media. Homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros*, 14-5, 1999, p. 1471-1486.

9). La decadencia de las vías terrestres no es sólo una justificación para emprender su periplo, sino que también es un claro indicador del estado actual del Imperio.

Antes de comenzar con su viaje de retorno, Namaciano ensalza y elogia la ciudad de la que se marcha que es: «*Reina de un mundo que es tuyo*»; el lugar donde sale y se oculta el sol (I 56); la parte habitada de la tierra (I 61); una ciudad y un mundo³⁸; cuyo fin no ha sido fijado (I 139). En estos versos el poeta refleja su visión de la tierra y del universo. Un mundo que es esférico, a tenor de lo que nos dice de la bóveda celeste (I 18). Un universo donde no tienen cabida las teorías heliocéntricas de Aristarco, puesto que el sol (I 56-7), la luna y las estrellas (I 80-1) siguen girando en torno a la tierra. A semejanza de los poetas del siglo I a.C. y del Principado emplea las alusiones geográficas para ensalzar y encumbrar a Roma³⁹. El Rin, el Nilo o la misma África parecen existir únicamente por voluntad de la ciudad del Tíber, siendo el último canto al ecumenismo romano.

AVIENO (IV d.C.)

Natural de Etruria y miembro de la celeberrima familia de los Rufii Festi, sabemos que fue dos veces cónsul. Su enorme cultura quedó reflejada en la traducción del poema los *Fenómenos* de Arato y de la *Periégesis* de Dionisio Periegeta al latín, de la que sólo se conserva el I libro⁴⁰. Pero es su *Ora marítima* (*Costas marítimas*) la obra más importante de este autor, aunque únicamente se conservan 713 versos del total de la misma. Dedicada a su amigo Probo (*Ora marítima* 1-4), es una descripción de las costas del Imperio desde Britania hasta el Ponto Euxino. Pero sólo conservamos la información concerniente al primer libro, que contiene el espacio entre las islas Casitérides y Massalia. Las distancias medidas por Avieno están en días de navegación o en estadios.

La excesiva presencia de nombres y términos arcaicos en la *Ora marítima* es interpretada por Schulten y sus seguidores como una de las pruebas más fehacientes de la antigüedad de la fuente que sirvió de base a Avieno. En opinión de ellos un periplo del siglo VI a.C.⁴¹. Se piensa que podría ser la obra de Eutímenes de Massalia. Aún así, Avieno menciona a más autores como Salustio, Plauto, Hecateo de Mileto, Escílax de Carianda⁴², el cartaginés Himilcón⁴³, Pausímaco

38 I 68: «*Formaste una ciudad de lo que antes era un mundo*».

39 Hay que tener presente que uno de los modelos de Rutilio Namaciano fue Catulo. Cf. ARRIBAS HERNÁNDEZ, M. L., «Algunas concomitancias entre Catulo y Rutilio Namaciano: Influencia de Catulo en Rutilio Namaciano», *Epos* 6, 1990, p. 101-114.

40 *Ora marítima* 22: «*El resto, por lo demás, ya lo hemos relatado más cumplidamente en aquel volumen que compusimos acerca de las costas y países del orbe terrestre*».

41 SCHULTEN, A., *Avieno. Ora Marítima (Periplo Massaliota del s. VI a. de J.C.) junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J.C.* Barcelona 1955, p. 16; p. 33-35. Cf. GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Sobre el valor histórico atribuible al contenido de *Ora Marítima*: Las citas de los fberos y de otros pueblos como paradigma», *Faventia* 15 (1) 1993, p. 49, relaciona estas citas con las corrientes estéticas de la literatura de la baja antigüedad, a las que nuestro autor, como poeta del siglo IV, no es ajeno.

42 *Ora marítima* 105: «*Escílax de Carianda asegura que la corriente que hay entre las Columnas tiene la misma extensión que las aguas del Bósforo*».

43 *Ora marítima* 114: «*Refirió en tiempos pasados que él lo había contemplado y comprobado personalmente en la superficie del océano*».

de Samos⁴⁴, Damasto de Sigeo⁴⁵, Bacoris de Rodas⁴⁶, Euctemón⁴⁷, el siciliano Cleón⁴⁸, Juba⁴⁹, Heródoto y Tucídides.

Avieno se limita a plasmar en su *Ora maritima* la misma realidad que leemos en autores anteriores, pues cuando cita a otros pueblos antiguos «*en lugar de reflejar la realidad histórica de su propia época, que ofrece un panorama muy diferente, opta el poeta por presentar el statu quo vigente en tiempos remotos, al que sólo ha tenido acceso por un conocimiento libresco*»⁵⁰. Independientemente de que Avieno emplease realmente la obra de Eutímenes de Massalia o no, ha de tenerse muy presente que su periplo se basa principalmente en información escrita y no en experiencias vividas por él.

No es de extrañar, por lo tanto, que podamos encontrar viejas leyendas de marinos sobre la existencia de un abismo en el océano más allá de las Columnas de Hércules: «*Sin embargo Himilcón cuenta que desde estas Columnas hasta la zona occidental existe un abismo marino ilimitado, que la mar se extiende a lo ancho, que se despliega un salado mar. Nadie se aventuró en estas aguas, nadie metió sus carenas en aquel llano marino, bien porque falten en alta mar auras que las impulsen, bien porque ningún soplo del cielo empuje la popa, o incluso porque la calina revista el aire con una especie de velo, bien porque la niebla oculte permanentemente el abismo marino y se mantenga un muy espeso nublado durante el día*» (*Ora maritima* 107).

Las enumeraciones anacrónicas de algunos pueblos es una consecuencia directa de su desmedida dependencia del pasado. Una evidencia de lo que decimos son sus referencias a los ligures (*Ora maritima* 132; 135; 613; 628), un pueblo del norte de Italia y sur de Francia, que fueron romanizados en tiempos de la conquista romana de la Península Itálica. Lo mismo ocurre con referencias a otros pueblos como los celtas (*Ora maritima* 133); los lusos (*Ora maritima* 196); galos (*Ora maritima* 638); tartesios (*Ora maritima* 113; 179; 223; 254; 423; 428; 463), etc.

Una vez llegados a este punto debemos preguntarnos: ¿qué utilidad tendría en tiempos de Avieno el empleo de información tan desfasada? Es evidente que ninguna. Salvando las distancias sería como si se escribiese una guía de viajes con datos de hace 8 siglos, por lo que la funcionalidad no puede ser el criterio por el que se escribe una obra como la de Avieno. Su escrito adquiere un sentido diferente en el contexto sociocultural en el que se elaboró, en una nueva exaltación de lo clásico, de la tradición. No es sorprendente que las obras imiten el estilo o las formas arcaizantes del pasado. Se trata de una imitación que va más allá del aticismo

44 Geógrafo, probablemente del VI a.C. cuya obra está perdida.

45 «*En cambio, el tramo de oleaje agitado que se extiende entre las Columnas, afirma Damasto que no llega a los siete estadios*».

46 Autor desconocido. Sólo es citado por Avieno.

47 Filósofo y científico ateniense del s. V a.C.: «*Euctemón, habitante de la ciudad de Anfípolis, afirma que se extiende en una longitud no superior a las ciento ocho millas y que ambas posiciones distan tres millas*»; «*Afirma también el ateniense Euctemón que no existen allí peñas, ni se alzan cumbres en ninguna de las dos partes; recuerda que entre las campiñas de tierra libia y la costa de Europa se hallan dos islas; dice que se las llama Columnas de Hércules; refiere que están separadas treinta estadios; que por doquier están cubiertas de bosques impresionantes y que son siempre inhóspitas para los marinos. Asevera, en efecto, que hay en ellas templos y altares a Hércules, que los bajeles extranjeros se dirigen allí para ofrecer sacrificios a este dios y se van apresuradamente, pues se tiene por impío demorarse en estas islas*».

48 Sólo conocido de nombre. S. V a.C.

49 «*Juba, entregado siempre al estudio de las letras y alejado por el mar que tenía en medio, se consideraba muy distinguido con el honor del duunvirato en su ciudad*».

50 GONZALÉZ PONCE, F. J., *op. cit.*, p. 56.

lingüístico de la Segunda Sofística y trasciende múltiples niveles de la vida como el arte, la costumbre, onomástica, etc⁵¹.

PERIPLO DEL PONTO EUXINO (VI d.C.)

El último periplo conservado procede de época bizantina, es anónimo y describe las costas del mar Negro desde el Bósforo Tracio hasta el Cimerio. Su peculiaridad reside en que básicamente es una amalgama de obras anteriores como la de Menipo de Pérgamo, Arriano o Pseudo-Escimno. Esta labor de corta y pega queda plasmada en la forma en la que quedan recogidas las distancias tanto en estadios como en millas romanas.

CONCLUSIÓN

Durante todo este período puede observarse un agotamiento del género periplográfico y de la geografía en general. No hay nuevas aportaciones y, por lo común, de lo único que pueden vanagloriarse estos autores es de las fuentes que han empleado para componer sus periplos. Es precisamente en este detalle, el empleo y selección de sus fuentes, donde puede rastrearse la principal diferencia entre un autor y otro.

La geografía, al igual que otros géneros literarios, estaba en honda decadencia, al haber entrado en una espiral mimética, que provocaba que fuese más importante el cómo se dice que lo realmente expuesto. La dependencia del pasado y el respeto por sus fuentes hizo que éstas fuesen más importantes que las propias experiencias autópticas. La autopsia, junto a la tradición, era el principio legitimador de la historia y de la geografía, y por supuesto, también de los relatos de viajes. Sin embargo, encontramos cómo la mayoría de estas obras rechazan la posibilidad de aportar testimonios oculares, porque la mayoría de sus autores ha hecho una mera labor de compilación o cuando realmente han viajado, no parecen haberlo hecho a la totalidad de los lugares, como Arriano, o están más preocupados por las formas poéticas y el estilo, como Rutilio Namaciano.

El ejemplo más esclarecedor de la devoción de estos autores por la tradición es Marciano de Heraclea. Devoto de Protágoras⁵², pero sobre todo de Claudio Ptolomeo: «*Divino y muy sabio Ptolomeo*» (*Periplo del Mar Exterior* I 1). ¿Se pueden poner en cuestión las teorías de Ptolomeo sobre el geocentrismo o sobre los epiciclos después de una declaración semejante? La respuesta es evidente. El languidecimiento que atravesaba la civilización grecorromana encontró su impulso definitivo con la crisis del siglo III. La reutilización de materiales en la construcción y en la literatura son los símbolos más evidentes de lo que decimos⁵³. Mirar atrás con nostalgia y pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, es inevitable en un período de crisis. Sentirse como enanos a hombros de gigantes es una consecuencia de esta coyuntura histórica, pero también de una tradición cultural muy dada a establecer modelos, primeros descubridores y clásicos, una cultura que ahora ensalza su tradición hasta el punto de parecer incuestionable su palabra, enterrando definitivamente el espíritu agonal que la caracterizaba en sus inicios. El arcaísmo

51 CRACCO RUGGINI, L., «Arcaismo e conservatorismo, innovazione e rinnovamento (IV-V Secolo)», en *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichità*, Roma 1985, p. 136.

52 DILLER, A., *op. cit.*, 1952, p. 45.

53 GONZÁLEZ PONCE, F. J., *op. cit.*: «*El principio que rige la producción es la reutilización de los materiales tradicionales*» (p. 567).

reinante en el siglo IV en un autor como Avieno es una evidencia de que la dependencia respecto al viejo paradigma ha traspasado el marco de lo puramente lingüístico y literario. Es como si la cultura clásica hubiese tocado fondo en su proceso involutivo, como una forma de reafirmación y resistencia ante la futura transformación de la sociedad que llevaría a cabo el cristianismo.

El que algunas de estas obras tuviesen una clara finalidad didáctica, o un público eminentemente escolar, pudo provocar que las señales de agotamiento y repetición fuesen más evidentes y rápidas en el género periplográfico que en la geografía literaria, que tendría que enfrentarse a nuevos retos como reconciliar el legado pagano con la nueva religión que había alcanzado el poder.

14. ITINERARIOS ROMANOS: LA TABULA PEUTINGERIANA

«El mapa fue tan frágil e impresionante como una visión de la mente» (Ch. JACOB).

La cartografía romana nunca brilló con la misma intensidad que lo hizo la helenística. A excepción de Ptolomeo, los grandes geógrafos que escribieron en el Imperio Romano como Estrabón, Mela o Plinio no tuvieron la necesidad de acompañar sus estudios de geografía con mapas. La cartografía no prosperó en la geografía literaria, porque la imagen del mundo era una cuestión resuelta para la mayoría de los intelectuales de la época: la tierra era esférica, pero sobre todo romana.

La cartografía continuará con obras como los *Itineraria adnotata* (listas de lugares situados en las principales vías de comunicación, con las distancias expresadas en millas), y los *Itineraria picta* (representaciones gráficas con ilustraciones, con predominio de las redes viarias). En general, se trataban de mapas en los que se representaba el mundo y las distancias entre los distintos puntos del mismo. Un famoso pasaje de Vegecio (III 6) describe la utilidad y los diferentes tipos de itinerarios: «En primer lugar, debe tener una descripción exacta del país, o sea, el mapa de campaña, en el que las distancias de las plazas, especificadas por el número de pasos, la naturaleza de los caminos, las rutas más cortas por caminos, montañas y ríos, deben reflejarse correctamente. Se nos ha dicho que los más grandes generales han llevado sus prevenciones sobre este extremo tan lejos que, no satisfechos con la simple descripción del país donde están empeñados, ordenaron no sólo delinear, sino pintar planos para llevarlos en campaña y regular sus marchas con sus ojos con mayor seguridad. Un general debe también informarse por sí mismo de aquellos particulares sobre personas honradas y de buena reputación y conocimiento del país, examinando por separado sus descripciones y luego comparándolas para conocer la realidad con certeza».

EL ITINERARIO DE ANTONINO

El *Itinerario de Antonino* es el más importante de los itinerarios del mundo antiguo que han llegado hasta nuestros días¹. El título del mismo es *Itinerarium provinciarum Antonini Augusti y Imperatoris Antonini Augusti itinerarium maritimum*, y muestra que en ella existía dos partes: una terrestre y otra marítima. También que las jornadas de dicho itinerario fueron completadas por un emperador de la dinastía de los Antoninos, siendo Caracalla el candidato más probable, puesto que alrededor del 214-215 realizó un viaje a Egipto siguiendo un trayecto parecido al del *Itinerario*. La existencia en el *Itinerario de Antonino* de lugares posteriores al reinado de Caracalla, como Diocletianopolis (Pela) o Heraclea (Perinto) deben ser considerados como añadidos posteriores. La fecha de la redacción final del *Itinerario de Antonino* debe de datarse entre 280-290 d.C. De forma recurrente el *Itinerario* recoge la distancia en millas romanas entre el punto de inicio del viaje y el de su finalización, salvo en el norte de la Galia, donde las distancias son dadas tanto en leguas (2220m) como en millas. Existiendo un total de 374 rutas. El *Itinerario* comenzaba en el norte de África y recogía todas las partes del Imperio salvo la Dacia de Trajano. Creta, Chipre y el Peloponeso carecen de la representación de una red viaria en sus territorios y en otras zonas, como el Danubio y los Balcanes, es escasa. Entre los establecimientos citados se mencionan las *mansiones* y *mutationes*.

El núcleo del *Itinerario de Antonino* es la ruta terrestre que une Roma con Egipto, a través de los Balcanes, Asia Menor y Siria, que como hemos avanzado pudo haber estado inspirado en el viaje de Antonino Caracalla a Egipto. Aparte de esta ruta, se recogen otras ocho zonas: 1) Hispania. 2) Galia y Britania. 3) Las rutas del Danubio y del Rin. 4) Las antiguas rutas de la Vía Apia y Vía Egnatia. 5) La ruta entre Cartago y Roma. 6) La ruta desde el Tánger hasta Alejandría. 7) La ruta de Asia Menor desde Ancyra (Ankara) hasta el Alto Éufrates. 8) La red de carreteras que unían Siria con Mesopotamia.

Las rutas terrestres se complementan con la lista de rutas marítimas, en donde las distancias son medidas en estadios, junto a las islas del Mediterráneo.

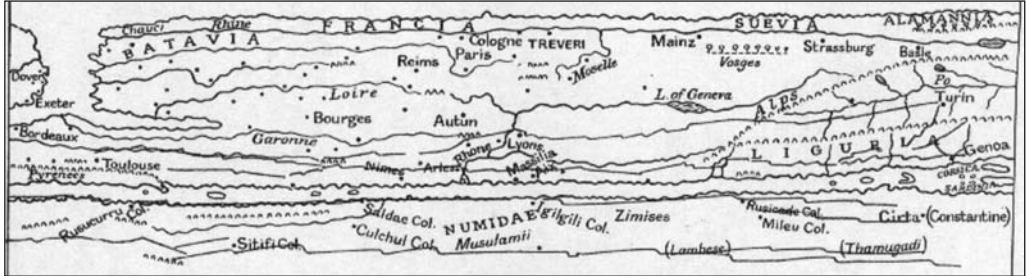
LA TABULA PEUTINGERIANA

Otro de los más famosos itinerarios conservados es la célebre *Tabula Peutingeriana*, actualmente en la Biblioteca Nacional de Viena, en la que podemos observar cómo la descripción geográfica ha desaparecido de la cartografía. Su nombre proviene de un canciller y humanista de la corte de Maximiliano I, llamado Conrad Peutinger (1465-1547) de la ciudad de Ausburgo, quien obtuvo un edicto imperial para su publicación. El original era del siglo IV, aunque nosotros lo conocemos por una copia del siglo XIII². El mapa en cuestión ha pertenecido a la familia Peutinger hasta que en 1737 pasó a formar parte de la Biblioteca Nacional de Viena.

1 Cf. DILKE, O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 125-128; REED, J. N., «Pattern and purpose in the Antonine Itinerary», *AJPh* 99, 1978, p. 228-254.

2 Cf. DALCHÉ, P. G., «La trasmissione Medievale e Rinascimentale della Tabula Peutingeriana», en *Tabula Peutingeriana: Le Antiche vie del mondo*, Florencia 2003, p. 43-53; SALWAY, B., «The nature and Genesis of the Peutinger Map», *Imago Mundi* 57 (2) 2005, p. 119-135.

Por las copias sabemos que estaba dividida en doce secciones de las que actualmente sólo se conservan once³, que muestran el orbe terrestre desde el oeste de Inglaterra hasta la India. Aunque la parte donde aparecían Hispania, Britania y el oeste de África no se ha conservado.



44. Sección occidental de Europa y África según la Tabula Peutingeriana. Procedente de Thomson (1965).

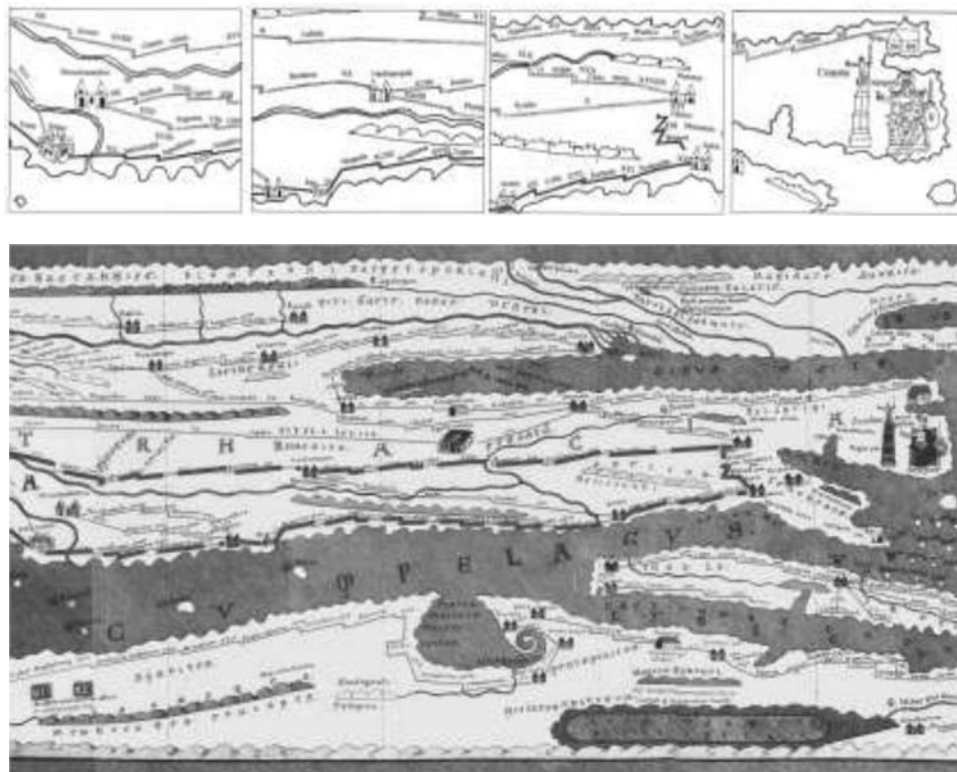
La *Tabula* describe toda la *oikoumene*, es decir, los tres continentes conocidos (Europa, África y Asia), que son bañados por el Océano conforme a la vieja imagen de mundo-isla imperante en la antigüedad. El río Tanais aparece representado como la frontera natural entre Europa y Asia: «*Flumen Tanais qui dividit Asiam et Europam*». El Nilo es representado fluyendo de oeste a este y con un menor tamaño, debido a la forma del mapa, aunque sí se recogen algunas islas en su curso con templos de Serapis y de Isis.



45. Sección oriental de Asia de la Tabula Peutingeriana. Procedente de Thomson (1965).

Otra inscripción en la zona oriental de la tierra recuerda tanto el lugar en el que Alejandro se detuvo como el límite oriental de la tierra: «*Hic Alexander Responsum accepit. Usque quo Alexander*».

3 TALBERT, R., «Cartography and taste in Peutinger's Roman Map», en *Space in Roman World: Its Perception and Presentation*, Münster 2004, p. 113-141; p. 119-121, sostiene que originariamente estaba dividida en más de doce secciones.



46. Sección oriental de la Tabula Peutingeriana.

En la *Tabula* aparecen los tradicionales accidentes geográficos como mares, ríos, lagos, montes, bosques o desiertos, pero también están representados: ciudades; caminos; edificios; centros termales; puertos como el de Ostia; faros como el de Alejandría; aras; graneros; un túnel, como el que se emplea en la Cripta Neapolitana cercana a Pozzuoli, y hasta personas. Existen un total de 555 localidades representadas en distinto tamaño según su importancia.

Los templos también aparecen en la *Tabula* por su importancia como centros religiosos, administrativos o económicos, pero también porque en la antigüedad daban cobijo a los viajeros. Todos estos edificios que adornan la *Tabula* acaban por convertirla en una auténtica Guía Michelin⁴.

Las divinidades que aparecen son las tradicionales romanas como Minerva, Apolo o Júpiter, pero también pueden verse indicios del triunfo de la nueva moral en la cartografía romana, como la inscripción que puede leerse en el área del desierto del Sinaí: «*desertum ubi quadraginta annis erraverunt filii Israelis ducente Moyses*».

No obstante, el mayor protagonismo lo tienen las carreteras que unen ciudades o mansiones entre sí. Existiendo unos 3.000 nombres de lugares en la red viaria y un total de 70.000 millas romanas de red viaria, es decir, unos 104.000 km. El número de kilómetros de red viaria recogida por la *Tabula* es superior al del *Itinerario de Antonino*.

4 CASSON, L., *Travel in the ancient world*, Baltimore, John Hopkins University Press 1994, p. 187. Cf. DILKE, O. A. W., *op. cit.*, p. 120, quien la compara con un plano del metro de Londres.

Sorprende que algunas rutas como la mencionada por Isidoro Cárace, en el Imperio Parto, fuesen omitidas. Se cree que el *cursus publicus* establecido por Augusto pudo ser el modelo que ayudó a conformar la compleja red de carreteras que se puede ver en el mapa. El propósito o finalidad de un mapa semejante ha sido muy debatido, pero hay un común acuerdo en que la red de caminos que se representa en la *Tabula Peutingeriana* es la misma que la del *cursus publicus*⁵.

Las distancias también son recogidas en el mapa, aunque no existe una medida común. Al igual que en el *Itinerario de Antonino*, existen múltiples mediciones: en la Galia se utilizan las leguas, para el resto del Imperio Romano la milla romana (1400m), salvo en el Peloponeso, donde se empleó también el estadio griego, mientras que en el Imperio Persa se emplea la parasanga y en la India la milla india. En general, todas las mediciones parecen ser inferiores a las reales, puesto que las mediciones Este-Oeste tienen una mayor escala que las del Norte-Sur.



47. En orden de aparición las ciudades de Roma, Constantinopla y Antioquía.

Algunas tierras vienen a ocupar un espacio superior al que les corresponde en realidad, como Italia que ocupa 5 segmentos, ofreciendo mayor información que cualquier otro lugar del mapa. La ciudad de Roma sigue siendo el núcleo neurálgico (fig. 47), al ser el lugar del que parten todas las carreteras y red de caminos del Imperio y por estar simbolizada por una figura que sostiene en sus manos el globo terrestre, un escudo y una lanza. Al parecer habría estado representado en el centro mismo de la *Tabula*. Pero las ciudades de Antioquía y Constantinopla también tienen una gran importancia al estar sentadas en tronos (fig. 47). Antioquía se protege de los enemigos, seguramente los persas, gracias a las murallas de la ciudad. La ciudad de Constantinopla está vestida con atuendos militares y junto a ella aparece una columna en la que hay una figura que porta una lanza y sujeta el globo del mundo, la columna de Constantino. Todo lo cual nos mostraría un cambio en la mentalidad de la época. Si bien, Roma sigue siendo el corazón del Imperio, hay nuevas ciudades que pueden rivalizar con ella⁶. Oriente comienza a ser mucho más dinámico y activo frente a un Occidente que está plenamente sumido en la crisis⁷.

5 WILKES, J., «Provinces and Frontiers», en *CAH, The crisis of the Empire, A.D., 193-337*, Cambridge 2005, p. 234.

6 VANDERSPOEL, J., *Themistius and the imperial court: oratory, civic duty and paideia*, University Michigan Press 1995, p. 59-60.

7 Cf. JONES, A. H. M., *The greek city: From Alexander to Justinian*, Oxford 1966.

Otras ciudades aparecen representadas junto a sendas murallas y torres que demostrarían también su importancia. Es el caso de Tesalónica, Rávena, Aquileya, Nicomedia, Ancyra y Nicea. Pero, ciudades menos importantes como Augusta Taurinorum (Turín), Luca (Lucca), Naron y Tomis aparecen con una triple fachada. Además ciudades de gran importancia como Alejandría, Éfeso o Cartago carecen por completo de algún signo distintivo. Sorprendente es la aparición de urbes como Pompeya, Herculano y Oplontis (Torre Annunziata) que habían sido destruidas en 79 d.C. por la erupción de Vesubio. Lo cual sería una clara evidencia de que la *Tabula Peutingeriana* se apoyó en un mapa romano anterior a dicha fecha, probablemente el mapa de Agripa.

La elaboración de la *Tabula* se data en el siglo IV entre 335 y el 366. La aparición de la ciudad de Constantinopla implica que la *Tabula* debe de ser datada con posteridad a la fundación de la misma por Constantino el 11 de mayo de 330 d.C. La importancia de las ciudades de Antioquía, Constantinopla y Roma ha hecho que muchos señalen el período del 362-66, en el que el usurpador Procopio estaba en Constantinopla, Valente en Antioquía y Valentiniano en Roma. Las inscripciones que aparecen en el mapa no sirven para datarlo, pues se consideran que son añadidos del siglo V y VI.

CONCLUSIÓN

La naturaleza de la *Tabula* sigue siendo muy discutida. Hay quienes la consideran como un mero diagrama. La inexactitud en la representación de las proporciones puede ayudar a dar fe a quienes sostienen este punto de vista, pero éste fue un error muy extendido en las cartas del mundo antiguo y en las de períodos posteriores, como el famoso mapa de Mercator. ¿Debe desecharse como un verdadero mapa la *Tabula Peutingeriana* simplemente por estar repleta de datos que en nuestra época pueden parecer extraños en un mapa? ¿Debe de pensarse a partir de estos datos que los mapas griegos fueron más teóricos y los romanos más prácticos?

El mapa presenta una característica muy curiosa y es su total ausencia de elementos fabulosos o sobrenaturales. No está adornado con pueblos fantásticos o paradoxográficos, ni siquiera en las regiones más recónditas del mismo. Una consecuencia de que el Imperio Romano construyese una red de caminos tan extensa y en que las distancias eran recogidas fielmente fue que lo paradoxográfico y maravilloso fuese progresivamente relegado a las fronteras del Imperio. Estos elementos perviven en todos los géneros literarios de la época, pero llama poderosamente la atención que no tengan presencia alguna en la *Tabula*.

La razón podría estar en la finalidad de la misma. Al ser representada de forma realista resultaba más útil tanto para la persona que administraba como para el general que comandaba sus tropas. La *Tabula Peutingeriana* no fue un mapa militar, a juzgar por la variedad de las informaciones que recoge en su interior, aunque eso no excluye que pudiese ser empleada con fines militares. Su naturaleza encajaría con lo que conocemos de los *Itineraria picta*, y la información de la *Tabula* podía ser utilizada para el desplazamiento de tropas o de mensajeros. Desde esa perspectiva lo sobrenatural no resultaba ni útil ni interesante. Además, si el núcleo del mapa lo constituían regiones centrales del Imperio, era más lógico que careciera de cualquier carácter fantástico, pues únicamente lo extraño y lo lejano despiertan la curiosidad del hombre hacia lo sobrenatural. Aquello que ha sido medido y comunicado resulta conocido, y lo conocido no puede despertar asombro.

V. TARDOANTIGÜEDAD

15. EL ESTADO DE LA CIENCIA EN EL SIGLO IV: PÉRDIDA DE VIGOR DE LA RAZÓN

«¿Qué tienen que ver Atenas y Jerusalén?»
(TERTULIANO, *De Praescriptione*, VII 1).

«Los códigos fundamentales de una cultura —los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas— fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá» (M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, prefacio, Méjico 2005, p. 5).

A la hora de estudiar la decadencia de la ciencia en el siglo IV, hay que tener en cuenta que en la Antigüedad nunca existió lo que podría considerarse un equivalente de la ciencia moderna, dado que no existía una separación tajante entre los diferentes campos del saber. De lo contrario, nunca podría haberse producido esa fuerte vinculación entre la geografía y las demás disciplinas del saber humano que venimos defendiendo a lo largo de todo este libro.

En la introducción hemos hablado de la fuerte interconexión entre geografía y religión, y cómo la primera puede afectar a la segunda y viceversa, a la hora de configurar la cosmovisión de una civilización e incluso sus creencias religiosas (Cf. *Supra*. p. 26-28). En este capítulo vamos a estudiar cómo puede darse el efecto contrario, que las creencias religiosas cambien la forma de ver el espacio.

Antes de iniciar nuestro análisis, hemos de precisar que debe distinguirse un antes y un después en el cristianismo primitivo, el Edicto de Milán (313 d.C.), pues con anterioridad a esta fecha el cristianismo fue un movimiento marginal, en desarrollo, carente de homogeneidad y que no despertaba interés entre los autores paganos; en consecuencia la información que tenemos del mismo es escasa. Después de la Paz de la Iglesia el cristianismo obtendrá, en primer lugar, el reconocimiento y el apoyo del Estado romano y, posteriormente, la posibilidad de definir y homogeneizar su doctrina. El amparo del Estado y la consolidación de la Iglesia, como institución de peso que apoya y acoge a los intelectuales, disminuyen sensiblemente la diversidad que había distinguido con anterioridad a la nueva religión, pues el tener un discurso coherente es

una exigencia que le viene impuesta desde el poder y por la necesidad de expandirse entre los nuevos fieles. Los concilios celebrados a lo largo del siglo IV que condenan las desviaciones son un claro ejemplo de ello. El hecho de que el canon de la Biblia no se fijase antes del Sínodo de Roma del 382 es otra evidencia. El cristianismo experimenta entonces las mismas circunstancias que el helenismo al recibir el apoyo masivo social, convertirse en ideología estatal y tener necesidad de configurar una doctrina para el gran público con respaldo en la autoridad, que le hace fosilizar, perder dinamismo y dejar la creatividad en manos de pensadores independientes.

Por paganismo entendemos al sincretismo religioso y cultural resultante de la simbiosis de la civilización grecorromana y el misticismo oriental. La voz pagano no está documentada hasta finales del siglo IV, siendo lo más común *gentiles* (AGUSTÍN, *Epist.* 184 bis. 3, 5). Este nuevo término, que acabaría por imponerse, procedía de *pagus* y hacía referencia a quienes vivían en el pago, el campo. Por cristianismo entendemos el conjunto de diversas manifestaciones religiosas que surgieron entre los seguidores de Jesús de Nazareth y que acabaron por unificarse, hasta cierto punto, entre el Concilio de Nicea (325) y el sínodo de Antioquía (379). Ambas fueron dos realidades que existieron con anterioridad al siglo IV d.C., pero que no se desarrollaron hasta ese momento. Los practicantes del culto grecorromano no pueden ser llamados con propiedad paganos hasta que existen cristianos que obtienen la suficiente relevancia como para disputarles el poder. Los cristianos no pueden definirse sin el apoyo del estado que anteriormente les había perseguido. En suma, hablar de estas dos culturas antes del siglo IV es sumamente complejo, pues la mayor parte de nuestras fuentes proceden de este período. No obstante, si queremos entender la evolución del pensamiento geográfico y la contribución del cristianismo debemos retrotraer nuestro análisis hasta ese período.

CRISTIANISMO Y PAGANISMO ANTES DE LA PAZ DE LA IGLESIA

El siglo III fue un siglo de crisis en el que gobernaron doce emperadores. Pero no hay aspecto donde la palabra crisis se refleje mejor que en el espiritual¹. Es, dice Vogt, como si el pensamiento se hubiese retirado de este mundo, de la belleza de los fenómenos materiales y de la actividad de la vida política.

Una de las grandes cuestiones que se sienten empujados a explicar quienes estudian la ciencia del mundo grecorromano es: ¿Por qué declinó el saber tradicional? Las respuestas han sido de lo más variopinto a lo largo de los años, pero se suele hacer hincapié en la aparición de una nueva manifestación religiosa, que era esencialmente diferente a las antiguas idiosincrasias que rigieron el modo de vida de helenos y latinos; una nueva religión preocupada más en la próxima vida que en ésta, que aguarda la llegada del fin de los días antes que analizar y comprender el mundo que la rodea. No es de extrañar que se haya defendido la aparición de un giro radical en la mentalidad del hombre antiguo con el triunfo del cristianismo: «*Los hombres dejaron de observar el mundo exterior y de intentar comprenderlo, utilizarlo o mejorarlo. Se sentían impulsados a replegarse sobre sí mismos*»².

En parte, este modo de pensar, que identifica el cristianismo con la decadencia del Imperio, se inició ya en la antigüedad, que vio a los cristianos como una sociedad secreta y no leal a los emperadores romanos³. Actitud que fue mantenida por la historiografía posterior a la Ilustración

1 VOGT, J., *La decadencia de Roma*, Madrid, Guadarrama 1968, p. 53.

2 BIDEZ, J., «Literature and philosophy in the eastern half of the empire», en *CAH* XII, 1939, p. 629.

3 ORÍGENES, *Comm. ser.*, 39: «*El pueblo de Cristo es odiado por todas las naciones, incluso las que moran*

para explicar la caída del Imperio Romano⁴. Si el cristianismo había sido antaño un factor válido para explicar la caída del Imperio Romano, ¿por qué no podía ser la causa del hundimiento de la ciencia antigua?

En cualquier caso, lo cierto es que la ciencia del mundo antiguo ya había entrado hace tiempo en un proceso de cambio mucho antes de que el cristianismo se impusiese como dogma fundamental del estado romano. Antes incluso de la grave crisis del siglo III, la ciencia antigua había dado señales de indiscutible decadencia y agotamiento. Prácticamente todas las escuelas del período tenían como único programa la oratoria y la retórica, mientras que otras disciplinas tan importantes en la antigüedad como la astronomía, las matemáticas o la filosofía eran casi abandonadas. Los trabajos geográficos pudieron sobrevivir en la antigüedad tardía de forma independiente en los géneros literarios a los que estaba tradicionalmente ligada la geografía antigua; es decir, las investigaciones sobre la naturaleza del mundo o del universo, al menos las pocas que se hacían, pervivieron en obras literarias, historiográficas o exégesis. La geografía matemática no vuelve a hacer acto de presencia. No volvieron a realizarse obras de calidad como la de Ptolomeo o de tan gran magnitud como la de Estrabón. El geógrafo no mira hacia el futuro en su búsqueda por dar sentido al mundo que le rodea, sino hacia el pasado. En este sentido, la irrupción del cristianismo supuso una corriente de aire fresco, porque reabrió un viejo debate sobre la forma del cosmos, que los paganos daban por cerrado. Desgraciadamente la síntesis que surgió de este enfrentamiento supuso un claro retroceso para la ciencia geográfica.

Los jerarcas de la Iglesia siempre tuvieron claro que un acercamiento demasiado sincero o una concesión generosa por su parte al pensamiento pagano, podía conllevar el mismo destino de otras religiones que habían entrado en contacto con Roma, la asimilación y el sincretismo. Es por este motivo que siempre intentaron mantener un rígido control sobre su dogma y sobre las desviaciones que podían surgir del mismo.

Tampoco hay que entender a la Iglesia cristiana como la representante de una postura intolerante que negaba el pluralismo, al menos no de forma exclusiva. Deben recordarse los casos de persecuciones a célebres intelectuales del mundo antiguo como Anaxágoras, Sócrates, Aristóteles o Aristarco. La reflexión de Platón (*Leyes* X 890a-d) sobre la intolerancia que recibían quienes negaban que los dioses tuviesen forma humana no estaba dirigida precisamente a la moral judeocristiana. Sincretismo e intolerancia fueron dos alternativas que fueron cultivadas por igual por ambos mundos. De lo que no cabe duda alguna es de que el vencedor siempre tiene la posibilidad de ser más desmedido en sus actos que el vencido.

*en los más apartados parajes del mundo»; ELIO ARÍSTIDES, Sobre los cuatro II 394ss: «No participan en las fiestas, no honran a los dioses, no se sientan en las curias de las ciudades, no consuelan a los tristes, no ponen paz entre los que se pegan, no hacen bien ni a la juventud ni a nadie, no van a los discursos, se apartan a los rincones y hablan como los tontos. A pesar de todo estos se atreven a compararse con los mejores de los griegos»; MINUCIO FÉLIX 8: «Latebrosa et lucifugax natio»; TERTULIANO, *Apol.*, 40: «Si el Tíber inunda la ciudad o el Nilo no inunda los campos, si el cielo está sereno o la tierra es sacudida, si hay hambre o epidemia, la primera reacción es: ¡los cristianos a los leones!»; LACTANCIO, *Mort. pers.*, 10; SAN AGUSTÍN, *Civitas Dei* II 3: «Por culpa de los cristianos se mantiene la sequía»; MARCO AURELIO, *Meditaciones* XI 3, criticó su apego por el martirio.*

4 GIBBON, E., *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Madrid, Turner 1984: «La fe, el celo, la curiosidad, y pasiones más terrenales como la malicia y la ambición, encendieron la llama de la discordia teológica. La Iglesia, e incluso el estado, fueron distraídos por facciones religiosas cuyos conflictos eran muchas veces sangrientos, y siempre implacables; la atención de los emperadores fue desviada de los campos de batalla a los sínodos. El mundo romano comenzó, pues, a ser oprimido por una nueva especie de tiranía, y las sectas perseguidas se convirtieron en enemigos secretos del estado» (Cap. XXXIX).

Pero de hecho, los primeros pensadores cristianos nunca rompieron con el legado dejado por el pensamiento grecorromano. Justino, educado en el estoicismo y en el platonismo tenía clara la utilidad de la filosofía griega para la religión cristiana, e incluso postuló que los pensadores grecorromanos, a su manera, habían conocido la verdad que se encontraba en las Sagradas Escrituras⁵. Igualmente, Clemente de Alejandría, Atenágoras y Orígenes intentaron reconciliar la fe cristiana y la filosofía griega⁶, aunque en ningún caso la última podía ser un sustituto de la fe, «*porque los filósofos dan preceptos sobre la justicia y la templanza, pero ignoran a Dios como remunerador de las acciones buenas o malas, y por ello sus leyes y preceptos sólo evitan al acusador público, pero no pueden purificar la conciencia*» (PSEUDO CLEMENTE, *Reconocimientos* 10:48; Cf. *Reconocimientos* 3.7; 8. 37). Fe cristiana y filosofía pagana no tenían que ser elementos antagónicos, pero la supremacía de la primera sobre la segunda era incuestionable.

En parte, esta actitud fue una consecuencia de la labor de proselitismo llevada a cabo por los pensadores cristianos, que se dieron cuenta que sería mucho más fácil convencer a los paganos empleando los recursos que les ofertaba su rica tradición cultural. Conocida es la teoría de Droysen, aceptada por prestigiosos investigadores alemanes, que vinculaba el triunfo del dogma cristiano con la expansión del helenismo gracias a las campañas de Alejandro de Macedonia⁷, lo que posteriormente permitió a los cristianos conocer la lengua griega para poder llevar su mensaje a los paganos. Pero la razón es más sencilla, a los griegos les resultaba más fácil comprender cualquier pensamiento nuevo si se amoldaba a sus principios ideológicos. Recuérdese que Josefo tuvo que hacer lo propio. Aún así, existen fuentes que acusan a los cristianos de haber abandonado la búsqueda de la verdad o el propio método científico. Juliano el Apostata decía que mientras los paganos tenían los razonamientos, lo único que había aportado el mundo cristiano a la ciencia era la palabra «*creed*»⁸. Proclo consideró todo su pensamiento como una teosofía bárbara (*In Remp.*, II 255.21 Kroll).

El ejemplo más notorio nos lo ofrece Celso, que criticó como ningún otro autor el discurso fideísta de los cristianos: «*No investigues, sino cree*» (I 9; μή ἐξέταζε ἀλλὰ πίστευσον); «*Tu fe te ha salvado*»; «*Mala cosa es la sabiduría de este mundo; pero buena es la necedad*» (cf. I 9); «*La fe les domina la mente*» (III 38-39); «*Entre los cristianos se dan órdenes como esta: Nadie que sea instruido se nos acerque... No, si alguno es ignorante, insensato, inculto o tonto, venga con toda confianza. Ahora bien, al confesar que tienen por dignos de su Dios a gente de este tipo, bien claramente manifiestan que no quieren ni pueden persuadir más que a necios, plebeyos, estúpidos, esclavos, mujercuelas y chiquillos*» (III 44); «*Vemos, efectivamente, en las casas privadas a cardadores, zapateros y bataneros, a la gente, en fin, más inculta y rústica, que delante de los señores de casa, hombres provechosos y discretos, no se atreven a abrir la boca; pero apenas toman aparte a los niños, y con ellos a ciertas mujercillas sin seso, ¡hay que ver la de cosas maravillosas que sueltan!*» (III 55); «*El maestro cristiano anda en búsqueda de necios*» (III 74); «*¡que nadie se dedique a la ciencia!*» (III 75); «*Si unos proclaman a uno y otros a otros, y todos tienen a la mano como un santo y seña: Cree si quieres salvarte, o márchate (πίστευσον, εἰ σωθῆναι θέλει), ¿qué harán los que de veras quieren salvarse? ¿Tendrán que*

5 Apología I 46.3: «*Quienes antes de Cristo llevaron una vida acompañada de la razón (lógos) son cristianos, aunque hayan sido considerados ateos, como Sócrates, Heráclito y sus semejantes*».

6 LINDBERG, D. C., *God and natura: historical essays on the encounter between Christianity and Science*, University California Press 1986, p. 24.

7 JAEGER, W., *Cristianismo primitivo y paideia griega*, Méjico, FCE 1985, p. 12.

8 JULIANO, *apud Greg. Naz., Orat.*, IV 102.

tirar los dados al aire para adivinar adónde hayan de volverse y a quién adherirse?» (VI 11); «Creer inmediatamente» (ἐνθέως πιστεύειν, VI 7); «En primer lugar, cree que éste, de quien te hablo, es el Hijo de Dios» (VI 10). Se puede objetar que estos fragmentos de Celso, si bien esconden cierta verdad, son una exageración y que eran pocos los cristianos que compartían esta forma de pensar, que también era criticada por autores como Orígenes⁹. Tampoco debe pensarse que los miembros del cristianismo primitivo eran únicamente clases populares sin instrucción. El propio Celso tiene que reconocer que entre los cristianos también hay gente de gran nivel cultural¹⁰. Las palabras de Celso, antes que un retrato fidedigno de los grupos sociales cristianos, deben ser tomadas como un reflejo del elitismo del autor, y de su desprecio hacia las mismas. La relación del cristianismo no es tanto con los «grupos populares», como con las líneas de pensamiento «popular», es decir, las alternativas al paradigma establecido por las élites.

Además, autores como Tertuliano se jactaban de la ausencia de diferencias entre los cristianos y el resto de los ciudadanos del Imperio¹¹, mientras que algunos escritores paganos denunciaban que los cristianos se hubiesen apartado de sus costumbres y su tradición cultural y al mismo tiempo se comparasen con los mejores de los griegos y se autoproclamaran filósofos (ELIO ARÍSTIDES, *Sobre los cuatro* II 394ss). ¿Hasta qué punto podía haber realmente diferencias insalvables entre los unos y los otros cuando se producían intercambios de acusaciones como estas?

Las críticas de Taciano (*Didascalia Apostolorum* 12) o de San Juan Crisóstomo¹² contra la cultura tradicional no están dirigidas únicamente contra los paganos, sino sobre todo contra los numerosos admiradores que tenía la ciencia griega entre los cristianos. El máximo exponente de la crítica del pensamiento tradicional fue Tertuliano con su «¿Qué tienen que ver Atenas y Jerusalén?». No obstante, Tertuliano fue un buen conocedor de la filosofía, del derecho y la medicina, sus críticas a la razón griega estaban dirigidas contra el uso excesivo que se hacía de la misma y que podía desembocar en herejías como el gnosticismo. Incluso la célebre frase «credo quia absurdum», que frecuentemente se suele citar como un ejemplo de la preponderancia de la fe sobre la razón en la iglesia católica occidental, es malinterpretada, puesto que lo que está haciendo Tertuliano es utilizar una argumentación aristotélica, para demostrar que un hecho improbable como la resurrección de Cristo es el más creíble. La filosofía, pese a sus peligros, es un instrumento empleado por quienes la atacan. Frases como «una misma boca no puede contener las loas a Cristo junto a las de Júpiter» (GREGORIO, *Ep.*, XI 34), no deben ser tomadas exclusivamente como una prohibición a los cristianos de emplear la tradición pagana, sino como una evidencia de que esto ocurría, pues toda prohibición atestigua un hecho que sigue ocurriendo actualmente en una sociedad. Poco sentido habría tenido la prohibición

9 FERNÁNDEZ ARDANAZ, S., «El discurso verídico de Celso contra los cristianos», *Teología y Vida* 45, 2004, p. 238-257; p. 244-246.

10 BLÁZQUEZ, J. M., *Cristianismo primitivo y religiones místicas*, Madrid, Cátedra 1995, p. 173.

11 *Apologético* XLI 1-3: «Viven con vosotros en un mismo lugar, comen con las mismas viandas, visten los mismos trajes, usan las mismas alhajas, necesitan idénticas cosas para subsistir... Hombres somos que vivimos en compañía de los otros en el mundo, que necesitamos de la plaza, de la carnicería, de los baños, de las tabernas, de las oficinas, de las ventas, de las ferias y de los otros comercios comunes. A cualquier oficio nos acomodamos en compañía vuestra; somos marineros, soldados, labradores, mercaderes, oficiantes; conocemos todo tipo de artes, servimos con nuestras obras a vuestra utilidad». Lo mismo puede leerse en el desconocido autor de la *Carta a Diognetes* V 1.6: «Los cristianos no se diferencian de los demás hombres ni por el habla ni por la forma de vestir; se adecuan a las prácticas locales en el alimento y en modo de vivir... Contraen matrimonio como todos, tienen hijos, pero no abandonan a sus recién nacidos».

12 LAISTNER, M. L. W., *Christianity and pagan culture*, Nueva York, Cornell University Press 1951, p. 53.

de Juliano (*Ep.*, XLII) a los cristianos de enseñar a los autores paganos si esto no se hubiera producido en sus días o el sueño de San Jerónimo, donde era acusado de ser más ciceroniano que cristiano (*Epístolas* 22.30).

El que ambas comunidades considerasen su pensamiento como filosofía demuestra la escasa separación existente entre fe y razón en este período. Los cristianos podían criticar a los miembros de su comunidad que abusaban de la razón tanto como los paganos criticaban a los pseudo-filósofos que se sentían atraídos por lo sobrenatural¹³. Apolonio de Tiana, Plotino y Máximo de Éfeso son claros ejemplos de que la imagen del filósofo se fundía con la del taumaturgo, el hacedor de milagros¹⁴, pues se le atribuían dones especiales (PORFIRIO, *Vida de Plotino* 10-12; AMIANO MARCELINO XXIX 1.42; EUNAPIO, *Vitae sophistarum* 465). La racionalización de la tradición se inició cuando de la religión se pasó a la filosofía, era lógico que este misticismo renovado naciese con la conversión de la filosofía a la religión.

Paganos y cristianos compartieron, en ocasiones, una misma educación¹⁵ y muy frecuentemente muchos cristianos fueron alumnos de eminentes sabios paganos, como San Juan Crisóstomo lo fue de Libanio, Orígenes de Ammonio Saccas o Sinesio de Cirene de Hipatia de Alejandría. El *Octavius* de Minucio Félix, en el que dos amigos, uno cristiano y otro pagano, debaten sobre religión y el *Ad Autolyicum* de Teófilo de Antioquía, demuestra, independientemente de las preferencias religiosas del autor, que tales discusiones podían producirse en su tiempo y que no había una separación tajante entre ambas comunidades y que sí existió un diálogo entre ambas que terminaría por mutar el saber de la época.

Sin embargo, pese a su indudable deuda con la tradición, el cristianismo introduciría nuevos conceptos y valores en el pensamiento y en la sociedad romana, pero ha de tenerse muy presente que en buena parte muchos de estos cambios ya se estaban operando en el seno de la sociedad pagana. Conceptos tales como el principio de autoridad, el desapego por lo material o el misticismo eran tendencias imperantes entre los paganos que los cristianos terminarían llevando a su máxima expresión.

La autoridad siempre está presente en cualquier tradición cultural, ya sea en el culto a los antepasados o en la devoción paterno filial, pero hablamos de *autoritas* como un elemento que hace frenar las investigaciones científicas por considerar que todo ha sido dicho con anterioridad. Entonces el principio de autoridad, en el caso de la civilización grecorromana, se inicia en el mundo helenístico con la elaboración del canon clásico y la exaltación de Homero por algunas escuelas como la estoica. Aunque es un canon no exento de revisiones, correcciones o ataques tanto por sus seguidores como por sus detractores. Etapas culturales, como la Segunda Sofística, fortalecieron la creencia en que el saber se encontraba en el pasado. El ejemplo más evidente del principio de autoridad en el mundo tardoantiguo lo tenemos en la bibliomanía, en las llamadas *sortes homericæ* o *sortes virgilianæ*. El principio por el que un hombre abría al azar las obras de Homero o Virgilio y tomaba sus decisiones conforme a lo que el destino había dispuesto no difería mucho de la actitud con la que algunos cristianos abrían la Biblia buscando un pasaje que les sirviese para encauzar sus vidas (AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* VIII 12). El autor

13 GASCO, F., «Asalto a la razón en el siglo II d.C.», en *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, Madrid, Ediciones Clásicas 1990, p. 28.

14 FOWDEN, G., «The Pagan Holy Man in Late Antique Society», *JHS* 102, 1982, p. 37.

15 MARROU, H. I., *Historia De la educación en la antigüedad*, Buenos Aires 1976, p. 385; JONES, A. H. M., «El trasfondo social de la lucha entre paganismo y el cristianismo», en *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, Alianza 1989, p. 34-35.

del mundo tardoantiguo, a diferencia del clásico, sustentaba su principio de autoridad por su saber libresco, no por la autopsia. El hombre de la antigüedad tardía lee más y se cree más lo que lee que sus antecesores, gracias a la aparición del códice, y a la vez antepone la erudición a la experiencia. El peso de su pasado cultural aplastaba cualquier intento de cambio y progreso en el mundo pagano, y si el cristianismo acabó imponiéndose, fue porque además de imbuirse, como hemos visto, de la tradición cultural de sus adversarios y compartir esa veneración por los principios de autoridad, traía un optimismo escatológico que daba sentido a la existencia.

Por otra parte, la cosmografía tradicional pagana distinguía muy claramente entre el mundo terrestre y el celeste, siendo este último equiparado con lo divino. El mundo supralunar se vinculaba con lo inmutable, lo eterno y lo ordenado, mientras que el sublunar lo era con el azar, lo cambiante e incluso con la muerte. Sin embargo, según la cosmografía cristiana la tierra y el cielo habían sido creados conjuntamente por Dios, por lo que la distinción entre ambas realidades no habría podido ser posible. Pero el pensamiento cristiano aceptó esta concepción, salvo algún autor como el bizantino Juan Filópono (490-566). El mundo celeste podía ser revestido de todas las virtudes en función de la existencia del dualismo. Lo cierto es que ambas comunidades religiosas compartían los mismos sentimientos por cuanto ocurría en la esfera sublunar. A fin de cuentas, la tierra no era más que un pequeño punto, *στιγμή* (GÉMINO XVI 29; CLEÓMEDES I 11.56; M. AURELIO VI 36) en comparación con la inmensidad del espacio celeste (SÉNECA, *NQ* I 8; CICERÓN, *Sueño de Escipión* III 16; LUCIANO, *Icaromenippus* 18) y en la inmensidad del tiempo la vida humana era un solo instante. El mundo sublunar era pura ilusión (M. AURELIO VII 3) y estaba gobernado por el mal (PLATÓN, *Teeteto* 176a). Pero si esta esfera estaba sujeta a la férrea ley del devenir, lo era por la presencia de la materia en la misma. La materia había sido criticada por el pensamiento griego antes de la irrupción del gnosticismo entre los cristianos. Pitagóricos y órficos habían antepuesto el alma al cuerpo, y Platón había plasmado este dualismo antropológico con la expresión *Sóma séma*, el cuerpo es la cárcel del alma (PLATÓN, *Crátilo* 440b). El alma aparecía como un puente entre ambas esferas y posibilitaba el verdadero conocimiento que se encontraba en la esfera celeste, pero cada vez resultaba más claro que el saber no podía buscarse en la materialidad de la esfera sublunar. El resentimiento hacia el mundo material provocaba una animadversión contra uno mismo, que sólo conseguía salvarse con la imposición de una fuerte dicotomía cuerpo alma¹⁶. La solución esgrimida para liberar al cuerpo del alma, el ascetismo, fue practicada por ambas comunidades, lo que prueba que ambas compartían su desapego por lo corporal y lo mundano¹⁷. No es casualidad que cristianos y paganos sintieran una misma crítica contra el materialismo de los epicúreos (LACTANCIO III 1-2; AGUSTÍN, *Confesiones* VI 16.26). La crisis del siglo III sin duda pudo ayudar a acrecentar este pensamiento, pero las causas y los orígenes eran muy anteriores. Tenemos que retrotraernos a la lenta transformación de la cultura griega que se había iniciado en época helenística al derivar hacia el misticismo. La ciencia se vio más seriamente afectada por esta concepción del mundo que por el Edicto de Milán.

La religión también había cambiado antes de la decisión de Constantino. La antigua religión cívica no podía hacer frente a las nuevas exigencias de salvación que demandaban los creyentes. Sabedor de que el mundo no puede ser cambiado, el sabio se recoge en sí mismo en la búsqueda

16 MARCO AURELIO III 3; PORFIRIO, *Vida de Plotino* 1; ARNOBIO II 37; ATANASIO, *Vida de Antonio* XLV 909A; JERÓNIMO, *Epístolas* 107.11.

17 LUCIANO, *Demonax* 1; PLUTARCO, *Q. Symp.*, IV 1.1; *Def. or.*, 421A; SAN JERÓNIMO, *adv. Jovinian* II 9; PORFIRIO, *De abst.*, I 36.

de la perfección y de la salvación solitaria. Las religiones místicas y algunas escuelas filosóficas, como la estoica, cubrieron esta carencia de la antigua religión grecorromana, pero no con la fuerza con que lo hizo el cristianismo. El interés de la sociedad del período tardoantiguo residía en acercarse a lo divino mediante el *ekstasis*, no en desentrañar los misterios de la naturaleza recurriendo a la ciencia. Las discusiones teológicas eran cuestiones populares y no sólo de la élite de intelectuales. Gregorio, obispo de Nisa, habla no sin sarcasmo, hacia la segunda mitad del siglo IV, de la situación surgida de ese estado de cosas: «*Todo está lleno de gentes que discuten cuestiones ininteligibles, todo: las calles, los mercados, las encrucijadas... Si se pregunta cuántos óbolos hay que pagar, se os contesta filosofando sobre lo creado y lo increado. Se quiere saber el precio del pan y se os responde que el Padre es más grande que el Hijo. Se pregunta (a los demás) por su baño y se os replica que el Hijo ha sido creado de la Nada*».

Podían existir personas que se cuestionasen la naturaleza de los dioses tradicionales (AMIANO MARCELINO XXVIII 4.6), pero no que no creyesen en las fuerzas sobrenaturales y en lo místico. La *superstitio* tuvo tanta influencia en el siglo II d.C., que muchos de los grandes autores del período tuvieron que denunciar la credulidad de las gentes (Apuleyo; Luciano). Incluso el propio emperador Marco Aurelio tuvo que legislar contra ella con un edicto por medio del cual se desterraba a una isla a quienes introdujeran el miedo a lo sobrenatural en la población (*Dig.*, LXVIII 19.30). No hay ateos en la sociedad tardoantigua antes o después del siglo IV¹⁸.

Es en este ambiente donde surge, tanto entre cristianos como entre paganos, la figura del «*hombre santo*» (*holy man*). Un ser dotado de poder, cuya forma de expresión son el milagro y el exorcismo. Un «espacio» dotado de movimiento, que viaja y al que podían acercarse quienes aspirasen a tener un contacto más íntimo y cercano con lo divino y con el poder. Un hombre que no le debía nada a la sociedad, que vivía fuera de sus normas y que al mismo tiempo era un modelo al que se podía y quería imitar. Un elemento de identidad y un hecho diferencial para sus compatriotas. Un juez de autoridad incuestionable para mediar en las disputas, mientras que el poder de las élites locales disminuía. Es verdaderamente sintomático que el vacío de poder dejado por las autoridades estatales sea siempre recogido por las autoridades religiosas, ya fuesen ascetas u obispos consagrados en la púrpura. Lo cual es una evidencia de que el poder se asociaba a lo divino, y que el hombre santo, más que un simple humano, era como un dios entre mortales.

No debe verse la cuestión del enfrentamiento entre paganos y cristianos como un mero conflicto religioso, sino ante todo como la lucha entre dos sectores de la sociedad, que pretendían imponer su cultura y acaparar los órganos de poder. Los paganos eran conscientes del hecho de que su cultura necesitaba ser regenerada y se encontraba en decadencia¹⁹ desde hacía mucho tiempo, pero defendieron su religión y el legado de sus antepasados, sabedores de que se trataba de su tradición cultural. Una tradición que lo conformaba todo y los definía como individuos del Imperio Romano. Su enfrentamiento con los cristianos se centró más en su deseo de monopolizar y controlar un legado cultural que consideraban exclusivamente suyo²⁰, y

18 SIRAGO, V. A., *L'uomo del IV secolo*, Nápoles 1986: «*Il sec. IV, come nessun altro né prima né poi, è il secolo della ricerca di Dio. Tutti credono nella divinità*» (p. 207); LOT, F., *La Fin du monde antique et le début du moyen âge*, París 1927, p. 34.

19 GALENO, *Sobre las facultades naturales* III 10: «*Encuentro que muchas cosas que han sido perfectamente demostradas por los antiguos no son comprendidas por muchas personas de nuestros días a causa de su ignorancia*»; PALLADAS, *Antología Griega* 10.82: «*Si nosotros estamos vivos es que se ha muerto la vida*».

20 PASCHOUD, Fr., *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'occident latin a l'époque des grandes invasions*, Roma, Biblioteca Helvetica Romana 1967, p. 100-101.

que no estaban dispuestos a compartir con una nueva «superstición» proveniente de Oriente²¹. Desde esta perspectiva, las élites paganas del mundo tardoantiguo, como Símaco, asumieron el papel de reaccionarios al negarse a reconocer los cambios que se estaban operando en la sociedad²², mientras que Ambrosio y los suyos se presentaban como renovadores²³. Los pensadores cristianos del siglo IV-V son bien conscientes de que el derecho tiene nuevas bases, nuevos fundamentos revelados en la Biblia, que se concibe como canon, norma tanto de fe como de vida. El mismo grupo social que había impedido que se operara el gran cambio que se precisaba en Época Helenística. Los mismos oligarcas, árbitros de los estándares políticos y culturales, que venían desprestigiando al movimiento ascético emergente desde el siglo I d.C.²⁴. Posteriormente, la autoridad cristiana también tendría que hacer frente con el monacato cristiano.

El cristianismo no deseó acabar con el legado cultural grecorromano, difícilmente cuando estaba tan intensamente imbuido por el mismo, su objetivo fue gestionar y administrar este legado que había ido conociendo durante su largo proceso de gestación. Cuando se alzó con la victoria, se dio cuenta de que tenía que autodefinirse como vencedor y esto provocó que la tradición volviese a mutar.

LAS APORTACIONES DE LA NUEVA CULTURA A LA CIENCIA GEOGRÁFICA

Pero el cristianismo también introdujo cambios muy importantes en otras facetas del pensamiento, tales como la creación a partir de la nada, el monoteísmo, la existencia de un Dios Omnipotente o la concepción temporal del mundo y del devenir lineal.

La propia creación del mundo potenciaba la idea de que éste tenía que tener un fin²⁵. Para los grecorromanos sus divinidades no eran las creadoras del universo, y al igual que los hombres vivían en un cosmos que no habían creado²⁶. No existía un creador específico. Por tanto, un elemento como la creación del mundo de la nada podía resultar totalmente incomprensible y hasta irrisorio, por muy bueno que fuese el griego de un autor como San Pablo²⁷.

La religión antigua era politeísta, mientras que la judeocristiana fue esencialmente mono-teísta. Esto implicaba que los dioses tradicionales grecorromanos, tan ligados al espacio y a la naturaleza (Cf. *Supra*. p. 26-28) y que poblaban con sus nombres las páginas de los libros

21 AMIANO MARCELINO XXI 16.18. Cf. HUNT, E. D., «Christians and christianity in Ammianus Marcellinus», *CQ* 35, 1985, 186ss; NERI, V., *Ammiano Marcellino e il cristianesimo. Religione e politica nelle Res Gestae di Ammiano Marcellino*, Bolonia 1985.

22 ALFÓLDI, A., *A Conflict of ideas in Late Roman Empire. The Clash between the senate and Valentinian I*, Oxford Clarendon Press 1952, p. 1; p. 34.

23 En la *Epístola XVIII contra Símaco* (2, v.270-464) pueden leerse frases como «*Todo con el paso del tiempo se hace mejor*» que contrasta con el espíritu arcaizante de los escritores paganos del período.

24 FRANCIS, J. A., *Subversive virtue: asceticism and authority in the second-century pagan world*, Pennsylvania State University Press 1995, analizando fuentes literarias, como las *Meditaciones*, las obras de Luciano o personajes como Apolonio de Tiana, defiende muy convincentemente que el ascetismo fue mal visto por los grupos sociales detentadores del poder durante los siglos I y II.

25 No obstante en algunos pasajes de la Biblia se desprende la idea de que el mundo es eterno. Cf. *Eclesiastés* 1:4; *Salmos* 78:69.

26 VERNANT, J-P., *Mito y religión en la Grecia antigua*, Barcelona, Ariel 1999, p. 7.

27 FESTUGIÈRE, A. J., *La esencia de la Tragedia griega*, Barcelona, Ariel 1986, 118ss, recrea un diálogo ficticio entre San Pablo y un sabio pagano, donde este último le mostraría su incomprensión absoluta por temas tales como la venida, la redención o la creación a partir de la nada.

paganos, tuvieran que ser desechados y con ello todo lo que tenía relación con los mismos, la civilización grecorromana. Pero, la propia religión pagana había experimentado fuertes críticas en su seno, desde hacía muchos siglos, como consecuencia de no tener una casta sacerdotal. Además, la mayoría de los cultos paganos estaban evolucionando a un henoteísmo, es decir, al reconocimiento de una única divinidad superior²⁸ (Mitra). El neoplatonismo acentuó esta creencia en la unidad de lo divino. Resultando que la victoria del cristianismo fue mucho más fácil al nadar en la dirección en la que fluía el curso de la historia.

Los griegos y los romanos tenían una visión cíclica del tiempo, escenificada en el mito del eterno retorno o en las edades de Hesíodo. En cambio, en la concepción judeocristiana de la historia el mundo tiene un inicio (la creación) y un fin (el día del juicio). En otros términos, la historia puede ser, y es, modificada por acción de Dios, y, por consiguiente, renovada²⁹. El milenarismo y el fin del mundo son motivos esgrimidos por quienes defienden el abandono de la ciencia por parte del mundo cristiano ¿Para qué adentrarse en los misterios de la naturaleza si la llegada del fin de los días era algo inevitable? ¿No era preferible buscar la salvación personal que buscar las causas primera o última? Pero, ciertamente, esta actitud había sido compartida por las dos comunidades religiosas, y debe tenerse presente que, si bien los paganos no aguardaban el fin del mundo, sí hacían lo propio con el Imperio Romano, que para ellos era el mundo entero.

«*Quando cadet Roma, cadet et mundus*»

(BEDA EL VENERABLE «*Cuando caiga Roma, el Universo caerá con ella*»).

La sociedad del mundo tardoantiguo, independientemente de su religión, era una sociedad expectante, angustiada, que carecía de fuerza para pensar y que veía su salvación en la intervención de Dios.

También resulta contradictorio pensar que la nueva religión abandonó conocer y entender el espacio geográfico. San Agustín defendía que el conocimiento de las tierras, los árboles y la naturaleza eran un instrumento válido para entender las sagradas escrituras³⁰. En cambio, se puede abandonar el estudio científico de los cielos, sostiene San Ambrosio, porque ¿en qué ayuda esto a nuestra salvación? El espacio geográfico no se abandona, se estudia, y sólo cobra sentido como obra de Dios o como escenario de la salvación personal.

Además, su visión del mundo nunca fue exclusiva del pensamiento griego, la impronta del pueblo judío y su geografía mítica fueron una influencia constante en el cristianismo. Pero no hay que olvidar que el judaísmo había entrado en contacto con la cultura griega mucho antes de que lo hiciese el cristianismo y que, por lo tanto, hay semejanzas en la concepción geográfica de ambas culturas. Algunos pasajes del *Testamento de Abraham* X (1-3) recuerdan a la descripción del Escudo de Aquiles que hizo Homero en la *Iliada*, puesto que combina el medio geográfico con la vida humana. La gran diferencia habría sido la inclusión en la geografía de una nueva región, el Paraíso (*Enoch* LXVII 3). Pero, al igual que los griegos habrían creído en la existencia de grandes zonas desérticas no apropiadas para la vida humana. *El libro de los Jubileos* (VIII 10-30) muestra mayores semejanzas al dividir el mundo entre

28 Cf. FREDE, M., «Monotheism and pagan philosophy in Late Antiquity», en *Pagan Monotheism in Late Antiquity*, Oxford 1999, p. 41-67.

29 ELIADE, M., *El mito del eterno retorno*, Buenos Aires, Emecé 2001, p. 82.

30 AGUSTÍN, *De doctrina cristiana* II 24; II 59; *De Genesi ad litteram* I 19. Cf. AGUSTÍN, *De trinitate* XIV 1.

los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet. Lo que implica aceptar que son tres los continentes, Europa, Asia y África³¹. Cuando se fijan los límites entre dichos continentes, el lector puede encontrar topónimos tan conocidos del mundo griego como el Tanais y los montes Ripeos. Hubo estimaciones sobre el tamaño de la tierra por parte del mundo judío de unas seis mil parasangas, unos 29.000 km, probablemente emulando a geógrafos griegos como Posidonio y Eratóstenes. Algo que no debería resultar sorprendente, pues muchos autores judíos estuvieron imbuidos por la civilización helénica. Uno de ellos, Flavio Josefo (II 345-401), realizó enumeraciones de pueblos propias de la etnografía griega.

El resultado final de todas estas aportaciones fue una combinación del saber griego con una geografía mítica, propia de una perspectiva religiosa, que no era verificable para el método científico antiguo³². Lo cual conllevaba una relación irreconciliable entre las formas que tenían estas civilizaciones de entender el espacio, a la que posteriormente el cristianismo tendría que hacer frente: el conflicto entre fe y razón. Mientras que para los griegos la veracidad de los datos geográficos dependía de una crítica exhaustiva de las fuentes o de la autopsia, para los judíos no podía ser puesta en duda porque su naturaleza era sagrada. No obstante, como ha podido observarse, la importancia de la autopsia fue cada vez menor entre los geógrafos y los pensadores paganos y era cada vez más sustituida por la información que se encontraba en los libros, aunque, es cierto que la dependencia intentaba ser ocultada por alguna crítica. Ambas comunidades veneran la información que se encuentra en los libros, pero difieren en el punto de cómo debe ser tratada. El cristiano no puede ir más allá de la verdad de la Sagrada Palabra, el pagano quiere pensar que puede decir algo diferente de lo que ya ha sido dicho, aunque sólo lo reescriba. Hay una diferencia insalvable entre la comunidad cristiana y los pensadores de la Grecia Clásica, pero respecto al pagano del siglo III sólo un paso los separa.

Además, si exceptuamos informaciones procedentes de los evangelios apócrifos la mayor parte de los datos geográficos que encontramos en el Antiguo Testamento hacen referencia exclusivamente a la tierra y al pueblo de Israel. No hay una concepción universal ni etnográfica ni teológica y, por supuesto, mucho menos geográfica. Por el contrario, el cristianismo fue más consciente de la gran extensión del mundo y de la necesidad de conocerlo como consecuencia de su misión evangélica. Su idea de la religión misionera³³ sólo podía entenderse desde una concepción universalista del tiempo y del espacio³⁴.

El cristianismo, por lo tanto, tuvo una concepción espacial deudora de la tradición hebraica y helena. De las que tomó diversos elementos, como la Creación y el Diluvio de los judíos o la existencia de ríos subterráneos³⁵, la división de los continentes, el nombre de las naciones y el Océano, que envolvía el mundo, de la geografía griega³⁶. Es, por tanto, la geografía un bello ejemplo en el que quedan expuestos los esfuerzos de la cristiandad por concebir una

31 SCOTT, J. M., *Geography in early Judaism and Christianity: the book of Jubilees*, Cambridge University Press 2002, p. 164.

32 INGLEBERT, H., *Interpretatio Christiana. Les mutations des savoirs (cosmographie, géographie, ethnographie, histoire) dans l'Antiquité chrétienne*, París 2001, p. 76.

33 *Evangelio de Marcos* 13.10; *Evangelio de Mateo* 28.19; *Hechos de los Apóstoles* 1.8.

34 INGLEBERT, H., *op. cit.*, p. 494.

35 COSMAS INDICOPLEUSTES II 80-1; ISIDORO DE SEVILLA; AGUSTÍN, *De Genesi ad litteram* VII 14.

36 BASILIO DE CESAREA, *Homilias sobre el Hexamerón* IV 4; PROCOPIO DE GAZA, *Sobre el Génesis*, PG 87.1.76. En contra de esta visión comúnmente aceptada Cf. TACIANO, *Discurso a los griegos* 20; JUAN FILÓPONO IV 5.

síntesis plausible que reconciliase la visión mítica de los judíos con la geografía astronómica y literaria de los griegos. En ningún otro lugar se observan mejor las dificultades de reconciliar fe y razón³⁷.

Pero también introdujeron innovaciones y cambios en la geografía. Al igual que los griegos, los cristianos fueron sensibles al complejo del *omphalós*, pero no lo situaron ni en Delfos, ni en Rodas, ni en ningún otro lugar propio del mundo heleno, sino en Jerusalén (*Enoch* 26; *Jubileos* VIII 19). Esta idea fue defendida por los pensadores judíos y posteriormente por los cristianos³⁸. El hecho de que Jesús de Nazareth muriese en dicha ciudad, reforzó la creencia en las comunidades cristianas de que Jerusalén era el ombligo del mundo, siendo su epicentro el monte Gólgota, pues era la cima de la montaña cósmica y a un mismo tiempo el lugar donde Adán fue creado y enterrado³⁹.

Otra innovación fue la localización del Paraíso en la tierra⁴⁰. El término paraíso fue por primera vez empleado por Jenofonte, procede originariamente del persa (*Paridaeza*) y en griego antiguo hace referencia a un parque cerrado o a una tierra placentera⁴¹. La Biblia establecía con claridad que el Paraíso estaba ubicado en el mundo terrestre, lo cual implicaba que tuviese una geografía y una localización: «Plantó luego Yavé Dios un jardín en Edén, al oriente, y allí puso al hombre a quien formara. Hizo Yavé Dios brotar en él de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar, y en el medio del jardín el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Salía del Edén un río que regaba el jardín, y de allí se partía en cuatro brazos. El primero se llamaba Pisón, y es el que rodea toda la tierra de Evila, donde abunda el oro, un oro muy fino, y a más también bedelio y ágata; y el segundo se llama Gihón, y es el que rodea toda la tierra de Cus; el tercero se llama Tigris, y corre al oriente de Asiria; el cuarto es el Éufrates» (*Génesis* 2: 8-14). Existían, aún así, dudas de si realmente se trataba de algo físico o alegórico. La tradición judía apostaba por su existencia real y muchos de los más eminentes pensadores cristianos a partir del literalismo de la escuela de Antioquía aceptaron dicha creencia⁴². No obstante, esto planteaba tres cuestiones: ¿Dónde se encuentra? Si estaba en el mundo, ¿era accesible para el hombre? ¿Fue alterado por el Diluvio?

Generalmente los autores cristianos situaron el Paraíso en Oriente (Cf. ISIDORO, *Etimologías* XIV 3.2). Los ríos citados en el *Génesis* eran difícilmente identificables, salvo el Tigris y el Éufrates, por lo que el Jardín del Edén debía de estar en algún punto cercano a Mesopotamia. La fama de algunos ríos como el Nilo (*Jeremías* 2.18), el Híffasis o el Ganges provocó que algunos de estos ríos fuesen reidentificados con otros bíblicos como el Pisón⁴³. Severiano de Gabala y Efrén de Siria identifican el Pisón con el Danubio. El primer ejemplo conocido lo tenemos en Flavio Josefo, *Antigüedades Judías* I 38-9; LXX. Hipólito de Roma llegó a identificar el Gihón con el Indo. Posteriormente, la obra *Expositio Totius Mundi et Gentium* 4, lo hizo

37 Cf. CASIODORO, *Institutiones* I 25.2, la anécdota de Casiodoro recomendando a sus monjes que leyesen la obra de Ptolomeo nos muestra a la vez que no lo leían y que a la vez sentían que debía de ser conocido.

38 JERÓNIMO, *In Hezechielem* 5.5; EPÍFANES DE SALAMINA, *Panarion* 46; ANANÍAS DE SHIRAK, *Asxarhac'oyc* II 9.

39 ELIADE, M., *op. cit.*, p. 13, la creencia según la cual el Gólgota se encuentra en el centro del Mundo se ha conservado hasta en el folclore de los cristianos de Oriente.

40 GRANT, R. M., «Early Christian Geography», *Vigiliae Christianae* 46, 1992, p. 105-111.

41 SCAFI, A., *Mapping paradise; A History of Heaven on Earth*, University of Chicago Press 2006, p. 34-35.

42 JUAN CRISÓSTOMO, *In Genesim* III 18; TEODORO DE MOPSUESTIA, *In Genesim* II 8; AGUSTÍN, *De Genesi ad litteram* VIII 1.1.

43 JERÓNIMO, *Carta* 125.3; ISIDORO XIII 21.8-10.

más concretamente en la frontera con la India. Un caso curioso, fue la *Suda* (*Semíramis*) que lo localizó en la tierra de los miserables etíopes. Para justificar su separación de la humanidad, se defendió que se encontrase aislado por el mar⁴⁴, en el lejano Oriente o incluso por un muro de fuego (ISIDORO, *Etimologías* XIV 3.2). Uno de los ejemplos más bellos nos lo ofrece la obra *Iter ad Paradisum* (*Jornadas al Paraíso*). En ella, Alejandro Magno, después de conquistar la India, alcanzó un gran río, el Ganges, y navegó por él con quinientos de sus hombres. Un mes más tarde llegaron a una gran urbe rodeada de murallas, donde residían las almas de los bienaventurados mientras esperaban el día del juicio final. Esta ciudad era el Paraíso terrenal que los cristianos anhelaban.

Si no se hubiese optado por estas barreras naturales o fabulosas, los autores habrían tenido que cuestionarse si realmente existía el Paraíso en la tierra, puesto que al igual que los griegos eran conscientes de que los paraísos terrestres (Islas Afortunadas, etc.) no pueden encontrarse en lugares conocidos o frecuentados por el hombre. El pecado original era otra barrera que mantenía al hombre alejado del Paraíso.

La irrupción del cristianismo también modificó un concepto fuertemente unido al espíritu romano, la identificación del Imperio con el *Orbis Terrarum*. La creación de la comunidad cristiana suponía un nuevo elemento de diferenciación entre los pueblos⁴⁵. El carácter universal de la misión evangélica cristiana no permitía obviar la existencia de comunidades no cristianas ni dentro ni fuera de las fronteras del Imperio. De esta forma, fue surgiendo la idea de que la comunidad cristiana era mucho más grande que el Imperio Romano (AGUSTÍN, *Cartas* 199.46-7). Los cristianos podían pensar que su credo era universal, sin fisura alguna, porque las Escrituras decían que los apóstoles se habían repartido el mundo para llevar la palabra de Dios a sus confines⁴⁶.

La existencia de los antípodas⁴⁷ fue sostenida por muchos autores del mundo antiguo⁴⁸. Se piensa que el origen de este mito pudo estar en un pasaje de Platón (*Timeo* 62D-63A. Cf. D. LAERCIO III 24). Crates de Malos, como hemos dicho, postuló la existencia de mundos diferentes, en uno de los cuales vivirían los antípodas. Sin embargo, la existencia de las antípodas o de los *antichtones* planteaba problemas geográficos y escatológicos. La presencia de habitantes en el hemisferio sur ya era discutida por algunos paganos: «*También dices que hay un pueblo opuesto a nosotros en la parte contraria de la tierra, con las plantas de sus pies contrarias a las nuestras, a los que se llama antípodas ¿Por qué estás más irritado conmigo que no me río de*

44 EFRÉN, *Himnos sobre el Paraíso* I 10-11; COSMAS INDICOPLEUSTES II 24; 81-2.

45 Cf. PABLO, *Gal.*, III 28: «*No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús*».

46 *Lc* 24:47; *Mateo* 28:19-20; *Marcos* 16:15; 20; SÓCRATES, *Historia Eclesiástica* I 19; VENANCIO FORTUNATO, *Carmen* V 2, quien hace coincidir los lugares de evangelización con los tradicionales límites del mundo fijados por la tradición pagana (Etiopía, Escitia, Persia e India).

47 Sobre las Antípodas consúltense los trabajos de KAUFFMANN, G., «Antipodes», *RE* I, 2, 1894, cols. 2531-2533; MORETTI, G., *Agli antipodi del mondo: per la storia di un motivo scientifico-legendario*, Trento 1990; MORETTI, G., «Viaggi verso l'irraggiungibile: notizie dall'altro mondo: le comunicazioni con gli antipodi fra dottrina, mito e letteratura», en *Idea e relata del viaggio: il viaggio nel mondo antico*, G. Camassa y S. Fasce (Eds), Génova 1991, p. 367-383; MORETTI, G., «The Other World and the Antipodes. The Myth of the Unknown Countries between Antiquity and the Renaissance», en *The Classical Tradition and the Americas* I, W. Haase y M. Reinhold (Eds) Berlín 1993, p. 241-284; p. 262-266, donde estudia la cuestión desde la problemática de los autores cristianos; VALLEJO GIRVÉS, M., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1995, p. 336-338.

48 CICERÓN, *Comentario al sueño de Escipión* VI 1; VIRGILIO, *Geórgicas* I 231-44; MELA I 1.4; HIGINO, *Astr.*, I 8.2; IV 1.2; MANILIO I 238-45; 377-483; MARCIANO CAPELA VI 602-8; MACROBIO II 5-33.



48. Sólido de oro acuñado por Teodosio II (402-50)
con la imagen de Constantinopla sujetando el globus cruciger.

tus teorías que con aquellos que cuando las oyen creen que estás loco» (CICERÓN, *República* VI 21. Cf. LUCRECIO, *De rerum natura* I 1052-82). Plinio (II 161) con mucho humor decía que ellos no se preguntaban por qué no nos caemos nosotros.

Pero para los cristianos y su concepción universal de la comunidad, un grupo humano separado por un extenso océano carecía por completo de sentido⁴⁹ y más aún si no aparecía en la Biblia, donde se pensaba que estaban mencionadas todas las naciones del mundo⁵⁰. ¿Por qué habría creado Dios un colectivo al que no se le podía llevar la palabra de Cristo?

Se daba la paradoja de que el mundo quedaba reducido en la cosmovisión cristiana al conjunto de pueblos y lugares mencionados en la *Biblia*, pero al mismo tiempo su universalismo les llevaba a viajar por todos los rincones de la tierra para extender la nueva religión. Esto provocaba que el misionero cristiano pudiera adquirir de primera mano una gran cantidad de información sobre el mundo y sus gentes, pero que posteriormente tuviese que desecharla si no podía encontrar su identificación en su vademécum particular, su *Biblia*.

Además, aceptar la existencia de las antípodas implicaba aceptar la esfericidad de la tierra, algo que si bien no era cuestionado por la mayoría de los cristianos cultivados, no dejaba de tener oponentes entre varios sectores del cristianismo (Cf. LACTANCIO, *Instituciones divinas* III 24). Las monedas acuñadas por Teodosio II con la imagen del *globus cruciger* (fig. 48) demuestran que la esfericidad era aceptada por la mayor parte de los fieles del Imperio Oriental, al menos cuando se asociaba con el poder del estado⁵¹. En este sentido, la esfera

49 LACTANCIO, *Instituciones divinas* III 24; COSMAS INDICOPLEUSTES II 107; PROCOPIO DE GAZA, *Sobre el Génesis*, PG 87,69; SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* XVI 9; SAN ISIDORO, *Etimologías* IX 2.133; BEDA, *De tempororum ratione* 34. Cf. McCREADY, W. D., «Isidore, the Antipodeans, and the Shape of the Earth», *Isis* 87 (1) 1996, p. 108-127.

50 BICKERMAN, E., «Origines gentium», *CPh* 47, 1952, p. 71.

51 Cf. EUSEBIO, *Vida de Constantino* IV 69; TEMISTIO 73C-74A; AMIANO MARCELINO XXV 10.2. Cf. ARNAUD, P., «L'image du globe dans le monde romain», *MEFRA* 96, 1984, p. 53-116, la esfera sería un símbolo del dominio mundial (*Weltherrschaft*) de los emperadores romanos; MacCORMACK, S. G., *Art and ceremony in late antiquity*, University of California Press 1981, p. 127-132, ofrece varios ejemplos donde se representa al emperador entronizado sobre el globo, modelo que fue adoptado por las representaciones artísticas de la Iglesia y aplicado a Cristo. Desapareciendo del arte la imagen del emperador que asciende a los cielos en carro o que está entronizado en el globo terrestre o celeste, porque la esencia de la majestad reside ahora en la persona de Cristo y no en el emperador.

siguió simbolizando el dominio del mundo, aunque esto no implicaba que éste tuviese que ser necesariamente esférico.

La información que se puede sacar del Antiguo Testamento sobre la concepción del mundo no es homogénea, pero la idea que se desprende es que se tenía una cosmovisión semejante a la babilónica, es decir, un mundo plano que flotaba en el océano. Hay que tener presente que la Biblia es el resultado de la elaboración de diferentes libros en un amplio período temporal, por lo que no es sorprendente que podamos encontrar concepciones totalmente opuestas en ella.

Pasajes como los de Josué y Ezequías, en los que el Sol se detenía o retrocedía a voluntad divina, negaban tajantemente el heliocentrismo⁵², pero como hemos visto, a excepción de Aristarco de Samos o de Seleuco de Babilonia, fue una teoría que nunca tuvo un gran calado entre los eruditos grecorromanos, por lo que no se puede sostener que los cristianos impusieran el geocentrismo. Al contrario, no hay que olvidar que uno de los geógrafos con más peso en la antigüedad tardía y en la Edad Media, Claudio Ptolomeo, fue un firme defensor del geocentrismo.

Otros pasajes bíblicos, en apariencia, eran igualmente claros a la hora de negar la esfericidad de la tierra, puesto que hablaban de los límites del mundo, algo imposible en una esfera⁵³. En *Ezequiel* 7:2 se traduce «cuatro extremos» y en *Isaías* 11:12, «cuatro confines»; en el libro de *Job* 37:3 y 38:13, como «fines»; *Jer.*, 49:36, «cuatro vértices del cielo» y en *Apocalipsis* 7:1 como «esquinas». Sin embargo, se recordará que los griegos, quienes no ponían en duda la forma esférica de la tierra, seguían creyendo en la existencia de los límites de la tierra. Pero, al entender el mundo como algo finito quedaba implícito que debía tener unos límites y para el griego fue demasiado renunciar a los esquemas mentales que su pensamiento le imponía: para el griego todo espacio puede medirse y por tanto tiene límites. Al mismo tiempo, los límites eran señalados mediante la localización de determinados pueblos en cada uno de los puntos cardinales. Los griegos identificaban los confines con ciertos pueblos, sin que ello implicase que renunciaban a la esfericidad. Ireneo, *Contra los herejes* (I 10.2; III 11.8), seguía un esquema semejante cuando, para demostrar la universalidad de la Iglesia cristiana, afirmaba que se habían levantado iglesias en los cuatro puntos cardinales: Germania (Norte), Iberia (Oeste), Egipto (Oriente) y Libia (Sur). Por lo tanto, la mención de límites o de las cuatro regiones del mundo no conlleva, necesariamente, una concepción de la tierra plana.

En *Isaías* 40:22, encontramos un pasaje controvertido: «Él está sentado sobre el círculo de la tierra». En *Job* 1:7: «Aconteció cierto Día que vinieron los hijos de Dios para presentarse ante Jehová, y entre ellos vino también Satanás. Jehová preguntó a Satanás: ¿De Dónde vienes? Satanás respondió a Jehová diciendo: De rodear la tierra y de andar por ella». En un círculo no puede haber ni extremos ni esquinas, por lo que entraría en contradicción con otros libros bíblicos que hablaban de los límites del mundo (*Ezequiel* 7:2; *Apocalipsis* 7:1), Pero un círculo

52 *Josué* 10:13; *Reyes* 20:9-10.

53 JANNI, P., «Los límites del mundo entre el mito y la realidad», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000: «La característica que más afecta a nuestra reflexión, en una esfera, es el hecho de que su superficie sea finita, pero ilimitada. Vale decir que es finita en extensión, en área, pero no tiene un límite antes del cual un movimiento deba detenerse, un punto o una línea que señalen un confin. Sobre la superficie de una esfera cada punto es igual al otro y no se puede establecer allí una jerarquía o articulación cualitativa. Esto cambia sólo si la esfera tiene un movimiento regular de rotación; en este caso se crean dos puntos privilegiados que son los polos de rotación, y esto permite no «relativizar» por completo la superficie de la esfera, como en otro caso nos veremos obligados a hacer. Este es precisamente el caso de nuestra Tierra, y esto ha permitido una articulación cualitativa de nuestro mundo basada en la geografía y destinada a durar mucho» (p. 36).

no es una esfera, y no puede desprenderse de este pasaje que se defendiese que la tierra fuese esférica⁵⁴, aunque ya hemos visto que fueron formas geométricas confundibles (Cf. *Supra*. p. 109). Al igual que para los griegos el escudo de Aquiles podía ser una metáfora de la tierra esférica (estoicos) o plana, los cristianos, dependiendo de sus propias creencias, apostarían por una idea u otra en un período histórico.

Otros pasajes dejan menos dudas. En *Mateo* 4:8-9: «*Otra vez le pasa el diablo a un monte muy alto, y le muestra todos los reinos del mundo, y su gloria. Y dícele: Todo esto te daré, si postrado me adorares*». La visualización de todos los reinos del mundo desde la cima de una montaña es imposible por alta que sea su cima. La única posibilidad de que se pudiera observar toda la tierra desde lo alto de una cumbre era que ésta fuese plana.

La existencia de los Pilares de la Tierra chocaba frontalmente con la creencia de una tierra esférica. Los griegos pensaban que la situación de la tierra en el centro del universo era lo que le permitía flotar sin ningún sostén en el espacio. Esta explicación no era suficiente para judíos y cristianos. Si la tierra flotaba en el océano se debía a que estaba mantenida por fuertes estructuras⁵⁵, los pilares (*qarah*). La consecuencia de estar mantenida era que la tierra tenía una naturaleza estática e inmóvil⁵⁶.

Ambos credos coincidían en que la tierra debía ocupar el centro y que era inmóvil, pero su forma esférica era el punto de una controversia que se prolongaría durante toda la antigüedad tardía y la posteridad. Incluso después del viaje de Magallanes (1519), padres de la iglesia protestante como Lutero o como Calvino seguirían negando que la tierra fuera esférica⁵⁷.

EL DEVENIR DE LA CIENCIA TRAS EL EDICTO DE MILÁN: LA REDEFINICIÓN DE LOS VALORES

La desorientación es un estado generalizado a finales del siglo IV. No sólo en lo político y en lo económico, sino también en el plano ideológico, teológico y hasta en lo referente al espacio. La atopía había sido una sensación muy común durante la antigüedad, ya que ninguno de sus habitantes tuvo una visión del cosmos exacta e incuestionable. Más allá de los imprecisos mapas mentales establecidos por los próceres, por los escasos mapas o por los antepasados, cada hombre tuvo una imagen diferente del cosmos, pese a ciertas creencias oficiales o mensajes extendidos por el poder. Pese a algunas nociones básicas sobre la naturaleza del mundo, no existía un dogma que homogeneizase la imagen mental que los hombres tenían de la tierra. Ahora bien, el triunfo del cristianismo sobre el paganismo va a dotar a los habitantes de la Antigüedad Tardía de una ideología lo suficientemente fuerte e incuestionable como para que las disensiones se acallen lentamente y los criterios se unifiquen.

Aunque, si bien es cierto que el Edicto de Milán supuso el fin de las persecuciones para el cristianismo, no significó el fin de sus problemas. El hecho de tener un emperador cristiano en el trono no provocó una conversión masiva de la sociedad de forma repentina⁵⁸. Al contrario

54 PRESUTTA, D., *The Biblical Cosmos Versus Modern Cosmology: Why the Bible is no the Word of God*, Llumina Press 2007, p. 98-126; p. 100-101.

55 *Job* 9:6; 38: 6; 10; 13; I *Samuel* 2:8; II *Samuel* 22: 8; 16; *Is.*, 24:18; *Salmos* 75:3; *Jeremías* 31:37.

56 *Salmos* 96:10; I *Crónicas* 16:30.

57 WHELESS, J., *Is It God's Word?: An Exposition of the Fables and Mythology of the Bible and the Fallacies of Theology*, Kessinger Publishing Co., Kila MT 1992, p. 267.

58 CAMERON, A., *El Bajo Imperio Romano (284-430)*, Madrid 2001, p. 68.

se fue produciendo gradualmente. Hasta fines del siglo, con Teodosio como emperador, no sería declarada religión oficial del Imperio. Esto significaba tener que unificar criterios entre sus propios seguidores para pasar de ser un credo perseguido a una religión del Estado. Al mismo tiempo, el número de paganos seguía, y siguió, siendo muy importante durante este período, como lo demuestra la reacción pagana del emperador Juliano (360-3). Si se quería perpetuar en el tiempo tenía que atraer a una buena parte de los seguidores paganos. El construir un dogma relativamente unificado y fortalecido contra cualquier desviación ideológica en tan poco espacio de tiempo y al mismo tiempo atractivo para sus tradicionales enemigos, es uno de los mayores logros que ha hecho el cristianismo en su historia. El problema era que el cristianismo no había imaginado durante tres siglos y medio que la Biblia fuese «doctrina científica». Ahora el cambio que se escenifica es producido por la cultura del momento que tiende a entenderlo todo literalmente, por lo que el cristianismo es una víctima y no un verdugo de los cambios sociales.

A finales del siglo IV y principios del V, al contrario que en la etapa anterior, el cristianismo no precisa del legado cultural grecorromano en la misma medida, aunque lo siga empleando, puesto que su posición no sólo es más segura, sino que además es hegemónica. Lo cual le va a llevar como vencedor que es, a diferenciarse del vencido. Sorprendentemente, el sistema empleado consistirá en confirmarse como tradición. Los paganos como Juliano que intentan reinstaurar el paganismo son vistos como peligrosos innovadores (CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Contra Iulianum*), al igual que los herejes que amenazaban con romper la unidad del dogma cristiano (SINESIO DE CIRENE, *prov.*, I 18). El movimiento «revolucionario» que pretendía transformar la sociedad, acaba por ser integrado en la legalidad del devenir histórico. Estamos en un momento en el que la religión cristiana lo ha cubierto todo con su forma de ver el mundo, y en el que la sociedad se ve imposibilitada para pensar la realidad de forma diferente.

La consecuencia de este cambio afecta claramente al decadente método científico. No puede haber una búsqueda real de la verdad, cuando ésta ya ha sido revelada a los hombres a través de las Sagradas Escrituras. El sabio del siglo IV posee una ventaja que sus antecesores no tenían, la posibilidad de comprobar sus errores o aciertos con facilidad. Todo cuanto coincidía con lo que decía la Biblia podía ser dado por cierto, mientras que lo que entraba en contradicción era falso⁵⁹, y tenía que ser desechado como anatema. El sistema no sólo es más simple, sino que se apoya en la erudición reinante entre los estudiosos de la época y les evita tener que recurrir a la odiosa comprobación empírica.

Esto en modo alguno implica que los hombres del siglo IV no fuesen cultos, buena prueba de ello son intelectuales como San Agustín, Libanio, Símaco o San Juan Crisóstomo. Los Padres de la Iglesia del siglo IV y V continuaron citando abundantemente a Homero en sus sermones⁶⁰. Su diferencia respecto a sus antecesores radicaba en su abandono del «método científico» antiguo y en su desconfianza en las habilidades del hombre para desentrañar las causas y los misterios del mundo. Cristianos y paganos creen que el Universo está regido por la voluntad divina y, por lo tanto, el mejor medio para conocer presente, pasado y futuro es ponerse en contacto con

59 *Didascalia Apostólica* I 6.1-6: «*Nam quid tibi deest in verbo Dei ut ad illas gentiles fabulas pergas.*»

60 BROWNING, R., «The Byzantines and Homer», en *Homer's Ancient Readers: the Hermeneutics of Greek Epic's Earliest Exegetes*, Princeton 1992, p. 147; MacDONALD, D., *Christianizing Homer: The Odyssey, Plato and The Acts of Andrew*, Oxford 1994, p. 17-34, sostiene que la críticas de los autores cristianos contra Homero nunca alcanzaron la intensidad de algunos pensadores paganos, prefiriendo interpretarlo de forma alegórica antes que desecharlo.

la deidad/deidades, que regulan el orden establecido, bien mediante la religión o bien mediante la adivinación. Del antropocentrismo clásico se había pasado a un teocentrismo, que reducía al hombre a una minoría de edad, a un estado de angustia del que sólo se podía salir a través de la intervención de la gracia divina. Es, en suma, una sociedad expectante, que no busca nada nuevo bajo que el sol, porque cree que todo ha sido decidido por Dios y lo único que aguarda es el fin de los días.

El cambio experimentado en la ciencia queda muy bien reflejado en el paso de la escuela de Alejandría a la de Antioquía. La escuela de Alejandría fue fundada por Orígenes y se caracterizó por utilizar el legado filosófico griego de forma abundante, especialmente Platón y el neoplatonismo. Su apego por la *sophía* griega implicó que las escrituras tuviesen que interpretarse de forma alegórica para conciliar ambas tradiciones. La obra de Orígenes fue el mayor intento hecho para llevar la cultura, entendiéndose la clásica, al cristianismo y para traducir su misión escatológica al lenguaje filosófico griego⁶¹. Una reconciliación entre el viejo y el nuevo mundo para la que nadie estaba preparado todavía. Se trató de un período de coexistencia de ambos saberes y en el que el cristianismo se desarrolla bajo el amparo de la *paideía* griega. Los excesos alegóricos fueron mitigados en tiempos de San Atanasio, aunque no desaparecerían en su totalidad. Esta forma sosegada y serena de dialogar con el paganismo permitió que muchos de sus seguidores compartiesen puntos esenciales de la cosmovisión pagana. Orígenes y Cirilo de Jerusalén creen que la tierra es una esfera, y Eusebio de Cesarea (*Laudes Constantini* 6) dice que se encuentra en el centro del cosmos y que está rodeada por el Océano. Juan Filópono terminaría por cristianizar la teoría de la esfericidad terrestre.

Luciano de Antioquía fundó en dicha ciudad una escuela que escenifica el cambio en la relación de amor y odio entre la fe cristiana y la filosofía griega. Frente a la escuela de Alejandría, la de Antioquía defiende la interpretación literal de las escrituras, un uso más moderado de la interpretación alegórica y más limitado de la filosofía griega⁶². Integrantes de esta escuela serían Juan Crisóstomo, Arrio, Eusebio de Nicomedia o Nestorio. La exégesis había sido un remedio empleado desde muy antiguo por los pensadores griegos para salvar sus mitos. Los estoicos hicieron lo mismo para mantener el prestigio de Homero como padre del saber. La exégesis no sólo podía ser una afrenta a la palabra de Dios, sino un instrumento para dar vida al pensamiento pagano. Era, por tanto, necesario rechazar cualquier acercamiento sincero al helenismo y mantener la esencia del dogma cristiano. El abandono progresivo de la *paideía* griega escenifica claramente el giro de cristianos, y también de paganos, hacia lo divino. En el caso que nos ocupa, la geografía, supuso poner en entredicho uno de las convicciones más firmemente asentadas, la esfericidad de la tierra. San Juan Crisóstomo fue uno de los pensadores cristianos que más firmemente se posicionaron en contra de la forma esférica del mundo; Teófilo de Antioquía (*Ad Autolyicum* 13) afirmó que mientras los cielos tenían forma abovedada, la tierra era plana. Efrén de Siria, Diodoro de Tarso (finales del siglo IV), Severiano de Gabala⁶³ y Teodoro de Mopsuestia (s. V) allanarían el camino para que un autor profundamente influenciado por la escuela de Antioquía intentara demostrar en su *Topografía cristiana* que la tierra tenía forma de edificio abovedado.

61 JAEGER, W., *op. cit.*, 1985, p. 100.

62 MOLINÉ, E., *Los padres de la Iglesia: Una guía introductoria*, Madrid 1995, p. 304.

63 «La Tierra es plana, y el Sol no pasa bajo ella durante la noche, sino que viaja a través de las zonas del norte, como si estuviera oculto por un muro».

La languidez y decadencia de la ciencia antigua se observa muy bien en la medicina⁶⁴. Teniendo una naturaleza marcadamente empírica y autóptica, era lógico que tuviese puntos comunes con la geografía. Célebres médicos del mundo antiguo, como Ctesias, habían sido también importantes geógrafos (Cf. *Supra*. p. 96). No es, por tanto, casualidad que la degradación de la medicina esté ligada a la de la geografía, pues ambas tenían el mismo método, la observación. No obstante, la medicina antigua ya estaba experimentando un agotamiento similar al que sufrieron otras ciencias antes del triunfo del cristianismo. Un ejemplo claro es que después de Galeno de Pérgamo no volvemos a encontrar destellos de la misma brillantez y su obra se queda reducida a un manual. Incluso el propio Galeno, que vivió en tiempos de virulentas epidemias de peste, no fue capaz de concebir las infecciones como el origen de las enfermedades (Cf. AMIANO MARCELINO XIX 4.2). Aunque paradójicamente el médico gozaría de un prestigio creciente en la sociedad de la Antigüedad Tardía como consejero, e incluso el emperador Constantino les concedió la *immunitas*, la exención de pagar impuestos (*C. Th.*, XIII 3.2).

La astronomía fue un elemento imprescindible en el desarrollo y evolución de la geografía matemática. Gracias al estudio y a la observación de los astros, se pudieron establecer las coordenadas y la localización de algunos lugares en los mapas elaborados por los geógrafos antiguos. Ni Eudoxo ni Posidonio habrían podido medir la circunferencia terrestre sin la ayuda de la observación de los astros. Sin embargo, cada vez más los autores relacionaban lo que ocurría en la esfera celeste con lo que pasaba en la terrestre. La conexión entre ambas esferas podría inducir a creer que lo que ocurría en una influía en la otra. De tal modo, resultó que la astrología ganaba preponderancia sobre la astronomía.

La obra de Amiano Marcelino está llena de ejemplos de creencias en presagios y en el empleo de la magia y las artes adivinatorias por los paganos de su tiempo (XIX 11.14; 12.19; XX 11.25-26; XXVI 1.7; 3.4-5; XXVII 3.1). La superstición (*senili superstitione confundens* XXI 15.18) estaba muy extendida entre sus contemporáneos. Aún así, el siempre prudente historiador se siente obligado a justificar la existencia de las ciencias adivinatorias: «*Y como a veces la plebe baja, en su insensatez, objeta y murmura con inconsciencia que, si existiera una ciencia profética, cómo iba a ignorar alguien que iba a morir en la guerra, o que iba a tener que soportar una cosa u otra, bastará decir que, también a veces, un gramático comete incorrecciones al hablar; o un músico canta mal, o un médico ignora un remedio, pero no por eso dejan de existir ni la gramática, ni la música, ni la medicina*»⁶⁵.

No es de extrañar que algunos de los más dogmáticos cristianos confundiesen la observación de los astros con las artes adivinatorias. Unas disciplinas hacia las que la Biblia se muestra intolerante en todo momento⁶⁶, pues sólo Dios, y no el hombre, es capaz de conocer

64 NUTTON, V., «From Galen to Alexander, Aspects of Medicine in Late Antiquity», *DOP* 38, 1984, p. 1-14; MAZZINI, I., «La letteratura cristiana antica e la medicina (II). Saggio di indagine su «Realien» e linguaggio medici nella letteratura cristiana», *LÉC* 71 (3) 2003, p. 241-261; PASSARELLA, R., «Conoscenze mediche ambrosiane, ovvero la medicina nei Padri della Chiesa: questioni di metodo», *Acme* 57 (2) 2004, p. 69-92.

65 AMIANO MARCELINO XXI 1.13. Cf. SANTOS YANGUAS, N., «Presagios, adivinación y magia en Amiano Marcelino», *Helmántica* 30, 1979, 5ss; SANTOS YANGUAS, N., «Adivinación y presagios en el Bajo Imperio Romano según Amiano Marcelino», *Estudios Humanísticos* 7, 2008, 17ss, quien sostiene que, pese a la prohibición imperial, la creencia de los romanos en las artes adivinatorias nunca se debilitó durante el siglo IV, siendo A. Marcelino un claro exponente de ello.

66 *Deuteronomio* 18:10-14; *Levítico* 19:26; 19:31; 20:27; PABLO, *Carta a los Gálatas y carta a los Romanos* 8. 38-39.

el destino. Sólo Dios debía ser adorado y no su obra⁶⁷. La astrología era vista por la Iglesia Cristiana, por consiguiente, como una amenaza, pues podía poner en duda la autoridad de Dios y enfrentaba la Providencia Divina con el fatalismo astrológico imperante en ese momento⁶⁸. Un fatalismo al que la marcha del Imperio y la esperada llegada del fin de los días no ayudaban a suavizar.

Al mismo tiempo, varios pasajes bíblicos daban importancia a la observación de las estrellas⁶⁹. Por eso no es de extrañar que algunos Padres de la Iglesia como Orígenes considerasen a las estrellas como escritura divina (*Contra Celso* 9) y Sidonio Apolinar haría un esfuerzo por conciliar el saber astrológico y el cristiano (*Oda* 22). ¿Cómo sorprenderse entonces si algunos fieles seguían recurriendo a este arte adivinatorio?: «Hay algunos que aparentan ser cristianos cuando no sufren en sus bienes detrimento alguno, mas cuando soportan en esto alguna adversidad corren al adivino, al sortílego, o al astrólogo» (SAN AGUSTÍN, *In Ps.* 91.7; 133.2).

Algo que el sabio de Hipona conoce muy bien porque en su juventud estuvo influenciado por este tipo de saber: «Así pues, no cesaba de consultar a aquellos impostores llamados matemáticos, porque no usaban en sus adivinaciones casi ningún sacrificio ni dirigían conjuro alguno a ningún espíritu, lo que también, sin embargo, condena y rechaza con razón la piedad cristiana y verdadera... Había por aquel tiempo un sabio varón, peritísimo en el arte médica y muy celebrado en ella, quien, siendo procónsul, puso con su propia mano sobre mi cabeza insana aquella corona agonística, aunque no como médico, pues de aquella enfermedad mía sólo podías sanarme tú, que resistes a los soberbios y das gracias a los humildes... como coligiése de mi conversación que estaba dado a los libros de los genetliacos o astrólogos, me amonestó benigna y paternalmente que los dejase y no gastara inútilmente en tal vanidad mis cuidados y trabajo, que debía emplear en cosas útiles, añadiendo que también él se había aprendido aquel arte, hasta el punto de querer tomarla en los primeros años de su edad como una profesión para ganarse la vida, puesto que, si había entendido a Hipócrates, lo mismo podía entender aquellos libros; pero que al fin había dejado aquellos estudios por los de la medicina, no por otra causa que por haberlos descubierto falsísimos y no querer, a fuer de hombre serio, buscar su sustento engañando a los demás»⁷⁰.

Curiosamente las palabras que se utilizan para referirse al astrólogo, *genetliacos* y *mathematicum*, derivan del lenguaje matemático, lo que refleja hasta qué punto las matemáticas habían entrado en declive (JERÓNIMO, *In Dan.*, II 2).

Sin embargo, pese a que San Agustín considera su vinculación con las *nefariae curiositatis* (*Civitas Dei* X 8) como cosa del pasado, siguen estando muy presentes en su vida. ¿Acaso su conversión al cristianismo no recuerda en exceso a un arte adivinatoria como las *sortes virgilianae*? Ni la magia ni la astrología, hermanas bastardas de la religión y la ciencia, desaparecieron de la noche a la mañana en el nuevo Imperio Cristiano⁷¹. Si por el estudio de los astros

67 LACTANCIO, *epit.*, 21.1; *Div. Inst.* II 16.1-3; TERTULIANO, *Apol.*, 35.

68 MONTERO, S., «Cristianismo y astrología en los siglos IV-V d.C. Oriente y Occidente», *Ilu* 2, 1999, p. 23-32.

69 *Génesis* 1:14; *Mateo* 2:7; 45; 51-4; *Marcos* 15:33 y *Lucas* 23:44-45.

70 *Confesiones* IV 3.4-5. Cf. *Confesiones* VII 6.8, donde cuenta como tuvo una discusión con dos amigos suyos, Nebridio y Vindiciano, que no creían en la astrología.

71 AUNE, D. E., «Magic in Early Christianity», *ANRW* II, 23.2, 1980, p. 1507-1557; BARB, A. A., «La supervivencia de las artes mágicas», en *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, Alianza 1989, p. 117-143, quien destaca que las prohibiciones contra las artes mágicas vinieron siempre del Estado; JANOWITZ, N., *Magic in the roman world. Pagans, Jews and Christians*, Londres & Nueva York, Routledge 2001.

se podía saber lo que iba a acontecer en la vida de un hombre, por la magia se podía alterar ese porvenir sombrío, acabar con un adversario (*tabellae defixionum*. Cf. TÁCITO, *Anales* II 69; A. MARCELINO XV 7.2; XXVIII 1.27; 4.25; XXIX 3.5) o protegerse de él mediante el empleo de amuletos. Su auge explica que Hipólito de Roma compusiera un tratado entero, *Philosophymena*, para denunciar su práctica. En el siglo V, Paladio en sus estudios de agronomía recogía encantamientos útiles (y socialmente aceptados) para evitar las tormentas y las malas cosechas. Tampoco fueron los paganos los únicos en recurrir a ellas ni los cristianos los únicos en prohibirlas⁷². El *Código de Teodosio* revela cómo se legisló de forma continuada para evitar una práctica tan extendida⁷³. Los emperadores romanos, independientemente de su credo, temían que pudiera surgir un usurpador de la mano de la predicción de algún adivino⁷⁴ o que su vida fuese segada por el sortilegio de un mago. Ambos credos coincidían al pensar que el peligro de sufrir malas artes mágicas aumentaba exponencialmente si había mujeres de por medio⁷⁵. Mujer y brujería son elementos que van de la mano.

El indicio más claro de que el hombre del siglo IV ha dejado de ser un animal político es la teurgia⁷⁶. En su ansia por acercarse a lo divino, no le basta con el misticismo o con la vaga promesa de una futura vida eterna, quiere controlar los poderes ultraterrenales o convertirse en un dios. El *homo religiosus*, ya sea cristiano o pagano, cree firmemente en el poder de la magia, independientemente de la religión de aquel que la haga. Razón de más para protegerse de ella, con leyes o con talismanes, fuera quien fuese el gobernante de turno o el dios al que se le rindiese pleitesía. Lo sobrenatural y lo religioso son una amalgama tan profunda que son difícilmente separables. Negar una de ellas implica caer en la impiedad o en el ateísmo (Cf. LUCIANO, *Philopseudés o El amante de las mentiras* 10).

Otro cambio fue el debilitamiento del ideal de la *polymatheía*. Tanto San Ireneo como San Jerónimo se quejaban de lo difícil que resultaba para un hombre tener conocimientos de todas las disciplinas del saber tradicional⁷⁷. Sinesio de Cirene criticaba a los *tekhnítai epistemoi*, lo que demostraba que el saber era cada vez más dado a la especialización. El dicho *Ars longa*

72 JUAN CRISÓSTOMO, *In Acta Apost. Hom.*, XXXVIII, cuenta el miedo que pasó al encontrar flotando en el río un libro de magia. El temor del Crisóstomo muestra la prohibición estatal vigente, el que reconociese inmediatamente los símbolos mágicos demuestra que era ignorada; PLATÓN, *Leyes* 933c-e, sobre los castigos destinados a quienes practicaban magia; JULIO PAULO, *Sententiae* V 23.14-8, las personas que practicaban la magia debían de ser quemadas vivas; PLINIO VII 46.30, llama a Nerón enemigo de la humanidad por su amor a la magia y a los ritos monstruosos que llevaron la muerte a Roma; AMIANO MARCELINO XIX 12.6: «*Si alguno había consultado a un adivino sobre el chillido de un ratón o sobre el encuentro con una comadreja o sobre un prodigio semejante, si había sido víctima de un encantamiento por parte de una vieja mujer para aliviar un dolor, y esto a veces por prescripción médica, no necesitaba más para ser acusado, denunciado en secreto, acusado, condenado y ejecutado*»; Apuleyo tuvo que componer un tratado de magia, *Apología, o discurso sobre la magia en defensa propia*, ante las acusaciones de haberse valido de la misma para conseguir los favores de la viuda Pudentila (*Apología* I 15; XXV 14).

73 C. Th., IX 16.1, prohibición de febrero 319; 3 prohibición de mayo 321/4; 4 prohibición de julio del 357; 6 prohibición de julio del 358; 10 prohibición de diciembre del 371.

74 LE GLAY, M., *Grandeza y caída del Imperio Romano*, Madrid, Cátedra 2002, p. 397. Cf. AMIANO MARCELINO XXIX 1.5; 28-33.

75 Éxodo 22:18; Ezequiel 13:17-23; I Sam 28. TEÓCRITO, *Idilios* II; Brujas de Tesalia Cf. PROPERCIO I 5.4-6; III 24.9-10; LUCANO, *Bellum Civile* VI 413-830; ESTACIO, *Theb.*, III 140-46; IV 504-11; MARCIAL IX 29.9; JUVENAL VI 610-2; ARISTÓFANES, *Nubes* 749; PLATÓN, *Gorgias* 513a; HORACIO, *Épodos* V 46; APULEYO, *Metamorfosis* II 1; SÉNECA, *Fedra* 420-3; 790-2; *Medea* 787-811; OVIDIO, *Amores* I 14.39-40.

76 Cf. DOODS, E. R., «Theurgy and its relationship to Neoplatonisme», *JRS* 37, 1947, p. 55-69; DOODS, E. R., *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza 1994, p. 265-292.

77 IRENEO, *AH* II 32.3; JERÓNIMO, *Adv. Pelagium* I 21.

vita brevis parecía tener más sentido que nunca. En su búsqueda de la salvación el hombre del siglo IV no podía tener tiempo para seguir los modelos de Eratóstenes y Posidonio. ¿Es por esta imposibilidad de alcanzar el saber global la razón por la que las obras se epitomizan o se compendian una y otra vez?⁷⁸ La geografía queda reducida a eso, al igual que el resto de las ciencias, a un compendio⁷⁹, siendo un claro ejemplo la obra de Lucio Ampelio⁸⁰. En un siglo donde no abundan las obras originales, la *curiositas* de los lectores hacia las obras del pasado parece paradójicamente haberse incrementado sensiblemente.

Comenzaba, de esta manera, el fin de la *polymatheía* como ideal de sabiduría entre paganos y cristianos, dejando paso al solitario camino de la especialización, que no tardaría en desembocar en el sistema educativo del *Trivium* (Gramática, retórica y dialéctica) y del *Quadrivium* (Aritmética, geometría, música y astronomía). Las consecuencias para la geografía no se harían esperar, las digresiones geográficas, tan comunes en cualquier obra del mundo antiguo, independientemente de su género o naturaleza científica, comenzaron a desaparecer de forma lenta, pero inexorable. La geografía, la más multidisciplinar de las ramas del saber, quedó relegada, en el mejor de los casos, a un pequeño capítulo introductorio de la historia de un país o región (Orosio, San Isidoro, Jordanes, Beda, etc.). Resultando que la cultura que se definía como universal, y que se jactaba de estar en todos los campos del saber y de la vida, relegaba a un segundo plano a la más universal de las ciencias, la geografía.

Es más, utilizando una expresión de S. Mazzarino, podríamos decir que la cultura se «democratiza», pues deja de estar definitivamente en posesión de las élites y pasa a ser controlada por las clases medias. La *constitutio antoniniana* (212) marca el inicio del proceso y la cristianización de la tradición, su final. Lo que era posesión de unos pocos se populariza. Ante la proliferación de traductores la cultura puede estar a disposición de un público más amplio, los romanos occidentales ya no tienen que aprender griego y los orientales pueden seguir ignorando al latín como lengua culta. Esto queda reflejado por la extensión y éxito de los cuentos y las leyendas. La *Novela de Alejandro*, llena de elucubraciones fantásticas (Cf. *Supra*. p. 126), tuvo una gran acogida en el período, anunciando los relatos populares propios del Medioevo y del Mundo Islámico⁸¹. El que el héroe griego y modelo de emperadores romanos por antonomasia fuese asimilado por la tradición cristiana ¿no es, acaso, una evidencia de continuidad?

CONCLUSIÓN

A diferencia de lo que ocurrió con la transición que hubo entre el mundo helenístico y el Imperio Romano, en el período tardoantiguo se gestó un cambio más evidente en la tradición cultural clásica con la victoria del cristianismo; un cambio más notorio, pero no en modo alguno más importante. Puede hablarse de cambio, de transformación, pero no en modo alguno de ruptura o de revolución, pues, como hemos visto, presenta claros elementos de continuidad

78 QUACQUARELLI, A., *Reazione pagana e trasformazione della cultura (fine IV secolo d.C.)*, Bari 1986, p. 79.

79 CLAUSI, B., «Scuola e geografia nella TA: il Versus de Asia», en *Le trasformazioni della cultura nella Tarda Antichità*, II, Roma 1985, p. 737-780; p. 773.

80 Autor del siglo III, fue un *grammaticus*, un maestro, que escribió para su alumno Macrino el *Liber Memorialis*, una obra donde se recogían todos los temas sobre mitología, historia, astronomía y geografía que debían de ser recordados por un hombre de su tiempo.

81 Cf. CRACCO RUGGINI, L., «Sulla cristianizzazione cultura pagana: il mito greco e latino di Alessandro dall'età Antonina al Medioevo», *Athenaeum* 43, 1965, p. 3-80.

respecto al período anterior. Los antecedentes de «la ruptura» eran más lejanos y el cambio que los cristianos traían consigo se produjo al son de una música que venía sonando desde hacía mucho tiempo. Se limitaron a ponerle la letra.

La Roma que construyó su Imperio estaba demasiado helenizada y era demasiado consciente de la superioridad de la civilización griega como para poder mutar la cultura *ipso facto*; como explicó magníficamente Horacio, el vencedor fue vencido. Pero al unir lo que tradicionalmente había estado separado (las ciudades estado; los reinos helenísticos), completó el cambio cultural que se había estado gestando con el helenismo.

Sin embargo, la globalización de la cultura no impidió que surgiesen voces de resistencia contra el Imperio. Lo cual era lógico porque agrupaba a múltiples grupos étnicos en su seno, que reivindicaban su originalidad dentro la omnipresente cultura grecolatina. Curiosamente el núcleo que más intensamente alzó la voz contra el dominio romano fue aquel cuya *paidéia* había sido apropiada por los conquistadores, el grupo griego. Un movimiento cultural como la Segunda Sofística pretendía demostrar la importancia de la cultura griega dentro de la vida cotidiana del Imperio, pero con la helenización de emperadores como Adriano o Marco Aurelio dejó cada vez más claro que pese a existir dos comunidades, la griega y la romana, sólo había de facto una única cultura⁸².

Antes de que se consumase este hecho, pudieron escucharse voces contra el dominio romano o incluso predicciones sobre el fin del mismo. Al igual que había caído la sagrada Ilión también debía llegar el día en que lo hiciese Roma (DIODORO XXXII 24; APIANO, *Libica* 132). Los romanos eran conscientes de ello⁸³ y los pueblos sometidos aguardaban con ansiedad el fin del Imperio.

En este ambiente, donde algunos sectores periféricos demandaban tener una identidad propia dentro de la cultura globalizada que representaba Roma, se desarrolló el cristianismo. No es, por lo tanto, sorprendente que algunos autores cristianos, como Hipólito de Roma, identificasen el Imperio con el Anticristo en su *Comentario sobre el profeta Daniel*⁸⁴ o negasen que fuese eterna⁸⁵. Escritos como estos tenían mucho sentido durante las persecuciones de Septimio Severo y las que acontecieron en el siglo III (Decio; Diocleciano). Un libro como el *Apocalipsis* es un escrito de circunstancias, destinado a levantar la moral de cuantos cristianos vivían en el Imperio y aguardaban su fin por no saber encontrar su sitio en el mismo. Al igual que habían hecho anteriormente los helenos, los cristianos manifestaron su superioridad frente al Imperio, autopresentándose como una comunidad universal y carente de fronteras. No obstante, cuando las persecuciones cesaron, el Imperio también dejó de ser visto como un enemigo del cristianismo⁸⁶.

82 BOWERSOCK, G. W., *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford Clarendon Press 1969, p. 44; DESIDERI, P., «Roma e la Grecia: Una cultura per due popoli», *Studi Ellenistici* XV, 2004, p. 229-243.

83 MOMIGLIANO, A., «Los orígenes de la historia universal», en *De paganos, judíos y cristianos*, Méjico, FCE 1996, p. 56-98; 72ss.

84 Cf. MAZZARINO, S., «La democratizzazione della cultura nel Basso Imperio», en *Antico tardoantico ed era Costantiniana*, Roma 1974, p. 74-98.

85 JUVENCO, *Praef.*, 1-2: «*Inmortale nihil mundi compage tenetur, non orbis, non regna hominum, non aurea Roma*».

86 WALBANK, F. W., *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano de Occidente*, Madrid, Alianza 1996: «*Mientras se extendía, dejó atrás los rasgos verdaderamente revolucionarios que habían caracterizado su origen judío, y con una adaptabilidad sorprendente adquirió en su lugar un fondo filosófico griego, un rito y una teología*» (p. 126).

Entonces la relación de la cristiandad con la tradición clásica cambió. De ser un elemento discordante y contrario a la sociedad, por negarse a repetir los rituales que la legitimaban como parte de pleno *iure* de la comunidad, pasó a ser reconocida y a convertirse en la encargada de administrar la tradición. No debe concebirse este hecho como repentino o súbito. En la historia los acontecimientos nunca se producen de forma convulsiva, ocurren tan lentamente que, muy frecuentemente, nadie los percibe. Tampoco es que todas las voces cristianas autorizadas viesan al Imperio como algo nocivo para su comunidad. Pues si bien es cierto que la Biblia supeditaba la obediencia a Dios frente a las autoridades civiles (*Mateo* 22:17-22; *Marcos* 12:13-7; *Lucas* 20: 20-6; *Actas* 5:29 Cf. *Romanos* 13), el propio San Pablo recomendaba a los fieles que se sometieran a las autoridades romanas⁸⁷ (*I Cor.*, 7:17: «*Que cada cual permanezca en el estado en que ha sido llamado*») y muchos cristianos se valían de la filosofía griega tanto como los paganos, como hemos visto⁸⁸ (Cf. *Supra*. p. 350).

Pero, si los cristianos tenían tantos elementos en común con los paganos, ¿por qué eran tan odiados? Hemos mencionado algunas de las causas: 1) La baja extracción de la mayoría de sus miembros, aunque este hecho tiene que ser matizado ante las acusaciones que recibían en el mundo antiguo las alternativas ideológicas a los paradigmas de las élites. 2) Su naturaleza proselitista que le hacía introducirse en el ámbito de la familia. 3) La relación bipolar con la tradición que le hacía cuestionarse algunos temas y aceptar otros. 4) Era una amenaza para las élites romanas que veían cuestionada su posición como administradores del legado y del poder. 5) No reconocieron la divinidad del Emperador. 6) Profetizaron, y hasta lo esperaron, el final del Imperio. 7) Sus similitudes con las religiones místicas y las escuelas filosóficas griegas convertían a los cristianos en un rival extremadamente peligroso a la hora de captar nuevos clientes. Era muy común ver a un mismo discípulo entrar y salir de las principales escuelas (Cf. JUSTINO, *Diálogo con Trifón* II 3-6) que competían por la misma clientela. La irrupción del cristianismo significó un nuevo rival, demasiado fuerte e intransigente, para éstas. 8) Crearon un estado dentro del propio estado, la Iglesia, donde los desheredados podían encontrar refugio y los ambiciosos realizar un brillante *cursus honorum*. La Iglesia, y no el Estado, fue el principal foco para los intelectuales (San Agustín, Juan Crisóstomo, Eusebio, etc.). Los emperadores romanos que se enfrentaron a hombres como San Ambrosio o Juan Crisóstomo descubrieron que la misma institución que legitimaba su poder podía ser un temible adversario. Si el rey helenístico y el emperador romano habían coartado la libertad del sabio, ahora la aparición de una institución que controlaba y mantenía a los mismos fuera del control estatal tuvo que tener una trascendencia enorme.

El cristianismo se gestó durante cuatro siglos de convivencia con la cultura pagana. Esto significó que cuando surgió la posibilidad de transformar la tradición, estaba tan imbuido de la misma que le fue imposible hacer *tabula rasa* del pasado. Los autores pueden discutir eternamente si el cristianismo fue mutado por la cultura clásica o si esta última fue quien cambió al entrar en contacto con la tradición judeo-cristiana. Lo cierto es que un desarrollo

87 *Epístola a los Romanos* 13. Cf. PIÑERO, A., «Cristianismo primitivo y estado» en *Héroes y Antihéroes en la antigüedad clásica*, ALVAR, J., y BLÁZQUEZ, J. M., (EDS.) Madrid, Cátedra 1997, p. 258, afirma que el mensaje de San Pablo supone una clara ruptura frente al Jesús de los Evangelios por su actitud de sumisión al orden social romano, puesto que no era un judío palestino que odiase a Roma, sino un helenista y un ciudadano romano.

88 CLEMENTE, *Strom.*, VI 80; TACIANO, *Discurso contra los griegos* 35: «*Todo esto os lo expongo, no porque lo haya yo sabido de otros, sino que he recorrido muchas tierras y profesé como maestro vuestras propias doctrinas y he podido examinar muchas artes e ideas*».

embrionario tan largo no permite afirmar ni lo uno ni lo otro con rotundidad. Aunque nuestra opinión es que los cambios acontecidos entre el III y el IV ya estaban latentes en la propia sociedad bajo imperial y que para explicar muchos de los mismos, como el teocentrismo, el principio de autoridad, el desapego por lo material o el abandono gradual del principio de *autopsia*, deberíamos retroceder al siglo II con la Segunda Sofística o incluso a los últimos siglos del mundo helenístico, donde el misticismo y la autoridad de la tradición fueron exaltados frente a la experimentación y la observación empleadas por las grandes personalidades del período (Eratóstenes y Arquímedes).

Una vez que se produjo el triunfo de la cultura nueva sobre la vieja, al cristianismo le fue impuesto administrar la tradición. Para entonces ya nadie entre sus filas quería acabar con el Imperio Romano, sino cristianizarlo. Al igual que los bárbaros que amenazaban las fronteras del Imperio, no quieren destruirlo, sino vivir en su interior⁸⁹. El cristianismo no acaba con la figura del emperador. Al contrario, los intelectuales cristianos, como Eusebio de Cesarea, lo santifican y lo convierten en un semejante de los apóstoles (*isapostolos*) en prefecto e imagen de Cristo reforzando su autoridad⁹⁰. El Emperador no es ni un magistrado ni un ser divino, sino un hombre que ha sido transfigurado por el *imperium*, porque le viene de Dios⁹¹, un nuevo obispo de la cristiandad⁹².

El cristianismo no elimina a Platón y a Plutarco, sino que llega a equipararlos con su mensaje⁹³. Al fin y al cabo lo que hace es traducir lo que ha heredado a sus parámetros, pues toda cultura tiene que modificar lo que considere ajeno para darle sentido. Los griegos helenizaban, los cristianos cristianizaron. La otra alternativa ante la alteridad era negarla, pero no se puede negar lo que está en todas partes y en uno mismo.

Frente a la languidez de su rival, la nueva fe exhibía un fuerte hermetismo y exclusivismo, que le llevaba a combatir cualquier forma de culto diferente a la suya. La causa era el temor justificado de los doctos cristianos a que la más pequeña concesión por su parte al saber idólatra les conduciría a un destino semejante al que habían sufrido otras manifestaciones religiosas, como el culto a Cibeles, Osiris, Atis o los Oráculos Caldeos: el ser engullidos y digeridos en el estomago del pensamiento grecorromano. Esto no significa que el cristianismo fuese menos tolerante que el paganismo, simplemente que tenía una visión tan etnocentrista como la habían tenido los griegos a lo largo de su historia. Su éxito consistió en saber adaptarse a la *paideia* griega sin dejarse devorar completamente por la profundidad de su tradición.

89 POHL, W., «Introduction: The Empire and the Integration of Barbarians», en *Kingdoms of the Empire. The Integration of Barbarians in Late Antiquity, The Transformation of the Roman World*, I Leiden, Brill 1997, p. 1-12; p. 9.

90 JORDANES, *Origen y gestas de los godos* 28: «El Emperador, es sin duda alguna, un dios en la tierra, y cualquiera que se rebelara contra él correría el riesgo de pagarlo con su sangre». Cf. FONTÁN, A., «La revolución de Constantino», en *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, Madrid 1990, p. 107-150, para este autor existiría desde Augusto a Constantino un proceso continuo de sacralización y divinización del emperador. Un proceso que el cristianismo habría acelerado al convertirse en el salvaguarda del emperador y del estado romano; COCHRANE, Ch. N., *Cristianismo y cultura clásica*, Méjico, FCE 1983, 317ss, la divinización del soberano consolida la idea de una *monarquía sagrada* y el *Princeps*, comienza a recibir los epítetos propios de la santidad: *sacratissimus princeps, numen nostrum, nostra perennitas*. El emperador en efecto se vuelve inaccesible y en ocasiones puede ser contemplado como Dios por medio de la iconografía. Sus leyes son *caelestia* o *divalia statua*. Su capital es además *urbis sacratissima* y su palacio *sacrum palatium*. La consecuencia es simple, no cumplir su ley significaba desobedecer el mandato divino.

91 RUGGINI, L. G., «Potere e carismi in età imperiale», *Studi storici* 3, 1979, p. 585-606.

92 EUSEBIO, *Vida de Constantino IV* 24. Cf. BOWERSOCK, G. W., «From Emperor to Bishop: The Self-Conscious Transformation of Political Power in the Fourth Century A.D.», *CPh* 81 (4) 1986, p. 298-307; p. 302.

93 JUSTINO, *Dial.*, II 6: «El fin del platonismo es ver a Dios cara a cara».

En el caso de la geografía, no se tardó en descubrir que había mucho más de lo que se podía digerir. Aceptar todo el conocimiento geográfico de la tradición clásica era impensable, puesto que contradecía parte de lo dicho por las Sagradas Escrituras, desecharlo todo era igualmente problemático, porque todo el material cartográfico o geográfico existente era pagano. Es por este motivo por el que tuvo que aceptar algunos elementos (río Océano, ríos subterráneos, visión tripartita del mundo, etc.). Y rechazar otros de plano (antípodas). Una cosmovisión regida por la palabra de Dios, que había tomado forma impresa en las Sagradas Escrituras, tuvo que redefinir una tradición que era esencialmente literaria. No pudo alterarla por completo. Lo cual refleja hasta qué punto este conflicto entre paganos y cristianos, y por ende la decadencia de la ciencia, fue más cultural que religioso. Al fin y al cabo, como había dicho Símaco en su discurso sobre el altar de la Victoria, paganos y cristianos *«estamos alumbrados por los mismos astros, tenemos un mismo cielo, un mismo mundo nos rodea»*.

16. COSMOGRAFÍAS PAGANAS Y CRISTIANAS EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

*«Pero se nos han pasado desapercibidas precisamente porque al hombre le es imposible desde luego conocerlo todo; en efecto, sólo Dios, que todo lo creó, puede conocerlo todo»
(Expositius totius mundi et gentium 68).*

*«Cosmographiae quoque notitiam vobis percurrendam esse non immerito suademus, ut loca singula, quae libris sanctis legitis, in qua parte mundi sint posita evidenter cognoscere debeatis... Eoque fiat ut uno loco positi, sicut monachos decet, animo percurratis quod aliquorum peregrinatio plurimo labore collegit» (CASIODORO, *Inst.*, I 25 1-2).*

Las teorías sobre el origen del mundo son un elemento común de todas las culturas y de todos los pueblos. En los comienzos de las mismas se recurre al elemento religioso para explicar los orígenes del Universo. La racionalización de este proceso es una evidencia de la evolución de toda civilización. El período tardoantiguo nos permite estudiar un hecho poco común en la historia de las ideas, la coincidencia de dos visiones del mundo en el mismo espacio y tiempo. Posteriormente la victoria del cristianismo sobre la tradición clásica, nos muestra como las élites cristianas se vieron en la difícil situación de conservar el legado cultural que les había sido impuesto administrar y al mismo tiempo adaptarlo a su propia ideología.

MACROBIO (399-422 d.C.)

El comentario del pagano¹ Ambrosius Theodosius Macrobius al *Sueño de Escipión* es una representación de la imagen del mundo y de su cosmología. La sección dedicada a la geografía

¹ Sobre el presunto paganismo de Macrobio. Cf. STAHL, W. A., *Commentary on the Dream of Scipio by Macrobius*, Columbia 1952, p. 4-9.

y a la astronomía, en su obra, es bastante importante (I 14.21-II 9), pero no siempre ha llamado el interés de los estudiosos por igual².

La parte donde se tratan los temas relacionados con la astronomía se inspiran en el *Timeo* de Platón. Un autor que no siempre coincide en sus opiniones con Cicerón (I 19.1). Siguiendo las teorías geocéntricas imperantes en su tiempo, la tierra es situada en el centro del Universo (I 22). La esfera celeste gira de este a oeste, viajando los planetas a la misma velocidad y en círculos. Siendo este movimiento constante una imagen del alma que se mueve incesantemente por el cosmos (I 17.10-11).

Aunque, acepta las mediciones y la concepción esférica del mundo de Eratóstenes, recupera la imagen del Océano como divisor en cuatro partes, ideada por Crates de Malos: «*En efecto, dado que, por un lado, fluye entre nosotros y los pueblos australes, ciñéndolos a través de toda la zona cálida, y, por otro lado, abraza las extremidades de ambos hemisferios con sus aguas, el Océano forma dos islas en la superficie superior de la tierra y otras dos en la superficie inferior*» (II 9.5).

Por sus propias palabras se deduce que su comentario tuvo que estar unido a un mapa: «*Todas estas cosas las puede poner ante tus ojos el diagrama abajo adjunto, gracias al cual verás el origen de nuestro mar... En dicho diagrama podremos también comprobar por qué Cicerón dijo que la zona que habitamos es estrecha por los vértices, pero ancha por los costados*» (II 9.7-8).

La tierra de Macrobio es esférica (II 5.13) y está dividida en varias zonas climáticas. Inspirándose en doctrinas neoplatónicas distinguiría tres partes del mundo: *perusta* (tórrida), *temperata* (templada) y *frigida* (helada), con dos variantes, boreal y austral, en cada una. De estas zonas, solamente un cuarto de la superficie terrestre está habitado por griegos, romanos y bárbaros: «*Las extremidades septentrional y austral están heladas con nieve perpetua, y son, por así decirlo, como dos cinturones que ciñen la tierra, pero con un cerco pequeño, dado que rodean las extremidades. Ninguna de las dos es habitable, ya que aquel frío paralizador no proporciona vida a ningún animal o vegetal; pues el cuerpo se alimenta con la misma atmósfera con que se nutre la hierba. El cinturón central, y por ello es el más grande, abrasado por el sople eterno de un calor incesante, ocupa una franja muy ancha y de circunferencia muy vasta, pero inhabitable a causa del excesivo calor. Entre los extremos y la zona central hay dos cinturones que son más grandes que los cinturones extremos y más pequeños que el central, templados por la destemplanza de ambos cinturones vecinos; sólo en éstos permitió la naturaleza habitar a los seres vivos*» (II 5.11-12).

Macrobio pensaba que el hemisferio sur estaba habitado, pero que era inalcanzable al tener que atravesar la zona tórrida (fig. 48): «*Sólo por pura lógica se infiere que la zona entre L y F está igualmente habitada, pues tiene el mismo clima templado, pero por quiénes está habitada, nunca nos fue permitido averiguarlo ni se nos permitirá, ya que la zona tórrida interpuesta impide a ambas razas de hombres la posibilidad de comunicarse entre sí*» (II 5.17; Cf. II 5.22-3).

Los pueblos que viven en el hemisferio sur son llamados por los griegos *antífoikoi*, es decir los habitantes de los antípodas y se contraponen a los habitantes del hemisferio norte, los *períoikoi*. Al igual que Plinio (Cf. *NH* II 161), Macrobio defiende la existencia de los antípodas diciendo que «*puedo afirmar que los desinformados de entre ellos pensarán lo mismo respecto a nosotros y creerán que es imposible para nosotros estar donde estamos*».

2 STAHL, W. A., «Astronomy and Geography in Macrobius», *TAPA* 73, 1942, p. 232-258.



49. *Cosmografía de Macrobio (Brescia 1485).*

Su mapa y su cosmovisión tuvieron una gran influencia en la cartografía de la Edad Media³. Las opiniones de Macrobio sobre la existencia de vida en el hemisferio sur jugaron un papel importante en las exploraciones que realizaron los portugueses en el siglo XV⁴.

JULIO HONORIO (V d.C.)

Autor del siglo V d.C., que trabajaba dando clases de geografía utilizando una *sphaera* como herramienta. Debido a la dificultad que suponía su lectura habría realizado un comentario de la carta para sus alumnos.

La *Cosmografía* de Julio Honorio es una descripción del mundo que utiliza los puntos cardinales para dividirlo. Pero, en realidad, no es más que una mera enumeración de nombres de mares, ríos, montes, provincias, ciudades y pueblos de forma desordenada. En ocasiones, algunas regiones son consideradas ciudades, los nombres de los ríos o de los cabos designan a las provincias. Además, algunos nombres, como el del mar Caspio, aparecen repetidos. Pero, es, sin duda alguna, la descripción de río Crisórroa donde más errores se acumulan⁵. De esta forma, tienen más sentido los llamamientos a no leer el resumen de manera independiente a la esfera (L).

3 STAHL, W. H., «Dominant Traditions in Early Medieval Latin Science», *Isis* 50 (2) 1959, p. 95-124.

4 SUÁREZ, T., *Early mapping of Southeast Asia*, Hong Kong 1999, p. 68.

5 X: «El río Crisórroa nace del monte Cáucaso en tierras de Asiria»; XI: «El río Crisórroa nace en tierras de Siria y embellece Siria, Antioquía, Palestina y las restantes ciudades de Siria. Desemboca en el mar Egeo, donde está la isla de Chipre. Recorre ochocientas treinta millas».

La forma del mapa es un misterio. Se discute si tenía forma elíptica o si estaba dividido por ejes y paralelos. En cualquier caso, es comúnmente aceptado que el centro del mismo no era ocupado por Jerusalén, sino por el Egeo. De algunos capítulos se desprende que el mapa pudo estar decorado con dibujos, seguramente para hacerlo más comprensible a quienes lo examinasen. (XLV Nilo; XLVI Pirámides).

PSEUDO-ÉTICO (*Terminus ante quem* siglo VIII d.C.)

La obra formaba parte de una compilación en la que se encontraban otras, como el *Itinerario de Antonino* y la introducción geográfica de la obra de Orosio. Se suele datar por la referencia al último cónsul de la ciudad de Roma y se dividiría en dos partes.

La primera de ellas se dividiría a su vez en otras dos: la inicial está dedicada a la misión de los cuatro sabios enviados por Julio César para medir el orbe y una descripción de la tierra conforme a los cuatro puntos cardinales, que están simbolizados por los océanos.

La segunda parte está profundamente influenciada por la geografía de Orosio, por lo que sigue una descripción tripartita del mundo conforme a los tres continentes.

La religiosidad del autor queda escenificada en sus menciones a las tumbas de Pedro, Pablo y Félix (cap. 25), y en la identificación del Nilo con el Gihón (cap. 45). Probablemente, uno de los pasajes más destacables de su obra sea aquel donde manifiesta lo unidas que estuvieron las campañas militares romanas con la expansión del conocimiento del mundo: «*Por constantes y cuidadosas lecturas hemos comprobado que el senado y el pueblo romano, amos del mundo entero y triunfadores y administradores del orbe, hallaron, al penetrar en triunfo en cuantas tierras yacen bajo el cielo, que la tierra está enteramente circundada por una franja de océano; también hemos comprobado que delimitaron todo el espacio por donde se extiende la tierra para que no quedara ignorado de la posteridad tras haberlo subyugado valientemente. Y para que nada escapara a su mente divina y rectora de todas las circunstancias examinaron, con arreglo a los cuatro puntos cardinales del cielo, la tierra que habían vencido y gracias a su conocimiento del cielo manifestaron que todo cuanto está ceñido por el océano consta de tres partes: Asia, Europa y África*» (PSEUDO-ÉTICO, *Cosmografía* 1a). Todavía en época de nuestro autor el ecumenismo romano no había sido olvidado.

EXPOSITIO/DESCRIPTIO TOTIUS MUNDI (Siglo IV d.C.)

La *Expositio* es la obra de un pagano⁶ procedente de Oriente que tenía el siríaco como primera lengua y que escribió en griego hacia el 359 d.C. Han sobrevivido las adaptaciones cristianas del siglo VI, escritas en latín, realizadas por los alumnos de Casiodoro. La profesión del autor, que los textos llaman erróneamente Júnior el filósofo, fue, a tenor de la información que encontramos en su libro, la de comerciante de textiles (Cf. Cap. 29; 31; 39; 40; 42; 45; 47; 48; 51; 53; 59; 63).

La forma de la obra recuerda a los itinerarios clásicos, y sus fuentes de información parecen haber sido un texto originario del interior de Siria para la primera parte de la obra, es decir, hasta el capítulo 21, y autores como Mela, Plinio y los comentarios de la *Eneida*,

6 ROUGÉ, J., *Expositio totius mundi et gentium*, París 1966, p. 54-55, dice que era hostil al cristianismo y a la figura de Constantino.

hechos por Servio, para la segunda parte. Además, empleó un mapa al que alude (Cap. 38, 40 y 43), que tuvo que ser anterior a la reforma administrativa realizada por Diocleciano, si tenemos en cuenta los numerosos errores que comete en las divisiones administrativas de la zona (Cap. 23; 43; 44; 47; 53 y 57).

La *Expositio* comenzaba su descripción del mundo en Oriente y avanzaba progresivamente en dirección a Occidente. El Jardín del Edén es localizado en Oriente, muy cerca de la India (Cap. 4). Siendo el pueblo más cercano al Jardín del Edén, el de los camarini, extremadamente dichoso y bienaventurado, pues no necesitan ni sembrar ni recoger la cosecha y su tierra cuenta con toda clase de objetos preciosos y riquezas (Cap. 4-7). La longevidad de sus habitantes también encaja con el modelo pagano de tierras utópicas o fantásticas. No obstante, el excesivo calor, que obliga a sus habitantes a bañarse todos los días para no quemarse la piel, es un elemento ajeno de la tradición pagana, que siempre había caracterizado a estas regiones por la amabilidad de su clima.

Algunas ciudades destacan sobre las demás, Antioquía (Cap. 23; 32); Alejandría (Cap. 34-6) y, sobre todo, Roma (Cap. 54-6): «*la más grande, eminente y real ciudad que de su nombre trasluce su valor*». En cambio, Constantinopla recibe menor atención, e incluso se relaciona su importancia exclusivamente con el emperador Constantino: «*por su parte Constantinopla puede tener toda clase de excelencias debido a Constantino. Además, se contemplan los espectáculos circenses con apasionadísima crueldad*» (Cap. 50). Un comentario que debe de estar relacionado con las convicciones religiosas del autor y sus sentimientos hacia Constantino.

La obra no es sólo de interés por ser un testimonio de la geografía y de la economía del siglo IV, gracias al oficio del autor, sino que, también, gracias a la forma que ha llegado hasta nosotros podemos observar detalladamente el proceso de adopción y transformación que llevaron a cabo los autores cristianos respecto a la tradición clásica, puesto que muchas de las alusiones al paganismo han sido eliminadas en las distintas versiones en las que se ha conservado el original. Las interpolaciones religiosas cristianas (Cap. 2; 3; 4; etc.) conviven con las paganas: «*veneran también a los dioses, entre otros Júpiter y el Sol; y se dice que ejecutan también ritos en honor de la Madre de los Dioses, y es cosa sabida que tienen arúspices*» (Cap. 55). Al mismo tiempo, pueblos del imaginario heleno como los etíopes eran mantenidos, pero perdían su visión característica de pueblo bienaventurado por una mucho más negativa: «*raza perversa de bárbaros que se llaman maziques y etíopes*» (Cap. 62).

En general, esta obra es un buen ejemplo de cómo al cristianismo le fue imposible hacer *tabula rasa* del pasado.

ANÓNIMO DE RÁVENA (VII d.C.)

La llamada *Cosmografía de Rávena* o *Anónimo de Rávena* encajaría más bien en lo que entendemos por un itinerario, pues es una enumeración no sistemática de topónimos, islas y ríos. Frecuentemente cita un lugar desconocido que se ubica entre dos perfectamente conocidos, por lo que puede ser localizado de esta forma con cierta exactitud.

Comienza con una rapsodia sobre la inmensidad de la obra de Dios. Como dice el autor: «*podríamos, con la ayuda de Cristo, haber descrito los puertos y promontorios del mundo entero y las distancias entre las ciudades individuales*» (I 18.10-15). Se ha sugerido que una de sus fuentes tuvo que ser la *Tabula Peutingeriana*, puesto que casi la totalidad de los nombres

citados aparecen en la misma⁷, aunque el empleo de la misma entraría en clara contradicción con su manera caótica de sistematizar la información. Otra posibilidad es que se hubiese empleado alguna versión corrompida de la obra de Claudio Ptolomeo o de Marino de Tiro⁸. Las omisiones, repeticiones y errores podrían deberse, simplemente, a que el autor no estaba familiarizado ni con el griego ni con la lectura de mapas.

De lo que no cabe ninguna duda es que su saber procede de sus fuentes de información y no de sus experiencias como viajero, pues como él mismo reconoce: «*aunque no he nacido en India, ni he sido criado en Escocia, aunque nunca he viajado por Mauritania, ni he examinado Escitia, he obtenido un conocimiento mental del mundo entero y de lugares habitados por varios pueblos, tal y como el mundo ha sido descrito bajo muchos emperadores*» (I 2.15-3.2).

En la obra pueden distinguirse dos partes: la descripción del mundo y un periplo. El mundo, tal y como lo imagina el autor del *Anónimo de Rávena*, se extiende desde Escocia hasta la India y está dividido en 12 partes, habitadas por pueblos como los árabes, los mauritanos, los hispanos, aquitanos o etíopes. En el extremo norte se encuentra el Océano inmenso, que establece el fin de la vida humana y en el extremo oriental se encuentra el Paraíso, que está igualmente vetado al ser humano. Concluyendo, en su prefacio, que estos límites han sido establecidos por la voluntad divina.

Después del prefacio comienzan unas listas de distancias, siendo su principal fuente de información Castorio, al que llama *Cosmographus Romanorum*, Orosio y Jordanes. En todo el texto sólo parece haber un único pensamiento original del autor: «*si con el horologio de metal podemos discernir con exactitud cada una de las partes del día, por el computo de las horas. ¿Cuánto más pueden contar los hombres sabios y prudentes de lo que debe de ser tomado de las regiones en el relato a medida que examinan el mundo hora por hora?*».

Aún así, el listado de topónimos de lugares es realmente abrumador, alrededor de unos cinco mil enumerados de Occidente a Oriente. Lo cual demuestra que el empleo de mapas seguía siendo importante en la Italia bizantina, pero que la cartografía y la geografía era cada vez más una actividad relacionada con el saber libresco y la erudición.

El *Anónimo de Rávena* sería editado por Guido de Pisa, un geógrafo del siglo XII.

CONCLUSIÓN

La decadencia de la ciencia antigua se escenifica en la necesidad de recurrir a lo religioso para explicarlo absolutamente todo. Es como si la sociedad entera incapaz de avanzar más hubiera decidido retornar al punto de partida, y se planteasen las cuestiones cosmogónicas de la manera que lo habían hecho sus antepasados. Las compilaciones y los epítomes son otra muestra de la carencia de originalidad de la ciencia geográfica, y las interminables listas de topónimos hacen que el lector piense en los comienzos de la geografía griega. Se recordará que la primera manifestación geográfica de Occidente era el *Catálogo de las Naves*, no deja de ser una circunstancia curiosa que la geografía quede reducida en el período tardoantiguo a sus primitivos inicios homéricos, una mera lista o enumeración de nombres. Las listas de

7 PEKKANEN, T., «The Pontic 'civitates' in the Periplus of the Anonymus Ravennas», *Arctos; acta philologica fennica* 13, 1979, p. 111.

8 FRERE, S., «The Ravenna Cosmography and North Britain between the Walls», *Britannia* 32, 2001, p. 286-292.

topónimos se han convertido en un fin en sí mismas⁹. La geografía se convierte en un inventario del mundo, en una enumeración sin fin. Erudición carente de razonamiento alguno.

La causa de este declive no se encuentra en el cristianismo. Anteriormente Ptolomeo había reorientado la geografía con sus tablas de topónimos a los que les asignaba una serie de coordenadas, por lo que quedaba claro que la localización de los lugares tenía una mayor importancia que su descripción, era una circunstancia propia del tiempo del autor y no de su pluma. La geografía administrativa impulsada por Roma había promovido una cosmovisión hodológica que tarde o temprano tenía que desembocar en estos interminables listados. Pero también era una consecuencia lógica del ecumenismo romano, pues estas enumeraciones de topónimos, al fin y al cabo, suponen una concepción estancada y cerrada del mundo, en el que no se concibe nada nuevo bajo el sol y eso sólo es posible cuando el mundo se ha visto empequeñecido *ex profeso* por la política imperial romana. Nadie realiza un inventario pensando que puede ser modificado en breve.

9 ARNAUD, P., «Pouvoir des mots et limites de la cartographie dans la géographie grecque et romaine», *DHA* 15, 1989, p. 28.

17. LA GEOGRAFÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA CRISTIANA: EL INICIO DE LA SEPARACIÓN ENTRE GEOGRAFÍA E HISTORIA

«*Quoniam nullo modo scriptura ista mentitur...*
Porque las escrituras no pueden mentir en modo alguno»
(SAN AGUSTÍN, *Ciudad de Dios* XVI 9).

La historiografía cristiana del período tardoantigua está profundamente convulsionada por el saqueo de Roma y por su posterior caída. Conocidas son las palabras de Jerónimo al enterarse de lo ocurrido el 410 d.C.: «*¿quién podría creer que, después de elevarse merced a sus victorias por todo el orbe, Roma caería estrepitosamente y se convertiría al tiempo en madre y tumba de sus pueblos?*». Intentando combatir las críticas de los historiadores paganos, que achacaban a la conversión la causa de caída de la ciudad eterna, los cristianos crearon obras de gran calibre como la *Ciudad de Dios* de San Agustín y las *Historias* de Orosio.

En sus esfuerzos por definir el cristianismo en la sociedad romana posterior a la caída, los autores cristianos se toparon con un mismo problema, que compartieron independientemente de su origen y de su lengua, intentar dar un carácter cristiano a la tradición geográfica clásica, que no se podía rechazar al ser la única existente¹. Por lo que la solución fue adoptar el modelo existente con pequeñas modificaciones.

SOLINO (Siglo IV d.C.)

De no ser por su credo cristiano Solino podría agruparse fácilmente entre los geógrafos latinos que, como Plinio y Pomponio Mela, hicieron una colección de *mirabilia*. De hecho, la

1 INGLEBERT, H., *Interpretatio Christiana. Les mutations des savoirs (cosmographie, géographie, ethnographie, histoire) dans l'Antiquité chrétienne*, París 2001, p. 92.

mayor parte de la geografía de Solino es una compilación de las historias y anécdotas de estos dos autores², ya fuese directa o indirectamente³.

Bajo el nombre de *Colección de hechos memorables* nos ha llegado la obra de C. J. Solino, que en opinión de Fernández Nieto debe ser considerada como «una descripción de los lugares, de las tierras y de los pueblos del orbe salpicada de datos sobre fenómenos curiosos y extraordinarios de los reinos vegetal, mineral y animal, veteadas con los prodigios y paradojas que más habían sorprendido la credulidad de los antiguos»⁴. Su libro puede verse como una copia de la de Plinio el Viejo⁵ y de algún otro autor como Pomponio Mela, pues cuestiones como la forma esférica de la tierra, su tamaño, la división del mundo en tres continentes o una profunda descripción de sus regiones se encuentran en los tres.

Sin embargo, muestra ausencias importantes en sus conocimientos de geografía, pues no parece haber oído hablar de la obra de Ptolomeo. Esto implica que Solino es heredero de un único aspecto de la geografía antigua, el literario, y que se limita a traducir este saber a los nuevos valores de la religión victoriosa.

Su cercanía con Plinio queda reflejada en su descripción de Italia (2.2-3), que recuerda mucho al encomio que hizo siglos antes el latino. Italia es un *locus amoenus*, un lugar de clima placentero y gran fertilidad. Un recurso que emplearán autores como Jordanes, Isidoro o Beda en las *laudationes* a sus respectivas patrias⁶.

En contraposición a Italia, Tracia es un lugar habitado por hombres de gran ferocidad y en el que los nacimientos son recibidos con lágrimas y los funerales con risas: «*quienes decidan estudiarla a conciencia, sin dificultad descubrirán que los bárbaros tracios muestran un desprecio por la vida guiados por ciertas reglas de sensatez innata. Todos están de acuerdo en aceptar una muerte voluntaria, y mientras una parte de ellos cree que las almas de los muertos se reencarnan, el resto piensa que no desaparecen, sino que, por el contrario, pasan a una vida más bienaventurada. Entre la mayoría, los alumbramientos constituyen un suceso triste; por consiguiente, el que acaba de ser padre recibe entre llantos a la criatura. Y a la inversa, los funerales causan un gozo tan señalado, que se despiden a los difuntos entre gestos de júbilo*» (10.1).

Britania, por el contrario, queda definida por su posición en los confines de la *oikoumene*: «*las costas del litoral galo constituirían el límite final del orbe si la isla de Britania no mereciese, por su extensión nada insignificante, ser llamada casi un segundo mundo*» (22.1). El retrato de Hibernia, en el que se contraponen la fertilidad de sus pastos con la violencia y barbarie de sus habitantes, serviría de modelo a Beda el Venerable para su descripción de las islas. Unas de las pocas aportaciones de Solino a la geografía del mundo antiguo es su mención de la isla de Tánato, pues fue el único autor que habló de la misma (22.8).

2 TOZER, H. F., *A History of Ancient Geography*, Cambridge 1897, p. 365.

3 G. M. Columba y A. Romano a finales del XIX y principios del XX defendieron que las similitudes entre Plinio, Mela y Solino eran debidas al empleo de una misma fuente, denominada por ambos como *chorographia varro-sallustiana*. Cf. COLUMBA, G. M., «Le fonti di Giulio Solino», *RAC* 1, 1896, p. 7-32; p. 105-115; «La questione soliniana e la letteratura geografica dei Romani», *AASP* 11, 1917-19, p. 1-132; ROMANO, A., *Osservazioni pliniane*, Palermo 1900.

4 FERNÁNDEZ NIETO, F. J., *SOLINO, Colección de hechos memorables o El Erudito*, Madrid, Editorial Gredos, Col. Biblioteca Clásica Gredos 291, 2001, p. 29.

5 THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 373.

6 VALLEJO GIRVÉS, M., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 351-356.

Su dependencia de los geógrafos clásicos provoca que, al igual que ellos, sitúe las maravillas o los animales maravillosos en las fronteras del mundo⁷, pese que al ser cristiano no debería seguir teniendo vigencia el arcaico modelo de centro/periferia, ya que para el cristianismo no eran lugares que no se podían conquistar, como pensaban los grecorromanos, sino futuros enclaves a los que llevar la palabra de Dios, pero una vez más los vacíos tienden a llenarse con la vieja cosmovisión.

Solino tendría una gran influencia entre los autores cristianos de la Antigüedad Tardía y en la Edad Media. Algunas actitudes de esos períodos, como la reutilización sin más de la información de autores antiguos, pueden ser vislumbradas en Solino.

EUSEBIO DE CESAREA (C. 275-339 d.C.)

A diferencia de Solino, Eusebio de Cesarea supuso un punto de ruptura significativo con respecto a la tradición clásica tanto en la historia como en la geografía. Materias que, si bien sostuvo que tenían una fuerte conexión, comenzó a tratar de forma separada.

De las cuatro obras de geografía que escribió Eusebio de Cesarea solamente una de ellas ha llegado hasta nosotros. Las obras perdidas eran una interpretación etnológica de las escrituras hebreas, una descripción de la antigua Judea, con una relación de la distribución de las tribus, un plano de Jerusalén y del templo, que habrían servido de preparación para la cuarta y un diccionario geográfico de la Biblia llamado *Onomasticon* que sí se ha conservado⁸. La obra estaba concebida como un diccionario de topónimos regulado por dos principios básicos: a saber el orden alfabético griego y los libros bíblicos empleados, que son introducidos en forma de epígrafe en el encabezamiento de cada letra. Se emplea siempre un discurso enumerativo similar al de los itinerarios. Casi mil lugares mencionados en el Antiguo Testamento son recogidos en el *Onomasticon*, y en unos 400 de ellos su descripción es tan detallada que pueden ser identificados. Sin embargo, no todos los libros de la Biblia son analizados con el mismo detalle.

Además de las propias escrituras, empleó otras fuentes como las *Antigüedades Judías* de Flavio Josefo, el *Hexapla* de Orígenes y algún itinerario anterior al de *Antonino* o al de *Burdeos*⁹. Su experiencia personal sobre esta región y los informes de viajeros y peregrinos debieron de serle, de gran utilidad. También es lógico que utilizase los informes del gobernador de Cesarea. En cambio, resulta muy significativo que Eusebio ni esté familiarizado con la *Geografía* de Ptolomeo ni emplee su sistema de coordenadas. ¿Le resultaba demasiado complicada o la geografía matemática era incompatible con las Sagradas Escrituras y sus lectores?

El *Onomasticon* es de gran utilidad para conocer los caminos romanos de este período, las fortalezas o los destacamentos militares en la Antigüedad Tardía y la reorganización y las fundaciones que se hicieron después de la conquista romana de Judea¹⁰. En este sentido, puede decirse

7 Animales: 20.6-7, alce de Germania; 25.11-4, los dragones de Mauritania; 26.3-10, los osos de los numidas; 27.21-2, el leontófono de África; 27.26, la corocota de Etiopía; 27.50-3, el Basilisco de África; 30.20, Cefos; 30.22, Catóblepas; 30.23, hormigas de Etiopía; 30.24, el licaón de Etiopía; 30.25, el parandro, 31.29, el escinco. Piedras: 30.16, piedra dragontía; 30.34, crisoprasa; 31.3, piedra hexecontálito; Plantas: 30.30, el cinamomo. Cf. BIANCHI, E., «Teratologia e geografia. L' homo monstruosus in autori della 'Antichità Classica», *ACME* 34 (2) 1981, p. 244-246.

8 BARNES, T. D., *Constantine and Eusebius*, Harvard University Press 1981, p. 106-111.

9 WOLF, C. U., «Eusebius of Caesarea and the Onomasticon», *The Biblical Archaeologist* 27 (3) 1964, p. 66-96; p. 77.

10 ISAAC, B. H., «Eusebius and the geography of roman provinces», en *The near east under roman rule: Selected papers*, Brill 1998, p. 284-309.

que de todas las monografías del mundo antiguo dedicadas a las regiones de la *oikoumene*, el *Onomasticon* es la que estudia la más pequeña de todas. Con el tiempo, acabaría por convertirse en una obra de referencia para los peregrinos junto con la Biblia¹¹. Una prueba de su éxito fueron las numerosas traducciones que se hicieron, siendo la más importante la de Jerónimo (*Prefac.* 3).

En la historiografía antigua hay varios momentos en los que se produjo un cambio importante en el objeto de estudio de los historiadores. De las *póleis* se pasó a las grandes personalidades, de las grandes personalidades al Imperio Romano. Ahora Eusebio daba un nuevo giro en la historiografía antigua sustituyendo al Imperio por un elemento a sus ojos igualmente universal, la iglesia cristiana. Sin embargo, en lo que Eusebio no cambia es en mezclar la historia con las digresiones geográficas, conforme el modelo clásico. En comparación con las obras de sus predecesores cristianos su historia es menos universal en lo temporal, pero más desde el punto de vista de la temática. La historia de los cristianos se vuelve más ecuménica a medida que su religión se va expandiendo por el mundo.

OROSIO (C. 383-420 d.C.)

La geografía de Orosio ha sido ampliamente estudiada¹² y, como él afirma, tuvo que estar influenciada por las obras de San Agustín (OROSIO, *Prólogo* 1) y Plinio, un autor que tuvo un gran peso entre los autores cristianos. Tras una breve introducción a la historia de Nino de Babilonia, se pasa revista a la forma del orbe y su división tripartita en tres continentes (I 2.1-106), para que cuando «*se hable de las desgracias de guerras y enfermedades ubicadas en un lugar, los lectores entiendan mejor no sólo la importancia de los hechos y su tiempo, sino también la de los lugares*»¹³. Una bella forma de afirmar hasta qué punto historia y geografía están unidas, pero también un instrumento muy útil para contraponer la miseria de los tiempos paganos (*gentium miseriae*) con la felicidad de los tiempos cristianos (*felicitas temporum christianorum*. Cf. V 2.8). En suma, la historia que concibe Orosio es una historia universal en la que toda la humanidad ha sido condenada por la existencia del pecado original y, posteriormente, redimida por la muerte de Cristo¹⁴.

Comienza, por tanto, su descripción tripartita de la tierra, y no bipartita, mencionando los ríos, las montañas y los topónimos que pueblan los continentes, pero eludiendo dar distancias o mediciones. La descripción de los continentes va de Oriente a Occidente, comenzando por Asia (I 2.2-3; 13-50), siguiendo por Europa (I 2.4-7; 51-82) y concluyendo en África (I 2.8-11; 83-94). Asia ocupa una posición central respecto a los otros dos continentes. Europa comienza en el Tanais (I 2.4) y termina en Hispania en las Columnas de Hércules (I 2.7). En cuanto a África su límite está situado en Egipto (I 2.5: «*A finibus Aegypti urbisque Alexandriae*») y su inicio en Occidente (I 2.10), siendo un continente más pequeño que los anteriores, pero más

11 JIMÉNEZ ZAMUDIO, R., *Toponimia Bíblica. El Onomastikon de Eusebio de Cesarea y la versión latina de Jerónimo*, Universidad Autónoma de Madrid 2008, p. 12.

12 CORSINI, E., *Introduzione alle storie de Orosio*, Turín 1968, p. 322-327; FABRINI, F., *Paolo Orosio, uno storico*, Roma 1974, p. 312-330; JANVIER, Y., *La géographie d'Orose*, París 1982; LOZOVSKY, N., *The earth is our book: geographical knowledge in the Latin west 400-1000*, University of Michigan 2000, p. 69-78; MERRILLS, A. H., *History and geography in late antiquity*, Cambridge University Press 2005, p. 35-99.

13 I 1.17. Cf. I 3.2; 5.11; II 1.1, donde se vuelve a interrelacionar el medio físico con el ser humano a través del pecado original.

14 CORREIA FURTADO, R., «A descrição geográfica do orbe nas *Historiae* de Orósio (*Hist.*, I 2): o programa ideológico», *Euphrosyne* 27, 1999, p. 66.

desconocido por la intensidad del calor: «*hay más tierras sin cultivar o explorar en África, a causa del calor del sol, que en Europa en razón de la intensidad del frío, pues es verdad que casi todos los animales y las plantas se adaptan con mucha más prontitud y facilidad al frío intenso que al calor ardiente. Hay una razón evidente por la cual África, en lo que concierne a su ámbito y a su población, aparece pequeña en todos los aspectos (es decir, cuando se la compara con Europa y con Asia). Debido a su localización natural, el continente tiene menos espacio y, debido al mal clima, posee más tierras desiertas*».

La introducción geográfica de Orosio finaliza describiendo las grandes islas del Mediterráneo (I 2.95-104): Chipre (I 2.96); Creta (I 2.97); Cícladas (I 2.98); Sicilia (I 2.99-100); Cerdeña (I 2.101-102); Córcega (I 2.103) y Baleares (I 2.104). Luego para Orosio el Mediterráneo, que es llamado *Mare nostrum* (I 2.3; 6; 23; 26; 27; 54; 73; 74; 92; 93; 94; 95); *Mare magnum* (I 2.3; 8; 84) es el centro del mundo que describe¹⁵. Esto queda demostrado porque el número de veces que son citadas las regiones pertenecientes al Imperio es muy superior al de las regiones exteriores. De hecho, el obispo de Bracara no se preocupa por delimitar las fronteras entre Roma y el resto del mundo. Tampoco lo hace con las provincias romanas, porque para él los límites geográficos quedan fijados por las fronteras culturales. El mundo queda dividido en civilizado (romano) y no civilizado (no romano).

Llama la atención que la mayoría de los lugares mencionados en su introducción no vuelvan a aparecer en todas sus *Historias*¹⁶, lo cual choca directamente con su intención de unir historia y geografía¹⁷. Al contrario, al concentrar prácticamente toda la información geográfica de su obra en un único capítulo¹⁸, parecía estar separando dos elementos que frecuentemente estaban unidos en las plumas de los autores paganos¹⁹. Aún así, teniendo en cuenta la popularidad de Orosio como geógrafo en la posteridad cristiana, no resulta nada aventurado decir que tuvo un gran éxito²⁰.

Algunos de los pueblos que nombra no tenían la importancia que se les da en su época o incluso habían desaparecido, mientras que los confines del mundo generalmente poblados por todos pueblos fantásticos, aparecen casi vacíos²¹ al contrario de lo que ocurría en Solino. Esto último puede explicarse fácilmente por las fuentes que empleó para elaborar su introducción geográfica, y por su fe que pudo haberle hecho desechar el mencionarlos por considerar que carecían de interés. Al fin y al cabo, hay que entender que la imagen que Orosio quiere transmitir a sus lectores no era demasiado exhaustiva, sino simplemente una guía para los no iniciados en la geografía. Una geografía en definitiva la de Orosio, en la que no se hace una mera descripción de la tierra, sino un reconocimiento del hábitat humano, que no es ni más ni menos que el escenario donde transcurre la historia universal²².

Se asemeja a los geógrafos antiguos cuando ubica a cada uno de los cuatro grandes imperios en cada uno de los puntos cardinales: Macedonia (Norte), Cartago (Sur; Cf.VII 2.6), Babilonia (Este) y Roma (Oeste). De los cuales el único que parece haber sido realmente universal fue

15 I 2.8: «*Mare hoc Magnum, quod omnes plagas terrasque medias interluit*».

16 JANVIER, Y., *op. cit.*, p. 138.

17 CORREIA FURTADO, R., *op. cit.*, p. 68-69.

18 Únicamente las partes donde se relatan las conquistas de Alejandro de Macedonia y la fundación de Roma presentan un mayor detalle en lo concerniente a la descripción de la geografía. Cf. III 16.11-12; II 4.12; IV 20.25.

19 Cf. CORSINI, E., *op. cit.*, p. 322-327.

20 MERRILLS, A. H., *op. cit.*, p. 99.

21 JANVIER, Y., *op. cit.*, p. 226-235.

22 FABBRINI, F., *op. cit.*, p. 316-317.

Roma. Sin embargo, a diferencia de los poetas y los escritores del Principado, Orosio no expresa su carácter ecuménico por la inmensidad de su territorio, sino por los desastres generados y por el número de enemigos que ha creado: «*Roma pudo medir la anchura de su reino por el número de sus desastres, y, cuando se volvió contra sí misma, dio ocasión a cada uno de los pueblos en que dominó de tomarse cumplida venganza. A África, Europa y Asia, y no me refiero a las tres partes del mundo, sino a todos los ángulos de esas tres partes, llevó su espectáculo de gladiadores y proporcionó para diversión de sus enemigos, el espectáculo de la vergonzosa venganza entre los propios romanos*» (VI 17.4). Su actitud hacia Roma se entiende no sólo por el momento en el que escribe Orosio, a posteriori de los grandes saqueos del 410 y del 476, sino porque, como reflejan estas líneas, no se considera meramente como un ciudadano romano, sino como miembro de una comunidad que aguarda la venida de su verdadero hogar, que no se encuentra en este mundo: «*entre los romanos, como dije, soy romano, entre los cristianos soy cristiano, entre los hombres soy hombre; por la ley puedo recurrir al estado, por la religión a la conciencia humana, por la idéntica comunidad de naturaleza, a la naturaleza. Para mí ahora, por un tiempo, toda la tierra es, por así decir, mi patria, ya que la verdadera patria, la patria que anhelo, no está de ninguna forma en la tierra*» (V 2.6). Actitud que no estuvo únicamente muy extendida entre los pensadores cristianos, sino también por muchos ciudadanos del Imperio que, como el poeta Kavafis, esperaban la llegada de los bárbaros o incluso preferían vivir entre ellos²³.

No obstante, Orosio sí que reconoce una cualidad al Imperio Romano, el haber preparado el terreno para la venida de una religión universal, el cristianismo, al instaurar la paz (VII 1.11; 2.16). Una paz que califica de eterna (*aeterna pax* VI 21.21) y que fue instaurada por Augusto al dejar el mundo sometido (*domitus*) y pacificado (*pacatus*). De tal modo, que antes del nacimiento de Cristo, todos los pueblos desde Oriente a Occidente, de Norte a Sur, a lo largo de todo el círculo oceánico y de los tres continentes, se encontrarían pacíficamente sometidos al Imperio Romano (Cf. VI 22.1). Si Roma no hubiese pacificado y civilizado el orbe, no sería tan seguro viajar por sus regiones, y la labor evangélica habría resultado más difícil. Todo cuanto ha acontecido, desde la creación del Imperio a su decadencia, se enmarca en el providencialismo orosiano en la venida del cristianismo.

Orosio no menciona mapa alguno en su obra, aunque algunos autores han sugerido que pudo haber añadido uno para ilustrar sus descripciones geográficas²⁴.

En general, geografía e historia, aunque tratadas por separado, están verdaderamente unidas en Orosio para demostrar cuán profundamente la providencia influye en el devenir del hombre y la tierra.

23 PRISCO, fr. 8: «*Este consideraba su nueva vida entre los escitas mejor que la anterior entre los romanos... Mi interlocutor rompió a llorar y confesó que las leyes y la constitución de los romanos eran buenas, pero deploró que los gobernadores, no poseídos del espíritu de las primeras generaciones, estaban arruinando al Estado*». Cf. HEATHER, P., «The barbarian in the late antiquity: image, reality and transformation» en *Constructing identities in late antiquity*, Londres & Nueva York, Routledge 1999: «*The famous and no doubt largely fictional conversation between Priscus and a Roman merchant turned Hun*» (p. 237).

24 BATELY, J. M., «The relationship between geographical information in the old english Orosius and latin texts other than Orosius», en *Anglo-Saxon England*, Peter Clemons (Eds) Cambridge University Press 1972, p. 45-62, citado por WOODWARD, D., *The History of Cartography: Cartography in prehistoric, ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, University of Chicago Press 1987, p. 301.



50. El mundo mediterráneo a comienzos del VI. Jordanes (Siglo VI d.C.).

JORDANES (Siglo VI d.C.)

La geografía de Jordanes también ha sido muy estudiada, pero principalmente desde la perspectiva del origen de los godos y de sus migraciones. La obra en cuestión, *De origine actibusque Getarum*, fue redactada por la petición de un amigo que le pidió resumir la *Historia de los godos* de Casiodoro (*Gética* 1). Aparte del mencionado Casiodoro, Jordanes manejó otras fuentes. Algo que le permitía su dominio de idiomas como el griego, godo y alano. Empleó a Estrabón y Ptolomeo para las cuestiones geográficas y Josefo, Dión Crisóstomo, Lucano, Marcial, Prisco, Orosio, Tácito y, sobre todo, Ablavio para las etnográficas²⁵.

Tal vez por su dependencia de Casiodoro²⁶ (485-580), Jordanes combina adecuadamente una introducción geográfica similar a la hecha por Orosio, con las tradicionales digresiones geográficas de la cultura pagana, por lo que la obra de Jordanes es, desde un punto de vista geográfico, más detallada²⁷. No es tampoco casualidad que la mayoría de las citas y referencias a autores antiguos se concentren en las alusiones geográficas que hace.

Sin embargo, a diferencia de Orosio, comienza directamente por el Océano, cuya existencia es una concesión que hace, como otros autores cristianos, al pensamiento geográfico grecorromano. Jordanes comienza donde Orosio terminaba, el mar y sus islas. Inicia su relato por Oriente para finalmente darle un mayor tratamiento a las islas de Occidente (*Gética* I 6.8) y a la más septentrional de ellas, Tule (*Gética* I 9).

25 BODELÓN GARCÍA, S., «Jordanes y la problemática de la Gética», *MHA* 21-22, 2000-2001, p. 49-71; Niega que dependa tan profundamente de Casiodoro como se dice frecuentemente.

26 CROKE, B., «Cassiodorus and the *Getica* of Jordanes», *CPh* 82 (2) 1987, p. 117-134.

27 MERRILLS, A. H., *History and geography in late antiquity*, Cambridge University Press 2005, p. 115.

La razón de este singular comienzo es la necesidad que tiene el autor de crear un contexto geográfico adecuado para el núcleo espacial de su relato, Scandzia (Escandinavia), la patria de origen de los godos. A continuación habla de Britania y de la mencionada isla de Scandzia²⁸. Utilizando para ello, autores como Tácito (II 13), Dión Casio (II 14), Pomponio Mela (III 31; 54) y Ptolomeo (III 16). Las fronteras de Scandzia están fijadas por el Océano, lo que, en palabras de Jordanes, hace que sea una tierra inhabitable tanto para los hombres como para las bestias.

Siguiendo a sus fuentes introduce una breve digresión sobre los pueblos de Scandzia, para posteriormente hablar de la geografía de Escitia (V 30-7). La razón de que se conecten en su narración la isla y Escitia es que eran la antigua y nueva patria de los godos. De gran interés es este pasaje (V 38):

«Leemos que en su primera migración los godos habitaron en la tierra de Escitia cerca de la laguna Meótide. En la segunda migración fueron a Moesia, Tracia y Dacia, y después de la tercera volvieron a vivir en Escitia, encima del mar del Ponto. Tampoco encontramos en ninguna parte de sus registros por escrito de sus leyendas que hable de su sometimiento a la esclavitud en Britania o en alguna otra isla o de su rescate por un hombre por el coste de un solo caballo. Por supuesto, si alguno de los de nuestra ciudad dice que los godos tenían un origen diferente del que yo he relatado, le dejo hacer objeciones. Por mi parte, yo prefiero creer lo que he leído (nos enim potius lectioni credimus) antes que confiar en cuentos de viejas (quam fabulis anilibus consentimus)».

Hay una diferencia radical entre Jordanes y los geógrafos antiguos, mientras que los últimos dan credibilidad al testimonio autóptico de quienes han viajado, él antepone la palabra escrita a cualquier otro tipo de fuente. Su desprecio por los relatos de viajeros no es sólo por una cuestión de criterio, sino por estar por completo apegado a la palabra escrita. Algo que no se explica solamente por su condición de erudito que le puede llevar a citar a quince autores diferentes en su libro, sino también por su fe. No hay que olvidar que el *lógos* divino, la palabra de Dios, es palabra escrita.

La introducción geográfica de Jordanes, por tanto, se concentra en un aspecto, explicar el origen de los godos y su emigración desde su patria de origen Gotland, que él sitúa en la isla de Scandzia: *«supónese que los godos con su rey, llamado Berig, salieron antiguamente de esta isla, Scandzia, recipiente de naciones o vivero de pueblos (Scandza insula, quasi officina gentium aut certe velut vagina nationum). En cuanto saltaron de sus naves y tocaron tierra, dieron su nombre al paraje a que acababan de abordar, llamándose todavía hoy, según se dice, Gotiscanzia. Inmediatamente marcharon de allí contra los ulmerugos, establecidos entonces en las orillas del Océano, los atacaron después de haberse apoderado de su campamento y los arrojaron de las tierras que ocupaban. Pero, después de haber gozado de la gran fertilidad de aquellas comarcas, queriendo el ejército cruzar un río por medio de un puente, y habiendo pasado ya la mitad al otro lado, dicese que el puente se derrumbó y ya no pudo ninguno avanzar ni retroceder; porque, a lo que parece, aquel lugar está cerrado por un abismo rodeado de*

28 I 9: *«Contiene también este mar inmenso por el lado de la Osa, es decir, al Septentrión, una gran isla, llamada Scandzia, de la que tendremos que hablar, con el auxilio del Señor, porque del seno de esta isla salió como un enjambre de abejas para hacer irrupción en la tierra de Europa, la nación cuyo origen tanto deseas conocer. Cómo y por qué sucedió esto, lo explicaremos si el Señor nos asiste».*

pantanos de suelo movedizo, de manera que, confundiendo la tierra con el agua, parece que la naturaleza ha querido hacerlo inaccesible. La verdad es que hoy todavía se oyen allí mugidos de rebaños y se descubren huellas humanas, según atestiguan viajeros a quienes se puede creer, a pesar de que han oído estas cosas desde lejos. En cuanto a aquellos godos que, bajo la dirección de Filimer, llegaron a la tierra de Escitia, después de pasar el río, como ya se ha dicho, tomaron posesión del país objeto de sus deseos. Después, sin perder tiempo, marcharon contra la nación de los spali, pelearon y alcanzaron la victoria. En fin, desde allí avanzaron rápidamente y como vencedores hasta el extremo de la parte de la Escitia que linda con el Ponto Euxino. Así lo refieren en general sus antiguas poesías, casi en forma histórica, y esto atestigua también en su muy verídica historia Ablabio, autor notable que escribió acerca de la nación de los godos, siendo también esta la convicción de otros historiadores antiguos. En cuanto a Josefo, ese historiador tan fiel a la verdad y tan digno de fe, ignoramos por qué, cuando tanto registra los tiempos remotos, guarda silencio acerca de estos orígenes de la nación de los godos que acabamos de exponer. Diremos, sin embargo, que, mencionando a los godos desde su llegada a Escitia, asegura que se les consideraba como escitas y que se les daba este nombre» (IV 26-8). El motivo del viaje habría sido la carencia de víveres, causa que también se puede encontrar en la saga medieval sueca llamada la *Gutasaga*, pero también en otros autores antiguos como Tácito (II 3) y Heródoto (I 94)²⁹. Ni Jordanes ni Casiodoro ni Ablabio (IV 28) pudieron haber tomado su información sobre la peregrinación de los pueblos godos de alguna fuente escrita de origen godo, pues este pueblo no conocía la escritura. Sin embargo, pudieron haber adoptado una historia oral a los modelos grecorromanos existentes para explicar los orígenes y migraciones de los pueblos. Llama la atención que aquí, al contrario que en el texto anterior, las informaciones de los viajeros tengan un mayor peso al no entrar en contradicción con sus fuentes escritas.

Paradójicamente, la isla de Tule desaparecería de los mapas y de las narraciones, mientras que Scandzia ganaba un mayor protagonismo en otros autores como en el *Anónimo de Rávena* V 30.1. Pero tendrían que pasar muchos años para que se descubriese que no era una isla sino una península.

ISIDORO (C. 556-636 d.C.)

Los conocimientos geográficos de Isidoro de Sevilla se encuentran expuestos en tres capítulos de sus *Etimologías* (IX, XIII y XIV) y en el opúsculo *De rerum natura* (C. 612-15). Una concepción de la geografía que está muy influenciada por la creencia de San Isidoro en un único dios y por el pensamiento estoico en su cosmovisión del mundo³⁰.

La geografía de San Isidoro de Sevilla es sincrética estando muy influenciada por geógrafos clásicos como Ptolomeo, a quien llama rey de Egipto, y por la Biblia, que configura en mayor medida su visión etnográfica de los pueblos³¹. Su cosmovisión es geocéntrica³², tripartita y en

29 ALONSO NÚÑEZ, J. M., «Jordanes y la emigración y fama de los godos», *MHA* 11-12, 1990-91, p. 215-218; p. 216.

30 Cf. ALBALADEJO VIVERO, M., «El conocimiento geográfico en las «Etimologías» Isidorianas. Algunas consideraciones», *IBERIA* 2, 1999, p. 203-211.

31 MELÓN, A., «La etapa isidoriana en la geografía medieval», *Arbor* 28, 1954, p. 454-467; p. 458.

32 *Etimologías* XIV 1.1: «La tierra está situada en la región central del universo, colocada a modo de centro equidistante de todas las demás partes»; *De natura rerum* 48: «La tierra, como dice Higino, está situada en medio del Universo. Equidistante desde todas sus partes, ocupa el centro».

ella se recupera al Océano como una masa envolvente de toda la tierra (*Etimologías XIV 2.1*). En estos pasajes puede verse esta percepción del mundo:

«Así la tierra puede ser dividida en tres partes (trifarie), de las cuales una es Europa, otra Asia y la tercera es llamada África. Europa es dividida desde África por un mar desde el fin del Océano y las Columnas de Hércules. Y Asia es dividida desde Libia con Egipto por el Nilo... Además, Asia, como dice el bendito Agustín, se extiende desde el sudeste hasta el norte... Así vemos que la tierra esta dividida en dos partes, por un lado Europa y África y por el otro sólo Asia» (*De rerum natura XLVIII 2*).

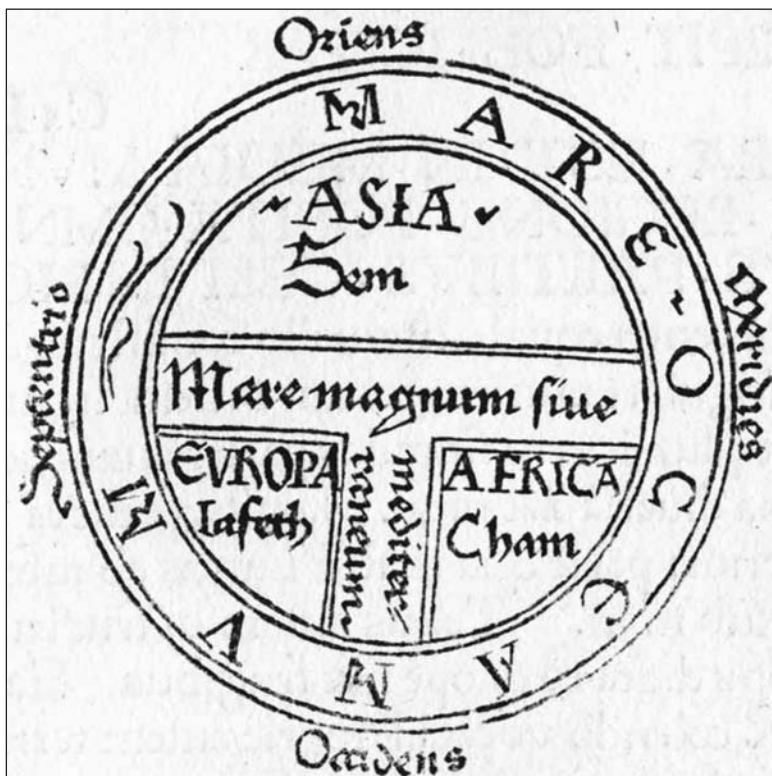
«El orbe está dividido en tres partes, una de las cuales se denomina Asia, otra Europa, y la tercera, África. Los antiguos no dividieron de forma homogénea estas tres partes del orbe, ya que Asia, por el oriente, se extiende desde el mediodía hasta el septentrión; Europa, por su parte, desde el septentrión hasta el occidente; y África, en fin, desde occidente hasta mediodía. De donde se desprende con toda evidencia que una mitad del orbe la ocupan dos partes, Europa y África, mientras que la otra mitad la ocupa Asia sola. Pero aquellas primeras partes se han dividido así porque entre ambas, y procedente del Océano, se interpone el Gran Mar (*Mare Magnum*), que las separa. Resumiendo: si el orbe se divide en dos mitades, oriente y occidente, en una de ellas se encontraría Asia, y en la otra, Europa y África» (*Etimologías XIV 2.1-3*).

La situación predominante de Asia denota una clara influencia de San Agustín y su *Ciudad de Dios* (XVI 17): «al hablar de Asia no me refiero a aquella parte que es una provincia de esta Asia mayor, sino a la llamada Asia universal, que algunos han colocado entre las dos, y la mayor parte entre las tres partes de todo el orbe, que serían Asia, Europa y África. Aunque no hicieron esta división con igualdad; pues ésta que se llama Asia se extiende desde mediodía por Oriente hasta el septentrión; Europa, desde el septentrión hasta Occidente; y África, desde Occidente hasta mediodía. De aquí se ve cómo dos partes, Europa y África, ocupan la mitad del orbe, y Asia la otra mitad. Esta división en dos partes se ha hecho así porque entre una y otra penetran desde el Océano todas las aguas que bañan las tierras, dándonos así un mar grande. Por lo cual, si se divide el orbe en dos parte, Oriente y Occidente, Asia estará en una parte, y Europa y África en la otra». De esta manera, San Agustín primero y San Isidoro después rompían con la tradición geográfica clásica que, desde Heródoto, había establecido que Europa era el continente más grande de todos.

En cualquier caso, esta concepción del mundo queda plasmada en mapas que son comúnmente llamados T-O (fig. 51), en los que la T representa una visión tripartita de los continentes y la O el Océano, que cubre toda la superficie terrestre³³.

La división en tres continentes no era una novedad, pues era algo común en la tradición geográfica y etnográfica grecorromana. Sin embargo, San Isidoro introduce novedades al explicar esta división por los tres hijos de Noé (IX 2.2): Sem (Asia), Jafet (Europa) y Cam (África). De los cuales procederían el resto de las naciones y pueblos conocidos. Lo cual es un claro indicio

33 Cf. UHDEN, R., «Die Weltkarte des Isidorus von Sevilla», *Mnemosyne* 3, 1935-1936, p. 1-28; p. 22, sostiene que Isidoro de Sevilla puede ser rastreado como el origen de estos mapas; MENÉNDEZ PIDAL, G., «Mozárabes y Asturianos en la cultura de la Alta Edad Media, en relación especial con la historia de los conocimientos geográficos», *BRAH* 134, 1954, p. 137-291; p. 168-193.



51. Mapa T-O de San Isidoro.

de los esfuerzos del autor por hacer coexistir en su relato el legado pagano con el pensamiento cristiano: «De las gentes que pueblan la tierra, quince proceden de Jafet, treinta y una de Cam y veintisiete de Sem, lo que da un total de setenta y tres, o mejor según declara la razón setenta y dos; e igual es el número de lenguas que comenzaron en la tierra y que, en su expansión, acabaron por invadir provincias e islas».

El mapa original de San Isidoro no ha llegado hasta nuestras manos, pero a tenor de los ejemplares conservados podemos deducir que tenía esta visión tripartita del mundo. Sin embargo, en algunos ejemplares existen variantes en los cuales la laguna Meótide (mar Azov) ha sido añadida como uno de los divisores de la *oikoumene*³⁴. Este tipo de mapa recibe el nombre de Y-O.

Inicia su descripción del continente asiático por el Paraíso, que tiene las mismas características que las Islas de los Bienaventurados de los paganos: la temperatura apacible, la riqueza faunística y vegetal o la fertilidad de la tierra³⁵, un verdadero *locus amoenus*. Del corazón del Paraíso nacían los cuatro grandes ríos, Nilo, Ganges, Tigris y Éufrates³⁶. En el

34 Cf. MENÉNDEZ PIDAL, G., *op. cit.*, p. 177-178; WOODWARD, D., *op. cit.*, p. 301.

35 Rasgos que también comparten algunas tierras como la India y Taprobane. Cf. *Etimologías* XIV 3.6; 6.12.

36 *Etimologías* XIII 21.10, muestra sus dudas ante la posibilidad de que el Tigris y el Éufrates sean los mismos ríos que se encuentran en el Paraíso pese a tener el mismo nombre.

Escorial hay unas *Etimologías* de San Isidoro pertenecientes a la biblioteca del Conde-Duque, donde puede verse esta representación cartográfica de la *Fons Paradisi* y sus cuatro ríos. La propia Judea es también representada conforme al modelo pagano de paraíso terrenal, al encontrarse en ella la ciudad de Jerusalén (*Etimologías* XIV 3.21). Sin embargo, Isidoro no puede darle ninguna credibilidad a la posibilidad de que las Islas Afortunadas sean realmente el Paraíso: «*las Islas Afortunadas nos están indicando con su nombre, que producen toda clase de bienes; es como si se las considerase felices y dichosas por la abundancia de sus frutos. De manera espontánea producen frutos los más preciados árboles; las cimas de las colinas se cubren de vides sin necesidad de plantarlas; en lugar de hierbas, nacen por doquier mieses y legumbres. De ahí el error de los gentiles y de los poetas paganos, según los cuales, por la feracidad del suelo, aquellas islas eran el Paraíso. Están situadas en el Océano, en frente y a la izquierda de Mauritania, cercanas al occidente de la misma y separadas ambas por el mar*» (ISIDORO, *Etimologías* XIV 6.8). Como se puede observar Isidoro no rechaza ni su existencia ni la característica fertilidad de las Islas Afortunadas, en cambio se niega a identificarlas con el paraíso cristiano. En parte, su actitud nacía de su concreción geográfica junto a las costas de Mauritania, ya que en la tradición cristiana se daba por supuesto que tenían que encontrarse en algún lugar indeterminado del Oriente, donde el hombre no podía llegar.

Igualmente, Taprobane parece haber perdido parte de su naturaleza mítica. Isidoro tampoco niega que en la misma el suelo pueda brillar de forma diferente al de otras regiones, pero se debería simplemente a la existencia de metales preciosos (*Etimologías* XIV 6.11) e incluso llega a matizar su naturaleza atemperada cuando dice que tiene dos veranos y dos inviernos. En cambio, la isla de Tule habría sido el punto más septentrional y tenebroso de la *oikoumene*, conservando, por lo tanto, su naturaleza extrema: «*Tule es la última isla del Océano, entre el norte y el occidente, más allá de Britania. Recibe su nombre del sol, porque en ella efectúa el sol el solsticio de verano, no existiendo día más allá de ella. A partir de allí el mar está inmóvil y helado*» (*Etimologías* XIV 6.4).

Su mención a la existencia de dos Etiopías, una en Mauritania y otra en el nacimiento del sol (XIV 5.16) recuerda al célebre pasaje de la *Odisea* donde se habla de los etíopes. Sin embargo, San Isidoro es extremadamente crítico con los poetas cuando les acusa de haber creado fabulaciones como los antípodas³⁷.

«*Dicen que existen unos pueblos denominados antípodas porque se piensa que graban sus huellas al contrario que las nuestras, como si, ubicados al otro lado de la tierra, fueran calcando sobre nuestros pasos sus pisadas invertidas; pero no hay razón alguna para creer tal cosa, puesto que ni la solidez ni el centro de la tierra confirman tal teoría. Tampoco ningún conocimiento histórico lo avala, sino que son simples conjeturas debidas a elucubraciones de los poetas*» (*Etimologías* IX 133).

Al igual que San Agustín, por quien el obispo de Sevilla sentía una gran admiración, condena con firmeza la existencia de los antípodas. No obstante, en otros pasajes no se muestra tan tajante a la hora de negar la existencia de dicho pueblo:

37 McCREADY, W. D., «Isidore, the Antipodeans, and the Shape of the Earth», *Isis* 87 (1) 1996, p. 108-127.

«Además de estas tres partes (Asia, Europa y África) del orbe existe una cuarta situada al otro lado del Océano, en el sur, que es desconocida por nosotros a causa de los ardores del sol. Se dice que en sus confines habitan los legendarios antípodos» (Etimologías XIV 5.17).

«En Libia habitan los antípodos, que tienen las plantas de los pies vueltas tras los talones y en ellas ocho dedos» (Etimologías XI 3.24).

En el último pasaje los antípodos ya no están localizados en un área desconocida, sino en Libia (África) lo que comporta a la vez tanto una mayor racionalización como una aceptación de su existencia. Es posible que todo se deba a la gran variedad de fuentes empleadas por San Isidoro, entre las que se encontraba un buen número de autores paganos para quienes los antípodos podían perfectamente habitar el hemisferio sur.

De gran interés son los pasajes donde Isidoro establece la división y forma de los cielos:

«Denominamos así a la esfera del cielo porque tiene forma redonda. Lo que tiene una figura semejante recibe en griego el nombre de «esfera» debido a su forma circular, semejante a las pelotas con las que juegan los niños. Los filósofos dicen que el cielo tiene apariencia de una esfera y es convexo en todos sus puntos, igual en todas sus partes y que encierra a la tierra como una mole equilibrada en medio del cosmos. Afirman también que se mueve y que con su movimiento giran, de oriente a occidente, las estrellas, fijas en él» (Etimologías XIII 5.2).

«En su definición del cosmos, los filósofos dicen que hay cinco círculos, llamados por los griegos paralelos, que son zonas entre las que está dividido el orbis terrarum. Virgilio sostiene esto en sus Geórgicas diciendo: «cinco zonas ocupan los cielos». Nos deja una imagen de ellas que tiene que ser semejante a nuestra mano derecha, de modo que el pulgar es el círculo llamado Arkticos, inhabitable a causa del frío; El segundo dedo es el círculo llamado therinòs, templado y habitable; El del medio es un círculo llamado hemerinos, tórrido y habitable; El cuarto círculo llamado Cheimerinos, es templado y habitable y el dedo pequeño es el dedo llamado Antarkticos, frío e inhabitable» (De natura rerum 10.1).

«Cinco son las franjas del cielo, de las que algunas partes son habitables, debido a su buen clima, y otras permanecen inhabitadas a causa de su excesivo frío o calor; y se llaman franjas o círculos porque aparecen rodeando a la esfera. El primero de los círculos recibe el nombre de Arkticos, porque pueden contemplarse en el Arcturo las constelaciones que engloba. El segundo círculo es llamado Therinos Tropikos, porque en él el sol, al venir el verano, frente a las zonas del viento del norte, nunca pasa más allá de este círculo, sino que en seguida comienza a retirarse de él; de ahí el apelativo de tropikos. El tercer círculo es el Hemerinos, que en latín se llama equinoccial porque el sol, al llegar a esta zona, alcanza el equinoccio. En latín, Hemerinos significa día y noche: con este círculo se observa que la esfera es dividida por su parte central. El cuarto círculo se llama Antarkticos, porque es el opuesto a aquel otro que denominamos Arkticos. El quinto círculo es el Cheimerinos Tropikos,

que los latinos conocen como hiemal o brumal, porque, cuando el sol llega a este círculo, comienza el invierno para quienes viven al norte, y, en cambio, disfrutan del verano quienes habitan en la zona austral» (III 44).

Según los textos, la esfera del universo puede ser dividida en cinco zonas o rodajas. En el centro del universo se encuentra la tierra que está compuesta, de igual modo, por cinco partes: dos frías en torno a los polos, dos templadas y una tórrida en el ecuador³⁸. Es la proximidad del sol respecto a cada una de estas zonas lo que determina su climatología.

Es en *Etimologías* XIV 2 donde Isidoro describe la forma de la tierra: «*Orbis a rotunditate circuli dictus, quia sicut rota est; unde brevis etiam rotella orbiculus appellatur*». «*Circuli*» y «*rota*» son vocablos que pueden llevarnos a creer en la existencia de un mundo circular y, por lo tanto, plano. De hecho, en más de una ocasión Isidoro utiliza la expresión *super terras* o *sub terras* para describir la posición del sol respecto a la tierra (*Etimologías* III 51.1; V 31.3). Expresiones que carecerían de significado en un mundo esférico. Resultando la extraña paradoja, para algunos³⁹, que, para el obispo de Sevilla, los cielos tienen forma esférica y la tierra es un disco.

Sin embargo, también hay indicios que nos permiten sostener que Isidoro pensó que la tierra era esférica⁴⁰, pues en otros pasajes siguiendo a San Agustín declara que los rayos del sol son equidistantes para todos los habitantes de la tierra (*De natura rerum* 16.1-2). Lo cual sería impensable si Isidoro no pensara que la tierra fuese esférica y que el sol giraba en torno a ella⁴¹.

En una carta editada por Fontaine⁴² de Sisebuto, rey de los visigodos, a Isidoro puede leerse como el monarca cree que la tierra es esférica. Difícilmente habría dicho algo semejante si no tuviese la certeza de que su maestro Isidoro era de la misma opinión.

Además, teniendo en cuenta que para la gran mayoría de los pensadores cristianos el mundo celestial y el terrestre no eran espacios completamente separados, sino que también presentaban similitudes⁴³, habría resultado complejo para Isidoro decir que los cielos tenían forma esférica y no creer lo mismo para la tierra. No obstante, si es cierto que, en ocasiones, se producen contradicciones en la concepción de la tierra de San Isidoro de Sevilla y deben atribuirse a la imposibilidad de conciliar la información procedente de sus fuentes paganas (Plinio e Higino) con lo que dicen las Escrituras y sus admirados Orosio, San Ambrosio y San Agustín. No queriendo contraponer los dictados de la razón con los del corazón, desarrolla una cosmovisión poco polémica, pero al mismo tiempo terriblemente ambivalente. Si la crítica moderna no consigue ponerse de acuerdo en esta cuestión es porque San Isidoro de Sevilla prefirió no ser lo suficien-

38 XIII 6.1: «*Esta mansión del cielo, segmentada en zonas o círculos, permite que, a causa de su temperatura, sólo algunas partes sean habitables, en tanto que negó a otras esta posibilidad, debido a la extremosidad del frío o del calor. Las zonas en cuestión son cinco; y se las califica de zonas o círculos porque están situadas circularmente en torno a la esfera*».

39 KIMBLE, G. H. T., *Geography in the Middle Ages*, Londres 1938, p. 36; ECKENRODE, T. R., «Venerable Bede as a Scientist», *ABR* 22, 1971, p. 486-507; p. 489-490.

40 Cf. STEVENS, W. M., «The Figure of the Earth in Isidore's «*De natura rerum*»», *Isis* 71 (2) 1980, p. 268-277, cree que de haber considerado la tierra como un disco y los cielos esféricos habría constituido una excepción en la tradición del pensamiento geográfico antiguo. Por el contrario, McCREADY, W. D., *op. cit.*, p. 127, considera que algunos pasajes de San Isidoro sólo pueden ser correctamente entendidos si se acepta que la tierra era plana.

41 Cf. *Etimologías* III 47, donde dice que el Sol tiene un mayor tamaño que la Tierra y que si parece menor es debido a la distancia que los separa.

42 FONTAINE, J., *Isidore de Seville. Traité de la Nature*, Burdeos 1960, p. 151-161; p. 329-335.

43 BEDA, *De natura rerum* 46: «*Terram globo similem*»; ISIDORO, *Etimologías* III 32.1: «*La esfera del cielo se asemeja a una figura de aspecto redondo cuyo centro es la tierra, conformada por un igual en todas sus partes*».

temente claro. Si bien es cierto que durante la Edad Media los mapas T-O, que derivan de la obra de San Isidoro, fueron considerados como representaciones de una tierra plana.

Ahora bien, la última parte de la geografía etnográfica de San Isidoro de Sevilla se concentra en el prólogo de *Historia de Regibus Gothorum, Vandalorum et Suevorum*, llamado *Laus Spaniae*, que como su propio nombre indica es un elogio a Hispania:

«Eres, oh Hispania, la más hermosa de todas las tierras que se extienden del Occidente a la India; tierra bendita y siempre feliz en tus príncipes, madre de muchos pueblos. Eres con pleno derecho la reina de todas las provincias, pues de ti reciben luz el Oriente y el Occidente. Tú, honra y prez de todo el Orbe; tú, la porción más ilustre del globo. En tu suelo campea alegre y florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo.

La pródiga naturaleza te ha dotado de toda clase de frutos. Eres rica en vacas, llena de fuerza, alegre en mieses. Te vistes con espigas, recibes sombra de olivos, te ciñes con vides. Eres florida en tus campos, frondosa en tus montes, llena de pesca en tus playas. No hay en el mundo región mejor situada que tú; ni te tuesta de ardor el sol estivo, ni llega a aterirte el rigor del invierno, sino que, circundada por ambiente templado, eres con blandos céfiros regalada. Cuanto hay, pues, de fecundo en los campos, de precioso en los metales, de hermoso y útil en los animales, lo produces tú. Tus ríos no van en zaga a los más famosos del orbe habitado.

Ni Alfeo iguala tus caballos, ni Clitumno tus boyadas; aunque el sagrado Alfeo, coronado de olímpicas palmas, dirija por los espacios sus veloces cuadrigas, y aunque Clitumno inmolará antiguamente en víctima capitolina, ingentes becerras. No ambicionas los espesos bosques de Etruria, ni admiras los plantíos de palmas de Holorco, ni envidias los carros alados, confiada en tus corceles. Eres fecunda por tus ríos; y graciosamente amarilla por tus torrentes auríferos, fuente de hermosa raza caballar. Tus vellones purpúreos dejan ruborizados a los de Tiro. En el interior de tus montes fulgura la piedra brillante, de jaspes y mármol, émula de los vivos colores del sol vecino.

Eres, pues, Oh, Hispania, rica de hombres y de piedras preciosas y púrpura, abundante en gobernadores y hombres de Estado; tan opulenta en la educación de los príncipes, como bienhadada en producirlos. Con razón puso en ti los ojos Roma, la cabeza del orbe; y aunque el valor romano vencedor, se desposó contigo, al fin el floreciente pueblo de los godos, después de haberte alcanzado, te arrebató y te armó, y goza de ti lleno de felicidad entre las regias ínfulas y en medio de abundantes riquezas».

Se trata, por tanto, de una introducción geográfica a una obra histórica, siguiendo de cerca el modelo fijado por Orosio. Tampoco el encomio a una tierra o a un lugar era algo novedoso. Podemos recordar el encendido elogio de Plinio a Italia. Muchos autores latinos nacidos en Hispania también procedieron de forma semejante (Séneca, Prudencio, Marcial, Columela, Quintiliano y Lucano) e incluso algunos foráneos alabaron la fertilidad de Hispania (PLINIO XXXVII 201-2; JUSTINO XLIV; CLAUDIANO, *Laus Serena* 50ss; PACATO IV 2-5).

Isidoro utiliza argumentos viejos y nuevos. La fertilidad y el clima apacible son *tópoi* muy frecuentes como cuando se comenta la fecundidad del suelo y nuevos como la situación central de Hispania en el mundo. Las alusiones mitológicas, Alfeo y Clitumno, son sorprendentes en un

autor cristiano. Alfeo y Clitumno fueron dioses ríos en la mitología griega, el Céfito fue el dios del viento del oeste y *lucos Molorchi* fue el lugar donde Hércules descansó antes de capturar al león de Nemea. Todos estos mitemas son citados por Virgilio en sus *Geórgicas* (III), por lo que debió de ser la principal fuente de inspiración de Isidoro para componer su imagen idílica de Hispania.

Por otro lado, sorprende que no se hable del origen autóctono de los hispanos o se destaque su arrojo o *ferocitas*. Al contrario, en su panegírico se ensalza a Hispania por ser madre de muchos pueblos (*gentiumque mater Hispania*). La pluralidad tanto étnica como material es vista como una bendición y un signo de su naturaleza prolija. La razón de este hecho novedoso es que el *Laus Spaniae* está intrínsecamente conectado con la nueva monarquía visigoda, que intenta ganarse el apoyo y el favor de la población hispanorromana. Una monarquía de la que Isidoro es un firme defensor y a la cual alaba por haber expulsado a los Suevos, Alanos y Vándalos que habían paseado su barbarie por la Península (*Laus Gothorum* 68).

BEDA (672-735 d.C.)

A diferencia de Isidoro, Beda no fue un compilador del saber clásico, sino un pensador original⁴⁴. Aún así, la geografía de Beda se concentra en un único capítulo dedicado a las Islas Británicas de su *Historia Ecclesiástica*.

Sus principales fuentes parecen haber sido Plinio, Solino, San Isidoro y Gildas⁴⁵. El mundo en el que Beda habita es esférico, y su esfericidad no es puesta en duda por la dependencia de sus fuentes: «*neque enim frustra et in scripturae divinae et in communium literarum paginis orbis terrae vocatur. Est enim re vera orbis idem in medio totius mundi positus, non in latitudinis solum giro quasi instar scuti rotundus sed instar potius pilae undique versum aequali rotunditate persimilis*». (*De temp. ratione* 32). La forma esférica quedaría demostrada por el hecho de que ciertas estrellas pueden ser divisadas en Egipto y no en Inglaterra, e viceversa. Quizás por ese motivo, a diferencia de otros doctos cristianos, no niega que existan los antípodas, aunque no crea que estén habitadas: «*ninguno de nosotros puede visitarles ni ninguno de ellos puede llegar hasta aquí*» (*De temporis ratione* 34). Se muestra más firme a la hora de defender la existencia física del Paraíso (*In Genesim* I 2.8-9), aunque afirma que sólo Dios conoce la localización real del mismo.

Al igual que en otros autores cristianos la introducción geográfica no es un tema baladí, puesto que sirve para enmarcar a las islas en el contexto mundial, antes de iniciar el relato de su historia, que a su vez debe de ser situada en el devenir de la comunidad cristiana, puesto que tanto la geografía como la historia de Beda el Venerable sólo tienen sentido si se estudian desde esta perspectiva. El *lógos* geográfico se inicia con una discusión sobre el origen de Albión, el nombre antiguo de Britania (*HE* I 1), que Beda relaciona con la palabra latina *albus* (blanco), siendo Plinio (IV 102) su principal fuente de información. Aunque, como era nativo de las islas hemos de suponer, con toda lógica, que Beda mezcló las informaciones procedentes de sus fuentes con sus propias experiencias.

Desde este punto de vista, la utilización de un topónimo prerromano como Albión debe entenderse como un recurso empleado por Beda para dotar a la isla de identidad propia. Un

44 SCAFI, A., *Mapping paradise: A History of Heaven on Earth*, Chicago University Press 2006, p. 47.

45 Sacerdote britano del siglo VI autor de *De excidio Britanniae*.

recurso necesario en un mundo y en un tiempo donde el recuerdo del Imperio Romano queda muy lejos, y donde las emergentes monarquías germanas buscan sus propias raíces con los territorios en los que han sido instauradas.

De igual modo, la posición de Britania en los confines del Océano la diferencia de las demás naciones (Hispania, Galia, Germania, etc) que componen Europa: «*a tergo autem, unde Oceano infinito patet, Orcadas insulas habet*» (HE I 1). Es esa posición tan septentrional la que explica porque la duración de los días y las noches es diferente en las islas respecto a las regiones que son bañadas por el Mediterráneo: «*a causa de que se encuentra bajo el Polo Norte, las noches son cortas en verano, de modo que, a menudo, a medianoche es difícil para quienes están mirando decir si es el crepúsculo que dura todavía o el amanecer que viene*» (HE I 1. Cf. BEDA, *De temporibus* 7-8). Floro (I 45.16) había calificado la isla como «otro mundo» y Tácito (*Agrícola* XII 3-4) había dicho, a diferencia de Beda, que las noches eran más cortas y los días más luminosos que en el continente. La diferencia entre Beda y Tácito no reside sólo en un conocimiento directo del terreno, sino en sus objetivos. Y el objetivo de Beda es diferenciar su patria del resto del mundo, no sólo por su situación, sino también por su clima. Una nueva Tule, situada en los límites de la tierra, pero cristiana. Lo que a la vez aumenta la naturaleza aislada de la isla y realza el hecho de que se convirtiera al credo cristiano⁴⁶.

Su descripción de la Britania prerromana raya lo utópico⁴⁷, asemejándose a las islas fantásticas de la geografía grecorromana, que se caracterizaban por la beatitud de su clima y su fertilidad. Con anterioridad la isla ya había sido alabada por la riqueza de su suelo en el *Panegírico de Constantino* (IX 1-2): «*oh Bretaña, afortunada y más dichosa que todas las demás tierras, tú que fuiste la primera que vio a Constantino elevado al rango de César! Con razón la naturaleza te ha dotado de todas las ventajas de clima y de suelo: tú no conoces ni los excesivos rigores del invierno, ni los ardores demasiado vivos del verano*». Al igual que otros autores clásicos, destaca la riqueza de metales (HE I 1) preciosos de la isla⁴⁸ y sus perlas⁴⁹. En ambos casos, las riquezas faunísticas y materiales, deben de ser entendidas como un medio empleado por Beda para exaltar la importancia de la isla que tradicionalmente era menoscabada por algunos autores antiguos. En este sentido sigue el modelo fijado por las *laudationes* y San Isidoro, escribiendo un auténtico elogio y encomio a su tierra natal.

La última parte de la introducción geográfica de Beda está dedicada a la isla de Hibernia (Irlanda). Lo que demuestra que en su opinión ambas islas estaban vinculadas. Esto explicaría porque cuando se fija su situación y se habla de su tamaño y de su forma siempre se recurre a Britania como contrapartida (HE I 1). No obstante, su descripción se inicia de una manera próxima al género paradoxográfico, pues dice que el suelo de Hibernia repele a las serpientes. Posteriormente alaba a la isla por su abundancia de leche, miel y vino, lo que recuerda a la imagen de la tierra prometida. Su fertilidad y la ausencia de serpientes nos hacen pensar que pudo haber empleado a Solino (XXII 2-3), San Isidoro (ORÍGENES XIV 6.6) y a otros autores antiguos (POMPONIO MELA III 53; DIODORO V 21-2).

46 Cf. HE III 25, donde emplea la geografía para demostrar la Semana Santa es universalmente celebrada, a excepción de los pictos y los bretones.

47 WRIGHT, J. R., *A Companion to Bede: A Reader's Commentary on the Ecclesiastical History of English People*, Nueva York 2008, p. 13.

48 Cf. ESTRABÓN IV 5.2; TÁCITO, *Agrícola* 12; CÉSAR, *BG* V 12.

49 Cf. TÁCITO, *Agrícola* 12; PLINIO, *NH* IX 116.

CONCLUSIÓN

Pese a que todos estos autores inciden en la profunda relación entre la historia y la geografía, paradójicamente muchos de ellos contribuyeron a deslindar ambas materias. La innovación de Orosio dejando un apartado específico para la geografía tuvo un gran seguimiento entre sus sucesores. En cierta forma, se actuaba así para concienciar al lector de la importancia de los asuntos geográficos, pero al separarlas y concentrar casi toda la información en una introducción, era ineludible pensar que eran temas completamente diferentes. De esta forma, el lector únicamente interesado en la historia podía eludir la geografía, siempre menos proclive a adaptarse a los modelos narrativos. Además, la presencia de una introducción geográfica conllevaba que las digresiones tan frecuentes en la geografía literaria grecorromana desaparecieran drásticamente. Es llamativo que los únicos ejemplos siempre vengan citados de la mano de algún autor pagano.

Por otra parte, tres de estos autores, Isidoro, Jordanes y Beda, nos sorprenden por escribir historias centradas exclusivamente en sus tierras natales. El origen de estas *laudationes* habría estado en el despertar de cierto sentimiento de orgullo entre las provincias del Imperio Romano, tradicionalmente itálico, al ver como desempeñaban un papel mayor en la política del mismo al vestir la púrpura algunos de sus ciudadanos más ilustres. Todo ello «*refleja perfectamente la supremacía conseguida por el poder provincial que, como es conocido, permitió, en cierta forma, la continuidad del Imperio*»⁵⁰. La historia universal preconizada por Eusebio de Cesarea y por Orosio desaparece al ritmo de la descomposición del Imperio, y queda reducida a los cronicones epitomados que equivalen a la fe.

Una consecuencia de la «barbarización» del Imperio es que los bárbaros tengan una mayor presencia en la obra de los historiadores. *La historia de los francos* de Gregorio de Tours es otro ejemplo que si no hemos tratado con el detenimiento que se merece es por las limitaciones de espacio que todo estudio impone a su autor. La llegada de estos pueblos reavivó el sentimiento provincial que durante el siglo III había llevado a las provincias del Imperio a encumbrar a sus propios emperadores. La alteridad que siempre había quedado confinada más allá de las fronteras del Imperio, convivía ahora con el etnocentrismo grecorromano. Podría pensarse como han hecho algunos autores que sus obras son un antecedente de moderno sentimiento nacional⁵¹. Sin embargo, es un error si se considera únicamente desde esta perspectiva. Es cierto que sus libros reproducen una trayectoria individual de unos reinos, pero se trata de comunidades cristianas que por mucho que quieran reivindicar sus particularidades propias, también necesitan mostrar su orgullo por formar parte de una comunidad que se siente universal. En este sentido no hay nacionalismo alguno ni en el reino de Dios ni en su geografía.

Puede observarse cómo en los esfuerzos de estos autores por acomodar la cultura pagana con la cristiana, la geografía es uno de los elementos que mayor número de dificultades les plantea. Elementos propios del imaginario griego, que no podían ser obviados por los escritores cristianos pierden progresivamente su naturaleza fantástica. Una mayor concreción es la ganancia que obtienen algunos lugares como Taprobane por haber sido desmitificados (OROSIO I 2.16; COSMAS INDICOPLEUSTES II 45; 49-50).

Uno de los casos más llamativos es el de los antípodas, que al contrario que en casos anteriores, su existencia fue categóricamente negada. No deja de resultar curioso que Orosio ni siquiera los

50 VALLEJO GIRVÉS, M., *Tierras fabulosas de la antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, p. 356.

51 MENÉNDEZ PIDAL, R., *Historia de España. III España visigoda*, Madrid 1940, p. XXXV; MARAVALL, J. A., *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid 1964, p. 19-22.

nombre⁵². Lactancio (*Instituciones* III 24) se mostraba así de contundente con quienes creían en ellos: «¿hay alguien tan ignorante que crea que hay hombres cuyos pies están por encima de sus cabezas? ¿O que todo lo que hay a nuestro lado puede estar al revés? ¿O que las plantas y los árboles crezcan al revés y que la lluvia, la nieve y el granizo caigan hacia arriba sobre la tierra?». En el caso del cristianismo, como hemos visto, resultaba inconcebible que existiese una región de la tierra donde no pudiese llegar la palabra de Cristo, ante sus pretensiones de ser una creencia ecuménica.

Sin embargo, los mismos autores que negaban con fervor la existencia de los antípodas o desmitificaban los paraísos paganos, defendían con el mismo entusiasmo la existencia de seres sobrenaturales: «¿puede admitirse que de los hijos de Noé, o más bien del primer hombre, del que ellos nacieron, se hayan propagado algunas clases de hombres monstruosos que nos refiere la historia de los pueblos?... En Hipona-Diarrito hay un hombre que tiene las plantas de los pies en forma de luna, con sólo dos dedos en cada pie, y lo mismo en las manos. Si hubiera un pueblo con estas particularidades, pasaría a la historia por lo curioso y chocante... No debe parecernos absurdo que, así como hay en algunas razas hombres-monstruos, así pueda haber en todo el género humano pueblos-monstruos. Para concluir con prudencia y cautela: o los monstruos tan raros que se citan de algunos pueblos no existen en absoluto; o si existen, no son hombres, y si son hombres, proceden de Adán» (SAN AGUSTÍN, *Civitas Dei* XVI 8.1-2). Isidoro (*Etimologías* III 15-24) hace una larga enumeración de estos pueblos sin atreverse a poner en duda su existencia. En el caso de Agustín de Hipona es llamativo que recurra a la experiencia para sostener dicha posibilidad. Debe tenerse en cuenta que al igual que los romanos precisaban de los mitos de los griegos para llenar el vacío de sus existencias, también podían seguir resultando útiles para los más crédulos de los cristianos. Varios libros bíblicos hablaban de la existencia de estos seres⁵³ y el imaginario de los hombres del s. V d.C. no tiene referencias definidas. Además, el cristianismo presenta una barrera Dios Omnipotente y Uno. Compaginar estos extremos será complejo y mucho más con una base epistemológica «mágica» que se va imponiendo en la sociedad. El devenir de tal empresa es la historia de la Edad Media.

52 JANVIER, Y., *op. cit.*, p. 197-200.

53 *Génesis* 1:20-22, peces gigantes; *Génesis* 6:4; *Números* 13:34, gigantes; *Isaías* 13:21, habla de los pilosi, «velludos»; *Ezequiel* 27:11, menciona a los pigmeos.

18. RELATOS DE VIAJES Y PEREGRINACIÓN EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA: LA DECADENCIA DE LA AUTOPSIA

«Sal de tu tierra y de tu parentela y marcha a la tierra que yo te mostraré» (Génesis 12:1)».

«¿Qué nación hay cuyas gentes no vengan a los Santos Lugares?»
(SAN JERÓNIMO, Carta 108).

«Muchos son los caminos de la salvación y todos conducen a la comunión con Dios. Es necesario que recorras éstos y no sólo los que consisten en el discurso. Pues el discurso puede bastar para la pura fe de los sencillos, con la que Dios salva en un momento a la mayor parte de los hombres. Pero si la fe sobreviniera sólo a los sabios, en mi opinión nada habría más digno de misericordia que Dios» (GREGORIO NACIANCENO, *De vita sua* 1225-31).

PEREGRINATIO

Uno de los géneros geográficos que más se cultivarían entre los intelectuales cristianos fueron los relatos de viajes como motivo de una *peregrinatio*¹, pero poco tienen que ver con el género que durante siglos fue cultivado por los intelectuales grecorromanos². El viaje para los autores griegos era un método de búsqueda, una *conditio sine qua non* para atestiguar la autopsia, pero rara vez era motivo por sí mismo para una obra. Lo importante eran los datos que el autor había recogido durante el viaje, no sus vivencias o el viaje en sí. Sin embargo, ahora las costumbres

1 BITTON-ASHKELONY, B., *Encountering the sacred: The debate on Christian pilgrimage in late antiquity*, University of California Press 2005, p. 3.

2 PETSALIS-DIOMIDIS, A., «Narratives of transformation: Pilgrimage patterns and authorial self-presentation in three pilgrimage texts», en *Pilgrim voices: narrative and authorship in Christian pilgrimage*, Oxford & Nueva York, Berghahn Books 2003, p. 84.

de los pueblos extranjeros carecen de interés en este nuevo modelo de hacer geografía³. Para griegos y romanos la información etnográfica era tremendamente importante, porque servía para contraponer el pueblo que se describía con las costumbres del pueblo que era el receptor o destinatario de la obra. Utilizando una expresión de Hartog podríamos decir que el otro era el espejo que emplearon los antiguos para mirarse y construir su identidad. Ahora bien, esta perspectiva era imposible en las nuevas obras sobre peregrinación o viajes realizadas por los cristianos. No sólo porque existía cierta uniformidad cultural por la extensión de la lengua y civilización grecorromana en el Mediterráneo, sino porque todos formaban parte de una nueva comunidad religiosa, por lo que la alteridad quedaba relegada a quienes no formaban parte de ella. La intención del autor cristiano que realiza un viaje o una *peregrinatio* en la Antigüedad Tardía no es mostrar las diferencias, sino las semejanzas, porque de lo que se trata es de plasmar la grandeza, el poder y la extensión de la sociedad cristiana.

El viajero clásico y el tardoantiguo difieren, por tanto, en su metodología y en sus intenciones. Por el contrario, en la Antigüedad Tardía las semejanzas aumentan, existiendo numerosos puntos de contacto entre viajeros paganos, como el Apolonio de Tiana de Filóstrato, y peregrinos cristianos. Ya no se viaja sólo para «ver» o experimentar hechos y situaciones fabulosas, sino para estar más cerca de la divinidad. Los lugares no tienen importancia en sí mismos en estos viajes o itinerarios, sólo adquieren existencia en la medida que participan del espíritu sacro que envuelve al autor. Aquellos que conservan las reliquias de algún santo o de algún personaje bíblico tienen una mayor relevancia que las que no las tienen⁴. Los lugares que conservan las reliquias más importantes tienen una preponderancia sobre los demás. Resultando de todo esto una jerarquización del espacio, en el que éste queda definido por el nivel y calidad de su naturaleza sagrada. Siguiendo este criterio, ninguna ciudad podía ser más importante que Jerusalén (Aelia Capitolina) o las ciudades de la antigua Palestina. Jerusalén era el centro del mundo, el lugar donde había muerto Cristo y donde debería producirse el segundo advenimiento. Si un creyente de la Antigüedad Tardía quería acercarse a la divinidad no había lugar que rebosase tanto de la misma como los Santos Lugares, pues son espacios en los que ha habido una manifestación de la divinidad, una teofanía y, por tanto, había que conocerlos. Pero, al mismo tiempo, no podían existir Santos Lugares sin la peregrinación, como si ésta fuese una liturgia legitimadora de la santidad de los mismos. No hay Tierra Santa sin peregrinos, y para que pudieran seguir viniendo debían de contar con estructuras adecuadas para ser debidamente albergados en su viaje. Sabemos por testimonios, como el de Juan Crisóstomo, que existían lugares especializados para el descanso del viajero y que algunos de ellos, como las tabernas de Dafne, eran poco recomendables.

La proliferación de las reliquias tuvo importantes consecuencias en el arte de los siglos venideros y en la mentalidad religiosa. Más si se tiene en cuenta que, a través del judaísmo, el cristianismo prohibía la adoración de las imágenes. En Bizancio provocó una verdadera división religiosa que desembocó en el famoso conflicto de la Iconoclastia.

El principal punto común entre ambas culturas, en lo referente al viaje, era que estaba intrínsecamente unido al relato⁵. Si la palabra escrita era la forma escogida para comunicar el

3 CAMPBELL, M. B., *The witness and the other world: Exotic european travel 400-1600*, Cornell University Press 1991, 15ss.

4 Sobre el tema de la *peregrinatio* a Tierra Santa Cf. CHEVALLIER, R., *Voyages et Déplacements dans l'Empire Romain*, París 1988, p. 392-398.

5 COLEMAN, S., y ELSNER, J., *Pilgrim voices: narrative and authorship in Christian pilgrimage*, Oxford 2003, p. 4.

mensaje de Dios, debía de ser considerada igualmente como el medio apropiado para contar una peregrinación.

La instauración del concepto de Tierra Santa difiere radicalmente de cualquier otro lugar del mundo antiguo que se hubiese considerado sacro. Los grandes templos o centros religiosos grecorromanos eran lugares de oración, de curación, sacrificio o incluso de adivinación⁶. Pero ninguno de ellos aseguraba la salvación simplemente por haber viajado hasta él. En cambio, ahora la unión con lo divino estaba sumamente ligada a la visita de los *Sancta loca*. Era una forma de demostrar que se formaba parte de la comunidad cristiana y, en definitiva, una verdadera prueba de fe. El viaje era una *conditio sine qua non* para acercarse y conocer a Dios⁷.

Tampoco deben olvidarse que las diferencias intelectuales entre el pueblo y la pequeña élite de intelectuales cristianos eran abismales. Mientras los últimos podían aspirar a la salvación mediante una unión mística con la divinidad o por los enormes conocimientos teológicos que certificaban su *sophía*⁸, el pueblo llano tenía que contentarse con otros caminos para acercarse a la divinidad. La peregrinación era una forma efectiva y sencilla en este período de angustia y debate. El propio Cristo había sido definido como un peregrino en la Cena de Emaús (*Lucas* 24:13-33) ¿No debían seguir los fieles su ejemplo?

Es desde esta mirada como debe de observarse los testimonios que vamos a estudiar a continuación. Teniendo siempre presente que en este tipo de geografía el lugar sólo adquiere importancia a partir de su contacto más o menos directo con lo divino.

ITINERARIUM BURDIGALENSIS

El primer testimonio que conservamos es el llamado *Itinerarium Burdigalensis*, que no es más que un relato hodológico y hodométrico escrito por un peregrino francés de Burdeos sobre el 333 d.C.⁹, apenas veinte años después de que hubiese sido legalizado el cristianismo por Constantino. Se discute si existían peregrinaciones a Tierra Santa antes del Edicto de Milán. Gregorio de Tours (*In gloria martyrum, carmen* XII) habla de una matrona romana que en torno al año 31 d.C. habría viajado a los Santos Lugares trayendo consigo la sangre de Juan Bautista. En cualquier caso, no hay documentos o vestigios que relaten viajes antes del *Itinerarium Burdigalensis*¹⁰ y por su lenguaje no puede quedar dudas sobre su carácter eminentemente práctico,

6 DILLON, M., *Pilgrims and pilgrimage in Ancient Greece*, Londres & Nueva York, Routledge 1997: «*Greeks travelled to sanctuaries, usually with a specific purpose, in search of advice from an oracle, a cure from Asklepios, or initiation into a mystery cult*» (p. XIV).

7 LEANDRO DE SEVILLA, *De la instrucción de las vírgenes y desprecio del mundo*, 31.3: «*Mi destierro me hizo conocer a Dios. Desterrada moriré, y deseo recibir sepultura donde adquirí conocimiento de Dios*»; SAN AGUSTÍN, *In Psalm.*, 85.6: «*Iter tuum voluntas tua est*».

8 Cf. SAN JERÓNIMO, *Epístola* 58, donde desaconseja a Paulino de Nola viajar al epicentro de la cristiandad por no ser un elemento imprescindible para alcanzar la santidad.

9 La cronología viene dada por el autor del itinerario (571.6-8) cuando dice que el viaje se realizó en el consulado de Dalmacio y Cenófilo (333 d.C.) dejando Calcedonia el 30 de mayo y regresando a Constantinopla el 26 de diciembre.

10 Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica* IV 26.14 dice sobre Melitón: «*Así, pues, habiendo subido a Oriente y llegado hasta el lugar en que se proclamó y se realizó me informé con exactitud de los libros del Antiguo Testamento*»; VI 11.2: «*Ocurrió, pues, que Alejandro, como obedeciendo a un oráculo, emprendió un viaje desde Capadocia, donde por primera vez fue investido del episcopado, a Jerusalén, por motivos de oración y de estudio de los lugares*».

puesto que parece estar destinado a los peregrinos¹¹. El *Itinerarium* es un fiel reflejo de que el *cursus publicus* había pasado a ser usado por las autoridades eclesiásticas. Un cambio que tuvo que haberse iniciado en el propio concilio de Arles, y que Amiano Marcelino (XXI 16.18) no dudó en reprocharle a Constantino¹².

Las primeras nueve secciones de la obra están dedicadas a la ruta entre Burdeos y Milán (549-557), siendo la información que aporta, salvo pequeñas inexactitudes, correcta¹³. El *Itinerario* arranca en Burdeos para después atravesar Arles, Valence, Gap, Susa y Turín para llegar finalmente a Milán. De allí el peregrino se dirige a Constantinopla pasando por Aquileia, Poetovio (Pettau), Sirmium (Sremska Mitrovica), Naissus (Niš) y Sérdica (Sofía). Un viaje semejante al que realizará algunos años después Egeria.

Una vez en Asia el camino del peregrino anónimo le hace pasar por Ancyra, Tarso, la ciudad de la que provenía el apóstol Pablo, Tiro y Cesarea de Palestina. El relato sólo adquiere un cariz descriptivo cuando se llega a Nablus (Neápolis). Sin embargo, se omiten partes como el viaje de regreso de Cesarea a Heraclea (600.5-6). Una ruta alternativa es dada vía Aulon, Brindisi, Capua, Roma, Fanum Fortunae (Fano) y Milán. De Burdeos a Constantinopla había, según el *Itinerario*, una distancia de 2221 millas, 112 paradas y 230 postas.

Aún así, se trata de un documento importante porque recoge el nombre de las ciudades y las distancias del Imperio en el siglo IV d.C. Desde Burdeos hasta Tolosa la distancia queda recogida en leguas y el resto del viaje en millas romanas¹⁴. La forma de recoger las distancias entre las ciudades recuerda a otros itinerarios romanos como el de Antonino. Incluso muestra una mayor precisión en la enumeración de las *civitates*, las *mutationes* y las *mansiones*, pero las descripciones de los lugares y su protagonismo dejan claro que sólo los espacios directamente relacionados con el credo cristiano son los únicos que tienen interés. De hecho, las *mansiones* y las *mutationes* dejan de ser nombradas cuando el relato alcanza Palestina, lo que podría explicarse si el viajero se hubiese visto obligado a abandonar el *cursus publicus* por otros caminos más lentos e incómodos, pero más útiles para alcanzar los centros de culto. Lo cual tendría mucho sentido, porque el *cursus publicus* fue creado para unir los principales centros políticos y económicos del Imperio con Roma, no tenía ningún sentido que se extendiese a núcleos donde se encontraban templos o lugares sacros de una religión que le era ajena.

La religión y la diversidad de los lugares son los que jerarquizan el espacio. De tal modo, que el lector puede adquirir una imagen muy precisa de los límites o las fronteras del Imperio (556.5 frontera de la Galia; 560.10 frontera de Italia y Nórico; 561.5-6 límite entre Nórico y Panonia Inferior; 562.8 Panonia Superior; 564.1 Panonia y Moesia; 565.7 Moesia y Dacia; 567.9 Dacia y Tracia; 571.10 De Tracia a Bitinia; 574.3 Bitinia y Galatia; 576.3 Galatia y Capadocia; 579.1 Capadocia y Cilicia; 581.2 Cilicia y Siria; 582.8 Celesiria y Palestina; 585.3 Siria, Fenicia y Palestina; 602.2 Europa y Rhodope; 603.7 Rhodope y Macedonia; 607.3 Macedonia y Épiro; 610.8 Apulia y Campania). En cambio, esta geografía casi administrativa basada en el *cursus*

11 El autor utiliza en numerosas ocasiones la segunda persona para dar consejos a sus lectores: «*ascendis*» (556.1); «*transis*» (561.5-6); «*intras*» (562.8); «*venis*», «*ambulas*» (571.9-10). Pero, al mismo tiempo, también aumenta la sensación del lector de estar participando en el viaje.

12 Sobre el progresivo incremento en el uso de las autoridades eclesiásticas del *cursus publicus* cf. HUNT, E. D., *Holy Land pilgrimage in the later Roman Empire AD 312-460*, Oxford 2002, p. 50.

13 ELSNER, J., «The *Itinerarium Burdigalense*: Politics and Salvation in the Geography of Constantine's Empire», *JRS* 90, 2000, p. 181-195.

14 MILANI, C., «Strutture formulari nell' «*Itinerarium Burdigalense*» (a 333)», *Aevum* 17, 1983, p. 99-108; p. 99-100.

publicus desaparece cuando se llega a Palestina, dejando paso a otra más literaria y caótica, donde se omiten trayectos.

El abandono del *cursus publicus* tiene una contrapartida, al desaparecer las postas y las distancias, tienen una mayor presencia el paisaje, las leyendas y las costumbres en Tierra Santa: El monte Sinaí y la historia sobre las fuentes que proporcionaba fertilidad a las mujeres, la fuente de Eliseo, donde si una mujer bebe se queda embarazada (596.10); las aguas escarlatas de los pozos de Salomón (589.10-11); el altar con la sangre de Zacarías (591.1-3); las aguas del monte Sion fluyen durante seis días y seis noches, pero cuando llega el Sabbath se detienen (592.2-3) o las amargas aguas del mar Muerto (597.7-10). La sensación que tiene el lector es que ha entrado en otro mundo, totalmente diferente del que se estaba describiendo antes de llegar a los Santos Lugares.

Muy raras veces la naturaleza o el paisaje tienen cabida en el itinerario¹⁵ o las informaciones etnográficas¹⁶. Lo que sí nos muestra el *Itinerarium Burdigalensis* es la nueva jerarquización de los centros políticos del Imperio. Constantinopla, la nueva Roma, y Jerusalén, que había sido destruida y refundada por el emperador Adriano con el nombre de Aelia Capitolina, son los centros de poder más importantes de la *oikoumene*, por encima de la mismísima Roma y de Milán. La *Tabula Peutingeriana* nos había hecho ver un mayor protagonismo de las ciudades de oriente (Alejandría, Antioquía y Constantinopla) frente a las de Occidente (Roma), pero el *Itinerarium Burdigalensis* certifica la transformación cristiana del Imperio.

EL VIAJE DE EGERIA

Egeria, o Etheria¹⁷, fue, posiblemente, una monja¹⁸ hispana o gala, del siglo IV d.C., que se cree que pudo proceder de la provincia de *Gallaecia*, por lo que nos dice Valerio, un conocido abad del Bierzo (*Bérgido Flavio*) y legislador monástico del siglo VII en la *Epistola de Beatissimae Echeriae laude*.

«Así, pues, cuando en otro tiempo el feliz renacer de la fe católica y la inmensa claridad radiante de la sagrada religión llenaban finalmente de luz —al tardo paso del tiempo— la extremidad de esta región occidental, esta bienaventurada monja Egeria, inflamada con el deseo de la divina gracia y ayudada por la majestad del Señor, emprendió con intrépido corazón y con todas sus fuerzas un larguísimo viaje

15 549.7-9; 551.1; 555.9; 556.1; 560.3; 561.5; 571.9-10; 582.11.

16 564.9 El lugar donde Diocleciano asesino a Carino; 572.4-5 La tumba de Anfbal en Libissa; 578.1 Se habla de Tiana como el lugar de nacimiento de Apolonio; 579.4 Tarso es la patria de San Pablo; 585.1 El monte Carmelo donde Elías hizo un sacrificio; 604.1 Filipos donde Pablo y Silas fueron encarcelados; 604.7 *Via peripidis* donde el poeta Eurípides está enterrado; 606.1 Pela queda asociada al nombre de Alejandro Magno.

17 MOUNTFORD, J. F., «Silvia, Aetheria or Egeria», *CQ* 17, 1923, p. 40-41.

18 ISIVAN, H., «Holy Land Pilgrimage and Western Audiences: Some Reflections on Egeria and Her Circle», *CQ* 38, 1988, p. 528-535, quien niega que fuese monja. En su opinión una ausencia tan prolongada habría sido incompatible con las obligaciones religiosas de una monja o de una abadesa. En cuanto a su origen, procedería de una ciudad situada en las proximidades del Ródano por la mención que hace de este río; ARIAS ABELLÁN, C., *Itinerarios latinos a Jerusalén y al oriente cristiano*, Universidad de Sevilla 2000: «aunque en la obra pueden encontrarse diversos indicios de la cercanía de la autora a ámbitos monásticos, no hay ningún dato definitivo que permita proponer su carácter estricto de monja o sencillamente su pertenencia a un grupo de damas piadosas; en esta última perspectiva, su viaje se integraría en la gran corriente de peregrinación de laicos, y entre ellos de muchas mujeres, casi siempre de familias distinguidas, producida durante el siglo IV a los Santos Lugares» (p. 12).

por todo el orbe. Y así, caminando despacio, guiada por el Señor, llegó a los sacratísimos y suspirados lugares del nacimiento, pasión y resurrección del Señor, y, por diversas provincias o ciudades, a los sepulcros de innumerables santos mártires, para hacer allí oración y encontrar motivo de edificación. Cuanto más instruida estaba en la santa doctrina, tanto más sentía encendido su corazón en la llama de un deseo santo inenarrable»¹⁹.

El que haya sido expuesta por un abad de la *Gallaecia* a sus monjes y la frase «nacida en el extremo litoral del mar Océano occidental, se dio a conocer a Oriente» («extremo occidui maris Oceani litore exorta, Orienti facta est cognita»), ha hecho suponer a buena parte de la historiografía moderna que Egeria era gallega²⁰. El que en el siglo siguiente personajes ilustres, como Orosio e Hidacio, continuaran los viajes a Tierra Santa demostraría que en este ámbito geográfico existía una especial sensibilidad por las peregrinaciones a Oriente, y reforzaría la posibilidad de que Egeria procediese de Galicia²¹. La teoría que defiende que pudo proceder de la Galia, se sustenta simplemente en una comparación que hace la autora entre el Éufrates y el Ródano al llegar a Mesopotamia (18.3). Lo incuestionable, en cualquier caso, es que Egeria procedía del extremo Occidente (19.5: «*Extremis porro terris*»).

Egeria es conocida por su viaje de peregrinación a Tierra Santa, en el transcurso del mismo pudo visitar Egipto, Palestina, Asia Menor y Constantinopla. Un viaje que quedó reflejado en su libro *Itinerarium ad Loca Sancta*. Al parecer era de origen noble o, al menos, tuvo una posición acomodada para poder tener tiempo y los recursos necesarios para poder costearse un viaje semejante²². Sólo así se entiende que hubiese podido utilizar el *cursus publicus* como un alto funcionario, o que tuviese cartas que le valiesen el apoyo y el favor de las autoridades que se encontraba en su camino.

Entre las fuentes que empleó destaca sobre todo la Biblia, que es citada unas cien veces a lo largo de su itinerario, y de lo que podemos deducir de su propia obra, la leyó en algunos de los lugares que visitó. El *Onomasticon* en el que se podía encontrar información sobre la topografía y la geografía de Tierra Santa, la *Historia Eclesiástica* y la *Vida de Constantino* de Eusebio de Cesarea son otras obras señaladas por la crítica²³.

El viaje se inició por vía terrestre. Atravesando la Galia, el norte de Italia y la Dalmacia para llegar a Constantinopla, donde cogió un barco con dirección a Jerusalén. Allí peregrinó a Nazareth y Jericó. Desde Tierra Santa visitó Alejandría, Tebas, el Sinaí, el mar Rojo, Antioquía, Edesa y el Éufrates. Finalmente, regresó a Constantinopla.

19 ARCE, A., *Itinerario de la virgen Egeria*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos 1980, p. 9.

20 Sobre el origen de Egeria Cf. WEBER, C., «Egeria's Norman Homeland», *HSCP* 92, 1989, p. 437-456; PALMER, A., «Egeria the voyager, or technology of remote sensing in Late Antiquity», en *Travel fact and travel fiction: studies on fiction, literary tradition, scholarly discovery and observation in travel writings*, Brill 1994, p. 40-45, niegan que existan elementos de peso para situar la patria de Egeria en Galicia y piensan que debió de proceder del norte de Francia. Sin embargo, para la historiografía gallega su origen es una realidad incuestionable: TORRES RODRÍGUEZ, C., *Egeria, monja gallega del siglo IV*. Colección personajes gallegos, Ediciones Galicia 1976; ALMAZÁN, V., *De Santa Silvia a Egeria: En busca da primeira escritora galega*, Vigo 1986.

21 CORTÉS ARRESE, M., «Símbolos y formas artísticas del Itinerario de la virgen Egeria», *Erytheia* 8 (1) 1987, p. 90.

22 Cf. SIVAN, H., «Who was Egeria? Piety and Pilgrimage in the age of Gratian», *HTR* 81, 1988, p. 59-72, cree que pertenecía a clase media y niega que fuese de origen noble.

23 ARCE, A., *op. cit.*, p. 43-46.

Debido a que no se ha conservado por completo su itinerario no podemos seguir cronológicamente la totalidad del mismo. No obstante, las etapas más importantes, que son las correspondientes al período de Tierra Santa, si han llegado hasta nuestras manos. Uno de los viajes que se han perdido es el que realizó para visitar a los eremitas de Egipto, que por aquel entonces habían obtenido la celebridad gracias a la *Vida de San Antonio*, escrita por Atanasio. Alejandría, la Tebaida y el valle de uádi Natrún obtienen un protagonismo por su naturaleza cristiana que ni las pirámides ni la esfinge seguramente tuvieron. En cambio, sí se conserva la parte que comprende del Sinaí a Pelusio. Los lugares bíblicos son frecuentemente citados: el monte Horeb (4.1-3), la zarza ardiente, el lugar donde Aarón y los setenta ancianos esperaron a Moisés.

Después de haber visitado el Sinaí marchó al monte Nebo siguiendo nuevamente los pasos de Moisés. Partiendo de Jerusalén y acompañada por presbíteros y diáconos atravesaron el Jordán por el lugar que lo hicieron Josué y los suyos. Tras pasar por Livias y por Ayun Musa llegaron al monte Nebo, donde encontraron una iglesia en su cima (12.1). Uno de los pocos pasajes donde deja entrar el paisaje es en su descripción de las vistas desde la cima del monte Nebo: *«entonces nosotros, muy alegres, al punto salimos afuera. Y así desde la puerta de la iglesia, vimos el lugar donde entra el Jordán en el mar Muerto, lugar que se veía abajo de nosotros, tal como estábamos. Vimos también en frente no sólo Livias, que estaba al lado de acá del Jordán: ¡Tan alto se hallaba el lugar donde estábamos, ante la puerta de la iglesia!. También se veía desde allí la mayor parte de Palestina, que es la tierra de promisión, y todo el valle del Jordán, pero sólo cuanto podía divisar la vista. En la parte de la izquierda vimos todas las tierras de los sodomitas y también Segor, la cual Segor es la única de los cinco que hoy queda. Ya que allí hay un memorial, mientras que de las demás ciudades no queda sino un montón de ruinas, pues fueron reducidas a ceniza»* (12.4-6). Todo el pasaje y el siguiente (12.8-9) están fuertemente influenciados por la religiosidad de Egeria.

Al regresar del monte se encontró con monjes de Haurán, lo que le animó a visitar dicha zona. Así tras ocho jornadas a caballo, Egeria y su sequito llegan a Carneas, que ahora se llama ciudad de Job. Antes de llegar allí pasa por Neápolis y Enón, el lugar donde bautizaba San Juan Bautista. Continúan hasta llegar a Thesbe, patria del profeta Elías en tiempos del rey Acab (16.3). Llegando por fin a Carneas.

Finalmente, tras tres años visitando los Santos Lugares decide volver a casa (17.1). En su viaje de regreso aprovecha para visitar lugares a los que todavía no había ido y otros que había visto en el viaje de ida. Parte de Jerusalén hacia Antioquía y desde allí a Edesa. Aprovechando la ruta visitó el Éufrates (18.1-3). Por fin, en Edesa visitó la tumba del Santo Tomás. Uno de los relatos más largos de este viaje es la leyenda del rey Abgar y su correspondencia con Jesús (19.6-19), que según la propia Egeria conoció a través de las cartas del obispo Eulogio. De Edesa marchó a Harrán para regresar a Antioquía. De allí viaja hasta Tarso, para visitar la tumba de Santa Tecla, que sólo distaba tres días desde ese lugar. De nuevo en Tarso reemprende el camino de regreso pasando por el Tauro, Capadocia, Galacia y Bitinia hasta llegar a Calcedonia, donde visita el sepulcro de Santa Eufemia (23.7). Tras su travesía en barco llega a Constantinopla, donde agradece a Dios el haberle permitido ver Jerusalén y regresar. El relato finaliza cuando expresa sus intenciones de viajar hasta Éfeso para ver el sepulcro de San Juan Evangelista.

El viaje de Egeria es un documento importante para conocer el estado de los caminos y las rutas a finales del siglo IV. Pero, también, nos ayuda a darnos cuenta de cómo en el período de su viaje se había instaurado un nuevo centro del mundo, la ciudad de Jerusalén.

LAS CARTAS DE JERÓNIMO

Las cartas de Jerónimo también recogen algunas informaciones sobre la geografía de los Santos Lugares (*Carta 46 a Marcela*). Destaca sobre todo la descripción de Jerusalén como una ciudad que «*exigía ver y ser visto; saludar y ser saludado; alabar y criticar; con peligro de caer en la soberbia si no se atendía a los visitantes, y en la distracción si eran atendidos, a riesgo de no gozar ya del silencio*».

Pero es sobre todo la 108 a Eustoquia la que tiene mayor interés para nosotros, puesto que en ella se recoge el viaje realizado por Jerónimo y Santa Paula desde Antioquía hasta Egipto. Saliendo de Roma por mar, Santa Paula hizo escala en las islas Pontinas, atravesó el Adriático para detenerse en Metone, Rodas, Licia y Chipre (*Carta 108.7*). Aprovechando sus escalas, o incluso decidiéndolas en virtud del carácter sacro de los lugares (tumba de Flavia Domitila, Epifanio, monasterios). Desde Chipre marchó a Seleucia y luego a Antioquía, donde pasó un tiempo en compañía de San Paulino y donde se les unió Jerónimo.

Al abandonar Antioquía, Jerónimo dice: «*omito el recorrido de Celesiria y Fenicia, pues no me he propuesto escribir un diario de viaje, y sólo haré mención de los lugares que se contienen en los libros sagrados*» (*Carta 108.8*). Lo cual demuestra que la narración vuelve a estar centrada en los espacios y personas que participan de la sacralidad del autor, y que todo lo que queda fuera de esta esfera es omitido por ser superfluo²⁴. Desde esta perspectiva son mencionadas ciudades que han modificado sus nombres: «*seguidamente visitó a Antípatris, pueblecillo medio en ruinas, a quien Herodes diera el nombre de su padre, y a Lidda, cambiada en Dióspolis, famosa por la resurrección de Dorcas y Eneas... llegó a Nicópolis que se llamaba antes Emaús... Samaria, que, en honor de Augusto fue llamada, en griego Augusta (Sebaste) por Herodes*» (*Carta 8*). La mención de los antiguos nombres de las ciudades de los Santos Lugares tenía una doble intencionalidad ubicar a los lectores y, al mismo tiempo, dotar a los peregrinos que pensaban viajar a Jerusalén de la información necesaria para establecer su ruta.

Finalmente, Paula llegó a Jerusalén que es definida por Jerónimo como la ciudad de los tres nombres (Jebús, Salem y Jerusalén) la actual Elia (*Carta 9*). Allí visitó el lugar de la *Anástasis* (Resurrección), subió a Sión y contempló el sitio de la flagelación. En Belén visitó el lugar del nacimiento de Cristo (*Carta 10*). Volviendo a Jerusalén pasó por Jericó, el Jordán y el monte Tabor. El viaje finalizó con una visita Egipto, donde conoció al obispo Isidoro y a los anacoretas y cenobitas de la región. Después regresó a Belén, ciudad en la que permanecería el resto de sus días dedicándose a las buenas dadas y a acoger a los peregrinos.

JUAN CRISÓSTOMO (347-407 d.C.)

A finales del año 403 d.C., Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, es desterrado por instigación de Eudoxia, la esposa del emperador Arcadio «*al lugar más desierto de la tierra*» (*Carta 87*). De este modo, se inició un viaje sin retorno que ha quedado reflejado en su obra²⁵,

24 Sin embargo, a veces se menciona de pasada pasajes sobre la religiosidad de los paganos: «*Y para mentar también algo de las fábulas de los poetas, la que contempló a Andrómeda clavada en la roca*» (*Carta 108.8*); raptó de las sabinas (*Carta 108.13*). Pese a sus ataques a los mitos grecorromanos todos los grandes intelectuales cristianos conocían muy bien sus historias: Cf. SIDONIO DE APOLINAR, *Epíst.*, I 5.3; SINESIO, *Ep.*, 148.

25 Una detallada descripción puede encontrarse en GONZÁLEZ BLANCO, A., «Un viaje sin retorno. La marcha de San Juan Crisóstomo al exilio en el que murió: de Constantinopla a Comana Póntica (404-407 d.C.)», en *Libros de viaje y viajeros en la historia*, Universidad de Murcia 2006, p. 171-188.

cuyas etapas fueron: 1) De Constantinopla a Nicomedia 2) De Nicomedia a Nicea 3) De Nicea a Ancyra (Ankara) 4) De Ancyra a Tavio 5) De Tavio a Mazaca Cesarea 6) De Cesarea a Cúcuso y luego a Arabisso 7) De Arabisso a Comana Pónica, donde encontró la muerte el 14 de septiembre del 407.

No se trata de un viaje para ver Tierra Santa, ni para entrar en contacto con la divinidad. Es un viaje de destierro, tortuoso y doloroso, que el propio autor padece como un martirio. El largo deambular del Crisóstomo es una dura prueba, cuya crudeza es atestiguada en sus cartas: *«cuando vi que el mal cedía lentamente soñaba en partir a Cúcuso y reponerme de las pruebas del viaje. Pero estando allí se nos dice de pronto que los isaurios en multitud innumerable la región de Cesarea, tras haber quemado una aldea grande y haberse dedicado allí a los peores excesos»*. Las amenazas de una horda furibunda de monjes le hacen retomar nuevamente un camino lleno de peligros y de enemigos: *«era una noche sin luna, cerrada, oscura, sombría y todo ello hacía la situación aún más crítica para nosotros. No había nadie para ayudarnos, nadie que nos pudiera prestar alguna ayuda, ya que todos nos abandonaron. Sin embargo, impulsado por el temor y esperando morir pronto y completamente hundido ordené encender antorchas. Pero el sacerdote las hizo apagar por miedo, según dijo, de que bárbaros atraídos por ellas nos atacaran y así las antorchas fueron apagadas»*. Los ladrones acechan en los caminos y hacen que el propio Crisóstomo no recomiende el viaje a sus conocidos (carta 110 a Baso; carta 111 a Anatolio). Aunque en la carta 84 a Faustino matiza: *«hemos llegado incólumes a Cúcuso; hemos hallado el lugar vacío de tumultos, pleno de paz y de ocio sin nadie que nos quiera molestar y sea enemigo nuestro. ¿Cómo nos vamos a maravillar de que esto nos suceda en la ciudad si el camino desierto, peligroso y sospechoso que conduce aquí lo hemos recorrido sin miedo y sin problemas y todo ha sido más seguro que lo que ocurre en las ciudades que están gobernadas por buenas leyes?»*. En buena medida, si Juan Crisóstomo enfatiza las dificultades y los peligros es porque se le obligó a ir a pie durante el recorrido y sus acompañantes no siempre le ayudaron a soportar las inclemencias del viaje.

EREMITAS Y ESTILITAS

En tiempos del emperador Diocleciano (284-305) muchos cristianos huyeron al desierto buscando refugio ante las persecuciones. El más famoso de estos eremitas fue San Antonio. Los estilitas eran, también, ermitaños que se caracterizaban por vivir día y noche sobre una columna, siendo el más célebre de ellos Simón el Estilita. Puede resultar llamativo que en un estudio de la geografía del viaje en la antigüedad tardía se mencionen estos colectivos, que en caso de los estilitas pueden llegar a personificar el inmovilismo más absoluto. No obstante, eran focos que atraían a otros ascetas y a viajeros, que venían de muy lejos en busca de consejo o simplemente para contemplar la sacralidad que había junto a ellos. Su carencia absoluta de movimiento generaba que un afluente de viajeros viniera hasta ellos.

Tanto Egeria como Paula demuestran que las mujeres podían y hacían la *peregrinatio* a Tierra Santa, siendo frecuentemente bien acogidas por las autoridades de aquellas regiones. Aunque también tenemos ejemplos de lo contrario cuando se acercaban a anacoretas. Arsenio, que fue el preceptor de Arcadio y Honorio, trató de forma desconsiderada a una joven de la alta aristocracia que había viajado hasta Canopo para visitarle: *«violento, volvió a levantarla y, mirándola fijamente, dijo «si has de ver mi rostro, helo aquí, mira»*. Ella, llena de vergüenza, no osó mirarle a la cara. Entonces, el anciano le dijo: *«¿no has oído hablar de cómo vivo? Debería*

ser respetado. ¿Cómo te atreves a hacer este viaje? ¿No te das cuenta de que eres una mujer y no puedes ir donde te plazca? ¿O es que has venido para poder volver a Roma y contar a otras mujeres que has visto a Arsenio? Y luego harán del mar una vía pública para que vengan las mujeres a verme» (trad. Ward, 13-14). Pueden sentirse en las palabras de Arsenio el miedo y la angustia a ser atormentado por la tentación de la que había intentado huir en su retiro. En una época donde se discutía acaloradamente si Adán y Eva habían sido seres asexuados, pues el sexo era considerado como algo nocivo, era lógico que por muchas peregrinaciones a los Santos Lugares la mujer siguiese siendo considerada como un problema.

CONCLUSIÓN

Hay varios elementos comunes en estos viajes, la entrega de limosnas, la lectura de la Biblia²⁶, especialmente el Antiguo Testamento, la adopción de un modo de vida humilde, la visita de los lugares sacros o la casi total ausencia de digresiones geográficas. En todos los casos los viajeros proceden de una clase social acomodada que les permite disponer de la formación, del tiempo y de los medios para realizar un viaje tan largo y costoso²⁷, así como de la instrucción literaria necesaria para luego dejar por escrito sus vivencias. Aún así, a la hora de viajar todos eligen hacerlo de la forma más humildemente posible, lo que demuestra que la *peregrinatio* es también un modo de vida en el que se imita el modelo de Cristo.

En cada uno de los casos estudiados, los autores no viajan para tener experiencias autópticas, sino místicas. No deambulan para comprobar o verificar, más bien para sentir. La autopsia había sido relegada progresivamente por los autores paganos a un segundo plano, al dársele cada vez mayor peso al saber erudito y libresco, pero, aún así, siempre mantuvo un gran prestigio entre los historiadores y los geógrafos. Ahora, los viajeros cristianos ignoraban todo aquello que sus ojos contemplasen siempre que no estuviera relacionado con su religión y cuando ven no lo hacen con actitud crítica de quien quiere comprobar algo, lo hacen para sentirlo.

A lo largo de nuestro estudio hemos hablado largamente de la *interpretatio graeca*, y de la imposibilidad de los griegos de ir más allá de los paradigmas fijados por su cultura. Bien podría decirse lo mismo de los autores cristianos que visitaron Tierra Santa durante el siglo IV. Su indiferencia por otras civilizaciones pasadas o presentes es un indicador de hasta qué punto el cristianismo había desbordado todos los sectores de la vida en la Antigüedad Tardía. Ahora bien, los autores paganos mostraban una actitud igualmente arbitraria en sus descripciones del mundo²⁸. El autor de *Expositio totius mundi* ignora todo lo relativo al cristianismo e incluso la ciudad de Jerusalén pese a escribir en el siglo IV d.C. Lo que demuestra que el etnocentrismo fue un elemento fraternalmente compartido por ambas culturas.

26 Además de los casos estudiados es conocido el caso de Pedro el Íbero que viajó a Tierra Santa en el siglo V d.C., llevando un manuscrito del Evangelio de San Juan.

27 CONDE GUERRI, E., «La topografía mística de los Santos Lugares en la versión de Paula (San Jerónimo, *Epist.* 46; 58; 108)», en *Espacio y tiempo en la percepción de la Antigüedad. Homenaje al profesor Antonino González Blanco. Antigüedad y Cristianismo XXIII* 2006, p. 296-297.

28 Cf. CAMERON, Av. y Al., «Christianity and Tradition in the Historiography of the Late Empire», *CQ* 11, 1964, p. 316-328; CANDAU, M., «Providencia y política en los historiadores paganos de la baja antigüedad», GASCÓ, F., y RAMÍREZ DE VERGER, A., (eds.), *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, Madrid 1990, p. 191-210, en ambos estudios se coincide al decir que el desconocimiento que refleja la historiografía pagana sobre el cristianismo se debía más a la influencia arcaizante imperante en la época, que no daba cabida alguna a reflexiones sobre la naturaleza religiosa del credo cristiano.

19. LA GEOGRAFÍA BIZANTINA: COSMAS INDICOPLEUSTES

*«El hombre es mortal porque no sabe unir el principio con el final»
(ALCMEÓN DE CROTONA).*

«Además, acumula cosas históricamente inverosímiles; más justo es por ello considerar a este hombre (Cosmas) como un inventor de fábulas que como alguien veraz» (FOCIO).

Una de las señales más claras de la decadencia de la geografía en la Antigüedad Tardía y en los inicios del Imperio Bizantino es la escasez de mapas que encontramos. Aún así, podemos hallar algunos vestigios literarios de su existencia. Alipio, vicario de Juliano el Apostata en Britania y encargado de la reconstrucción del templo de Jerusalén, le envió al emperador un mapa de Britania¹. En un poema dedicado a Teodosio II (408-450 d.C.) puede leerse como durante su gobierno se le encargó a un grupo de expertos la elaboración de un mapa del mundo:

*«Este ilustre trabajo, incluyendo todo el mundo,
mares, montañas, ríos, puertos, estrechos y ciudades,
zonas sin cartografiar, para que todo pueda ser conocido,
nuestro ilustre, noble, pío Teodosio
el más venerable ordenó cuando comenzó
el año de su decimoquinto consulado.
Nosotros siervos del emperador, mientras uno escribe,
el otro dibuja, siguiendo el trabajo
de los antiguos cartógrafos, revisando y mejorando
su trabajo en no muchos meses, en un corto espacio de tiempo,*

1 JULIANO., *Epist.*10 (Bidez).

abarcando el mundo entero. Nuestro sabio, Señor, fue el que nos enseñó cómo lograr esta misión» (DISCUIL², De mensura 5.4).

La mención al decimoquinto consulado de Teodosio nos ayuda a datar el encargo alrededor del 435 d.C. El hecho que el poema fuese escrito en latín y no en griego, se explica fácilmente porque seguía siendo la lengua oficial del Imperio. El encargo de medir y cartografiar el mundo recuerda a la historia de Julio Honorio sobre los cuatro sabios enviados por Julio César (cf. *Supra*. p. 243-244). La diferencia aquí reside en su labor de compilación en modo alguno enmascarada. No parece que viajasen por el Imperio recogiendo información, más bien debieron apoyarse en los textos de otros geógrafos o en mapas antiguos. El poco tiempo dedicado a su tarea es un dato más que nos lleva a reforzar nuestra creencia en que no se trató de un trabajo original y en el que no debieron existir grandes aportaciones personales³. Quedaba plasmado que durante casi un milenio la geografía sería una disciplina que se realizaba en una biblioteca y que no requeriría viajar para aprender.

Otra cuestión es el motivo o la funcionalidad que pudo haber tenido la elaboración de un mapa para Teodosio II. Tendrían que tenerse en cuenta factores, ya esgrimidos en casos anteriores, como los administrativos, los logísticos o militares. Pero también hay que tener presente nuevos elementos como la necesidad de la comunidad cristiana de tener nuevos y actualizados mapas que le sirviesen de ayuda en sus peregrinaciones a Tierra Santa. Por otra parte, un mapa podía mostrar a los ciudadanos del Imperio Oriental cuán grande seguía siendo, en un período de crisis y decadencia. Además, era un elemento de propaganda política sumamente útil, aunque no está claro que este mapa, como el de Agripa, fuese público.

Entre los pocos vestigios conservados de cartografía en el mundo tardoantiguo y bizantino destacan los mapas mosaico de Nicópolis y Madaba.

MOSAICO DE NICÓPOLIS (VI d.C.)

Nicópolis fue la ciudad fundada por Octavio Augusto para conmemorar su victoria en Actium (31 a.C.) sobre Marco Antonio. El mapa en cuestión fue erigido por el arzobispo Domecio. La imagen del mundo que se recrea es rectangular, muy parecida a la que Cosmas Indicopleustes representa en su *Topografía cristiana*. Sobre el mosaico hay una inscripción en griego que dice: «aquí puedes ver el Océano sin límites fluir llevando en su seno la tierra, donde todo lo que puede vivir y arrastrarse es aquí retratado usando las hábiles imágenes del arte. El noble arzobispo Domecio creó esto». El mosaico es rectangular al igual que el mundo que reproduce, con la imagen del Océano que envuelve la tierra, en el que nadan los peces. En el centro hay árboles y pájaros. Esta imagen idílica ha hecho pensar que en realidad se trata de un mapa del Paraíso o de la tierra antes de la creación del hombre⁴. De lo que no puede haber duda es que el mapa de Nicópolis es una amalgama de diferentes cosmovisiones. Por una parte la clásica, representada en la tradicional imagen del Océano que envuelve el mundo, por otra, la cristiana y su concepción del Paraíso.

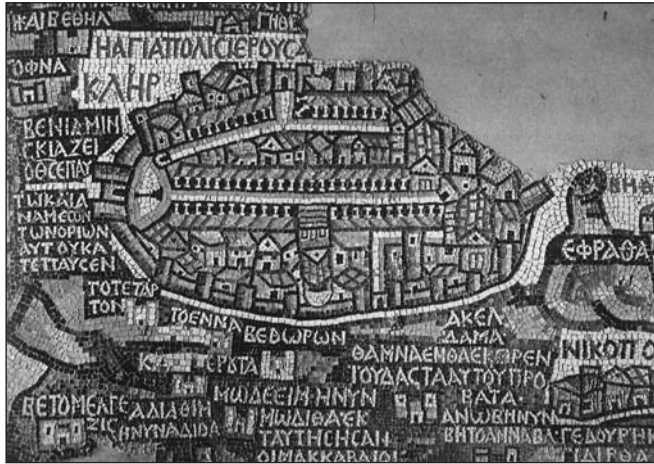
2 Monje y geógrafo irlandés del siglo IX d.C., autor del tratado *De mensura orbis terrae*.

3 Cf. WOLSKA, W., «La carte de Théodose II: sa destination», *Travaux et Mémoires* 5, 1973, p. 274-279.

4 KITZINGER, E., «Studies on Late Antiquity and Early Byzantine Floor Mosaics.I. Mosaics at Nikopolis», *DOP* 6, 1956, p. 100; DILKE, O. A. W., *The History of Cartography: Cartography in prehistoric, ancient, and medieval Europe and the Mediterranean*, Chicago 1987, p. 264.

EL MAPA DE MADABA (VI d.C.)

El mapa de Madaba (fig. 51), por el contrario, está exclusivamente centrado en Tierra Santa. Se trata de un mapa mosaico conservado en el ábside de la iglesia bizantina de San Jorge de la ciudad de Madaba, situada en Jordania al sur de Ammán. Es datado entre el 542 y el 565 d.C. Sobresale por su gran tamaño, de hecho se cree que el original debió tener como medidas 24 x 6m y estar formado por más de dos millones de *tesserae*.



52. Mosaico de Madaba con la ciudad de Jerusalén.

El mosaico presenta las ciudades no en plano sino en perspectiva. El nombre aparece en griego y concuerda con el *Onomasticon* de Eusebio⁵. La ciudad de Jerusalén no ocupa el lugar central, pero es la que más detalladamente se describe, por lo que debe entenderse que estaría en consonancia con otras obras de este período que consideraban a Jerusalén como el centro del mundo. De tal modo que pueden distinguirse algunos edificios representativos como la iglesia del Santo Sepulcro, la puerta de Damasco, la Puerta Dorada, la Torre de David, el Cardo Máximo o la Puerta del León. La inscripción que hay sobre la ciudad, *Agia Polis* (Ciudad Santa) es una reminiscencia bíblica y confirma que los autores del mosaico estaban imbuidos por la fe cristiana.

La sección dedicada a Egipto no está bien preservada, pero, aún así, pueden leerse los nombres de algunas villas que tienen el nombre de su propietario.

En comparación con itinerarios como el Antonino o con la *Tabula Peutingeriana* las *mansiones* o *mutationes* pasan casi desapercibidas, mientras que las iglesias y los lugares sacros cobran un mayor protagonismo. Hay más de 150 topónimos relacionados con los Santos Lugares en el mapa, por lo que es posible que los autores empleasen alguna obra como el *Onomasticon* de Eusebio para facilitar su labor. Así como la Biblia, pues se citan varios pasajes bíblicos⁶.

En comparación con otros mapas medievales, donde Jerusalén también ocupa el centro del mundo, el mapa de Madaba se diferenciaría de ellos por su naturaleza temática, prácticamente centrada en una única parte de la *oikoumene*.

5 MENÉNDEZ PIDAL, G., *Hacia una nueva imagen del mundo*, Madrid 2003, p. 31.

6 Génesis 10:10; 49:13; Jer., 31:15; Josué 10:12.

COSMAS INDICOPLEUSTES (c. VI d.C.)

Cosmas Indicopleustes supone un punto de inflexión importante en la historia de la geografía antigua, pues es el momento en el que las ideas cristianas se superponen definitivamente a las paganas y transmutan algunas de las creencias más firmemente asentadas en lo referente a la concepción espacial del mundo antiguo⁷. Muchas de las teorías de Cosmas no se prolongaron en el tiempo o no tuvieron gran repercusión fuera de Bizancio, pero su singularidad implica que tengan que ser estudiadas con detenimiento, puesto que fueron el punto culminante de la redefinición de los valores que se inició con la victoria del cristianismo frente al paganismo.

No deben entenderse las teorías de Cosmas ni como el pensamiento generalizado de su época ni como las elucubraciones de un viejo visionario. En el mismo período que Cosmas, Juan Filópono (*circa* 490-570) había dicho que la tierra era esférica y que ocupaba el centro del Universo siguiendo de cerca las doctrinas aristotélicas.

De igual modo, no faltaban quienes no se pronunciaban abiertamente ni a favor ni en contra⁸, y quienes veían en el apego de los cristianos por la *paidéia* griega como una amenaza al mensaje de las Escrituras. En este último grupo debe de incluirse el curioso autor que estudiamos, Cosmas Indicopleustes⁹, un comerciante (II 1, 29–30, 54) de Alejandría¹⁰ (II 54; 56) que estando aquejado por la enfermedad (II 1) escribió una obra llamada *Topografía cristiana* de doce libros entre el 547 y el 549 d.C.¹¹, que a juzgar por los textos conservados (Bibliotecas del Vaticano, monte Sinaí y Laurenciana), debió de estar ilustrada. Es la única de sus obras que se ha conservado, pues parece que también escribió una *Geografía* y una *Astronomía*¹². El título es llamativo y no debe entenderse topografía por su sentido moderno, sino como «descripción del espacio cósmico», y es cristiana al estar dirigida a aquellos cristianos que siguen las doctrinas de los paganos sobre la esfericidad de la tierra. Por el nombre del autor se piensa que pudo haber viajado por vía marítima hasta la India, pues Indicopleustes significa «viajero indio», aunque debemos tener presente que para los bizantinos la India no hacía referencia únicamente al subcontinente indio¹³, sino también a Etiopía y Arabia. Él nos cuenta que navegó por las aguas del

7 DILKE, O. A. W., Chicago 1987, p. 261, cree que su importancia como autor ha sido sobrevalorada y exagerada por algunos investigadores.

8 JERÓNIMO, *In Isaiam* 11: «*Ex quo nnulli quasi punctum et globum eam esse contendunt, et habitatores illius quasi locustas. Si enim in toto orbe consideremus varias nationes, et ab oceano usque ad oceanum, id est, ab Indico mari usque ad Britannicum, et ab Atlantico usque ad Septentrionis rigorem, in quo congelascunt aquae, et succina pulchra concresecunt, omne in medio hominum genus quasi locustas habitare cernimus. Quid igitur superbit terra et cinis? quia caelum, immo ut scripturarum utar auctoritate, caeli extenduntur quasi camera*»; SAN AGUSTÍN, *De Genesi ad litteram* II 9, opinaba que discutir si la tierra era esférica o no, era una pérdida de tiempo; *Enarrationes in Psalmos* 76.20: «*Orbis terrarum est rota; nam circuitus orbis terrarum, merito et orbis dicitur; unde brevis etiam rotella, orbiculus appellatur*».

9 El nombre no aparece hasta los manuscritos del siglo XI, pues el autor no se presenta a lo largo de su obra. Cf. KOMINKO, M., «New perspectives on paradise. The levels of reality in byzantine and latin medieval maps», en *Cartography in antiquity and the Middle Ages: fresh perspectives, new methods*, Brill 2008, p. 139-140, señala que el epíteto Indicopleustes pudo ser común en la tardoantigüedad y el nombre Cosmas era recurrente en Egipto y muy apropiado para un autor cristiano que estudiaba el Cosmos.

10 Sobre la identidad y vida de Cosmas cf. WOLSKA, W., «Stéphanos d'Athènes et Stéphanos d'Alexandrie», *REB* 47, 1989, p. 27–31.

11 Cf. VI 3, menciona dos eclipses ocurridos el 6 febrero y el 17 de agosto del 547.

12 Prólogo 2 *Sobre el curso de los astros*; Prólogo 1 *Geografía*, en la que se describía con más exactitud la totalidad de la tierra.

13 Cf. MAYERSON, Ph., «A Confusion of Indias: Asian india and African India in the Byzantine Sources»,

mar Rojo, Pérsico y Mediterráneo (II 29); la isla de Socotora (III 65) pero que no se atrevió a adentrarse en pleno Océano¹⁴ (II 29). Pero paradójicamente sus conocimientos geográficos se centran en el Sinaí y en el reino de Axum (Etiopía).

La formación autodidacta de Cosmas queda reflejada en sus numerosos errores de sintaxis y en su griego vulgar¹⁵. Su maestro fue un nestoriano llamado Patricio, más conocido como Mar Aba (II 2). El motivo de haber escrito su obra pudo haber estado relacionado con su conversión al cristianismo Nestoriano y su necesidad de querer llevar la palabra de la verdadera religión a Alejandría. La función religiosa de *Topografía cristiana* está reflejada en su subtítulo: «Πρὸς τοὺς χριστιανίζειν μὲν ἐθέλοντας, κατὰ τοὺς ἐξῶθεν δὲ σφαιροειδῆ τὸν οὐρανὸν νομίζοντας καὶ δοξάζοντας» («*Para los que quieren ser cristianos, y frente a los que desde fuera creen en el cielo esférico y lo glorifican*»). Dadas sus hondas creencias nestorianas la cosmografía de Cosmas Indicopleustes está altamente determinada por su pensamiento teológico y su exégesis bíblica. De hecho, el autor se autodefine en numerosas ocasiones como un simple cristiano (V 257; VII 1; VII 96-7; VIII 31). No erramos al considerar que la *Topografía cristiana* es un reflejo de las tensiones entre la escuela de Alejandría y la de Antioquía, entre los aristotélicos y los antiaristotélicos y entre los que intentaban conciliar pensamiento pagano y quienes los rechazaban por completo. La influencia del pensamiento nestoriano en su obra explicaría porque tendría tan poco éxito entre los autores bizantinos posteriores, que seguramente lo considerarían como un libro no ortodoxo.

La tierra de Cosmas es plana y el universo tiene forma de caja, rechazando totalmente la visión esférica de los paganos, a los que llama «*los del exterior*» (οἱ ἐξῶθεν) y en consecuencia la posibilidad de existencia de vida en el hemisferio sur y, por lo tanto, de los antípodas (I 14). También niega que se encuentre en el centro del universo o que esté sostenida por algún otro elemento, pues al ser el elemento más pesado no puede descansar sobre ningún otro, por lo que se encuentra en el vacío¹⁶ (οὐδέν).

Cosmas declara que uno de sus objetivos a la hora de escribir su obra era demostrar su error a quienes pensaban que el cielo es esférico (*Prólogo* 3). El Universo tenía una forma semejante al techo de unas termas, es decir, con forma de bóveda de medio cañón¹⁷. La sección superior del Universo es donde se ubica el reino de Dios, mientras que en la inferior está nuestro reino.

JAOS 113, 1993, p. 169-173, sugiere que todavía en el Imperio Bizantino la India no era un espacio geográfico definido.

14 II 30 donde cuenta el terror de los marineros al avistar a las aves que anuncian que se han adentrado en el Océano: «Un día, cuando navegábamos por esas zonas en dirección a la India Interior, viramos en exceso hacia la Barbaría, más allá de la cual se halla el Zingion –así se llama la embocadura del Océano– y divisamos a estribor una multitud de las aves que llaman albatros volando...; el aire es muy impuro por allí, de suerte que todo el mundo tuvo miedo. Marineros y pasajeros, hombres avezados en la navegación, dijeron todos que estábamos ya próximos al Océano y gritaron al piloto: ¡Vira a babor, hacia el golfo, no sea que, llevados por las corrientes, entremos en el Océano y muramos allí. En efecto, allí donde penetraba en el golfo, el Océano producía un gran banco de arena y, a la salida del golfo, la resaca arrastraba hacia el Océano: era un espectáculo terrible, y un profundo miedo se apoderó de nosotros. Algunos albatros nos siguieron mucho tiempo, volando muy alto: señalaban que el Océano se hallaba cerca».

15 II 1: «Sin embargo, también carezco de la completa instrucción de la gente del exterior e ignoro el arte de la retórica, no sé componer discursos con palabras abundantes y de género pomposo y me encuentro atrapado en las dificultades de la vida». Sin embargo, podría tratarse también de un *tópos* literario, pues la falsa modestia espiritual era algo normal entre los escritores cristianos, por lo que no habría que subestimar las cualidades de Cosmas. Cf. PAULINO, 2 *Corintios* 11:6; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autolyicum* 1:1; OROSIO, *Historias*, prefacio 1-8.

16 Cf. ANASTOS, M. V., «Aristotle and Cosmas Indicopleustes on the void. A note on theology and science in the sixth century», *Ελληνικά* 4, 1953, p. 37-46.

17 IV 8: «ὅς θόλος λουτροῦ μεγάλῃ».

Estructura la realidad conforme a su pensamiento religioso en torno a dos espacios claramente diferenciados entre sí (fig. 53), el espacio de los mortales, la tierra y el de los inmortales, el cielo¹⁸. Esta idea, la superposición de dos espacios o condiciones (καταστάσεις) había sido defendida con anterioridad por la escuela de Antioquía, especialmente por Teodoro de Mopsuestia (350-428). El espacio inferior de Cosmas es un lugar reservado para al hombre, un espacio de aprendizaje. El saber se encuentra en el espacio superior, al cual sólo se puede llegar mediante la salvación propiciada por Jesús, en cuya persona, conforme al pensamiento nestoriano, se funden las dos condiciones. Hay que tener presente, que si Cosmas ataca la esfericidad defendida por paganos y muchos cristianos, no es sólo porque entre en contradicción con las escrituras, sino porque no se ajusta adecuadamente a su concepción nestoriana del mundo. Una esfera no es una figura geométrica adecuada para plasmar una separación tajante entre dos espacios opuestos como eran el cielo y la tierra.

Como se recordará, la esfericidad terrestre fue por primera vez defendida por los pitagóricos, popularizada por Platón, Eudoxo, Aristóteles y convertida en una creencia firmemente asentada durante el helenismo y el Imperio Romano. De tal modo, que la forma esférica de la tierra fue uno de los conceptos de la literatura clásica que más pervivencia y éxito tuvo en la antigüedad. Pero en tiempos de Cosmas ya se habían levantado voces en contra de la esfericidad terrestre. Una condena o una prohibición muestran a la vez la existencia de una idea rectora que se quiere imponer (la tierra es plana) y la pervivencia de otra que no se termina de erradicar (la tierra es esférica). La diferencia entre Cosmas y otros autores que con anterioridad negaron la esfericidad, es que los últimos consideraban que el dogma era una prueba más que suficiente.



53. La tierra y el firmamento según Cosmas.

Se trata de un momento determinante en nuestro estudio, pues la autoridad de la palabra escrita se ha impuesto definitivamente a la experiencia. Las argumentaciones de Cosmas serán las mismas que empleará la Iglesia con posterioridad para condenar a Galileo. Aunque, paradójicamente, Cosmas recurrió a un método de argumentación para convencer a sus adversarios, que no difería en demasía del empleado por los paganos.

18 III 14, 55, 81; IV 9, 17; V 227, 247-48; VI 24, 34; VII 71, 88.



54. La Tierra según Cosmas Indicopleustes. Bibliotheca Laurentiana.

En otro mapa la *oikoumene* aparece en la obra de Cosmas con forma rectangular (fig. 54), con una masa de tierra que está rodeada por el Océano. Existen cuatro grandes mares que forman cuatro grandes golfos (II 29; III 25; IV 7). En el norte el Caspio, por lo que, al igual que otros geógrafos antiguos, negó que se tratase de un mar interior. En el sur el golfo Arábigo y el Pérsico. En el Occidente el golfo Romaico, que es el mar Mediterráneo (II 29). Por el contrario, Filópono se adhiere a la corriente que desde Heródoto sostenía que eran mares interiores, pese a que esta teoría no era compatible con el Génesis 1:9: «*Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar*».

Más allá del límite oriental del mundo se encuentra el Paraíso, del que fluyen cuatro ríos el Pisón, el Tigris, el Éufrates y el Gihón (Nilo). Lejos del Paraíso se encuentra la tierra más allá del Océano que estuvo habitada antes del Diluvio. Una imagen de la tierra rodeada por el Océano y con un Paraíso transoceánico podía también encontrarse en otros autores como Efrén de Siria y Narsés. Además, Efrén ya habría comparado la tierra con el altar construido por Moisés en el Éxodo. Lo que reafirmaría la profunda influencia de la escuela de Antioquía en Cosmas. No obstante, también conoce otras islas legendarias del imaginario griego, como la Atlántida, que pudieron haberle influenciado en su plasmación del Paraíso: «*La isla de Atlántida, grande y maravillosa, cae hacia Occidente fuera hacia el Océano después de Gades. Los que habían habitado en aquel pueblo contaron que diez reyes de aquella tierra ulterior marcharon hacia Europa y Asia y las combatieron y fueron derrotados después por los atenienses, y refiere (Timeo) que la misma isla fue sepultada por Dios bajo las aguas. Platón y Aristóteles aprobaron a Timeo y Proclo lo ilustró con comentarios*» (XII p.340 D-341A). Un contemporáneo de Cosmas, el monje irlandés San Baradán (484-578), emprendió un viaje por Occidente en búsqueda del

Paraíso terrenal. Finalmente, tras muchas peripecias, llegó a una isla que identificó como «*la tierra prometida de los santos*». La isla de San Baradán sería representada por los cartógrafos hasta el siglo XVIII. Es posible que existiese un conocimiento, por parte de Cosmas, de los autores, aunque es más fácil presuponer que si colocó el Paraíso en Occidente, al contrario que la mayoría de los geógrafos cristianos que lo hacían en Oriente, fue debido a la influencia de los pensadores grecorromanos, que sí lo habían hecho en esa zona.

Cosmas sostiene que la imagen de la tierra como tabernáculo puede comprobarse por la lectura de *Éxodo* 25:23-4: «*harás asimismo una mesa de madera de acacia; su longitud será de dos codos, y de un codo su anchura, y su altura de codo y medio. Y la cubrirás de oro puro, y le harás una cornisa de oro alrededor. Le harás también una moldura alrededor, de un palmo menor de anchura, y harás a la moldura una cornisa de oro alrededor*». Otros pasajes bíblicos pueden haberle confirmado su teoría: «*el cielo es mi solio, y la tierra estrado de mis pies*» (*Isaías* 66:1); «*él está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar*» (*Isaías* 40:22); «*alzará un estandarte ante las naciones, reunirá a los desterrados de Israel, y juntará a los dispersos de Judá de los cuatro confines de la tierra*» (*Isaías* 11:12); «*esto es lo que ustedes dirán de ellos: «los dioses que no hicieron ni el cielo ni la tierra, desaparecerán de la tierra y de debajo del cielo». Con su poder él hizo la tierra, con su sabiduría afianzó el mundo, y con su inteligencia extendió el cielo. Cuando él truena, retumban las aguas en el cielo, hace subir las nubes desde el horizonte, desata la lluvia con los relámpagos, hace salir el viento de sus depósitos*» (*Jeremías* 10:11-14). Si la Biblia establece que el mundo tiene esquinas, dice Cosmas, no puede ponerse en duda que su forma es rectangular y no esférica.

De este modo, Cosmas cree que la *oikoumene*, que para él significa la tierra entera y no sólo el mundo habitado, es una isla envuelta por el Océano, al igual que la moldura envuelve la mesa. En una mezcla de realidad y simbolismo el mundo queda representado, siendo un buen ejemplo de cómo Cosmas intercala sus argumentaciones con las Sagradas Escrituras. Respecto al empleo del Océano de los clásicos, Cosmas puede haber llegado a creer en su existencia por este pasaje del *Génesis* 1: 9: «*entonces dijo Dios: Júntense en un lugar las aguas que están debajo de los cielos, y que aparezca lo seco. Y fue así*». ¿Si la Biblia decía que todas las aguas estaban reunidas bajo un mismo lugar no era una prueba de la existencia del Océano? Como se puede observar si utiliza conceptos geográficos de los paganos, como la insularidad del mundo o el Océano, es porque encuentra pasajes en las Escrituras que refrendan su veracidad.

Lo mismo ocurre cuando fija la anchura y la longitud del mundo. Cosmas presenta otra curiosa coincidencia con los geógrafos antiguos¹⁹, el considerar que la longitud de la tierra es el doble respecto a su anchura (II 47-8). Una opinión bastante común entre autores como Demócrito, Eudoxo o Dicearco. No obstante, no utiliza como medida ni el estadio ni la milla romana, sino las jornadas de viaje: 400 días para la longitud y 200 para la anchura: «*si se mide la longitud de la tierra desde Tzínista (China) hacia el Occidente, de forma recta, como a cordel, se hallarán unas 400 jornadas de marcha, de treinta millas cada una. Debe medirse de la siguiente forma: de Tzínista a la frontera de Persia, por toda la tierra de los hunos, la India y la tierra de los bactros, hay unas 150 jornadas: acaso más, pero no menos; toda Persia son 80 jornadas; de Nísibis a Seleucia hay 13 jornadas; y de Seleucia a Roma, siguiendo después por las tierras*

19 KOMINKO, M., «The map of Cosmas, the Albi Map and the tradition of ancient geography», *MHR* 20 (2) 2005, p. 163-186; p. 167.

de los galos y de los iberos, llamados actualmente hispanos, hasta Gades, que mira hacia el Océano exterior, hay unas 150 jornadas, o algo más. Todo eso suma 400 jornadas, poco más o menos. Desde las regiones hiperbóreas hasta Bizancio no hay más de 50 jornadas...; de Bizancio a Alejandría hay unas 50 jornadas; de Alejandría a las Cataratas, 30 jornadas; de las Cataratas a Axum, otras 30; y de Axum hasta el extremo de Etiopía, es decir, hasta el País del Incienso que recibe el nombre de Barbaría y que, costeando el Océano, se halla... lejos de Sasu, última región de los Etopes, se cuentan unas 40 jornadas; de forma que el total suma unas 200 jornadas». Parece que como anteriores casos el que coincidan los clásicos con la Biblia, es lo que le da fuerza a su testimonio, puesto que, como se recordará, las medidas de la mesa eran el doble de su anchura.

Una de las contrapartidas de su convicción en la forma cuadrangular de la tierra es que el Sol tiene un tamaño mucho menor del que habría necesitado para iluminar una esfera (VI 1). Lo cual viene confirmado por la división de la superficie terrestre en climas, conforme a la longitud e inclinación de las sombras de los cuerpos proyectados por los rayos del Sol, concluyendo que el tamaño de la estrella solar puede equivaler a dos climas. Ahora bien, el menor tamaño del astro rey también puede ser una consecuencia de la inclinación de la tierra, una *conditio sine qua non* para hacer pasar el Sol, durante la noche, por detrás de su zona más alta, al norte. Esto implica que la tierra entera y la superficie de los mares estén también inclinadas. Por lo que los barcos en su travesía deben remontar o descender por dicha vertiente (II 31). Este recurso, puede que sin proponérselo, sirva también para explicar porque las aguas del Nilo fluyen de manera más lenta que las de los demás ríos (II 32).



55. Mapa de Cosmas.

Al igual que en el mapa de Nicópolis, en el mapa de Cosmas convergen dos visiones diferentes del mundo: la tierra plana y rectangular de la Biblia con el Océano de los griegos. Aunque es posible que en su concepción rectangular de la tierra desempeñase un papel importante el esquema de Éforo de Cumas. Algo en modo alguno improbable, puesto que Cosmas menciona dicho autor en el libro II de su *Topografía cristiana*: «este Éforo es un antiguo escritor, filósofo e historiador. Con exactitud, por la palabra y el diseño, Éforo, al igual que la divina Escritura describe la posición de la tierra y la revolución de los astros» (II 80). Sin embargo, el esquema presentado por Éforo (cf. *Supra*. p. 107), en el que los principales pueblos de *oikoumene* marcaban los límites de la tierra, no implicaba necesariamente que no fuese esférica, pues como hemos visto los griegos nunca renunciaron a su creencia en la existencia de límites en el mundo ni cuando la esfericidad fue una afirmación comúnmente admitida.

Otros autores antiguos como Píteas y Jenófanes de Colofón también son citados por coincidir con las ideas de Cosmas: «Píteas el Massaliota dice en *Sobre el Océano* que en las regiones están en el extremo norte, los bárbaros del mismo lugar le mostraron el alojamiento del Sol, puesto que allí siempre suceden las noches. Jenófanes de Colofón, que supuso que la tierra es infinita, no admitió manifestamente que es esférica. Estas cosas afirman las gentes del exterior concordando con lo que se encuentra en las divinas escrituras» (II 117a). Ni Píteas de Massalia ni Jenófanes de Colofón negaron tajantemente la esfericidad de la tierra, pero sus argumentaciones son empleadas por Cosmas para sostener sus teorías. Lo más probable es que Cosmas atribuyese erróneamente el concepto de *ápeiron* de Anaximandro a Jenófanes. Es interesante dilucidar si este uso erróneo de autores antiguos fue malintencionado por parte de Cosmas o se debió a sus posibles carencias de formación. Aunque, rara vez los errores oportunos son fruto de la casualidad.

Un uso interesado de los autores clásicos puede volver a encontrarse cuando Cosmas intenta explicar la estabilidad del cielo y de la tierra (II 1-16), para ello recurre al pensamiento estoico, y a su teoría de la tensión cósmica. El universo no se separa debido a que el peso se distribuye de forma uniforme entre sus diversos elementos. Aunque Cosmas ni menciona a los estoicos ni termina de desarrollar la teoría, pues no dice que los cuerpos celestes tienen que girar alrededor de la tierra dibujando trayectorias circulares.

También parece conocer las antiguas mediciones de los geógrafos griegos y el empleo de *diaphragmata*. Esto es lo que se desprende de su *excursus* sobre los brahmanes: «los filósofos indios, llamados brahmanes, dicen que si se extendiese desde China hasta el mundo romano una cuerda que pasase a través de Persia, se cortaría, como con una regla, el mundo por la mitad... En efecto, si midiéramos, como con una cuerda la longitud de la tierra a partir de China hacia el oeste, encontraremos más o menos 400 jornadas de marcha de 30 millas» (II 45-8). La línea que iría de China a Cádiz²⁰ recordaría, de este modo, a las líneas trazadas por Eratóstenes y Dicearco y dejarían una *oikoumene* que mediría unos 17.371 km.

En palabras de Miguel Ángel Elvira la obra de Cosmas llama la atención por tener dos partes claramente diferentes que dificultan poderosamente su lectura. Por un lado, tenemos las teorías que Cosmas emplea para plasmar su cosmovisión acorde con su interpretación de la Biblia, por otro, están los relatos de viaje o las vivencias personales del propio autor, que con mucho son los elementos con más garra del relato²¹.

20 YELO TEMPLADO, A., «Referencias de la Península Ibérica en Cosmes Indicopleustes», *Gades* 6, 1980, p. 229-233, señala que para Cosmas, Cádiz y la Península Ibérica tienen el significado de *finis terrae*.

21 ELVIRA, M. A., «Experiencia y teoría en Cosmas Indicopleustes», *Erytheia* 6, 1985, p. 255-268.

Uno de estos ejemplos se produjo durante la visita de Cosmas a Etiopía en el 522 d.C. Aprovechando su estancia le fue encargado por el rey de Axum que tradujese unas estelas escritas en griego (II 56). La primera es uno de los testimonios más importantes que se conservan sobre el reinado de Ptolomeo III: *«estas cosas están escritas sobre la estela: El Gran Rey Ptolomeo, hijo de Ptolomeo y de Arsinoe, dioses hermanos, descendiente del rey Ptolomeo y de la reina Berenice, dioses salvadores y, por parte del padre, Heracleida, hijo de Zeus, por la madre de Diónisos, hijo de Zeus. Habiendo heredado de su padre los reinos de Egipto, Libia, Siria, Fenicia, Chipre, Licia, Caria y las islas Cícladas, hizo una expedición a Asia con sus fuerzas de infantería, caballería, su flota y los elefantes de los trogloditas y de los etíopes que su padre y él mismo habían cazado en esos países, transportado a Egipto y transformado en instrumentos de guerra. Apoderándose de todo el país del Éufrates, de Cilicia, Panfilia, Jonia, el Helesponto, Tracia, de todas las fuerzas de estos países y de los elefantes indios. Habiendo sometido a todos los monarcas de estos lugares, cruzó el Éufrates, y después de haber sometido a su control Mesopotamia, Babilonia, la Susiana, Pérsida, Media y todo el resto de territorios hasta la Bactriana, y después de haber buscado los objetos sagrados que los persas habían llevado de Egipto, los devolvió a Egipto con los otros tesoros tomados de esos lugares, envió a sus tropas por los ríos excavados (canales)...»* (II 58-9).

La segunda es una inscripción donde se enumeran las victorias al sur de Egipto de un rey que es identificado por la crítica como Aphilas²². Después de establecer lo que Cosmas califica como paz universal, volvió a Adulis²³, donde hizo sacrificios a Zeus, Ares y Posidón, consagrando un trono a Ares en el año 27 de su reinado (II 60-3): *«...cuando me vi fortalecido y pude ordenar a los pueblos más próximos que se mantuvieran en paz, proseguí la guerra y sometí en combate a los pueblos que paso a enumerar: combatí a la etnia Gaze; después, tras vencer a Agame y Sigyene, me quedé con la mitad de sus bienes y de sus gentes. Tras cruzar el Nilo sometí Ava, Zingabene, Aggabe, Taima, Athagaus y Kalla, además de la etnia Samene, que habitan todas ellas más allá del Nilo, en montañas nevadas de difícil acceso, donde son continuos las tempestades y el frío. Allí la nieve es profunda y los hombres se hunden en ella hasta las rodillas. Después sometí Lasine, Zaa y Gabala, que ocupan las montañas donde manan y donde corren aguas calientes. Una vez que hube sometido Atalmo y Vega, además de todas las etnias Taggaitas que ocupan los territorios más próximos a las fronteras de Egipto, hice practicable el camino que lleva desde mi reino hasta Egipto, y después Annine y Metine, que habitan en montañas abruptas. También combatí contra los hombres de la etnia Sesea, que se fortificaron sobre una montaña altísima de muy difícil acceso: les rodeé, les obligué a bajar y reservé para mí sus jóvenes, sus mujeres, sus niños, sus doncellas y todos sus bienes. Sometí también las etnias bárbaras de Rauso, ricas en incienso, que ocupan grandes llanuras áridas del interior, así como la etnia Solate: les di la orden de defender las costas del mar. He vencido y sometido todos esos pueblos, pese a hallarse defendidos por poderosas montañas, y, asistiendo yo mismo a los combates, les he dejado todas sus tierras a cambio de tributo. Igualmente he enviado contra los arabitas y contra los kinaidokolpitas, que habitan más allá del mar Rojo, una flota y un ejército de tierra que han sometido a sus reyes; les he ordenado pagar tributo por su territorio y moverse en paz por mar y tierra; tras ello, he llevado las hostilidades entre*

22 Rey de Axum, que gobernó en siglo IV una gran extensión del noreste de África. Cf. JONES, A. H. M., y MONROE, E., *History of Abyssinia*, Kessinger Publishing 2003, p. 24.

23 II 54: *«La ciudad de los etíopes, situada a unas dos millas de la costa, que sirve de puerto a la etnia de los axumitas y donde comerciamos nosotros, los comerciantes de Alejandría y de Ela».*

la aldea de Leuke y el territorio de los sabeos. He sido el primero y el único, entre los reyes que me han precedido, que ha sometido todos estos pueblos; por ello he de dar las gracias al mayor de mis dioses, Ares, que me engendró y me concedió el poder de someter todos los pueblos vecinos de mi país, por oriente hasta el País del Incienso, por occidente hasta los territorios de Etiopía y Sasu, que he invadido personalmente o enviado mis ejércitos. Tras haber pacificado el Universo entero sometido a mi poder, he bajado a Adulis para ofrecer sacrificios a Zeus, a Ares y también a Posidón, para que proteja a mis marinos; tras reunir a todos mis ejércitos y convertirlos en uno sólo, he acampado en este lugar y donado este trono a Ares en el año 27 de mi reinado». La función de estas historias habría sido la de confirmar que no existía ni vida ni región alguna más allá de Etiopía, como demuestra que ni Ptolomeo ni el rey etíope quisieran extender sus fronteras hacia el sur (II 64).

Las vivencias autópticas no son numerosas, pero están dispersas a lo largo del relato, pero siempre superpuestas al credo del autor²⁴. Algunas de las más interesantes son las noticias sobre las crecidas del Nilo (I 26); los volcanes (I 22); las huellas de las ruedas que dejaron los carros del faraón en su persecución de los judíos por el mar Rojo (V 8); las inscripciones del Sinaí: «cuando hubieron recibido de Dios la Ley escrita y se encontraron recién iniciados a la escritura, Dios, sirviéndose del desierto como de una escuela apacible, les dejó grabar letras durante cuarenta años. Y así pueden verse en este desierto... del Monte Sinaí... rocas... cubiertas de inscripciones en letras hebraicas, como puedo atestiguar yo mismo, que he recorrido a pie estos parajes. Unos judíos que las habían descifrado nos explicaron que allí se leía «partida de fulano, de tal tribu, tal día y tal mes», según la fórmula que aún solemos usar nosotros en las ventas. Los israelitas, que acababan de aprender las letras, las usaban a placer y cubrían las piedras con ellas, de modo que todos estos lugares están llenos de inscripciones hebraicas: se han conservado hasta hoy, pienso yo, para confundir a los incrédulos: quien lo desee, ¡que vaya a verlas a estas comarcas, que se informe sobre ellas y se dé cuenta de que hemos dicho la verdad!» (V 53-4). En otros casos, como en la descripción del unicornio, se apoya en un grabado que dice haber visto: «aunque yo no he visto el unicornio, he visto de él cuatro estatuas de bronce en el palacio de cuatro torres del rey de Etiopía, y a partir de éstas he podido hacer un dibujo, como veis. La gente dice que es una bestia terrible y casi invencible, y que toda su fuerza radica en su cuerno». Es paradójico que de todas las obras geográficas conservadas del Imperio Bizantino, la que recoge más experiencias directas de su autor pertenezca a un hombre como Cosmas²⁵, de cultura no tan elevada y empeñado en demostrar que la tierra no era esférica. Si su condición de mercante no le hubiera permitido emprender sus viajes, si su formación académica hubiera sido mayor y sus escrúpulos hacia los autores paganos menores, muy probablemente habría considerado, como otros tantos pensadores de su tiempo, que no precisaba de la autopsia para escribir geografía.

Los relatos paradoxográficos tampoco están ausentes de *Topografía cristiana*: la descripción del País del Incienso²⁶, País del Oro (II 51-53), de la India y Ceilán (XI 13-23) y animales y

24 CABALLERO SÁNCHEZ, R., «Literatura geográfica y cultura bizantina», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 228.

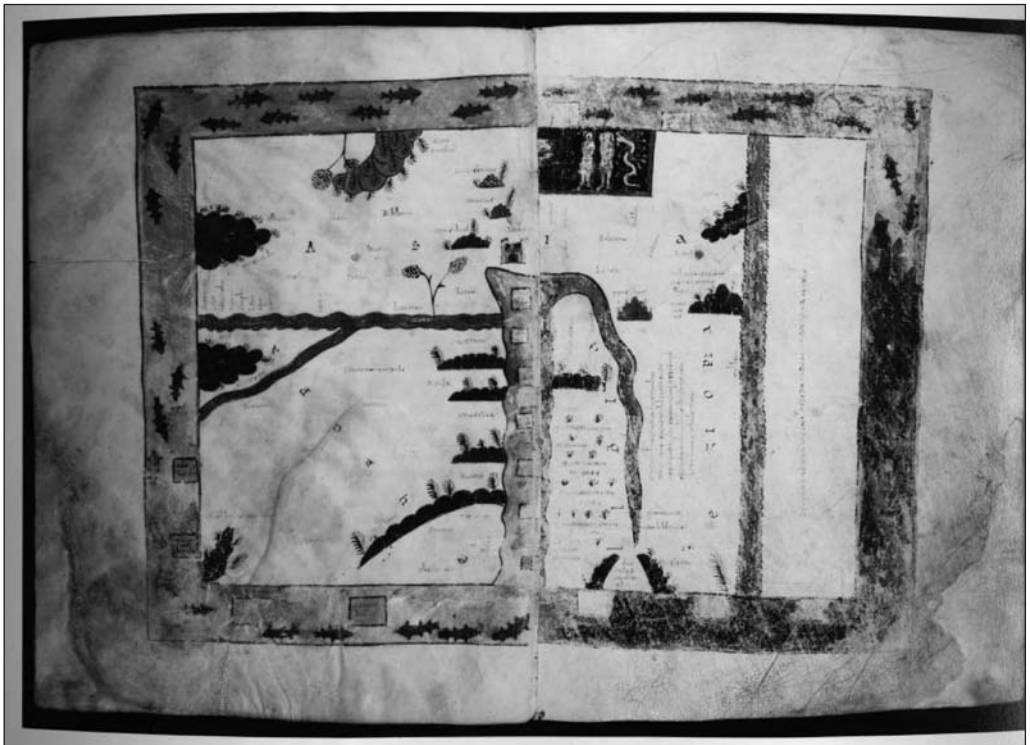
25 MONTAÑÉS, R., «El viaje y los viajes en la literatura bizantina», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el románico*, Universitat de Valencia 2002, p. 378.

26 Cf. II 49: «El País del Incienso está situado en los extremos de Etiopía; se extiende hacia el interior de las tierras, pero más lejos está bordeado por el Océano; por tanto, los habitantes de Barbaría, como están cerca, se encaminan hacia las tierras interiores, trafican y traen de allí la mayor parte de los aromas: incienso, casia, caña dulce y muchos otros; posteriormente los exportan a Adulis, al país de los himyaritas, a la India Interior y a Persia».

plantas fabulosos (XI 1-12). Constituyen, por tanto, auténticas digresiones geográficas a la manera de la tradición clásica grecorromana.

El método de Cosmas dependía por completo de sus creencias religiosas, pero se enmascara con un falso rigor científico que sirve para aumentar su credibilidad. Su fe le ahorra la necesidad de tener que recurrir a la experiencia o demostraciones matemáticas o geométricas, como hacen los paganos, que se rebaten las unas a las otras (I 12). Las Sagradas Escrituras tienen tanto peso en la mente de nuestro autor que en ningún momento se siente forzado a demostrar su veracidad, ni pese a escribir para sacar de su error a muchos paganos. Da la impresión que para Cosmas la palabra de la Biblia es algo que debe ser universalmente aceptado tanto por los cristianos como por los paganos. Cosmas no desarrolla el método científico por sus propias carencias, sino porque al hacerlo habría considerado que utilizaba las mismas argumentaciones que los extranjeros que quería combatir, aunque declara haber utilizado una bola para medir y estudiar la sombra que ésta proyectaba (VI 10), lo cual contradice sus palabras en las que criticaba estos métodos (I 12). Lo desconcertante en Cosmas no es que se desentienda de la razón para certificar cuanto se dice, sino que se valga de la primera para validar las palabras de la fe al mismo tiempo que ataca el método científico. En su persona se reflejaba el angustioso y arduo camino de los cristianos por reconciliar fe y razón.

Así, en los casos en los que la ciencia y la fe entran en contradicción directa (II 103; IX 6) Cosmas no duda en ponerse del lado de la última.



56. Mapa de Cosmas.

Lluvias, terremotos o el movimiento de los astros resultan fácilmente explicados recurriendo a la voluntad de Dios (II 105-6). Al confrontar ambos sistemas, el de Cosmas y el de los pensadores grecorromanos, hay que tener presente que pese a recurrir a una única y fácil respuesta, Cosmas no dejaba ningún enigma o cuestión sin explicar, y esto puede haberle hecho pensar que su método era superior al de sus antecesores.

No ocurre lo mismo cuando lo que entra en contradicción directa con las Escrituras es su propia experiencia. La Biblia establece que la reina de Saba vino desde el extremo sur del mundo. Sin embargo, Cosmas sabía, por sus viajes por el mar Rojo y el golfo Pérsico, que existían otras tierras. Para salir de este apuro fija los límites de África en el ecuador.

Cosmas fue, en cierta forma, un precursor de los cartógrafos medievales que emplearían los mapas para plasmar sus dogmas.

20. COLOFÓN: LA GEOGRAFÍA DESPUÉS DE COSMAS

I. LA CIENCIA EN LAS ESCUELAS BIZANTINAS

El geógrafo y el cosmógrafo bizantino no tenían la obligación de elaborar una teoría propia sobre la estructura del cosmos, sino que debían verificar la veracidad de lo dicho por los autores antiguos, corregirlo y adaptarlo conforme a las enseñanzas de la Biblia¹. Esto implicaba que en Bizancio la geografía desempeñase un papel de mediación entre dos civilizaciones.

Si la obra de Cosmas supuso una revisión de un factor clave de la tradición como era la esfericidad, no encontramos que sus ideas hubiesen tenido mucho calado entre los autores bizantinos. El Patriarca Focio en el siglo X siguió defendiendo que la tierra era esférica. Simeón Seth, médico personal del emperador Romano III (968-1034), en su *Conspectus rerum naturalium* sostiene que la tierra mide 250.000 estadios y es esférica.

Pese a que es un contemporáneo de Cosmas, Procopio de Cesarea (C.500-553 a.C.) no habla de un único río Océano, sino de diferentes mares², no está claro que de esta afirmación pueda desprenderse que la tierra no fuese esférica para Procopio. Lo cual entraría en profunda contradicción con la influencia que tuvieron autores clásicos como Estrabón o Tucídides en el gran historiador bizantino. No hay un intento de romper con la tradición geográfica clásica e instaurar una nueva cosmología cristiana³. Pero a diferencia de sus modelos clásicos el centro del mundo de su mapa mental, es Constantinopla, la nueva Roma y el Mediterráneo. Este mar separa los dos continentes Asia, de la que forma parte África, y Europa. En *las Guerras Vandálicas* (III 1. 4-19) partiendo de Gades inicia una descripción del Imperio a modo de los antiguos periplos. Precisamente a Procopio se debe una de las más detalladas descripciones de los estrechos de la ciudad que se han conservado⁴. Los elogios en este pasaje a Justiniano muestran hasta qué punto la geografía está ligada a la exaltación del Imperio. Los datos geográficos se entremezclan

1 KODER, J., «Sopravvivenza e trasformazione delle concezioni geografiche antiche in età bizantina», en *Geografia storica della Grecia antica*, Bari 1991, p. 47.

2 PROCOPIO III 6.1-13.

3 MAAS, M., «Strabo and Procopius: Classical Geography for a Christian Empire», en *From Rome to Constantinople*, Lovaina 2007, p. 69.

4 PROCOPIO, *Los edificios* I 5, edición en castellano Murcia 2003 (Estudios Orientales 7).

con la información etnográfica e histórica tanto en sus *Guerras* como en *Los edificios*⁵. El haber acompañado a Belisario en sus campañas le dio la posibilidad de realizar aportaciones autópticas en sus relatos, siendo uno de los casos más claros la descripción de la topografía y la barbarie del Cáucaso (cf. *Las Guerras* VIII 3.1-2; *Los edificios* III 6.1-13).

El interés por la geografía en la cultura bizantina posterior al siglo VI disminuye aproximadamente al mismo ritmo que decrece la vida urbana⁶. Autores como Teófanos (758-818) muestran un completo desinterés por la geografía. No hay un deseo por crear una geografía bizantina desligada de los geógrafos antiguos. Al contrario, la mayor parte de las obras de los grandes geógrafos de la antigüedad fueron preservadas, copiadas o reinterpretadas, dando lugar a resúmenes o epítomes. Uno de los casos más conocidos fueron las *Crestomatías* («cosas útiles de aprender»), una selección de fragmentos de Estrabón para uso puramente escolar. Los comentarios de Eustacio de Tesalónica (1110-1198) a la *Periégesis* de Dionisio Periegeta, convirtieron su obra en el manual de geografía bizantina por excelencia. Igualmente importante fue la impronta de Dionisio en Nicéforo Blemides, un autor nacido a finales del XII que escribió varios trabajos de geografía⁷. La necesidad de que la obra de Dionisio Periegeta fuese comentada en prosa es muy sencilla, a los grecoparlantes del Imperio Bizantino no les resultaba tan fácilmente memorizables los versos épicos como a los lectores del Imperio Romano tardío. Todos estos ejemplos demostrarían que el saber geográfico antiguo fue preservado como un testimonio más del pasado antes que por su valor práctico⁸. Un ejemplo de lo que decimos es la costumbre arcaizante de identificar a los nuevos pueblos que habitan las fronteras del imperio con etnónimos procedentes de la antigüedad clásica (ANNA COMNENA, *Alexiada* XII 9.2).

Otras obras como el *De Thematibus* y *De administrando imperio* de Constantino Porfirogéneto, muestran, por el contrario, una geografía más administrativa destinada a los funcionarios de despacho, que se deleita en la explicación de topónimos, pero que no se siente impelida a dar una explicación global del mundo. La geografía bizantina se ha desligado temporalmente de la astronomía y las matemáticas para centrarse en las necesidades de la administración y del estado⁹. Precursor de este tipo de geografía bizantina había sido la obra de Esteban de Bizancio (siglo VI), *Ethnika* un verdadero diccionario de términos geográficos, no exento de digresiones etnográficas. Las fuentes empleadas en la redacción de la obra habrían sido Heródoto, Tucídides, Polibio, Artemidoro y, sobre todo, Estrabón y Dionisio el Periegeta. Tampoco debe olvidarse la *Relación de las sedes patriarcales*, de Jorge de Chipre (siglo XIII), que refleja la reorganización de las sedes episcopales del Imperio, ante las transformaciones geográficas que fue experimentando.

Los relatos de viajes tampoco son abundantes. De hecho, algunos autores muestran una actitud crítica. Miguel Psello (1018-1078) es irónico al hablar de las andanzas del monje Elias, y Nicetas Coniates (1155-1216) ridiculiza al Patriarca Juan X Camátero por comportarse como si

5 CESA, M., «Etnografia e geografia nella visione storica di Procopio di Cesarea», *SCO* 32, 1982, p. 389-409.

6 KAZHDAN, A., *Change in byzantine culture in the eleventh and twelfth centuries*, Berkeley-Los Ángeles-Londres 1985, p. 151.

7 Aunque el *Conspectus Geographiae* comúnmente atribuido a Nicéforo es en verdad obra de Antonio Espiscopulo, un autor del siglo XVI. Cf. DILLER, A., «Two greek Forgeries of the Sixteen Century», *AJPh* 57, 1936, p. 124-127.

8 PÉREZ MARTÍN, I., «El libro en Bizancio compañero de viaje», en *Caminos de Bizancio*, Universidad de Castilla la Mancha 2007, p. 259.

9 CABALLERO SÁNCHEZ, R., «Literatura geográfica y cultura bizantina», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 222.

hubiese viajado a través del mundo¹⁰. Posteriormente esta tendencia cambia, Nicéforo Grégoras (1295-1359) destina parte de sus historias a contar las peripecias de su amigo Agatángelo de veinte años en el Mediterráneo. También pueden mencionarse los viajes de Nicolás Muzalon (siglo XII) y Constantino Manasés (1130-1187), pero la literatura de viaje es un género que tampoco tuvo un gran desarrollo en Bizancio.

Del análisis de los escolios puede inferirse que fueron principalmente dos los geógrafos antiguos empleados por los bizantinos: Estrabón y Ptolomeo. El primero quedó finalmente definido como γεωγράφος, quedando su labor como historiador en un segundo término. El de Amasia fue copiado y comentado en grandes cantidades, siendo sus principales escoliastas el patriarca Focio (IX d.C.) y Aretas de Cesarea (860-935). De este modo, la obra de Estrabón quedó convertida en la gran enciclopedia del saber geográfico para los eruditos bizantinos.

Los mapas son rara vez citados por los autores bizantinos y pueden no haber sido muy utilizados¹¹. Prácticamente no hay una cartografía regional ni en Bizancio ni en el resto de la Europa cristiana hasta el siglo XIII¹². Los portulanos griegos conservados son prácticamente copias italianas realizadas en el siglo XVI. La mayor contribución que hizo el Imperio Romano Oriental fue recuperar o reinterpretar, según se mire, los mapas de Claudio Ptolomeo, gracias a la labor de Máximo Planudes (S. XIV), que preparó el redescubrimiento de la obra del geógrafo alejandrino en el Renacimiento.

El Imperio Bizantino, como todos los grandes imperios, estuvo profundamente marcado por el ecumenismo. Autoproclamada nueva Roma y nueva Jerusalén, la ciudad de Constantinopla era el centro del mundo y el emperador el señor de la cristiandad. No sólo eran los herederos del mundo helenístico y del Imperio Romano, en su opinión eran los únicos y no consideraban ni oportuno ni útil aprender de otros pueblos¹³. Esta creencia condicionaba sus relaciones con todas las naciones, como los cruzados tuvieron oportunidad de descubrir. Los tópicos sobre el carácter de otras naciones es una consecuencia de su falta de interés: la perfidia de los armenios, la traición de los árabes y la crueldad de los escitas¹⁴, son algunos ejemplos. Pero conforme el Imperio fue reduciéndose¹⁵ a la ciudad de Constantinopla ante el avance turco, los intelectuales bizantinos tuvieron que admitir que el heredero de la gran Roma era Imperio sólo de nombre. Serían precisamente estos intelectuales quienes, al viajar a la Italia del Renacimiento, llevarían consigo las grandes obras de la geografía antigua. Uno de los responsables de la popularización de la obra de Estrabón en Occidente, sería Jorge Gemisto Pletón, quien en el concilio de

10 KAZHDAN, A., «Geography», en *The Oxford dictionary of Byzantium*, II, Oxford 1991, p. 833.

11 RAUTMAN, M. L., *Dayly life in the Byzantine Empire*, Greenwood Press 2006, p. 295.

12 SAVAGE-SMITH, E., «Maps and trade», en *Byzantine trade, 4th-12th centuries: the archaeology of local, regional and international exchange*, University of Oxford 2004, p. 18.

13 BRAVO, A., *Perfiles de un imperio*, Madrid, Akal 1997, p. 15; BALARD, M., y DUCELLIER, A., «Bizancio y Occidente», en *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal 2003, p. 78; BÁDENAS DE LA PEÑA, P., «Los intelectuales bizantinos ante la caída de Constantinopla», en *Constantinopla 1453 mitos y realidades*, Madrid, CSIC 2003, p. 161.

14 Los bizantinos llamaban de esta manera a cualquier grupo nómada que procediese del norte. Los turcos también recibieron este tratamiento.

15 CONSTANTINO PORFIROGÉNETO, *De Thematibus*, prólogo 1; ANNA COMNENA, *Alexiada* VI 11.3: «Hubo, en efecto, un tiempo en que las fronteras del imperio de los romanos eran los dos pares de columnas que marcaban los límites de oriente y occidente: por poniente las llamadas de Hércules y por levante la de Diónisos, que están situadas en algún lugar cerca de las fronteras de la India... pero en nuestros días las fronteras del poder imperial romano eran por Oriente el cercano Bósforo y por Occidente estaban fijadas en Adrianópolis»; T. METOQUITES, *Miscellanea philosophica et historica*, p. 14, 240; N. GREGORAS II p. 817.

Florencia-Ferrara pudo haber llevado un ejemplar de *Geographika*¹⁶ y dialogar con el matemático y astrónomo Toscanelli (1397-1482). Veinte años después otro bizantino, Isidoro de Kíev, le entregó su ejemplar a Guarino de Verona para que lo tradujera al latín. Uno de los últimos representantes de la geografía bizantina fue el cardenal Bessarion (1403-72), alumno de Jorge Gemisto Pletón, fue mecenas de varios astrónomos como G. Peurbach (1423-61) y promovió un epítome en latín del *Almagesto* de Claudio Ptolomeo.

II. LA CIENCIA ECLESIAL

«De todo eso parece que nadie se ocupa después de la fragmentación del Imperio Romano. La cartografía de prestigio ya no tiene objeto. Reaparecerá en el siglo XVI. En cuanto a la cartografía utilitaria, se hunde en la mutación intelectual de las clases gobernantes. Carlomagno podrá hacer de algunos preladados los agentes de un renacimiento particularmente fecundo para los siglos por venir. Pero no cambiará la mentalidad de sus condes. Mucho más tarde, Alfonso X se complacerá en la compañía de los sabios. En los últimos siglos de la Edad Media, aquellos que entre los grandes intentan, a la manera de César relatando la Guerra de las Galias, narrar sus hazañas y justificar su política... rara vez se aventuran a situar la historia en el espacio como no sea mediante el enunciado de algunos nombres de ciudades o de ríos ya bien conocidos. De geografía, poca cosa. De mapas, nada» (FAVIER, J., *Los grandes descubrimientos. De Alejandro a Magallanes*, Méjico, FCE 1995, p. 218).

«Un mapa del mundo que no incluye la Utopía no merece la pena ni mirarlo» (WILDE, O., *The soul of man under socialism*).

El mapa Isidoriano fue la base de la cartografía medieval¹⁷. Un triste recuerdo de la cartografía grecorromana, pero brillante y exitoso al reducir el mundo a tres masas de tierra, en la que una de ellas, Asia, era el doble de grande que África y Europa. Separadas estas últimas de Asia por el Tanais y por el Nilo, mientras que el Mediterráneo las dividía a las tres. Nos referimos a los ya mencionados mapas T-O, cuya forma es susceptible de recibir interpretaciones cristianizantes¹⁸. Pese a la representación circular de estos mapas no debe pensarse en ningún momento que la esfericidad de la tierra fue olvidada, pues sabios como Beda el Venerable, Adán de Bremen (1050-85), Guillermo de Conches (1080-1150), Lamberto de Saint-Omer (Siglo XII) y Honorio de Augustodunum (Siglo XII) continuaron sosteniendo que la tierra era esférica. La esfera difícilmente podía ser olvidada cuando el propio San Isidoro (*Etimologías* XVII 3; XIV 2.1) la vinculaba con el poder de los emperadores¹⁹.

16 ANASTOS, M., «Pletho, Strabo and Columbus», en *Mélanges Henri Grégoire IV*, Bruselas 1952, p. 1-18; LÍTER, C.; SANCHÍS, F., y HERRERO, A., *Geografía y cartografía renacentista*, Madrid, Akal 1992, p. 55.

17 MENÉNDEZ PIDAL, G., «Mozárabes y Asturianos en la cultura de la alta edad media, en relación especial con la historia de los conocimientos geográficos», *BRAH* 134, 1954, p. 189; MELÓN, A., «La etapa isidoriana en la geografía medieval», *Arbor* 28, 1954, p. 454-467, considera que por su influencia puede hablarse con justicia de una escuela isidoriana de geografía durante los primeros siglos de la Edad Media.

18 LAMMAN, T., «The religious symbolism of the T-O maps», *Cartographica* 18, 1981, p. 18-22.

19 ARNAUD, P., «Plurima Orbis Imago. Lectures conventionnelles des cartes au Moyen Age», *Médiévales* 18, 1990, p. 33-51; p. 36-37.

Ahora bien, si estudiamos los mapas desde una perspectiva simplista y positivista en la que primen los aciertos y el carácter fidedigno, puede con justicia pensarse que los mapas medievales fueron una mera sombra de la cartografía antigua. Todo apunta en apariencia a esta perspectiva cuando observamos cómo en la sociedad prima la oralidad. El Papa Gregorio recomendaba usar las imágenes para llegar a un mayor número de fieles. La cultura, ahora más que nunca, precisa de mediadores, y éstos deciden recurrir a las imágenes para extender su mensaje.

No obstante, una fuente también es importante por la cantidad y la variedad de la información que transmite. Una carta geográfica no es sólo una representación del espacio, también es una mediación simbólica entre el hombre y su entorno espacial, un medio para comunicarse con otros individuos. Una combinación de la imagen y la palabra, cargada de metáfora, retórica y simbolismo²⁰. Una idea que ha tomado forma, pero no una idea cualquiera, desligada de la sociedad y de las creencias imperantes en la misma, sino una rectora que puede y debe ser identificada por el espectador que interroga el mapa, siempre y cuando tenga la suficiente capacidad de abstracción para hacerlo, o la idea hecha forma esté lo suficientemente extendida en su sociedad para ser comprendida.

Desde esta perspectiva de lo simbólico y lo metafórico los mapas medievales resultan mucho más valiosos, puesto que plasman la cosmovisión que ha sido difundida entre los fieles. Los mapas medievales son mucho más dogmáticos y religiosos que los grecorromanos. Utilizando un lenguaje sacado de las Escrituras, podríamos decir que es *lógos* hecho imagen, la plasmación cartográfica del mapa mental que tenía una comunidad religiosa como la católica. Decorados con imágenes propias de su religiosidad (el Paraíso Terrenal, el Arca de Noé, los Reyes Magos, los temidos pueblos de Gog y Magog), o con las concepciones geográficas imperantes en su época, como la situación central de Jerusalén en un mundo plano. En este sentido, resultan mucho más fáciles de entender, que los mapas grecorromanos. Al carecer de escala y estar decorados con formas que podían ser reconocidas por los espectadores, resultaban, sin duda, menos útiles desde un punto de vista geográfico, pero más fáciles de reconocer en un período donde la cultura estaba menos extendida, y en el que la cosmovisión cristiana era la imperante en toda la sociedad. E incluso cuando no estaban profusamente decorados, como los T-O, presentaban otra ventaja, la de poder ser reproducidos una infinidad de veces debido a su naturaleza esquemática, su reducido tamaño y su sencillez.

A lo largo de la Alta y la Plena Edad Media predominaron cuatro tipos de mapas²¹: a) el zonal, del tipo de Macrobio; b) el modelo de los «beatos», muy flexible (con ejemplares cuatripartitos o tripartitos; circulares, ovalados o rectangulares); c) el cuatripartito, similar al mapa de Crates, aunque plano; d) un modelo de transición a medio camino entre el tipo de los T-O, tripartitos y circulares, y los mappamundi bajomedievales.

a) El mapa zonal tiene una orientación de norte a sur y se divide en cinco zonas climáticas como los antiguos mapas griegos. El modelo del que derivan estos mapas es la obra de Macrobio, por lo que las representaciones cartográficas del medievo dividían el mundo en zonas climáticas que derivaban de los *klímata* de la geografía astronómica y concebían una tierra que estaba únicamente habitada en el hemisferio norte, pero en la que se podían encontrar los antípodas.

20 Véase el magnífico estudio de JACOB, Ch., *L'empire des cartes: Approche théorique de la cartographie à travers l'histoire*, París, Albin Michel 1992, p. 24-25.

21 Cf. WOODWARD, D., «Reality, Symbolism, Time, and Space in Medieval World Maps», *AAAG* 75 (4) 1985, p. 511-512; PORRO GUTIÉRREZ, J. M., «Los tesoros de los mapas: La cartografía como fuente histórica (De la antigüedad a la época colombina)», *AMA* 12, 2004, p. 62.

b) En el 776, Beato, el abad de Santo Martín de Turieno de Liébana, concluyó la elaboración del comentario de su *Apocalipsis de San Juan*, aunque la versión definitiva no vería la luz hasta el 786. Dividió su comentario en 68 secciones (*storia*) de una docena de versos, siendo cada *storia* seguida por una ilustración (fig. 57).



57. Mapamundi del Beato de Liébana.

Cada ilustración era a su vez acompañada de una *explanatio*, que consistía en una serie de pasajes exegéticos en los que se interpretaba alegóricamente cada uno de los versos. No todos los mapas conservados en los manuscritos del Beato son los mismos, unos tienen forma rectangular y otros ovalada, aunque todos comparten algunas características comunes, el este está en la parte superior, el Océano rodea la tierra, el Paraíso aparece en la zona oriental del mapa y la existencia de una tierra al sur de la *oikoumene* dividida de la misma por una estrecha corriente de agua. No está claro si esta superficie terrestre es una representación del hábitat de los antípodas, de ser cierto sería un elemento de continuidad con la geografía clásica, pero tratándose de mapas que reflejan la labor evangelizadora de los apóstoles, podríamos decir que tenía un valor propagandístico añadido, pues de este modo toda la tierra quedaba definida por su impronta cristiana.

Pese a su fama la obra de Beato no fue más que en muchos aspectos una compilación de la tradición bíblica y la de los Padres de la Iglesia como Jerónimo, Ambrosio, Agustín, Fulgencio, Gregorio, Ticonio, Ireneo, Apringio y San Isidoro (*Prefa.*, I 5-6). El libro tuvo una gran difusión en la España musulmana al convertirse en un anuncio de la futura Reconquista, pues la obra de Beato de Liébana no anunciaba la caída del Imperio Romano, sino la del Emirato de Córdoba.

Lo importante para nosotros son, en cualquier caso, los mapas derivados de esta obra. Hay un común acuerdo en que Beato se limitó a copiar en un principio su mapa de uno mucho más antiguo ¿Cuál? La hipótesis más lógica era que debía de tratarse de un mapa tardorromano. Menéndez Pidal sostuvo que debía ser un mapa de Isidoro de Sevilla, mientras algunos autores sostienen que la fuente principal fue el norteafricano Ticonio²². La hipótesis isidoriana es factible, pues presentan semejanzas claras con los mapas T-O, al defender una forma circular del mundo, la división en tres continentes, la situación central de Jerusalén en el centro del mundo o la localización del Paraíso en el continente asiático.

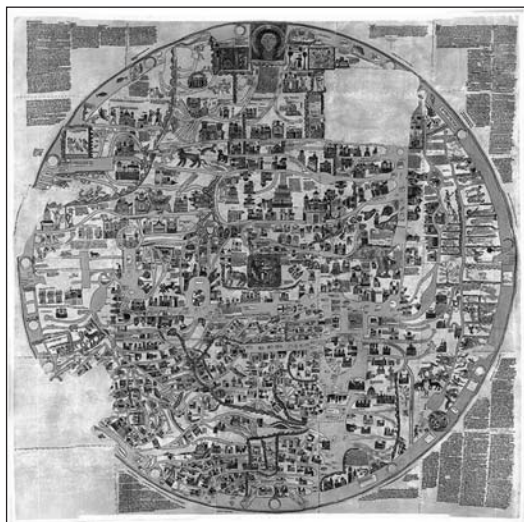
En cualquier caso, la funcionalidad del mapa no habría sido plasmar cartográficamente el mundo, sino mostrar la diáspora de los apóstoles para llevar el evangelio. Los mapas de Beato tuvieron un gran éxito en el medievo hasta el XIII, cuando comenzaron a extenderse los mapamundi.

c) A medio camino entre el mapa tripartito y el zonal se encuentra el cuatripartito. En una superficie ovalada o circular puede observarse el río Océano que divide el mundo en cuatro partes. Estando la cuarta parte añadida al sur y siendo identificada con los antípodas. Se cree que este tipo de carta geográfica debe de haber sido influenciada por el Beato de Liébana.

d) El último modelo de cartografía medieval anuncia los mapamundi que se crearán en el Renacimiento. A este grupo pertenece el mapa de Psalter, Ebstorf y Hereford. El mapa de Psalter (fig. 56) es del siglo XIII y recuerda a los T-O, con Jerusalén en el centro del mismo. Destaca la figura de un pantócrator, y la presencia de imágenes bíblicas como el Arca de Noé y la Torre de Babel. El mapa de Ebstorf (fig. 56) es atribuido al inglés Gervase de Tilbury (1150-1228), y fue encontrado en el convento de dicha localidad situada al norte de Alemania en 1830. En 1943 fue destruido en el bombardeo de la ciudad de Hannover, sólo pudiendo ser estudiado por las fotografías. El mapamundi de Ebstorf no sólo pretende mostrar los hechos más importantes de la historia de la cristiandad, sino que, además, aspira a ser útil, por lo que dicen las inscripciones conservadas. Jerusalén fue colocada en el centro del mapa con Asia al este. En ese continente se localiza el Paraíso que está aislado del mundo por fuertes cadenas montañosas. Más abajo se encuentran el Ganges y China, que también están rodeadas de montañas. En el norte habitan los pueblos de Gog y Magog, separados del resto de la humanidad por las murallas que habría construido Alejandro Magno para retenerlos. Al oeste se encuentra la tierra de las Amazonas y al sur la Cólquide con el Vellocoino de Oro y el monte Ararat con el arca de Noé. En comparación con Asia, África es más pequeña y menos detallada. Su rasgo más llamativo es el río Nilo cuyo nacimiento es situado en la Mauritania, al igual que lo hiciese siglos atrás Juba (cf. *Supra*. p. 298-299). En contraste, el continente que mejor conocía el autor es el que tiene menos elementos fabulosos.

El mapamundi de Hereford se encuentra en la catedral homónima, en Inglaterra. El autor del mismo aparece bajo el nombre de Richard de Holdingham o Lafford. Es el mapamundi medieval de mayor extensión que se conoce (1.65 metros de alto por 1.35 de ancho). El mapa está contenido en un círculo y de acuerdo con una inscripción fue hecho siguiendo las indicaciones de Orosio. El Jardín del Edén es colocado bajo la figura de un Cristo que se prepara para el Juicio Final. El Jardín está rodeado por un anillo de fuego y por un muro, en cuyas puertas se encuentran Adán y Eva. Este espacio marca el límite oriental del mundo, mientras que las

22 Cf. WILLIAMS, J., «Isidore, Orosius and the Beatus Map», *Imago Mundi* 49, 1997, p. 7-32.



58. Mapas de Ebstorf y Psalter.

Columnas de Hércules fijan el occidental. Hay aproximadamente 500 ciudades²³, entre las que se encuentra la propia Hereford, junto con su catedral; 15 recreaciones de episodios bíblicos; 33 imágenes de plantas, animales, pájaros y seres sobrenaturales; 32 de seres humanos y 8 relacionadas con la mitología clásica. El cartógrafo declara haber obtenido la información sobre los animales fantásticos de Solino. También ubica a Jerusalén en el centro del mundo. Una curiosidad es que los nombres de África y Europa están intercambiados de sitio, seguramente por un error del calígrafo. En el mapa junto con la cita de *Lucas 2:1*, se cuenta la historia de cómo Julio César mandó medir el mundo.

III. LA CIENCIA ÁRABE

La otra gran aportación de la cartografía medieval procedió del mundo islámico. En gran medida, el legado cultural clásico se conservó gracias al papel desempeñado por los musulmanes²⁴, que durante una parte del medievo fueron los mayores difundidores y transmisores del saber clásico. Aunque lo cierto es que ese saber tuvo que adaptarse al propio conocimiento geográfico que los musulmanes tenían a través del Corán²⁵.

23 CRONE, G. R., «New Light on the Hereford Map», *GJ* 131 (4)1965, p. 447-458, señala que la mayor parte de los topónimos que aparecen en el mapa de Hereford se pueden encontrar en los itinerarios de *Antonino* y *Burdigalensis* o los viajes de San Pablo.

24 Cf. DE LACY, O., *How greek science passed to Arabs*, Chicago 1979, señala varias vías por las que el saber clásico llegó al Islam. En primer lugar por el cristianismo siríaco, en segundo lugar la India y en tercer lugar, a través de los antiguos reinos helenísticos de Bactria; VERNET GINÉS, J., *Lo que Europa debe al Islam de España*, Barcelona 1999.

25 XXI 31: «El cielo y la tierra estaban como soldados y los hemos separado»; XIII 2: «Allah es el que elevó los cielos sin pilares visibles. Luego se instaló en el Trono y sujetó el sol y la luna, prosiguiendo los dos su curso hacia un término fijo»; LXV 12: «Allah es quien ha creado siete cielos y otras tantas tierras»; XX 33: «Hemos hecho del cielo una bóveda protegida»; XXII 65: «¿No ves que Dios ha sujetado a vuestro servicio lo que hay en la tierra, así como las naves que navegan siguiendo su orden? Sostiene el cielo para que no se desplome sobre la tierra, si no es con su permiso».

Gracias a sus viajes y a la consolidación de un gran imperio, se dieron las circunstancias para que los aventureros y comerciantes que profesaban el Islam pudieran moverse por un mundo que, en la mentalidad islámica, era mucho más extenso que el mundo cristiano. Hay cuatro motivos por los que se podía producir un viaje en el Islam medieval²⁶: 1) El primero es el deseo de conocimiento, que sólo puede ser colmado por medio del viaje. El viaje como medio de aprendizaje fue ganando popularidad entre los coleccionistas de hadith, como al-Bukhari (810-870). 2) La peregrinación a la Meca. 3) Factores de comunicación o de comercio. Gracias a los cuales conocieron la brújula, posiblemente procedente de los chinos. 4) Motivos de control o de poder.

Sin duda alguna la geografía musulmana estuvo marcada por dos hechos, la extensión de la fe islámica y la creación del Imperio musulmán. Los peregrinos que desde un extremo del mundo querían llegar a la Meca demandaban instrumentos útiles para poder alcanzar dicha región. Los Califas que ansiaban extender el Islam por todas las regiones del mundo precisaban conocer el espacio para conquistarlo. Muchas de las traducciones de las obras griegas se realizaron en Bagdad bajo el mecenazgo de los grandes califas Al-mansur (754-774) o Harun al-Rashid (786-809).

Siguiendo a Santiago Simón²⁷ podemos enumerar algunas de las cuestiones comunes con las que tuvieron que familiarizarse todos los eruditos musulmanes: a) La rotación de los cielos es una ilusión y se debe a la rotación de la tierra; b) Los mares y los continentes se encuentran en la misma proporción numérica; c) El continente tiene forma de cúpula, que estaría sostenida por el imaginario monte Mem; d) El hemisferio boreal era la parte habitada de la tierra.

Es muy significativo que pese a disponer de los datos de las ciencias de Persia, India y Grecia, su conocimiento geográfico y cartográfico sea en esencia griego, y muy inspirado en los mapas de Claudio Ptolomeo. Los primeros mapas estuvieron influenciados por concepciones persas, pero posteriormente se impusieron modelos de honda inspiración clásica. Nos referimos a mapas circulares, tripartitos, con la Meca en el centro del mundo, y con África y Asia representadas con mayor tamaño que Europa.

Son especialmente importantes las obras de Al-Khuwarizmi, cuya obra *Libro de la configuración de la Tierra* (Kitab surta al-award) corrigió la de Ptolomeo. Reelaboró las partes dedicadas a Egipto, Siria, Mesopotamia y Persia más allá de los datos que Ptolomeo ofrecía en su *Sintaxis*. En las latitudes de la Península Ibérica se muestra mucho más preciso que Ptolomeo. Lo mismo sucede en las mediciones E-O del Mediterráneo, pues estima las longitudes en 54° grados, reduciendo el error de su modelo a sólo 13°. Pero también ayudó a perdurar otros errores como con la teoría de los dos mares, que convirtió el océano Índico en un mar cerrado. Creencia que se extendería al mundo cristiano, como puede observarse en mapas como los del veneciano Marino Sanuto (1260-1338). A petición del califa Al-Mamun, Al-Khuwarizmi construyó un famoso planisferio que, desgraciadamente, se ha perdido. Al-Masudi (s. X), el llamado Heródoto de los árabes, también ideó otro planisferio que defendía la esfericidad de la tierra y que añadía dos nuevos continentes, uno en el mar del Sur y otro en el lado opuesto. El más célebre de todos los viajeros musulmanes fue Ibn Battuta (n.1304), que realizó una serie de viajes que le llevaron a lugares tan alejados del mundo como Malí, Granada, la India, Ceilán o China. El geógrafo más importante del mundo musulmán fue Al-Idrisi (s. XII). De origen ceutí estudió en Córdoba y colaboró con la academia de Palermo patrocinada por Roger II de Sicilia. Su obra más importante es el *Libro de los divertimentos del que desea recorrer el*

26 NETTON, I. R., *Islamic and middle eastern geographers and travellers*, Londres & Nueva York 2008, p. 2-3.

27 Cf. SANTIAGO SIMÓN, E., «La imago mundi del Medioevo islámico: realidad y fantasía», en *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 1998, p. 249-258.

mundo, también conocida como *Libro de Roger*. El mundo, según Al-Idrisi, es esférico, siendo una mezcla inseparable de tierra y agua que está suspendida en el cosmos como la yema de un huevo a su cáscara. Sus mapas tuvieron una gran popularidad en la Europa cristiana siendo repetidas veces copiados y empleados por su calidad²⁸ (fig. 59).



59. Mapa de Al-Idrisi.

Fuera de la cartografía, la geografía islámica presenta pocas aportaciones personales. Los geógrafos musulmanes pocas veces recogen testimonios oculares, siendo su geografía esencialmente un género literario, en el que se repite el material encontrado en otras fuentes²⁹. Lo cual no conlleva que los musulmanes no trajeran consigo avances o que pudieran corregir a los autores clásicos.

La aparición de este tipo de cartas geográficas, que gracias a su decoración y su iconografía podían tener una mayor comprensión entre el gran público, demuestra hasta qué punto la geografía había evolucionado en la misma dirección que lo había hecho progresivamente la cultura. Aunque no debe entenderse la geografía y la cartografía medievales como un paréntesis que iría de Ptolomeo a Ptolomeo. Los descubrimientos ocurridos durante este período no dejan la menor duda sobre la ampliación del espacio acontecida en el medievo: las Islas Feroe fueron descubiertas por misioneros irlandeses; Groenlandia (La tierra verde) fue explorada por los normandos; Ibn Fadlan (s.X d.C.) e Ibrahim Ibn Yaqub (s. X d.C.) describieron a los vikingos y a los eslavos, un grupo étnico desconocido por griegos y romanos; la irrupción del Imperio Mongol permitió que viajeros occidentales, entre los que se encontraban Marco Polo (1254-1324), Odorico de Pordenone (1286-1331) y Guillermo de Rubruck (1220-1293), dejaran nuevas descripciones de Asia, que hasta entonces seguían siendo las mismas. Sería una ingenuidad desdeñar la cartografía medieval como si fuese un todo homogéneo, pues hay poca relación entre los primeros mapas influidos por Isidoro de Sevilla y los que comenzaron a elaborarse a comienzos del XIV. Además, la aparición de nuevos instrumentos de medición como la brújula o el astrolabio, hicieron que ganasen en precisión a sus predecesores grecorromanos. La decadencia, si la hay, es fruto de la continuidad con la Edad Antigua y del peso desmedido de la tradición sobre ellos, pero a diferencia de los romanos, parecen haber sido más prolijos a la hora de añadir nuevos espacios, ya fuesen reales (Catay; Cipango) o legendarios (Preste Juan; Gog y Magog).

28 GARCÍA-ARÁEZ FERRER, H., *La cartografía medieval y los mapamundis de los Beatos*, Madrid, Edición no venal 1998, p. 34-35.

29 WHITTOW, M., *The making of Byzantium 600-1025*, University of California Press 1996, p. 190.

IV. UN NUEVO MUNDO, UNA NUEVA GEOGRAFÍA

«Entre 1550 y 1660 los pensadores occidentales dejaron de creer que podrían encontrar todas las verdades importantes en los libros antiguos» (GRAFTON, A., *New Worlds, Ancient Texts: The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Harvad University Press 1995, p. 1).

Hay un acuerdo, más o menos, generalizado a la hora de señalar que las exploraciones geográficas de época moderna fueron la *conditio sine qua non* para la revolución científica que se iniciaría en los años venideros³⁰. Autores como Hooykaas han sostenido que, tras una ampliación del espacio semejante, la tradición pierde fuerza ante la experiencia al quedar claro que el mundo era diferente de la antigua cosmovisión. En la historia de Occidente, con anterioridad a la serie de descubrimientos que se produjeron a lo largo de los siglos XV-XVI, hubo tres episodios equiparables en el mundo grecorromano: las colonizaciones griegas, la expedición de Alejandro y la expansión romana. Decimos que son hechos semejantes, pues en cada una de estas situaciones hubo un incremento del espacio conocido. Nuestro objetivo en este estudio es comparar las repercusiones de la conquista del Imperio Persa por los macedonios y el descubrimiento de América. Algunos de los contemporáneos de Cortés ya compararon en su momento sus hazañas con las del macedonio.

«porque tan tenido y tan acatado fue el nombre de solamente Cortés, así en todas las Indias como en España, como fue nombrado el nombre de Alejandro en Macedonia» (XIX).

El nombre de Alejandro también es empleado por consejeros y aduladores de Fernando el Católico y Carlos V como modelo³¹. Además, las Indias conllevaban de inmediato que se pensase en su célebre conquistador. Por nuestra parte vamos a prolongar estas comparaciones, pero no desde el punto de vista del conquistador, sino de la contribución de Alejandro al progreso de la ciencia. Ambos períodos, *a priori*, abrieron etapas importantes en el desarrollo de la ciencia y en la manera de relacionarse con la tradición. Analizando desde esa perspectiva intentaremos calibrar su contribución al desarrollo científico, para comprobar una de las cuestiones que en capítulos anteriores hemos tratado: ¿una ampliación del espacio significa siempre un impulso para el progreso de la ciencia?

CIENCIA

En ambos casos suele decirse que hubo un avance significativo en la ciencia. En el caso macedonio se habla de un incremento del espacio que fue importante para el método científico. Uno de los exponentes más claros serían los alemanes H. Bretzl y W. Jaeger, quienes defendieron una colaboración directa entre el estado mayor macedonio y el Liceo (cf. *Supra*. p. 118).

30 LIVINGSTONE, D. N., «Geography, Tradition and the Scientific Revolution: An Interpretative Essay», *TIBG* 15 (3) 1990, p. 359-373, defiende que pese a la pervivencia de formas de pensamiento irracional, como la magia y la astrología, la geografía fue un factor importante para derribar la autoridad de la tradición al demostrar que el mundo era diferente a lo dicho por la misma, y dar una mayor relevancia a la experiencia.

31 Nebrija compara a Alejandro con el rey Fernando; Carta autógrafa del obispo Geraldini a Carlos V, felicitándole por su elección al imperio (28 Junio) y exhortándole a seguir las huellas de Alejandro Magno.

Los mayores argumentos que se utilizan para sostener la contribución de Alejandro al saber, son noticias como la dudosa existencia de un archivo en Babilonia, donde se habría concentrado todos los conocimientos que los macedonios iban atesorando. La opinión de H. Bretzl se sustentaba en la creencia en una profunda diferencia de carácter científico entre la información de Teofrasto y la de los historiadores de Alejandro, pese a numerosos puntos comunes. Esto se explicaría por el manejo del alumno de Aristóteles de un informe con todos los datos conservados de la expedición. Esta habría sido la razón por la que no cita a los historiadores de Alejandro. Es cierto que el filósofo muy raramente cita a estos autores. Ahora bien, como hemos visto no existen elementos de peso para confirmar estas sospechas (cf. *Supra*. p. 118-119).

La existencia de este archivo nos es comunicada por Patrocles a través de Estrabón, pero no hay ningún otro indicio en nuestras fuentes, pese a lo proliferas que son al destacar el amor por la cultura y las artes del macedonio. Romm ha puesto en duda su veracidad, y no sería de extrañar que nos encontrásemos ante una falsificación más de cuantas se produjeron después de la muerte de Alejandro.

El otro indicio es la historia contada por Plinio del envío de un elefante a Aristóteles para que pudiera diseccionarlo. De este modo, los estudios anatómicos del Estagirita quedarían vinculados a Alejandro. Sin embargo, no sólo parece improbable esta información de Plinio, sino que, como han mostrado Romm y Bigwood, la mayor parte de los datos que Aristóteles aporta sobre la anatomía del elefante no son de naturaleza autóptica, sino que proceden de Ctesias de Cnido (cf. *Supra*. 112).

Es más, las grandes incógnitas geográficas continuaron perviviendo en la posteridad. Los griegos siguieron pensando que el mar Caspio era un golfo del Océano, error que no fue corregido hasta Claudio Ptolomeo, aunque sin éxito en el futuro. Hubo infinidad de datos sobre la fauna de las nuevas tierras, pero sólo supusieron un aporte cuantitativo y nunca cualitativo, pues el antiguo modelo etnográfico continuó perviviendo. Lo paradoxográfico se confunde con los nuevos datos. El estudio de animales como el elefante se realiza más por cuestiones militares que por curiosidad. La evidencia está en que con posterioridad a la expedición macedonia se pensó que el elefante asiático era mucho más grande que el africano. La esfericidad de la tierra fue una convicción para los sabios griegos después del siglo IV a.C. Una esfera es una superficie finita e ilimitada, sin embargo, los helenos nunca fueron capaces a renunciar a los límites de la tierra (cf. *Supra*. p. 110); Aristarco fue acusado de impiedad (*asebeía*) cuando sostuvo que el Sol, y no la tierra, ocupaba el centro del Universo (cf. *Supra*. p. 188); el concepto de bárbaro puede experimentar matizaciones, como las realizadas por Eratóstenes, pero no cambiará hasta el triunfo del cristianismo (cf. *Supra*. p. 174). La contradicción se acrecienta cuando recordamos que varios investigadores consideran que hay una crisis en la ciencia helenística tras el siglo III a.C. (cf. *Supra*. p. 177). Una verdadera transformación del método científico habría sido irreconciliable con un estancamiento tan cercano.

En cuanto a la época del descubrimiento, la constante aspiración de la ciencia es descubrir el hecho nuevo, como afirma Julio Rey Pastor, y de pronto, gracias a los navegantes ibéricos, se nos regala el más rico caudal de hechos nuevos que pudiera soñarse³². El propio Colón puede

32 ALVÁREZ PELÁEZ, R., «La historia natural en tiempos del emperador Carlos V. La importancia de la conquista del nuevo mundo», *Revista de Indias* XL 2000: «El descubrimiento del Nuevo Mundo fue esencial para el desarrollo de las nuevas concepciones sobre filosofía natural y para las observaciones concretas de la flora y la fauna, y repercutió en toda Europa, como puede comprobarse consultando la correspondencia científica de los siglos XVI y XVII» (p. 14).

considerarse un hombre de ciencia pues era un observador y un curioso del saber. La navegación oceánica y todas las ciencias teóricas relacionadas con ella, como la cosmografía, astrología y geografía, y las artes prácticas de la cartografía y la construcción de instrumentos, así como la construcción de naves, fueron focos importantes de progreso en el conocimiento científico. Reflexiones sobre el color de la piel de los indígenas y su naturaleza, que tendrían su máximo exponente con Bartolomé de la Casas; el descubrimiento de la declinación magnética por Colón; la invención de la loxodromia por el genial Pedro Nunes (1492-1577), con la cual enriquece la geometría esférica; tras el viaje de Magallanes (1480-1521) quedó demostrado que la tierra era esférica, algo que si bien había sido asumido por la comunidad de sabios nunca había sido explicado empíricamente; se iniciaron contactos más regulares con regiones desconocidas para los griegos como China y Japón; Copérnico (1473-1543), tendría el éxito que Aristarco no tuvo al defender el heliocentrismo; la botánica avanzó a raíz de las nuevas especies descubiertas gracias a obras como el *Sumario de la natural historia de las Indias* de Fernández de Oviedo (1478-1557) y se crearon grandes archivos para acumular el nuevo saber, como el de Indias; la Casa de la Contratación se convirtió en el mayor centro de formación de pilotos mayores y de elaboración de sistemas cartográficos.

Los descubrimientos que se iniciaron serían la base de la Revolución Científica que comenzaría en los siglos sucesivos.

EXPERIENCIA

«La Humanidad, para descubrir el planeta, tuvo que liberarse de antiguas esperanzas y temores y abrir las puertas de la experiencia», dice D. Boorstin³³ en su libro *Los descubridores*. La experiencia parece haber sido, aparentemente, la palabra clave para ambos períodos.

Una transformación significativa del espacio puede originar que el saber empírico gane fuerza frente a la tradición, al quedar reflejados los errores de la última. No obstante, muchos de los autores que defienden un progreso en la ciencia critican a quienes acompañaron a Alejandro Magno por haberse limitado a repetir las viejas historias de sus predecesores (cf. *Supra*. p. 125). Los historiadores de Alejandro (Onesícritos; Nearco; Aristóbulo; Megástenes) continuaron repitiendo los mismos tópicos que caracterizaban su antiguo método etnográfico. Lo fabuloso siguió estando presente en sus relatos. Incluso en los trabajos de los bematistas, que pasan por ser puros estudios hodológicos y hodométricos (cf. PLINIO VII 11).

Muy pocas veces los historiadores de Alejandro emplean su autopsia para corregir a la tradición, en la mayoría de las ocasiones se opta por continuar con lo dicho por autores como Heródoto o Ctesias que no estuvieron en la India.

Tampoco significó un mayor empleo de la observación por parte de los pensadores helenísticos. La experimentación sólo fue aplicada en este período por algunos sabios como Eratóstenes o Arquímedes, pero por lo general se siguió prefiriendo formas de razonamiento abstracto antes que la información empírica. Es más, se optó en muchas ocasiones por sustituir la autopsia por la erudición libresca. La geografía de gabinete que se desarrollaría en el helenismo es un ejemplo de lo que decimos. No obstante, el desapego de los griegos por la experimentación y la observación venían de muy lejos. La proliferación de esclavos por las numerosas guerras y el desprecio por el trabajo manual (JENOFONTE, *Económico* VI 5) provocaba que no se

33 BOORSTIN, D., *Los descubridores*, Barcelona, Crítica 1986, p. 89.

recurriera a ambas, mientras que especulación teórica seguía siendo un método válido. La naturaleza teórica de la ciencia griega podía provocar que las matemáticas se desarrollasen, pero que otras disciplinas, como la física o la química, decayeran. La ciencia estaba desligada tanto de la producción como de la sociedad. Lo cual no parece haber sido un hecho puntual y propio del helenismo.

No ocurrió lo mismo durante los años siguientes a los descubrimientos de españoles y portugueses. Para el jesuita José de Acosta (1540-1600), la esfericidad de la Tierra se había hecho «*más manifiesta por la experiencia que por cualquier argumento o demostración filosófica*»; «*No hay mar que no sea navegable, ni tierra que no pueda ser habitada*» decía Robert Thorne en 1521. Pigafetta (1491-1531), el secretario de Magallanes, afirmaba que, al contrario de lo que pensaban los antiguos, existían lluvias en las zonas tórridas³⁴; las opiniones de Aristóteles sobre las *klímata* fueron rechazadas³⁵; el bachiller Fernández de Enciso (1469-1530), en su tratado de 1559, no se ha inspirado tanto en Ptolomeo, Eratóstenes, Plinio y Estrabón, «*como en la experiencia de nuestros tiempos, que es madre de todas las cosas*» (Epílogo). Hooykaas analizando los viajes de los portugueses dice: «*cuando los navegantes portugueses descubrieron que las regiones tropicales eran habitables y habitadas, que había más tierra al sur del Ecuador, que había más tierra seca en el globo de la que se les había enseñado, que el sur de India se adentraba mucho más en el mar de la India que lo que decía Ptolomeo... todo esto provocó un profundo shock, no sólo en ellos, sino también en el mundo conocido. Ptolomeo la gran autoridad en astronomía a lo largo de la Baja Edad Media y también la mayor autoridad en geografía, ahora resultaba no ser completamente fiable... Su propia experiencia les enseñaba que aquellos gloriosos y casi infalibles antiguos estaban equivocados*»³⁶. Igualmente Daniel Boorstin destaca las limitaciones de la literatura frente a la experiencia: «*las cartas marinas, sin embargo, no eran puestas a prueba por la literatura sino por la experiencia. Ninguna doctrina teológica podía persuadir a un marinero de que las rocas que habían hecho naufragar su barco no eran reales. Los contornos de la costa, señalados por la dura experiencia, no podían ser modificados o ignorados, pese a todo lo que Isidoro de Sevilla, o incluso san Agustín hubiesen escrito. Los hombres, cuanto más se adentraban en el mar, tenían menos ocasiones para ser seducidos o tentados por las fuentes literarias. En tanto que la topografía de la tierra continuaba sirviendo a la palabra escrita, al rumor, al mito y a la tradición, el mar era un reino de libertad, de libertad para aprender de la experiencia, para ser guiado por la práctica y para aumentar el conocimiento*»³⁷. Es en suma la exaltación de la experiencia lo que permitiría revisar la tradición.

TRADICIÓN

Por tradición entendíamos el conjunto de normas, ritos, elementos culturales y sociales, que tienen que ser repetidos o aceptados por los individuos como contrapartida de su aceptación incuestionable como miembros de pleno derecho en una sociedad (cf. *supra*. p. 33). En una época como la clásica, donde no se recurría a la experimentación y a la comprobación empírica como sistemas de verificación, lo único que podía dar cierta validez a una teoría o una noticia,

34 PIGAFETTA, A., *Primer viaje alrededor del mundo*, Barcelona 2008, p. 14.

35 MARTIN, C., «Experience of the New World and Revisions of the Earth's Climates during the Renaissance», *History of Meteorology* 3, 2006, p. 1-16.

36 HOOYKAAS, R., «The rise of modern science: when and why?», *BJHS* 20, 1987, p. 453-473; p. 459.

37 BOORSTIN, D., *op. cit.*, p. 109.

era que parte de la misma se enmarcase en un discurso ya conocido, es decir, algo completamente nuevo sería desechado al ser considerado como increíble. Es este el motivo por el que los geógrafos y los historiadores de Alejandro tenían que adherirse a la tradición que sus sentidos contradecían. Ahora bien, en su caso no sólo pudo deberse a una simple cuestión de método, sino también al hecho de no ser profesionales de las letras. En su esfuerzo por ser reconocidos por la comunidad de sabios de su tiempo habrían aceptado más errores o historias de la tradición de las que les hubiera gustado. Las palabras de Q. Curcio (IX 1.34) bien podrían aplicarse a su caso: «*la verdad es que yo transcribo más cosas que las que en realidad creo, pues ni puedo afirmar cosas de las que dudo ni pasar por alto las que me han sido transmitidas*». Tampoco podemos olvidar la profunda influencia que el público ávido de rarezas y fantasías pudo haber ejercido sobre estos autores. No obstante, pensadores como los estoicos que no tuvieron estas preocupaciones, también optaron por proteger la tradición más antigua de Grecia, Homero, al convertirlo en el padre de la geografía antigua y en un concededor de la esfericidad de la tierra. Todo ello nos demostraría que el apego de los griegos por su tradición trascendería los límites de la necesidad o de la lógica. Algunas cuestiones como la alteridad, el concepto de centro y periferia, la pervivencia de los límites o la ubicación de todo lo maravilloso en las fronteras del mundo, no podían ser cambiados sin reestructurar todas las bases de la identidad griega.

Durante el descubrimiento pervivieron infinidad de mitos, o surgieron otros nuevos como el Dorado, se mantuvo la creencia en la existencia de seres sobrenaturales, siendo un buen ejemplo de ello la *Cosmographia* de Sebastián Münster (1488-1552), estos seres no desaparecerían del bestiario europeo hasta el siglo XVIII³⁸. Sin embargo, al mismo tiempo se le dio fuerza al conocimiento que emanaba de la experiencia y se pudo poner en duda la tradición. Lo racional y lo irracional pueden convivir perfectamente en una misma época y en una misma sociedad. Colón es un buen ejemplo al hablar de la existencia de las amazonas³⁹ y posteriormente negar la existencia de seres sobrenaturales: «*en estas islas fasta aquí no he hallado ombres mostrudos, como muchos pensavan, mas antes es gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos corredíos, y no se crían donde ay speto demasiado de los rayos solares; es verdad qu'el sol tiene gran fuerça, puesto que es distinta de la liña inquinocial veinte e seis grados*». En la misma línea en una carta a los RRCC fechada el 4 de marzo de 1493 afirma que: «*todo estava incógnito ni se contava d'ello salvo en manera de fábulas*».

Pero parece claro que una de las condiciones del crecimiento del espíritu científico fue cuestionar la autoridad que emanaba de la tradición⁴⁰. «*Es un hecho sorprendente el que nuestros autores clásicos no conozcan a toda esa América a la que llamamos Nuevas Tierras*» decía el abogado Etienne Pasquier en 1560. En sus discursos Nicolò Vito di Gozze (1549-1610) mostraba su sorpresa ante el hecho de que Aristóteles desconociese que toda la tierra era habitable. Podemos imaginarnos su sorpresa al comprobar que había algo que no estaba en el legado de

38 CASAS RIGALL, J., «Razas humanas portentosas en las partidas remotas del mundo (De Benjamín de Tudela a Cristóbal Colón)», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: Literaturas de viajes en el mundo románico*, Universidad 2002, p. 253.

39 Colón habla algunas veces de la existencia de una isla de Matinino, habitada por las Amazonas, que se unían a los indios de la isla de Carib y si parían un varón lo expulsaban de la isla y si era niña permanecía con ellas. La existencia de las Amazonas en la isla Matinino fue negada por G. Fernández de Oviedo (*Historia general y natural de las Indias*, I 8). Posteriormente en las *Sergas de Esplandián*, Calafia la reina de las Amazonas es situada en California. En sus andanzas Orellana encuentra noticias de la existencia de las Amazonas.

40 LIVINGSTONE, D. C., *The geographical tradition: episodes in the history of a contested enterprise*, Melbourne 1993, p. 65.

los antepasados. Una evidencia de lo que decimos sería el rechazo de los navegantes y de los exploradores del período hacia las cartas geográficas del mundo antiguo⁴¹:

«Sé que en los últimos veinte años los viejos patronos de barcos se han burlado y mofado de los que han empleado sus cartas y mapas... diciendo que ellos no quieren para nada sus pergaminos, porque pueden llevar mejor la cuenta sobre un tablero» (William Bourne 1535-1582).

¿Qué se hace cuando se descubre que la tradición no es infalible y que tiene vacíos? La respuesta nos la ofrece Elliott en este sugestivo pasaje: «¿Cómo explicarse el permanente propósito de describir el mundo hasta las dos últimas décadas del siglo XVI como si se tratase todavía del mundo conocido por Estrabón, Ptolomeo y Pomponio Mela? ¿Cómo explicarse la repetida publicación por parte de los editores, y la persistente utilización por parte de las escuelas, de las cosmografías, que como ya se sabía habían quedado anticuadas con los descubrimientos?»⁴². El autor se pregunta sorprendido por qué no se desechó la tradición y comenzó a enseñarse la geografía conforme a los recientes descubrimientos que se acababan de realizar. Sin embargo, como hemos visto a lo largo de nuestro análisis todo paradigma científico que sustenta las creencias de una sociedad es por naturaleza conservador, en el sentido que la comunidad que lo practica es reacia a deshacerse de él, sin antes crear anomalías en el paradigma que le permitan sobrevivir. ¿Los antiguos no conocieron el continente americano? ¿No sería posible que Platón estuviera pensando en América cuando se refería a la Atlántida⁴³? ¿Hay un pueblo que no aparece en la Biblia? ¿No resulta más fácil identificarlo con otro de nombre semejante que pensar que hay algo que no aparece en el libro de los libros? Estos hechos pueden verse en la obra de Francisco López de Gómara (1511-1566), *Historia general de las Indias XVII*⁴⁴. El autor dice que a la llegada de Colón hubo tres intentos de salvar la autoridad del viejo paradigma, uno de ellos fue el ya mencionado de relacionar el continente con la Atlántida de Platón. Otro fue el relato de Pseudo-Aristóteles (*Mirabilia* 84) sobre el descubrimiento por los cartagineses de una tierra desconocida. Por último, las palabras en la *Medea* (375-9) de Séneca sobre un *novos orbes*.

*«Tiempos vendrán al paso de los años
en que suelta el Océano las barreras del mundo
y se abre la tierra en toda su extensión
y Tetis nos descubre nuevos orbes
y el confín de la tierra ya no sea Tule».*

Otras referencias clásicas como la Mérope de Teopompo, la navegación de Odiseo a los infiernos o el *De facie in orbe lunae* de Plutarco también fueron vistas como evidencias del

41 PARRY, J. H., *La época de los descubrimientos geográficos, 1450-1620*, Madrid, Guadarrama 1964, p. 145.

42 ELLIOTT, J. H., *El viejo mundo y el nuevo 1492-1650*, Madrid, Alianza 1997, p. 13-41.

43 VIDAL-NAQUET, P., *La Atlántida, pequeña historia de un mito platónico*, Barcelona, Akal 2006, p. 72.

44 «Unos decían que había hallado la navegación que cartagineses vedaron; otros, la que Platón, en Critias, pone por perdida con la tormenta y mucho cieno que creció en la mar; y otros, que había cumplido lo que adivinó Séneca en la tragedia *Medea*, do dice: «Vendrán tiempos de aquí a mucho que se descubrirán nuevos mundos, y entonces no será Thile la postrera de las tierras».

conocimiento de los autores clásicos del continente americano⁴⁵. El propio J. Kepler (1571-1630) habría compartido esta opinión⁴⁶ y no habría considerado improbable que Luciano hubiese atisbado la realidad en su *Historia verdadera*.

CONCLUSIÓN

Intuíamos que era su forma opuesta de reaccionar ante la tradición lo que provocaba esta disparidad. Para los autores que acompañaron a Alejandro la tradición era un método de verificación y de capacitación profesional. En los siglos siguientes se convirtió incluso en un elemento para definir la identidad en sociedades tan heterogéneas y plurales como la helenística o la imperial romana. En cambio, para los pensadores de la Europa Moderna, se trataba de una tradición, que aunque no era por completo ajena, se intentaba conciliar con la religión cristiana, que pese a los innegables logros del Renacimiento, seguía teniendo el monopolio de las ideas, aunque comenzara lentamente a ser cuestionado. Como bien mostrase Febvre en su libro *La religión de Rabelais*, en este tiempo el cristianismo seguía dominando todos los aspectos de la vida de un hombre (nacimiento, matrimonio, sexualidad, muerte etc.). El humanismo renacentista fue un intento de acomodar el cristianismo con la antigüedad clásica. Como dijo Braudel es un diálogo de Roma con Roma⁴⁷.

La geografía tanto en la Edad Media como en el Renacimiento fue esencialmente una disciplina heredera de la geografía clásica que, como es bien sabido, fue a su vez un género, en su origen, esencialmente griego. Los navegantes y los doctos humanistas pudieron cuestionarse más fácilmente los elementos esenciales de la ciencia geografía, pese al enorme prestigio de Aristóteles y Ptolomeo, al estar imbuidos por otro paradigma hegemónico y por no existir ningún tipo de institución represora que preservase y protegiese el legado clásico. La ausencia de cualquier institución o grupo específico para la preservación de la tradición es la mejor evidencia de la pérdida de la hegemonía de un paradigma científico.

Paradójicamente, el hombre de la Europa moderna no se habría podido desvincular de la tradición clásica si no hubiese surgido el cristianismo u otro paradigma tan férreo como éste que permitiera deslindar el legado literario del científico en la cultura clásica.

Concluimos, por lo tanto, reafirmandonos en nuestra creencia en la fuerte interdependencia entre ciencia y tradición, pues para que la ciencia avance precisa de los cimientos del edificio derruido del pasado, y entonces, también lo hace la tradición.

45 GAFFAREL, P., *Étude sur les rapports de l'Amérique avant Christophe Colomb*, París 1869, Atlántida, p. 3-27; Mérope, p. 63-66; Isla de Oigía y el continente de Cronión, 66ss.

46 ROMM, J. S., *The edges of the Earth in the ancient thought: Geography, exploration and fiction*, Princeton 1992, p. 217.

47 BRAUDEL, F., *Grammaire des civilisations*, París 1993.

21. SINTESIS EPISTEMOLÓGICA Y REFLEXIONES FINALES

«Pero lo mismo que un hombre no puede escapar de su propia sombra, ninguna generación puede pronunciar un juicio sobre los problemas de la historia sin referencia, consciente o inconsciente a sus propios problemas» (DODDS, E. R., *Los griegos y lo irracional*).

«La terrible carga que la tradición de muchos cientos de años ha depositado sobre nosotros» (GOETHE).

«Quien controla el pasado controla el futuro
Quien controla el presente controla el pasado» (ORWELL).

«Nihil innovetur nisi quod traditum est» (*No se innove nada fuera de lo que es tradición*).

LOS UNIVERSALES DE LA GEOGRAFÍA GRECORROMANA

A lo largo de todo nuestro trabajo hemos venido insistiendo en la ausencia total de distinciones en la antigüedad clásica entre las diferentes disciplinas del saber. Esto implicaba que en un estudio de geografía grecorromana pudiesen ser estudiadas las obras de poetas, historiadores, filósofos o astrónomos como si de geógrafos se tratase (cf. *Supra*. p. 18-32).

En buena parte, la razón de que esto sea así reside en la no existencia de un método científico semejante al nuestro entre griegos y romanos. No hay nada parecido a los principios de demostración, verificación y experimentación que rigen nuestra sociedad actual¹, completamente seducida por la tecnología y la mecanización. Ni siquiera tenemos la misma noción de verdad, pues para los griegos la verdad (*alétheia*) es aquello que no está oculto. El hombre inspirado por la musa es aquel que conoce la verdad, lo cual indica hasta qué punto ésta está unida a la

1 DETIENNE, M., *Los maestros de la verdad*, Madrid, Taurus 1983, p. 15; LLOYD, G. E. R., *Ancient worlds, modern reflections*, Oxford 2004, p. 12-23.

religión y a la inspiración. La cultura nació ligada a la creación poética, y como tal siguió siendo entendida a lo largo de toda su historia en el mundo antiguo.

Por su carácter «poético», las obras anteriores podían y debían ser mimetizadas. Esto conllevaba que los autores tuviesen una gran dependencia y cierta sintonía dentro de las miles de variaciones que les otorgaba la tradición. Precisamente, al carecer de un método seguro para comprobar las teorías, la tradición era el único elemento que podía dar veracidad a lo escrito o a lo dicho, por lo que la dependencia era aún mayor cuando se escribía sin recurrir a la experiencia. Curiosamente, es el paradigma del pasado lo que impide que cada autor escriba lo que quiera en cada una de sus obras. Dicho de otro modo, regula la creación artística y al mismo tiempo dota al autor de los elementos necesarios para dar veracidad y coherencia a lo escrito. Un libro podía resultar fabuloso y poco creíble, pero al estar en consonancia con el legado cultural, era legítimamente aceptado como parte de un discurso ya conocido. En cambio, algo completamente nuevo y completamente «veraz» sería desechado por no tener un soporte en el que apoyarse y contrastar los datos.

Sin embargo, la moral, la sociedad y la cultura hasta el período helenístico son agonales. Ya fuese por la importancia de la autopsia, por la impronta de la épica o la ausencia de medios estatales para sostener a los intelectuales, lo cierto es que hay una revisión continuada del pasado, aunque sin que se produzcan nunca rupturas radicales. Independientemente del origen de este espíritu agonal, la excelencia (*areté*) y la gloria (*kléos*) que se buscan sólo pueden obtenerse de la mano del bardo o del *démos* (pueblo) ateniense. Es decir, siempre viene de otros, nunca se obtiene por uno mismo, sino que es la sociedad quien la otorga². Esta realidad trasladada al campo del saber tiene una consecuencia importantísima: un autor, para poder escribir, tenía que conocer lo anteriormente dicho, preferentemente a aquellos autores que han obtenido el anhelado reconocimiento, si quería obtener el respeto y la aprobación de los suyos. Así no podía limitarse a repetir lo escrito por otro autor, tenía que sobrepasarlo, que mejorarlo, o incluso que derrotarlo. La costumbre y el espíritu agonal imponían que el pensamiento se asentase en la crítica de sus predecesores. El alumno en la Grecia Clásica no se contenta con repetir lo dicho por el maestro, puede abandonar su pensamiento o incluso criticarlo en vida del mismo, siendo Aristóteles un claro exponente de este fenómeno. Esto impedía que el saber acabase por quedar reducido a una mera reproducción y permitía que se pudiese ver cierto progreso en el pensamiento griego mientras estuvo vigente el espíritu del agón.

Dada la doble naturaleza de la literatura, mimética y agonal, ocurría que una historia como el mito de Edipo podía sufrir alteraciones: la madre adoptiva de Edipo se llamaba Peribea (APOLODORO III 5.7; HIGINO, *fab.*, 66) o Mérope (SÓFOCLES, *Edipo Rey* 775; SÉNECA, *Oed.*, 272); podía haber matado a su padre antes de consultar al oráculo de Delfos (EURÍPIDES, *Fenicias* 32-44) o después (SÓFOCLES, *Edipo Rey* 787-813); la Esfinge podía morir por suicidio (APOLODORO III 5.8; HIGINO, *fab.*, 67) o por la mano de Edipo (*Myth. Vat.*, II 30). Sin embargo, había una parte de la misma que no podía ser cambiada: Edipo mató a su padre y se unió a su madre. En cada historia, en toda idea o cosmovisión, tiene que haber una parte que no mute, pese a las alteraciones, para que le siga dando identidad.

La geografía grecorromana, pese a sus indudables vaivenes, fruto de su naturaleza literaria y agonal, tuvo una serie de hechos recurrentes que conformaron su verdadera alma y cosmovi-

2 REDFIELD, J. M., *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Ilíada*, Barcelona, Ensayos/Destino 1992, p. 76-79.

sión: 1) **Forma**. La tierra podía ser esférica, circular, oblonga, etc., pero tenía que tener una forma definida que pudiera ser reconocida. Desde el siglo IV a.C. fue reconocido por todos los intelectuales, principalmente los filósofos, que la tierra tenía forma esférica. Durante el helenismo y el Imperio Romano, esta creencia se extendió en la población con cierto éxito, gracias a la exposición pública de algunos mapas o esferas. Habría que esperar al cristianismo para que esta realidad fuese puesta en duda. No obstante, pese a que la esfericidad chocaba con algunos preceptos cristianos, como su ecumenismo o la existencia de los pilares, muchos intelectuales cristianos pudieron seguir afirmando que la tierra era una esfera (Beda) o mantener una postura eclectica (Isidoro de Sevilla). 2) **Límites**. Independientemente de su forma, el mundo debía tener unos límites. Podían hacerse coincidir con los vientos, los puntos cardinales o el movimiento del Sol, las grandes extensiones desérticas o el Océano, pero su existencia era necesaria. Hubó una única excepción a esta forma de pensamiento generalizada en el mundo antiguo: el *ápeiron* de Anaximandro. Sin embargo, un hecho revelador que demuestra que esta teoría no tuvo gran difusión es que, pese a descubrir la naturaleza esférica de la tierra, en ningún momento se les pasase por la cabeza renunciar a las fronteras³; lo que demuestra la naturaleza esencial de este concepto espacial en el pensamiento antiguo, que con el tiempo también quedaría ligado a la alteridad, pues lo bárbaro siempre sería situado en los confines. 3) **Decadencia**. Es muy posible que este sentimiento se inspirase en la creencia en una antigua Edad de Oro y en la progresiva degeneración del mundo y la sociedad humana desde entonces. No obstante, la observación de la naturaleza y el conocimiento de fenómenos terrestres que alteraban la superficie de la tierra pudieron, igualmente, haber sugerido esta creencia. Paradójicamente, la geografía estudia una realidad cambiante, pero la imagen que procede de los textos siempre es muy homogénea, pese al paso de los siglos. El conocimiento que se tuvo de algunas regiones de la *oikoumene* como Persia apenas cambió entre los tiempos de Heródoto (C.484-425 a.C.) y Amiano Marcelino (C.325-400 d.C.). La atemporalidad del paisaje era una consecuencia de la impronta de la tradición escrita. 4) **Paraíso**. Existe en la tierra un mundo totalmente contrapuesto a éste, con un clima beatífico y una riqueza de recursos ilimitados. La fertilidad de su suelo es tal que el hombre que vive allí no tiene necesidad alguna de sembrar o arar la tierra. Estos paraísos mundanos pueden ser inaccesibles o accesibles al hombre, pero siempre se encuentran en espacios físicos, preferiblemente islas, que justifican que por su naturaleza aislada, sus características paradisíacas hayan sido preservadas y que su acceso sea difícil para los hombres. 5) **Centro**. El *kósmos* tiene un punto central que jerarquiza el espacio, cuya existencia es un requisito fundamental de la creencia en los límites o, si se prefiere, los límites existen para atestiguar la existencia del centro. El centro podía ser Delfos, Delos, Atenas, Rodas, Roma, Jerusalén, Constantinopla, etc., pero era otra concepción íntimamente unida al pensamiento y cuya existencia no podía ser cuestionada. Esta noción estaba estrechamente ligada al etnocentrismo propio de toda cultura. Negar la posición central de una sociedad o de una región era uno de los motivos que podían provocar la intervención de los mecanismos de represión y control. La negación del geocentrismo por Aristarco debe verse dentro de esta disyuntiva, para poder entender la reacción conservadora de Cleantes. 6) **Periferia**. Estrechamente unido al concepto de centro está la idea de periferia: «*Si el universo es una esfera poseerá siempre un centro y una periferia, estando situado en su lugar propio*» (DAMASCIO). En las zonas cer-

3 Cf. JANNI, P., «Los límites del mundo entre el mito y la realidad», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 23-40.

canas al centro residían lo común, lo razonable, la *paideía* que configuraban la cosmovisión. Al alejarse del mismo, en dirección a la periferia, la cultura disminuía progresivamente, aumentando los elementos extraordinarios y fantásticos. Es por eso que la *oikoumene* fue, ante todo, un espacio cultural. El cristianismo, al distinguir en el espacio entre el ocupado por la comunidad cristiana y el ocupado por los pueblos que no compartían su religión, también colocaba lo extraordinario en las zonas más alejadas de la misma, dando prioridad al espacio ocupado por la comunidad cristiana⁴. 7) **Espacio hodológico y simétrico.** Lugares alejados entre sí podían tener una fuerte relación, pese a la distancia que los separaba, si se encontraban en la misma latitud, tenían una situación extrema, compartían una misma franja climática o un hecho común que permitiese una asociación. La simetría podía poner en relación dos zonas muy alejadas entre sí. De igual modo, dos zonas alejadas, que tenían un fuerte nexo entre ellas, debían ser simétricas. La creencia de los griegos en la simetría fue muy anterior a su fe en la existencia de un mundo simétrico. Heródoto, que condenaba los mapas jonios porque parecían recién salidos del torno de un alfarero, no puede evitar pensar que el Nilo y el Danubio son espacios simétricos. Esta creencia es la responsable de errores aparentemente inexplicables en los antiguos mapas grecorromanos. No obstante, el espacio no es una realidad neutra, las direcciones y las orientaciones están cargadas de significados y matices: mientras el norte y el oeste fueron asociados con la oscuridad y el ocaso del sol, el sur y el este se relacionaban con la luz y con el nacimiento del día⁵. 8) **Se unifica lo diverso.** Pueblos con características etnográficas similares (nómadas, jinetes, flecheros, etc.) pueden ser agrupados bajo la misma denominación pese a poseer rasgos de identidad propios. Escitas fue la denominación que se les dio a los pueblos nómadas flecheros desde los primeros historiadores griegos hasta los últimos historiadores bizantinos⁶. Igualmente, celtas fue la denominación que recibieron los pueblos del mundo occidental, que se caracterizaban por el sistema trifuncional de su sociedad⁷ (campesinos, guerreros y druidas). Esta forma de agrupar lo diverso bajo una sola denominación⁸ responde a varios factores. En primer lugar, la necesidad de dar un nombre al otro es algo intrínseco a toda civilización⁹. Sin embargo, carencias como los conocimientos de lenguas o de las costumbres, pueden provocar que la diversidad sea más difícilmente apreciable. En segundo lugar, la noción de alteridad, el concepto del bárbaro, dificultó en exceso el trabajo. Al fin y al cabo, una oveja,

4 RUOTSALA, A., *Europeans and Mongols in the Middle of the Thirteenth Century: Encountering the Other*, Helsinki 2001: «The thoughts of a Westerner were seldom directed outside the borders of the Christian world» (p. 35).

5 Cf. JANNI, P., «Gli antichi ei punti cardinali: rileggendo a Pausania», en ΓΕΩΓΡΑΦΙΑ. *Atti del Secondo Convegno Maceratese su Geografia e cartografia antica*, Roma 1988, p. 77-91.

6 Cf. CARILE, A., «I nomadi nelle fonti bizantine», en *Popoli delle Steppe: Unni, Avari, Ungari*, I, Spoleto 1988, p. 55-87.

7 RENFREW, C., *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona, Crítica 1990: «El término celta fue ante todo una designación geográfica bastante amplia, relacionada con todos los habitantes de la Europa septentrional y occidental, independientemente de su naturaleza» (p. 179).

8 DIODORO V 32: «Es útil definir aquí un punto que muchos ignoran. Se llama celtas a los pueblos que habitan encima de Massalia, en el interior del país, cerca de los Alpes y a este lado de los Pirineos. A los que están establecidos encima de la Céltica en las partes que se extienden hacia el norte, por toda la costa del océano y bordeando los montes Hercinianos, y a todos los pueblos que se extienden desde allí hasta la Escitia, se les conoce como galos. Sin embargo, los romanos, que incluyen todos estos pueblos bajo una dominación común, los llaman a todos ellos galos».

9 TIERNEY, J. J., «The celtic ethnography of Posidonius», *PRIA* 60, 1960: «...los antiguos tuvieron que utilizar nombres, nombres grupales, para referirse a las distintas tribus bárbaras de los alrededores de la cuenca mediterránea, y en base a estos nombres grupales, determinados sobre fundamentos más o menos inadecuados, pudo desarrollarse la literatura etnográfica griega» (p. 199).

ya sea negra o blanca, no deja de ser una oveja. Esta tendencia a homogeneizar lo diverso persistió en el cristianismo y en el Islam. Los creyentes sabían que a la llegada del Apocalipsis los pueblos de Gog y Magog invadirían el mundo (*Ezequiel* 38-9; *Apocalipsis* 20:9-10; *Corán*, suras 18: 82-97; 21:96). La falta de datos sobre los mismos y la ausencia de una ubicación fija, salvo que se encontraban en los límites septentrionales del mundo, provocaron que cualquier pueblo norteño que invadía Europa en una época de inquietud fuese identificado con ellos. 9) **Determinismo.** El entorno físico es el responsable de la naturaleza y del carácter de los pueblos que lo habitan. Esta causa provocó que muchas veces la naturaleza del territorio fuese cambiada para hacerla coincidir con los rasgos que se le presuponían a dicha nación. Un pueblo aguerrido debía de haber nacido en un entorno físico hostil, que acentuase su ferocidad y salvajismo. En cambio, un pueblo como el persa, en teoría afeminado, debía de contar con una abundancia de medios físicos que explicase su refinamiento y formas amaneradas. Una vida fácil engendraba un espíritu débil y taimado. En cambio, la dificultad y la necesidad consolidan la fortaleza y la barbarie de la misma forma. Únicamente aquellos territorios que gozaban de un clima medio, y que lógicamente se encontraban en el centro del mundo, podían desarrollar la templanza y la moderación que traen consigo la verdadera civilización. 10) **Civilización culinaria.** La alimentación es un elemento esencial para distinguir al bárbaro del civilizado, mientras el hombre griego come pan y bebe vino, el bárbaro come la carne cruda o incluso es antropófago¹⁰. El paso de una realidad a otra, es decir, de la civilización a la barbarie, se escenifica así por los hábitos alimenticios.

La cartografía también comparte algunas de estas características, pues, al fin y al cabo, es la plasmación visual de un concepto geográfico, de una idea, de palabras, de un lenguaje lleno de tópicos; la traducción de palabras a puntos y líneas¹¹. La obra de Agripa no sería más que la traducción cartográfica de las *Res Gestae* de Augusto, pues las dos, si Nicolet está en lo cierto, plasmarían la misma idea, el ecumenismo del Imperio Romano. Los autores imitan con su lenguaje la forma de los mapas y los mapas se ajustan a las descripciones literarias. Un autor cuya obra carecía de mapas podía emplear un lenguaje idóneo para describir las costas y guiar a sus lectores por el movimiento de las masas continentales: Norte (*aquilo*, *septentrio*), Sur (*australis*, *meridies*), Este (*orientalis*), Oeste (*occidens*, *vesper*) arriba o abajo (*super/infra*) derecha o izquierda (*dexter/laevus*). De igual modo, cuando el cartógrafo dibuja el contorno de tierras desconocidas tiene que recurrir al texto literario. Es decir, el literato quiere crear una «imagen» mediante la palabra que resulte comprensible a su lector, ni más ni menos que un verdadero mapa mental, que el cartógrafo se encarga de darle «forma». Pero es en el aspecto agonal donde se observan las mayores semejanzas entre la literatura y la cartografía. Si el autor tiene que revisar y superar la obra de sus antecesores, lo mismo le ocurre al cartógrafo¹². Eratóstenes hace una *diórtosis* (corrección) de la tradición cartográfica que heredó, Hiparco hizo una corrección del mapa de Eratóstenes, Posidonio volvió a cambiarlo e incluso Estrabón hizo lo propio, aunque sólo de palabra. ¿Qué decir de la revisión que hizo Ptolomeo del mapa de Marino de Tiro? No debemos ser tan ingenuos como para creer que esos cambios conllevaban una transformación

10 PLINIO VII 11; AMIANO MARCELINO XXXI 2.21-25; GUZMAN, G., «Reports of mongol cannibalism in the Thirteenth-century Latin Sources: Oriental Fact or Western Fiction?», en *Discovering New Worlds*, Nueva York y Londres, Garland 1991, p. 31-68.

11 JACOB, Ch., «Carte greche», en *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. 60.

12 ARNAUD, P., «Pouvoir des mots et limites de la cartographie dans la géographie grecque et romaine», *DHA* 15, 1989, p. 9-29; p. 11.

radical de la carta geográfica, como mucho, podían existir modificaciones en una parte del mundo, en la orientación de un accidente geográfico o en actualizar los nombres de los topónimos. Si se hubiesen conservado los originales antiguos, podríamos afirmar con total certeza que la mimesis creativa era otra característica de la cartografía antigua. Recuérdese que en el caso del mapa bizantino de Teodosio II, pese a ser una mera reelaboración libresca, sus autores se jactaban de haberlo mejorado: «*Supplices hoc famuli, dum scribit, pingit et alter, mensibus exiguis, veterum monimenta secuti, in melius reparamus opus culpamque priorem tollimus ac totum breviter comprehendimus orbem*».

Debe quedar claro que cuando hablamos de geografía como literatura no nos referimos solamente al concepto que en la actualidad podemos tener sobre esta disciplina, sino como tradición literaria. Una tradición originariamente oral, pues toda cultura escrita tiene irremediabilmente que haber nacido en el seno de una sociedad oral¹³. Con el paso del tiempo, esa tradición adquirió forma escrita, y esencialmente literaria, porque esa es la forma en la que se conservaba y se transmitía principalmente desde finales del IV y comienzos de época helenística. No deja de ser llamativo que la mayor parte de las características que definieron la geografía grecorromana quedaran fijadas entre el siglo V a.C. y el IV a.C. Lo que conlleva que si la cosmovisión quedó establecida, también lo hizo la cultura y la ciencia, y como afirma Lloyd no hay nuevas aportaciones al método científico después de Aristóteles. La cultura dejó de evolucionar a la velocidad de los siglos anteriores en el momento en que la escritura pudo superponerse a la oralidad y también a la experiencia.

La literatura, es decir, la palabra escrita, fue la forma en la que la tradición geográfica clásica se conservó para nosotros en el Medievo y se recuperó en el Renacimiento. Y esa es la forma en la que debe ser estudiada la geografía antigua, como un elemento integrante de la tradición literaria que configuraba y conformaba la cosmovisión de los pueblos.

GEOGRAFÍA Y TRADICIÓN

La tradición no es más que una proyección de un deber ser, un modelo, un ideal que requiere ser imitado de forma perpetua para su supervivencia. Para que el proceso no sea frenado, es necesario que exista una élite que se encargue de vigilar y cuidar el legado. En este sentido puede decirse, con justicia, que toda cultura es en su origen una cultura aristocrática¹⁴. La historia de la evolución de las sociedades no es más que el resultado del enfrentamiento entre los depositarios de la tradición y aquellos que quieren apoderarse de ella. Al ser la geografía un elemento esencial en la configuración de la cosmovisión de las civilizaciones, es fácil que se vea envuelta en estas disputas tanto o más que cualquier otra rama de la ciencia.

En una sociedad como la de la Grecia Arcaica, hay unos principios ideológicos incuestionables que pierden fuerza cuando sus miembros se dan cuenta de que no todos pueden ser Aquiles. Es una consecuencia de la ascensión de las clases medias, un resultado inevitable del desarrollo económico y social de una comunidad que marca el paso de una sociedad cerrada a una abierta. Con la aparición de la democracia, las antiguas distinciones sociales desaparecen, como explica el anónimo autor de *La república de los atenienses* (10): «*Si fuera legal que el esclavo o el meteco o el liberto fuera golpeado por el libre, muchas veces golpearía a un ateniense creyendo que es*

13 Cf. HAVELOCK, E. A., *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós 1996.

14 JAEGER, W., *Paideia*, México, FCE 1993, p. 20.

un esclavo; pues el pueblo allí no usa en absoluto vestidos mejores que los esclavos y metecos y su aspecto no es tampoco mejor». En cambio, en el mundo homérico Menelao podía percibir la noble procedencia de sus huéspedes simplemente por su apariencia (cf. *Odisea* IV 61-4).

Para que el pueblo pueda participar activamente es necesario que en la democracia se extienda el acceso a la educación. El ostracismo y la exposición pública de las leyes escritas reflejan una mayor expansión del saber, que nunca debe llevarse demasiado lejos. Esto provoca que la *paidéia* sea revisada ante su expansión. La sofística es a la vez el difusor y el gran cuestionador del legado. Sin embargo, en este período de esplendor, el espíritu agonal griego descubre que hay elementos que no pueden ser criticados sin riesgo alguno. El ostracismo fue el medio empleado para recordarles a sus enemigos y a los intelectuales disconformes que la democracia no toleraba crítica alguna al sistema. La *asebeía* ponía límites a las indagaciones sobre la naturaleza de los dioses y el filomedismo imposibilitaba cualquier acercamiento al mundo persa y reforzaba el etnocentrismo del pueblo griego.

Las ideas políticas contrarias a la democracia quedan totalmente desterradas del pensamiento. No es sólo que la tiranía quede demonizada como la antítesis de un gobierno justo, el hombre del siglo IV no puede ni defender ni concebir la oligarquía por eso la llama *patrios demokrateia*¹⁵. El enfrentamiento que se sigue entre el individuo y la comunidad obliga a posponer las necesarias reformas que la sociedad demandaba. Las reacciones conservadoras de demócratas y aristócratas provocaron una involución en la cultura, que hasta la aparición de la democracia siempre había evolucionado al ritmo de los convulsos cambios sociales. Estos impedimentos imposibilitan que la antropología y la geografía progresen en la medida que podían haberlo hecho. Pero lo que más determina a los intelectuales griegos no es sólo la problemática social de las *póleis* griegas del siglo IV a.C., pues, pese a que la sociedad influye mucho en el devenir de la ciencia, no puede evitar que individuos capaces brillen en épocas de crisis. La razón más importante para explicar el inmovilismo de la cultura y de la geografía, en general, es el predominio progresivo de la cultura escrita frente a la oral y el paulatino decaimiento de la autopsia. El abandono del método de investigación es en buena parte la razón responsable del estancamiento al dejar de dar prioridad a la información empírica y confiar en que la escrita podría sustituirla.

La pérdida de protagonismo de la ciudad estado entre el siglo IV y el III a.C., hizo que la necesidad de emprender reformas sociales de importancia fuese aún más acuciante. Sin embargo, como hemos visto, hay una mayor continuidad de lo que comúnmente suele pensarse tanto en la religión como en la literatura (Cf. *Supra*. p. 174-175). Los viejos dioses de la ciudad estado continuaban desempeñando la misma función, sin ser igualmente eficaces, sin perder en ningún momento su situación preponderante frente a otras divinidades nuevas (Serapis; Isis). La literatura imita formas y estilos totalmente arcaicos y olvidados, siendo totalmente ajena al habla de la sociedad.

La erudición imperante se ve potenciada por la aparición de las grandes bibliotecas helenísticas, siendo la de Alejandría el mayor exponente de retención y atesoramiento del saber clásico. La fijación por escrito de la tradición origina la aparición de cánones imposibles de obviar. Aunque ello no implica que ni puedan ser criticados ni cuestionados, pues el modelo agonal quedaría reducido a un *tópos*. Ahora bien, cada vez queda más claro que comienzo de toda investiga-

15 MOSSÉ, Cl., «El pensamiento político frente a la crisis de la polis», en *El mundo griego y el oriente. II. El siglo IV y la época helenística*, Madrid, Akal 1998, p. 175.

ción debe iniciarse allí donde la dejaron los grandes predecesores, como Platón y Aristóteles¹⁶. Teofrasto, p. ej., posee la iniciativa para corregir a su maestro Aristóteles, pero son muy pocos los nuevos temas que abre por su cuenta. Esta falta de originalidad se hace más patente en las disciplinas que, como la geografía, pueden cada vez más practicarse sin información autóptica. El logro de Eratóstenes no tiene continuidad, nadie intenta repetir su hazaña ni siquiera con el mismo sistema. Algunas ideas comúnmente aceptadas no son ni cuestionadas. No era imposible para la astronomía griega concebir que la órbita que trazaban los cuerpos celestes era elíptica, pero la filosofía, la gran nutriente de la ciencia antigua, había enseñado que el movimiento más perfecto era el círculo, por lo que nadie cuestionó que debiese ser así. Además, si Platón había dejado claro que tenían que moverse de esta manera¹⁷, ¿cómo se podría pensar que los planetas no se movían dibujando trayectorias circulares? El heliocentrismo de Aristarco tiene que hacer frente a la autoridad de Aristóteles¹⁸ y al etnocentrismo de la civilización griega. El Estagirita es un enemigo de peso, el etnocentrismo es rival invencible. No es tanto un problema de principio de autoridad por parte de los grandes autores como de falta de originalidad para elaborar nuevos planteamientos y teorías.

La ascendencia de la filosofía en la geografía y en la ciencia en general ayudó a que el pensamiento y el método de investigación se volvieran más abstractos. La ciencia estaba en manos de filósofos y de las escuelas de filosofía, que siguiendo el modelo de Aristóteles pretendían cubrir todos los campos del saber, siendo auténticos *polymathés*. Al igual que en la actualidad todas las ramas del saber se autoproclaman científicas, en la antigüedad todo pensador aspiraba a ser considerado un filósofo, un verdadero sabio. Esto provocaba que no se profundizase en ninguna de las ciencias y que la especulación teórica siguiese siendo un método tan válido como la demostración y experimentación, a menudo confundidos con el oficio propio de los esclavos. Se cuenta que cuando Hierón le pidió a Arquímedes que trabajase en la construcción de maquinas de asedio, este le respondió recordando la consideración de Platón sobre este tema: «Mas después que Platón se indispuso e indignó contra ellos, porque degradaban y echaban a perder lo más excelente de la geometría con trasladarla de lo incorpóreo e intelectual a lo sensible y emplearla en los cuerpos que son objeto de oficios toscos y manuales, decayó la mecánica separada de la geometría y desdeñada de los filósofos, viniendo a ser, por lo tanto, una de las artes militares» (PLUTARCO, Marcelo 14; Cf. Marcelo 17.5). Pero al mismo tiempo seguía posibilitando que no existiese separación entre la geografía y los distintos campos del saber. No es casualidad que una de las pocas ramas del pensamiento griego que siguió mostrando cierta vitalidad después del siglo III a.C., fuesen las matemáticas, materia que no requería de comprobación empírica y que podía hacer pensar que la experimentación podía ser desechada.

Además, tenemos que añadir la contribución de algunas de las escuelas helenísticas al declive de la ciencia. El desapego de los estoicos por la búsqueda de las causas es una razón más. La falta

16 GUTHRIE, W. K. C., «La revolución en el pensamiento», en *Grecia y Roma. Historia de las civilizaciones* 3, Madrid, Alianza 1988: «La enorme influencia de Platón y Aristóteles no era idónea para conducir a la aplicación práctica de la ciencia natural» (p. 199).

17 PLATÓN, *Leyes* 822a: «No es correcta, amigos míos, esa creencia, con respecto a la Luna y al Sol y a los demás astros, de que andan errantes, sino que ocurre todo lo contrario de esto: que cada uno de ellos viaja siempre por el mismo camino y no recorre muchos, aunque parezca que por muchos discurre, sino uno sólo siempre en forma circular»; *República* VII 530b.

18 ARISTÓTELES, *De Caelo* II 296b: «Ocurre incidentalmente que el centro de la tierra y el del universo son el mismo: en efecto, los cuerpos pesados se desplazan hacia el centro de la tierra, pero incidentalmente, en cuanto que tiene su centro en el centro del universo».

de confianza en los sentidos por los miembros de la Academia haría defender a los escépticos que ningún conocimiento era posible: «No entra dentro de nuestras intenciones presentes el pronunciarnos acerca de la larga y variada disputa de los filósofos sobre el aprendizaje; baste con dejar establecido que, si existe alguna disciplina y es accesible al hombre, en primer lugar habrá que estar de acuerdo en cuatro puntos: la materia enseñada, el maestro, el discípulo y el método de enseñanza. Pero no existe ni la materia ni el maestro ni el discípulo ni el método de enseñanza, como vamos a mostrar; por tanto no existe ninguna disciplina» (SEXTO EMPÍRICO, *Adversus grammaticos* I). Ni las matemáticas se libraron de los ataques de los escépticos. No deja de ser curioso que el sentido de la vista, tan equiparado al conocimiento verdadero por los primeros pensadores jonios, fuese criticado y perdiese credibilidad en el momento en el que se consumaba el estancamiento de la ciencia.

Hablar de los grandes temas que se tenían que cuestionar en la geografía helenística, era hacerlo de Homero. Su autoridad no es incuestionable, pero su legado no puede ser pasado por alto ni por sus defensores (Crates) ni por sus detractores (Eratóstenes). A menudo encontramos cómo sus textos son citados como pruebas capaces de rebatir sin debate alguno cualquier argumento. «Un dios, y no un hombre, es Homero» rezaba una máxima escrita por un chico de época romana (*Bodleian Library gr.inscrp.*, 4). Como máximo representante de la tradición, los pasajes de sus libros se leen de forma exegética para ponerlos en consonancia con verdades asumidas en este momento¹⁹ (forma esférica) y al mismo tiempo se convierte en un obstáculo para cualquier nueva adquisición cultural (Océano, etíopes, viajes de Odiseo, etc.). El prestigio ganado por Homero se debe en buena parte a ser el iniciador del legado griego, es *o prótos heuretés*, su magisterio es válido tanto para construir una embarcación como para curar una herida. No obstante, también desempeñó un papel importante en su rehabilitación, tras los ataques de Platón, la figura de Alejandro Magno, que lo tuvo siempre como libro de cabecera. Debe recordarse que los valores de la épica homérica estaban vigentes en la sociedad macedonia, es lógico, por lo tanto, que en los reinos fundados por las dinastías de origen macedónico Homero tuviese un gran peso en la cultura. Lo sorprendente es que se tenga una visión tan positiva de Alejandro como explorador, y que se le haga responsable del avance de la ciencia geográfica, mientras que a su grupo de «geógrafos» se le desacredite por no poder anteponer su autopsia a la tradición, cuando es el célebre macedonio el responsable de la perpetuación de formas de alteración geográfica que tendrían mucho éxito en la posteridad (cf. *Supra*. p. 152-154).

Si entendemos que la ciencia es un hecho social, también debemos tener presente que su método y su naturaleza están afectados por la evolución de la sociedad. Mientras el modelo agonal estuvo vigente en la sociedad griega, la disputa reinó en su pensamiento. Cuando en el helenismo la autoridad de los reyes divinizados sometía a todos sus súbditos e influía en la pervivencia o en el éxito de un paradigma científico al darle su apoyo, los pensadores comenzaron a entender, pese a sus intentos por manifestar su libertad de conciencia, que el estado era un factor importante en sus investigaciones. No debe exagerarse la impronta de los monarcas sobre la comunidad de pensadores helenísticos, pues como hemos dicho el número que apadrinaron correspondió a una parte muy pequeña del total de los mismos. Es obvio, por los testimonios que tenemos, que debió de existir una gran separación entre las élites intelectuales y el pueblo. No todo el mundo podía entrar en el Museo o en la Biblioteca de Alejandría. Incluso la me-

19 Cf. PRONTERA, Fr., «Acerca de la exégesis helenística de la geografía homérica», en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e historia en la Grecia antigua*, Málaga 2003, 16ss.

todoología aplicada por Eratóstenes, Arquímedes, Aristarco e Hiparco resultaba incomprendible al intelectual medio. Sin embargo, esta eximia cantidad representaba el modelo a seguir por el sabio, por haberse ganado el favor de los reyes y por haberse convertido en sus maestros. Además, los logros de estos autores, aparte de entretener a los reyes, pudieron provocar cierto sentimiento de orgullo nacional entre sus conciudadanos²⁰.

La extensión de la *paideía* griega durante el helenismo también favoreció a la larga que la cultura tuviese más dificultades para mutar. El prestigio de la misma como una forma de ascensión social y el papel desempeñado por los reyes como protectores del saber griego hacían más difícil que se transformasen las bases culturales y sociales que salvaguardaban el orden en la comunidad helenística. El papel desempeñado por la *paideía* griega como garante de la identidad del individuo en una sociedad multiétnica, hubiese o no hubiese una sociedad mixta, provocaba que no se pudiesen cuestionar los elementos básicos de la helenidad (religión, etnocentrismo, etc.) si se quería ser reconocido como un miembro más de la comunidad. La extensión a un mayor número de personas también fue un freno para hacer reformas, pues sin que sea necesario hablar de cultura de masas, sí podemos afirmar una proliferación del número de textos escritos en griego, gracias en parte a los nuevos sistemas de transmisión del saber como el papiro y el pergamino. Sin embargo, no todos los ciudadanos de esta sociedad podían tener el tiempo y el dinero para costearse sus estudios en una de las escuelas de filosofía. Aun así, es evidente que la cultura se extendió mucho más que en los siglos anteriores y que un mayor número de personas tuvo acceso a la misma. Esto implicaba tener que «convencer» a más opiniones para trasmutar la cultura.

La ausencia de alteraciones significativas en la cosmovisión griega hasta el siglo IV d.C., refleja que la cultura no cambió, pues, al ser la geografía antigua una amalgama de todos los grandes saberes y modalidades de pensamiento, habría experimentado algún cambio significativo si la cultura lo hubiera hecho.

Resulta sumamente interesante que la visión del mundo no cambiase en siglos, pese a la ausencia de una escuela pública que pudiera homogenizar las enseñanzas. Los griegos y los romanos nunca tuvieron algo semejante a nuestro actual sistema de educación. La escuela jugaba un papel importante, pero era cuestión de cada individuo el elegir a dónde se iba para impartir o recibir las lecciones²¹. De hecho, resulta sumamente complejo decir qué papel ocupaba la geografía en la escuela antigua²².

No debe pensarse que la ciencia y la tradición tienen que avanzar al mismo ritmo que lo hace la sociedad. Pueden avanzar a ritmos diferentes. Las religiones, que forman parte de la tradición son una prueba irrefutable de involución respecto al colectivo de sus creyentes. Las leyes por las que se rigen los individuos de las sociedades modernas no están completamente adecuadas a las necesidades del hombre actual. Igualmente, los valores y los ideales pueden

20 SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro 323-30 a.C.*, Barcelona, Crítica 2001, p. 257-258.

21 DÍAZ LAVADO, J. M., «La educación en la antigua Grecia», en *Actas de las III jornadas de humanidades clásicas*, Almendralejo 2002, p. 93-114, la única institución pública controlada por el estado durante el mundo clásico y helenístico fue la efebía. Habrá que esperar al Imperio Romano, con los Antoninos, por encontrar un sistema público de nombramientos de maestros que pudiese rivalizar con la tradicional escuela privada.

22 GARCÍA ALONSO, J. L., «Geografía, escuela y literatura en la Grecia antigua», en *Escuela y literatura en Grecia antigua: actas del Simposio Internacional Universidad de Salamanca*, 17-19 de Noviembre de 2004 / coord. por José Antonio Fernández Delgado, Francisca Pordomingo Pardo, A. Stramaglia 2007, p. 711-726, cree que existió una especie de introducción a las enseñanzas científicas, y en concreto a la geografía y a la astronomía, en la escuela griega desde el nivel primario, como sucede con otro tipo de disciplinas.

quedar olvidados. También sería un error entender que todo el período helenístico estuvo gobernado por la razón. Al contrario, racionalismo e irracionalismo son dos aspectos propios de una sociedad abierta, y fueron dos realidades que coexistieron en la sociedad helenística²³. La existencia de otras alternativas culturales es lo que nos confirma que la tradición no respondía a todas las necesidades que tenía el hombre cotidiano. La alternativa irracional, suele ser definida muchas veces como «popular», pero eso no implica que fuese practicada únicamente por un grupo de baja extracción social. La aparición de una cultura «popular» indica que la sociedad está buscando otras opciones a las establecidas socialmente por sus élites. «Popular» no hace referencia a factores culturales de poca o escasa calidad, sino que refleja la extensión de este paradigma, pudiendo ser escogido por todos los grupos sociales, pero comúnmente siempre va a ser atribuido a las clases inferiores por las élites que sostienen la tradición. Hay que tener presente que, desgraciadamente, «las clases populares» rara vez hablan por sí mismas en el mundo antiguo.

La aparición de formas marginales de pensamiento como la novela, el misticismo, el ascetismo o la comedia nueva refleja que existía una necesidad de evasión por parte de los miembros de la sociedad helenística y un deseo de controlar o cambiar la realidad por medios no racionales, ante la imposibilidad de poder hacerlo en el mundo real. La evasión de la realidad sólo es necesaria en contextos sociales que provocan una profunda insatisfacción en los individuos.

Paradójicamente, estas alternativas al hastío del hombre medio de la época con el tiempo acaban por ser contraproducentes para la comunidad, porque o bien incrementan el desapego del individuo hacia el mundo en el que vive o bien provocan un profundo sentimiento de decepción al no poder alcanzar las expectativas que las novelas, los relatos de viajes, la filosofía, el misticismo o la magia habían generado en él. Produciéndose esta disyuntiva, la realidad en la que se vive, sustentada por una tradición inmovilista, obliga al individuo a buscar alternativas con las que poder soportar el día a día. La visión de una posible realidad distinta a la vivida hace que el problema se agrave aún más por la insatisfacción que provoca no poder alcanzarla, un círculo vicioso sin principio y sin fin, que con el tiempo sólo puede conducir a la total desvinculación entre individuo y comunidad.

No es que los grupos que optan por modelos culturales «populares» sean más felices en una sociedad cerrada, pero, al estar menos extendida la cultura, es más difícil que pongan en duda la tradición y el orden social en el que viven. Esa es la tarea de las élites, cuestionar el orden que han creado y que guardan. En este sentido hay que indicar que la popularización de una civilización conlleva un inmovilismo y a la vez la paradójica circunstancia de que se es plenamente consciente de que la sociedad podría ser mejor. Sin embargo, hay conceptos tan firmemente asentados en su mentalidad (democracia, bárbaro, centro, superstición, límites del mundo, etc.) que les resulta imposible concebir las cosas de forma diferente a lo que marca la costumbre, el más poderoso de los tiranos.

Ahora bien, la decadencia del pensamiento griego no fue súbita, sino gradual. En parte, gracias a la naturaleza mimética de la tradición literaria griega, los autores imitaban la costumbre de construir su obra sobre las críticas al legado cultural, pero es un hecho evidente desde el siglo II a.C., que la capacidad de inventiva e innovación del pensamiento ha entrado en crisis. Las críticas a los autores no desaparecen por el mismo peso de la tradición, es de-

23 PRÉAUX, Cl., *El mundo helenístico. Grecia y Oriente desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Roma*, II Barcelona Clío 1984, p. 394.

cir se imita en la forma la naturaleza agonal de la ciencia griega, pero los ataques al pasado sólo sirven para enmascarar la enorme dependencia que se tiene del mismo y la progresiva carencia de originalidad.

Roma y su conquista del Mediterráneo oriental no fueron los responsables del declive de la ciencia helenística (cf. *Supra*. p. 178), pero potenciaron y aceleraron el proceso, porque destruyeron o saquearon muchos de estos centros del saber antiguo y acabaron con la vida o redujeron a la esclavitud a muchos pensadores de renombre²⁴. Si Roma y la guerra en sí mismas hubieran sido las responsables, habría sido lógico que, una vez cesadas las guerras y reunidos en la mayor urbe de la antigüedad todos los grandes pensadores, las escuelas y las obras de referencia se hubiera producido otra etapa brillante en la ciencia. Algunos autores han defendido ideas semejantes al relacionar la *Pax Augusta* con el progreso de la ciencia²⁵. Aunque este hecho no puede explicar por sí sólo el tema que nos ocupa. El que los mayores avances de la historia de la ciencia griega se produjesen entre los convulsos siglos VI-IV demuestra que la libertad y la paz no son una *conditio sine qua non* para que pueda desarrollarse el pensamiento científico en una sociedad. Debe recordarse que las grandes guerras mundiales acontecidas durante el siglo XX fueron el origen de innovaciones científicas importantes como la energía nuclear. Además, por importante que fuera el apoyo dado por los centros helenísticos y por Roma a los intelectuales, esto no impidió que la inmensa mayoría siguiese dependiendo de las clases que impartían para poder vivir²⁶.

Estas razones expuestas, la superposición de la cultura escrita frente a la oral, el prestigio creciente del saber libresco, la disminución de la importancia de la autopsia, la fijación de la tradición, el influjo de la filosofía, la dependencia de la sociedad helenística respecto a la cultura griega y la expansión de Roma produjeron que la cultura no avanzase al ritmo que lo hacían las necesidades de la sociedad.

Roma, pese a tener una identidad propia, pese a su orgullo como señora del Mediterráneo, heredó esta problemática cuando sus élites se helenizaron. Un proceso que fue largo y en modo alguno homogéneo, pero que alcanzó su cenit en el siglo II d.C., con la Segunda Sofística y con la llegada al poder de emperadores profundamente helenizados, con Adriano y Marco Aurelio. El helenismo que Augusto introdujo fue más el modelo de la Atenas clásica que el de la helenística, pero, aun así, no dejaba de estar proponiendo como modelo a imitar una cultura que estaba en crisis desde hacía tiempo. Al principio el helenismo sólo estuvo al alcance de muy pocos, pero, cuando los emperadores mostraron su apego por la *paideía* griega, hicieron que muchos imitasen su comportamiento. Poco futuro tenían en Roma las escuelas de retórica en latín, aunque las hubo, pues se prefería las tradicionales enseñanzas en la lengua helena. Roma estaba demasiado imbuida por la cultura griega como para cambiar el legado cultural, hasta el punto de no poder tener una cosmovisión diferente, pese a que todas las circunstancias se daban a su favor para poder alterarla. A pesar de la gran expansión territorial que supuso el Imperio Romano no supieron romper con el arcaizante modelo etnográfico griego. Roma no tenía alternativas para cambiar la civilización helena.

24 RUSSO, L., *The forgotten revolution: how the science was born in the 300 BC and why it had to be reborn*, Berlín & Nueva York, Springer 2004, 233ss.

25 LANA, I., «Scienza e politica», en *Tecnologia, economia e società nel mondo romano*, Como 1980, p. 21-43.

26 Cf. LLOYD, G. E. R., «La comparación entre la ciencia griega y la china», en *DYNAMIS. Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam* 20, 2000: «El astrónomo o el filósofo griego medio dependía muchísimo más de la docencia como medio de ganarse la vida» (p. 500).

Mientras que los romanos se helenizaban, los griegos reivindicaban los logros de su propia cultura intentando establecer sus propias diferencias frente a Roma y presentarse como los verdaderos dueños de una tradición que era suya. La identidad nunca tuvo una única forma en la historia del pueblo griego. Antes de las Guerras Médicas quedaba definida en términos de lengua, religión, sangre y rituales. Después se hizo en contraposición al otro, el bárbaro. Sin embargo, después de la conquista romana la identidad quedaría establecida en términos culturales²⁷, lo que la hacía un elemento abierto y fácilmente adoptable por otros pueblos, por lo que tenía aún más sentido reivindicar el monopolio de su cultura. La redefinición de la identidad fue acompañada por un cambio en la naturaleza de los romanos, que no podían ser eternamente conquistadores, ni, por lo tanto, ser vistos como bárbaros, menos aún si compartían muchos de sus aspectos culturales.

Este movimiento de reivindicación cultural sería imitado por otros pueblos que eran amenazados con ser completamente romanizados. Finalmente los griegos asumieron su papel como miembros del Imperio, siendo una evidencia de ello que durante el Imperio Bizantino se auto-definiesen como *romaioi* y no como helenos o bizantinos.

El proceso de helenización del Imperio fue mucho más rápido al no extenderse sus fronteras por el fin de las conquistas militares. Resultaba difícil incrementar las adquisiciones territoriales del Imperio cuando se estaba convencido de su carácter ecuménico. El único lugar que ofrecía nuevas posibilidades de conquista era el Imperio Parto, pero las expediciones a ese territorio supusieron la muerte de muchos soldados y de varios emperadores. Ensimismado en su inmensidad el Imperio quedó inmerso en sí, lo que no conllevó necesariamente la reflexión sobre uno mismo que trae consigo la soledad.

Sin embargo, el que no se incrementase el número de territorios no quiere decir que no lo hiciese el número de romanos. En el año 212 d.C., Antonino Caracalla otorgó la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio. El motivo de una decisión semejante fue obtener más impuestos, pero lo importante para nosotros es que la tradición volvía a extenderse una vez más y esta vez implicaría una revisión de la misma. Los antiguos valores romanos y los tomados de los griegos no sostienen con la misma eficacia el edificio del estado. La figura del emperador no es tan carismática como anteriormente lo era. Las leyes son menos obedecidas por el espíritu anárquico de los bárbaros que se han instalado en el Imperio²⁸. Los evergetas son menos proclives a gastar su dinero en el beneficio de la comunidad pese a que siguen teniendo inmensas cantidades (cf. AMIANO MARCELINO XIV 6.10; XXVII 11; OLIMPIODORO, *fr.*, 44). La fragmentación también llega a la cultura con la eclosión de múltiples lenguas, como el siríaco y el copto, que son empleadas por los literatos. La lengua se vulgariza, frente al *vir bonus peritus dicendi* aparece el *sermo piscatorias* («el lenguaje de los pescadores»). Cada vez hay menos esclavos y cada vez resulta más difícil justificar su situación. Los enemigos que antes se estrellaban contra las fronteras del Imperio, ahora no sólo consiguen entrar en sus dominios, sino que, además, se instalan en su interior. Cada vez resulta menos dulce y decoroso morir por la patria, teniendo que recurrir a auxiliares de origen extranjero. Intentos como los de Diocleciano por fijar a la gente en su puesto se explican por este deseo de huir del mundo social en el que

27 Cf. GALENO, *De san. tuend.*, I 10.17: «Yo no escribo lo que escribo para los germanos o para otros pueblos salvajes y bárbaros... yo escribo para los griegos y para aquéllos que, aunque nacidos bárbaros, aspiran al carácter de griegos».

28 OROSIO, *Historia contra paganos* VII 43.2-3, señala que el objetivo de Atila fue apoyar la Romanía y no crear un Gothia, porque los godos eran incapaces de obedecer leyes escritas.

viven. Se pueden discutir los motivos o las razones que llevaron a la gente a querer abandonar su vida y sus obligaciones, pero no que se quería huir y que la evasión es la alternativa más fácil en un tiempo donde los ideales han caído.

No pretendemos explicar una crisis tan compleja como la del siglo III únicamente por motivos ideológicos, pero creemos que si los valores del estado hubiesen sido lo suficientemente sólidos Roma podría haber hecho frente con la misma entereza de antaño a esta crisis, cuyas manifestaciones más evidentes eran viejas conocidas de los romanos (invasiones de pueblos bárbaros; sublevaciones militares; emperadores depuestos; levantamientos de esclavos; guerras civiles; epidemias, etc.). Lo más novedoso fue la profunda crisis económica del siglo III d.C., que supuso un desmoronamiento completo de la moneda de plata, y el recurso del Estado a las exacciones en especie, pero la crisis económica es una consecuencia de la caída del sistema y no al contrario, ni deben sobredimensionarse los efectos de la crisis del III a la hora de transformar la sociedad²⁹. Los bárbaros pueden entrar en el Imperio no porque sean más que antes, sino porque hay menos romanos dispuestos a morir por Roma. La crisis hace que se cuestione aún más lo que la gente se estaba cuestionando con anterioridad.

Es en este marco donde surge el cristianismo, en una sociedad donde teóricamente había una cultura oficial, la tradición grecorromana, pero en la que había comenzado a surgir múltiples anomalías que imposibilitaban hablar de un pensamiento único. Una sociedad en la que había mucho en que creer y distintas formas de hacerlo (Paganismo; judaísmo; maniqueísmo; neoplatonismo; estoicismo; epicureísmo; la religión germana; etc.). Las alternativas populares proliferaban, mientras que la cultura oficial estaba totalmente divorciada de las necesidades de su tiempo y anclada en un pasado ideal. El cristianismo no dejaba de ser una de las muchas anomalías que habían surgido durante la historia del Imperio. La diferencia con el resto era que tenía rasgos característicos propios que no perdió y a los que no renunció pese a su contacto con la cultura pagana, por eso le fue posible concebir una transformación de la tradición. Pero al haberse desarrollado en el seno de la sociedad romana, no era por completo ajena a la tradición clásica y por eso pudo cambiarla, en vez de hacerla desaparecer.

Kuhn afirma que la sustitución de un paradigma por otro debe necesariamente implicar un cambio en la visión del mundo³⁰. Esto habría conllevado forzosamente que la victoria del cristianismo implantase una cosmovisión esencialmente distinta a la anterior, pues civilizaciones diferentes tienen, necesariamente, concepciones del mundo y del espacio (cf. *Supra*. p. 42). Hay un cambio importante en dos conceptos que habían estado muy arraigados en el pensamiento geográfico, la esfera y la alteridad. La esfericidad terrestre no había sido cuestionada desde el siglo IV a.C., salvo por excepciones como los epicúreos, y como dijimos fue por no poder explicar la caída de los átomos en los dos hemisferios de una esfera (cf. *Supra*. p. 230). La alteridad también sufrió una evolución importante. La naturaleza proselitista del cristianismo no permitía clasificar a la humanidad en griegos y bárbaros. Los cristianos ansiaban extender su credo a todos los pueblos de la *oikoumene*, por lo que el mundo quedaba dividido en dos grupos, los que conocían la palabra de Dios y los que todavía no la conocían. Es un tipo de

29 CAMERON, Av., *El Bajo Imperio Romano (284-430)*, Madrid 2001: «Aunque había problemas graves en el siglo III, sobre todo en relación con la estabilidad política y el funcionamiento de la acuñación de moneda, casi todos los componentes concretos del concepto de «crisis del siglo III» se han cuestionado en años recientes. Y, si la crisis fue menos grave de lo que se ha imaginado, puede ser también que se haya exagerado la envergadura de la transformación acontecida entre los siglos II y IV» (p. 6).

30 KUHN, T. S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE 2004, p. 176.

alteridad que no requiere fronteras, pues no busca mantener las diferencias, lo que se quiere es homogeneizar. Sin embargo, hablamos de cambio y no de ruptura, porque el *kósmos* cristiano sigue teniendo muchos puntos en común con el pagano: sigue pensando en la existencia de un centro de la *oikoumene*; cree en los límites del mundo; emplea a los geógrafos antiguos y los mismos topónimos que estos utilizaban; conserva gran parte del bestiario clásico; considera que el mundo tiene dos zonas climáticas extremas, una fría y otra tórrida, y una templada que es donde se encuentra la civilización; por influencia pagana considera que la tierra, pese a ser obra del mismo Dios, está corrompida si se la compara con el mundo celeste.

La gran diferencia entre ambos paradigmas radicaba en la forma del mundo. A priori, los paganos debían pensar que la tierra era esférica y los cristianos que era plana, pero como hemos visto existían numerosas excepciones en el bando cristiano (Eusebio de Cesarea, San Agustín, Beda, Juan Filópono, Boecio) y otros muchos mantenían una actitud tan prudente en este punto que resultaba imposible conocer su opinión sobre este tema (cf. Isidoro de Sevilla). La oposición de los cristianos era más fuerte en lo concerniente a los antípodas³¹, pues su existencia chocaba con las pretensiones ecuménicas del cristianismo. Sólo así entendemos que el Papa Zacarías quisiese expulsar de la Iglesia a Virgilio de Salzburgo (700-784) por haber defendido la presencia de otro mundo y otras gentes bajo la tierra. Por el mismo motivo fue condenado a la hoguera Cecco d'Ascoli en 1327. No obstante, los pasajes citados de Cicerón y Plinio, demuestran que también era un debate muy controvertido para los paganos. Por otra parte, la existencia del Paraíso o del Jardín del Edén, era algo novedoso, pero no difería demasiado de otros espacios idealizados como las Islas de los Bienaventurados. De hecho, cristianos y paganos coincidían en la necesidad de llevar estos territorios a los confines del mundo, puesto que tenían claro que eran lugares vetados para el hombre, bien por su lejanía extrema o bien por la existencia de barreras insalvables (muros de fuego, etc.). No existiendo diferencias muy sustanciales entre la concepción del espacio entre ambos paradigmas, podemos decir que el cristianismo sí supuso un cambio; revolución o ruptura en ningún caso.

Paradójicamente Símaco y los suyos eran los únicos en la sociedad que estaban completamente satisfechos con la dinámica social. A pesar de las críticas de Amiano Marcelino³² contra los dudosos gustos literarios de la clase senatorial, hay que tener muy presente que el paganismo y su cultura eran cosa de las élites, mientras que el cristianismo tenía un mayor alcance social, y mayores formas de difusión. La palabra de Dios podía ser aprendida oralmente, mientras que interiorizar a Cicerón implicaba no sólo hablar como él, sino también adoptar su estilo literario.

Debido al deseo del cristianismo de ser ecuménico la cultura tenía que ser llevada a más personas, eso implicaba que la lengua fuese más vulgar, el mensaje más narrativo y que se recurriese cada vez más a las imágenes. La alfabetización no era imprescindible para entender la concepción espacial cristiana, por lo que la última podía proliferar sin que lo hiciese la primera. El resultado va a ser que la cosmovisión nunca estuvo más extendida y que la cartografía cristiana tendría un alcance mayor que los antiguos mapas griegos, al ser más representaciones pictóricas que traducciones de una tradición literaria.

31 Un traductor de Boecio escribía en el siglo X: «Dios no permita que alguien piense que aceptamos las historias de las antípodas, las cuales son, en todos sus aspectos, contrarias a la fe cristiana».

32 «Algunos de ellos odian como un veneno el estudio, pero leen con avidez a Juvenal y Mario Máximo. Son los únicos libros que tocan en momentos de ocio, pero por qué habría de ser así no le corresponde decirlo a alguien como yo» (XXVIII. 4).

No obstante, pese al gran cambio que supuso la extensión y la difusión del dogma cristiano, no significó un abandono radical de la geografía griega en los siglos venideros. El bestiario siguió estando presente, la geografía continuó siendo una rama de la literatura y buena parte de los avances que acontecieron en el saber geográfico de la Edad Media y del Renacimiento se produjeron por la recuperación o corrección de autores antiguos como Ptolomeo.

Esto continuará así hasta el período del descubrimiento, un verdadero punto de inflexión para la evolución del pensamiento geográfico antiguo. Si se recuerda, para los autores antiguos la tradición era un método de verificación y de capacitación profesional. En los siglos siguientes se convirtió incluso en un elemento para definir la identidad en sociedades tan heterogéneas y plurales como la helenística o la imperial romana. En cambio, para los pensadores de la Europa Moderna, se trataba de una tradición que, aunque no era por completo ajena, se intentaba conciliar con la religión cristiana, la cual, pese a los innegables logros del Renacimiento, seguía teniendo el monopolio de las ideas, aunque comenzara lentamente a ser cuestionada.

Los navegantes y los doctos humanistas pudieron cuestionarse más fácilmente los elementos esenciales de la ciencia geográfica griega, pese al enorme prestigio de Aristóteles y Ptolomeo, al estar imbuidos por otro paradigma hegemónico y por no existir ningún tipo de institución represora que preservase y protegiese los dogmas del legado clásico. Aunque ello no impidió que intentaran salvaguardar la antigua tradición adaptándola a los nuevos descubrimientos como había ocurrido en épocas anteriores (cf. *Supra*. p. 110; p. 182; p. 438). Pero, en esta ocasión, sin el éxito de antaño. Los antiguos pese a descubrir que la tierra era esférica nunca pudieron renunciar a los límites. Venían impuestos por la tradición y por su noción de la alteridad, pero tras expediciones como la de Magallanes y Elcano resultaba más difícil conservarlos. El quebranto de la autoridad de los autores clásicos permitió que la experiencia volviera a tener mayor importancia y, retomando a la autopsia como método, así se inició la Revolución Científica.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Fig. 1	Ataque de los Lestrigones. Museo Vaticano, Roma.....	54
Fig. 2	El mundo de Homero.....	56
Fig. 3	Mapas procedentes de Boardman, <i>Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica</i> , Madrid, Alianza 1986.....	64
Fig. 4	Colonias griegas en Oriente.....	65
Fig. 5	Colonias griegas en Egipto.....	65
Fig. 6	Mapa de las fundaciones griegas de la Magna Grecia.....	66
Fig. 7	Fundaciones griegas en el mar Negro.....	66
Fig. 8	Colonias griegas de Occidente.....	67
Fig. 9	Las Columnas de Hércules en la Tabula Peutingeriana.....	69
Fig. 10	El Periplo de Hanón.....	71
Fig. 11	Mapa de las satrapías según Heródoto procedente de P. Lecoq.....	76
Fig. 12	Inscripción de Behistún.....	77
Fig. 13	El espacio imperial de Darío I, según la inscripción de Naqs-i-Rustam. Tomado de P. Goukowsky.....	78
Fig. 14	Mapa de Hecateo de Mileto.....	85
Fig. 15	Periplo de Escílax de Carianda.....	87
Fig. 16	El mundo según Heródoto de Halicarnaso.....	101
Fig. 17	Mapa con la ruta de Ciro y los 10.000, procedencia P. Briant 2002, p. 367.....	105
Fig. 18	Cuadrante de Éforo de Cumas.....	107
Fig. 19	Medallón de Poros (HOLT, 2003).....	112
Fig. 20	Esquema cosmológico de Aristóteles.....	115
Fig. 21	Aristóteles enseñando a Alejandro. Grabado del siglo XVII.....	117
Fig. 22	Reconstrucción del mapa de Dicearco con el <i>diáphragma</i>	121
Fig. 23	El problema del Tanais. Procedencia Hamilton (1971).....	141
Fig. 24	Satrapías de Asia Menor en tiempos de Antígono el Tuerto. Procedente de Billows (1990).....	150

Fig. 25 Vaso griego hecho alrededor del 250 a.C., en el que pueden verse las proas de dos barcos decoradas con animales.....	158
Fig. 26 Imagen de Arabia según Heródoto y Hecateo. Procedencia P. Högemann 1985, p. 18	159
Fig. 27 Reconstrucción del viaje de Píteas según R. Dion (1977).....	170
Fig. 28 Mecanismo de Anticitera. Museo Arqueológico Nacional de Atenas.....	187
Fig. 29 Mapa del mundo según Eratóstenes (Dilke 1985, fig. 4).....	194
Fig. 30 Mapa de Crates. Procedente de Nicolet (1991, p. 248).....	202
Fig. 31 Vasos de Vicarello con el itinerario de Gades a Roma. Museo de la Villa Giulia.....	229
Fig. 32 Mapa de las calzadas romanas.....	232
Fig. 33 Miliario de la Via Claudia Augusta (Alemania).....	234
Fig. 34 Mapa de Hereford. Catedral de Hereford.....	245
Fig. 35 Mapa de Agripa según la teoría de Trouset (1993).....	252
Fig. 36 Reconstrucción del mapa de Agripa.....	255
Fig. 37 Mapa de Estrabón.....	270
Fig. 38 Mapa del mundo según Pomponio Mela. Procedencia Silberman 1983, p. 105.	276
Fig. 39 Germania durante el Principado.....	287
Fig. 40 Mapa de Sérica.....	304
Fig. 41 Mapa del mundo de Ptolomeo.....	316
Fig. 42 Mapa de las regiones orientales. Procedencia C. Müller.....	317
Fig. 43 Sección del mapa de Ptolomeo donde se observa la orientación de Escocia al Oriente.....	318
Fig. 44 Sección occidental de Europa y África según la Tabula Peutingeriana Procedente de Thomson (1965).....	339
Fig. 45 Sección oriental de Asia de la Tabula Peutingeriana. Procedente de Thomson (1965).....	339
Fig. 46 Sección oriental de la Tabula Peutingeriana.....	340
Fig. 47 En orden de aparición las ciudades de Roma, Constantinopla y Antioquía.....	341
Fig. 48 Sólido de oro acuñado por Teodosio II (402-50) con la imagen de Constantinopla sujetando el <i>globus cruciger</i>	358
Fig. 49 Cosmografía de Macrobio (Brescia 1485).....	373
Fig. 50 El mundo mediterráneo a comienzos del VI.....	385
Fig. 51 Mapa T-O de San Isidoro.....	389
Fig. 52 Mosaico de Madaba con la ciudad de Jerusalén.....	411
Fig. 53 La tierra y el firmamento según Cosmas.....	414
Fig. 54 La Tierra según Cosmas Indicopleustes. Biblioteca Laurenziana.....	415
Fig. 55 Mapa de Cosmas	417
Fig. 56 Mapa de Cosmas.....	421
Fig. 57 Mapamundi del Beato de Liébana.....	428
Fig. 58 Mapas de Ebstorf y Psalter.....	430
Fig. 59 Mapa de al-Idrisi.....	432

ÍNDICE DE TÉRMINOS GRIEGOS Y LATINOS

- Ágora (ἀγορά): p. 55; p. 82.
Ágrios (ἀγριος): p. 23.
ἀλήθεια (*Alétheia*): p. 441.
ἀναγνωστής: p. 202.
ἀνάστασις (*Anástasis*): p. 406.
ἀνήρ ψευδίστατος: p. 168.
ἀντίοικοι (*Antíoiikoi*): p. 200; p. 372.
ἀντίποδες (*Antípodas*): p. 200.
ἀπαίδευτος: p. 281.
ἀπειρον (*Ápeiron*): p. 81; p. 418; p. 443.
αποτελεσματικά: p. 314.
Axeinos (ἄξεινος): p. 67.
Areté (ἀρετή): p. 35; p. 442.
Arché (ἀρχή): p. 31.
ἀρχιπειρατής: p. 162.
Asebeía (ἀσέβεια): p. 28; p. 39; p. 122; p. 434; p. 447.
Autodíaktos (αυτοδίδακτος): p. 34; p. 39; p. 183; p. 220.
ἀψόρροος: p. 56.
βαρβαρικὰ νόμιμα: p. 18.
βάρβαροι: p. 123.
Basileús (Βασιλεύς): p. 40; p. 53.
βέρβερι: p. 160.
βηματιστής: p. 129.
γαιηγράφος: p. 210.
γεωγραφία: p. 190; p. 210.
γεωγράφος: p. 209.
γεωγραφούμενα: p. 190.
γεωμετρέω: p. 190.

γῆς περίοδος: p. 18; p. 84; p. 120.
Gnomon (γνώμων): p. 196; p. 244.
Δέρκομαι: p. 139.
Dēmos (δήμος): p. 442.
δημοφιλές: p. 281.
Diáphragma (διάφραγμα): p. 121; p. 141; p. 193; p. 250; p. 319; p. 382; p. 418.
διάστημα: p. 207.
Dióρθosis (διόρθοσις): p. 445.
Eidos (εἶδος): p. 19; p. 38; p. 329.
ékphrasis (ἔκφρασις): p. 329.
elephas (ἐλέφας): p. 112.
Empeiría (ἐμπειρία): p. 25; p. 30.
Éntheos (ἐνθεος): p. 38.
ἐπὰ γένεα: p. 146.
ἐπὰ μέρη: p. 146.
ἐστία: p. 189.
Eudaimonía (εὐδαιμονία): p. 175; p. 180; p. 206.
εὐδαίμων Ἀραβία: p. 159.
Thaumata (θαύματα): p. 296; p. 306.
θέσις: p. 207.
Isapostolos (ἰσαπόστολος): p. 369.
ἱστορίας ἀπόδεξις: p. 18.
Katábasis (Κατάβασις): p. 26; p. 70.
καταστάσεις: p. 414.
Kátharsis (κάθαρσις): p. 309.
Kenós (κενός): p. 29.
Kléos (κλέος): p. 35; p. 442.
Klímata (κλίματα): p. 195; p. 279; p. 319; p. 427; p. 436.
κοινός: p. 281.
Kolakeía (κολακεία): p. 148.
Kósmos (κόσμος): p. 59; p. 60; p. 100; p. 443; p. 455.
Kouroí (κουροί): p. 65.
κυνάρα: p. 87.
ιδίωμα: p. 207.
Lógos (λόγος): p. 85; p. 126; p. 273; p. 348; p. 386; p. 394; p. 427.
Μάηματική Σύνταξις: p. 313.
μακάρων νῆσοι: p. 70.
Mégethos (μέγεθος): p. 103.
Méson (μέσον): p. 81; p. 106.
Nómos (νόμος): p. 94; p. 122; p. 147; p. 154.
Nóstos (νόστος): p. 104; p. 331.
οἱ ἐξῶθεν: p. 413.
Oikoumene (οἰκουμένη): p. 29-30; p. 80; p. 86; p. 96; p. 101; p. 106; p. 109; p. 119-121; p. 154; p. 158; p. 165; p. 168; p. 169; p. 171; p. 176; p. 185; p. 189; p. 192-195; p. 199; p. 201-202; p. 206-207; p. 210; p. 214; p. 216-217; p. 219; p. 221-222; p. 231; p. 237; p. 242;

p. 248-251; p. 254; p. 257; p. 260; p. 262; p. 264; p. 265; p. 268; p. 270; p. 273; p. 275; p. 285; p. 291; p. 293; p. 306; p. 311; p. 314; p. 315; p. 325; p. 327-331; p. 339; p. 380; p. 382; p. 389-390; p. 403; p. 411; p. 415; p. 416; p. 418; p. 428; p. 443; p. 444; p. 454; p. 455.

Homoioi (ὅμοιοι): p. 122.

Homónoia (ὁμόνοια): p. 124.

Omphalós (ὀμφαλός): p. 81; p. 254; p. 356.

Oristodáctilos (ὀπισθοδαχτύλους): p. 129-130.

οὐδέν: p. 413.

Utopía (οὐτοπία): p. 55.

Paideía (παιδεία): p. 174; p. 182; p. 222; p. 308; p. 362; p. 367; p. 369; p. 412; p. 444; p. 447; p. 450; p. 452.

Παράπλους τῆς Ἰνδικῆς: p. 160.

Peirata (πείρατα): p. 18; p. 110; p. 123.

πεπηγυία θάλασσα: p. 168.

Περὶ Ἰνδῶν: p. 157.

Peri tou Okeanou: p. 169; p. 326.

περιήγεσις: p. 18.

περίπλους: p. 210.

Períodos ges (περίοδος γῆς): p. 60; 108; p. 187.

Períoikoi (περίοικοι): p. 200; p. 372.

Rínax (ρίναξ): p. 80; p. 81; p. 253.

πλεῦμων θαλάττιος: p. 168.

Rnéuma (πνεῦμα): p. 30; p. 145; p. 214.

Róthos (ρόθος): p. 130.

Politeia (πολιτεία): p. 124.

Polymatheía (πολυμαθεία): p. 32; p. 38; p. 183; p. 186; p. 220; p. 222; p. 261; p. 365-366.

Polymathés (πολυμαθής): p. 211; p. 222; p. 448.

Πολύσταχυ: p. 137.

Polýtropos (πολύτροπος): p. 38.

Prónoia (πρόνοια): p. 178-179.

Protoi heuretai (πρότοι εὐρεταί): p. 183.

Scaphè (σκάφη): p. 196.

Sophía (σοφία): p. 38; p. 306; p. 362.

Sophós (σοφός): p. 180.

σταδιασμός: p. 296.

Sphragídes (σφραγίδες): p. 193; p. 319.

Sýnoikoi (σύνοικοι): p. 200.

συσσιτία: p. 125.

Táxis (τάξις): p. 179.

Téchnē (τέχνη): p. 20; p. 33.

Tópos (τόπος): p. 29; p. 37; p. 40; p. 42; p. 52; p. 67; p. 70; p. 137; p. 183; p. 288; p. 293; p. 413; p. 447.

Τυραννίς: p. 204.

Týche (τύχη): p. 176.

ὑπογραφεύς: p. 202.

ὑπομνήματα γεωγραφικά: p. 18.
φιλοσοφία: p. 142.
φιλοτιμία: p. 142; p. 153.
Foinikes (φοίνικες): p. 53.
Phýsis (φύσις): p. 94; p. 122; p. 147; p. 154; p. 215.
Cháos (χάος): p. 29.
Chóros (χώρος): p. 29.
ψεῦδος: p. 89.

Aeterna pax: p. 384.
Ager publicus: p. 225.
Ambulas: p. 402.
Ars: p. 20; p. 33.
Ascendis: p. 402.
Caput mundi: p. 233.
Chorographia: p. 250; p. 271; p. 273; p. 276; p. 380.
Civitas: p. 29.
Commentarii: p. 249; p. 250; p. 252.
Cursus clabularis: p. 233.
Cursus publicus: p. 79; p. 232; p. 233; p. 341; p. 402-403.
Cursus velox: p. 233.
Domitus: p. 384.
Exempla: p. 21; p. 238.
Explanatio: p. 428.
Ferocitas: p. 394.
Finis terrae: p. 418.
Finitores: p. 225.
Forma: p. 227; p. 250.
Frigida: p. 372.
Imitatio: p. 321.
Imperium: p. 369.
Inliduntur: p. 228.
Inmunitas: p. 363.
Interpretatio graeca: p. 73; 146; p. 408.
Intras: p. 402.
Itineraria adnotata: p. 337.
Itineraria picta: p. 337; p. 342.
Itinerarium pictum: p. 227.
Locus amoenus: p. 380; p. 389.
Mansiones: p. 233; p. 338; p. 402; p. 411.
Mare Magnum: p. 383; p. 388.
Mare Nostrum: p. 237; p. 254; p. 383.
Miliarium aureum: p. 233; p. 248.
Mirabilia: p. 278; p. 379.

Mutationes: p. 233; p. 338; p. 402; p. 411.
Natura: p. 95; p. 161.
Nefariae curiositatis: p. 364.
Orbis: p. 241; p. 248.
Orbis Terrarum: p. 225; p. 241; p. 244; p. 248; p. 250; p. 251; p. 253; p. 357; p. 391; p. 412.
Oritur: p. 228.
Pacatus: p. 384.
Peregrinatio: p. 399; p. 400; p. 407.
Pertinet: p. 228.
Perusta: p. 372.
Praefectus: p. 166; p. 226.
Princeps: p. 249; p. 253.
Sancta loca: p. 401; p. 404.
Situs depicti: p. 227.
Spatium: p. 29.
Sortes virgilianae: p. 350; p. 364.
Sphaera: p. 373.
Spiritus: p. 145; p. 218.
Tabula: p. 228; p. 338-342; p. 368; p. 375.
Transis: p. 402.
Temperata: p. 372.
Terra cognita: p. 97; p. 107.
Terra incognita: p. 18; p. 68; p. 107; p. 209; p. 315.
Tesserae: p. 411.
Urbs: p. 29; p. 306.
Vergere: p. 228.

ÍNDICE DE TÉRMINOS GEOGRÁFICOS

- Abdera*: Ciudad de Tracia, famosa por ser la patria de Anaxarco y Demócrito: p. 95; p. 103; p. 109; p. 115; p. 145; p. 180; p. 298.
- Abios*: Pueblo que aparece en la *Iliada* (XIII 6), famoso por la rectitud de sus gentes: p. 146.
- Abnoba*: Monte situado en la Selva Negra que compartía el nombre de una deidad, según Plinio en dicho monte nacía el Danubio: p. 284.
- Acesines*: Afluente del Indo, actual Chinab: p. 119; p. 144.
- Adrastea*: Llanura de la Frigia Helespóntica: p. 150.
- Adrianópolis*: Actual Edirne (Turquía), refundada por el emperador Adriano en el 125 d.C., famosa por la derrota romana del 9 de agosto del 378: p. 425.
- Ai Khanoum*: Ai Khanoum («Dama Luna» en Uzbeco) está situada en la parte izquierda del río Oxos. Las excavaciones arqueológicas han revelado que se trataba de una de las ciudades más importantes de época helenística en Asia: p. 157.
- Ailana*: Actual Aqaba: p. 162.
- Alalia*: Ciudad de Córcega, famosa por la batalla del mismo nombre (535 a.C.): p. 66; p. 69; p. 70; p. 73; p. 120.
- Albania*: No correspondería a la actual Albania, pero sí a la región de Azerbaiyán: p. 247.
- Albis*: Actual Elba, río que en palabras de Estrabón dividía en dos la Germania (I 2.1): p. 263; p. 275.
- Alejandro de Egipto*: Ciudad fundada por Alejandro Magno en el delta del Nilo: p. 30; p. 31; p. 130; p. 150; p. 154; p. 157; p. 165; p. 176; p. 177; p. 178; p. 182; p. 187; p. 188; p. 190; p. 191; p. 192; p. 194; p. 196; p. 197; p. 199; p. 204; p. 205; p. 211; p. 213; p. 219; p. 221; p. 222; p. 237; p. 269; p. 289; p. 299; p. 301; p. 312; p. 313; p. 314; p. 315; p. 320; p. 325; p. 327; p. 338; p. 340; p. 342; p. 348; p. 350; p. 362; p. 403; p. 412; p. 417; p. 447; p. 449.
- Alejandro de Aracosia*: Ciudad fundada por Alejandro en el 329 a.C., actual Kandahar (Afganistán): p. 246.
- Alfeo*: Río griego del Peloponeso: p. 27; p. 58; p. 393; p. 394.
- Amasia*: Ciudad del Ponto, actual Amasya, patria de Estrabón: p. 128; p. 150; p. 169; p. 170; p. 186; p. 190; p. 198; p. 199; p. 211; p. 258-270; p. 279; p. 281; p. 425.

Amida: Ciudad situada a las orillas del Tigris, actualmente se encuentra en suelo turco (Diyarbakir): p. 299.

Amiso: Ciudad del Ponto: p. 198.

Ancyra: Actual Ankara: p. 338; p. 342; p. 402; p. 407.

Anfípolis: Colonia ateniense en la Calcídica, que jugó un papel clave en la Guerra del Peloponeso. Fue conquistada por Filipo y anexionada a Macedonia: p. 160; p. 333.

Antioquía: Ciudad junto al río Orontes, en la actual Turquía: p. 19; p. 300; p. 341; p. 342; p. 346; p. 350; p. 356; p. 362; p. 373; p. 375; p. 403-406; p. 413-415.

Aornos: Arriano (III 29.1) llama con este nombre a una ciudad tomada por Alejandro en la Bactriana, probablemente el Khulm y una fortaleza situada en una roca de difícil acceso identificada con el Pir-Sar, que no habría sido conquistada por Heracles (ARRIANO IV 28-30): p. 130-131.

Apamea: Ciudad de Siria junto al Orontes, a la que los macedonios llamaron Pela. Patria de Posidonio: p. 19; p. 197; p. 211; p. 212; p. 218; p. 266; p. 284; p. 290.

Apolonia: Apolonia de Tracia en el cabo Pyrgos: p. 81.

Aqueloo: Río del noroeste de Grecia, también llamado Aspropótamos (río blanco): p. 58; p. 103.

Aquileia: Antigua ciudad romana situada en el mar adriático: p. 402.

Arabisso: Ciudad de Capadocia próxima al macizo del Antitauro: p. 407.

Aracosia: Satrapía persa situada en el sur de Afganistán: p. 149; p. 301.

Araxes: Con este nombre se designaron a varios ríos en la antigüedad. Un río de Armenia, Aras, que nace en el Cáucaso y desemboca en el mar Caspio (ESTRABÓN XI 527). Un río de Persia, Bandemir, que desemboca en el Ciro (río Mtkvari-Kura), cerca de Persépolis (ARRIANO VII 16.3; DIODORO XVII 69; Q. CURCIO V 4.7; ESTRABÓN XV 729). Heródoto parece también haberlo confundido con el delta del Volga (I 202) o incluso con el Oxos, Amu Daria (I 210; 216). Mientras que para Aristóteles (*Meteorológicas* 350a 20-30) uno de los brazos del Araxes sería el Tanais y su brazo inferior correspondería al Yaxartes (Sir Daria) y al Oxos (Amu Daria): p. 116; p. 142; p. 228; p. 273; p. 275.

Ardesco: Río de Tracia: p. 59.

Aria: Región montañosa de Asia central entre el territorio de Aracosia, Drangiana y Margiana, que se convirtió en satrapía persa desde los tiempos de Ciro el Grande: p. 301.

Arimaspes: Pueblo legendario del norte, cuyos miembros sólo tenían un ojo y luchaban contra los grifos: p. 67.

Artemita: Ciudad cuya ubicación exacta es desconocida, pero debía de estar en el actual Iraq, junto al curso del río Silas (Diyala): p. 246; p. 269.

Aso: Ciudad griega de Asia Menor, próxima a Lesbos: p. 112; p. 127.

Asopo: Nombre de varios ríos de Grecia, en Beocia, Peloponeso y Tesalia: p. 296.

Astipalea: Isla del Dodecaneso donde se encontraba la ciudad natal de Onesícrito. En la mitología griega existió una ninfa del mismo nombre que engendró con Posidón a Eurípilo rey de Cos (FERÉCIDES 3 F 78 en *schol. II. XIV 255*; APOLODORO II 7.1): p. 109; p. 113; p. 135-136; p. 138; p. 140; p. 146; p. 148; p. 193; p. 296; p. 302.

Atos (Ἄγιον Όρος): Monte sagrado en la Calcídica en Macedonia (Grecia). Famoso por sus santuarios: p. 49.

Augusta Taurinorum: Nombre antiguo de la ciudad de Turín: p. 342.

Augustodunum: Antiguo nombre de la ciudad de Autun: p. 254; p. 426.

Axios: Río Vardar en el norte de los Balcanes: p. 49.

Axum: Reino del noreste de África, correspondiente, aproximadamente, con la actual Etiopía: p. 413; p. 417; p. 419.

Bacene: Selva descrita por César que separaba a los suevos y a los queruscos: p. 284.

Bactria (o Bactriana): Satrapía oriental persa: p. 79; p. 98; p. 149; p. 157; p. 165; p. 264; p. 268; p. 273; p. 280; p. 326; p. 419; p. 430.

Bactro: Río Balkh, afluente del Oxos (Amu Daria) que pasa a 12 km de la ciudad de Bactra. Resulta sumamente complejo dilucidar cuando nuestras fuentes hacen mención realmente al Bactro o al Oxos por su proximidad: p. 149.

Barca: Ciudad de Libia situada al oeste de *Cirene*: p. 180.

Bermión: Monte de Macedonia, de la provincia de Kozani, famoso por la cueva Skoteino, que contiene espectaculares estalactitas: p. 151.

Bétis: Nombre antiguo del Guadalquivir: p. 211.

Bósforo: («Paso del Buey»). Existen dos estrechos con este nombre: 1) El tracio que conecta el mar de Mármara con el mar Negro, y que separa Europa de Asia 2) El Bósforo cimerio que conecta el Ponto Euxino (mar Negro) con la laguna Meótide (mar Azov): p. 243; p. 267; p. 324; p. 327; p. 329; p. 330; p. 332; p. 334; p. 425.

Brindisi: Ciudad de Italia situada en el mar Adriático, en la región de Apulia: p. 233; p. 237; p. 258; p. 402.

Bura: Ciudad de la costa noroccidental del Peloponeso que fue destruida por un terremoto: p. 145.

Burcana: Isla identificada con Borkum, la más occidental de las islas Frisias: p. 235.

Cabeo: Actual punta de Raz, en el punto más occidental de la Bretaña francesa: p. 168.

Caístro: Río que se corresponde con el actual Küçük Menderes, en cuya desembocadura se encontraba Éfeso: p. 48; p. 49.

Calcedonia: Ciudad griega de Bitinia, en la actual Turquía: p. 401; p. 405.

Canelo: Promontorio de la Galia: p. 242.

Capadocia: Región central de Asia Menor, limita con el mar Negro al norte, la Armenia al este y Cilicia al sur. La parte norte de Capadocia es regada por el Halis, mientras que la meridional es más montañosa: p. 236; p. 241; p. 268; p. 329; p. 401; p. 402; p. 405.

Capua: Ciudad italiana capital de la región de la Campania: p. 402.

Carianda: Ciudad de Caria (Göl) patria de Escílax (POLIBIO XVI 12.1-6): p. 86; p. 87; p. 116; p. 131; p. 332.

Carmania: Región de Asia en los confines de Gedrosia y de Persia, entre las costas del Golfo Pérsico y del mar Rojo (DIODORO XVII 105; ARRIANO VI 17.3; ÍNDICA 27.1; ESTRABÓN XV 726): p. 160; p. 194; p. 195; p. 269; p. 300; p. 301.

Carrae: Actual Harrán, Turquía: p. 300; p. 305.

Casandrea: Ciudad natal de Aristóbulo, antigua Potidea, refundada por el rey Casandro de Macedonia: p. 136; p. 163; p. 302.

Caspios: Pueblo citado en dos ocasiones por Heródoto en su lista de Satrapías formando parte de la undécima y decimoquinta satrapía: p. 77.

Castolón (Cástulo): Actual Cazlona: p. 211.

Catabatmos: Depresión que separa Egipto de África: p. 273; p. 294.

Cattigara: Ciudad de Asia mencionada por Ptolomeo: p. 312.

Cáucaso: Cadena montañosa que para la mayoría de los geógrafos antiguos no correspondería con el Cáucaso actual, sino con la cordillera del Himalaya: p. 116; p. 119; p. 141; p. 144; p. 148; p. 152; p. 227; p. 235; p. 251; p. 286; p. 306; p. 373; p. 424.

Caucones: Pueblo de la *Ilíada*: p. 151.

Celenas: Ciudad de Caria, que se convertiría en la capital del imperio de Antígono el Tuerto: p. 296.

Celesiria: Lugar de Siria, llamada también «Siria hueca», que comprendía la región entre el Libano y el Antilibano. Se hizo célebre por las luchas entre Ptolomeos y Seléucidas en época helenística: p. 165; p. 402; p. 406.

Cesarea: Ciudad natal de Eusebio y Procopio, situada en la provincia romana de Palestina: p. 254; p. 298; p. 355; p. 362; p. 369; p. 381; p. 382; p. 396; p. 401; p. 402; p. 404; p. 407; p. 423; p. 425; p. 455.

Cidamo: Antigua ciudad de Etiopía: p. 242.

Cilicia: Satrapía persa en el sureste de Asia Menor: p. 121; p. 133; p. 150-151; p. 161; p. 194; p. 198; p. 241; p. 243; p. 268; p. 402; p. 419.

Cirene: La más importante de las colonias griegas de África, fundada por Tera, situada a medio camino entre Túnez y el delta del Nilo: p. 19; p. 30; p. 65; p. 108; p. 176; p. 186; p. 191; p. 194; p. 199; p. 201-202; p. 207; p. 210; p. 213; p. 221; p. 251; p. 291; p. 317; p. 330; p. 350; p. 361; p. 365.

Cisios: Nombre mediante el cual Heródoto designa a los habitantes del antiguo Elam: p. 78.

Citio: Pueblo de Chipre. De la ciudad de Citio procedía el filósofo Zenón (ESTRABÓN XIV 6.3): p. 34; p. 53.

Citiro: En Paflagonia, Kidros/Sütlüce: p. 151.

Cízico: Ciudad de la Frigia Helespónica, actual Balkiz: p. 67; p. 150; p. 165; p. 217.

Cnido: Ciudad griega en la costa de Caria, en el sudoeste de Asia Menor. Famosa por ser la ciudad natal de Ctesias: p. 30; p. 40; p. 88; p. 89; p. 96; p. 106; p. 108-109; p. 113; p. 114; p. 115; p. 138; p. 166; p. 186; p. 190; p. 196-197; p. 202; p. 277; p. 296; p. 302-303; p. 313; p. 434.

Codanovia: Uno de los nombres que recibió en la antigüedad la Península de Escandinavia, que para los geógrafos grecorromanos era una isla: p. 236; p. 275.

Cólquide: Región oriental del mar Negro, famosa por el viaje de Jasón y los Argonautas: p. 59; p. 241; p. 268; p. 429.

Comana Pónica: Actual Gümenek a orillas del río Tokat (Turquía): p. 406-407.

Constantinopla: Actual Estambul, ciudad fundada por Constantino I el 11 de mayo del 330: p. 233; p. 300; p. 304; p. 341; p. 342; p. 358; p. 375; p. 401-407; p. 423; p. 425; p. 443.

Corasmios: Pueblo que Heródoto coloca en la decimosexta provincia y que vivía en el curso bajo del Oxos: p. 140.

Corbilo: Enclave comercial situado junto al río Líger (Loira): p. 170.

Coricio: Lugar de Cilicia donde se supone que Zeus fue encadenado por Tifón: p. 274.

Cos: Isla del mar Egeo: p. 180; p. 183.

Coseno: Río del norte de África: p. 208.

Cromna: También Cromne, lugar de Paflagonia, cerca de Tekeönü: p. 151.

Crotona: Colonia griega situada en el golfo de Tarento, al sur de Italia: p. 53; p. 409.

Ctesifonte: Ciudad a orillas del Tigris, cercana a la actual Bagdad. Capital del Imperio Parto y Sasánida: p. 269; p. 300.

Cúcuso: Actual Göksun (Turquía): p. 407.

Cumas: Ciudad de Campania, célebre por su Sibila: p. 60; p. 65; p. 106; p. 107; p. 116; p. 418.

Cunaxa: Aldea próxima a Babilonia, célebre por la batalla que enfrentó en el 401 a.C., a Ciro el Joven contra Artajerjes II: p. 104.

Dacia: Antigua región situada al norte del Danubio, que se correspondería con la moderna Rumania: p. 236; p. 247; p. 251; p. 273; p. 338; p. 386; p. 402.

Dioscuriade: Actual Sebastopol: p. 329.

Dodona: Santuario dedicado a Zeus en el Épiro: p. 275.

Drangiana: Región de las altas mesetas de Asia central, entre Aria, al norte, Gedrosia al sur, Carmania, al oeste y Aracosia al este: p. 301.

Dilmún: Nombre con el que se designaba probablemente en el Sumer a la isla de Bahrein: p. 71; p. 161.

Ecbatana: Moderna Hamadán en Media: p. 111.

Edirne: Antigua Adrianópolis: p. 425.

Eea: Isla de Circe: p. 52; p. 58.

Éfeso: Ciudad jonia de la costa occidental de Asia Menor, en Caria, en la desembocadura del Caístro: p. 48; p. 83; p. 176; p. 183; p. 210; p. 330; p. 342; p. 350; p. 405.

Elis: Ciudad al oeste del Peloponeso: p. 129.

Emodo: Monte de la India del que surgen los principales cursos de agua de la región: p. 268; p. 279.

Ereso: Ciudad de la isla de Lesbos de la que provenía Teofrasto: p. 120.

Erídano: Río identificado con el Po o con el Ródano: p. 59.

Eritinos: Escollos de la Tróade: p. 151.

Escamandro: Río de Tróade, actual Menderes Çay, famoso por haber luchado con él Aquiles en la *Ilíada*: p. 27; p. 59; p. 98; p. 274.

Escordiscos: Pueblo tracio de la Panonia meridional: p. 299.

Esmirna: Ciudad de la Tróade, actual Izmir: p. 48; p. 187; p. 318.

Esqueria: Nombre que da Homero a la isla fabulosa de los Feacios: p. 324.

Estagira: Ciudad griega cercana a la costa de la Calcídica, ilustre por ser la patria de Aristóteles: p. 112; p. 142.

Estrimón: Río de Tracia (Struma): p. 59.

Etna: Volcán más famoso del mundo antiguo, situado en Sicilia, donde se creía que se encontraba Tifón: p. 26; p. 103; p. 151.

Eurotas: Río de Esparta: p. 98.

Fanum Fortunae: Nombre de la antigua ciudad italiana de Fano: p. 273; p. 402.

Fasis: Actual río Rioni, en Georgia occidental que desemboca en el mar Negro: p. 59; p. 105.

Gades: Nombre antiguo de la ciudad de Cádiz: p. 20; p. 81; p. 167; p. 168; p. 192; p. 201; p. 208; p. 209; p. 210; p. 214; p. 217; p. 229; p. 237; p. 247; p. 277; p. 297; p. 415; p. 417; p. 418; p. 423.

Garama (o Germa): Capital de los garamantes, situada en Libia: p. 235; p. 236; p. 242; p. 315.

Garamantes: Nombre de un pueblo de Libia: p. 72; p. 165; p. 235; p. 236; p. 241; p. 273; p. 315.

Gaugamela: En el norte de Iraq, no lejos de Mosul, lugar donde aconteció la batalla decisiva entre las tropas de Darío y las fuerzas de Alejandro: p. 113.

Gedrosia: Satrapía persa en buena parte ocupada por el desierto de Makrán: p. 137; p. 269; p. 301.

Gétulos: Tribu del norte de África, situada en el interior de Marruecos: p. 208; p. 294.

Gordión: Antigua ciudad de Asia Menor en los confines de Frigia, sobre el río Sangario. Identificada con Yassihöyük: p. 48; p. 130.

Gránico: Río de la Tróade, Biga Çayi: p. 59; p. 150.

Haliacmón: Río del norte de Grecia, de la región de Macedonia: p. 59.

Halis: Río de Asia Menor, actual Kizil Irmak, que desemboca en el mar Negro y que marcaba la frontera entre Persia y Lidia: p. 58; p. 75; p. 268.

Halizones: Pueblo troyano mencionado por Homero en la *Iliada*: p. 151.

Hélice: Ciudad de Acaya destruida por un terremoto: p. 145.

Heliópolis: Ciudad de Egipto con un importante centro religioso dedicado al dios Ra: p. 108; p. 196.

Heraclea: Con este nombre se conocieron varias ciudades en la antigüedad: Heraclea del Ponto, en Bitinia, la actual Ereğli; Heraclea de Partia en Irán; Heraclea en Caria: p. 151; p. 166; p. 192; p. 210; p. 317; p. 324; p. 330; p. 334; p. 338; p. 402.

Hestiótide: Llanura que se extiende a los pies del monte Olimpo y del Osa: p. 109.

Hiárotis (o Hidraotes): Río del noroeste de la India que nace en la vertiente sudoeste del monte Imavo (Himalaya). Afluente del Acesines. Arriano (*Índica* 4) lo sitúa en el territorio de los cambistolos. Identificado con el Ravi: p. 119.

Hibernia: Nombre de Irlanda en la antigüedad: p. 243; p. 275; p. 380; p. 395.

Hidaspes: Río del Punjab, moderno Jhelum, donde Alejandro derrotó al rey Poros: p. 136.

Hifasis (o Hipanis): Río indio del Punjab, moderno Bias: p. 356.

Hircania: Región situada entre el mar Caspio y los montes Elburz. Da nombre al mar Hircanio, nombre antiguo del mar Caspio. Hircania significa en persa «tierra de lobos»: p. 77; p. 79; p. 138; p. 140; p. 149; p. 162; p. 198; p. 264; p. 286; p. 301.

Hircanio: Nombre con el que también se conocía al mar Caspio: p. 274.

Ida: Nombre con el que conoce a un monte de Troya, actual Kaz Dag y otro de Creta: p. 49; p. 274.

Iliria: Región del norte de Grecia habitada por un conjunto de pueblos nómadas, tradicionales enemigos de los macedonios. Con este nombre se designaba a pueblos como los Taulancios (ARRIANO I 5.1-3); los Dálmatas y los Autariatas (ARRIANO I 5.3): p. 247; p. 267; p. 296.

Inopo: Río de Delos: p. 296.

Isla de los Topacios: Isla a la que habría llegado Filón: p. 166.

Imavo: El Himalaya, (Cf. AMIANO MARCELINO XXIII 6.14 Imao): p. 121; p. 268.

Imbros: Isla del mar Egeo cercana a Samotracia: p. 48.

Isedones: Habitaban al este de los Urales (HERÓDOTO III 25) y eran un pueblo vecino de los arimaspes. El río Iset podría deber su nombre a este pueblo: p. 67; p. 102.

Istro: Nombre antiguo del Danubio: p. 59; p. 84; p. 263; p. 267; p. 297.

Lacio: Región de Italia central donde estaba situada Roma: p. 254.

Ladón: Río de Arcadia: p. 59.

Larisa: Ciudad más importante de Tesalia: p. 139; p. 142; p. 149; p. 169.

Léleges: Uno de los nombres que los griegos daban a los pueblos prehelénicos: p. 152.

Lemnos: Isla del mar Egeo: p. 49.

Lerna: Laguna de la Argólida: p. 59.

Leucosirios: Sirios blancos, también llamados capadocios, vecinos de los caucones: p. 151.

Libia: Nombre con el que los griegos se referían al continente africano: p. 52-54; p. 81; p. 110; p. 116; p. 217; p. 218; p. 236; p. 251; p. 269; p. 278; p. 296; p. 297; p. 315; p. 324; p. 328; p. 329; p. 359; p. 388; p. 391; p. 419.

Libissa: Ciudad de Bitinia: p. 403.

Lidia: Región occidental de Asia Menor que limitaba al norte con Misia, al sur con Caria y al este con Frigia. Por sus territorios fluía el río Hermo. La ciudad más importante era Sardes: p. 48; p. 65; p. 75; p. 98; p. 192; p. 214.

Lirneso: Ciudad de la Tróade, probablemente Ala Dag, de la que procedía Briseida: p. 48; p. 150.

Lixo: Ciudad que se corresponde con la moderna Larache (Marruecos): p. 208.

Maceta: Ras Musandam, en el estrecho de Ormuz: p. 161.

Maleas: Cabo del Peloponeso: p. 54.

Mariandinos: Residían en las cercanías de la ciudad de Heraclea y formaban parte de la tercera provincia según Heródoto: p. 151.

Mariba: Ciudad de Arabia: p. 247.

Massalia: Ciudad de la Galia, patria de Píteas, actual Marsella: p. 67; p. 161; p. 166; p. 167; p. 168; p. 169; p. 171; p. 199; p. 212; p. 217; p. 242; p. 288-291; p. 326; p. 330; p. 332; p. 333; p. 418; p. 444.

Meandro: Río de Asia Menor que pasaba por Jonia, Caria y Frigia, se trata del actual Menderes: p. 59; p. 296.

Megalópolis: Ciudad de Arcadia, fundada por Epaminondas. Ilustre por ser la ciudad natal del historiador Polibio: p. 206; p. 207; p. 209; p. 258.

Megara: Ciudad doria en el extremo oriental del istmo de Corinto: p. 108.

Meótide: Mar Azov. Para algunos autores como Policlito de Larisa el mar Caspio: p. 142; p. 153; p. 164; p. 169; p. 235; p. 267; p. 268; p. 277; p. 327; p. 386; p. 389.

Meros: Topónimo procedente del griego (μῆρος «muslo») y relacionado con la leyenda de Díónisos. Se piensa que puede tratarse del monte Maru, en la India: p. 130.

Méroe: Está situada en el curso alto del Nilo, a la altura de la cuarta catarata y en la confluencia con el río Atbara, un afluente del Nilo: p. 121; p. 166; p. 171; p. 193; p. 198; p. 199; p. 204; p. 247; p. 296; p. 316.

Messene: Ciudad de Sicilia: p. 186; p. 190.

Metagonium: Melilla: p. 166.

Metone: En el mundo antiguo existieron dos ciudades con ese mismo nombre una en Macedonia y otra en el Peloponeso: p. 406.

Mieza: Probablemente la moderna Lefkadia al oeste de Pela, donde Alejandro fue instruido por Aristóteles: p. 116.

Mitilene: Ciudad de la costa oriental de la isla de Lesbos. Célebre por ser la patria de Cares: p. 127; p. 132; p. 136; p. 235.

Moesia: Provincia romana correspondiente a las actuales Serbia y Bulgaria: p. 386; p. 402.

Mulelaca: Cabo africano: p. 208.

Musicanos: Pueblo que habitaba cerca del Indo, en la región del alto Sind: p. 137; p. 145; p. 146.

Naissus: Niš: p. 402.

Narbona: Capital de la Narbonense que se encontraba en el sur de Francia y que correspondería a la región del Languedoc-Rosellón: p. 170.

Narbonense: Provincia romana localizada en la Galia: p. 266.

Narona: Nombre de una antigua ciudad romana situada en la actual Croacia: p. 342.

Natabur: Río de África interior: p. 242.

Nicea: Llamada también Antigonea, en Bitinia, actual Iznik: p. 30; p. 186; p. 195; p. 197; p. 198; p. 319; p. 342; p. 346; p. 407.

Nicomedia: Ciudad de Bitinia, actual Izmit: p. 161; p. 303; p. 329; p. 330; p. 342; p. 362; p. 407.

Nilida: Lago de Mauritania: p. 298.

Nilo: p. 19; p. 51; p. 53; p. 57; p. 59; p. 84; p. 97; p. 98; p. 100; p. 109; p. 116; p. 131; p. 134; p. 143; p. 144; p. 152; p. 153; p. 191; p. 193; p. 216; p. 217; p. 235; p. 236; p. 252; p. 254;

p. 262; p. 268; p. 269; p. 273; p. 274; p. 278; p. 296; p. 298; p. 299; p. 300; p. 304; p. 306; p. 328; p. 332; p. 356; p. 374; p. 388; p. 389; p. 415; p. 417; p. 419; p. 420; p. 426; p. 429; p. 444.

Nimrud: Fue una de las capitales del imperio asirio: p. 104.

Nínive: Antigua capital de Asiria: p. 104.

Nisa: Ciudad de la India famosa por ser el lugar de nacimiento del dios Diónisos. Con este nombre también se conoce a una ciudad de Caria: p. 27; p. 258; p. 262; p. 352.

Nórico: Territorio que correspondería a la actual Austria: p. 251; p. 402.

Numidia: Región del norte de África, famosa por sus jinetes: p. 236; p. 293-294; p. 308.

Odrisios: Conjunto de tribus tracias que durante el siglo V a.C., fundaron un reino que se extendía desde la ciudad de Abdera hasta el Ponto. En su capital se fundaría Adrianópolis: p. 103; p. 105.

Olbia: Ciudad del mar Negro junto al río Borístenes (Dniéper) fundada por Mileto: p. 67.

Olinto: Ciudad griega al norte de Potidea, en la península Calcídica: p. 118; p. 132; p. 135; p. 136; p. 145.

Opis: Ciudad de Babilonia, en el Tigris (ARRIANO VII 7.6; 8.2-3), identificada con Tell Mandjour. Fue atravesada por los 10.000 de Jenofonte y por Alejandro Magno a la vuelta de la India: p. 277.

Oplontis: Ciudad italiana cercana a Pompeya: p. 342.

Orcadas: Archipiélago junto a las costas de Escocia: p. 275; p. 291; p. 316; p. 395.

Orontes: Río turco-sirio, actual Nahr el-Asi: p. 65.

Oxos: Amu Daria. Río de Asia central cuyas fuentes nacen en el Hindukush, Cáucaso para los griegos, que desemboca en el mar de Aral. Q. Curcio (VII 4.5; 5.13; 10.15) siguiendo a Clitarco y Policlito lo hace desembocar en el mar Caspio, mientras que para Arriano desembocaría en el Gran Mar, al ser en su opinión el mar Caspio un golfo del Océano: p. 116; p. 157; p. 275.

Paflagonia: Satrapía de Asia Menor en la costa del mar Negro situada entre Bitinia y el Ponto (ESTRABÓN XII 3.42), su frontera oriental habría estado en el río Halis (ESTRABÓN XII 3.9): p. 241.

Pamiso: Río entre Laconia y Mesenia: p. 49.

Pangeo: Monte de Tracia, actual Pangion, famoso por sus minas de oro: p. 151.

Panonia: Antigua provincia romana que se corresponde casi en su totalidad con la actual Hungría: p. 267; p. 299; p. 402.

Parapamísadas (Paropamisadas; Parapanisadas): Región del Imperio Persa que se encontraba cerca del Hindukush. Correspondería a Afganistán septentrional (DIODORO XVII 82). Las fuentes la describen por su abundancia de nieve y su intenso frío: p. 149; p. 301.

Parapámiso (Parapánisos; Paropamiso): Monte más elevado de la zona de las Parapamísadas, que correspondería al Hindukush. Diodoro (XVII 83.1) dice que en esta región al Cáucaso se le llama Parapámisos: p. 115; p. 275.

Paricanios: Pueblo mencionado por Heródoto en su listado de las satrapías persas, y que formaría parte de la décima y decimoséptima provincia: p. 77.

Parnaso: Nombre con el que Aristóteles se refería al Hindukush: p. 115; p. 116; p. 119; p. 141.

Partenio: Río de Asia Menor, actual Bartın Su, que tiene sus fuentes en Paflagonia (ESTRABÓN XII 3.8) y separaba Paflagonia de Bitinia: p. 59; p. 151.

Pataliputra: Capital del Imperio Maurya: p. 143.

Pédaso: Ciudad de la Tróade, capital de los léleges, cerca del río Satnioente Çay: p. 48; p. 152.

Pela: Capital del antiguo reino de Macedonia fundada por el rey Arquelao. Situada no lejos del curso inferior del Axios. Fue capital de Macedonia desde el año de su fundación, en el 400 y la llegada de los romanos: p. 161; p. 338; p. 403.

Peloro: Cabo situado en el extremo oriental de la isla de Sicilia: p. 273.

Pelusio: Ciudad de Egipto situada en el Delta: p. 187; p. 312; p. 320; p. 405.

Peneo: Río de Tesalia: p. 59.

Pérgamo: Ciudad de Asia Menor, actual Turquía que durante la dinastía de los Atálidas se convirtió en la capital del reino: p. 104; p. 178; p. 180; p. 181; p. 182; p. 200; p. 324; p. 330; p. 334; p. 363.

Perinto: Ciudad del mar de Mármara que fue asediada por Filippo sobre el 340 a.C.: p. 338.

Persépolis: Capital religiosa del Imperio Aqueménida, incendiada por Alejandro Magno: p. 77; p. 97; p. 194; p. 263.

Peuce: Isla del Danubio que recibe su nombre por la abundancia de pinos que había en ella: p. 267.

Pilos: Ciudad y bahía del Peloponeso: p. 49.

Pisón: Uno de los cuatro ríos del Edén según el *Génesis*, fue identificado con el Nilo: p. 297; p. 356; p. 415.

Pítecusas: Islas del mar Tirreno, enfrente de Nápoles (Ischia): p. 65.

Posideo: Ciudad fundada por Anfíloco, hijo de Anfirao, situada al sur de la desembocadura del río Orontes que constituía el límite meridional de Cilicia. No debe de confundirse con la ciudad del mismo nombre donde Aristón fundó un altar, actual Ras Mohamed: p. 166.

Pretánica: Nombre con el que se conocía antiguamente a la isla de Inglaterra: p. 170.

Proconeso: Isla de la Propóntide: p. 67.

Propóntide: Mar de Mármara: p. 67; p. 198; p. 324.

Puertas Caspias: Estrecho desfiladero de Asia central por el cual se pasa de Media a Hircania. Para los geógrafos antiguos son un punto de referencia para medir las distancias (ARRIANO VI 19.2; Q. CURCIO VI 4.16): p. 148; p. 194; p. 227; p. 246; p. 269.

Queruscos: Tribu germánica que habitó en la proximidades del Rin: p. 284.

Rebas: Río de Bitinia: p. 327.

Retia: Provincia romana que abarcaba el lago Constanza y el río Eno: p. 251.

Ripeos: Montes que marcaban la frontera septentrional del mundo conocido: p. 26; p. 100; p. 149; p. 274; p. 355.

Rodas: p. 57; p. 70; p. 83; p. 100; p. 108; p. 165; p. 176; p. 186; p. 193; p. 194; p. 211; p. 213; p. 254; p. 330; p. 333; p. 356; p. 406; p. 443.

Sagigi: Golfo de Mauritania: p. 208.

Sangario: Río del antiguo reino de Frigia en Asia Menor: p. 59.

Sardes: Antigua capital de Lidia. Durante el Imperio Persa fue la ciudad más importante de Asia Menor: p. 48; p. 258.

Sarmacia: Lugar de origen de los sármatas, que abarcaba una extensión de terreno desde el mar Negro hasta el mar Báltico y desde el Volga hasta el Vístula y el valle medio del Danubio: p. 274; p. 315.

Seleucia: Ciudad fundada por Seleuco I junto al río Tigris: p. 181; p. 200; p. 246; p. 269; p. 406; p. 416.

Sena: Isla de Armórica habitada por nueve sacerdotisas vírgenes: p. 275; p. 276.

Sera: Capital de los Seres: p. 317.

Sérdica: Actual Sofía (Bulgaria): p. 402.

Sérica: Nombre con el que los romanos se referían al país del que procedían las sedas que llegaban a Roma, es decir, China: p. 251; p. 254; p. 275; p. 283; p. 301; p. 303; p. 304; p. 311; p. 317.

Sición: Antigua ciudad del Peloponeso: p. 37; p. 129.

Sigeo: Promontorio cercano a Troya: p. 26; p. 101; p. 149; p. 192; p. 333.

Sinope: Ciudad de Paflagonia, actual Sinop, célebre por ser la patria de Diógenes el cínico: p. 67; p. 147; p. 187; p. 211.

Sípilo: Monte de Lidia, actual Manisa Dagi (1513m), cerca de sus proximidades Escipión derrotó al rey Antíoco: p. 48.

Siracusa: Colonia de Corinto en la costa sudeste de Sicilia: p. 199; p. 229.

Siwah: Uno de los más famosos oráculos de la antigüedad, situado en un oasis en el occidente del desierto egipcio: p. 131; p. 192.

Sogdiana: Satrapía al norte de Bactria, cuya ciudad más importante era Maracanda (Samarcanda): p. 268; p. 301.

Solos: Existieron dos ciudades con ese nombre. Una en la Chipre turca que habría sido fundada por el héroe Falero (ESTRABÓN XIV 6.3) y la otra en Cilicia (ARRIANO II 5.5-6), fue refundada por Pompeyo con el nombre de Pompeyópolis: p. 157; p. 161; p. 174.

Suevos: Pueblo germánico procedente del norte de Europa: p. 247; p. 284.

Susa: Capital de la Susiana, entre Babilonia y Pasargada. Situada en el extremo oriental de Mesopotamia, en las orillas del Coaspes. Centro político del Imperio Persa, era su capital invernal: p. 79; p. 82; p. 96; p. 97; p. 162; p. 194; p. 402.

Táigeto: Cordillera del Peloponeso: p. 49.

Talge: Isla de identificación dudosa (Cheleken?), localizada por Mela en el mar Caspio: p. 275.

Tanais: Río Don, donde estaría la tradicional frontera entre Europa y Asia y el límite septentrional del Imperio Persa. Fue confundido por los geógrafos de Alejandro Magno con el Yaxartes: p. 116; p. 138; p. 141-142; p. 149; p. 152; p. 153; p. 163; p. 168; p. 169; p. 170; p. 172; p. 193; p. 247; p. 252; p. 267; p. 268; p. 328; p. 339; p. 355; p. 382; p. 426.

Taprobane: Nombre con el que los griegos se referían probablemente a Ceylán: p. 193; p. 236; p. 275; p. 314; p. 315; p. 316; p. 318; p. 331; p. 389; p. 390; p. 396.

Tarso: Ciudad de la Cilicia cerca de la cual se produjo la batalla de Issos: p. 179; p. 258; p. 269; p. 362; p. 402; p. 403; p. 405.

Tasos: Isla griega situada en la parte más septentrional del mar Egeo junto a la costa de Tracia: p. 100; p. 160; p. 161.

Táuride: Crimea: p. 160.

Tauro: Para los antiguos cadena montañosa que se extendía desde Asia Menor hasta el Himalaya: p. 81; p. 116; p. 121; p. 141; p. 194; p. 250; p. 251; p. 258; p. 268; p. 405.

Tebas: Capital de Egipto: p. 51; p. 272; p. 404.

Ténedos: Isla próxima al estrecho de los Dardanelos, actual Bozcaada: p. 48.

Teodosia: Ciudad griega de la península de Crimea: p. 330.

Teos: Isla del mar Jonio de la que procedía Anacreonte: p. 162.

Termodonte: Río de la zona occidental de Capadocia, actual Terme Çay, estrechamente relacionado con la leyenda de las Amazonas: p. 148.

Tesalónica: Ciudad griega del norte de Grecia, situada en el golfo Termáico: p. 49; p. 129; p. 329; p. 424.

Tibur: Ciudad de Tívoli en el Lacio: p. 258.

Tieo: Ciudad de Bitinia, actual Hisarönü: p. 151.

Tilos: Nombre con el que los griegos se referían a la isla de Bahrein: p. 119; p. 137; p. 160; p. 161.

Tingentera: Algeciras: p. 271.

Tiras: Río Dniéster: p. 263; p. 330.

Tirrenia (Etruria): Región de Italia donde habitaban los etruscos: p. 110; p. 218; p. 258; p. 260.

Tule: Isla descubierta por Píteas de Massalia que algunos identifican con Islandia y otros con el extremo occidental de la península escandinava: p. 161; p. 168; p. 171; p. 193; p. 225; p. 265; p. 275; p. 291; p. 292; p. 316; p. 385; p. 387; p. 390; p. 395; p. 438.

Turios: Colonia griega en el sur de Italia, en el golfo de Tarento, cerca de la ciudad de Síbaris: Ciudad de la Magna Grecia, famosa por la afición al lujo de sus habitantes: p. 109.

Uxisamene: Isla del Atlántico identificada con Ouessant, en el departamento de Finisterre, en Bretaña (Francia): p. 168.

Yaxartes (Sir Daria): Fue confundido con el Tanais (Don) y con el Oxos (Amu Daria): p. 116; p. 138; p. 142; p. 152-153; p. 163; p. 275.

Yerne: Nombre con el que se conocía en la antigüedad a la isla de Irlanda: p. 168; p. 326.

Zante: Isla griega del mar Jonio: p. 49.

Zelea: Ciudad de la Tróade, aliada de los troyanos: p. 150.

Zeugma: Antigua ciudad del reino Comágene, en la actual Turquía: p. 246; p. 269.

Zine: Región identificada con China: p. 326.

ÍNDICE DE GEÓGRAFOS

- AGATÉMERO: p. 59; p. 80; p. 81; p. 85; p. 109; p. 120; p. 165; p. 200; p. 214; p. 324.
AGATÁRQUIDES: p. 166; **p. 202-206**; p. 210; p. 221.
AMIANO MARCELINO: p. 21; p. 25; p. 40; p. 94; p. 100; p. 225; **p. 288-303**; p. 304; p. 316;
p. 350; p. 352; p. 353; p. 358; p. 363; p. 365; p. 402; p. 443; p. 453.
ANAXIMANDRO: p. 31; **p. 80-83**; p. 84; p. 187; p. 196; p. 201; p. 313; p. 418; p. 443.
ANDRÓSTENES: p. 119; p. 137; **p. 160-161**.
APOLODORO ARTEMITA: p. 246.
ARATO: p. 19; p. 174; p. 187; p. 198; p. 212; p. 213; p. 275; p. 332.
ARISTARCO: p. 28; p. 30; p. 183; **p. 188-189**; p. 191; p. 196; p. 200; p. 220; p. 221; p. 226;
p. 237; p. 311; p. 313; p. 332; p. 347; p. 359; p. 434; p. 435; p. 443; p. 448; p. 450.
ARISTÓBULO: p. 117; p. 119; p. 132; p. 133; **p. 135-138**; p. 140; p. 142; p. 143; p. 144; p.
145; p. 147; p. 148; p. 153; p. 160; p. 163; p. 164; p. 302; p. 435.
ARISTÓNICO DE ALEJANDRÍA: p. 191.
ARISTÓTELES: p. 27; p. 28; p. 29; p. 31; p. 34; p. 35; p. 37; p. 38; p. 50; p. 57; p. 71; p. 76;
p. 79; p. 88; p. 89; p. 94; p. 96; p. 98; p. 109; **p. 111-118**; p. 121; p. 122; p. 126; p. 127;
p. 131; p. 134; p. 137; p. 138; p. 140-145; p. 149; p. 150; p. 151; p. 153; p. 157; p. 159; p.
162; p. 165; p. 176; p. 183; p. 188; p. 189; p. 192; p. 193; p. 196; p. 212; p. 217; p. 220; p.
221; p. 277; p. 278; p. 298; p. 313; p. 314; p. 347; p. 414; p. 415; p. 434; p. 436; p. 437; p.
439; p. 442; p. 446; p. 448; p. 456.
ARRIANO: p. 25; p. 26; p. 53; p. 79; p. 80; p. 100; p. 112; p. 130; p. 131; p. 132; p. 136; p.
138; p. 140-142; p. 144; p. 146; p. 152; p. 158-162; p. 167; p. 192; p. 236; p. 256; p. 262;
p. 277; p. 298; p. 302-303; p. 324; p. 326; **p. 329-330**; p. 334.
ARTEMIDORO: **p. 209-211**; p. 251; p. 259; p. 266; p. 267; p. 269; p. 277; p. 330; p. 331; p. 424.
ASCLEPÍADES DE MIRLEA: p. 266.
ATENODORO DE TARSO: p. 179; p. 269.
AUTÓLICO: p. 187; p. 190; p. 313.
AVIENO: p. 329; **p. 332-335**.
BEDA: p. 280; p. 354; p. 358; p. 366; p. 380; p. 392; **p. 394-396**; p. 426; p. 443; p. 455.

CALÍSTENES: p. 112; p. 113; p. 114; p. 117; p. 118; p. 126; p. 127; p. 132; p. 133; p. 135; p. 138; p. 143-145; **p. 150-153**; p. 180; p. 305-306.

CARES: p. 132; p. 136.

CÉSAR: p. 25; p. 32; p. 135; p. 171; p. 186; p. 211; p. 227; p. 228; p. 235; p. 241-245; p. 258; p. 259; p. 262; p. 274; p. 284-286; **p. 288-294**; p. 308; p. 374; p. 395; p. 410; p. 426; p. 430.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA: p. 348; p. 368.

CLEÓMEDES: p. 195-196; p. 213; p. 313; p. 351.

CLITARCO: p. 72; p. 119; p. 132; p. 135; p. 136; p. 148-150; p. 152; p. 164; p. 169; p. 285.

COSMAS INDICOPLEUSTES: p. 16; p. 106; p. 314; p. 320; p. 357-358; p. 396; p. 409; p. 410; **p. 412-422**; p. 423.

CRATES: p. 27; p. 33; p. 36; p. 179; p. 192; **p. 200-202**; p. 206; p. 220; p. 357; p. 372; p. 427; p. 449.

CTESIAS: p. 40; p. 80; **p. 88-89**; p. 96; p. 106; p. 109; p. 112-114; p. 134; p. 138-140; p. 145; p. 203; p. 296; p. 302; p. 303; p. 363; p. 434; p. 435.

DAMASTES DE SIGEO: p. 101; p. 149; p. 192.

DEÍMACO: p. 136; p. 163; p. 186; p. 198; p. 199.

DEMÓCRITO: p. 109; p. 115; p. 120; p. 145; p. 416.

DICEARCO: p. 20; p. 109; p. 111; **p. 120-121**; p. 141; p. 165; p. 167; p. 171; p. 186; p. 190; p. 192; p. 193; p. 195; p. 250; p. 416; p. 418.

DIONISIO: p. 136.

DIONISIO DE BIZANCIO: p. 327.

DIONISIO PERIEGETA: p. 26; p. 108; p. 245; p. 280; **p. 327-329**; p. 332; p. 424.

EFIPO DE OLINTO: p. 132; p. 136.

ÉFORO DE CUMAS: p. 60; p. 100; **p. 106-108**; p. 116; p. 120; p. 165; p. 267; p. 277; p. 418.

ERATÓSTENES: p. 15; p. 19; p. 20; p. 25; p. 27; p. 28; p. 30; p. 32; p. 33; p. 38; p. 40; p. 53; p. 109; p. 121; p. 129; p. 130; p. 135; p. 141; p. 142; p. 148; p. 154; p. 164; p. 166; p. 167; p. 171; p. 174; p. 176; p. 180; p. 183; p. 185; p. 186; **p. 190-202**; p. 204; p. 206; p. 207; p. 210; p. 211; p. 213; p. 214; p. 218; p. 219; p. 220; p. 221; p. 228; p. 237; p. 242; p. 243; p. 250; p. 251; p. 252; p. 259; p. 263; p. 265; p. 267; p. 269; p. 277; p. 279; p. 281; p. 291; p. 300; p. 316; p. 317; p. 318; p. 327; p. 330; p. 331; p. 355; p. 366; p. 369; p. 372; p. 418; p. 434-436; p. 445; p. 448-450.

ESCÍLAX: p. 72; p. 80; **p. 86-88**; p. 106; p. 108; p. 116; p. 131; p. 192; p. 303; p. 332.

ESTRABÓN: p. 19; p. 20; p. 22; p. 24-28; p. 31-33; p. 40; p. 47; p. 48; p. 51-55; p. 57-60; p. 68; p. 70-72; p. 80; p. 83; p. 86; p. 88; p. 89; p. 96; p. 101; p. 106-110; p. 114; p. 118-121; p. 128-129; p. 131; p. 134-135; p. 137-148; p. 150-152; p. 154; p. 160; p. 162; p. 164-171; p. 175-176; p. 178-180; p. 182; p. 186-187; p. 190-202; p. 206; p. 209-219; p. 221-222; p. 226-227; p. 234-237; p. 239; p. 244; p. 246; p. 250-251; p. 253-254; p. 256; **p. 257-271**; p. 272; p. 274; p. 276; p. 279-281; p. 284; p. 288; p. 291-292; p. 294; p. 298; p. 315; p. 317; p. 319; p. 321; p. 324; p. 337; 347; p. 385; p. 395; p. 423-425; p. 438; p. 445.

ESTRATÓN DE LAMPSACO: p. 29; p. 188; p. 192; p. 221.

EUDOXO DE CÍZICO: p. 67; p. 165; p. 217.

EUDOXO DE CNIDO: p. 20; p. 30; p. 96; **p. 108-109**; p. 115-116; p. 120; p. 124; p. 165; 186-187; p. 190; p. 195-198; p. 221; p. 277; p. 296; p. 313; p. 363; p. 414; p. 416.
 EUSEBIO DE CESAREA: p. 85; p. 179; p. 189; p. 254; p. 358; p. 362; p. 368-369; **p. 381-382**; p. 396; p. 401; p. 404; p. 411; p. 455.
 GÉMINO: p. 109; p. 168; p. 200; p. 252; p. 258; p. 317; p. 351.
 HECATEO: p. 20; p. 34-35; p. 38; p. 52-53; p. 70; p. 77; p. 80; **p. 82-86**; p. 87; p. 97; p. 104; p. 106; p. 109; p. 135; p. 140; p. 159; p. 202; p. 210; p. 293; p. 295; p. 298; p. 300; p. 328; p. 332.
 HERÓDOTO: p. 20; p. 23; p. 24; p. 27; p. 37; p. 38; p. 42-43; p. 48; p. 51-53; p. 57; p. 59; p. 65; p. 67; p. 70-72; p. 76-80; p. 82; p. 84-86; p. 88-89; **p. 94-102**; p. 106; p. 109; p. 111-112; p. 115; p. 116; p. 131; p. 135; p. 137; p. 140; p. 142-144; p. 146; p. 149; p. 153-154; p. 158-159; p. 162; p. 192; p. 193; p. 196; p. 200; p. 204-206; p. 214; p. 246; p. 267; p. 273; p. 274; p. 280; p. 285; p. 287-288; p. 293-295; p. 300-301; p. 308; p. 315; p. 327; p. 333; p. 387-388; p. 415; p. 424; p. 431; p. 435; p. 443-444.
 HESÍODO: p. 28; p. 34; p. 37; p. 52; **p. 58-61**; p. 64; p. 68; p. 70; p. 81; p. 83-84; p. 107; p. 147; p. 183; p. 191; p. 267; p. 328; p. 354.
 HIPARCO: p. 15; p. 19; p. 20; p. 30; p. 123; p. 164; p. 166; p. 174; p. 183; p. 185-186; p. 188; p. 195; **p. 197-200**; p. 204; p. 206; p. 220; p. 237; p. 259; p. 281; p. 311-312; p. 314; p. 317; p. 319; p. 321; p. 445; p. 450.
 HOMERO: p. 20; p. 26; p. 27; p. 28; p. 33-35; p. 38-39; **p. 47-61**; p. 70; p. 83-85; p. 93; p. 97; p. 101; p. 107; p. 112; p. 120; p. 124; p. 144; p. 151-153; p. 170; p. 182-183; p. 190-92; p. 199-201; p. 204; p. 206; p. 212; p. 220-221; p. 235; p. 237; p. 259-260; p. 265; p. 267; p. 272; p. 294; p. 300; p. 325; p. 327-328; p. 330; p. 350; p. 354; p. 361-362; p. 437; p. 449.
 ISIDORO CÁRACE: **p. 245-246**; p. 252; p. 311; p. 330; p. 341.
 ISIDORO DE SEVILLA: p. 245; p. 277; p. 280; p. 355-358; **p. 387-397**; p. 406; p. 426; p. 428; p. 429; p. 432; p. 436; p. 443; p. 455.
 JANTO DE LIDIA: p. 192.
 JENOFONTE: p. 20; p. 32; p. 76; **p. 104-106**; p. 140; p. 145; p. 146; p. 177; p. 305; p. 330; p. 356; p. 435.
 JORDANES: p. 171; p. 366; p. 369; p. 376; p. 380; **p. 385-387**; p. 396.
 JUBA: p. 246; p. 253; p. 269; p. 272; p. 293; p. 298; p. 333; p. 429.
 MARCIANO DE HERACLEA: p. 166; p. 192; p. 210; p. 317; p. 324; **p. 330-331**; p. 334.
 MARINO DE TIRO: p. 284; **p. 311-312**; p. 314-319; p. 321; p. 326; p. 376; p. 445.
 MEGÁSTENES: p. 89; p. 113; p. 129; p. 130; **p. 132-133**; p. 136; p. 138; p. 140; p. 142; p. 146; p. 147; p. 148; p. 163; p. 186; p. 193; p. 198; p. 199; p. 206; p. 277; p. 302; p. 303; p. 435.
 MELA: p. 20; p. 26; p. 70; p. 100; p. 111; p. 142; p. 237; p. 238; **p. 246-251**; p. 256; p. 257; p. 270-277; p. 281-282; p. 284; p. 290-291; p. 294; p. 329; p. 337; p. 357; p. 374; p. 379; p. 380; p. 386; p. 395; p. 438.
 NEARCO: p. 72; p. 79; p. 87; p. 89; p. 114; p. 116; p. 131; p. 132; p. 135; p. 137; p. 138; p. 140; p. 143; p. 144; p. 146; p. 148; p. 153; p. 160-162; p. 203; p. 205; p. 302; p. 330; p. 435.
 NEPOTE: p. 272; p. 277.
 ONESÍCrito: p. 32; p. 52; p. 72; p. 89; p. 109; p. 113; p. 119; p. 132; p. 133; p. 135-140; p. 145-148; p. 153; p. 186; p. 193; p. 206; p. 277; p. 296; p. 302-303; p. 435.
 ORÍGENES: p. 381.
 OROSIO: p. 22; p. 245; p. 366; p. 374; p. 376; p. 379; **p. 382-385**; p. 392; p. 393; p. 396; p. 404; p. 413; p. 429; p. 453.

PAUSANIAS: p. 70; p. 98; p. 105; p. 112; p. 114; p. 176; p. 210; p. 274; **p. 295-297**; p. 303-304.

PÍTEAS: p. 73; p. 121; p. 161; **p. 166-172**; p. 192-193; p. 199; p. 208; p. 212; p. 214; p. 228; p. 242; p. 259; p. 277; p. 284; p. 289-292; p. 326; p. 330; p. 418.

PLATÓN: p. 20; p. 27-29; p. 32; p. 34-36; p. 42; p. 47; p. 50; p. 63; p. 79; p. 84; p. 94; p. 95; p. 98; **p. 108-112**; p. 116; p. 122; p. 124; p. 145; p. 177; p. 180; p. 183; p. 187; p. 189-190; p. 201; p. 212; p. 221; p. 300; p. 305; p. 347; p. 351; p. 357; p. 362; p. 365; p. 369; p. 372; p. 414-415; p. 438; p. 448-449.

PLINIO: p. 19; p. 25-26; p. 28-29; p. 34; p. 55; p. 72; p. 83; p. 100; p. 108-111; p. 118-120; p. 126-130; p. 134; p. 137-138; p. 140; p. 146; p. 160-161; p. 163; p. 164; p. 166; p. 168; p. 171; p. 176; p. 178; p. 182; p. 192; p. 195; p. 197; p. 199; p. 208-210; p. 214; p. 226-227; p. 234-239; p. 241-242; p. 246; **p. 249-253**; p. 257; p. 259; p. 269-270; p. 272; p. 274-282; p. 284; p. 290-291; p. 294; p. 298; p. 301; p. 303; p. 315; p. 326; p. 337; p. 358; p. 365; p. 372; p. 374; p. 379; p. 380; p. 382; p. 392-395; p. 434-436; p. 445; p. 455.

POLIBIO: p. 22; p. 24-25; p. 33; p. 38; p. 55; p. 71; p. 83; p. 99; p. 116; p. 121; p. 134; p. 139; p. 165; p. 167; p. 170-171; p. 176; p. 178-180; p. 195; **p. 206-212**; p. 214; p. 216; p. 219; p. 221; p. 248; p. 258-260; p. 264; p. 266-267; p. 273-274; p. 290-291; p. 293-294; p. 424.

POLICLITO: p. 132; p. 138; p. 142; p. 149; p. 152; p. 153; p. 163-164; p. 169; p. 193; p. 235.

POSIDONIO: p. 15; p. 19; p. 27; p. 30; p. 38; p. 165; p. 167; p. 171; p. 178-179; p. 186; p. 197; p. 206; p. 208; **p. 211-222**; p. 228; p. 242-243; p. 250; p. 258-259; p. 266-267; p. 269; p. 271; p. 281; p. 284; p. 290; p. 292; p. 311-312; p. 317; p. 319; p. 327; p. 355; p. 363; p. 366; p. 445.

PROCOPIO DE CESAREA: p. 274; p. 330; p. 342; p. 355; p. 358; p. 423.

PTOLOMEO I SOTER: p. 132; p. 133; p. 135; p. 149; p. 152; p. 153; p. 162; p. 267.

PTOLOMEO: p. 19; p. 20; p. 24; p. 30; p. 164; p. 177; p. 181; p. 196-198; p. 200; p. 221; p. 229; p. 236; p. 237; p. 256; p. 265; p. 272; p. 281; p. 300; **p. 311-321**; p. 326; p. 330; p. 331; p. 334; p. 337; p. 347; p. 356; p. 376; p. 377; p. 380; p. 381; p. 387; p. 425-426; p. 431; p. 432; p. 434; p. 436; p. 438; p. 439; p. 445; p. 456.

SALUSTIO: p. 40; p. 226; p. 264; p. 273; p. 275; p. 284; **p. 293-294**; p. 300; p. 332.

SELEUCO DE BABILONIA: p. 189; p. 200.

SOLINO: p. 280; **p. 379-381**; p. 383; p. 394-395; p. 430.

TÁCITO: p. 21; p. 68; p. 128; p. 226; p. 233; p. 236-238; p. 248-249; p. 257; p. 263; p. 267; **p. 284-293**; p. 303; p. 308; p. 314; p. 365; p. 385-387; p. 395.

TEOFRASTO: p. 28; p. 52; p. 109-111; p. 114; **p. 118-120**; p. 122; p. 128; p. 137-138; p. 160-162; p. 187; p. 192; p. 221; p. 277; p. 434; p. 448.

TIMÓSTENES: p. 165; p. 210; p. 330.

TUCÍDIDES: p. 29; p. 34; p. 37; p. 69; p. 94; **p. 102-105**; p. 116; p. 133; p. 154; p. 182; p. 300; p. 327; p. 333; p. 423-424.

BIBLIOGRAFÍA

LISTA DE ABREVIATURAS

Remitimos al lector en caso de duda a las abreviaturas *L'Année philologique* (APh) o la obra ARCAZ POZO, J. L.; CAEROLS PÉREZ, J. J.; LÓPEZ FONSECA, A., *Clavis periodicum: índice de publicaciones del mundo antiguo*, Madrid, Ediciones Clásicas 1995.

A&R	Atene e Roma: rassegna trimestrale dell'Associazione Italiana di Cultura classica. Le Monnier. Firenze.
ABR	American Benedictine Review. Newark.
Aclass	Acta classica. Proceedings of the Classical Association of South Africa. Cape Town.
Aevum	Aevum Antiquum. Milán.
AfP	Archiv für Papyrusforschung. Gruyter.
AHB	The Ancient History Bulletin. Alberta Department of Classics, Calgary.
AJA	American Journal of Archaeology. Archaeol. Inst. of America, New York.
AJAH	American Journal of Ancient History. Robinson Hall, Harvard University, Cambridge, Mass.
AJPh	American Journal of Philology. Baltimore.
Akroterion	Quarterly for the Classics in South Africa.
AMA	Anales del Museo de América.
AncSoc	Ancient Society. Lovaina.
AncW	The Ancient World. Ares Publ., Chicago.
ANRW	Aufstieg und Niedergang der römischen Welt. Walter de Gruyter. Nueva York.
Arbor	Ciencia, pensamiento y cultura. CSIC.
Arctos	Arctos. Acta philologica Fennica. Helsinki.
Argos	Argos. Revista de la Asociación Argentina de Estudios Clásicos. Buenos Aires.
ASNP	Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa, Classe di Lettere e Filosofia. Pisa.

Athenaeum	Athenaeum: studi periodici di letteratura e storia dell'antichità. Università [Pavia], Pavia.
BAEO	Boletín de la Asociación Española de Orientalistas. Madrid.
Berytus	American University of Beirut. Museum Archaeology.
BCH	Bulletin de correspondance hellénique. De Boccard, París.
BJHS	The British Journal for the History of Science. University college London.
Brocar	Cuadernos de investigación histórica. Universidad de la Rioja.
CA	Classical Antiquity. University of California Press journal.
CAH	Cambridge Ancient History. Cambridge.
CASA	Classical Association of South Africa.
CF	Classical Folia. Studies in the christian perpetuation of the Classics. Nueva York.
CFC	Cuadernos de Filología Clásica. Madrid.
CISA	Contributi dell' Istituto di Storia antica dell' Università del Sacro Cuore. Milán.
CJ	The Classical Journal. Univ.of Georgia, Athens, GA.
CPh	Classical Philology. University of Chicago Press, Chicago, Ill.
CQ	Classical Quartely.Oxford University Press, Oxford.
CR	Classical Review. Oxford University Press, Oxford.
DHA	Dialogues d'histoire ancienne. París.
DOP	Dumbarton Oaks Papers. Washington, D.C.
EA	Epigraphica Anatolica. Zeitschrift für Epigraphik und historische Geographie Anatoliens. Bonn.
Erytheia	Asociación Cultural Hispano-Helénica. Madrid.
ETF(hist)	Espacio, tiempo y forma. Revista de la Facultad de Geografía e Historia. UNED Madrid.
Euphrosyne	Centro de Estudos Clássicos Faculdade de Letras de Lisboa.
Faventia	Faventia. Barcelona.
FI	Florentia Iliberritana. Revista de Estudios de Antigüedad Clásica. Granada.
G&R	Greece and Rome. Clarendon Press, Oxford.
Gerión	Gerión. Ed.de la Univ.Complutense, Madrid.
GJ	The Geographical Journal. Geographic Society, Londres.
Clotta	Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht.
GRBS	Greek, Roman and Byzantine Studies. Duke University, Durham, N.C.
Gymnasium	Gymnasium: Zeitschrift für Kultur der Antike und humanistische Bildung. Winter, Heidelberg.
Habis	Universidad de Sevilla.
Hermes	Hermes: Zeitschrift für klassische Philologie. Steiner, Wiesbaden.
Historia	Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte. Steiner, Wiesbaden.
Ilu	Revista de ciencias de las religiones. Universidad Complutense. Madrid.
ImagoMundi	Journal of the international society for the history of cartography. London.
Isis	History of science. University of Chicago Press.
JAOS	Journal of the American Oriental Society. Baltimore.
JARCE	Journal of the American Research Center in Egypt. Boston.
JEA	Journal of Egyptian Archaeology. Londres.
JHS	Journal of Hellenic Studies. Soc. for the Promotion of Hellenic Studies, Londres.
JHS	Journal of hebrews scritures.

JRS	Journal of Roman Studies. Londres.
JS	Journal des Savants. París.
Ktèma	Ktèma: civilisations de l'Orient, de la Grèce et de Rome antiques. Centre de Rech. Sur le Proche-Orient et la Grèce antique et Groupe de Recherche d'histoire romaine, Strasbourg.
Larouco	Revista Anual de Antigüedad Galaica. Orense.
LEC	Les Études Classiques. Namur.
Lucentum	Anales de la universidad de Alicante. Prehistoria, arqueología e historia antigua
Minerva	Minerva. Revista de Filología Clásica. Valladolid.
Mnemosyne	Mnemosyne: bibliotheca classica Batava. Brill, Leiden.
Nikephoros	Nikephoros. Zeitschrift für Sport und Kultur im Altertum. Hildesheim.
PBA	Proceedings of the British Academy. Oxford.
Philologus	Philologus: Zeitschrift für klassische Philologie. Akademie Verlag, Berlín.
Phoenix	The Phoenix: the journal of the Classical Association of Canada. University of Toronto Press, Toronto.
Polis	Polis revista de ideas y formas políticas de la antigüedad clásica. Servicio de Publicaciones (Alcalá), Alcalá de Henares.
Pomoerium	Studia et commentarii ad orbem classicum spectantia.
PP	La Parola del passato: rivista di studi antichi. Macchiaroli, Nápoles.
PRIA	Proceedings of the Royal Irish Academy. Journal of the Royal Irish Academy.
QS	Quaderni di Storia. Rassegna di antichità redatta nell'Istituto di Storia greca e romana dell'Università di Bari. Bari.
RAMUS	Critical studies in greek and roman literature.
RCHA	Revista Complutense de Historia de América.
RE	Realencyclopaedie der Classischen Altertumswissenschaft. Pauly-Wissowa.
REA	Revue des études anciennes. Domaine Univ., Sect. d'histoire, Talence.
REG	Revue des études grecques. Les Belles Lettres, París.
REL	Revue des études latines. Les Belles Lettres, París.
RFIC	Rivista di filologia e di istruzione classica. Loescher, Turín.
RFR	Revista de Filología Románica. Madrid.
RGG	Die Religion im Geschichte und Gegenwart. Tübingen.
RhM	Rheinisches Museum. Sauerländer, Frankfurt/Main.
RMA	Revista Murciana de Antropología. Murcia.
RPh	Revue de Philologie, de Littérature et d'Histoire anciennes. París.
SCO	Studi Classici e Orientali. Pisa.
Sileno	Sileno. Rivista di studi classici e cristiani. Roma.
TAPhA	Transactions and Proceedings of the American Philological Society Association. Decatur, Ga., Scholars Press.
Tempus	Tempus. Revista de Actualización Científica y Bibliográfica. Madrid.
Topoi	Topoi. Orient-Occident. Lyon.
Veleia	Veleia. Revista de Prehistoria, Historia, Arqueología y Filología Clásica. Vitoria.
ZPE	Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik. Habelt, Bonn.

LISTADO BIBLIOGRÁFICO

- AERTS, W. J., «Alexander the Great and Ancient Travel Stories», en MARTELS, Z. von (ed.), *Travel Fact and Travel Fiction. Studies on Fiction, Literary Tradition, Scholarly Discovery and Observation in Travel Writing*, Leiden-Nueva York-Colonia 1994, p. 30-38.
- ALBALADEJO VIVERO, M., «El conocimiento geográfico en las «Etimologías» Isidorianas. Algunas consideraciones», *IBERIA* 2, 1999, p. 203-211.
- ALBALADEJO VIVERO, M., «Elementos utópicos en la India descrita por Onesícrito», *Polis* 15, 2003, p. 7-34.
- ALBALADEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005.
- ALBALADEJO VIVERO, M., «Algunas consideraciones críticas sobre los viajes de Eudoxo de Cícico», *Gerión* 25, 2007, p. 235-248.
- ALBALADEJO VIVERO, M., «Acerca de las fuentes empleadas por Agatárquides en su *Sobre el mar Eritreo*», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 305-318.
- ALEMANY i VILAMAJÓ, A., «Maes Titianos i la Torre de Pedra (I): una font grega sobre els orígens de la ruta de la seda», *Faventia* 24.2, 2002, p. 105-120.
- ALFÖLDI, A., *A Conflict of ideas in Late Roman Empire. The Clash between the senate and Valentinian I*, Oxford Clarendon Press 1952.
- ALLEN, N. J., «The Shield of Achilles and the Indo-European Tradition», *CFC (G)* 17, 2007, p. 33-44.
- ALONSO NÚÑEZ, J. M., «Significación de la Germania de Tácito», *Zephyrus* XXV, 1974, p. 473-478.
- ALONSO NÚÑEZ, J. M., «Jordanes y la emigración y fama de los godos», *MHA* 11-12, 1990-91, p. 215-218.
- ALONSO NÚÑEZ, J. M., «Ctésias, historien grec du monde perse», en *Le IV siècle av.J.C. Approches historiographiques* (Ed. P. Carlier), Nancy 1996, p. 325-333.
- ALONSO NÚÑEZ, J. M., «Approaches to world history in the hellenistic period: Dicaearchus and Agatharchides», *Athenaeum* 85.1, 1997, p. 53-67.

- ALVAR, J., «Alejandro, explorador y hombre de ciencia», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 83-98.
- ÁLVAREZ, J., «Pasaje de Mela sobre Cantabria», *AEA* 23, 1950, p. 74-80.
- ALVÁREZ PELÁEZ, R., «La historia natural en tiempos del emperador Carlos V. La importancia de la conquista del nuevo mundo», *Revista de Indias* XL 2000, p. 13-31.
- AMELING, W., «Alexander und Achilleus: Ein Bestandsaufnahme», en *Zu Alexander d. Gr. Festschrift G. Wirth*, II, Amsterdam 1988, p. 657-692.
- AMIGUES, S., «L'expédition d'Anaxicrate en Arabie Occidentale», *Topoi* 6 (2) 1996, p. 671-677.
- AMIGUES, S., «La science aimable Théophraste», *CRAI* 4, 2001, p. 1653-1664.
- AMIOTTI, G., «Le Colonne d'Ercole e i limiti dell'ecumene», en *Il confine nel mondo classico*, Milán, CISA, 1987, p. 13-20.
- AMIOTTI, G., «Cerne: ultima terra», en *Il confine nel mondo classico*, Milán, CISA 1987, p. 43-49.
- AMORÓS, P., «Lengua e historia en Platón: oralidad y escritura, *mythologein* y *mythologia* en el *Timeo* y en el *Critias*», *Antigüedad y Cristianismo* 12, 1995, p. 125-142.
- AMORÓS, P., «La tradición en Platón», *RMA* 8, 2002, p. 9-192.
- ANAKASSIS, D., «Gemination at the Horizons: East and West in the Mythical Geography of Archaic Greek Epic», *TAPA* 134, 2004, p. 215-233.
- ANASTOS, M., «Pletho, Strabo and Columbus», en *Mélanges Henri Grégoire IV*, Bruselas 1952, p. 1-18.
- ANASTOS, M. V., «Aristotle and Cosmas Indicopleustes on the void. A note on theology and science in the sixth century», *Ελληνικά* 4, 1953, p. 37-46.
- ANDRÉ, J., «Erreurs de traduction chez Pline l'Ancien», *REL* 37, 1959, p. 203-215.
- ANGUS, C. F., «Pytheas of Marseilles», *G&R* 9, 1934, p. 165-172.
- ARANA, J., «El mapa de Hecateo», *Veleia* 13, 1996, p. 77-96.
- ARCE, A., *Itinerario de la virgen Egeria*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos 1980.
- ARIAS ABELLÁN, C., *Itinerarios latinos a Jerusalén y al oriente cristiano*, Universidad de Sevilla 2000.
- ARMAYOR, O. K., «Herodotus' catalogue of the Persian Empire in the light of the monuments and the Greek literary tradition», *TAPA* 108, 1978, p. 1-9.
- ARMAYOR, O. K., «Did Herodotus ever go to Egypt?», *JARCE* 15, 1978, p. 59-73.
- ARNAUD, P., «L'affaire Metius Pomposianus ou le crime de cartographie», *MEFRA* 95, 1983, p. 677-699.
- ARNAUD, P., «L'image du globe dans le monde romain», *MEFRA* 96, 1984, p. 53-116.
- ARNAUD, P., «Plurima Orbis Imago. Lectures conventionnelles des cartes au Moyen Age», *Médiévales* 18, 1990, p. 33-51.
- ARNAUD, P., *La cartographie à Rome*, IV, Universidad de París 1991.
- ARNAUD, P., «La géographie romaine impériale, entre tradition et innovation» en *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*, CRUZ ANDREOTTI, G., LE ROUX, P., MORET, P., eds., Málaga-Madrid, 2007, p. 15-48.
- ARRIBAS HERNÁEZ, M. L., «Algunas concomitancias entre Catulo y Rutilio Namaciano: Influencia de Catulo en Rutilio Namaciano», *Epos* 6, 1990, p. 101-114.
- ASIRVATHAM, R. S., «Classicism and Romanitas in Plutarch's De Alexandri Fortuna aut Virtute», *AJPh* 126, 2005, p. 107-125.
- AUBERGER, J., *Ctésias. Histories de l'Orient*, París, Les belles lettres 1991, p. 23-28.

- AUBERGER, J., *Les historiens d'Alexandre*, París, Les belles lettres 2001, 2ª edición 2005.
- AUJAC, G., *Strabon et la science de son temps*, París 1966.
- AUJAC, G., «La sphéropée, ou la mécanique au service de la découverte du monde», *Revue d'histoire des sciences et de leurs applications* 23, 1970, p. 93-107.
- AUJAC, G., *La géographie dans le monde antique*, París 1975.
- AUJAC, G., «L'île de Thule, mythe ou réalité (études de géographie grecque)», *Athenaeum* 64, 3/4, 1988, p. 329-343.
- AUJAC, G., *Claude Ptolémée, astronome, astrologue, géographe. Connaissance et représentation du monde habité*, París 1993.
- AUJAC, G., «Les très grandes villes chez les géographes grecs», *MEFRA* 106, 1994, p. 859-899.
- AUJAC, G., «Eratosthène et la géographie physique», en *Sciences exactes et sciences appliquées à Alexandrie*, Saint-Etienne 1998, p. 247-261.
- AUJAC, G., *Eratosthène de Cyrène, le pionnier de la géographie. Sa mesure de la circonférence terrestre*, París 2001.
- AUJAC, G., «L'image du désert dans l'antiquité grecque», *Geographia Antiqua* 10-11, 2001-2002, p. 13-24.
- AUNE, D. E., «Magic in Early Christianity», *ANRW II*, 23.2, 1980, p. 1507-1557.
- AUPETITGENDRE-SIFFERT, S., «Pline l'Ancien et la géographie des confins», *Euphrosyne* 27, 1999, p. 281-291.
- AUSTIN, M., *Hellenistic world from Alexander to Roman conquest*, Cambridge University Press 2006.
- BÁDENAS DE LA PEÑA, P., «Los intelectuales bizantinos ante la caída de Constantinopla», en *Constantinopla 1453 mitos y realidades*, Madrid, CSIC 2003, p. 123-165.
- BADIAN, E., «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Historia* 7, 1958, p. 425-444 [*Alexander the Great. The main problems*, Ed. G. T. Griffith, Cambridge 1966, p. 287-306].
- BADIAN, E., «The deification of Alexander the Great», en *Ancient Macedonian Studies in Honor a Charles F. Edson*, ed. H. J. Dell, Tesalónica 1981, p. 27-71.
- BADIAN, E., «Greeks and Macedonians», en *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times*, Studies in the History of Art 10, Washington 1982, p. 33-51.
- BAGNALL R. S., y DEROW, P., *The hellenistic period. Historical sources in translatio*, Oxford 2004.
- BALARD, M., y DUCCELLIER, A., «Bizancio y Occidente», en *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal 2003, p. 78-84.
- BALDRY, H. C., «The idea of the Unity of Mankind», en *Greco et Barbares, Fondation Hardt* 8, Génova 1962, p. 167-204.
- BALDRY, H. C., *The Unity of the Mankind in Greek Thought*, Cambridge 1965.
- BALLABRIGA, A., *Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, París 1986.
- BANCALARI MOLINA, A., «El orbis romanus y su control ecuménico y global durante el Principado: mito o realidad», en *Estudios Interdisciplinarios de Historia Antigua*, 2007, p. 351-363.
- BARB, A. A., «La supervivencia de las artes mágicas», en *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, Alianza 1989, p. 117-143.
- BARNES, T. D., *Constantine and Eusebius*, Harvard University Press 1981.

- BATTISTINI, O., «Androsthésnès de Thasos», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont, 2004, p. 534.
- BATTISTINI, O., «Archias», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds.) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont, 2004, p. 548.
- BATTISTINI, O., «Bématistes», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds.) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont 2004, p. 594.
- BATTISTINI, O., «Hiéron de Soles», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds.) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont, 2004, p. 733.
- BATTY, R., «Mela's Phoenician Geography», *JRS* 90, 2000, p. 70-94.
- BAUMAN, R. A., *Political trials in ancient Greece*, Nueva York, Routledge 1990.
- BAYET, J., *Littérature Latine*, París 1965.
- BEARD, M., *El triunfo romano. Una historia de Roma a través de la celebración de sus victorias*, Barcelona, Crítica 2008.
- BEEKES, R. S. P., «Aithiopes», *Glotta* 73, 1995-1996, p. 12-34.
- BEJAOU, F., «îles et villes de la Méditerranée sur une mosaïque d'Ammaedara (Haïdra, Tunisie)», *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 3, 1997, p. 825-858.
- BEN-DAVID, J., *El papel de los científicos en la sociedad, un estudio comparativo*, Méjico 1974.
- BENOIST-MÉCHIN, J., *Alexandre le Grand ou le rêve dépassé*, Lausana 1964.
- BERGER, H., *Die Geographischen fragmente des Eratosthenes*, Ámsterdam 1880.
- BERGER, H., «Andron», *RE* 1.2, 1894, col. 2160.
- BERGER, H., «Androsthènes», *RE* 1.2, 1894, cols. 2172-2173.
- BERGREN, A. L. T., *The etymology and usage of PEIRAR in early greek poetry*, American Philological Association, Nueva York 1975.
- BERGGREN, J. L., y JONES, A., *Ptolemy's Geography*, Princenton 2001.
- BERMEJO BARRERA, J. C., «Los excrementos y la política. Una nota a Estrabón III, 4, 16», *Caesaraugusta* 53-54, 1981, p. 277-290.
- BERNARD, A., *La Carte du tragique. La géographie dans la tragédie grecque*, París 1985.
- BERTRAND, A. C., «Stumbling Through Gaul: Maps, Intelligence, and Caesar's Bellum Gallicum», *AHB* 11, 1997, p. 107-122.
- BERTRAND, J. M., «De l'emploi des metaphores descriptives par les geographes de l'Antiquité», *DHA* 15.1, 1989, p. 63-73.
- BERVE, H., *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, II, Múnich 1926.
- BIANCHETTI, S., «Pitea e la scoperta di Thule», *Sileno*, 1-2, 1993, p. 9-23.
- BIANCHETTI, S., «La carta e il potere: Dalla scienza di Eratostene all'organizzazione dello spazio di Augusto», en *Ceremoniales, ritos y representación del poder*, Castellón de La Plana 2004, p. 247-270.
- BIANCHETTI, S., «L'Eratostene di Strabone», en *Le monde et les mots: Mélanges Germaine Aujac*, Toulouse 2006, p. 35-46.
- BIANCHETTI, S., «Il misterio del Nilo e l'idea di Africa nel pensiero geografico antico», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 195-210.
- BIANCHI, E., «Teratologia e geografia. L'homo monstruosus in autori della 'Antichità Classica», *ACME* 34 (2) 1981, p. 227-249.
- BICKERMAN, E., «Origines gentium», *CPh* 47, 1952, p. 65-81.

- BIDEZ, J., «Literature and philosophy in the eastern half of the empire», en *CAH* XII, 1939, p. 611-645.
- BIFFI, N., *L'Africa di Strabone. Libro XVII della Geografia. Introduzione, traduzione e commento*, Bari 1999.
- BIFFI, N., *Il Medio Oriente di Strabone: libro XVI della Geografia. Introduzione, traduzione e commento*, Bari 2002.
- BIFFI, N., *L'Estremo Oriente di Strabone. Libro XV della Geografia. Introduzione, traduzione e commento*, Bari 2005.
- BIGWOOD, J. M., «Ctesias as historian of the Persian wars», *Phoenix* 32, 1978, p. 19-41.
- BIGWOOD, J. M., «Diodorus and Ctesias», *Phoenix* 34, 1980, p. 195-207.
- BIGWOOD, J. M., «Ctesias' Indica and Photius», *Phoenix* 43, 1989, p. 302-316.
- BIGWOOD, J. M., «Ctesias Parrot», *CQ* 43 (1) 1993, p. 321-327.
- BIGWOOD, J. M., «Aristotle and the Elephant again», *AJPh* 1993, 114, 4, p. 537-555.
- BILLOWS, R. A., *Antigonos the One-Eyed and the Creation of the Hellenistic State*, Berkeley & Los Angeles 1990.
- BIRASCHI, A. M., «Strabone e la difesa di Omero nei Prolegomena», en *Strabone, Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, Perugia 1984, p. 129-153.
- BITTON-ASHKELONY, B., *Encountering the sacred: The debate on Christian pilgrimage in late antiquity*, University of California Press 2005.
- BLÁZQUEZ, J. M., «La Hispania en época de Augusto vista por los escritores contemporáneos. Estrabón y Trogo Pompeyo», *Gerión* 24, 2006, p. 237-249.
- BOARDMAN, J., *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, Alianza 1986.
- BOGAERT, R., *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leyden 1968.
- BODSON, L., «Alexander the Great and the scientific exploration of the oriental part of his empire. An overview of the background, trends and results», *AncSoc* 22, 1991, p. 127-138.
- BOLCHERT, P., *Aristoteles Erdkunde von Asien und Libyen*, Berlín 1908.
- BOORSTIN, D., *Los descubridores*, Barcelona, Crítica 1986.
- BORCA, D., «Adversus ipsam rerum naturam»: Note on Tacitus, 'Agricola' 33», *Britannia* 27, 1996, p. 337-340.
- BORCA, F., *Luoghi, Corpi, Costumi. Determinismo ambientale ed etnografia antica*, Roma 2003.
- BOSWORTH, A. B., «The death of Alexander the Great. Rumour and propaganda», *CQ* 21, 1971, p. 112-136.
- BOSWORTH, A. B., «Alexander and Ammon», en *Greece and the Eastern Mediterranean Ancient in History and Prehistory* (studies presented to Fritz Schachermeyr), ed. K. Kinzl, Berlín 1977, p. 51-75.
- BOSWORTH, A. B., *A historical commentary on Arrian's history of Alexander. Vol I: Commentary on books I-III*, Oxford Clarendon Press 1980.
- BOSWORTH, A. B., *From Arrian to Alexander*, Oxford 1988.
- BOSWORTH, A. B., «Arrian and Rome: Minor works», *ANRW* II 34 (1) 1993, p. 242-253.
- BOSWORTH, A. B., «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi: Orient-Occident* 3, 1993, p. 407-424.
- BOSWORTH, A. B., *Alejandro Magno*, Cambridge 1996.
- BOSWORTH, A. B., *Alexander and the East. The tragedy of triumph*, Oxford 1996.
- BOSWORTH, A. B., «The Historical Setting of Megasthenes' Indica», *CPh* 91, 1996, p. 113-127.

- BOSWORTH, A. B., «Augustus, the Res Gestae and Hellenistic Theories of Apotheosis», *JRS* 89, 1999, p. 1-18.
- BOSWORTH, A. B., «A Tale of Two Empires: Hernán Cortés and Alexander the Great», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction*, Oxford 2000, p. 23-49.
- BOSWORTH, A. B., *The legacy of Alexander the Great*, Oxford 2002.
- BOULNOIS, L., *La ruta de la seda*, Barcelona 2004.
- BOWERSOCK, G. W., *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford Clarendon Press 1969.
- BOWERSOCK, G. W., «From Emperor to Bishop: The Self-Conscious Transformation of Political Power in the Fourth Century A.D.», *CPh* 81 (4) 1986, p. 298-307.
- BOWIE, E., «The ancient readers of the greek novel», en *The novel in the ancient world*, Brill 1996, p. 87-106.
- BOWRA, C. M., *La Atenas de Pericles*, Madrid, Alianza 1994.
- BOYANCÉ, P., *Le culte des Muses*, París, Boccard 1937.
- BRACCESI, L., *Alessandro e la Germania: riflessioni sulla geografia romana di conquista*, Roma 1991, p. 27-64.
- BRAUND, D., «Anth. Pal. 9. 235: Juba II, Cleopatra Selene and the Course of the Nile», *CQ* 34, 1984, p. 175-178.
- BRAVO, A., *Perfiles de un imperio*, Madrid, Akal 1997.
- BREEBAART, A. B., «Eratosthenes, Damastus, and the Journey of Diotimus to Susa», *Mnemosyne* 20/4, 1967, p. 422-431.
- BRÉGUET, E., «Urbi et orbi. Un clichè et un thème», en *Hommage a M. Renard*, I Bruselas 1969, p. 140-152.
- BREISACH, E., *Historiography Ancient, Medieval, and Modern*, Chicago 2007.
- BREMNER, R. W., *The Length of the Mediterranean from Dicaerchus to the Discoveries*, Separata de la *Revista da Universidade de Coimbra Vol.34*, 1988, p. 371-381.
- BRETZL, H., *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903.
- BRIANT, P., *From Cyrus to Alexander*, París 2002.
- BRIDGMAN, T. P., *Hyperboreans: myth and history in Celtic-Hellenic contacts*, Nueva York, Routledge 2005.
- BRIOSO SÁNCHEZ, B., «Geografía mítica de la Grecia antigua (I)», *PHILOLOGIA HISPANENSIS* 8, 1993, p. 193-213.
- BRIOSO SÁNCHEZ, B., «Geografía mítica de la Grecia antigua (II)», *PHILOLOGIA HISPANENSIS* 9, 1994, p. 187-209.
- BRODERSEN, K., *Terra Cognita. Studien zur römischen Raumenfassung*, Hildesheim 1995.
- BRODERSEN, K., «Neue Entdeckungen zu antiken Karten», *Gymnasium* 108, 2001, p. 137-148.
- BROWN, LI. A., *The Story of Maps*, Boston 1979.
- BROWN, P., «The Rise and Function of the Holy Man in Late Antiquity», *JRS* 61, 1971, p. 80-101.
- BROWN, T. S., *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley-Los Ángeles 1949.
- BROWN, T. S., «Clitarchus», *AJPh* 71, 1950, p. 134-155.
- BROWN, T. S., «The Reliability of Megasthenes», *AJPh* 76, 1955, p. 18-33.
- BROWN, T. S., «Suggestions for a vita of Ctesias of Cnidus», *Historia* 27, 1978, p. 1-19.
- BROWNING, R., «The Byzantines and Homer», en *Homer's Ancient Readers: the Hermeneutics of Greek Epic's Earliest Exegetes*, Princeton 1992, p. 134-148.

- BUNBURY, E. H., *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till Fall of the Roman Empire*, I-II, Nueva York 1879.
- BURN, A. R., «Mare pigrum et grave», *CR* 63, 1949, p. 94.
- BURNET, J., *Early Greek Philosophy*, Londres 1948.
- BURSTEIN, S. M., «Fragment 53 of Callisthenes and the Text of Iliad 2. 850-55», *CPh* 71 (4) 1976, p. 339-341.
- BURSTEIN, S. M., «Alexander, Callisthenes and the sources the Nile», *GRBS* 17, 1976, p. 135-146.
- BURSTEIN, S. M., «The hellenistic fringe: The case of Meroë», en *Hellenistic history and culture*, Berkeley, University of California Press 1993, p. 38-66.
- BURSTEIN, S. M., «Exploration and Ethnography in Ptolemaic Egypt», *AncW* 31, 2000, p. 31-37.
- CABALLERO SÁNCHEZ, R., «Literatura geográfica y cultura bizantina», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 221-247.
- CAMERON, Av. y AL., «Christianity and Tradition in the Historiography of the Late Empire», *CQ* 11, 1964, p. 316-328.
- CAMERON, Av., *El Bajo Imperio Romano (284-430)*, Madrid 2001.
- CAMPBELL, M. B., *The witness and the other world: Exotic european travel 400-1600*, Cornell University Press 1991.
- CANDAU, M., «Providencia y política en los historiadores paganos de la baja antigüedad», GASCÓ, F., y RAMÍREZ DE VERGER, A., (eds.), *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, Madrid 1990, p. 191-210.
- CANDAU MÓRON, J. M.; GONZÁLEZ PONCE, F. J.; CHÁVEZ REINO, A. y JIMÉNEZ SÁNCHEZ, F., «Alejandro y la historiografía helenística», *Tempus* 23, 1999, p. 65-89.
- CANFORA, L., *La véritable histoire de la bibliothèque d'Alexandrie*, Éditions Desjonquères, París 1988.
- CARATINI, R., *Alejandro Magno*, Barcelona 2000.
- CARCOPINO, J., *Le Maroc antique*, París 1943, p. 119-130.
- CARDETE DEL OLMO, M^a. C., «La frontera como elemento de construcción ideológica», en *La construcción ideológica de la ciudadanía*, Madrid 2006, p. 187-198.
- CARILE, A., «I nomadi nelle fonti bizantine», en *Popoli delle Steppe: Unni, Avari, Ungari*, I, Spoleto 1988, p. 55-87.
- CARO BAROJA, J., «Ctesias de Cnido», en *La aurora del pensamiento antropológico*, Madrid 1983, p. 102-104.
- CARPENTER, R., *Beyond the Pillars of Heracles: the classical world seen through the eyes of its discoverers*, Nueva York, Delacorte Press 1966.
- CARY, M., «The Greeks and Ancient Trade with the Atlantic», *JHS* 44, 1924, p. 166-179.
- CARY, M., y WARMINGTON, E., *Les Explorateurs de l'antiquité*, París 1932.
- CARY, M., «Maës, Qui et Titianus», *CQ* 6, 1956, p. 130-134.
- CASAS RIGALL, J., «Razas humanas portentosas en las partidas remotas del mundo (De Benjamín de Tudela a Cristóbal Colón)», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: Literaturas de viajes en el mundo románico*, p. 253-290.
- CASEVITZ, M., «Remarques sur l'histoire de quelques mots exprimant l'espace en grec», *REA* 100 (3-4) 1998, p. 417-435.

- CASKEL, W., «Arabia», en *The Greeks and the Persians from the sixth to the fourth cent. B.C.*, Nueva York 1968, p. 409-419.
- CASSON, L., *The Periplus Maris Erythraei*, Princeton 1989.
- CASSON, L., *Travel in the ancient world*, Baltimore, John Hopkins University Press 1994.
- CASTIGLIONI, L., «Decisa Forficibus VII: XLIII», *RIL* 83, 1950, p. 41-45.
- CASTILLO PASCUAL, M. J., «El vocabulario jurídico de los agrimensores romanos», *Brocar* 19, 1995, p. 7-26.
- CERFAUX, L., y TONDRIAU, J., *Le culte des souverains dans la civilisation gréco-romaine*. Bibliothèque de Théologie, V. París Tournai 1957.
- CESA, M., «Etnografia e geografia nella visione storica di Procopio di Cesarea», *SCO* 32, 1982, p. 389-409.
- CHADWICK, J., *El mundo micénico*, Madrid, Alianza 1993.
- CHANOTIS, A., *War in the hellenistic world*, Oxford 2005.
- CHAPOT, V., «Arrien et le Périple du Pont-Euxin», *REG* 34, 1921, p. 129-154.
- CHAPOT, V., «Romains? Ou Phocéens?», *REA* 42, 1940, p. 400-407.
- CHARLES, M., «Elephants at Raphia: Reinterpreting Polybius 5.84-5», *CQ* 57, 2007, p. 306-311.
- CHEVALLIER, R., *Les voies romaines*, París 1972.
- CHEVALLIER, R., *Voyages et déplacements dans l'Empire Romain*, París 1988.
- CHIC GARCÍA, G., «Trajano en el arte de comerciar», en *Trajano, Emperador de Roma*, Roma 2000, p. 71-102.
- CHROUST, A. H., «Aristotle and Callisthenes of Olynthus», *CF* 20, 1966, p. 32-41.
- CINQUE, G. E., *Rappresentazione antica del territorio, τῶν πινάκων*, Roma 2002.
- CLARKE, K., «In Search of the Author of Strabo's Geography», *JHS* 87, 1997, p. 92-110.
- CLARKE, K., *Between Geography and History. Hellenistic Construction of the Roman World*, Oxford 1999.
- CLARKE, K., «An Island Nation: Re-Reading Tacitus' «Agricola»», *JRS* 91, 2001, p. 94-112.
- CLARKE, K., «Text and Image: Mapping the Roman World», en *Conceiving the Empire*, Oxford 2009, p. 195-215.
- CLAUSI, B., «Scuola e geografia nella TA: il Versus de Asia», en *Le trasformazioni della cultura nella Tarda Antichità*, II, Roma 1985, p. 737-780.
- CLAVAL, P., «Qu'est-Ce Que la Géographie?», *GJ* 133 (1) 1967, p. 33-39.
- COCHRANE, Ch. N., *Cristianismo y cultura clásica*, Méjico, FCE 1983.
- COHEN, A., «Art, myth and travel in the Hellenistic World», en *Pausanias: Travel and memory in roman Greece*, Oxford 2003, p. 93-126.
- COLEMAN, S., y ELSNER, J., *Pilgrim voices: narrative and authorship in Christian pilgrimage*, Oxford 2003.
- COLLINS, N. I., «The Various Fathers of Ptolemy I», *Mnemosyne* 50, 1997, p. 436-476.
- COLOMINA ALBIÑANA, J. J., «La cosmología estoica», *Eikasía. Revista de Filosofía*, año III, 14, noviembre 2007, p. 43-60.
- CONDE GUERRI, E., «La topografía mística de los Santos Lugares en la versión de Paula (San Jerónimo, *Epist.* 46; 58; 108)», en *Espacio y tiempo en la percepción de la Antigüedad. Homenaje al profesor Antonino González Blanco. Antigüedad y Cristianismo XXIII* 2006, p. 295-307.
- COPELSTON, Fr., *Historia de la filosofía. I. Grecia y Roma*, Barcelona, Ariel 2004.

- CORNFORD, F. M., *Principium sapientiae. Los orígenes del pensamiento filosófico griego*, Madrid 1988.
- CORREIA FURTADO, R., «A descrição geográfica do orbe nas Historiae de Orósio (*Hist.*, I,2): o programa ideológico», *Euphrosyne* 27, 1999, p. 65-78.
- CORSINI, E., *Introduzione alle storie di Orosio*, Turín 1968.
- CORTÉS ARRESE, M., «Símbolos y formas artísticas del Itinerario de la virgen Egeria», *Erytheia* 8 (1) 1987, p. 89-98.
- CRESCI MARRONE, G., *Ecumene Augustea. Una politica per il consenso*, Roma, L'erma di Bretschneider 1993.
- CRONE, G. R., «A new light on the Hereford Map», *GJ* 131, 4, p. 447-458.
- CRUZ ANDREOTTI, G., «La visión de Gades en Estrabón. Elaboración de un paradigma geográfico», *DHA* 20 (1) 1994, p. 57-85.
- DAFFINÀ, P., «Aral, Caspio, Tanais», *RSO* 43, 1968, p. 363-378.
- DAHLQUIST, A., *Megasthenes and indian religion. A study in motives and types*, Estocolmo 1962.
- DALCHÉ, P. G., «La trasmissione Medievale e Rinascimentale della Tabula Peutingeriana», en *Tabula Peutingeriana: Le Antiche vie del mondo*, Florencia 2003, p. 43-53.
- DALCHÉ, P. G., *La géographie de Ptolémée en Occident (IVe-XVIe siècle)*, Turnhout 2009.
- DARIAN, S. G., «The Ganges and the rivers of Eden», *EA* 31, 1977, p. 42-54.
- DAUMAS, M., «Alexandre et la reine des Amazones», *REA* 94, 1992, p. 347-354.
- DE LACY, O., *How greek science passed to Arabs*, Chicago 1979.
- DEN HENGST, D., «The scientific digressions in Ammianus' *Res Gestae*», en J. den Boeft, D. den Hengst, H.C. Teitler (eds.), *Cognitio Gestorum: The Historiographic Art of Ammianus Marcellinus*, Amsterdam 1992, p. 39-46.
- DESANGES, J., *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma 1978.
- DESANGES, J., «De Timée à Strabon, la polémique sur le climat de l'Afrique du Nord et ses effets», en *Toujours Afrique apporte fait nouveau. Scripta minora*, París 1999, p. 87-93.
- DESIDERI, P., «Roma e la Grecia: Una cultura per due popoli», *Studi Ellenistici* XV, 2004, p. 229-243.
- DETIENNE, M., *Los maestros de la verdad en la Grecia arcaica*, Madrid, Taurus 1983.
- DETIENNE, M., *La escritura de Orfeo*, Barcelona, Península 1990.
- DEVINE, A. M., «Alexander's Propaganda Machine: Callisthenes as the Ultimate Source for Arrian, *Anabasis* 1-3», en *Ventures into Greek History*, Oxford 1994, p. 89-102.
- D'HOLLANDER, R., *Sciences géographiques dans l'antiquité*, París, Association Française de Topographie 2002.
- DI VITA, A., «Un passo dello Σταδιασμό τῆ μεγάλης Θαλάσσης ed il porto ellenistico di Leptis Magna», en *Mélanges P. Boyancé*, Roma 1974, p. 229-249.
- DÍAZ LAVADO, J. M., «La educación en la antigua Grecia», en *Actas de las III jornadas de humanidades clásicas*, Almendralejo 2002, p. 93-114.
- DICKIE, M., «The Geography of Homer World», en *Homer's World Fiction, Tradition, Reality*, Bergen 1995, p. 29-56.
- DICKS, D. R., «The klímata in the Greek Geography», *CQ* 5, 1955, p. 248-255.
- DICKS, D. R., *The Geographical Fragments of Hipparchus*, Londres 1960.
- DICKS, D. R., *Early Greek Astronomy to Aristotle*, Londres 1970.

- DIGNAS, B., y WINTER, E., *Rome and Persia in late antiquity. Neighbours and rivals*, Cambridge 2007.
- DIHLE, A., «The conception of India in Hellenistic and Roman literature», en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, p. 89-97.
- DIHLE, A., *Die Griechen und die Fremden*, C. H. Beck 1994 (Traducido al griego Οι Έλληνες και οι Ξένοι, Atenas 1998).
- DILKE, O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985.
- DILLER, A., «Two greek Forgeries of the Sixteen Century», *AJPh* 57, 1936, p. 124-127.
- DILLER, A., «A Geographical Treatise by Georgius Gemistus Pletho», *Isis* 27 (3) 1937, p. 441-451.
- DILLER, A., «The Oldest Manuscripts of Ptolemaic Maps», *TAPA* 71, 1940, p. 62-67.
- DILLER, A., «The Parallels on the Ptolemaic Maps», *Isis* 33 (1) 1941, p. 4-7.
- DILLER, A., «The Ancient Measurements of Earth», *Isis* 40 (1) 1949, p. 6-9.
- DILLER, A., *The tradition of the Minor Greek Geographers*, Lancaster 1952.
- DILLER, A., «The Authors Named Pausanias», *TAPA* 86, 1955, p. 268-279.
- DILLER, A., *The Textual Tradition of Strabo's Geography*, Amsterdam 1975.
- DILLON, M., *Pilgrims and pilgrimage in Ancient Greece*, Londres & Nueva York, Routledge 1997.
- DION, R., «La renommée de Pythéas dans l'Antiquité», *REL* 43, 1965, p. 443-466.
- DION, R., «Phytéas explorateur», *RPh* 40, 1966, p. 191-216.
- DION, R., «Géographie odysseenne», *Annales ESC*, enero/febrero 1972, p. 158-162.
- DION, R., «Description homérique du monde ouvert aux navigations helléniques», en *Aspects politiques de la géographie antique*, París 1977, p. 17-42.
- DION, R., «Alexandre le Grand et Pythéas», en *Aspects politiques de la géographie antique*, París 1977, p. 175-222.
- DION, R., «L'esplorazione di Pitea nei mari del nord», en *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Bari 1983, p. 203-225.
- DOBSON, J. F., «The Posidonius Myth», *CQ* 12, 1918, p. 179-195.
- DOGNINI, C., «Androstene di Taso e il Periplo dell'India», *Pomoerium* 4-5, 2000, p. 1-8.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., «Los términos Iberia e Iberos en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum* 2, 1983, p. 203-224.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., «El tema de la colonización griega en las Antigüedades Romanas de Dionisio de Halicarnaso», en *Anejos de Gerión* 2, 1989, p. 137-154.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A., *La polis y la expansión colonial griega*, Madrid, Síntesis 1991.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., «Entre mito e historia: Alejandro y la reina de las Amazonas», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 171-198.
- DOODS, E. R., «Theurgy and its relationship to Neoplatonisme», *JRS* 37, 1947, p. 55-69.
- DOODS, E. R., *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza 1994.
- DORATI, M., «Ctesias falsario?», *QS* 21, 1995, p. 33-52.
- DORATI, M., «Les testimonianze relative alla *periodos tes ghes* di Ecateo», *Geographia Antiqua* 8-9, 1999-2000, p. 120-126.
- DOUGHERTY, C., *The raft of Odysseus. The ethnographic imagination of Homer's Odyssey*, Oxford 2001.
- DOVER, K. J., *Thucydides: Greece and Rome New Survey in the Classics*, Oxford 1973.
- DREWS, R., «Ephorus and history written «*katà genós*», *AJPh* 84, 1963, p. 244-255.

- DREWS, R., «Aethiopian Memnon: African or Asiatic?», *RhM* 112, 1969, p. 191-192.
- DREWS, R., «Ephorus «*katà genós*» history revisited», *Hermes* 104, 1976, p. 497-498.
- DROYSEN, J. G., *Geschichte des Hellenismus*, I-II, Gotha 1877.
- DROYSEN, J. G., *Alejandro Magno*, Méjico, FCE 1988.
- DUBS, H. H., *A Roman City in Ancient China*, Londres 1957.
- DUECK, D., *Strabo of Amasia: A Greek Man of Letters in Augustan Rome*, Londres 2000.
- ECK, B., «Sur la vie de Ctésias», *REG* 103, 1990, p. 409-434.
- ECKENRODE, T. R., «Venerable Bede as a Scientist», *ABR* 22, 1971, p. 486-507.
- EDGERTON, S. Y., «From mental matrix to mappamundi to Christian Empire: The heritage of Ptolemaic cartography in the Renaissance», en *Art and cartography: six historical essays*, Chicago 1987, p. 10-50.
- EDMUNDS, L., «The religiosity of Alexander», *GRBS* 12, 1971, p. 363-391.
- EDWARDS, D. R., *Religion & power: pagans, Jews and Christians in the Greek East*, Oxford 1996.
- EHRENBERG, V., «Pothos», en *Alexander and the Greeks*, II, Basil Blackwell, 1938, p. 52-61.
- EICHEL, M. E., y TODD, J. M., «A Note on Polybius' Voyage to Africa in 146 B.C.», *CPh* 71, 3, 1976, p. 237-243.
- ELIADE, M., *El mito del eterno retorno*, Buenos Aires, Emecé 2001.
- ELLIOTT, J. H., *El viejo mundo y el nuevo 1492-1650*, Madrid, Alianza 1997.
- ELSNER, J., «Pausanias: A Greek Pilgrim in the Roman World», *P&P* 135, 1992, p. 3-29.
- ELSNER, J., «Hagiographic Geography: Travel and Allegory in the Life of Apollonius of Tyana», *JHS* 117, 1997, p. 22-37.
- ELSNER, J., «The Itinerarium Burdigalense: Politics and Salvation in the Geography of Constantine's Empire», *JRS* 90, 2000, p. 181-195.
- ELVIRA, M. A., «Experiencia y teoría en Cosmas Indicopleustes», *Erytheia* 6, 1985, p. 255-268.
- ENGELS, D. W., «A note on Alexander's death», *CPh* 73, 1978, p. 224-228.
- ENGELS, D. W., «Alexander's intelligence system», *CQ* 30, 1980, p. 327-340.
- ENGELS, D., «The length of Eratosthenes' stade», *AJPh* 106, 1985, p. 298-311.
- ENGELS, J., «Die Geschichte des Alexanderzuges und das Bild Alexanders des Grossen in Strabons Geographika. Zur interpretation der Augusteischen kulturgeographie Strabons als quelle seiner historischen auffassungen», en W. Will (ed.), *Alexander der Grosse: Eine Welteroberung und ihr Hintergrund*, Bonn 1996, p. 131-172.
- ENGELS, J., «Die strabonische Kulturgeographie in der Tradition der antiken geographischen Schriften und ihre Bedeutung für die antike Kartographie», *Orbis Terrarum* 4, 1998, p. 63-114.
- FABRE, P., «Étude sur Pythéas le Massaliote et l'époque de ses travaux», *LEC* 43, 1975, p. 25-44 y p. 147-165.
- FABRINI, F., *Paolo Orosio, uno storico*, Roma 1974.
- FARRINGTON, B., *La ciencia griega*, Barcelona, Icaria 1979.
- FAURE, P., *Alexandre*, París 1985.
- FELDMAN, L. H., *Studies in Josephus' rewritten Bible*, Brill 1998.
- FERGUSON, J., *Utopias of the classical world*, Londres 1975.
- FERGUSON, J., «China and Rome», *ANRW* II 9.2, 1978, p. 581-605.
- FERNÁNDEZ ARDANAZ, S., «El discurso verídico de Celso contra los cristianos», *Teología y Vida* 45, 2004, p. 238-257.

- FERNÁNDEZ GALIANO, M., *Manual práctico de morfología verbal griega*, Madrid, Gredos 1989.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J., *SOLINO, Colección de hechos memorables o El Erudito*, Madrid, Editorial Gredos, Col. Biblioteca Clásica Gredos 291, 2001.
- FERNÁNDEZ URIEL, P., y RODRÍGUEZ VALCÁRCEL, J. A., «Julio César y la idea de biblioteca pública en la Antigua Roma», en *Espacio y tiempo en la percepción de la Antigüedad. Homenaje al profesor Antonino González Blanco, Antigüedad y Cristianismo* 23, 2006, p. 965-982.
- FESTUGIÈRE, A. J., *La esencia de la Tragedia griega*, Barcelona, Ariel 1986.
- FINLEY, M. I., *El mundo de Odiseo*, Méjico, FCE 1995.
- FISCHER-FABIAN, S., *Alexander: der Traum von Frieden der Völker*, Lübbe 1994.
- FLINTOFF, E., «Pyrrho and India», *Phronesis* 25, 1980, p. 88-108.
- FLOWER, M. A., «Agesilaus of Sparta and the Origins of the Ruler Cult», *CQ* 38, 1988, p. 123-134.
- FLOWER, M. A., *Theopompus of Chios. History and Rhetoric in the Fourth Century BC*, Oxford 1997.
- FLOWER, M. A., «Alexander and Panhellenism», en *Alexander the Great in fact and fiction*, Oxford 2000, p. 96-135.
- FOLCH, D., *La construcción de China*, Barcelona 2002.
- FONTÁN, A., «La revolución de Constantino», en *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, Madrid 1990, p. 107-150.
- FONTAINE, J., *Isidore de Seville. Traité de la Nature*, Burdeos 1960.
- FORBES, D. K., *The geography of underdevelopment: a critical survey*, Sidney 1984.
- FORSDYKE, S., *Exile, ostracism and democracy: the politics of expulsion in ancient Greece*, Princeton 2005.
- FOX, R. L., *Alexander the Great*, Londres 1973.
- FOWDEN, G., «The Pagan Holy Man in Late Antique Society», *JHS* 102, 1982, p. 33-59.
- FOWLER, R. L., «P.Oxy.4458 col I: Aristoteles redivivus», *ZPE* 132, 2000, p. 133-142.
- FRANCIS, J. A., *Subversive virtue: asceticism and authority in the second-century pagan world*, Pennsylvania State University Press 1995.
- FRASER, P., «Eratosthenes of Cyrene», *PBA* 56, 1970, p. 175-207.
- FRASER, P. M., *Ptolemaic Alexandrian*, I, Oxford 1972.
- FRASER, P. M., «The World of Theophrastus», en *Greek Historiography*, Oxford 1994, p. 167-191.
- FRASER, P. M., *Cities of Alexander the Great*, Oxford Clarendon Press 1996.
- FRASER, P. M., «Eratóstenes», en *Diccionario del mundo clásico*, Oxford University Press 2002, p. 137-8.
- FRAZER, J., *Pausanias's Description of Greece*, I Londres 1898.
- FREDE, M., «Monotheism and pagan philosophy in Late Antiquity», en *Pagan Monotheism in Late Antiquity*, Oxford 1999, p. 41-68.
- FREDRICKSMEYER, E. A., «Alexander, Midas and the oracle at Gordium», *CPh* 56, 1961, p. 160-168.
- FREDRICKSMEYER, E. A., «Three notes on Alexander's deification», *AJAH* 4, 1979, p. 1-9.
- FREDRICKSMEYER, E. A., «Divine Honours for Philip II», *TAPA* 109, 1979, p. 39-61.
- FREDRICKSMEYER, E. A., «On the background of the ruler cult», *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson*, ed. H. J. Dell, Tesalónica 1981, p. 145-156.

- FREDRICKSMEYER, E. A., «Alexander, Zeus Ammon and the conquest of Asia», *TAPA* 121, 1991, p. 199-214.
- FRENCH, R., *Ancient Natural History: Histories of Nature*, Londres y Nueva York 1994.
- FRÉNEAUX, R., «Géographie Ciceronienne: La notion d'Oceanus dans les *Discours*», en *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges à R. Dion*, París 1974, p. 131-141.
- FRERE, S., «The Ravenna Cosmography and North Britain between the Walls», *Britannia* 32, 2001, p. 286-292.
- FULLER, J. F. C., *The generalship of Alexander the Great*, Londres 1958.
- GABBA, E., «True History and False History in Classical Antiquity», *JRS* 71, 1981, p. 50-62.
- GABBA, E., «Le strategie militari, le frontiere imperiali», en *Storia di Roma IV. Caratteri e morfologie*, Turín, Einaudi, 1989, p. 487-513.
- GABBA, E., «L'insularità nella riflessine Antica», en *Geografia storica della Grecia antica*, Biblioteca di cultura moderna Laterza 1991, p. 106-109.
- GADAMER, H. G., «Tradition», *RGG VI*, Tübingen 3º ed. 1986 (1º ed. 1962) p. 966-986.
- GALISON, P., *Relojes de Einstein, mapas de Poincaré: los imperios del tiempo*, Barcelona, Crítica 2005.
- GALLAZZI, CL., y KRAMER, B., «Artemidor im Zeichensaal. Eine Papyrusrolle mit Text Landkarte und Skizzenbüchchen aus Späthellenistischer Zeit», *AfP* 44, 2, 1998, p. 189-208.
- GALLEZ, P., «Magallanes en busca del Cabo de Cattigara: Dos concepciones cartográficas en pugna», en *Protocartografía y exploraciones*, Instituto Patagónico, Bahía Blanca, 1999, p. 85-116.
- GAMBA, E., «Claudio Tolomeo. Uno studio sulle fonti biografiche», *Acme: annali della Facoltà di lettere e filosofia dell'Università degli studi di Milano* 53 (2) 2000, p. 75-124.
- GANGUTIA, E., «Further Comments on POxy. 2888. Crates, Seleucus and Ancient Geography and Anthropology», *Philologus* 130 (2) 1986, p. 187-190.
- GANGUTIA ELÍCEGUI, E., «El nuevo papiro de Artemidoro y la tradición arcaizante del geógrafo», en *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, p. 247-252.
- GARCÍA ALONSO, J. L., «Geografía, escuela y literatura en la Grecia antigua», en *Escuela y literatura en Grecia antigua: actas del Simposio Internacional Universidad de Salamanca*, 17-19 de Noviembre de 2004 / coord. por José Antonio Fernández Delgado, Francisca Pordomingo Pardo, A. Stramaglia 2007, p. 711-726.
- GARCÍA-ARÁEZ FERRER, H., *La cartografía medieval y los mapamundis de los Beatos*, Madrid, Edición novenal 1998.
- GARCÍA GUAL, C., *Los orígenes de la novela*, Madrid, Istmo 1972.
- GARCÍA GUAL, G., *Mitos, viajes, héroes*, Madrid, Taurus 1981.
- GARCÍA GUAL, G., *La mitología. Interpretaciones del pensamiento mítico*, Barcelona 1989.
- GARCÍA GUAL, C., «Apuntes sobre la tradición de la literatura clásica», en *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid, Cátedra 2005, p. 25-28.
- GARCÍA MORÁ, F., «El Periplo Sertoriano», en *Actas del II congreso internacional el Estrecho de Gibraltar*, Ceuta 1995, p. 197-210.
- GARCÍA MORENO, L. A., «Paradoxography and political ideals in Plutarch's Life of Sertorius», en *Plutarch and the historical tradition*, Londres & Nueva York, Routledge 1992, p. 132-158.

- GARCÍA MORENO, L. A., «Las navegaciones romanas por el Atlántico norte: Imperialismo y geografía fantástica», en *Guerra, exploraciones y navegación. Del mundo antiguo a la edad moderna*, A Coruña 1995, p. 101-110.
- GARCÍA RAMÓN, J. L., «En torno al Catálogo de la Naves», *CFC* 7, 1974, p. 145-180.
- GARCÍA SÁNCHEZ, M., «Los bárbaros y el Bárbaro: identidad griega y alteridad persa», *Faventia* 29 (1) 2007, p. 33-49.
- GARCÍA SÁNCHEZ, M., *Gran Rey de Persia: formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego*, Universitat de Barcelona 2009, p. 39-53.
- GARCÍA TEIJEIRO, M., «Escatología griega e islas de los Bienaventurados», en *Serta Gratulatoria in honorem Juan Régulo I*, La Laguna 1985, p. 271-280.
- GARDTHAUSEN, V. E., *Augustus und seine Zeit*, Aalen 1964, p. 937-939.
- GASCO, F., «Asalto a la razón en el siglo II d.C.», en *La conversión de Roma. Cristianismo y paganismo*, Madrid, Ediciones Clásicas 1990, p. 25-54.
- GEHRKE, H. J., *Alejandro Magno*, Madrid 2001.
- GERNEZ, D., «Les périples des anciens grecs et leurs rapports avec les Livres d'Instruction Nautiques», *AMB* 4, 1949, p. 15-33.
- GEUS, K., *Eratosthenes von Kyrene: Studien zur hellenistischen Kultur- und Wissenschaftsgeschichte*, Múnich 2002.
- GEUS, K., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 232-245.
- GIARDINA, A., «Roma e il Caucaso», en *Il Caucaso: cerniera fra culture dal Mediterraneo alla Persia*, Espoleto 1996, p. 85-141.
- GIGON, O., *Los orígenes de la filosofía griega. De Hesíodo a Parménides*, Madrid, Gredos 1994.
- GIL, J., *La India y Catay*, Madrid, Alianza 1995.
- GISINGER, F., «Skylax von Karianda», *RE* 3a, 1927, cols. 619-646.
- GISINGER, F., «Zur Geographie bei Hesiod», *RhM* 78, 1929, p. 315-328.
- GISINGER, F., «Menippos von Pergamon», *RE* XV 1, 1931, cols. 862-888.
- GISINGER, F., «Oikoumene», *RE* XVII 2, 1937, cols. 2123-74.
- GISINGER, F., «Periplus», *RE* XIX 1, 1937, cols. 841-850.
- GISINGER, F., «Patrokles», *RE* 18, 1949, col. 2268.
- GIUA, M. A., «Paesaggio, natura, ambiente elementi strutturali nella storiografia di Tacito», *ANRW* II 33.4, 1991, p. 2879-2902.
- GIUROVICH, S., «Posidonio e Omero. Tra etnografia ed esegesi testuale: Eremiti-Arimi ('Odisea' IV.84; 'Iliade' II.783)», *RSA* 36, 2006, p. 175-210.
- GLACKEN, C. J., *Histoire de la pensée géographique. L'antiquité* I, París 2000.
- GOLD, B. K., «Pompey and Theophanes of Mytilene», *AJPh* 106, 1985, p. 312-327.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «Relatos de viaje en la Odisea», *Eclás* 106, 1994, p. 7-31.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «Estrategias de veracidad en Ctesias de Cnido», *Polis* 6, 1994, p. 143-168.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Paradoxógrafos griegos*, Madrid, Gredos 1996.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., y PÉREZ LARGACHA, A., *Egiptomanía*, Madrid, Alianza 1997.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «La Odisea y la invención del bárbaro *avant la lettre*», en *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo*, Barcelona 2004, p. 13-28.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., «Viajes de verdad, viajes de mentira: literatura de viajes del período helenístico», *RFR* 2006, anejo IV, p. 59-75.

- GÓMEZ FRAILE, J. M., «Sobre la antigua cartografía y sus métodos. Los fundamentos numéricos de la Hispania de Claudio Ptolomeo», *Iberia* 8, 2005, p. 35-64.
- GOMME, A. W., *A Historical Commentary on Thucydides IV*, Oxford 1970.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., «La tradición un tema fundamental en la vida de los hombres», en *La tradición en la Antigüedad Tardía. Antigüedad y Cristianismo XIV* 1997, p. 11-18.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., «Los caminos prerromanos en el Próximo Oriente. Fundamentos geográficos de la Chorografía antigua», *Larouco* 3, 2003, p. 13-23.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., «Un viaje sin retorno. La marcha de San Juan Crisóstomo al exilio en el que murió: de Constantinopla a Comana Póntica (404-407 d.C)», en *Libros de viaje y viajeros en la historia*, Universidad de Murcia 2006, p. 171-188.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J., «¿Por qué Menesteo?: la entrada ateniense del Catálogo de las Naves (*Ilíada*, II, 546-556) y la edición pisistrática de los poemas homéricos», *Gerión* 15, 1997, p. 87-110.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Estrabón, Geografía III 5.1 [C 167] y la concepción Hodológica del espacio geográfico», *Habis* 21, 1990, p. 79-92.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., «El Periplo del Mar Eritreo y la evolución interna del género periplográfico. Nuevas aportaciones al problema de la fecha», *Habis* 23, 1992, p. 237-246.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Sobre el valor histórico atribuible al contenido de Ora Maritima: Las citas de los Íberos y de otros pueblos como paradigma», *Faventia* 15 (1) 1993, p. 45-60.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., «(Alex, 44,1) como error en el conocimiento geográfico de Plutarco», en *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas: actas del III Simposio Internacional sobre Plutarco*, Oviedo 1994, p. 671-680.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Suda, s.v. «Σκόλαξ» Sobre el título, el contenido y la unidad de FgrHist III C 709», *Geographia Antiqua* 6, 1997, p. 37-51.
- GONZÁLEZ PONCE, Fr. J., «La periplografía griega de época helenística», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 147-175.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Periplografía griega de época imperial», *Habis* 33, 2002, p. 553-571.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., *Periplógrafos griegos. I. Épocas arcaica y clásica 1: Periplo de Hanón y autores de los siglos VI y V a.C.*, Monografías de Filología Griega, Zaragoza 2008.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., «Los huidizos gorilas de Hanón y la tradición helenística sobre la zoología fabulosa de la India», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 291-304.
- GOODY, J., y WATT, I., «Las consecuencias de la cultura escrita», en *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa 2003, p. 39-82.
- GOODYEAR, F. R. D., «Technical Writing», en *Cambridge History of Classical Literature II Latin Literature*, Cambridge University Press 2008, p. 667-672.
- GORRICHON, M., «La Bretagne dans la «Vie d'Agricola» de Tacite», en *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges à R. Dion*, París 1974, p. 191-205.
- GORRIE, A. M., «Some reflections about geography in the hellenistic age», *Prudentia* 2, 1970, p. 11-18.
- GOUKOWSKY, P., «Le roi Poros et son éléphant», *BCH* 96, 1972, p. 473-502.
- GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre*, I, Nancy 1978.
- GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre. II. Alexandre et Dionysos*, Nancy 1981.

- GOZZOLI, S., «Etnografía e politica in Agatarchide», *Athenaeum* 56, 1978, p. 54-79.
- GRAFTON, A., *New Worlds, Ancient Texts: The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Harvard University Press 1995.
- GRANT, R. M., «Early Christian Geography», *Vigiliae Christianae* 46, 1992, p. 105-111.
- GREEN, P., «Caesar and Alexander: Aemulatio, Imitatio, Comparatio», *AJAH* 3, 1978, p. 1-26.
- GREEN, P., «Strepsiades, Socrates and the abuses of intellectualism», *GRBS* 20, 1979, p. 15-25.
- GREEN, C. M. C., «De Africa et eius incolis: The Function of Geography and Ethnography in Sallust's History of the Jugurthine War (BJ 17-19)», *AncW* 24, 1993, p. 185-197.
- GRILLI, A., «La geografia di Agrippa», en *Il bimillenario di Agrippa*, Universidad de Génova 1990, p. 127-146.
- GUDEMAN, A., «The Sources of the Germania of Tacitus», *TAPA* 31, 1900, p. 93-111.
- GUTHRIE, W. K. C., «La revolución en el pensamiento», en *Grecia y Roma. Historia de las civilizaciones* 3, Madrid, Alianza 1988, p. 173-204.
- GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega. Vol.6 Introducción a Aristóteles*, Madrid, Gredos 1993.
- GUTHRIE, W. K. G., *Historia de la filosofía griega* I, Madrid, Gredos 2005.
- GUTIÉRREZ, S., «El Método: una carta reveladora de Arquímedes a Eratóstenes», *Suma: Revista sobre Enseñanza y Aprendizaje de las Matemáticas* 53, 2006, p. 69-73.
- GUZMÁN ARIAS, C., *Pomponio Mela, Corografía. Traducción y Notas*, Universidad de Murcia 1989.
- GUZMÁN ARIAS, C., y PÉREZ MOLINA, M. P., «Alejandro Magno: asuntos científicos», en *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, p. 803-816.
- GUZMAN, G., «Reports of mongol cannibalism in the Thirteenth-century Latin Sources: Oriental Fact or Western Fiction?», en *Discovering New Worlds*, Nueva York y Londres, Garland 1991, p. 31-68.
- GUZMÁN ARMARIO, F. J., «Ammianus adversus externa gentes: la geografía del Barbaricum en Amiano Marcelino», *ETF, Serie II, Historia Antigua* 12, 1999, p. 217-227.
- GUZMÁN ARMARIO, F. J., *Los hunos: la gran invención de Amiano Marcelino*, Separata de: *Rivista storica dell'antichità* 31, Bologna 2001, p. 115-145.
- GUZMÁN GUERRA, A., «El Póthos de Alejandro y el diccionario griego-español», en *ATHLON. Satura Grammatica In Honorem Francisci R. Adrados*, Madrid, Gredos 1984, p. 199-204.
- GUZMÁN GUERRA, A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Alejandro Magno de la Historia al mito*, Madrid, Alianza 1997.
- HABICHT, C., *Pausanias' Guide to Ancient Greece*, Berkeley 1985.
- HADAS, M., *Hellenistic culture. Fusion and diffusion*, Oxford University Press 1959.
- HÄGG, T., *The novel in Antiquity*, Berkeley, University of California Press 1991.
- HALL, E., *Inventing the barbarian. Greek self-definition through tragedy*, Oxford 1989.
- HALL, J. M., *Hellenicity: between ethnicity and culture*, Chicago 2002.
- HAMILTON, J. R., «Cleitarchus and Aristobulus», *Historia* 10, 1961, p. 448-458.
- HAMILTON, J. R., «Alexander and the Aral», *CQ* 21, 1971, p. 106-111.
- HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno, rey, general y estadista*, Madrid, Alianza 1992.
- HÄNGER, Ch., *Die Welt im Kopf. Raumbilder und Strategie im Römischen Kaiserreich*, Friburgo 1998.
- HARTOG, Fr., «Des lieux et des hommes», en *L'Odyssee*, París 1982, p. 413-429.

- HARTOG, Fr., *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, Méjico, FCE 1999.
- HARTOG, Fr., *El espejo de Heródoto*, Méjico, FCE 2002.
- HASLAM, G., «The Duchy of Cornwall Map Fragment» en *Géographie du monde au moyen âge et à la Renaissance*, París 1989, p. 33-44.
- HAUPT, P., «Xenophon's Account of the Fall of Nineveh», *JAOS* 28, 1907, p. 65-83.
- HAVELOCK, E. A., *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós 1996.
- HAWKES, C. F. C., *Pytheas, Europe and the Greek Explorers*, Oxford 1975.
- HEALY, J. F., *Pliny the Elder on science and technology*, Oxford University Press 1999.
- HEATH, T. L., *The Copernicus of antiquity (Aristarchus of Samos)*, Londres 1920.
- HEATHER, P., «The barbarian in the late antiquity: image, reality and transformation» en *Constructing identities in late antiquity*, Londres & Nueva York, Routledge 1999, p. 234-258.
- HECKEL, W., *The Marshals of Alexander the Great*, Londres & Nueva York, Routledge 1992.
- HEGEL, W., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza 1989.
- HENNIG, R., *Terrae Incognitae*, Leiden 1944-1956, p. 232-236.
- HERMANSEN, G., «The Population of Imperial Rome: The Regionaries», *Historia* 27, 1978, p. 129-168.
- HERZFELD, E., *The Persian Empire. Studies in Geography and Ethnography of the Ancient Near East*, Wiesbaden 1968.
- HEURGON, J., «La date des gobelets de Vicarello», *REA* 54, 1952, p. 9-50.
- HIDALGO DE LA VEGA, M. J., «Algunas reflexiones sobre los límites del *oikoumene* en el Imperio Romano», *Gerión* 23, 2005, p. 271-285.
- HIDALGO DE LA VEGA, M. J., «Roma protectora del helenismo: El poder de la identidad», en *La construcción ideológica de la ciudadanía. Identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo*, Madrid 2006, p. 423-448.
- HINE, H. M., «Seismology and vulcanology in antiquity», en *Science and mathematics in ancient Greek culture*, Oxford 2002, p. 56-75.
- HÖGEMANN, P., *Alexander der Grosse und Arabien*, Múnich 1985.
- HOOPYKAAS, R., «The rise of modern science: when and why?», *BJHS* 20, 1987, p. 453-473.
- HORNBLOWER, J., *Hieronymus of Cardia*, Oxford 1981.
- HORNBLOWER, S., *Thucydides*, Londres 1987.
- HUNT, E. D., «Christians and christianity in Ammianus Marcellinus», *CQ* 35, 1985, p. 186-200.
- INGLEBERT, H., *Interpretatio Christiana. Les mutations des savoirs (cosmographie, géographie, ethnographie, histoire) dans l'Antiquité chrétienne*, París 2001.
- ISAAC, B. H., «Eusebius and the geography of roman provinces», en *The near east under roman rule: Selected papers*, Brill 1998, p. 284-309.
- ISAAC, B. H., *The Invention of Racism in Classical Antiquity*, Princeton University Press 2006.
- ISIVAN, H., «Holy Land Pilgrimage and Western Audiences: Some Reflections on Egeria and Her Circle», *CQ* 38, 1988, p. 528-535.
- JACOB, Ch., «L'oeil et la mémoire: sur la Périégèse de la terre habitée de Denys», en *Arts et légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétoriques du monde*, París 1981, p. 21-97.
- JACOB, Ch., «Carte greche», en *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. 47-68.
- JACOB, Ch., «La mimésis géographique en Grèce antique», en *Espace représentation et sémiotique d'architecture*, París 1989, p. 53-80.

- JACOB, Ch., *La description de la terre habitée de Denys d'Alexandrie ou la leçon de géographie*, París 1990.
- JACOB, Ch., «Alexandre et la maîtrise de l'espace», *QS* 34, 1991, p. 5-40.
- JACOB, Ch., «Aux confins de l'humanité: peuples et paysages africains dans le *Périple d'Hannon*», *Cahiers d'Etudes africaines* XXXI 1-2, 121-122, 1991, p. 9-27
- JACOB, Ch., *L'empire des cartes: Approche théorique de la cartographie à travers l'histoire*, París 1992.
- JACOB, Ch., «L'Inde imaginaire des géographes alexandrins», en *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, París 1995, p. 61-80.
- JACOB, Ch., «Disegnare la terra», en *I Greci: Storia, cultura, arte, società, I, Noi e I Greci*, Turín 1996, p. 901-953.
- JACOB, Ch., «Geografía», en *Diccionario Akal del saber griego*, Madrid, Akal 2000, p. 260-269.
- JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008.
- JACOB, Ch., y MULLEN-HOHL, A., «The Greek Traveler's Areas of Knowledge: Myths and Other Discourses in Pausanias' Description of Greece», *YFS* 59, p. 65-85.
- JACOBY, F., «Über die Entwicklung der griechischen Historiographie und den Plan einer neuen Sammlung der griechischen Historikerfragmente», *Klio* 1909, p. 801-823.
- JACOBY, F., «Ctesias», *RE* 11.2, 1922, cols. 2032-2073.
- JAEGER, W., *Cristianismo primitivo y paideia griega*, Méjico, FCE 1985.
- JAEGER, W., *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, Méjico, FCE 1993.
- JAMESON, S., «Chronology of the campaigns of the Aelius Gallus and C. Petronius», *JRS* 58, 1968, p. 71-84.
- JANNI, P., «Il sole a destra: Estrapolazione nella letteratura geografica antica e nei resoconti di viaggio», *SCO* 28, 1978, p. 87-115.
- JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984.
- JANNI, P., «Gli antichi ei punti cardinali: rileggendo a Pausania», en *ΓΕΩΓΡΑΦΙΑ. Atti del Secondo Convegno Maceratese su Geografia e cartografia antica*, Roma 1988, p. 77-91.
- JANNI, P., «Los límites del mundo entre el mito y la realidad», en *Los límites de la tierra: El espacio Geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Ediciones Clásicas 2000, p. 23-40.
- JANNI, P. «Arcanus Orbis. Per una morfologia dell'ignoto geografico», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p.173-187.
- JANOWITZ, N., *Magic in the roman world. Pagans, Jews and Christians*, Londres & Nueva York, Routledge 2001.
- JANVIER, Y., *La géographie d'Orose*, París 1982.
- JIMÉNEZ ZAMUDIO, R., *Toponimia Bíblica. El Onomastikon de Eusebio de Cesarea y la versión latina de Jerónimo*, Universidad Autónoma de Madrid 2008.
- JOHNSON, D. M., «Hesiod's Descriptions of Tartarus (Theogony 721-819)», *Phoenix* 53, 1999, p. 8-28.
- JOHNSTON, A. E. M., «The earliest preserved Greek Map: a new Ionian type», *JHS* 37, 1986, p. 86-93.
- JONES, B., y KEILLAR, I., «Marinus, Ptolemy and the Turning of Scotland», *Britannia* 27, 1996, p. 43-49.
- JONES, A. H. M., *The greek city: From Alexander to Justinian*, Oxford 1966.

- JONES, A. H. M., «El trasfondo social de la lucha entre paganismo y el cristianismo», en *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, Alianza 1989, p. 31-52.
- JONES, A., «The Stoics and the Astronomical Sciences», en *The Cambridge companion to the Stoics*, Cambridge University Press 2003, p. 328-344.
- KARANTASI, V. T., *La Geografía antigua*, Madrid 1997.
- KARTTUNEN, K., «Κυνοκέφαλοι and Κυνομολγοί», *Arctos* 18, 1984, p. 31-36.
- KARTTUNEN, K., «The Country of Fabulous Beasts and Naked Philosophers. India in Classical and Medieval Literature», *Arctos* 21, 1987, p. 43-52.
- KARTTUNEN, K., «Expedition to the end of the world», *So* 64, 1988, p. 177-181.
- KARTTUNEN, K., *India in Early Greek Literature*, Helsinki 1989.
- KARTTUNEN, K., «Ctesias in transmission and tradition», *Topoi* 7, 1997, p. 635-647.
- KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997.
- KAUFFMANN, G., «Antipodes», *RE* I, 2, 1894, cols. 2531-2533.
- KAZHDAN, A., *Change in byzantine culture in the eleventh and twelfth centuries*, Berkeley-Los Angeles-Londres 1985.
- KAZHDAN, A., «Geography», en *The Oxford dictionary of Byzantium*, II, Oxford 1991, p. 833.
- KIDD, I., «Theophrastus Metereology, Aristotle and Posidonius», en *Theophrastus. His Psychological, Doxographical, and Scientific Writings*, Nueva Jersey, New Brunswick 1992, p. 294-306.
- KIDD, G., *Posidonius: Fragments 1-149*, I-II, Cambridge University Press 1988.
- KIMBALL ARMAYOR, O., «Hecateus' Humor and Irony in Herodotus' Narrative of Egypt», *AncW* 16, 1987, p. 11-18.
- KIRCHNER, J., «Archias», *RE* 2, 1895, col. 463.
- KIRK, G. S., *Los poemas de Homero*, Barcelona, Paidós 1985.
- KIRK, G. S.; RAVEN, J. E., y SCHOFIELD, M., *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos, 1999.
- KITTO, H. D. F., *Greek Tragedy. A literary Study*, Methuen 1939.
- KITZINGER, E., «Studies on Late Antiquity and Early Byzantine Floor Mosaics.I. Mosaics at Nikopolis», *DOP* 6, 1956, p. 81-122.
- KLEIGNTHER, A., *Protos Euretēs*, Leipzig 1933.
- KLOTZ, A., «Die geographischen Commentarii des Agrippa und ihre Überreste», *Klio* 24, 1930-31, p. 8-58; p. 386-466.
- KNAACK, G., «Eratosthenes», *RE* VI, 1907, cols. 358-388.
- KODER, J., «Sopravvivenza e trasformazione delle concezioni geografiche antiche in età bizantina», en *Geografia storica della Grecia antica*, Bari 1991, p. 25-46.
- KOMINKO, M., «The map of Cosmas, the Albi Map and the tradition of ancient geography», *MHR* 20 (2) 2005, p. 163-186.
- KOMINKO, M., «New perspectives on paradise. The levels of reality in byzantine and latin medieval maps», en *Cartography in antiquity and the Middle Ages: fresh perspectives, new methods*, Brill 2008, p. 139-140.
- ΚΟΡΔΩΣΙΣ, Μ., «Η Κωνσταντινούπολη στα Κινεζικά Χρονικά των Τ' ANG», en *Constantinopla 550 años de su caída*, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, Granada 2006, p. 359-366.
- KUCH, H., «A study on the margin of the ancient novel: Barbarians and others» en *The novel in the ancient world*, Brill 1996, p. 209-220.
- KUHN, T. S., *La estructura de las revoluciones científicas*, Méjico, FCE 2004.

- KUHRT, A., «Babylon», en *Brill's companion to Herodotus*, Brill 2002, p. 475-496.
- KWIATKOWSKA, T., *Mundo antiguo y naturaleza*, Méjico, Plaza y Valdes 2001.
- LAISTNER, M. L. W., *Christianity and pagan culture*, Nueva York, Cornell University Press 1951.
- LAMMAN, T., «The religious symbolism of the T-O maps», *Cartographica* 18, 1981, p. 18-22.
- LANA, I., «Scienza e politica», en *Tecnologia, economia e società nel mondo romano*, Como 1980, p. 21-43.
- LANE FOX, R., *The long march: Xenophon and the ten thousand*, New Haven, Yale University Press 2004.
- LANZILLOTTA, E., «Geografía e storia da Ecateo a Tucídide», en *Geografía e storiografía nel mondo classico*, Milán 1988, p. 19-31.
- LARNER, J., *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, Barcelona 2001.
- LASERRE, F., *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, Berlín 1966.
- LAUGHTON, E., «Juvenal's other elephants», *CR* 6, 1956, p. 201.
- LE GLAY, M., *Grandeza y caída del Imperio Romano*, Madrid, cátedra 2002.
- LECOQ, P., *Les inscriptions de la Perse achéménide*, París 1997.
- LEE, H. D. P., «Place-names and the Date of Aristotle's Biological Works», *CQ* 42, 1948, p. 61-67.
- LEHMANN-HAUPT, C. F., «Stadion», *RE* III 1929, cols. 1931-1963.
- LENFANT, D., «L'Inde de Ctésias des sources aux représentations», *Topoi* 5, 1995, p. 309-336.
- LENFANT, D., «Ctésias et Hérodote ou les réécritures de l'histoire dans la perse achéménide», *REG* 109, 1996, p. 348-380.
- LENS TUERO, J., «Comedia e historiografía: Ctesias de Cnido», en *La comedia griega y su influencia en la literatura española* (Ed. LÓPEZ FÉREZ), Madrid 1998, p. 271-306.
- LESKY, A., «Aithipika», *Hermes* 87, 1959, p. 27-38.
- LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos 1989.
- LEUE, G., «Zeit und Heimath des periegeten Dionysius», *Philologus* 42, 1884, p. 175-178.
- LEVI, M. A., *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, Rusconi 1977.
- LEVI, M. A., *I nomadi alla frontiera: i popoli delle steppe e l'antico mondo greco-romano*, Roma 1989.
- LEVI-STRAUSS, C., *Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós 1988.
- LÉVY, E., «Naissance du concept de barbare», *Ktèma* 9, 1984, p. 6-14.
- LIDIN, O. G., *Tanegashima: The arrival of Europe in Japan*, Copenhague 2002.
- LIEBERMAN, S., «Who Were Pliny's Blue-Eyed Chinese?», *CPh* 52, 1957, p. 174-177.
- LINDBERG, D. C., *God and natura: historical essays on the encounter between Christianity and Science*, University California Press 1986.
- LISÓN TOLOSANA, C., *La fascinación de la diferencia*, Madrid, Akal 2005.
- LÍTER, C.; SANCHIS, F., y HERRERO, A., *Geografía y cartografía renacentista*, Madrid, Akal 1992.
- LIVINGSTONE, D. N., «Geography, Tradition and the Scientific Revolution: An Interpretative Essay», *TIBG* 15 (3) 1990, p. 359-373.
- LIVINGSTONE, D. C., *The geographical tradition: episodes in the history of a contested enterprise*, Blackwell 1992.
- LLOYD, G. E. R., «Right and Left in Greek Philosophy», *JHS* 82, 1962, p. 56-66.
- LLOYD, G. E. R., *Early Greek science: Thales to Aristotle*, Nueva York 1970.
- LLOYD, G. E. R., *Greek science after Aristotle*, Londres 1973.

- LLOYD, G. E. R., «Tradition and innovation, text and context», en *Revolutions of wisdom*, University of California Press 1987, p. 58-70.
- LLOYD, G. E. R., *Adversaries and authorities: investigations into ancient Greek and Chinese science*, Cambridge University Press 1996.
- LLOYD, G. E. R., «La comparación entre la ciencia griega y la china», en *DYNAMIS. Acta Hisp. Med. Sci. Hist. Illus* 20, 2000, p. 491-509.
- LONG, A. A., «Stoic readings of Homer», en *Homer's ancient readers. The hermeneutics of greek epic's earliest exegetes*, Princeton University Press 1992, p. 41-66.
- LONG, A. A., *La filosofía helenística*, Madrid, Alianza 2004.
- LONGO, O., *El universo de los griegos. Actualidad y distancias*, Barcelona 2009.
- LÓPEZ FÉREZ, J. A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Cátedra 2000.
- LÓPEZ PARDO, F., *El empeño de Heracles. La exploración del Atlántico en la Antigüedad*, Madrid, Arco Libros 1992.
- LOSSAU, M., «Xenophons Odyssee», *A&A* 36, 1990, p. 47-52.
- LOT, F., *El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media*, Méjico 1956 (*La Fin du monde antique et le début du moyen âge*, París 1927).
- LOUIS, P., «Monstres et monstruosités dans la biologie d'Aristote», en *Le Monde Grec: Hommages à Claire Préaux*, Bruselas 1975, p. 276-284.
- LOZOVSKY, N., *The earth is our book: geographical knowledge in the Latin west 400-1000*, University of Michigan Press 2000.
- LUISI, A., «Cornelio Nepote geografo», Milán, *CISA* 14, 1988, p. 41-51.
- LUKERMANN, F., «The Concept of Location in Classical Geography», *Annals of the Association of American Geographers* 51 (2) 1961, p. 194-210.
- LUTTWAK, E. N., *The grand strategy of the Roman Empire*, Baltimore 1976.
- MAAS, M., «Strabo and Procopius: Classical Geography for a Christian Empire», en *From Rome to Constantinople*, Lovaina 2007, p. 67-83.
- MacCORMACK, S. G., *Art and ceremony in late antiquity*, University of California Press 1981.
- MacDONALD, D., *Christianizing Homer: The Odyssey, Plato and The Acts of Andrew*, Oxford 1994.
- MAGNANI, S., *Geografia storica del mondo antico*, Bolonia, il Mulino 2003.
- MAJUMDAR, R. C., «The Indika of Megasthenes», *JAOS* 78, 1958, p. 273-276.
- MANFREDI, V., «A Mesopotamian Origin for the Myth of the Fortunate Islands?», *Fortunatae* 7, 1995, p. 319-324.
- MANFREDI, V., *Le Isole Fortunate. Topografia de un mito*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 1996.
- MARAVALL, J. A., *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid 1964.
- MARITZ, J., «Putting Africa on the map», *Aclass* 47, 2004, p. 87-100.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M., «Las Islas de Bienaventurados: Historia de un mito en la literatura griega arcaica y clásica», *CFC* 9, 1999, p. 242-279.
- MATTERN, S. P., *Rome and the Enemy: Imperial Strategy in the Principate*, Berkeley 1999.
- MAUSS, M., *Techniques, technology and civilisation*, Durkheim Press 2006.
- MAYER, R., «Geography and Roman Poets», *G & R* 33, 1, 1986, p. 47-54.
- MAYERSON, Ph., «A Confusion of Indias: Asian india and African India in the Byzantine Sources», *JAOS* 113, 1993, p. 169-173.
- MAYERSON, P., «Aelius Gallus at Cleopatra (Suez) and on the Red Sea», *GRBS* 36, 1, 1995, p. 17-24.

- MAZZARINO, S., «Le vie di comunicazione fra impero achemenide e mondo greco», en *La Persia e il mondo greco-romano*, Roma 1966, p. 75-84.
- MAZZARINO, S., *Il pensiero storico classico*, Roma, Laterza 1974.
- MAZZARINO, S., «La democratizzazione della cultura nel Basso Imperio», en *Antico tardoantico ed era Costantiniana*, Roma 1974, p. 74-98.
- MAZZINI, I., «La letteratura cristiana antica e la medicina (II). Saggio di indagine su «Realien» e linguaggio medici nella letteratura cristiana», *L'ÉC* 71 (3) 2003, p. 241-261.
- McCREADY, W. D., «Isidore, the Antipodeans, and the Shape of the Earth», *Isis* 87 (1) 1996, p. 108-127.
- MÉAUTIS, G., «Recherches sur l'époque d'Alexandre», *REA* 44, 1942, p. 300-308.
- MEDAS, S., *De rebus nauticis: l'arte della navigazione nel mondo antico*, Roma 2004.
- MEDEROS MARTÍN, A., y ESCRIBANO COBO, G., «El periplo norteafricano de Hannón y la rivalidad gaditano-cartaginesa de los siglos IV-III a.C.», *Gerión* 18, 2000, p. 77-107.
- MEDEROS MARTÍN, A., «El periplo insular y continental norteafricano de Sertorio (80-81)», en *Libyae lustrare extrema. Realidad y literatura en la visión grecorromana de África. Homenaje al Prof. Jehan Desanges*, Sevilla 2009, p. 99-116.
- MELÓN, A., «La etapa isidoriana en la geografía medieval», *Arbor* 28, 1954, p. 454-467.
- MENÉNDEZ PIDAL, R., *Historia de España. III España Visigoda*, Madrid 1940.
- MENÉNDEZ PIDAL, G., «Mozárabes y Asturianos en la cultura de la alta edad media, en relación especial con la historia de los conocimientos geográficos», *BRAH* 134, 1954, p. 137-291.
- MENÉNDEZ PIDAL, G., *Hacia una nueva imagen del mundo*, Madrid 2003.
- MERKELBACH, R., «Hesiod fr. 150.25 M.W», *ZPE* 2, 1968, p. 6.
- MERRILLS, A. H., *History and geography in late antiquity*, Cambridge University Press 2005.
- MILANI, C., «Strutture formulari nell' «Itinerarium Burdigalense» (a 333)», *Aevum* 17, 1983, p. 99-108.
- MILLAR, F., *Rome, the Greek World, and the East*, University of North Carolina Press 2004.
- MILLER, K., *Itineraria Romana. Römische reisewege an der hand der Tabula Peutingeriana*, Roma 1964.
- MIRHADY, D. C., *Dicaearchus of Messana: text, translation and discussion*, Nueva Jersey 2001.
- MOLINA MARÍN, A. I., *Geógrafos y geografía en la empresa de Alejandro Magno*, Murcia 2007.
- MOLINA MARÍN, A. I., «Política y confrontación en los banquetes macedonios en la obra de Plutarco», en *Symposium and philanthropia in Plutarch*, Coimbra 2009, p. 201-209.
- MOLINÉ, E., *Los padres de la Iglesia: Una guía introductoria*, Madrid 1995.
- MOMIGLIANO, A., «Il razionalismo di Ecateo di Mileto», *Atene e Roma* 12, 1931, p. 133-142.
- MOMIGLIANO, A., «Tradizione e invenzione in Ctesia», *A&R* 12, 1931, p. 15-44 [*Quarto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma 1969, p. 181-212].
- MOMIGLIANO, A., «Polibio, Posidonio e l'imperialismo romano», en *Atti della Accademia delle scienze di Torino* 107, 1972-73, p. 693-707.
- MOMIGLIANO, A., *La historiografía griega*, Barcelona 1984.
- MOMIGLIANO, A., «Los orígenes de la historia universal», en *De paganos, judíos y cristianos*, Méjico, FCE 1996, p. 56-98.
- MOMIGLIANO, A., *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización*, Méjico, FCE 1999.
- MOMMSEN, Th., «Ammians Geographica», *Hermes* 16, 1881, p. 602-636.

- MONTAÑÉS, R., «El viaje y los viajes en la literatura bizantina», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el románico*, Universitat de València 2002, p. 369-383.
- MONTERO BARRIENTOS, D., «El determinismo geográfico, la geografía económica y el imperialismo en la obra de Estrabón», *Studia historica. Historia antigua* 13-14, 1995-96, p. 311-330.
- MONTERO, S., «Cristianismo y astrología en los siglos IV-V d.C. Oriente y Occidente», *Ilu* 2, 1999, p. 23-32.
- MONTGOMERY, H., *Gedanke und Tat. Zur Erzählungstechnik bei Herodot, Thukydides, Xenophon und Arrian*, Estocolmo 1965, p. 162-233.
- MORETTI, G., *Agli antipodi del mondo: per la storia di un motivo scientifico-leggendario*, Trento 1990.
- MORETTI, G., «Viaggi verso l'irraggiungibile: notizie dell'altro mondo: le comunicacion con gli antipodi fra dottrina, mito e letteratura», en *Idea e relata del viaggio: il viaggio nel mondo antico*, G. Camassa y S. Fasce (Eds), Génova 1991, p. 367-383.
- MORETTI, G., «The Other World and the Antipodes. The Myth of the Unknown Countries between Antiquity and the Renaissance», en *The Classical Tradition and the Americas I*, W. Haase y M. Reinhold (Eds) Berlín 1993, p. 241-284.
- MORGAN, M. G., «Tacitus on Germany: Roman History or Latin Literature», en *Literature and History*, Boston 1983, p. 87-118.
- MORSTEIN-MARX, R., «The Myth of Numidian Origins in Sallust's African Excursus (Iugurtha 17.7-18.12)», *AJPh* 122 (2) 2001, p. 179-200.
- MOSCARELLI, E., *I quattro grandi milesi: Talete, Anassimandro, Anassimene, Ecateo: testimonianze e frammenti*, Nápoles 2005, p. 89-100.
- MOSSÉ, Cl., «El hombre y la economía», en *El hombre griego*, Madrid, Alianza 1995, p. 35-63.
- MOSSÉ, Cl., «El pensamiento político frente a la crisis de la polis», en *El mundo griego y el oriente. II El siglo IV y la época helenística*, Madrid, Akal 1998, p. 171-198.
- MOUNTFORD, J. F., «Silvia, Aetheria or Egeria», *CQ* 17, 1923, p. 40-41.
- MOYNIHAN, R., «Geographical Mythology and Roman Imperial Ideology», en *The Age of Augustus*, Providence 1985, p. 149-162.
- MUCKENSTURM-POULLE, C., «L'espace des gymnosophistes», en *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, París 1995, p. 113-124.
- MUHLY, J. D., «Homer and the Phoenicians», *Berytus* 19, 1970, 1964, p. 19-64.
- MÜLLER, C., *Geographi Graeci Minores I-II*, París 1855-61.
- MÜLLER, D. H., «Arabia», *RE* 3, 1895, cols. 344-359.
- MÜLLER, E. K., *Geschichte der Antiken ethnographie und ethnologischen Theoriebildung*, Wiesbaden 1972.
- MURDOCH, A., *Rome's Greatest Defeat. Massacre in the Teutoburg Forest*, Gloucestershire, Sutton 2006.
- MURISON, C. L., «Cartography», en *Encyclopedia of Greece and the Hellenic Tradition*, I, Londres & Chicago 2000, p. 294-295.
- MURRAY, O., «Omero e l'etnografia», *Kokalos* 34-35, 1988-1989, p. 1-13.
- MYRES, J. L., «Erodoto geografo», en *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Bari 1983, p. 115-134.
- NADEU, J. Y., «Ethiopians», *CQ* 20, 1970, p. 339-349.
- NENCI, G., «Il motivo della autopsia nella storiografia greca», *SCO* 3, 1953, p. 22-46.

- NERI, V., *Ammiano Marcellino e il cristianesimo. Religione e politica nelle Res Gestae di Ammiano Marcellino*, Bologna 1985.
- NETTON, I. R., *Islamic and middle eastern geographers and travellers*, Londres & Nueva York 2008.
- NEUGEBAUER, O., *A History of Ancient Mathematical Astronomy*, Berlín-Heidelberg-Nueva York 1975.
- NEWTON, R., *The crime of Claudius Ptolemy*, John Hopkins University Press, Baltimore 1977.
- NICOLET, Cl., «Les finitores ex equestri loco de la loi Servilia de 63 ay. J.-C.», *Latomus* 29, 1970, p. 72-103.
- NICOLET, Cl., y GAUTIER DALCHÉ, P., «Les quatre sages de Jules César et la mesure du monde selon Julius Honorius: réalité antique et tradition medieval», *JS* 1987, p. 157-218.
- NICOLET, Cl., «De Vérone au Champ de Mars: chorographia et carte d'Agrippa», en *MEFRA* 100, 1988, p. 127-138.
- NICOLET, Cl., «Il modello dell'Impero», en *Storia di Roma IV. Caratteri e morfologie*, Turín, Einaudi, 1989, p. 459-486.
- NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Míchigan 1991.
- NIESE, B., «Beiträge zur Biographie Strabos», *Hermes* 13 (1) 1878, p. 34-45.
- NIPPEL W., «La costruzione dell' altro», en *I Greci: Storia, cultura, arte, società*, I, *Noi e I Greci*, Turín 1996, p. 165-196.
- NUTTON, V., «From Galen to Alexander, Aspects of Medicine in Late Antiquity», *DOP* 38, 1984, p. 1-14.
- OLIVER SEGURA, J. P., «Diálogo del rey Alejandro con el brahmán Dándamis», en *Heterodoxos, reformadores y marginados en la antigüedad clásica*, Sevilla 1991, p. 107-136.
- ONIAN, R. B., *The Origins of European Thought*, Cambridge 1951.
- ONIGA, R., *Sallustio e l'etnografia*, Pisa 1995.
- OSBORNE, R., *La formación de Grecia 1200-479 a.C.*, Barcelona, Crítica 1998.
- OTTO, W. F., *Dioniso: mito y culto*, Madrid, Siruela 1997.
- PAGÀN, V. E., «Beyond Teutoburg: Transgression and Transformation in Tacitus Annales 1.61-62», *CPh* 94 (3) 1999, p. 302-320.
- PAIS, E., «Straboniana», *RFIC* 15, 1887, p. 97-246.
- PAJÓN LEYRA, I., *Paradoxografía griega: Estudio de un género literario*, Tesis doctoral, Madrid 2009.
- PALMER, A., «Egeria the voyager, or technology of remote sensing in Late Antiquity», en *Travel fact and travel fiction: studies on fiction, literary tradition, scholarly discovery and observation in travel writings*, Brill 1994, p. 40-45.
- PANIAGUA AGUILAR, D., *El panorama literario técnico-científico en Roma (siglos I-II D.C.)*, «Et docere et delectare», Salamanca 2006.
- PAPADOPOULOS, J. K., y RUSCILLO, D., «A Ketos in Early Athens: An Archaeology of Whales and Sea Monsters in the Greek World», *AJA* 106 (2) 2002, p. 187-227.
- PARKER, V., «Herodotus' use of Aeschylus' Persae as a source for the battle of Salamis», *SO* 82 (1) 2007, p. 2-29.
- PARRONI, P., «Il proemio della 'Chorographia' di Pomponio Mela», *RFIC* 96, 1968, p. 184-197.
- PASCHOUD, Fr., *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'occident latin a l'époque des grandes invasions*, Roma, Biblioteca Helvetica Romana 1967.

- PASSARELLA, R. «Conoscenze mediche ambrosiane, ovvero la medicina nei Padri della Chiesa: questioni di metodo», *Acme* 57 (2) 2004, p. 69-92.
- PASTOR MUÑOZ, M., «La Península Ibérica en Marciano de Heraclea», *HAnt* 8, 1978, p. 89-128.
- PATRICIOS, N. N., «The Spatial Concepts of the Ancient Greek», *CASA* 14, 1971, p. 17-36.
- PEARSON, L., *Early Ionian Historians*, Oxford 1939.
- PEARSON, L., «Thucydides and the Geographical Tradition», *CQ* 33, 1939, p. 48-54.
- PEARSON, L., «The diary and the letters of Alexander the Great», *Historia* 3, 1954-5, p. 439-443.
- PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York-Oxford 1960.
- PÉDECH, P., *La méthode historique de Polybe*, París 1964.
- PÉDECH, P., «La culture de Polybe et la science de son temps», en *Fondation Hardt* 20, Ginebra 1974, p. 41-60.
- PÉDECH, P., «L'analyse géographique chez Posidonius», en *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges à R. Dion*, París 1974, p. 31-43.
- PÉDECH, P., *La géographie des grecs*, Vendome 1976.
- PÉDECH, P., «Le paysage dans les historiens d'Alexandre», *QS* 3, 1977, p. 119-131.
- PÉDECH, P., «Les historiens d'Alexandre», en *Historiographia Antiqua*, Lovaina 1977, p. 119-138.
- PÉDECH, P., «L'expédition d'Alexandre et la science grecque», en Μέγας Αλέξανδρος: 2300 χρόνια από τον θάνατον του, Tesalónica 1980, p. 135-156.
- PÉDECH, P., *Historiens compagnons d'Alexandre. Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*, París 1984.
- PEKKANEN, T., «The Pontic 'civitates' in the Periplus of the Anonymus Ravennas», *Arctos; acta philologica fennica* 13, 1979, p. 111-128.
- PELLING, C. R. B., «Caesar Battle-Description and the Defeat of Ariovistus», *Latomus* 40, 1981, p. 741-766.
- PERETTI, A., *Il periplo di Scilace*, Pisa 1979.
- PERETTI, A., «I peripli arcaici e Scilace di Carianda», en *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Bari 1983, p. 69-114.
- PERETTI, A., *Dall'Eridano di Esiodo al Retrone vicentino: studio su un idronimo erratico*, Pisa 1994.
- PÉREZ JIMÉNEZ, A., «La tiranía de los astros sobre el cuerpo humano: Melotesia zodiacal», en *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica* /coord. Por Andrés Pociña Pérez, Jesús María García González, Universidad de Granada 1996, p. 263-286.
- PÉREZ JIMÉNEZ, A., «La imagen celeste de la ecúmene. Geografía zodiacal y planetaria», en *Los límites de la tierra: El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid 1998, p. 177-219.
- PÉREZ MARTÍN, I., «El libro en Bizancio compañero de viaje», en *Camino de Bizancio*, Universidad de Castilla la Mancha 2007, p. 239-265.
- PERRY, B. E., *The ancient romances: A literary-historical account of their origins*, Berkeley, University of California Press 1967.
- PETSALIS-DIOMIDIS, A., «Narratives of transformation: Pilgrimage patterns and authorial self-presentation in three pilgrimage texts», en *Pilgrim voices: narrative and authorship in Christian pilgrimage*, Oxford & Nueva York, Berghahn Books 2003, p. 84-109.
- PFISTER, F., «Das Alexanderarchiv und die hellenistisch-römische Wissenschaft», *Historia* 10, 1961, p. 30-67.

- PINKER, A., «Nahum and the Greek tradition on Niniveh's Fall», *JHS* 6, 2006, p. 2-16.
- PIÑERO, A., «Cristianismo primitivo y estado», en *Héroes y Antihéroes en la antigüedad clásica*, ALVAR, J., y BLÁZQUEZ, J. M., (EDS.) Madrid, Cátedra 1997, p. 247-266.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D., «Estrabón III: El territorio hispano, la geografía griega y el imperalismo romano», *Habis* 18-19, 1987-1988, p. 243-256.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D., «Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente», *Gerión* 7, 1989, p. 41-51.
- POHL, W., «Introduction: The Empire and the Integration of Barbarians», en *Kingdoms of the Empire. The Integration of Barbarians in Late Antiquity*, The Transformation of the Roman World, I Leiden, Brill 1997, p. 1-12.
- POLASCHEK, E., «Ptolemy's Geographi in a new light», *Imago Mundi* 14, 1959, p. 17-37.
- POLLITT, J. J., *El arte helenístico*, Madrid, Nerea 1989.
- PORRO GUTIÉRREZ, J. M., «La cartografía ptolemaica del sureste asiático y su variante martelliana: planteamiento, consideraciones críticas y desarrollo de una hipótesis reinterpretativa», *RCHA* 27, 2001, p. 327-356.
- PORRO GUTIÉRREZ, J. M., «Los tesoros de los mapas: La cartografía como fuente histórica (De la antigüedad a la época colombina)», *AMA* 12, 2004, p. 53-80.
- POSNER, E., *Archives in the ancient world*, Harvard 1972.
- POTHECARY, S., «The European provinces: Strabo as evidence», en *Strabo's Cultural Geography*, Cambridge University Press 2005, p. 161-179.
- POWELL, B. B., *Homer*, Blackwell 2004.
- PRÉAUX, Cl., «Stagnation de la pensée scientifique à l'époque hellénistique», en *Essays in honor of C. Bradford Welles*, New Haven, American Society of Papyrologists 1966, p. 235-250.
- PRÉAUX, Cl., *La lune dans la pensée grecque*, Bruselas 1973.
- PRÉAUX, Cl., *El mundo helenístico. Grecia y Oriente desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Roma*, II Barcelona Clío 1984.
- PRESUTTA, D., *The Biblical Cosmos Versus Modern Cosmology: Why the Bible is no the Word of God*, Llumina Press 2007.
- PRETZLER, M., «Turning travel into text: Pausanias at work», *G&R* 51, 2004, p. 199-216.
- PREUS, A., *Science and Philosophy in Aristotle's Biological Works*, Hildesheim-Nueva York 1975.
- PRONTERA, Fr., «Sul concetto Geografico di Hellás», en *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. 79-105.
- PRONTERA, Fr., «Prima di Strabone: Materiali per uno studio della geografia antica come genere letterario», en *Strabone: Contributi allo studio della personalità e dell'opera* I, Perugia 1984, p. 187-256.
- PRONTERA, Fr., «Periploi: sulla tradizione della geografia nautica presso i Greci», en *L'uomo e il mare nella civiltà occidentale: da Ulisse a Cristoforo Colombo*, Génova 1992, p. 25-44.
- PRONTERA, Fr., «Acerca de la exégesis helenística de la geografía homérica», en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e historia en la Grecia antigua*, Málaga 2003, p. 13-26.
- PRONTERA, Fr., «Sobre la delineación de Asia en la geografía helenística», en *Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia*, Málaga 2003, p. 65-86.
- PRONTERA, Fr., «Del Halis al Tauro. La descripción y representación del Asia Menor en Estrabón», en *Otra forma de mirar el Espacio. Geografía e Historia en la Grecia antigua*, Málaga 2003, p. 123-138.

- PRONTERA, Fr., «La geografía de Polibio: tradición e innovación», en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e historia en la Grecia antigua*, Málaga 2003, p. 139-149.
- PURCELL, N., «The Creation of Provincial Landscape: The Roman Impact on Cisalpine Gaul», en *The Early Roman Empire in the West*, Oxford 1990, p. 6-29.
- QUACQUARELLI, A., *Reazione pagana e trasformazione della cultura (fine IV secolo d.C.)*, Bari 1986.
- RAMIN, J., «Le périple d'Hannon. Apports de la littérature et hypothèses», *Latomus* 35, 1976, p. 791-804.
- RAMIN, J., *Mythologie et géographie*, París, Les Belles Lettres 1979.
- RAUTMAN, M. L., *Dayly life in the Byzantine Empire*, Greenwood Press 2006.
- REDFIELD, J. M., *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Ilíada*, Barcelona, Ensayos/Destino 1992.
- REDONDO REYES, P., *La Harmónica de Claudio Ptolomeo: edición crítica, con introducción, traducción y comentario*, Tesis doctoral, Universidad de Murcia 2002.
- REED, J. N., «Pattern and purpose in the Antonine Itinerary», *AJPh* 99, 1978, p. 228-254.
- REINHARDT, K., «Poseidonios», *RE* 22, 1953, cols. 558-826.
- RENFREW, C., *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona, Crítica 1990.
- RENNA, E., «Pitea di Marsiglia e il viaggio di esplorazione ai confini settentrionali del mondo abitato», en *Scritti di varia umanità in memoria di B. Pezzi*, Sorrento 1994, p. 25-41.
- REPELLINI, F. F., «Ipparco e la tradizione Astronomica», en *La scienza ellenistica*, Bari 1982, p. 187-223.
- REYDAMS-SCHILS, G., «Posidonius and the Timaeus: off to Rhodes and back to Plato», *CQ* 47, 1997, p. 455-476.
- RIBAGORDA, M., «La pervivencia religiosa pagana en el siglo V: El ejemplo de Rutilio Namaciano», en *Antigüedad y Cristianismo. La tradición en la Antigüedad Tardía XIV*, 1997, p. 179-187.
- RICE, E. E., *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus*, Oxford 1983.
- RIDGEWAY, W., «Contributions to Strabo's Biography», *CR* Vol. 2, No. 3, 1888, p. 84.
- RIESE, A., *Geographi Latini Minores*, Heilbronn 1878. Reimpreso Hildesheim 1964.
- RIESTRA RODRÍGUEZ, J. L., *La concepción geográfica de C. C. Tácito*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid 1985.
- RIHLL, T. E., *Greek science*, Oxford 1999.
- RILEY, M. T., «Ptolemy's Use of His Predecessors' Data», *TAPA* 125, 1995, p. 221-250.
- RIST, J. M., *Stoic philosophy*, Cambridge 1969.
- RITSCHL, Fr., «Die Vermessung des römischen Reichs unter Augustus, die Weltkarte des Agrippa und die Cosmographie des sogenannten Aethicus (Julius Honorius)», *RhM* 1, 1842, p. 481-523.
- RITTI, T., «Las exploraciones geográficas», en BIANCHI BANDINELLI, R., (Ed.) *Historia y civilización de los griegos IX*, Barcelona 1983, p. 162-180.
- RIVES, J. B., *Tacitus-Germania*, Oxford 1999.
- ROBINSON, C. A., «Alexander's plans», *AJPh* 61, 1940, p. 469-474.
- RODDAZ, J. M., «Auguste et les confins», en *L'Africa Romana. Ai confini del Impero: contatti, scambi, conflitti XV* (1), Roma 2004, p. 261-276.
- RODRÍGUEZ VALCÁRCEL, J. A., «Li-hsien ¿Una ciudad romana en China?», *Espacio tiempo y forma. Historia antigua* 10, 1997, p. 129-135.

- ROHDE, E., *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig 1876.
- ROISMAN, J., «Honor in Alexander's campaign», en *Brill's companion to Alexander the Great*, Brill 2003, p. 279-321.
- ROLLER, D. W., *Through the pillars of Herakles: Greco-Roman exploration of the Atlantic*, Nueva York 2006.
- ROLLER, D. W., *Eratosthenes' Geography*, Princeton University Press 2010.
- ROMER, F. E., *Pomponius Mela's Description of the World*, Michigan 1998.
- ROMM, J. S., «Aristotle's elephant and the myth of Alexander's scientific patronage», *AJPh* 110, 1989, p. 566-575.
- ROMM, J. S., «Alexander, biologist. Oriental monstrosities and the Epistola Alexandri ad Aristotelem», en *Postmodernism across the ages*, Syracuse University Press 1993, p. 323-327.
- ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992.
- ROSEMAN, Ch. H., *Pytheas of Massalia, on the Ocean*, Chicago 1994.
- ROUGÉ, J., *Expositio totius mundi et gentium*, París 1966.
- ROUX, G., *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Madrid, Akal 1987.
- ROWE, C., «The Politicus and other dialogues», en *Greek and Roman Political Thought*, Cambridge 2005, p. 233-257.
- ROWE, C., «The Peripatos after Aristotle», en *Greek and Roman Political Thought*, Cambridge 2005, 390ss.
- RUGGINI, L. C., «Sulla cristianizzazione cultura pagana: il mito greco e latino di Alessandro dall'età Antonina al Medioevo», *Athenaeum* 43, 1965, p. 3-80.
- RUGGINI, L. G., «Potere e carismi in età imperiale», *Studi storici* 3, 1979, p. 585-606.
- RUGGINI, L. C., «Arcaismo e conservatorismo, innovazione e rinnovamento (IV-V Secolo)», en *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichità*, I, Roma 1985, p. 133-156.
- RUOTSALA, A., *Europeans and Mongols in the Middle of the Thirteenth Century: Encountering the Other*, Helsinki 2001.
- RUSSO, L., y MEDAGLIA, S. M., «Sulla presunta accusa di empietà ad Aristarco di Samo», *QUCC* 53, 1996, p. 113-121.
- RUSSO, L., *The forgotten revolution: how the science was born in the 300 BC and why it had to be reborn*, Berlín & Nueva York, Springer 2004.
- SAGE, M. M., «Tacitus historical works», *ANRW* II 33.2, 1990, p. 850-1031.
- SALINAS DE FRÍAS, M., «Geografía real y ficticia en la epopeya sertoriana», en *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*, CRUZ ANDREOTTI, G., LE ROUX, P., MORET, P., eds., Málaga-Madrid 2007, p. 153-174.
- SALLES, J-F., «La circumnavigation de l'Arabie dans l'Antiquité classique», en *L'Arabie et ses mers bordières*, Lyon 1988, p. 75-102.
- SALLES, J-F., «Découvertes du golfe arabo-persique aux époques grecque et romaine», *REA* 94, 1992, p. 79-97.
- SALWAY, B., «Travel, Itineraria and Tabellaria», en *Travel and Geography in the Roman Empire*, Nueva York, Routledge 2001, p. 22-66.
- SALWAY, B., «The nature and Genesis of the Peutinger Map», *Imago Mundi* 57 (2) 2005, p. 119-135.
- SÁNCHEZ LEÓN, M. L., «En torno a la transmisión de la obra de Agatárquides», *Hant* 11-12, 1981-1985, p. 183-195.
- SÁNCHEZ RUIPÉREZ y TOVAR, A., *Historia de Grecia*, Barcelona 1983.

- SANDERS, L. J., «Dionysius of Syracuse and the origins of the ruler cult in the Greek world», *Historia* 40, 3, 1991, p. 275-287.
- SANTIAGO, R.-A., «Griegos y bárbaros arqueología de una alteridad», *Faventia* 20 (2) 1998, p. 33-44.
- SANTOS YANGUAS, N., «Presagios, adivinación y magia en Ammiano Marcelino», *Helmántica* 30, 1979, p. 9-20.
- SANZ BONEL, V. M., «La aportación pagana, Querolus y Rutilio Namanciano al carácter cristiano de los Bagaudas», en *Aragón en la Edad Media. Homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros*, 14-5, 1999, p. 1471-1486.
- SANZ MORALES, M., «Sobre la existencia de una recensión de la *Iliada* debida a Aristóteles», *Minerva* 3, 1991, p. 57-80.
- SAVAGE-SMITH, E., «Maps and trade», en *Byzantine trade, 4th-12th centuries: the archaeology of local, regional and international exchange*, University of Oxford 2004, p. 15-29.
- SAYRE, F., *Diogenes of Sinope: A Study of Greek Cynicism*, Baltimore 1938.
- SCAFI, A., *Mapping paradise: A History of Heaven on Earth*, University of Chicago Press 2006.
- SCANLON, T. F., «Textual Geography in Sallust's The War with Jugurtha», *Ramus* 17, 1988, p. 138-175.
- SCHIFFER, S., «Aristotle à Athènes et Callisthène à Babylone», *REA* 38, 1936, p. 273-276.
- SCHMIDT, E., *Persepolis*, II, Chicago 1957.
- SCHNABEL, P., «Die Weltkarte des Agrippa als wissenschaftliches Mittelglied zwischen Hipparch und Ptolemaeus», *Philologus* 90, 1935, p. 405-440.
- SCHOFF, W. H., *Parthian Stations by Isidore of Charax*, Londres 1914.
- SCHOFF, W. H., «Navigation to the Far East under the Roman Empire», *JAOS* 37, 1917, p. 240-249.
- SCHRADER, C., «El mundo conocido y las tentativas de exploración. Los orígenes de la geografía descriptiva en Grecia», en *Pautas para una seducción. Ideas y materiales para una nueva asignatura: Cultura Clásica*, Alcalá de Henares 1990, p. 81-149.
- SCHULTEN, A., y BOSCH GIMPERA, P., *Hispania. Etimología, Geografía, Historia*, Sevilla 2004.
- SCOTT, J. A., «Sidon and the Sidonians in Homer», *CJ* 14 (8), 1919, p. 525-526.
- SCOTT, J. M., *Geography in early Judaism and Christianity: the book of Jubilees*, Cambridge University Press 2002.
- SCULLARD, H. H., *The elephant in the greek and roman world*, Cambridge 1974.
- SEAGER, R., «Perceptions of eastern frontier policy in Ammianus, Libanius and Julian (337-363)», *CQ* 47, 1997, p. 253-268.
- SECHI, M., *La costruzione della scienza geografica nei pensatori dell'antichità classica*, Roma 1990.
- SEIBERT, J., *Alexander der Grosse*, Darmstadt 1972.
- SHAFER, R., «Unmasking Ctesias' dog-headed People», *Historia* 13, 1964, p. 499-503.
- SHCHEGLOV, D. A., «Posidonius on the dry west and the wet east: Fragment 223EK reconsidered», *CQ* 56.2, 2006, p. 509-527.
- SIDEBOTTOM, H., «Pausanias: Past, Present, and Closure», *CQ* 52 (2) 2002, p. 494-499.
- SILBERMAN, A., «Les sources de date romaine dans la 'Chorographie' de Pomponius Mela», *Rph* 112, 1986, p. 239-254.
- SILBERMAN, A., «Le premier ouvrage latin de géographie: la Chorographie de Pomponius Mela et ses sources grecques», *Klio* 71, 2, 1989, p. 571-581.

- SILBERMAN, A., «Arrien Périples du Pont-Euxin: Essai d'interprétation et d'évaluation des données historiques et géographiques», *ANRW II* 34 (1) 1993, p. 276-311.
- SILBERMAN, A., *Arrien. Périples du Pont-Euxin*, París 1995.
- SIMONETTI AGOSTINETTI, A., «Problemi di sussistenza per l'armata di Alessandro durante la spedizione asiatica», en *Studi di antichità in memoria di Mario Attilio Levi*, Milán 2002, p. 426-447.
- SIMPSON, R. H., y J. F. LAZENBY, J. F., *The Catalogue of the Ships in Homer's Iliad*, Oxford 1971.
- SIRAGO, V. A., *L'uomo del IV secolo*, Nápoles 1986.
- SHAHAR, Y., *Josephus Geographicus: The Classical Context Of Geography In Josephus (Texts & Studies in Ancient Judaism)*, Tubinga 2004.
- SHERK, R. K., «Roman Geographical Exploration and military maps», *ANRW II* 1, 1974, p. 534-562.
- SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro*, Barcelona, Crítica 2001.
- SILLIÈRES, P., «Voies romaines et contrôle de L'Hispanie à l'époque républicaine», en *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Universidad de León 2003, p. 25-40.
- SIVAN, H., «Who was Egeria? Piety and Pilgrimage in the age of Gratian», *HTR* 81, 1988, p. 59-72.
- SNOWDEN, Fr. M., *Blacks in antiquity: Ethiopians in the Greco-Roman experience*, Harvard 1970.
- SOLMSEN, F., «Eratosthenes as Platonist and Poet», *TAPA* 73, 1942, p. 192-213.
- SOLMSEN, F., «The fishes of Lesbos and their alleged significance for the development of Aristotle», *Hermes* 106, 1978, p. 467-484.
- SORDI, M., «Gli interessi geografici e topografici nelle Elleniche di Senofonte», en *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán 1988, p. 32-40.
- SPENCE, J., *Memory palace of Matteo Ricci*, Nueva York 1985.
- STADTER, Ph. A., *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill 1980.
- STAHL, W. H., «The Greek Heliocentric Theory and Its Abandonment», *TAPA* 76, 1945, p. 321-332.
- STAHL, W. H., «Dominant Traditions in Early Medieval Latin Science», *Isis* 50 (2) 1959, p. 95-124.
- STAHL, W. A., «Astronomy and Geography in Macrobius», *TAPA* 73, 1942, p. 232-258.
- STAHL, W. A., *Commentary on the Dream of Scipio by Macrobius*, Columbia 1952.
- STASZAK, J. F., *La géographie d'avant la géographie. Le climat chez Aristote et Hippocrate*, París 1995.
- STEINMETZ, P., «Tacitus und die Kugelgestalt der Erde», *Philologus* 91, 1969, p. 233-241.
- STEVENS, W. M., «The Figure of the Earth in Isidore's «De natura rerum»», *Isis* 71 (2) 1980, p. 268-277.
- STIEHLE, R., «Der Geograph Artemidoros von Ephesos», *Philologus* 2, 1856, p. 193-244.
- STONEMAN, R., «Who are the Brahmins?», *CQ* 44, 1994, p. 500-510.
- STONEMAN, R., «Naked Philosophers», *JHS* 115, 1995, p. 99-114.
- STONEMAN, R., *Alexander the Great*, Londres, Lancaster Pamphlets 1997.
- SUÁREZ DE LA TORRE, E., «Ítaca y Ulises», *Eclás* 69/70, 1973, p. 221-239.
- SUNDWALL, G. A., «Ammianus Geographicus», *AJPh* 117, 4, 1996, p. 619-643.
- SYME, R., «Military Geography at Rome», *CA* 7 (2) 1988, p. 227-251.

- SWAIN, J. W., «The theory of the four Monarchies: Opposition history under the Roman Empire», *CPh* 35, 1940, p. 1-21.
- TABOADA, H. G. H., «Polibio (5.84.5 S) y los elefantes de Rafia», *Habis* 26, 1995, p. 113-117.
- TAEGER, F., *Charisma*, I Stuttgart 1957.
- TALBERT, R., «Review of Greek and roman maps», *JRS* 77, 1987, p. 210-212.
- TALBERT, R., «Cartography and taste in Peutinger's Roman Map», en *Space in Roman World: Its Perception and Presentation*, Münster 2004, p. 113-141.
- TAPLIN, O., «The shield of Achilles within the Iliad», *G&R* 27, 1980, p. 1-21.
- TARN, W. W., «Patrocles and the Oxo-Caspian trade route», *JHS* 21, 1901, p. 10-29.
- TARN, W. W., «Alexander's u(pomnh/mata and the «World-Kingdom», *JHS* 41, 1921, p. 3-17.
- TARN, W. W., «Polybius and a Literary Commonplace», *CQ* 20, 1926, p. 98-100.
- TARN, W. W., «Ptolemy II and Arabia», *JEA* 15, 1929, p. 9-25.
- TARN, W. W., *Alexander the Great*, II, Londres, Cambridge University Press 1948.
- TARN, W. W., *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge 1951.
- TARN, W. W., y GRIFFITH, G. T., *La civilización helenística*, Méjico, FCE 1969.
- TATAKI, A. B., *Macedonians Abroad. A Contribution to the Prosopography of Ancient Macedonia*, Atenas 1998.
- TEODERSSON, S.-T., «EX ORIENTE LUX, EX OCCIDENTE DUX: Griegos, Cartagineses y romanos en contacto y conflicto», en *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, p. 999-1006.
- THALAMAS, A., *La géographie d'Ératosthène*, París 1921.
- THOLLARD, P., *Barbarie et civilisation chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie* Ann. Litt. Univ. de Besancon no 365, Centre de Rech. d'Hist. Ancienne 77, Les Belles Lettres, París 1987.
- THOMSEN, R., *The origin of ostracism: A synthesis*, Copenhage 1972.
- THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965.
- TIERNEY, J. J., «Ptolemy's Map of Scotland», *JHS* 79, 1959, p. 132-148.
- TIERNEY, J. J., «The celtic ethnography of Posidonius», *PRIA* 60, 1960, p. 189-275.
- TIERNEY, J. J., «The Map of Agrippa», *PRIA* 63, 1963, p. 151-166.
- TKAC, J., «Eremboi», *RE* 6.6, 1909, cols. 413-417.
- TOLA, F., y DRAGONETTI, C., «India y Grecia antes de Alejandro», *BAEO* 34, 1998, p. 353-377.
- TOZER, H. F., *A History of Ancient Geography*, Cambridge 1897.
- TRACHSEL, A., «Le géographe Ératosthène contre Homère», en *Eratosthène: un athlète du savoir*, Saint-Étienne 2008, p. 105-119.
- TRIANANTAPHYLLOPOULOS, J., «Juvenal's other elephants once again», *Mnemosyne* 11, 1958, p. 159.
- TROUSSET, P., «La Carte d'Agrippa: nouvelle proposition de lecture», *DHA* 19, 1993, p. 137-157.
- TSABARI, I., *Dionisiou Alexandreos. Oikoumenes Periegesis*, Ioannina 1990.
- TUDEER, L. O. Th., «On the Origin of the Maps Attached to Ptolemy's Geography», *JHS* 37, 1917, p. 62-76.
- TUPLIN, Chr., *Achaemenid Studies*, Stuttgart 1996.
- TZIFOPOULOS, I. Z., «Hemerodromoi» and Cretan «Dromeis»: athletes or military personnel? The case of the Cretan Philonides», *Nikephoros* 11, 1998, p. 137-170.

- VALLEJO GIRVÉS, M., «¿El umbral del imperio? La dispar fortuna de Hispania y las Columnas de Hércules en la literatura de época justiniana», *WWW.Archivodelafrontera.com*.
- VANDERLINDEN, E., «Le Bouclier d'Achille», *ÉtClass* 48, 1980, p. 97-126.
- VANDERSPOEL, J., *Themistius and the imperial court: oratory, civic duty and paideia*, University Michigan Press 1995.
- VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957.
- VAN STEKELENBURG, A. V., «The southern limits of Africa in ancient geography», *Akroterion* 41, 1-2, 1996, p. 58-73.
- VARA DONADO, J., *Introducción a la Historia de los animales*, Madrid, Akal 1990.
- VÁZQUEZ HOYS, A. M., «La serpiente en la antigüedad: ¿Genio o demonio?», en *Héroes, semidioses y daimones*, Madrid 1992, p. 81-134.
- VENTRIS, M., y CHADWICK, J., *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge 1973.
- VERNANT, J-P., *El hombre griego*, Madrid, Alianza 1991.
- VERNANT, J-P., *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona, Ariel 1993.
- VERNANT, J-P., *Mito y religión en la Grecia antigua*, Barcelona, Ariel 1999.
- VERNET GINÉS, J., *Lo que Europa debe al Islam de España*, Barcelona 1999.
- VIANA, J., «ESTRABÓN (1977-1999)», *Eclás* 116, 1999, p. 79-111.
- VIDAL-NAQUET, P., «Atenas y la Atlántida», en *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, Barcelona 1983, p. 304-329.
- VIDAL-NAQUET, P., *Ensayos de historiografía. La historiografía griega bajo el Imperio romano: Flavio Arriano y Flavio Josefo*, Madrid, Alianza 1990.
- VIDAL-NAQUET, P., *La Atlántida, pequeña historia de un mito platónico*, Barcelona, Akal 2006.
- VILATTE, S., «L'insularité dans la pensée grecque: au carrefour de la Géographie, de l'Ethnographie, de l'Histoire», *RH* 281,1, 1989, p. 3-13.
- VLASTOS, G., «Equality and Justice in Early Greek Cosmologies», *CPh* 42, 1947, p. 156-178.
- VOFCHUK, R. C., «Las costumbres y creencias filosófico-religiosas de la India según Heródoto de Halicarnaso», *Argos* 6, 1982, p. 85-97.
- VOFCHUK, R. C., «Los informes de Onesícrito, cronista de Alejandro Magno, sobre la India», *BAEO* 22, 1986, p. 189-202.
- VOGT, J., *La decadencia de Roma*, Madrid, Guadarrama 1968.
- VON FRITZ, K., «Posidonios als Historiker», en *Historiographia Antiqua*, Lovaina 1977, p. 163-193.
- VON SODEN, W., «Die Eremboi der Odyssee und die Irrfahrt des Menelaos», *Wiener Studien* 72, 1959, p. 26-29.
- WADDY, L., «Did Strabo visit Athens?», *AJA* 67, 1963, p. 296-300.
- WALBANK, F. W., «The geography of Polybius», *C&M* 9, 1947, p. 155-182.
- WALBANK, F. W., *A Historical Commentary on Polybius I*, Oxford 1957.
- WALBANK, F., *El mundo helenístico*, Madrid, Taurus 1985.
- WALBANK, F. W., *La pavorosa revolución*, Madrid, Alianza 1996.
- WALKER, P., *Holy City, Holy Places? Christian attitudes toward Jerusalem and the Holy Places in the fourth century*, Oxford 1990.
- WEBER, C., «Egeria's Norman Homeland», *HSCP* 92, 1989, p. 437-456.
- WEHRLI, F., «Dikaiarchos», *RE* XI, 1968, cols. 526-534.
- WEISZÄCKER, P., «Okeanos», en *Roscher's Lexikon der Mythologie*, III, Leipzig 1897-1909, p. 809-820.

- WENGER, F., *Die Alexandergeschichte des Aristobul von Kassandreia. Quellenkritische Untersuchungen zur Alexandergeschichte*, Diss. Würzburg 1914.
- WEST, S., «Herodotus' portrait of Hecataeus», *JHS* 111, 1991, p. 144-160.
- WEST, S., «The Most Marvellous of All Seas: The Greek Encounter with the Euxine», *G&R* 50, 2003, p. 151-167.
- WHELESS, J., *Is It God's Word?: An Exposition of the Fables and Mythology of the Bible and the Fallacies of Theology*, Kessinger Publishing Co., Kila MT 1992.
- WHITTAKER, C. R., *Rome and Its Frontiers: The dynamics of empire*, Londres 2004.
- WHITAKER, I., «The problem of Pytheas' Thule», *CJ* 77, 1981-82, p. 148-164.
- WHITTOW, M., *The making of Byzantium 600-1025*, University of California Press 1996.
- WIEDEMANN, Th., «Between Man and Beasts: Barbarians in Ammianus Marcellinus», en *Past Perspectives: Studies in Greek and Roman Historical Writing*, Cambridge University Press 1986, p. 189-211.
- WIEDEMANN, Th., «Sallust's Jugurtha: Concord, Discord, and the Digressions», *G&R* 40, 1993, p. 48-57.
- WIEMER, H.-U., *Alexander der Grossen*, Múnich, C.H.Beck, 2005.
- WILAMOWITZ-MOELLENDORF, U. V., *Aristoteles und Athen*, I, Berlín 1883.
- WILKES, J., «Provinces and Frontiers», en *CAH, The crisis of the Empire, A.D., 193-337*, Cambridge 2005, p. 212-233.
- WILL, ED., *El mundo griego y el Oriente*, II, Madrid, Akal 1998.
- WILLIAMS, J., «Isidore, Orosius and the Beatus Map», *Imago Mundi* 49, 1997, p. 7-32.
- WINCH, P., «Understanding a Primitive Society», *APQ* Vol I 1964, p. 307-324.
- WINTER, I. J., «Homer's Phoenicians: History, Ethnography, or Literary Trope? [A Perspective on Early Orientalism]», en *The Ages of Homer: A Tribute to Emily Townsend Vermeule*, Austin: Univ. of Texas Press, 1995, p. 247-271.
- WOLF, C. U., «Eusebius of Caesarea and the Onomasticon», *The Biblical Archaeologist* 27 (3) 1964, p. 66-96.
- WOLSKA, W., «La carte de Théodose II: sa destination», *Travaux et Mémoires* 5, 1973, p. 274-279.
- WOLSKA, W., «Stéphanos d'Athènes et Stéphanos d'Alexandrie», *REB* 47, 1989, p. 27-31.
- WRIGHT, J. R., *A Companion to Bede: A Reader's Commentary on the Ecclesiastical History of English People*, Nueva York 2008.
- WURM, A., *Marinus of Tyre*, Chotebory 1931.
- YELO TEMPLADO, A., «Referencias de la Península Ibérica en Cosmes Indicopleustes», *Gades* 6, 1980, p. 229-233.
- ZAMBRINI, A., «Gli Indiká di Megastene», *ASNP* 12, 1982, p. 71-149.
- ZAMBRINI, A., «Idealizzazione di una terra: Etnografia e propaganda negli Indika di Megastene», en *Forme di contatto e processi di trasformazioni nelle società antiche*, Scuola Normale Superiore, Pisa-Roma 1983, p. 1105-1118.
- ZAMBRINI, A., «Gli Indiká di Megastene», II, *ASNP* 15, 1985, p. 781-853.
- ZELLER, E., *A History of Greek Philosophy. From the Earliest to the time of Socrates*, I Londres 1881.
- ZHMUD, L. I., *The origin of the history of science in classical antiquity*, Berlín 2006.

ABSTRACT

ABSTRACT

En las páginas de este libro se estudia la evolución del pensamiento geográfico occidental desde sus inicios (Homero) hasta las exploraciones portuguesas y españolas del XV y XVI. Nuestro estudio se centra en las obras y en las personas de los principales geógrafos que han escrito en ese espacio temporal. Pese a tratar un segmento cronológico tan amplio, que incluye a pueblos y culturas muy diversos, hay un elemento común, un *leitmotiv*, que es la estrecha relación entre tradición, ciencia y geografía. La tesis fundamental que defendemos a lo largo de este trabajo es que el progreso científico está íntimamente unido a las ampliaciones en el conocimiento del espacio y a las modificaciones en la cosmovisión del mundo. Los motivos son diversos: la geografía es una ciencia multidisciplinar, posiblemente la que más ramificaciones y variantes tiene, por lo que debe ser vista como un espejo idóneo para reflejar el progreso y el estancamiento científico por igual; el apego de los griegos por el empirismo, en los albores de su civilización, sumergió de lleno a los primeros geógrafos en la autopsia: el geógrafo debía ver personalmente todo cuanto decía. La necesidad de verificar empíricamente la información sobre el espacio fue un impulso para la geografía; la fuerte rivalidad existente en la sociedad griega impregnó al método científico de un intenso espíritu agonal, que invitaba a contradecir lo dicho por la tradición; la geografía es un factor importante para derribar la autoridad de la tradición al demostrar que el mundo puede ser diferente a lo dicho por la última, y dar una mayor relevancia a la experiencia tal y como ocurrió a largo de los siglos XVI y XVII.

Sin embargo, un incremento en el conocimiento del espacio conocido no siempre ha supuesto una revolución para la ciencia. Dos ejemplos estudiados en el libro, las conquistas de Alejandro y la expansión del Imperio Romano demuestran que en esos períodos se dio prioridad a lo dicho por la tradición frente a lo que los propios geógrafos veían, y esto se debió a que la tradición clásica era el contexto en el que las nuevas ideas adquirirían significado. Algo completamente nuevo sería rechazado al no ser veraz, por no poder asociarse con un discurso conocido. La relación entre ciencia, geografía y tradición no fue, en modo alguno, un proceso revolucionario, carente de retrocesos y estancamientos, de hecho, todo avance en el discurso científico pasa inevitablemente con el tiempo a ser asimilado a la tradición, convirtiéndose en el nuevo obstáculo sobre el que la siguiente generación debe reflexionar o del que hay que partir en su análisis. No obstante, en la antigüedad ni la tradición ni la ciencia crecieron por la acumulación del

saber. Al contrario, la experimentación y la observación parecen haberse limitado a unos pocos nombres propios. Llegó un momento en el que lo importante era considerar si Homero, Platón o Aristóteles estaban equivocados. En vez de interrogar a la naturaleza, el médico o el geógrafo prefieren pensar directamente a través de los textos de los autores que los precedieron, poco importa que sea para criticarlos o para copiarlos, la investigación se reduce a sus obras.

Pese a que a partir del siglo IV a.C. la esfericidad es una teoría comúnmente aceptada entre los doctos, y lo suficientemente extendida para que puedan ser expuestas públicamente esferas, nadie parece haber llegado a la sencilla conclusión que una esfera es un espacio finito, pero ilimitado, y cuya aceptación, por lo tanto, está reñida con la aceptación de los límites (*peirata*) tradicionales del mundo. Sin embargo, las viejas fronteras nunca fueron olvidadas. Esto no se debió a la incapacidad de los geógrafos griegos para comprender todas las implicaciones de la aceptación de la esfericidad terrestre, pero sí a la necesidad de mantener estructuras mentales de su tradición que eran necesarias para ellos, como su etnocentrismo. Los límites también fueron esenciales para los geógrafos romanos, deseosos de ensalzar el ecumenismo de su Imperio.

Es más, la cosmovisión fue básicamente la misma desde fines del siglo IV a.C., y teniendo en cuenta la profunda relación entre la geografía y las diferentes ramas del saber, sería lógico suponer que los cambios en las últimas quedasen reflejados en la primera. Hay varias circunstancias que explican por qué después del siglo III a.C. no hay avances significativos en ninguna de las ramas de la ciencia: la aparición del mundo helenístico, tras las campañas de Alejandro Magno, supuso el nacimiento de una sociedad en la que la cultura griega se convirtió en el elemento de legitimación entre quienes vivían fuera de la órbita tradicional del mundo griego. Esto provocó que la cultura griega no pudiese ser ni revisada ni puesta en duda por quienes querían ser reconocidos como individuos de pleno *iure* de la misma. Roma experimentó una problemática similar al tener que recurrir a la *paideia* griega, en un primer momento, para conquistar el Mediterráneo Oriental y, posteriormente, al convertirla en el núcleo que homogeneizaba la diversidad que poblaba su vasto imperio.

No obstante, hay un hecho que ayudó más que ningún otro a frenar el dinamismo que la civilización griega había tenido en sus orígenes, la imposición de la escritura frente a la oralidad. La escritura nace como un instrumento para preservar el legado del pasado y su prestigio y popularidad llegaron a convertirse con el tiempo en un sustituto válido del conocimiento empírico. En nuestra opinión la razón principal de la decadencia de la ciencia antigua habría residido en la progresiva sustitución de la autopsia por el saber escrito. Cuando la cultura escrita se impuso frente a la oral el espíritu agonal desapareció lentamente, sobreviviendo únicamente como un *tópos* literario en la tardoantigüedad. El indicio que revela esta decadencia reside en la progresiva pérdida de vigor de la autopsia entre los geógrafos griegos y en el fortalecimiento de la autoridad que emana de los libros. El egotismo estará presente, pero no será más que un triste recuerdo de la tradición agonal griega. Los autores siguen disintiendo entre sí, pero en la mayoría de los casos sólo encontramos variaciones sobre temas ya fijados. No se abren nuevas líneas de investigación, se reflexiona continuamente sobre el pasado.

Una cultura donde el paradigma cultural ha sido fijado y definido por escrito por las autoridades estatales es más inmovilista, pero también es más universal, al quedar establecido, y es más fácil que pueda expandirse más allá de los marcos espaciales a los que se circunscribe esa cultura. Esto es lo que defendemos que ocurrió en el período helenístico y en el Alto Imperio Romano. La tradición griega fue fijada y posteriormente asumida por las élites romanas. Si la cultura no evoluciona al mismo ritmo que la sociedad puede producirse una verdadera “ruptura” entre las

necesidades de los hombres que componen esa sociedad y los patrones culturales que disponen para satisfacer a las mismas. La evidencia que muestra la aparición de la ruptura es la eclosión de una cultura popular, es decir un paradigma alternativo al que defienden las élites.

En esa coyuntura debe estudiarse la eclosión y el triunfo del cristianismo. La Paz de la Iglesia (313 d.C.) supone un cambio frente a la involución científica y social de la sociedad tardoantigua. El cambio se manifiesta en el hecho de poder poner en duda uno de los paradigmas más firmemente asentados en la antigüedad, la esfericidad. Sin embargo, sus limitaciones para poder desvincularse de la cosmovisión grecorromana reflejan sus lazos con la tradición clásica. El triunfo del cristianismo supone, por tanto, un cambio, pero no una revolución, pues los antecedentes de “la ruptura” eran más lejanos y el cambio que los cristianos traían consigo se produjo al son de una música que venía sonando desde hacía mucho tiempo. Se limitaron a ponerle la letra.

La geografía medieval no puede ser vista como un mero período temporal que va de Ptolomeo a Ptolomeo, no carece de aportaciones propias al campo, pero, aún así, no consigue mutar la tradición. No se produce este acontecimiento hasta el período de los grandes descubrimientos. No fue un acontecimiento diferente a los anteriores, fue una ampliación del espacio, pero esta vez supuso una revisión de la tradición. A diferencia de en anteriores casos el paradigma que se revisa no es el hegemónico (cristiano), sino la cultura grecorromana, que seguía siendo la principal fuente de todo conocimiento geográfico en la Europa del XVI. La tradición clásica puede ponerse en duda porque existía otro paradigma que puede llenar el vacío que deja la revisión del anterior. Sin embargo, al exaltar el conocimiento que emanaba de la experiencia frente al de la tradición se inició un proceso que terminaría por revisar todas las bases culturales de la civilización europea. Luego debe concluirse que la ampliación del espacio conocido es un elemento importante para renovar la ciencia, pero que este hecho no se producirá si la sociedad que experimenta ese acontecimiento no tiene la fortaleza para presentar una alternativa que sustituya el modelo vigente.

Palabras clave: Ciencia; Geografía; Decadencia; Tradición; Esfericidad; Peirata; Autopsia; Paradigma.

ABSTRACT

This book approaches the evolution of western geographical thought from its earliest manifestations (Homer) to the Spanish and Portuguese explorations in the 15th and 16th centuries, with special regard to the key geographers working in said period. The ample chronological span and cultural diversity notwithstanding, all these geographers share a common element – a *leitmotiv* – in the close relationship between tradition, science and geography. We believe that scientific progress goes hand in hand with the widening of geographical awareness and how that changed the way society saw the world. The reasons for this connection are several: geography is a multidisciplinary science, probably the most ramified of all disciplines and, therefore, an ideal proxy for the progress or stagnation of science; the Greek tendencies towards empiricism

drove the earliest geographers into the realm of autopsy; geographers must see what they describe with their own eyes. This need to empirically contrast spatial information was a key boost for geography. The strong rivalries so characteristic of Greek society, on the other hand, gave scientific enquiry a deeply competitive (*agon*) nature which invited controversy and the refutation of traditional truths. Geography thus became an important factor in weakening the authority enjoyed by tradition, which it achieved by showing where traditional views of the world were mistaken while giving a larger role to experience, for example in the 16th and 17th centuries.

An increase in geographical knowledge, however, has not always been accompanied by scientific revolution. In two examples analysed in the book, with Alexander's conquests and the expansion of the Roman Empire, priority was given to tradition over empirical geographical testimonies, because new knowledge had to be understood within the limits of Classical tradition. Completely novel things, not having a niche in the well-established paradigm, were rejected as impossible. The relationship between science, geography and tradition, at any rate, has never caused revolutionary changes, while it has certainly suffered from periods of stagnation or even involution. In fact, all scientific advances inevitably end up over time being assimilated into a new tradition upon which the following generation must build. In antiquity, however, neither tradition nor science grew out of accumulated knowledge. Quite to the contrary, experimentation and observation seem to have been limited to a precious few individuals. As a consequence, from a certain point the important thing was no longer to ask nature, but to ascertain whether Homer, Plato or Aristotle were right or wrong. The physician and the geographer are content with exploring through the writings of their predecessors, either to criticise or to copy them.

Despite the fact that by the 4th century BC the theory of a spherical earth was well accepted by scholars and amply widespread, nobody seemed to reach the simple conclusion that a sphere has a never ending but still limited surface, which is clearly at odds with the traditional limits of the world (*peirata*). Old frontiers were not forgotten, not because geographers were incapable of understanding the full implications of sphericity, but because certain traditional mental structures needed to be preserved, such as Greek ethnocentrism. Limits were also crucial for Roman geographers and their desire to underline the ecumenical nature of the empire.

Furthermore, the way the world was understood remained virtually unchanged for a long time from the late 4th century BC which, considering the relationship between geography and other disciplines, reflected a wider trend in the production of knowledge. Several circumstances explain why the 3rd century introduced a period of scientific stagnation: the emergence of the Hellenistic world, after Alexander's campaigns, brought about a new social order in which outsiders from the traditional Greek world used Greek culture as a means of obtaining legitimacy. Supported by those who wished to be seen as fully integrated into the Greek model, a reaction against evolution and dissension ensued. The Roman case is very similar, with the adoption of the Greek *paideia* during the initial stages of the Roman conquest of the Eastern Mediterranean, which was thereafter to become the key homogenising factor for the integration of the diversity encompassed by the vast Roman Empire.

Apart from all this, one factor contributed more than any other in checking the original Greek dynamism: the progressive predominance of writing over orality. Writing appeared as a tool for the preservation of the past, and its prestige and popularity eventually made it a valid substitute for empirical knowledge. In our opinion, ancient scientific decadence was mostly caused by the progressive substitution of autopsy with written knowledge. The imposition of writing over orality slowly weakened controversy (*agon*), which by Late Antiquity survived

as a mere literary *topos*. This is shown by the loss of vigour of geographical autopsy and the reinforcement of written authority. Controversy was present, but as a faint shadow of the Greek original. Authors continued to disagree with one another but only over conventional topics. No new research avenues were thus opened, and the past stood as an ever present point of reference.

State-sanctioned and codified cultural paradigms are harder to transform but also easier to import within the spatial limits of a given culture. This is exactly what in our opinion happened in the Hellenistic period and the early Roman Empire. Rome assumed an already fixed Greek tradition. If culture does not evolve at the same pace as society a true discrepancy can arise between the needs of the individual and their cultural models. This is normally followed by the emergence of a popular culture, an alternative paradigm to that advocated by the elites.

The emergence and rise of Christianity must be understood in this context. The Edict of Milan (313 AD) introduced a new factor to the prevailing scientific and social involution characteristic of Late Antiquity. The transformation involved the deviation from one of the most solid ancient paradigms, that of sphericity. The change was however limited by the links between Christianity and the Classical tradition, which only made possible a partial rupture with Graeco-Roman paradigms. The triumph of Christianity was therefore a change but not a revolution, also because the earlier symptoms had already been maturing for some time. To put it graphically, Christianity only added the lyrics to a pre-existing score.

Although medieval geography failed to change tradition, it cannot be interpreted as a mere chronological stage that goes from Ptolemy to Ptolemy, because some progress was made in the field during the Middle Ages. This was not to be achieved until the great discoveries. In a way, these events were no different from previous ones, in the sense that they involved the extension of known space, but in this case a reassessment of tradition was to take place. Unlike previous instances, the paradigm under revision on this occasion was not the dominant (Christian) one but the Graeco-Roman which remained the main source of geographical knowledge in 16th century Europe. In this case the paradigm could be challenged because there was another ready at hand to fill the empty space. This new preponderance of experience over tradition opened a process which prompted a wider revision of all the cultural foundations of European civilisation. It must therefore be concluded that the expansion of spatial awareness is an important factor in the renovation of knowledge, but that this will not occur if no cultural alternative can be presented to substitute the dominant paradigm.

Keywords: Science; Geography; Decadence; Tradition; Sphericity; Peirata; Autopsy; Paradigm.

**LOS FORJADORES
DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA**

EMIL HÜBNER Y LA HISTORIA DE LOS SIGLOS QUE HOY AGRUPAMOS BAJO EL MARBETE «ANTIGÜEDAD TARDÍA»

ANTONINO GONZÁLEZ BLANCO

Resumen: El autor nos ofrece en este artículo una amplia visión de la producción científica del erudito alemán Emil Hübner, tan vinculado a España, con particular referencia a sus estudios concernientes a lo que actualmente pertenecería al campo de la Antigüedad Tardía.

Palabras clave: Antigüedad y Cristianismo. España. Emil Hübner.

Abstract: The author of this paper offers a broad view about life and work of the german classical scholar Emil Hübner, who was in narrow relationship to Spain, and above all, his works about the fields of Antiquity that now a days as mainly part of the modern «Late Antiquity».

Key words: Late Antiquity. Spain. Emil Hübner.

I. EL PROBLEMA

Como es bien sabido, el actual concepto de «Antigüedad Tardía» quedó definitivamente formulado en los estudios de Henri-Irénée MARROU, quien, en 1938, publicó su tesis doctoral cuyo título ya era significativo: *Saint Augustin et la fin de la culture ancienne*¹. En 1949 publicó una «Retractatio» en la que corregía la visión de su tesis y afirmaba que la cultura antigua no termina; se metamorfoza para dar origen a otro período histórico que podemos denominar «Antigüedad Tardía»².

Ya antes, a comienzos del siglo XX, los historiadores del Arte habían sentido la inquietud ante la cultura de aquellos siglos del final de los emperadores romanos, de las invasiones, del surgimiento de la nueva configuración política de las tierras que hoy llamamos Europa. Resulta

1 MARROU, Henri Irénée, *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, Paris 1938.

2 MARROU, H. I., «Retractatio», 2ª ed. 1949, es una separata que abarca las páginas 623-713.

taba difícil categorizarlos. No era el mundo romano; no era todavía el mundo medieval; y tenía unos caracteres propios dignos de profunda atención. Baste recordar el nombre de Alois Riegel³.

Con todo esto a veces se habla como si la historia de la Antigüedad Tardía fuera algo descubierto en el siglo XX. Y esto necesita de mayor precisión.

Quiero recordar una excelente historia de España de tales siglos, que compusieron Fernández Guerra, Eduardo Hinojosa y Juan de la Rada y Delgado⁴. Esta historia fue una exposición interesante y buena del período que queremos comentar, aunque no tenga en cuenta la futura conceptualización del mismo. Y algo parecido hay que decir de los estudios de Historia de la Iglesia y de la literatura patristica, que evidentemente también aportan elementos de gran interés para el tema.

En una palabra que aunque los conceptos formales hayan cambiado todos los datos que han llevado a un mejor conocimiento de tales siglos constituyen una aportación al mismo y cuantos investigadores han contribuido al avance merecen atención.

Uno de estos es Emil Hübner.

2. EMIL HÜBNER⁵

Hijo del pintor Julius Hübner, figura conocida en todas las enciclopedias antiguas y recientes, nace en Düsseldorf, el 7 de julio de 1834. Motivado por el ambiente artístico familiar y por su propia inclinación al mundo clásico viaja para conocer las tierras del sur de Europa. En otoño de 1851, con 21 años cruza por primera vez los Alpes y a finales de noviembre llega a Roma. Allí es acogido en el Archäologisches Institut y muy especialmente por su secretario, en aquel momento Wilhelm Henzen, con el que se hace pronto muy amigo. Éste le impulsó hacia la epigrafía romana, tema para el cual había recibido una buena base en Bonn.

Se habilita en 1859 en la Universidad de Berlín con un trabajo sobre *De Senatus Populique romani actis*, Leipzig 1859. En 1870, se hace Ordentlicher Professor de Filología Clásica en la misma Universidad de Berlín.

3 RIEGEL, Alois, *Die spätrömische Kunstindustrie nach den Funden in Österreich (La industria artística tarδο-romana según los hallazgos en Austria)*, en dos volúmenes, 1901 y 1923. Sobre Riegel puede consultarse obras como: G. VASOLD, *Alois Riegl und die Kunstgeschichte als Kulturgeschichte. Überlegungen zum Frühwerk des Wiener Gelehrten*, Friburgo de Brisgovia, Rombach Verlag, 2004 y G. DOLFF-BONEKÄMPER, «Gegenwartswerte. Für eine Erneuerung von Alois Riegls Denkmalwerttheorie», en: Hans-Rudolf Meier und Ingrid Scheurmann (eds.), *Denkmalwerte. Beiträge zur Theorie und Aktualität der Denkmalpflege. Georg Mörsch zum 70. Geburtstag*. Deutscher Kunstverlag, Berlín, Múnich 2010, S. 27-40.

4 FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE, A., *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*. Vol. I, que forma parte de la *Historia General de España*, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del Excmo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Madrid, El Progreso editorial, 1891.

En nota al comienzo del capítulo XVI de este primer volumen, p. 387, se dice: «Por la irremplazable pérdida del sabio Académico D. Aureliano Fernández Guerra, y las ocupaciones del cargo público administrativo que ejerce su colaborador en esta parte de la *Historia de España*, el muy ilustre y erudito D. Eduardo de Hinojosa, se ha encargado de la continuación de este capítulo D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, aunque temeroso de no poder continuar dignamente los notables trabajos de sus doctos predecesores».

5 De Hübner nos hemos ocupado en otros trabajos a los que remitimos y aquí recogemos solo unos rasgos esenciales para situarlo. Puede verse: «Emil Hübner, el epigrafista-historiador de la Hispania Antigua en el siglo XIX (Düsseldorf 7/VII/1834-Berlín 21/II/1901)». *Actas del Congreso Internacional de Epigrafía Clásica Griega y Latina, Barcelona 3-8 de septiembre del 2003, ACTA XII CONGRESSVS INTERNATIONALIS EPIGRAPHIAE GRAECAE ET LATINAE*, Barcelona 2007, p. 601-608; «Emil Hübner». *Congreso sobre Hübner en el IAA, los días 19-20 de noviembre del 2008*, (en prensa)

En 1860 y 1861 por cuenta de la *Berliner Akademie der Wissenschaften* viaja a España y Portugal, viajes que se publican con noticias muy pormenorizadas con el título de «*Epigraphische Reiseberichte*» en los *Monatsberichten* de la Academia; los estudios arqueológicos se publican en italiano en el *Jahrbuch der Römischen Archäologischen Instituts (Annali del Istituto)*. Su obra cumbre, el segundo volumen del *Corpus Inscriptionum Latinarum (Inscriptiones Hispaniae Latinae)*, aparece en Berlín en 1869; con un volumen suplementario 1892) y las *Inscriptiones Hispaniae Christianae*, Berlín 1871 con el suplemento, casi del mismo grosor que el primero en 1900.

A juzgar por sus publicaciones, podemos sospechar que su vinculación con España fue cada vez más intensa. Su dedicación al ibérico en los últimos años de su vida indica claramente una sorpresa con la que en principio no había contado. Su admiración por Zóbel de Zangróniz y su relación con él van en el mismo sentido. Sus publicaciones de temas españoles en las revistas locales podrían indicar una relación más afectiva del mismo hacia los pueblos que le pedían una pequeña dedicatoria (Teruel, Ibahernando, etc.). Y sus múltiples recensiones sobre obras españolas parece que le van atrayendo cada vez más hacia España. Es posible que la muerte de su esposa haya influido también en este sentido. Emil Hübner muere el 21 de febrero de 1901.

3. SU CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

3.1. Hübner, epigrafista

Lo primero que hay que advertir que el tema de la epigrafía fue siempre el centro de sus preocupaciones intelectuales y que tras la publicación en 1869 del vol. II del *CIL* siguió siempre revisándolo y completándolo:

Inscriptiones Hispaniae Latinae (Vol. II, del *Corpus Inscriptionum Latinarum*), Berlín 1869, con mapas de Kiepert.

Inscriptiones Hispaniae Latinae, Supplementum Band (al Vol. II del *Corpus Inscriptionum Latinarum*), Berlín 1892.

Su otra gran aportación al conocimiento de la cultura romana en Europa fue la recogida de las inscripciones en Inglaterra:

Inscriptiones Britanniae Latinae (Vol. VII del *Corpus Inscriptionum Latinarum*), Berlín 1873.

Su principal contribución a la historia de la Antigüedad Tardía, como ya ha quedado apuntado, es la publicación de los dos volúmenes de inscripciones de la España Cristiana, el trabajo sobre las inscripciones cristianas en Portugal y la recogida y la reflexión de las inscripciones cristianas de Inglaterra, con lo que tales publicaciones llevan consigo y que comentaremos luego;

Inscriptiones Hispaniae Christianae, Berlín 1871. El Suplemento en 1900.

Inscriptiones Hispaniae Christianae, Supplementumband, Berlín 1900. (ver año 1871)

«*Inscriptiones Lusitaniae aevi christiani ineditae*», *O Archeologo Portugues*, 1895, VII.

Inscriptiones Britanniae Christianae. (Accedit supplementum inscriptionum christianarum Hispaniae), Berlín 1876.

De estos trabajos no se apartó nunca y siguió cultivándolos durante toda su vida:

«*Additamenta ad Vol. II Hispanicarum*», *Ephemeris Epigraphica* I, 1872, p. 44-48.

«*Additamenta ad Vol. II Hispanicarum*», *Ephemeris Epigraphica* I, 1872, p. 142-186.

«*Noticias archeológicas de Portugal*», *Memorias da Academia real das sciencias de Lisboa*.

Classe de sciencias morales, politicas e bellas lettras. Nova serie, t. IV, parte I, 4, Lisboa 1872; 2 hojas + 110 p. + 1 hoja + 1 lám. 27 cm⁶.

«Additamentum ad Corporis vol. II, *Ephemeris Epigraphica* III, 1874, p. 31-52.

Hübner y Mommsen, «Legis Iuliae Genetivae fragmenta nova», *Ephemeris Epigraphica* III; 1874, p. 85-86.

«Additamenta ad Corporis Vol. VII, *Ephemeris Epigraphica* III, 1874, p. 113-155.

«Tesseræ gladiatoriae», *Ephemeris Epigraphica* III, 1874, p. 161-163.

Hübner y Mommsen, «Lex metalli Vipascensis», *Ephemeris Epigraphica* III, 1874, p. 165-189.

«Additamenta ad Corporis vol. II», *Ephemeris Epigraphica* III, 1874, p. 190-202.

Henzen y Hübner, «Tesseræ gladiatoriae», *Ephemeris Epigraphica* III, 1874, p. 203-204.

«Additamenta ad Corporis vol. II», *Ephemeris Epigraphica* III, 1874, p. 311-318.

«Die Heilquelle von Umeri. Silberschale aus Castro Urdiales bei Santander. Vortrag am Winckelmannsfest den 9. December 1873, *Archäologische Zeitung* N.F. Band VI, 4. Heft, 1874, p. 115-117 con una lámina.

«Additamentum ad Corporis Vol. II», 1874, p. 105-151.

«Additamenta ad Vol. I, indices», *Ephemeris Epigraphica* II, 1875, p. 216-220.

«Additamenta ad Vol. II Hispanarum», *Ephemeris Epigraphica* II, 1875, p. 233-249.

«Additamenta ad Corporis vol. II», *Ephemeris Epigraphica* IV, 1881, p. 3-24.

«Additamenta ad Corporis vol. VII», *Ephemeris Epigraphica* IV, 1881, p. 194-312.

«Additamenta nova ad Corporis vol. II», *Ephemeris Epigraphica* VIII, 1899, p. 351-528.

«Additamenta nova ad Corporis vol. II», *Ephemeris Epigraphica* IX, 1903, p. 12-185 (publicado por H. Dessau).

3.2. Hübner, estudioso de la geografía

La recogida de inscripciones lleva aparejado el estudio de su contexto y con ello, de algún modo, de la geografía antigua de los lugares en los que halló inscripciones. Este trabajo le convirtió en el mejor especialista del tema en todos estos países. De hecho fue Hübner el encargado de editar los «ítems» de ciudades romanas, unidades étnicas y algunos otros temas relacionados con los países en que trabajó, en la *Realencyclopaedie*, tanto de la Península Ibérica como de las Islas Británicas y, en los primeros diez volúmenes del *Pauly Wissowa*, es decir mientras vivió, publicó todo ese material, que suma varios cientos de entradas (en torno a 562).

Y entre ellas también estudió las que fueron sedes episcopales, de las que a modo de ejemplo recordamos: *Asturica Augusta* (vol. II, col. 1863); *Barcino* (III, col. 7); *Begastrum* (III, 193-1949); *Bracara Augusta* (III, col. 802); *Caesaraugusta* (III.1, col. 1287-88), *Calagurris* (1) y (2) (col. 1327-1328); *Carthago Nova* (III.2, col. 1620-1626)⁷; *Castulo* (III.2, col. 1778-1780); *Complutum* (IV, col. 795); *Conimbrica* (IV, col. 884); *Corduba* (IV, col. 1221-1224); *Coria* (Brit.- col. 1227); *Dertosa* (V, col. 246-248); *Dianium* (2) (V, col. 3400-341); *Egara* (V.2, col. 1979-1980); *Ebora* (1) (2) (3) (4) y (5) (V.2, col. 1896-1898); *Emerita* (V.2, col. 2493-2496); *Gades* (V.2, col. 439-461); *Gerunda* (VII, col. 1284-85); por citar sólo algunas de las más conocidas y de las que la mayoría han sobrevivido.

6 En la copia existente en la Real Academia de la Historia (Madrid) pone la fecha de 1871.

7 Sobre Cartagena a la que conocía muy bien [ver «Su Cartagena, 28. Juli 1860», *Monatsberichte der Königliche Akademie der Wissenschaften zu Berlin*, p. 421-450] ya en 1896 anticipó que durante la república fue la capital de Hispania (RhM, «Tarraco und sein Denkmaler». *RhM*, 1866).

No hace falta ponderar lo que tal número e importancia del trabajo supone para el nombre de Emilio Hübner. Antes de A. Schulten y de A. Tovar su obra fue básica; sigue siéndolo y se sigue consultando. Y esto no solamente en los estudios de ciudades, sino también en temas de geografía antigua más amplia y general. Son muchos los trabajos que dedica al tema y parece que cuanto más avanza en ciencia y en edad (y se ve aún más claro en las recensiones que hace) más consciente es del problema de la reconstrucción de la Historia Antigua y de la geografía antigua y moderna de cada una de las provincias del Imperio Romano y en concreto de Hispania.

1862

«Wo lag Munda?, *Jahrbücher für klassische Philologie*, hrsg. von Alfred Fleckeisen, Heft I, Leipzig 1862, p. 39-40.

«Munda Pompeiana», *Annali dell'Istituto di corrispondenza archeologica* XXXIV, Roma 1862, p. 74-100.

«Situación de la antigua Norba», *BRAH*, I, 1862, p. 88-97 (En la sección «Informes», que comprende 11 ítems entre las p. 14-100, siendo el de Hübner sobre Norba el 10 y ocupando las páginas susodichas).

1888

Arqueología de España, Obra premiada en Barcelona, donde se edita, Sucesores de Ramírez y Cía, en 1888⁸, X + 298 p. (El propósito del autor fue proporcionarnos una obra breve y cómoda, inteligible aun para los que no han alcanzado una esmerada instrucción en las lenguas clásicas y en la historia antigua, que ofrezca al lector un resumen completo de lo que en España y en otros países se ha adelantado respecto a los diferentes ramos de la Arqueología. Y modestamente añade después: «Los temas sobre los que aun pueden escribirse monografías referentes a los sucesos y monumentos antiguos de la Península son casi innumerables y para ayudar a los futuros autores de ellas es para lo que he escrito esta memoria». En ella se explican y analizan, con un arte didáctico inimitable, en cinco capítulos y 171 párrafos numerados, los geógrafos, los historiadores, las inscripciones, las monedas y los monumentos, con remisión constante a los buenos libros para quien desee ampliar o comprobar la materia⁹)

«Die Balearen», *Deutsche Rundschau*, Heft 6, 1888, p. 362-377.

1897

RECENSIONES EN EL *DEUTSCHE LITERATURZEITUNG*

— D. Manuel Fernández y López, *El Tesoro Visigótico de la Capilla*, Sevilla, Imprenta «El Porvenir», 1895, 165 p., en 8º con una lámina fotográfica de reproducciones de monedas, en *Deutsche Literaturzeitung*, nº 13, 1897, cols. 498-501.

— *Spanien und Portugal, Handbuch für Reisende* von. K. Baedeker, Leipzig, Karl Baedeker,

8 No hemos podido ver la obra, pero en la *Biblioteca Classica* —obra de bibliografía alemana de los años del fin de siglo XIX y comienzos del XX— pone: Madrid, Murillo) en 4º con X+297 páginas.

9 Saavedra en la «Necrológica», *BRAH* XXXIX, 1901, p. 418.

1897, LXXXII + 582 p., en 8º, con 6 mapas, 31 planos y 11 dibujos, 16 marcos, en *Deutsche Literaturzeitung*, nº 46, 1897, cols. 1821-1828.

1898

«Reisebilder aus Spanien, *Deutsche Rundschau*, Heft 9, 1898, p. 407-428.

«Die Nordwest- und die Südwestspitze von Hispanien», *Kiepert-Festschrift*, Berlin, Dietrich Reimer (Ernst Vohsen) Verlag, 1898, p. 37-44.

RECENSIONES EN EL *DEUTSCHE LITERATURZEITUNG*

— Recensión de la obra de Foulche-Delbosc, *Bibliographie des Voyages en Espagne et en Portugal*, Paris 1896, *Deutsche Literaturzeitung* 1898, col. 25.

— Recensión de la obra de Jose Leite de Vasconcellos, *Urreligion der Lusitaner*, en *Deutsche Literaturzeitung*, 1898, col. 930.

— Hans Gadow, *In Northern Spain*, Adam and Charles Black, 1897, XVI + 421 p., en 8º con un mapa y 89 ilustraciones, en *Deutsche Literaturzeitung* nº 33, 1898, cols. 1304-1307.

— *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (tercera época), Año I, nº 1-12 (Januar bis Dezember), Año II, 1898, Número 1 (Januar bis 3 (März), Madrid, Imprenta del Colegio nacional de sordomudos y de ciegos, calle de San Mateo, nº 5, 1897/98, 576 p., y XVII láminas, en 8º, anualidad 16 francos, en *Deutsche Literaturzeitung*, nº 43, 1898, cols. 1631-1634.

1890

«Granada», *Deutsche Rundschau*, september 12, 1890, p. 358-377. (En este estudio, después de haber estado por segunda vez en Granada en el año 1886, rectifica Hübner algunas de las opiniones topográficas emitidas en 1869 en el segundo volumen del Corpus, hablando de Iliberris, afirma: 1) Que Iliberris estuvo en la sierra de su nombre, siendo distinta de Granada cuyo nombre procede del fruto del granado. Y 2) Que las dimensiones del plano de Sarabia no encuadraban con el pequeño espacio donde se colocaba la basílica y que había visto el sitio y se había convencido que es de lo menos a propósito para suponer allí dicha basílica, siendo todo una invención de Flores Oddoux y de sus compañeros).

1899

«Nuevas fuentes para la geografía antigua de España. El monte Testáceo de Roma», *BRH* XXXIV, 1899, 465-503 (En «Informes», p. 465-526, donde hay 7 y este es el primero)

RECENSIONES EN EL *DEUTSCHE LITERATURZEITUNG*

— Arturo Farinelli, *Apuntes sobre viajes y viajeros por España y Portugal*. [Tirada aparte de la *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas é hispano-americanas*: Abril a septiembre de 1898], Oviedo, Establecimiento tipográfico de Adolfo Brid, Canóniga 18, 1899, 145 p., en 8º, en *Deutsche Literaturzeitung* nº 21, 1899, cols. 835-837.

1900

«Nuevas observaciones sobre la geografía antigua de España», *BRAH* XXXVI, 1900, 402-408 (En «Informes», p. 369-446, donde hay 7 informes y este es el 2°).

RECENSIONES EN EL DEUTSCHE LITERATURZEITUNG

- D. Francisco Monsalvatje y Fossas, *Geografía histórica del Condado de Besalú*. T. X., Olot, Juan Bonet, 1899, 335 p., en 8° con 2 mapas y 16 fototipos, en *Deutsche Literaturzeitung*, n° 6, 1900, cols. 433-435.
- Antonio Aguilar y Cano, *Astapa. Estudio geográfico*, con carta-prólogo del Excmo Sr. Dr. D. Manuel Rodríguez de Berlanga, Sevilla, Imp. De E. Rasco, Bustos Tavera 1, 1899, XL + 200 p., en 8° con un plano y 3 fotografías, en *Deutsche Literaturzeitung*, n° 11, 1900, cols. 751-754.
- Es probable que también se deba a Hübner una breve noticia de otra edición de la guía Baedeker que se había publicado en 1897, que Hübner recensionó en aquel año y que ahora aparece con una mera noticia en el n° 11 de este año 1900, en la col. 754.
- James Russell Lowell, *Impressions of Spain*, compiled by Joseph B. Gildere, with an introduction by A. A. Adeo, London and New York, G. P. Putnam's Sons, 1900, IX + 107 p., en 8°, con una imagen de Lowell, en *Deutsche Literaturzeitung*, n° 18, 1900, cols. 1201-1203.
- Félix de Arámburu y Zuloaga, *Monografía de Asturias*, Oviedo, Establecimiento tipográfico de Adolfo Brid, 1899, VI + 510 p., en 8°, en *Deutsche Literaturzeitung*, n° 21, 1900, cols. 1391-1393.

1902

«Galicia histórica y prehistórica», *BRAH* XL, 1902, p. 547-553 (Recensión de 6 obras de Federico Maciñeiro y Pardo)

3.3. Hübner prosopografista

Una cuestión que queda planteada por qué Hübner que escribió en principio toda la urbanística, geografía y la etnografía romana de Hispania, en cambio no se ocupó de la prosopografía¹⁰. Y es tanto más chocante cuanto que Hübner era un excelente estudioso de onomástica¹¹.

10 Probablemente porque la prosopografía hispana tiene un ámbito de fuentes literario mucho más rico y en los planteamientos de fines del siglo XIX, era más adecuado que lo realizase un historiador. ¿O fue quizá un principio del editor de la RE que prefirió un trabajo cruzado para conseguir una mayor objetividad en las exposiciones? Pero además probablemente los personajes de estas tierras, salvo excepciones notables no fueron considerados por los redactores de la *Realencyclopaedie*, como dignos de mucha atención, pagados como estaban de los valores eternos y trascendentales de la cultura clásica.

11 No hay que olvidar que era un experto en onomástica: *Quaestiones onomatologicae latinae. Dissertatio scripsit ad summorum in Philosophia honorum auctoritate amplissimi philosophorum ordinis in Universitate Fridericia Gulielma Rhenana rite obtinendorum causa una cum sententiis controversas die IV mensis augusti MDCCCLIV in publico defendet Aemilius Huebner... Adversariorum partes suscipient Joannes Vahlen... Carolus Schnelle... Arnoldus Hug...*, Bonnae, Carolus Georgius, 1854, 1 hoja + 46 p., 21 cm. En 8°. Si no compuso la prosopografía de Hispania es porque no fue él quien planeó la enciclopedia. Recuérdense también otros trabajos suyos como «Über den Namen des Arminius». *Hermes* X, 1876, 393-407; (en unión con DIELS): «Über die Etymologie der Worte nuraghi-muraglii», *SBAG*, marzo, *Berliner Philologische Wochenschrift* 1898, n. 25, p. 795.

3.4. Hübner, estudioso de temas de la antigüedad tardía

Entre los muchos escritos de Hübner que le abrieron y él mismo abrió el camino de la investigación peninsular en lo que luego serían España y Portugal, hay algunos que son genéricos como corresponde al estado de la investigación en su tiempo, como pueden ser *Die antike Bildwerke in Madrid, nebst einem Anhang, enthalten die übrigen antiken Bildwerke in Spanien und Portugal (Mit 2 Tafeln). Beschrieben von Emil Hübner*, Berlin, Druck und Verlag von Georg Reimer, VIII + 356 p. + 1 lám., 20'5 cm. 1862.

«Antiquità della Spagna», *Bulletino [Annali] dell'Istituto di corrispondenza archeologica per l'anno 1862, Roma 1862*, p. 170-178.

Pero otros tratan de objetos, monumentos y obras de la Antigüedad Tardía como puede ser el caso de:

«Der Schatz von Guarrazar», *Jahrbücher für klassische Philologie*, hrg. von Alfred Fleckeisen, Leipzig 1862, p. 569-587.

«Grabinschrift aus westgothischer Zeit», *Hermes* IV, 1870, p. 284-291.

Inscripción cristiana de Entrambasaguas, Teruel 1898.

«Nouvelle inscription métrique du VIIIe siècle, trouvée à Oviedo», *REA*, 1899, octubre-diciembre, p. 321-324.

Así como recensiones varias sobre temas de la Antigüedad Tardía:

DEUTSCHE LITERATURZEITUNG -- artículo 429, recensión de Don Aureliano Fernández-Guerra, *Deitania y su cátedra episcopal de Begastris*, Imprenta de Fortanet, 53 páginas, con una lámina litográfica, en 8º.

DEUTSCHE LITERATURZEITUNG -- artículo 430, recensión de Don Aureliano Fernández-Guerra, *Arqueología cristiana. Inscripción y basílica del siglo V, recién descubiertas en el término de Loja. Puntos curiosos con que se relacionan, de epigrafía, historia y geografía* (Separata de la revista *Ciencia cristiana*), Madrid 1878, p. 399-414.

DEUTSCHE LITERATURZEITUNG --- Recensión de D. Manuel Fernández y López, *El Tesoro Visigótico de la Capilla*, Sevilla, Imprenta «El Porvenir», 1895, 165 p., en 8º con una lámina fotográfica de reproducciones de monedas, en *Deutsche Literaturzeitung*, nº 13, 1897, cols. 498-501.

3.5. Hübner estudioso de la antropología

Y se ocupa de otros temas como el del indigenismo, cuya prolongación tanto iba a dar en la historia Antigua de Hispania y en la Antigüedad Tardía

«Drei Hispanische Völkerschaften», *Hermes* I, 1866, 337-342.

Y de la ciencia de estructura mágica:

DEUTSCHE LITERATURZEITUNG -- recensión de *Lapidarium septentrionale*, or a description of the Monuments of Roman Rule in the North of England. Published by the Society of Antiquaries of Newcastle-upon-Tyne, Londres/Newcastle-upon-Tyne, William Dodd (1870-1875, XVI +492 páginas en folio con 147 láminas, *Literaturzeitung*, Jahrgang 1875, artículo 756, 1-8.

DEUTSCHE LITERATURZEITUNG -- recensión, de J. O. Westwood, *Lapidarium Walliae: the early inscribed and sculptured stones of Wales*, delineated and described. Part I, printed at the University Press, for the Cambrian Archaeological Association 1876, IV, 32 páginas y 22 litografías, *Literaturzeitung*, Jahrgang 1877, p. 1-14, artículo nº 34.

Probablemente fue su sensibilidad antropológica la que le hizo valorar la epigrafía cristiana como algo importante para la historia de toda la civilización occidental dentro de su relación con la epigrafía clásica, pero llena de un contenido antropológico diverso.

4. HÜBNER ESTUDIOSO DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

1.- Fue un excelente investigador, cuya aportación a la Antigüedad Tardía peninsular fue clave, ya que con esta obra llegó a la mayoría de edad el planteamiento y primera y principal recogida de EPIGRAFÍA PENINSULAR CRISTIANA. Y la recogió aunque esto no entraba en el encargo recibido de los que mandaban y pagaban los gastos de la investigación. Fue un regalo de Hübner para la posteridad.

2.- Trató muchos, si no todos los temas, que habrían de ser esenciales para la comprensión real y tangible de la Antigüedad Tardía: objetos como el tesoro de Guarrazar, temas como el indigenismo, horizontes como el de los lapidarios. No hubo tema intelectual que le arredrase. De algún modo puede considerarse predecesor de Dölger, el creador del espíritu y descubridor de los temas que a partir de él se irían recogiendo en el *Real Lexikon für Antike und Christentum*.

3.- Su pensamiento complejo y penetrante descubrió horizontes de la Antigüedad Hispana que se tardarían muchos años en comprobar, como el caso de Cartagena, capital de Hispana republicana y por ello ciudad romana monumental, como afirmó ya en 1866.

4.- Fue un profeta ya que precisamente en estos ultimísimos años la Academia de Berlín ha decidido incluir en la recogida epigráfica todas las inscripciones latinas del imperio Romano, hasta el siglo VII, dando la razón a Hübner, uno de sus mas importantes estudiosos, que desde el primer momento las recogió y las estudió como no menos importantes que las de época clásica.

5.- Es verdad que sólo con las excavaciones de las últimas dos generaciones se ha podido comprobar la realidad de la civilización romana, pero esto hace mucho más digna de encomio la obra del gran maestro, que supo ir abriendo caminos dentro de la enorme dificultad que supone siempre el ser pionero.

RECENSIONES

KARL KOHUT (compilador), *El oficio de historiador. Teorías y tendencias de la historiografía alemana del siglo XIX*, ed. Herder, Cátedra de Guillermo y Alejandro de Humboldt, México 2009, 198 p.

El vértigo y la velocidad de nuestra sociedad «de la información» o la rigidez de los planes docentes no suele permitir que nos detengamos, siquiera sea un momento y más allá de lugares y lemas comunes, en considerar autores que a veces han sido calificados con la peligrosa denominación de «superados» o «desfasados». El siglo XIX alemán ha conocido personalidades inigualables en las ciencias y las artes, también en la Historia, que han influido decisivamente en la posteridad. Debemos saludar por tanto la feliz iniciativa de la *Editorial Herder* y de la *Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt* en haber publicado los trabajos recogidos por KARL KOHUT (Universidad de Eichstätt) y que formaron parte de un ciclo de conferencias pronunciadas en México durante 2005.

El libro aborda un siglo crucial para el desarrollo de la ciencia histórica, y esto no sólo en Alemania. La Revolución Francesa puso fin a un mundo cuyas raíces se hundían hasta la Antigüedad Tardía y abrió las puertas a una existencia nueva, no siempre tan libre, feliz y plena de derechos como se barruntaba, y desde luego no exenta de peligros, peligros que se materializaron en revoluciones, guerras y la irrupción de los nacionalismos en la política. Todo ello cambió la faz de Europa y tuvo su correlato en el debate historiográfico.

En la obra objeto de nuestra atención, reconocidos especialistas en la materia (como acreditan los currícula de las pp. 191-194) ilustrarán las figuras de los fundadores de la historia moderna, desde FR. SCHILLER (finales del siglo XVIII) hasta FR. MEINECKE (primera mitad del siglo XX). PEER SCHMIDT aborda dos figuras verdaderamente fundacionales de la historiografía alemana: SCHILLER («El primer historiógrafo de Alemania», pp. 23-41) y RANKE («LEOPOLD VON RANKE: sólo historias, no historia», pp. 43-60). GUILLERMO ZERMEÑO aborda la figura del autor que sentó las bases metodológicas de la historiografía moderna: «DROYSEN o la historia como arte de la memoria» (pp. 61-88). La gigantesca figura de TH. MOMMSEN es abordada por RICARDO MARTÍNEZ LACY («THEODOR MOMMSEN: Historiador decimonónico de Roma», pp. 89-101). GUILLERMO PALACIOS aborda la historia cultural a partir de la semblanza biográfica de su fundador: «JACOB BURCKHARDT y la historia cultural», pp. 103-135». El tránsito al siglo XX se encara a través de las figuras de WILHELM DILTHEY (a cargo de MARIALBA PASTOR, «WILHELM DILTHEY: las experiencias vitales y la historia», pp. 137-151) y de FRIEDRICH MEINECKE. (por parte de FRANCISCO GIL VILLEGAS, «El cosmopolitismo en FRIEDRICH MEINECKE y el historicismo tardío», pp. 153-189).

La selección de estos autores, y la mención indirecta que se hace a otros a lo largo de estas páginas, ofrece al lector una interesante aproximación a la historiografía germana, aproximación que se hace desde la confrontación entre idealismo y positivismo, las dos tendencias rectoras del momento, enfoque que se emplea como planteamiento central del libro, junto con la tendencia imparable a la profesionalización y especialización de la Historia en un siglo marcado por los nacionalismos. Efectivamente, desde las postrimerías del siglo XVIII se observa la tendencia a profesionalizar la historia, a alejarla de una concepción exclusivamente retórica o literaria, cosa que se acentúa a lo largo del siglo XIX y culmina con el historicismo y el encumbramiento de la Historia entre las demás ciencias. Una manifestación temprana de dicha tendencia la vemos en el historiador y poeta FR. SCHILLER. Su obra se engloba todavía en la historiografía universalista propia del siglo XVIII, pero que pone ya un marcado énfasis en el estudio de las fuentes históricas, como vemos tanto en sus obras históricas como literarias. La profesionalización de la historia se hace realidad en la obra de LEOPOLD VON RANKE, autor que pretende la segregación de la Historia de los géneros literarios y acercarla más a las ciencias, de ahí su empeño en la objetividad y en mostrar las cosas «como realmente sucedieron». Esta tendencia a la profesionalización y especialización científica se aprecia asimismo en J.G. DROYSEN, que desarrolla una importante labor de sistematización de la teoría general de la investigación histórica, materializada en su gran obra metodológica *Histórica*.

Pero esta veneración por el hecho objetivo escondía bastantes concepciones subjetivas, como el nacionalismo, de hecho para RANKE las naciones se remiten directamente a Dios. La obra de THEODOR MOMMSEN se estudia en este volumen desde el punto de vista de la ideología política y nacional del autor, y en concreto desde la identificación de la propia Roma en su proceso de unificación de la península itálica con la Alemania que su unificó en 1871. La consecuencia evidente, la evolución hacia un sistema político omnímodo donde el margen para el individuo sea muy estrecho, fue algo que tampoco escapó a la visión de otros pensadores e historiadores alemanes que cedieron el papel que ocupaba la nación y la política a la cultura. La tendencia culturalista, histórico cultural, la vemos en la obra de JACOB BURCKHARDT, en quien se aprecia la irrupción de un cierto relativismo contrario a las doctrinas universalistas de la Ilustración además de un cuestionamiento clave en la concepción de la verdad, ya que no habría un única verdad, sino distintas maneras de pensar en función de la época y del marco histórico. BURCKHARDT es además un pesimista cultural, que ve en la preeminencia del Estado una continua amenaza para el individuo; frente al concepto de nación propuso el de cultura y negó la existencia de leyes en la historia. La importancia del individuo en la Historia y de la vivencia individual y de la acumulación de la experiencia vital para entender la misma aparece claramente en DILTHEY, que enfatiza el papel de los protagonistas en la historia, sus vivencias, sus experiencias y sus motivaciones; lo importante de este punto de vista abiertamente voluntarista es el cuestionamiento de la objetividad de las fuentes, dado que estas sólo tendrían sentido al ser interpretadas por los historiadores, y esto es en último término algo subjetivo e individual, que no todos los historiadores harán de la misma manera. Pero es probablemente en FR. MEINCKE, dada la evolución de su pensamiento propiciada también por su longevidad, en quien se materializa mejor la esencia de esta oposición entre idealismo e historicismo. Historiador de la cultura y del espíritu humano, cercano por tanto a DILTHEY, muestra una clara influencia en sus inicios del magisterio de LEOPOLD VON RANKE, que recibió directamente. De hecho fue marcadamente nacionalista, y consideraba el cosmopolitismo un mal que debilitaría a la nación alemana. Después de la Primera Guerra Mundial evolucionó, no obstante, a posiciones menos

nacionalistas. Desde su punto de vista, consideraba a cada nación como un ser individual y no como una nación más o menos avanzada en función de lo que hubiera podido acercarse a las concepciones civilizatorias de la Ilustración. Tras la Segunda Guerra Mundial, MEINECKE se aproximó mucho más a las reflexiones de BURCKHARDT, de marcado pesimismo cultural y que en algún caso daban la impresión de haber previsto que el siglo XX sería un siglo de catástrofes.

No se trata en este libro de presentar al lector *dissecta membra*, artículos apenas vertebrados entre sí como por desgracia ocurre en volúmenes de esta naturaleza, sino que se advierte claramente la concepción global y unitaria que anima la obra, en parte gracias a la introducción aclaratoria del propio compilador («Introducción. Del idealismo al historicismo», pp. 9-22), pues es aquí donde se evidencia que no estamos ante una colección de ensayos sobre la historiografía alemana del siglo XIX, sino ante una selección de estudios sobre autores considerados significativos y característicos del siglo XIX alemán, a través de los cuales se aprecia las dos grandes tendencias de esa época: el *idealismo* (en palabras de W. VON HUMBOLDT, y elegidas por el compilador, «la representación del esfuerzo de una idea en su lucha por alcanzar existencia en la realidad») y el *positivismo* («simplemente mostrarlo que verdaderamente ocurrió», según LEOPOLD VON RANKE, de nuevo citado por el Prof. KOHUT).

La obra contiene además sugerentes, aunque breves, menciones a la historiografía mejicana y su conexión con la alemana, como la mención de la influencia más general del historicismo en México (p. 180), o la alusión más concreta a la obra LUCAS ALAMÁN, autor de la *Historia de México* en 1849 (pp. 43-44) en relación con RANKE, cuyos principios metodológicos comparte abiertamente. Es comprensible, dado el planteamiento del libro, que no se mencionen todos los autores susceptibles de ser tratados, pero sorprende la ausencia de K. MARX. Hubiera sido interesante, asimismo, abordar la posición de MOMMSEN no sólo frente al Estado nacional, sino también frente al cristianismo y la Iglesia, que hoy día es mucho mejor conocida, y poder comparar sus planteamientos con las opiniones de BURCKHARDT acerca de la Antigüedad Tardía. De este modo se hubiera podido constatar la influencia que E. GIBBON (y en particular sus ideas del patriotismo nacional frente al universalismo cristiano) ejerció sobre la historiografía alemana, abriendo otra interesante línea de debate.

Finalmente, es mérito del compilador Prof. KOHUT haber logrado que aportaciones variopintas entre sí y que pueden ser leídas como contribuciones independientes, tengan un claro hilo conductor, a partir de ideas rectoras, verdadero *leitmotiv* del libro, como son la confrontación entre idealismo y positivismo, nacionalismo y cosmopolitismo, política y cultura. Quizá por ello hubiera sido mejor disponer la bibliografía de manera unitaria en un único capítulo final, y no por separado en cada capítulo. La obra, en conclusión, aborda de lleno, con solvencia y mucho interés, una de las épocas más importantes para la formación del pensamiento histórico europeo.

*José Antonio Molina
Albert Viciano*

La Seu d'Egara. Les esglésies de Sant Pere de Terrasa: pedres amb ànima, editado, coordinado por Juan Rovira, Olga Cabús, Jordi Garreta y Pilar Ordoño, con colaboración de un amplio grupo de arqueólogos y muy especialmente del Museo y Archivo Municipal de Terrasa. Terrasa, 2009, 156 p.

Entre los puntos de la Península Ibérica que hay que visitar y detenerse en ellos por quien tenga interés en la historia de los primeros siglos de la Historia del Cristianismo, es poco discutible, que este rincón de Terrasa ocupa uno de los primeros lugares. Hasta que el visitante no está allí no es consciente de que se halla ante una planta y tres iglesias en pie y en uso, que se remontan, como conjunto, al siglo IV, es decir a la misma «paz de la Iglesia». Y es difícil imaginar, si no lo estuviera viendo, que tales edificios, siguen sirviendo para el uso para el que fueron construidos, es decir para el culto cristiano.

El Ayuntamiento de Terrasa no ha escatimado gastos en la presentación de la obra y hay que confesar que es una maravilla. A juzgar por el índice se compone de seis capítulos, de los que los cuatro centrales tratan grosso modo de las cuatro iglesias que componen el conjunto, tres aún en pie y la «catedral» solo en planta, con algunos restos muy notables todavía construidos.

La exposición de cada capítulo está pensada para el visitante que allí en el lugar, lee el libro a la vez que contempla tanto los monumentos en pie como la señalización magnífica y su sentido. Hay que reconocer que sin tal explicación cuesta darse cuenta de la riqueza de contenido de aquel rincón paleocristiano todavía en pie y en uso y de lo espléndido de la restauración y monumentalización del conjunto.

Sólo por comentar algún detalle que entendemos digno de revisión nos decidimos a hacer algunas observaciones, que pueden servir a los autores para sucesivas ediciones.

El libro tiene una gran cantidad de planos y levantamientos axonométricos de los edificios en pie o de reconstrucciones históricas que ayudan al lector, pero a todas estas representaciones les falta la indicación de la dirección de los puntos cardinales. Ya sabemos que en las iglesias paleocristianas el ábside suele estar orientado hacia el este y esto puede servir de pista, pero insistimos en que costaría poco y sería muy iluminador el incluir en las reproducciones la flechita indicando el norte.

El actual grupo de arqueólogos que dirige todos los trabajos es muy competente, pero este es un lugar en el que han trabajado muchos y muy buenos arqueólogos a lo largo de muchos años y sería muy de agradecer una somera indicación de las aportaciones de cada uno de ellos. Nombres tan dignos de nota como Puig y Cadalfach, que trabajaron aquí y cuyo testimonio

daría mucha fuerza al argumento de la catedral que tanta presencia tiene en este libro. Hoy todos sabemos que la historia de la ciencia es esencial en la exposición de la ciencia misma y aquí se echa de menos. Es verdad que en la p. 145, párrafo primero, se alude al tema e incluso se citan unos cuantos libros importantes, pero como si ello no tuviera mayor importancia y creemos que sí que la tiene. El libro ganaría mucho con un par de páginas que recogieran la historia de la investigación sobre este lugar.

Pero aparte de estas pequeñas cosas hay una que nos parece más preocupante. El eje de la argumentación de todo el libro es el hecho evidente para los autores de esta obra que la sede de Egara fue creada en torno al año 450, cuando el obispo Nundinario de Barcelona divide en dos su diócesis y consagra el primer obispo de Egara. Aceptar sin mas discusión este origen de la diócesis indica tener muy poca información de cómo funcionan las cosas en los orígenes y en concreto en los orígenes cristianos. Nada sabemos de los primeros orígenes de la comunidad cristiana en Tarrasa, pero una cosa es cierta: la conciencia territorial de la administración eclesiástica es algo que se va introduciendo lentamente y que no llega a ser objeto de conflictos jurídicos hasta el siglo VI. Que a mitad del V el obispo de Barcelona ya tuviera tal modo de concebir las cosas es muy problemático. Razón por la que todo el problema de la cronología de los siglos IV-V, también en Egara debe estar sujeta a estudios críticos y a los argumentos arqueológicos. Y entiendo que la cronología de todo el libro puede ser aceptable globalmente, pero ha de ser puntualizada para cada objeto y monumento. Y entiendo que también aquí la exposición del conjunto paleocristiano de Tarrasa ha de ser puesto en continua discusión, y volver a valorar cada día tanto las piedras y las estructuras como las pinturas.

Hay muchos otros detalles que convendrá puntualizar no porque para el tema sean esenciales, en el planteamiento de este librito, sino porque de su correcta visión depende la posibilidad de avanzar en la mejor comprensión de los temas implicados. Así p. e. en la p. 25 se nos dice que el 476 es el hito para establecer el cambio de Edad Antigua a Edad Media y hoy las cosas no se ven así.

En cualquier caso Tarrasa es un lugar que hay que visitar una y muchas veces sobre todo por los interesados en el arte paleocristiano y en la historia de la Iglesia y hay que decir que el actual equipo de trabajo lo está haciendo con toda pulcritud y competencia y el libro que comentamos es una joya para leerlo pacíficamente cuando ya se ha visitado el lugar. Se puede volver a «ver» con razones y justificaciones y eso siempre es estupendo.

Antonino González Blanco

Suscripciones e intercambios

ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO es asequible por intercambio de publicaciones análogas, por suscripción por períodos anuales o por compra de cada uno de sus volúmenes por separado.

ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO can be obtained by exchange with similar journals, by annual subscription or purchasing separately individual volumes.

Toda la correspondencia relacionada con intercambio, suscripción o adquisición debe dirigirse a:

All correspondence exchange, subscription or acquisition must be sen to:

Director del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia
Isidoro Máiquez
30071 Murcia
España

Los precios unitarios para los primeros volúmenes y las cuotas anuales de suscripción para 1984 a 1994 son los siguientes:

Unitary prices for the first volumes and subscription quotes for the years 1984 to 1994 are the following:

1984. Antigüedad y Cristianismo I. Begastri (2º ed.)	18 €
1985. Antigüedad y Cristianismo II. Del Conventus Carthaginiensis a la Chora de Tudmir	agotado
1986. Antigüedad y Cristianismo III. Los Visigodos Historia y Civilización	agotado
1987. Antigüedad y Cristianismo IV. La Cueva Negra de Fortuna (Murcia) y sus TITVLI PICTI. Un templo de época romana	agotado
1988. Antigüedad y Cristianismo V. Arte y poblamiento en el SE peninsular durante los últimos siglos de civilización romana	60 €
1989. Antigüedad y Cristianismo VI. Las pizarras visigodas: edición crítica y estudio	60 €
1990. Antigüedad y Cristianismo VII. Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio Romano	agotado
1991. Antigüedad y Cristianismo VIII. Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía	agotado

1992. Antigüedad y Cristianismo IX. Los Hunos: tradición e historia	60 €
1993. Antigüedad y Cristianismo X. La cueva de La Camareta (Agramón-Hellín, Albacete)	agotado
1994. Antigüedad y Cristianismo XI. Sidonio Apolinar, humanista de la Antigüedad Tardía: su correspondencia	60 €
1995. Antigüedad y Cristianismo XII. Lengua e historia	72 €
1996. Antigüedad y Cristianismo XIII. El Balneario de Fortuna y la Cueva Negra	60 €
1997. Antigüedad y Cristianismo XIV. La tradición en la Antigüedad Tardía	agotado
1998. Antigüedad y Cristianismo XV. Romanización y Cristianismo en la Siria Mesopotámica	60 €
1999. Antigüedad y Cristianismo XVI. Los Columbarios de La Rioja	60 €
2000. Antigüedad y Cristianismo XVII. La exégesis en Gregorio de Elvira	60 €
2001. Antigüedad y Cristianismo XVIII. Proposografía Concilio Éfeso	60 €
2002. Antigüedad y Cristianismo XIX. Pensamiento histórico Orosio	60 €
2003. Antigüedad y Cristianismo XX. Cultura latina Cueva Negra	60 €
2004. Antigüedad y Cristianismo XXI. Sacralidad y Arqueología	80 €
2005. Antigüedad y Cristianismo XXII. Eufratense et Osrhoene: poblamiento romano en el alto Éufrates sirio	80 €
2006. Antigüedad y Cristianismo XXIII. Espacio y tiempo	80 €
2007. Antigüedad y Cristianismo XXIV. La presencia bizantina	agotado

2008. Antigüedad y Cristianismo XXV. Gentes Barbarae	31 €
2009. Antigüedad y Cristianismo XXVI. Las cuevas de Herrera	60 €

Con el fin de recibir **Antigüedad y Cristianismo** sin retraso y para permitirnos la edición de un número suficiente de copias, rellene y envíe, por favor, el impreso anexo, incluyendo el pago de su petición o los datos del intercambio que se propone. Gracias.

In order to receive **Antigüedad y Cristianismo** without delay and to permit us to print a sufficient number of copies, please complete and send the enclosed form, with your payment or the data of the desired exchange. Thank you.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN O COMPRA/ORDER FORM

	Año	€	<i>Marque con X</i> <i>Mark with an X</i>
1. Por favor, suscríbame a Antigüedad y Cristianismo	1984		<input type="checkbox"/>
<i>Please, enter a subscription to Antigüedad y Cristianismo</i>	Begastrí	18 €	<input type="checkbox"/>
	1985		<input type="checkbox"/>
	Conventus	agotado	<input type="checkbox"/>
	1986		<input type="checkbox"/>
	Visigodos	agotado	<input type="checkbox"/>
	1987		<input type="checkbox"/>
	Cueva Negra	agotado	<input type="checkbox"/>
	1988		<input type="checkbox"/>
	Arte y poblamiento	60 €	<input type="checkbox"/>
	1989		<input type="checkbox"/>
	Pizarras	60 €	<input type="checkbox"/>
	1990		<input type="checkbox"/>
	Cristianismo y aculturación	agotado	<input type="checkbox"/>
	1991		<input type="checkbox"/>
	Arte, sociedad, economía y religión	agotado	<input type="checkbox"/>
	1992		<input type="checkbox"/>
	Los Hunos: tradición e historia	60 €	<input type="checkbox"/>
	1993		<input type="checkbox"/>
	La cueva de La Camareta	agotado	<input type="checkbox"/>
	1994		<input type="checkbox"/>
	Sidonio Apolinar	60 €	<input type="checkbox"/>
	1995		<input type="checkbox"/>
	Lengua e Historia	72 €	<input type="checkbox"/>
	1996		<input type="checkbox"/>
	El balneario de Fortuna y la Cueva Negra	60 €	<input type="checkbox"/>
	1997		<input type="checkbox"/>
	La tradición en la Antigüedad Tardía	agotado	<input type="checkbox"/>
	1998		<input type="checkbox"/>
	Romanización y Cristianismo en la Siria Mesopotámica	60 €	<input type="checkbox"/>
	1999		<input type="checkbox"/>
	Los Columbarios de La Rioja	60 €	<input type="checkbox"/>
	2000		<input type="checkbox"/>
	Gregorio de Elvira	60 €	<input type="checkbox"/>
	2001		<input type="checkbox"/>
	Prosopografía Concilio Éfeso	60 €	<input type="checkbox"/>
	2002		<input type="checkbox"/>
	Pensamiento histórico Orosio	60 €	<input type="checkbox"/>



2003			<input type="checkbox"/>
Cultura latina Cueva Negra	60 €	/70	
2004			<input type="checkbox"/>
Sacralidad y Arqueología	80 €	/80	
2005			<input type="checkbox"/>
Eufratense et Osrhoene	80 €	/80	
2006			<input type="checkbox"/>
Espacio y tiempo	100 €	/100	
2007			<input type="checkbox"/>
La presencia bizantina	agotado		
2008			<input type="checkbox"/>
Gentes Barbarae	31 €		
2009			<input type="checkbox"/>
Las cuevas de Herrera	60 €		

2. Por favor, deseo adquirir Antigüedad y Cristianismo
Please, send me Antigüedad y Cristianismo

1984			<input type="checkbox"/>
Begastri	18 €	/20	
1985			<input type="checkbox"/>
Conventus	agotado		
1986			<input type="checkbox"/>
Visigodos	agotado		
1987			<input type="checkbox"/>
Cueva Negra	agotado		
1988			<input type="checkbox"/>
Arte y poblamiento	60 €	/70	
1989			<input type="checkbox"/>
Las pizarras visigodas	60 €	/70	
1990			<input type="checkbox"/>
Cristianismo y aculturación	60 €	/70	
1991			<input type="checkbox"/>
Arte, sociedad, economía y religión	agotado		
1992			<input type="checkbox"/>
Los Hunos: tradición e historia	60 €	/70	
1993			<input type="checkbox"/>
La cueva de La Camareta	72 €	/80	
1994			<input type="checkbox"/>
Sidonio Apolinar	60 €	/70	
1995			<input type="checkbox"/>
Lengua e Historia	72 €	/80	
1996			<input type="checkbox"/>
El balneario de Fortuna y la Cueva Negra	60 €	/70	
1997			<input type="checkbox"/>
La tradición en la Antigüedad Tardía	72 €	/80	
1998			<input type="checkbox"/>
Romanización y Cristianismo en la Siria Mesopotámica	60 €	/70	
1999			<input type="checkbox"/>
Los Columbarios de La Rioja	60 €	/70	



2000			<input type="checkbox"/>
Gregorio de Elvira	60 €/70		<input type="checkbox"/>
2001			<input type="checkbox"/>
Prosopografía Concilio Éfeso	60 €/70		<input type="checkbox"/>
2002			<input type="checkbox"/>
Pensamiento histórico Orosio	60 €/70		<input type="checkbox"/>
2003			<input type="checkbox"/>
Cultura latina Cueva Negra	60 €		<input type="checkbox"/>
2004			<input type="checkbox"/>
Sacralidad y Arqueología	80 €		<input type="checkbox"/>
2005			<input type="checkbox"/>
Eufratense et Osrhoene	80 €		<input type="checkbox"/>
2006			<input type="checkbox"/>
Espacio y tiempo	100 €		<input type="checkbox"/>
2007			<input type="checkbox"/>
La presencia bizantina	agotado		<input type="checkbox"/>
2008			<input type="checkbox"/>
Gentes Barbarae	31 €		<input type="checkbox"/>
2009			<input type="checkbox"/>
Las cuevas de Herrera	60 €		<input type="checkbox"/>



El pago lo realizo:

Payment is made:

- adjuntando cheque bancario a nombre de la Universidad de Murcia, por un valor de
- enclosing bank cheque made payable tu Universidad de Murcia, by an amount of*
- enviando giro postal al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia por un valor de
- by sending a postal giro to the Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia by an amount of*

Nombre/Name

Dirección/Address

(Escriba en mayúsculas o a máquina, por favor/*Block capitals or type, please*)

3. Deseamos obtener **Antigüedad y Cristianismo** (completa o la(s) sección(es) que se indican

.....), por intercambio con la revista

cuyos datos se adjuntan.

*We want to obtain **Antigüedad y Cristianismo** (the entire series or the following section(s)*

.....), *by means of exchange with the journal*

whose data are enclosed.

Anejos de Antigüedad y Cristianismo

Anejo I: Lucernas romanas de la Región de Murcia.....	12 €
Anejo II: Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania.....	24 €
Anejo III: La Región Oretana	12 €
Anejo IV: Las estructuras ideológicas del Código de Justiniano.....	15 €
Anejo V: Begastri	agotado



NORMAS DE PUBLICACIÓN

Antigüedad y Cristianismo. Monografías sobre la Antigüedad Tardía aceptará trabajos **originales e inéditos** sobre la Antigüedad Tardía (historia, historiografía, cultura y mentalidad, filología y fuentes, arqueología) en castellano, inglés, francés, alemán o italiano.

Los artículos se acompañarán de un **resumen** (*abstract*); los *abstracts* se enviarán escritos en inglés, salvo en los casos en que el artículo haya sido escrito en dicho idioma, en cuyo caso el *abstract* se redactará en castellano.

Se recomienda a los autores que sigan las siguientes normas:

Extensión máxima de los artículos 20 páginas DIN A-4
Extensión máxima de las reseñas 5 páginas DIN A-4
Fuente de letra Times New Roman, normal o redonda
Referencias bibliográficas 11 pt
Citas sangradas en el texto 11 pt
Nota a pie 10 pt

Espacio interlineal sencillo siempre

Las referencias bibliográficas en las notas:

Libros/monografías

P. BROWN, *El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual*, Barcelona 1993 (traducción de A. J. DESMONTS), pp. 156-157.

M. FUHRMANN, *Rom in der Spätantike. Porträt einer Epoche*, Zürich 1998, pp. 282-291.

El nombre del autor en versalita, nombre de pila abreviado delante del apellido, títulos en cursiva.

Artículos/capítulos de libros

P. LEVEQUE, «De nouveaux portraits de l'empereur Julien», *Latomus* 22, 1963, pp. 74-84.

Título del artículo entre comillas, nombre de la revista en cursiva.

Citas de fuentes

OVIDIO, *Tristes* IV, 1, 29, es decir, el nombre del autor se adaptará a la lengua en que se haya escrito el artículo.

A. CANELLIS, *Faustin (et Marcellin), Supplique aux Empereurs (Libellus Precum et Lex Augusta)*, Sources Chrétiennes, n° 504, Les Editions du Cerf, 2006, pp. 126-127.

